

Kailas ficción

Ciudad difunta

Jia Pingwa

Traducción del chino de Blas Piñero Martínez

D.J.57

LA GRAN NOVELA PROHIBIDA EN CHINA
PREMIO FEMINA



CIUDAD DIFUNTA

JIA PINGWA



KAILAS

Censurada durante diecisiete años por su contenido sexual explícito, Ciudad difunta, una de las obras más importantes del siglo XX, retrata con precisión las transformaciones sociales y económicas de China.

Aunque el erotismo, el exotismo y los detalles esotéricos están muy presentes, esta novela sobre los enredos sexuales y legales de un escritor constituye un mordaz retrato social y cultural de un país en transformación.

A lo largo del libro, que combina alegoría política y parodia, Jia Pingwa sigue la pista a su antihéroe, Zhuang Zhidie, a través de unos encuentros sexuales cada vez más decepcionantes. En una metrópolis donde abundan el poder político, la corrupción y los esquemas capitalistas se evoca el romántico recuerdo de una China premoderna y de pasado rural, aunque los acontecimientos prevengan contra la trampa de la nostalgia.

Con descripciones deslumbrantes y una vívida imaginería, Ciudad difunta transporta a los lectores a un mundo rodeado de los despropósitos y las contradicciones de la vida moderna.

Título original: Fei du

© 1993, *Jia Pingwa*

© 2018, *de la traducción y de las notas: Blas Piñero Martínez*

© 2018 *de esta edición: Kailas Editorial, S.L.*

Calle Tutor, 51, 7. 28008 Madrid

Diseño de cubierta: Rafael Ricoy

Realización: Carlos Gutiérrez y Olga Canals

ISBN ebook: 978-84-17248-31-4

ISBN papel: 978-84-17248-30-7

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

kailas@kailas.es

www.kailas.es

www.twitter.com/kailaseditorial

www.facebook.com/KailasEditorial

INTRODUCCIÓN

La novela *Ciudad difunta*¹ se ha convertido en nuestro país, desde hace bastante tiempo, en una de esas novelas que causa sensación, y el escritor Jia Pingwa es ya el Jia Pingwa más popular y reconocido por sus valores artísticos que ha habido hasta el momento entre nosotros, y el que ya se ha convertido con todo merecimiento en un personaje público y que, incluso ahora, es más famoso que algunas de las estrellas sempiternas que brillan con fuerza en nuestro firmamento literario.

Mucha es la gente que afirma hoy en día que *Ciudad difunta* es el *Jin Ping Mei* (*La jarra de oro de la flor del ciruelo*)² de los tiempos modernos. Yo no sabría discutir con conocimiento de causa esta enunciación, pero tengo que reconocer que me agrada la comparación entre las dos obras. La primera vez que leí el *Jin Ping Mei* fue gracias al anciano de un pueblo que me lo prestó. Era una copia limpia, es decir, una copia que no había sido censurada y expurgada de todo contenido pornográfico con el fin de presentarla al público en una edición moralmente correcta y, por lo tanto, más delgada que el original. En esa época yo era muy joven y no había leído todavía muchos libros; pero sabía, sin embargo, que las oportunidades para hacerme con libros eran pocas, aparte de algunos diccionarios, libros de proverbios o de *duilian*, esas frases paralelas que se ponen a los dos lados del marco de la puerta de la entrada de una casa particular. Mi impresión en esa época era que *Ciudad difunta* se parecía más bien a *El sueño del pabellón rojo*³, y por eso volví a leerla. Probablemente, debido a que el nivel económico, moral y cultural de nuestro país en esa época estaba en su punto más bajo en todos los sentidos, la sociedad que reflejaba el *Jin Ping Mei* iba más allá de su tiempo y también hablaba de la nuestra. Esa novela era, en realidad, de mucha actualidad en la China de los años noventa, y era además muy popular. *El sueño del pabellón rojo* era, como novela, más fina y elegante que el *Jin Ping Mei*, pero también era más hermética y lejana para nosotros que vivíamos, como

se suele decir, en el nivel más bajo de cualquier vida humana, aquel muy cercano a la supervivencia cotidiana, y sabíamos lo que era sufrir en nuestras carnes los efectos de la corrupción galopante en nuestro país. Y, por lo tanto, lo que se contaba en esta gran novela de la dinastía Qing nos parecía mucho más distante e incomprensible que el mundo narrado en el *Jin Ping Mei*.

Leí *Ciudad difunta* porque en esa época se debía promover el vicio en el arte o todo lo que era retorcido y temido en cierta manera por la sociedad biempensante; o, dicho de otra forma, todo lo que estaba relacionado con él, ya que ello nos proveía paradójicamente de autoridad moral sobre otra gente, digamos, más respetada en nuestra sociedad que nosotros mismos, pero que nosotros despreciábamos con todas nuestras fuerzas. Y había que hacerlo entregándose a fondo y con el corazón en la mano; pero, desgraciadamente, casi todo lo que podía comprarse en el mercado perteneciente a la cultura era pirateado y de dudoso origen. Yo, en esa época, no podía leer lo que deseaba e incluso ahorraba dinero en libros debido a ello. Cuando me iba al mercado de la cultura, ahí donde venden los libros nuevos y viejos, me paseaba de un lado a otro y acababa comprando alguna antigualla por un par de yuanes. El libro solía ser bueno, pero no dejaba de ser un clásico. Al principio me atrajo la novedad, luego le di varias vueltas, pero sin prestarle verdaderamente atención. Esas frases descuidadas y sin ninguna elegancia, y ese estilo caótico pero real como la vida misma, me atrajeron poderosamente. Las buenas novelas no destacan por lo que hay escrito, sino por cómo se escriben.

Fornicar y procrearse; es evidente que todo eso también forma parte de la naturaleza humana, como vestirse o comer, y sobre esos temas se ha escrito y se escribirá una y otra vez mientras el hombre sea hombre. En el interior de *Ciudad difunta* hay mucho de esos temas y mucho del propio autor, así como muchas omisiones y muchas palabras borradas debido a la autocensura que el propio autor se había impuesto como crítica a la sociedad que lo condena. Algo así como sucedía en la versión de Zhang Zhupo del *Jin Ping Mei*.

Inevitablemente, siempre asoma en los demás cierta sospecha respecto a lo que se dice de uno mismo y por uno mismo, y además se pone por escrito para que los otros lo lean con interés. Leí la edición del *Jin Ping Mei* que realizó Zhang Zhupo y lo hice después de leer *Ciudad difunta* de Jia Pingwa, y me di cuenta de que las partes autocensuradas de *Ciudad difunta* no eran tales. Es evidente que, tras la introducción consciente de cualquier tipo de restricción y censura, algo no pasa con facilidad entre el texto y el lector. Algo se pierde para siempre, pero la imaginación gana y se desarrolla mucho más que en

condiciones normales. Y es cierto que tanto si son muchas como si son pocas, las restricciones por la censura reducen la inteligibilidad del texto y complican su lectura. Se debe reconocer ahora honestamente que esas restricciones, como todas las restricciones fruto de la autocensura, no dejan de constituir un acto consciente y deliberado por parte del autor. Está claro que el señor Jia no es un novato en el mundo de las letras, y si se ha autocensurado, será por alguna razón que solo él sabrá. Además, tras leer por completo el *Jin Ping Mei*, en lo que se refiere a las descripciones de sexo, apenas supera o va más allá que lo que se encuentra en *Ciudad difunta*. Naturalmente, las descripciones grandiosas, y con todo lujo de detalles, del acto sexual en el *Jin Ping Mei* son, respecto a la sociedad en la que se produjeron, y de ello no me queda ninguna duda, el auténtico contenido y la auténtica esencia de la obra.

Dicho esto, esas restricciones dieron ciertamente, y paradójicamente, más fama (y, sobre todo, más dinero) al autor. En los años noventa del siglo pasado, los escritores no se hacían ricos con sus novelas y era, además, muy difícil entrar en el círculo de los letrados consagrados en China, es decir, esos de toda la vida. Con conocimiento de causa, era más que improbable que alguien se parase a pensar en el contenido de esas restricciones. Solo un determinado tipo de lector, y muy reducido este, buscaba novedades en esa época, y solo un veinte por ciento de los lectores podía darse cuenta de lo que esas omisiones en el texto podían querer decir en realidad; y muy pocos, solo unos pocos, podían ofenderse con ello.

El *Jin Ping Mei* es, por supuesto, un libro muy bueno —es, en realidad, una novela excelente— y es una historia que, sinceramente, debería ser leída por todo el mundo; es, a todas luces, un auténtico clásico. Este inmenso fresco de la ciudad de Xi'an (la antigua capital del oeste, Chang'an, y Xijing en la novela) y sus gentes que es *Ciudad difunta* también es una novela muy entretenida y yo desearía que le gustase a todo el mundo como me ha gustado a mí; y que guste, sobre todo, no porque hay omisiones deliberadas y por el desafío emocionante y morboso que supone adivinar lo que querían decir, sino por todas las palabras que sí aparecen en él y que así de bien fueron escritas por su autor.

Shi Yi
(el editor)

*El argumento de esta historia está totalmente inventado; y os lo ruego, no os
identifiquéis con nada ni con nadie de esta farsa. Solo los sentimientos y las
pasiones que se expresan en él son auténticos y solo ellos consienten la burla,
los insultos y la crítica que vienen de fuera.*

(Declaración introductoria del propio autor a su novela el año mismo de su
primera edición, en 1993).

CAPÍTULO I

En la década de los años ochenta, algo verdaderamente extraño⁴ sucedió en la ciudad de Xijing⁵ —la vieja capital del oeste—. Un par de amigos⁶ a los que solo la muerte podía separar se dirigió a la tumba de la bella Yang Guifei⁷ de la gran dinastía Tang para homenajearla. Al llegar, vieron que había muchos viajeros que rodeaban la tumba y sacaban tierra y ello les hizo pensar que algo inusual pasaba en ese cementerio. Hicieron sus investigaciones y supieron entonces que Yang Guifei había sido una mujer de una belleza sin par, y por ello, la tierra junto a su tumba era el mejor de los abonos y daba siempre las flores más bellas. Por consiguiente, los dos hombres sacaron mucha tierra, y vestidos con atuendos diferentes para que nadie les reconociera, regresaron a sus casas. Una vez ahí, metieron la tierra en unas macetas muy antiguas de las que llaman de Longshan y que están hechas con arcilla negra. Plantaron en esa tierra las semillas de unas plantas y esperaron. De las macetas salieron unos tallos negros que crecían bañados por la luz de la luna y, en efecto, crecieron vigorosos y exuberantes, y más grandes de lo que se les suponía; pero nadie, ningún hombre, era capaz de saber de qué tipo de plantas se trataba. Cogieron una de las plantas, la envolvieron y se dirigieron al interior de la ciudad amurallada, más precisamente al templo budista de Yunhuang —o el templo del Ornamento del Jade semicircular y abombado—, para consultarlo con el viejo jardinero que se encargaba de las flores; pero tampoco supo qué decirles. El Gran Maestro de la Sabiduría auspiciosa pasó por ahí y los hombres aprovecharon la oportunidad para preguntarle; pero el gran maestro se limitó a mover la cabeza de un lado a otro. Hubo alguien que se encontraba entre ellos y que intervino:

—He oído decir a menudo que el gran maestro es capaz de adivinar el significado del carácter «oreja» mediante el uso adecuado de los hexagramas.

El gran maestro replicó:

—Habrás que clasificar esa flor⁸ rara y darle un nombre para que así sea

conocida por las generaciones futuras.

El gran maestro le ordenó a alguien que asignase un nombre a la planta. Esa persona cogió con sus manos las tijeras del jardinero de las flores y, sin pensárselo, dijo:

—Pues eso, una oreja.

El gran maestro dijo:

—Esa flor es verdaderamente extraña; es una flor rara y por eso no creo que su luz vaya a durar mucho en este mundo que yace bajo el Cielo. Acabará destruyéndose inevitablemente como todo lo que es raro y precioso entre nosotros.

Esa flor⁹ era como muchas otras, pero tenía una forma que recordaba extrañamente, y al mismo tiempo, a la de las peonías y las rosas, pero que era capaz de convertirse en cuatro flores diferentes con los pistilos rojos, amarillos, blancos o púrpuras, y todas ellas de una belleza inigualable que acababa consumiéndose por un factor externo. Tras verlas detenidamente, la admiración que provocaban era infinita y era difícilísimo apartar la mirada. Los dos amigos, como era de esperar, se sintieron muy orgullosos de su hallazgo, al cual trataron como un auténtico tesoro, y pensaron que era la ofrenda de alguna divinidad. Cada uno de ellos las regaba y las fertilizaba con sus propias manos como si de una de sus obligaciones morales se tratase. Pero hubo un día en que uno de los amigos se emborrachó y se levantó a medianoche para ir a regar su preciado tesoro. Por error, cogió el agua caliente de una de las tinajas y regó las plantas con ella, y como era de esperar, murieron poco después. El remordimiento que causó ese error los martirizó de por vida y en plena locura rompió todas las macetas, las cuales eran antigüedades, y enfermó por un mes entero.

A pesar de ese suceso, y a fin de cuentas, esa flor no era más que una flor, y la gente que supo esa historia no le dio tanta importancia y más bien la olvidaron rápidamente. No había llegado todavía el verano cuando en la antigua ciudad de Xijing volvió a sucederles otro caso (todavía más extraño) a los dos amigos. Fue una tarde en ese momento impreciso e intensamente tórrido entre finales de la sexta luna y principios de la séptima, cuando el sol grandioso brillaba intensamente, y con su color rojo vivo, en todo lo alto del firmamento. La luz de ese sol llenaba cada uno de los lugares y la gente olvidaba sin embargo que era ese sol quien lo iluminaba todo. Esa era la razón por la cual nadie en esa ciudad antigua miraba el cielo y los días pasaban como si nada. Todos ellos caminaban por las calles como si nada sucediese. Los que podían permitírselo, ocupaban las literas de los vagones de los trenes; y los que tenían dinero, pero se habían

quedado sin plazas, y no deseaban apelotonarse en los vagones borregueros, tomaban un taxi. Algunas personas importantes utilizaban ese medio o coches privados e iban a menudo escoltadas por la policía. Todos los vagones con literas, los taxistas y los autobuses públicos, que iban más lentos, se apartaban a un lado y perturbaban el ritmo de las bicicletas. Y solo los que avanzaban rápidamente continuaban avanzando rápidamente, pisando mi sombra, mientras que yo, de mi parte, pisaba las tuyas, y las sombras no duelen, como es sabido. De repente, el color de las sombras se diluye; y más se diluye, más se acorta, hasta desaparecer. La gente continuaba caminando sobre sus sombras sin verlas, y parecía que la gente había dejado de ser gente. Tocaban con sus manos sus traseros y luego se llevaban las manos a la cara —unas caras que eran siempre de duda—; y de vez en cuando alzaban la cabeza y miraban al cielo, y pensaban que había cuatro soles¹⁰ colgando en el firmamento. Sí, nada más y nada menos que... ¡cuatro soles! Y todos miraban al cielo con los puños en lo alto. En efecto, había cuatro soles en el cielo de la vieja ciudad de Xijing —cuatro soles que eran del mismo tamaño y de los que no se podía saber si eran machos o hembras—. Juntos, los cuatro soles formaban una cruz. Por el cielo había pasado una lengua menguante y un sol erosionado, y al mismo tiempo los cuatro soles que no se movían del cielo. Ese fenómeno astronómico era verdaderamente extraño y las gentes creían que eran en realidad cuatro ojos que los estaban observando por sus malos actos. Esos soles no eran rojos, eran blancos, blancos como la luz de los rayos. Pero ¿por qué eran blancos? ¿A qué se parecía eso? No podía verse nada con claridad y solo las sombras que proyectaban sobre las calles —sombras que eran como largas barbas negras— mostraban el poder de esos soles cegadores. Nadie podía ver nada y los vehículos no osaban moverse. Solo se oían los bocinazos y... ¿era eso una película? De repente, pareció como si algo no funcionase bien en esa película y la imagen hubiese desaparecido de la pantalla, pero no el sonido. Una persona se sentía así, como casi todos los hombres. El resultado fue que el silencio iba a más y se estableció una paz pesada y mortal. Solo sobre los muros de la ciudad parecía oírse algo debido al paso del viento, pero nada más. Un viento que hacía presión sobre las murallas la ciudad y que venía y luego desaparecía. La gente pensaba que se trataba de alguien tocando una flauta o algo parecido, pero no lo veían y sonreían. Luego se despertaban de golpe de su letargo y miraban asustados a todas partes. Les entraba mucho miedo y gritaban. La locura aparecía inmediatamente en todas partes.

Ese fenómeno extraño continuó durante cerca de media hora y el sol volvió a

aparecer. Los ojos de la gente siguieron de nuevo el camino que les marcaban sus sombras en el suelo. Se miraban mutuamente sin comprender nada y sentían vergüenza por encontrarse en una situación difícil sin saber cómo salir de ella. Presa del pánico, la gente huía por las cuatro esquinas de la ciudad. Más que seres humanos, parecían hormigas que habían visto fuego y la policía de tráfico pasaba apuros para poder controlar ese flujo humano. Había un anciano sentado en una isla peatonal y no tenía prisa por salir de ahí. El anciano, andrajoso y maloliente, tenía la cara sucia y parecía un presidiario metido en una cárcel. Tenía unos ojos grandes y abiertos como platos y con ellos miraba con desdén cómo huía despavorida la gente. La expresión de su cara era de desagrado y no tardó en agriarse. ¿Estaba satisfecha la policía de tráfico? El policía Su —que era así como se apellidaba— corrió hacia un lado mientras se ponía encima su escudo de protección y su casco. Insultó a los mendigos para que se apartasen de encima. ¡Pi, piiií!, les dijo, que era el insulto típico que se escuchaba en las calles de Xijing y significaba en la lengua vernácula algo así como ¡pírate de aquí! El anciano lo oyó y con el dedo escribió sobre la superficie de la isla peatonal —ya que era un experto— uno de esos poemas *ci* de los tiempos antiguos que era de por sí bastante elegante en su forma y contenido: se escondió y luego sonrió lentamente. Tras esbozar una sonrisa amplia y generosa, descendió de la isla peatonal y expuso uno de esos tapices bordados que se empleaban en el templo de Yunhuang para la liturgia devocional. En él, había un par de caracteres estampados que significaban «salvarse», junto con otras dos piernas separadas. Una de ellas, la del lado izquierdo, era el carácter chino que significaba «necesaria», y la del derecho significaba «respuesta». El anciano no sabía lo que era sentir vergüenza y hablaba siempre como si ya tuviese preparado lo que iba decir, recitándolo. Y fue así como recitó su poema *ci*.

Ese poema cantado del tipo *ci* no tardó en hacerse conocido entre la gente y se convirtió tras pasar de una boca a otra en una balada¹¹ con tonos sarcásticos muy popular en Xijing que decía:

... Sí, desde luego, están en primer lugar los funcionarios, que son los que viven muy bien y han perdido el contacto con la dura realidad del mundo. En segundo lugar, vienen los funcionarios burócratas y especuladores, que son los que compran y especulan por encima del bien y el mal de sus semejantes. En tercer lugar, están los contratantes, que son los que se las arreglan para que las dos partes acaben poniendo su sello y firman el contrato, y se lleven ellos, naturalmente, sus buenas

comisiones. En cuarto lugar, están los que compran las casas y luego las ponen para alquilar, que son los que se quedan sentados en los sillones de sus mansiones lujosas sin mover un dedo y encima se forran. En quinto lugar, vienen los de los sombreros grandes, que son los que no se quitan sus sombreros ni para dormir y se comen por igual a los atacantes que a los defensores. En sexto lugar, están los operarios, que son los que llevan en sus cinturones el sobrecito de papel rojo repleto de la cantidad exorbitante de dinero que les han dado en sobornos. En séptimo lugar, están los actores y los teatreros, que son los que mueven el culo para que les paguen su buen dinerito. Algunos incluso se hacen ricos haciéndolo. En octavo lugar, vienen los propagandistas con su pico de oro, que son los que necesitan comer solamente tres de las partes del todo para alimentarse, pero se comen las cinco partes de lo glotonos que son. En noveno lugar, están los profesores, que son los sibaritas que gozan de las delicias culinarias exóticas venidas de países lejanos y no se dan por satisfechos nunca. Esos además se quejan y se quejan de todo. Y en décimo lugar, están los maestros ya viejecitos todos ellos, que son los que imitan con toda su honestidad al imbécil de Lei Feng¹²...

Tras la transmisión de boca a oreja de esa cantinela entre las gentes de Xijing hubo quienes, después de analizarlo seriamente, llegaron a la conclusión de que esa balada no había podido ser compuesta por un mendigo analfabeto. Al menos, debía tratarse de un profesor universitario porque solo un profesor universitario era capaz de componer un texto de esa calidad artística y lingüística. Esa balada acusaba un tipo de gente que debía obligatoriamente ser conocido por el autor. No podía ser de otra manera, y solo un profesor universitario frustrado podía tener esa dosis de amargura en su sangre como para poder escribir esas cosas y con esa mala leche. ¿Qué era en realidad ese anciano? Nadie se atrevió a investigarlo. Ese año, en Xijing, habían colocado al nuevo alcalde, el cual tenía sus ancestros en la lejana Shanghái; pero su señora, sin embargo, era de Xijing. El alcalde había pasado ya en su vida por varios otoños y varias primaveras y cada uno de los alcaldes de Xijing viene con la idea de hacer algo grande y duradero en esta ciudad antigua y amurallada, pero al final no hacen nada o muy poco, ya que se topan con muchas dificultades o el peso de los años les hace vagos y conservadores. O, simplemente, ocurre que esa ciudad los vuelve locos y lo único que hacen es hacer que el agua llegue con normalidad al campamento de los militares, ya que a estos hay que tenerlos contentos. El nuevo alcalde,

aunque aceptó a regañadientes el puesto de alcalde que su suegro había dejado, y le amargaba tener que seguir esa carrera de oficiales funcionarios, y todavía menos en Xijing, se vio obligado a hacerlo y se lo tomó con filosofía. Eso sí, sabía que debía abrir bien los ojos y eso fue lo primero que hizo tras ser asignado a su puesto, además de soltar una red de amigos para que pudiesen ayudarlo en todo momento. A su mujer se la consideraba una buena esposa y colocó además a un gran número de amigos y familiares en el ayuntamiento; lo que hizo, a la postre, que se la considerase todavía mejor esposa de lo que era. Un joven de nombre Huang Defu —que era un consejero del alcalde de Xijing— les propuso lo siguiente: doce dinastías han pasado por la antigua ciudad de Xijing y varias son las capas de cultura y civilización que se han estratificado las unas encima de las otras. ¿No es una responsabilidad muy grande gestionar esta ciudad en estos momentos? Los oficiales y las masas del pueblo que han convivido sucesivamente en los diferentes estratos deben seguir protegiéndose mutuamente, y desde hacía tiempo el desarrollo económico de la ciudad se encontraba muy retrasado si se lo comparaba con las ciudades de la costa este del país. La razón se debía a que todos los alcaldes, sin excepción, eran individuos de edad muy avanzada y muy poco adaptados a los nuevos vientos que soplaban en China. Lo único a lo que se habían dedicado era a tapar los agujeros de los ladrillos que faltaban en las murallas que rodeaban la ciudad de Xijing. Tapaban los agujeros con telas para que el aire no pasase y cosas así que poco tenían que ver con el desarrollo inmobiliario que había en las grandes ciudades de la costa este o en Beijing. En esos tiempos, el alcalde no pasaba más de tres o cinco años, como máximo, en el cargo, y luego lo transferían. Tampoco le daba mucho tiempo, por lo tanto, para acabar ningún proyecto serio, como promover el turismo o la vida cultural. El alcalde estaba muy motivado y con muchas ganas de hacer cosas. No tenía vergüenza y preguntaba algo cuando no lo sabía. Inesperadamente, invitó a ese joven de dientes largos —Huang Defu— a charlar con él y estuvieron tres días y tres noches conversando sobre todos los temas. Se quedó tan impresionado que le dio un puesto como secretario en una nueva escuela que pensaba abrir en Xijing. Justo en ese momento, se fue a la capital para recaudar fondos y montar una escuela; y así lo hizo en las cuatro esquinas de Xijing. Con el dinero que consiguió, pudo fundar una escuela importante. Además, restauró las partes ruinosas de los muros de Xijing y limpió las aguas del río, las cuales hacían de desagüe para las casas de la antigua capital. Ensanchó los lados del río para el esparcimiento de los lugareños y encima construyó una plaza con un casino y varios centros de recreación.

También arregló tres calles principales. Una de las calles se renovó para que pudiesen venderse todo tipo de objetos de porcelana, pinturas y caligrafías. Otra calle fue dedicada a la venta de artesanía y especialidades locales. Había que expandir la oferta cultural de la ciudad, pero ello hizo que mucha gente se acercase, curiosa, a las calles, abarrotándolas. Y con esos ríos humanos que parecían incontrollables y causaban pánico a las autoridades locales, aparecieron esos diablos retorcidos y perversos que son los miembros de la policía municipal de Xijing. Durante un periodo de tiempo, Xijing se llenó además de extraños que provenían de otras partes de China y que se dedicaban a robar y a llenar los muros de la ciudad con el humo de sus cigarrillos; y esos extraños ni siquiera tenían permiso para residir en la ciudad. En los espíritus de los residentes de Xijing se empezó a germinar un sentimiento de insatisfacción respecto a esos extraños. Y encima, ese pordiosero que tenía la cara sucia y que parecía salido de una cárcel no paraba de recitar su balada por las calles de la Capital del Oeste y, como siempre, era a los ricos y los poderosos a los que atacaba sin piedad, los ociosos Han (los chinos que no tenían nada con que ocuparse): «Venga, una muestra... ¡Una muestra más de tu gran talento, amigo!». El anciano se animaba y les soltaba lo primero que le pasaba por la cabeza con tal de desconcertarlos:

... Si te digo que camines, ¡camina!; y si no caminas, sé que caminarás de todas formas. Si te digo que no camines, ¡no camines!; y si caminas, sé que dejarás de caminar tarde o temprano...

Los ociosos Han, que obedecían a pies juntillas lo que les decían los mandamases de Xijing, lo escuchaban y lo aplaudían como monos de repetición. El anciano dejaba de recitar su balada y apuntaba con el dedo a los que le escuchaban, y los ociosos Han asumían su rol. El anciano les hacía repetir la parte de la balada que les concernía directamente; y naturalmente, Huang Defu no tardó, poco después, en escuchar las baladas del anciano y lo primero que hizo fue llamar por teléfono a la policía. Les dijo que el anciano mendigo se había puesto a hablar mal del alcalde y había que darle, por lo tanto, una buena lección. La policía vino y se llevó al anciano. Hicieron sus investigaciones y llegaron a la conclusión de que se trataba de un rufián que llevaba más de diez años haciendo de las suyas. ¿Por qué hacerse con un rufián como ese en estos momentos? Porque ese rufián había sido durante más de diez años un profesor universitario en una institución gestionada localmente y su jefe había levantado una acusación falsa en su contra. Por eso, hizo una demanda en las altas

instancias de la provincia, pero no tuvo éxito, y por eso tuvo que quedarse a vivir de incógnito en Xijing. En un abrir y cerrar de ojos, se plantó en la entrada de la prefectura provincial para dar su opinión de los hechos. Lo acusaron de hechos cada vez más graves e infundados y él, tranquilo y desvergonzado, no hacía caso y respondía con desfachatez a todas sus preguntas. Se dirigió con lentitud hacia la entrada, se echó para atrás, como solía hacerlo cada vez que se encontraba en una situación difícil. Tras entrar por la puerta se revitalizaba y se envalentonaba. Luego, ya que nadie le escuchaba, renunciaba a buscar audiencia. No regresaba a casa y se quedaba vagabundeando por las calles. La policía lo investigaba durante diez días, pero no encontraban que hubiese cometido ningún error y lo soltaban. O, mejor dicho, lo metían en un coche y lo dejaban a trescientos *li* del centro de Xijing; pero nadie pensaba que el anciano volvía otra vez a las callejuelas de la Capital del Oeste con un carrito de madera y recogía todos los cachivaches y objetos inservibles con los que se topaba en su camino. Los Han ociosos, por supuesto, lo recibían con los brazos abiertos y le animaban a que recitase de nuevo sus baladas. El trapero anciano se hacía el sordo, o se comportaba como si ya nada le importase en la vida —y menos sus baladas—. Por ello se limitaba a refunfuñar algo incomprensible y a gritar: «¡Chatarra!... ¡Me hago con toda la chatarra y vuestros objetos, desechos y ropas usadas! ¡También las vuestras!...». Ese grito se oía cada día, de sol a sol, en las callejuelas de Xijing; y siempre había alguien que tocaba la ocarina —el *xun*¹³— encima de los muros, o que aullaba como un lobo triste, o que lloraba como un fantasma, o como los cientos de pájaros que se posaban en el techo de la Torre del Tambor y que se ponían a piar al mismo tiempo y acompañaban la voz del anciano.

Ese día, el anciano trapero y chatarrero no sacó el carrito de metal y madera y durante medio día se dedicó a dar vueltas de un lado a otro sin recoger ninguna chatarra. Luego se quedó parado en un espacio abierto que hay frente a los muros del templo de Yunhuang, contemplando a varios maestros religiosos contorsionando sus cuerpos y haciendo *qigong* (los ejercicios físicos y respiratorios). También vio que había muchos individuos junto a los muros del templo, ya que ahí se reunían varios especialistas en adivinar el futuro de la gente. El anciano mendigo se acercó a ellos y, en particular, a uno de los maestros adivinadores, ya que quería que le leyese su horóscopo y saber así lo que le iba a pasar en el futuro. Hubo quienes le rodearon y al verlo, uno le dijo:

—Eh, viejo, aquí no se anda uno con tonterías. El gran maestro procede del monte E'mei en la provincia de Sichuan y me merece mucho respeto. ¡Es capaz

de adivinar todo lo que sucederá bajo el Cielo! ¡No se le escapa nada! —Y tras decirle esas palabras, lo empujó.

El anciano se sintió de repente ridiculizado delante de todos y su cara larga y enjuta enrojció de golpe. Del cielo empezó a caer una lluvia abundante y las gotas de agua, al impactar con el suelo, sonaban como las monedas metálicas cuando caen al suelo y una nube de vapor y polvo blanco se levantaba inmediatamente de la superficie. El agua formaba una cortina extensa y brillante ante los ojos de quien la contemplaba de cerca. Caían de golpe innumerables gotas de agua que parecían destellar y que se destruían con la misma rapidez con la que se formaban. Se dispersó todo el mundo y el anciano dijo:

—Llueve en el momento justo.

Tras decir esas palabras, se dirigió corriendo al pórtico de la entrada principal del templo de Yunhuang para protegerse de la lluvia. Debido a su atontamiento, el cual provenía sin duda del estado de aburrimiento que llevaba arrastrando desde hacía un buen rato, o quizá por un dolor de garganta, o para que le oyeran entre tanta agua que caía del cielo, el anciano se puso a recitar de nuevo su balada con un tono de voz más elevado del que solía usar.

Pero no se dio cuenta de que en la entrada al templo de Yunhuang —el templo del Ornamento del Jade semicircular y abombado— se había sentado el Gran Maestro de la Sabiduría auspiciosa y este pudo escuchar de principio a fin la balada satírica del mendigo. En la entrada al templo había una piedra extraña, totalmente descolorida y que estaba al aire libre, y por eso siempre tenía que vérselas con la lluvia y el mal tiempo que habían pulido la superficie de esa piedra y parecía incluso que tuviese venas. Sobre la piedra se alzaba un dragón de mármol con unas tiras verdosas que era de una gran perfección. De lo bien hecho que estaba, ese dragón parecía estar vivo. El Gran Maestro de la Sabiduría auspiciosa contemplaba ensimismado la lluvia que caía del cielo y el dragón de mármol que soportaba estoicamente esa tempestad. Así, escuchaba la balada del anciano:

... Los que se hacen ricos ocupan cargos oficiales y en las instituciones del pueblo abren sus chiringuitos..., y los pobres se quedan a un lado, mirándolos...

El anciano puso una voz gutural y amplia, una voz de alguien que se piensa lo que está diciendo. Se vio un rayo que caía sobre el techo de la entrada del templo y luego se oyó un trueno atronador. Alzó la cabeza y vio que en la parte

occidental del cielo había un arcoíris con sus siete tiras de colores. Había una conexión clara y directa con el día en que aparecieron los cuatro soles en el cielo de Xijing. El anciano sabía que en Xijing todavía podían suceder cosas que eran diferentes respecto a otros lugares en China. Seguro que iba a escucharlo en las noticias al día siguiente: a doscientos *li* estaba el templo de la Puerta a la Ley de Buda —o el templo de Famen, o de la Iluminación—, donde habían descubierto las cenizas de Siddhartha. Los huesos del Buda se encontraban en Xijing y ese acontecimiento era bajo el Cielo un hecho sorprendente y excepcional. El Gran Maestro de la Sabiduría auspiciosa se había quedado sentado y meditaba, pero desconocía que había tenido una iluminación. Se decía que, en estos tiempos, había menos lobos, menos tigres y menos leopardos que antes porque muchos de ellos se habían convertido en seres humanos. Esa era la razón por la cual en estos tiempos había tanta gente repelente. Al mismo tiempo, en la ciudad de Xijing se juntaron en los últimos años muchos maestros de *qigong* que se presentaban como seres con poderes extraordinarios. ¿Podría darse el caso que esos individuos fueran los auténticos salvadores de la humanidad? El templo de Yunhuang poseía prestigio e influencia. Tenía, en una palabra, poder —un poder que atraía irremediablemente a los maestros de *qigong*, sobre todo, de las montañas, los cuales eran especialistas merecedores de la Ley de Buda, o la ley pública (*gongfa*), que también es su significado—. ¿Por qué no merecer también la virtud pública (*gongde*) para poder transmitirla? Por eso esa gente se anunciaba en los periódicos locales. En el templo también se ofrecía entrenamiento y formación respecto a esas técnicas taoístas y, por supuesto, deseaban monopolizar a todos los estudiantes y futuros discípulos e introducirlos en la sabiduría profunda del *gongfa*.

Las clases para la adquisición y desarrollo de las técnicas del gong (el mérito público y el logro por el mérito) se realizaban en tres fases. Meng Yunfang — que era uno de los encargados de la enseñanza— se encargaba de las clases. Meng Yunfang era un investigador muy respetado de un departamento universitario de Historia y Literatura, pero era también muy bueno (y conocido por ello) haciendo otras cosas. Siete años atrás, se pusieron de moda una especie de setas con las que se hacía té rojo que trataba todo tipo de enfermedades y que además fortalecía el cuerpo dándole vitalidad. Él se puso a cultivarlas en su casa. Introdujo una de esas plantas de té en unos jarrones antiguos y los regaló a sus vecinos, sin excepción. Todo el vecindario se benefició de esa planta medicinal, y fue así como conoció a su mujer, que era alguien a quien le gustaba mucho el té. A partir de ese momento, la pareja feliz se puso a trabajar en el consumo de té

rojo como terapia y abrió un negocio para promocionarlo. Al cabo de medio año, en la sociedad también se puso de moda beber vinagre y sangre de gallina. La pareja se puso, por lo tanto, a vender vinagre y sangre de gallina; pero, inesperadamente, beber sangre de gallina provocaba enfermedades. Las mujeres perdían el vello del pubis y la *laopo* (la esposa) de Meng Yunfang —que había consumido sangre de gallina— también lo perdió. Por ello se puso a buscar desesperadamente un médico. Consultó a varios, pero no encontró a ninguno que la curase. Por casualidad se enteró de que uno de sus vecinos poseía una receta muy especial. La *laopo* se fue en su búsqueda, ya que estaba segura de que el vello de su pubis crecería de nuevo. El vecino era un año más viejo que Meng Yunfang y solían jugar juntos al *majiang*. Tras golpear la puerta Meng Yunfang y esos vecinos se vieron otra vez por casualidad, se dieron sus respectivos regalos y se sonrieron. Meng Yunfang había de hecho comprado muchos regalos a su *laopo* para que se los diese al vecino curandero y le dijo:

—Es otra gente quien va a tratar tu enfermedad. ¿Eres consciente de ello?... No te olvides de agradecersele como es debido.

Y la *laopo* (la esposa) de Meng Yunfang así lo hizo. Le dio los regalos al vecino y se lo agradeció con demasiado entusiasmo. Feliz y emocionada, regresaba a casa siempre que veía al vecino; pero Meng Yunfang, en una de las ocasiones, le tenía ya preparado el documento del divorcio, ya que sospechaba que su mujer le estaba engañando, y le pidió que lo firmase inmediatamente. Y se divorciaron. Mi mujer es mi mujer, solo su padre puede vestirla y solo su marido puede desvestirla. ¿Y quién más puede verle el coño a esa mujer?, pensaba. ¡A la mierda con esa mujerzuela! Al cabo de medio año de divorciarse, Meng Yunfang se casó otra vez con una joven de nombre Xia Jie y de la familia Xia, por lo tanto; y esa joven no había vivido en otro sitio. Meng Yunfang y la joven de la familia Xia eligieron una casa que solo estaba separada por un muro del templo de Yunhuang, y ese muro, además, ni siquiera era alto. La vida de la pareja transcurría como un río tranquilo, pero la vida en el templo atraía cada vez más la atención de Meng Yunfang. Sobre todo, con la fanfarria de los instrumentos musicales. Veían cómo los monjes del templo hacían sus ejercicios y estudiaban y practicaban el gong. Cada día escuchaba las instrucciones y anuncio del gong cuando empezaban las clases. Y como un mono, saltó un día el muro y se coló en el otro lado. La primera vez que lo hizo se topó por casualidad con el Gran Maestro de la Sabiduría auspiciosa e intentó escaparse, pero el gran maestro —el *dashi*— le dijo:

—Nosotros ya nos conocemos. ¡Seguro que sí!

Meng Yunfang asintió con la cabeza y le respondió:

—El gran maestro tiene muy buena memoria. ¡Y aún se acuerda de mí!

El gran maestro le preguntó:

—¿Cómo no iba a acordarme de ti? Vuestra flor extraña, ¿ha muerto?

Meng Yunfang le contestó:

—Pues sí, se nos murió. Las profecías del gran maestro se cumplieron tal y como fueron formuladas.

El gran maestro volvió a preguntar:

—¿Y qué fue de tu amigo?... ¿Enfermó y también murió?

Meng Yunfang respondió:

—Enfermó, cierto; pero ya hace tiempo que se recuperó. ¿Cómo sabe el gran maestro que había enfermado? Usted es verdaderamente como un dios...

El gran maestro le replicó:

—Para nada. Si fuera un dios, debería dejar atrás a ese personaje célebre para que cuando nazca charlemos un rato.

—Seguro que otro día —le dijo Meng Yunfang—, él vendrá y le presentará los respetos al gran maestro.

Durante la primera semana de clases de gong, Meng Yunfang se emocionó sobremanera practicando los ejercicios respiratorios del *qigong* y así lo anunció por los cuatro vientos. Cada vez que se juntaba con sus conocidos, hacía todo lo posible por impresionarlos. De hecho, practicaba los movimientos del gong con (y delante de) todo el mundo y la pregunta era siempre la misma: ¿lo sientes? Pues, si lo sentía, ello quería decir que no había gong —es decir, no había un movimiento efectivo y auténtico que trascendiese la realidad ilusoria de este mundo—. Recitó unas palabras que eran como encantamientos y la boca se le llenó de espuma blanca. Empezó a sudar, pero todo ello seguía en realidad sin funcionar. Xia Jie se puso a reír y dijo:

—El hombre se ha enfadado de veras... Ayer noche se me hinchó la barriga y él se puso a desarrollar el gong como si eso fuese a arreglarme la vida... Mi barriga hacía *glu, glu, glu*, y me fui corriendo al agujero de la letrina... Ahora, él ni bebe ni fuma. ¡Y ni siquiera come los cebollinos verdes que le preparo con tanto amor!

Meng Yunfang dijo escuetamente:

—Cierto, no te falta la razón.

Y cada uno de ellos exclamó:

—¡Oh!... Pues con los monjes, seamos monjes. ¿Cuál es el precepto budista

que debemos seguir ahora?...

—... Si esta noche tú no te llevas bien con la cuñada, deberás obedecer por lo tanto el voto supremo del renunciamiento definitivo. —Xia Jie volvió a reír tras decir en voz alta estas últimas palabras y añadió—: ¡Esperaremos pues al renunciamiento definitivo! —Los ojos de la joven Xia Jie parpadearon nerviosamente cuando ella pronunció esas palabras y Meng Yunfang enrojeció de inmediato.

De las palabras de Xia Jie, solo ella y Meng Yunfang conocían su verdadero alcance y significado último. Al principio del periodo de tiempo para el aprendizaje del gong, Meng Yunfang conoció a una novicia del templo que se llamaba Hui Ming (la joven de la «luz de la inteligencia») y tenía dieciséis años. Tres años atrás, la joven se había licenciado en Estudios Búdicos, y tras hacerlo con éxito, ingresó como novicia en el templo de Yunhuang. Meng Yunfang se vio con ella un par de veces y respetaba hasta el límite de la devoción el saber sobre el budismo que exhibía la joven Hui Ming. Fue ella quien le dio para que leyera *Los exámenes de las cinco lámparas*¹⁴ y *El sutra del diamante*¹⁵, y él, para profundizar en su sabiduría, le preguntaba sobre esos textos, sobre todo cuando se acercaban (y él así lo presentía) periodos de catástrofes. Así, de esa manera, compartieron juntos muchas tardes. Hui Ming le gritaba junto al muro al profesor Meng y los dos juntaban sus barrigas a las piedras de ese muro y pasaban largos ratos charlando e intimando. Una noche, bajo la luz de una luna bella y tranquila, Xia Jie regresaba a casa cuando vio a Meng Yunfang y a la novicia tumbados juntos bocabajo en la parte superior del muro y hablando. Como pudo darse cuenta oyendo la conversación que los dos mantenían, llevaban así mucho tiempo. Un mosquito le picó en los dos pies. Con un pie se rascaba el otro pie, y desde un lado del muro, oyó decir:

—¡Hui Ming, esta tesis está muy bien escrita! Ahora puedes descansar un rato...

En la otra parte del muro, se oía decir:

—No estoy cansada. Una persona cansada en una mente cansada. Es con una profunda paz que escribo esta tesis. Yo solo siento la alegría suprema...

En esta parte del muro, se decía:

—¿Y eres feliz como la flor de loto? En el espacio que deja el muro hay dos mundos. Yo os envidio...

Al otro lado de ese muro se oyeron risas de felicidad. Alguien dijo:

—Tú lo puedes ser todo, pero nunca serás monje budista... Buscas la paz

que necesitas en el mundo exterior y no la encuentras... Temo que no puedas alcanzar nunca esa paz...

En este lado del muro, se oyó decir:

—¿Es así?...

Y al otro lado, se dijo:

—Lo que te dije varios días atrás fue ciertamente demasiado riguroso.

Y a este lado, se dijo:

—Eso lo sé yo. El corazón se queda quietecito en su sitio y en boca cerrada no entran moscas.

Al otro lado se dijo:

—El profesor Meng es bueno de verdad. Yo ya he escrito otro libro y te lo confío para que se lo des de tu propia mano al alcalde.

Del otro lado del muro, alguien estiró el cuerpo y de este se alargó un brazo y se dijo:

—Quédate de pie sobre las piedras y yo me lo llevaré. ¡Eh! Y tu pie, ¿tiene poder?

—No lo tiene.

Por encima del muro voló un papel y Meng Yunfang lo agarró. Al mismo tiempo se oyó el sonido de una rama que crujía y se rompía. Hubo alguien que se había resbalado y se había dado con la barbilla en una de las tejas del muro, la cual acabó rompiéndose y cayendo al suelo. Xia Jie creyó estar asistiendo a una representación teatral que ya conocía y dijo:

—Eh, tú, Meng Yunfang... ¡Ve con mucho cuidado, granuja! ¡Que yo ya he visto y leído la gran obra de teatro *Los aposentos del ala oeste*¹⁶!

Meng Yunfang no se había herido y solo había perdido el equilibrio sobre el taburete en el que se había subido para ver por encima de la tapia. La novicia, como un espectro, pasó corriendo por entre las flores del templo y se alejó.

En ese momento, Xia Jie apareció ante Meng Yunfang y este enrojeció y dijo:

—¡No deberías hablar una sola palabra más! Este es un asunto de Buda... Los logros de la virtud son ilimitados...

Se quedaron sin saber qué hacer y ella anunció que debían ir a almorzar. Él dijo:

—Señora, no debe estresarse. Solo debes emplearte a fondo; pero ¡no pagues ahora! Yo lo haré por ti.

Cada uno de ellos sacó cinco yuanes; y, naturalmente, era el bueno de Zhao Jingwu quien pasaba afanosamente por las calles con sus licores y sus platos.

* * *

En el *xian* (distrito) de Tongguan de la prefectura de Weinan, dentro ya de la circunscripción otorgada desde los tiempos de la República de China a la provincia central de Shaanxi —un *xian* que quedaba aproximadamente a unos cien *li* de Xijing—, aparecieron durante esos años unos cuantos Han ociosos y derrochadores que, si no estaban insatisfechos con una cosa, lo estaban con otra. Impacientes y ansiosos, se comportaban como esas bandas de moscas verdes. Entre ellos, había uno de la familia Jue al que llamaban por el nombre de Zhou Min, y estaba claro que ese individuo era un trepa de dientes largos que quería hacerse funcionario y subir hasta lo más alto de la administración pública. Y, por supuesto, quería hacerse rico y depositar a su nombre sus muchos millones en un buen banco privado; pero aún no había encontrado la manera de lograr ese fin y todo eso no era más que proyectos quiméricos. Con las últimas luces del día, aburrido hasta morir y deprimido, leía las páginas de sus libros, se iba a la cafetería o al baile. En el baile, se encontró con una joven bella y atractiva, y luego se presentó todas las noches, ya que necesitaba, ciertamente, ver a esa joven otra vez. Zhou Min pensó de repente que esa joven podía tal vez compartir la misma cama con él. Tras el baile, quiso llevarse a la joven a su casa, pero esta rechazó la proposición de Zhou Min. Entonces, él se llenó de valor y se metió con su bicicleta en un callejón. La joven saltó a un lado y se despidió de él. Dijo que se iba, pero no se movió. Él volvió a insistir y ella, poniéndose a llorar, le gritó:

—¡Te odio!...

Y Zhou Min le replicó:

—Estoy demasiado excitado, y lo estoy como no lo he estado nunca. Déjate querer...

La joven mujer le dijo:

—Odio verte así y justo en estos momentos. ¿Dónde estabas hace tres años? ¡Dímelo!

Zhou Min la agarró del brazo y la colocó detrás de la bicicleta. Los dos se dirigieron raudos como el viento a una de las orillas del río que quedaba a las afueras de la ciudad. Tras aparcar la bicicleta, los dos, abrazados, se revolcaron

sobre la arena fina de la orilla. En ese momento, y tras retozar un buen rato, ella le dijo a Zhou Min:

—Estoy casada y tengo un hijo de dos años.

Zhou Min se asustó e, incapaz de improvisar algo mejor, dijo:

—No me importa. Yo solo te quiero a ti. ¡Cásate conmigo, anda!

La joven se llamaba Tang Wan'er y a partir de ese momento no volvió a olvidar a Zhou Min en su vida. Nada más regresar a casa, le pidió el divorcio a su marido; pero este no estaba de acuerdo, la desnudó y la azotó hasta dejarla en carne viva. Zhou Min no se dio cuenta de nada. Ni se enteró de que el marido de Tang Wan'er la había pegado. La familia de Wan'er había pedido a uno de los hermanos que la siguiese por todas partes y que no le quitase el ojo de encima, y Zhou Min se percató de ello y le sentó como un tiro. Zhou Min se fue a la casa de Wan'er y le dio una paliza al marido. Luego se llevó a su amada y la escondió en una habitación secreta. El *xian* (el distrito) de Tongguan era muy grande y era difícil de rastrear cada esquina para encontrarla y solo las moscas eran verdaderamente originarias de ese lugar y lo conocían bien. ¿Había alguien que conociese ese lugar al dedillo? Al cuarto día, Zhou Min vino a ver a Wan'er y ella le dijo que acababa de ver a un amigo de su marido. Estaba segura de que había venido para investigar en secreto, como un demonio con malas intenciones, el lugar. Zhou Min la escuchó con atención y se dio cuenta de que no podía seguir guardando a Wan'er en ese cuchitril. La cogió, tomaron un taxi, y los dos se dirigieron a Xijing —la Capital del Oeste—. Ahí alquilaron una casa y al principio, en Xijing, los dos se sentían como pez en el agua. Amueblaron la casa con todo lujo y compraron además muchos productos del hogar para la vida de todos los días. Visitaron en primer lugar el estanque de Huaqing, la pagoda del Ganso Salvaje, y entraron varias veces en el hotel de Tanghua y en el paraíso del Caballo Celeste. Esa mujer casada, ya que lo seguía siendo, era de una belleza extraordinaria y le encantaba además frecuentar el lujo exquisito del hotel de Tanghua y vestir con ropas bonitas a la última moda. También le gustaba, y mucho, leer libros y abandonarse a pensamientos extraños que podían considerarse el resultado de un gusto personal muy marcado desde la infancia por lo pervertido y lo bizarro. Los dos pasaron bajo el gran edificio de las telecomunicaciones y sintieron un campanazo —el que marcaba precisamente las horas del reloj que lo coronaba en la parte alta— que casi les dejó sordos. Wan'er dijo entonces:

—La gente que quiere morir salta desde la Torre del Reloj allá en todo lo alto. Esa muerte es a todas luces una muerte espectacular. ¡Vaya que sí!

Zhou Min le dijo:

—Si quisiera suicidarme, yo no me tiraría desde lo alto del reloj. Cogería una cuerda y me ahorcaría colgado de la campana para que todo el mundo lo viese. Con mi cuerpo haría sonar la campana y seguro que la música que surgiría de ella sería extremadamente bella. ¡Oh, la música sublime de la muerte!

Wan'er emitió un sonido claro con su garganta y se precipitó hacia Zhou Min, abrazándolo como una niña mimada que necesita la protección de su padre. La joven Wan'er se puso a contarle lo malo que era su marido y lo mucho que discutían. A ella le gustaba cantar, sobre todo serenatas nocturnas, que la apaciguaban cuando había malas ondas; pero el marido la pegaba cada vez que se ponía a hacerlo, ya que no soportaba que ella expresase sus sentimientos.

Zhou Min, perplejo por las palabras que había oído, le dijo:

—Eso sucede porque ese tipo no te comprende.

Y la joven casada le replicó inmediatamente:

—¡Yo solo tengo fuerzas! Sí, eso, fuerzas; pero mi cabeza es como la de un asno...

Un mes después, los dos, cada vez más debilitados por el ritmo que les habían impuesto sus cuerpos, casi se habían vuelto locos y ya apenas les quedaba dinero para gastar. Zhou Min sabía que una buena esposa no solía actuar así con otros hombres. En realidad, Tang Wan'er era una mujer bellísima y, en una ciudad del tamaño de Xijing, no podía realizar todos los deseos que Zhou Min exigía de ella, ni las cosas que él ansiaba alcanzar. Ahí en la Capital del Oeste, ni las nuevas películas, ni las nuevas ropas, ni los nuevos objetos de decoración escaseaban; pero ni los pensamientos ni los temas de conversación eran nuevos. Cada mañana, sin embargo, los rayos de sol bañaban los muros decaídos y en constante descomposición que amurallaban la antigua ciudad. Los rayos de sol pasaban por encima del muro y eran, al fin y al cabo, rayos de sol. En los altares de las flores —es decir, en los tiestos improvisados que había en los muros—, crecían, como era natural, unas flores. A pesar de que la autoridad de la joven se veía siempre superada por la de su marido, había un día al año en el que se veía reconocida, y ese día era el ocho de marzo: el Día Internacional de la Mujer. Su marido tenía en realidad ochenta años, pero ello no le impedía comportarse con ella como un jovencito sobrecitado al ver el cuerpo joven y bello de una mujer. Zhou Min se deprimió; pero no podía decírselo en esos términos a Tang Wan'er y se iba a la parte superior de la muralla para tocar la ocarina. Lo hacía una vez por la mañana y otra cuando se ponía el sol. Durante el intervalo de

tiempo entre esos dos momentos, se iba al centro de la ciudad a buscar un trabajo con el que ganarse la vida. Descubrió que no lejos de donde vivía estaba el templo de Qingxu, el cual era pequeño comparado con otros templos. Dentro de ese templo se habían reconstruido varias habitaciones laterales y Zhou Min iba ahí a menudo y se zampaba la carpa forrajera que compraba diariamente.

Zhou Min tenía una expresión facial despejada y había siempre algo de limpio y puro en ella, que no reflejaba el estado interior de la persona. Consiguió quizá por esa cara un trabajo en una obra que debía reformar ese templo. El jefe de la obra le pidió que saliese a hacerse con unos materiales de construcción y esos materiales de construcción iban a ser examinados por una antigua novicia del templo. Poco después, y ya que se vio obligado a ello, conoció a la *shifu* (maestra) Hui Ming y los dos conversaron de todo un poco, y Zhou Min supo entonces que la *shifu* Hui Ming había frecuentado hacía no mucho el templo de Yunhuang, ya que era todavía joven y deseaba aprender de la sabiduría de Buda. Había alcanzado con el tiempo una gran erudición y, a pesar de que no se encargaba de la casa, ya que no era su hogar, se la veía siempre por todas partes y actuaba según su propio interés y como le venía en gana. Había varias novicias que se encargaban de vestirla. Zhou Min encontraba a Hui Ming muy bella y pensó que debía intimar con ella. Tanto si pasaba algo como si no, debía intentarlo. Un día, mientras leía un libro que había cogido, alzó de repente la mirada y vio a Hui Ming, que estaba bajo unas flores y le hacía una señal con la mano. Ella se encontraba bajo varios racimos de flores violetas de glicina que colgaban de unos soportes de madera. Olvidó el libro que tenía entre las manos y se acercó a ella. Hui Ming le dijo:

—Eres un fenómeno. ¿Qué estás leyendo?

Y Zhou Min le respondió:

—*Los aposentos del ala oeste*, y como se dice en esta obra, en el templo de Putuo...

Hui Ming le replicó:

—¿Crees que el templo de Qingxu es peor que el templo de Putuo?

Zhou Min se giró y miró alrededor. Pero ¿quién habla?, se preguntó él. Hui Ming se puso a reír y, con solemnidad, dijo:

—Ven, anda. Constaté que tú no eras un trabajador de poca monta y me convencí de que te gustaba en realidad leer libros. Incluso que te gustaba observar el jaleo y sabías que los libros, cuando los lees en lo más profundo de la noche, te revelan ideas interesantes sobre la gente.

Y Zhou Min dijo:

—Así es como no puede ser de otra manera; pero no sé cómo es la gente, ni si él desea que le vean cuando se le pide. El maestro así lo recomienda...

Hui Ming le dijo:

—Ya puedes servirte de tus palabras dulces. En la ciudad de Xijing, nadie lo verá. Créeme. De todas formas, ahora se escribe el nombre de todas las calles y todas las puertas llevan su número. Se puede incluso ver el apellido de la gente. —Zhou Min se deleitó al oír esas palabras y quería irse, pero Hui Ming aún añadió—: Espera, espera... Aquí me queda todavía una carta. ¡Dásela ya!

Zhou Min cogió el sobre sellado y se fue a buscar la callejuela cuyo nombre había escrito en la carta. Detrás del muro del templo de Yuanhuang buscó a Meng Yunfang y este se entusiasmó al verlo, le cedió el asiento y le sirvió té. Le preguntó sobre las circunstancias que le llevaban hasta ahí y qué estaba leyendo o qué artículo estaba escribiendo en esos momentos. En la ciudad de Xijing, él conocía a todo el mundo. Zhou Min abrió la boca y le enseñó los dientes al responderle. Meng Yunfang le permitió entonces entrar en su estudio, el cual estaba templado. De regreso, durante la noche, Zhou Min habló a Tang Wan'er y esta le dijo a su vez:

—Xijing no ha cambiado nada desde la antigüedad y nosotros aquí no tenemos donde caernos muertos. Tampoco tenemos donde apoyarnos. Podemos vernos con el investigador y estudioso Meng y ello es una suerte tan inmensa como el cielo. No debes seguir las recomendaciones de Hui Ming. Ve una vez y lo dejas. Si vas varias veces, no te servirá de nada.

Zhou Min confiaba en las palabras de una mujer casada y según lo que le había dicho, solo fue una vez. Hui Ming actuaba, como era de esperar, como la abanderada de la causa y traía inevitablemente un plato con unas verduras y un pescado con cola. Xia Jie se sintió bien y él hacía siempre ciertos comentarios sobre la ropa de Meng Yunfang. En el mes de enero recibía muchas visitas y Zhou Min empezó a redactar textos breves con lo que oía que salía de la boca del maestro. A Meng Yunfang le gustaba aleccionar a los otros y dárselas de maestro experto. Por supuesto, era capaz de hablar con la misma soltura de la estética clásica china que del arte contemporáneo en Occidente. Zhou Min asentía con la cabeza varias veces ante todo lo que decía Meng Yunfang como si no pudiese detenerse y sin perder tiempo escribía un artículo con las instrucciones que le indicaba el viejo maestro. El viejo se quejaba de todo y ello parecía no costarle el menor esfuerzo. Durante un tiempo, Meng Yunfang se convirtió en una celebridad cultural dentro de los muros de la ciudad. Uno de esos monumentos

que no se sabe muy bien (ni nadie lo recuerda) alcanzan un prestigio altísimo en un lugar y ahí parece que se quedan eternamente. A Meng Yunfang lo conocía, ciertamente, mucha gente, y trabajaba además para un periódico, en el cual había logrado subir hasta lo más alto, pero le quedaba tiempo para leer y escribir algún artículo que otro. Y si no le quedaba tiempo, se juntaba con los hombres de cultura. En realidad, solo se juntaba con ese tipo de personajes, ya que se sentía liberado (y relajado) en ese ambiente. Meng Yunfang soltó esta frase: «Muchos son los bellos y elegantes que hay en Tongguan, el paso de Tong, y todos ellos son además listos como el hambre»; y en su cara se dibujó inmediatamente una sonrisa poco marcada cuyo significado final escapaba a la comprensión de Zhou Min. Esa afirmación había incluso avergonzado al viejo maestro. En ese momento, buscarse problemas no era lo más conveniente. ¡Vaya banda de locos chochos componía el grupo de editores de los periódicos en esa época! Meng Yunfang sonreía:

—Reconozco que tú no eres el Jue'r que conocía, ese que se tumba en el suelo plano y no hace nada durante todo el día. ¡Ni un vocero de mierda! Yo conozco a todos los gacetilleros de esta ciudad y sé todo lo que cuentan. Ahora, incluso si las familias están saturadas, yo digo que mis frases nada tienen que ver con el agua que se esparce y acaba deshaciéndose. Las palabras, una vez fuera, no pueden volver atrás. Quiero integrar con el mínimo esfuerzo el Círculo Literario y Artístico de Xijing y comprender así cuál es el estado actual de esos productos del espíritu. Y tú, ¿qué sabes de todo eso? ¡Dímelo, anda!

Zhou Min le respondió:

—Yo sé, y muy bien, lo que se está cociendo en ese mundo y dan ganas de llorar.

Meng Yunfang dijo:

—Xijing está lleno de ociosos, y los hay de dos tipos. Unos son los ociosos sociales, y los hay entre ellos que ocupan puestos importantes y otros que no. Los hay que tienen una profesión y los hay que no; pero todos ellos poseen poder, energía y recursos. Prestan una atención especial a un detalle: la lealtad mutua. Quiero decir, la lealtad sin fisuras, la lealtad amorosa que se profesan entre ellos mismos. Realizan todo tipo de tráfico de mercancías y ejercen como consejeros de los políticos. Los hay que se van de juerga, beben y comen hasta saciarse, y luego se van de putas. A estos solo les basta con fumar opio, aunque ya no lo hacen. Son farfulleros y lían a la gente para obtener lo que ellos quieren, pero no roban a nadie, ni sus propiedades ni su dinero. Cualquier incidencia que aparece se convierte en una incidencia que desaparece inmediatamente. Ellos

son los que imponen con sus gustos la moda vestimentaria de Xijing, así como las modas alimentarias. Son ellos quienes provocan el desarrollo económico de Xijing y se mezclan con la misma facilidad con los que caminan con elegancia sobre el tapiz rojo. Y no solo acaban controlando el tapiz rojo, sino que también lo hacen con el tapiz negro. Estos que representan este grupo también manejan los hilos desde la oscuridad. Luego están los cuatro individuos y esos cuatro tipos son unos grandes rufianes. Ese tipo de gente te trata bien, pero te corta el cuerpo en pedazos y te los da a comer. Y si encima dices que no te gusta, te miran mal y caes en desgracia. En ese círculo, tú no deberías meterte. ¿Cómo hablar de esa gente? Escucha atentamente sus palabras y te darás cuenta de que son claras como el agua: ellos no llaman dinero al dinero. ¡Lo llaman un «puñado»! Así, como suena. Se pusieron de acuerdo en que los hermanos no debían llamarse hermanos simplemente, sino «hermanos de hierro», y a buscar esposa se le llamaba «hacer agujeros en un muro», ¡y a las mujeres hermosas se las llamaba «bombas»!... Meng Yunfang quería seguir hablando y Zhou Min sonrió humildemente. Meng Yunfang le dijo: ¿No te has quedado convencido?

—No, no es cierto. Sí que me lo creo —respondió Zhou Min; pero en el fondo actuaba como buen nativo que era del *xian* de Tongguan y sabía que en toda gran ciudad había necesariamente grandes ociosos, al igual que en un *xian* pequeño había necesariamente ociosos pequeños, etc. Por lo tanto, no podían compararse dos cosas que eran de un tamaño tan dispar, aunque tuviesen algo en común que las unía. Y Zhou Min añadió seguidamente—: Respecto a la sociedad de ahora, es fácil imaginar que este tipo de cosas sucedan... Sí, todo es posible ahí... ¡Creo a pies juntillas todo lo que me has contado!

Meng Yunfang le dijo con su pico de oro:

—A esa gente no hay que mencionarla. Ahora te hablaré del segundo tipo de ociosos, que son los ociosos culturales. En la ciudad de Xijing hay cuatro rufianes a los que todo el mundo conoce... Cuatro tipos de gran reputación entre los jóvenes como entre los viejos... Están en contacto con el mundo de las artes y las letras de la Capital del Oeste, y seguro que conoces a los cuatro. El primero de esos cuatro nombres célebres es el de un pintor que se llama Wang Ximian, que este año hará cuarenta años. Se ganaba la vida como joyero especializado en la talla y el pulimiento de la piedra de jade y solo en su tiempo libre se dedicaba a la pintura. De esa manera, a lo largo de los años, numerosas son las obras de arte que han visto la luz gracias a su mano. La Academia de Bellas Artes de Xijing quiso que se integrase como profesor en esta sacrosanta institución, pero él optó por la Gran Pagoda del Ganso Salvaje, que lo contrató como pintor,

aunque su trabajo consistía principalmente en clasificar libros muy finos y pequeños, que había cientos, e ilustrarlos. Cada día, Wang Ximian dibujaba en cuatro o cinco de esos libros, que eran supervisados por el jefe de la pagoda del Ganso Salvaje, y luego eran vendidos. Wang Ximian se llevaba un porcentaje bastante elevado, ya que el dinero que se obtenía con esos libros ilustrados era muy elevado. Lo extraordinario era que todos los otros maestros de Xijing lo copiaban y llegó a ser más imitado que Shitao, Bada Shanren, Zhang Daqian o el mismísimo Qi Baishi¹⁷. Dos años atrás, las pinturas de Shi Lu¹⁸ se preciaron al alza. Sus pinturas podían contarse por numerosos pergaminos y aparecieron muchos falsos. Incluso los miembros de la familia de Shi Lu eran incapaces de reconocer los falsos de los auténticos. Shi Lu tenía mucho dinero, una buena esposa y no tenía rival en lo que se refería al uso de la tinta sobre un papel fino, pero carecía ya de pasión. El verano pasado, le invitó un amigo a hacer una excursión por los caminos de la montaña de Wutai, al sur de la ciudad de Xijing, y también les acompañé. Impresionaban su porte y sus modales, ¡y se presentó con cuatro taxis y uno de ellos estaba lleno de mujeres bellas! Su nueva amante perdió un anillo de oro mientras se bañaba en uno de los riachuelos de las montañas y todo el mundo se precipitó hacia ese riachuelo para encontrarlo. Se arrojaron dentro del agua como auténticos locos para buscarlo y Shi Lu dijo: «Pues si se ha perdido, se ha perdido y no hay nada más que hacer».

»El anillo le había costado de Shi Lu la friolera de doce mil yuanes y metido en el dedo, con la carne enrollada, parecía en realidad un huevo sucio y feo. De su bolsillo sacó el dinero y se lo dio inmediatamente a la mujer, y el fajo de billetes, te puedo asegurar, porque los vi con mis propios ojos, era bien gordo.

»Hay otro tipo cuya insignia y nombre encontrarás si paseas por las callejuelas de Xijing. Se trata del célebre calígrafo de Xijing, Gong Jingyuan. Durante el periodo republicano, todas las insignias caligrafiadas de las tiendas corrían a cargo de Yu Youren¹⁹, ya que sus caligrafías eran famosas; pero Yu Youren no era Gong Jingyuan ni Gong Jingyuan era Yu Youren. Era con las mujeres igual que Wang Ximian: parecía que las coleccionaba, pero carecía de hecho de la marcada tendencia al encaprichamiento arbitrario de Wang Ximian y de su capacidad para hacer el papel adecuado en el teatro del amor. Lo que estaba bien, estaba bien, y luego había que pasar página. Todas las mujeres que estaban bien se consideraban (ellas mismas) amantes de ese que apellidaban Gong; y Gong Jingyuan se daba, por supuesto, por aludido. Pero su nombre era en Xijing sinónimo de dificultad, ya que evitaba a la gente y sobre todo declinaba las ofertas de quienes le pedían que caligrafiase su nombre. Gong

Jingyuan se vendía caro y le pedía a su mujer que hiciese ese tipo de servicios, así como el de repartir sus pergaminos. Un pergamino, mil quinientos yuanes; y una insignia para una tienda u otro tipo de negocio, restaurante, etc., tres mil yuanes. El comercio estaba claro. Y era la mujer quien se encargaba de administrar el dinero y a su marido Gong Jingyuan no le daba ni para pequeños gastos, y fue por esa razón que el pintor se puso a jugar al *majiang*, pero la fortuna no le sonrió y perdió en una sola noche diez mil yuanes y tuvo que ponerse otra vez a garabatear caracteres chinos sobre papel fino y venderlos. Gong Jingyuan se echó fama de jugador (y apostador) empedernido y la policía lo detuvo en tres ocasiones. En las tres ocasiones, sin embargo, consiguió salir libre y sin cargos porque les ofrecía a los policías una caligrafía con sus nombres. A la policía, el arte exquisito de la caligrafía de Gong Jingyuan le subyugaba y lo dejaban ir. Y algo parecido sucedía con los hostales donde se quedaba y las cantinas en las que se llenaba la barriga. El jefe cocinero de la sociedad de artes culinarias de Xijing le preguntó en cierta ocasión: «Eh tú, Gong Jingyuan, ¿ya te lo has comido todo o qué?», y si había comido todo, el chef se iba contento y satisfecho; pero si no se lo había comido todo, el chef se sentía humillado en lo más profundo de su ser. Lo cierto es que los hosteleros lo recibían como si fuese un Buda.

»El otro rufián célebre de la Capital del Oeste era Ruan Zhifei, el director de la orquesta de Xijing. Había sido un actor de ópera de Qinqiang²⁰, la ópera de regional de la provincia de Shaanxi, y, como se suele decir, había aprendido de sus ancestros, y de generación en generación, a «soplar el fuego», «torcer el silbato» y «jugar con los dientes de los colegas». Y hay que reconocer que en esas cosas era único. Cuando la ópera de Qinqiang y los teatros se vaciaron, se puso a dirigir un grupo ambulante de baile y cante que era contratado de forma privada. Él mismo se encargaba a su vez de contratar a los actores y las actrices que mejor le convenían. Iba incluso más allá: se caracterizó por contratar a gente poco recomendable. Gentes que nunca en su vida hubieran subido a un escenario o se pondrían a cantar, o disfrazarse con ropas chillonas, pero que solo por dinero eran capaces de hacerlo, fueron contratadas por Ruan Zhifei. En apenas cinco años, esa *troupe* se hizo famosa a los dos lados del río Yangzi y el dinero les caía del cielo como los copos de nieve flotan en un día de tormenta. Al cabo de cinco años, el baile y el canto bajaron de nivel y la banda se dividió en dos grupos. Un grupo actuaba unas veces en la ciudad y otras en el campo. El otro se quedó permanentemente en Xijing, donde abrió una sala de baile para actuar. Los billetes para entrar costaban unos treinta yuanes y la gente se volvía loca por

hacerse con uno y entrar a bailar. Esos tres rufianes célebres de la vida cultural de Xijing, Gong Jingyuan, Wang Ximian y Ruan Zhifei, pertenecían al grupo de los ociosos sociales, y seguían las modas efímeras que llegaban a la Capital del Oeste como unos auténticos esnobs. Además, sabían que vivían de gente bien colocada en las altas esferas de la función pública y extranjeros occidentales. Solo quedaba el cuarto célebre de Xijing, a pesar de que su esposa estaba contratada en el museo del Bosque de las Estelas y había abierto una librería llamada Venus. Él, sin embargo, ni iba corto de dinero ni ansiaba particularmente hacerse con más. Lo único que quería era escribir sus artículos en casa. Sin embargo, los sucesos de este mundo son extraños y más no deseas una cosa, más esta se pone a tiro de piedra y más la acabas poseyendo. En ese grupo de cuatro célebres, solo él, y de lejos, ocupaba un rango moral alto, muchísimo más alto que el de los otros. Seguro que vosotros también sois del *xian* de Tongguan, el paso de Tong, como él.

Zhou Min había oído de la palabra torrencial y desbocada de Meng Yunfang que decía: «Ah, vosotros los del *xian* de Tongguan...». Se quedó callado durante unos segundos y luego dijo:

—Pues debe ser el escritor Zhuang Zhidie... ¿No es así?

Meng Yunfang acabó contestando a su propia pregunta:

—¡Cierto!... El gran escritor Zhuang Zhidie²¹... Si no, os diría que en Tongguan abundan los tipos elegantes y la gente posee espíritu. Yo he leído los artículos que tú has escrito con tanto amor y he pensado en Zhuang Zhidie... Él encarna vuestra arrogancia y vuestro orgullo, y tú lo conoces probablemente...

Zhou Min dijo:

—De nombre, sí, y desde hace bastante tiempo. Un año que él fue a Tongguan para escribir un ensayo en una revista académica y dar una conferencia, yo fui en su búsqueda tras saberlo, pero la lectura pública ya había acabado y no pude verlo. En Tongguan había mucha gente que amaba escribir artículos de todo tipo y quizá era debido a la influencia de Zhuang Zhidie. Vi su fotografía, pero no pude verlo a él en persona.

Meng Yunfang repuso:

—De esos cuatro célebres, es Zhuang Zhidie a quien yo quiero más y también es al que más admiro. Es, si no el mejor, uno de los mejores escritores del Círculo Literario y Artístico de Xijing. Si te vas al diario para hacer algo, tal vez te pueda ayudar yo; pero yo voy lento con estas cosas y su palabra puede serte muy útil. Él tiene la costumbre de venir a mi casa a comer y beber. Si no te

importa, el miércoles o el sábado por la tarde, te pasas. No te aseguro nada, pero no tardará en pasar por aquí y te topará con él. Escucha sus opiniones y lee lo que escribe en el periódico.

Desde ese momento, Zhou Min se presentaba cada miércoles y cada sábado por la tarde en casa de Meng Yunfang. Se vestía con ropas limpias y bien planchadas, y además se engominaba el cabello e iba bien peinado. Había escritores, guionistas, pintores y gentes del espectáculo que iban a la casa Meng con el solo fin de ver a Zhuang Zhidie. Zhou Min pasó un periodo en el que no podía ir al diario a trabajar. Pero ya que debía ganarse la vida, y no podía dejar de ingresar dinero para llenar la hucha vacía, el corazón empezó, como se suele decir en la lengua de Xijing, a hacerse cenizas.

Durante esos días, Hui Ming volvió a permitir que Zhou Min librase una carta a la casa Meng. Los dos —Zhou Min y Meng Yunfang— tomaban juntos el té y, por supuesto, hablaban de Zhuang Zhidie. Meng Yunfang le dijo a Zhou Min que Zhuang Zhidie no solía pasar al principio mucho tiempo en la ciudad. Por la mañana vio a Hong Jiang, de la librería Venus, y no pudo evitar preguntarle por el bueno de Zhuang Zhidie. Desde hacía un año la reputación del literato iba en claro aumento, pero su cabeza —o, mejor dicho, su estado de ánimo— iba cada vez peor. Se sentía deprimido de una manera extraña, como aquejado por una intensa melancolía cuyas razones no llegaba a explicarse. Llevaba ya fuera mucho tiempo ¡y nadie le llamaba! Zhou Min ya lo había oído decir y bostezó cuando Meng Yunfang se lo comentó de nuevo. Meng Yunfang recibió el mensaje de la mano de Zhou Min y le preguntó si podía ir a la Sala de la Cultura a buscar a alguien. Si la encontraba, que le dijese si debía ir a la *Revista de Xijing* o no. Zhou Min leyó la carta y junto a los nombres de Meng Yunfang y Zhuang Zhidie estaba el de una tal Jing Xueyin. Zhou Min no sabía que Jing Xueyin era una mujer y menos que era la directora del departamento de Cultura de Xijing, y le preguntó a Meng Yunfang que de quién se trataba. Meng Yunfang sonrió maliciosamente y no le respondió.

Zhou Min se había sumido en mil dudas y no acababa de creerse lo que estaban escuchando sus oídos. Ni tampoco lo tenía muy claro. Llevó el mensaje a la Sala de la Cultura. Al ponerse el sol, se fue otra vez a ver a Meng Yunfang, el cual se encontraba casi desnudo. Solo llevaba encima unos calzones anchos y estaba sentado en su despacho garabateando algo sobre un papel. Su boca se abrió para decir algo, pero su cuerpo no se movió un ápice. Zhou Min, que estaba fuera de la casa y quería entrar, no podía esperar más y alzó la voz para decirle:

—Maestro Meng, soy yo, Zhou Min... —Apretó el botón de la puerta de la entrada y esta se abrió y Zhou Min pudo entrar.

Tragando saliva, se arrodilló ante Meng Yunfang, el cual se asustó al verlo delante de él con ese gesto tan extraño e inesperado. Creyó comprender lo que estaba pasando y le preguntó:

—¿Todo solucionado?

Zhou Min enrojeció y le contestó:

—¡Sí, lo he entregado!... ¡Se lo juro! —Y tras decir esas palabras, sacó de una bolsa de viaje un pegote de *biluoluochun*, ese tipo de té verde, un par de botellines de polvos de frutas con vitamina C, un saquito con unas raíces de bambú, un saquito de esas setas de la provincia de Ningxia que llaman «concubinas imperiales» y un saquito de hongos del árbol de *shi'i*.

Meng Yunfang le dijo:

—Mi querido compañero, eres un cielo... ¿Me has traído unos regalos?

Y Zhou Min le replicó:

—Si considera esto unos regalos, en el Cielo se va a armar un gran alboroto. Lo cierto es que cada vez que me pongo a escribir, me canso. Pensé que le harían gracia estas cosas y se las compré; pero le prevengo: me ha resultado imposible comprarle otra cosa. Maestro Meng, mil gracias por su ayuda. ¡El ochenta por ciento de este asunto ya está realizado!

Meng Yunfang le replicó:

—Yo dije de ir a buscar a Jing Xueyin. Ella pertenece a la Sala de la Cultura y antes trabajaba en el diario como editora... ¿Y quién no le ha visto la cara alguna vez?

En el interior de la casa estaba Xia Jie, y separando las cortinas de la habitación en la que se había quedado medio dormida, dijo:

—Querido compañero... ¡Ah!... Deberías prestarle más atención a la gente. Sí, a la gente real, la de carne y hueso... Y ahora, con esos regalos, ¿por qué te ha dado por mostrarle tanta piedad filial al charlatán hipócrita de Meng Yunfang?

Zhou Min sonrió y dijo:

—Oh, usted, que es la señora de mi maestro, ¿no estaba durmiendo?... Y yo, cómo oso olvidarte... Acabo de pasar por la tienda de jade de Lantian y entré a echar un vistazo... Allí vi una pulsera, la pulsera del crisantemo de jade... Pero alguien ya la había comprado. Ay, con ese tipo de joyas valiosas, se pueden comprar..., a ver, ¿cuántos vicedirectores? ¿Uno? ¿Dos, tres?... Vete a saber...

Ah, les dejo a ellos que se hagan con este tipo de cosas... Al cabo de tres días, pude, sin embargo, hacerme con uno y espero que ahora entre por sus ojos y lo acepte...

La señora dijo:

—Ya veo que actúas como el hijo pródigo. ¡Vaya regreso! ¡Eres imparable, amigo! ¡Vaya que sí!

Zhou Min volvió a sonreír y Meng Yunfang abrió uno de los botellines con los polvos de vitamina C. Llenó tres de tacitas, él se quedó con una y le dio otra a Zhou Min y otra a su mujer Jia Xie. Zhou Min le dijo que él no bebía esas cosas y le dio la tacita a la esposa de su maestro.

Meng Yunfang dijo, sujetando con una mano la taza de agua y vitamina C:

—Bienvenido a mi familia. Ahora eres como mi hijo. ¡Ahora soy yo quien te recibe con los brazos abiertos!

Zhou Min le dio un sorbo a su tacita y vio que se movían las cortinas de la habitación y se puso a explicar su encuentro con Jing Xueyin. La mujer le señalaba con el dedo y él no sabía exactamente el porqué. Zhou Min salió al patio y dijo con voz calma:

—¿Por qué no vienes? No te pasa nada.

—¿Dinero? —dijo la mujer.

Zhou Min replicó:

—El dinero no es todo para ti. ¿No es cierto?

—Tú ya me pagas con dinero y otras cosas —dijo Jing Xueyin—. Lo que te ofrezco no es moco de pavo.

Y Zhou Min le contestó:

—Lo que te ofrezco vale más que el dinero. Míralo bien.

Pero la mujer dijo que eso no funcionaba y que debía actuar como un mendigo: abrir la boca y esperar a que alguien le diese algo.

Zhou Min se puso las manos en los bolsillos y sacó el dinero que llevaba. La mujer empezó a insultarlo y se fue. Zhou Min regresó a la habitación y continuó hablando con una sonrisa en los labios:

—Esa que apellidan Jing tiene un carácter noble, pero ¡vaya temperamento! ¡Tiene el carácter del diablo! Tras verla, mi cuerpo y mi mente se desestabilizaron y me puse a temblar, y las manos me sudaban. ¡No me atrevía ni a moverme! Luego me condujo a las oficinas del diario, allí donde manda. ¡Y cómo lo hace! ¡Con qué talento! Quería ver al editor en jefe Zhong Weixian y tener noticias del jefe de Partido en la provincia. El editor en jefe, sin perder un

segundo, le dijo que tendría noticias de él en tres días, y entonces me di cuenta: ¡ese era el poder de esa mujer!

Meng Yunfang dijo:

—Eso, en realidad, tú todavía no lo sabes.

Jing Xueyin era en realidad la directora de la Sala de Cultura y uno de los jefes del departamento. Salvo el jefe provincial del Partido, ¿había alguien que podía permitirse el lujo de verla por encima del hombro? Pues no. Como se suele decir en Xijing, hacía temblar incluso a los que tenían los dientes fríos y bien puestos. Además, el vicesecretario de la provincia que se encargaba de la Cultura, que era además el jefe del Partido, tenía su misma edad y estaba bajo las órdenes de su padre, y ello no le inspiraba demasiado respeto a Jing Xueyin. El jefe de la Propaganda era el secretario de su padre y ello lo hacía manejable a los ojos de Jing Xueyin. El viejo (y hablo ahora del padre de Jing Xueyin) había dejado la provincia de Shaanxi y se había ido a vivir a la provincia vecina, la de Shanxi, donde le había transferido el gobierno central. Incluso cuando la gente no está en Shaanxi, el tigre deja la montaña para que le vean. O lo que es lo mismo: incluso estando ausente y en la lejanía, el viejo seguía ejerciendo el mismo poder sobre las gentes de Xijing, y su hija moviendo los hilos desde dentro.

Zhou Min escuchó con atención y dijo:

—Todo eso ya lo sé, y muy bien. ¿Tiene Jing Xueyin la misma edad que el maestro Zhuang?

Meng Yunfang le respondió:

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Bueno, no lo sabía; pero se lo oí decir al maestro Zhuang Zhidie —se precipitó a decir Zhou Min—. También oí decir que él está escribiendo en estos momentos una novela larga y me dijo que pasaría a verte uno de estos días. Por cierto, ella me dijo que Zhuang Zhidie estaba muy viejo... ¡Y era cierto! Hacía muy mala cara... —Tras decir esas palabras, Zhou Min sonrió maliciosamente y añadió—: Meng, mi maestro, estos asuntos requieren mucho cuidado y toman su tiempo. Todo esto debe evitar cualquier tipo de brusquedad y no debe preocuparte en exceso cómo lo hacen. Después de lo sucedido, el maestro Zhuang Zhidie quiere volvernos locos a todos.

Meng Yunfang terminó diciendo:

—Así es. Yo ya he escrito una crítica a su artículo y ahora te toca a ti escribir otro sobre el gran escritor Zhuang Zhidie; eso te dará un lugar la *Revista de*

Xijing, que es lo que deseas... ¡Seguro que sí!...

Zhou Min volvió a darle mil gracias a Meng Yunfang por sus consejos, echó un vistazo al reloj que colgaba de la pared y salió apresurado.

* * *

Tang Wan'er no le vio la cara a Zhou Min durante todo el día. Sabía que había tenido que salir corriendo para ir a trabajar. Al mediodía, ella ya había cocinado algo de *mashi* —la «comida del gorrión», que es una sopa que contiene unas pepitas de pasta y unas verduras, y que es típica de la provincia de Shaanxi—, y ahora la recalentaba otra vez. Luego calentó agua y se lavó, se enjugó la boca, se puso las bragas y el sujetador, y se perfumó. De esa manera, y con el fin de consolarle, le esperaba a él. Pero Zhou Min no había regresado y por esa razón se echó sobre la cama y se puso a leer un libro. Se hizo de noche y en la oscuridad profunda pudo oír al otro lado de la puerta unos pasos. De repente, el cuerpo se le ablandó y se deslizó. Se cubrió el rostro con el libro y se puso a dormir. Zhou Min golpeó la puerta y la puerta se abrió por sí sola. Nada más entrar vio la lamparita iluminada que estaba junto a la cama. Su mujer se quedó inmóvil, sin emitir el menor sonido. Con los dientes, se mordía la lengua, y Zhou Min pudo verlo y se asustó.

Zhou Min dijo:

—¡Tú no estás durmiendo!..., y estás desnudita, desnudita... ¡Y la puerta estaba abierta! Pero ¿a quién esperabas?

La mujer le respondió airada e irónica:

—¡Tenía la esperanza de que llegase un violador y me violase!

—Venga, no digas tonterías —dijo Zhou Min—; y si un día no vengo, ¿podrías soportarlo?

Su esposa replicó:

—Sabes de sobras que habrá un día en que no regresarás.

Zhou Min le comentó que había ido a ver a Meng Yunfang y este le había pedido que escribiese un artículo sobre Jing Xueyin y que la viese de nuevo. Ese asunto, le dijo a Tang Wan'er, su esposa, estaba ya prácticamente hecho. La esposa se mostró feliz por lo dicho por su marido y, totalmente desnuda, se fue a buscar un bol caliente de *mashi* y vio a su marido a través de la luz de la lámpara. Dejó el bol sobre la mesa y le alcanzó un barreño de agua a Zhou Min, que iba sucio y necesitaba lavarse. Luego apagó la luz de la lámpara y los dos se

metieron en la cama para divertirse un rato y... □□□□□□²² [el autor ha borrado aquí trescientas doce palabras de la versión original]. La esposa le preguntó:

—¿Y qué apariencia tiene esa Jing Xueyin? Parece ser que esa mujer ha nacido con un pan bajo el brazo... Y con Zhuang Zhidie, ¿se lleva bien? ¿No estaban liados?

Zhou Min le contestó:

—El rostro de Jing Xueyin no es tan blanco como el tuyo, pero es cierto que no tiene muchas arrugas. No es guapa, si te digo la verdad. Sin embargo, anda de forma elegante y con mucho porte. Tiene un tono de voz alto que le da solemnidad cuando habla. Ah, y hay otro detalle que no por ser el último es menos importante: le gusta sonreír a los hombres.

La esposa apartó a un lado la cabeza de Zhou Min, ya que temía el olor a tabaco de su aliento, y le dijo:

—¿Y dónde hay una mujer a la que no le guste sonreír a un hombre?

Zhou Min le replicó:

—Escuché lo que me dijo Meng Yunfang. Ella tiene en muy alto concepto a los hombres, y las mujeres son seres vacíos para ella. Tal vez es por eso que no tiene ninguna amiga de su mismo sexo.

La esposa dijo:

—Ya me lo suponía. A ese tipo de mujeres le gusta recibir favores en el nido de los hombres y cree que nada se le puede escapar. Si fuera una persona del montón, sería sin duda alguna como una de esas *laopo* (esposas) viejas y odiosas y que dan asco con solo verlas; pero nació en una buena familia y ha recibido una educación excelente. Una mujer así atrae en nuestros días a los hombres como si fueran moscas. Así que no estoy de acuerdo con nada de lo que me dices, Zhou Min. Los lobos no se comen a los bebés; y más peligroso es el lugar, más tranquilo es en realidad...

Zhou Min dijo:

—Tú eres como una de esas mujeres de la antigüedad cuyo espíritu ha sido poseído por una zorra y lo sabes absolutamente todo. Al fin y al cabo, el *xian* de Tongguan no está en Xijing. Si ella es así, ¿cómo es Zhuang Zhidie?

Tang Wan'er no le respondió y dijo:

—Hay algo de lo que me dices que se me escapa, incluso en este contexto. Esa mujer es en sí misma una provocadora y no puede permitir que nadie hable mal de ella. Los demás, lo único que pueden hacer, es servirla sin rechistar. Si la gente está de acuerdo en que debes ayudarla, ve a ver a Meng Yunfang y le

comentas lo de Zhuang Zhidie y Jing Xueyin, a ver qué te dice; y que Zhuang Zhidie no lo sepa, ya que creará que su reputación ha sido dañada por ti.

Zhou Min añadió después que le había comprado una pulsera de jade a Xia Jie, la mujer de Meng Yunfang, y que era un regalo que le iba a gustar mucho. Tang Wan'er no dijo nada y permaneció un rato en silencio. Zhou Min no se atrevió a decirle nada más y se echó otra vez sobre el cuerpo de su mujer. Tang Wan'er le dijo:

—Eso es lo que deberías haberme comprado a mí. Ahora Xia Jie va a estar a la última moda de Xijing, y gracias a ti... Por un lado, la cara podrida de una mujer vieja, y por otro una pulsera del mejor jade. ¿Y qué vale una de esas pulseras? ¿Un puesto de trabajo en la revista? Nosotros podemos seguir viviendo mucho tiempo en Xijing. El mundo al revés, y es a ti a quien corresponde valorar esta situación.

—Vale, nos desnudamos y nos metemos otra vez en la cama.

* * *

Tres días después, Zhou Min le dio la pulsera de jade a Xia Jie. Meng Yunfang no estaba en casa y ello permitió a Xia Jie y Zhou Min hablar sobre la revista sin ninguna presión externa. Zhou Min estaba más o menos nervioso y Xia Jie le dijo:

—No mires la cara del monje, sino la cara de Buda. Jing Xueyin pondrá todo de su parte.

Zhou Min recordó las palabras de su esposa Tang Wan'er y preguntó sonriendo:

—Al maestro Zhuang y ella..., ¿qué relación les une? ¡Y no se han casado nunca!...

Xia Jie repuso inmediatamente:

—Zhidie se ha convertido ahora en un gran escritor; pero hace apenas unos años, ¿quién le iba a hacer caso? Y de los asuntos sentimentales entre amantes, nadie hablaba claramente. Además, debes comprender algo: lo que une a un marido y una esposa no es lo mismo que lo que une a los amantes. Los buenos amantes no se convierten necesariamente en buenos esposo y mujer.

Xia Jie añadió que en el pasado Zhuang Zhidie no se había comportado de manera ejemplar y que ese legado pesaba sobre su vida presente. A Zhou Min esas palabras le provocaron ansiedad y solo al cabo de unos minutos pudo

bostezar más tranquilo. Regresó ya entrada la noche y volvió a explicarle todas esas historias a Tang Wan'er y esta las escuchó con sumo interés. Quería conocer cada detalle y ese ejercicio preguntón dejó a Zhou Min totalmente exhausto. Amargado, Zhou Min le dijo:

—Nosotros estamos juntos. Solo me dejas que hable de ellos. ¿Es que quieres convertirte en esa Jing Xueyin?

Tang Wan'er le respondió:

—Sí, seguro, y hacerme la ilusión de que tú eres Zhuang Zhidie...

A Zhou Min le resultó chocante ese comentario y le provocó una gran curiosidad. Llevaba los pies desnudos y enrojecidos por haber dado muchos pasos de pie en la habitación. Luego se puso los pantalones.

Más tarde, el editor en jefe de la revista supo que Zhou Min hacía todo tipo de trabajos no cualificados. Al parecer, había —como se solía decir en Xijing— nevado en junio. Zhou Min trajo muchos regalos, que ofreció al editor en jefe directamente. Cada día regresaba a casa del trabajo muy tarde y siempre salía corriendo y dejando sus huellas marcadas en el camino. Una vez en casa, hacía todo tipo de tareas domésticas, como limpiar el suelo con el mocho y traer agua potable para beber. Todo eso le dejaba más o menos satisfecho. Zhou Min era un tipo muy inteligente y siempre encontraba tiempo para leer y hasta podía ir a ver alguna que otra obra de teatro. Le dio al editor en jefe Zhong un borrador con algo que él mismo había escrito para que lo leyera.

—¡Ah, y tú encima eras capaz de escribir cosas! —le dijo Zhong Weixian, el editor en jefe de la *Revista de Xijing*.

El artículo que le había enseñado, aunque que no podía ser publicado, mostraba de una manera brillante el talento de Zhou Min como escritor. A partir de ese momento, Zhou Min dejó de subir a los muros que rodeaban la ciudad de Xijing para tocar la ocarina y compró varios libros de Zhuang Zhidie, ya que quería leerlos todos. Quería, además, conocer todo sobre Zhuang Zhidie. De regreso a casa, mostró su alegría a su esposa Tang Wan'er. Ella se encontraba amasando una pasta de harina, y mientras lo hacía, se le movían los pechos y parecía que iban a explotar de un momento a otro. Dijo:

—Tú puedes, en realidad, escribir lo que quieras. ¿Y por qué no escribes algo sobre Zhuang Zhidie? Estás fascinado por ese escritor y tú aspiras a ser como él. Los dos sois de Tongguan y ahí pasas muchas cosas. Además, tú, ahora, sabes muchas cosas sobre Zhuang Zhidie. Escribe un artículo sobre él y lo publicas en la *Revista de Xijing*. Tratándose de Zhuang Zhidie, les entusiasmará hacerlo,

créeme. Hasta el mismísimo Zhuang Zhidie te lo agradecerá en persona. Y si no le hace feliz, a ti qué más te dará. Tú ya te habrás hecho un hueco en esa revista y la gente hablará de ti. Ahí está tu oportunidad, y nada gusta más en este mundo que vivimos que escribir la oda funeral de alguien que todavía está vivo, pero ya en las últimas, como ese Zhuang Zhidie, una auténtica estrella caída en desgracia...

Zhou Min la escuchó con atención y pensó que Tang Wan'er era una mujer versada en mil artes que sabía lo que decía y conocía como nadie el alma humana. Le pidió a Tang Wan'er que dejase el rodillo de madera con el que estaba amasando porque deseaba, como él solía decir, hacerla feliz en esos momentos. Tang Wan'er no se había limpiado las manos y dejó el cuerpo de Zhou Min blanco como la pasta de harina que estaba amasando.

Y Zhou Min, por supuesto, escribió su artículo y para ello se sirvió de treinta mil caracteres chinos. Aunque no había visto nunca a Zhuang Zhidie, había escrito el artículo como si fuera su amigo íntimo. Escribió sobre su vida como si él mismo la hubiese vivido y sobre su obra como si él mismo la hubiese escrito. Y en el relato entre la vida y la obra escrita, había mujeres, muchas mujeres, y Zhou Min escribía sobre ellas de forma obsesiva y lo hacía con un estilo muy colorido y rico en adjetivos de todo tipo. Había incluso algo de un lirismo desatado en su estilo y se detenía en mil detalles, sobre todo en lo que se refería a la relación entre Zhuang Zhidie y Jing Xueyin. El nombre de Jing Xueyin no aparecía explícitamente y Zhou Min utilizaba un seudónimo tras el que se ocultaba ella. Tras leerlo, el editor en jefe —ese tipo que se apellidaba Zhong— le dijo que era muy interesante y le prometió a Zhou Min que lo publicaría ese mismo mes. Le dijo incluso que aparecería en la edición del domingo para que llegase a más lectores. Zhou Min se dirigía cada día a la casa de Meng Yunfang para ver si estaba con él Zhuang Zhidie, pero no sospechaba que Meng Yunfang, en los días anteriores, había estado con el Gran Maestro de la Sabiduría auspiciosa en el templo de la Iluminación —el templo de la Puerta de la Ley—. Xia Jie le dijo a Zhou Min que Zhuang Zhidie había regresado al centro de la ciudad —la ciudad intramuros—. El día anterior, Zhuang Zhidie les había llamado para darles a los Meng el teléfono y la dirección y Xia Jie se la dio a Zhou Min. Xia Jie le dijo que podía presentarse en su casa cuando quisiese sin miedo a sentir que le estaba molestando.

Zhou Min se impacientaba y tomó un taxi para dirigirse a la calle de Beida, donde se encontraba el gran patio del Círculo Literario y Artístico de Xijing; pero el taxi apenas había recorrido la mitad del camino cuando Zhou Min le

pidió que se parase, se bajó y caminó unos pasos hacia delante con el semblante imperturbable pero tenso. Al llegar a la entrada del patio, vio que ahí había mucha gente y ello, sin poder controlarlo, le puso todavía más nervioso. Se agachó y se puso a mirar por todos los lados. La puerta consistía en una verja de hierro y no era muy grande. Había una mujer que hablaba con los hombres mientras acompañaba a una de esas vacas con la piel cubierta de unas manchas negras enormes. Debajo de la vaca había una vasija de porcelana para acoger, al parecer, la leche. Zhou Min vio a través de las rendijas de la verja que en el patio había muchos tipos de zapatos diferentes y que entraban y salían del edificio. También vislumbró un individuo con una chaqueta negra, no demasiado alto, y que tenía el cabello alborotado. Tanto delante como detrás de la chaqueta llevaba unas letras de color amarillo. La vaca mugió de repente y todo el mundo dijo al unísono: «¡Ah, la vaca te está llamando!...». Se pusieron todos a reír y uno que se dio por aludido dijo:

—Eh, tú, si la vaca me está llamando a mí es porque tiene miedo de que la ordeñéis. ¿Está claro? Necesitará que la proteja... Soy yo quien os propongo vender la leche en cuanto antes. ¿O es que a vosotros no os gusta la leche?

La mujer que estaba junto a la vaca dijo:

—Las circunstancias no son las buenas y ese camino yo no lo voy a tomar. Esta vaca apenas da leche. Hoy iré al centro de la ciudad. Esta vaca tampoco quiere quedarse aquí. Todo esto es muy extraño. ¿Es posible ordeñarla y luego marcharnos? El señor debería verla. Estoy seguro de que regresará pronto... Y la gente de Xijing, ¿no habéis visto cómo ha adelgazado?

El hombre dijo:

—Sin leche, es normal que la gente adelgace, como yo: pero también puedes adelgazarte tomando mucha leche.

La mujer le replicó inmediatamente:

—Sí, pero beber mucha leche también te hace barrigón...

Y todos se pusieron a reír tras escuchar las últimas palabras de la mujer y se llevaron las manos a la barriga. El hombre se tumbó en el suelo y empezó a chupar el pezón de una de las mamas de la vaca.

Al otro lado de la verja, Zhou Min también se puso a reír: el Círculo Literario y Artístico de Xijing ayudaba a los escritores a mejorar y posteriormente publicar sus obras, y lo primero que veían sus ojos era a unos tipos que no sabían qué hacer con una vaca. ¿No era extraño todo eso? ¿Por qué se había puesto ese tipo que en principio era un intelectual a chuparle la teta a la

vaca? ¿Eran esos los representantes de la cultura en Xijing? También oyó a algunos hombres que estaban al lado de la vaca hablar sobre el tamaño de sus barrigas, y ello le dejó todavía más perplejo.

—Pues mi barriga, si te digo la verdad, es bastante grande —dijo uno—. Y el señor, ¿cuándo vendrá? Y debemos preguntarle adónde debemos ir...

La mujer dijo:

—¿Por qué no vais a comer vuestros manjares finos y exóticos? ¿No conocéis la balada de los ocho tipos de personas? ¡Vosotros sois todos unos glotones! Así son todos los de vuestra especie... ¿Qué cita tenía el señor? ¿Y con quién?

El hombre que estaba su lado le dijo:

—Fíjate en las ropas del señor. ¿Y esas letras en *pinyin* (chino romanizado) qué quieren decir? Delante, en el corazón, está escrita la marca de cerveza Hans y detrás se puede leer exactamente lo mismo. Y la barriga, ¿no es grande?

Se oyó inmediatamente un balbuceo y unas risitas que venían directamente del hombre que se había tumbado debajo de la barriga de la vaca y la leche —brillantísima— le salpicó la cara y el cuello. El hombre dejó de chupar la teta de la vaca, le pagó dinero a la mujer y volvió a sonreír mientras se ataba los zapatos. Luego se giró. La mujer contó el dinero y constató que le había dado mucho dinero por beber leche de su vaca. Retrocedió unos pasos y el hombre que estaba a su lado le dijo:

—El tipo ese que ha chupado la teta de la vaca, seguro que ha mamado una cantidad ingente de leche... ¿No crees? Si no, no te hubiera pagado tanto dinero. También dijo que mucha gente vende leche. Estoy seguro de que por la leche de esta vaca te darían mucho dinero.

La mujer respondió:

—Hace un par de días, en la calle el Sur, un joven compraba leche y se enrollaba diciendo que era leche que él mismo había querido chupar directamente de la teta de la vaca, pero que no pudo. Así que es cierto que la gente anda obsesionada con ese acto tan poco higiénico.

Todo el mundo se puso a reír a carcajadas. La mujer le dio un puñetazo a ese charlatán y salió con la vaca fuera del recinto del patio del Círculo Literario y Artístico. Los compradores se dispersaron. Zhou Min se quedó mirando a la mujer y su vaca, y en efecto, los compradores se dispersaban. Zhou Min temblaba, pero ello no le impidió armarse de valor y avanzar hacia delante, que era para lo que había venido. Una señora ya mayor se acercó a la verja de hierro

para abrirla y se lo quedó mirando. Por casualidad, una bicicleta que iba muy rápido se detuvo delante de la entrada y la anciana le preguntó:

—¿Qué quieres hacer?

—Busco a Wang'an —respondió el hombre—, el compositor y escritor de letras de canciones. Vive en el edificio de atrás.

La anciana le preguntó al de la bicicleta:

—¿De dónde eres?

—¿Está haciendo una encuesta sobre población?... —respondió.

—¡Ni la población, ni ningún niño muerto! En un país hay leyes y en una casa hay reglas. ¡Eso es todo, amigo! Y yo me encargo de vigilar la entrada del gran patio del Círculo Literario y Artístico y quiero saber quién entra y quién no entra aquí. No en vano soy el guardián de esta puerta.

—Ah, vale, vale... —dijo el recién llegado—. Pertenezco al Centro Cultural de Yanta, me apellido Liu y me llamo...

La anciana le interrumpió:

—¡Me importa un comino cómo te llamas! ¡Tú no eres nadie aquí! Espera, voy a llamarle. —De repente, la anciana sopló ante un micrófono que había en la entrada y preguntó—: ¿Quién hay?

Y Zhou Min, que estaba al otro lado, respondió como si se dirigiesen a él:

—Pues soy yo.

La anciana dijo:

—Profesor Wang'an, baje por favor. Tiene un visitante. Profesor Wang'an, ¡baje, por favor!

La anciana gritó tres veces, llenando el patio con sus gritos estruendosos. Alargó la cabeza y dijo de nuevo:

—No está. ¡Se ha tomado otro día libre! —La anciana le preguntó seguidamente a Zhou Min qué estaba haciendo ahí y este le dijo que quería ver a Zhuang Zhidie, pero de repente se le quitaron las ganas de hacerlo y pensó que la anciana le iba a chillar. Una *tuotuo*²³ era en la antigüedad la mujer que se encargaba de guardar un burdel y esa anciana tenía toda la pinta de ser una *tuotuo* de los tiempos modernos. Por otra parte, él quería ver a Zhuang Zhidie, pero ¿cómo iba a presentarse? ¿Quién era él? ¿Qué razón iba a aducir? Y se quedó plantado en la entrada del patio incapaz de articular coherentemente un par de frases. Dio media vuelta y se dirigió a la casa de Meng Yunfang. Por una de esas casualidades, Meng Yunfang acaba de llegar y se sentía nervioso, ya que había tenido algunos problemas en la *Revista de Xijing*.

De regreso a casa, Zhou Min habló con Tang Wan'er y esta lo abroncó:

—Tú todavía andas buscando nuevos mundos. ¡Eres un ceporro, Zhou Min! Zhuang Zhidie ya se ha ido al centro de la ciudad. Así que no sé qué prisas te entran ahora. ¡Ya lo verás! Debes esperar a que vaya a ver a Jing Xueyin y esa será la chispa que encenderá el fuego. ¿No crees?

Zhou Min, lamentando lo que había dicho, se golpeó la cabeza con las manos y Tang Wan'er volvió a decirle:

—De esta manera, tú y yo haremos feliz a la gente. ¿Por qué no organizamos un banquete en nuestra casa y lo invitamos a almorzar?

—¿Y quién va a venir? —preguntó Zhou Min.

—Invitaremos, por supuesto, a Meng Yunfang, pero primero le contaremos toda la historia. Cuéntale que estás escribiendo un artículo sobre Zhuang Zhidie. Seguro que se dejará convencer y vendrá. Si no, se lo comentas al editor en jefe, aunque tampoco es necesario torturar a la gente.

Zhou Min no perdió un instante y se dirigió hacia la casa de Meng Yunfang y se lo comentó. Meng Yunfang se fue inmediatamente a ver a Zhuang Zhidie y este le dio su visto bueno. La fecha de la invitación se fijó para el día trece de ese mismo mes.

* * *

El día trece, por la mañana, Zhou Min se dirigió a la cocina nada más levantarse, ya que le esperaba mucho trabajo. Debido a que era un inquilino temporal, la cocina ni siquiera estaba completa y tuvo que pedir prestados en el restaurante de al lado tres boles, diez platos, quince platillos, una cesta para cocinar al vapor y una cazuela. Cuando regresó del restaurante, vio que su mujer había barrido dentro y fuera de la casa y había comprado varias novelas de Zhuang Zhidie junto con una recopilación de sus ensayos. Tang Wan'er se encontraba localizando Tongguan en un mapa de Xijing y cercanías.

Zhou Min le dijo:

—Venga, rápido, a calzarse... ¿Qué hay que hacer ahora?

La esposa le respondió:

—Puedes colgarte del techo. Piensa un poco, Zhou Min, y dime eso del «espíritu de la zorra en el cuerpo de una mujer»...

Zhou Min le pinchó el trasero a Tang Wan'er y ella soltó un largo ¡ooooh! mientras se levantaba la falda para que su marido le viera el sexo desnudo ya que

no llevaba ninguna ropa interior. Zhou Min le dijo que no debía ocuparse de nada más salvo de una cosa: ¡vestirse como era debido! Zhou Min empezó a cortar el pescado y Tang Wan'er iba y venía unas veces con un vestido rojo y otras con un vestido negro. Y, por supuesto, llevaba una blusa fina, un collar, unos calcetines y unos zapatos, todo ello a juego con la falda.

Zhou Min le dijo:

—Parece que vas a participar en un desfile de moda. La verdad es que cualquier cosa que te pongas encima te va de maravilla. El maestro Zhuang es un escritor célebre, así como un miembro muy respetado por la comunidad de Xijing. Además, es la primera vez que nos vamos a ver las caras, así que lo mejor es que vistas de una manera sencilla para no llamar la atención.

La mujer se había echado sobre el sofá con un vestido que fue, finalmente, de color amarillo. Se había maquillado la cara con unos polvos rojos, ensombrecido los ojos y pintado los labios de rojo carmesí. Todo ello para no llamar la atención. En ese momento llegaron Meng Yunfang y su esposa. Los dos vinieron con un botellín de licor muy aromatizado —uno de esos licores hechos con cien flores diferentes— y una bolsa de albaricoques.

Zhou Min dijo con un tono de voz forzado:

—¿Por qué habéis traído algo? No tendríais que haberos molestado.

Xia Jie le dio un golpe a Zhou Min en la frente y le dijo:

—Este licor lo he traído especialmente para Wan'er y los albaricoques son para el maestro Zhuang. Me consta que esos frutos le vuelven loco. Temía que vosotros no lo supieseis... Wan'er, déjame ser tu *meimei*, tu querida hermana pequeña... ¡Ah, por qué la gente guapa brilla como una joya!

Tang Wan'er se precipitó para darle la bienvenida a Xia Jie y dijo:

—¡Mira!... Yo no merezco una *meimei* de esta categoría.

Zhou Min intervino:

—¿*Meimei*, dices? A la señora del gran maestro Meng Yunfang no se la puede llamar de esa manera. Hay que tratarla de «señora del maestro supremo». ¡Qué menos!

Xia Jie repuso al instante:

—Bueno, me tratáis como si no tuviese nombre. Vaya, vaya... Gente extraña, gente extraña la que nos recibe...

Las dos mujeres se quedaron mirándose la una a la otra y se pusieron a mascullar entre ellas eso que se suele llamar como palabras de mujeres, es decir, de lo bonitos que eran los vestidos que llevaban, de lo jóvenes que parecían las

dos, de qué maquillaje utilizaban, de cómo dar más volumen a los pechos, etc.

Tang Wan'er se dirigió a su marido:

—Zhou Min, encárgate del resto. Yo voy a enseñar a la hermana Xia Jie lo que tengo guardado y vamos a divertirnos un rato con el ajedrez mientras preparas la comida.

Tang Wan'er cogió un tablero de ajedrez chino y acompañó a Xia Jie al segundo piso. El propietario de la casa había salido de viaje y esa parte de la casa se encontraba vacía desde hacía tres días. Había en esa segunda planta tres habitaciones bien delimitadas por unas paredes y al lado de ellas se alzaba una glorieta —que estaba, dicho sea de paso, en un estado ruinoso— cuyo techo era de una madera carcomida y agujereada por las termitas. Había en medio un pilar de piedra y fue ahí encima donde pusieron el tablero de ajedrez para hacer la partida. Las dos mujeres, sin embargo, no dejaban de mirar al otro lado, a la gran avenida de Xijing, donde la gente pasaba sin cesar como un río humano. Zhou Min ya había preparado el té y lo sacó junto con unos dulces, unas tajadas de sandía y unos melocotones.

Xia Jie dijo:

—Mi pequeño Zhou, ¿qué manjares nos has preparado hoy?

Zhou Min le respondió:

—Me temo que hoy te vas a ofender conmigo. En primer lugar, no hay ningún manjar. En segundo lugar, yo no voy a cocinar nada. Lo único que os ofrezco es buena intención, y no es poco.

—Yo ni siquiera he consultado los hexagramas para tu banquete —dijo Xia Jie—. Confío en que tú te encargarás de desarrollar todo esto... No te olvides en ningún momento de que yo estoy aquí.

Xia Jie gritó a Meng Yunfang desde la parte alta del piso:

—Eh, tú hoy deberías estar en la cocina y no entreteniendo a la esposa del maestro. Cada cosa tiene su prioridad... ¡Y la comida lo es ahora para ti! ¡Venga, el té y los platillos!

Meng Yunfang añadió al cabo de unos segundos:

—Yo cocino en mi casa; pero cuando estoy fuera, ¿quién cocina? Pues los que me invitan. ¿Qué puedo hacer yo ahora? Cuando aparezca Zhuang Zhidie le voy a tratar como si fuera un fantasma...

Tras decir esas palabras, Meng Yunfang se fue inmediatamente a lavarse las manos. Los ojos de las dos mujeres parpadearon nerviosamente y continuaron, entre risas, jugando al ajedrez en el pabellón de madera. Zhou Min no podía

creer que su invitado —y un invitado de las características de Meng Yunfang— se hubiese dirigido a la cocina para preparar la comida.

Tal y como lo habían planeado, Zhuang Zhidie se presentó a las diez. O, mejor dicho, se presentó a las diez y diez, cuando la entrada de la casa de Zhou Min estaba todavía muy tranquila. Meng Yunfang se encontraba deshilando la carne y haciendo albóndigas con ella, limpiando las setas, friendo el pescado e hirviendo la carne cuando dijo:

—Las insignias de las casas de las callejuelas están francamente bien y es imposible no encontrar lo que estás buscando. Pero ¿se habrá perdido Zhuang Zhidie? Voy al cruce, a ver... —Y tras decir esas palabras, se dirigió a la calle. En el cruce no había mucha gente. Meng Yunfang estuvo ahí de pie durante un rato y luego se metió en una callejuela hasta llegar al pequeño templo budista de la Vacuidad Luminosa.

La ermita de la Vacuidad Luminosa continuaba en obras y la puerta principal permanecía cerrada, pero ello no le impidió entrar a Meng Yunfang. Una novicia budista le preguntó por la razón de su llegada y si buscaba a alguien y Meng Yunfang le contestó que buscaba a la maestra Hui Ming. La novicia lo acompañó seguidamente a la parte de atrás de la ermita, donde se encontraba la Gran Sala. Dentro de la Gran Sala, que constituye la parte principal de todo templo budista, soplaban un viento frío y Meng Yunfang dejó repentinamente de sudar. El sol llenaba el espacio con sus rayos de luz cegadores, los cuales entraban en la ermita como haces de flechas. Apenas se podía vislumbrar algo dentro del espacio desolado. Se quedó de pie y sin moverse durante un buen rato, contemplando solamente ese lugar sagrado a medio construir. La paz que se respiraba en ese lugar le causaba un enorme respeto. De repente constató que en esa sala había una cama cubierta por una red de nailon para protegerla de los mosquitos. Sobre la cama yacía durmiendo una persona y Meng Yunfang pensó que no era correcto seguir ahí y salió de la sala. La persona que estaba en la cama se despertó y soltó sorprendida:

—¡Viejo maestro Meng!

Meng Yunfang se giró inmediatamente y vio que era Hui Ming, que iba casi desnuda y tenía el rostro rojo. Lo cierto era que iba muy maquillada para ser un día corriente.

Hui Ming le dijo algo mientras separaba la mosquitera. Salió de la cama y caminó unos pasos sin calzarse, pero no tardó en volver otra vez a la cama.

—Ven aquí y te sientas en la cama, conmigo —le dijo a Meng Yunfang—.

¿Cruzaste hoy la calle solo para venir a verme?

Meng Yunfang tragó saliva y le respondió:

—Hay quien te ha invitado a comer.

—Ya sabía que eras un estúpido, pero no tanto. Anda, vete y déjame en paz —le replicó Hui Ming.

Meng Yunfang se giró hacia la novicia budista y le dijo:

—Haz lo que debes hacer y sácame de aquí.

La novicia sonrió, abrió la puerta de la entrada de la Gran Sala y salió.

Solo al cabo de un buen rato, Meng Yunfang se decidió a abandonar definitivamente la ermita budista de la Vacuidad Luminosa y dio varias vueltas, cabizbajo, por las calles que rodeaban el cruce. Una moto de la marca Mulan (magnolia) lo detuvo e hizo que alzase la mirada. La miró una y otra vez porque algo le resultaba familiar. Al manubrio derecho de la moto se le había caído la pintura y por eso se fijó en el izquierdo, el cual estaba intacto. El asiento de atrás consistía en un ladrillo atado a la moto con unas cuerdas y no parecía muy estable, ni cómodo. Frente a la moto había una librería de viejo con una mesa fuera donde se vendían varios libros. Meng Yunfang decidió entrar en la librería. Ahí se encontraba, de pie, Zhuang Zhidie. Una vez dentro, Zhuang Zhidie vio a Meng Yunfang y le dijo:

—Mi viejo Meng, ven rápido y mira esto. ¡Aquí se bromea de lo lindo!

Meng Yunfang vio que entre los libros se hallaban las obras escogidas de Zhuang Zhidie, que estaban firmadas por él.

—Estas obras pertenecen al muy honorable Gao Wenxing, pero aquí están los tres caracteres de mi nombre Zhuang Zhidie junto con la fecha. —Había además la estampa del sello rojo con su firma. Zhuang Zhidie estaba enfadado porque pensaba que alguien se aprovechaba de su fama y que estaban vendiendo sus obras de coleccionista a un precio de oro. Y lo están vendiendo encima como si fueran tesoros escondidos... Zhuang Zhidie le preguntó a Meng Yunfang—: Y tú, ¿sabes quién diablos es ese Gao Wenxing?

A Meng Yunfang no se le ocurrió nada y Zhuang Zhidie le contestó:

—Es un amigo de Zhao Jingwu. Una vez lo vi porque me adoraba y me pidió que le ofreciese un libro firmado. —Zhuang Zhidie firmó uno de sus libros a un comprador que lo había reconocido y añadió—: Pues luego se fue con el libro y se lo regaló al muy honorable Gao Wenxing. ¡Te lo puedes imaginar! ¡El muy golfo! Míralo, tiene la misma fecha que estos de aquí. Ahora los están vendiendo todos en esta tienda de segunda mano a un precio de oro...

Meng Yunfang, que se dio cuenta de que los libros estaban en realidad a un precio más que asequible, le dijo:

—Dame este libro, anda. Yo lo conservaré como el tesoro que en realidad es.

Zhuang Zhidie le replicó:

—Ah, ya te traeré más, a tu casa, cuando vaya a visitarte...

Los dos se subieron en la moto de la marca Mulan, que era de Zhuang Zhidie, como Meng Yunfang había adivinado al llegar a la librería, y se dirigieron sin perder un segundo a la casa de Zhou Min. Zhuang Zhidie ni siquiera lo sabía y Meng Yunfang tuvo que explicárselo. Zhuang Zhidie le dijo que tomase un atajo. Debían alcanzar el este de la ciudad, ahí donde se apilaban varios ladrillos casi destruidos que pretendían formar un muro. Podían perfectamente atravesar esa parte de la ciudad amurallada y llegar a tiempo. La ermita de la Vacuidad Luminosa no se encontraba demasiado lejos de los muros orientales de la ciudad y estaban utilizando ladrillos de esa parte del muro para renovarla. Al pasar junto a ella, Zhuang Zhidie le preguntó a Meng Yunfang si no había entrado en la ermita y Meng Yunfang enrojeció.

—¿Qué quieres que haga allí? Vámonos...

Zhuang Zhidie tuvo que ir un momento a Correos y Meng Yunfang, al llegar casa, dijo que Zhuang Zhidie no iba a tardar en venir. Meng Yunfang se metió inmediatamente en la cocina para acabar los platos que había dejado a medio hacer. Tang Wan'er bajó como un rayo desde la segunda planta y le preguntó secretamente a Zhou Min si todavía tenía el cabello limpio y brillante. Zhou Min se había quedado adormilado y Tang Wan'er lo despertó. El marido le dijo a su mujer que sí, que su cabello estaba intacto y seguía igual de bello que antes, y Tang Wan'er, no muy convencida por el comentario precipitado de su marido, se dirigió otra vez a la segunda planta para seguir jugando al ajedrez con Xia Jie. Y en ese preciso momento se oyó el ruido de un motor y Meng Yunfang gritó desde el interior de la cocina:

—¡Ya está aquí!

Y casi al mismo tiempo, Zhou Min se precipitó corriendo y nervioso hacia la entrada. Tang Wan'er vio a través de una de las ventanas de la sala de arriba la moto de la marca Mulan. Seguidamente vio la silueta delgada y pequeña de un individuo. Solo después pudo percibir claramente la chaqueta larga recién lavada, y de color rojo metálico, que llevaba encima Zhuang Zhidie. También se dio cuenta de que llevaba unos pantalones de color ceniza y no llevaba calcetines. Calzaba un par de zapatillas raídas y viejas, también de color ceniza.

Por unos momentos, Tang Wan'er se quedó perpleja y se dijo a sí misma con una voz temblorosa: «¿Es ese Zhuang Zhidie?». Es más bien bajito, pensó, y además conduce una moto de la marca Mulan. ¿Cómo podía ser posible todo eso en un escritor tan famoso? Al bajarse de la moto, Zhuang Zhidie ni siquiera se peinó con un peine, sino que pasó de manera descuidada los dedos de la mano por su cabello para arreglárselo un poco. Tang Wan'er oyó cómo Meng Yunfang presentaba a los demás a Zhuang Zhidie y este último le dio la mano cortésmente a Zhou Min. Zhuang Zhidie comentó en voz alta la juventud y vitalidad de Zhou Min y también comentó, para sorpresa de todos, la brillantez llamativa de la piel del rostro del aspirante a articulista y escritor. Luego miró a los cuatro lados y preguntó que adónde debía dirigirse. Todo estaba tan tranquilo, dijo. Entraron en el patio y Zhuang Zhidie comentó lo bonito que le parecía ese lugar. Unos perales crecían en el centro y unas parras colgaban de los muros.

—En ese piso ahí arriba uno debe vivir como un pájaro en su nido —dijo Zhuang Zhidie.

Tang Wan'er pensó que los modales extremadamente desenfadados de ese tipo tenían algo que le azuzaba la curiosidad, pero también había algo en la manera de comportarse de Zhuang Zhidie que la ponía nerviosa. Tang Wan'er esperó a que su marido Zhou Min la llamara desde la primera planta y luego bajó. En su cabeza llevaba una cofia de enormes proporciones, y muy decorada, parecida a esas que se ponen las mujeres de la provincia sureña de Yunnan. No miró al suelo ni mostró humildad ante el invitado, como se suponía que debía hacer, pero se tropezó con los pies de Meng Yunfang y se apoyó ridículamente, y para no caerse, en Zhuang Zhidie, aunque la cofia se le cayó al suelo y se rompió.

Zhuang Zhidie y Meng Yunfang la ayudaron a ponerse de pie y se pusieron a hablar entre ellos. Zhou Min presentó su mujer a Zhuang Zhidie, pero esta hacía como si no quisiese prestarle atención y miraba desconsoladamente la cofia rota e intentó recomponerla. Xia Jie bajó a ayudarla y las dos mujeres quedaron la una frente a la otra; Xia Jie tenía más de cuarenta años y llevaba un vestido rojo. Le brillaban sus pronunciadas caderas, ya que ese vestido ajustado daba más volumen a sus curvas, ya de por sí bastante desarrolladas. Iba muy maquillada con unos polvos blancos y rosas particularmente chillones que le daban un aspecto más bien de suciedad. Tang Wan'er tenía veinticinco o veintiséis años y llevaba un vestido de un amarillo pálido, pero se movía con vivacidad y elegancia. Tenía un cuello largo y delgado que parecía de jade blanco. De él colgaba un collar de plata que llegaba justamente a las dos clavículas. La belleza

de Tang Wan'er se veía así realzada con ese collar. Zhuang Zhidie pensó que Meng Yunfang no le había dicho que Zhou Min tenía una mujer y no le trajo, por lo tanto, un regalo. La belleza de esa mujer le pareció totalmente excepcional en una ciudad como Xijing.

Tang Wan'er vio cómo Zhuang Zhidie le sonreía y le dijo:

—Uy, qué vergüenza, casi me cargo a alguien... —Alzó la mirada y añadió agarrándose las manos con confianza—: Maestro Zhuang, tú eres una buena persona. Hoy te hemos invitado, y tu presencia, maestro, nos ha traído buena suerte. Si no hubiera sido por ti, me habría dado de bruces contra el suelo y me habría partido la nariz y vete a saber qué más.

Zhuang Zhidie le respondió:

—Eso no habría ocurrido nunca.

—¿Y por qué el maestro Zhuang no habla la lengua de Tongguan? —repuso Tang Wan'er inmediatamente.

—¿Y qué es lo que estoy haciendo ahora? —dijo Zhuang Zhidie.

—La verdad es que cualquier tipo que venga a Xijing y pase aquí más de una semana ya olvida el acento de su tierra. Creía que estabas hablando el chino mandarín. ¡Pues, vaya por Dios, estaba equivocada! —dijo Tang Wan'er.

—Ni siquiera el presidente Mao hablaba el chino mandarín propiamente dicho. ¡Y yo tampoco! —exclamó airado Zhuang Zhidie.

Todo el mundo se puso a reír.

Zhou Min añadió:

—Hablemos dentro de casa. Aquí en el patio estamos haciendo ya demasiado jaleo y dentro podremos seguir hablando como queramos.

Una vez dentro, Zhou Min les ofreció té y cigarrillos, pero una y otra vez se sentía ofendido por el maestro Zhuang, ya que este no paraba de tratarlo como un camarero.

Xia Jie dijo:

—Mi pequeño Zhou, no debes mostrarte tan educado. Tú y tu maestro Meng Yunfang tenéis que preocuparos por la comida. Cuando todo esté preparado, nos llamáis.

Meng Yunfang y Zhou Min se fueron a la cocina y Tang Wan'er se quedó ahí de pie, junto al ventilador eléctrico, el cual no paraba de dar vueltas, y ella desprendía una fragancia intensa a jazmín, que era el perfume que se había puesto encima.

Xia Jie le dijo:

—Zhidie, ven, anda, y siéntate con las mujeres. ¿Cómo te fue el día? Debería preguntártelo cada día...

Zhuang Zhidie respondió:

—Ay, la señora del maestro Meng tiene todavía su manera de hacer las cosas...; y qué respeto a las buenas formas...; y qué atención... He estado muy ocupado últimamente... ¿Ya se ha solucionado lo del baile?

Xia Jie le contestó:

—... Es por ese asunto que pido tus servicios. El alcalde nos ha nombrado responsables del programa cultural de Xijing. Dejar a un lado algunos acontecimientos creo que no va a funcionar... Temo que vaya a perder la respetabilidad con todo esto...

—Tú tienes ahora al hermano Meng —le dijo Zhuang Zhidie—, ¿por qué me llamas a mí?

Xia Jie le replicó:

—Él no vale para esto. Como se suele decir, su cabeza está cubierta de nubes negras, mucha niebla y malas hierbas. Cuando abre la boca, parece un diccionario de términos antiguos. Eso del baile no está entre sus prioridades. En los países occidentales se baila de otra manera y eso es lo que debe importarnos ahora. Casi siempre soy yo la que se encarga de dirigir esos actos, ya que los actores le molestan todos... A Meng Yunfang le ofenden ese tipo de cosas. Ven a ver... Creo en tu manera de ver las cosas, Zhidie, y confío en que estés al corriente.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Pero ¿de qué trata todo esto? ¿Cuál es el contenido?

Jia Xie dijo:

—La primera parte es «golpear los dátiles rojos amargos» (hacer el amor repetida y apasionadamente como dos animales en celo), la segunda parte es «pelearse», y por último «llevar a cuestras el agua del pozo» (hacerse cargo de los hijos y ocuparse de las responsabilidades de la casa). Muy poético todo ello, y muy clásico, pero real como la vida misma. ¿No crees? Lo que se ha escrito consiste en: un hombre y una mujer se encuentran y se enamoran, luego se casan y lo pasan bien juntos. Ella se queda embarazada y lo pasan mal, por supuesto.

—Felicidades, yo no lo hubiera hecho mejor. ¡Vaya, estructura! —dijo Zhuang Zhidie.

—¿No está mal, no es verdad? —dijo Jia Xie—, y además utilizo el vocabulario clásico del baile tradicional.

Zhuang Zhidie dijo:

—Deberías ver la ópera de Changjiang interpretada por Chen Cuncai *Pinturas colgadas*²⁴. El viejo Chen es además un actor de Tongguan.

Tan Wan'er intervino:

—Yo ya he visto al viejo Chen actuar sobre un escenario, pero el hombre ya tiene más de sesenta años y lleva unas zapatillas tan pequeñas... ¡Podría bailar encima de la almohadilla de una silla, cogiendo huevos de papel y quedándose colgado en el aire! Ese hombre es increíble. Antes de la Liberación, en 1949, ese tipo ya ayudó a introducir y desarrollar el teatro socialista. Las gentes de Tongguan decían que los que presenciaban la obra *Pinturas colgadas* con el viejo Chen actuando en ella no luchaban con los nacionalistas del Guomindang.

Jia Xie dijo:

—Una obra de teatro es una obra de teatro, y el baile es el bailo. No mezclamos las cosas.

Tang Wan'er enrojeció, se sentó en el sofá y no se movió. Hacía como si no escuchara lo que los otros decían. Zhuang Zhidie añadió:

—Podrías aprender esa manera de bailar encima de una silla, o, por ejemplo, bailar sobre las aguas de un pozo. ¿Y por qué no sobre un barril?

Xia Jia se lo quedó pensando y dijo:

—Vale, vale... Para mostrar su emoción, debemos agrandar sus zapatillas. Cuando baile sobre el barril, lo que debe verse son sus zapatillas moviéndose, paso a paso.

Tras decir esas palabras, le gritó a Tang Wan'er y le pidió que le buscase un papel, ya que quería que el maestro Zhuang anotase todo lo que acababa de decir, pero él no hizo caso y se fue al patio.

Zhuang Zhidie estuvo hablando un buen rato dentro de la casa. Luego se excusó diciendo que debía ir a los aseos, pero se fue al patio. Tang Wan'er se encontraba bajo las parras de los racimos de uva y su cuerpo parecía moteado por mil puntos negros, los cuales no eran otra cosa que las sombras de las uvas. Tang Wan'er se encontraba aburrida y ofendida, pero al ver venir a Zhuang Zhidie, una sonrisa se dibujó en su rostro.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Te he oído hablar y tienes acento de Tongguan. ¿Eres de ahí?

—El maestro tiene un oído muy fino —le respondió Tang Wan'er—. ¿No has ido a Dongxiang?

—... Ahí la comida más apetitosa consiste en habichuelas rojas con tiras de

carne, todo ello pasado por la paella —agregó inmediatamente Zhuang Zhidie.

Tang Wan'er dijo:

—Eso está muy bien, e invito al maestro a que nos cocine esas tiras de carne con habichuelas rojas. Zhou Min se reirá de mí, seguramente... No está acostumbrado a estas cosas...

—¡Genial! —dijo Zhuang Zhidie, clavando inmediatamente sus ojos en la mujer, pero ella bajó la mirada.

Para enfriar la situación, Zhuang Zhidie comentó el tipo de especie al que pertenecían esas uvas, ya que en esa época estaban todavía muy verdes. Tras hacer ese comentario, dio un salto hacia delante como si quisiese coger algunas uvas, pero no lo hizo. Wan'er, por su parte, sí que cogió un grano y se lo comió. Luego sonrió, y Zhuang Zhidie le preguntó que por qué sonreía otra vez. La mujer le respondió:

—He oído decir que a ti te gusta tomar comida amarga. A mí no, por cierto. A un hombretón como tú, ¿cómo es posible que no le guste la comida amarga? ¡Espero no haber ofendido al maestro!

Tang Wan'er se sentó en un taburete de madera y se puso tranquilamente a comer sus granos de uva. Los racimos colgaban del muro y era difícil alcanzarlos. Tang Wan'er debía ponerse de puntillas para alcanzarlos y por ello se subía encima del taburete. Al estirar los brazos, estos se le quedaban desnudos y Zhuang Zhidie pudo ver que en uno de ellos —sobre su piel blanca— había una marca de nacimiento de color morado. Zhou Min, desde el otro extremo de la casa, había sacado la comida y la había puesto sobre la mesa. Al verlos, Zhou Min dijo:

—¿Cómo dejas que el maestro coma esas uvas dulces? Ahora va a encontrar la comida amarga.

Zhuang Zhidie se puso a reír y se fue a los aseos. Volvió tras lavarse las manos y sobre la mesa ya había tres platos con tres comidas diferentes y se habían abierto varios botellines. Zhuang Zhidie tomó asiento y Xia Jie se sirvió un vaso del licor perfumado de flores. Meng Yunfang se sirvió solamente unos albaricoques. Zhou Min por su parte se sirvió un licor blanco de alta graduación y presentó sus respetos a Zhuang Zhidie:

—Maestro Zhuang, eres una de las celebridades de Xijing y el orgullo de las gentes de Tongguan. Si este estudiante torpe ha empezado a trabajar en una revista, es gracias a ti, maestro Zhuang. Ese acto de generosidad extrema no lo olvidaré nunca. Hoy quiero decirlo: es por el departamento de edición que aquí

estamos reunidos; pero tengo que reconocer que he hecho una travesura. He escrito un artículo sobre el maestro Zhuang y espero que este sea capaz de perdonarme. Sobre lo que he escrito en ese artículo y cómo lo he hecho, imagino que al maestro Zhuang le hará reír.

Zhuang Zhidie dijo:

—Todo ese asunto ya pertenece al pasado y no es necesario que se hable más. Yo todavía no he leído ese artículo y me consta que ahora son muchos en Xijing quienes escriben ese tipo de artículos. Quizá porque estoy de moda, quién sabe, o porque quieren promocionarme. Antes, la gente me daba a leer sus artículos y yo les daba mi opinión. Incluso a veces decidía si se iba a publicar o no. Hoy ya ni siquiera se molestan en hacerlo, y creo que me hacen un favor. Ahora, se publica todo lo que se escribe sobre mí. ¡Absolutamente todo! Aunque no valga un pedo, y por eso ya no lo leo. ¿Para qué? ¿Para pasar un mal día?

Zhou Min dijo:

—Maestro Zhuang, tus palabras transmiten una gran generosidad y no me lo esperaba. Reciba ahora el máximo respeto de este aprendiz. ¡Brindemos juntos!

Zhidie estiró el cuello y bebió de un trago el contenido de su vaso y dijo después:

—Hermano Meng, ¿me previenes de algo?

—Pues sí, te prevengo de algo —respondió Meng Yunfang.

—¿De qué? —inquirió Zhuang Zhidie—. Nosotros hemos aprendido a conducirnos por el mundo con el budismo y el taoísmo. El alcalde ha aprendido más bien de la filosofía estética y se conduce según sus principios, y todavía es de los que piensa que la gente debe quemar incienso y arrodillarse para golpear el suelo con la frente. En realidad, los monjes de los templos, así como las novicias, ejercen una profesión. ¡Esa es su profesión!

—Hay algo que tú no entiendes —le advirtió Meng Yunfang—. No te seas estrecho de miras, ni te fíes de tus sentimientos. Las técnicas del *qigong* (unos ejercicios físicos y respiratorios) no sirven para abandonar la bebida, ni para dejar de comer carne o cebollinos verdes... ¡Ja!... Y el *qigan* (técnica de control de los sentimientos) no llega a la parte superior del cuerpo. Solo la fuerza da resultados, pero beber alcohol y comer carne y cebollinos rojos no ayuda en nada.

Zhuang Zhidie dijo:

—Todo es una cuestión de ejercitarse como lo hacen los maestros taoístas, es decir, con austeridad, como los ascetas. En este mundo, la gente más capaz, y

que de verdad lo es, se ha formado con ese método, además de contar con maestros privados. Así lo han hecho los discípulos de nuestros ancestros.

Tang Wan'er soltó una carcajada estruendosa y todo el mundo se la quedó mirando mientras se relamían los labios. Todos ellos dirigieron sus miradas a los perales —con sus hojas verdísimas ya que se encontraban en el cénit de sus vidas— que podían verse a través de la ventana, como si no hubiesen oído nada. Zhuang Zhidie se quedó mirando a Tang Wan'er y pensó que era muy guapa. Le preguntó:

—Pero ¿quieres decirnos algo?

—Vosotros habláis como unos auténticos sabios y yo solo soy capaz de oír ruidos en vuestras palabras. ¡Qué tonta soy! —dijo Tang Wan'er.

Meng Yunfang habló:

—No sé qué sabiduría encuentras en nuestras palabras. Lo único que hacíamos era debatir nuestras ideas, ya que a ese tipo de conversaciones estamos acostumbrados. Yo cada vez pienso menos en él.

Zhuang Zhidie dijo:

—Creo que te gusta beber alcohol. Así que, si no quieres adoptar la disciplina budista, no la adoptes. No pasa nada. Puedes beber todo el alcohol que desees... Yo, es algo que no puedo, cierto... Este es el licor de Wuliangye, el de los cinco granos. ¿Puedo probar unas gotitas?...

Meng Yunfang añadió:

—No, es un licor de Maotai, ese licor blanco poderoso de la provincia de Guizhou. ¡Y tú tampoco puedes beber de él!

Xia Jie se sirvió un tazón bien lleno y se lo bebió de golpe y luego le gritó a Zhou Min:

—Eh, ese Zhidie tiene razón, no puede seguir así toda la vida, con ese ascetismo... ¡Lo va a matar! Cuando tú, Zhou Min, viniste a Xijing, él ya era muy famoso. Estos han sido sus años dorados, y él sigue siendo él. Lo cierto es que ahora se escriben pocos artículos sobre él. Zhidie pasa sus días como un auténtico Buda y practica sus ejercicios de puro ascetismo como es debido. Ay, mi amor, quién te ha visto y quién te ve... Lo que no se debe comer, pues no se come. Tu tripita, Zhidie, se va a alimentar con aceite, solo con aceite...

Zhou Min dijo:

—Y el maestro Meng ha aprovechado la ocasión para hincar el diente otra vez... En este mundo, solo los que se emplean a sí mismos tienen trabajo, pero la felicidad no es el honor. Meng Yunfang es feliz, pero carece de eso que se

llama el honor.

Meng Yunfang le contestó:

—Pues tienes razón. En cambio, tu maestro Zhuang posee las dos cosas: esa felicidad que trae la prosperidad y el aura del honor. Tiene además su palabra en los periódicos... ¡Vaya panorama!

Zhuang Zhidie oyó esas palabras y fijó su mirada en las flechas de luz que desde ahí se clavaban en la comida. Bajo esa luz, todo parecía flotar en un halo de irrealidad. Sobre su cara se dibujó una sonrisa amarga y dijo:

—Sí, cierto, lo tengo todo, pero necesito una pausa. O, mejor dicho, romper con todo eso.

A Meng Yunfang le sorprendieron esas palabras y le preguntó:

—¿Qué me dices?

Zhuang Zhidie volvió a repetir lo último:

—Romper con todo eso.

—Ahora, déjame que te diga que tengo serias dificultades para comprenderte —dijo Meng Yunfang—. Para decir la verdad, tú puedes ir a una cervecería si quieres y ponerte ahí ciego bebiendo cerveza. Yo no iré. En los últimos días, los artículos de los periódicos tienen un tono diferente respecto a los de antes. Hay serias diferencias.

—Yo también me sorprendo a mí mismo y a veces hasta me doy miedo —se confesó Zhuang Zhidie—. Uno debe adaptarse a la sociedad y yo no lo estoy haciendo. Hago más bien lo contrario, me estoy degenerando y voy pendiente abajo. Es mi decadencia en el más profundo sentido de la palabra y lo siento en cada parte de mi cuerpo y mi alma. Esto es el principio del fin.

Meng Yunfang dijo:

—Sobre eso, yo no puedo darte mi veredicto, pero me temo que tú deberías seguir con el *qigong* y la abstinencia de la carne y el alcohol. Ah, y dejarte llevar por el fluir natural de la vida sin hacer oposición a lo que viene. Ese es el secreto de nuestra presencia bajo el Cielo, como el agua, como el calor, cuya aparición rompe la simetría del mundo de las apariencias con el mundo real. El resto es vanidad, mi amigo.

Los dos continuaron charlando mientras que Zhou Min y Tang Wan'er intentaban comprender en vano algo de lo que estaban diciendo. En realidad, no comprendían nada de lo que estaban diciendo, y sus risas ya eran risas rígidas, como forzadas. Esas risas típicas de quien no se entera de nada.

Xia Jie retorció la lengua y dijo:

—Camarada Meng Yunfang, hoy somos los invitados y debemos comportarnos como tales. No estamos en ningún foro universitario, ni para dar lecciones a nadie. Dejad de intercambiar palabras que nadie comprende.

Zhuang Zhidie agitó las manos en lo alto y dijo:

—Cierto, dejemos de hablar y echemos un trago. —Zhou Min alargó el brazo y se bebió de un golpe el contenido del tazón.

Y trago por aquí, trago por allá; y solo bebían Zhuang Zhidie y Zhou Min, pero el ambiente no acababa de caldearse. Zhou Min le propuso a Zhidie hacer un pulso para medir las fuerzas, pero este último declinó la propuesta. Zhou Min no paraba de dar la lata a todo el mundo y a Tang Wan'er le entraba la risa nada más verlo y le dijo:

—Zhou Min, tú no deberías buscar el apoyo de los ricos y los poderosos. Ese es un mal camino, créeme. Deberías, en cambio, seguir las enseñanzas del maestro Zhuang. Maestro Zhuang, ¡yo brindo por tu salud!

Zhuang Zhidie se levantó de golpe y alzó el tazón, bebiéndolo seguidamente en su totalidad. La mujer casada dijo:

—¡Que sea yo la primera en beber de ese licor delicioso!

Tang Wan'er cogió el tazón y empujó el codo otra vez, bebió de un trago el contenido y se le enrojeció la cara inmediatamente. Finalmente, Zhuang Zhidie vació un tazón. Su mujer, por su parte, ya había vaciado tres. Zhou Min tosió y su mujer se puso el cabello de las patillas detrás de las orejas. En su cara apreció súbitamente una belleza encantadora e intensa que habría conmovido a quien la hubiese visto. Zhuang Zhidie, animado, acabó por tomarse los tres tazones de rigor en todo brindis. Tang Wan'er cogió el botellín y le ofreció más, pero Zhou Min ya no podía más.

Los presentes reían y reían en medio de la jarana creada por tanto consumo desmesurado de licor, y Meng Yunfang sacó entonces tres platos más: uno con pescado pasado por la sartén, otro con carne blanca de rana y el tercero con una tortuga a la cazuela. Xia Jie alabó inmediatamente el plato de la tortuga y dijo que mucha era la suerte que recibiría en la vida quien comiese los huesos y los cartílagos de ese reptil. Los presentes se daban codazos por hacerse con esos manjares. Tang Wan'er se mostraba particularmente habilidosa con los palillos y por eso fue una de las primeras en hacerse con uno de los huesos de la tortuga y dijo:

—Yo, en la parte del río Amarillo que pasa por el distrito de Tongguan, ya he probado un tipo de tortuga que es muy parecido a este, y lo he hecho varias

veces. Lo que me desagrada es el sabor a barro que se les queda siempre encima. Esta es la parte más sabrosa de la tortuga, ¡y se la ofrezco al maestro Zhuang! — y sin estar permitido por las normas básicas de educación en la mesa, Tang Wan'er la depositó en el plato de Zhuang Zhidie, el cual supo al instante que una mujer casada tampoco podía hacer esas cosas, ya que estaba insinuando que quería darle algo más a esa otra persona.

Lo cogió con los palillos y se lo devolvió inmediatamente a Tang Wan'er y comentó:

—Esto está muy rico, cierto, pero yo no puedo comerlo.

Tang Wan'er cogió la cabeza de la tortuga y se la llevó a la boca, emitiendo algo parecido a unos gemidos de placer. La cabeza de ese animal consistía en un cuello largo y negro que daba miedo con tan solo verlo. La cara de la tortuga tenía en realidad un aspecto siniestro y todos los presentes se dieron cuenta de ello. Tras darle un mordisco al cuello, Tang Wan'er dejó la cabeza de la tortuga mirando a Zhuang Zhidie e incomodándolo. Zhuang Zhidie se quedó intranquilo y perturbado por la mirada perversa de ese reptil. La mujer de Zhou Min volvió a coger la cabeza de la tortuga con los palillos, la levantó y la acercó al rostro de Zhuang Zhidie, el cual enrojeció al instante. Xia Jie se lo quedó mirando y dijo:

—Zhidie, creo que le has gustado a la tortuga, ya que me ha parecido ver que te sonreía, y eso te dará suerte en la vida. —Esas palabras solo tenían el objetivo de relajar el ambiente con una broma.

—Uy, creo que me he comido uno de los cartílagos de la tortuga... —dijo Zhuang Zhidie.

—A principios del año pasado me encontré con una moneda dentro de un ravioli que me estaba comiendo —dijo Xia Jie—. ¡Y nadie se lo había comido antes! ¿Te lo imaginas? ¡Me zampé una moneda metálica creyendo que era el relleno natural de un *jiaozi*! Pero me lo comí y poco después supe que eso me iba a dar suerte en la vida. A ti te va a pasar lo mismo con ese hueso de tortuga que has tragado por error. Eso es el azar del destino, querido mío, y su excepcionalidad es lo que debes considerar, porque es ella la que da la suerte en esta vida.

Tang Wan'er se puso la cabeza de la tortuga en la boca y la chupó con el fin de sacarle todo el suco que podía contener. Mientras lo hacía, no le quitaba los ojos de encima a Xia Jie y dijo que debía ir a la cocina para preparar unas tiras de carne con habichuelas rojas.

Zhuang Zhidie volvió a darle varios tragos al licor de Maotai y su cabeza

cayó inconscientemente en un abismo profundo. Oyó que de la cocina provenían algunos cuchicheos y dijo:

—Ah, huelo a algo..., pero no puedo quedarme quieto en el asiento... ¿Me dejáis ver cómo pasáis la comida por la sartén?

Xia Jie le dijo:

—No es con la vista que te entrará, sino con la boca. Quiero decir, cuando lo pruebes. Luego podrás pedirle a Tang Wan'er que te haga ese plato. Ahora puedes sentarte tranquilo. Come y bebe sin ningún remordimiento de conciencia y ya verás cómo Buda te verá con buenos ojos y se pondrá de tu lado. Ah, y trátame como si te dejara participar en mi baile.

Zhuang Zhidie sonrió y se puso a comer y a beber otra vez. Clavó sus ojos en la parte exterior de la puerta, luego a la entrada del salón y finalmente a la cocina, la cual carecía de puerta y se podía entrever lo que ahí dentro estaba pasando. Tang Wan'er ya estaba ahí, afanándose en la preparación de la comida.

De hecho, Tang Wan'er se encontraba cortando la carne y había encendido el fuego de los fogones. Desde el comedor se podían oír los hachazos que propinaba a la carne de cerdo; pero por la cabeza de Tang Wan'er pasaban mientras tanto mil pensamientos y su cara se veía reflejada en un espejo pequeño que había colgado en la cocina. Zhuang Zhidie podía ver perfectamente ese espejo y el rostro bello de Wan'er, pero Tang Wan'er también podía ver el rostro de Zhuang Zhidie y pensó: no es lo suficientemente bello y su rostro tiene algo de extraño, pero tras verlo durante un buen rato, uno piensa que puede enamorarse de un rostro así. Posee una de esas bellezas que más se miran, más se aprecian. En el *xian* de Tongguan, tiempo atrás, solo el listo de Zhou Min sabía escribir artículos; pero Xijing es Xijing, y Zhou Min solo podía pasar ante los ojos de Zhuang Zhidie como un listillo pueblerino que quería hacerse un nombre, no como Zhuang Zhidie. El aceite frito saltaba en la sartén al caer encima la carne y las habichuelas rojas, y el fragor despertó a Tang Wan'er de su ensimismamiento. La joven esposa de Zhou Min dejó caer sobre el aceite el jengibre bien cortado en pequeños trozos, pero el jengibre acababa de ser lavado y aún contenía algo de agua, lo que provocó que al contacto con el aceite saltasen repentinamente mil gotitas, y algunas de ellas impactaron el rostro de Wan'er. La joven mujer se agachó inmediatamente para protegerse del aceite caliente, pero ello no le impidió que se quemase la cara con unas cuantas gotas.

Los gritos de Tang Wan'er se oyeron desde la sala central de la casa y Zhou Min salió corriendo hacia la cocina y cogió a su mujer de las manos. En la piel de la cara de Wan'er había salido un sarpullido debido al contacto de las gotas de

aceite calientes. La joven esposa se miró al espejo y derramó unas lágrimas. Todo el mundo le preguntó cómo estaba y Zhou Min, azorado, dijo:

—No pasa nada, no pasa nada; han sido simplemente unas pocas gotas de aceite.

Zhou Min abrió el grifo y le limpió a su mujer la cara con un poco de agua. Meng Yunfang dijo:

—A partir de ahora, esta mujer no podrá tener hijos.

Xia Jie saltó inmediatamente:

—¡No le digas esas cosas! Yo ni siquiera he podido darte un hijo.

Y todo el mundo se puso a reír y Meng Yunfang se dirigió otra vez a la cocina.

Ya en su dormitorio, Tang Wan'er dijo con una voz apagada:

—Esto sí que es tener mala suerte. ¡Y me ha visto todo el mundo!

—No pasa nada —le dijo Zhou Min—. El maestro Zhuang apenas te ha prestado atención y es alguien a quien no le importan esas cosas. Lo único que he visto es que se ha asustado un poco. Además, no te lo he comentado, pero lo he visto debajo de una vaca mamando la leche de una de las ubres de ese animal... Increíble; ese tipo es rarísimo.

La esposa le contestó:

—Lo cierto es que a él no le importan esas cosas, pero a nosotros sí. Más que a él. Además, se siente tan cómodo y muestra tal confianza, como si nos conociese de toda la vida. Me tiene desconcertada.

Zhou Min salió del dormitorio y volvió a comer y beber algo. Cortó algo de carne de pollo y la puso en el plato de Zhuang Zhidie. Zhuang Zhidie, por su parte, le dio una pata de pollo a Xia Jie. Luego hizo lo mismo con el plato de Zhou Min y Tang Wan'er. Zhou Min dijo:

—Wan'er, sal del dormitorio, anda. El maestro Zhuang te ha preparado algo para comer.

Wan'er salió del dormitorio con el rostro tapado con sus manos, ya que sentía vergüenza, y dijo:

—Lo siento mucho, de veras.

Xia Jie dijo:

—¿Qué sientes mucho? No tienes por qué sentir nada, querida.

—Pues lo de mi cara, y delante de todos..., es una falta de respeto...

Zhuang Zhidie, que se sintió con la necesidad de intervenir, la cortó:

—Esta mujer tiene buenas maneras y además es encantadora.

Meng Yunfang rio:

—Tang Wan'er, tienes una cara fina y una carne joven. Esas quemaduras no te dejarán ninguna huella, créeme. Es la ley de la naturaleza. Todo ello se borrará.

La mujer se sentó y su cara había perdido todo color. Miró de reojo a Zhuang Zhidie y ambas miradas se cruzaron. Wan'er sonrió tímidamente. Zhuang Zhidie le ofreció algo de licor, y él mismo sentía que iba a perder la cabeza con tanto trago y se dirigió a los aseos, cuya puerta estaba cerrada y había polvo por todas partes. Ni siquiera había un urinario y Zhidie tuvo que taparse los agujeros de la nariz de la peste que hacía ahí dentro. Hasta tuvo que cerrar los ojos y por su cabeza pasaron mil diagramas. Se sentía raro y se echó agua a la cara para despejarse. Regresó a la mesa, pero su aspecto era el contrario del que quería: estaba deprimido y con cara de estar pasándolo mal. Ya en la tarde, Zhuang Zhidie se despidió de sus compañeros de mesa, aduciendo que debía ir al Círculo Literario y Artístico de Xijing, y Zhou Min le dio las gracias por lo que había hecho y lo acompañó hasta el cruce. De regreso, vio a Tang Wan'er, la cual se encontraba apoyada en la puerta de la entrada. No reaccionó y Zhou Min le preguntó:

—Pero ¿por qué pones esa cara de tonta?

Las quemaduras habían formado unas ampollas pequeñas en la cara de Tang Wan'er y Zhou Min se había dado cuenta nada más verla. Su mujer ponía, además, y ciertamente, cara de tonta, pero con un aire de extrañeza en su mirada inusual en ella. Frunciendo los labios, le preguntó a Zhou Min:

—Hoy mismo, ¿no he perdido mi respetabilidad?

—Para nada. Hoy has estado más guapa que nunca —respondió Zhou Min para tranquilizar a su mujer.

—Se han ido todos muy contentos y todo ha quedado muy bien. Lo único que lamento es que la esposa del maestro Zhuang no haya venido —dijo Tang Wan'er.

—He oído decirle al maestro Yu que Zhuang Zhidie se había casado hacía poco, pero que la madre de ella había enfermado —dijo Zhou Min.

—La hermana Xia me ha dicho que la esposa de Zhidie es una persona muy capaz —dijo Wan'er.

—Eso me parecen habladurías. ¿Se ha casado Zhuang Zhidie?

Tang Wan'er suspiró y se acostó en la cama con cara de tonta.

* * *

Esa misma tarde, Zhuang Zhidie no volvió al patio del Círculo Literario y Artístico de Xijing como dijo que iba a hacer. Ruan Zhifei —otra de las cuatro celebridades de Xijing— le había invitado a ver el nuevo programa de las festividades y le pedía que le ayudase a escribir el guion para la obra. Podía ayudarlo también a jugar a las cartas con los actores de la obra y pasar así un buen rato. Solo entrada la noche, Zhuang Zhidie quiso regresar a su casa, pero Ruan Zhifei le cogió del brazo y lo estiró hacia él, ya que quería invitarlo a echar un trago. Ruan Zhifei había renovado recientemente su habitación y tenía la intención de integrar a Zhuang Zhidie en su grupo teatral, pero este no le prestaba atención y aceptó echar un trago porque se encontraba tan deprimido que era incapaz de tomar otra decisión. Pensaba para sus adentros que Ruan Zhifei era la cabeza depravada del grupo de actores, pero también era su líder y responsable, como lo era de la banda de música formada por jovencitas muy bellas. Al principio, iban vestidas con un uniforme muy sencillo de color caqui, pero él pensó que debía darle más color a esa banda. Tang Wan'er también participaba en ese grupo. Zhuang Zhidie seguía ensimismado en sus pensamientos y recordó otros detalles del banquete y no se sintió muy orgulloso de sí mismo. Bebió y comió como si no hubiese bebido y comido nunca, aprovechándose así de lo que los otros le ofrecían, y ahora se sentía algo cohibido con el ofrecimiento de su amigo Ruan Zhifei. Sabía que la mujer (su *laopo*) de Ruan Zhifei no estaba esa noche en casa y, como se solía decir, uno vendía la leña y el otro compraba el carbón, es decir, que nadie se inmiscuía en los asuntos del otro. Solo el sábado, y tras acuerdo previo, Ruan Zhifei podía verse con otras personas. Zhuang Zhidie se quitó la chaqueta, y con Ruan Zhifei, vaciaron uno y otro bol, seguida y repetidamente, brindando al mar y al cielo, hasta que todo a su alrededor daba vueltas como los planetas en torno al sol. Los dos acabaron acurrucándose en la cama de Zhifei. Al día siguiente, cuando se levantaron, el sol ya iluminaba la ventana. Zhuang Zhidie se asustó cuando vio a la luz del día la habitación de Ruan Zhifei —esa habitación parecía sacada de un auténtico hotel de cinco estrellas y la habían renovado lujosamente y haciendo gala de mucho gusto—. Ruan Zhifei hizo funcionar el rodillo de piedra y dijo que el papel que había utilizado en las paredes provenía de Francia y las ventanas marrones eran de Italia. La cocina era de Shanghái, así como un par de guardarropas de la marca famosa Hopewell. Había comprado además treinta y

siete planchas de madera que eran grandes, pero no muy confortables. Luego, Ruan Zhifei acompañó a Zhuang Zhidie a que viese la sala de baño, la cocina con sus botellas de gas y el horno. Pasaron junto a una gran sala cuya puerta estaba cerrada con llave y Ruan Zhifei le dijo a Zhuang Zhidie:

—Esta es la habitación de mi querida mujer. La tiene decorada con candelabros japoneses. ¿No te parece extraño? Y encima la tiene cerrada con llave.

Ruan Zhifei llevaba con él la llave de esa habitación y Zhuang Zhidie se asustó. Nunca antes había visto una cama de esas dimensiones. Parecía estar soñándolo. Era una cama de matrimonio sobre cuyas almohadas había dos personas durmiendo a pierna suelta: una era la señora Ruan y el otro era un hombre. De la boca del hombre colgaba un hilo de saliva, y Zhuang Zhidie no lo conocía. Zhidie sintió inmediatamente un zumbido en su cabeza y todo lo que presenciaban sus ojos le parecía irreal como un sueño. Entonces oyó la voz de Ruan Zhifei haciendo las presentaciones:

—Esta es mi mujer... Siempre que viene, la encuentro con otro en la cama... ¿Qué te parece?

Zhuang Zhidie no sabía qué responder. No sabía qué decir que no pudiese comprometer a Ruan Zhifei. Más lo pensaba, menos le salían las palabras por la boca. Al final, dijo:

—¿Y quién es ese tipo?

Ruan Zhifei le respondió:

—Pues ese soy yo mismo; o debería serlo, vaya... —y tras decir esas palabras, Ruan Zhifei cerró de un portazo la habitación de su mujer y acompañó a Zhuang Zhidie a otra habitación cuyo suelo consistía en cinco losas cuadradas de grandes proporciones. Zhuang Zhidie pudo ver que esa habitación estaba llena de zapatos de mujer de pequeña talla—. A mí me gustan los zapatos —dijo Ruan Zhifei—. Todos estos pares de zapatos tienen su propia historia.

Zhuang Zhidie no comprendía lo que Ruan Zhifei quería decirle con esas palabras. Ruan Zhifei, en cambio, cerró los ojos como si los tuviera pegados con cola y dijo con cierta decepción en sus palabras:

—No te hagas el ciego y límpiame los ojos, amigo. Esos zapatos se los he regalado a ella. Sí, ¡a ella! ¡Mi *laopo*! ¿Y ves ahora cómo me lo agradece? Le compraba un par tras otro, hasta reunir todos los que ves aquí. —Ruan Zhifei cogió un par y se lo dio a Zhuang Zhidie, y luego siguió hablando—: Estos zapatos se los compré en la tienda del señor Zhu, en la gran calle del Oeste, pero

le venían pequeños a mi mujer. Si los quieres para ti, se los puedes regalar a alguien.

Zhuang Zhidie cogió los zapatos, que eran una maravilla, y poco después dejó la casa de Ruan Zhifei. Ya subido en la moto, pasó por el cruce y pensó que debía ir a la estafeta de Correos que estaba junto a la Torre del Reloj, ya que debía cobrar sus ingresos correspondientes a los derechos de autor. No era mucho, un poco más de doscientos yuanes. La calle se había llenado inesperadamente de peatones, ya que era la hora de dejar las oficinas para regresar a casa. En sus manos tenía aún los zapatos que le había dado Ruan Zhifei y no paraba de pensar cómo había podido aceptar esos zapatos cursis. ¡Eso no le interesaba nada! Y ese pensamiento le hizo reír solo. De repente, pensó que debía ir a una cabina telefónica y llamar a Jing Xueyin, ya que podía ofrecerle los zapatos. Al otro lado de la línea contestó, sin embargo, una voz de hombre que decía: «¿Quién es?, ¿quién es?». Zhuang Zhidie sabía que ese hombre era el marido de Jing Xueyin. Zhuang Zhidie tosió y colgó. Pensó que Jing Xueyin había dejado la unidad de trabajo para ir a ver a sus padres. Enojado, dejó la cabina telefónica y se puso a leer el periódico. Se aburría mortalmente y no sabía qué hacer. Un joven que daba pasitos como un gorrión en el suelo se le acercó y le dijo:

—¿Deseas unas gafas, amigo? —La ropa le brillaba y delante de sus ojos colgaban unas gafas enormes cuya montura tenía incrustadas piedras preciosas. Luego añadió—: No te lo voy a ocultar, esto lo ha robado el hermano pequeño. Esas gafas son una auténtica joya en ellas mismas. Las tenían en la tienda por un valor de ochocientos yuanes. El hermano pequeño tenía dinero, pero tenía prisa. ¿Lo comprendes ahora? Te las dejo por trescientos yuanes. Una ganga, amigo. Esto no ocurre cada día.

Zhuang Zhidie alzó la mirada y miró el cielo. El sol desprendía una luz blanca deslumbrante y los ojos de Zhuang Zhidie parpadearon intensamente. Zhidie sonrió beatamente y sacó algo de su bolsillo —algo que no era dinero, sino una tarjeta de presentación con sus datos—, y le dijo al individuo que quería venderle las gafas:

—Hermano pequeño, yo tampoco quiero ocultarte nada, el hermano mayor, como todo hijo de vecina, también tiene sus trapicheos. Seamos buenos amigos. Acepta mi tarjeta y consévala.

El joven cogió la tarjeta y leyó lo que había impreso en ella. Inmediatamente se dobló y saludó cortésmente a Zhuang Zhidie:

—Ah, usted es el gran maestro Zhuang... ¡Qué honor me hace con su

encuentro! He leído todo lo que dicen los periódicos sobre usted. Incluso le he visto en una fotografía, pero veo que ahora ha engordado un poco..., le ha salido una barriguilla..., eso debe ser por la edad... ¡Ni siquiera le había reconocido, maestro!

Zhuang Zhidie le preguntó:

—¿Y a ti también te gusta escribir?

El joven le respondió:

—He soñado con ser escritor desde que era pequeño. El año pasado publiqué en el periódico un poema breve.

—En Xijing no debes hacerlo. Un meteorito ha caído del cielo y ha aplastado a diez personas. De ellos, siete eran amantes de la literatura. Ello quiere decir que el destino no está de tu lado, amigo.

El joven sintió vergüenza por lo que había dicho y se fue. Mientras se alejaba, giraba la cabeza para ver a Zhuang Zhidie, que no dejaba de reír. Zhidie se metió seguidamente en un colmado, donde compró con los doscientos yuanes que le habían dado en Correos unos platillos de porcelana barata de Jingdezhen, una espátula metálica para la sartén, un hornillo hexagonal que empleaba carbón y un servicio completo de té, e hizo enviar toda la compra a la dirección de Tang Wan'er. El propietario de la tienda envió a uno de sus empleados a que cumpliera con el pedido. Zhuang Zhidie se fue entonces con su motocicleta Mulan a la calle de Shuang Ren Fu a ver a su suegra.

Cincuenta y cinco años atrás, a orillas del río Wei, en los suburbios del norte de Xijing, vivía una persona excéntrica que se apellidaba Niu. Como se decía, tenía el talento de poder «ver a través del misterio de la vida y escrutar la forma escondida de las cosas». Tenía además el don, como los fantasmas de los difuntos, de aparecer y desaparecer cuando le convenía. En esa época, el señor de la guerra Yang Hucheng²⁵ ya había iniciado su particular andadura por la llanura de Guanzhong en la provincia de Shaanxi y había reunido en Xijing su grupo de hombres, militares en su mayoría, que le apoyaba. Fue entonces cuando hizo llamar a Niu porque necesitaba consejeros que le diesen buenos consejos sobre el lugar. Ese hombre excéntrico, pero muy talentoso, era en realidad un corazón salvaje que no quería vivir en la ciudad. Había construido un caserío de tres habitaciones junto al río y ahí quería vivir. También poseía un *mu* de tierra que apenas podía cultivar y pasaba los días sin importarle lo que ocurría en el mundo. El comandante Yang tenía algo importante entre las manos y tuvo que salir de Xijing por un tiempo. No mucho después, el señor de la guerra Liu

Zhenhua²⁶ y su división militar de la provincia de Henan amurallaron Xijing con el fin de apoderarse de ella. Estuvo asediando la bella Capital del Oeste durante ochenta días enteros, día y noche, pero no pudieron hacerse con ella. Entonces, y carcomidos por la frustración, adoptaron un método japonés tristemente conocido en China, es decir, atacar las vías de acceso a la ciudad y aislarla. Las gentes de la antigua capital no encontraban salida y el agua empezó a escasear, ya que se proveían de ella desde fuera —Xijing siempre había tenido un serio problema con el abastecimiento de agua—. Ya no podían resistir un día más en esas condiciones y fue entonces cuando el hombre excéntrico y sabio del río Wei decidió presentarse y lo hizo vestido con su atuendo fino y anticuado de letrado mandarín. Recorrió cada una de las calles y callejones de Xijing hasta que se sentó sobre una silla de piedra que había en una de las plazas para fumarse una pipa. Le dio doce chupadas a la pipa y dijo:

—Quiero que aquí se haga un agujero. Luego aparecerá un lago. Seguro.

Yang Hucheng —que se encontraba ya en Xijing— no acababa de creérselo, pero necesitaba imperiosamente traer agua a la ciudad y aceptó. Al cabo de un día, el lago apareció en Xijing. Liu Zhenhua se moría de rabia y tuvo que retroceder y Yang Hucheng, para agradecérselo, en nombre de las gentes de Xijing, ya que les salvó la vida, le ofreció al hombre excéntrico de Wei una residencia en uno de los callejones que conducía a la calle de Shuang Ren Fu. Hoy día todavía vive ahí uno de sus hijos. Debido a que en ese punto del oeste de Xijing hay todavía hoy un pozo de agua dulce —el más grande de Xijing, y su mayor proveedor de agua—, el hijo del hombre del río Wei iba a diario a ese pozo y cogía agua. Ese viaje obedecía más bien a un ritual que a una verdadera necesidad de recoger agua. Esa historia, a Zhuang Zhidie le encantaba contarla, y aprovechaba cualquier ocasión para hacerlo. Su esposa, Niu Yueqing, era la nieta del hombre excéntrico de Wei, le traía fotografías de su abuelo paterno junto al pozo de agua para que las viese, y a Zhuang Zhidie le llenaba de orgullo haberse casado con una descendiente de ese hombre sabio y que supo defender a las gentes de Xijing de su aniquilación; pero Niu Yueqing siempre le reprendía. «¡Siempre le cuentas la historia de la familia Niu a todo el mundo! ¡Y qué diablos les importa a los demás quién fue mi abuelo! ¿Y por qué te burlas de mi familia? Si no fuera por ellos, con lo que ganas tú estaríamos viviendo en una cabaña», le decía Niu Yueqing a su marido. Zhuang Zhidie tragaba saliva y le contestaba:

—Yo no me río de nadie. La familia Niu está en decadencia desde hace varios años y eso es lo que me preocupa ahora. ¿No fue por eso que te casaste

conmigo?...

En ese momento, Niu Yueqing lo cortó y le gritó:

—Madre, madre, pero ¿has oído eso? Tu yerno va ahora de personaje célebre. Ahora resulta que el señor ha devuelto el honor a la familia Niu. ¡Venga, habla ahora! ¿Te crees más noble que mi padre o mi abuelo?

En el pequeño patio de Shuang Ren Fu vivía, entre la vida y la muerte, la venerable señora de la familia Niu, y en esos momentos se sentía amargada escuchando la discusión que estaban teniendo Zhuang Zhidie y Niu Yueqing. Cada vez que Zhuang Zhidie entraba en ese lado del callejón, creía estar reviviendo los tiempos antiguos y se detenía frente al pozo. Miraba de soslayo la cuerda y el moliente, el cubo y la palanca metálica. Lo hacía como si no quisiese verlo de frente, ya que ello le daba vergüenza. En esa callejuela parecía producirse un fenómeno atmosférico particular y esa parte de la ciudad se aislaba del resto. Entonces, Zhuang Zhidie pensaba que la reprimenda de Niu Yueqing no era cierta y él estaba en lo cierto: él admiraba profundamente a los ancestros de la familia Niu y no se burlaba para nada de ellos.

El sol había llegado a su punto culminante y el calor actuaba como un veneno cuando Zhuang Zhidie, subido en su motocicleta Mulan, entró en las callejuelas. El motor de la motocicleta lanzaba sucesivas explosiones que retumbaban en el cuerpo de Zhidie y parecía que iba a reventarse de un momento a otro. El sudor de la frente le caía por los ojos y Zhidie creía que iba a volverse loco. Había un perro —que estaba jadeando— tendido en medio de la calle y parecía estar medio muerto. Zhuang Zhidie casi lo atropelló y lo esquivó en el último momento. La motocicleta Mulan rozó uno de los muros que limitaban la callejuela, pero no perdió el equilibrio. Los dedos de su mano izquierda quedaron, sin embargo, ensangrentados por el roce con las piedras del muro. Al entrar por la puerta del pequeño patio, Zhao Jingwu se encontraba ya dentro de la casa charlando con Niu Yueqing. Nada más oír el ruido de la moto, Zhao Jingwu salió corriendo para recibirlo y le dijo:

—¡Al fin llegaste!

Zhao Jingwu le ayudó a bajarse de la moto y lo acompañó al interior de la casa. Niu Yueqing le gritó con una voz estridente:

—¡Coge ese juguete podrido y lo entras para dentro!

Y Zhuang Zhidie le contestó:

—¡Eh, mira bien! Es una piedra y es una piedra Han... ¿Es que no lo ves?

—Tú te pusiste a un lado de Círculo Literario y no entraste, ¿Por qué

volviste otra vez? ¡Las piedras que forman los muros de ese lado pertenecen a la dinastía Han y las moscas que hay en el interior pertenecen a la dinastía Tang! Pero ¿te crees que me chupo el dedo?

Zhuang Zhidie miró a Zhao Jingwu y, avergonzado, dijo:

—Hay que reconocer que esas frases tienen cierto valor artístico..., y tú solo necesitas encenderlas para darles vida...

Zhao Jingwu dejó el ladrillo sobre la motocicleta Mulan y lo ató a los otros que ya estaban ahí.

Zhuang Zhidie entró en la casa y se dirigió a una sala en la que había unas vigas de madera de pino y una plancha que la dividía en dos partes que también era de madera de pino. Había la escultura de una persona y muchas pinturas de pájaros y flores. Uno podía ver todo un mundo ya pasado en esa habitación, pero muy rico artísticamente. En la habitación de atrás del muro izquierdo había una abuela de unos ochenta años que estaba durmiendo a pierna suelta y que se despertó, asustada, nada más oír la voz de Zhuang Zhidie. La abuela contaba con unos cincuenta años cuando se le murió el marido y a los sesenta y tres empezó a perder sus facultades mentales. Años atrás, se afirmaba que iba a dejar este mundo, pero luego volvió a espabilarse. Esa anciana se había convertido en realidad en uno de esos seres que no se sabe a ciencia cierta si están vivos o muertos, como los fantasmas. De hecho, actuaba como un monstruo errático. Y también algunos años atrás, durante la undécima luna, y sin venir a cuento, le pidió a Zhuang Zhidie que le comprase un ataúd de madera de cedro. Zhuang Zhidie le dijo que no comprendía por qué quería un ataúd. Con la salud que mostraba, podía al menos vivir veinte años más. Además, a nadie se le dejaba desde hacía siglos ser enterrado intramuros. La anciana le respondió que no le importaba. ¡Yo quiero ver mi ataúd!, le dijo. Y deseaba incluso cerrarlo ella misma..., añadió, preocupada. Zhuang Zhidie no comprendía nada y se sentía perdido. Solo se le ocurrió ir a las montañas de Zhongnan²⁷ para confiarle la tarea de construir un ataúd a un hombre que conocía y que vivía ahí. La abuela, tras recibir su pedido, hizo pedazos la cama donde dormía y puso una almohada, una sábana y una manta dentro del ataúd, ya que esa sería a partir de ese momento su nueva cama. Niu Yueqing —su hija— pensaba que eso lo hacía porque se sentía más protegida del mundo, ya que a la gente le daría, simplemente, miedo acercarse a ella. O quería —incluidos sus hijos— que nadie la molestase. Zhuang Zhidie habló con su mujer Niu Yueqing y le dijo que la anciana se había vuelto definitivamente loca o que sufría de un mal irreparable, un cáncer o algo parecido. Niu Yueqing no sabía cuál era la solución a todo eso y

le comentó a su marido que lo más extraño era que se levantaba durante la noche varias veces del ataúd y se dirigía a la calle, y antes de acostarse se ponía una máscara sobre el rostro. Niu Yueqing le prohibió salir a la calle por la noche, pero a Zhuang Zhidie le gustaba entretenerse con su suegra y sentía curiosidad por esa mujer anciana lunática de conducta tan imprevisible. Creía que la anciana tenía poderes sobrehumanos y no se necesitaba ser un experto en novela fantástica occidental para saber que esa mujer parecía salida de una de esas historias de fantasmas. La anciana le gritó y él vino hacia ella. Las ventanas de la habitación estaban cerradas herméticamente y las cortinas bajadas. Zhuang Zhidie se puso de repente a sudar por todo el cuerpo. La anciana le dijo:

—¡Ah, amigo, te has calentado demasiado!... Cuando yo era joven, el calor venía del cielo. El seis de junio, un sol rojo se apoderaba del cielo y parecía que iba a explotar en el firmamento. Cada día colgaba las ropas de seda para que se secasen con ese sol. Ese sol incluso les sacaba los colores a las ropas funerarias de los viejos y tu abuelo cruzaba las callejuelas con un paraguas de sol, pero no decía ni una sola palabra. Se dirigía rápidamente al pueblo para recoger las ropas. La lluvia, entonces, empezaba a caer del cielo. Ahora ya no hace tanto calor como antes. Si tienes calor en la cabeza, te pondré saliva en los pezones y te los lameré con la lengua. Este es el mejor método para enfriarse de golpe...

Zhuang Zhidie sonrió y no dijo nada. La anciana escupió sobre los pezones de Zhuang Zhidie y empezó a chupárselos. Este se puso a temblar del escalofrío que le produjo el contacto de los labios de la anciana sobre las puntas de sus pezones. La anciana le dijo:

—Zhidie, tu suegro acababa de llegar junto a mí y ha estado hablando conmigo un buen rato. Vuelve a tu asiento, anda. Él me ha dicho que está negro con los vecinos, que son mala gente... Hay una pareja de recién casados que no paran de discutir entre ellos. También hay un niño que es travieso como él solo y al que le da por robarle a tu padre los *momo*, esos bollos rellenos al vapor que siempre le dejo para que se los coma y no pase hambre. ¡Vaya vecinos que tiene! ¿No crees, Zhidie? Deberías encenderle a tu padre un buen incienso, uno de esos bien perfumados, para que se le vaya el mal humor.

En la habitación había el retrato del ya difunto suegro de Zhuang Zhidie. El hombre del que estaba hablando la suegra anciana de Zhidie había muerto hacía tiempo, pero la mujer continuaba creyendo que venía a hablarle de su vida en el mundo de los muertos. Un incensario repleto de ceniza estaba al lado del retrato del suegro difunto y Zhidie encendió un palito de incienso y alzó la mirada. Vio una tela de araña en la esquina que formaban dos paredes. Esa tela de araña

parecía llevar ahí más de un siglo. El polvo se había posado en los hilos y reposaba en grandes proporciones como reposa sobre las tumbas de los muertos.

La anciana le ordenó:

—¡No te muevas!... ¡Ese es el lugar en el que tu suegro suele estar!

Zhuang Zhidie quería preguntarle algo más, pero la anciana lo interrumpió:

—Él ha venido. ¡Has encendido el palito de incienso y ha venido!... Tú, maldita alma errante, bicho malo, has aparecido con tu mala baba... ¡Y no has perdido el tiempo en presentarte otra vez, eh, viejo Niu!

Zhuang Zhidie miró a los cuatro lados para saber a quién hablaba la anciana, pero no vio a nadie. Volvió a encender otro bastoncillo y el humo se elevó inmediatamente hacia el techo, impactándolo y llenando la habitación al instante de una humareda gris. La anciana volvió a decir que el anciano (o su espíritu) había abierto una botella de agua y le abroncó diciéndole que no había traído agua del pozo y que debía hacerlo, y que por qué no lo había hecho, etc. La última vez, fue el alcalde quien vino a verlo. Mira esto...

La anciana sacó una caja que tenía debajo de la almohada y se la puso debajo del trasero como si quisiese calentarla en esa parte del cuerpo. Zhuang Zhidie no pudo hacer otra cosa que sonreír y Niu Yueqing gritó desde fuera:

—¿De qué diablos estás hablando con mi madre? Si ya has acabado de decir lo que tenías que decir, vete ya. ¿O quieres que te lo diga rugiendo?

Zhuang Zhidie salió y dijo:

—Tu madre me ha dicho cosas que me parecen muy extrañas. Me temo que se comunica con los demás mediante la telepatía... ¡Qué misterioso! El diecinueve de junio es el aniversario de tu padre. Aunque hace ya muchos años que dejó este mundo, la anciana lo celebra como si todavía estuviese aquí. Le habla y le hace regalos. Hasta le quema billetes falsos de dinero de papel para que no le falte nada.

Entonces, Zhidie le preguntó a Zhao Jingwu si pasaba algo y Zhao Jingwu le contestó:

—Creo que no es nada importante. Solo que vengas a mi casa a echar un vistazo para ver si puedes hacer algo. Mi casa está en un *siheyuan* (una residencia tradicional china con un salón central, dos bloques laterales y un patio interior) antiguo y el alcalde ha tomado la decisión unánime de construir ahí un gimnasio. Quieren, por lo tanto, destruir la casa entera. Si no lo ves con tus propios ojos, no te creerás la barbaridad que piensa hacer ese hombre con una casa de ese tipo.

Zhuang Zhidie le respondió:

—Siempre que me pides que venga, voy, y no es necesario que me arrastres; pero quiero recordarte algo: me prometiste que me ibas a dar algunas antigüedades y todavía las estoy esperando.

Zhao Jingwu sonrió:

—No te preocupes por eso. De debajo de la cama, puedes coger lo que te apetezca. Todo ello tiene más valor que los ladrillos de los muros de la ciudad, de esos que vienen de la dinastía Han, que tanto te gusta coleccionar. Hoy, tu mujer no necesita preparar la comida. Yo soy el anfitrión y comeremos calabaza. Además, tengo que decirte otra cosa importante.

Niu Yueqing intervino:

—¿Calabazas? Muy populares, cierto; pero eso no sabe muy bien... Apestan, más bien. Yo no voy a ningún sitio a comer esas cosas.

Zhuang Zhidie le replicó:

—No lo comprendes, cariño. La calabaza es el primer plato en Xijing. En esta ciudad, si algo se come, es calabaza. Aunque sea sopa con intestinos de cerdo y tropezones de pan, los condimentos cambian el gusto. Tú ya has comido en el Fu Lai Shun («obedecer la prosperidad venidera»), el cual está situado en la puerta del Este. Y por supuesto, también hay unas diferencias notables entre ese restaurante y el resto. También has comido la comida tradicional en el Chun Sheng Fa (el de la «evolución de la primavera»). Según cuenta la leyenda, era la herboristería y farmacia de gran Sun Siyi²⁸. Y por supuesto, comer ahí es comer en un lugar muy por encima de lo normal. Tú llevas años estriñéndote y tus intestinos no funcionan como deberían funcionar. Debes comer algo, y que sea bueno, para reparar ese problema. Vayamos a comer algo, pues...

Niu Yueqing le respondió:

—Comer algo para reparar algo... No sé si Jingwu estará de acuerdo...

—¿Y qué pinta aquí Jingwu? —replicó Zhuang Zhidie.

—Jingwu acaba de ofenderme con su conducta —respondió Niu Yueqing—. Prefiere a Tang Fangjie y no le gusta revelar sus pensamientos a la gente. Siempre espera a esa mujer en la boca de la calle y se van juntos al trabajo y salen siempre juntos. Llevo un tiempo dándole vueltas. Han pasado tres días, como se suele decir, comprando fuegos artificiales, y luego me enteré de que ella está casada. ¡Y no con él! Jingwu es así de indecente con las mujeres y está enamorado como un adolescente... Hay un par de cabezas de cerdo, ¿por qué debemos comer esos intestinos incomedibles?

Zhuang Zhidie dijo:

—¿Qué me dices ahora? ¿Zhao Jingwu está enamorado de una mujer casada?...

—Venga, comamos algo para reparar nuestros pobres intestinos y acabemos con este asunto. A mí me importa poco lo que hayan hecho durante tres días; es verdad que es asunto suyo —cambió el sentido de sus palabras Niu Yueqing.

—¿Acabemos con qué asunto? —preguntó Zhidie.

—Esta mañana, temprano, fui al centro comercial del Fénix Bermellón a comprar uno de esos rascadores que es una mano de madera para mi madre, ya que me dijo que tenía piojos. ¡Mi madre tiene piojos y no para de rascarse todo el cuerpo! ¿Te lo puedes creer, a su edad? Con la gente mayor no hay nada que hacer. Cuando no es una cosa es otra. De regreso a casa, con mi compra, supe que la cuñada Wang también había comprado un rascador de madera para mostrar su piedad filial. Pensé en devolverlo al almacén, pero sabía que no podía y ello me puso nerviosa. Y vosotros, ¿lo hubierais devuelto?

Zhuang Zhidie le respondió:

—Pero un rascador de madera no vale mucho dinero. Mi amor, ¿por qué preocuparte tanto por una cosa así?

—Eres demasiado generoso, Zhidie, y no te importa el dinero —le repuso Niu Yueqing—. ¡Eres como ese Gong Jingyuan!

Zhao Jingwu terció:

—La cuñada (Niu Yueqing) pasa los días con los ojos bien abiertos.

Niu Yueqing repuso:

—Los hombres ganan dinero y las mujeres abren bien los ojos. ¿Lo entiendes ahora? Así debe ser. Si no fuera por nosotras, no me imagino cómo iría el mundo. Mi rascador es bueno y al menos tiene dientes para rascar como es debido. Jingwu, te hablo en serio y no quiero exagerar los méritos de mi rascador de madera. Compré el mejor. La gente envejece y necesitan rascadores y el dinero se va en ellos. En estos tiempos, ganar dinero no es cosa fácil. Comprar un rascador de más es tirar el dinero por la ventana. Esa es la razón por la cual quiero devolverlo. ¿Lo comprendes ahora, Jingwu? Y si continuáis perseverando en lo contrario, yo, por mi parte, seguiré discutiendo lo contrario. Y si el Partido Comunista se ha echado atrás con lo de la libertad, ¿por qué yo no puedo echarme para atrás? El comercio debe ser algo imparcial y sin sentimentalismos. Los vendedores son ahora todos muy jóvenes y prefieren sonreír a iniciar una pelea con un cliente. Ah, pero vosotros queréis pelearos... Para ello, yo tengo mi

libro de insultos, para este tipo de situaciones.

Zhuang Zhidie le dijo:

—¿Me dejas escuchar tu libro de insultos otra vez?

Y Niu Yueqing le habló sin tapujos:

—Vosotros tenéis un pico de oro y ponéis en mi boca lo que os interesa. Sois unos huevones y unos auténticos gilipollas. ¡No juguéis más conmigo, que soy una mujer!

—No digas tacos —dijo Zhuang Zhidie—, ni hables como una mujerzuela vulgar. Recuerda que la lengua escrita obedece a otras leyes diferentes a las de la lengua oral. Recuerda, si insulto a una mujer es como si estuviese insultando a mi propia madre. ¡Somos gente civilizada y con mucha educación!

Airada, Niu Yueqing dijo:

—Jingwu, mira, ¿has visto qué tipo de hombre es tu maestro Zhuang? Pues uno del montón. No me utilices nunca para protegerte de la lluvia y el viento, amigo.

Zhao Jingwu la contradijo:

—El maestro Zhuang es un ídolo para la juventud y lo adoran como a un dios.

Niu Yueqing dijo:

—Yo me casé con un hombre de carne y hueso, no con un ídolo para adorarlo. Él es simplemente un hombre mimado por el exterior. Esos jóvenes saben que al maestro Zhuang le ha salido una barriga y tiene los dientes podridos. También saben que ronca y se tira pedos como todo el mundo. ¡Y solo lee el periódico cuando va a cagar!... Pero eso sí, yo tengo línea directa con el alcalde y puedo llamarlo cuando quiera.

Zhao Jingwu sonrió y dijo:

—Tengo un plan para ti, Yueqing. Si no vas a cambiar de cara, ve a buscar otra vez a esa gente. ¡Ve ya, no te demores! Si no encuentras a esos líderes del ayuntamiento de Xijing, llamas al alcalde.

Niu Yueqing dijo:

—Pues que así sea. Salgo inmediatamente. Vosotros, esperad a que vuelva.

La anciana oyó salir por la puerta a Niu Yueqing y también oyó cómo se maquillaba la cara poco antes de salir. A Niu Yueqing no le gustaba maquillarse mucho y apenas se ponía algo de colorete en las mejillas. La anciana se volvió a acostar y desde ahí le gritó a su hija:

—Por mucho que se maquille la mona, mona sigue siendo... El maquillaje

no cambia nada en el rostro de una mujer. ¿No es el rostro verdadero el que tiene que mostrarse a la gente?

Niu Yueqing continuaba caminando hacia la salida cuando Zhuang Zhidie le dijo:

—Te llamaré desde fuera. Cuando regreses a casa, haremos nuestra vida como siempre, cariño.

Zhao Jingwu dijo:

—Claro que sí. La cuñada tiene razón y su cultura es como las aguas de un río. Además, hace gala de una virtud inquebrantable. Vaya, mujer...

—Esa mujer es una mimada con un carácter malogrado —dijo Zhuang Zhidie—, pero es dura como una piedra y es un continuo mal de cabeza. Contigo es buena como un panqueque con semillas de sésamo y encima te da muchos para no te quedes con ganas de más, aunque te ponga los morros.

En ese momento, Zhao Jingwu se levantó de la silla y se subió a la bicicleta con la intención de dirigirse a los muros de la ciudad y luego al Círculo Literario y Artístico de Xijing.

Nada más llegar, y sin tener tiempo para apurar el té que tenía en el bol, Niu Yueqing entró por la puerta con una cesta de bollos de pan blanco rellenos de carne. Le gritó a su madre y le dijo que tenía algo de comer para ella. Con la cara enrojecida y brillante, dijo:

—Eh, vosotros, adivinadlo. ¿Cuál ha sido el resultado?

Zhao Jingwu preguntó sorprendido:

—¿Por qué has venido tan rápidamente? ¿Has podido devolverlo?

—¡Sí, lo he devuelto! —dijo Niu Yueqing.

—La cuñada funciona —dijo Zhao Jingwu—. A eso se le llama carácter y determinación.

Niu Yueqing dijo:

—Yo, dura, pero ¿dónde? Lo único que hice fue plantarme delante del contador y exigir mis derechos. Esos vendedores novatos reaccionaron como esperaba. Al principio me preguntaron entre risitas qué quería comprarles, y luego les canté las cuarenta y me preguntaron qué quería devolverles. Les devolví el rascador y me devolvieron el dinero. ¡Y asunto acabado!

A Zhao Jingwu le entró miedo:

—¿Asunto acabado, dices?

—Como no podía ser de otra manera —respondió Niu Yueqing—. Así de fácil, y ese asunto ya no me interesa lo más mínimo.

Los tres ya no tenían nada que decirse y solo Zhuang Zhidie rompió el silencio:

—Como ves, nosotros somos gente que hacemos fácil lo difícil y no hay asunto que se nos resista; pero también es cierto que a menudo consideramos difíciles las cosas que son fáciles.

Niu Yueqing frunció los labios y dijo:

—Creo que los escritores deberían volver al colegio.

La anciana, mientras tanto, se comió los bollos rellenos de carne, pero no le gustaron nada y se quejó del mal gusto que tenían. Ello no le impidió, sin embargo, llevarse a su cama más bollos y un jarrón con vinagre. El jarrón era desmesurado, además estaba cubierto y lleno hasta los bordes y desprendía un olor fortísimo que tumbaba de espaldas con tan solo olerlo.

Zhao Jingwu dijo:

—Oh, qué fragancia... Pero ¿a qué huele exactamente?

—Madre —le preguntó Niu Yueqing—, ¿es eso vinagre? ¿De dónde lo has sacado? Los objetos que contienen vinagre se deben lavar cada día.

—No me molestes, anda —le contestó la abuela.

Zhao Jingwu dijo:

—Y ese vinagre, ¿es de fabricación casera? ¿Lo hacéis vosotros mismos?

Niu Yueqing le contestó:

—El maestro Zhuang tiene un defecto extraño: no puede tomar el vinagre negro, solo el vinagre blanco. Es por eso que guardo el vinagre negro en una jarra que tapo herméticamente. El olor de este vinagre es puro y simple. ¡Te puedo dar una bolsa de plástico para que metas toda la comida!

Zhao Jingwu dijo:

—Yo no quiero atiborrar al maestro Zhuang y me trago cualquier cosa que alimente. Si tienes unos pedazos de repollo avinagrado, vendré a probarlos otro día...

—Pero ¿qué estás buscando, amigo? Por supuesto que tenemos en nuestra casa repollo avinagrado y otros tipos de vegetales avinagrados, y dulces, y chiles... ¡Todo lo que a ti te gusta comer!

Tras decir esas palabras, le dio a Zhao Jingwu una bolsa de plástico. Por su parte, Zhuang Zhidie dijo algunas frases sobre los gustos de las gentes de su terruño. De repente, él se acordó del asunto de las zapatillas y sacó unas de su bolsillo y se las dio a su mujer Niu Yueqing.

—¿Me las has comprado? —le preguntó Niu Yueqing.

Zhuang Zhidie se las dio sin responderle nada y ella le insultó poniendo cara de asco:

—Oh, Dios, el altísimo... ¿De dónde salen estas zapatillas?

Zhuang Zhidie le respondió:

—Tus palabras me dan muchísimo asco, Yueqing, y no sé si son un castigo o un consejo, pero me suenan fatal. Las calles están llenas de mujeres criminales como tú.

Niu Yueqing se sacó las zapatillas que llevaba y se puso las nuevas para probárselas. Dijo:

—Mi amor, tú siempre quieres que vaya a la última moda y vaya tacones que tienen. Con estos zapatos en mis pies, no hay nada que no pueda hacer. ¿Puedes esperarme?

Niu Yueqing adelantó sus pasos y estos sonaban parecidos a los de un tambor en medio de una habitación. Niu Yueqing tenía los pies bastante gordos y carnosos y necesitaba andar siempre con zapatos planos. Zhuang Zhidie bostezó y dijo que los pies eran la parte más importante de una mujer. Si los pies son feos, añadió, el resto del cuerpo, incluso la cara, sirve de poco. Niu Yueqing bajó la cara y dijo:

—Ah, camino con tacones... Solo hay que llevar zapatos hechos en Beijing, ya que los de Shanghai no funcionan...

Zhuang Zhidie solo deseaba recoger los zapatos y dárselos a la gente y evitar cualquier tipo de sentimentalismos. Salió por la puerta con Zhao Jingwu con el fin de subirse en la motocicleta e irse de ese lugar.

* * *

Al salir de casa, ambos —Zhidie y Jingwu— compartían el mismo estado anímico. Se dirigieron a un suburbio en el sur de Xijing, donde vivía un empresario agrícola que se apellidaba Huang. El hombre era extremadamente competente en su trabajo y gestionaba una empresa de productos agrícolas manufacturados. Esa era la tercera vez que se presentaba Zhidie en la empresa que dirigía el señor Huang, ya que este último quería que escribiese un artículo sobre su empresa, el cual podía ser largo o corto, y el tema libre siempre que hablase de ella. Lo único que deseaba era que se viese publicado en un periódico. Zhuang Zhidie sonrió y le preguntó a Jingwu:

—¿Cómo quiere pagarme por ello? ¿Con una vaca de la granja?

Zhao Jingwu le dijo:

—¿Cómo se atrevería a hacerlo? No te lo oculto, ese director es del mismo clan familiar que una de mis tías. Esa tía ya me lo dijo antes: si tenía algún problema grave, ese tío iba a sacarme una y otra vez las castañas del fuego. Por eso te busqué, para que me hagas un favor. ¿Por qué no escribirle ese artículo? No debe ser una obra de creación magistral. Yo te pagaré cinco mil yuanes. ¿Qué te parece la idea?

Zhuang Zhidie le respondió:

—Utilizaré un seudónimo.

Zhao Jingwu le contradijo:

—Eso no funciona así. La gente quiere leer los tres caracteres de tu nombre.

—¿Y mi nombre vale cinco mil yuanes? —preguntó Zhuang Zhidie.

—¡Tú y tu sentido de la nobleza y la virtud! —dijo Jingwu—. En el mundo de hoy, la nobleza y la virtud se cotizan a la baja. Cinco mil yuanes no son moco de pavo. Escribe un artículo largo y verás cómo habrá valido la pena hacerlo.

—Déjame pensarlo —dijo Zhuang Zhidie.

—Me ha dicho que hay gente que hoy vendrá a tu casa. Debes esbozar un texto. El asunto del dinero no debe preocuparte. Te lo daré por anticipado. Esta vez te vas a hacer rico.

Hablando de esa manera, los dos llegaron a la casa de Zhao Jingwu. Había un vendedor de palomitas delante de la entrada que estaba avivando el fuego de su hornillo y formaba al mismo tiempo una humareda. Zhao Jingwu, al acercarse, le dio una patada al hornillo e insultó al vendedor:

—No te puedes plantar aquí. ¡Necesitas un permiso municipal, imbécil!

El pequeño vendedor se puso las manos sobre la cara, la cual estaba negra como el plumaje de un cuervo. Solo resaltaban sus ojos blancos. Recibió varios bofetones de parte de Zhao Jingwu. ¡*Paff, paff!* Luego lo zarandeó y escupió encima del hornillo. Zhuang Zhidie sacó un cigarrillo y miró la insignia de la puerta de la entrada; era el número treinta y siete de la calle de Xifu. La entrada estaba ciertamente muy cuidada y había incluso en su parte superior unas tejas glaseadas en vidrio y porcelana que formaban unas hileras sobre las cuales había las figuras de unos animales imaginarios. A los dos lados había unos muros con unas pinturas *sanshui* (mar y montaña) con las figuras de unos personajes. La puerta estaba formada por una plancha metálica y dos maderas a los lados laqueadas en rojo. Sobre las puertas había seis tornillos incrustados y en medio una piedra grande, en la que había algunas figuras cinceladas, metida en otra

piedra. En los dos muros de ladrillo había unas anillas de acero que colgaban imponentemente. Debajo había una piedra púrpura de grandes dimensiones. Zhao Jingwu se quedó mirando atentamente a Zhuang Zhidie y le dijo que las anillas eran para atar a los caballos y la piedra púrpura era como una estaca sólida para que el caballo no se escapase por mucho que quisiese. En los tiempos antiguos, las familias iban a caballo por las calles, y las sillas de montar y las riendas hacían ruido. Los cascos de los caballos resonaban con fuerza en las calles y los funcionarios paseaban sentados en sus carritos. Zhuang Zhidie admiraba la obra de arte que era el cincelado de esas piedras y esas figuras y pensaba siempre que esos paisajes iban de maravilla con la ciudad de Xijing y sus gentes. No había nadie en la Capital del Oeste que no se fijase en esa puerta al pasar delante de ella. Al empujarla, Zhidie creyó abrir un libro muy valioso. Nada más entrar e introducirse en el recinto, vio ante sus ojos una pantalla delante de la puerta de la casa. Había en esa pantalla unas pinturas de unas cañas de bambú que eran de Zheng Xie²⁹ y a uno de los dos lados había también unas cañas de bambú, pero esta vez bajo el efecto de la lluvia y el viento; y al otro lado había un paisaje con un cielo y varias nubes. Zhuang Zhidie aplaudió y dijo:

—Yo no había visto nunca antes una pintura auténtica de Zheng Xie. ¡Qué maravilla!

Zhao Jingwu le dijo:

—Pues ahora tengo que derribar esta casa y quiero sacar todo esto de aquí. Puedes llevarte lo que quieras y lo conservas contigo.

—Hablas como un poeta, Jingwu, y tus frases son como versos —le dijo Zhuang Zhidie—; pero no está bien por mi parte llevarme esa pantalla conmigo y hay que evitar los sentimientos depresivos.

Penetró por un largo pasillo y pasó por una casa de tres habitaciones hasta llegar a un departamento aparte con una veranda y varias ventanas de ocho partes. Justo detrás estaba el gran patio, donde habían construido algo parecido a una cabaña con una pequeña habitación. La familia había puesto ahí un cubo con agua sucia y una cesta con basura. Zhuang Zhidie y Zhao Jingwu se dirigieron dando tumbos hacia ahí. Había ropa interior colgada por todas partes, así como restos de comida. Una pequeña mesa para jugar al *majiang* ocupaba el centro, y todo ello producía una sensación de extrañeza y desorden en quien presenciaba esa casa. Justo detrás quedaba un patio, el cual, al igual que la cabaña, parecía repleto de cosas hasta no haber más. Había un árbol junto a la casa de tres habitaciones y las ventanas parecían sostenerse con las ramas de ese árbol. Unas cañas de bambú sostenían la puerta de la entrada.

Zhao Jingwu dijo:

—Aquí es donde vivo yo.

Al entrar, unos rayos de luz cruzaban el interior y durante un momento se veían las paredes de un blanco immaculado. Bajo una de las ventanas había una mesa roja al viejo estilo, y detrás de esa mesa había una cama encima de la cual había libros de todos tipos. Debajo de la cama había una piedra gruesa. Zhuang Zhidie sabía que esa piedra era para humedecer la habitación. Zhao Jingwu lo invitó, junto con él, a sentarse, y Zhidie descubrió maravillado la delicadeza artística de esa casa y dijo:

—No he visto en Xijing nada parecido a esta residencia. Este *siheyuan* es verdaderamente de primera categoría. Antiguamente, la gente que vivía en los *siheyuan* vivía muy confortablemente en ellos. En realidad, vivían varias familias en ellos. ¿Cómo se siente en este lugar una familia sola?

Zhao Jingwu le respondió:

—Aquí siempre ha vivido nuestra familia, una sola familia. En los años cincuenta, los pobres que venían del campo, y no tenían dónde caerse muertos en la ciudad, entraban aquí y se quedaban a vivir como si fuera su propia casa. Así de horteras eran los tiempos en China en esa época. Una vez dentro, ya no podían salir. Lo de vivir en un *siheyuan* era como vivir en un hotel de lujo. Se ponían a cocinar en cualquier lado, dormían en cualquier sitio y hacían sus necesidades sin importarles dónde. La población del *siheyuan* empezó a aumentar peligrosamente y el *siheyuan* lo sufrió. Hubo destrozos por todas partes.

Zhuang Zhidie dijo:

—Es vuestra casa. Nunca antes te había oído contar esa historia. Y tus ancestros, ¿eran gente de dinero?

Zhao Jingwu le contestó:

—Lo que te voy a decir te va a dejar de una pieza. Mi familia tenía muchísimo dinero. Sabes, en la dinastía Qing, cuando la Alianza de las Ocho Naciones atacó Beijing, a finales del siglo diecinueve, la emperatriz Cixi³⁰ huyó a Xijing con su escolta imperial. ¿Y sabes quién estaba en esa escolta imperial? Mi bisabuelo, que era ni más ni menos que un alto oficial del departamento de Justicia del gobierno de Qing. Mi bisabuelo era uno de esos legistas que habían prosperado desde una infancia miserable hasta las más altas instancias del poder imperial. Toda esa calle pertenecía a la familia Zhao. Cuando la Alianza de las Ocho Naciones atacó Beijing, mi bisabuelo era el líder de la Quinta generación

de soldados de la gran Dinastía Qing, pero en secreto apoyaba a los Bóxeres. El poder imperial era incapaz de hacer frente a los ataques de las potencias extranjeras y la emperatriz Cixi había huido hacia el oeste, el general Li Hongzhan³¹ se quedó en Beijing, firmando el protocolo de los Bóxeres en 1901, que debía acabar con la hegemonía de los diablos de la Alianza de las Ocho Naciones. Los extranjeros, enfurecidos, querían venganza y castigar al primero que pillasen, y por eso pidieron la cabeza de mi bisabuelo, para ahorcarlo. La emperatriz Cixi tuvo, sin que hubiera otra opción, que firmar el edicto imperial en Xijing. Bajo la Torre del Reloj se juntaron sesenta mil rebeldes en favor de mi bisabuelo. La emperatriz Cixi no podía quedarse más tiempo en Xijing. Obligada por las circunstancias, y también porque no podía entregar a mi bisabuelo a los diablos extranjeros por la presión popular, le pidió simplemente que se suicidase. Mi bisabuelo obedeció a la emperatriz, tragó oro, pero no murió. Pasó un tiempo viviendo miserablemente, enfermo, envejecido prematuramente e inválido, hasta que sucumbió finalmente. Tenía solo cincuenta años. A partir de ese momento, en la familia de los Zhao hubo un grupo de mujeres que para poder vivir se dedicó a vender parsimoniosamente todas las casas de esa calle, que era propiedad de los Zhao, y al final solo quedó este patio. Échale un vistazo, solo quedo yo para la posteridad, y ese par de sillas.

Zhuang Zhidie dijo:

—Vaya sorpresa, y pensar que perteneces a una de las viejas familias de la Capital del Oeste. Una de las de más abolengo, para decir la verdad. Medio año atrás, el alcalde de Xijing compiló una serie de escritos de escritores sobre nuestra ciudad y los publicó juntos con el título de *Quinientos años de Xijing*. Yo fui el encargado de la parte literaria de esa antología y, una vez hecho el libro, lo leí entero y por uno de los textos descubrí que, efectivamente, durante la dinastía Qing, uno de los ministros del departamento imperial de Justicia era un hombre de nuestro Xijing. Esa historia ya la sabía, pero nunca hubiese imaginado que se trataba de uno de tus antepasados. Si la dinastía Qing, nuestra última dinastía imperial, no hubiera caído en 1911, tu bisabuelo estaría tal vez vivo a pesar de estar muy anciano... Y tú no estarías seguramente en el estado lamentable en el que te encuentras ahora...

Zhao Jingwu sonrió y corroboró:

—Sí, y los cuatro rufianes de Xijing, esos cuatro célebres, tampoco serían ahora esos niñatos mimados.

Zhuang Zhidie se levantó y separó las cañas de bambú que formaban la cortina. Vio que sobre un escalón de piedra había una mujer con un vestido rojo

que balanceaba a un bebé mientras leía un libro.

—En el mundo ha habido últimamente grandes cambios —dijo Zhidie—, y el lujo de ayer es la miseria de hoy. Lo que ayer había, hoy ya no existe. Mi familia está en Tongguan y desde un punto de vista histórico, en ese lugar, cada vez que pasaba por un punto crítico, y pasó por muchos, surgía una historia heroica. Diez años atrás, nuestro distrito sufrió un terremoto y todo quedó en ruinas. Poco después, yo fui a verlo y me senté en uno de los edificios destruidos. Ahí estuve suspirando bastante tiempo sobre lo efímero de todo lo que hay bajo el Cielo y lamentando lo ocurrido. De vuelta a casa, escribí un ensayo que publiqué en un periódico local. ¿No lo has leído?

Zhao Jingwu respondió:

—Lo he leído. Esa es la razón por la cual te invité a que vinieras y vieras esto con tus propios ojos. No estoy seguro de que después de hacerlo puedas escribir algo sobre estas ruinas.

Zhuang Zhidie volvió a ver a través de las cañas de bambú y se percató de que la mujer de rojo había cambiado de sitio. Tenía la cara de lado, pero no quitaba los ojos del libro. Sus pestañas eran negras y largas y tenía una nariz recta. Zhuang Zhidie susurró en voz baja:

—Esa mujer es muy inteligente.

—¿De quién hablas? —curioseó Zhao Jingwu, que estiró el cuello y se puso a ver a través la ventana; y prosiguió seguidamente—: Esa es el ama de llaves de la casa de enfrente y es de Shanbei, al norte de la provincia de Shaanxi. Shanbei es una tierra de demonios y espíritus errantes. Ahí nada crece, salvo ese tipo de mujeres...

Zhuang Zhidie replicó:

—Yo pensaba precisamente en preguntarte sobre esa ama de llaves. Nunca las encuentras decentes y trabajadoras, pero el mercado laboral no es bueno. ¿Cómo lo hace esa joven para salir adelante? ¿Me pueden buscar una igual en su pueblo?

—Esa chica es de naturaleza generosa y necesita trabajar, así que irá a tu casa y te puedo asegurar que hará las delicias de tus invitados. Cuando no están los dueños, se dedica a leer en el patio, y por la mañana duerme a su bebé dándole somníferos. Pero de lo que dice, yo no creo nada. Hay muchas amas de llaves y sirvientas jóvenes en el vecindario que la consideran un ser encantador y que ha prosperado en casa de los dueños. Por eso esas mujerzuelas que vienen del campo siempre están celosas de ella.

Zhuang Zhidie dijo:

—Eso me parecen tonterías. Lo que quiero saber es cómo es en realidad esa chica.

Los dos hombres se sentaron otra vez. Zhao Jingwu cerró la puerta y abrió una caja de madera donde tenía varias antigüedades que quería mostrar a Zhuang Zhidie. No solo poseía libros antiguos con estampas, sino que también había porcelanas, artefactos sagrados de bronce, monedas antiguas, estelas de piedra pequeñas y grabados; pero Zhuang Zhidie apreció particularmente un tintero (*yantai*) muy antiguo del tipo de *shiyifang* (de los once relieves); y ese era el objeto de su colección del que Zhao Jingwu estaba más orgulloso. Ese tintero no solo estaba hecho de una piedra de Duanxi que era de la máxima calidad, sino que poseía emblemas y animales míticos grabados en él. Ese tintero era una auténtica maravilla y sobre todo era antiguo, muy antiguo. De varios cientos de años atrás probablemente. Cuando lo tocabas, sentías algo especial, y cuando lo golpeabas con los dedos o la mano, se producía un sonido muy agradable. Un tintero de ese tipo estaba siempre firmado por su creador y Zhuang Zhidie reconoció cada uno de los once lados de ese tintero. Lo observó minuciosamente y lo acarició como quien acaricia el cuerpo de una mujer. Se preguntó seguidamente quiénes habían podido ser sus propietarios y se imaginó que varios altos rangos del gobierno imperial debían de haberlo poseído. Preso por la envidia, Zhidie dijo:

—¿Y cómo has podido hacerte con una pieza así, Jingwu?

—Pues hace mucho tiempo de ello y por varios caminos e intercambios con otra gente —dijo Jingwu—. Al final, me costó solamente tres mil yuanes.

—¿Tres mil yuanes? —preguntó Zhuang Zhidie—. ¡Esa es una suma considerable!

Zhao Jingwu le replicó:

—¿Una suma considerable, me dices? Siempre podré venderlo por más. Ahora, incluso me pagarían veinte mil yuanes por él. Un mes antes, en el museo del distrito de Lianhua en Xijing, y debido a la nueva política municipal, todas las reliquias históricas debían juntarse ahí. El objetivo era en realidad tener bajo control todo objeto de valor que pudiese haber en Xijing. No solo registraron los objetos, sino que también pidieron el nombre de los propietarios. Fue entonces cuando vi por primera vez esa maravilla de tintero de piedra. Al principio no me gustó, pero quería comprarlo como fuese antes de que cayese en manos de esos funcionarios ignorantes que no tenían ni idea del valor de esas antigüedades. El

propietario, que era un tipo que necesitaba dinero, me pidió diez mil yuanes, pero a mí me pareció extraordinariamente caro y le pedí que me bajase el precio. Al final, el hombre me lo dejó por tres mil yuanes y el tintero fue a parar a mis manos y no al museo.

Zhuang Zhidie no se quedó del todo convencido con la historia de Jingwu y volvió a poner sus ojos en el tintero de piedra y lo valoró otra vez tras haber escuchado la historia de su adquisición. Lo cogió y le dio un mordisco y el sonido que produjo le dejó casi sordo uno de los oídos. Entonces vio que en la parte posterior del tintero había un nombre escrito. Podía leerse claramente el nombre del famoso pintor de la dinastía Ming Wen Zhengming³². Zhuang Zhidie se puso a proferir insultos:

—Jingwu, debes comprenderlo. No te hagas el tonto, nadie se va a creer tu historia. Te confirmo que no hay nada que pueda hacer y respecto a ese asunto irrisorio que me pedías, yo podré hacerlo.

Zhao Jingwu le respondió:

—¡No te preocupes por eso ahora! Hace poco hubo gente que me tuvo al corriente de otro asunto. Me dijeron que el hijo de Gong Jingyuan, que se llama Gong Xiaoyi, posee un tintero de piedra de un valor excepcional. Él me dijo que cuando su padre estuviese fuera, en el extranjero, podía pasar por su casa a ver ese tintero. Si es cierto lo que cuentan sobre ese tintero, tú te quedarás satisfecho. Tenlo por seguro. Le diré que te quiero ofrecer algo a cambio del artículo, pero... ¿qué son estas dos cosas que tienes en las manos?

Zhuang Zhidie se quedó mirando las dos monedas antiguas que tenía entre las manos. No paraba de darles vueltas una y otra vez. Sonrió y dijo:

—Jingwu, estás hecho un demonio. Eres capaz de engatusar al más precavido y creo que ya me has metido en la boca del lobo. Este objeto es una preciosidad. Esta moneda de hierro con un agujero de cuatro *zhu* (2,5 gramos) del periodo de Xiaojian, durante las Seis Dinastías, es una auténtica maravilla, y esta otra de los cinco *zhu* (3,25 gramos) es de la dinastía Han y parece recién acuñada. Esta otra moneda de cobre es de la dinastía Song y es exactamente la que se utilizaba en ese periodo como dinero. Todo esto es absolutamente increíble, Jingwu. ¿De dónde lo has sacado?

Zhao Jingwu se sintió un poco apurado por esas palabras y dijo en voz baja:

—Ah, Zhidie, lo único que pretendía era comprobar cuál era tu nivel de conocimientos y tus gustos. En realidad, eres un experto. Te ofreceré algún mueble antiguo o algún objeto raro, de los que hay pocos.

Tras decir esas palabras, Jingwu sacó una cajita envuelta en terciopelo rojo. La abrió y sacó un espejo con marco de bronce muy antiguo. Zhao Jingwu lo había elegido especialmente para Zhuang Zhidie, el cual reconoció de inmediato en el marco unas garzas y unos patos que habían sido grabados finamente. Zhidie sabía que ese espejo tenía al menos mil años y había otro que lo acompañaba que tenía a su vez grabado el Caballo Celeste. Con ese regalo, Zhidie se sentía colmado en lo más profundo de su ser, pero con el espejo en las manos, le dijo a Jingwu:

—Este espejo debería ser en realidad dos espejos. Es así como deberías ofrecérmelos. Tú has coleccionado muchos tinteros y un día de estos te ofreceré otro como agradecimiento a este gesto. ¡Tienes como cien tinteros de piedra en tu casa, Jingwu!

Zhidie se sintió contento con las palabras que él mismo había pronunciado. Zhao Jingwu, sin embargo, se sintió algo avergonzado por lo que había escuchado y dijo:

—Te lo ofrezco, pero tú me das una pintura de Wang Ximian (uno de los cuatro célebres de Xijing). ¿Trato hecho?

Zhuang Zhidie le repuso:

—¿Crees que es fácil hacerse con una pintura de Wang Ximian? Uno de estos días te acompañaré a su casa y tú eliges la pintura que te guste. ¡Seguro que nos recibirá con mucho vino y platos succulentos con las mejores viandas!

Zhuang Zhidie cogió el espejo y echó un vistazo a través de la ventana.

En ese momento, llamaron a la puerta y Zhao Jingwu preguntó:

—¿Quién llama? —Nadie respondió y los dos hombres se miraron. Zhuang Zhidie se escondió inmediatamente el espejo en el pecho y Zhao Jingwu cerró la caja de terciopelo rojo con el candado y la puso junto a una pila de libros viejos. Jingwu volvió a preguntar—: ¿Quién llama?

Se oyó una respuesta:

—Soy yo.

Zhao Jingwu abrió la puerta y gritó:

—¡Es el director Huang!... ¿Por qué ha venido tan pronto, señor? El maestro Zhuang ya vino y está aquí, esperándole desde hace tiempo... Comamos algo. Nuestras barrigas no paran de hacer ruido.

Zhuang Zhidie se quedó mirando al director Huang y vio que era un hombre bajito y grueso que tenía una cara rolliza de color amarillo y negro. Llevaba encima una camisa blanca como la nieve de la que colgaba una corbata negra.

En sus manos tenía un paquete grande. Se levantó de golpe y estuvo un buen rato de pie sin soltarlo y dijo solemnemente:

—Señor Zhuang, su nombre suena como el trueno que ensordece el oído. Así de famoso es usted y así suena su nombre en nuestros oídos. ¡Hoy, al fin, mis ojos pueden verlo aquí en persona!... Como decía, vine a ver al señor Zhuang y mi *laopo* me dijo que no le vería ni en sueños. Pues mi mujer se equivocó... Ni siquiera me he lavado las manos... De vuelta, se lo diré... Vaya si se lo diré... ¡Qué honor!

Zhuang Zhidie dijo:

—Oh..., pero yo soy Zhuang Zhidie y no el presidente Mao.

Los tres hombres se rieron a carcajadas y el director Huang dijo:

—El señor Zhuang, usted puede reírse de mí. Cuanto más grande es el personaje, más amable es su naturaleza. Eso es lo que pienso.

—Pero ¡qué trato me está dando, señor! No me lo merezco. Solo algo como la literatura puede darte una falsa reputación. Usted, señor Huang, es rico y tiene poder, pero yo...

El director Huang le cogió las manos a Zhidie y las suyas le sudaban. Dijo:

—Señor Zhuang, no puede hablar de esa manera. Yo leo sus artículos y sé que todas las gentes del campo se han empobrecido seriamente en los últimos años. El dinero que he podido ganar en el pasado no ha hecho otra cosa que perjudicarme en estos días. Sí, cierto, he ganado mucho dinero, pero ello no ha dado buena reputación a mi nombre. Es probable que yo sea más joven que usted; y si he dicho algo maleducado, le ruego que me perdone. Lo mío es lo suyo... Nuestro negocio de productos químicos va bien y el pesticida 101 se vende a las mil maravillas. Podría hacernos el honor de venir a echarnos un vistazo. ¡Nosotros le recibiremos en cualquier momento!

Zhao Jingwu dijo:

—Yo ya le he hablado al maestro Zhuang de este asunto y no es necesario andarse con rodeos. Además, somos gente adecuada. El maestro Zhuang no podrá escribir nunca ese tipo de artículos, pero para toda regla hay una excepción. Si pensabas en pedírselo, no te muerdas la lengua ahora. Iré en persona a la fábrica y me darás a mí los cinco mil yuanes. El artículo saldrá en el periódico sin ningún problema. Que no haya ningún malentendido. Cinco mil palabras por cinco mil yuanes. Ese es el trato.

El director Huang abrió las palmas de las manos, relajando así los dedos, y se inclinó ante Zhuang Zhidie. Se le escaparon unas palabras y dijo efusivamente:

—¡Muchas gracias, muchas gracias!

—¿A qué hora voy?—preguntó Zhuang Zhidie.

—¿Qué tal esta tarde? —preguntó el director Huang.

—No puede ser —contestó rotundamente Zhuang Zhidie—. Dentro de tres días sí que podré ir.

—De acuerdo —dijo el director Zhuang—. Te recibiré dentro de tres días. Jingwu, el señor Zhuang me honrará con su visita y ello me entusiasma. Salgamos a comer. ¿No me habías hablado de un restaurante grande cerca de aquí?

Zhao Jingwu dijo:

—Hoy soy yo el que os acoge y aquí tengo calabaza. ¡Comamos calabaza!

El director Huang preguntó sorprendido:

—¿Calabazas, dices? ¡Vaya, no es que eso sea un manjar!...

Zhuang Zhidie intervino:

—Comer calabaza nos conviene en estos momentos. Además, la primavera está cerca.

El director Huang replicó en función de lo que había dicho Zhidie:

—¿Y por qué no lo celebramos con una botella de vino español? ¿O tres botellines de café occidental? Quizá un par de dulces de *liaohua*... O cigarrillos de la marca 555, y que Zhao Jingwu se encargue de juntar todas esas cosas.

Algo enojado, Zhao Jingwu dijo:

—Compartamos ese trabajo. Tú, el gran e inigualable maestro Zhuang, puedes encargarte de comprar el tabaco.

Zhuang Zhidie se negó y dijo que no debía hacerlo. El tabaco extranjero era además muy caro, comentó.

El director Huang intervino:

—Jingwu, tú no puedes obligarle. El señor Zhuang prefiere fumar cigarrillos hechos aquí en China. El otro día te compré unos paquetes de tabaco de la marca de la montaña de Hongta. Ese regalo te honrará.

Zhao Jingwu recibió el regalo y sonrió a Zhuang Zhidie. Y tras sonreírle varias veces, le dijo:

—Mi barriga tiene hambre. Rara vez vienes aquí preparado. ¿No tienes tinta y una pluma? Solo debes escribir un pergamino de papel. No te llevará mucho tiempo hacerlo.

Zhuang Zhidie le repuso:

—No eres más que una sonrisa con malas intenciones. Mientras me sonrías, sé que estás tramando algo que no quieres decirme. ¿Quieres mi firma?

Zhao Jingwu le dijo:

—La firma de un personaje célebre se cotiza en el mercado como una obra de arte. Si me la das, la conservaré como una de mis antigüedades.

La mesa quedó preparada en un abrir y cerrar de ojos. La cubría un mantel de papel fino. Zhuang Zhidie trajo un pincel, pero no escribió con él nada. Incluyó la cabeza y preguntó:

—¿Qué escribo?

Zhao Jingwu le respondió:

—Lo que te apetezca. Pon algo de sentimentalismo en tus palabras, pero escríbelo bien. Algo con algún personaje conmovedor y que atraiga la atención a los futuros investigadores sobre tu obra. Quiero decir, ¡una obra de primera categoría!

Zhuang Zhidie se quedó mudo y con el pincel empezó a garabatear en un papel: «Vino una mariposa y el viento la trató con delicadeza; la gente se va y la luna se aburre»³³.

Zhao Jingwu cogió el papel, lo leyó y dijo:

—Pero ¿qué diablos significa esto? La frase con la «mariposa» (*zhuang*, en chino) me suena a algo personal de tu parte; pero lo de la «luna» (*yue*, en chino) ... ¿No se referirá a tu mujer Niu Yueqing? Y lo de «trató con delicadeza» y lo de «se aburre» tiene cierta unión secreta y auspiciosa con lo de «vino» y «se va», pero yo no llego a comprender el sentido final de todo esto...

Zhuang Zhidie no le hizo caso a Jingwu y volvió a escribir sobre el papel unos caracteres chinos: «Zhao Jingwu busca el sentido de las palabras y se topa de repente con la poesía alusiva de los antiguos. Quien lo conoce, lo conoce, y quien no lo conoce, no lo conoce. Mis palabras, aunque no valgan ahora mil piezas de oro, dentro de trescientos años serán reliquias históricas, ¡y cada uno de estos caracteres chinos valdrá ochocientos yuanes! Dicho esto, si Zhao Jingwu tiene descendencia, esta podrá meterse en el bolsillo diez mil yuanes. ¡No escribas más, no escribas, que los Zhao se van a hacer ricos!». Zhuang Zhidie soltó el papel y Zhao Jingwu se puso a leer lo que su amigo había escrito. Soltando unas carcajadas y dijo:

—¡Esto es lo mejor, lo mejor que has escrito en tu vida! ¡Y por supuesto que con el tiempo valdrá diez mil yuanes!

El director Huang se los quedó mirando con envidia y le propuso:

—El señor Zhuang me recompensará con un pergamino con sus caligrafías. ¡Y yo mismo lo colgaré en la sala principal de mi empresa!

Y antes de que Zhuang Zhidie le diese su consentimiento, el director Huang, sin pensárselo dos veces, mojó el pincel en el tintero, pero no lo cogió con fuerza y se le cayó de la mano y se manchó. Se fue inmediatamente al patio a lavarse las manos en un pequeño fregadero que se encontraba ahí. Zhuang Zhidie dijo:

—Él se lava las manos de la tinta que le ha caído encima porque puede hacerlo; pero mi honor, eso ya no lo lava nada.

Los dos se pusieron a reír y Zhao Jingwu dijo:

—Escríbele ese pergamino con un poema cuya caligrafía salga de tu propia mano. Es un nuevo rico y a los nuevos ricos les gusta ese tipo de cosas.

Zhuang Zhidie le dio la réplica:

—¡Oh!... Ahora solo me falta convertirme en un alto oficial del gobierno. ¡Soy un experto en todo! Nuestro alcalde era en sus orígenes un estudiante de pedología y luego se convirtió en alcalde de Xijing. Los nuevos ricos salidos de las nuevas industrias tienen dinero y con dinero se obtiene todo.

Zhao Jingwu dijo:

—Él tiene dinero ahora, y tendrá dinero otra vez. ¿Por qué no te pones de su lado?

Zhuang Zhidie escribió: «Cien demonios atormentan al mundo y Dios permanece silencioso. Las estrellas tienen aristas que ven la luna pálida».

Zhao Jingwu dijo que ese poema era una maravilla. En ese momento, alguien entró por la puerta y dijo:

—¿Es ese el escritor Zhuang Zhidie?

Zhuang Zhidie se giró de golpe y vio que se trataba del ama de llaves.

El director Huang se había ido a lavarse las manos y el ama de llaves aprovechó para hacerle algunas preguntas. ¿Por qué te has manchado las manos con tinta? Y el director Huang le dijo que dentro de la casa había un escritor célebre que se llamaba Zhuang Zhidie y que estaba haciendo unas caligrafías. La mujer daba la casualidad de que estaba leyendo un libro de Zhuang Zhidie y dejó de dar de mamar al bebé y se metió corriendo en la casa de Jingwu. Al verla, Zhuang Zhidie no supo cómo reaccionar y preguntó, gritando, que quién era, pero quiso caerle bien. La franqueza en la espontaneidad de esa mujer le impidió cualquier otra reacción. Mirando detenidamente la cara delgada de la cuidadora, se presentó:

—Soy Zhuang Zhidie.

Y el ama de llaves se lo quedó mirando y le respondió:

—Me mientes. ¿Qué diablos vas a ser tú Zhuang Zhidie?

El director Huang se asustó y se quedó mirando a Zhao Jingwu, y este preguntó:

—¿Estás diciendo que Zhuang Zhidie no es Zhuang Zhidie, sino que es un impostor?

El ama de llaves respondió:

—El verdadero es más alto que este. ¡Y vaya que lo es! Los gestos de sus manos también son diferentes.

—Oh, el precio de las cosas aumenta con el paso de los días, pero eso no pasa con los seres humanos. Más bien al contrario cuando se envejece. O, al menos, eso es lo que pasa con Zhuang Zhidie... —dijo Zhidie

El ama de llaves se tomó en serio las palabras de Zhidie y se puso a observarlo con más detenimiento. Su rostro enrojeció, ya que se dio cuenta de que ese tipo era en efecto Zhuang Zhidie, y dijo inmediatamente:

—¡Ah, esta joven sirvienta acaba de reconocer al señor Zhuang Zhidie! ¡Y encima he ofendido al señor!

Zhuang Zhidie replicó:

—¿Trabajas para una familia que vive enfrente?

El ama de llaves se lo confirmó:

—Pues sí. El señor se va a reír de mí.

—¿Por qué iba a hacerlo? —dijo Zhuang Zhidie—. Acababa de preguntarle a Jingwu que quién era esa joven de enfrente que estaba leyendo un libro. La verdad es que no se ven muchas amas de llaves leyendo libros...

El ama de llaves dijo:

—No me sobrestime, señor. Si lo hace, ¡le voy a pedir un pergamino con su caligrafía!

Zhuang Zhidie le replicó:

—Con ese tono de voz con el que me hablas, ¿cómo podría negarme? ¿Y cómo te llamas?

La joven ama de llaves y sirvienta le respondió:

—Liu Yue.

Zhuang Zhidie musitó con la mirada distraída:

—Oh... Otra Yue, otra luna..., Estás de suerte. El maestro Zhuang te escribirá una caligrafía y te dará el pergamino; pero eso sí, te pediré que vengas

a trabajar a mi casa. Necesito a alguien que se encargue de mantener en un estado decente mi hogar.

—No sé qué tipo de casa tendrá el maestro Zhuang, ni lo que exigirá de mí —dijo Liu Yue—. Las gentes como yo venimos de lugares rústicos y remotos, y somos además gente muy poco refinada. Quizá no podré satisfacer nunca sus demandas, señor.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Échale un vistazo a mi casa y te estás conmigo. Luego decides por ti misma si quieres quedarte.

Liu Yue dijo tras pensárselo dos veces:

—Veo que de verdad quiere que trabaje para usted, pero yo no sé...

A Zhao Jingwu no se le pasó por la cabeza pensar que esa joven iba a poder hablar así a Zhuang Zhidie, y con la mirada quiso advertirla. Zhuang Zhidie aplaudió con sus manos y dijo:

—Bueno, pues esperaremos una respuesta.

Zhao Jingwu bostezó y Liu Yue le dijo:

—Me has sentenciado con la mirada; pero, en primer lugar, ya me he dado cuenta de que este señor es efectivamente Zhuang Zhidie; y segundo, ¡quiero hacer de ama de llaves en la casa de Zhuang Zhidie! Esos son mis sentimientos ahora mismo.

Zhao Jingwu le respondió:

—Esto no funciona así. Tienes un contrato con la casa de enfrente, y si te vas, van a pensar que soy yo quien te he presentado a otra gente y voy a tener problemas con ellos. Vete a saber lo que me van a decir...

Liu Yue le dijo:

—Pero ¿crees que esa familia me ha adoptado como a una concubina porque mis padres son pobres? Soy libre de ir adonde me venga en gana.

Zhuang Zhidie dijo con el rostro imperturbable:

—Que así sea. Tu contrato con esa casa ya ha expirado. Jingwu, deja que se venga a mi casa.

* * *

Los tres se encaminaron hacia la calle con la intención de ir a comer juntos y Zhuang Zhidie no podía creer que esa chica hubiese venido del campo. Su

educación no parecía corresponder a ese tipo de jóvenes que vienen de zonas rurales de la provincia de Shaanxi para instalarse en Xijing, la Capital del Oeste. Zhao Jingwu dijo:

—Quién hubiese pensado que esa niña iba a crecer tan rápidamente. Al principio, vestía como una pueblerina y cuando la gente la veía, ella siempre bajaba la mirada y se negaba a decir algo. Un día, cuando el dueño de la familia para la que sirve se fue al trabajo y en la casa no había nadie, o al menos eso creía, ella abrió el armario de la señora, sacó unas ropas elegantes y se las probó delante del espejo; pero justo al otro lado de la puerta había alguien que la estaba observando y le dijo: «Te pareces mucho a la actriz Chen Chong³⁴». Y ella le respondió asustada: «¿Y quién me habla?», y tras decir esas palabras, la joven Liu Yue se puso a llorar; pero nadie podía saber en realidad por qué estaba llorando. Hacía un mes que trabajaba como ama de llaves con esa familia y el dueño le dijo que se fuera a vivir a casa de sus padres. La joven pasó por un mal momento, pero al final el dueño le dio el vestido y le dijo que se quedase. Lo cierto es que Liu Yue estaba bellísima con ese vestido y la gente decía que, en efecto, se parecía a Chen Chong. Ella se iba acostumbrando día a día a esas palabras y a su trabajo en la casa, pero algo de su naturaleza iba cambiando hasta hacer de ella otro tipo de persona.

Zhuang Zhidie pensaba que Liu Yue era adorable y su naturaleza era pura y simple como la de las gentes del campo en la provincia de Shaanxi y así lo dijo, sin ser consciente de ello, delante de ella. Zhao Jingwu lo corrigió con la mirada y dijo:

—¿De veras que quieres que ella vaya a tu casa? Me da la impresión de que, más que una sirvienta, ¡tú lo que quieres es una *xiaojie* (joven prostituta)!

Pero Zhuang Zhidie no le hizo caso y siguió caminando hacia delante. Al pasar por un callejón, vio el patio de una casa que estaba oculto, como quien esconde un secreto, tras las ramas de unos árboles. El viento soplaba y se llevaba con él varias hojas amillas y las estampaba delante de sus ojos. Zhidie dijo entonces:

—Jingwu, si doblamos por este callejón, ¿no nos topamos con la ermita de la Vacuidad Luminosa?

—Así es —respondió Zhao Jingwu.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Recuerdo ahora que tengo una amiga que vive ahí. ¿La puedo llamar para que se venga a comer calabaza con nosotros?

Zhao Jingwu le dijo:

—¿No se trata de Hui Ming, la novicia budista?

—Las gentes que viven ahí son todas budistas. ¿Vamos a comer intestinos de cerdo? —preguntó Zhidie.

—Eso sería obligarles a cometer una falta —dijo Jingwu—, y además es tu amiga. Llámala, yo también quiero conocerla.

—Voy y vengo en un abrir y cerrar de ojos. —Zhuang Zhidie arrancó la Mulan y se fue.

El motor del vehículo hizo un ruido delante de la puerta y vertió sobre el suelo una mancha negra de aceite. Una cabeza que brillaba igual que esa mancha de aceite negra salió del patio y gritó:

—¡Maestro Zhuang!

Al alzar la mirada, Zhuang Zhidie se dio cuenta de que era Tang Wan'er, la cual se reía de él a carcajadas. Sobre los muros del patio se encaramaban unas cañas que lo tapaban y Zhidie se preguntó cómo esa mujer había podido verlo nada más llegar a la entrada, porque él no podía verla. Tang Wan'er llevaba el pelo limpio y brillante y la cara muy maquillada. Ella le dijo a Zhidie poco después:

—Espera, que voy a abrir a puerta.

La joven esposa de Zhou Min se encontraba en los aseos y, como siempre lo hacía, observaba a través de las grietas del muro a la gente que pasaba por la calle. De esa manera había observado a mucha gente, pero Zhuang Zhidie desconocía ese ejercicio de voyerismo habitual en la joven casada Wan'er. Zhidie había enrojecido con las risas de Wan'er y su cara seguía igual de roja. Al oír el ruido de la moto, Wan'er salió a ver quién era como si la hubiese azuzado una carga eléctrica y cuando vio a Zhuang Zhidie, se puso a reír, pero con una risa nerviosa y descontrolada. Se subió los pantalones beige y, temblando, se fue a recibirlo a la puerta.

Zhuang Zhidie vio a través de las grietas de la puerta cómo la joven esposa Wan'er corría mientras se abrochaba el cinturón; pero no corría hacia la entrada del patio, sino que se dirigía al salón central de la casa. Zhidie vio también cómo se le movía el trasero a Wan'er —un trasero generoso y bien formado— y pensó que ella debía adelgazar un poco, ya que su figura empezaba a deformarse.

Tang Wan'er se arregló el cabello frente al espejo que había en el salón y con un cepillo se puso colorete en las mejillas, se pintó los labios de rojo y salió del salón para recibir a Zhuang Zhidie. Al llegar a la puerta, los ojos de la mujer

casada no paraban de pestañear. A Zhuang Zhidie le llamaron la atención esos ojos bellos y parpadeantes, así como la sombra diminuta que había a su lado. De repente se dio cuenta de que esa sombra era, ni más ni menos, que él mismo, y verse así de pequeño ante ella le hizo sentir extraño. Dijo inmediatamente:

—Zhou Min... ¿Zhou Min no está en casa?

La mujer respondió:

—Me dijo que quería ir hoy a la imprenta. Se fue temprano. Maestro Zhuang, entre por favor. Hace un sol de justicia y usted no lleva sombrero.

Zhuang Zhidie se quedó atontado por unos momentos y creyó que era el mismísimo Zhou Min quien le estaba hablando. Luego se dio cuenta de que era Tan Wan'er y no supo qué pensar: ¿era una buena noticia la ausencia de Zhou Min? Con esos pensamientos entró en el salón de la casa y tomó asiento. Wan'er le ofreció té y tabaco, encendió el ventilador eléctrico y le dijo seguidamente:

—Maestro Zhuang, le estamos tan agradecidos por lo que ha hecho por nosotros. Usted es tan célebre y tiene tanto prestigio aquí en Xijing. No está alcance de todos verle, y menos el compartir una comida. Nos ha hecho un favor enorme.

Zhuang Zhidie le dijo:

—No sé de qué favor me hablas.

—Los utensilios para la comida —respondió la mujer—. Ni siquiera los hemos utilizado todos, pero nos fueron de una gran utilidad.

Zhuang Zhidie se acordó en esos momentos del asunto del rascado de madera y sonrió:

—Tenía un poco de dinero, ya que me habían pagado unos royalties que me debían.

La mujer cogió un taburete y se sentó delante de Zhidie, cruzó las piernas y dijo:

—Y con lo que le dan por un artículo, ¿qué se puede comprar?... Zhou Min me ha contado que os pagan por el número de palabras que escribís y que la puntuación también cuenta. Y por un libro, ya que tiene mucha puntuación, te debes de hacer rico...

Zhuang Zhidie soltó una carcajada y dijo:

—Si solo hubiera puntuación, nadie nos pagaría nada.

Wan'er se puso a temblar, estiró el cuello y se arregló la ropa, ya que con las risas se le había descompuesto. Zhuang Zhidie sentía que algo le oprimía en la boca del estómago, se inclinó a un lado y tosió. La mujer dijo:

—Maestro Zhuang, quiero preguntarle algo: en su obra escrita, ¿todos los personajes son reales?

—No sé qué quieres decir con ello. Muchos han salido de mi imaginación —dijo Zhidie.

—¿Y cómo puedes hilar tan fino? Parecen salidos de la realidad —dijo Wan'er—. Yo ya se lo he dicho a Zhou Min: el maestro Zhuang es una persona con muchos y muy finos sentimientos. Para una mujer casada, tener un marido así debe ser la felicidad completa.

Zhuang Zhidie dijo:

—Mi mujer me ha dicho que cuando se reencarne en otra vida no quiere ser por nada del mundo la mujer de un escritor.

A Tang Wan'er, esas palabras la pillaron por sorpresa y la dejaron un poco deprimida. Cerró los ojos y dijo:

—Hay quien es feliz y no sabe que lo es, y no puede haber desgracia peor que esta en un ser humano. Debería ser la mujer de un hombre vulgar y sabría entonces lo que es sufrir.

Tras decir esas palabras, Wan'er derramó unas lágrimas de desesperación y Zhuang Zhidie pensó inmediatamente en su propia vida. Él nunca se había visto como un marido así y solo en ese momento se veía de esa manera. Para consolarse a sí mismo, le dijo a la joven mujer:

—Tú eres alguien que tiene suerte en la vida y todavía tienes un buen aspecto. No has nacido bajo una mala estrella, y lo pasado, pasado está. Y ahora, ¿no estás mejor que nunca?

Wan'er, que le había oído, le dijo:

—¿Y qué piensa hacer de sus días? Aunque Xijing está bien, siempre podría vivir en otro lugar. ¿No lo cree así? Maestro Zhuang, tú puedes leer el destino de la gente y por supuesto que también puedes leer el mío.

Wan'er alargó los brazos y puso sus manos blancas sobre las rodillas de Zhidie, y este puso las suyas inmediatamente encima de las de ella y las agarró para sacárselas de ese lugar que él creía sensible y dado a malentendidos. Un sentimiento extraño pasó por su corazón y respiró profunda y bruscamente. Se puso a hablar ante Wan'er de las características jerárquicas de las mujeres en los libros que describen la jerarquía³⁵ de una persona a partir de los rasgos físicos. Le dijo que las mujeres con una frente plana son nobles, mientras que las mujeres con una frente abombada son ruines. Las mujeres que tienen una nariz recta son nobles, mientras que las que tienen una nariz chata son rastreras y

ruines. Las que tienen un cabello exuberante y brillante son nobles y bien nacidas, pero las que tienen un cabello seco y estirado no valen nada. Lo mismo sucede con los pies. Una mujer con unos pies bien formados es una mujer de fiar, mientras que una mujer con unos pies gordos y feos es probablemente peor que una furcia mentirosa y farfullera. Wan'er se quedó boquiabierta tras escuchar las palabras de Zhuang Zhidie y se puso a contemplarse a sí misma. No comprendía lo de los pies y lo de la nariz. ¿Qué tenía que ver el tamaño de esas partes en la nobleza de una mujer? Zhuang Zhidie le puso las manos en los pies y empezó a manosearlos como si les estuviese dando un masaje. Luego se detuvo y con el dedo índice apuntó hacia el suelo. Wan'er se sacó las zapatillas y dejó sus pies totalmente desnudos ante el rostro de Zhidie, como si con ellos quisiese acariciarle la cara. Zhuang Zhidie se sorprendió gratamente al ver la belleza formal de los pies de Wan'er y su flexibilidad. Esos pies le recordaron la forma de unos pendientes. Eras unos pies bellísimos con unos dedos proporcionados que eran como cañitas de bambú y que Wan'er no paraba de mover. Zhuang Zhidie no había visto en su vida unos pies tan bellos como esos y casi se pone a silbar de admiración nada más verlos. Vio de nuevo las zapatillas de la joven esposa y preguntó:

—¿Qué número calzas?

Wan'er le respondió:

—Un treinta y cinco. Como puedes ver, tengo unos pies demasiado grandes y las piernas muy cortas. Nada proporcionado todo eso. Además, unos pies así no se merecen unas zapatillas tan bonitas como estas.

Zhuang Zhidie sonrió, se levantó y aventuró:

—Tú te mereces esas zapatillas. Te van de maravilla.

De su bolsa, Zhidie sacó un par de zapatos y se los dio a Wan'er. Ella dijo:

—¡Qué bonitos son! ¿Cuánto valen?

—Pero ¿quieres pagarme por ellos? —preguntó Zhuang Zhidie—. Déjalo estar. Te los ofrezco.

Wan'er se quedó mirando a Zhidie y este le dijo:

—Pruébatelos.

La joven esposa no volvió a decir gracias y se los probó. Luego cogió las dos zapatillas viejas y las tiró a la cocina.

CAPÍTULO II

De regreso al restaurante, Zhuang Zhidie se sentía como subido en una nube. Zhao Jingwu y el director Huang le vieron llegar, pero ninguno le preguntó por la amiga que debía ver. Solo le dijeron que sus estómagos les estaban gritando que se morían de hambre y le preguntaron a Zhuang Zhidie si él no se estaba muriendo también de hambre. Zhuang Zhidie les contestó que, en efecto, solo pensaba desde hacía un buen rato en comer y beber.

Durante la pausa de la comida, los tres hombres ya habían bebido muchísimo. Habían bebido la mitad de una botella de aguardiente y el momento de los comentarios laudatorios falsos había empezado, así como las palabras visionarias y osadas. Pidieron otro medio *jin* de aguardiente, se lo bebieron, y ello dio paso a más comentarios que no tenían ningún sentido. Compraron otro medio *jin* de aguardiente, pero esa vez, tras consumirlo, todo el mundo se quedó callado. Todos ellos se habían sentado en la parte trasera del restaurante y Zhuang Zhidie quiso irse después. Zhao Jingwu le aseveró:

—Te lo entregaré.

Y Zhuang Zhidie le enseñó las manos y agarró seguidamente el manillar de su motocicleta Mulan, tomó la calle y siguió recto sobre ella. Una vez ahí, pudo distinguir un par de insignias que estaban mal escritas.

Una vez en el pequeño patio de Shuang Ren Fu, ya había anochecido y se dio cuenta de que la gente estaba durmiendo. Niu Yueqing había dejado la comida preparada y acababa de levantarse. El ruido de la moto la había sin duda despertado. Se sentó en una silla y le dijo a su mujer que no tenía hambre y que no iba a comer nada. Deseaba coger el coche y pasar la noche en el Círculo Literario. Niu Yueqing le replicó:

—No necesitas ir esta noche. Quédate aquí.

Zhuang Zhidie se puso a tartamudear y no le salían las palabras que deseaba decir. Le dijo a su mujer que esa noche quería escribir un artículo importante y

Niu Yueqing le respondió:

—Si quieres ir, ve; pero no puedo ir.

Zhuang Zhidie comprendió lo que quería decir con esas palabras. Ello le tranquilizó por dentro, pero puso cara de amargado. Suspiró y se fue.

La niebla había ocupado la boca del callejón y la calle. Sobre la Torre del Tambor se habían posado unos cuervos y debajo, en una de las arcadas que hacían de pasajes interiores para cruzar la torre, había varios puestos ambulantes que vendían, bajo la luz de una lámpara, *huntun* (una sopa de raviolis gordos y planos) y brochetas de carne de cordero asadas a la brasa. Un grupo de niños saboreaba varios algodones de azúcar que eran más grandes que sus cabezas y Zhuang Zhidie contemplaba atónito cómo giraban esas bolas gigantes que parecían hechas de hilos de seda. Al otro lado de la arcada estaban la cuñada Liu —que vendía leche— y su vaca desde primeras horas de la mañana. Tras ordeñarla y servir la leche que le habían pedido, la cuñada Liu y su vaca descansaban un rato y luego se iba fuera de la ciudad, más allá de los muros, para olvidar la bullaranga que se juntaba en ese lugar céntrico de Xijing. Los niños se asustaban nada más ver la vaca con esos ojos grandes. La cuñada Liu le dijo a Zhuang Zhidie:

—Señor Zhuang, hacía ya varios días que no pasaba a comprarme leche. ¿No se había quedado a vivir en el Círculo Literario y Artístico?

Zhuang Zhidie le contestó:

—Te esperaré mañana.

Zhuang Zhidie acarició los lomos de la vaca y la cuñada Liu gritaba a viva voz el precio de la leche al mismo tiempo que se quejaba de los pocos clientes que tenía. El precio de la leche, en cambio, no había subido, y hacía tanto calor que no valía la pena pasar el día entero de duro trabajo en la ciudad. Cogió a la vaca por los cuernos, pero esta no se movía y se limitaba a mover la cola, siempre con las cuatro pezuñas clavadas en el suelo. Giraba la cabeza y miraba a la cuñada Liu, y esta miraba a la vaca. La cuñada Liu azuzó a la vaca y la vaca se movió finalmente.

Zhuang Zhidie dijo:

—Debes aceptar la situación y tirar hacia delante. Aquí, quien no corre, no gana un céntimo. La muchedumbre quiere comprar verduras y grano. ¡*Aiya!* Mira esta vaca. ¡No te impacientes! Esta vaca parece un filósofo.

* * *

A Zhuang Zhidie, esas palabras le salieron con toda naturalidad y no le vino a la cabeza que esa vaca había oído (y comprendido) todas las palabras que él había pronunciado. La gente dice que los perros y los gatos son capaces de comunicarse con los seres humanos, pero lo que no saben es que las vacas y los bueyes también son capaces de comunicarse con los seres humanos. Un año atrás, Zhuang Zhidie se vio con la cuñada Liu en la casa de esta en las afueras de Xijing. Al principio, esa mujer se dedicaba al negocio de la verdura, pero en esa época no le iba muy bien. En esa época, vender verdura suponía probablemente defraudar a la gente si se quería sacar algún provecho con ese negocio. Las circunstancias que rodeaban ese negocio eran, por supuesto, espantosas, así como la situación de la cuñada Liu. Un día, a Zhuang Zhidie se le ocurrió un plan para ella: debía vender leche aguada en el centro de Xijing. La gente nunca se da cuenta de esas cosas, le gusta beber buena leche y paga por ello, aunque contenga más agua de la cuenta. Debía hacerse con una vaca y si la vaca no le daba leche, siempre podía venderla. La leche se mantenía siempre a un precio alto, no como las verduras. Esa es la razón por la cual compró varias vacas en las montañas de Zhongshan cerca de Xijing y, siguiendo el consejo de Zhuang Zhidie, se fue al centro de la ciudad. Zhuang Zhidie la visitaba a menudo y compraba su leche. O más que comprarla, la ordeñaba personalmente y sentía que, al hacerlo, un lazo especial le unía a ella. La cuñada Liu le ofrecía ese privilegio. La vaca, por su parte, parecía agradecérselo, y cada vez que lo veía se ponía a mugir y él le decía que ella era una «vaca-filósofa». Para Zhidie, esa vaca era una filósofa como lo eran los grandes filósofos de la antigüedad en China. Y lo cierto es que esa vaca parecía tener muchos pensamientos en su cabeza. Parecía, en realidad, que pensaba y que tenía una visión filosófica muy elaborada de la ciudad de Xijing. Lo único que ocurría era que no utilizaba la lengua de los seres humanos y los seres humanos no la comprendían por esa razón.

Ese día, al alba, y tras vender la leche, la cuñada Liu llevó la vaca junto a un muro para descansar y tomar el fresco. En ese mismo muro se encontraba Zhou Min soplando la ocarina, la cual prolongaba eternamente sus largos y lánguidos lamentos, que eran como el sonido que hace el viento de la noche cuando se cuela en las ranuras de las ventanas o como los llantos patéticos de los fantasmas en las viejas tumbas. Al oír esa música, tanto a la mujer como a la vaca les entraba un escalofrío en la espalda, pero al mismo tiempo les gustaba escuchar ese sonido. La música de la ocarina dejó de sonar. Al alzar la mirada, la cuñada

Liu vio la figura de Zhou Min y creyó estar viendo uno de esos monigotes de papel recortado que caminaba hacia lo lejos. Zhou Min se alejaba por encima del muro y esa imagen causó inesperadamente una cierta melancolía en la cuñada Liu. Ella era incapaz de expresar esa tristeza en palabras. Dejó colgar su cabeza y se quedó dormida. La vaca le dio un mordisco a la hierba y se tumbó para hacer dos cosas: rumiar la comida y ensimismarse con sus pensamientos. De repente, pensó: cuando me encontraba en las montañas de Zhongnan, ya sabía que había la historia de los hombres y la historia de las vacas y los bueyes; pero los hombres, en realidad, son bueyes y vacas que se han convertido en hombres. ¿O ha sido al revés? ¿Hombres que se han convertido en bueyes y vacas? Ni siquiera los hombres parecen saberlo y afirman que vienen de los monos. Pero ¿cómo pueden saberlo? ¿Por la cara y el trasero? Esa es la razón por la cual los hombres afirman que los monos son sus ancestros. Los hombres nos esclavizarán eternamente y lo harán sin el menor escrúpulo. Por eso, los hombres mienten siempre. Eso es una injusticia para nosotros, no hay nada claro en cómo podemos solucionar ese malentendido. Lo mejor es pensar que tanto los bueyes como los hombres vienen del mono. Nosotros, los bueyes y las vacas, deberíamos reconocerlo. Los monos evolucionaron en dos tipos de seres vivientes. Uno pertenece a los que pueden hablar y son capaces de transformar los pensamientos en palabras, mientras que al otro grupo pertenecen los que no han sido capaces de dar ese paso. Al primer grupo pertenecen, por supuesto, los hombres con sus lenguas, y al segundo, los bueyes y las vacas. Estos últimos transforman los pensamientos en masticar la hierba y en rumiar. Eso es todo.

¡Ajá! En el caos primordial entre el Cielo y la Tierra, el cual es el origen de todas las cosas de este mundo, los bueyes y las vacas, ¿eran igual de pequeños que las pulgas o simplemente no existían? No, los bueyes y las vacas eran como monstruos y poseían unos cuerpos enormes. Se apoyaban en unas pezuñas sólidas y robustas y se defendían con unos cuernos duros y bien afilados, pero empezaron a ser atacados por los hombres en la naturaleza, que es donde vivían. Los bueyes y las vacas, aislados como se encontraban, empezaron a colaborar con los seres humanos. Poco a poco, se convirtieron en sus servidores sumisos, obedeciendo todas las órdenes. Todo ello se debió a que entre ellos y los hombres había un vínculo de sangre que los unía; pero los hombres trataron a los bueyes y las vacas como pollos y gallinas. O, peor todavía, los trataban como cerdos. Los hombres convirtieron a los bueyes y las vacas en sus esclavos. Los pollos y los cerdos, los hombres los crían y se los comen. A las gallinas les hacen poner huevos y a los cerdos los engordan porque a la gente le gusta comer su

carne. Los bueyes, sin embargo, ayudaban a los hombres a realizar la siembra o para mover la piedra cilíndrica que machaca el grano sobre la pira. O simplemente como medio de transporte. De esa manera, fueron desarrollando la leche, la tan querida leche, que tanto consumen los humanos con su don de poder convertir sus pensamientos en palabras. ¡Ay, los seres humanos y la leche! La leche fue la razón por la cual los hombres domesticaron a los bueyes y las vacas; por ello sacaron el látigo y olvidaron el sentido de la justicia que los unía a esos animales.

La vaca le daba vueltas a la gran injusticia que se le había hecho a su especie y ello no la dejaba dormir tranquila. Por los dos orificios anchos de su nariz empezó a salir aire en grandes cantidades. *Mu, mu...* El polvo que había enfrente de su cara alargada se levantaba y se le pegaba a las dos mamas a la vaca. Sus ojos miraban distraídos el espacio blanco del cielo y luego los bajaba. La vaca sonrió. La sonrisa amplia de la vaca se vio acompañada por otro largo y monótono *mu...* La razón de esa sonrisa amplia fue lo siguiente: en este mundo, con la noble excepción de los bueyes y las vacas, todos los animales son fieros y siniestros. Solo los bueyes y las vacas y Dios permanecen eternamente en silencio; y tal vez por ello son los bueyes y las vacas los esclavos que aman los humanos. Lo que los diferencia de otras bestias salvajes es que ellos acompañaron a los hombres a construir una sociedad civilizada. Y lo hicieron muy bien. Una sociedad civilizada es vista como el fruto de los hombres, pero incluso una persona inteligente puede ser víctima de su propia ingenuidad y camina inocentemente hacia su destrucción. Pero ¿quién iba a dominar ese mundo civilizado? ¿Los bueyes o los hombres? Pues los bueyes y las vacas. ¡Sí, los bueyes y las vacas! Y esto no es un proverbio prefabricado. La vida de los hombres, ¿no es a menudo una historia forjada entre amos y esclavos? Además, la raza de los bueyes y las vacas formó parte desde la antigüedad más remota en la condición humana. Si no, ¿por qué los emperadores vestían con ropas hechas de piel de buey o calzaban zapatos de la misma materia? Y para ser sinceros, esa gente que viste con ropas hechas de cuero son espías de los bueyes y las vacas. Tras introducirse entre los humanos, lamentaban haber perdido la condición bovina o simplemente les pesaba su nueva responsabilidad. Esas chaquetas o pellizas de piel, o esas botas, todo ello se lo ponían encima para no olvidarse de su verdadero origen. Todo ello los llenaba de una autosatisfacción enorme. En realidad, era el Cielo que se rendía a sus pies. La primera vaca desnuda en llegar a la floreciente ciudad de los hombres preguntó que en qué ciudad los bueyes y las vacas podían campar a sus anchas por las grandes avenidas. Los

pensamientos de la vaca habían llegado hasta el centro de Xijing y por esa razón ella se lo agradeció infinitamente a Zhuang Zhidie. Fue en efecto Zhuang Zhidie quien le propuso a una mujer ir a las montañas y comprar una vaca para vender leche en el centro de la ciudad. Y fue Zhuang Zhidie quien dijo que esa vaca parecía un filósofo. El consejo de Zhidie valía más que mil piezas de oro. Todo ello hizo que la vaca fuese consciente de su destino divino. ¡Ah! Yo pertenezco a la familia de los filósofos. Yo soy una filósofa verdadera y quiero observar y examinar la ciudad de estos hombres. Quiero reflexionar sobre la vida de los hombres. En la era en la que los hombres y los bueyes se interrelacionaban, apareció una vaca con una amplia y profunda visión del mundo³⁶.

* * *

Era el diecinueve de junio a la hora del crepúsculo. Zhuang Zhidie había comprado papel para quemar y se había presentado en el patio de Shuang Ren Fu. Niu Yueqing le había dicho casi a gritos que había un herrero en la entrada del patio que había derretido el metal de una horquilla y había forjado con él un anillo. Zhuang Zhidie se acercó y se quedó mirando al herrero, el cual tenía la tez pálida, unos ojos pequeños y unos labios finos. Su técnica era la de un auténtico herrero y manejaba con destreza, y usando el pie, el muelle de viento. Con las manos sujetaba unas tenazas de hierro que a su vez sujetaban un tubo ardiendo. Por su cara y su cuerpo se deslizaban unas gotas de sudor que eran como perlas. Todo ello le daba un aspecto extravagante. Zhuang Zhidie nunca antes había visto algo parecido y pensó que Niu Yueqing quería hacerse unos pendientes, pero le preguntó que por qué los quería. ¿Se había vuelto loca? Niu Yueqing respondió:

—Yo no llevo pendientes. Wang Ximian lleva tres anillos en los dedos de sus manos y tú ni siquiera llevas uno. Al salir de casa, la gente se va a reír de ti. ¡Incluso me van a echar bronca a mí por no llevar bien a mi marido! Van a pensar que no somos nadie.

Zhuang Zhidie escuchó las palabras de su mujer y murmuró:

—Eso son tonterías de mujeres.

Zhidie salió del patio y se metió en la casa, le dijo algo a la madre de Niu Yueqing, mientras la señalaba con el dedo índice, y se la llevó con él para realizar el rito de quemar billetes falsos para los difuntos. Niu Yueqing le quería hacer probar los anillos, pero Zhuang Zhidie le dijo que estaba muy ocupado

quemando billetes de dinero:

—Hay que hacerlo así: uno tras otro, hasta que la llama llega a tus dedos y entonces los sueltas.

Niu Yueqing se rio del método concienzudo de su marido y sabía de sobras que el mejor método para quemar billetes de papel era delegar esa tarea a otros. Pero ¿para qué complicarse la vida al quemar unos billetes falsos? La madre anciana de Niu Yueqing frunció los labios y le dijo a Zhuang Zhidie que apagase los billetes pisándolos en el suelo. De lo contrario, ese papel a medio quemar iba a acabar en las aguas del río y podía ser un problema para la fauna que ahí vive. Niu Yueqing añadió a lo que había dicho su madre que lo mejor era utilizar monedas auténticas, ya que estas eran de cobre o plata y, por lo tanto, resistentes al fuego y el agua; pero a la madre no le sentó bien ese comentario y le dijo que lo mejor era quemar billetes falsos. Lo demás no dejaba de ser un despilfarro innecesario.

Por supuesto, el marido de la viuda anciana tenía un montón de dinero y la viuda tenía varios familiares que dependían de ese dinero, como el tío materno de Niu Yueqing, o su madrina, que era la hermana mayor de la anciana. A Niu Yuqieng, esa familia le parecía una carga insufrible, ya que era ella y solo ella la que debía ocuparse de ellos. Yueqing le metió el anillo en el dedo de Zhidie y este se sentó en el sofá, cruzando las piernas y mostrándose tolerante. El dedo de Zhidie era demasiado pequeño para un anillo tan grande. Con los dedos tocó los laterales del sofá y le dijo a Niu Yueqing que él debía cambiarse de ropas porque se sentía incómodo con lo que llevaba puesto. Ella le respondió:

—Te compré esa camisa roja y temía que no te la pusieses. El viejo Huang, de nuestra unidad de trabajo, ya ha cumplido sesenta y dos años y lleva ese tipo de camisas. ¡Y tú eres más joven que él!

—Estos pantalones tampoco van con esta camisa —le dijo Zhidie—. Deberías devolvérselos al hombre del callejón al que se lo has comprado. Yo necesito otro atuendo. El dueño de esa tienda te cambiará la camisa y los pantalanes, y también estos zapatos, y el cinturón, y los calcetines... ¡Necesito otra ropa!

Niu Yueqing le replicó:

—Lo haré, lo haré... Ya verás, te pondremos guapísimo. ¡Te cambiaremos hasta la piel de la cara! ¿También quieres cambiarme por otra o qué?

—El año pasado te regalé esa horquilla que ahora has hecho deshacer para hacer unos anillos horteras. Esa horquilla era de oro y tenía piedrecitas de jade

incrustadas en ella, y en esta casa, solo se hace lo que tú dices. ¡Ya basta! ¡Y ahora quieres meterme este anillo! ¿Quieres decorarme como si fuese el salón de la casa? —dijo Zhidie.

Niu Yueqing no respondió a esa pregunta, pero dijo con amargura:

—¿Crees que me chupo el dedo? Quiero que vayas como una persona respetable y siempre interfieres en mis asuntos. Eres rarísimo con la ropa...

La anciana vio cómo discutían los dos, pero no quiso intervenir. Se puso a quejarse y dijo que el dinero del anciano no superaba los cien yuanes y que se iban a acabar pronto. Con ese dinero no podían comprar nada, ni siquiera en el mercado negro.

Zhuang Zhidie cogió un billete de cinco yuanes falso y lo quemó ante el retrato de su difunto suegro. Había que ir a buscar más billetes de papel falsos para quemarlos ante el ancestro de la familia Niu. La calle estaba oscura y poca gente pasaba por ahí a esas horas. Las luces de las farolas de la calle parecían parcialmente iluminadas. Mientras los papeles revoloteaban en el aire, la sombra reducida de los tres se proyectaba sobre la superficie de los muros. Los copos de ceniza caían torpemente sobre la calle.

Zhuang Zhidie y Niu Yueqing no pensaban en absolutamente nada y les disgustaba el fuego y su olor. La anciana madre iba detrás y empezó a hablar con ellos, diciéndoles que tenían que quemar más dinero. Cuanto más dinero, mejor vivirá el difunto en el otro mundo y más feliz será. Zhuang Zhidie y Niu Yueqing pensaron que debían acabar con ese rito, ya que vieron que un vientecillo se había girado y amenazaba con alborotar los papeles. En ese momento, una luz roja apareció por el oeste de Xijing y los tres levantaron la cabeza para verla. La anciana de la familia Niu dijo:

—Está volando uno de esos fantasmas que se mueren de hambre... ¿A qué familia pueden pertenecer esas almas errantes? Vete a saber... La madre que os parió a los dos, no les habéis enviado dinero y ahora vienen a atormentarnos.

Totalmente escandalizada por esas palabras, Niu Yueqing le regañó:

—¡Madre, pero cuántas tonterías dices! Lo único que hay que temer son esas instalaciones eléctricas y sus cables que ponen por todas partes y que funcionan como el culo. ¡Qué fantasmas y qué niño muerto!

La anciana volvió a alzar la mirada y se quedó contemplando el cielo. De su boca salía sin interrupción una palabra tras otra. Luego se detuvo, respiró hondo y dijo que su difunto marido había conseguido finalmente lo que deseaba: ¡llenar la almohada de dinero! La anciana preguntó seguidamente:

—Yueqing, en el número diez de ese patio, justo a ese lado de la calle, ¿no es donde paren las mujeres embarazadas?

Niu Yueqing le contestó:

—En ese patio lo que hacen es almacenar carbón de Shangzhou. Esa gente ha venido a la ciudad para sacar algo de dinero, ya que todos ellos tienen muchas bocas que alimentar en su pueblo. Efectivamente, hay una mujer embarazada que siempre está pegada al muro.

Zhuang Zhidie intervino:

—Esa mujer vino de fuera y la recibieron. Ninguno de esos hombres espera un hijo de ninguna mujer. La mujer ya llegó embarazada a ese patio. La verdad es que son pobres, y más pobres son, más hijos tienen. Y viceversa, más niños hay, más pobres se vuelven todos ellos. La verdad es que no sé qué pasa por la cabeza de esa gente...

Niu Yueqing dijo:

—Anteayer, por la tarde, fui al médico y en la sala de espera de la clínica me vi con la mujer embarazada del patio número diez. Fue ahí que me dijo que estaba embarazada y que había venido a la clínica porque quería que le hiciesen un examen con el estetoscopio. Ella pensaba que algo siniestro se escondía en su vientre. Mientras le limpiaba las marcas que el estetoscopio le había dejado en la barriguita, el médico le dijo que debía limpiarse la barriga más a menudo. Ella enrojeció de golpe tras escuchar esas palabras, y con una voz deprimida, le dijo que su hombre trabajaba con el carbón.

Tras decir esas palabras, Niu Yueqing se puso a reír y Zhuang Zhidie también se puso a reír.

La anciana dijo:

—Un demonio ha entrado en la barriga de esa mujer. ¡Y hay que acabar con la vida de ese bicho ya!

La anciana Niu había acabado de decir la última palabra cuando se oyeron los llantos de un bebé que provenían del otro lado del muro. Luego se oyó a gente corriendo en la calle y alguien golpeó la puerta y gritó:

—¡Hurra, hurra!... ¡Mi mujer ha parido! ¡Levantaos y ayudadme! Debo ir a la calle de Dong Yang para comprar tres cascos de metal y una jarra de vino amarillo. ¡Ella está hambrienta!... ¡Y con esta vaca nos quedaremos todos bien saciados!

Zhuang Zhidie y Niu Yueqing se quedaron mirando el uno al otro, dudando de la exactitud de las palabras de la anciana. Miraron juntos el cielo negro de la

noche y les entró cada vez más miedo. Habían quemado papel descuidadamente y ahora solo querían regresar a casa. A ese lado del callejón crecían varios árboles de Wutong, y justo detrás de esos árboles brillaba la figura de una persona que decía:

—Cuñada Niu, cuñada Niu...

La anciana preguntó:

—Pero ¿quién habla ahí?

Y esa persona le respondió:

—Soy yo..., la brillante y poderosa llama de fuego que se acerca con su poder devastador... —Zhuang Zhidie reconoció la voz de la abuela Wang, la cual vivía al otro lado del callejón, y dijo gruñendo que deseaba volver a casa.

La abuela Wang era en sus tiempos mozos una de las jóvenes prostitutas que integraban el Jardín de la Primavera. A los veinticinco años, se vio por casualidad con el secretario Hu Zongnan y dejó atrás la mala vida. Poco después se casaron y tuvieron un hijo. El niño se hizo grande entre los muros de esa casa que había a ese lado del callejón; pero un accidente de moto, al chocar con un poste eléctrico, acabó prematuramente con su vida. Pocos años después, el secretario Hu murió y ella tuvo que apañárselas sola para salir adelante y pasó por numerosos apuros. Dos años atrás, la felicidad empezó a aparecer en esa casa. Ella abrió un corral e iba y venía constantemente. Al verla, Zhuang Zhidie no estaba seguro de que era la abuela Wang. Alzó la mirada y creyó que esa mujer estaba poseída por un espíritu maligno y enseguida sintió cierta repugnancia por ella. Su bisabuelo decía que el corral de esa mujer era en realidad un lugar donde prostituía a niños huérfanos o abandonados. De hecho, era algo muy habitual en Xijing que prostitutas que habían comenzado a ejercer ese oficio a una muy temprana edad acabasen ellas mismas, en su edad adulta, prostituyendo también a otros muy jóvenes. A la anciana Niu no le gustaba ese tipo de comentarios, pero Zhuang Zhidie se los decía siempre para provocarla. Niu Yueqing también criticaba a su marido por hacer ese tipo de comentarios sobre la gente. La abuela Wang no frecuentaba mucho, por supuesto, a Zhuang Zhidie, y este tampoco venía mucho a verla; pero la abuela Niu y la abuela Wang, esas dos sí que se veían y hablaban de lo lindo de todo el mundo, y la abuela Wang no tardaba en lanzar sus puyas contra Zhidie. Comentaban por qué Zhuang Zhidie y Niu Yueqing se habían hecho mayorcitos sin tener hijos. A la abuela Niu, eso le dolía y decía que Zhidie y Yueqing, al cabo de dos años de casarse, tuvieron un hijo, pero este les nació prematuro y ella tuvo que abortar. Niu Yueqing volvió a quedarse embarazada de un niño, pero volvió a perderlo. A

partir de ese momento, todo nuevo intento fue en vano. La anciana Niu no quiso comentar nada más y dijo que conocía bien a su hija y que ese tipo de historias la ponían triste y se ponía a llorar. Yueqing no deseaba nunca hablar de ese tema, ni de niños y madres embarazadas. Yueqing no quería quedarse embarazada, pero desconocía por qué no podía hacerlo. Zhuang Zhidie, por su parte, también se desinteresó de ese tema e incluso se pensó que sufría un problema de fertilidad o impotencia, y vio a varios médicos, pero sin obtener ningún resultado. Ya daban por hecho que Zhidie era impotente. A partir de ese momento, los dos se prepararon para una vida en común, pero sin hijos. Pero mucho antes, a la anciana Niu, ese asunto la preocupó mucho y buscó una substituta en una prima lejana que vivía en los suburbios al norte de Xijing. Al fin y al cabo, era alguien de la familia y era preferible que el hijo viniese de ella y no de una extranjera, y Niu Yueqing debía sacrificarse. Por casualidad, ella se quedó embarazada y la abuela de los Niu pensó que ese familiar lejano debía ser la mujer ideal para continuar con la descendencia de los Niu y adoptó a ese niño nada más nacer. Lo llevó al médico, pero resultó ser una niña que murió al poco tiempo.

Lo sucedido fue en realidad bastante rocambolesco y pasó de la siguiente manera: la anciana acompañó a esa prima a la casa de la abuela Wang para que le hiciese una visita y fue la abuela Wang quien instruyó a la abuela Niu para solucionar el asunto de la falta de descendencia de Yueqing y Zhidie. Tres días después de la menstruación, dile a Yueqing de hacer el amor tanto como pueda con su marido, y verás que se quedará embarazada; pero que antes tome esta medicina. Debe tomar una cucharadita por la mañana y otra por la noche. Seguramente tendrá dolores, y sangrará algo por abajo, pero que no se asuste. Poco después, le das esta medicina espesa como una salsa que tú habrás preparado artesanalmente para la prima.

La abuela Niu no cabía en ella misma de lo contenta y satisfecha que estaba tras escuchar esas palabras y le dio el dinero por los hierbajos que la abuela Wang le había dado para la medicina. La abuela Wang también le exigió un poco más de dinero, que la abuela Niu le dio encantada. La abuela Wang le dijo, sin embargo, que las prisas nunca eran buenas para esos asuntos y que se tomase su tiempo. Esa medicina estaba hecha de hojas del árbol de aloe y por eso era cara. No tenía muy buen gusto y por eso se mezclaba con algún licor dulce para tomarla, y fue Niu Yueqing quien se encargó de hacerse con ella. Buscó por todas partes y Zhuang Zhidie sabía que ese brebaje no iba a tener mucho éxito. Esa era la razón por la cual no se pronunciaba nunca. Y de esa manera, la abuela Wang vio venir a Zhidie y agitó las manos y dijo:

—Cuñada Niu, ¿no oyes a un niño llorar en el patio número diez? Esa *laopo* de un carbonero parió tres hijas y oyó hablar de mi remedio para tener hijos varones. Pasé varios días en su casa y el marido me dijo que, si le nacía otra Nüwa y no un hijo varón, yo no iba a salir viva de esa casa. Yo le dije que, si no le nacía un niño, le devolvería todo el dinero; pero si le nacía el hijo varón, debería hacerme confianza y así decírselo a todo el mundo. ¿De acuerdo?

Exultante, Niu Yueqing le dijo a la abuela Wang:

—Yo sí que confío en ti. Compraré las hojas de aloe y regresaré con ellas.

La abuela Wang le replicó:

—¿Cierto? Si te nace un niño, no me olvides nunca.

A partir de ese momento, Niu Yueqing fue a menudo a la casa de la abuela Wang a comer y tomar té. A Niu Yueqing se le pasó el miedo y trajo como se le había pedido las hojas de aloe.

Zhuang Zhidie le preguntó a su mujer:

—La abuela Wang, ¿ha vuelto con el tema del hijo?

—Sí, y lo cierto es que esa receta secreta cuesta un riñón —le contestó Niu Yueqing—. No comprendo cómo un carbonero ha podido pagar esa suma...

Zhuang Zhidie la miró, le cogió las hojas de aloe y le preguntó que cuánto le había costado. Niu Yueqing le dijo que quinientos yuanes. A Zhidie le enojó oír esa suma y se fue a la cocina para comer las gachas. Tras tomarse un bol, se metió detrás de la mosquitera para echar una cabezada. Niu Yueqing y la anciana Niu regresaron después a casa y estaban las dos que se subían por las paredes. Tras comer algo, llevaron la cubeta de agua al dormitorio, y mientras se lavaban le dijeron a Zhidie que la receta de la abuela Wang se la había dado el secretario Hu Zongnan. Cuando estaba vivo, el secretario no paraba de escupir y al final acabó por palmarla. La pobre *laopo* Wang tuvo que apañárselas sola. Lo único que le dejó el secretario fue esta receta. Zhuang Zhidie no dijo nada y Niu Yueqing, tras lavarse, se puso perfume. Le dijo a Zhidie que se lavase él también, pero Zhidie le dijo que no tenía ningunas ganas de hacer esas cosas en esos momentos. Niu Yueqing abrió la mosquitera, le quitó bruscamente la ropa a su marido y le dijo:

—¡A ti ni te apetecerá, pero a mí sí! La abuela Wang me ha dado su medicina y nosotros debemos intentarlo. Yo seguro que ahora puedo quedarme embarazada y no tendrás que hacerle el amor a esa prima mía. Y si todavía no funciona, acuéstate con ella. Lo importante es tener un descendiente para la familia Niu. No creo que al hacerse grande nos traicione y se vaya con su

auténtica madre.

Zhuang Zhidie le respondió:

—Yo no podría ni siquiera vivir con esa mujer. Además, un hijo es una boca más que alimentar y no estamos para esas fiestas. Un hijo lo que nos va a traer es la pobreza y nos va a chupar las pocas energías que nos quedan. Ya lo estoy viendo. Todo eso está pensado para empobrecernos.

Pero Niu Yueqing ya no le hacía caso y se había colocado de forma provocativa e insinuante sobre la almohada tras haberse perfumado todo el cuerpo. Sacó la mano a través de la mosquitera y apagó la luz.

Zhuang Zhidie sabía que su potencia sexual había bajado considerablemente y se puso a acariciar con delicadeza el cuerpo de su mujer... □□□□□□ [el autor ha borrado aquí once palabras de la versión original]. Niu Yueqing le expresó sus dudas:

—No estoy segura de que hayamos tenido éxito con este intento. Hablas demasiado. Me cuentas historias inventadas y hechos verídicos. Yo ya no sé qué creer.

—Todo lo que te digo es verdad —le contestó Zhidie—, y el éxito es el éxito. No lo olvides. Los grandes personajes no han tenido nunca descendencia.

Niu Yueqing le aseguró:

—Tú eres una persona célebre, tienes un nombre en Xijing, y en esta ciudad no hay nadie a quien admiren más que a ti, Zhidie. Y esa mujer y ese carbonero miserable, ¿cómo puede esa gente tener tres hijos? He oído decir que el tercero es ilegítimo y tiene ahora cinco años.

Zhuang Zhidie le replicó:

—Eso es algo que a ti no te interesa. Seguro que nuestro hijo también va a ser ilegítimo. De eso no me cabe la menor duda.

A Niu Yueqing no le llegó la ironía fina de las palabras de su marido y se abalanzó otra vez sobre su cuerpo. Zhidie le suplicó que lo dejara, ya que él no estaba para esos trotes. Enfadada, Niu Yueqing se puso a insultarlo:

—Parece que estás recogiendo bolas de algodón de las flores del campo y este tipo de cosas no funciona así, mi querido Zhidie. ¡Ponle más ganas y olvídate del hijo ilegítimo!

Zhuang Zhidie abandonó definitivamente todo intento y se retiró del cuerpo de su mujer. Sabía que a ella solo se le despertaba el deseo sexual cuando quería ser madre y no por el placer de hacer el acto sexual a secas con su marido, y esos dos polos (el deseo biológico de la maternidad y el sexo por placer) acababan

siempre frustrándose mutuamente. Niu Yueqing le dijo que todavía no estaba satisfecha, pero ya no lo intentaron otra vez. Se dieron la espalda y se quedaron dormidos sin decirse nada en toda la noche.

Al día siguiente, Niu Yueqing, conteniendo las lágrimas, quería que Zhuang Zhidie la acompañase a la casa de la prima porque ella misma quería dárselo en persona junto con su marido, pero Zhuang Zhidie no quiso. Niu Yueqing lo odió como nunca antes lo había hecho y fue ella quien, desanimada, fue a verla. Tras haber cogido unas tabletas de la fábrica del pesticida 101, Zhuang Zhidie tomó asiento en la casa y se puso a escribir el reportaje para el director Huang, pero para hacerlo necesitaba visitar al director Huang y entrevistarle. Se levantó y se fue a verlo. La entrevista fue bastante sencilla en su contenido y su estructura. El director Huang se presentó a sí mismo y mostró a Zhidie cuál era el proceso de manufacturación de los pesticidas. De regreso a casa, Zhuang Zhidie no pasó más de una tarde para escribir el artículo. Cuando entregó la copia a la oficina del periódico, le entró la necesidad imperiosa de ir a ver a Tang Wan'er y se precipitó hacia el cruce que quedaba enfrente de la ermita de la Vacuidad Luminosa.

Zhuang Zhidie, al fin y al cabo, se sentía cada vez más nervioso. No sabía si Zhou Min se encontraba o no en la casa. Incluso si no estaba en casa Zhou Min, a la joven casada Wan'er, ¿qué le iba a decir él otra vez? La conversación aquella noche con Ruan Zhifei le había mutilado cualquier resquicio de valentía. Ese mismo año, una timidez inexplicable le invadía cada vez que tenía que tratar con Jing Xueyin. Además, había mostrado de una manera clara a Niu Yueqing su impotencia sexual. Deprimido, Zhidie sentía que era cada vez menos un hombre, y lo único que quería era verse con Tang Wan'er. ¿Era el destino que le dictaba ese encuentro? Él no lo comprendía, pero algo superior a sus fuerzas lo empujaba.

Tras haber reflexionado otra vez sobre las causas en el pasado y las consecuencias en el futuro, su cabeza seguía igual de confusa que antes. Y, sobre todo, se sentía irresoluto. Incapaz de tomar una decisión para un lado o para otro. Solo al final se decidió por meterse en una taberna. Pidió un botellín de aguardiente y un plato de morcilla, y se sentó solo a un lado. Ese lugar apenas tenía veinte metros cuadrados y las cuatro paredes estaban hechas de ladrillos azulados que no habían sido limpiados desde hacía años. La barra era de una madera gruesa y sobre ella había alineadas varias botellas de vino y licores diversos que aprisionaban una jarra envuelta en una tela roja. Sobre la pared del contador colgaba un arado de madera de los antiguos, y era un objeto

verdaderamente fascinante. Ese objeto simple y rústico había sido sacado directamente del campo tras haber sido utilizado numerosas veces para labrarlo. Zhuang Zhidie adoraba ese lugar porque le ayudaba a quitarse de encima los nervios y la tensión acumulada durante el día. Además, cuando estaba en ese lugar, sus pensamientos volaban hacia su pueblo natal, allá en el paso de Tongguan, y recordaba la vida que allí llevaba cuando era pequeño. Esos recuerdos pasaban ante él como los fotogramas de una película. En esos momentos, no había mucha gente en la taberna, ya que la mayoría se encontraba junto a los puestos de vendedores ambulantes que había frente a la entrada. Zhidie se los quedaba mirando por momentos y por otros miraba al dueño de la taberna que estaba detrás de la barra.

Más tarde, un Han entró en la taberna y se quedó de pie junto a la barra. Una de sus manos sujetaba un bol rebosante de licor blanco. Alargó el brazo y luego se bebió de un trago el contenido de ese tazón. Llevó la otra mano al bolsillo y sacó unas monedas que depositó sobre la barra. Con unos ojos que no paraban de parpadear, se quedó mirando al dueño de la taberna y le dijo:

—¿Aguado? ¿No es así?

El dueño le contestó malhumorado:

—¿Quieres arruinar la reputación de mi taberna o qué? Ni tres tan mal hablados y miserables como tú serían capaces de hacerlo.

El joven y presuntuoso Han se puso a reír a carcajadas y salió de la taberna. El dueño también lo hizo. Zhuang Zhidie se quedó solo en su rincón junto con un anciano que se había sentado cerca de él. La cabeza del anciano era como la de un pollo desplumado y el hombre tenía la misma mirada viva y penetrante de esa ave cuando se siente acosada. El anciano no paraba de beber *baijiu*, ese aguardiente fuerte que en ese caso poseía cierta reputación ya que provenía de Yanshui en la isla de Taiwán. Sujetaba el tazón con el dedo pulgar y el dedo central y lo apretaba con fuerza. Zhuang Zhidie se dio cuenta de que ese hombre era un pintor. Zhidie había conocido en lugares similares a profesores universitarios, gentes de letras y sabios expertos en ciencias políticas, y todos ellos iban vestidos con sencillez y aparentaban humildad, sin querer en ningún momento llamar la atención de nadie. Los jóvenes y ociosos Han que bebían como cosacos los despreciaban siempre porque pensaban que esa gente eran obreros retirados u oficiales de medio rango que habían sido obligados a dejar sus puestos de responsabilidad. Se sentaban en sus taburetes y se juntaban a un lado con sus platillos con sus verduras avinagradas.

Pero Zhuang Zhidie no reconocía a ese anciano y se decía para sus adentros:

me temo que este personaje es uno de esos tipos que establece el lazo entre el Cielo y la Tierra. Zhidie no podía apartar la mirada de ese hombre que no cesaba de beber un bol tras otro de aguardiente de Yanshui y deseaba que sus miradas se cruzasen para iniciar una conversación, pero temía que ese anciano fuese un auténtico personaje y no le hiciese caso o le ridiculizase con algún comentario. El anciano se decidió más bien por mirarse la barriga y escuchar los sonidos que se producían dentro. Zhidie se sentía mientras tanto frágil como un objeto de cristal. El anciano dirigió sus ojos a las habichuelas que había en un platillo y se llevó una a la boca. Se puso a masticarla parsimoniosamente y le dio de nuevo otro trago al bol de aguardiente. El hombre parecía divertirse a sí mismo haciendo ese tipo de movimientos con la comida. Zhuang Zhidie sintió de inmediato que su vida se había unido inexorablemente a la de ese anciano. Los dos compartían un mismo destino y se sintió abatido como si un enorme cansancio hubiese surgido en él. Se sentía acobardado por ese anciano al que no llegaba a reconocer. Miró por el cristal de la puerta de la taberna y vio que desfilaban por el callejón los participantes de un funeral. Las cenizas del muerto provenían del crematorio y su destino recaía en una de las casas del callejón. Se oía la fanfarria de los instrumentos de música y se podían leer las banderolas con los mensajes de piedad filial de los hijos y nietos del fallecido. Eran ellos quienes llevaban a cuestras la pequeña urna con las cenizas del abuelo, mientras quemaban papel y lloraban a lágrima viva. Se giraban y la música sonaba. Zhuang Zhidie había participado el año anterior en numerosos funerales, pero la música y el ambiente del que estaba presenciando en esos momentos le conmovían particularmente. Había algo de profundo en esa comparsa que, paradójicamente, le relajaba como nunca antes se había sentido. La música entraba en sus oídos y la sangre corría fluidamente por las venas de su cuerpo, y el cansancio y el abatimiento desaparecieron progresivamente. Al sentirse mejor, Zhidie le preguntó al dueño de la taberna:

—¿De dónde viene esa melodía?

Y el dueño le contestó:

—Es un lamento en forma de ritmo lento de la ópera de Qinqiang que suelen adaptar en Xijing para los funerales.

—Esta música es maravillosa —dijo él.

El dueño se lo quedó mirando y le replicó inmediatamente:

—Eres un tipo extraño. ¿Te parece maravillosa una música para funerales? ¿La escucharías en tu casa? ¿O escucharías alguna de esas canciones de ahora que están tan de moda?

Zhuang Zhidie no volvió a decirle nada más y regresó a la mesa. Ahí ya se había sentado un joven que llevaba unas gafas de montura blanca y que no hacía otra cosa que lanzar exclamaciones y beber cerveza. Tenía ante él un platillo de hígado frito de cerdo y con una mano sujetaba una revista literaria a la que no le quitaba los ojos de encima.

El joven parecía bastante interesado en lo que leía en la revista y de vez en cuando sonreía. En realidad, en esos tiempos, gente que se dedicaba a leer de esa manera revistas literarias no había mucha, e intelectuales los había pocos, muy pocos. Zhuang Zhidie pensó inesperadamente: todos los artículos que se escriben bajo el Cielo salen de la mano de los escritores y el lector reacciona ante ellos con las cuatro reacciones famosas, es decir, la felicidad y la ira, la tristeza y la alegría. Niu Yueqing sabía que él estaba escribiendo un artículo y esa era la razón por la cual ella nunca hacía caso a lo que escribía. Ella se mostraba totalmente indiferente a lo que escribía mientras que, cuando leía textos de otros, se le saltaban incluso las lágrimas. Inesperadamente, el joven empezó a morderse los labios y a emitir unos sonidos con la boca. Zhuang Zhidie pensó que seguramente algún personaje de la revista que estaba leyendo estaba comiendo algo delicioso. En ese momento, cogió la revista con las dos manos y la cerró. Cogió los palillos y sin pedir permiso y con todo el descarado del mundo cogió del platillo de Zhuang Zhidie un par de rodajas de morcilla y se las metió en la boca. Tras un breve momento, volvió a coger los palillos y volvió a coger otro par de rodajas de morcilla. Zhuang Zhidie sonrió, ya que el gesto inesperado y muy descarado del joven le hizo feliz. Cogió los palillos y se puso a repiquetear sobre la mesa como si esta fuera la superficie de un tambor. Pareció como si el joven intelectual se despertara de un sueño, soltó la revista, miró a Zhidie y esnifó bruscamente el aire que había a su alrededor. Bajó la cabeza y escupió al suelo el trozo de morcilla que había introducido previamente en la boca y dijo:

—Lo siento, lo siento de veras. Me equivoqué y me metía en la boca lo que no me pertenecía.

Zhuang Zhidie sonrió y le preguntó a su vez:

—¿Qué estás leyendo? ¿Un artículo o un cuento?

El joven le contestó:

—Pero ¿no lo sabes? Es sobre el *affaire* Zhuang Zhidie. ¿No lo sabes todavía? Zhuang Zhidie, ¿no sabes quién es? Él es un escritor. Yo antes solo leía sus libros; pero ahora se ha vuelto como nosotros: alguien como el resto de los

mortales.

—¿Cierto? —dudó Zhidie—. ¿Y qué dicen de él?

El intelectual dijo:

—De pequeño, se ve que era un niño retrasado mentalmente. En la escuela, el muy estúpido pensaba que su profesor era el ser más importante del mundo. En cierta ocasión, cuando fue a orinar, vio que su profesor también estaba orinando en el mismo meadero público. Perdido y sin saber qué decir, le soltó: «Maestro, pero ¿usted también orina?». Se lo preguntó como si los maestros de escuela no cagasen ni orinasen. ¡Menudo pájaro era ese Zhuang Zhidie! El maestro, como era de esperar, se lo quedó mirando, pero no le dijo nada. Zhidie volvió a verlo y le dijo: «Maestro, ¿está temblando?», y el maestro le dijo seguidamente que no andaba muy bien de moralidad y que se lo iba a decir a su padre. El padre, cuando lo supo, le dio una buena paliza a Zhidie.

Zhuang Zhidie le respondió que todo eso eran tonterías de gentes con la lengua demasiado larga y el intelectual le dijo:

—¿Tonterías, dices? Lo acabo de leer en este artículo. Lo que es increíble es que eso le suceda a gente que luego se ha convertido en importante. Yo tengo la teoría de que cualquier tonto puede llegar lejos en Xijing.

—Déjame ver —insistió Zhidie.

Al cogerla, se dio cuenta de que era la *Revista de Xijing* y el título del artículo era «El *affaire* Zhuang Zhidie». ¡El autor era Zhou Min! ¿Era ese el artículo que Zhou Min estaba escribiendo cuando lo vio en su casa? Zhuang Zhidie miró a un lado y se dio cuenta de que el artículo estaba lleno de chismes y comentarios maliciosos que habían sido escritos con todo lujo de detalles. A Zhidie le interesó leer lo que Zhou Min había escrito sobre su persona y pensó: este joven me permite ver cómo soy yo. Increíble; pero ¿ese soy verdaderamente yo? ¿Cómo podía ese joven comportarse con tanta rabia contra Zhuang Zhidie? Zhidie siguió leyendo el artículo y se dio cuenta de lo liberado, sexualmente hablando, y generoso que era. Podía coger una cabra y dársela a los otros, pero luego igual les reclamaba la cuerda con la que habían atado a la cabra. Se podía mostrar sabio e ignorante. Se sabía de memoria esos versos de la poeta Li Qingzhao³⁷ que hablan con melancolía de la destrucción inexorable de todas las cosas que lleva con él el paso del tiempo: «En la pasada noche, cuando la lluvia caía sin cesar y el viento se giraba repentinamente, ni siquiera el vino que tomé me ayudó a conciliar el sueño. Le pedí a la joven sirvienta que abriese las cortinas de mi dormitorio y desde ahí pude ver esas manzanas que son como

cerezas que había en el jardín. Pero ¿no lo sabes? Ah, pero ¿es que no lo sabes ya? Con el tiempo, el rojo de esos frutos irá a menos y el verde se hará más intenso». Esos versos sombríos sobre lo que el futuro podía deparar fueron escritos por la poeta Li Qingzhao para recordar algo que pensó durante su noche de bodas y Zhidie los sabía de memoria, pero ese mismo Zhidie era incapaz de reconocer el horario en una estación de trenes. Podía hacer feliz a la gente con un comentario agradable, pero podía avergonzarlos con un despropósito. Podía enseñar a la gente a reconocer el método de reproducción de la mosca madre azul, así como el lugar donde se posaba o su afición a ese tipo de insectos voladores y hasta identificarse con él. Podía además hacerse una foto en un lugar público y afirmar que en su existencia previa fue un caballo; pero no un caballo de guerra, ni de carga, sino uno de esos caballos guapos que se utilizan para exhibirlos y pasear con ellos. Al decir esas palabras, unas lágrimas brotaban de sus ojos, pero con ese comentario hacía perder el honor a quienes tanto ansiaban verse beneficiados por su fama, ya que lo veían como un ser inútil del que se podía sacar poco provecho. Zhuang Zhidie siguió leyendo el artículo y descubrió entonces sus aventuras eróticas. Más exactamente, su afinidad con una mujer en lo que llevaban de año. Una mujer con la que eran los dos juntos algo así como la laca y la madera, o como dos partes de un objeto que han sido pegadas con cola, según el artículo, pero que no podían acabar por nada del mundo como marido y mujer. Zhuang Zhidie alzó las cejas y luego frunció el ceño. No se sentía ofendido ante esas historias extrañas e increíbles. Pero, esa historia con una amante, ¿era una broma o iba en serio? El nombre de la mujer, aunque no se citaba, era fácil de adivinarlo. El contexto, la descripción de la mujer y la historia sugerían a todas luces que se trataba de Jing Xueyin. Sin embargo, en esos momentos, su relación con Jing Xueyin iba en serio y ahora se arrepentía de haberla tenido. Aunque esa mujer le había inflamado el corazón durante muchos años, nunca se había atrevido a tocarle un pelo. Ni siquiera se había atrevido a cogerle la mano; pero tras leer el artículo de Zhou Min, parecía como si hubiesen estado liados íntimamente y a la vista de todos. La relación entre los dos era un secreto a voces. Las dos partes, sin embargo, estaban casadas. ¿Qué iba a pensar el marido de Jing Xueyin tras leer ese artículo? Y si Niu Yueqing lo leía, ¿qué iba a pensar de él? Ese asunto estaba lleno sombras. Parecía increíble que alguien hubiese podido escribir todo eso. ¿De dónde había sacado Zhou Min el material para dar esa información? Pero lo que preocupaba a Zhuang Zhidie era la reacción de la mismísima Jing Xueyin tras leerlo. ¿Con qué ojos lo iba a ver a él? Pensará que ha sido Zhuang Zhidie quien se lo ha inventado por alguna razón

oscura, como, por ejemplo, presumir delante de otra gente de tener una relación con un personaje así. En una ciudad como Xijing, ¿no le iba a mejorar la reputación el tener una relación romántica con Jing Xueyin? Si el marido le preguntaba a su mujer sobre ese asunto, ¿qué le iba a decir Xueyin? A Zhuang Zhidie esos pensamientos le provocaban ansiedad y soltó de golpe la revista. Había cambiado su decisión y ya no quería ver a Tang Wan'er. Se dirigió inmediatamente a la sede de la *Revista de Xijing*.

* * *

Doce años atrás, cuando Jing Xueyin acababa justo de diplomarse de la universidad, fue enviada en su primera misión profesional a la Sala de la Cultura (el departamento de asuntos culturales). Había cinco empleados que se reunían a menudo en el despacho del editor en jefe. Justo delante de su despacho estaba su despacho. El viejo editor en jefe era el muy honorable Zhong Weixian, que trabajaba ahí, pero el único líder del grupo era, en realidad, Zhuang Zhidie, o al menos así lo veían sus compañeros. Todos los empleados, que eran universitarios como Zhong, trabajaban al ritmo que les marcaba el editor en jefe; pero esos universitarios no aceptaban, por supuesto, hacer cualquier tarea. Uno de ellos era Li Hongwen, el cual era dos años más joven que Zhuang Zhidie, y tenía una inteligencia viva, además de tener un don de la elocuencia muy desarrollado. Trataba a Zhong de tú a tú y a menudo parecía que era él el editor en jefe de las publicaciones de la Sala de la Cultura. El viejo Zhong se veía obligado a poner las cosas en orden: es fácil encontrar su lugar con un hombre noble, pero difícil de hacerse amigo con un don nadie, pero lo más difícil es hacerle un favor. Li Hongwen, mientras tanto, se pasaba el tiempo con chismes sobre las gentes de Xijing que ocupaban algún puesto de relevancia: la viuda Wei y el vicedirector del Partido al nivel administrativo de la provincia —ese tal Yan— se habían liado y el viejo Zhong no era un buen líder, y todos ellos estaban bajo las órdenes del padre (el señor Jing y director del departamento de asuntos culturales de Xijing) de la recién llegada Jing Xueyin. Tal vez era por eso que el personal de la Sala de la Cultura le llamaba «tío» al padre de su compañera de trabajo Jing Xueyin. Al fin y al cabo, el único soldado fiel y obediente que le quedaba siempre a Zhong Weixian era Zhuang Zhidie, ya que este último era el único que hacía bien su trabajo y encima le hacía caso. Con la llegada del verano, el grupo de Zhuang Zhidie se fue a los suburbios de Xijing para ayudar a los campesinos con la cosecha estival. Durante el terremoto, el destino hizo que

Zhuang Zhidie fuese a participar como informador entre las autoridades locales y las autoridades al nivel superior y de esa manera ayudó a organizar las tareas de rescate. Temprano por la mañana, cuando llegaba al trabajo, hervía el agua (el *kaishui*), y por la tarde noche, cuando salía del trabajo, corría las cortinas y cerraba las ventanas. En el intervalo de cinco años, Zhuang Zhidie vio dejar atrás los años de su juventud de esa manera. A pesar de que sus compañeros lo despreciaban, y él era consciente de ello, y de haber pasado por humillaciones e insultos, cada vez que se iba del lugar de trabajo pensaba que lo que había hecho durante su jornada laboral tenía sentido y se sentía orgulloso de ello. Así lo recordaba tras esos años en ese trabajo; pero, sobre todo, lo que le era imposible recordar era Jing Xueyin. Al ponerse a recordarla en esos momentos, pensaba simplemente, y repetidas veces, en el árbol que era su vida.

Pasaron doce años y el director del departamento de asuntos culturales al nivel provincial seguía siendo el director del departamento de asuntos culturales; pero Jing Xueyin había cambiado el mundo de la cultura por el de la política y fue promovida dentro de la administración pública a un cargo directivo medio, pero un cargo directivo al fin al cabo. Zhong Weixian había envejecido mientras tanto y se había convertido en un viejo sin futuro. Dejó de confiar en Li Hongwen, pero no podía dejarlo ir. Con mucho esfuerzo consiguió tres años más de contrato como editor en jefe, aunque su cabeza parecía estar siempre en otro sitio y el que mandaba era Hongwen. Zhuang Zhidie se precipitó por su parte en colocarse en el gran edificio de la administración pública —un lugar que conocía bien— y ahí siempre saludaba efusivamente a alguien que conocía desde hacía tiempo. Nadie sabía exactamente cuál era su puesto, pero a nadie le extrañaba que estuviese ahí. Nada más abrir la puerta se encontraba la sala de conferencias y justo al lado, la oficina de los editores, los cuales, todos ellos, sin excepción, se juntaban a un lado, y les temblaban las manos nada más verlo entrar en la redacción.

De repente, abrió bruscamente la puerta y todos los editores de la revista, al ver que era Zhuang Zhidie, se pusieron a ordenar los papeles de las mesas. Li Hongwen le dijo a Zhidie:

—¡Oh!... No podías haber llegado en un momento mejor, compañero. Te tengo que dar algo.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Pero ¿para qué es esto? ¿Por qué me das un taparrabos?

Un tipo en cuya cara había una mueca extraña se acercó a Zhidie, le agarró las manos y le dijo:

—Maestro Zhuang, buenos días. Soy Wang Henian y escribo novelas. ¿Tú tienes alguna queja sobre los productos de nuestra fábrica? ¿Qué opinas de ellos?

Li Hongwen dijo:

—Tras la reorganización de las publicaciones, los textos de los escritores *amateur* llevarán publicidad, ya que deben busca financiación. Las novelas de Henian no están mal y su fábrica es una fábrica pequeña que está en la calle y no puede anunciarse en la revista con una publicidad. Por eso te ofrezco este taparrabos. De estos los fabricamos a montones en nuestra fábrica. Como verás, sirve para evitar enfermedades venéreas y, para que nos entendamos todos, relaja la tensión sexual.

Zhuang Zhidie dijo:

—Eso quizá te conviene a ti. Yo necesito lo contrario, unos taparrabos que me permitan reconocermé otra vez como un hombre y me devuelvan la virilidad del *yang*³⁸...

Todo el mundo se rio tras oír las palabras de Zhidie. El editor en jefe Zhong se puso a reír de tal manera que parecía que la cara se le arrugó en mil grietas. La piel de su cara parecía la superficie de una nuez. Se secó las lágrimas que habían salido de sus ojos y dijo:

—Zhidie, ven aquí. Te tengo reservados unos cigarrillos, y son de los buenos.

Zhong abrió un cajón y sacó una caja envuelta en papel cuyo interior estaba lleno de cigarrillos.

Diez años atrás, cuando empezó a fumar, Zhuang Zhidie le dio esa misma caja envuelta en papel a Zhong Weixian como agradecimiento, ya que le había aceptado un manuscrito para ser publicado en la revista, pero el señor Zhong no fumaba y se lo rechazó. Zhuang Zhidie, sin embargo, insistió y le pidió que lo guardase y Zhong Weixian así lo hizo. Uno de los editores, un tal Gou Dahai, añadió:

—El viejo Zhong es un auténtico pedante. A Zhuang Zhidie, ¿cómo le vas a hacer fumar ahora esos cigarrillos? ¡Llevan un siglo en el cajón! Hoy nos ha venido a ver Zhidie y deberíamos ofrecerle algo mejor. Yo cogeré esa caja.

Gou Dahai cogió en efecto la caja y se la llevó con él, metiéndola poco después en el cajón de su despacho. Luego le alargó a Zhuang Zhidie la silla que tenía al lado. Zhuang Zhidie se sentó y los dos intercambiaron varias frases, hablando de muchos temas diferentes. Los editores que se habían reunido en la oficina se sintieron atraídos por lo que estaban diciendo sobre la revista. Tanto el

contenido como la cubierta se verían afectados por la publicidad, pero ninguno de ellos confiaba en que eso iba a funcionar. Pero la conversación derivó enseguida en el artículo que había escrito Zhou Min, el cual había sido enviado por correo ordinario y se había publicado en la *Revista de Xijing* casi sin prestarle atención. Lo cierto es que tuvimos que hacer una segunda tirada y se le aumentó el sueldo a Zhou Min. Li Hongwen le confesó entonces:

—Los grandes escritores, y yo ya he hablado de ello en numerosas ocasiones, son como Cao Xueqin y *El sueño del pabellón rojo*. Esta novela pasa de generación en generación y no pasa nunca de moda. Se los han intentado comer, pero no han acabado nunca con ellos, como con Cao Xueqin. A ti, Zhuang Zhidie, ¡ya te han comido a trocitos pequeños! El artículo de Zhou Min no es muy largo y lo único que ha hecho es comerte la uña de un pie. ¿Cuándo podré yo escribir sobre ti? Y tú, ¿me dejarás que coma algo de ti?

—¡Yo no te voy a dejar que comas nada!

Li Hongwen replicó:

—Vale, vale. Algún día escribiré algo sobre ti y firmaré con el nombre de una mujer. ¿Lo leerás? Tú me suplicarás ciertamente: ¡te dejo que comas un trozo de mí!

Zhuang Zhidie se puso a reír y dijo:

—Te dejaré que me comas las hemorroides...

Zhou Min, que estaba presente en la redacción, no dijo nada y se limitó a servir el té a Zhuang Zhidie. Tras servirle, dijo:

—Maestro Zhuang, este es el artículo que he publicado, ¿puede echarle un vistazo y darme su opinión? Debe hacerlo.

A Zhuang Zhidie se le relajaron los músculos de la cara y habló de forma abierta de ese artículo a Zhong Weixian y los otros, pero había algo que no le dejaba dormir. Zhong Weixian se puso nervioso y le preguntó inmediatamente:

—¿Sucede algo?

Zhuang Zhidie respondió:

—Cualquier cosa. En ese artículo se dice que yo tengo una relación con una mujer en particular y se dan todo tipo de detalles sobre esa relación. ¿Acaso no tendrá todo esto sus consecuencias?

Zhong Weixian dijo:

—Pensaré en ello y le preguntaré a Zhou Min. ¿Cómo ha podido obtener toda esa información? Zhou Min me ha afirmado que ha sido honesto con las fuentes.

—Este asunto está lleno de sombras —declaró Zhuang Zhidie—. La información que da es precisa y solo cambia la manera como se cuenta. Da detalles de la oficina, el entorno y las personas que son demasiado precisos. Tú sabes que yo y Jing Xueyin hemos guardado siempre una relación cordial, pero distante, sin ir a más. Nunca hemos tenido una relación sentimental íntima.

Li Hongwen dijo:

—Aquí hay gato encerrado y es cierto que en el artículo se describe a una mujer de un gran refinamiento y altura moral. ¿Cómo puede haberse colado una historia de amor con tintes eróticos? En tu caso, la vida premarital y el proceso de comprometerse se produjeron normalmente, y tú eres ahora todo un personaje célebre en Xijing. Tener una relación con alguien de tu renombre supone para toda mujer un baño de gloria. Ella, Jing Xueyin, no esperaba que todo el mundo se enterase de vuestra bella, bellísima, diría yo, historia de amor y pasión.

Zhuang Zhidie le repuso:

—Hongwen, no digas tonterías. Confío en que Jing Xueyin no sepa nada de este asunto, y no te olvides de que nosotros estamos, al fin y al cabo, en China. Hay que ver la realidad de cara. Ella tiene ahora una familia y un puesto directivo en la administración pública. No creo que le vaya a agradar meterse en un lío como ese en estos momentos. ¿A quién le interesa meterse en un lío como ese?

Zhong Wenxian le preguntó a Zhidie:

—¿Y tienes algún plan?

—El departamento de ediciones —dijo Zhuang Zhidie— debería enviarle inmediatamente a Jing Xueyin un ejemplar de la revista con el artículo de Zhou Min y explicarle la situación. Podría darse un conflicto entre nosotros y hay que evitarlo.

Zhou Min intervino en esos momentos:

—Voy a buscarla, aunque quizá no haya regresado todavía.

Y Zhuang Zhidie enfatizó:

—Espera por lo tanto a que venga y luego vas.

—Tranquilízate —le aconsejó Li Hongwen a Zhou Min—, este asunto lo llevaremos bien. Tenlo por seguro. Este mediodía no podré ir, y a ti, Zhou Min, hay que pagarte por el artículo. Hoy, además, hay que invitar a Jing Xueyin, y deja que nosotros nos encarguemos de todo esto.

—Por mí, como queráis —dijo Zhou Min—. Me iré al puesto de salchichas y *baozi* (bollos rellenos de carne y verduras) de la familia del viejo Jia. ¿Cuánto

queréis comer? ¿Tenéis mucha hambre?

Zhuang Zhidie respondió:

—Li Hongwen sufre todavía de un problema de salud crónica y siempre le grita a la gente lo que debe comer y nunca les pide lo que ellos verdaderamente desean.

Li Hongwen añadió:

—No hay nada que hacer, ¡es la esposa quien se encarga del dinero! Si proteges a Zhou Min, no invites a una sola persona, ¡invita a muchos!

Gou Dahai dijo:

—Echemos una partida al *majiang* y nos olvidamos de este asunto.

Zhuang Zhidie le preguntó a Zhong Weixian:

—¿Eso puede pasar ahora?

—Nosotros no apostamos nunca dinero y menos con los invitados —dijo solemnemente Zhong Weixian—. Hay además otro problema. ¡Yo no os voy a acompañar!

Zhuang Zhidie se puso a reír y le hizo un gesto con la mano a Zhong Weixian para despedirse de él. Le acompañó hasta la puerta, pero Li Hongwen se adelantó y la cerró:

—Pero ¿quién es ahora nuestro líder? —dijo—. Esa lengua tiene mucho nivel... Yo, por mi parte, no me opongo a vuestro juego. Si sucede algo, ¿quién va a ser el responsable? Por ello, alguien debe ser nombrado el líder en este asunto.

Gou Dahai reiteró:

—El editor en jefe debe ser el líder. ¿O es que no ha sido nuestro jefe durante años?

Zhuang Zhidie replicó:

—Me da la impresión de que el viejo Zhong lo único que ha sido en su vida es un pobre cobarde.

La mesa del despacho se giró hacia un lado y Li Hongwen sacó de uno de los cajones un juego de fichas de *majiang*. Zhou Min les sirvió el té a todos los presentes y les dio unos cigarrillos. Zhuang Zhidie le dijo a Zhou Min:

—Aquí hay mucha gente. Tú no deberías jugar. ¿Por qué no me ayudas con el asunto de la sociedad municipal de anunciantes?

—Pero ¿qué es eso? —preguntó Zhou Min.

—Aquí hay el esbozo de un documento escrito para un empresario. Lo único

que debes hacer es enviárselo al propietario de la redacción de la *Revista de las Artes y las Letras de Xijing*. Cuanto antes se publique, mejor.

Zhou Min, contento con su nueva misión, así lo hizo y se fue.

Zhuang Zhidie, Li Hongwen, Gou Dahai y otro editor, este de joven edad, que se llamaba Xiao Fang, empezaron la partida. Zhuang Zhidie se sentó en el lado este, Li Hongwen en el lado oeste, Gou Dahai en el lado norte, y Xiao Fang en el lado sur de la mesa de *majiang*. Li Hongwen quería cambiar el puesto con Gou Dahai y dijo que Zhuang Zhidie tenía el dinero y que ese día iba a sacar el agua, como se decía en el lenguaje del *majiang*. Gou Dahai no era muy habilidoso en el arte de usar las fichas de *majiang* y no podía ver al jugador que tenía al lado. Zhuang Zhidie dijo: no es que Gou Dahai no pueda verme, eres tú que te encuentras con la madera. El lado norte se encuentra con el agua.

Li Hongwen le preguntó:

—¿Lo comprendes?

Zhuang Zhidie dijo:

—Te comprendo y muy bien.

Li Hongwen enrojeció y reafirmó:

—Lo que he dicho... ¡Hoy te voy a ganar! De eso, estate seguro... ¿Cuánto dinero llevas encima?

Zhidie se sacó los zapatos y de debajo de sus plantillas sacó veinte yuanes.

—Al maestro Zhuang no le faltan los recursos. ¿Habéis visto de dónde saca el dinero? —dijo Gou Dahai.

—Antes, cuando estaba en el departamento de Cultura, el dinero abusaba de mí, me insultaba y me humillaba; es por eso que ahora piso sobre él —dijo Zhidie.

Li Hongwen replicó:

—¿Qué pasa si gano?

—No te preocupes —dijo Zhuang Zhidie—; si me ganas, pediré prestado dinero y te lo daré, pero debes saber algo: yo soy el mejor con el manejo del cuchillo...

Empezó la primera ronda y Zhuang Zhidie movió ficha con seguridad. Enojado, Li Hongwen trató el juego del *majiang* de juego de lameculos. Las gentes que no fuman deberían sacarle el cigarrillo de la boca a Zhuang Zhidie y beneficiarse de la luz de los hombres enrojecidos. Si el cigarrillo no se ha acabado, el humo irritará los ojos y estos se pondrán a llorar. El cigarrillo también provocará toses. Mejor no fumar, por lo tanto. Tras hablar de cigarrillos,

Xiao Fang le preguntó a Zhuang Zhidie si, cuando trabajaba en el departamento de Cultura, el viejo Zhong Weixian fumaba o no. De esa manera, podía darle esos cigarrillos. Zhuang Zhidie preguntó:

—El viejo Zhong, ¿cómo anda? Y su mujer, ¿todavía viene a la unidad de trabajo?

Gou Dahai dijo:

—El viejo Zhong ya ha sufrido lo suyo. Veinte años acusado de derechista y va y, contra todo pronóstico, se nos casa con esa vieja odiosa. En un mes, al pobre Zhong, ese bicho le hizo sangre a la vista de todo el mundo al menos tres veces. La vieja tenía mala leche. De eso no cabe ninguna duda.

Zhuang Zhidie dijo:

—¿Y qué va a hacer el pobre? Cuando aún estaba en la Sala de la Cultura, ellos dos se habían separado, y cuando se presentaba su *laopo* en la redacción, a él le entraba pánico. Todo el mundo le aconsejaba al viejo Zhong que se divorciase de ella, pero la mujer no quería. En esa época era improbable pensar que él iba a poder llevar adelante esa situación, aunque el tiempo ha demostrado que sí.

Li Hongwen movió una ficha y Zhuang Zhidie se la comió. Li Hongwen se arrepintió de haber hecho ese movimiento y volvió a sacar otra ficha. Entonces dijo:

—Yo tengo un secreto. Entre vosotros, ¿alguien sabe de qué se trata?

Xiao Fang dijo:

—Maestro Li, que salga el sol y que se ponga por las tardes, también es un secreto que alguien guarda con él, pero todo el mundo lo sabe. Es lo que se llama un secreto a voces...

Zhuang Zhidie dijo a su vez:

—Li Hongwen demuestra tener un talento especial para esto del *majiang*. Ese año, el vicesecretario de la provincia, el señor Yan, ¿cuántas veces entró en su casa? ¿Y cuántas veces apagó las luces de su casa antes de irse? Seguro que la *laopo* del viejo Zhong le ponía los cuernos con ese jefecillo llamado Yan...

Li Hongwen dijo:

—Y luego, ¿qué hicieron? ¿No estaban casados?

—Pues sí, se habían casado como se casa otra gente. ¿Puedes vislumbrar ahora el valor de todo esto? —preguntó Zhuang Zhidie.

—Ellos me lo han agradecido. Yo publiqué su secreto. Ello hará que la cosa les vaya mejor en el futuro... —dijo Li Hongwen.

Zhidie le replicó:

—Vale, vale... Pero ¿cuál era el verdadero secreto del viejo Zhong Weixian? Cuenta, cuenta...

—El viejo Zhong, ¿de qué dependía para vivir? ¡Él y solo él era su propio soporte moral! En su juventud, le gustaba una compañera de clase que iba con él a la misma universidad y empezaron a salir juntos. Tras diplomarse, ella, al cabo de poco de tiempo, fue acusada de derechista. Él se enteró solo más tarde y decidió que no quería seguir siendo su compañero. Poco después, conoció a su actual esposa, esa pécora, en un suburbio de Xijing. Alguien hizo las presentaciones y se casaron. Unos años atrás, el viejo Zhong se enteró más tarde de que su antigua compañera de universidad seguía viva y que residía en la provincia de Anhui, donde daba clases en un instituto de enseñanza media. Se había incluso divorciado de su marido y llevaba una vida solitaria. Se chismorreaba que esa mujer iba siempre a un lugar donde se veía con alguien, pero nadie sabía exactamente con quién. Zhong Weixian le envió cuatro cartas, pero nunca recibió respuesta. Esa mujer había tal vez pasado a mejor vida, o se había mudado y ya no trabajaba en el instituto de la provincia de Anhui. Todo había sido un error. El viejo Zhong se dio de bruces contra ese destino nefasto y cada día, nada más llegar a su casa, comprobaba compulsivamente si había recibido algún correo.

Xiao Fang dijo:

—Acaba de salir y seguramente habrá ido a comprobar el correo otra vez.

—He oído decir que su profesionalismo está siendo criticado; es su reputación en la redacción de la revista lo que está en juego. Esto es verdaderamente ofensivo para él, que ha trabajado tantos años aquí. Dos años atrás, Wu Kun empezó a criticarlo y ahora se ha convertido en el nuevo editor en jefe —dijo Li Hongwen—. El pobre Zhong ha perdido la cabeza, pero yo sigo pensando que debería seguir siendo el editor en jefe de la revista, ya que tiene experiencia en ese mundo... ¡Ahí va la ficha!

Tras decir esas palabras, Li Hongwen sacó otra ficha. Ese movimiento superó a Zhuang Zhidie y juntó tres piezas del mismo ramo, y ello disparó la verborrea de Hongwen, que se vio en una posición de superioridad respecto a sus contrincantes. Hongwen había demostrado en ese momento su larga experiencia en el juego del *majiang* y reprendió a Gou Dahai por no saber dejar la ficha. ¿Cómo le iba a permitir a Zhuang Zhidie comerse tantas fichas? Repetidas veces le recordó Hongwen que el cuchillo aparecía con la comida. Nadie podía, por lo tanto, permitirse una deuda de dinero.

Xiao Fang dijo:

—El maestro Li ha perdido el aliento... Ya no respira... ¡Porque siente que va a perder y la *laopo* de Zhong se va a enterar!

—A partir de ahora —aseveró Li Hongwen—, seré vuestro enemigo. Quiero decir, el enemigo declarado de todos vosotros. ¡Todos vosotros sois unos envidiosos! No es mala cosa que pierda alguna ficha, pero estoy orgulloso de mis movimientos. Solo el corazón puede sentir cierta decepción. Mala suerte, lo siento. ¡El palo! Otra ficha fuera...

Hongwen volvió a mover una ficha, pero sus intenciones quedaron a la vista de todos y dijo:

—El arroz se ha masificado y lo mismo sucede con las habichuelas. Es una lástima que el palo no haya florecido a tiempo... Ah, Zhuang Zhidie, di algo... ¿No te gusta oír a la gente hablar? El viejo Zhong no va a venir ahora para discutir de problemas de edición contigo. Se estará zampando seguramente, y con muchos esfuerzos, la buena suerte del nuevo del destino de Wu Kan. Ah, Jing Xueyin y Wu Kan, como sabrás, y muy al contrario de lo que nadie sospecharía, están liados y mantienen desde hace un tiempo una de esas relaciones tórridas... Es de eso de lo que deberías hablar a Xueyin, Zhidie, para que sepa lo que está sufriendo el viejo Zhong.

Zhuang Zhidie volvió a juntar unas fichas, pero no movió otra ficha y pidió prestados a Guo Dahai tres billetes. Ante sus ojos tenía la ficha que no había dejado, pero en su cabeza estaba la imagen patética de la cara de Zhong Weixian, el viejo editor al que se estaban quitando de encima para promocionar al amante de la hija de un jefe de la administración pública. Zhuang Zhidie imaginaba al viejo Zhong diez años atrás. ¿Cómo había podido pasarle esa situación? Al oír las palabras de Li Hongwen, que le exhortaban a hablar a Jing Xueyin, Zhidie no pudo más que sonreír y dijo:

—Cada uno es libre de hacer lo que quiera. ¿Cómo voy a forzar a alguien a hacer lo contrario a su voluntad? Y a Jing Xueyin, mejor dejarla tranquila. El viejo Zhong ya se ha hecho viejo y lo de las cartas de esa antigua compañera de la universidad lo está trastornando.

Li Hongwen le replicó enseguida:

—¡Ah, tengo otro secreto! ¿Has ido a su casa? Pues si vas, verás un montón de esos medicamentos para reforzar el *yang*, ya sabes, la masculinidad... El viejo Zhong y su *laopo* viven juntos desde hace años, pero no comparten la cama y no creo que a estas alturas les dé por tener relaciones íntimas... ¿Crees

entonces que el viejo Zhong se ve con alguien? Si no, ¿para qué tanto reforzador de la virilidad? Piensa, piensa... ¿No crees que son para recibir adecuadamente a la antigua compañera de universidad? Extraña, muy extraña, esta historia. ¿No crees, Zhidie?... —Li Hongwen estaba hablando tranquilamente cuando de repente gritó—: ¡Ahí va la ficha!

La voz de Li Hongwen pareció el sonido corto y escandaloso de uno de esos sonajeros de madera que utilizan los vigilantes. Hongwen aplastó la ficha sobre la mesa y sonrió beatamente, pero la ficha se rompió inesperadamente en dos partes. Una de ellas voló hacia la ventana y salía a través de ella y la otra se quedó en la mano de Hongwen. Todos los presentes se quedaron mirando las dos partes de la ficha de *majiang*, que se había partido en dos como una galleta. Hongwen se había quedado con una parte de esa galleta en la mano y Gou Dahai fue el primero, en esos momentos, en expresarse sobre ese asunto:

—Pero... ¿adónde has enviado la ficha? Se supone que debes juntar fichas y no repartir galletas, Hongwen.

Li Hongwen respondió:

—¿Nunca has visto una ficha de *majiang* partirse en dos?

Xiao Fang añadió, bromeando:

—Eso es lo de menos. En tu mano tenías una galleta y ahora son dos galletas. ¡Y deberías haber aportado una sola ficha y no dos galletas!

Li Hongwen se fue a la ventana para ver dónde había caído el trozo de su ficha, pero, por supuesto, no la encontró. Ni Xiao Fang ni Gou Dahai llevaban dinero consigo para pagarle y Hongwen se enojó. Zhuang Zhidie dijo:

—Esa ficha es lo de menos. Hongwen ha juntado tres y ha ganado. Quitaos los pantalones y las chaquetillas y dádselas. Con esto le pagaréis la deuda de esta partida.

—A todos vosotros os deberían colgar de la plaza pública —dijo Li Hongwen—. Jugar sin dinero no es ético. Y encima os voy a invitar a comer.

Zhuang Zhidie le dijo:

—No, no deberías invitar a nadie. Ya invitaré yo. Le prestaré cincuenta yuanes al bueno de Gou Dahai para que te pague su deuda, y dile a Xiao Fang que vaya a buscar al viejo Zhong para que venga con nosotros.

Xiao Fang se fue a buscarlo, pero el viejo Zhong no se encontraba en sus aposentos, y los cuatro (Xiao Fang, Li Hongwen, Gou Dahai y Zhuang Zhidie) se dirigieron a la calle del mercado de la Gran Avena para comer salchichas y *baozi*. Luego se fueron al salón de té para compartir una tetera. Se separaron al

caer la noche y cada uno volvió a su casa. Zhuang Zhidie se puso a pensar parado en medio de la calle en la manera miserable como había perdido al *majiang* y en lo orgulloso que se había sentido Li Hongwen tras ganarles a todos, especialmente a él. Zhidie se sentía profundamente decepcionado por haber perdido la partida y pensó que algo olía mal entre él y Li Hongwen. ¿Había pasado algo y él no se había dado cuenta? Parado en medio de la calle y pensando en lo ocurrido, Zhidie se sintió un estúpido y lamentó no haber ido a buscar a Tang Wan'er tal y como era su intención. El corazón empezó a palparle y le entraron otra vez unas ganas incontenibles de ir a verla, pero vio que el color del cielo se estaba oscureciendo y pensó que Zhou Min ya debería estar en su casa. Se precipitó por lo tanto hacia la calle de Shuang Ren Fu.

En la entrada a la callejuela de Shuang Ren Fu, Zhuang Zhidie vio a un hombre agazapado en medio de la oscuridad, que lo miraba. De repente se levantó, comiendo y bebiendo algo que llevaba entre sus manos, y dijo:

—¡Escombros!... ¡Esto son auténticos escombros!

Zhuang Zhidie se dio cuenta de que el hombre que se quejaba en el callejón era el autor de la famosa balada sarcástica de Xijing. Sonriéndole, le dijo a esa figura a la que le costaba mantenerse de pie:

—Está anocheciendo, ¿qué haces recogiendo escombros a estas horas?

El anciano le dio un trago al botellín de vino y luego hipó. El aliento del anciano apestaba y Zhidie lo sintió de lleno en su cara. El anciano no le hizo caso y se dirigió con el carrito de madera y ruedas metálicas hacia la avenida. Volvió a tambalearse y canturreó:

Ah, cada día igual, ebrio con el vino de la revolución...Una copa para brindar por el Partido, una copa que deja heridas incurables en mi estómago... Otra copa para la salud de mi laopo... Oh, mi laopo me dijo que estoy siendo investigado por el Comité... ¡Pues a la mierda con el Comité y sus investigaciones! El secretario del Comité me dijo que tanto si bebo como si no bebo, eso está mal. La verdad es que no entiendo nada de lo que dice esa gentuza.

Zhuang Zhidie abrió la puerta con un gesto brusco y vio que dentro de la casa estaban las luces encendidas. Su mujer y Hong Jiang estaban sentados juntos en el sofá sujetando monedas al mismo tiempo que hacían funcionar una calculadora. Zhuang Zhidie vio todo tipo de monedas —grandes y pequeñas— sobre el sofá y dijo:

—Oh, veo que este mes hemos ganado mucho dinero...

Niu Yueqing replicó:

—¿Que hemos ganado qué?... Acabo de vender un paquete de novelas de artes marciales del gran Jin Yong³⁹. Nunca hubiese pensado que en esta calle... *Jajajejiji*... En un abrir y cerrar de ojos hubiésemos podido abrir la librería de las Cinco Familias. ¡Y hemos vendido todos los libros de Jin Yong! ¿No te parece increíble? El mono de la Montaña del Sur golpea el suelo con la frente una y otra vez... ¡Y eso trae dinero! ¿No te parece maravilloso, Zhidie? Pero este dinero, como todo el dinero, viene y se va. ¿No es esa su función? Tras pagar los impuestos, a duras penas da para pagar a un par de mujeres. Unos días atrás, Hong Jiang compró varios paquetes de libros. ¡Y ahora tenemos espacios vacíos! Y tú te pasas el día fuera, vagando por las calles. Ni siquiera preguntas por nada, ni por Hong Jiang, a quien la editorial de los Sonidos de la Naturaleza de Hunan ha publicado un libro. ¿Sabes cómo se titula?

Hong Jiang intervino y le respondió:

—*El amante de Lady Chatterley*⁴⁰.

Niu Yueqing dijo:

—*El amante de Lady Chatterley* es un libro que nos va a hacer ganar mucho dinero y podríamos incluso utilizar el nombre de esa novela para nuestra librería. Ya lo veo venir. ¿Conoces al editor en jefe de esa editorial de Hunan? Ellos siempre dicen que les enviemos cartas. Deberías enviarles un telegrama para decirles que hemos abierto una librería en Xijing. ¡Y que nos envíen libros!

Zhuang Zhidie le dijo:

—Eso no será fácil. Hong Jiang, comprende bien lo que te voy a decir. Escribe mi nombre en el telegrama.

—Entonces, necesito que seas tú quien escribas las frases. Si no lo haces, escribiré cualquier tontería y encima llevará tu nombre —le dijo Hong Jiang.

—Solo pon mi nombre en ese telegrama y no digas nada de la librería, ni de su apertura —dijo Zhidie.

Hong Jiang replicó:

—Tienes un gran corazón. Quieres que la librería se haga célebre por tu nombre. Además, querrás ver todos tus libros en ella.

—Soy escritor —dijo Zhidie—, y los escritores queremos ver todos nuestros libros juntos en las librerías. El mundo exterior sabrá que existe esta librería porque lleva mi nombre. ¿Qué pensará la gente si no?

—Hoy día, las gentes de letras hacen buenos negocios. En estos tiempos,

haberse hecho con un buen nombre en el mundo de las letras es sinónimo de ganancias sustanciales. Tú no puedes desperdiciar el tuyo, Zhidie, y ello nos será de gran ayuda. Escribir artículos da algo de dinero, pero ninguna de tus novelas cortas resiste la competencia de una caligrafía del célebre pintor y calígrafo de Xijing, Gong Jingyuan —dijo Hong Jiang.

Niu Yueqing añadió a esas palabras:

—Hong Jiang tiene todavía que consultarte otro asunto, Zhidie. Hong Jiang, venga, háblale.

Y Hong Jiang dijo:

—Tras abrir esta librería, y según los precios del mercado, escribir un libro no vale lo que cuesta al venderlo. ¿Me explico bien? Un libro vendido no cuesta lo que cuesta hacerlo y editarlo. Por eso, creo que en estos tiempos son muchas las librerías que hacen y editan sus propios libros. Si no, los editores se llevarán todo el dinero, o el impresor. El trabajo de edición mata a cualquiera, y además los arruina. Incluso la corrección de las pruebas cuesta dinero. ¿E imprimirlo? ¡Una fortuna! Ese que se la casca todo el rato y que vive en la calle del Fénix Bermellón, ese suertudo y pícaro que no para de jugar a solas con su pajarito, no sabe leer un maldito carácter chino, pero recorta con las tijeras varias fotografías eróticas y pornográficas, las junta en varios papeles y te monta un libro, y va y se forra vendiéndolo. ¿Qué te parece, Zhidie? ¡Se cuenta que ha ganado quince mil yuanes con un libro de esas características! Hasta se ha permitido alquilar un cochecito y se va a hinchar de marisco al restaurante Ciudad Tang.

Zhuang Zhidie, intentando rebajar el tono de las palabras airadas y vulgares de Hong Jiang, dijo:

—Eso ya lo sabía yo, pero nosotros no podemos actuar de esa manera.

Hong Jiang le respondió:

—Ya sabía que ibas a decir eso. Ahora nos ocupa otro asunto. Yo y la señora del maestro tenemos un negocio, y para que funcione este negocio debemos vender novelas de artes marciales, y no de las que llevan la firma del bueno de Liu De, ya que esas no se venden bien, ni siquiera a mitad de precio. Ya lo he pensado, podríamos cambiarles las tapas a esas novelas y que parezcan las del gran Jin Yong. A Liu De le llamaremos Quan Yong⁴¹... Seguro que eso nos puede ayudar a ganar mucho dinero.

Zhuang Zhidie le dijo:

—No entiendo, ¿por qué eso os puede ayudar a ganar mucho dinero? ¿Por qué?

—Los libros de Jin Yong se venden muy rápido —afirmó Hong Jiang—. Por supuesto, esos libros no están escritos como los de Jin Yong... Utilizaremos la grafía de la «hierba» para que sea más confuso y nadie note la diferencia. Parecerá entonces Jin Yong, ¡pero será Quan Yong! ¿No te parece genial? Esa es mi manera de hacer las cosas, Zhidie. Ahora, solo necesito diez mil yuanes para llevar a cabo nuestra empresa... Tú y tu esposa debéis encontrar una solución y debéis, por supuesto, encontrar el dinero.

Niu Yueqing dijo en ese momento:

—Solo si el maestro Zhuang está de acuerdo. El dinero, como yo, puede esperar. Hoy, Wang Ximian me ha dado su tarjeta de invitación y ha escrito en ella que mañana su madre iba a cumplir setenta años. Esperaba que viniese toda la familia. Si quieres ir, puedes ir, me decía, y lo comprenderás todo. O no vayas, ya iré yo y le pediré prestados ochenta mil yuanes. Luego lo ingresaremos en el banco. Creo que podremos reunir diez mil yuanes.

Zhuang Zhidie dijo a su vez:

—¿La anciana cumple setenta años? ¡Esos son muchos años! Yo creía que solo tenía sesenta. Por supuesto que hay que ir. Sí, y debe ir alguien de la familia para felicitarla. Pero ¿quién va a poder abrir la boca para pedirle dinero en esas circunstancias?

Tras decir esa última frase, nadie se atrevió por unos instantes a emitir una opinión. Niu Yueqing le pidió a Hong Jiang que fuese primero a la librería. Luego le preguntó, cabizbaja, a Zhidie:

—Esta tarde, ¿puedes ir al Círculo Literario y Artístico de Xijing?

Zhuang Zhidie le contestó:

—Creo que hoy ya se nos ha echado el día encima. No habrá nadie para abrir la puerta.

—Hay que ir temprano. ¿Pasaste hoy por ahí? Vaya pareja de marido y mujer estamos hechos tú y yo... —le dijo Niu Yueqing.

Zhuang Zhidie no dijo nada y se fue a la cama. Se quedó dormido al instante. Niu Yueqing lo siguió poco después y también se fue a dormir; pero ninguno de los dos osó tocarse lo más mínimo. En medio del silencio se oía la melodía triste y sinuosa de la ocarina que provenía de los muros que rodeaban la ciudad de Xijing. Zhuang Zhidie se despertó y dijo:

—Pero ¿quién está tocando la ocarina?

Tras oír la pregunta de Zhidie, Niu Yueqing contestó repitiendo lo mismo que había dicho su marido:

—¿Quién está tocando la ocarina? —Y justo después de decir esas palabras, volvió el silencio.

A Zhuang Zhidie le dio por pensar en las palabras de su mujer. ¿Por qué había repetido lo mismo y de esa manera? ¿Estaba despierta? Lo único que deseaba Zhidie era que ella se quedase dormida. Su mujer, sin embargo, se envolvió con las sábanas, se movió y lo tocó. Luego le cogió las manos y las arrastró hacia ella. Zhuang Zhidie se puso ansioso y se dio media vuelta. Odiaba que su mujer se le insinuase de esa manera y fingió que no se daba cuenta. Ella se volvió a calmar y él pensó para sus adentros en pedirle perdón. Se volvió a girar y se sintió obligado a responder con sus obligaciones, pero ella le dijo:

—Tu cuerpo no está bien. Necesitas que te haga un masaje. Cuéntame esa historia, que te escucharé mientras te hago el masaje.

Zhuang Zhidie le había contado, por supuesto, muchas veces esa historia. Cuando no funcionaba en la cama con su mujer, ella le exigía que le contase esa historia.

—¿Dónde está la verdad en este mundo? —le preguntó Zhidie sin venir a cuento.

Su mujer le respondió:

—Cuéntame entonces qué te pasó.

—¿Qué me pasó? —dijo Zhuang Zhidie—. Los cerdos de casa se morían de hambre y sus barrigonas no dejaban de emitir sonidos..., ¿Dónde está la cáscara del espíritu endiablado?

—Sospecho que algo no va bien en tu cuerpo, Zhidie. Lo más probable es que te proveas, y ello te deje ya satisfecho, con material de fuera... Los hombres siempre estáis dispuestos a hacer ese tipo de cosas con las mujeres —dijo Niu Yueqing.

—Ten cuidado con lo que dices. Yo no me veo con nadie fuera de esta casa y menos para satisfacer cualquier cosa que no pueda hacer contigo. Dime, ¿con quién me atrevería?

—¿No te ves con nadie?... Esa Jing Xueyin, ¿qué edad aparenta? —inquirió Niu Yueqing.

—Oh, maldita sea... Ni siquiera le he tocado un pelo a esa mujer.

—Me das mucha pena —dijo la mujer—. Te presentaré una... Dime, ¿a quién ves?

Zhuang Zhidie le respondió:

—No veo a nadie, ¿cómo quieres que te lo diga?

—¿Es que acaso crees que no te conozco? Tú no me engañas. Cierto. Hace unos instantes me hablabas de Wang Ximian y su madre... No deberías ir. Con solo verte la cara, se ve que ir te hace feliz. ¡Está claro que vas a ver a la mujer de Wang Ximian! —le dijo Niu Yueqing.

—Verla será como no verla —replicó Zhuang Zhidie.

Niu Yueqing no dijo nada y Zhuang Zhidie pensó que se había quedado dormida, pero no se le pasó por la cabeza que su mujer le iba a decir seguidamente:

—A la *laopo* de Wang Ximian le encanta vestirse bien y cuando lo hace parece una jovencita. ¿No es cierto?

—Todo el mundo tiene derecho a vestirse bien y dar la mejor impresión. ¿No crees? —respondió Zhuang Zhidie.

—Sí, pero todo eso se hace para atraer la mirada de alguien en particular. ¿O crees que no conozco a las mujeres? —dijo Yueqing—. He oído decir a la mujer de Gong Jingyuan que la señora de Ximian era bella como una flor y que trabajaba como una vendedora en una de las tiendas del centro comercial. Se ve que cuando acababa el trabajo se veía con un hombre y se ponían los dos a hacer el amor detrás de un contador. Se ve que alguien la vio con las piernas estiradas para arriba... Increíble, ¿no te parece? Hubo alguien que tocó a la puerta de la tienda, pero ellos no hicieron ni caso. Uno perdió los nervios y rompió la puerta y entró. ¡Y los vio a los dos en plena acción! —Tras decir esas palabras, Niu Yueqing puso la mano sobre el costado de Zhuang Zhidie y empezó a acariciarle el sexo, el cual tardaba en endurecerse. Luego lo agarró y lo atrajo hacia ella. □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí cincuenta y una palabras]. Se les escaparon inconscientemente a los dos unos suspiros y sus cuerpos se entrelazaron.

Zhuang Zhidie dijo:

—Pero, en un principio, ¿tampoco eras capaz?

—No te lo dije —le respondió Niu Yueqing—. Tú, al contrario, me disgustabas... Siempre me decías que tú no funcionabas, pero al ponerte a hablar de la esposa de Wang Ximian, vas y te excitas. ¿Cómo has podido hacerme ahora el amor? No lo comprendo. La verdad es que esta vez he demostrado más entusiasmo que tú. Llevas la vida de un gran señor, Zhidie. Te vistes bien y te gusta comer mejor que nadie. ¿Cómo no iba a preocuparme yo, Zhidie, por esas cosas?

—Venga, no digas tonterías —dijo Zhuang Zhidie—. Tú ya no eres una niña.

Incluso la esposa de Zhou Min es seis o siete años más joven que tú, pero ella ha sufrido más que tú y por eso le han salido tantas arrugas en la cara y parece más vieja que tú, Yueqing.

Niu Yueqing se enfadó tras oír esas palabras y gritó:

—¡No te es suficiente con la mujer de Wang Ximian que necesitas además a Tang Wan'er! Cuéntame, ¿qué ha sufrido en su vida más que yo esa mujer? He oído decir que Xia Jie ha dicho a Zhou Min que se han fugado juntos para casarse. ¿Es cierto?

—¿Qué?... —dijo Zhuang Zhidie.

Su mujer le respondió:

—Si se han fugado juntos, ten por seguro que es porque la ha dejado embarazada.

La esposa de Zhidie también dijo que una mujer que vale poco es una mujer que vale poco, y eso era todo. Los hombres, más la piropeaban, más a ella le daba por pensar en la naturaleza del sexo fuerte y en cómo estos veían a las mujeres.

Zhuang Zhidie le preguntó:

—Xia Jie, ¿cuándo vino?

—Por la tarde, y me dio una pulsera de jade con crisantemos de piedra incrustados. Me dijo que Tang Wan'er le había pedido que me lo diese —dijo Yueqing—. Me dijo además que me invitaba a cenar, pero yo no podía ir y me sentía avergonzada...

Zhidie le comentó:

—Mira, la gente es muy buena contigo y tú vas diciendo a sus espaldas que no lo son. ¿Una pulsera de jade? Déjame verla... ¿Y es de un jade puro?

La esposa de Zhidie le respondió:

—Pero yo tengo las muñecas y los brazos tan gordos... Ni siquiera me va a caber... La pondré en un bolso como adorno. Que yo sepa, yo no hablo mal de la gente a sus espaldas. ¿De dónde sacas eso? Lo único que me desagrada es que vayas viendo por ahí a otras mujeres y luego vienes y haces comparaciones. Siempre yo soy la que quedo en mal lugar. No me vengas con comparaciones, ni con cosas que son incomparables... ¡Y menos con lo de las arrugas en la cara!

Zhuang Zhidie no volvió a mencionar a Tang Wan'er y dijo:

—Tú también has pasado lo tuyo, Yueqing, y ya no estás para muchos trotes. El tiempo no pasa en vano para nadie. Por eso, sería bueno que viniese alguien que se encargase de las tareas básicas de la casa. Zhao Jingwu me dijo que nos

podía ayudar con una que conoce. Cuando tú ya no puedas hacer nada más, podrás dedicarte a la vida ociosa.

El descontento de Niu Yueqing desapareció y dijo:

—Mírame, yo he sabido cuidarme y mi cuerpo es una muestra.

Los dos se pusieron a intercambiar diferentes opiniones sobre esa cuestión y ella se acurrucó como un gato en los brazos de su marido hasta quedarse dormida; pero Zhidie no se quedó dormido, ya que los ronquidos de su mujer se lo impedían. Se sentó en la cama sin hacer ruido y cogió una revista que tenía al lado de la almohada. Leyó algunas páginas, pero no pudo seguir leyendo. Sacó un cigarrillo y se puso a fumar para escuchar a lo lejos la melodía de la ocarina.

... Pero esa noche no se oía la melodía de ninguna ocarina, ni se oía al viejo carrasposo que recogía basura por las calles.

* * *

Al día siguiente, Niu Yueqing se fue a la pastelería del centro comercial del viejo templo del antiguo Paso para comprar un pastel de cumpleaños. Un maestro pastelero se encargó de hacer ese pastel cubierto de crema blanca para la venerable anciana de la familia Wang. Sobre el pastel, Niu Yueqing hizo escribir un gran *shou*, que es el carácter chino de la longevidad. También compró varias telas finas de Suzhou, una botella de aguardiente de Shuang'gou, unos panecillos rellenos de carne de cordero aliñada, y un par de *jin* de azúcar moreno. Ah, se me olvidaba, y medio *jin* de té Longjin, el del pozo del dragón.

Zhuang Zhidie no sabía qué pensar y Niu Yueqing continuó hablando:

—Pero me temo que tú no podrás ir... La mujer de Wang Ximian me preguntará que cómo he podido comprar todo eso...

Zhuang Zhidie dijo:

—Hoy, ciertamente, habrá mucha gente ahí y todos de cualquier manera, y tampoco me siento con ganas de ir. Si Wang Ximian te pregunta por mí, le dices que me ha salido una cita inesperada con el alcalde y no podía faltar. En realidad, es que no puedo ni siquiera moverme.

—La gente quiere que vayas —dijo Niu Yueqing—; ya que, si no vas, Wang Ximian va a perder parte de reputación y honorabilidad. Además, se nos enfadará. Le he prestado algo de dinero, y si algo les enoja, no me lo devolverán. Si tú no vas, yo tampoco iré.

Zhuang Zhidie dijo:

—Eres una de esas mujeres que hacen una montaña de un grano de arena. Le escribiré una caligrafía en un pergamino y se la llevas de mi parte como regalo. Seguro que la venerable anciana se pondrá contenta. Tras decir esas palabras, escribió:

En el crepúsculo infinito aparece la noche para cubrir el mundo de los hombres.

Luego azuzó a su mujer para que respondiese positivamente a la invitación del cumpleaños de la madre de Wang Ximian. Nada más ponerse en marcha Niu Yueqing, a Zhuang Zhidie se le pasó por la cabeza ir a la casa de Zhou Min. Pensó inmediatamente en qué podía llevarle a Tang Wan'er y se puso a registrar el mueble del guardarropa que había en el dormitorio. Se percató de que en uno de los cajones había unos tentempiés y unos caramelos —todos del mismo tipo—, los cuales eran de su mujer, así como unas ropas de seda, y que podía llevar a Tang Wan'er; pero la madre de Niu Yueqing se encontraba en la otra habitación y se puso a hablarle. La anciana quería decirle algo sobre su padre y la costumbre que tenía de comportarse como un bruto desde que se levantaba al amanecer. Yo le he preguntado, decía la anciana, por qué está ya enfadado a estas horas de la mañana y mi marido me ha dicho que es que no puede aguantarlos. ¡Y vosotros tampoco podéis aguantarlos!

Zhuang Zhidie le preguntó:

—Pero ¿quiénes son esos?

La anciana Niu le respondió desvariando:

—Nosotros les preguntamos, por supuesto, que quiénes son en realidad. Nuestro yerno es todo un personaje célebre, y muy respetado, en Xijing y se cita con el alcalde para comer juntos. ¿Quién se va a atrever a molestarte a ti?, le he dicho a mi marido, que es bueno como un santo y nunca se queja. Se trata por supuesto de la joven pareja de recién casados que vive al lado y no para de pelearse, y con tanta bronca, al pobre padre no le dejan ni dormir, ni comer en paz. Pensé: mi marido no va a mentirme. Tú hoy, Zhidie, no has querido ir a la invitación de Wang Ximian porque quizá quieres ver a tu suegro y a esa gente que nos molesta al lado... ¡Podrías servirte unas cuantas ramas de melocotonero si quieres para acabar con ellos!

Tras darle ese consejo, la anciana cogió un cuchillo y se fue a cortar unas ramas de los melocotoneros que había en el patio. Zhidie sabía que esas ramas de melocotonero eran una manera de ahuyentar los malos espíritus y también

sabía que esa pareja eran él mismo y su mujer Niu Yueqing.

Zhuang Zhidie no sabía si reír o llorar con la historia de las ramas, pero sujetó a la anciana, la cual cortó finalmente unas ramas del melocotonero. Zhidie no pensó en su mujer Niu Yueqing, pero se acordó en esos momentos de la prima lejana y el ramillete de mijo (una planta que también ahuyenta los malos espíritus) que le trajo como prueba de buena voluntad, algo que era común entre las gentes que venían del campo a la Capital del Oeste. Lo cierto es que había siempre gente que venía del terruño y de alguna manera u otra acababa pidiendo prestado dinero con ese tipo de artimañas para supersticiosos.

La prima se apresuró a explicar lo del contrato para hacerse con el horno de ladrillo y así justificaba el dinero que quería que le prestasen.

Aunque no solía hacer ningún esfuerzo físico más de lo necesario, el abuelo había sido un consumado artesano con el fuego. No había en realidad fuego que se le resistiese cuando estaba vivo, pero el hombre no podía ni moverse y se pasaba el tiempo sin hacer nada.

La venerable anciana dijo en aquellos momentos:

—Ahora, cierto, el hombre no está para muchos movimientos, pero si se pasa tres o cinco días echado, bebe y come, luego hasta puede cargar en sus espaldas con un saco de grano. Pero ¿cómo va a encontrar tiempo para hacerlo?

La cara de la prima pasó del color rojo al blanco y viceversa. Zhuang Zhidie, para calmar la zozobra que le habían provocado a la prima adoptiva esas historias de su difunto suegro, comentó seguidamente que la abuela no tenía la cabeza muy despejada y que se pasaba el día entero diciendo cosas que no tenían mucho sentido. La prima dijo:

—Pero ese hombre, ¿no está muerto? La abuela habla como si estuviese vivo. ¿O se trata de un fantasma?... Lo que dice la abuela es totalmente cierto. En esa época, los niños de nuestra familia eran muchos y pasábamos por días terribles. La abuela de los Niu salió en nuestra ayuda... —Tras decir esas palabras, la prima se dirigió a la anciana—: Abuela, con esos comentarios, usted está mancillando el honor de su marido. Espero que no le oiga, porque si lo hace... Hace unos diez días, hubo una representación teatral en mi terruño y me acordé de su marido, cuando él me llevaba a ver ese tipo de obras...

La venerable anciana Niu le respondió:

—Está la *troupe* popular de Yi, la *troupe* de las Tres Justicias, la *troupe* de la Amistad de Shang... Todas ellas muy famosas, y yo nunca he pagado un céntimo por ir a ellas. No me extraña que mi marido te llevara al teatro...

Pero..., ir yo a tu terruño para ver una obra al aire libre y con tanto paleta cazurro y rústico al lado... Al menos mi marido tuvo la delicadeza de no hacerme pasar por ese mal trago.

La prima adoptiva dijo:

—No es lo mismo ver una obra en un teatro sobre un escenario en la ciudad que al aire libre sobre la arena. El teatro, en el campo, es más rico, más auténtico para el que lo presencia, y, sobre todo, menos domesticado que el que se ve entre cuatro muros. El venerable abuelo así lo decía...

—Pues entonces iré a verlo..., y podrías invitarme. ¿Por qué no invitamos a tu padre también?

La prima, el padre de la cual había fallecido hacía tiempo, palideció de golpe y desvió la mirada hacia Zhuang Zhidie y este dijo:

—De esa manera nos hablas, abuela..., y tus palabras me parecen mitad humanas mitad salidas de la boca de un espíritu endemoniado.

—Me ha preguntado por mi padre. Sí, por mi difunto padre... —dijo la prima, y la anciana intervino sin perder un segundo.

—Zhidie, tienes razón. Tú y tu prima deberíais ir a la tumba de mi venerable marido y presentar vuestros respetos. Ello castigará a esos vecinos impresentables que no dejan de atormentarlo. Tu suegro me ha dicho que está de acuerdo con veros ahí junto a él.

Zhuang Zhidie se sintió, en esos momentos, totalmente indefenso. Solo pudo invitar a la prima a comer algo y la invitó a que se fuera, pero la prima le dijo que no tenía hambre y solo podía llevarse algunos de los dulces y frutos que le ofrecía él. Lo preguntó y también pidió si podía llevarse algunos muebles del trastero que parecían no servir ya a nadie. La prima envidiaba los muebles que la familia Niu tenía en su casa y no podía esconderlo.

Cuando los dos se disponían a salir de la casa, la venerable anciana le ofreció de repente a su yerno que saliese primero y que dejase a la prima un momento con ella. Zhuang Zhidie se quedó en el patio esperándola mientras que la prima, con el rostro enrojecido, salió poco después de la casa.

—¿Qué deseaba todavía mi querida suegra? —le preguntó con cierta ironía Zhidie a la prima adoptiva.

Esta le contestó:

—Quería saber si la *meimei* Yueqing había tomado su medicina y si ya se había quedado embarazada o no. También me ha pedido que te aconseje que no bebas ninguna bebida alcohólica... A mi esta mujer me pone los pelos de punta

con sus historias familiares... Y eso que estoy pensando en dejar a mi hijo aquí, para que viva con vosotros; pero este niño me pone nerviosa. No es muy listo que digamos... Espero que no os cause ninguna desgracia...

Zhuang Zhidie no sabía qué pensar sobre lo que acababan de oír sus oídos y respondió brusca e inconscientemente con una evasiva: los principios del *yin* y el *yang* de la venerable abuela Niu son difíciles de separar.

La prima dijo:

—La venerable anciana tiene ya muchos años y no puede estarse callada un solo momento. Además, está transitando constantemente del mundo de los vivos al de los muertos y viceversa. Uno no puede hacerle caso a todo lo que dice; si no, uno se volvería loco. En mi pueblo hay mucha gente así y cuentan cosas que nunca han sucedido y yo misma pertenezco a esa gente.

A Zhuang Zhidie se le dibujó en la cara una sonrisa amarga y dijo:

—No pensaba que la prima guardaba tantas cosas en común con mi suegra. Vaya que sí...

Los dos se montaron en la motocicleta de la marca Mulan y salieron de los muros que confinaban Xijing por la puerta del norte para dirigirse directamente a la zanja que quedaba junto a las ruinas de la ciudad de Han (Hancheng) y que servía de cementerio a las afueras de Xijing. Ese día hacía un calor fortísimo en la Capital del Oeste y la motocicleta se detuvo en un cruce. Los dos estaban cubiertos de sudor y olían mal. El polvo de las calles se le había pegado en el cuerpo y los dos miraban la zanja con la estela erecta de piedra, ya a lo lejos. La prima soltó un largo ¡oh! y luego se puso a llorar desconsoladamente. Zhuang Zhidie le dijo:

—*Jie*, mi querida hermana, ¿por qué me lloras ahora?

La prima le respondió:

—Si no lloro... Si el abuelo está enfadado de verdad, no podrá desahogarse porque no puede hablar. Los muertos ya no pueden hablar, al menos en estos tiempos modernos. Este lugar está lleno de fantasmas y se están riendo del abuelo. Los fantasmas tampoco pueden hablar, pero sí reír. ¿No los oyes?

La prima volvió a expulsar unas lágrimas e hipó tres veces. Se detuvo y ello asustó a Zhuang Zhidie, el cual se había quedado al lado izquierdo de la vieja tumba de su suegro. A pesar de que la habían renovado, sobre la tumba habían crecido varios hierbajos y unos tallos largos y secos sobre los que colgaban unas bolas blancas que se deshacían con un pequeño golpe de viento ligero o con la caída de una lluvia leve. Sobre la tumba también había rastros de lodo

solidificado. Zhidie pensó en sus adentros: el viejo tiene razón. Seguramente había oído todo lo que ocurría en la puerta de al lado. Zhidie sintió que algo le subía a la boca directamente del estómago y le entraron ganas de vomitar. La prima se arrodilló y se puso a quemar el dinero falso que se utilizaba en el ritual de homenaje y servidumbre a los ancestros y a murmurar incesantemente una letanía interminable.

Zhuang Zhidie caminó hacia la zanja, ya que quería saber quién en el pueblo había excavado esas tumbas. ¿Quién se había encargado de renovar esa tumba? Uno de los lugareños que pasaba le dijo que un mes atrás una pareja joven de apellido Xue se dirigió a la ciudad con su hijo y un camión los arrolló en un cruce. La familia entera fue enterrada en esa zanja. A Zhuang Zhidie, esa historia lo aterrorizó y palideció de golpe. Sabía que las historias que contaba la venerable anciana no eran nunca del todo falsas y depositó inmediatamente las ramas del melocotonero sobre la tumba de su suegro, agarró del brazo a la prima adoptiva y se puso a andar para dejar ese sitio. Regresaron a la casa y ahí la venerable anciana volvió a despedir a la prima y a enviarla al arrabal de donde procedía. Zhuang Zhidie se dio cuenta de que ya era tarde y pensó en Niu Yueqing. Ella debía de estar de vuelta del banquete de Wang Ximian y comió algo atolondradamente. Volvió a recordar la escena de las tumbas y no se atrevía a reconocer como falsas las historias de la anciana. Algo en él se negaba tercamente a hacerlo y examinaba con ansiedad todo aquello que la abuela decía a diario y que parecía totalmente increíble. Le daba mil vueltas hasta intentar obtener una conclusión que le aclarase esos misterios. En ese momento, se hizo repentinamente la oscuridad y un golpe de viento abrió la ventana de la habitación. Unas gotas de lluvia empezaron a caer del cielo. Zhidie se apresuró a cerrar la ventana y luego recogió las ropas y sábanas que estaban colgadas en el patio. Esperó un rato hasta que la lluvia cesase de caer. Sobre el cielo salió repentinamente una nube negra y a través de ella apareció un haz de rayos de luz. Zhuang Zhidie se sentó, solo, frente a la ventana, y se quedó bastante rato mirando a través de ella sin importarle que las nubes negras fueran cada vez más numerosas. Ahí contemplaba esas nubes que le parecían figuras humanas corriendo —¿o eran realmente seres humanos que cruzaban el cielo?— y que pasaban en esos momentos por el firmamento. Una de ellas parecía unos pies desnudos gigantes cuyos cinco dedos podían distinguirse, incluso sus huellas dactilares. A Zhuang Zhidie, esas nubes le provocaban una curiosidad creciente y era incapaz de olvidar esas formas que se habían dibujado en ese cielo tormentoso. Intentó en esos momentos buscar las palabras justas para describir lo

que estaba viendo, pero no las encontró y sintió de repente que un frío atravesaba su cuerpo de los pies a la cabeza. Tuvo miedo. Se giró de golpe y vio la habitación de la venerable anciana de la familia Niu y ello le causó todavía más miedo. Cerró la puerta con llave y se dirigió sin perder tiempo al patio del Círculo Literario y Artístico de Xijing. Niu Yueqing no había regresado todavía a casa esa tarde. Anocheció y ella seguía sin regresar a casa. A las diez de la noche aproximadamente se presentó un hombre con una carta. La señora esposa le decía a su marido Zhuang Zhidie: la anciana abuela de los Wang no puede, simplemente, desplazarse por sí sola y me ha pedido que me quede con ella y echemos una partida al *majiang* mañana. La anciana también ha invitado a la *laopo* de Wang Ximian. Lo único es que quiere hacer la partida en nuestra casa y quiere quedarse además como huésped unos días y que yo me encargue de la comida.

Zhuang Zhidie le dijo al que le había entregado la carta:

—Si es así, tendré que ir yo mañana al mercado a comprar comida. ¿No es así?

Y ese individuo le respondió:

—La *ayi* ha preparado esta lista. Para satisfacer al señor, he aquí la lista de comida que deberá traer.

Zhuang Zhidie clavó sus ojos en la lista y leyó lo que había escrito sobre ella: dos *jin* (dos kilos) de carne de cerdo, un *jin* de costillas de cerdo, una carpa, una tortuga, medio *jin* de calamares, medio *jin* de pepinos de mar, tres *jin* de flores de loto, dos *jin* de cebollinos, un *jinde* vainas, un *jin* de chícharos, dos *jin* de tomates, dos *jin* de berenjenas, dos *jin* de setas recién cogidas, tres *jin* de licor fuerte de flor de osmanto, siete latas de gaseosa de la marca Sprite, tres *jin* de *doufu* (tofu), medio *jin* de platillos de verduras troceadas y avinagradas, dos *jin* de carne de cordero, un *jin* de carne de buey, cinco huevos centenarios, un pollo asado, un pato también asado, hígado de cerdo hervido, sus tripas y medio *jin* de morcillas. Además, había que traer de la mujer de Shuang Ren Fu una botella de licor de los Cinco Granos (el licor de Wuliangye), seis botellas de cerveza, un paquete de cacahuets pelados y un paquete de setas secas, un bol de arroz glutinoso, una bolsa de dátiles rojos de Xinjiang y fideos finos rojos de pasta de habichuela. También había que comprar guisantes y raíces de bambú, unas cuantas cerezas, un *jin* de salchichas, dos *jin* de pepinos, un *liang* (unos cincuenta gramos) de hilos de algas secas y prefabricadas (*facai*) y tres *liang* de semillas de la planta de loto. Zhuang Zhidie le dijo seguidamente al hombre:

—En vaya problemón que me meten esas mujeres. ¡No, yo no podré cargar

solo con todo eso!

Y el individuo que estaba enfrente le contestó:

—Te ayudará una *ayi*, pero me han dicho que te prevenga. Todo esto es para la señora del venerable Wang Ximian, ya que se va a presentar en su casa y hay que tratarla como es debido. Como dicen, en los restaurantes se pueden comer montañas y beber océanos. Pues lo mismo debe suceder en la casa de los Zhuang, pero eso es solo un decir, vaya...

Zhuang Zhidie pensó para sus adentros: ¿ella cree que yo me veo con la *laopo* de Wang Ximian?

Tras despedir a ese hombre que le había enviado el mensaje, Zhuang Zhidie se puso a pensar en cómo iba a recibir en su casa a esas mujeres. Debía antes ir a hablar con Meng Yunfang o Zhou Min. Debía sobre todo dejar a Niu Yueqing que lo viese con la esposa de Wang Ximian. Ya era tarde, pero ello no le impidió llamar por teléfono a Zhao Jingwu para que le ayudase a comprar todas esas verduras y carnes en el mercado abierto de la calle Tan.

* * *

Por la mañana, muy temprano, Zhidie se fue con la motocicleta al callejón de Lu Dang. Más exactamente, al número ocho, ahí donde estaba la insignia de Fu, que correspondía a la casa de Zhou Min.

Tang Wan'er ya se había vestido y maquillado como cualquier mujer tras levantarse de la cama. Se encontraba en esos momentos arreglándose el cabello frente al espejo y Zhou Min estaba acostado bajo la parra con la boca y los dientes llenos de saliva blanca. Vio cómo Zhuang Zhidie entraba en el patio y estaba leyendo como lee un Buda. Tang Wan'er lo oyó y lo vio, y se puso apresuradamente las dos manos sobre la cabeza. Su cara había enrojecido, preguntó algo y continuó arreglándose el cabello. Zhou Min le preguntó:

—Pero ¿no habías acabado con el cabello? ¿No has preparado té para el maestro Zhuang?

La mujer de Zhou Min dejó inmediatamente de arreglarse el cabello y se dirigió a la cocina para preparar el té. El agua del té había sido hervida demasiadas veces y Wan'er la cambió. Puso té en las tazas, pero se le cayó un poco en las manos. Rápidamente, se las lavó, pero esa torpeza la hizo sentir algo avergonzada por ese gesto y sonrió tímidamente a Zhuang Zhidie.

—¿Te duele? —le preguntó Zhidie.

—No, no me duele... —le respondió Wan'er, metiéndose un dedo en la boca. La esposa de Zhou Min había dormido muy bien la noche anterior y se levantó llena de vitalidad y muy optimista respecto al nuevo día. Por eso se vistió bien y hasta humedeció su rostro con aceite para darle más brillantez a su piel. Se puso su chaquetilla rosa de cuello de cisne y sin mangas. Ese chaleco era una de sus prendas más preciadas. Debajo, se puso una falda corta y estrecha. Sus piernas altas y delgadas, y que se mostraban en parte desnudas, parecían dos estacas de hierro torcidas.

Zhuang Zhidie le dijo:

—¿Vas a salir hoy?

—¡No quiero ir a ninguna parte! —le respondió bruscamente la mujer de Zhou Min.

—¿Y por qué te has vestido tan bien? —preguntó Zhuang Zhidie.

—Tengo mucha ropa en el armario y me gusta ponérmela toda. Cada día, yo, en mi casa, lo hago de esta manera. Me maquillo, me revigorizo, y recibo a la gente así. La gente que me ve me respeta más cuando me ve así y yo gano en autoestima. Y el maestro Zhuang, ¿se burla de nuestras costumbres?

Zhuang Zhidie le respondió:

—No hay nada de lo que uno pueda reírse. Todo lo que me cuentas parece pertenecer a eso que se denominan secretos de mujer, siempre y cuando posea un vestuario nuevo... —Zhidie tosió nada más acabar de pronunciar la última palabra.

Tang Wan'er se había calzado ese día los zapatos que le había ofrecido Zhidie. Lo miró y le dijo casi gritando:

—Maestro Zhuang, estas ropas que ve las compré hace cinco años. Son muy viejas, por lo tanto, y ya las he usado muchas veces. Solo estos zapatos que ve son nuevos. Míralos, ¿no crees que me quedan de maravilla?

Zhuang Zhidie se tranquilizó. Sabía que lo que esa mujer decía estaba entrando en los oídos de Zhou Min, pero era a él a quien estaba dirigiéndose. Ella, sin embargo, no habló en absoluto del tema de los zapatos. Zhuang Zhidie volvió a decir:

—Correcto. En realidad, esos zapatos te entran como un guante. Son una auténtica maravilla y tus ropas no se quedan atrás.

Zhou Min, desde el otro lado, cogió un racimo de uvas que colgaba de la parra, se giró y dijo:

—Esa ropa la hace arrogante. ¿No te parece? Zapaterías hay muchas en

Xijing y cuando estos que lleva ahora estén viejos, se comprará otros nuevos que le quedarán igual de bien. Estoy seguro de ello. Conozco a mi mujer...

A Zhuang Zhidie le plació enormemente ese comentario. Tang Wan'er no le había comentado nada del origen de esos zapatos o Zhou Min se estaba engañando a sí mismo para evitar problemas con él. Entonces, ella, ¿se estaba sirviendo de los zapatos para comunicarse con Zhuang Zhidie? ¿Qué buscaba en realidad? Zhidie le dijo:

—Zhou Min, por eso he venido a verte tan temprano. Quiero invitaros a comer a casa este mediodía. Solo si tenéis algo muy importante que hacer, podéis excusar vuestra presencia. La madre y la señora del gran pintor Wang Ximian van a asistir, así como la mujer de Meng Yunfang. No puedo comportarme como un estúpido. Por eso todavía tengo que comunicárselo a Meng Yunfang.

La esposa de Zhou Min le replicó:

—Por favor, nosotros ¿podemos aceptarlo ahora?

—La última vez —dijo Zhidie—, ¿vinisteis a comer?

—No pudimos ir, pero lo cierto es que tenemos muchas ganas de conocer a esas ilustres señoras de la ciudad de Xijing. Sobre todo, para conocer a la madre del maestro Wang. Habrá mucha gente y deberemos estar a la altura de las circunstancias, aunque somos un poco bocazas... ¡Te vamos a deshonar, Zhidie!

Zhuang Zhidie le respondió:

—Somos amigos. Lo único que debéis hacer es intercambiar unas pocas palabras y todo irá bien. Estoy seguro de ello. Wan'er, ¿te vas a poner la pulsera de jade?

Tang Wan'er contestó:

—No puedo, ¿con qué cara me va a mirar la madre del maestro?

Zhuang Zhidie:

—A ella, lo que lleves, no le va a importar nada. No te van a hacer ni caso, créeme. ¿Qué les vais a dar como regalo?

—Oh... —exclamó Tang Wan'er—, y debo comprarles algo que tenga valor, algo caro, por supuesto... Zhou Min recibía la enseñanza de Meng Yun cuando este último fue quien te presentó a nosotros. A la hermana Xia, mi marido le regaló una pulsera. Yo podría darle mi pulsera a la venerable Wang. Le gustará.

Zhuang Zhidie sacó de su bolsillo algo envuelto en una tela y le replicó:

—Yo le ofreceré esto a la madre del maestro, aunque no sé si os gustará a vosotros...

Tang Wan'er lo cogió con las manos y dijo mientras expulsaba saliva por la boca:

—¡A la madre del maestro le va a encantar esto! Estos polvos para rebajar las irritaciones de la piel... ¡Pues claro que me gustan! Y este espejo antiguo con el marco de cobre... Oh, esto es genial... ¿De dónde lo has sacado? —Tang Wan'er se dirigió a su esposo—: Zhou Min, ven, rápido, y mira esto.

Zhou Min miró el espejo y dijo:

—Maestro Zhuang, nos pones en un aprieto. Esto sí que es valioso...

Zhuang Zhidie dijo:

—¿Valioso? ¡Para nada! Esto es un juguete...

Tang Wan'er, sin embargo, se quedó deslumbrada por ese espejo y dijo que ya había oído hablar de esa antigüedad a otra gente. Su superficie brillaba como si fuera de cristal puro y nadie sabía en realidad de qué estaba hecho. Wan'er se puso a sacar los platos con comida para picar y los puso sobre la mesa, y luego se quedó con el espejo en las manos, mirándose en él. No podía sacar su rostro de él. Zhou Min dijo:

—¡Mira esto, es vergonzoso!

—Creo que ese espejo debió pertenecer a una dama de la antigüedad. Seguro que pasaba horas maquillándose ante él. —Tang Wan'er dio un besito al aire tras decir esas palabras y añadió—: Zhou Min, yo había juntado ya estos platos. Ocupate ahora tú de repartirlos. Aquí unos, aquí otros... ¿Vale? Este espejo es mi tesoro y ten cuidado con él. Si lo dejas aquí, ¡no te muevas!

Zhou Min le replicó, mirando a Zhuang Zhidie:

—¿A qué se debe tanto honor?

Zhidie se encontraba algo incómodo en esa situación. Tang Wan'er dijo:

—Zhou Min, con tu torpeza habitual vas a hacer que el maestro Zhuang salga corriendo de aquí para decírselo al maestro Meng. Deberías salir a comprar unos regalos para la abuela de los Wang. Además, hoy es el aniversario del maestro Zhuang y pronto será el de la venerable anciana Wang.

—Olvídate de los cumpleaños y pensemos en lo que comeremos —dijo Zhidie—. Lo importante es que nos reunamos los amigos.

Zhou Min se puso en marcha y se fue. Zhuang Zhidie lo siguió detrás y Zhou Min le dijo:

—Ya te diré algo. No hay prisas, no vale la pena. Tang Wan'er saldrá a comprar algo de *doufu* y arroz gelatinoso, y luego regresará a casa. Seguro que todavía no has desayunado.

Zhuang Zhidie volvió a sentarse y suspiró. Zhou Min salió y Tang Wan'er cerró la puerta del patio. Luego dijo:

—Maestro Zhuang, voy a comprarte el arroz. ¿Te parece?

Zhuang Zhidie se levantó de golpe, pero lo hizo de forma poco natural y volvió a sentarse.

—La verdad es que no tengo costumbre de desayunar —dijo—. Solo me lo compras si tú quieres comer algo.

Tang Wan'er sonrió:

—Si tú no comes, yo tampoco comeré.

Los ojos pequeños de la mujer de Zhou Min se quedaron mirando los ojos de Zhuang Zhidie, el cual sintió que un calor súbito atravesaba su cuerpo de los pies a la cabeza. Unas gotas de sudor se deslizaron por el puente de su nariz. Se armó de valor y miró a Tang Wan'er. Ella se sentó frente a él, en un taburete pequeño, y con una pierna estirada y la otra doblada. Zhuang Zhidie pudo ver de cerca el tacón de uno de los zapatos de Wan'er e incluso vio de cerca la piel con la que estaba hecho y lo bellos y elegantes que eran en realidad esos zapatos.

La esposa de Zhou Min le comentó con un tono de voz insinuante:

—Estos zapatos me entran como unos guantes. ¿No te parece? Cuando salgo a la calle con ellos, camino más deprisa y con más vigor. Me hacen volar...

Zhuang Zhidie, cabizbajo, alargó las manos y las abrió en el aire, cerrando los puños y abriéndolos. Luego se cogió la barbilla con una de sus manos. No se sentía cómodo sentado. Wan'er encogió la pierna que tenía recta y bajó la cabeza y dijo:

—Maestro Zhuang...

Zhuang Zhidie soltó un ¡oh! y alzó la cabeza al mismo tiempo que ella lo hacía. Los dos parecieron en ese momento volver a la vida tras haber sucumbido a un sueño. Zhidie se asustó y dijo:

—No me llames maestro Zhuang. No me lo merezco...

—¿Y cómo quieres que te llame? —le preguntó ella.

—Por mi nombre, a secas. Lo de maestro no me pega...

Tang Wan'er se levantó totalmente indefensa y se dirigió a la mesa, ahí donde había dejado el espejo antiguo, lo cogió y dijo:

—He oído decir al maestro Meng que te gusta coleccionar antigüedades. ¿Estarías dispuesto a darnos esta maravilla?

Zhuang Zhidie le respondió:

—Solo si verdaderamente crees que es una maravilla; y, por supuesto, si es

así, me hará feliz el hacerlo. Además, tú te apellidas Tang. Este espejo pertenece al periodo de Kaiyuan de la dinastía Tang. Me parece lógico que acabe en tus manos. ¿En qué otras manos estaría mejor el espejo? No puedes dejar de mirarte en él. ¿No es cierto? Y lo haces porque te ves más bella de lo que creías ser.

Tang Wan'er giró inmediatamente el espejo y vio que había grabados un par de patos mandarines sobre una flor de loto. El espejo estaba en realidad dividido en dos partes unidas por un lazo que las sujetaba. La imagen de los patos mandarines sobre la flor de loto también aparecía estampada en los dos lados. El broche que había sobre el lazo era una grulla con las alas desplegadas. Había grabada con unos caracteres abombados una inscripción poética que decía:

Este espejo te hará más humana y virtuosa; te hará longeva y te hará casta eternamente; te hará superior al resto de las mujeres y te embellecerá; te hará diferente a los demás y te hará soportar el dolor como nunca antes lo has hecho; disipará las sombras de tu espíritu y limpiará la luna, dejando nítido y perfilado su rostro redondo.

Tras leer las palabras de esa inscripción, a Tang Wan'er se le iluminaron los ojos:

—¿Cómo se llama este espejo? —preguntó ella.

—El espejo de la garza grabada y los patos mandarines estampados —repuso Zhidie.

Wan'er dijo:

—¿Cómo me va a dar la madre del maestro este espejo? —Zhuang Zhidie no le contestó. Unas gotas de sudor se deslizaron por el rostro maquillado en rosa de Wan'er.

—¿No tienes calor? —preguntó ella, mientras intentaba sacar la barra que cerraba la ventana. Era una ventana antigua y solo se podía abrir la parte de arriba. Wan'er no podía sacarla y la mala postura que había adoptado para hacerlo no funcionaba. La chaquetilla que llevaba puesta, junto con la falda, le impedía hacer fuerza sobre la barrita de madera. Wan'er perdió el equilibrio, tuvo miedo. Zhidie, al verla, quiso sacarla del apuro y cogió la barrita de madera y volvió a ponerla en su sitio; pero el palito, contra todo pronóstico, volvió a caerse y la ventana se abrió de golpe. Wan'er se asustó, perdió el equilibrio y gritó. Zhidie la cogió en brazos para que no se cayese al suelo y ella lo abrazó. Zhuang Zhidie la cogió de las muñecas y la arrastró bruscamente hacia él. Sus dos bocas se pegaron como si estuviesen pegadas con cola y no pudiesen

desengancharse, y por sus dos narices salieron durante mucho tiempo, y furiosamente, chorros de aire... □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí veintitrés palabras].

Zhuang Zhidie bostezó y dijo:

—Tang Wan'er, te he tenido finalmente entre mis brazos. Me gustas mucho. De verdad, me gustas mucho, Wan'er.

La esposa de Zhou Min le dijo:

—A mí también me gustas mucho, mucho... —Inesperadamente, el tono de su voz decayó.

Zhuang Zhidie se dio cuenta de que Wan'er estaba llorando a su lado y sintió una compasión creciente por ella. Sintió, en realidad, una pena infinita por ella. Sirviéndose de sus manos, le secó las lágrimas y con la boca las besó, y ello hizo reír a Wan'er. Intentó que Zhidie no volviera a hacerlo ya que le parecía extraña esa práctica de besarle las lágrimas. Zhidie dejó de hacerlo tras darle dos besos más. Wan'er se puso a sollozar; pero los dos, inconscientemente, se agarraron las manos. La esposa de Zhou Min se quitó la falda y con las manos tapó ese tupido y húmedo bosque oscuro que tenía entre las piernas... □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí once palabras]. Zhuang Zhidie le dijo:

—Ese día, fui yo quien te dio estos zapatos y lo hice porque deseaba tocarte los pies.

Wan'er le contestó:

—Lo noté. Sabía que ansiabas tocarme los pies, pero tus manos se han detenido. ¿Por qué?

—Pero ¿por qué no muestras más interés? Pensaba que no te agradaba... —respondió Zhidie.

—No me atrevía... —dijo ella.

—Tú eres la primera mujer que me lo pregunta —dijo Zhidie—. Pensé que había alguna razón por la cual no lo deseabas. Me pudo la timidez y esperaba que tú tomaras la iniciativa. Ahora, en cambio, me has envalentonado.

La mujer de Zhou Min dijo:

—Tú eres todo un personaje célebre y por eso pensé que nunca me harías caso.

Zhuang Zhidie cogió a Tang Wan'er, que se doblaba como unos fideos finos, y la puso sobre la mesa. Le quitó la falda como quien le saca la cáscara a un fruto seco y bajó sus medias a la altura de las rodillas. Zhuang Zhidie se acordó de su infancia feliz en el paso de Tongguan, en los llanos del río Amarillo,

cuando descapullaba las flores de los sauces. Le faltaban manos, como en ese momento, pero la sensación de júbilo era la misma. O como cuando pelaba las cebollas en la cocina. Sentía exactamente lo mismo. La piel blanca de las piernas de Wan'er le recordaba esos objetos. La esposa de Zhou Min quiso sacarse los zapatos, pero Zhidie se lo impidió, ya que esos zapatos con tacones altos parecían excitarlo más que el propio cuerpo de Wan'er. Wan'er, echada sobre la mesa de comer, levantó las piernas hacia lo alto y las abrió. □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí trescientas setena y nueve palabras]. La mujer, empapada de sudor, gemía sin cesar con un mayor o menor grado de intensidad. Nunca antes Zhuang Zhidie había deseado salir victorioso de ese tipo de contiendas y no quería por nada del mundo eyacular prematuramente sobre el sexo de la esposa de Zhou Min. Ese momento crítico estaba a punto de llegar y despertaba en él sus más profundos temores. Le entró incluso miedo. El rostro de Tang Wan'er enrojeció completamente y su cabello, negro y brillante como el plumaje de un cuervo, se había alborotado. Wan'er se recompuso y le dijo:

—Vamos a cambiar de postura; en la cama estaremos más cómodos.

Zhuang Zhidie estaba a punto de eyacular; pero podía, por el momento, retenerse sin saber hasta cuándo. Sus ojos no podían apartarse de las nalgas de Wan'er, las cuales se habían azulado al contacto con la superficie de la mesa. Zhidie no podía pronunciar una sola palabra; solo jadeaba sin poder parar. Wan'er quiso descansar y se sacó los zapatos y las medias... □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí doscientas trece palabras]. Zhuang Zhidie, ebrio de deseo por poseerla, veía el cuerpo de la mujer moverse igual que un gusano. Retorcía los labios y los ojos se le habían puesto blancos como quien ha perdido las facultades mentales. Lanzó repentinamente un grito... □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí cincuenta palabras]. Zhuang Zhidie se vistió de nuevo y Tang Wan'er se quedó en la cama como si hubiese expirado. Zhidie la dejó de esa manera y se desplazó hacia el sofá para ponerse a fumar. Contempló desde esa perspectiva ese cuerpo blanco e inerte que parecía hecho del jade blanco más puro. Wan'er abrió de repente los ojos y lo miró con expresión avergonzada. Sin decir nada, sonrió. Apenas tenía fuerzas para moverse y a Zhuang Zhidie le dio por pensar en un poema de la dinastía Tang⁴² que hablaba de la bella Yang Guifei. En ese poema se decía que le era imposible bañarse a Guifei después de hacer el amor. La razón era que su cuerpo de mujer brillaba como no lo hacía antes y estaba además más bello que nunca después del acto sexual. ¿Para qué eliminar ese momento y sus rastros?, se preguntaba el poema.

La esposa de Zhou Min le dijo:

—¡Tú sí que funcionas bien en la cama, maestro!

—¿Cómo?... ¿Que yo funciono bien en la cama, dices? —le respondió irónico Zhuang Zhidie.

—Te has quedado tan satisfecho... ¿No te ves? —dijo Wan'er—. Vaya, juegas de maravilla con las mujeres.

Pero Zhidie no se sentía orgulloso de sí mismo y dijo con un tono de voz serio:

—Salvo a Niu Yueqing, tú eres la primera mujer a la que he tocado. Todo esto que ha sucedido hoy me parece muy extraño, Wan'er. Nunca en mi vida he podido funcionar como lo he hecho ahora. Te digo la verdad. Yo con Niu Yueqing acabo a la primera de cambio. No duro nada con ella. Te digo que estoy acabado. Como hombre, estoy acabado, créeme; pero contigo, Wan'er... Esto ha sido un milagro...

Tang Wan'er le replicó:

—Los hombres funcionan todos. Si no lo hacen, el problema es la mujer.

Tras escuchar esas palabras, Zhuang Zhidie sintió unas ganas irrefrenables de lanzarse sobre el cuerpo de Wan'er. La abrazó y se puso a llorar con la cabeza entre sus cabellos revueltos. Él le dijo:

—Gracias, muchas gracias a ti, Tang Wan'er. No te olvidaré mientras viva en este mundo.

La esposa de Zhou Min intentó respirar entre sus brazos y le dijo:

—Hermano Zhuang...

—Oh... —exclamó Zhidie.

—Te seguiré llamando «maestro» —le dijo Wan'er—. ¿No te parece?

Zhuang Zhidie le contestó:

—Te ríes de mí. Debo parecerme un ser patético. ¿No es así? Si me llamas otra vez «maestro», no te haré ni caso. Cuando estemos delante de otra gente, mejor me llamas «gran hermano Zhuang».

Los dos volvieron a abrazarse, y ella empezó a vestirse de nuevo, a arreglarse el cabello y dibujarse las líneas en los ojos. Mientras se pintaba los labios, dijo:

—Hermano Zhuang, ahora ¿soy tuya? Hoy has invitado a la *laopo* de Wang Ximian. Esa mujer es seguramente una de esas divinidades inmortales. ¿No voy a perder el honor ante un personaje así?

Zhuang Zhidie le respondió:

—Te dejó ir. Cuento con tu confianza en ti misma.

Y ella le dijo:

—Pero me da miedo.

—¿Qué te da miedo? —preguntó Zhidie.

—Y la madre del maestro Wang, ¿me recibirá con los brazos abiertos? —preguntó Wan'er.

—Todo ello dependerá de tus habilidades sociales.

—Si es así, estoy convencida de que saldré adelante. Tengo plena confianza en mis habilidades sociales. ¿No te parece, Zhidie? Pero siempre hay algo de hipocresía en ello. Me vestiré bien. Eso le gustará a la anciana.

—Sí, y ponte guapa, pero ya no nos queda tiempo. Te daré dinero y te compras algo —le aseguró Zhidie.

—Yo no voy a gastarme tu dinero —le dijo Wan'er—. Lo único que te pido es que me observes ahora con lo que pueda ponerme y que me digas si te parece bien o no.

Tang Wan'er se dirigió al armario y lo abrió. Sacó uno de los vestidos y se lo probó. Zhuang Zhidie se impacientó. Ella había escogido un vestido negro y los dos salieron de la casa sin perder un instante.

De regreso a casa, Zhidie se dio cuenta de que Zhao Jingwu ya había comprado toda la comida; pero, al no poder entrar, lo dejó todo en una pila delante de la puerta. Nadie, sin embargo, pudo verlo. Zhuang Zhidie abrió la puerta y pudo poner todo en orden dentro de la casa. Niu Yueqing y la mujer de Wang Ximian aparecieron poco después por la casa. Al ver a Zhuang Zhidie cortando el pescado en la cocina, la *laopo* de Wang Ximian dijo en voz alta:

—Eh, la fortuna está de mi lado... ¡Un escritor de esa talla está cortando pescado para mí!...

Niu Yueqing respondió:

—Vale, vale... No hay que decir esas cosas... Cuñada, esta casa no es como la tuya. Colócate en un sitio limpio y siéntate. Deja que Zhidie te haga compañía. Yo tengo un montón de cosas que hacer en la cocina.

Zhuang Zhidie intervino:

—¿Y Ximian? ¿Todavía no ha llegado? ¿No cogía un taxi con su venerable madre?

—Ximian se ha ido hoy a Beijing —dijo Niu Yueqing—. Hacía días que había comprado el billete. Por lo tanto, no podrá venir. La venerable anciana de los Wang me dijo ayer noche que sí que deseaba venir, pero se levantó muy mareada esta mañana. Me temo que ayer noche se puso demasiado contenta.

Solo jugó media partida de *majiang* y luego se sintió muy cansada. Me dijo que en realidad le era imposible ir a la casa de los Zhuang. Me dijo que si había algo bueno para comer, que se lo llevase a casa y que lo agradecería.

Zhuang Zhidie dijo:

—No sabes cómo lo lamento. La venerable anciana nunca se ha presentado en esta casa, la nuestra...

La *laopo* de Wang Ximian comentó:

—Es bueno que no haya venido. No sé cómo decirlo, pero yo me siento más libre sin ella delante. Su casa es el mejor sitio para la gente mayor. ¿Dónde si no? Ahí es donde se sienten mejor. ¡Nosotros podremos hablar de lo que queramos!

Niu Yueqing rio y se explicó:

—Hoy, la cuñada va a estar sola. Aquí, con nosotros, no te cortes un pelo. Habla sin tapujos. Aquí puedes dar rienda suelta a tus más íntimas necesidades expresivas...

Tras decir esas palabras, Yueqing se quitó los zapatos y se puso el delantal, dejando solos, en el estudio, a Zhuang Zhidie y la señora de Wang Ximian. Zhidie encontró un sitio adecuado, ni demasiado cerca, ni demasiado lejos, donde sentarse junto a la *laopo* de Wang Ximian y le preguntó:

—¿Por qué está tan delgada? —La mujer de Wang Ximian se tocó la cara con una de sus manos y le confirmó a Zhidie lo que le acababa de decir. Ella misma se encontraba demasiado delgada. Zhuang Zhidie le dijo que la delgadez era obviamente la delgadez, pero que a ciertas personas las hacía más elegantes. ¿No estaba entre los deseos de las mujeres perder peso? ¿Por qué lo hacían?

La *laopo* le replicó:

—Las mujeres envejecemos y con la edad nos ponemos feas. ¿Por qué es así? Deja que te diga la verdad. Desde el principio del año hasta ahora no tengo ninguna vitalidad, estoy enferma todo el tiempo, tomo medicinas, pero no me sirven de nada y con el menor movimiento ya me siento cansada.

Niu Yueqing tenía el ojo de un médico de la vieja escuela y le dijo que su enfermedad se curaba tomando agua que no había sido hervida previamente. Por muchas medicinas que tomase, ello no le iba a servir de nada. Esa enfermedad se produce siempre en otras mujeres durante el primer mes tras el parto. El feto requiere una adaptación tal de todo el cuerpo de la madre que este se desajusta. Cuando nace el bebé, algo irreparable parece haberse producido en la mujer. Eso es concebir, es decir, traer vida a este mundo. Cuando la vida aparece por un

sitio, ello quiere decir por desgracia que deja de estar en otro lugar. Sí, la vida viene siempre de otro lugar que ha abandonado. La vida deja la muerte tras de sí. Esa es la ley de la vida.

Zhuang Zhidie respondió:

—La gente siempre dice que a los cincuenta y nueve se da a luz con muchísimos esfuerzos, pero a los sesenta solo se da a luz sobre el *kang*. Es decir, ¡solo en sueños! ¿Qué edad tienes tú ahora? Si quieres ser madre, yo me responsabilizaré de ello y te ayudaré. ¡Ese será mi objetivo! ¡Te haré un hijo!

Perpleja tras oír esas palabras, la *laopo* de Wang Ximian le habló sin tapujos:

—Tú eres más joven que yo, ciertamente; pero ¿por qué no tienes un hijo con tu mujer?

La *laopo* de Wang Ximian habló sin saber cuál era la situación de Zhidie y Yueqing respecto al tema de los hijos, y por eso Zhidie enrojeció ante esa propuesta. Justo en ese momento salió Niu Yueqing de la cocina con un platillo de pescado condimentado con pimienta de Sichuan. Al oírlos hablar, dio un salto y apareció a través de las cortinas del estudio.

—Cuñada —dijo Yueqing—, escucha lo que tengo que decirte sobre esta cuestión. Nosotros ya hemos decidido que vamos a tener un hijo. El problema es que Zhidie ha estado muy ocupado y temía que un hijo pudiese distraerle de su trabajo. Esa es la razón por la cual al día de hoy no tenemos hijos. Somos un par de adultos envejeciendo en esta casa fría y desolada, como lo son todas las casas en las que no hay niños. Nos vamos a morir solos. Yo ya le he dicho a Zhidie que ya ha escrito demasiados artículos y que ya es lo suficientemente famoso como para ir por ahí escribiendo más articulitos.

La esposa de Wang Ximian se apresuró en decir:

—Así es, así es...

Zhuang Zhidie se sintió como una porcelana junto a las dos mujeres. Sonreía como si sus sonrisas no tuviesen otro objetivo que decorar el lugar. Niu Yueqing lo miró de reojo y le dijo:

—Zhidie, eres un tonto de mucho cuidado. Solo te preocupa hablar y hablar como un charlatán. ¿Por qué no le ofreces algo de fruta a la cuñada Wang?

Zhuang Zhidie se apresuró en darle unas frutas a la *laopo* de Wang Ximian. Al hacerlo se acordó de Zhao Jingwu y la llamada que debía hacerle para preguntarle cuándo regresaría a casa para ayudar con la preparación de la comida. En ese momento, en el patio se oyó sonar tres veces una bocina.

—¡Zhuang Zhidie, ven a recibir a los invitados! ¡Rápido, no te demores!...

—gritó alguien.

La esposa de Wang Ximian preguntó:

—¿Quién es?

Zhidie respondió mirando la cara delgada de la *laopo* de Wang Ximian:

—¡Lo odio! ¡Parezco una prostituta! Siempre debo salir yo a recibir a los invitados. Se trata de la *laopo* Wei, siempre con su ordeno y mando...

Zhuang Zhidie quiso salir a la puerta cuando Niu Yueqing gritó desde la cocina:

—Hoy tenemos invitados, y de los buenos, Zhidie. Hay que rechazar a cualquier otra persona que venga. Le dije a la *laopo* que no puedes quedarte en casa.

—Yo también he invitado a comer al viejo Meng y a Zhou Min —dijo Zhidie.

Niu Yueqing se quedó un momento callada y luego dijo:

—Si así lo has planeado, pues está bien. Así habrá más animación. Cuantos más, mejor. —Y con un tono de voz bajo, prosiguió—: Meng Yunfang tiene un piquito de oro y encima estará presente. ¿Es que le pediremos prestado algún dinero o qué?

Zhuang Zhidie le respondió:

—Ve a hablarle a ella.

—Ese es un asunto difícil y me da la impresión de que tú lo único que haces es esconder la cabeza como las tortugas —le dijo Yueqing.

Zhuang Zhidie se puso a reír y se fue. Niu Yueqing cogió la tetera, le añadió *kaishui* (agua hervida) y se la llevó a la mujer de Wang Ximian en el estudio. Medio riendo, le habló del tema del dinero prestado. La mujer de Wang Ximian se revigorizó con el té y le prometió a Yueqing que haría todo lo posible. De repente, en el pasillo se oyeron unos pasos contundentes y la voz ronca de Meng Yunfang.

—¿Está ahí la cuñada Wang? —preguntó. Niu Yueqing y la *laopo* de Wang Ximian se giraron de golpe para darle la bienvenida. Meng Yunfang ya había traspasado la entrada cuando dijo—: Hacía un año que no te veía. Has envejecido mucho, aunque todavía te ves más joven que Xia Jie. Al menos, tu rostro parece más joven que el de ella. ¿Todavía te consideras un ser vivo entre nosotros? Ahora lo sé. La creatividad del gran Wang Ximian es tan poderosa... Él nunca envejecerá, pero los que viven a su lado, los pobres...

La *laopo* de Wang Ximian le contestó:

—Eres un viejo cuervo, Yunfang, y deberías tener siempre el pico cerrado. Si quieres mirarme de cerca, ¡deberías hacer un intercambio con Ximian!

Meng Yunfang se dirigió a Xia Jie y le dijo:

—Lo deseo, y estoy seguro de que tú lo deseas más que yo. Un dibujo de Ximian se vende por unos cien mil yuanes. Debe ser ciertamente mucho más rico que yo.

Xia Jie miró de frente a Meng Yunfang y sonrió:

—Sabes que Wang Ximian no va a cuidar de mí —dijo—. Puedo ayudar a la señora, eso es todo...

La mujer de Wang Ximian le cerró la boca con la mano a Xia Jie. Las dos se conocían desde hacía tiempo y se comportaban como niñas cada vez que se veían. Meng Yunfang se sentó y se puso a tomar té, pero sin quitarle los ojos de encima a la *laopo* de Wang Ximian.

—Cuñada —dijo Yunfang—, te he dicho que pareces joven y tú no me crees. Zhidie, mírala. ¡Hay fuego sobre su cabeza!

La *laopo* de Wang Ximian se asustó:

—¿Qué me dices? ¿Tengo fuego sobre la cabeza?

Meng Yunfang le respondió:

—Todos los animales tienen fuego sobre sus cabezas. Un fuego que puede ser grande o pequeño, claro u oscuro, pero que muestra en todo caso la fuerza o la debilidad, y la duración de la vitalidad de cada uno.

—¿No sabías que Meng Yunfang es un maestro en el arte del *qigong*?

La *laopo* de Wang Ximian dijo:

—Ya lo sabía; él es un experto en la filosofía del *shinto*.

—¿Y qué es el *shinto*?... —preguntó Meng Yunfang—. Conozco estos métodos de adivinación: *Los números repetidos de la flor del ciruelo*⁴³, el *Da Liu Ren*⁴⁴, el *Qimen Dunjia*⁴⁵ y el *Huang Ji Jingshi Suo Yi*⁴⁶. También he leído tres veces el gran *Clásico de las mutaciones*⁴⁷. Ahora estoy con *Los números divinos del maestro Shao*⁴⁸. Estos libros han sido escritos para comprender el Cielo y son difíciles de entender para nosotros los pobres humanos. Una vez has comprendido algo, qué eras en tu antigua vida y qué serás en tu próxima vida una vez muerto, puedes saber todo sobre tus padres biológicos, sobre tus fechas de nacimiento tanto pasadas como futuras, con quién te casarás, si tendrás hijos o hijas... Gracias a esos libros, lo puedes ver todo claro, clarísimo...

Zhuang Zhidie añadió:

—Según lo que dices, todo está previamente predeterminado y no es

necesario ofrecer ninguna resistencia porque todo esfuerzo será vano.

—La predeterminación es, por supuesto, la predeterminación; pero eso no quiere decir que no podamos resistir las afrentas y luchar por cambiar nuestras vidas. Lo he rumiado varias veces. La lucha está implícita en el proceso de la predeterminación y eso es lo que hace que la vida merezca ser vivida. La circulación, tanto en China como fuera, de *Los números divinos del maestro Shao* ha sido escasa y solo una llave puede abrir todos los secretos de este libro. Ahora, se puede afirmar que tanto su sabiduría como su poder han desaparecido porque nadie tiene esa llave. Entre los muchos que hay, seis números han sido intercambiados por solo dos. No te rías. Todo esto es trágico. Incluso el gran maestro del templo del Ornamento del Jade semicircular no sabe cómo solucionar esa combinación. Al día de hoy, la gente que se dedica a investigar este libro se vuelve loca y acaba dejándolo.

Airada, Niu Yueqing intervino en la conversación:

—Yunfang, aquí no debes hablar de todo lo que pasa por tu cabeza. No es el lugar. Hoy, tu misión está predestinada. ¡Eres el jefe de la cocina!

Meng Yunfang le replicó antes de irse a la cocina:

—Mira por dónde. Ahora aparece otra vez el tema de la predestinación. Estoy seguro de que en el futuro seré el presidente de este país y también estoy seguro de que prepararé la comida a los miembros del politburó.

A Zhuang Zhidie, Yunfang le preguntó insidiosamente:

—Zhidie, ese asunto, ¿por qué no me lo has contado?

—¿Qué asunto? —inquirió Zhidie.

La *laopo* de Wang Ximian dijo:

—¿De qué asunto se trata? Ayer hablamos de ese asunto en mi casa y hoy ya está aquí sobre la mesa. ¡Increíble!

—Todo eso es cosa de Niu Yueqing —dijo Zhuang Zhidie—. No me digas luego que no te lo he dicho.

Xie Jia oyó esas palabras, pero no comprendió nada y preguntó:

—Este asunto, ¿es algo secreto?

Zhuang Zhidie no dijo nada, pero la *laopo* de Wang Ximian sugirió:

—Zhidie, no le puedes hablar a ella de ese asunto. Mañana nos vemos en el puente de Dongxin en el parque de Lianhu. Y si no me ves, ¡me esperas!

Zhuang Zhidie le respondió:

—Y me comunicaré contigo con un signo secreto.

Xia Jie puso la mano en la boca y balbuceó:

—Ah, sois amantes... Se lo voy a decir a Niu Yueqing.

Xia Jie se sintió mal tras decir esas palabras. Sabía que, con esa provocación, Zhidie y la mujer de Wang Ximian habían enmascarado el verdadero asunto y ella había caído como una ingenua. Le preguntó a Zhou Min por qué no venían los demás y si tenía el ajedrez de los Cinco, que es una especie de tres en raya. Tang Wan'er vino finalmente y no con muy buen humor. Sin tiempo a decir nada, hubo alguien que golpeó la puerta y la mujer fue a abrir mientras lanzaba improperios:

—¡Eres un pequeño meón, mequetrefe! ¿Y si es la madre del maestro?... Y vosotros ahí tan panchos. ¿No oíais la puerta o qué?

La puerta se abrió y era Zhao Jingwu, que llevaba a sus espaldas varios paquetes y por eso tenía la cara roja. Llamó a Zhuang Zhidie y este salió. Al ver a Jingwu, se asustó.

La pequeña belleza que era Xia Jie dijo toda seria:

—Maestro Zhuang, vengo a decirle algo...

A Zhidie le pillaron desprevenido esas palabras y se quedó ahí en medio con cara de tonto. Zhao Jingwu le dijo:

—Liu Yue ha venido a buscarme y se ha excusado por no haber ido todavía a tu casa, y quería además ir hoy. Le dije que no pasaba nada. Mejor otro día. Hoy, el maestro Zhuang tiene invitados, pero puedes acompañarme. Al oír mis palabras, Liu Yue se alegró. ¿No me necesitas para esto?... Lo he pensado y creo que he hecho lo correcto. Creo que deberías recibirla ahora...

Zhuang Zhidie le cogió las bolsas que llevaba en la mano y acompañó a Liu Yue a la cocina, donde estaba Niu Yueqing. Zhidie le dijo a su mujer:

—Yueqing, ¡mira quién ha venido! Te hablé de que buscaba a alguien para que te ayudase en las tareas de la casa. Pues aquí la tienes. Todo ello se lo debemos al bueno de Zhao Jingwu.

Liu Yue se relajó muchísimo al oír esas palabras y se dirigió a Niu Yueqing como la «madre del maestro». Nada más decir esas palabras, de los ojos de Liu Yue salieron unos lagrimones. Ya se veía a sí misma como sirvienta. Pero ¿y su cuerpo? ¿Estaba a la altura de la nueva misión encomendada? Estaba un poco gordita, pero llevaba el cabello muy bien arreglado y con un corte a la última moda que le iba con su cara carnosa y redonda. Tenía una nariz recta y un par de ojos grandes, pero no angulosos como los suelen tener los chinos Han. Sobre su cara habían aparecido discretamente algunas pecas. Niu Yueqing le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Liu Yue —respondió la nueva criada de los esposos Zhuang y Niu.

—Ah, yo me llamo Yueqing y tú Liu Yue. Las dos tenemos la luna⁴⁹ en nuestros nombres. ¿No te parece una coincidencia?

Liu Yue le respondió:

—Quizá esa es la razón por la cual yo he llegado hasta aquí.

A Niu Yueqing le gustó esa respuesta y le dijo:

—Sí, eso es el destino⁵⁰. Liu Yue, ahora puedes verlo con tus propios ojos. Esta casa está siempre patas arriba y necesita a alguien que ponga orden. Este trabajo es agitador y por aquí pululan siempre muchos invitados. Ya lo verás. Por aquí pasan tanto familiares como gente de fuera. Tus ojos se han llenado de lágrimas y no deben estar así. No es de recibo en esta casa. El maestro Zhuang siempre anda fuera y muy liado con sus cosas y somos nosotras quienes debemos encargarnos de esta casa.

Liu Yue le dijo:

—Mi gran hermana, tus palabras me hacen muy feliz y acepto tus consejos como si fueran órdenes. Solo soy alguien que viene del campo y me tratan en esta ciudad de cualquier manera o con la más absoluta indiferencia. Por eso temo cometer errores. La gente me insulta por ello. La reputación de esta casa es enorme y ello me ayudará a ser más respetada. Quedo a sus órdenes...; y si no lo hago bien, ¡me insultan o me pegan!

El cauce que iba tomando la conversación alegraba cada vez más a Niu Yueqing. Liu Yue recogió su cabello en una coleta y se dirigió a lavar los platos, pero Niu Yueqing se puso en medio y le dijo:

—No te des prisa. Nadie quiere verte sudar hoy.

Liu Yue replicó:

—Mi buena *jiejie*. Tienes razón. ¿Cómo podría recibir a los invitados toda sudorosa? Sé que hoy vendrá mucha gente y ello me mantendrá ocupada.

Niu Yueqing dijo:

—¡También debes tomarte un respiro de vez en cuando, mi querida Liu Yue!

Zhuang Zhidie se llevó a Liu Yue con él para darle a conocer a los invitados y le enseñó además cada esquina de la casa. Liu Yue se quedó en la sala de estar de la casa para recibir a cada uno de los invitados. En la pared que tenía enfrente se podía leer una leyenda cuyo significado no llegaba a comprender: «Dios permanece en silencio». Estaba colgada con un marco negro de plástico y parecía que, tras leer esas palabras, uno pensaba que había salido de uno de los libros de Zhuang Zhidie. La leyenda decía en su origen: «Cien diablos sueltos

hacen de las suyas, pero Dios permanece en silencio». Pero la primera parte había desaparecido y la segunda parte seguía colgada, sin embargo, de la pared. Quizá estaba ahí con el solo fin de mostrar una resiliencia particular ante los males que acechan diariamente el mundo, pensó Liu Yue mientras esperaba a los invitados. Ese escrito era finalmente algo fuera de lo común. En la pared había también cuatro pantallas cuyos marcos y dibujos en relieve interiores eran de madera tallada al estilo de Fengxiang. Delante de las pantallas había una mesa ovalada de madera negra al estilo de los muebles de Hong Kong, y a sus lados había un par de sillas de madera negra. La leyenda de «Dios permanece en silencio» quedaba sobre un sofá italiano. Para Liu Yue, esa casa parecía más la tienda de un anticuario y sintió de repente un gran interés, y una gran admiración, por Zhuang Zhidie. En el lado sur de la sala de estar había unos altavoces también de madera negra y a uno de sus lados un soporte de plástico sobre el cual se alzaba un aparato de televisión, y debajo había un aparato reproductor de cintas de vídeo. A Liu Yue, todo eso le parecía de otro planeta. Sobre el televisor había un tapete de muselina de un color gris diluido y encima del tapete había un jarrón abombado de porcelana, dentro del cual había insertadas dos flores de plástico. El contraste del color blanco de las paredes con el color negro de los muebles daba un aire suntuoso a la sala de estar.

Liu Yue suspiró hondamente. La casa de un intelectual tenía, a fin de cuentas, mucho interés; pero al mismo tiempo le recordaba la habitación repleta de juguetes de un niño. La sala de estar conducía en realidad, en el lado sur, a dos habitaciones. Una era el dormitorio del dueño y un tapiz beige cubría el suelo. Había en él un par de camas individuales con su armario propio. El armario que estaba apoyado contra la pared era de color bronce y encaraba la ventana. Unas cortinas de pura seda y de color rosa colgaban de esa ventana y en la parte superior había un aparato de aire acondicionado. Entre las dos camas había una canga de madera que simbolizaba la unión matrimonial y detrás de la puerta colgaba un hermoso y fino espejo. El marco era una sirena en madera tallada. A Liu Yue le azuzó el interés ese nuevo escenario, pero se preguntó que cómo era posible que un dormitorio de matrimonio tuviese dos camas individuales y miró con desconfianza a Zhuang Zhidie, y este adivinó sus pensamientos y le dijo:

—Esta cama puede dividirse en dos, pero es una en realidad.

Liu Yue se puso a reír a carcajadas y atrajo con ellas a la *laopo* de Wang Ximian, la cual fue corriendo desde el estudio junto con Xia Jie. El rostro de Liu Yue enrojeció completamente y Zhuang Zhidie aprovechó ese momento para

hacer las presentaciones. Xia Jie (la *laopo* de Meng Yunfang) se llevó a Liu Yue al estudio, se la quedó mirando fijamente y le dijo a la mujer de Wang Ximian:

—Esta es la nueva criada. ¡Y parece una princesa!

—Y ¿de dónde vienes? —preguntó la *laopo* de Wang Ximian.

—Soy del norte de la provincia de Shaanxi.

—Ah, ya lo veo... Los azulejos de pizarra de Qingjian y el carbón de Yaobao del distrito de Yulin en el norte de Shaanxi, y las mujeres casadas de Mizhi y los miembros de la etnia Han de Suide también de Yulin. ¡Tú seguramente eres de Mizhi! ¿Me equivoco?

Liu Yue asintió con la cabeza:

—La gran hermana de la familia Wang conoce bien esta provincia.

La *laopo* de Wang Ximian respondió:

—El que la conoce y mucho es el dueño de esta casa, tu nuevo señor. ¿No has visto todos estos libros?

Liu Yue alzó la mirada y los vio. El estudio no era muy grande y, salvo por la ventana y la puerta que conducía al exterior, había un solo muro cubierto con diez estanterías. Las tres de la parte de arriba las ocupaban antigüedades. Liu Yue solo reconoció una jarra de la dinastía de los Han del Oeste; una cesta de arcilla, un horno-cocina de arcilla, un pote también de arcilla, todos ellos de los Han del Este; y tres caballos coloreados de la dinastía Tang. Las demás antigüedades eran boles, platos y vasijas de bronce cuya dinastía Liu Yue desconocía. Las otras siete estanterías estaban llenas de libros. No había ninguna pantalla que los protegiese y quedaban al descubierto y al alcance de todos. Las encuadernaciones de esos libros llamaban la atención por la diversidad de su colorido y su belleza. A Liu Yue le resultó muy gratificante verlos. Los libros parecían obedecer a un orden misterioso que ella desconocía, pero la simetría era perfecta y le recordó las tejas de un tejado chino. Pero en ese estudio también había un hacha de piedra, unas maderas grabadas con figuras extrañas, unas figuras de yeso, unos artefactos de jade, unos recortes de papel, unas cestillas de paja de bambú, unas figuras del teatro de sombras chinas de la provincia de Shaanxi, doce nueces de madera con las figuras de los doce animales del zodiaco, y un par de sandalias de paja. Las cortinas de las ventanas estaban bien atadas y justo delante de esa ventana había un despacho de grandes dimensiones. Sobre esa mesa había un busto de bronce del amo de la casa. A los dos lados del busto había fajos de hojas para escribir y libros. Frente a la estantería de libros también habían colocado una mesa sobre la cual había un tintero de piedra de los

antiguos y un jarrón grande de porcelana azul y blanca. Dentro de ese jarrón había enrollado el pergamino de una caligrafía. En medio de la habitación habían puesto un sofá junto con un pequeño *kang* con una superficie de madera con grabados finos y exquisitos encima. Había otro objeto sobre la mesa, si se le podía denominar así, que llamaba la atención: era un trozo del muro que circunscribe la ciudad de Xijing. Sobre ese ladrillo destrozado habían puesto un imponente incensario de bronce y junto al horno-cocina estaba la estatuilla de una poeta de la dinastía Tang con su moño en la cabeza, su cara rechoncha, sus mofletes enrojecidos, sus cejas alargadas y bellas, su figura rellenita, su bata larga y fina y sus manos sobre la barriga. Esa estatuilla parecía estar riendo. Liu Yue se la quedó mirando maravillada y dijo:

—¡Oh, parece que se mueve!

Y Zhuang Zhidie improvisó:

—Liu Yue tiene siempre muy buenos sentimientos y ve inmediatamente las cosas buenas que otros no ven.

Y tras pronunciar esas palabras, prendió el incensario y salió una humareda blanca que parecía las alas blancas y grises de una paloma.

—Mira ahora —dijo Zhidie.

Ella exclamó:

—¡Más contemplas esas llamas, más grandes parece que se hacen! ¡Ven!

Xia Jie dijo:

—¡Ah, esto es el destino! ¿No creéis que esa poeta de Tang se parece mucho a Liu Yue? Mirad sus ojos. ¿No son iguales esas cejas?

Liu Yue miró de nuevo la estatuilla y pensó que ese comentario era impropio:

—Pues eso es lo que piensan los demás. ¡No yo! —Tras decir esas palabras, se apoyó en el marco de la puerta y no dijo nada más.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Liu Yue, por lo general, tú estarás con la gran hermana en casa. Cuando esté vacío, podrás ir al estudio para ver los libros.

Xia Jie intervino:

—Oh, ese estudio parece el trono dorado de un emperador..., ahí no puede entrar cualquiera. Además, yo me meto a veces con la cuñada Wang y pasamos mucho rato. ¡Y ahora me vienes con que Liu Yue tiene preferencia!

Zhuang Zhidie se puso rojo y le contestó:

—... Pero Liu Yue forma parte ahora de la familia. No es ninguna extraña.

Xia Jie se mostraba cada vez más impacientada:

—Oh... Hablas como si hubieses intimado con ella. ¡Qué pasión la tuya cuando pronuncias su nombre! —Xia Jie se le acercó al oído y le susurró a Zhidie—: Es una criada, nada más que una criada, Zhidie... No es una concubina... ¡No vayas a cometer un error del que te puedas arrepentir!

Zhuang Zhidie sintió vergüenza y la cara se le calentó como una brasa ardiente. Liu Yue no oyó nada de lo que la mujer de Meng Yunfang le dijo a Zhidie, pero comprendió que se trataba de su relación con el amo de la casa y dijo:

—Si me deja leer libros, no sabré de qué escritor se trata. Cada día, cuando voy a los servicios me doy cuenta de que huele muchísimo...

Detrás de la puerta, hubo alguien que dijo:

—Si se limpian los servicios, los mosquitos desaparecerían. Los mosquitos huelen la sangre de Zhuang Zhidie y la chupan. Luego se convierten en mosquitos intelectuales y nos pican a nosotros. ¡Y nos convertimos en intelectuales!

Todos los presentes se giraron y vieron que era una joven bella, que estaba de pie en la puerta del estudio, quien había hecho ese comentario burlesco. Detrás de la joven bella se encontraba Zhou Min que sonreía ampliamente y sujetaba un regalo con sus manos. Zhuang Zhidie se puso de pie, pero no dijo nada. La joven casada, que era Tang Wan'er, dirigió inmediatamente sus ojos hacia él y sonrió con una sonrisa enrevesada:

—Maestro Zhuang —remarcó—, nos hemos retrasado. ¿No nos haces las presentaciones?...

Zhuang Zhidie se relajó y cogió finalmente el regalo que Zhou Min le ofrecía y los acompañó al estudio. Una vez ahí, abrió el paquete. Zhou Min y su mujer vieron a la esposa del famoso pintor y calígrafo Wang Ximian, la cual les dijo solemnemente:

—Si quieres hacer presentaciones, entonces deja de perder el tiempo y me la presentas a mí. No quiero oscurecer la luz de Wang Ximian, pero —cogiéndole de la mano a Tang Wan'er, prosiguió—: hay mucha gente con la mente justa bajo el Cielo, pero si yo fuera hombre, ¡abandonaría mi vida y te robaría a ese bombón de mujer que tienes como criadilla!

Esa última frase le resultó chocante a Tang Wan'er y la piel de su cara se puso a brillar con una brillantez inusual. Parecía que iba a explotar. Zhuang Zhidie hizo las presentaciones y Liu Yue y Tang Wan'er se conocieron

finalmente, y una corriente de energía pasó ente ellas. Luego, Wan'er miró fijamente a los ojos a la *laopo* de Wang Ximian y se puso a hablarle sin parar a Liu Yue. Incluso la tocaba y la pellizcaba. Dándole un clip rojo que tenía en el cabello, le dijo:

—Mira por dónde. Ahora nos hemos conocido y creo que tu cara ya la había visto antes, pero no sé dónde... Hermanita, recuérdame. Cada vez que venga a ver al maestro Zhuang, deberás abrirme la puerta.

Liu Yue le dijo:

—Ah, ahora comprendo. Tú eres del mismo terruño que el maestro Zhuang, o su amiga. Si no te abro la puerta, te vas a quejar al maestro Zhuang. ¡Y me va a dar un pellizco como reprimenda, y todo por tu culpa!

Xia Jie no dijo nada inmediatamente, pero luego se pronunció:

—Vaya lianta que estás hecha... No sigas hablando... Venga, que... ¡te estaba esperando para echar una partida de ajedrez!...

Tang Wan'er dijo:

—¡Me vas a matar!... Tengo que ir a ver a la venerable madre del maestro.

Liu Yue intervino:

—Y yo me voy a la cocina. Acompáñame.

Al llegar a la cocina, Liu Yue dijo:

—Gran hermana, cuando vengan los invitados, te pediría que dejases de hablar tanto. Voy a echarle una mano al maestro Meng.

Zhou Min presentó Tang Wan'er a Niu Yueqing. Niu Yueqing se quitó el polvo de encima dándose palmaditas. Alzó el rostro y vio el semblante fresco y bello de una joven. Yueqing se puso a parpadear como quien se ha visto deslumbrado.

Liu Yue poseía esa belleza que da la inteligencia y el talento. Sus ojos y sus cejas estaban, como se suele decir, en el lugar preciso. Tang Wan'er tenía los ojos pequeños y hundidos, una frente estrecha, pero la piel de su rostro era igual que la de una piedra pulida y parecía desprender una luz natural. Niu Yueqing se quedó contemplando el moño que Liu Yue tenía detrás de la cabeza y se concentró en la raíz del cabello. Pensó al principio que ese moño era falso y Liu Yue se lo había puesto en la cabeza para parecer más bella, pero tras observarlo concienzudamente, se dio cuenta de que era natural y le pareció bellísimo. Esa joven tenía un cabello verdaderamente precioso.

Zhou Min dijo:

—Esta es Tang Wan'er, mi mujer. Nosotros ya nos hemos visto antes, pero

no recuerdo muy bien tu nombre. Soy muy duro de oído. El maestro Zhuang me habla siempre de ti y quiere que te vea en vuestra casa, pero nunca he podido hacerlo como deseaba. Él siempre está ocupado, como yo también lo estoy. ¡Y vete a saber en qué!... Volviendo a lo que nos importa aquí. Como se dice vulgarmente, ¡nosotros somos como cangrejos sin patas! ¿Para qué hemos venido a este mundo si no para servir a la gente? Las mujeres cuentan con los hombres Han y alimentan a los miembros de la familia... ¡Y siempre están con la familia!

Meng Yunfang dijo:

—Eso no es todo. Preparar la comida, siempre con la familia a cuestas..., y además hacer masajes por las noches a sus maridos en ciertas partes del cuerpo...

Niu Yueqing, escandalizada, dijo:

—Yunfang, te tiras pedos por la boca. Ni siquiera comprendo cómo Tang Wan'er puede llamar a un tipejo como tú «maestro». Los miembros de la familia son mucho más educados y amables de lo que tú piensas. No temo perder tu aprobación.

Meng Yunfang le contestó:

—Al principio, cuando te conocí, eras tú la maestra y eras tú la que creías que los dos éramos maestros. ¿No fue así? Tres o cinco días después, parecía que nos conocíamos de toda la vida. Los calcetines de piel de perro ¿no te opusiste a ellos? Cuando Zhidie todavía no era famoso, ¿no me llamaba «maestro» para no faltarme el respeto? Solo dos años atrás empezó a llamarme «viejo Meng» y solo el año pasado empezó a llamarme «Yunfang». ¡Y ahora se encuentra en la cocina de mi casa preparando la comida! Dices que Tang Wan'er es una mujer delicada; pero ¿por qué no vino? Un mes atrás, yo viajé a los pies del monte Hua, más precisamente al *xian* de Huayin, para dar una charla sobre el gran *Clásico de las mutaciones*. Para ir hasta ahí me subí a uno de esos autocares que recorren largas distancias que no paraba en todo el trayecto. Con gran dificultad, ya que no podía hacerlo, el chófer se paró y todos los pasajeros se fueron a los aseos públicos que había junto a la carretera. Un joven se puso a orinar tras bajar por la puertecilla del autocar. Detrás, una madre y su hija, y la abuela, obstruyeron el paso al joven y se pusieron a orinar detrás del autocar. El joven les dijo que eso no era decente, que era de gente muy maleducada, y que debían orinar fuera. Y usted, abuela, si fuera joven, aún, pero a sus años..., le dijo. ¿Acaso soy un bebé para vosotros?, les preguntó el joven. La joven que acompañaba a su madre y su abuela dijo que sí porque quería ofenderlo; dijo que era un bebé y que a quién

pretendía engañar con sus modales falsos. ¿Y tu cosa ha cogido color mientras orinabas?... ¿Actúas como si yo no hubiera visto nunca en vida una de esas...?, le dijo. Ese tipo de conversaciones aparecen en autocares y son provocadas por gente que no sabe en realidad lo que son los modales.

Niu Yueqing no podía más con los comentarios obscenos de Meng Yunfang y cogió una escobilla que tenía al lado y le golpeó la cabeza con ella. Luego sacó a Tang Wan'er de la cocina y le dijo:

—No tienes por qué hacerle caso a ese charlatán. Siempre nos viene con historias raras que solo a él le hacen gracia.

Las dos mujeres tomaron asiento y Niu Yueqing le agradeció lo del asunto de la pulsera de jade. Zhuang Zhidie quiso ver si en el rostro de Tang Wan'er había arrugas como en el de su mujer; pero no, no las encontró. Se sirvió unos fideos y le preguntó a Wan'er:

—¿Ya has visto a la cuñada Wang?... Me dijo que se pasa el día pelando y cortando pepinos, y luego se pega las rodajas en la cara. Dice que le rejuvenecen la piel. Por la noche, antes de dormir, se pone clara de huevo en la cara; y cuando la clara de huevo se seca, ella se quita de la cara la capa fina que se le ha formado encima. De esa manera evita que le salgan arrugas indeseables.

Tang Wan'er dijo:

—Pues yo no utilizo nunca esas cosas. Yo, los pepinos y los huevos, ¡me los como! Esos métodos de belleza son para gente que tiene dinero y ocio. Yo, por mi parte, me pongo cualquier cosa como maquillaje.

Niu Yueqing dijo:

—Ahora lo constato con mis propios ojos. Tú eres una belleza natural. Eres bella porque la naturaleza te ha hecho así. Yo no puedo compararme a ti. Yo pertenezco al otro grupo, al que la naturaleza no ha agraciado. Además, en esta familia, debo tratar con bestias de carga. ¿De qué me serviría ser tan bella como tú, Wan'er? Y yo soy todo lo contrario de esas gentes que dices tú que tienen dinero y ocio para hacerse más bellas.

Tang Wan'er elevó la voz para decirle:

—La esposa del maestro es una mujer casta y virtuosa. Estoy segura de que repites una y otra vez lo que te dice el maestro Zhuang y le obedeces en todo como buena esposa que eres. Pero, en realidad, quién sabe en Xijing que detrás del éxito del maestro Zhuang hay una mujer tan virtuosa. La gente debería saberlo y reconocértelo. Hasta deberían darte un premio.

Las palabras de Tang Wan'er pasaron naturalmente al estudio y entraron, una

tras otra, en las orejas de la *laopo* de Wang Ximian, y ello le cambió la cara y le susurró a Xia Jie:

—Esa salchicha con pezuñas me ha puesto verde. ¡Voy a cometer crimen con ella!

Xia Jie se puso a reír y les contó seguidamente a Zhou Min y Tang Wan'er lo que había sucedido. La esposa de Wang Ximian se puso a gritar con un tono de voz amargo:

—Cielos, acababa de hablar y puede que todo eso haya sido un error fortuito. Ella, ¿lo ha anotado todo sobre mí? ¡Vaya bicho! Correr sí que corre, y por todas partes... Los hombres no hablan de esas cosas. Los hijos, al fin y al cabo, son los favoritos en cualquier familia. El resto importa poco.

De esa manera, la conversación empezó a derivar en todos los sentidos y las agujas del reloj sobrepasaron de esa manera las catorce horas. Niu Yueqing abrió las puertas de la cocina y Meng Yunfang sacó ocho platos fríos y ocho platos calientes, con cuatro verduras de olor y gusto fuerte y cuatro verduras de olor y gusto suave. Sacó también varios tipos de bebidas alcohólicas y les pidió a todos que se lavasen la cara y las manos. Meng Yunfang no comió nada, ni bebió nada, ni probó las verduras. Dijo que el cocinero no debe participar en el banquete, ni comer lo que él mismo ha preparado. Quizá probaría solamente las verduras segundas, las que no tenían un olor ni un sabor fuerte. Todos los presentes le dijeron:

—¡Debes estar exhausto! ¡Vaya paliza te has dado para preparar esta comida! Brindemos por ti, maestro.

Y todos brindaron por Meng Yunfang y la comida que había preparado. Zhuang Zhidie chocó, en primer lugar, su copa con la de la *laopo* de Wang Ximian y luego con Xia Jie, Zhou Min, Tang Wan'er, Zhao Jingwu y finalmente con Liu Yue.

Liu Yue dijo:

—¿Y tú también brindas conmigo? No parece muy respetuoso de mi parte hacer eso.

Zhuang Zhidie le respondió:

—Esto es un brindis y nada más. Aquí no hay categorías sociales que valgan en las que uno deba mostrar respeto. En los brindis de los banquetes no se hacen diferencias con la edad.

—Eso nunca antes me había pasado. Yo ya he brindado con la gran hermana, y lo haré otra vez —dijo Liu Yue.

Niu Yueqing intervino:

—Nosotras aún no hemos brindado. ¡Hagámoslo ya!

Y todos dijeron al unísono:

—¡Hoy brindamos todos! ¡Venga!

—Venga, venga... —dijo Niu Yueqing—, maridos y mujeres..., todos juntos...

Inesperadamente, el contenido de la copa de Yueqing cayó sobre el brazo de Zhidie y todos los presentes se pusieron a reír. Tang Wan'er también rio, pero por lo bajines, y dirigió sus ojos a Liu Yue, la cual no paraba de hablar. Liu Yue reía y se sentía feliz. Ella también miró a Wan'er, pero Wan'er no la correspondió, apartando inmediatamente su mirada. Incluso se giró y se puso a ver el jarrón de flores que había en la ventana y una mosca que revoloteaba junto a él. Esa mosca acabó posándose en una de las orejas de Zhuang Zhidie, el cual tenía alzada su copa con una de sus manos, y el vino derramado de la copa de Niu Yueqing todavía goteaba en su brazo. En esa postura, era incapaz de moverse e intentó sacarse la mosca que tenía encima de la oreja con un movimiento brusco de la cabeza, pero la mosca no se iba. Tang Wan'er se dijo para sus adentros: si es la voluntad del cielo que ha decidido poner esa mosca ahí en este momento, yo debería salir en su ayuda y espantarla, pero no puedo hacerlo. La mosca, naturalmente, saldrá volando por sí sola de un momento a otro. Nada más pensar en eso, la mosca se posó sobre la cabeza de Tang Wan'er y eso la hizo reír. Zhou Min también vio la mosca y contuvo la respiración. La mosca se puso a revolotear alrededor de su cabeza y Wan'er se enojó y miró a su marido de reojo. Xia Jie también había visto la mosca y dijo:

—Esa mosca no aguanta que los maridos y las mujeres brinden juntos. Por eso los empipa. ¿Por qué será?

Tang Wan'er rio discretamente y dijo:

—Bueno, parece que en esta mesa, como en los mercados, salen otros temas... ¡Bebamos por la salud de la madre de nuestro maestro!

Tras decir esas palabras, le dio un manotazo a la mosca, la cual se había posado sobre los pies de cerdo marinados. La mosca fue a parar al interior de la copa de Niu Yueqing y esta golpeó el brazo de Zhuang Zhidie, pero ello no le impidió alzar la copa y beber del vino. Las dos cejas de Tang Wan'er se arquearon, creando una sombra alargada sobre los ojos. A Yueqing, el vino le supo más amargo, pero se lo bebió y Wan'er se quedó observando a la esposa de Zhidie y pensó que esa mujer se estaba haciendo vieja. Debía de haber sido bella

en su juventud, pensó Wan'er, pero su manera de ver el mundo y, por lo tanto, su manera de comportarse en sociedad, la había envejecido prematuramente. No le pegaba a su marido, Zhuang Zhidie. Este seguía conservando cierto aspecto juvenil y cierto atractivo a pesar de sus años, pensó Tang Wan'er. Su fama de guapo estaba justificada. Tang Wan'er pensaba que esa mujer era del montón. Wan'er pensó seguidamente en ella misma. Tenía la cara demasiado alargada y en sus rastros faciales había algo que la hacía marcadamente estúpida. Su belleza era como la de esos platos finos que no se pueden, como se dice vulgarmente, recalentar friéndolos de nuevo o mezclar con otros sabores. Wan'er pensó que, salvo la piel blanca, blanquísima, que era más bella que la de esa mujer, sus ojos eran demasiado pequeños y su nariz no era tan armoniosa con el resto de la cara, como la de Yueqing. Ella, Yueqing, tenía la boca demasiado grande. Mucho más que ella misma, Wan'er. Al final, Tang Wan'er llegó a la conclusión de que era un poco más bella que Niu Yueqing. En ese preciso momento, todos los presentes ya se habían dado cuenta de la mosca que había caído en el interior de la copa de Niu Yueqing, pero nadie se atrevía a decir nada. Niu Yueqing no se inmutó y sonrió, alzó la copa y dijo:

—¡Bebamos! ¡Y brindemos esta vez por la mujer del maestro Zhuang! Pero, por favor, ¡que me den otra copa!

Tang Wan'er fue la primera en ofrecerle otra copa que puso inmediatamente sobre la mesa, al lado de Niu Yueqing. Zhuang Zhidie y Niu Yueqing brindaron juntos y Niu Yueqing le agradeció seguidamente el gesto que había tenido con ella llenando su copa con un vino que ella misma había traído a la mesa.

—Wan'er —le dijo Niu Yueqing—, aquí todos somos amigos. ¿No crees? Yo tampoco tengo ninguna necesidad de decírtelo. Tú y Liu Yue sois nuevas en este tipo de cosas. Soltaos el pelo. Además, si os retenéis, parecéis falsas; y lo peor de todo: ¡a mí no me hace feliz eso!

Tang Wan'er le respondió:

—Pero ¿por qué me iba a hacer la falsa contigo? ¿Crees que yo soy de esas que se presenta ante el Buda con flores falsas? También he venido para brindar con la señora del maestro Zhuang. De lo contrario no lo habría hecho. La última vez no te presentaste en mi casa y pensaba invitarte a tomar algo en algún sitio.

Las dos mujeres brindaron juntas; pero Niu Yueqing ya no podía beber más vino, ya que le ardía la barriga y quería ir al interior de la casa a mirarse en el espejo. Tang Wan'er le dijo a Niu Yueqing:

—El rojo fuerte es muy bonito de ver en cualquier rostro. Incluso es más

bonito que los toques suaves de rosa.

Zhao Jingwu y Zhuang Zhidie eran los únicos que podían seguir bebiendo esos licores fuertes. Zhou Min ya estaba fuera de juego y las mujeres ya no podían beber más.

Zhuang Zhidie les dijo solemnemente:

—Hoy hemos venido a beber vino y otros licores. No me vale que me digáis ahora que no podéis beber más. Juguemos al juego de la bebida... ¿Os parece bien? Es muy fácil. Hay que adivinar cuáles son las reglas que forman un *chengyu* y que los participantes se alternen a lo hora de formarlo.

Liu Yue dijo:

—Ciertamente, ¡yo he abierto los ojos!

Tang Wan'er dijo por su parte:

—Abrir bien los ojos, pero ¿para qué?

—Antes de venir —respondió Liu Yue—, me preguntaba por la vida de los intelectuales. ¿Qué normas regían? Pero tras pasar un tiempo en esta casa, he llegado a la conclusión de que los intelectuales lleváis una vida muy parecida a la gente corriente. Hay algo, sin embargo, que os diferencia, y me refiero a las cantidades inusuales de bebidas alcohólicas que digerís. Bebéis como auténticos cosacos y eso yo no lo sabía. Yo ya había presenciado otros banquetes, pero ninguno con las cantidades industriales de alcohol que hay en este. Lo que hay sobre esta mesa sirve para que a alguien le dé por pegar un tigre con un palo de madera⁵¹... ¡Ah! Me ha salido un *chengyu*... ¿No es así?... ¿Cuáles son las reglas de esos *chengyu*?

Zhuang Zhidie contestó:

—Es bastante simple. Uno dice un *chengyu* y uno de los que están al lado debe empezar otro *chengyu* con la última palabra del *chengyu* precedente o con una palabra que se pronuncie igual. Da lo mismo. Quien no sea capaz de hacerlo, deberá beber una copa de alguna de las bebidas alcohólicas que hay sobre la mesa.

Liu Yue dijo:

—Pues yo no me pongo al lado del maestro Meng.

—Liu Yue, tú eres demasiado joven y no has pasado brillantemente tus estudios como nosotros —le dijo Niu Yueqing—. ¿Estás de acuerdo? Si no lo estás, yo te ayudaré.

Meng Yunfang dijo desde la cocina:

—Hay un proverbio popular que dice: si puedes conseguirlo por ti solo,

pídele a tu maestro que se vaya a dormir. ¿No estás de acuerdo con ello?

Niu Yueqing volvió a dar una reprimenda a Meng Yunfang. Zhuang Zhidie empezó con su *chengyu*:

—El invitado honrado satisface a la audiencia entera.

Justo a su lado estaba Zhao Jingwu, el cual dijo:

—A la audiencia que nos honra con su presencia no hay que esconderle absolutamente nada.

Zhou Min estaba a su lado y dijo en su turno:

—Yo no te comprendo nada de nada.

—Yo creo amarte de verdad, pero en realidad te temo como el duque de Ye al dragón enfurecido —dijo Liu Yue.

—Cuando el dragón se mueve, la lluvia lo acompaña —dijo Xia Jie.

La *laopo* de Wang Ximian, que estaba a su lado, dijo sin pensárselo dos veces:

—El paso del tiempo no me acompaña nunca...

Pero Xia Jie saltó de golpe:

—Eso no es un *chengyu*. Te lo has inventado y has perdido. ¡A trincar se ha dicho!

Zhuang Zhidie dijo:

—Puede pasar, puede pasar... No seamos tan estrictos en este juego y a mí me suena como un auténtico *chengyu*.

Al lado de la *laopo* de Wang Ximian estaba Tang Wan'er, que parecía estar totalmente desamparada. Miró con sus ojitos oblicuos a Zhuang Zhidie mientras pensaba en lo que iba a decir y sólo repentinamente:

—Persistir en el tiempo actuando de forma natural, como se es, sin artificios, y hacer oídos sordos a lo que te digan los demás.

Zhuang Zhidie se pronunció inmediatamente:

—¡Maravilloso!

Niu Yueqing, a su lado, dijo:

—Ay, natural, natural, natural, sin ningún adorno ni artificio... ¿Qué puede ser? ¡Ah!... Una tela sin estampar.

Todos los presentes se pusieron a reír y dijeron:

—Eso de la ropa sin estampar no vale. No es un *chengyu*. ¡Venga, a trincar!

Niu Yueqing empujó el codo y vació el contenido de su copa. Alzó la cabeza y dijo:

—Ahora me sale. Desconozco totalmente vuestras naturalezas, y esto sí que es un auténtico *chengyu*.

—Cierto, lo es —confirmó su marido, Zhuang Zhidie y añadió a su vez su *chengyu*—: Con el paso del tiempo se conoce a las personas.

Zhao Jingwu dijo el suyo:

—Dos personas con caracteres opuestos no pueden vivir juntas.

—Eso no dura en el tiempo, no se mantiene vivo y acaba muriendo —dijo Zhou Min.

—El momento en el que se regresa del mundo de los muertos —dijo Liu Yue.

—O nacer en el mal momento... —dijo la mujer de Meng Yunfang, Xia Jie.

—O en el momento de no esconder el dinero, devolvérselo a su verdadero dueño y reparar así una injusticia —dijo la *laopo* de Wang Ximian.

—No esconder lo que une a las hermanas pequeñas con los hermanos mayores, y viceversa —dijo Tang Wan'er.

Zhuang Zhidie se asustó en ese momento y Tang Wan'er se puso a reír. Los demás la siguieron. Tang Wan'er se dio cuenta de que había dicho un disparate y dijo:

—No esconder nunca a nadie una sonrisa.

Zhuang Zhidie volvió a exclamar:

—¡Oh, maravilloso, Wan'er!

Niu Yueqing añadió seguidamente:

—Si nos hace reír, eso pasa. ¿No es así?

Los demás respondieron:

—Eso no funciona así. Eso no es formar un *chengyu* de verdad. A trincar se ha dicho.

Niu Yueqing dijo:

—Digo que soy yo la que no funciona. Si sigo bebiendo, voy a acabar con el botellín. Tang Wan'er está sentada a mi lado y me lo está poniendo cada vez más difícil. Además, a mí me da por tartamudear a veces... Es un defecto que me viene de la infancia.

—Hermana —dijo Liu Yue—, siéntate a mi lado. Yo no te voy a complicar la vida. Deja a Tang Wan'er junto al maestro Zhuang.

Niu Yueqing se levantó y se colocó junto a Liu Yue y dijo:

—Ahora iré detrás de ti. Ahí va mi *chengyu*. ¡Una felicidad infinita!

—Como una ventana abierta al cielo vacío e infinito —dijo seguidamente Xia Jie.

—Y vacío como un valle y desolado como mi voz —dijo la *laopo* de Wang Ximian.

—O la costumbre de las numerosas voces que transmiten la mala reputación —dijo Tang Wan'er.

—Una mala costumbre que es difícil de corregir —dijo Zhuang Zhidie.

—Y toda corrección es por definición irreversible —dijo a su vez Zhao Jingwu.

—Y el látigo es el mejor amigo de la corrección —dijo Zhou Min.

—Pero si aparece el látigo, el peligro es inminente... —dijo Liu Yue.

Niu Yueqing se quedó en ese momento atascada. Se lo pensó varias veces, pero no le salía nada. Resignada, cogió la copa y empinó el codo. Niu Yueqing empezaba ya a ver doble. Ella era la anfitriona y se había convertido en la que más bebía y se puso a reír descontroladamente y era incapaz de parar. El cuerpo se le doblaba y tuvo que sujetarse a la mesa para no caerse y clavó sus pies en el suelo bajo la misma mesa. Zhuang Zhidie le dijo:

—Ah, te has emborrachado, te has emborrachado como una cuba... Agárrate a la mesa, si no te vas a caer...

Algunos de los presentes pidieron beber vinagre o té para bajar tanta comida y Zhuang Zhidie les dijo:

—Podéis echaros una cabezada sobre la mesa. Creo que sería lo mejor. Hoy, la anfitriona, que es mi señora, se ha emborrachado. ¡Qué le vamos a hacer! No suele suceder, sobre todo en una mujer que hace gala de tal virtud. ¡Xia Jie, es tu turno ahora!

Meng Yunfang, que se había ya zampado en la cocina y él solo un plato de verduras, dijo a los que estaban jugando en la mesa:

—Pero ¿qué os pasa hoy? Por lo que se ve, el juego de la bebida no le ha sentado bien a todo el mundo. Tanto *chengyu* acaba dando mala suerte. Ya lo decía yo... ¡Que cada uno barra la nieve de su propio portal! Uy... Me ha salido un *chengyu*... ¿Alguien se ha dado cuenta?... Quiero decir... ¡Brindemos todos juntos por nuestra salud y nuestra felicidad! ¡Aquí viene un plato de verduras calientes! ¡Riquísimas!

Todos los presentes se levantaron de la mesa con sus copas en la mano y brindaron. ¡*Ganbei!* Casi todos tenían roja la cara como la flor de un melocotonero; solo Zhou Min estaba pálido como un muerto.

Meng Yunfang sacó la bandeja con las verduras calientes y ordenó los otros platos que había sobre la mesa. Una vez atiborrados de verduras, Yunfang sacó el pescado, y todos los presentes metieron la cuchara dentro de la sopera que lo contenía. Zhuang Zhidie dijo:

—Hoy nos toca a nosotros daros este banquete. Yueqing ha sido la peor en el juego de los *chengyu* y, por lo tanto, ha debido beber lo suyo. Incluso un poco más y se bebe la sopa entera. Todos vosotros os habéis puesto a discutir con vuestros *chengyu* y lo habéis hecho tan bien que la habéis obligado a la pobre a cometer errores constantes.

Xia Jie intervino:

—Tú querías seguramente que bebiese Tang Wan'er y nosotros no nos hemos opuesto. ¡Has insistido una y otra vez en ello!

Tang Wan'er respondió por la alusión:

—Pues digo que la hermana Xia Jie tiene razón con lo que dice. Xia Jie es una directora de coreografía y tiene la barriga llena con muchos *chengyu*. ¡Qué buenos son!

Meng Yunfang dijo de su parte:

—Oh, sí, quizá al principio... Aunque sospecho que tanto *chengyu* le ha proveído una barriguita más grande de lo normal... Creo sinceramente que debería hacer algo de ejercicio físico para quitarse unos cuantos kilos de encima. ¿No creéis?

Xia Jie se dirigió al oído terco de su marido Meng Yunfang y le achacó:

—Vale, vale... Tú también me hacías comentarios feos sobre mi gordura. ¿No te acuerdas? Y, sinceramente, ¿me estáis diciendo que esa mujer que tiene la silueta de una avispa está gorda?...

Tras oír tan de cerca las palabras de su mujer, Meng Yunfang creyó que iba a perder el oído. Colocó la bandeja con las verduras en el centro de la mesa y dijo:

—Ah, mi querida mujer... Es por eso que la quiero tanto; siempre acusándome de todo lo que no digo...

Tang Wan'er replicó, clavando sus ojos en Zhuang Zhidie:

—Déjame mirar de cerca este asunto. Vosotros sois varios hombres y por lo que veo tenéis las orejas grandes. ¿No es así? ¿Y alguien se mete con vuestras orejas?

Todos los presentes se pusieron a reír.

Zhuang Zhidie fingió no hacer ningún caso a Wan'er y volvió a meter el cucharón en la sopera donde habían servido el pescado y les sirvió a Tang

Wan'er y a la mujer de Wang Ximian. La *laopo* de Wang Ximian se bebió el tazón entero y luego se limpió la boca con un pañuelo perfumado. Dijo que ya estaba satisfecha y que no podía comer más. Soltó el tazón, y Tang Wan'er y Xia Jie también soltaron el suyo. Liu Yue se puso a picotear con los demás las semillas de melón que había en uno de los platillos. Luego se dirigió a la cocina para lavar los palillos. Zhuang Zhidie permitió que cada uno hiciese lo que quisiese y él se fue a echar al canapé que estaba en el estudio, ya que quería descansar un rato y leer algún libro. La *laopo* de Wang Ximian se tomó una pastilla que ingirió bebiendo un poco de agua caliente y dijo que había bebido demasiado alcohol y que de un momento a otro se iba a desmayar. Xia Jie se puso a jugar una partida de ajedrez con Tang Wan'er. Zhou Min se sentó al lado como una estatua y se puso a hacer de juez y árbitro.

Zhuang Zhidie se fue poco después a la sala de estar y se sentó junto con Meng Yunfang, y este le dijo:

—Zhidie, hay algo que todavía quisiera preguntarte. La última vez que tú diste a Huang Defu la documentación de la gran maestra Hui Ming, Huang Defu fue muy criticado por el alcalde. Por lo que se ve, la ermita de la Vacuidad Luminosa está ahora en manos de una agencia inmobiliaria. Increíble, ¿no te parece? Se ve que quieren expandir el lugar y reconstruirla. La pobre Hui Ming está muy agobiada con este asunto y no ha guardado un muy buen recuerdo de ti que digamos. Ella, en el pasado, te sacó de más de un apuro. Debes ayudarla. Me ha dicho que te diga que te invita a tomar té en la ermita.

—No entiendo muy bien lo que le pasa a Hui Ming. Ese Huang Defu es un tipo verdaderamente maravilloso. Iré a la ermita si viene él —propuso Zhuang Zhidie.

Meng Yunfang le respondió:

—Esto no podrá ser. Me temo que no querrá venir.

—Quiero invitarlo —dijo Zhidie—; es una cuestión de reputación personal y agradecimiento.

—Hay otro asunto —dijo Meng Yunfang.

—Se trata del área más al norte del cantón nordeste de la pequeña ermita de la Vacuidad Luminosa. Quieren construir un centro comercial de cinco plantas. La idea es del alcalde de Xijing. Ese hombre tiene muchos planes para la ciudad. Ese edificio se comerá la ermita; pero ese es el problema. También se comerá parte del vecindario y ese genio de alcalde que tenemos no ha planeado nada para recolocarlos. La maestra Hu Ming está de acuerdo con mudarse y solo

quiere que le den una pequeña unidad residencial de habitaciones en ese edificio para vivir en ella. Hui Ming quiere hacerse en ese lugar una guía para todos aquellos que busquen en este mundo la iluminación de Buda, pero el alcalde no lo ve con buenos ojos. Yo pienso que, si el alcalde hace de la ermita de la Vacuidad Luminosa una unidad para residentes, ese lugar puede convertirse en una oportunidad para salvarlo de su destrucción. Se podrán leer hexagramas y verse con otra gente, incluso organizar fiestas y encuentros. ¿Y por qué no un centro cultural para promover las artes y las letras? No creo que el alcalde se oponga a ello.

Tras escucharlo atentamente, Zhuang Zhidie puso cara de volver repentinamente a la vida y dijo:

—Esto es lo mejor que podría pasar. Se lo comentaré a Defu. No creo que ponerlo en marcha vaya a suponer muchos problemas... —Luego, Zhidie prosiguió en voz baja—: Pero no se lo digas a nadie. Bueno, salvo a las gentes de las artes y las letras, no se lo digas a nadie. ¿De acuerdo? Recuérdalo, no se lo comentes ni siquiera a mi esposa. Hay mucha gente que pasa por mi casa y ella tarde o temprano se lo cuenta todo.

Meng Yunfang le contestó:

—Lo comprendo.

—Todavía me queda algo por decirte —apuntó Zhidie—. Quiero preguntarte una cosa: ¿de verdad que puedes adivinar el futuro con la combinación de los hexagramas?

Meng Yunfang enloqueció:

—Conozco al dedillo el *Qimen Dunjia*, pero no me atrevería a decir que puedo hablar de él con conocimiento de causa ya que no domino su mensaje profundo e insondable; pero no creo que haya nadie que me supere en el arte de adivinar el futuro con los ocho símbolos. ¿Te queda claro ahora?

—Pues entonces no me grites y dime, anda, ¿cuál es mi futuro?

Meng Yunfang bajó el tono de la voz y le dijo:

—¿Qué?... ¿Quieres saber tu futuro?... Vaya...

Zhuang Zhidie le corrigió:

—Eso, tú no puedes preguntármelo; y si no es algo importante, no me lo digas. Lo único que te pido es que me ayudes.

Meng Yunfang le dijo que necesitaba en esos momentos un poco de *bianxu*, esa hierba seca y dura que sirve de palillos. Yunfang sabía que Zhidie tenía *bianxu* proveniente de la provincia de Henan y se la pidió. Sin embargo, Zhuang

Zhidie le dijo:

—Pero ¿no me digas que estás buscando una excusa para no hablarme de mi futuro?

—Vale, vale... Si no encuentras el *bianxu*, ¿no tendrás por casualidad unas cerillas? Ya verás, estas sirven para algo más que para limpiarse los dientes.

Yunfang sacó de su bolsillo una cajetilla y de esta sacó cuarenta y nueve cerillas —ni una más y ni una menos— que puso sobre las palmas de las manos de Zhidie. Poco después las separó según le convino en dos pilas. Movi6 una de las pilas y luego movió la otra pila. Las acercó y sacó unas cuantas cerillas —las impares—, que puso a un lado, y el resto se lo dio, en dos pilas, a Zhuang Zhidie, para que hiciese el mismo movimiento. En total, Yunfang repitió esas maniobras —cabizbajo y durante un largo rato que se hacía eterno— seis veces en función de los principios ontológicos que combinan el *yin* (femenino) y el *yang* (masculino), así como los del viejo *yin* y el joven *yang*. Meng Yunfang alzó finalmente la mirada de las cerillas y dijo algo nerviosamente:

—Zhidie, algo pasa aquí. ¿Por qué la combinación que aparece es tan complicada? No lo entiendo...

—Tú eres el gran maestro adivinador, Yunfang —le dijo precipitadamente Zhuang Zhidie—. Si tú no lo sabes, ¿lo voy a saber yo?

Meng Yunfang le repuso:

—La tendencia de estos años está teñida de rojo, un rojo muy vivo..., y es el rojo de un hombre que evacúa orines con sangre. Pero ¿por qué aparece aquí el hexagrama *kun*⁵², que puede significar «cansado» o «adormilado»? Por favor, ¡dime tu fecha de nacimiento! ¡Ahora mismo!

Zhuang Zhidie se lo dijo y Meng Yunfang le replicó:

—Tú eres del destino del agua. No te preocupes, Zhidie. Eso te salvará. Este asunto parece que pide ser estudiado con más detenimiento. El carácter *kun* se forma con un árbol, o una madera, encerrado en un recinto rectangular o en una boca abierta; pero si en vez de un árbol ponemos un hombre dentro, el carácter que aparece es *qiu*⁵³, el cual significa «prisionero». ¿No te parece extraño, Zhidie? Creo que no es un asunto de árboles, sino de seres humanos... Veamos, pues...

Zhuang Zhidie palideció y dijo:

—Sí, esto es a todas luces un asunto de seres humanos.

—Sí, ya lo veo —le dijo Meng Yunfang—, son los asuntos humanos los que designa el carácter de «prisionero» y en él pesa la posible calamidad de la

prisión o el control por parte de una fuerza externa a ti; pero lo que merece la pena en todo esto es que tú eres del destino del agua, Zhidie. Eso es lo que es digno de elogio. Ah, el agua... Si el prisionero se junta con el agua, el carácter homófono que sale es el de la acción de «nadar»⁵⁴. ¿No te parece maravilloso, Zhidie? Así que saldrás a flote y te salvarás; pero incluso si sales a flote y te salvas, tendrás miedo, y ese miedo no desaparecerá nunca de tu cabeza, Zhidie, ya que serás consciente de que tu supervivencia dependerá de tu habilidad para saber nadar y seguir a flote. Ahí reside el gran desafío de tu futuro.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Creo que me cuentas tonterías, Yunfang —y tras decir esas palabras, llenó el tazón de Meng Yunfang con un té como si las palabras de su compañero no le hubiesen afectado, pero la verdad era que por dentro sentía pánico.

* * *

Xia Jie y Tang Wan'er habían jugado tres partidas de ajedrez chino y Wan'er las había perdido todas. Ya no podía aceptar otra derrota y le dijo a la señora de Meng Yunfang que quería descansar un rato, pero Xia Jie quería jugar más y la cogió del brazo. Más que cogerla, le pinchó el brazo para forzarla y Wan'er lanzó un grito. Zhuang Zhidie se encontraba llenando de agua la tetera y metiendo carbón en el horno cuando oyó ese grito. Quería calentar el agua sobre el horno-cocina y el vapor y el polvo acumulado —mezclándose el uno con el otro— empezaron a llenar la habitación y a Zhidie le resultó imposible coger la tetera, ya que no la veía. Resignado, se fue a su dormitorio. Niu Yueqing se encontraba sobre la cama completamente cubierta de sudor. La sábana de verano de la cama estaba fuera de su sitio y aparecía cubriendo el cuerpo de Niu Yueqing. Los demás, alarmados, entraron en la habitación para preguntarle qué le pasaba. Niu Yueqing, atenazada por el pánico, dijo:

—He tenido una pesadilla horrible.

Al oír que había sido un sueño, todo el mundo se puso a reír, y dijeron:

—Pensábamos que te había poseído un fantasma.

Niu Yueqing se sintió un poco avergonzada con lo que había sucedido, se levantó y dijo mientras se arreglaba el cabello ante el espejo:

—¡Ese sueño casi acaba con mi vida!

Meng Yunfang le preguntó:

—¿Y qué soñaste, Yueqing?... ¿Que los diablos japoneses entraron en tu

pueblo?

—Pues lo he olvidado nada más despertarme.

Y todos los demás se pusieron a reír a carcajadas otra vez y Niu Yueqing, sacudiendo la cabeza como para despejarse, contestó:

—Sí, ahora lo recuerdo... ¡Lo recuerdo y mucho!... Estaba yo con Zhuang Zhidie en un autocar cuando de repente empezó a salir humo del vehículo.

—¿Y explotó el autocar? —preguntaron todos, asustados.

—Todo el mundo se puso a saltar del autocar y Zhidie y yo quisimos hacer lo mismo. Zhidie lo hizo muy rápidamente y yo le pedí que esperara, pero él no podía esperarme... Salté y salí corriendo hacia el acantilado, el cual se encontraba en el lado opuesto de donde estaba mi marido... No pasa nada, pensé, y él me dijo: nuestros destinos se han separado para siempre, Yueqing. Yo no comprendí lo que quería decirme. Tal vez que cada uno debía ocuparse de uno mismo independientemente de lo que hiciese el otro... ¿Era eso? Terrible ese sueño... ¿No creéis?

La *laopo* de Wang Ximian y Xia Jie dirigieron inmediatamente sus ojos a Zhuang Zhidie.

—¿Por qué me miráis así? —inquirió Zhidie—. ¿He hecho algo malo?

Y todos los presentes se pusieron otra vez a reír y Niu Yueqing le respondió:

—Quise ir detrás de él para arrastrarlo hacia la montaña, pero al final no lo hice... ¿Por qué? Vi entonces que Zhidie se tropezó y se cayó...

Xia Jie comentó brevemente:

—Vale, vale, tampoco se acaba el mundo ahí. Él tampoco quería acompañarte... —Xia Jie añadió seguidamente—: Veo que has bebido más de la cuenta y por eso tienes esos sueños tan raros. Tienes un sentimiento de culpabilidad que te tortura por dentro ya que te has emborrachado ante tu marido y eso no está bien en una mujer respetable y virtuosa como tú. Beber no te deja nunca en buen estado. Se tiene la euforia y luego los remordimientos, pero a menudo la vida consiste en eso. ¿No crees, mi querida Yueqing?

—Te lo juro. Creía que me iba a morir. Te puedes reír de mí, pero he pasado un momento verdaderamente malo. ¿Y estaba ebria, de veras? No tengo ningún aguante. Ese juegucito de frases hechas está pensado para otro tipo de personas. Eso está claro.

—Pues nada, mujer. Todo el mundo te agradece que hayas participado —le dijo Zhidie—. Sugiero que nos reunamos más a menudo para recordar ese momento. Nos falta práctica y eso es todo. ¿Por qué no nos hacemos una foto?

Tang Wan'er fue la primera en responder afirmativamente. Zhao Jingwu se colocó entre Zhuang Zhidie y Niu Yueqing y dijo:

—Venga, una fotografía. Estoy seguro de que así quedaremos muy bien.

Se juntaron todos y sonó el clac, clac, clac de la máquina de hacer fotos.

Zhou Min se quedó contemplando toda esa jarana y se impacientó. Les dijo a Zhuang Zhidie y Niu Yueqing que se iba a ver al editor de la revista y no deseaba retrasarse. Por eso se fue sin demorarse un minuto más. Pero había bebido mucho, y debido a ello le resultaba imposible volver al trabajo por la tarde. Zhou Min se precipitó sin perder tiempo y ansioso hacia la calle. La cara le ardía cada vez más y a medio camino se detuvo en un quiosco para comprar un botellín de zumo de ciruela frío, y ello le despejó la cabeza. Nada más llegar a la entrada principal de la Sala de la Cultura de Xijing y el departamento de asuntos culturales, vio que había en el patio un grupo de gente reunida que estaba charlando. Zhou Min se dirigió en primer lugar a la Sala de la Cultura y se dio cuenta de que en ese preciso momento estaban reclutando personal para la revista. Pensó que quizá debía aprovechar esa ocasión para presentarse y cambiar definitivamente de vida. Esa era su máxima ambición, pero se quedó ahí clavado, inmóvil y ensimismado, esperando una nueva vida en la que trabajaría muy duro y sería respetado por todo el mundo. Desde ese lugar oyó a uno de los componentes de la reunión que decía:

—Se habla de Cao Cao⁵⁵ y Cao Cao llega... ¡Ah, ese colega! —Se oyeron unas risas y luego ese individuo se fue.

Otro individuo se le acercó y le dijo:

—Zhou Min, ¡vienes de paseo!

Zhou Min le contestó:

—Sí, paseando un rato. Cuídate, anda.

—Pero ¿a qué vienen tantos modales? —le dijo ese individuo—. Eso lo has aprendido seguramente de ese Zhuang Zhidie. Zhidie ya no escribe mucho, pero siempre habla de esa manera a la gente. Menudo está hecho ese Zhuang Zhidie. Hace tiempo que no lo veo. ¿Ha sacado un libro nuevo o qué? Más exagera, mejor escribe; y más habla, más tonterías dice. Así es el talento de Zhidie. Pero, para ser sinceros, cuando quiere escribir bien, ese tipo escribe muy bien, aunque aquí, en el departamento de Cultura, no hay nadie que lo lea ya. Pero tu artículo... ¡Ah, tu artículo es una auténtica bomba, Zhou Min!

Zhou Min le repuso seguidamente:

—¿Y lo habéis leído todos vosotros?

El hombre le respondió:

—Aquí, en la Sala de la Cultura, no hay nadie que no lo haya leído de cabo a rabo. Hasta los que no saben leer lo han leído, Zhou Min. Eres una auténtica estrella. La información de ese artículo ha tenido el efecto de una bola de nieve y quien no lo ha leído, ha oído hablar de lo que se decía. No hay nadie que no se haya enterado de lo dice tu artículo. Ese mequetrefe de marido es un llorica y un follonero. ¡Menudo tipo está hecho ese Zhuang Zhidie! Pero ella... Ella es todo lo contrario, aunque todo el mundo sabe que en sus buenos tiempos seducía a todo tipo de escritores. ¿Y por qué no se casó con Zhuang Zhidie? Ella puede dar reconocimiento a la gente y quizá es eso lo que buscaba Zhuang Zhidie. Ella piensa todo el tiempo en su carrera y todo lo que toca lo convierte en oro, pero esa historia la va a perjudicar por mucho que su padre esté detrás ayudándola a que suba por todos los peldaños.

Zhou Min no se quedó para oír el final del comentario maldiciente de ese hombre y como un tornado se fue hacia la planta alta del edificio, ahí donde estaba la puerta del editor de la *Revista de Xijing*. Salvo Zhong Weixian, se encontraban todos los editores, los cuales no paraban de insultar a alguien. Zhou Min preguntó:

—¿De verdad que ha pasado algo?

Li Hongwen le respondió de mala gana:

—Esa, la que apellidan Jing, es así. ¡Qué se le va a hacer! Nosotros no iremos. Ella solo ocupa un puesto de liderazgo intermediario y de medio rango. ¿Tiene derecho a tratarnos así?

Gou Dahai añadió:

—Pero su padre es uno de los jefazos de la administración. Aunque estoy de acuerdo en que la hija no tiene ningún derecho a abusar de nosotros. He oído decir que una gran mayoría de gente se opuso a su promoción y entre nosotros había gente que tampoco las tenía todas consigo. Pero vaya, al final la aceptamos, ¡y mira ahora!

Zhou Min sabía que Jing Xueyin conocía seguramente la zozobra que había provocado en las oficinas de la revista. Ese asunto no tenía solución y por eso no quiso inmiscuirse y preguntó:

—¿Y cuándo viene ella? El maestro Zhuang nos ha dicho que tomemos nota de su llegada porque quiere verla y darle una explicación. ¿No vais a ir ninguno de vosotros?

Li Hongwen dijo:

—Ayer por la tarde la revista se puso en movimiento entre muchísimas dudas. Wu Kun se ha tomado las ediciones de la revista como quien trata con tesoros. Solo piensa en ganancias y más ganancias. Todas las noches se va a buscar al marido de Jing y empieza a ventear ante él toda su mala leche. Luego se va a ver al padre de Jing y Jing Xueyin coge un avión y se va. Lo que sigue son rumores y más rumores, como siempre sucede por estos lares. Así funciona la revista. ¡Menudo bocazas es el marido de Jing Xueyin! ¡Y a nadie le importa un comino lo que le suceda a ese tipo! Ah, Wu Kun y su *laopo*, ¿qué trafican juntos?... ¡Ah, y él es encima el cornudo del artículo!

Zhou Min se sentó en una silla, ya que se sentía débil. Había comido y bebido mucho durante el mediodía y pensaba que, si temía a los fantasmas, estos aparecerían, y que, si tensaba la cuerda, esta se rompería. Todo ese asunto no solo iba a provocarle muchos males de cabeza a Zhuang Zhidie, sino que toda la redacción se iba a ver involucrada. ¿Va a seguir Zhuang Zhidie como responsable de reclutar a gente para la revista?, y le preguntó a Li Hongwen:

—¿Y qué es de Zhong Weixian?

Li Hongwen le contestó:

—Le llamó el director de la provincia y tuvo que irse.

Zhong Weixian vino al cabo de un rato y, nada más verlo, Zhou Min le dijo:

—¡Viniste! Maestro Zhong, le pido disculpas. Por favor, acéptelas.

Li Hongwen dijo:

—¿Qué dice, amigo?... No hay nada por lo que debas disculparte, Zhou Min. Si surgiera algún problema, lo examinaremos de cerca y buscaríamos una solución. Tanto el autor como la revista son responsables de ello. Además, si ese asunto tiene un impacto en la reputación de Zhuang Zhidie, ya que él es un escritor famoso, diremos que ha habido un malentendido. ¿De acuerdo?

Zhong Weixian se quitó las gafas y unos ojos abultados como pelotas de tenis de mesa, y vidriosos y quebrados por líneas finas de sangre, aparecieron súbitamente en su rostro. Weixian se los frotó insistentemente, sacándose al mismo tiempo las legañas. Weixian volvió a ponerse las gafas y dijo:

—Estoy al corriente de todo esto; el problema es que este asunto ya ha provocado mucho revuelo y se nos ha escapado de las manos. Si la señora Jing viene este mediodía a pedir explicaciones, le diré que nosotros no hemos cometido ninguna falta. Ella irá al departamento a investigar sobre el origen de ese artículo. Ese tal Di, que es el vicedirector de nuestra provincia. Esa mujer querrá saberlo todo, quién es el responsable, etc. ¡Rodarán cabezas! El

vicepresidente Di tiene además buenos amigos de la propaganda del Partido. El jefe de ese departamento le pidió a ella que le diese una carta, ya que debían tratar sobre tres asuntos. El primero era sobre si el autor y el editor se pusieron de acuerdo para crear un bulo sobre el lío amoroso entre Zhuang Zhidie y Jing Xueyin. Es decir, si fueron ellos los que empezaron con el rumor de ese romance con el objetivo de dañar seriamente la reputación de los Jing. Si ese es el caso, Jing Xueyin pedía unas disculpas públicas del autor y el editor de la *Revista de Xijing*. El segundo punto que pedía era el cese inmediato de la publicación de la revista, al menos durante un tiempo, ya que era evidente que habían cometido una falta grave publicando ese reportaje difamador sobre su persona. El tercer punto que reclamaba concernía a la remuneración del autor. Había que negársela, así como su derecho a seguir ejerciendo esa profesión.

Tras escuchar las palabras de Zhong Weixian, Li Hongwen se inflamó:

—¿Y a esa basura se le llama liderazgo? ¡La madre que la parió! ¿Y qué pasará si la investigación del jefe de ese tal Di no llega a nada? ¿Lo aceptarán en la Sala de la Cultura?

Zhong Weixian le respondió:

—La Sala tiene siempre su punto de vista sobre las cosas. ¿Quién les va a cambiar la opinión?

Gou Dahai quiso decir la suya:

—Ellos tienen miedo de perder sus puestos de trabajo y nuestra publicación se va a ir al carajo. Mi viejo Zhong, deberías hablar claro. Eres el editor en jefe, ¿no temes nada? Sé sincero. Vete a saber lo que nos puede pasar, sobre todo a ti. Ese tipo será un jefecillo de la subprefectura, pero va a querer sacar partido de esa investigación para promocionarse a sí mismo.

—Nadie quiere encender este asunto —dijo Zhong Weixian para calmar los ánimos—. Lo mejor es que reflexionemos sobre este asunto con la cabeza fría. Zhou Min, dinos la verdad: todo lo que has contado en ese artículo, ¿es cierto?

Zhou Min le respondió:

—Por supuesto que es verdad. Todo es verdad.

—Tener una relación premarital se ha permitido por la ley, pero no después —dijo Li Hongwen—. No olvidemos que en toda relación amorosa intervienen dos personas. No me atrevería a decir que lo que escribe Zhou Min sea cierto. Pero ¿quién puede probarlo? Jing Xueyin lo niega todo ahora y busca sacar a la luz todas las pruebas para demostrarlo. El artículo dice que ella le dio a Zhuang Zhidie un jarrón de arcilla antiguo, y ese jarrón yo lo he visto en una de las

estanterías que hay en el estudio de Zhidie. ¿Lo puso ella ahí?

Zhong Weixian le dijo:

—Dame un cigarrillo, anda.

Gou Dahai sacó uno de su bolsillo y se lo dio a Zhong Weixian, el cual empezó a chupar y sacar el humo rabiosamente, como si se le escapase el tiempo, y dijo:

—Voy a mirarme otra vez en el espejo. Quiero decir, voy a luchar para que esos tres puntos no lleguen a ningún lado; pero que todo esto quede entre nosotros. Si alguien se va de la lengua, no podremos hacer nada. Dejadme unos días libres para ver si puedo arreglar algo, y necesito además hacer algunas consultas.

Tras decir esas palabras, se dirigió sin que nadie se lo pidiese a su despacho, cogió unas cosas y luego, cuando salía por la puerta, se dio con la frente en el marco de madera de la parte superior. El golpe le hizo tambalearse y volvió a golpearse la cabeza con uno de los lados del marco de la puerta. Lanzó al suelo un escupitajo con sangre y dijo:

—¡Qué mala suerte, coño! Hay gente que tiene mala suerte en este mundo. Uno se tira un pedo y un golpe de viento se lo devuelve de frente a la cara.

Li Hongwen se rio a carcajadas y dijo:

—Mi viejo Zhong, camina bien porque de lo contrario no llegarás muy lejos. —Al cerrar la puerta, le dijo—: Zhuang Zhidie, cuando se pone a escribir, parece un dios; pero cuando se pone a tratar con mujeres, es un gilipollas. Hacen lo que quieren. Jing Xueyin puede hacer mucho ruido con este asunto, incluso si no tiene nada que ver con Zhuang Zhidie. Igual piensa, y les dice a los demás, que Zhuang Zhidie la violó, pero Zhidie no lo hizo. El odio que ella le tiene a Zhuang Zhidie ha ido creciendo en su barriga desde hace más de mil años y ahora tiene la oportunidad de acabar con su reputación. ¿Qué pasa cuando una cabeza antigua se enfada? Veremos...

Gou Dahai dijo:

—Eso de la violación suena a muy fuerte. ¿Tanto le odia?

—No estás casado y por eso no puedes comprender estas cosas —dijo Li Hongwen.

—Pues de historias románticas cuento con no menos que tú, Hongwen —le dijo Dahai.

—Soplas cuando hablas y eso no está bien. Tus palabras son como el aire. Cuando no sabes qué decir, soplas —replicó Li Hongwen—. El amor romántico

es una cosa y la violación es otra. ¡No los confundas! Ella no reconoce que eres un hombre. ¿Lo comprendes ahora?

Gou Dahai dijo:

—Zhou Min, tú tienes experiencia en estas cosas. Vamos, di algo.

Zhou Min se puso a pensar para sus adentros y asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Li Hongwen dijo:

—Si Zhuang Zhidie ha forzado este año a Jing Xueyin a hacer cosas que ella no quería, él no debería casarse con esa mujer. Eso sería inmoral. Y ella, ¿no va a armar la marimorena por ese asunto? Veamos... —Y justo en ese momento se oyeron unos golpes en la puerta y Li Hongwen dejó de hablar.

Se fue a abrir la puerta y Zhong Weixian entró por ella y dijo:

—Le he dado varias vueltas al asunto y hay algo a lo que debemos prestar una especial atención. Si alguien se topa en la oficina o en el pasillo con Jing Xueyin, que nadie le comente absolutamente nada sobre este asunto. Ella se sentirá mal y ello empeoraría seguramente las cosas. Debemos sobrellevar este asunto por doloroso que nos sea, y más débiles seamos, más nos va a destrozar.

—Te has vuelto un derechista, Weixian. No podemos ser tan tradicionales —dijo Hongwen.

—Pero todo esto lo hago según tú —replicó Weixian—. ¡Yo te he oído hablar! —Tras sentenciar el asunto con esas palabras, Weixian se fue otra vez.

Gou Dahai gritó:

—¡Hongwen, eres verdaderamente cruel! Al viejo Zhong da pena verlo y tú vas y lo atacas con tus comentarios irónicos. ¡Lo has hecho expresamente!

Li Hongwen contestó:

—Zhou Min, tú eres el responsable de ese enredo y deberías implicarte un poco más para buscar una solución, o bien convences a Zhuang Zhidie para que dé la cara. El viejo Zhong no puede hacer nada, ni para bien ni para mal. Él ya lleva una vida de sufrimientos y ha debido aguantar lo inaguantable en esas oficinas. A sus años, ya no debe meterse en camisas de once varas. Además, nunca ha tenido mucho valor para enfrentarse a este tipo de problemas. Me temo que, en el futuro, como dice el proverbio, caerán montañas y volverá a correr el agua por los ríos.

A Zhou Min, esas palabras le aterraron y le pidió a Li Hongwen que se explicase mejor. Li Hongwen cogió un botellín y le limpió la boca. Luego le preguntó a Gou Dahai si había pensado mientras tanto en algo y Gou Dahai le dijo:

—He pensado en esos tres puntos, que para eso están, y eso es todo.

Al otro lado de la ventana, en su parte exterior, se oyeron unos petardos que unos niños habían hecho explotar. Zhong Weixian vino corriendo y preguntó:

—¿Quién ha tirado los petardos?

Li Hongwen, Gou Dahai y Zhou Min se asustaron y Zhong Weixian les dijo:

—Permitid a Dahai que vaya a ver lo que pasa fuera. Esto que ha sucedido es demasiado grave. Ahora, no hay nadie en la Sala de la Cultura que no nos vaya a poner el ojo encima y vete a saber qué cosas extrañas nos pueden pasar.

Gou Dahai, con el ánimo enfriado por las palabras de Weixian, dijo:

—Este es un edificio de tres plantas con dos ventanas en cada uno de los cuatro lados. Si alguien me ve, lo saludaré como si nada pasase. ¿Os parece bien? ¡Creo que en mi cara no está escrito «Editor de la *Revista de Xijing*»!

El rostro de Zhong Weixian se ensombreció:

—Esa gente, por lo general, ni conoce, ni habla, ni se entera de lo que hace Jing Xueyin. Tampoco creo que les importe que esa mujer esté ocupando ahora un puesto intermediario en la administración pública de Xijing. No creo que ninguno de ellos vaya a meter cizaña en este asunto.

Li Hongwen le dijo que se fuera otra vez. La cara le palideció a Hongwen tras la marcha de Weixian y adujo que no se sentía nada bien. Wu Kun se había llevado con él al jefe del buró para ver en la calle los fuegos artificiales e hizo un comentario peyorativo sobre la Sala de la Cultura y el bazar en el que se había convertido últimamente. Dijo que deberían expulsar a todos los editores y renovar así a todo el personal y las noticias llegaron a la redacción de la *Revista de Xijing*, causando un gran revuelo. Zhong Weixian dijo airado:

—¡Quieren cargarse la redacción de esta revista! Ese vago de Wu Kun es un auténtico desgraciado. ¡La madre que lo parió! ¡Le voy a torcer el pescuezo! Y encima me da un cigarrillo como quien trata con un buen colega...

Gou Dahai se quitó la colilla de su boca y la apagó en agua, dejándola totalmente sucia.

* * *

Niu Yueqing se fue a la casa de Wang Ximian para retirar el dinero. Ella solo temía que le robasen ese dinero y le pidió a Liu Yue que la acompañase. Las dos se intercambiaron unos vestidos viejos para no levantar sospechas. Niu Yueqing llevó con ella una cesta para las verduras en la que podía esconder dinero en la

parte baja y cuya superficie estaba cubierta por unas hojas de col china para disimular. La joven Liu Yue no caminaba en absoluto al mismo nivel que Niu Yueqing e iba tres pasos por detrás, y en su trato con ella no era ni demasiado familiar ni demasiado distante. En sus manos sujetaba un disco de piedra mientras que el sudor humedecía sus manos y su cuerpo. Paso tras paso, se dirigieron a la Dong Dajie —la avenida del Este— y al llegar a la puerta de la oficina de correos de la Torre del Reloj, ellas vieron colgado junto a una pila de revistas un anuncio publicitario que decía: «El último número de la *Revista de Xijing* ha salido y en él se cuenta la historia del amor secreto del famoso escritor Zhuang Zhidie. ¡No se lo pierdan!». Al leerlo, Niu Yueqing se quedó helada y luego, con cuidado, dejó la cesta entre sus dos piernas y le reclamó con un grito a Liu Yue que comprase un ejemplar. Se puso a leerlo ahí mismo y empezó a jadear. A Yueqing, la cara se le encogió como la de un pajarito. Liu Yue no sabía interpretar esa cara ni por qué a Yueqing se le había puesto de repente así y tampoco osaba preguntárselo. De vuelta a casa, Niu Yueqing vio que Zhuang Zhidie no estaba y se fue directamente a la cama para dormir. Liu Yue no sabía qué le pasaba a Yueqing y se fue a la cocina sin saber tampoco qué debía preparar en esos momentos. Se lo preguntó a Yueqing antes de que se quedara dormida y esta protestó:

—¡Haz lo que te apetezca!

—Y lo que me apetezca, ¿qué quiere decir exactamente?

Liu Yue se puso a hacer lo que mejor sabía preparar: unos *jianbing* (unos panqueques), luego frío unas tiras de patatas y preparó unas gachas de arroz con unos dátiles rojos, que hirvió previamente. Una vez cocinados todos esos platos, se puso a contemplar sentada sola en el salón de la casa el color azul oscuro que iba tomando el cielo. Observar ese cambio de tonalidad era algo que le fascinaba a Liu Yue, pero en el salón se sentía abatida por un profundo aburrimiento. Algo en ella se asimilaba a la soledad y el vacío que reinaban en esa habitación cuando el ruido de la *Mulan* de Zhuang Zhidie entró en el patio. Zhuang Zhidie llevaba con él la cinta para revelar. La puso en agua y la lavó una y otra vez. Necesitaba dos horas para obtener las fotografías, y mientras tanto se quedó en la calle jugando al *majiang* con su suegra —la venerable anciana de la familia Niu—. La suegra de Zhidie se había puesto sus gafas para ver de cerca y movía las piezas del *majiang* al mismo tiempo que charlaba con las mujeres que pasaban por la calle. Pasaban a su lado todo tipo de mujeres: delgadas, gordas y ni gordas ni delgadas. Algunas tenían la cara redonda, y otras, huesuda. Delante de la puerta de la casa de la familia Zhuang y Niu había un árbol de caquis que parecía

haberse secado desde hacía tiempo. Zhuang Zhidie se dijo para sus adentros, como quien hace una reflexión filosófica que va más allá de su propia literalidad: esos caquis parecen sabrosos, pero no lo son. En realidad, apestan. Zhidie pensaba más bien en las mujeres y no en los frutos jugosos que había debido de dar ese árbol en sus mejores tiempos. La venerable anciana se quedó mirando a Zhuang Zhidie mientras observaba a una mujer, y parpadeando nerviosamente, le dijo:

—¿No crees que puedes ofender a las mujeres con la manera con la que las miras? Quizá es la mujer de un hombre con mucho dinero, ya que se pasa el día sin hacer nada y parece ser que con el dinero lo único que hace es comprar sujetadores caros...

Zhuang Zhidie le replicó:

—¿Qué hace ella? ¿Y tiene mucho dinero, me dices?

La anciana le respondió:

—Ha alquilado en las montañas de Taiyi (las montañas de Zhongnan) un comercio de caquis secos; pero por lo que se ve, se dedica más bien a vender productos de belleza, como polvos para la cara y otros potingues caros para mujeres de hoy.

—Hablas como una mujerzuela sin principios morales —le dijo Zhuang Zhidie—, y hablas de todo el mundo como una cotilla deslenguada.

—Ten cuidado con lo que dices, Zhidie. Pregúntale a esa mujer si quieres saber lo que hace en realidad, y no a mí —le propuso airada su suegra, y alzando la voz, le dijo como dirigiéndose a todo el mundo que pudiese oírla—: Ma Xiangxiang... ¡Debes hablar con esa camarada! Pero esa mujer desvergonzada decidirá dónde y cuándo. Y tú Zhidie, ¿no vas a querer ir a comprarle unos caquis? ¡Venga, ánimo!

Zhuang Zhidie le contestó:

—¿Has visto ese árbol que está ahí enfrente? Se ha secado y ya no da frutos. Se ha emblanquecido. ¿No comprendes ahora por qué el negocio se ha transformado en polvos blancos para la cara?

La mujer desvergonzada intervino en la conversación de Zhidie con su suegra:

—¿Y qué haces tú? —le preguntó a Zhuang Zhidie.

—Coopero como puedo con las actividades del Círculo Literario y Artístico de Xijing —le respondió.

—Oh, un zapatero, pues... —le dijo con ironía la mujer desvergonzada—,

pero los zapatos que hacéis vosotros son falsos. ¿No es verdad lo que digo? Me compré unos hace una semana y no me han salido muy buenos que digamos.

Zhuang Zhidie le contestó:

—No me vengas con tonterías. Ahí nadie hace zapatos. Más bien se escriben artículos para los periódicos y las revistas. ¿No conoces las publicaciones de Xijing? Pues hay muchas en este país...

La mujer arrancó una rama del árbol de los caquis, entró en su casa con ella y cerró la puerta herméticamente.

La venerable anciana que jugaba al *majiang* sonrió abiertamente y dijo como quien se habla a sí mismo:

—Pero ¿hay algo en este mundo que no sea falso? Si somos sinceros, hay muchas cosas... Y tus dientes, ¿pueden morder tus orejas?

Zhuang Zhidie le dijo:

—Todavía no.

La abuela Niu le respondió abriendo la boca y mostrándole sus dientes increíblemente blancos:

—Interesante, muy interesante saberlo... Pues te voy a morder las orejas, amigo, a ver si tú puedes hacer lo mismo.

La abuela le sacó la lengua —una lengua puntiaguda y muy larga— a Zhuang Zhidie y este se dio cuenta inmediatamente de que esos dientes eran en realidad falsos. La anciana se sacó los dientes postizos y se los puso en la palma de una de sus manos. Luego los acercó a una de las orejas de Zhidie y se la mordió con esa prótesis.

Zhuang Zhidie, al ver la prótesis de la anciana en su oreja, se asustó, pero evacuó sus miedos con una carcajada estruendosa.

La anciana le dijo:

—Debo reconocer que sin ellos no estoy muy guapa. Creo que me voy a poner unas pestañas falsas. ¡Estaré irresistible! ¿No lo crees, Zhidie? Y quizá también la nariz. Vas a tener una suegra totalmente falsa con un culo totalmente falso. La calle está llena de mujeres que van de un lado a otro. ¿No te parece que debe haber alguna que sea falsa? A lo mejor lo son todas, Zhidie. —La anciana hacía gala de un humor feroz cuando quería, y añadió—: Nadie puede decir en realidad en esta vida lo que es verdadero y lo que es falso.

La vieja anciana sentía que cada vez se divertía más y lo expresaba riéndose ella sola. Zhuang Zhidie se sentó sin saber bien qué decir o hacer y miraba constantemente su reloj. Así pasaron dos horas hasta que se despidió de su

suegra y se fue a revelar las fotos. Cuando estaba a punto de irse, la anciana Niu le dijo:

—Recuérdalo bien, nadie puede asegurar en este mundo que algo no es falso y parece mentira que a tus años no te hayas dado cuenta todavía de esto.

Tras escucharlo, Zhuang Zhidie se puso a dudar involuntariamente de lo que debía hacer en esos momentos y se acordó de Tang Wan'er y las fotos. ¿Debía llamarla para decirle algo?, pensó, quedándose parado en la calle y ensimismado, como absorbido por un sueño, ya que las palabras de su suegra le habían perturbado más de lo que creyó en un primer momento. Él, ¿era o no Zhuang Zhidie? ¿Quién era en realidad? Si en realidad era Zhuang Zhidie, la cobardía de los últimos días, ¿se había convertido de repente en una valentía desmesurada hacia el mundo que le amenazaba a diario con su ruina? Si no lo era, ¿quién diablos era en realidad? En medio de sus cavilaciones, Zhuang Zhidie se puso a fumar bajo la luz de un sol esplendoroso que permanecía orgullosamente colgado del cielo, un sol en el momento más brillante y poderoso de su recorrido durante ese día. Expulsaba bocanadas de humo hacia el espacio infinito del cielo, que no eran ni grises ni negras, sino rojas como la sangre que brota de una herida. Giró la cabeza bruscamente y vio que alguien estaba dando saltos de un *chijunto* a la base de uno de los muros que encierran Xijing y no paraba de sollozar. A Zhidie se le puso la piel de gallina al verlo y se lo quedó mirando hasta que se vio a sí mismo en esa sombra. Zhidie quería avanzar hacia una tienda en la que había gente que no paraba de empujar la puerta de cristal para entrar dentro. Zhidie vio de repente, y efectivamente, su propia sombra —esa que proyectaba el sol— en la superficie empedrada y ruinosa del muro que se veía a su vez azotado por la luz del sol. Zhuang Zhidie no creía en demonios ni fantasmas y pensó que esa sombra era la suya —la suya verdadera, por supuesto—, pero esa sombra se descomponía en lágrimas y él, Zhidie, no estaba llorando. Parecía además la sombra de un moribundo que miraba asustado a los cuatro lados, pero nadie que pasaba por la calle o estaba en la tienda se daba cuenta de que él se encontraba en una situación tan difícil. Nadie se había dado cuenta en realidad de que su propia sombra le había asustado. Absolutamente consternado por esa experiencia, Zhuang Zhidie volvió a la habitación donde le esperaban los negativos del carrete, ya revelados, que había dejado dos horas antes; pero Zhidie se dio cuenta, nada más ver las fotografías, de que estaban en ellas todas las cosas, es decir, los muebles y las sillas de la casa, el objeto de jade, etc., y se veía con una claridad apabullante; pero no había ningún ser humano en ellas, ni su esposa Niu Yueqing ni su amante Tang Wan'er, tal y como las había

fotografiado previamente. Lo único que creyó ver fueron las figuras de un par de esqueletos, y ello le asustó enormemente. Zhuang Zhidie no podía creerlo, empezó a azorarse y se fue corriendo hacia su motocicleta Mulan, se quedó delante de ella un rato sin hacer nada, y luego se fue para olvidar ese momento difícil.

CAPÍTULO III

En la entrada al patio de la casa, y nada más verlo, Liu Yue le preguntó a Zhuang Zhidie que de dónde venía y él le respondió que acababa de revelar unas fotos y se había ido a dar una vuelta con la moto. Le comentó después que ella había, simplemente, desaparecido de las fotografías. Zhao Jingwu le recordó con cierta sorna:

—Más tarde, ese lío amoroso va a hacer que los hombres de Xijing se interesen de nuevo por las mujeres. Estoy convencido de ello, e irán a verlas en carne y hueso, que es más interesante. Si no quieres sacar las fotos para mostrarlas, no las saques, pero no mientas ni te andes con rodeos, Zhidie. Liu Yue ha perdido todo interés por esas cosas y nunca habla más de la cuenta, pero es gracias a ella que sé que la gran hermana Jing ya ha comprado la *Revista de Xijing*. Si la hermana Jing se ha enfadado con este asunto, o si duerme sola o acompañada, ¿qué nos importa ahora todo eso? ¡Estamos en sus manos!

Zhuang Zhidie sintió inmediatamente que las piernas y los brazos se le debilitaban y decidió dejar de lado el asunto de las fotografías, cogió al azar una revista y se fue al estudio a leerla. Antes de irse, le sonrió a Liu Yue y le dijo con un tono de voz suave:

—Dile a ella que se venga a comer con nosotros.

Li Yue le replicó:

—No me atrevo.

Zhuang Zhidie, cabizbajo, se quedó considerando ese asunto para sus adentros y se acostó en el dormitorio.

Niu Yueqing se encontraba estirada en la cama, adormilada, con el cabello recogido y envuelto en una toalla y la cara llena de hojas de palma. Zhuang Zhidie le dio una sacudida y le propuso:

—¿Qué haces aquí? ¿Te has puesto a dormir, querida? Vamos a comer algo, ¿quieres?

Niu Yueqing tenía los ojos cerrados y no le contestó. Zhuang Zhidie volvió a empujarla; pero Yueqing, como un tronco de madera pesado e inerte, no se movía y sus ojos permanecían totalmente cerrados. Liu Yue se encontraba detrás de la puerta del dormitorio y se tapó la boca para que no le oyesen las risas. Zhuang Zhidie insistió en su propósito:

—Yueqing, Yueqing, ¿te has dormido?

Niu Yueqing seguía sin moverse y prácticamente sin respirar. Estaba acurrucada como un niño y Zhuang Zhidie le puso la mano expresamente delante de la nariz. Niu Yueqing se sentó de golpe en la cama y Zhuang Zhidie, sonriendo, le dijo:

—Pensé que te habías muerto, estabas fría y ni siquiera respirabas.

Niu Yueqing le respondió:

—Tú no vas a tener la oportunidad de sentir mi aliento por mucho tiempo. ¡Me has matado!

—Liu Yue —le reclamó Zhidie—, ve a ver qué tiempo hace fuera y dime si va a hacer calor o va a haber tormenta. Parece que se está nublando el cielo...

Niu Yueqing agregó:

—Aquí, entre las sábanas, hace mucho frío.

Liu Yue sonrió y se metió en la cocina. Niu Yueqing intuyó por qué Zhuang Zhidie le había hecho a Liu Yue esa petición tan extraña y se le escapó una sonrisa, se giró y se puso a insultar a su marido:

—Te mereces una paliza y hueles peor que una mierda. ¡Y aún tienes la cara de venir a molestarme a la cama! ¿Acaso creías tener gloria y honor? ¿Es la reputación de personaje célebre y romántico la que te permite hacer lo que te venga en gana?

Zhuang Zhidie le respondió:

—Vaya, así que has leído el artículo de Zhou Min. Todo eso es una basura, una pura invención. ¿Crees que he tenido un lío con Jing Xueyin?

Niu Yueqing le acusó:

—¿Cómo le has dejado que escriba eso?

—No tenía ni idea de que iba a escribir eso —le contestó Zhidie—. ¿Crees que si hubiera estado al corriente de ello se lo habría permitido? Ese Zhou Min es un recién llegado que es capaz de hacer cualquier cosa con tal de que le den un trabajo en la redacción y meter así un pie en los círculos literarios. Ese artículo sobre mi persona y Jing Xueyin es parte de su estrategia. No tiene escrúpulos en utilizar mi nombre porque sabe que en mi estado actual no puedo

hacerle ningún daño. ¡Yo lo habría impedido de saberlo con antelación!

—Sí, ese tipo es un recién llegado y a la chita callando es capaz de pasar por encima de cualquiera para conseguir sus objetivos. ¿De dónde ha sacado toda esa información? La describe con pelos y señales y con una aparente seguridad que deja al lector sin ninguna duda.

—Es probable que Yunfang le haya contado cosas sobre mí para divertirse y él las haya malentendido o simplemente tergiversado —le dijo Zhuang Zhidie.

—Eso seguramente son fanfarronadas que habrás dicho a alguien en broma y se habrán convertido en rumores. A la gente le gustan esas cosas, y si encima se trata de la gran Jing Xueyin y tus ansias por mejorar tu desbaratada reputación, ¡todavía más! —le replicó Yueqing.

—Vaya por dónde, ahora resulta que necesito a Jing Xueyin para mejorar mi reputación venida a menos...

—Esto yo lo tengo claro. Siempre has querido acercarte a la familia Jing porque sabes de su poder e influencia en la Capital del Oeste y se nota cuando me hablas de ellos. ¡Te animas de golpe! Menudo golfo estás hecho, Zhidie.

Niu Yueqing se airaba cada vez más mientras hablaba con su marido y de sus ojos brotaron unos lagrimones. En la cocina, Liu Yue había oído la conversación entre la pareja de esposos y se dio cuenta de que se habían puesto a pelearse. Salió corriendo y le dijo a Niu Yueqing:

—Hermana mayor, mi querida *dajie*, no te enfades de esa manera. ¿Para qué sirve enojarse ahora? El maestro Zhuang es un hombre de una muy buena reputación y toda una celebridad en nuestra querida Xijing, y las celebridades no pueden evitar este tipo de cosas. No deberías hacer astilla del árbol caído, ya que es tu marido, y ¿no crees además que deberían ayudarlo?

Zhuang Zhidie dijo:

—Liu Yue, bien dicho, pero ¿de veras crees que yo he mantenido una relación sentimental con Jing Xueyin?

Niu Yueqing volvió a sonreír abiertamente, se puso de pie y abrazó a Liu Yue como dos hermanas que se abrazan para consolarse mutuamente, y luego le dijo:

—Liu Yue, ven aquí. No nos estamos peleando, lo hacemos en broma.

Liu Yue le contestó con ironía:

—Me morderé la lengua. ¿Quién se está peleando aquí? ¿Alguien ha visto algo?... ¡Pues nadie! Yo observaba de cerca la vida del hogar en el que cuidaba de los niños. El hombre guardaba las apariencias en el exterior y se las daba de hombre respetable, pero el muy golfo se veía con otras mujeres. Su mujer, por

supuesto, lo sabía, pero no le importaba nada. ¿Sabéis por qué? Porque a esa mujer lo único que le preocupaba era que su marido llenase la caja fuerte de la casa de billetes y el resto le importaba un pepino.

Niu Yueqing dijo:

—A mí lo que me preocupa de verdad de este asunto es la reputación del maestro Zhuang. Volviendo a lo que nos ocupaba, sé de sobras que tú, Zhuang Zhidie, no eres ese tipo de personas que va engañando a sus mujeres, ni siquiera eres un ambicioso, ni un traidor adúltero, ni un malnacido. Tampoco tienes ya las fuerzas para ser un traidor adúltero y un ambicioso, y yo no creo todo lo que la gente va diciendo de mi marido. La gente es muy mala y los hay en Xijing que tienen la lengua muy larga. Odian la felicidad del marido porque le tienen envidia. Sí, hay demasiada gente en Xijing que odia que otra gente sea feliz; pero las palabras no son más que palabras.

Tras confesarse de esa manera, Niu Yueqing derramó unas lágrimas. A Liu Yue, esa situación le pareció poco habitual y justo en ese momento alguien golpeó la puerta. Niu Yueqing se secó rápidamente los ojos, y mientras enviaba a Zhuang Zhidie al estudio, gritó:

—¿Quién es?

Y alguien respondió al otro lado de la puerta:

—Pues soy yo, Zhou Min.

Niu Yueqing abrió la puerta y sonrió:

—¿Sales del trabajo y no vuelves a tu casa? ¿Tienes hambre? No me extraña. Come algo, rápido.

Zhou Min le dijo que había salido antes de lo normal del trabajo y que ya había comido en su casa. Me gustaba pasar el día paseando junto a los muros de la ciudad y ahí me perdía en mis pensamientos. Hoy hice algo parecido cuando salí de la redacción, pero esta vez he decidido venir hasta aquí.

Zhuang Zhidie salió del estudio y se quedó mirando a Zhou Min como quien mira un fantasma que acaba de aparecérselo, pero le hizo feliz verlo en su casa y le invitó a comer un *jianbing*. Zhou Min se lo comió por no contrariar a Zhuang Zhidie, aunque no tenía nada de hambre. Zhuang Zhidie puso una casete en el magnetófono para que Zhou Min disfrutara de la música. Luego Zhuang Zhidie se sentó en la mesa con Niu Yueqing y Liu Yue. La música era en realidad una opereta que contaba la historia legendaria de Liang Shanbo y Zhu Yingtai⁵⁶. Zhou Min dijo nada más escucharla:

—Al maestro Zhuang, ¿le gusta escuchar historias de amor folclóricas? No

lo sabía...

Zhuang Zhidie le respondió:

—Tengo unas cuantas casetes, pero las copias no son muy buenas. El sonido de la grabación no es muy nítido, pero vale la pena escucharlas. Escucha esta música, que te gustará.

Sacó la casete del magnetófono y le puso otra a Zhou Min. Empezó a salir una música que se oía como a lo lejos, una música libre y remota, como el fluir lento del agua de un riachuelo. Zhou Min se precipitó a preguntarle:

—Esa es la música de una ocarina. ¿Dónde lo grabaste?

Zhuang Zhidie respondió orgulloso de sí mismo:

—Si prestas atención, escucharás a gente tocando la ocarina por la mañana y por la noche junto a la muralla de Xijing. Yo lo grabé discretamente, desde lejos, y es por eso que la calidad del sonido deja mucho que desear. Cierra los ojos y escúchalo. Te llegará la música al alma. Es como si entrases en un territorio vasto y desolado. Hay en esa música algo de quejido y sollozo, y algo de hechizante y eléctrico al mismo tiempo. Es como cuando entras en un bosque oscuro de pinos altos y frondosos y escuchas el movimiento de las ramas por el viento. Luego, ¿puedes olvidarlo? De repente algo lo interrumpe bruscamente. ¿No te entra miedo? Hay algo de misterioso en ello y algo apasionante penetra en tu ser. Más andas, más te alejas de tu punto de partida; y más andas, más te introduces en las profundidades del bosque. Tu piel se pone de gallina y te sientes como si tuvieses la malaria. Contemplas los rayos del sol atravesando las ramas de los árboles y sigues buscando tu camino de regreso... —Tras decir esas palabras, Zhuang Zhidie era incapaz de sostener el bol de arroz.

Liu Yue le llamó:

—¡Maestro Zhuang, eres un auténtico poeta!

Zhuang Zhidie se dio cuenta de que Zhou Min había agachado la cabeza y le dijo:

—Zhou Min, ¿no sientes lo que te digo?

Zhou Min le respondió:

—Maestro Zhuang..., esa ocarina, fui yo quien la estaba tocando...

Zhuang Zhidie se quedó boquiabierto. Niu Yueqing y Liu Yue dejaron inmediatamente de comer. Zhou Min les dijo:

—Me gusta tocar la ocarina. Lo hago simplemente para entretenerme. No sabía que alguien me estaba escuchando y menos que me estaba grabando. Al parecer, te gusta y de verdad esta música. Cualquier otro día puedo tocar

exclusivamente para ti, maestro, y podrás grabarme. El sonido será de mejor calidad. Pero hay algo que no entiendo. Tú eres una celebridad en Xijing y todo lo demás. Se cumple todo lo que deseas. ¿Por qué te gusta tanto escuchar esa música triste?

Una vez hecho ese comentario, Zhou Min sacó de su mochila un objeto negro con la forma de un huevo que parecía un jarrón de arcilla modelada muy pequeño y agujereado y dijo que eso era un *xun* (una ocarina). Zhuang Zhidie conocía el sonido que produce una ocarina, pero nunca había visto ese instrumento con sus propios ojos. La cogió y la observó detenidamente. Le pareció un objeto extrañísimo y le preguntó a Zhou Min dónde lo había comprado. Le dijo que había ido a una tienda de música y no lo tenían. El vendedor ni siquiera sabía qué era ese instrumento musical. Zhou Min le explicó que es un instrumento antiguo y que eran muy pocos los que sabían utilizarlo en estos tiempos. Él mismo, cuando vivía en Tongguan, había visto a mucha gente entre el pueblo tocando la ocarina. Había un anciano que era un maestro en el arte de tocar ese pequeño instrumento y fue con él con quien aprendió a tocarlo. A su llegada a Xijing, se puso a excavar en el terreno de la ermita de la Vacuidad Luminosa y allí encontró esa jarrita de arcilla negra. Nadie sabía lo que era y solo él lo reconoció. A partir de ese momento, se fue a los muros de Xijing a practicar con ese instrumento. Tocar esa música, incluso poseer ese objeto, le servía para tener con él algo de su terruño, el cual había tenido que dejar para ir a la gran ciudad, aunque reconocía que aún tenía mucho que mejorar. A partir de ese momento, los dos se pusieron a charlar calurosamente y Zhuang Zhidie dijo:

—No sabía que me gustaba esa música, pero me imagino que a mí también me recuerda a Tongguan. Tanto tú como yo venimos de ese lugar. Cuando empecé a escucharte, me compré un magnetófono para grabar esa música. Lo cierto es que debes concentrarte un poco para hacerlo, pero vale la pena.

Zhuang Zhidie puso otra casete en el aparato y esta era ciertamente una música para unos funerales. Niu Yueqing cogió el instrumento con sus manos y, mirándolo por todos los lados, dijo irónicamente:

—Pero... ¿quién es capaz de apreciar la música de este objeto?

Zhuang Zhidie le contestó:

—Escucha, escucha... Ya verás cómo te gustará.

Niu Yueqing dijo:

—A mí no me gustará nunca esa música, créeme. Cuando la pongas, la gente que pasa por la calle va a creer que alguien se nos ha muerto en casa.

Zhuang Zhidie esbozó una sonrisa amarga y apagó el magnetófono. Se sentaron todos a comer y Liu Yue preguntó:

—El maestro Zhuang, ¿le tiene miedo a su mujer?

Zhuang Zhidie le respondió:

—¿Yo, miedo de mi mujer? ¿De qué? Mi mujer no me teme a mí, eso es todo.

Niu Yueqing no hizo caso expresamente a lo último que había dicho Zhuang Zhidie y este añadió:

—¡Estas gachas están para chuparse los dedos! —Tras acabarse las gachas, soltó los palillos y le preguntó a Zhou Min si todavía tenía algo más que decir. Tanto si tenía algo que decir como si no, le dijo que debían ir a la casa de Meng Yunfang para charlar un rato.

Zhou Min se sintió en ese momento avergonzado y su rostro así lo reflejó. Respondió con una evasiva y dijo:

—Sí, tengo otra cosa que contarte, pero lo haré más tarde. Come tú primero, anda.

Zhuang Zhidie les respondió:

—Yo ya me he quedado bien. Habla, y no te cortes.

Y Zhou Min le dijo:

—Debo saldar una deuda contigo..., una deuda de gratitud hacia ti, el maestro Zhuang... Si no hubiera sido por ti, no habría podido nunca escribir el artículo que acabo de publicar en la *Revista de Xijing*. El maestro Zhuang me sigue recibiendo en su casa con cortesía y aprecio. Jing Xueyin ya ha regresado a Xijing y todo ese asunto ha levantado un revuelo que no me lo esperaba. La líder de la Sala de la Cultura te anda buscando por este asunto. Yo le he enviado en primer lugar una carta, pero quería saber vuestra opinión.

Niu Yueqing sugirió:

—Yo y tu maestro Zhuang ya hemos leído el artículo.

Zhou Min sintió pánico en ese momento y sintió que se le debilitaban todos los miembros de su cuerpo:

—Y la señora del maestro Zhuang, ¿también lo ha leído?

Niu Yueqing le contestó:

—Lo he leído por casualidad. Ni siquiera sabía que existía y no me intereso por esas cosas. El asunto en sí no es importante, pero sí lo es el revuelo que se está armando. ¿Qué está tramando esa Jing Xueyin con tanta agitación? Ni hay que ver al monje, sino a Buda mismo. Los sentimientos del pasado no tienen

ningún valor en el presente. ¿Vamos a perder nuestro honor ahora?

Zhuang Zhidie no recibió de buen grado las palabras de su mujer Niu Yueqing y se le ensombreció la cara. Deseaba que ese asunto se aclarase cuanto antes en la Sala de la Cultura para evitar en el futuro otros malentendidos. Respirando profundamente, Zhidie se lamentó:

—Habría que prevenir al personal y explicarles lo que ha pasado. Temen que Jing Xueyin vaya a vengarse de ellos y los metan a todos de patitas en la calle. Y sobre todo, que no se crucen. Un encuentro fortuito ¡y van a saltar chispas entre ellos! No hay que alegrarse de la desgracia de los otros. Wu Kun puede aprovecharse de esta situación para promoverse en la administración pública y prender fuego a la redacción de la *Revista de Xijing*. Presionará al marido de Xueyin para que tome decisiones drásticas y nos aplaste. Así es como se hace respetar la gente, ¡eliminado a los que hablan mal de ellos! Si ella no se hubiese puesto a armar ese revuelo, ello habría querido decir que consiente de manera tácita con lo que dice el artículo. Y aunque haya comenzado el revuelo, no por eso vamos a decaer ni a ponernos tristes. Ella no se va a comer a nadie, ni tampoco es un troglodita del neolítico como los que vivían en Banpo en nuestra provincia.

Niu Yueqing dijo:

—Lo que sucede ahora es que la familia Jing ha sido deshonrada y eso es algo muy grave. ¿Creéis que se van a quedar de brazos cruzados? Examina las cosas desde el punto de vista de ella, su punto de vista y no el tuyo, Zhidie. Zhou Min ha escrito un artículo y la *Revista de Xijing* lo ha publicado. ¿Y eso es bueno para ti? Tú ya has dicho lo que tenías que decir y vas a hacer sonar tres campanas con el tiro de una piedra. ¿Y a cuánta gente vas a hacer infeliz con ese asunto?

Tras oír esas palabras, Zhuang Zhidie ardía por dentro y, sin poder soportarlo, dijo:

—¿Y qué puedo hacer yo?

Zhou Min le dijo a Zhuang Zhidie:

—En la Sala de la Cultura hay gente que quiere hacerte unas preguntas sobre ese asunto. Lo único que tienes que decir es que lo escrito en ese artículo es verdad y esa es tu mejor defensa. Una infamia puede atraerte muchos más problemas, maestro, que reconocer un lío amoroso adúltero. No temas lo que su venerable esposa pueda decirte.

Niu Yueqing dijo:

—O si no, pasas por el tubo, como se dice vulgarmente.

Zhou Min le aconsejó a Zhidie:

—Maestro Zhuang, tú puedes tal vez hablar con Jing Xueyin. Lo escrito nunca es suficiente. En las historias de amor siempre pasan ese tipo de cosas. Si tú dices que hubo en realidad esa historia entre los dos y ella lo niega, ¿habrá que encontrar un testigo que decida quién tiene razón? En el fondo del río, las aguas se enturbian; y más se profundiza, más turbias son. Ahí no hay nada claro. ¿No es una buena estrategia ir hasta el fondo de las cosas? Al contrario de lo que se piensa, profundizando no se aclara nada.

Zhuang Zhidie se puso de pie y la cara le cambió:

—¿Cómo diablos puedes pensar así? ¡Eso ni es una estrategia ni es nada! ¡Eso es una irresponsabilidad! O mejor dicho, eso es hablar irresponsablemente. Al menos sé consciente de ello.

Niu Yueqing también dijo:

—Zhou Min, no deberías atreverte a decir esas cosas. Tu maestro Zhuang ocupa un lugar en la sociedad al que tú y yo no llegaremos nunca. ¿No te das cuenta de que si mi esposo confirma lo que tú has escrito en ese artículo va a ser visto como un auténtico rufián por el gran mundo de Xijing? ¿Cómo vamos a dirigirnos a esa gente?

Tras escuchar esas palabras, a Zhou Min se le enrojeció la cara. Se tapó la boca con la mano y dijo que había perdido la cabeza, confundiéndosele las ideas, y había mezclado cosas que no debía. Zhou Min también dijo que no tenía mucha experiencia del mundo y que temía que los superiores de la administración pública se cebasen con el maestro Zhuang. Le pidió disculpas finalmente a Niu Yueqing. Zhuang Zhidie, airado como se encontraba, cogió de la mesa un bol de té para bebérselo entero y así aliviar la tensión que le atenazaba; pero al metérselo en la boca, se dio cuenta de que no había agua. Entonces dejó la taza y giró su rostro hacia otro lado. Niu Yueqing no tardó un segundo en servirle té a su marido y le llenó el tazón. Hizo lo mismo con Zhou Min y dijo:

—Mi querido Zhou Min, ¿debiste hacerlo así, pedazo de bruto? ¿Cómo has podido hacerle eso a tu maestro Zhuang? Él nunca te ha rechazado. Incluso te ha acogido con los brazos abiertos. Los dos nacisteis en el mismo terruño. ¿No crees que deberías pedirle disculpas? Has contado muchas cosas y nada bonitas. ¿Cómo va a reaccionar la gente? ¡Dime!

Zhou Min quiso sincerarse y esta vez dejó a un lado su hipocresía, ya que se

dio cuenta de que nadie se la creía:

—Sí, os he enojado con lo que he dicho. Pero ¿qué puedo hacer ahora?

Zhuang Zhidie le respondió:

—¿Y crees que yo tengo la solución? Pero una cosa tengo clara. ¡Yo no voy a decir por ahí que me he liado con Jing Xueyin porque eso es totalmente falso!

Niu Yueqing dijo:

—Ese asunto ya pasó. Yo al principio no quería decir nada, pero tanto si has tenido un lío amoroso como si no, tu vida antes de que nos conociéramos, Zhidie, no me importa un pepino. Pero eso sí, después de casarnos, me importa y mucho. Si todavía os une algún hilo... ¡yo no estoy ciega! ¿Lo entiendes, amor mío?... Y lo veo todo muy, pero que muy clarito... ¿O crees que soy tonta? Si te veo con ella, te mato... A ti te importa un comino herir mis sentimientos y ahora vas y le infringes ese castigo a Jing Xueyin. Zhuang Zhidie, pero ¿qué diablos te han hecho las mujeres para que te vengues ahora de ellas de esa manera? Igual crees que ella es muy noble y que conserva hacia ti sentimientos de amor auténticos y lo único cierto aquí es que si pudiera ¡te tiraría por un precipicio o por un pozo!

Zhuang Zhidie dijo:

—¿Ya te has quedado tranquila, cariño? Tú todavía tienes tus ojos puestos en ese asunto y no puedes quitarlos de encima.

Niu Yueqing le contestó airada:

—Crees que estoy celosa. ¿Es eso? ¡Me das pena, Zhidie!

El ambiente se había cargado y Liu Yue y Zhou Min no se sintieron bien. Niu Yueqing se dio cuenta y dijo:

—Esta situación, yo tampoco la aguanto; pero hay que dar un paso más en este asunto. Tú, Zhuang Zhidie, de repente ya no odias a Jing Xueyin, y eso me decepciona. Si no reconoces la historia de amor, ¿qué te unía a ella?

Zhuang Zhidie le contestó:

—Es una camarada y una buena amiga.

—Ese artículo dice que había mucha gente en la redacción de la revista que estaba al corriente de vuestra historia. ¿Es cierto? —preguntó Yueqing.

—Nada que no entre dentro de lo normal entre dos camaradas o dos buenos amigos —respondió Zhuang Zhidie.

—Todo esto depende ahora de ti. ¿Quieres enfrentarte a la realidad? Al día de hoy, la melodía que suena es la melodía de vuestra historia de amor. Esa es la partitura que está escrita en el artículo y que todo el mundo oye; pero si sigues

insistiendo en que no hubo nada de nada entre vosotros, la redacción de la *Revista de Xijing* y el mismo Zhou Min van a desaparecer engullidos por la gran depredadora en busca de venganza. Y si eso sucede, ¿con qué ojos te van a ver los de la redacción? ¿No son tus colegas? ¡A mi marido una sola mujer puede de repente volverle loco, aunque sea una amiga!

Zhuang Zhidie respondió:

—Ese es tu temor, tu temor más profundo desde que nos casamos...

Yueqing le advirtió:

—Hay quienes a eso le llaman un metal de cobre en descomposición al que tú llamas oro puro. Tú, Zhidie, en realidad has perdido la dignidad a los pies de esa Jing Xueyin. ¡Y te va a pisar como quien pisa un desecho en la calle! ¡Así que piensa en algo ya! —Tras decir esas palabras, se dirigió a Zhou Min—: Habla con Zhong Weixian y los otros miembros de la redacción. Si quieren ayudar a Zhuang Zhidie, deberás ser consciente de las consecuencias que podrás sufrir tú mismo. Yo de ti empezaría a preparar las maletas. Mañana te vas a la ermita de la Vacuidad Luminosa y empiezas a trabajar ahí como albañil. —Niu Yueqing se fue a su dormitorio tras pronunciar esas palabras.

Zhuang Zhidie se sintió por los suelos con ese intercambio de palabras y con la cara apesadumbrada se puso a pasear por la casa. A Zhou Min se le quedó cara de tonto y no se sentó. Liu Yue se lo quedó mirando y se sintió mal, sacó unas ciruelas del frigorífico y se las dio a Zhou Min para que se las comiera, pero él las rechazó. Los dos se juntaron. Zhuang Zhidie se unió a Zhou Min un poco más tarde y le cogió una de las ciruelas y se la comió; luego le dijo:

—Esto es lo que debemos hacer. Tú debes insistir en que todo lo escrito en el artículo es cierto. También puedes decir que soy yo quien te ha dado toda la información; pero cuando te la di, no te dije en absoluto que pasó algo con Jing Xueyin. Solo te dije que había tenido varios romances con varias mujeres muchos años atrás. ¡Pero no con Jing Xueyin! Ahora el contenido de ese artículo cita explícitamente a Jing Xueyin, aunque ahora el nombre de una mujer sea lo de menos, y el estilo que has empleado es el estilo periodístico. Estás hablando de hechos reales y ese estilo tiene sus reglas. ¡Yo debería haberte dado mi permiso para hablar de esas mujeres o habérselo pedido a ellas! Y si no lo haces así debes citar a la gente con una X. ¿Está claro ahora? De esa manera evitas problemas y los de la censura no te van decir nada. Además, podrás decir cualquier cosa.

Zhou Min se quedó mudo durante un buen rato y luego dijo:

—Pues si esa es la solución, que así sea.

Zhou Min se despidió de los demás y salió por la puerta. Niu Yueqing oyó el portazo que dio Zhou Min al salir y supo inmediatamente que había sido él. Desde la cama del dormitorio donde se encontraba, gritó:

—¡Zhidie, ven anda!

Zhuang Zhidie abrió la puerta y entró en la habitación. Vio a su mujer sentada sobre la cama limpiándose la crema de leche que se había puesto en la cara. Su mujer le dijo:

—Cariño, lo has bordado. Así se explican las cosas para que la gente las entienda; pero deberías haber sido más claro ante Zhou Min sobre su error. Has hablado de una manera muy impersonal, como quien da una lección con un ejemplo.

—Tú permites a Zhou Min que me mire de esa manera tan poco ortodoxa. ¿Acaso cree que voy a sacrificarme para salvarle a él y a la gente de la revista? —dijo Zhuang Zhidie.

Niu Yueqing le contestó:

—Yo no he hablado de esa manera. ¿Tienes algún plan finalmente?

—¿Conoces los fundamentos de Zhou Min? —le dijo Zhidie—. Yo, al fin y al cabo, le conozco. Ha tomado prestado mi nombre y luego fue a la revista a sabiendas de que me eso me iba a enfadar. Ahora acaba de provocar una pelea entre nosotros para discernir lo que es correcto de lo que no lo es. ¡Y tú te pones de su lado! ¿Qué le voy a decir a Jing Xueyin cuando la vea?

Niu Yueqing le respondió:

—¿Todavía sigues pensando en ella? Eso es lo único que te interesa.

Zhuang Zhidie lamentó para sus adentros haber dicho esas palabras y cerró la puerta de un portazo que hizo retumbar la casa, se dirigió al salón y se puso a fumar. Desde ahí, envuelto en humo, pudo oír la música distante de la ocarina. La escuchó hasta el final y luego se dio cuenta de que Liu Yue se había quedado dormida en el sofá. A Zhidie se le había quedado cara de tonto y puso una casete en el magnetófono para seguir escuchando esa música funeraria. Apagó la vela de la lámpara poco después y su corazón se calmó de golpe. Zhuang Zhidie entró en ese ámbito indecible en el que los límites del yo desaparecen.

* * *

Un día tras otro, Zhou Min llegaba pronto y se iba tarde, como se suele decir, de

la redacción de la *Revista de Xijing*, y hacía ahí la guardia como quien quiere proteger un lugar de sus enemigos. De regreso a casa, se divertía con Tang Wan'er. La mujer de Zhou Min no se sentía, sin embargo, tranquila. Hacía mucho tiempo que no había ido a bailar al hotel Sheraton y Zhou Min siempre lo posponía para el día siguiente. Su mujer le dijo que en la calle que queda a la izquierda del museo del Bosque de las Estelas, Zhuang Zhidie había abierto una librería. Debían ir sin falta a verla, ya que vendían libros muy buenos. En segundo lugar, había que preocuparse por el maestro Zhuang. Zhou Min, perdiendo la paciencia, le decía una y otra vez:

—Estoy descansando en estos momentos. Si te quieres ir, pues te vas...

Zhou Min le daba esa excusa no porque quería sacar su ocarina e irse a los muros de Xijing a tocarla, sino porque estaba muy cansado y quería irse a dormir lo antes posible. A Tang Wan'er eso la sacaba de sus casillas y permanecían varios días sin dirigirse la palabra. Durante el día, Zhou Min se iba al trabajo y ella se quedaba sola en casa y enloquecía. Solo se le ocurría maquillarse meticulosamente y perfumarse tanto como pudiese. Oscurecía y alargaba sobre todo sus cejas y les daba volumen, y colgaba unos pendientes en sus orejas. De esa manera, en su soledad, se ponía a pensar en Zhuang Zhidie y en su posible visita, y así mataba su tedio durante horas. Visitaba a menudo la ventana para ver si venía y cuando veía a alguien ella pensaba que era él. Se emocionaba y luego se venía abajo, decepcionada, al ver que no era Zhuang Zhidie. La gente iba y venía como el vaivén de las olas, se precipitaba en el patio y se apelotonaba caóticamente. Todos ellos la miraban con indiferencia bajo los perales. A ella la enfurecía que la mirasen con la atención que se merecía y les sonreía con desdén; esperándole venir, pensaba, supo un día quién era ese tipo que llaman Zhuang Zhidie y veía cómo le adulaban todos. ¡Yo os acuso ahora por ponerme esa cara seria e inquisitoria! ¡Me avergonzáis, estúpidos moralistas!... Pero pasaba el tiempo y Zhuang Zhidie no venía y ella se enfadaba con ella misma, cogía el peine y se cepillaba una y otra vez delante del espejo el cabello y se pintaba los labios con una barrita de rojo carmín para resaltar el color, y a esperar de nuevo a Zhuang Zhidie. Una noche, cuando la luna brillaba pura como el agua, Zhou Min se fue a la muralla para tocar la ocarina y Tang Wan'er cerró la puerta del patio y se preparó un baño espumoso en la bañera. Después, y completamente desnuda, se echó sobre la hamaca que había bajo uno de los perales. Ahí pasó mucho tiempo en un silencio absoluto pensando: mi querido Zhidie, ¿por qué no vienes? Eres igual que el resto de los hombres. Aquel día me dejé llevar y eso fue todo. Luego lo olvidé. ¿A cuántas mujeres has poseído en tu

vida y luego has olvidado? Zhuang Zhidie, eres un escritor. ¿Por qué no te vienes a escribir a mi casa y de paso te diviertes conmigo? Pienso una y otra vez en lo ocurrido y niego que hubiese habido algo serio entre nosotros.

Pero Zhuang Zhidie no era ese tipo de persona, ni reaccionó de esa manera. La primera vez que él vio la expresión de sus ojos se sintió totalmente intimidado por esa belleza inusual y pura. Era la belleza de un ser joven que le recordaba sin cesar, y amargamente, que su propia juventud había pasado. Poseerla suponía recuperar por un momento esa juventud perdida, y por eso creyó enloquecer al verla. Tang Wan'er era el paraíso perdido y eso era lo que le daba a él un profundo miedo. Incluso ella y Zhou Min le recordaban a él y Niu Yueqing en sus años mozos, cuando eran jóvenes y se casaron. Confiaba además en que la joven mujer casada iba a enamorarse inmediatamente de él, porque él mismo le ofrecía un complemento ideal a lo que era ella. En el pasado, el primer hombre con el que Tang Wan'er tuvo una relación fue con un obrero, como solía ser la costumbre en la época de mezclar obreros del rango más bajo con individuos que tenían estudios. Él la forzaba a mantener constantemente relaciones sexuales y eso no solo la cansó, sino que la asqueó por un tiempo en todo lo que tenía que ver con el sexo con hombres. Se casaron para legalizar sobre todo la promiscuidad de él; pero tras hacerlo, ella se convirtió en su tierra y él se convirtió en su azada. Él, a diario, en lo único que pensaba era en arar el campo una y otra vez. En medio de la oscuridad, se subía a la cama, y tanto si a ella le apetecía como si no, él se ponía encima y satisfacía sus necesidades con un apetito insaciable. Cuando se juntó con Zhou Min, pensó que sería más de lo mismo, pero no fue así. Zhou Min parecía carecer de apetito sexual por ella, a pesar de venir de un terruño de pueblerinos que parecían no haber visto a una mujer en su vida, como su primer marido. Con Zhuang Zhidie fue totalmente diferente y por primera vez el sexo con un hombre le resultó agradable, aunque ella ya no era ese ser inocente y puro que Zhuang Zhidie creía haber tenido entre sus brazos. Incluso Zhuang Zhidie llegó a pensar en sus fantasías que ella había perdido la virginidad con él. Quizá, pensó Wan'er, fue debido al aura que acompañaba a Zhuang Zhidie en la Capital del Oeste. Era esa reputación la que le estaba haciendo el amor finalmente y no un obrero baturro que se desahogaba con ella como un animal. Había una diferencia entre las gentes de la ciudad y las del campo, pensaba Wan'er. Mientras esperaba a Zhuang Zhidie, esos pensamientos le provocaban un deseo intenso de verse poseída y empezaba a tocarse las partes sensibles de su cuerpo y para consolarse repetía incesantemente el nombre de Zhuang Zhidie. Wan'er gemía y murmuraba algo

en una lengua incomprensible. Se echó sobre la cama para enfriar su cuerpo, pero no podía reprimirse... □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí treinta y siete palabras]. Tras enfriarse, cogió una pera y empezó a mordisquearla. A través de la ventana contemplaba la luz de la luna penetrando entre las ramas de los perales y en su imaginación creyó ver en esas ramas el rostro de Zhuang Zhidie. Vio además la lengua y los pies de Zhidie, el cuerpo entero incluso, y Zhuang Zhidie estaba sonriendo. Un viento se giró y las hojas del peral se estremecieron. El rostro y el cuerpo de Zhuang Zhidie desaparecieron. El peral se calmó de nuevo. La mujer casada se había entregado en cuerpo y alma a su juego erótico y no podía levantarse. Se estiró sobre el camastro y sintió que tenía el cuerpo blando, como si le hubiesen quitado todos los huesos. Como hacía cada noche, se puso unas hojas en la cara para refrescar la piel. Se le quedó en realidad cara de tonta y así esperó a Zhou Min a que regresase de tocar la ocarina. Nada más llegar, Zhou Min le preguntó, extrañado:

—¿Todavía no te has quedado dormida? ¿A qué esperas?

Wan'er se quitó inmediatamente las hojas de la cara, se puso el pantalón del pijama, ya que tenía las piernas desnudas, y le contestó a su marido:

—No, no duermo todavía.

Zhou Min miró con desgana la luz de la luna que entraba a través de la ventana y le dijo:

—La luna es verdaderamente hermosa esta noche.

Y ella, indiferente, le replicó lacónicamente:

—Sí, lo es —y pensó seguidamente para sus adentros: ¿qué diablos estará haciendo ahora Zhuang Zhidie? ¿Estará leyendo algún libro para sus adentros? ¿Se habrá ido a dormir? Hermano Zhuang, se dijo en silencio Wan'er, separémonos por un tiempo. Lo nuestro es imposible. Yo ya vivo con otra alma bajo estas tejas, pero no me cierras la puerta. El viento soplará como antiguamente de tu lado y ello te asustará quizá. Escucharás la música a lo lejos y permanecerás inmóvil. Mi Zhuang Zhidie, cierra los ojos, nuestra conversación ha empezado...

Zhou Min se fue a la cocina para lavarse la cara y desde ahí vio a Tang Wan'er, echada sobre la cama de su dormitorio con cara de atontada, y le dijo:

—Pero ¿por qué no te duermes ya?

Tang Wan'er le respondió:

—¡Te odio!... Tienes la lengua demasiado larga, Zhou Min... ¡Duérmete tú mismo, si quieres!

—¿Qué pasa? ¿Quieres salir o qué? Pero ya es tarde, cariño —le dijo Zhou Min.

—No puedo dormir —le replicó Wan'er—. Voy a salir al cruce, ahí compraré un helado.

—¿Y vas a salir en pijama? —preguntó Zhou Min.

La seda blanca del pijama de Wan'er refulgía como ropa de noche elegante y así salió a la calle; pero Tang Wan'er no fue a ningún puesto de bebidas a comprar un helado, sino que le pidió al hombre de la tienda si podía utilizar su teléfono. La que recibió la llamada al otro lado del hilo fue Liu Yue, que le preguntó quién era, ya que no reconoció la voz. A Tang Wan'er le enojó esa pregunta y le dijo si no reconocía su voz y luego le preguntó si Zhuang Zhidie y su mujer estaban bien. Liu Yue, con Zhuang Zhidie a su lado, le dijo a Wan'er:

—Es la *jiejie* Tang Wan'er... Ya es tarde, pero ¿es urgente lo tuyo?

Tang Wan'er le contestó:

—Sí, es urgente. Quería preguntaros si necesitáis a alguien que pueda venir a vuestra casa a ayudaros a traer carbón o comprar fideos y arroz, o traer botellas de butano. ¡A Zhou Min le sobran las fuerzas!

Liu Yue gritó a Niu Yueqing y ella le preguntó que quién estaba al teléfono. Liu Yue le dijo que era Tang Wan'er, la cual quería saber si necesitaban a alguien para echar una mano en las tareas de la casa, como traer carbón o comprar fideos y arroz. Niu Yueqing cogió el teléfono y habló con Wan'er:

—La *jiejie* Wan'er piensa en todo y se preocupa por los demás. Te lo agradezco de todo corazón, pero no necesitamos a nadie. ¿Por qué no te pasas por casa a vernos?

Tang Wan'er le contestó sucintamente:

—No pensaba ir. El maestro Zhuang debe estar escribiendo algo y no quiero molestar. ¿No es así?...

Niu Yueqing le dijo:

—Tu maestro Zhuang no se encuentra en estos momentos en casa. Tenía una cita con los encargados del ayuntamiento que deben darle el permiso para abrir la librería y temo que va a tardar varios días en regresar. ¡Pásate por casa y pasaremos un buen rato!...

Tang Wan'er le dijo:

—Por supuesto, por supuesto... —pero en el fondo se sentía más ligera; y tras sentirse así, pensó seguidamente: ¿para qué ir a verlo?, y colgó el teléfono inmediatamente sin despedirse de Niu Yueqing. ¿Lamentaba no haber

preguntado por el lugar del encuentro?

Al día siguiente por la noche, Zhou Min regresó más temprano de lo habitual, cenó algo rápidamente y se puso en la mesa a escribir. Tang Wan'er se acercó porque quería ver qué estaba escribiendo su marido, pero Zhou Min puso la mano encima. Wan'er frunció los labios, cogió el televisor y se lo llevó al dormitorio. Estuvo un momento mirando la televisión y se quedó dormida con el aparato encendido. De repente, se pusieron a hablar en las noticias de un encuentro importante entre líderes municipales y entre las imágenes en colores chillones en tinte apareció Zhuang Zhidie, el cual se encontraba sentado con cara seria en una de las butacas de uno de esos teatros de grandes dimensiones en donde se reúnen los líderes políticos. Wan'er se puso a pensar en lo interesante que sería ser la esposa de Zhidie. Seguro que las gentes de Tongguan lo estarían viendo en la televisión y seguro que hablarán de su esposa, Niu Yueqing. La mujer de Zhuang Zhidie debía saber que su posición podía ser criticada en cualquier momento, ya que podía despertar envidia. Ese obrero que se quedó finalmente sin Tang Wan'er no tenía nada que decirle a ella, y esa era la razón por la cual Zhou Min se impuso más tarde a él. En realidad, el lugar que ocupaba Zhou Min en la sociedad era mucho más elevado que el de un obrero bruto y taciturno. Pero convertirse en la esposa de Zhuang Zhidie... Ah, eso debía ser otra cosa seguramente... Uno podría hasta sentir vergüenza de uno mismo..., pensaba ella.

Tang Wan'er tenía una costumbre extraña: le gustaba dormir desnuda y abrazaba al hombre con sus piernas como un gato. Al principio, a Zhou Min le fatigaba esa manera de dormir, ya que le impedía moverse con naturalidad y le resultaba agotador. Los dos dormían formando algo parecido a un cilindro y en una sola cama con una sola sábana. La situación no duró mucho y los dos decidieron dormir en dos camas diferentes en el mismo dormitorio. Al quedarse dormida, Tang Wan'er entraba enloquecidamente en el mundo de los sueños y a veces se asustaba por un momento. Notaba que Zhou Min le ponía las manos encima y le decía: «¡Estoy durmiendo, diablos!», y Zhou Min dejaba de tocarla y se iba a su cama. Todo eso sucedía en realidad pocas veces, ya que Zhou Min hacía tiempo que había perdido las ganas de tener relaciones sexuales con ella. El joven, en su empeño por hacerse un hueco en la *Revista de Xijing*, llegaba a casa agotado. Una vez en su cama y envuelto en la sábana, Zhou Min no podía dormir y se le oía respirar profundamente. Tang Wan'er no le prestaba atención, pero en una ocasión, Zhou Min encendió la lamparita y se puso a leer apoyado en la almohada y luego se puso a llorar sin venir a cuento. Wan'er, cada vez más

afectada por el comportamiento de su marido, le dijo:

—Estás muy mal de la cabeza, Zhou Min. ¿Qué haces llorando a estas horas de la noche?

Zhou Min le respondió:

—Estoy demasiado estresado y tú no quieres ayudarme a aliviarme ese estrés, y encima estás muy irritable. Como dice el proverbio: la casa es como un refugio en un puerto; pero cuando mi barca llegó al puerto, vino una mala ola y la destrozó.

Tang Wan'er le dijo amargamente:

—Y tú y yo, ¿qué familia hacemos? Una mujer que depende financieramente de su buen maridito, y eso es todo. Una historia clásica y muy común en nuestra China, esa que sufrimos a diario... Mis días pasan demasiado tranquilos y se pierden como el agua que se cuele en el agujero del fregadero, como el trabajo, los hijos, la buena reputación de la familia... Todo eso también se perderá. Todo ello se perderá contigo... Todo esto lo veo muy negro, Zhou Min. ¿Es esta una familia? ¿Cómo nos va a mirar la gente? Hasta la *laopo* de Wang Ximian se burla de mí en público por haberme juntado con un mamarracho como tú. ¿No te das cuenta de que lo único que haces cuando me ves es tirarte pedos? ¿Y encima me pides que alivie tu estrés? ¿Por qué te vas tan temprano y regresas tan tarde? Me paso el día entero sin nadie con quien hablar. ¿Y a alguien le preocupa eso?

Zhou Min le replicó:

—Me pongo en tu lugar, Wan'er, y te comprendo; pero me acusas de todo y no eres justa. ¡Pones todos tus males sobre mi cabeza!

Tan Wan'er le dijo:

—Ese asunto es alarmante. Ahora son las gentes de la cultura que se sienten incomodadas por este asunto.

Zhou Min cogió las hojas sobre las que había escrito el artículo y empezó a contar con desazón:

—Si eso hubiera sucedido en Tongguan, habría llamado a mis amigos y le habríamos dado una paliza a esa que se apellida Jing, y así nos habríamos desahogado; pero en ese círculo de literatos y artistas, hacer eso supondría realizar un acto del pasado. ¡Un anacronismo! Si he podido entrar en la redacción de la *Revista de Xijing*, es gracias a la ayuda del maestro Zhuang. Ni siquiera ha querido sacrificar nuestra amistad con todo el cacao que se ha organizado con ese maldito artículo. Lo que el maestro Zhuang quiere ahora es sobre todo no caer en las redes de la justicia. Niega rotundamente que haya

habido un lío entre él y Jing Xueyin. Además, esa que se apellida Jing no es una mujer con la que es fácil tratar y el maestro Zhuang dice que ella va a hacer todo lo posible por aplastarlo. El maestro Zhuang insiste una y otra vez en que todo lo que he escrito es absolutamente falso. Mi victoria es su derrota, y mi derrota es su victoria. ¿Te imaginas lo que eso supone para mí?...

Tang Wan'er lo escuchó con atención y se puso muy nerviosa. Se fue a la cocina y le trajo a Zhou Min, una vez en la cama, un vaso de agua. Se lo quedó mirando y se dio cuenta de que su marido había adelgazado considerablemente. Zhou Min la abrazó y a ella le disgustó ese gesto y pensó para sus adentros: no pasa nada; mi marido nunca se asentará en los círculos literarios de Xijing y no por lo del artículo, aunque ese será su final. En cuanto tenga la oportunidad, Jing Xueyin lo aplastará a él junto con Zhuang Zhidie. De esta no se salvará ninguno de los dos. Tang Wan'er se echó sobre la almohada y dijo:

—No deberías culpar al maestro Zhuang de lo que te pueda pasar. Él ya tiene suficiente con lo suyo.

Zhou Min le dijo:

—Espero que no me venda la piel. Se lo estará pensando y me buscará una salida digna. ¿No crees, Wan'er?

—¿Qué me dices?... ¿Qué el maestro Zhuang te va buscar una salida digna? ¿Bromeas?

Zhou Min le repitió lo que ya le había dicho previamente a Zhuang Zhidie:

—Todo depende ahora de lo que él pueda decir. Debe reconocer que todo lo que hay en el artículo es cierto. Eso es todo. Pero si se pone del lado de Jing Xueyin e insiste en decir que todo lo que he escrito es falso y que les he difamado, entonces sacaré todo el material que he reunido y que prueba lo que he escrito en el artículo. Si me interrogan como testimonio, les mostraré incluso grabaciones que le hice al maestro Zhuang.

—¿Y cuándo las grabaste? Nunca me habías dicho nada de eso —le dijo Wan'er.

—Ya te lo diré —le respondió Zhou Min.

Tang Wan'er se quedó callada, cogió la lamparita y la acercó a la cama. Luego saltó sobre su almohada y se quedó dormida.

Al día siguiente por la mañana, Zhou Min se fue sin perder un minuto a la redacción de la *Revista de Xijing* y Tang Wan'er puso la televisión nada más irse su marido. Ella sabía que las noticias de la última noche las repetían por la mañana, y efectivamente, vio a Zhuang Zhidie reunido con otros delegados en

un restaurante de la Puerta del Sur Exterior de la Vieja Capital. Zhuang Zhidie iba peinadísimo y bien arreglado. Sin perder más tiempo, Tang Wan'er se fue directamente a ese lugar de Xijing. Todos entraban en el restaurante, en cuya entrada principal había colgadas varias banderas de diferentes colores. De lo alto del edificio colgaba una banderola roja de enormes proporciones con un eslogan que decía: «¡Las más calurosas felicitaciones a nuestros gloriosos diputados y representantes de la Asamblea del Pueblo recién llegados de la ciudad de X y nuestra bienvenida a todos en su mitin anual!», pero la puerta de la entrada al restaurante estaba cerrada. Había cuatro o cinco policías vestidos con ropas doradas delante de ella, como si se hubieran puesto de gala para recibir a los invitados, y no dejaban a ningún delegado entrar en el edificio. Separado por una verja de hierro, había un patio, y dentro de él se detuvo un coche de pequeñas dimensiones. Tras almorzar, los delegados y representantes del Pueblo se dispersaron. Mientras se hurgaban los dientes con los palillos, salían de la puerta de la entrada y se ponían a fumar. Al otro lado de la verja se había reunido una muchedumbre que intentaba ver lo que sucedía al otro lado y gritaba caóticamente. A Tang Wan'er le encantaba ver esas escenas de algarabía con gente abalanzándose hacia delante como un mar que ruga. Vio los zapatos de tacón de una mujer que había pisado barro o alguna inmundicia. La mujer sacó un pañuelo del bolsillo con cara de desagrado y se los limpió. La cámara lo captó todo y todos los chinos pudieron verlo. También vio cerca de la verja a tres individuos que se habían pegado a una mujer y un hombre considerablemente gruesos. El hombre sujetaba con sus manos un papel blanco sobre el que había escrito: «¡Por favor, delegados y representantes del Pueblo, desquitadnos de esta injusticia!...». Al lado había otras palabras juntas y apretadas, pero no podían leerse. Aparentemente, esas palabras describían la injusticia que le habían hecho a ese hombre. Había junto al hombre tres mujeres arrodilladas que gritaban entre llantos: «¡Queremos ver al alcalde! ¡Queremos ver al alcalde!». Varios de esos policías las agarraban para que no saltasen por la verja, pero una de las mujeres se escapó y se encaramó a lo alto de la verja. No pudo liberarse de las manos que la sujetaban, pero parte de su vestido fue arrancado de su cuerpo y la piel sucia de su barriga apareció al descubierto, así como los pezones negros y marchitos de sus pechos. La mujer dijo:

—Alcalde, ¿por qué no quieres recibirnos?... Ningún funcionario quería recibirlos. El alcalde, ¡quizá se ha ido a hacer un hijo con su *laopo*! ¡O quizá se ha muerto!

Los que iban uniformados no le dejaban pasar y hubo uno que le dijo:

—¡No armes jaleo, ni digas tonterías! ¿Crees que vas a poder hacer algo? — Una humareda se desprendió repentinamente del lugar donde se encontraban los hombres.

Tang Wan'er no podía quitar los ojos de esa masa de gente que parecía querer hacer una revolución por algo que parecía un mero ajuste de cuentas. Veía cada vez más gentes reuniéndose frente a la verja y muchos hombres buscaban a sus mujeres y viceversa. El asunto se ponía cada vez más feo, pero para Wan'er, que se había juntado a la muchedumbre, le resultaba más bello también. Wan'er, que se encontraba entre tres mujeres, atraía la mirada de los hombres, pero no sentía ninguna vergüenza y su rostro permanecía imperturbable ante lo que estaba pasando. Avanzó hacia delante y se metió, doblando la cintura, por una puerta, pero el guardián la detuvo. Ella ya había avanzado tres pasos cuando el hombre le gritó:

—¡Camarada! ¿Eras una representante del Pueblo?

Tang Wan'er le respondió:

—No, solo busco a Zhuang Zhidie.

El hombre le repuso:

—Lo siento mucho; pero si no es para participar en el encuentro, no puedo dejarla pasar. Solo los delegados pueden hacerlo. Si quiere buscar a Zhuang Zhidie, puedo decirle a alguien que vaya a llamarlo. —Tras decir esas palabras, le dijo a un individuo que estaba en el patio que fuese a buscar a Zhidie, pero Zhuang Zhidie no aparecía y entonces dijo—: ¡Oh!..., pues no viene. ¿Qué pasa?

Tang Wan'er le dijo:

—Déjeme entrar, rápido. Tengo que decirle algo... —Zhuang Zhidie apareció finalmente y le ordenó al guardia que la dejase entrar en el patio.

Zhuang Zhidie, al ver a Tang Wan'er de cerca, le dijo:

—Estás bellísima, Wan'er. Pasaré primero. Es la habitación 703. Recuérdalo y no te equivoques porque es fácil perderse.

Zhuang Zhidie se puso en camino y Tang Wan'er lo siguió detrás hasta la habitación 703. Tras pasar al interior de la habitación, Zhuang Zhidie cerró la puerta con llave y abrazó apasionadamente a la joven Wan'er. La mujer casada se asustó y le pidió a Zhidie que la cogiese en brazos. Los dos se pusieron a hacer el amor de esa manera: él de pie y ella abrazándole la cintura con las piernas y agarrada a su cuello. Wan'er le dijo:

—Mirándote tan de cerca, pareces muy pequeño, Zhidie. ¡Y nos hemos

vuelto locos los dos!

Zhuang Zhidie sonrió y dijo:

—No te esperaba ver y ya ves... Ayer por la noche estuve soñando contigo. ¿Y sabes qué hacíamos? Te llevaba a cuestras hacia lo alto de una montaña. Así pasamos una noche. Wan'er le dijo:

—Pues casi te mato de cansancio.

Zhuang Zhidie dejó a la mujer casada sobre la cama y empezó a manosearle su cuerpo blando y flexible. A Wan'er, las manos de Zhidie le hacían cosquillas y dijo bruscamente:

—No me atrevo a moverme... Necesito que corra el agua...

Zhuang Zhidie se excitó y desvestía a la mujer al mismo tiempo que tragaba saliva. Wan'er se quitó ella misma gran parte de las ropas y le dijo a Zhuang Zhidie que iba muy sudada por sus peripecias en la calle y que por eso olía mal. Le dijo seguidamente que quería darse un baño. Zhuang Zhidie se fue al baño y abrió el grifo para dejar caer el agua y la dejó que se bañara. Él, más apaciguado, se echó sobre la cama y también se desvistió. La espera, sin embargo, le impacientaba y fue a ver qué pasaba. Empujó la puerta del baño y vio la melena suelta de Wan'er cayendo sobre su cuerpo blanco. Wan'er se encontraba en la bañera. Con una mano se aclaraba el cabello con el rociador de la ducha y con la otra se lavaba los pechos. El cuerpo de la mujer casada quedó limpio inmediatamente y ella puso a un lado el rociador de la ducha. □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí ciento doce palabras] y el cabello de la mujer se desplegaba suelto sobre la almohada de la cama. Las puntas del cabello eran tan largas que tocaban incluso el suelo. El cuello de Wan'er tenía cuatro marcas rojas debido a los mordiscos que Zhuang Zhidie le había propiciado. Zhidie le dijo:

—No dejes que se te humedezca el cabello con demasiada agua, ya que acabará estropeándose.

Zhuang Zhidie llevó a Tang Wan'er a la cama. Junto a la cabecera había una mesita y encima, colgado de la pared, había un espejo enorme. La mujer casada se quedó mirándose en el espejo durante unos instantes, sonrió y dijo:

—Cuando te miras a ti mismo, ¿ves a un escritor?

Zhuang Zhidie le respondió:

—Los escritores, ¿deben tener una apariencia en común?

La mujer dijo:

—Deben tener una apariencia elegante.

—Eso está bien —respondió Zhidie, sujetando las dos piernas de Wan'er y separándolas.

Luego clavó, como si estuviese hipnotizado, los ojos en el orificio que había entre las piernas de la mujer de Zhou Min. Tang Wan'er se precipitó a decirle:

—No, no ahora... —Su voz salió sin fuerza, y como antes, se levantó para poner un cojín sobre su cabeza y se miró otra vez al espejo. La mujer gritó algo incomprensible y Zhuang Zhidie detuvo su lengua. Los dos se pusieron a respirar profundamente.

□□□□□□ [el autor ha suprimido aquí quinientas palabras]. La mujer de Zhou Min había oído decir que él tenía una marca de nacimiento y quiso verla con el espejo. Pensó seguidamente que Zhuang Zhidie la quería demasiado. El obrero de Tongguan no lo había descubierto nunca y tampoco lo había descubierto su marido Zhou Min. Ni siquiera ella lo había descubierto. Ella le preguntó a Zhuang Zhidie:

—¿Tienes una marca de nacimiento? ¿Sí o no?

Zhuang Zhidie le respondió:

—Tal vez... Creo que sí, mira... —Tang Wan'er la miró, pero no era en realidad una marca de nacimiento, sino una cicatriz mal curada, y le dijo:

—Vale, vale... Lo cierto es que incluso sin vernos la cara sabremos quién es quién. —Tras decir esas palabras, le preguntó—: Y la puerta, ¿está cerrada? ¿No va a venir nadie este mediodía?

—¿Te acuerdas ahora de la puerta? —le dijo Zhidie—. No hay nadie más en esta casa. ¡Estaba solo!

Tang Wan'er se abalanzó sobre él, lo abrazó apasionadamente y le dijo:

—Hago estas cosas desde hace un tiempo y ahora le pongo más empeño y me gusta más que nunca, ¡lo hago con más ardor que los jovencitos!... En realidad, me he armado de valor para verte. Debo contarte unas cuantas cosas... El artículo de Zhou Min, ¿te ha hecho daño, eh?...

—Tú sabías su contenido. ¿No es cierto? Hubiera debido prevenir a Zhou Min sobre las consecuencias de escribir algo así y no debía haberte dicho nada. Ahora estás agobiada. ¿Cómo ha podido Zhou Min contarte todas esas cosas?

Tang Wan'er le habló a Zhidie de cuando Zhou Min hizo las presentaciones entre los dos. ¿Lo recuerdas?, le preguntó Wan'er a Zhidie, y este asintió con la cabeza y la mujer casada le dijo:

—A pesar de que vivo con Zhou Min, ahora todo esto está en tus manos. ¡Debes protegerte de él!

Zhuang Zhidie dijo:

—Pero ¿qué me dices ahora? ¿Sabe lo nuestro?

Tang Wan'er le dijo que Zhou Min había contado con otras manos para preparar ese artículo. Zhuang Zhidie, taciturno, se levantó y se puso a sonreír desdeñosamente. Tang Wan'er le dijo:

—¿Te has enfadado? ¿Quieres darle una lección? Ya te lo he dicho. Debes protegerte de él, pero no le castigues. Zhou Min es un tipo muy inteligente y además es un traidor; pero no es una mala persona, al menos que sepa yo.

Zhuang Zhidie le replicó a las malas:

—Eso ya lo sé.

Tang Wan'er hizo repentinamente una mueca y derramó unas lágrimas. Zhuang Zhidie le preguntó qué le pasaba y Wan'er le contestó:

—Vete a saber cuál será nuestro destino⁵⁷; pero de algo estoy segura, mi destino con Zhou Min ha llegado a su fin. Nada más verte, sabía que se te iba a caer encima el cielo. Uno comparte la misma cama con alguien y luego se da cuenta de que por ambas cabezas pasan cosas muy diferentes. Hay cosas que uno solo las sabe por experiencia.

Zhuang Zhidie le replicó con un tono de voz depresivo:

—¿Y qué puedo hacer yo ahora?... Ni siquiera tengo lágrimas para derramar como tú. Si lloras, eso no va a sentar bien a tu cuerpo. ¿Lo has oído? ¡Ay!... —Mientras decía esas palabras, Zhuang Zhidie le limpió las lágrimas a Wan'er y sintió por ella un amor similar al que se tiene a un niño.

Y la mujer Zhou Min se confesó inesperadamente ante Zhidie:

—Sí te he oído y ya no lloraré más, pero aún tengo algo que decirte. Si no te lo digo, ¡reviento! Más me envalentono contigo y te cuento cosas, más miedo me entra. Y con miedo, ¿cómo voy a poder seguir viviendo mis días? Hermano Zhuang..., debo casarme contigo y separarme definitivamente de ese oportunista malnacido de Zhou Min. Sí, casarme de verdad contigo. ¡Quiero casarme contigo, Zhidie! —Wan'er no esperó la respuesta de Zhidie y le dijo otra vez—: Quiero casarme contigo para vivir muchos, pero que muchos años, como marido y mujer. Aunque no sea una persona con muchas dotes, y ni siquiera ocupe un puesto en la sociedad. En Xijing no soy absolutamente nadie y me temo que no puedo compararme con tu esposa Niu Yueqing, eso está claro; pero me atrevo a decir lo que pienso y, créeme, no hay muchos así en esta ciudad y estoy segura de que sé cómo hacerte feliz, Zhidie. ¡Sí, eternamente feliz! Y porque me lo imaginaba así, yo también me siento ahora, al decírtelo, muy gratificada. Tú no

eres como los otros hombres. Eres un escritor y buscas constantemente la provocación o algo que te inspire. Además, tienes a Niu Yueqing. Ella te cuidará como si fueras su pequeño tesoro; pero es difícil de predecir qué podrá pasar en el futuro. Tú eres una persona seria y todo lo que yo veo tú ya lo has visto. ¿Por qué pareces tan deprimido? Incluso cuando sonríes se te ve deprimido. Puedes contar conmigo, pero no quieres. Imagino que habrá muchas razones para negarte, pero deberías abrirte un poco y darme alguna. Por lo general, te sientes oprimido por algo. Creo que no soy una mala mujer, aunque te haya seducido deliberadamente y haya hecho saltar por los aires a tu familia. No quiero robarte la familia ni la armonía que en ella reina. Tampoco quiero robarte la reputación. ¿Cuál es la razón de tu repudio? Los otros dirán tal vez que eres alguien que ama lo nuevo y odia lo antiguo. ¿No es así? Y yo debo ser la mujer viciosa que te acompaña en tu deriva. ¡Tu perdición!... O quizá no... La gente persigue por instinto todo lo que es bello y actúan como si ellos mismos fueran unos creadores, aman lo nuevo y odian lo viejo; pero, sobre todo, hay que mostrar mucho deseo por esas cosas. Una mujer no puede comprender siempre esas cosas. Esa es la razón por la cual Niu Yueqing siempre dice que en su próxima vida no quiere casarse con un escritor. Pero sobre este punto, tengo confianza en mí misma y creo que soy más fuerte que ella. Eso, yo ya lo sé, como también sé que sabré adaptarme a ti. ¡Cuidaré siempre de ti, Zhidie! Tú, en cambio, no debes adaptarte a mí. Me refiero a que lo que quiero es crecer junto a ti. Por otra parte, no quiero que nos aburramos. El aburrimiento acaba desuniendo a las parejas. Las mujeres deben contribuir a lo que es la pareja con su belleza, ya que con la belleza de la mujer que está a tu lado, tú, Zhidie, serás más poderoso y talentoso... Y mientras pienso esas cosas, me emociono. Sí, me emociono muchísimo, pero debo enfriar mi cabeza. Todo eso, ¿te parece posible, Zhidie? Si no te hubiese conocido, yo no habría alcanzado en mi vida este nivel de autoconfianza. Tú has sido para mí como un sol —uno de esos soles que brillan en el cielo con una brillantez inusual— que ha iluminado mi vida cubierta de tinieblas. ¡Un sol espléndido! ¿Estoy exagerando o fantaseando contigo, Zhidie? Deberías llamarme la atención, Zhidie; o yo misma debería llamarme la atención por lo osada que estoy siendo. Tú eres un hombre de tu casa y tu *laopo* es bella y virtuosa. Tienes además tu excelente reputación. Tú no eres solamente el Zhuang Zhidie individual. Tú eres el Zhuang Zhidie social, el que pertenece a una sociedad y es la sociedad la que te define. Lo que era un simple golpe suave de viento sobre las hierbas se ha convertido ahora en una tormenta con rayos, truenos y mucha lluvia. ¿Te das cuenta del peligro que corres? ¿Sabes que te van

a machacar una y otra vez? Pero yo..., yo no voy a machacarte, Zhidie. Yo te voy a hacer la vida fácil. ¿Cómo podría hacer si no? Por todo eso, tú y yo, tras ese suceso desafortunado, mi corazón me dice que quien tiene talento y es fino lo seguirá siendo una y otra vez. Tras encontrarnos, he podido comprobarlo. Ay, y yo... Yo soy incapaz de controlarme... Mi gran hermano Zhuang, te he dicho todo esto, pero no debes ridiculizarme. Déjame hablar y hablar hasta que ya no pueda más. Te amaré, Zhidie, con todas mis fuerzas y siempre...

Tras decir esas palabras, Tang Wan'er se echó pancha abajo y no se movió. Zhuang Zhidie no hizo caso a la larga confesión de la joven Wan'er y por su cabeza solo pasó un rápido y efímero sentimiento de cariño hacia ella. Zhidie pensó que Wan'er era un ser adorable y eso fue todo. La abrazó como quien abraza a alguien para consolarlo de alguna pena más que para dar respuesta a un deseo apasionado. Los dos se quedaron mirándose cara a cara, pero Zhuang Zhidie se encontraba deprimido y se sentía mal. Tang Wan'er se puso a llorar inconsolablemente. Él le dijo de inmediato:

—¡Wan'er, pero yo no me burlo de ti! Te lo agradezco, te lo agradezco mucho, Wan'er, todo lo que acabas de decirme y de la manera como lo has hecho. Esos pensamientos que llevas en la cabeza me van a quitar el sueño durante varios días, créeme. Muchos años atrás, cuando llegué a estos muros por primera vez, y vi la Torre del Reloj con todo su esplendor, me prometí a mí mismo que me haría un nombre en esta ciudad. He luchado hasta el día con todas mis fuerzas para que esa promesa se realizase y quién sabe ahora si todo eso no ha sido otra cosa que una pura palabrería. Lo pienso a menudo: a Xijing, esta gran ciudad, ¿me une todavía algo? ¿Hay algo auténtico, aquí, que me pertenezca? Solo hay las palabras que componen el nombre de Zhuang Zhidie. Aunque el nombre es mío, son los otros los que lo utilizan. ¡Ya no es mío! Ahí fuera hay gente que me adora como se adora a un ser divino y los hay que no paran de halagarme. ¿Se equivoca la gente? ¿O es porque he escrito todos esos artículos durante estos años y por eso me adoran? Quizá solo escribí lo que inconscientemente querían leer y ese ha sido mi único talento. ¿O me consideran como una diversión? Ahora lo veo con claridad: he dejado de tener éxito y no consigo escribir un artículo que me deje satisfecho. Siento vergüenza por todo lo que hago, Wan'er. Cuando siento vergüenza, la gente me dice que soy demasiado modesto. ¿Yo, modesto?... Este sufrimiento que no llego a poner en palabras me atormenta, ¿y a quién puedo decírselo más? Meng Yunfang es mi mejor amigo y yo y él, en este lugar, ya no nos hablamos, y él anda siempre insultándome y diciéndome que soy como un cerdo gordo gruñendo todo el rato. ¿Qué te parece?

Niu Yueqing es mi mujer y es, efectivamente, una mujer casta y virtuosa que tiene mucho en cuenta las apariencias. Yo debería cada día dar gracias a Buda por tener una *laopo* así, pero soy incapaz de ser un agradecido con ella. Mi corazón sufre y hay mucha amargura en él. En casa, por supuesto, no se expresa de esa manera, y mi mujer ni siquiera sospecha nada y solo reacciona cuando se siente ofendida, que es bastante a menudo. Yo tampoco soy bueno con ella. Provoco mucho alboroto y ella desea la paz por encima de todo. Piénsalo bien. ¿Cómo puedo escribir algo decente en estas condiciones? He perdido toda capacidad de sentir algo y estoy constantemente ansioso, solo acuso a los demás de mis males y me paso el día irritado y a punto de estallar. Pienso a menudo que he perdido todos mis talentos, si es que alguna vez los he tenido, y mi creatividad. Estoy acabado. Hace algo más de un año ya estuve a punto de colapsarme. Mi cuerpo no es más que una ruina y mi cabeza ha enfermado. Ella ha perdido incluso toda capacidad de funcionar correctamente. En este periodo terrible para mí te he conocido, Wan'er; pero tengo que ser claro contigo y no ocultarte nada. He tocado a muchas mujeres en mi vida y creo conocerlas como pocos hombres han conocido a las mujeres. A las gentes que me rodean les encanta hablar de los trofeos que han conseguido —que son las mujeres que han pasado por sus camas— y yo no los soporto. Para ellos, el sexo es como comer y son iguales que perros o gatos famélicos que solo buscan saciar inmediatamente una necesidad básica. Imagino que será porque antepongo los sentimientos a cualquier cosa y soy incapaz de hacer el amor con una mujer sin ellos. ¡Antes prefiero masturbarme! Pero al verte, mi corazón se puso de nuevo a palpar con fuerza. No sabía que iba a volver a la vida tras encontrarte. Creo que tú eres una buena persona y tu cuerpo ejerce sobre mí una fascinación sin igual, como una de esas músicas que se te quedan en la cabeza y no puedes quitártela de encima, o una llama que se enciende repentinamente y no se apaga nunca. Wan'er, tú eres una mujer que sabe a mujer. Me has conmovido y te pido que aceptes mi amor. Permanezcamos juntos. He vuelto a sentir que soy un hombre otra vez y mi corazón sabe de nuevo lo que es latir con pasión. Ahora siento que no estoy acabado y estoy seguro de que volveré a escribir artículos muy buenos. ¡Seguro que sí!... Pero te he conocido demasiado tarde, Wan'er. ¿Por qué no viniste antes a Xijing? ¿Y por qué ni fuiste a Tongguan? Sí, he pensado que deberíamos casarnos y hasta he pensado en cómo sería nuestra vida después de casados. ¿Puede realizarse ese proyecto? Incluso si odio mi reputación, estoy obligado a pensar en ella. Si ahora me divorcio de Niu Yueqing, la sociedad no me lo perdonará nunca y desencadenará una tempestad. ¿Cómo voy a poder

sobrellevar esa situación? ¿Y los miembros de mi familia? ¿Qué van a hacer? Y Niu Yueqing, ¿cómo va a reaccionar? Esto es imposible, Wan'er. No tiene ningún sentido. Te digo esto, Wan'er, porque quiero que me comprendas. No quiero decirte palabras dulces para encandilarte, ni deseo engañarte. Solo quiero que sepas cómo pienso. Sé que juntos saldremos adelante y quiero que recuerdes siempre esto: espérame; tarde o temprano me casaré contigo. Solo quiero que me creas.

Tang Wan'er se llevó los brazos a la cabeza y le dijo a Zhidie:

—Pues te creo entonces. Y si me lo dices de esa manera, ¡te esperaré!

Zhuang Zhidie la besó y le dijo:

—Te ríes de mí. Seguro que te estás riendo de mí.

Los dos, como una sola persona, se echaron otra vez a la cama y Zhuang Zhidie se quedó bocabajo. La mujer de Zhou Min le dijo:

—¿Y todavía funcionas?...

Zhuang Zhidie le contestó:

—Sí, todavía funciona... ¡Y no te engaño!

□□□□□□ [el autor ha suprimido aquí quinientas once palabras]. En ese momento, se oyó en el edificio la voz de alguien que gritaba:

—¡La reunión! ¡La reunión de los representantes ya ha empezado!

Zhuang Zhidie miró el reloj y vio que pasaban cinco minutos de las dos de la tarde y le susurró a Wan'er:

—¿Cómo se atreven a estas horas?

Los dos se vistieron rápidamente y Zhidie dijo:

—Esta tarde es la gran reunión y van a empezar los discursos de turno. ¡Y a mí me toca el primero!

Tang Wan'er le repuso:

—Quién iba a decirme que dentro de unos instantes ibas a estar sobre una tarima dando un discurso serio y solemne sobre asuntos públicos, con lo que acabamos de hacer... Te veré esta noche en la televisión. Seguro que saldrás y te verá mucha gente que dirá: «¡Oh, ese es el gran Zhuang Zhidie!», y te adorarán como a un dios. Yo pensaré en la ropa que llevarás encima, Zhidie, y me preguntaré por qué te has puesto esos pantalones al estilo occidental.

Zhuang Zhidie le mordió el cuello a Wan'er y terminó diciéndole:

—Pues lo primero que voy a hacer es irme. Sal del edificio cuando no te vea nadie.

Tras salir Zhuang Zhidie por la puerta, Tang Wan'er se cepilló el cabello, volvió a pintarse los labios de rojo carmín, hizo la cama rápidamente y se dio cuenta de repente de que el edificio se había quedado en un silencio casi absoluto, un silencio estremecedor, solo interrumpido por el movimiento repentino de algunas hojas de los árboles azotadas por un golpe de viento.

* * *

Pasaron tres días, y durante esos tres días Tang Wan'er fue dos veces a la habitación del hotel y siempre tomaba cita con él. Le gustaba excitar a Zhuang Zhidie como si de un juego se tratara, pero no podía olvidar el artículo de Zhou Min. Ello le preocupaba en exceso a Wan'er y durante la cena de uno de esos días, ella se topó por casualidad en la mesa del restaurante con Huang Defu y ello la asustó mucho. Huang Defu era delgado como un palo y su cara parecía estar hecha de cera. Tenía ojeras y bajo sus ojos tenía unas bolsas negras y abultadas. Wan'er le preguntó si estaba enfermo y Huang Defu le contestó que estaba solamente muy cansado. Zhuang Zhidie le había pedido lo de convertir el templo de la Vacuidad Luminosa en un centro cultural y Huang Defu se lo había comunicado al alcalde. Defu así se lo había prometido, pero el alcalde no le había dado una respuesta, ya que se encontraba con muchos asuntos, y muy importantes, que solucionar antes. Al alcalde, en Xijing, le crecen los enanos en estos momentos y no tiene tiempo para asuntos menores. Zhuang Zhidie le dijo:

—Este asunto hay que contárselo al alcalde con tiempo y nadie lo tiene en estos momentos. Debo escribir un libro. ¿Le servirá de algo? Con unas frases me será suficiente para mi discurso. Este es un congreso nacional importante, ¿no crees que habrá venido el alcalde? O habrá venido a descansar si tiene tanto trabajo en Xijing. ¿No es así?

Defu le respondió:

—Vosotros sois gentes de letras y sabéis cómo hablar. ¿Creéis que en este tipo de encuentros nuestros líderes vienen a descansar? —Tras decir esas palabras, cogió a Zhuang Zhidie del brazo y lo llevó a un lado y dijo en voz baja —: Aquí, la gente está más nerviosa y preocupada que en una guerra. Antes del encuentro, el alcalde y el secretario general del Partido cogían juntos un coche y se iban a los suburbios para charlar con otra gente en algún centro de la administración pública. Si debían darse explicaciones, se las daban; si necesitaban sugerirse algo, se lo sugerían. Así funcionaban los dos porque así se

hacen las cosas en política. El alcalde pasaba de esa manera cinco noches sin dormir cada vez que tenía que llegar a un acuerdo con alguien. Durante el encuentro, las cosas se complicaron mucho. Los asuntos de los participantes se dejaron a un lado, pero estaban presentes en todas partes. No sé si me explico bien. Los miembros del Congreso alcanzaban siempre sus acuerdos en privado y nunca de manera directa. Es así como lo eligieron a él. ¡Y lo hicieron como suele suceder el último día! Por supuesto, muchos boletines con su nombre fueron a parar a la urna. Así es como se solucionan las cosas que en principio parecen complicadas en este país. Los problemas del alcalde no son muy importantes, pero dependen siempre de los votos de los otros. Él está atado siempre de pies y manos. —Huang Defu le preguntó seguidamente a Zhidie—: ¿Y tú estás al corriente de esas circunstancias?

—¿Al corriente de qué? —contestó Zhidie—. Estos encuentros oficiales son solemnes y caóticos al mismo tiempo. Siempre hay cosas que suceden en las márgenes, lejos de la vista de todos, y que creo que son las más importantes para los participantes.

Huang Defu le replicó:

—Vosotros, las gentes de las letras y las artes, no comprendéis nada de política. Piénsalo un poco. Ahora quieres que me vea con el alcalde para hablarle del templo y el centro cultural de Xijing. ¿No es así? Pero vete a saber cuál es el estado de ánimo del alcalde. Quizá se sentirá ofendido por nuestra propuesta e incluso se negará o no querrá hablar más, en el futuro, de este asunto. ¿Crees que es el momento apropiado? A lo mejor es la oportunidad que esperamos ya que lo pillaremos de buen humor. ¡Quién sabe! No te preocupes, Zhidie. No te voy a forzar a hacer nada que no quieras.

El contenido de esas palabras era en realidad palabras salidas, como se dice vulgarmente, por la parte de atrás del corazón, y dejaron a Zhuang Zhidie con cara de tonto e incapaz de decir nada más sobre ese asunto. Se despidió de Huang Defu con una sonrisa en los labios y dio las manos a los representantes de una manera fría, manteniendo las distancias todo el tiempo e incluso alejándose de ellos, hasta que se retiró a una habitación donde se puso a leer un periódico a solas. Durante la tarde se organizaron varios grupos de discusión y varios asistentes les ofrecían ayuda trayéndoles los periódicos del día. Continuaron los discursos y quienes habían acabado o no tenían ningún discurso que dar abrían los periódicos y se perdían entre sus páginas. Zhuang Zhidie se puso a leer la sección de literatura y arte del periódico que cogió al azar. También leyó unas noticias de economía —pocas— que había en él y se dio cuenta de que el resto

del periódico estaba dedicado exclusivamente al encuentro de representantes del Pueblo y no había ningún artículo de opinión. Ello le dejó estupefacto y le contrarió. Lo cerró y abrió otra publicación llamada *El semanal*, cuyas noticias parecían ser más atractivas que las del periódico. El titular de la primera página decía: «Muchos retrasos a la hora de ir a trabajar en el ayuntamiento». ¡Al menos media hora! Todo el mundo llega tarde, el alcalde, los concejales, etc. ¿Por qué?... Porque se entretienen cotilleando sobre los futuros cambios en el gobierno. Zhuang Zhidie escuchaba efectivamente los cotilleos y otros comentarios de sus compañeros y lo único que oía eran ruidos. Nada de eso le interesaba. De vuelta a su habitación, llamó por teléfono a su casa para saber si había algo urgente. Liu Yue fue quien cogió el teléfono y preguntó insistentemente:

—¿Quién es?... ¿Quién es? —Zhuang Zhidie no oía bien la voz de Liu Yue y Liu Yue tampoco oía bien a Zhuang Zhidie por la algazara que se había formado en el hotel. Liu Yue volvió a decir—: ¡Me voy a volver loca con ese ruido de fondo! —y colgó inmediatamente el teléfono.

Zhuang Zhidie volvió a marcar el número de teléfono de su casa y Liu Yue, que no sabía distinguir entre lo que estaba bien y lo que estaba mal, rugió:

—¡Se ha equivocado, diablos! ¡Esto es el crematorio y no estamos para bromas! —Tras vociferar esas palabras, colgó el teléfono.

Zhuang Zhidie volvió a llamar y esa vez gritó a través del teléfono:

—¡Liu Yue! ¿Estás tonta o qué? ¿No puedes coger las llamadas?

Liu Yue escuchó esta vez las palabras de Zhuang Zhidie con claridad y dijo apresuradamente:

—Maestro Zhuang, pero ¿eres tú de verdad? Hace ya varios días que no se te ve en casa. Recibo cada día varias llamadas preguntando por ti y estoy desesperada. ¡Parece como si todo el mundo en Xijing te estuviese buscando! Siempre les digo que no estás, pero no sé adónde enviarlos. La *dajie* (la gran hermana) Yueqing me ha dicho que diga que se han equivocado de número; pero no se me pasaba por la cabeza que tú pudieses llamar. ¡Qué sorpresa, maestro!...

Zhuang Zhidie volvió a sacar fuego por la boca:

—¿Con quién has hablado en casa que hayas podido reconocer la voz?

Liu Yue respondió:

—Con Hong Jiang, el encargado de la librería. Quería venir a buscarte y llamó varias veces. Deberías hablar con él. Acaba de venir a nuestra casa... — Zhuang Zhidie oyó la voz de Hong Jiang, que ponía excusas para no ponerse al

teléfono y hablar con Zhidie. Liu Yue le dijo algo para convencerle y finalmente Hong Jiang le habló de la librería. Hacía un par de días que la habían abierto y estaba funcionando muy bien. ¡Las ventas iban a las mil maravillas!

Hong Jiang —que era el responsable de la librería de Niu Yueqing y Zhuang Zhidie, que lo habían contratado semanas atrás— parloteó algo incomprensible durante un buen rato. Zhuang Zhidie, por su parte, no decía nada. Hong Jiang soltó finalmente:

—Maestro Zhuang, ¿me has oído?

Zhuang Zhidie le respondió:

—Vale, vale...

Hong Jiang le dijo a su vez por teléfono:

—Esta vez lo tenemos. Probablemente no me han salido las cuentas con exactitud, pero nuestra inversión está dando sus frutos. Los diez mil yuanes se han convertido ya en treinta mil. ¿Qué te parece? En un mes y diez días podemos hacer diez mil yuanes. Además, podemos contar con un circuito de distribución clandestino para poder vender por correo nuestros libros. Conozco a un tal Jia que trabaja en Correos y que nos puede ayudar a cambio de una pequeña comisión. Puedes acompañarme. Yo me encargaré de todo. ¿Mañana? ¿O pasado mañana? Como me digas, maestro.

Zhuang Zhidie le respondió secamente:

—No tengo tiempo. Coméntaselo a mi mujer y a ver lo que te dice. — Zhuang Zhidie colgó el teléfono y se metió en la cama tras correr la manta que la cubría. Quería dormir, pero no había cenado nada y no podía cerrar los ojos.

Sin haber cenado, se fue al patio del hotel, pero no encontró a Tang Wan'er. Algunos representantes de la Asamblea se habían ido a ver una representación de la ópera de Qinqiang, que es la ópera de Shaanxi, y otros caminaban hacia el teatro. Hubo incluso quien apremió a Zhuang Zhidie para que se diese prisa. Zhidie les respondió que deseaba más bien regresar a su casa. Zhidie rechazaba una tras otra las invitaciones de sus colegas para unirse al espectáculo, ya que quería tomar cita con Tang Wan'er y hacer el amor con ella. Mientras la esperaba ansiosamente, se fue a la tienda de ultramarinos y compró unos chicles para engañar el hambre y relajarse, y volvió a su habitación a la espera de su joven amante. Huang Defu llamó a la puerta y soltó a bocajarro y sin saludar previamente:

—¡El alcalde te busca, Zhidie!

Y Zhuang Zhidie le replicó:

—¿Qué me dices? ¿El alcalde quiere verme?

Zhidie salió de la habitación y bajó a la sala de entrada de la recepción. Ahí se encontraban el alcalde y otro individuo que Zhidie no conocía sentados en el sofá. Los dos estaban fumando tranquilamente, aunque sus rostros denotaban cierta inquietud. Al ver a Zhuang Zhidie, el alcalde se levantó y dijo:

—Ha venido el gran escritor. Sabía que lo iba a ver un día de estos. ¿Por qué no has venido a verme antes?

Zhuang Zhidie le respondió:

—Estás muy ocupado, alcalde. ¿Cómo iba a atreverme a molestarte?

—A otros no habría recibido —dijo el alcalde—, pero a ti, ¿cómo hubiese osado no recibirte, Zhidie? Huang Defu me ha hablado de tu petición y me gusta, sí, me gusta mucho la idea. ¡Estoy de acuerdo! Hay quienes me dicen que me ocupo mucho de la cultura y poco de la política, y tienen razón. La cultura es asunto de concejal de cultura, pero a mí me interesan tanto esos asuntos que me implico personalmente... Oh, y me gusta tanto conocer a intelectuales... La parte habitable del templo de la Vacuidad Luminosa es vuestra y podéis convertir ese habitáculo en un centro cultural. Solo os pediría que me notificaseis lo que pensáis hacer. Me gustaría estar al corriente de las actividades de ese centro cultural. Eso es todo.

Zhuang Zhidie saltó del sofá y le dijo:

—Gracias, señor alcalde, mi más sincero agradecimiento. El señor alcalde se interesa verdaderamente por la cultura, que dará una reputación especial a Xijing. Cuando se invierte en cultura, la economía gana. ¿Se trata solo de la cultura? No creo. Hay toda una industria detrás que hay que hacer progresar, pero yo no entiendo mucho de esas cosas. ¡Todo el mundo elogia tus logros políticos, alcalde!

El alcalde de Xijing dijo:

—Defu, dale las llaves a Zhuang Zhidie.

Huang Defu sacó de su bolsillo un certificado y unas llaves y dijo:

—El corazón del alcalde es menos generoso que el mío. Podéis gestionar vosotros mismos la propiedad del templo de la Vacuidad Luminosa. Aquí tenéis el certificado cuya posesión os hace prácticamente dueños del lugar. ¡El tiempo de los escritores no se ha acabado! De eso también me encargo yo.

Zhuang Zhidie cogió las llaves que le ofreció Huang Defu, pero no sabía si eso le iba a beneficiar o no. El alcalde volvió a hablar y dijo:

—Vosotros, los hombres de letras, siempre venís a buscarme cuando queréis

pasaros de la línea... He oído decir que en Xijing hay cuatro figurones que destacan por encima de todos en el mundo artístico. ¡Yo ya conozco a dos, a Zhuang Zhidie y a Ruan Zhifei! Ah, Huang Defu, tienes una semana para preparar esto. Hay que reunir a las cuatro eminencias de Xijing e invitarlas a un banquete. ¡Debemos hacernos amigos!

Huang Defu respondió:

—Esto es genial. El primer ministro Zhou En'lai⁵⁸ fue amigo de los escritores y los artistas durante toda su vida y decía que los hombres de estado que no tienen amigos entre los artistas y los escritores no pueden ser buenos gobernantes.

El alcalde replicó:

—¡Claro que sí!... ¡Los artistas son los tesoros del pueblo! Los antiguos ya lo decían: los *yamen* están hechos de hierro y los oficiales se van como el agua que fluye. Pero yo, ¡yo quiero convertirme en un alcalde moderno! De lo contrario no tendré mucho futuro en esta ciudad. Vosotros cuatro, como artistas y escritores, no sois iguales, por supuesto, pero tenéis unas obras magníficas que os van a hacer eternos.

Zhuang Zhidie sonrió y dijo:

—El alcalde es demasiado modesto. Nosotros, los intelectuales, no somos más que seres vacíos. El mes pasado pasé por la calle de los Seis Gobiernos y vi que una compañía de agua mineral había colgado una pancarta que decía: «¡Quien beba agua no olvidará al alcalde!». ¿Te das cuenta de que tus obras tienen un impacto en la vida del pueblo? Son ese tipo de cosas las que ayudan a ganar la eternidad. Ahora hay en Hangzhou los diques que construyeron los grandes poetas de la antigüedad Bai Juyi y Su Dongpo⁵⁹, o del general Zuo⁶⁰ en Gansu. Esas son pruebas de su paso por la historia y son de un inestimable valor.

El alcalde se puso a reír a carcajadas y dijo:

—A esos miserables de la calle de los Seis Gobiernos les falta el agua, especialmente en verano, y debían trasladarse con sus jarras a tres *li* para llevar agua a sus casas. La gente empezó a quejarse y yo me puse manos a la obra. ¡Hice crear una compañía pública de aguas! ¿No te parece genial, Zhidie? Ahora todo el mundo que pasa por ahí cree que abunda el agua, pero no es cierto; se trata solamente de una pancarta y una empresa de aguas. No te llegas a imaginar la de dinero público que he invertido en esa empresa que dejé, además, en manos de gentes enchufadas en el gobierno provincial. ¡Millones de yuanes invertí en esa empresa! Pero ¿cómo puede ser que en una ciudad tan grande e importante

como Xijing haya sitios en los que no haya agua corriente? Ese sitio es particularmente extraño porque aparece de repente agua y al día siguiente desaparece. La solución no ha mejorado mucho desde entonces, pero la apertura de esa compañía de aguas les entusiasmó como si la solución a sus problemas de agua se hubiese solucionado. Unos días después de la fundación de la compañía de las aguas, mucha gente se reunió con los gongs y los tambores y se pusieron a tocarlos para ensordecer al Cielo, lanzaron fuegos artificiales e incluso levantaron una piedra con inscripciones para recordar ese día glorioso para el barrio. Agua no tienen, pero creen que la tendrán, y eso es lo importante para ellos. La pancarta que has leído pertenece a esa época. ¿Te lo imaginas? Eso es hacer buena política en este país. La cuestión no es solucionar en realidad los problemas, sino hacer creer a la gente que se ha aportado una solución, aunque no funcione, o que se solucionarán. La gente necesita creer siempre en algo, por ilusorio que sea, que vaya a solucionar los problemas de sus vidas. Este país ha funcionado así desde hace muchos años ya. Creo que ese ha sido mi mejor éxito político en toda mi carrera. ¡Vaya jugada de maestro! ¡Una empresa de agua mineral en un sitio en el que escasea el agua! Por eso a mí me gustan los artistas y los escritores. La gente cree en lo que lee, quizá porque eso les infla la autoestima, ya que no hay mucha gente que sepa leer en este país. Sí, la gente sigue creyendo en lo que lee sin importarle si hay algo real o verdadero detrás de esas palabras. China ha funcionado así desde hace más de dos mil años y no hemos cambiado en nada. Por eso a los escritores en este país o se les mete en la cárcel o se les hacen estatuas en los parques. ¡Porque la gente todavía se toma en serio lo que escriben! Al fin y al cabo, nosotros los políticos nos dedicamos a lo mismo que vosotros los escritores. ¿Y tú qué crees de todo esto, Zhidie?

Zhuang Zhidie, que no podía creer lo que estaba escuchando, le dijo para salir del apuro en el que creía haberse metido con el alcalde de Xijing:

—Uf, vaya tema ese que has sacado ahora, alcalde... La política y el arte, unidos eternamente... Quizá por eso mis libros han tenido tanto éxito y quizá porque escribo esas cosas...

El alcalde le repuso:

—Bueno, lo que acabo de decir, por ejemplo, no deberíais escribirlo ni tú ni ninguno de tus amigos, ya que eso implica a gente con nombre y apellidos; pero sí podrías escribir algo bonito sobre mí. Ya sabes, como agradecimiento por lo del templo y el centro cultural. Hay artículos, además, que debes dejar escribir a alguno de tus colegas. Luego te lo dan para que lo releas y tú me lo das a mí para que haga lo mismo antes de que sea publicado en un periódico local. —El

alcalde cogió un papel con algo esbozado encima y se lo enseñó a Zhuang Zhidie, diciéndole seguidamente—: Mira esto con los ojos abiertos. —Zhuang Zhidie lo cogió con las manos y el alcalde le dijo—: De esta manera, Defu y yo conseguimos todo lo que queremos. Zhidie, hablaremos otro día de este asunto. ¿Quieres? ¿Vives en el número 703? ¿No es así?

Zhuang Zhidie le contestó:

—Cuando tengas tiempo, me llamas. ¿Vale?

Los dos hombres se dirigieron a la sala de al lado y Huang Defu cerró la puerta y dijo:

—Mira bien ese esbozo.

Zhuang Zhidie lo miró sin perder detalle de lo que pudiese poner y se dio cuenta de que era un artículo cuyo titular decía: «El alcalde tiene la sartén cogida por el mango y ha realizado reformas pioneras en la Capital del Oeste. El teniente de alcalde lo ha confirmado: nuevos aires soplan en la alcaldía de Xijing». Zhidie vio que ese esbozo había sido escrito probablemente por uno de los periodistas de *El semanal*, el cual se había convertido en el medio de propaganda de todo lo que se hacía en la alcaldía. Zhuang Zhidie comprendió al fin por qué el alcalde quería ser amigo de las mejores plumas de Xijing.

Huang Defu le dijo:

—Este es el tipo de artículos que se publican en *El semanal*. Es bueno que lo sepas. Este que acabas de leer está particularmente politizado y hay que reconocer que en esa publicación tienen muy claras las ideas. Nada que ver con las críticas ni el vilipendio precedente. Esos artículos tenían una influencia pésima en la opinión y había que borrarlos del planeta. A los responsables se les identificaba inmediatamente y se les impedía escribir más. Sin embrago, esto no nos interesa ahora; como tampoco nos interesa en qué revista vas a publicar tu artículo. Ese artículo pasará por las manos de varios jefecillos de la administración local, que son además nuestros amigos, y nos darán el visto bueno antes de que salga. Tú, ahora, debes escribir un artículo hablando bien del alcalde, el cual te ha hecho un favor, y debes devolvérselo.

Zhuang Zhidie, nervioso, le dijo:

—Sí, amigos no nos van a faltar; pero ¿lo necesitáis para que salga publicado mañana? ¿Tendré tiempo?

Huang Defu se sinceró:

—Hay elecciones pasado mañana para representantes del Pueblo y el alcalde de Xijing está muy interesado en salir reelegido. Debe salir por lo tanto

publicado sin falta mañana a primera hora. Pero tú puedes hacerlo, Zhidie. ¡Te sobra talento para esas cosas! Te pones esta noche manos a la obra. Yo excusaré tu ausencia ante el grupo de representantes.

—Vale, vale... —cortó por lo sano Zhuang Zhidie, porque tenía prisa por ver a Tang Wan'er y quitarse de encima a Huang Defu—, sacaré tiempo de donde sea. Diles a los de mi grupo que tengo que ver al hermano de un amigo. Te daré el manuscrito nada más acabarlo.

Zhuang Zhidie escribió sobre el papel los nombres de algunas personas y, mientras tanto, Huang Defu recogió de la habitación una de esas marmitas eléctricas para cocer arroz y algo parecido a unas maquinillas de juegos electrónicos. Esos eran los regalos que debían darle a uno de los amigos de Huang Defu.

—Esta noche, si no vienes con el artículo, ¡no regreses con nosotros! —le dijo Huang Defu a Zhuang Zhidie.

Zhuang Zhidie lo miró con ojos que mostraban vergüenza ajena y Huang Defu le preguntó:

—¿Tenías algo que hacer esta noche?

—No, nada —le respondió Zhuang Zhidie secamente—. Espérame, pues, y te cogeré los regalos.

—Vayamos juntos si quieres —le dijo Huang Defu—. Tú eres el personaje célebre y hay mucha gente que te espera a ti y no a mí. Que no te entre frío mientras duermas. No te queremos acatarrado y enfermo, Zhidie.

Zhuang Zhidie no paraba de quejarse para sus adentros y pensó: yo por ahí no paso.

Esa noche, Zhuang Zhidie, por supuesto, no regresó. Él y Huang Defu fueron a buscar a uno de los amigos de este último. El amigo, por casualidad, se había ido muy lejos y no estaba en la habitación. Esa situación preocupó a Huang Defu y Zhuang Zhidie y los dos se fueron a ver inmediatamente al secretario y especialista en asuntos técnicos relacionados con la impresión y difusión de revistas y periódicos, y este les dijo:

—Ese artículo no podrá salir mañana en *El semanal*. Debe pasar por los ojos de otra gente antes de que todo el mundo lo vea. ¿De qué tratará, por cierto? Debéis tomar mucha precaución con este tipo de cosas. ¿Por qué no vais a la alcaldía?

El secretario no se atrevía a decidirse y les pidió a Zhuang Zhidie y Huang Defu que entrasen en su habitación en el hotel para hablar con más tranquilidad

de ese asunto. Allí decidieron ir a buscar al vicedirector del departamento de ediciones de la Capital del Oeste y le explicaron la situación. El vicedirector les dijo:

—Un escritor famoso y un concejal de la alcaldía de Xijing juntos que me vienen a ver a estas horas... Por supuesto que os creo. Por mi parte, que se publique. No tengo ninguna objeción, pero mañana no podrá salir. No tenemos tiempo; y pasado mañana, ¿qué os parece?

Huang Defu saltó:

—No, eso no puede ser. ¡Debe salir mañana sin falta!

—Pero ni siquiera tengo la copia del artículo en mis manos. Tampoco lo he leído. Ese tipo de proceso toma al menos tres días. Hay un trabajo de impresión que se debe preparar con antelación. Hay mucha gente a todos los niveles de la administración local implicada en ese proceso. Se van a quejar de arriba si lo saco mañana de cualquier manera.

Huang Defu le dijo:

—¿Y que pase por tantas manos es verdaderamente tan importante para ti? Es un artículo sin demasiado valor, pero debe salir mañana sin falta.

Entre tiras y aflojas, el vicedirector aceptó finalmente los diez mil yuanes que le propuso Huang Defu para que el artículo de Zhuang Zhidie alabando los logros del actual alcalde de Xijing saliese publicado al día siguiente antes de las votaciones. Zhuang Zhidie se alegró de que ese asunto quedase zanjado y se puso a pensar en Tang Wan'er. Desconocía si ella le estaría esperando y le dijo a Huang Defu que deseaba regresar al hotel. Huang Defu se quedó con el vicedirector comprobando las pruebas de unos reportajes sobre la alcaldía que iban a ser publicados. Defu sospechaba que el vicedirector no quería hacer su trabajo y el vicedirector se enojó con él. Le dijo que los trabajadores de la imprenta iban a perder la paciencia y eso le iba a acarrear la bronca de sus superiores. Defu, para calmarlo, le dijo que había comprado tabaco en el mercado nocturno y quería repartirlo entre los trabajadores de la imprenta. También le dijo que había comprado un pollo y un botellín de aguardiente para que estuviesen todavía más contentos por el enorme favor que estaba haciéndole. El vicedirector, por supuesto, podía participar de esos lujos. El vicedirector cogió el botellín y se lo llevó a la parte baja de la barriga para esconderlo y se puso a hablar sin ton ni son. Defu pudo entender que le alababa sin parar, y finalmente dijo que jóvenes como él —como Huang Defu— no abundaban en China. El vicedirector se sentía profundamente emocionado por el gesto de Defu y

derramó unas lágrimas. Le animó incluso a que le enviara más artículos. Luego se puso a hacer comentarios sobre cómo deben componerse los artículos buenos y finalmente le pidió a Defu su número de teléfono por si necesitaba alguna explicación. Así pasó una noche interminable y al final llegó el periódico con el artículo de Zhuang Zhidie. Zhuang Zhidie no podía levantar la cabeza de lo dormido que estaba cuando Huang Defu llegó al hotel. Las primeras luces del día parecían cegadoras y a Zhuang Zhidie le daba vueltas la cabeza, ya que había bebido más de la cuenta la noche pasada. —Bebió sobre todo para poder escribir el artículo del alcalde a tiempo—. Zhuang Zhidie subió en el coche de Defu y los dos se dirigieron volando a la calle del templo de la Vacuidad Luminosa. Zhuang Zhidie se despejó de golpe y tras ver que había llegado al interior del recinto del templo, Huang Defu lo acompañó hasta el quinto piso y ahí vieron una sala y tres habitaciones. En esa parte, ya en el techo, se estaba muy tranquilo. Cuando Huang Defu sacó los certificados de propiedad, el sol brillaba en todo lo alto. En el templo había ya unas sillas, una mesa y un sofá viejo que había sacado del hotel. También había traído unas sábanas. Los dos hombres bajaron al edificio que quedaba junto al templo y vieron entonces —rodeado de una banda de jóvenes— al anciano que recogía por la calle trastos tirados a la basura que canturreaba una balada:

... A los diecisiete o dieciocho años, tipos desmelenados; a los veintisiete o veintiocho años, tipos que han adoptado a un bebé; a los treinta y siete o treinta y ocho años, tipos que esperan una promoción; a los cuarenta y siete o cuarenta y ocho años, tipos a los que les cuelgan las orejas y que no ven el futuro nada claro; a los cincuenta y siete o cincuenta y ocho años, tipos que se jubilan y se meten en casa; a los sesenta y siete o sesenta y ocho años, tipos que crían peces en casa y comercian fuera de ella con flores bellas; y a los setenta y siete o setenta y ocho años, ¡tipos que le dan nuevos aires a la vieja China!...

Huang Defu frunció el ceño y gritó al anciano:

—¡Eh, viejo!... ¿Qué tonterías nos has venido a decir en este lugar sagrado?

El anciano se giró, lo vio como quien no ve a nadie y le respondió:

—¡Yo no he dicho nada, yo he dicho algo!...

—¡Otra vez! —dijo Huang Defu—. ¿A qué nos vienes con esos galimatías? Voy a llamar a la policía y te van a dar una lección.

El anciano se encasquetó el sombrero de paja en la cabeza, cogió su carreta

metálica y se fue. Ya a lo lejos, gritó con su voz ronca:

—¡Chatarra!... ¡Me hago con toda la chatarra y vuestros objetos, desechos y ropas usadas! ¡También las vuestras!...

En ese momento, Zhuang Zhidie se encontraba en la segunda casa y quiso decirle algo a Huang Zhidie, que estaba en la parte baja. Zhuang Zhidie quiso darse prisa y dio unos pasos en falso que le hicieron perder el equilibrio y cayó rodando por las escaleras.

* * *

Zhuang Zhidie tuvo que pasar en el hospital tres días con el pie escayolado y totalmente untado con una pomada apestosa. Con la pata tiesa, Zhuang Zhidie dio un salto de la cama y se fue a la casa que quedaba en la calle de Shuang Ren Fu. Ese día su suegra se había ido a la feria del templo y tenía cosas que decirle a su yerno. Le dijo que a ella le quedaba poco de vida y que esperaba volver a este mundo cuando hiciese menos calor. Niu Yueqing se presentó tras haber almorzado y recogió toda la ropa que había, incluidas ropas viejas, pantalones y camisas. Luego le dijo a su marido:

—Zhidie, da miedo ver esta ropa tan vieja. ¡Todo son agujeros! ¿Adónde vas a ir vestido así? Se lo vamos a dar a mi prima. Ahí en el campo la gente no tiene mucho que ponerse y seguro que les será de utilidad.

Zhuang Zhidie le respondió sin que en su cara apareciese una arruga:

—Como quieras.

Niu Yueqing se fue hacia la salida de la habitación y cogió los cigarrillos que había sobre la mesa. Al regresar, dijo:

—Ah, esa ropa vieja, y hay tanta. A una le entra la melancolía cuando ve esas cosas. Cómo pasa el tiempo. No haces buena cara, Zhidie. ¡Parece como si a la gente de fuera la hubiese azotado un tifón!

Zhuang Zhidie dijo:

—¿A quién te refieres con lo del tifón? Deberías consultarme todos esos chanchullos que te llevas con tu familia. Siempre me entero por segundos y pierdo mi honorabilidad. ¿Qué pasa si no estoy de acuerdo?

Niu Yueqing le contestó:

—¿Soy yo la única que le da cosas a mi prima? Creo que no sabes ni lo que dices, Zhidie. Con tu familia de Tongguan, si no es por una cosa es por otra, pero siempre estás traficando algo con ellos. ¿Y tus viajecitos qué? ¿Y lo del doctor?

¿Y tus negocios? ¿Y tus conflictos legales? Cuando te apetece invitar a alguien a casa, lo invitas sin ni siquiera pedirme permiso. ¿Qué me cuentas ahora? Cada vez que tus tíos y primos abren la boca es para pedir dinero. ¿Veinte mil o treinta mil yuanes? ¡Y tú se los das sin rechistar y más si te lo piden! Yo ni siquiera me entero si le has golpeado con el *baози* al perro. Pero yo ni siquiera puedo escribir una sola palabra. Ahora, las jóvenes de Xijing quieren casarse con hombres que no vienen del campo como tú lo hiciste, Zhidie. ¿Sabes por qué? Porque sospechan que esos tipos que vienen del campo no van a traerles otra cosa que muchos problemas...

Zhuang Zhidie abrió las manos y dijo para zanjar con la amonestación de Niu Yueqing:

—¿No quieres que hablemos?

—Me siento bastante perturbada últimamente —le respondió Niu Yueqing.

Haciendo un esfuerzo desmesurado, Zhuang Zhidie dejó el sofá y, renqueando, se fue al dormitorio. Zhuang Zhidie se puso en marcha enojado, pero a Niu Yueqing le desapareció de golpe todo su enfado y, tras cavilarlo varias veces, le pidió a Liu Yue que le preparase a Zhuang Zhidie un poco de *suanmeitang* —esa bebida dulzona hecha con ciruelas pasas— y que se la llevase al dormitorio. Poniendo todo de sí, Liu Yue preparó la bebida y se dirigió al dormitorio. Liu Yue, tras dejar la bebida, le dijo a Niu Yueqing:

—¡Gran hermana, cómo estás sufriendo!

Niu Yueqing le dijo:

—¿Me estás diciendo que no valgo mucho? Ah, las mujeres... Otra vez a correr y con la cabeza alta... ¿Cuál será el próximo hombre que encontraremos más adelante? Esa es la pregunta que debemos hacernos siempre todas las mujeres de este país.

Liu Yue le respondió:

—¿Cómo has podido acostumbrarte a los defectos del maestro Zhuang? A todas luces, ¡no es alguien que beba mucho alcohol!

Zhuang Zhidie se inclinó, tomó la bebida de ciruelas y dijo:

—He vuelto a oír que decías algo maravilloso sobre tomar bebidas alcohólicas...

Niu Yueqing intervino:

—Y yo, ¿he dicho algo?

Zhuang Zhidie se sintió miserable con ese comentario y no volvió a decir nada más. Liu Yue comentó:

—Ya lo sabía. Dijiste que las mujeres tienen que ponerse a correr otra vez y que, más adelante, se van a topar con otros hombres. Para las mujeres, se trata siempre de la misma historia. Corren y se topan con un hombre. Al maestro Zhuang le gusta que le hablen con palabras sacadas de los libros. Por eso tú, Yueqing, debes insultarlo usando un *chengyu*. ¡A él eso le encanta!...

La cuñada Liu —que era la que le traía la leche de la vaca a Zhuang Zhidie cada día al patio del Círculo Artístico y Literario de Xining— se extrañaba porque hacía más de diez días que no había visto a Zhuang Zhidie y se preguntaba dónde estaba. Mira por donde que ahora aparece en la calle de Shuang Ren Fu en casa de su suegra, se dijo cuando supo lo del accidente. Inmediatamente se dirigió a esa dirección con la leche para que no le faltase, y además le trajo una calabaza enorme. Le dijo a Zhuang Zhidie que esa calabaza le iba a curar de las heridas. Había que untarle las heridas con la pulpa y se le curarían pronto. Niu Yueqing agradeció sentidamente el gesto amable de la cuñada Liu y quiso recompensarla con dinero, pero ella se negó rotundamente. En la puerta del patio que daba a la casa de la calle Shuang Ren Fu había un vendedor ambulante que vendía *doufu* (tofu) apestoso en unas cestas de paja trenzada. Niu Yueqing quiso comprarle a la cuñada Liu una de esas cestas, pero esta le dijo:

—Yo no voy a comerme vuestro *doufu*. Si lo hago, vomitaré.

Zhuang Zhidie le dijo:

—¿Es la cuñada Liu alérgica al *doufu*?

—En el centro de la ciudad de Xijing, quiero decir, en Xijing intramuros como se le conoce —respondió la cuñada Liu—, el *doufu* lo guardan en un agua que contiene yeso. En mi terruño lo guardan en agua con almidón. La diferencia es enorme, y por lo tanto, el *doufu* se puede comer y sienta bien. He oído decir a otra gente que esos vendedores de *doufu* ambulantes recuperan el yeso de los enfermos de los hospitales para luego ponerlo en el agua que va a contener el *doufu*.

Zhuang Zhidie soltó una carcajada y dijo seguidamente:

—Si eso dice la cuñada Liu, así será. ¡Tengo suerte porque el yeso de mi pie todavía no ha sido utilizado para conservar el *doufu*!

Niu Yueqing dijo:

—Cuñada Liu, por lo que acabas de decir deduzco que será mejor que cambie de regalo. ¿Cómo podemos el maestro Zhuang y yo agradecerte lo que has hecho por él?

La cuñada Liu repuso:

—Oh, oh... No hay nada que deban agradecerme. Poderles vender mi leche ya me hace una afortunada. Hace un par de días, cuando me dirigía como de costumbre al centro de Xijing, vi que unos coches de policía con unas sirenas ensordecedoras cruzaban la avenida del Este. Habían cerrado la calle y le pregunté a un policía qué pasaba. Al parecer, era uno de esos peces gordos de Beijing que había venido de visita oficial a Xijing. Nadie podía cruzar por lo tanto esa avenida. La policía lo repetía una y otra vez. Yo arrastraba la vaca conmigo y quería pasar. La gente no podía pasar, pero ¿y la vaca? Entonces yo le dije al policía: «Eh, traigo leche fresca de mi vaca para el gran Zhuang Zhidie». «¿Cómo?», me dijo el policía. «¿Para el gran escritor Zhuang Zhidie?...». «Pues claro, ¿para quién va a ser si no?». ¡Y el policía me dejó pasar! Me dijo que le dijera a Zhuang Zhidie que él era un apasionado de sus libros y que lo veneraba como a una divinidad. Al parecer, eres una estrella entre la policía, maestro Zhuang, y todo el mundo te conoce ahí. Pasamos yo y la vaca por la avenida sin ningún problema. No sabía que el señor gozaba de esa gloria en Xijing y qué honor para mí traerle la leche de mi vaca cada día.

Liu Yue preguntó:

—¿Eso es cierto?

La cuñada Liu le respondió:

—¡Cómo iba a atreverme a inventarme esa historia!

Liu Yue miró a Zhuang Zhidie, el cual no paraba de reír, y con las cejas levantadas dijo:

—Ahora recuerdo ese asunto... Tú, Zhidie, estabas en tu segundo día en el hospital y Hong Jiang telefoneó y me dijo que había cuatro empresas constructoras en la calle que quieren contratarte como consultor; pero yo no quiero que hagas ningún esfuerzo. Lo único que quieren esas empresas es que escribas la presentación de sus productos. Ese trabajo te dará algo de dinero. Te darán cada mes diez mil yuanes.

Zhuang Zhidie dijo:

—A Hong Jiang le gusta empujar a la gente a hacer cosas. Es capaz de organizar una cita con un amigo en los aseos. Vete a saber si mi reputación va a resucitar ahí fuera. ¿Me voy a convertir ahora en un consultor?

—Cualquier cosa que digas —dijo Liu Yue— pasa por cultura en esta ciudad, y lo más importante: ¡mucha gente lo lee! ¡En el pasado, los bandidos eran tomados por maestros! Esas empresas constructoras lo han comprendido y

te van a hacer rico. —Liu Yue le pegó de repente una palmada fortísima en la espalda a Zhuang Zhidie. Una mosca cayó fulminada al suelo—. Muchas de esas moscas se pegan al cuerpo de la gente con estos calores —añadió Liu Yue—, y ahora te toca a ti, maestro Zhuang. Quizá es que le gusta la literatura...

Zhuang Zhidie le replicó:

—A esa mosca no le gusta la literatura. De hecho, a las moscas no les gusta nunca la literatura, por muy dulce que esta sea... ¿No será el envío especial del director de una de esas empresas? —Tras decir esas palabras, Niu Yueqing, Liu Yue y la cuñada Liu se pusieron a reír.

Después de haber dicho esas palabras, Zhuang Zhidie miró el firmamento y vio que se hacía tarde. Con la pierna escayolada se puso debajo de las mamas de la vaca con el fin de beber directamente la leche. La vaca parecía querer barrer con su cola la cara de Zhuang Zhidie, como si esta estuviera llena de polvo. Liu Yue lo contemplaba con interés y quiso hacer lo mismo. Se tiró al suelo, pero la pulsera de jade se le rompió. La cara de Liu Yue se llenó de lágrimas y le dijo a Zhuang Zhidie que esa pulsera se la había dado la dueña de la casa a cambio de un mes de su salario. Liu Yue recogió los trozos de la pulsera de jade y los puso sobre los lomos de la vaca de la cuñada Liu. Zhuang Zhidie, que se sintió culpable de lo ocurrido porque él había hecho ese movimiento previamente, se apresuró a tranquilizarla:

—No te preocupes. Ese jade es del tipo de *Lantian* (el jade del Campo de las orquídeas) y es por lo tanto un jade de segunda clase. No vale mucho dinero que digamos. Tu hermana mayor, que es tu querida *dajie*, ya tiene una, la cual posee crisantemos de piedras preciosas incrustados en el jade, pero se le ha quedado pequeña y estoy seguro de que podrá dártela.

En la cara de Liu Yue apreció una sonrisa y dijo:

—A esta vaca no parece que le gusten los regalos. Bebes de su leche, pero la vaca ni se inmuta. ¿Será acaso porque algo os une en el destino tanto en esta vida como en otras vidas previas?

Zhuang Zhidie le respondió:

—No estoy seguro de eso que dices. Esa vaca te ha jugado una mala pasada con la pulsera de jade porque quizá en otra vida le hiciste algo malo.

Esas palabras salieron accidentalmente de la boca de Zhuang Zhidie, pero a Liu Yue se le quedaron en la cabeza durante mucho tiempo y la dejaron deprimida durante un día entero. Pensó en cuál había podido ser su vida anterior y su relación con esa vaca. Por la noche pudo al fin comer algo y se fue al centro

de la ciudad a comprar algunas verduras y otros alimentos, como apio blanco, unos saltamontes, y unas hierbas amargas, para dárselos de comer a la vaca de la cuñada Liu al día siguiente por la mañana. Niu Yueqing le dijo:

—Pero ¿qué está tramando la buena de Liu Yue? Las hermanas deben contárselo todo. Siento vergüenza y doy pena. Si alguien muere o falta la piedad filial en la alguna familia, yo me pongo a llorar como una magdalena. ¡Qué le vamos a hacer! Hay gente que mendiga comida ahí fuera y dentro de esta casa está todo disponible. Hasta podemos ir al restaurante a comer cuando nos apetece. A principios del año pasado llovió mucho y el trigo de las montañas de Zhongnan no pudo crecer como hubiera debido hacerlo. El agua caía constantemente por los tejados y ahí crecía mucha hierba mala. Ese año hubo gente que pasó hambre debido a ese temporal intempestivo. Cuando sucedió eso, invité a los mendigos a que pasaran la noche en nuestra casa y hasta les di de comer. Cada vez que le comento ese hecho a tu maestro Zhuang, este se me pone a reír. Siempre me dice que trabajo muy duro y que he envejecido.

Liu Yue le dijo a Niu Yueqing:

—Y es cierto. Trabajas muy duro, pero parece que la vida y la naturaleza han sido buenas contigo, hermana. A la señora le brilla todavía la cara como una bandeja de plata auténtica; tiene la nariz recta y los ojos le relucen con luz propia. Incluso la cuñada Liu se da cuenta de eso. ¡Estás hecha una jovencueta, hermana!

Niu Yueqing le respondió:

—Lo que me acabas de decir me confirma que estoy vieja.

—He dicho lo que he dicho —replicó Liu Yue—. Antes de entrar en esta casa, ni se me pasaba por la cabeza que vosotros comíais estos manjares. Ni siquiera pensaba que esta comida existía en la realidad. Tras empezar a trabajar para vosotros, he visto lo contrario y también me he dado cuenta de que no os gusta para nada la comida ordinaria, ni la comida de las gentes del campo. No os gustan las cosas cocidas ni al vapor, y tampoco cortadas en rodajas. Me parece extraño, pero ahora ya lo sé. Las gentes del campo, al contrario que vosotros, comen así.

Niu Yueqing le dijo:

—Y esa comida es muy nutritiva también. ¿No crees? Hay quienes saben que al maestro Zhuang le encantan el maíz al vapor y las patatas hervidas. Creo que no estás del todo acertada, hermana. ¿Acaso te voy a dejar que metas jengibre en mi bol? ¡Te equivocas!

Liu Yue le replicó:

—Pero siempre andas corta de dinero, Niu Yueqing, y yo debo apañármelas como pueda. De todas formas, te pongas lo que te pongas, brillarás con luz propia. Yo tampoco sabía lo que era el maquillaje antes de entrar a trabajar en esta casa y ahora me he convertido en una especialista.

Niu Yueqing se puso a reír y le dijo:

—Ay, tu maestro Zhuang es en el fondo un garrulo como hay pocos en Xijing para estas cosas. Estoy de acuerdo con lo que dices. ¿Soy tan descuidada como parezco?

—No, no lo creo —afirmó con rotundidad Liu Yue—, y de veras que estás joven. Tienes derecho a ponerte guapa y usar maquillaje y ropas bonitas. Te digo cosas que en realidad no tienen ningún fundamento. Uno pone una cosa en orden y diez aparecen en desorden.

—Pero hoy no me apetece ponerme guapa, ni llevar ese peinado. Puedo comprender que una se peine de esa manera y que lleve ese maquillaje para subir al escenario de un teatro; pero para estar en casa o salir a la calle me parece excesivo. Tu maestro Zhuang me dice siempre que el maquillaje y las ropas bellas poco cambian la belleza de una mujer. Yo ya se lo he preguntado. ¿He cambiado en algo? Yo hace tiempo que me he sacrificado a mí misma como proyecto de mujer para acabar convirtiéndome en una buena esposa y miembro de una familia decente, aunque no he podido ser madre. Si me hubiese comportado como un auténtico bicho endiablado, ten por seguro que me habría convertido en una de esas mujeres que pululan por nuestras calles y que siguen la moda como si fuese una religión, y pasaría los días en esos centros comerciales que acaban de abrir en Xijing y que tanto gustan a la gente, o simplemente me iría a los parques para que me viese la gente. Me iría a los hoteles a tomar café o a bailar en las discotecas... Y mientras tanto, mi maridito escribiría tranquilo en casa.

Liu Yue no sabía qué decirle y tras un momento de silencio dijo:

—Mi *dajie*, y las novelas que ha escrito el maestro Zhuang, ¿las has leído todas?

Niu Yueqing le repuso:

—Sé todo lo que ha hecho, pero solo he leído unas cuantas; pero si te soy sincera, soy incapaz de entrar en algunos de sus libros y los he dejado de lado.

—Pues yo los he leído todos, y con lo que el maestro es verdaderamente bueno es con los personajes femeninos —dijo Liu Yue.

—Esa es una opinión que comparten todos los que han leído sus libros. Todas sus mujeres son como *bodhisattvas*. Un año atrás, una mujer de Beijing tomó cita para conocer en persona al maestro Zhuang y decía que era un escritor feminista, pero yo no lo comprendo —dijo Niu Yueqing.

—Yo no lo veo desde ese punto de vista. El maestro Zhuang describe minuciosamente a las mujeres y con muchos detalles. Así lo he constatado tras leer sus libros. Creo que todas las mujeres que ha descrito el maestro Zhuang en sus libros son, efectivamente, igual de bellas y puras que los *bodhisattvas*, igual de buenas y honestas. A los hombres también los describe buenos y honestos, y con mucho corazón. Pero el maestro Zhuang, ciertamente, nunca se pasa de la raya y muestra a menudo en sus libros que es un ser que reprime sus emociones —comentó Liu Yue.

Niu Yueqing dijo con una voz clara:

—¿Qué me dices? ¿Piensas que tu maestro Zhuang es un reprimido? —Tras decir esas palabras, Niu Yueqing soltó unas carcajadas. Apuntó a la frente de Liu Yue y le añadió—: ¿Cómo te atreves a hablar así de mi marido? ¡Maldita seas, Liu Yue, se nota que no estás casada! Incluso se nota que ni siquiera has estado enamorada. ¿Sabes lo que significa ser un reprimido? No digas esas cosas, Liu Yue. Coge las hierbas esas que has comprando y ponlas en los aseos para que no les dé el sol. Hace mucho calor y en el patio se nos van a secar. Mañana ya no estarán frescas.

Liu Yue puso las plantas en agua y luego vino y dijo:

—*Dajie*, mi gran hermana, creo que he perdido la cabeza. Ya no sé ni lo que digo. Ha sucedido algo en nuestro pueblo, algo muy extraño... Cuando el padre de Zhang Laizi estaba todavía vivo en este mundo, dinero no le faltaba, y le prestó ochenta yuanes al hermano de su mujer, el tío de Zhang Laizi. Al fallecer su padre, el cual cayó en una zanja y murió al instante, Zhang Laizi le pidió a su tío que le devolviera el dinero que le había prestado su padre porque necesitaba ese dinero para los gastos del funeral; pero el tío se negó a hacerlo. Los dos hombres se pelearon y el tío acabó maldiciendo el destino de Zhang Laizi. Le dijo que tras su muerte, él se reencarnaría en un buey. Zhang Laizi no le hizo caso y pensó que estaba buscando una excusa para no devolverle el dinero. El tío de Zhang Laizi murió, sin embargo, poco después. En marzo de ese año, la vaca de la familia Zhang parió una becerria y Zhang Laizi pensó que esa becerria era efectivamente la reencarnación de su tío materno. Ello le apenó profundamente y se puso a cuidar de esa becerria con esmero. No le hizo arar los campos ni la forzó a hacer otras tareas penosas. Mientras caminaba por las calles, se topó con

uno de esos vendedores ambulantes de jarras y otros objetos para la cocina, y que además era su vecino, y la vaquilla no quiso moverse. Laizi le dijo:

—Oh, tío..., pero ¿por qué te has parado?

Ese tipo es un poco raro, pensó el vecino. ¿Por qué le llama tío a la vaca? Zhang Laizi le contó la historia entera y el hombre se enteró justo en ese momento de la muerte del tío Zhang. El vecino conocía bien al tío materno de Zhang Laizi y derramó unas lágrimas. Pero la vaquilla les dio de repente una coz a las jarras y los potes y los rompió todos. Zhang Laizi le preguntó inmediatamente a su vecino que cuánto dinero quería para compensarle por el estropicio de la vaca. Zhang Laizi quiso darle cuarenta yuanes; pero el vecino le comentó seguidamente:

—No tienes por qué pagarme nada. Tu tío, en su vida anterior, me prestó precisamente cuarenta yuanes, así que se los debía. ¡Esa es la suma que querías darme!

—¡*Dajie*, ahora es tu vaca la que ha hecho pedazos mi pulsera de jade! —dijo Liu Yue—. ¿Es posible que le deba algo a tu vaca?

Niu Yueqing dijo:

—Seguro que sí. Ahí debe haber una deuda no pagada. ¿No crees? Tu maestro Zhuang ya te lo ha contado. Esa pulsera no tiene valor y puedes llevar la mía.

Tras decir esas palabras, cogió la pulsera y se la puso a Yue en su muñeca. Esa pulsera pasó a pertenecer a Liu Yue, y una vez puesta, no le venía ni muy grande ni muy pequeña. Liu Yue se remangó y mostró sus brazos blanquísimos.

Al día siguiente, temprano, Liu Yue ayudó a Zhuang Zhidie a que bebiera su leche en el patio y de paso también dieron de comer a la vaca, la cual, una vez saciada, se fue a trabajar a su esquina en el centro de Xijing. Poco antes, Zhuang Zhidie se quedó con la cuñada Liu en el patio, hablando un rato y observando a la vaca mientras comía su hierba. Liu Yue ya se había ido al interior de la casa y no sabía qué hacer, sentada en el estudio. Cogió un libro al azar y se puso a leerlo. Desde que Zhuang Zhidie se había trasladado a este rincón desde Tongguan, muchos eran los libros provenientes del Círculo Literario y Artístico de Xijing que se acumulaban ahí sin orden ni concierto. Liu Yue consideraba esos libros como auténticas reliquias de un valor inconmensurable. Ahí estaba la figura de arcilla de la mujer de la dinastía Tang, esa figura a la que ella se parecía según los amigos del maestro Zhuang, pero no con los libros, sino encima de una mesa. Contemplándola, Liu Yue no podía olvidar lo de la deuda

contraída en otra vida con la vaca de la cuñada Liu —esa vaca que, además, daba una leche que el maestro Zhuang adoraba— y su posible solución. Se acordó también de cómo la gente la trató cuando llegó a Xijing, con dureza y sin piedad. En ese momento, ella pensó que también era debido al camino que el destino le había trazado. Por eso, una vez en la casa de Niu Yueqing y Zhuang Zhidie, se iba cada día al estudio a leer libros. Leer la mantenía centrada; y mientras leía, su cabeza no se extraviaba en pensamientos deprimentes sobre su vida y su destino. Así hasta que llegaba Zhuang Zhidie y se ponía a escribir en la mesa del estudio. Entonces se iba al salón a ocuparse con alguna tarea. En una de esas ocasiones, Zhuang Zhidie la vio y le dijo:

—No pasa nada; lee tus libros y yo escribiré mis artículos.

Liu Yue continuó, sentada, como si estuviese leyendo; pero en realidad no estaba leyendo nada y pensaba que ese ambiente le era francamente propicio para rebajar su ansiedad mental: él escribiendo y ella leyendo. Sin más, y en silencio. Sin embargo, ella sintió algo de vergüenza, alzó la mirada y contempló otra vez la estatuilla de la mujer de Tang. Quería reír, pero no lo hacía, como parecía estar pasando en el rostro de la mujer de Tang. Y no reía porque parecía que le daba vergüenza hacerlo. Liu Yue también pensó que el rostro de esa estatuilla tenía algo de agradable. Muy agradable incluso, pensó poco después. Parecía admirarse a sí misma. Liu Yue, sentada con su libro en la mano, la envidiaba, y en silencio se dijo a sí misma: yo te acompañaré en tus escritos, maestro Zhuang, y tú me acompañarás en mi lectura. Liu Yue retorció la boca y sonrió. Zhuang Zhidie le dijo:

—Liu Yue, ¿qué estás diciendo?

Liu Yue se sintió incómoda con ese comentario y dijo apresuradamente:

—¡Nosotros no nos decimos nada! ¿Vale?

—Te escucho, te escucho —dijo Zhuang Zhidie—; pero me consta que hay ojos que hablan...

La cara de Liu Yue enrojeció como la piel de un melocotón.

—El maestro —dijo Liu Yue— va a escribir malos artículos si se dedica al mismo tiempo a escuchar los pensamientos de los otros.

Zhuang Zhidie respondió:

—Desde que viniste, todo el mundo dice que te pareces a esa estatuilla de Tang. ¡Cierto! ¡Esa mujer de arcilla parece tener un alma! Siempre que escribo o leo en el estudio pienso que me está observando. Hoy, al sentarme a escribir mi artículo, me pareció sentir de nuevo que esa estatuilla estaba viva. ¿Había

entrado ella en mi artículo?

Liu Yue le contestó:

—¿De veras que me parezco a esa mujer de Tang?

—A ella solo le falta algo: el punto negro que tú tienes en el espacio que hay entre las cejas.

Liu Yue se llevó la mano a ese espacio que quedaba entre sus cejas y, efectivamente, sintió ese lunar negro y ligeramente abultado. Le dijo a Zhuang Zhidie:

—¿Y te parece feo?

—No, me parece bellissimo —le contestó Zhuang Zhidie.

Liu Yue sonrió, se encogió de hombros e hizo poco después una mueca con los labios, abriendo los ojos como si se hubiese sorprendido de algo, y dijo:

—¡Pues tengo otro en mi brazo!

Zhuang Zhidie pensó involuntariamente en los dos lunares que Tang Wan'er tenía en su cuerpo. Esos pensamientos le dejaron durante un tiempo melancólico y con la cabeza ausente. Liu Yue se bajó las mangas, que eran de gasa transparente y dejaban al aire los hombros. Zhuang Zhidie se dio cuenta de que en los sobacos de Liu Yue había crecido un pelambre negro que le recordó las raíces del loto y le pareció bellissimo en contraste con la piel blanca de los brazos. Esa visión le provocó incluso a Zhuang Zhidie, e involuntariamente, el deseo de poseer ese cuerpo ahí mismo, pero se retuvo por unos instantes e intentó pensar en otra cosa y le confesó a Liu Yue:

—Tus brazos son bellissimoos...

Tras decirle instintivamente esas palabras, la atrajo hacia él y la besó con fuerza en la boca. Al otro lado de la ventana se oía la algarabía que formaban los niños con sus juegos y sus risas, y del callejón salió volando de repente una cometa.

* * *

Al observar a Liu Yue trayéndole la hierba para saciar su hambre, la vaca se sintió profundamente agradecida por ese gesto y fijó su mirada en la joven criada. La vaca pensó que Liu Yue le estaba ofreciendo una auténtica dádiva y de sus ojos salieron unos lagrimones. La vaca creía conocer en sus pensamientos a esa muchacha. Incluso la callejuela de Shuang Ren Fu le parecía muy familiar en cierta manera. Recordaba en detalle haber pasado varias tardes y noches en la

casa situada en esa calle. La vaca, que también había sido vaca en otra vida, recordó que en la calle de Shuang Ren Fu se encargaba de transportar y repartir, junto con otras doce vacas, el agua dulce del pozo. Liu Yue, en esa otra vida, era un gato. Un día, las trece vacas salieron para repartir el agua del pozo y en total llevaban cincuenta y dos cubos de agua. A cambio, recibían ciento cuatro piezas. El gato, al ver que el dueño de las vacas se había sentado para fumar tranquilamente un cigarrillo, cogió un par de piezas y se puso a jugar con ellas junto al muro. Como resultado de la acción del gato, el dueño acabó castigando a las vacas. Más tarde, en la otra vida en la que renació, la vaca fue vendida en las montañas de Zhongnan. La vaca se reencarnó, por supuesto, en otra vaca, y lo hizo en las montañas. El gato, sin embargo, porque era un glotón, acabó en las manos de un peletero que, tras ofrecerle una carpa de río, lo cazó y le quitó la piel para hacer una bufanda, la cual vendió a un tipo en el norte de la provincia de Shaanxi. La vaca rumiaba una y otra vez; pero sus pensamientos no eran los mismos que los de los seres humanos, ya que tenía una manera opuesta de enfocar el espacio y el tiempo. Todo lo que veían sus ojos aparecía con luces y sombras. Ese tipo de vacas presentaba ciertas diferencias respecto a los seres humanos y su funcionamiento: el conocimiento que la vaca poseía del mundo era mucho más amplio y profundo que el de un hombre. Esa era la razón por la cual las vacas no necesitaban leer libros. Los seres humanos nacen sabiendo comer y beber. ¡Eso es todo!, pero son unos ignorantes totales sobre todo lo demás y tienen que pasar muchos años estudiando en la escuela. Además, la vida de los hombres y las mujeres es muy corta. Los recién llegados a este mundo parten de cero y deben aprender otra vez, con mayor o menor fortuna, todo lo que las generaciones anteriores habían aprendido. La vida de los hombres es un continuo empezar de cero. Las vacas, en cambio, lo saben todo de generación en generación. Su saber es transmitido en los genes y podrían contárselo a los hombres y las mujeres; pero no pueden, y es una pena que esos animales no tengan el don de la palabra. Los hombres además olvidan las cosas y deben hojear siempre en los libros para encontrar el hilo olvidado de los acontecimientos históricos; la gente acaba siempre e inevitablemente sorprendiéndose con aquello que compone la Historia con mayúsculas. Las vacas, en el fondo, se ríen de los seres humanos, ya que les dan pena.

Ahora, después de haber comido su hierba, la vaca marchaba con la cuñada Liu por la callejuela de Shuang Ren Fu. La cola de la vaca no paraba de agitarse y espantar de esa manera las moscas que acosaban su parte trasera. Los pensamientos volvían a aparecer involuntariamente en la cabeza de la vaca.

Desde que vino a este mundo, ella no olvidaba las montañas de Zhongnan. Aunque no se hallaban lejos de la antigua capital, vivir en la ciudad se le hacía extraño. ¿Qué era al fin y al cabo una ciudad? ¡Pues un amasijo de cemento! Pero gentes de todas partes odian la ciudad y dicen que el cielo es cada vez más pequeño y el suelo cada vez más estrecho. Las montañas están llenas de fantasmas y espíritus que las pueblan. Pero ¿y en la ciudad? ¡Estaba llena de diablos! ¿O no? En los pueblos uno sabe quién cuida a los pollos, quién es el abuelo de quién, y quién es el amante de quién; pero en una ciudad nadie puede saber esas cosas. Las calles están abarrotadas de gente y el aire que tú expulsas lo respiro yo, y el aire que yo expulso lo respiras tú. Los autobuses van atiborrados de gente y en los cines pasa lo mismo. Todos los espectadores tienen los ojos bien abiertos, pero nadie te conoce. Las personas son como granos de arena; coges un puñado y luego lo sueltas. La gente es como el agua: más intentas atraparla con tus manos, más se te escapa. Hay lugares con mares y ríos por donde es posible viajar; pero el hombre se empeña en hacer parques con lagos artificiales dentro. También hay lugares con montañas y rocas, pero el hombre se empeña en construir montañas falsas en los parques de las ciudades para escalarlas. Da risa cuando lo cuentas. ¡Eso son las ciudades! Y encima, la gente se encierra en cuatro muros bien gruesos que forman un cuadrado, o un círculo, o un trapecio de cemento. La gran mayoría de la gente sufre de problemas del corazón, en el estómago o en los pulmones, y sufren hepatitis o neurosis; o todo al mismo tiempo. Los habitantes de las ciudades apenas tienen tiempo para cuidar de su higiene personal e incluso se cubren el rostro con máscaras para no respirar la contaminación; emplean jabones especiales para lavarse las manos y los pies, o fabrican medicamentos e inyecciones para poder aguantar el ritmo de vida que les impone la vida de la ciudad. Y no hablemos de los dentífricos para blanquear los dientes o los condones para cubrirse el sexo cuando se hace el acto sexual. Ellos parecen estar pensando: y todo esto, ¿para qué a fin de cuentas? Los especialistas en estos asuntos no paran de hacer estudios para responder a esa pregunta. ¿Y no te parece absurdo? ¿El resultado de toda esta locura? La población bajará ciertamente. Ni siquiera la bomba atómica tendría un efecto tan devastador en la humanidad.

La vaca pensaba que todo eso daba risa. Las risas de la vaca sonaban como estornudos y encadenaba a diario una serie de estornudos que eran en realidad risas, pero que nadie que las oía las identificaba como tales. Cuando la vaca se ponía a pensar, se ponía a pensar una y otra vez en los hombres y las mujeres y su manera de ser y actuar, y llegaba siempre a la misma conclusión: le resultaba

incomprensible; y tampoco comprendía por qué se apelotonaban en las ciudades. ¿Había alguna razón oculta que empujaba a la gente a registrarse en el censo de las ciudades? Los seres humanos son al fin y al cabo animales, igual que las vacas, y la sangre que corre por sus venas es sangre animal. Hasta pueden saciar su hambre con hierba y no necesitan llevar ropas encima si no quieren. ¿Por qué se visten? Sin embargo, la vaca creía firmemente que en este mundo, cuando se creó originalmente en el caos primordial, todos los seres vivos vivían en estado salvaje y los hombres no eran una excepción. En esa época, el Cielo y la Tierra se correspondían el uno respecto al otro. Los animales vivían en perfecto acuerdo con el Cielo y la Tierra y eran iguales que los seres humanos. Los hombres de ahora son, junto con los mosquitos y las ratas, los seres vivos que se reproducen a mayor velocidad. Pero a diferencia de los animales, los hombres construyen ciudades. Resulta lamentable. Construyen ciudades para encerrarse en ellas y la raza humana se atrofia, la gente se vuelve egoísta y su nivel de tolerancia se estrecha. ¿No te has fijado en sus dedos? Ahora son débiles. ¿Y sus orejas? Están llenas de cera... Hasta sus intestinos sufren de esa involución. Ahora son más cortos y delicados. ¿No has visto lo que pasa en estos tiempos con las apendicitis? Y encima los seres humanos miran por encima del hombro a los animales. ¡Se creen superiores! Pero no saben que los animales, en los ríos y las montañas, en los mares y los bosques, están observando en silencio cómo la raza humana se va a extinguir. La vaca también pensaba que la ciudad de Xijing —como todas las ciudades— acabaría cayéndose a pedazos y desapareciendo de la faz de la Tierra. Esos pensamientos le venían a la vaca sobre todo cuando se ponía el sol y anochecía. La vaca se dio cuenta de que había un problema en la ciudad: para subsistir necesitaba una cantidad increíble de agua, y ello era lo que verdaderamente faltaba en la Capital del Oeste. Ese era el principio del fin para las ciudades. Había cada vez más construcciones y gente en las ciudades y la presión ejercida sobre el terreno es enorme. Los hombres no se dan cuenta de ello, pero los hombres no lo saben. El agua se va a agotar en menos tiempo de lo que piensan. Los habitantes de Xijing desconocen la situación geográfica de su ciudad y las ocho reservas naturales de agua no van a durar toda la vida y se secarán. ¿Cuánto tiempo más van a poder seguir dando agua a las gentes de Xijing? ¿No habéis visto la Gran Pagoda del Ganso Salvaje? Está inclinándose y va a derrumbarse de un momento a otro. Cuando llegue ese día, la ciudad entera se va a hundir. Las aguas del río Amarillo podrían cambiar esa situación, o quizá no. En el pasado, las aguas del río Amarillo llegaron incluso a crear praderas en los alrededores de Xijing; pero en esa época, los hombres aprendían de sus errores

y aprovecharon el agua para introducir peces y las praderas para alimentar a los animales. Sabían que su futuro dependía de su relación armoniosa con el Cielo y la Tierra. Contradecir la naturaleza no iba a favorecer sus intereses —más bien al contrario—, y ello significaba vivir como los animales.

Esa vaca pensó hasta ahí y luego pensó que la cabeza le dolía por tanto pensar. Aunque iba a su ritmo caminando por la calle como si nada le incumbiera, creía sin duda alguna que era un filósofo. Sin embargo, algo la deprimía. Pensaba que el Cielo no la había dotado con muchos talentos. La vaca pensaba que le faltaba espíritu científico y sus pensamientos se encadenaban en su cabeza de forma caótica. Por eso le dolía la cabeza. La vaca pensaba que eso quería decir que su espíritu salía de su caparazón y ello le provocaba ilusiones que nada o poco tenían que ver con la realidad de una vaca del montón. O en otras palabras: cometía errores de apreciación sobre el mundo que le había tocado en suerte y regresaba a un estado cercano a la alucinación. Inconscientemente, la vaca se veía labrando la tierra con el arado durante uno de los años de la dinastía Tang o de la dinastía de los Han del Oeste —unas épocas doradas para las vacas y los bueyes en su relación con los hombres a todos los niveles, como así lo demuestran las obras de arte que nos han llegado de esas dos dinastías—. Rodeándola veía las heces y los carros de los campesinos. Misteriosamente, la vaca deseaba que nadie se apartase de su lado, pero en medio de ese barullo no encontraba el campo que debía labrar. Notaba entonces que le faltaba la lucidez y se le iba la cabeza. La vaca suspiraba melancólicamente y seguía con su caminar hacia delante. Como resultado, la vaca se dejaba llevar por la cuñada Liu a través de las callejuelas de Xijing hasta llegar al muro del puesto de venta, y giraba de vez en cuando para que le diesen un dátil rojo. Los hombres suelen comer pimientos picantes porque les gusta comer picante; a las vacas, por su parte, les gusta comer dátiles ojos porque les aportan un jugo que las alimenta; pero la vaca se paraba y la cuñada Liu le daba palos para que avanzase y le gritaba: «Vamos, vamos, que no tenemos tiempo que perder...».

* * *

Niu Yueqing se dio cuenta de que el pie de Zhuang Zhidie no mejoraba y cada noche le untaba la herida, le cambiaba la venda, y no le dejaba moverse. Niu Yueqing les dijo a la abuela Wei —que era la conserje del Círculo de las Artes y las Letras de Xijing— y a los vecinos del callejón de Shuang Ren Fu que dijese

a los que querían visitar a Zhuang Zhidie que este no se encontraba disponible. También les dijo que no les diesen la dirección a la que se había ido. Niu Yueqing le dijo a Liu Yue que no cogiese el teléfono. De esa manera, nadie le molestaría. Zhou Min se sentía igual de ansioso que unas hormigas sobre una placa metálica ardiente, ya que le resultaba imposible hablar por teléfono con él. Esa tarde, él se fue a buscar a la señora del maestro, Niu Yueqing. Quería informarla sobre el departamento de Propaganda de la Sala de la Cultura de Xijing y sobre los tres asuntos para los que había pedido oficialmente Jing Xueyin una aclaración pública a los redactores de la *Revista de Xijing* y Zhou Min, y por los cuales, dicho sea de paso, debían disculparse, ya que formaban la base de la ofensa y el agravio causados en su persona. Zhou Min y Li Hongwen fueron a ver a Jing Xueyin, la cual, al verlos, alzó la cabeza y se puso a mirar el estado impecable de sus uñas y a pintárselas de nuevo delante de ellos sin abrir la boca y como si no estuviesen ahí. Ella movía los cinco dedos de la mano de una forma tal que a los dos empleados de la revista les pareció extraña. Zhou Min escupió bruscamente al suelo, abrió la puerta y salió fuera del edificio. Li Hongwen se fue a informar sobre la situación al jefe de la Propaganda a nivel provincial, y este le respondió:

—Pues así es. Si rechaza escucharos, ese es su problema, no el vuestro. Seguramente quiere desviar la atención. Esos tres asuntos que ha puesto sobre la mesa deberían encontrar una respuesta en la próxima publicación de la revista, y sois vosotros quienes deberíais sacar la lengua para hacerlo. Cuando hayáis acabado, le echaré un vistazo.

Zhou Min quería informar a Zhuang Zhidie sobre su plan de las cartas, pero Zhuang Zhidie se había ido al encuentro y sin saber qué hacer pasaba el tiempo en el restaurante de la Antigua Capital. Al cabo de dos días, temprano por la mañana, Zhou Min seguía esperando a Zhuang Zhidie, pero este no venía y la ciencia se le había acabado. Sin otra mejor opción a su alcance que Zhong Weixian, Zhou Min quiso solucionar por su cuenta ese asunto. El jefe de la Propaganda le pidió a Jing Xueyin que controlara el asunto por ella misma, pero ella se negó, ya que sospechaba que el jefe de la Propaganda escondía algo. O mejor dicho, tenía un serio problema para saber lo que era verdad y lo que no lo era en ese asunto. Además, actuaba siempre con malicia. Ni Zhou Min ni Zhong Weixian se ponían de acuerdo sobre el plan de acción a seguir y ninguna de las partes cedía. El jefe de la Propaganda quería sobre todo que se utilizase el lenguaje que normalmente se emplea en su departamento, ya que sabía que era el único efectivo para solucionar ese tipo de asuntos y encima era una persona a la

que no le gustaba esperar a nadie. Zhou Min se dirigió tres o cuatro veces al Círculo de las Artes y las Letras y la calle de Shuang Ren Fu para ver si veía finalmente a Zhuang Zhidie: pero cada vez que iba, se topaba con alguien en la puerta que le decía que no estaba. Ni siquiera podía llamar por teléfono, y esa situación le agobiaba. Zhou Min empezó a dudar de todo el mundo. ¿Había dejado de interesarle ese asunto a Zhuang Zhidie? Se trataba por supuesto de un personaje famoso y conocía a gente colocada a todos los niveles de la sociedad —tanto a los de arriba como a los de abajo—. Podía meter baza en cualquier sitio, o quizá ya había amañado el resultado de esa querrela, y había debido escuchar inevitablemente un montón de insultos en su propia casa.

Tang Wan'er, por su parte, tenía otros pensamientos que pasaban por su cabeza sobre la ausencia de Zhuang Zhidie. Estaba nerviosa y en ese estado se presentó varias veces en el restaurante de la Antigua Capital, ya que también sospechaba que en el asunto de Zhuang Zhidie había gato encerrado. O ¿les había descubierto Niu Yueqing y por eso Zhuang Zhidie la evitaba? ¿Y a los demás? ¿Por qué? Aquel día, en la noche, Tang Wan'er se dirigió a la casa del número 703 para ver qué pasaba con su marido. La puerta estaba cubierta y no pudo ver a Zhuang Zhidie. Estuvo media hora esperando con cara de tonta y no pasaba nada. Ello hizo que sospechara todavía más. Decidió regresar por las callejuelas hasta girar por una de ellas y seguir caminando detrás del callejón del edificio de Zhuang Zhidie. Tang Wan'er sabía que la casa donde debía estar Zhuang Zhidie tenía tres ventanas en su parte posterior, pero se dio cuenta de que las luces no estaban encendidas. Con el cuello estirado, Tang Wan'er estuvo dos horas esperando ver algo en esas habitaciones, pero en vano. Las luces continuaban apagadas. Zhuang Zhidie sabía que Tang Wan'er iría a visitarle porque así lo habían decidido los dos; pero ¿por qué no venía nadie a verlo? Tang Wan'er oía melancólicamente el rugido del viento y pensó que Niu Yueqing debía haber ido al restaurante. ¿Había obligado a Zhuang Zhidie a acostarse ya en la cama? Igual ella ya había regresado a casa, tomado un baño, secado el pelo, el cual debía haber dejado suelto, y estaría debajo de las sábanas junto a su querido marido. ¿Se habían puesto a hacer el amor? A Tang Wan'er le preocupaba lo que estaba sucediendo y su cuerpo, debilitado por el día, no se dormía cuando se metió en la cama. Demasiada agitación y demasiado calor durante el día. Tang Wan'er se levantó de la cama y se fue al sofá para leer algo. El volumen que cogieron sus manos pertenecía a una colección de clásicos muy popular en China y contenía *Seis capítulos de una vida flotante*⁶¹, de Shen Sanbai; y de Mao Xiang, sobre su concubina Dong Xiaowan, las *Notas de una*

*cabaña verde*⁶², junto con las *Notas diversas de la vida ociosa*⁶³, de Li Yu. Tang Wan'er quería leer lo que estos textos decían sobre las mujeres. El primer libro que cogió fue el de Li Yu y se fue directamente a la sección que hablaba de las mujeres y leyó que el rasgo del carácter más importante en ellas es la «actitud»⁶⁴. ¿A qué se refería con lo de la actitud? Pues se trataba de tener tres partes de ser humano y siete de glamur y encanto. Así se definía a quienes tenían actitud. En cambio, los que no tenían actitud eran los que poseían siete partes de ser humano y solo tres de glamur y encanto. Estos últimos carecían de actitud. Respecto a las mujeres con actitud, estas debían flamear como las llamas, brillar como la luz de las lámparas y ser apreciadas como el jade y las perlas. Tang Wan'er se repitió varias veces esos consejos para ser completamente consciente de lo que querían decir. Esa actitud, ¿se refiere al temperamento de hoy en día?, se preguntó Tang Wan'er. Por lo tanto, para Li Yu, tener plena confianza en uno mismo es, definitivamente, poseer eso que él llama actitud. Luego cogió el volumen de las *Notas de una cabaña verde*, de Mao Xiang. En esas notas, el autor hacía un elogio apasionado al amor que le tenía a la concubina Dong Xiaowan, que había amado y cuya muerte prematura los había separado. Tang Wan'er pensó: ese Mao Xiang es un hombre con talento, como Zhuang Zhidie; pero Mao Xiang mostraba pudor respecto a sus sentimientos y Zhuang Zhidie nunca lo hacía. Y ella, ¿era como Dong Xiaowan? Bajo el Cielo, suceden cosas verdaderamente maravillosas. Ella también se apellidaba Wan, el mismo de Xiaowan. Tang Wan'er cerró de golpe el libro como si no quisiese saber más sobre ese personaje de final trágico y sonrió por lo bajines. Luego miró el peral a través de la ventana y pensó en lo bonito que ese árbol debía ser en primavera con sus flores blancas. En invierno, cubierto de nieve, debía de ser también bellísimo. Tang Wan'er imaginó el sonido de la nieve al caer desde el cielo y Zhuang Zhidie haciendo bolas con la nieve y tirándoselas a ella en el cuerpo. Y esos perales que estaban dentro de los muros, ¿eran igual de blancos que los perales de fuera en la naturaleza? En ese momento era verano y el peral no tenía flores, ni nieve sobre sus ramas. Incluso se le habían caído las hojas prematuramente por el exceso de calor que estaba haciendo en Xijing. El peral desprendía un tipo de luz que era como la que desprendía Tang Wan'er. Ella creía estar soñando, bajó la mirada y continuó leyendo. En el libro se describía un momento de lluvia y de repente Tang Wan'er se dio cuenta de que en el patio también estaba lloviendo. Se levantó del sofá y se dirigió al patio. Solo estaba chispeando. No había nadie frente a los perales y entonces, como si de una revelación se tratase, Tang Wan'er pensó que el peral que estaba observando era ni más ni menos que

Zhuang Zhidie. La primera vez que vio a Zhuang Zhidie, este la trajo a ese patio junto con ese peral. Tang Wan'er abrazó bajo esa lluvia fina de verano el tronco del peral como si fuera Zhuang Zhidie y luego regresó a la casa. Por su rostro caían gotas de lluvia que parecían lágrimas. Tang Wan'er abrió un libro y se puso a leer de nuevo.

Se acabó el día y llegó la noche. Se hacía tarde y Zhou Min no llegaba. No muy lejos sonaban las campanas de la ermita de la Vacuidad Luminosa. Esas campanas rompían la paz de la noche. Uno de los cristales de la habitación estaba roto y el viento se colaba por el agujero, provocando un sonido que recordaba la voz de alguien. Tang Wan'er sintió miedo de repente y pensó que Zhuang Zhidie debía de estar merodeando por el patio a esa hora del crepúsculo. Tang Wan'er se vistió, se calzó y salió corriendo hacia fuera. Una vez fuera, la horquilla del cabello se le cayó al suelo y el cabello se le deshizo. Buscaba la horquilla mientras caminaba, pero no la encontraba. Se dirigió al patio, el cual, a esas horas de la noche, permanecía en un silencio sepulcral. No había además nadie en él. Miró en la callejuela a izquierda y derecha. Tal vez, Zhuang Zhidie la estaba llamando en la oscuridad. Tang Wan'er estuvo mirando por todas partes durante un rato, pero no era él; era el viento, y con cara de tonta regresó a casa. Después de despertarse Tang Wan'er, Zhuang Zhidie seguía sin venir, y así pasaron muchos días. A Tang Wan'er, esos días se le hicieron eternos y empezó a deprimirse seriamente. Desesperanzada, empezó a pasar sus días con lágrimas en los ojos y a suspirar sin parar. Cuando lloraba, no podía parar luego, y a su cabeza le resultaba imposible producir un pensamiento. Todos derivaban en emociones descontroladas que le provocaban a Tang Wan'er más ganas de llorar. Contaba los días que pasaban. Al cabo de unos días, fue el cumpleaños de su hijo. Ya no le importaba si Zhou Min llegaba o no a casa, Tang Wan'er abrió la puerta y llamó a gritos a uno de esos triciclos-taxi que abundan en Xijing. Por tres yuanes, el triciclo la llevó a la estafeta de Correos de la Torre del Reloj y ahí envió un telegrama a su antigua casa en Tongguan. El telegrama iba dirigido a su hijo y decía escuetamente: «Feliz cumpleaños a mi hijo». Tang Wan'er se puso a llorar desconsoladamente otra vez, regresó a casa y se fue a dormir.

Zhou Min regresó tarde, ya en la noche, y estaba exhausto; tenía frío y estaba pálido. Ni siquiera encendió las luces y le preguntó a su mujer cómo estaba. Tang Wan'er sí que encendió la lamparita y se quitó la sábana de encima. Zhou Min vio que su mujer tenía los ojos hinchados y rojos, como melocotones maduros, y luego vio la copia de un telegrama al lado de la almohada. En el telegrama había escrito el nombre del pueblo de Tongguan. Zhou Min le

preguntó con ansiedad que de dónde venía ese telegrama y abofeteó a su mujer. Tang Wan'er se levantó de un salto de la cama y, totalmente desnuda como estaba, agarró con fuerza el cabello de Zhou Min. Insultándole como una enajenada, se quejó:

—¿Me has pegado? ¿Te has atrevido a pegarme? Mi hijo es muy pequeño y ni siquiera tiene a su madre a su lado. ¡Hoy ha cumplido tres años! ¿Acaso soy una madre loba por haberle enviado unas palabras a mi hijo?

Zhou Min le respondió:

—Creo que solo tienes agua en tu cerebro, Wan'er. ¿O tienes en realidad el cerebro de una madre loba? ¡Ese telegrama huele a mierda! ¿Era indispensable escribirle ahora? Además, lleva nuestra dirección de Xijing. ¿Quieres que tu ex sepa dónde vivimos?

Tang Wan'er dijo:

—¿Es que crees que no está al corriente? Xijing es grande como un océano. Incluso si le da por buscarnos, no nos encontrará.

Tras decir esas palabras, cogió el espejo y se miró la cara. La tenía hinchada y con algunos arañazos todavía recientes y ensangrentados. Tang Wan'er volvió a cogerle el cabello a Zhou Min y volvió a insultarlo:

—Menudo héroe estás hecho, Zhou Min. ¿Tienes miedo de que te encuentre un niño de tres años? ¿Te intimida? Eres un cobarde. ¿Te sientes como un ladrón porque has robado a su mujer? ¿O un traidor? ¿O le vas a pegar? Quizá sí. Igual mi ex se viene a dar un paseo por Xijing, o querrá dar un paseo contigo. ¡Igual te da una paliza y te mata!

Zhou Min miró a Tang Wan'er con severidad y pensó que quien le había hablado ya no era un ser humano, sino un demonio maléfico. Lamentó haberla abofeteado, se arrodilló y abrazó las dos piernas de Tang Wan'er y le pidió perdón, cogió sus manos y se abofeteó con ellas. Le pidió seguidamente que le perdonara. Zhou Min era un hombre que sabía cómo tratar a las mujeres y que se odiaba paralela y genuinamente a sí mismo. Su mujer dejó de llorar y Zhou Min le secó las lágrimas. La ayudó a levantarse y con las manos le hizo cosquillas, ya que quería verla sonreír. Zhou Min sabía cuál era la parte de su cuerpo que debía tocar para hacerla desternillarse y así lo hizo. Zhou Min se tranquilizó de golpe y se fue a la cocina a preparar algo de comer. Luego regresó junto a su mujer con un bol en las manos. Se lo ofreció y la armonía volvió a reinar en la pareja.

* * *

Zhuang Zhidie se deprimía en casa tras tantos días encerrado en ella y pensaba que una sombra amorfa lo envolvía. Se enojaba sin saber cómo salir de ese estado y se odiaba a sí mismo por no poder salir del aburrimiento. No había ni siquiera visto a un amigo con el que poder charlar. Se pasaba el día leyendo libros y nada más acabarlos, los olvidaba. Le hablaba a Liu Yue y los dos se ponían a hablar como si se conociesen de toda la vida. Los límites entre una criada y el señor de la casa habían desaparecido desde hacía tiempo. Zhuang Zhidie le pidió a Liu Yue que le cantase alguna canción y Liu Yue, por supuesto, se puso a canturrear una, y eligió una canción muy popular en el área de Shanbei —en el norte de la provincia de Shaanxi— que se llamaba *Cógeme de las manos*:

... Cógeme de la mano y yo te daré un beso; cógeme de las dos manos y yo te daré dos besos. Iremos al monte Lao y ahí pasearemos juntos...

Zhuang Zhidie se calentó como una estufa al escuchar esa canción y el rostro de Liu Yue enrojeció de golpe mientras cantaba. La joven criada se fue al dormitorio de la anciana y cerró la puerta herméticamente. Zhuang Zhidie la siguió y quiso abrir la puerta.

—Liu Yue, Liu Yue —le gritó—, quiero que me sigas cantando tu canción.

Liu Yue le respondió desde el otro lado de la puerta:

—¡No, no quiero! La letra de esa canción no me gusta. No quiero cantar...

Zhuang Zhidie le respondió:

—Pues si no quieres cantar, no cantes; pero ¡abre la puerta!

Liu Yue no dijo nada por el momento, estuvo callada durante unos instantes, y luego contestó:

—Maestro Zhuang, ¿te quieres reír de mí? ¿Eso es?

—¿Por qué iba a hacerlo? —repuso Zhuang Zhidie, empujando seguidamente la puerta del dormitorio de su suegra. Liu Yue abrió lentamente el cerrojo y Zhuang Zhidie presionó la puerta, la cual acabó abriéndose de golpe.

Zhuang Zhidie pinchó el trasero de Liu Yue y le dijo:

—¿Qué sabe ella? No te dejaré ir. De hecho, no puedes irte.

Zhuang Zhidie agarró con fuerza a Liu Yue para arrastrarla hacia él, pero Liu Yue intentó zafarse, perdió el equilibrio y pisó el pie herido de Zhuang Zhidie;

este cayó al suelo y Liu Yue acabó sentándose sobre su cuello. El abdomen de Liu Yue se posó sobre la cara de Zhuang Zhidie. Sin esperar un segundo, Zhuang Zhidie agarró las dos piernas de Liu Yue. La joven criada se asustó y se ruborizó, presa de su timidez natural. Zhuang Zhidie la elogió:

—Así está bien. ¡Te veo mucho mejor! ¡Gracias!

Las mangas de la camisa de Liu Yue eran anchas y no se le pegaban a los brazos, y la camisa tampoco se le pegaba al cuerpo. Zhuang Zhidie pudo ver los dos senos de Liu Yue; eran unos senos grandes y blancos; unos senos, sin embargo, con unos pezones diminutos que recordaban a las habichuelas rojas. Zhuang Zhidie le preguntó:

—Pero ¿no llevas sujetador, Liu Yue?

Tras decir esas palabras, Zhuang Zhidie llevó sus manos a los senos de Liu Yue, pero ella se giró y no le dejó que él la poseyera, pero □□□□□□ [aquí el autor ha suprimido veinticinco palabras]. Liu Yue le comentó:

—Tu señora no nos ha visto. Y con lo que he hecho, ¿cómo voy a regresar a mi pueblo ahora? ¡Ya no soy virgen!

Liu Yue retiró las manos del cuerpo de Zhuang Zhidie, se levantó, dejando atrás a su maestro y se dirigió a la cocina para preparar algo de comer. El rostro de Zhuang Zhidie había enrojecido y su cuerpo permaneció tumbado sobre el suelo. Zhuang Zhidie fue consciente otra vez de que se aburría, y le estresaba. ¿Habían cambiado sus sentimientos respecto a Liu Yue? Se sintió avergonzado por lo que había hecho y oyó entonces a Liu Yue que cantaba en la cocina:

... Los frutos de color carmesí del árbol del espino han sido pelados para que se puedan comer, y la gente va diciendo por ahí que tú y yo somos quienes lo han hecho. En realidad, tú y yo no hemos hecho nada malo. Hasta la gente buena renuncia a su buena reputación para hablar mal de nosotros...

En la noche, los esposos Niu Yueqing y Zhuang Zhidie dormían en la cama, pero antes de dormir solían hablar de los asuntos del día o de algún tema que había pasado desapercibido y merecía ser hablado. Los esposos hablaron esa noche de Liu Yue, y Niu Yueqing le comentó a Zhuang Zhidie:

—¿Cómo es posible que hoy Liu Yue llevase puestos mis zapatos? Al verme pasar junto a ella, se los quitó apresuradamente y enrojeció. Fue así como la descubrí.

Zhuang Zhidie le respondió:

—Temprano por la mañana, vi que había lavado sus zapatillas y al salir para comprar las verduras se dio cuenta de que no tenía nada para calzarse. Yo le dije que podía ponerse tus zapatos. Al verte, seguramente tuvo miedo porque se olvidó de sacárselos. Esa chica tiene un buen cuerpo y cualquier cosa le va bien, y tú tienes tantos zapatos...

Niu Yueqing le propuso:

—Más que dárselos a otra gente, deberías comprárselos. Al fin y al cabo, esa chica trabaja para nosotros y le podemos ofrecer unos zapatos nuevos. ¿No crees?

Zhuang Zhidie le contestó:

—Mi esposa es una mujer casta y virtuosa. Si he comprendido bien lo que me dices, tengo que darle dinero para que se compre unos zapatos. ¿Es así?

—Así es —asintió Niu Yueqing, y luego añadió—: Tengo otro asunto que comentarte. Estoy preocupada por algo. Hoy, por la mañana temprano, cuando fui a trabajar, me dio por ver si en la tienda de golosinas de la calle del mercado de Zhuba había algunos dulces buenos para comprarlos. Una vez dentro, el dependiente se me quedó mirando durante un buen rato y luego me preguntó: «Usted, ¿no es la esposa del gran escritor Zhuang Zhidie?». Le respondí que sí y le pregunté: «¿Pasa algo?». El vendedor me comentó que había visto una fotografía de nosotros dos en una revista y me preguntó si habíamos contratado a una mujer para que cuidase de la casa. Le respondí que sí, y que ella era de Shanbei y se llamaba Liu Yue. También le dije que era una chica muy viva y espabilada. Cualquiera que la vea no pensará que viene de un pueblo en el campo. Liu Yue había debido de pasar por esa tienda para comprar dulces. Pensé que debía cortar por lo sano esa conversación. El vendedor me dijo que Liu Yue había trabajado para él antes de cambiar a nuestra casa. Luego se mordió el labio y me dijo: «Esa criadilla me ha defraudado... La saqué de la miseria, le di un trabajo y la traté como a mi propia hija. Vete a saber cuáles han sido las razones por las que se ha ido a vuestra casa. Se dicen muchas cosas, pero la gente es muy mala y tiene la lengua muy larga... La contraté para que cuidase de mi hijo e intenté retenerla y le dije que buscaría a otra persona para cuidar de mi casa, pero que no se fuese hasta que la encontrase. ¡Y se fue antes de que encontrase a un reemplazante! Al llegar a casa vi a mi hijo completamente solo y ella se había ido. Ella quería subirse a las ramas altas de vuestro árbol y no podía perder más tiempo. Ahora debo quedarme yo cuidando del niño durante medio mes y he perdido mucho dinero por su culpa. ¡Solo soy un pobre vendedor! No tengo palabras para describir a esa mujerzuela. ¿Se puede confiar en alguien así? ¡Pues

no! Esa gente no tiene el corazón limpio y parece que ha comido moscas». Y tú Zhidie, ¿crees que es falso lo que dice?

Zhuang Zhidie le respondió:

—Liu Yue no puede tener ese corazón envenenado. Seguro que no. Me temo que es alguien muy competente. Esta casa nunca ha estado tan ordenada como ahora. La gente nos envidia, eso es todo, y quiere sembrar tormentas en nuestra casa.

Niu Yueqing le dijo:

—Yo también he pensado en eso. Deberías recordarme más a menudo la suerte que tengo. Liu Yue es tan eficaz y deja todo tan limpio.

Tras decir esas palabras, Niu Yueqing se giró bocabajo y se quedó dormida.

* * *

Al día siguiente, Niu Yueqing se fue al trabajo y desde ahí llamó a su prima para tener noticias de su madre. La prima le dijo que todo iba bien. Por la mañana se había tomado medio bol de gachas con habichuelas rojas y al mediodía medio bol de gachas de arroz, le comentó la prima. No había mucho arroz, pero había muchas verduras. La prima de Niu Yueqing le trajo tres peces del río Wei y se los cocinó a la anciana madre de Niu Yueqing. Ni siquiera permitió a los niños comer de ese manjar tan succulento. ¡Solo para la abuela Niu! Por la noche, la prima le preparó un par de huevos hervidos, una sopa y un vaso de leche de cabra. La abuela hasta se engordó con tanta comida y su piel emblanqueció. Lo único que le preocupaba era el vinagre que tenía en casa y que la prima no podía ofrecerle. Esperaba también que nadie en casa le rompiera la vajilla. Pero no todo eran buenas noticias. La abuela se quejaba por no poder salir fuera y ver el cielo o escuchar alguna ópera de Shaanxi. Niu Yueqing le dijo a la prima que a su madre le encantaba escuchar ópera de Shaanxi y que de joven había asistido a muchas representaciones y que también le preocupaba mucho lo de su vinagre. Niu Yueqing le había lavado las zapatillas viejas a su madre y luego le quedaron como nuevas a la anciana. La *laopo* Wang vino varias veces a verla y le trajo como regalo un bolso de paja. No satisfecha, hizo un comentario sobre el pie de Zhuang Zhidie. Afortunadamente, esa tarde, el líder de la unidad de trabajo y otros obreros se fueron a las orillas del río Wei a comprar carne de cordero, la cual, en ese sitio, estaba a buen precio, y Niu Yueqing regresó rápidamente al lado del Círculo Literario y Artístico, ahí donde vivía la familia Deng, para

recoger un par de casetes de ópera de Shaanxi, y aprovechó la ocasión para preguntar por la prima, ya que debía entregarle esas cosas. Niu Yueqing regresó al mediodía para ver a la venerable anciana, que se había ido a la casa de la callejuela de Shuang Ren Fu. Se repetía la misma historia. La prima la llamó por teléfono y hablaron las dos de la herida de Zhuang Zhidie. La abuela quería ver cómo iba ese pie, ya que estaba preocupada por él. La prima no podía ayudarla más y cogió el autobús y se fue. La abuela, una vez en casa, empezó a quejarse de todo. Se quejó de Liu Yue porque la almohada que había puesto en su cama no era la suya de toda la vida; se quejó de las flores de la ventana ya que tenían demasiada agua y se iban a pudrir; se quejó de que la mesa no estaba recogida y de las telas de arañas que podían verse en algunas esquinas de la casa. Liu Yue no se atrevió a abrir la boca. Al llegar la noche, Liu Yue y la anciana abuela durmieron en la misma habitación —Liu Yue en la cama y la abuela en el ataúd—. A medianoche, como siempre, la abuela se puso a hablar, y Liu Yue pensó que le hablaba a ella. La cháchara de la abuela le impedía dormir. La abuela hablaba cada vez más y parecía como si estuviese buscando pelea con alguien. Por un lado, la abuela amonestaba a Liu Yue, y por otro lado, la aterraba, y estaba constantemente rascando la almohada. Liu Yue no podía quitarle los ojos de encima, pero ni siquiera se la oía respirar. Atenazada por el miedo, se levantó y se fue a golpear la puerta del dormitorio de la señora. Zhuang Zhidie y Niu Yueqing se levantaron y le preguntaron a la joven qué estaba pasando. ¿Había tenido una pesadilla? La abuela les dijo:

—Gritan, y luego se van todos. Lo único que estoy intentando es convencerlos por todos los medios para que me dejen tranquila de una vez.

Niu Yueqing le preguntó:

—¿Y quiénes son ellos?

La anciana le respondió:

—¡Y yo qué sé! Hace unos instantes los vi pasar; sujetaban palos con sus manos y pensé que venían a golpear otra vez las piernas de Zhidie. ¿De dónde venían?... ¡Yo que sé! Pero sin venir a cuento, y de una manera justa y sin odio, ¡iban a golpear otra vez las piernas de mi yerno!

Niu Yueqing dijo:

—Mi madre ha vuelto a ver fantasmas.

Liu Yue se había quedado blanca tras escuchar la historia de la abuela y Niu Yueqing volvió a quejarse y le advirtió:

—Madre, no hables más. Hay gente a la que le entra miedo cuando escucha

historias de fantasmas. ¡Nos has asustado a todos nosotros, madre!

Zhuang Zhidie intercedió:

—Déjala que hable... —Y luego le preguntó a su suegra—: Madre, madre, ¿quieres asustarnos o qué?

La abuela le respondió:

—Sí, todo esto es por culpa de esos diablos. ¿Por qué solo yo puedo escucharlos? Vete al templo del Ornamento del Jade semicircular y les pides a los monjes un par de amuletos. Esta ciudad está infestada de fantasmas endiablados. ¡Están por todas partes! Me da la impresión de que ahora en Xijing solo hay fantasmas pululando por las calles y solo los monjes pueden poner orden a esta situación. Hazte con los amuletos y regresa a casa, rápido. Cuelga uno de esos amuletos en la puerta y bebe agua con cenizas. Eso te ayudará a curar las heridas de tu pierna.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Mañana iré sin falta al templo del Ornamento del Jade semicircular y tú estarías mejor durmiendo tranquilamente en tu ataúd.

Zhuang Zhidie le pidió también a Liu Yue que se fuese a dormir, pero Liu Yue no consintió. Le dijo que prefería dormir en el sofá del salón.

Apenas habían salido las primeras luces del día y Niu Yueqing ya se encaminaba hacia su trabajo. Liu Yue tenía en esos momentos los ojos hinchados porque, por supuesto, no había dormido bien, y preparó el desayuno para la abuela, el cual consistía en un poco de leche de vaca, unas galletas, té y algo de arroz hervido. La abuela, mientras tanto, volvió a cubrirse entera en el ataúd. Liu Yue le dijo que quería ayudarla a ponerse fuerte, pero la abuela no estaba por lo que le hacía la criada. Liu Yue se fue al estudio a hablar con Zhuang Zhidie. La abuela los vio conversando, torció la cabeza, se puso las lentes de vista cansada para verlos mejor y dijo:

—Zhidie, ¿no decías que ibas a ir al templo del Ornamento del Jade semicircular?

Zhuang Zhidie le respondió a su suegra:

—Sí, ya lo sé.

Zhuang Zhidie se dirigió primero a los aseos para orinar y luego se fue al ropero para cambiarse de atuendo. Vio a Liu Yue en la puerta de la cocina lavando y secando las cortinas de la casa. Con el dinero que había recibido el día anterior, Zhuang Zhidie le había comprado unos zapatos nuevos a Liu Yue. A ella le quedaban como un guante y ni siquiera necesitaba calcetines. Ese día, Liu

Yue llevaba unos pantalones cortos negros ajustados que iban perfectamente con esos zapatos. Con gran esfuerzo, las piernas tiesas, y perdiendo alguna uña que otra de las manos, Liu Yue levantaba las cortinas y las colgaba otra vez en los ventanales; pero lo hacía con elegancia y mucha gracia. Zhuang Zhidie le dijo:

—Liu Yue, esos zapatos, con los pies desnudos, te quedan francamente bien.

Liu Yue, que seguía colgando las cortinas, le replicó:

—No tengo pelos en las piernas y puedo mostrarlas sin ponerme medias o calcetines.

Zhuang Zhidie le preguntó:

—Y los zapatos, ¿no te aprietan?

—Mis pies son muy pequeños —respondió Liu Yue.

—Mi esposa, que es tu gran hermana, tiene los pies anchos y gordos. Cualquier tipo de zapatos que se ponga durante más de una semana acaba deformándose. Entre nuestros amigos, Xia Jie adolece de lo mismo. Tiene el dedo gordo demasiado grande y el hueso le sale a un lado. No puede llevar zapatos de tacón y acaba destrozando el resto. Si te fijas bien, cuando se sienta, nunca pone los pies delante. Más bien los esconde para que nadie los vea. Ninguna mujer que tenga los pies feos y lo sepa se sentirá bella, aunque el resto de su cuerpo roce la perfección. ¿No lo sabías, Liu Yue?

Liu Yue levantó los pies y los estiró para ponerlos de punta, bajó la mirada y se quedó mirándoselos. Zhuang Zhidie los cogió por la mano, acercó su rostro a ellos, movió la nariz como quien husmea algo y se puso a oler los zapatos y los pies de Liu Yue. La joven criada retiró inmediatamente los pies y se puso otra vez a colgar las cortinas. Los pies, una vez en el suelo, le hacían cosquillas, y la cara de Liu Yue enrojeció. Zhuang Zhidie hizo como si no pasase nada y comentó para desviar el tema que el modelo de esos zapatos no estaba nada mal. Liu Yue, al ver la manera como actuaba Zhuang Zhidie, dijo con cara de preocupada:

—Tú eres el hombre de la casa. ¿Te dedicas ahora a observar los pies y los zapatos de las mujeres y a dar tu opinión? Van a pensar por ahí que el señor de la casa se ha trastornado.

Zhuang Zhidie le explicó:

—Para cultivar bien el campo se deben cultivar primero los laterales, y para lavar bien los cazos de la cocina se deben lavar bien los bordes. Con la belleza de las mujeres pasa algo parecido: está en la cabeza y los pies. Recuérдалo bien, en la cabeza y los pies. Vistes con unos harapos, pero calzas unos buenos zapatos

y en tu cara se manifiestan las tres energías de la medicina china, es decir, el *jing* (la vitalidad), el *shen* (la expresividad) y el *qi* (el soplo vital)⁶⁵, y se puede decir a todas luces que eres una mujer bella. Ahora comprenderás por qué las mujeres están tan obsesionadas con los zapatos. ¿No lo sabías, Liu Yue? Tang Wan'er comprende mejor estas cosas que tú y por eso presta una atención especial a su cabello. ¿No te has dado cuenta? Está ofuscada con esa parte tan efímera de su cuerpo y siempre tiene que ir impecablemente peinada. Si el cabello está demasiado corto o demasiado largo, si ha perdido color o ha amarilleado más de la cuenta, todo eso la preocupa enormemente. ¿Por qué crees que le da tanta importancia al cabello? Y tú, sin embargo, ¡solo te preocupas por hacerte una coleta con él!

Liu Yue le respondió:

—¿Y tú sabes acaso por qué llevo una coleta? Pues porque no tengo bolso ni todo lo que un bolso de mujer suele contener. En verano visto con una falda corta y una blusa sin bolsillos, y cuando sudo no tengo un pañuelo para secarme el sudor, y el que uso para sujetar mi coleta me sirve para ese fin. ¡Para secarme el sudor!

—No vuelvas a contarme esa historia —le dijo Zhuang Zhidie—, te daré dinero y te compras un bolso de los caros. Yo lo acabo de comprender ahora gracias a ti, Liu Yue. Todas las mujeres que veo en la calle llevan un bolso, y yo creía que era para llevar dinero. Pues me equivocaba, vaya por dónde... ¡Llevan un pañuelo para secarse el sudor, papel higiénico y maquillaje!

Liu Yue soltó una carcajada estruendosa. La abuela escuchaba con atención la conversación que estaban teniendo Zhuang Zhidie y Liu Yue y dijo:

—Zhidie, pero ¿todavía no te has ido al templo del Ornamento del Jade semicircular?

Zhuang Zhidie le guiñó el ojo a Liu Yue y le contestó a su suegra:

—Sí, ya voy, ya voy... —pero en su fuero interno pensaba en Niu Yueqing. ¿Por qué le había comentado lo de su pie herido a su madre? La abuela regresó otra vez a casa sabiéndolo todo y fue su esposa quien había provocado esa llegada prematura. Zhuang Zhidie quería estar a solas con Liu Yue ¡y ahora debía aguantar a su suegra sujetando la vela! ¿Qué diablos hacía insistiendo en que se fuera al templo? Esos pensamientos deprimieron todavía más a Zhuang Zhidie, que se rascó la cabeza, ya que le picaba por todas partes, y llamó a su amigo Meng Yunfang para comentarle lo de su visita a los monjes budistas del templo del Ornamento del Jade semicircular y los amuletos que necesitaba.

Zhuang Zhidie descubrió en ese momento que el teléfono estaba mal colgado y por eso no sonaba nunca. Alguien lo había hecho expresamente.

—Liu Yue, ¿cuántos días lleva el teléfono así? No puedo salir y ni siquiera me dejan recibir llamadas. ¡Este teléfono está mal colgado! Liu Yue, ¿lo has hecho tú?

Liu Yue le dijo que no, que había sido Niu Yueqing. Zhuang Zhidie se encendió tras escuchar esas palabras y dijo:

—Estoy convaleciente, estoy convaleciente... ¡Y eso es todo! ¿Por qué deben tratarme como si estuviese en una prisión?

Liu Yue le respondió:

—Hago simplemente lo que oigo de la boca de la señora.

—¿La escuchas a ella? ¿Y yo qué? ¿Y mis piernas? —le dijo Zhuang Zhidie.

—La gran hermana Niu tiene siempre buenas intenciones con todo el mundo. No debes por qué culparla de nada —intentó tranquilizarlo Liu Yue.

—Ella solo sabe alimentarte bien, vestirse bien y tratar tu salud bien; pero no tiene ni idea de qué es lo que la gente necesita para sentirse viva, ni lo que la satisface finalmente. Ella carece de elegancia y su nivel de sinceridad es siempre muy bajo. Uno debe protegerse de gente así —le comentó con amargura Zhuang Zhidie.

Liu Yue le dijo indecisa:

—¿Y yo también debo protegerme de ella?

Zhuang Zhidie no le respondió y se dirigió al estudio totalmente enfadado.

Meng Yunfang se presentó en casa de Zhuang Zhidie a mediodía y trajo con él los amuletos. Nada más ver a Zhuang Zhidie, se puso a abroncarle por haber estado tantos días sin dar noticias de él. Por lo general, Zhuang Zhidie se jactaba de tratar a sus amigos como miembros de su familia, pero no era cierto, pensaba Meng Yunfang. A ojos de Meng Yunfang, Zhuang Zhidie no era una persona muy útil. Zhuang Zhidie se apresuró a explicarle con pelos y señales todo lo que había sucedido con el pie y su mujer, y, por supuesto, todo ello le había resultado muy difícil de llevar personalmente. De tres a cinco días y la hinchazón le desaparecería definitivamente, le dijo a Meng Yunfang, y se disculpó ante él por la desazón que su falta de respuesta le había provocado. Esas heridas le tenían perturbado y ya no sabía qué hacer. Él era el único que lo sabía, porque nadie más, ni siquiera de la familia, sabía exactamente dónde estaba ni lo que le estaba pasando. Meng Yunfang le dijo:

—¿Desazón, me dices? Hubiera debido traerte algo... No sé, miel de laurel o

jalea real... No me he gastado un céntimo en ti, amigo.

Liu Yue sonrió y torció los labios.

—Pero ¿cuándo has traído tú algo a casa? —amonestó la criada a Meng Yunfang—. Y ahora, ¿no vas a comer algo o te vas a emborrachar? El maestro Zhuang te ha pedido los talismanes y tú eres la única persona a la que le ha contado lo de su accidente, ¡y tú no le traes nada!

Meng Yunfang se puso a reír y le replicó:

—Eres una cosita pequeña, pero eres lista. Vaya que sí..., y ahora has puesto el dedo en la llaga... Ciertamente, no le he traído nada al maestro Zhuang, ¡pero a ti te voy a dar un castañazo! —Y con el dedo índice, golpeó la frente de Liu Yue.

La criada lanzó un grito corto y seco, y se puso a insultar a Meng Yunfang, reclamando justicia y venganza al Cielo por el agravio recibido. Meng Yunfang le dijo inmediatamente como respuesta:

—Tienes la lengua muy larga para ser una simple criada, Liu Yue. El hijo de mi primera mujer dejó el terruño para alistarse en el ejército. Al cabo de cinco años, lo promocionaron como sargento y nunca ha dejado de pensar en llegar más y más alto; pero hace apenas un mes recibió una carta de su superior anunciándole que debía dejar el ejército. Mi hijo no podía creerlo y pidió explicaciones a sus superiores, aduciendo que él no era un simple soldado raso. La respuesta que recibió fue que un sargento, en estos casos, tenía a fin de cuentas el mismo valor que un soldado raso. Mi hijo, por su parte, contestó que lo aceptaría sin rechistar. Había salido del vientre de su madre, pero no podía regresar a él porque ella ya había muerto. ¿Comprendes la moraleja de esa historia?

Liu Yue cambió las lágrimas por risas y dijo:

—¡Ese tipo no merece ser tu hijo, Yunfang! —Y tras una pausa, añadió—: Pero ¿cuántas esposas has tenido tú? He oído decir a la gran hermana Niu Yueqing que tu antigua esposa vive en la ciudad intramuros con vuestro hijo, que acaba de cumplir ocho años. ¿Cómo puede haber ido al ejército y ser sargento?

Zhuang Zhidie dijo:

—Liu Yue, tú no lo sabes. Él se divorció siendo muy joven de una mujer de su terruño.

Meng Yunfang añadió a lo que había dicho Zhuang Zhidie:

—Me he casado tres veces y cada vez me he casado con una mujer más joven.

—¡Qué maravilla!... Yo solo digo que tu cara está llena de arrugas, amigo —

le contestó con sorna Liu Yue.

Zhuang Zhidie miró fijamente a Liu Yue y le preguntó a Meng Yunfang:

—Y lo de tu hijo niño, ¿cómo acabó finalmente?

Meng Yunfang replicó:

—Pues llamé por teléfono a uno de sus superiores, ya que quería hablar con él, y me dijo que le buscaría algún trabajo a mi hijo en el pueblo. Me dijo que en realidad ya lo había pensado. Le dije si necesitaba que yo o Zhuang Zhidie le echásemos una manita y hablásemos con algún superior de la administración pública. Zhuang Zhidie y uno de los jefes del departamento habían sido compañeros en el colegio. Soltó un ¡ah!, y me preguntó si conocía al gran escritor Zhuang Zhidie. ¿De verdad que lo conoces? ¿Y encima quiere ayudarme? No solo lo conozco, ¡fui testigo en su boda! Él se puso contento. Zhuang Zhidie tiene una reputación maravillosa en Xijing, me dijo; y la reputación, ¿no garantiza la confianza en quien la posee? Mi hijo no perdió el trabajo finalmente, sino que fue trasladado. Ya no me quejo, por lo tanto. Esos asuntos se solucionan en la oscuridad. Ni hay nada que la gente tema más que sacar los trapos sucios a la luz del día; y no solo los trapos sucios. ¡Cualquier cosa! ¿Un enchufe? Pues no. Se trata más bien de miedo a ser denunciado, ¡miedo a que la gente sepa tus chanchullos!

Zhuang Zhidie le dijo:

—Vaya cara que tienes. Al fin y al cabo, soy yo quien acabará como siempre teniendo problemas.

Meng Yunfang le respondió:

—Todo esto es por tu reputación, Zhidie. Yo no tengo ninguna culpa. Ya verás, cuando venga a Xijing, ese jefecillo de funcionarios no será más que una marioneta. Esa gente acaba convirtiéndose en eso cuando van de chulos y toman decisiones prepotentes que los comprometen.

Liu Yue quiso decir la suya y le dijo a Meng Yunfang:

—¡*Aiya!* Siempre que vienes a comer, acabas contando historias extrañas. Si vienes a comer, comes y basta.

Meng Yunfang replicó:

—No puedo comer en ningún sitio sin pagar. ¡Mírame! —Y de su bolsillo sacó una bolsita con medicinas que eran para el pie de Zhuang Zhidie.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Vuelves a tener un día raro. Tengo una lesión de ligamentos en el pie. ¿Para qué me sirven esas hierbas?

—Me respondes así porque no confías en mí —le dijo con ironía Meng Yunfang—. Algún día escribiré un libro sobre ti y comprenderás entonces muchas cosas sobre la medicina y el cuidado del cuerpo. Lo que te ofrezco ahora es un milagro como solo un diablo puede inventar. Ahora, hasta el alcalde quiere abrir una tienda en una de las calles de Xijing para vender esas hierbas endiabladas. En toda la ciudad solo hay veintitrés tiendas que la venden, pero el alcalde quiere abrir otra que sea esta vez una tienda oficial. Estas hierbas van dirigidas en realidad a tu cabeza, Zhidie. Ya verás, te devolverán otra vez a la vida. Este es el milagro que te protegerá de cualquier peligro. No es como esos sombreros milagrosos que una vez puestos simulan funcionar como un cerebro, o cinturones que pretenden ser como los hígados, o los sujetadores que aumentan el tamaño de los pechos, o calzoncillos que engrosan los genitales de los hombres para que parezcan mejor dotados. Ahora están de moda esas cosas que llevan piedras magnéticas en ellas y hay no sé cuántas tiendas en Xijing que las venden. Lo que yo te ofrezco es otra cosa, Zhidie...

Zhuang Zhidie le dijo:

—No tienes por qué contarme esas cosas. Estoy fastidiado y tengo mal aspecto, ¿es que no me ves? Vete a saber qué estará planeando el alcalde mientras tanto. Durante las dinastías Wei y Jin, la sociedad pasaba por una de sus crisis más profundas y la gente estaba muy deprimida. Por eso inventaron una fórmula para salir de ese estado de depresión. Las pastillas de la inmortalidad nacieron en esa época, ya que lo que les deprimía era la brevedad de su vida. Esa gente se sentía particularmente vulnerable ante el paso del tiempo y los peligros que acechaban su salud. ¿No nos estará pasando algo parecido ahora?

Meng Yunfang le respondió:

—Debes cuidarte mucho, Zhidie. Hay gente que lo fabrica y otra que lo compra, y hay gente que lo compra y otra que lo vende. ¡Y la economía de Xijing sale beneficiada! Más claro, el agua.

Zhuang Zhidie sacudió la cabeza y no dijo nada por unos instantes. Luego comentó:

—No he podido salir por esa puerta desde hace varios días, ni siquiera he podido veros, y tengo que decirte algo urgentemente.

Tras decir esas palabras, le pidió a Liu Yue que saliera del salón. Liu Yue frunció los labios y dijo:

—No me digas que no has visto a nadie. ¡Me voy a quejar a la gran hermana!

Meng Yunfang intervino:

—Deberías callarte y obedecer a lo que te digan. Si te portas bien, te regalaré uno de esos sujetadores con piedras magnéticas.

Liu Yue le advirtió:

—Te apesta la boca, Yunfang. Mejor se lo regalas a la hermana Xia.

—¡Vaya temperamento que tiene esta mujer! —exclamó Meng Yunfang—. Mi mujer lo lleva y tiene unos pechos tan firmes como los de una jovencita de dieciocho años.

Zhuang Zhidie dijo:

—Liu Yue es la más joven de nuestra casa. Tú deberías tener la boca cerrada, Yunfang. La tienes demasiado grande.

Tras pronunciarse con esas palabras, añadió en voz baja:

—Me hablaste del asunto de la ermita de la Vacuidad Luminosa y yo ya se lo he comentado al alcalde. El alcalde está de acuerdo en cedérsela para nuestras actividades. Incluso nos cede los muebles antiguos que contienen sus habitaciones. Aquí tienes las llaves. Puedes ir a echar un vistazo. No pasa nada, pero te prevengo: no se lo he dicho todavía a nadie. Ni siquiera a mi mujer Niu Yueqing. ¡Tampoco se lo digas aún a Xia Jie!

Satisfecho por esas palabras, Meng Yunfang le replicó con entusiasmo:

—¡Fantástico! Lo que decía antes. Al fin y al cabo, tienes reputación y te sirve de algo. Lo que dices, todavía se tiene en cuenta en esta ciudad. Debemos escribir en la *Revista de Xijing* un artículo para anunciarlo. ¡Eso es un punto a tu favor! Al alcalde le gustará leerlo ya que aparecerá como alguien que cuida la cultura.

Zhuang Zhidie le propuso:

—Eso lo escribes tú. Luego tendremos que aceptar lo que digan. ¿De acuerdo? Ya tenemos el lugar, ahora debemos pensar en qué actividades vamos a hacer. Piensa en algo. Lo mejor será que la gente pueda participar en las actividades durante los días de la semana. Nadie en la administración podrá rechazarnos nada. ¡Tenemos las llaves y por lo tanto el control del local! Espera a que meta el pie dentro y nos ponemos manos a la obra.

Meng Yunfang propuso:

—Lo primero que deberíamos hacer es invitar a Hui Ming para que dé una charla sobre espiritualidad *chan* (budismo zen) y de esa manera inauguraremos un espacio para estudios de budismo. Me pondré en contacto con varios especialistas tanto en China como en el extranjero y los invitaré a nuestro centro. También traeremos, por supuesto, sus libros. Una buena biblioteca será esencial.

Hui Ming puede decirnos muchas cosas sobre su visión del budismo *chan*. Ella sostiene que el mundo del futuro será un mundo *chan*. Se trata de la energía vital del *chan*, de su espiritualidad profunda, que el progreso de la humanidad deberá tener en cuenta. Por lo que a mí respecta, yo ya me he puesto a examinar ese asunto. Deberíamos reservar una sala para la meditación *chan*. Xia Jie se pasa el día rumiando y hablándose a sí misma. Estoy seguro que la meditación *chan* la va a relajar. ¡Yo se lo mostraré personalmente!

Zhuang Zhidie le replicó:

—Si la meditación *chan* se practica genuinamente, uno no solo se tranquiliza, sino que alcanza la paz suprema. El *chan* presta una atención particular a la vida de todos los días. Pero ¿cuándo dejas de verdad este mundo cubierto de polvo? Y tú, ¿aún tienes el morro de hablarme de budismo *chan* cuando nunca corriges tus defectos? Te noto algo resentido, Yunfang. Te casarías con diez mujeres y seguirías siendo el mismo.

Meng Yunfang sonrió:

—Soy como soy, eso está claro. Tampoco tengo tu reputación. ¿Con cuántas mujeres podría verme? Ah, quién sabe...

—Pero yo me parezco mucho a ti, Yunfang —le dijo Zhuang Zhidie.

Meng Yunfang se puso a reír a carcajadas y le dijo:

—Sí, yo también le doy muchas vueltas a las cosas y me falta confianza en mí mismo. Vivo con una constante inseguridad que más o menos intento disimular. Me pongo en tu lugar y no hay muchos escritores que hayan alcanzado tu nivel cultural y académico. Sin embargo, ¿puedes garantizarme que tu obra tendrá la misma difusión que la de Pu Songling⁶⁶? Si no es así, el escritor no será nunca feliz del todo. El budismo habla de la Iluminación suprema y el método para llegar a ella. Sí, es la puerta de entrada a la Ley suprema, la gran Iluminación, en este bajo mundo cubierto de polvo y que lo forman los diez mil objetos. Incluso sirve a los generales y los campesinos, a los ladrones y las prostitutas, a las gentes, en definitiva, de todas las profesiones y todos los rangos sociales. Todos ellos pueden experimentar la Iluminación en este mundo. De esta manera, ni siquiera los generales pueden acercarse al nivel de tu grandeza o las prostitutas no pueden decirse a sí mismas que han caído en lo más bajo. Para eso sirven la Iluminación y el budismo. ¡Para darte la dignidad que la sociedad te ha hecho perder! Ah, y todos somos iguales como en el socialismo.

Zhuang Zhidie dijo:

—Eso, yo no lo tengo tan claro. Ya lo dije hace tiempo. Los escritores deben

ganarse la vida con la pluma. El resto, como la posteridad de la que hablas, Yunfang, es secundario. Puestos a adoptar un rol determinado, prefiero que me consideren un escritor de artículos, un periodista, vaya. Me gano la vida con los artículos y eso es todo.

Meng Yunfang le contestó:

—No debes tratarte tan severamente, Zhidie. Vivimos tiempos difíciles, tiempos de cambios, y la gente anda muy confusa. Nadie está obligado a hacer lo correcto. Todo caduca de un día a otro. Incluso la reputación ya no sirve de nada. ¿O es que no te has dado cuenta ya de ello, compañero? Aún más, te diría que la reputación en estos tiempos complica más las cosas que no las soluciona. Deberías quitártela de encima, Zhidie. Hazme caso. Tarde o temprano acabará contigo. No te va a aportar nada, ni ocupas ningún lugar gracias a ella como te hacen creer, y tú ya has tenido la oportunidad de comprobarlo varias veces últimamente. Pregúntale al viejo que vive junto a mi casa. Mi vecino tiene una tienda, su vaca come alfalfa y está casado con una mujer más joven que él. Esa es su vida y esa es su reputación, y encima es feliz. Te doy su punto de vista sobre la vida. Si tengo dinero, puedo tener una mujer para jugar con ella cuando quiera. Además, el hombre tiene un don: en un abrir y cerrar de ojos sabe que eres un don nadie. Hace un momento, cuando vine, al pasar por la calle, vi que mi vecino me miraba desde la ventana de su casa. Ha estado enfermo durante tres días y no ha podido moverse de la cama. Oí que le decía a su mujer: «¿Piensas comer algo?». Y el viejo le contestó: «Pues no, sinceramente. No pienso comer nada». La mujer volvió a preguntarle: «¿Piensas beber algo?». Y el viejo le contestó: «Pues no, sinceramente. No pienso beber nada». La mujer le dijo: «¿Y cómo vas a ponerte bueno?». Su marido le respondió: «Mientras estés viva, me ayudarás a seguir tirando hacia delante. Mira atentamente a este pobre hombre, que es tu marido, ¿no ves lo enfermo que está? ¡Los demás pueden disfrutar de la vida!».

Zhuang Zhidie, sin saber muy bien cuál era la moraleja de la historia del vecino de su amigo, le comentó:

—Yunfang, tú y yo no somos como tu vecino y su mujer. Quizá Zhou Min y la suya...; y hablando de Zhou Min, ni siquiera ha podido venir a verme. Siempre he creído que una sombra inmensa me oculta y me presiona. Yunfang, desde que empezó el año, creo que esa sombra me está ocultando completamente. Esa sombra es como la que oculta el sol cuando hay un eclipse solar. ¿Te ha pasado alguna vez eso? Y tengo miedo. Me asusta esa sombra.

Meng Yunfang le preguntó:

—¿Y tienes premoniciones?

—Tú lo has dicho. Esa sombra, ¿no es una premonición de que algo malo va a pasar? —le contestó Zhuang Zhidie.

—No me lo habías dicho antes, pero ya lo sabía —le dijo Meng Yunfang—. Zhou Min me lo había comentado, pero he esperado a que me lo cuentes tú, con tus palabras. Compruebo que sigues confiando en mí y por eso quiero decirte esto: este asunto no es moco de pavo. Mucha gente importante está implicada en él y tú eres un personaje famoso. Este asunto está haciendo temblar el Cielo y la Tierra. Zhou Min está muy preocupado por este asunto y tú debes ayudarle.

—¿Y cómo puedo ayudarle? —preguntó con inquietud Zhuang Zhidie—. Ni siquiera le he oído hablar de ese asunto. Y su mujer, ¿está bien?

Meng Yunfang sonrió socarronamente y dijo en voz baja:

—Sabía que me ibas a preguntar por ella.

Zhuang Zhidie le replicó con desdén:

—Te apesta la boca, Yunfang. No me vengas ahora con tonterías...

—¿Yo? ¿Tonterías? —le dijo extrañado Meng Yunfang—. Fui a su casa y no vi a Tang Wan'er. Zhou Min me comentó que estaba enferma. A esa zorrita le gusta pasearse por ahí como a los peces balancearse en las olas. ¿Qué le habrá pasado? Y como no puede verte, actúa como una inconsciente. ¿No crees? Zhuang Zhidie es uno de esos gatos que no necesita moverse para presentir lo que pasa a su alrededor y le cuesta mostrarle a ella un poco de ternura. La población de Xijing no es muy grande, pero no es fácil encontrarte. Se habrá vuelto loca buscándote. Pero ¿ha venido o no?

Zhuang Zhidie cogió un bombón de la cajita y lo metió en la boca de Meng Yunfang. Meng Yunfang cerró la boca y no dijo nada.

Después de almorzar, Zhuang Zhidie se fue al dormitorio a echar una cabezada, pero no dejaba de darle vueltas a la conversación que había tenido con Meng Yunfang. Se sentía culpable por no haber llamado a Tang Wan'er y encima ella había enfermado. ¿Qué le pasaba? ¿Era grave? ¿No es una consecuencia de lo sucedido en el restaurante de la Vieja Capital? ¿No lo estaba buscando? Igual intentó llamarlo sin éxito. La imaginación de Zhuang Zhidie se había desbocado y todo tipo de pensamientos y situaciones acudían a su cabeza. Todo ello la debió de enfermar seriamente, pensó Zhuang Zhidie, y cuando la gente enferma, su cabeza no para de producir pensamientos negativos. No hay peor sufrimiento que ese. Vete a saber si tenía fiebre y se encontraba en la cama delirando. Ella no debía ni siquiera acordarse de lo del restaurante de la Vieja Capital y su cuerpo

debía de estar con algún virus y sacudiéndose en mil espasmos. Zhuang Zhidie se sacó los calzones y se puso a dormir totalmente desnudo, no sin antes dejar esos calzones a un lado para que los lavara Liu Yue.

* * *

Liu Yue se dio cuenta, mientras los lavaba en el fregadero, de que los calzones tenían unas manchas blancas, las cuales se habían solidificado y eran difíciles de sacar. Liu Yue sabía lo que eran: las manchas del semen de un hombre. Se las quedó mirando durante un rato y sus ojos lanzaron chispas y su corazón se sobresaltó. Al estar la esposa fuera de casa, el señor había aprovechado para masturbarse. Pero ¿en quién pensó cuando lo hizo?, le dio por pensar a Liu Yue mientras observaba las manchas blancas. ¿O fue en sueños? Ese día, cuando ella cantó *Cógeme de las manos*, él la cogió de las manos y la atrajo hacia él. Ella quiso soltarse, ya que no era su esposa, pero le costó lo suyo. En ese momento, Liu Yue se dio cuenta de las intenciones de Zhuang Zhidie: el señor de la casa la amaba sinceramente, pero en ese momento quería jugar con ella y no podía retenerse. Zhuang Zhidie es un personaje famoso y conoce a mucha gente. Si la poseía, pensaba Liu Yue, a pesar de lo joven que ella era, no iba a poder negarse y debía hacer lo mismo que Niu Yueqing hacía con él. Esas eran las obligaciones maritales. Y si lo hacía, él no la trataría peor que a su mujer. Incluso ello podía ayudarla a encontrar más tarde un puesto de trabajo mejor, y más digno, en Xijing. ¡Quizá hasta el mismo Zhuang Zhidie se divorciaría de su mujer para casarse con ella! Una persona tan famosa como él debía atraer a todas las mujeres de Xijing. ¿Por qué no consentir por lo tanto sus avances? Encontrar una mujer es fácil para él y era poco probable que la valorase a ella, una pobre criadilla de pueblo. Así que la que tiene algo que perder soy yo, pensaba Liu Yue. Tras mirar casi hipnóticamente esas manchas en los calzones de Zhuang Zhidie, la criada no se atrevía a adivinar quién fue el objeto de la fantasía erótica del señor de la casa. ¿Era ella? Ojalá, y en su fuero interno así lo pensaba. Para Liu Yue, Zhuang Zhidie era como un dios, y era ese dios quien deseaba poseerla carnalmente. Ya no le tenía ningún miedo a nada ni a nadie. No le temía por supuesto a hacer el amor con él y entregarse en cuerpo y alma a los deseos de su señor. Una vez lavados los calzones de Zhuang Zhidie, Liu Yue los dejó colgando del tendero para que se secasen, regresó al interior de la casa, se cambió de ropa y se sentó ante el espejo para arreglarse el cabello y maquillarse. Le sorprendió verse de nuevo así de bella, como si lo descubriese por primera

vez. Sí, era bella y no lo sabía. Orgullosa de sí misma, se frotó los pechos y se los notó erguidos y grandes. Abrió la camisa y dejó un escote generoso al descubierto. No llevaba sujetador y los pechos, vivos y jóvenes, se le movían. Ello le hizo gracia a Liu Yue. Se acordó entonces de cuando unos días atrás se metió en unos aseos con Niu Yueqing para averse. Los pechos de la señora ya le colgaban como dos globos a medio deshinchar, algo así como los caquis cuando ya han madurado. Liu Yue, al verse frente al espejo, se sentía inesperadamente feliz y no sabía por qué. Sonrió plazeramente y oyó que algo golpeaba la puerta de la entrada a la casa. Al principio creyó que era un golpe de viento, pero el golpe volvió a reproducirse. Se fue a la entrada, abrió la puerta y vio que era Zhao Jingwu, el cual miró con el ojo derecho y quiso entrar en la casa, pero la puerta solo se abrió tres *cun*, ya que la cadena que la sujetaba al muro solo la dejaba abrir esa distancia. Zhao Jingwu metió el pie dentro para que no se cerrara otra vez. Liu Yue le dijo:

—Si es urgente, te rogaría que llamases a la puerta de una manera civilizada. ¡Si no voy a creer que eres un ladrón!

Zhao Jingwu le respondió:

—El maestro Zhuang, ¿está en casa?

—Todavía está descansando y no se ha levantado —le respondió Liu Yue—. Toma asiento, pero fuera.

Zhao Jingwu le respondió con timidez:

—Liu Yue, hacía tiempo que no te veía. ¡Qué guapa estás! Eres una monada...

—Será porque ha pagado la señora y he podido comprarme algo decente para ponerme —confesó Liu Yue—. Lo que llevaba antes estaba muy usado. Me sentía avergonzada cuando me veía el maestro Zhuang.

Zhao Jingwu le dijo:

—Oh, y encima tienes un brazalete de jade...

—¡No te muevas! —le gritó Liu Yue.

—¿Quieres que me suba a las ramas de un árbol y desde ahí me presente o qué? —dijo Zhao Jingwu.

—Te lo agradecería —ironizó Liu Yue.

—¿Agradecerme qué? —preguntó airado Zhao Jingwu.

Liu Yue le dejó entrar y le arreó cinco bofetones, sintiéndose al mismo tiempo más extremadamente feliz por verlo dentro de casa.

CAPÍTULO IV

Zhuang Zhidie oyó a un par de personas charlando y preguntó que quién andaba por ahí. Zhao Jingwu le dijo que era él, mientras se arreglaba el pelo en el espejo metálico que había junto a la entrada. Zhuang Zhidie dijo:

—Jingwu, entra y hablamos.

Zhao Jingwu entró en el dormitorio. Zhuang Zhidie seguía echado y Zhao Jingwu le preguntó y le comentó:

—Maestro, ¿cómo va la pierna? Se le oía hablar desde la calle al maestro Meng. Sabía que tu pierna te impedía moverte y que debías estar en casa convaleciente. Ese tipo de heridas son de las más dolorosas que una persona puede sufrir. Por eso he venido para hablar contigo y te he traído unas cosas para que no te aburras y se te vaya la depresión. —Tras decir esas palabras, Zhao Jingwu sacó de su bolsillo un abanico y una bolsa de plástico que contenía unos dibujos.

Lo primero que hizo Zhao Jingwu fue sacar el abanico y abanicar a Zhuang Zhidie. El abanico era una obra de arte, con un tejido delicado y exquisito, y Zhuang Zhidie se dio cuenta de ello nada más verlo. La parte superior era muy fina y tenía la forma ovalada de gancho y el fondo del tejido era amarillo con unas flores doradas y estampadas en relieve en su reverso. El mango del abanico tenía la forma de una calabaza pequeña. La imagen principal de la parte frontal del abanico era un *shanshui* o pintura de un paisaje con montañas y ríos o lagos que imitaba una obra del gran pintor Bada Shanren. En el reverso había varios caracteres chinos negros apretujados densamente que parecían moscas. Todo ello formaba un conjunto bastante bonito de ver. Las leyendas del abanico, que las constituían poemas poco comunes de las dinastías Tang y Song, eran relativamente fáciles de comprender. También había junto a los poemas unas resoluciones del Partido Comunista Chino y las direcciones que debían tomar para el futuro y llevaban la firma de Kang Sheng⁶⁷ y su nombre estampado en

rojo con un sello. Zhuang Zhidie se levantó inmediatamente y exclamó sorprendido:

—¡Vaya! ¡Este abanico está firmado por Kang Sheng!

Zhao Jingwu le respondió:

—También sé que te gustan las jarras. Escucha lo que te voy a decir ahora: escribí a un amigo mío y me respondió que quería ofrecerte algo. Vendrá a finales de mes a Xijing y si no te ofrece un regalo, se sentirá ofendido. Mi amigo se ha gastado recientemente sesenta mil yuanes en un par de estatuillas de budas, pero todavía no sé de qué budas se trata. ¡Aunque han costado una fortuna! Los budas debían llegar desde la prefectura de Hanzhong hasta Xijing y mi amigo pensaba venir con ellos en taxi. Primero paró en la prefectura de Baoji y luego debían escoltarlo desde ahí un par de coches de policía para ir más seguro. Ayer había gente que te buscaba; eran de la policía y querían hablar contigo. ¡A mi amigo le han confiscado los budas y le han amenazado con siete años de prisión y una multa de diez mil yuanes! Querían hablar contigo porque mi amigo dijo que esos budas eran para ti. Mi amigo prefiere la multa, por supuesto. Te preguntarás cómo es posible que mi amigo tenga tanto dinero. ¿De dónde ha sacado sesenta mil yuanes? Mi amigo es muy descuidado con el dinero y pagar diez mil yuanes por una multa le trae sin cuidado. Él confía en mí y me ha dado este abanico firmado nada más y nada menos que por Kang Sheng para ti, y aunque no sea una antigüedad, es una obra de arte muy representativa de nuestros tiempos. ¿No te parece? Kang Sheng fue uno de los grandes del Partido Comunista y aunque esté muerto, este abanico tiene un valor muy especial. Este abanico se lo ofreció Kang Sheng a Liu Shaoqi⁶⁸ durante el Octavo Congreso del Partido. Antes de ese congreso, Kang Sheng se opuso a Liu Shaoqi y ese regalo sirvió para reconciliarlos cuando los vientos volvieron a soplar de su lado.

Zhuang Zhidie asintió:

—Estoy de acuerdo, este regalo tiene su valor. ¡La caligrafía de Kang Sheng es magnífica!

Zhao Jingwu le replicó:

—Por supuesto que lo es. Kang Sheng viene de una familia de calígrafos famosos. Sé que tú amas la caligrafía. Por eso te ofrezco este tesoro escondido.

—Jingwu —le dijo Zhuang Zhidie—, es de bien nacidos ser agradecido y te debo una. Si ves algo que te gusta, lo coges.

—No quiero nada —dijo Zhao Jingwu—; te he traído además varias caligrafías que están, dicho sea de paso, bastante bien.

Zhuang Zhidie le contestó emocionado:

—Todavía no he ganado el Premio Nobel de Literatura. Te doy unas caligrafías, pero todavía no están acabadas.

Zhao Jingwu dijo:

—Solo dame alguna caligrafía si ha salido de tus manos. Respecto a las que te ofrezco, échales un vistazo. Solo quiero ofrecerte algo que te guste.

Zhao Jingwu abrió una bolsa de plástico y sacó seis pinturas realizadas con la técnica tradicional de aguada de tinta. Una de ellas era *Escalando el monte Hua*⁶⁹, del pintor y calígrafo Shi Lu. Se trataba de una composición realizada con trazos alocados y en un estilo agreste, mostrando la naturaleza en un estado salvaje y voluptuoso. Había en ella mucha energía, mucho *qi* contenido. Zhuang Zhidie sabía que esa pintura era una obra tardía de Shi Lu y se acercó a la leyenda que estaba incluida en ella y leyó: «Para tener mil visiones, todavía hay que subir a otro pabellón». Zhuang Zhidie comentó:

—Ese Shi Lu estaba verdaderamente loco y su nombre huele a oro condensado. Esa cita es de un poeta célebre de la dinastía Tang llamado Wang Zhihuan⁷⁰; dice: «Para ver a mil *li* de distancia, hay que subir todavía otro piso en el pabellón». Se trata de un verso de su poema *Subiendo a la torre de la cigüeña*, pero Shi Lu ha olvidado dos palabras: *li* y piso, y ha alterado el significado del verso.

Zhao Jingwu dijo:

—Se trata de un pintor, no de un escritor. Ha perdido la unidad de medida *li* porque estéticamente no queda bien. Lo mismo hace con el piso. Esos cambios añaden algo más a su leyenda de pintor loco y genial. Lee detenidamente el verso que ha escrito y te darás cuenta de que está describiendo su propio ejercicio estético. Se lo he comprado a una mujer que necesitaba dinero por trescientos yuanes. En Guangzhou, ¡esa mujer lo había comprado previamente por cuarenta o cincuenta mil yuanes!

Zhuang Zhidie le preguntó sorprendido:

—¿De verdad que costaba tanto?

—Yo conozco bien este mercado —respondió Zhao Jingwu—. En estos tiempos, las pinturas de Shi Lu se cotizan a lo alto. En extranjero se han llegado a pagar hasta veinte mil yuanes. Wang Ximian está loco por él y ya ha identificado algunas obras falsas que varios sureños pretendían vender en Xijing. Conozco a alguien que también ha visto algunas de esas obras falsas. No hace mucho se veía con Wang Ximian y los dos se iban al mercado a vender sus obras

falsas de Shi Lu porque hasta ellos mismos las imitaban. Uno de esos días, mi amigo no pudo acompañar a Wang Ximian, ya que este último debía ir a una galería. Ahí conocía a varios pintores famosos que vendían sus obras. En realidad, nadie vendía mucho y nadie sacaba mucho dinero con sus obras originales. Pero esa galería tenía una característica especial que la hacía particularmente rentable para esos pintores: en la parte de atrás se vendían obras falsas. Te puedo asegurar que la demanda de esas obras es enorme en nuestra Xijing.

—Entonces, si comprendo bien lo que me estás comentando —le dijo Zhuang Zhidie—, esto que me ofreces es falso. Lo he descubierto. ¿No es así? Me lo cuentas porque no quieres que pierda mi respetabilidad ante la gente.

—Pues te equivocas, Zhidie —le dijo Zhao Jingwu—. Entre nosotros no hay mentiras. Esa obra de Shi Lu es auténtica. Si hubiese sabido que era falsa, ¿cómo habría podido amar de esa manera? ¿Y cómo habría podido ofrecértela a ti, que eres un coleccionista auténtico? Si anduviese corto de dinero, la habría vendido tal vez... Oh, en estos momentos varios falsificadores están siendo torturados en algún juicio por haber vendido obras falsas; pero tú y yo no somos tontos y sabemos reconocer una obra auténtica con tan solo mirarla. Así es nuestra mirada. De todas formas, alguien siempre comprará una obra de este tipo. ¿Por qué? Pues porque aun siendo falsa, esa obra tiene su valor en el mercado de falsificaciones, y ahí está el peligro al mismo tiempo que el negocio. Si eres famoso y escribes bien, eso añade valor a la obra que pretendes vender por muy falsa que sea, porque el comprador confía en ti, o mejor dicho, confía en tu fama y en su aura que quiere a toda costa compartir. Las brillantes y blancas monedas de plata circulan por lo tanto en grandes cantidades. ¿No te animas, Zhidie, a entrar en este negocio? Podemos hacernos millonarios...

Zhuang Zhidie le replicó:

—Tal como hablas todo parece dicho y hecho. Hay algo de lo que no estoy seguro. En esa galería se venden caligrafías de gente importante y yo tengo algunos de esos pergaminos, pero ¿qué pinto yo en ese asunto?

Zhao Jingwu le respondió:

—Lo he examinado desde todos los puntos. Nuestra librería tiene a su lado un par de habitaciones libres y podríamos comprar ese local. Lo convertiríamos en una galería para vender esas obras falsas. Una librería y una galería juntas. Las dos se complementan. ¿Qué maravilla, no crees? Maestros, aquí no nos faltan. Tampoco libros de escritores. Además, estoy seguro de que en Xijing hay muchos genios artísticos cuyas obras están aún por descubrir, y uno de esos

genios tiene una gran obra que puede interesarnos.

Zhuang Zhidie le preguntó:

—Pero ¿de qué gran obra me hablas?

Zhao Jingwu le respondió:

—Mi amigo me ha dicho que se trata del antiguo propietario del abanico antes de que cayese en sus manos. En los pasados tres meses, vino Gong Jingyuan y escribió la inscripción en una estela de piedra a su padre. Tras escribir la inscripción de la piedra, para pagarle esa deuda, mi amigo le regaló la caligrafía realizada por Mao Zedong del poema largo de Bai Juyi *La canción del eterno lamento*⁷¹. El poema no está entero y solo hay escritas ciento cuarenta y ocho palabras, que fueron las escritas por la mano del gran Mao Zedong. El antiguo propietario del abanico se lo dio a la familia Gong cuando el mismísimo Gong Jingyuan no estaba ahí. El hijo de Gong Jingyuan, que se llama Gong Xiaoyi como creo que ya sabes, lo recibió y se lo quedó, robando así a su venerable y respetado padre cuatro caligrafías del gran Mao Zedong. Este Gong Xiaoyi no es una persona respetable y le da al opio como ya pocos lo hacen en estos tiempos. El muy golfo se apropia de bienes públicos y los vende para poder fumar sus pipas de opio. Ahora no querrá soltar esas caligrafías, pero yo sé cómo obtenerlas... Por la puerta de la tienda, ¿no crees?

Zhuang Zhidie dijo:

—En menudo diablillo travieso te has convertido... Vaya historias me estás contando... Todo esto suena bien, pero..., pero yo no puedo hacer absolutamente nada. ¡Ni siquiera puedo moverme! El responsable de la librería es Hong Jiang y sé cómo hacer para que haga siempre lo que le pida. ¿Te tranquiliza esto?...

Sin acabar lo que tenía que decirle, Zhuang Zhidie le pidió a Liu Yue que atendiera a Zhao Jingwu. La joven criada lo acompañó hasta la puerta y Liu Yue preguntó:

—Jingwu, tú y el maestro Zhuang ya habéis hablado lo vuestro. ¿Por qué os ha puesto esa sonrisa en vuestras caras?

Zhao Jingwu le respondió:

—Hemos hablado de abrir juntos una galería de arte, Liu Yue. Debes portarte bien conmigo. En el futuro te pediré que seas la hermanita, la *xiaojie*⁷², de las ceremonias y no necesitarás hacerle de criadilla a nadie ni mostrar los dientes blancos a todo el mundo, ni limpiarle la ropa a nadie.

Liu Yue, algo avergonzada por esas palabras, le dijo:

—¿Y por qué iba a ser mala contigo? Ni siquiera se ha trazado la primera

palabra de esa galería y ya estás dándome órdenes. Si fueras el maestro Zhuang, te obedecería como una esclava; pero a ti...

Zhao Jingwu le dio una bofetada en las mejillas a Liu Yue y ella se la devolvió con la misma contundencia. Así varias veces hasta que Liu Yue le dio una patada en el trasero a Zhao Jingwu y dijo:

—Y cuando me vaya, esa gente se pondrá a insultarme. ¿No es así?

Zhao Jingwu le respondió:

—Incluso si te insulto yo, eso no quiere decir absolutamente nada para ti. La gente va diciendo por ahí que no tratas bien a los niños. Incluso les robas sus medicamentos... ¿Qué pretendes aparentar ahora, cariño?

Liu Yue le replicó:

—Hay niños que en otra vida han sido paridos por diablos y solo saben hacer diabluras. Yo siempre he sabido tratarlos, como a los más mayorcitos. Ah, y siempre tienen sus momentos malos, sus rabietas y sus caprichos... Sé de qué niño me hablas...

Zhao Jingwu le comentó:

—Pues no digo lo contrario. Los seres humanos somos animales al fin y al cabo, y tampoco son como objetos sin vida. Nada más salir el sol te vas al mercado a comprar la verdura y la gente, ¿es que no se fija en ti? Y los que se han fijado en ti, ¿no hablan luego a los demás? Si me buscan a mí, no podré decirles que me busca la policía...

Li Yue le aconsejó:

—Tú sabes mucho de los caminos oscuros de la vida, Jingwu, como también conoces a mucha gente que los toma. Si alguien te busca por haber hecho algo malo, ¿por qué no te sirves de tus amistades, esas que toman los caminos oscuros, para protegerte? Ello te sacaría de muchos apuros. No sé por qué quieres causarme tantos problemas. Lo único que quiero es que a partir de ahora no vengas a verme cuando el maestro Zhuang esté en casa.

Zhao Jingwu le dijo:

—Ah, te aprovechas de él para abusar de la gente. Ya lo veo...

Tras despedir a Zhao Jingwu, Liu Yue se quedó parada en el callejón por unos instantes antes de regresar a la casa. Con cara de pasmada, se quedó mirando las manos y se preguntó para qué servían en realidad. Se apresuró inmediatamente a decirle a Zhuang Zhidie que Zhao Jingwu se había ido. Niu Yueqing, que acababa de llegar, la criticó por haberse quedado tanto tiempo en la calle, ya que las criadas no debían estar mucho tiempo fuera de las casas. Tang

Wan'er y Zhou Min aparecieron en sus bicicletas por el callejón y Niu Yueqing, que salió a recibirlos, les dijo inmediatamente:

—Ah, vosotros dos, el chico de oro y la chica de jade... Parece que todo el mundo se ha vuelto loco y todo es posible en Xijing. ¿Venís a mi casa o vais a bailar y cantar otra vez en una discoteca?

Tang Wan'er ya se había bajado de la bicicleta y le contestó:

—Pues no, vamos a ver a la señora del maestro Zhuang. Este mediodía, la esposa del maestro Meng nos ha dicho que el maestro Zhuang se ha lesionado y me ha amonestado por no haberle ido a ver. Se lo he dicho a Zhou Min y ni él ni yo hemos podido esperar un minuto más. El maestro Zhuang, ¿tiene todavía problemas con su pierna?

Niu Yueqing le contestó con ironía:

—De la boca de Tang Wan'er salen siempre palabras inteligentes y ahora me han conmovido particularmente. Así que es por el maestro Zhuang que ha venido a mi casa para verme y no se disponía a ir a la discoteca a bailar y cantar. ¿Por qué vienes a verme vestida con tanto glamur?

Tang Wan'er le respondió:

—Ah, a la señora del maestro le va a dar un ataque al corazón si sigue con esos pensamientos. El maestro se ha hecho daño y eso es todo. A nadie le preocupa eso, pero a nosotros, ¿cómo no iba a hacerlo? No se lo diga a los demás, pero a nosotros... Puedo ayudaros a poner la casa en orden, sus papeles, etcétera. Por favor, no seas tan orgullosa y no subestimes nuestra ayuda.

Tras decir esas palabras, cogió del brazo a Liu Yue y la atrajo hacia sí para abrazarla efusivamente, como quien abraza a una amiga que no ha visto desde hace tiempo. A Liu Yue le llamó la atención el peinado tan llamativo y novedoso que llevaba Tang Wan'er. Para Liu Yue, ese peinado era lo último en la Capital del Oeste en peinados de moda. La melena le llegaba hasta los hombros mientras que el flequillo, muy corto, apenas le llegaba justo a la altura de las cejas. Niu Yueqing oyó hablar a Tang Wan'er, pero no identificaba exactamente lo que estaba diciendo. Solo veía que no paraba de sonreír y dijo:

—Creo que os estoy ofendiendo con mi mala educación. Rápido, entrad en la casa. Liu Yue y yo os vamos a preparar algo para cenar.

Zhou Min intervino y le dijo:

—Ya hemos cenado. Hemos comido con el jefe de la redacción de la revista en un restaurante en la calle. Nos hemos llenado con unas sopas de raviolis de carne de cordero; pero vosotros podéis hacerlo si os apetece. Nosotros

vendremos pronto. El señor Zhong nos dijo que debía darnos unas cosas en su casa y pasaría por tu casa, Yueqing. Le he dicho que le esperaríamos, pero creo que no sabe dónde está tu dirección. Se va a perder y mejor vamos a buscarlo yo y Wan'er.

Niu Yueqing y Liu Yue volvieron a la casa. Liu Yue se fue a la cocina para preparar la cena y Niu Yueqing aprovechó ese momento para hablarle a Zhuang Zhidie de la visita de Zhou Min y su mujer. También le comentó lo del jefe de la redacción Zhong y su intención de venir por no sabía qué razón. Si era para darle unas caligrafías, le aclaró Niu Yueqing, debía llamarte antes.

Zhuang Zhidie dijo:

—Todo esto lo ha organizado seguramente Zhou Min. ¡No será por el dichoso artículo que ha publicado sobre mis aventuras eróticas con Jing Xueyin! Zhou Min tiene sus pensamientos y teme hablarme de cosas que no quiero oír. Por eso quiere que le acompañe Zhong Weixian. Sabe que yo valoro lo que dice el jefe de la redacción.

Niu Yueqing le dijo:

—Él es un tipo inteligente y eso es todo. Lo que hace ahora es buscar soluciones.

Tras decir esas palabras, Niu Yueqing cogió las frutas y se dirigió a la cocina para lavarlas. Poco después, Zhou Min, Tang Wan'er y Zhong Weixian se presentaron en la entrada de la casa y Zhuang Zhidie salió a recibirlos. Tang Wan'er entró la primera y se precipitó a acompañar a Zhuang Zhidie al sofá, le hizo apoyar la pierna en un taburete de madera que había al lado y le sacó con cuidado la gasa que cubría el pie y parte de la pierna. Zhuang Zhidie tenía todavía el pie hinchado y Tang Wan'er le preguntó, derramando unas lágrimas:

—¿Aún te duele?

Zhuang Zhidie cambió completamente de actitud, le quitó de encima las manos de Tang Wan'er, cogiéndola del brazo, y se lo pinchó suavemente. Luego cogió un pañuelo y le secó las lágrimas que había derramado. Zhuang Zhidie alzó la mirada y le dijo a Zhong Weixian:

—Ya se te han echado los años encima, Weixian, y todavía vienes a verme como un jovencuelo que busca consejo. Me pones en una situación embarazosa. Este Zhou Min te ha debido empujar a hacerlo. ¿No es así?

El redactor en jefe Zhong le respondió:

—No me llames viejo, Zhidie, ni me tomes por tonto. Tarde o temprano hubiera sabido lo de tu accidente. La primera semana, tú y Zhou Min os pusisteis

de acuerdo con vuestro nuevo artículo, o mejor dicho, con su artículo, y ahora ha pasado lo que ha pasado. Antes de publicarlo, necesita pasar por los ojos de dos personas. Si estás de acuerdo, tú podrás participar.

Zhuang Zhidie cogió el artículo de Zhou Min y le echó un vistazo e intercambió seguidamente unos saludos más convencionales con Zhou Min. A Zhong Weixian le dijo:

—Este asunto empezó hace diez días y yo he estado con esta lesión. No he podido ir a la redacción de la revista. Desconozco ahora las circunstancias recientes que han afectado a este asunto. Ni siquiera Zhou Min ha podido pasar a contármelo.

Zhou Min añadió:

—Pero no he podido venir. La puerta estaba siempre cerrada y nadie contestaba al teléfono. He debido ir todos los días a la Sala de la Cultura.

Zhong Weixian se apresuró a aclararle el asunto a Zhuang Zhidie:

—Deja que te ponga al día. Las circunstancias son estas: Jing Xueyin ha presentado una denuncia declarando que ha sufrido una ofensa grave por nuestra parte y quiere que salga a la luz lo que ha pasado en realidad. Se ha soltado la lengua como un mal bicho y yo no estoy de acuerdo con lo que, imagino, va a decir y obligar a que hagamos en la redacción, que será seguramente una retractación. Se lo hablé al jefe de la provincia y me ha dicho que el problema viene porque yo he sido un derechista durante nada más y nada menos que veinte años y que solo tras treinta años de rehabilitación podría ocupar otra vez la responsabilidad de la *Revista de Xijing*. ¿Qué te parece, eh?... Jing Xueyin ya se está vengando de nosotros. Y encima está ese malnacido de Wu Kun, el cual ocupa descaradamente mis funciones en la revista. ¿Me he convertido en la redacción en una rareza? En el peor de los casos, me van a degradar. ¡Soy un derechista! No hay que insistir con las antiguas doctrinas del Partido, pero hay que manejar a la gente con cuidado y hacer una declaración pública sobre ese asunto. Los lectores de la sociedad de Xijing, ¿querrán un cambio en nuestra orientación? ¿Y todavía tiene la revista algún prestigio? ¿Cómo podemos proteger los derechos de los escritores?

La voz de Zhong Weixian cambió mientras hablaba y se volvió más tímida y acobardada, pero firme, y no se emocionó con sus palabras y permaneció imperturbable. Esa manera de hablar, más que su contenido, conmovió a Niu Yueqing y Zhuang Zhidie. Zhou Min, que se encontraba un lado, dijo:

—Este tipo de asuntos llevan a Weixian, día y noche, por el camino de la

amargura. No le dejan al pobre ni dormir ni levantar cabeza. El mundo exterior no sabe si reírse de mí o reírse del maestro Zhuang. Al principio tenía siempre mojados los pantalones y no temía ni siquiera mearme encima, pero temía por encima de todo que la buena reputación del maestro Zhuang fuese a menos.

Zhuang Zhidie no comprendió del todo las últimas frases de Zhou Min y le pidió a gritos a Liu Yue que trajera algo de té a Zhong Weixian. Liu Yue y Tang Wan'er se encontraban en esos momentos en el estudio hablando de peinados de moda. Reían felizmente y bebían sus tazones de té ajenas a todo lo que las rodeaba. Niu Yueqing se acercó para decirle a Liu Yue que se diese prisa.

El redactor en jefe Zhong dijo:

—Ahora, nuestra declaración pública debe comunicarse al departamento de Propaganda y les llamaré sin perder tiempo en tres días. Y habrá además que escribir esa declaración cuanto antes. El vicedirector al nivel administrativo de la provincia también se hace cargo de los asuntos del departamento de Propaganda. El hombre anda muy ajetreado estos días, pero podrá atendernos para este asunto. Estoy un poco preocupado. Si el vicedirector nos ayuda a escribir la declaración, mejor no nos podrá ir; pero como le dé por escuchar primero las declaraciones de Jing Xueyin, deberemos prepararnos para lo peor. A mí no me van a hacer cambiar nada de nuestra declaración. ¡Y así se lo diremos cien veces si es necesario al vicedirector de Propaganda!

Zhuang Zhidie bajó la cabeza. Deprimido como llevaba ya mucho tiempo, dijo:

—Si es así, eres tú quien se pone a las espaldas toda la redacción de la *Revista de Xijing*. Ello me tranquiliza. Podré ir a buscar al jefe de la provincia directamente y hablar con él. Zhou Min, tú deberías ayudar a Weixian a escribir la declaración, así como al secretario general del Comité municipal. Yo tengo cierta relación familiar con el vicedirector del departamento de Cultura y ello me ayudará. Puedes ir también a buscarlo para que nos eche una mano. Espero y deseo que todos esos dirigentes se pongan de nuestro lado, como espero y deseo que ninguno de ellos lo haga por interés personal, ni escuchen solo lo que les interese escuchar.

Zhou Min, entusiasmado por las palabras de Zhuang Zhidie, cogió apresuradamente una manzana con las manos, pero no se la comió, y luego añadió:

—El maestro Zhuang tiene tantos contactos... Si los hubieras utilizado antes, esa que se apellida Jing no se habría vuelto loca con este asunto. ¿No creéis?

Y Zhong Weixian sentenció con tono filosófico:

—Es el buen acero lo que hace que el cuchillo sea eficaz... ¡No sirve de nada tener mil contactos si no se utiliza ni siquiera uno! ¡Al carajo con todo!

Zhuang Zhidie no dijo nada, sacó un cigarrillo, lo encendió y se puso a fumar llenando la habitación de humo. Cuando el humo llegó al cabello de Zhuang Zhidie, parecía que este se le había prendido y las llamas de fuego iban a aparecer de un momento a otro.

Tras acabarse el cigarrillo, Zhuang Zhidie le pidió a Niu Yueqing que acompañase a Zhong Weixian a la puerta y se fue al estudio a escribir una carta. En el estudio, Tang Wan'er y Liu Yue no paraban de hablar de todo lo humano y divino. Al ver venir a Zhuang Zhidie, Tang Wan'er dejó a Liu Yue y le preguntó otra vez a Zhuang Zhidie sobre su pie. Tang Wan'er le dijo que había soñado varias noches con él y que en los sueños había visto al maestro Zhuang conduciendo su motocicleta Mulan. Ella le llamaba insistentemente, pero él no le hacía caso. Luego Zhuang Zhidie bajó de su moto y se puso a correr, pero sin hacerle caso a Tang Wan'er. ¡Sí, a correr! Tang Wan'er se sintió muy feliz en ese momento, ya que pensó que el pie se le había curado al maestro Zhuang. Zhuang Zhidie le aclaró el origen de ese sueño, si es que se había producido de verdad:

—Si hubiese podido correr, no estaría ahora sentado en mi casa. ¡Habría ido al mercado seguramente! Que mi pie se haya recuperado, ¿lo lamentas ahora o no? Esa noche debía verme con alguien para hablar de arte y caía torpemente al vacío, lesionándome gravemente. Todavía me maldigo a mí mismo por haber sido tan burro...

Abriendo bien los ojos, miró fijamente a Tang Wan'er, y Tang Wan'er, a su vez, miró a Li Yue y dijo:

—Tú eres alguien muy famoso, Zhidie. ¿No deberías pensar lo que dices dos veces antes de decirlo? Tu imagen pública puede irse al garete en un abrir y cerrar de ojos. Esa persona no habló contigo de arte, y ni siquiera te dio suerte. A esa persona se le enrojecieron los ojos esperándote...

Zhuang Zhidie sonrió y sugirió irónicamente:

—Si esa persona quiere insultarme, me insultará... De todas formas, se trata de un amigo. Me encanta que conocidos o familiares me insulten. Ya me he acostumbrado y me gusta. La próxima vez que vea a esa persona, le permitiré como desagravio que me dé un mordisco donde quiera...

Liu Yue, que había escuchado lo que había dicho Zhuang Zhidie y la había dejado confusa, dijo:

—Ay, cuántas palabras se malgastan en esta vida hablando de lo que otros dicen.

Zhuang Zhidie dijo:

—Pues no hablemos más. Wan'er, he oído decir que ahora ya estás recuperada de tu enfermedad. ¿Es cierto?

Tang Wan'er le respondió:

—Me sigue doliendo el corazón.

De los ojos de la joven se desprendía una luz brillante y penetrante desde hacía rato y Zhuang Zhidie le preguntó con un tono de voz que sonaba a falso:

—¿Oh, todavía sigues enferma?

Tang Wan'er le contestó:

—Pues no, ¡ya estoy bien!

Y Zhuang Zhidie le dijo:

—Genial; pero si todavía te sientes mal, dímelo. Liu Yue, tú puedes ir a la rinconera que hay en la habitación de la anciana madre y darle a Wan'er el frasco de vitamina E que hay en él.

Liu Yue replicó:

—A ti te preocupa que la hermana Wan'er esté enferma, pero ayer noche yo tenía dolor de cabeza ¡y nadie me hizo caso!

Zhuang Zhidie le respondió:

—Mientes como una bellaca, Liu Yue. Te quedaste dormida como un tronco y hasta pude oír tus ronquidos. ¿De qué enfermedad me hablas ahora? Cuando la gente enferma, se le enrojecen los ojos como a Tang Wan'er. Pero ten cuidado, tal vez mañana cojas algo grave...

Tang Wan'er medió:

—Y mientras dormía nuestra Liu Yue, ¿tú la oíste roncar toda la noche? ¡Vaya! Pero ¿qué hacías despierto a esas horas?

Tras oír las palabras de Tang Wan'er, en los labios de Liu Yue se dibujó una sonrisa dulce y conciliadora y la joven criada fue hacia la puerta. Nada más llegar, Liu Yue vio que Zhuang Zhidie y Tang Wan'er habían acercado sus posiciones. Las lenguas de ambos se unieron como las lenguas largas de dos serpientes que se besan. Tras unirse, se separaron; y tras separarse las lenguas, Tang Wan'er se precipitó sobre el cuerpo de Zhuang Zhidie y lo abrazó fuertemente. Zhuang Zhidie sintió que le faltaba el aire y de los ojos enrojecidos de Tang Wan'er salieron unas lágrimas. Zhuang Zhidie quiso quitársela de encima; pero no podía, y para conseguir lo que se proponía le pinchó uno de los

brazos. En esos momentos, Liu Yue entró con la vitamina E en sus manos y Tang Wan'er se sentó de un salto al lado del sofá que quedaba junto a la lamparita y adujo con cara de sorprendida que tenía arena en los zapatos. Y mientras se ponía de nuevo el zapato que había salido de su pie en medio del revolcón con Zhuang Zhidie, se secó las lágrimas con un pañuelo. Luego cogió el frasco con las pastillas y preguntó atolondradamente:

—Maestro Zhuang, ¿quieres que las tome ahora?

Liu Yue dijo:

—No te preocupes. Esta vitamina no tiene nada de amarga.

—Aunque no sea amarga, no deja de ser una medicina —dijo con contundencia Tang Wan'er—. Todas las medicinas tienen sus efectos.

—No molestemos al maestro Zhuang mientras escribe —sugirió Liu Yue, mientras la agarraba del brazo y se la llevaba con ella.

Una vez escrita la carta, Zhuang Zhidie se puso a pensar en el tiempo que hacía, mucho según él, que no había visto a Tang Wan'er. Había demasiada gente reunida en la casa durante la noche y no había podido hablar detenidamente con ella. Sabía que ella, un día u otro, iba a verlo, y en cuanto Liu Yue la dejó libre, ella aprovechó la ocasión para besarlo apasionadamente y casi lo ahoga. Poco después, él pudo acabar la carta con otro estado de ánimo, aunque su cabeza siguiera buscándola a ella. Al acabar la carta, Zhuang Zhidie la dejó en manos de Zhong Weixian para que la leyera y se la diera a su vez a Zhou Min. Luego se tomó varios boles de té y puso a hervir el agua encima del horno-cocina. Le gritó a Liu Yue para que viniese con Tang Wan'er y dijera a Zhong Weixian que viniesen con él a picar algo. Quería cenar con los tres y así lo hizo. Les dijo que no podía dormir y deseaba coger la moto y dar una vuelta ahora que ya tenía bien el pie. Zhou Min también quería irse y Tang Wan'er dijo que quería acompañar a Zhuang Zhidie. Niu Yueqing la llamó y le dijo que lo mejor era que se quedasen las dos en casa. No tenía mucho para comer, apenas unas judías verdes, pero prepararía algo con ellas y unas gachas para salir del paso. Tang Wan'er, sin embargo, no quería; pero Tang Wan'er la cogió del brazo y la retuvo. Le dijo que las judías verdes eran buenas para aliviar los excesos del calor corporal y ayudaban a soportar el calor exterior. Zhuang Zhidie, consciente de que su intención de irse estaba provocando un rifirrafe entre su mujer y su amante, decidió pedirles a Zhou Min y Zhong Weixian que le acompañasen al patio de la casa y fuesen con él; pero antes de salir por la puerta que iba al patio, se giró y vio a Tang Wan'er, que se había quedado al lado de Niu Yueqing y Liu Yue. Las tres mujeres se habían puesto a hablar amigablemente, y Zhuang Zhidie

pensó que debía salir con su mujer para evitar más problemas, pero Niu Yueqing y Liu Yue no podían separarse en esos momentos. Y cuando Zhou Min y Zhong Weixian ya estaban montados en sus bicicletas esperándole, a Zhuang Zhidie se le ocurrió repentinamente una idea. Sacó un papel arrugado que tenía en el bolsillo, y tras envolverlo en un palito, lo metió en la cadena del candado de la bicicleta roja de Tang Wan'er. Al cabo de un rato, Niu Yueqing y Tang Wan'er se quedaron juntas y Liu Yue salió al patio. Ahí vio a Zhuang Zhidie hablando con Zhong Weixian y llamó a Niu Yueqing para que se despidiera del señor Zhong. Niu Yueqing salió hasta la puerta del patio y Tang Wan'er, tras sus pasos, se dirigió a su bicicleta, sacó las llaves y las llevó directamente al candado. Ahí vio de repente el palito con el papel que le había dejado Zhuang Zhidie y comprendió de inmediato qué hacía ahí. Cogió el papel, lo desplegó y se puso a leerlo bajo la luz de una de las lámparas que había en el patio. Pudo leer que había escrito sucintamente a un lado: «Pasado mañana, a mediodía». Tang Wan'er dobló el papel como se dobla la pasta alisada de un ravioli y montó en la bicicleta con el rostro resplandeciente de felicidad. El papel le hacía cosquillas en la palma de la mano, pero ello no le molestaba. Más bien al contrario, provocaba en ella una sonrisa dulce e imborrable.

Estando en ese mismo lado, Niu Yueqing no se había dado cuenta de nada. Liu Yue, sin embargo, que había permanecido semiescondida en la sombra, lo había visto, y comprendido, todo.

* * *

Zhao Jingwu y Hong Jiang se encontraban marchando de un lado a otro en la habitación que había sido añadida a la gran librería cuando decidieron ampliarla y desplazaban a los rufianes Lao'Er y Lao Si de los Cuatro Rufianes⁷³ por todos los rincones. Se vendían los libros principalmente en la habitación de la puerta de al lado y las ventas se habían animado de forma considerable.

Todo el mundo parecía más animado que de costumbre en esos momentos en Xijing. Los negocios seguían su curso lógico y normal con la colaboración del departamento de Industria, con el departamento de Tributación, de Energía hidroeléctrica, de Salud pública, de Seguridad ciudadana; todos ellos garantizando el buen curso de los acontecimientos en Xijing y el buen uso del dinero. Y con sus gentes, las amistades hechas y deshechas en las oficinas, todos ellos haciendo naturalmente nuevos contactos y comiendo juntos en los mejores restaurantes de Xijing el reputado pato horneado a la pekinesa y haciendo

innumerables brindis, y tomando también la sopa de carne de vaca, burro y perro. ¡La sopa exquisita de las tres delicias! Y al llegar la noche, ¡la anhelada partida de *majiang*! Sin apostar demasiado dinero, por supuesto. Poca ganancia, pero pocas pérdidas. Esas gentes se presentaron gradualmente en la librería, aunque a los anfitriones muchas de esas caras ni siquiera les eran conocidas. Así que lo mejor era llamarlos *gege* (hermano mayor) o *didi* (hermano menor) a medida que llegaban. Hong Jiang era el responsable de recolectar los fondos. Las novelas de artes marciales de Jin Yong atraían el mayor interés y aportaban los máximos beneficios. Hasta ciento veinte mil yuanes se habían recaudado ese día entre donaciones particulares y ventas de libros —sobre todo, de Jin Yong— con la apertura oficial de la librería de Zhuang Zhidie y Niu Yueqing. Niu Yueqing tomó por su parte ochenta mil yuanes y se los dio a la esposa de Wang Ximian como parte del préstamo que le debía. A Niu Yueqing le quedaron cuarenta mil yuanes que, tras consultarlo con Zhao Jingwu, pensó que podían ir para la nueva galería de arte que querían abrir. Hong Jiang le comentó que había además que contar con catorce mil yuanes de gente del campo que habían hecho pequeñas compras y que debían ese dinero, pero temía que ese dinero tardaría en llegar porque las cantidades no eran muy grandes y los compradores no daban importancia a ese tipo de deudas. Él se encargaría personalmente de pedirles de nuevo esos pagos atrasados. Niu Yueqing lo escuchó con atención y maldijo a esos mal pagadores casi analfabetos que viven sobre todo en el campo. Le comentó a Hong Jiang que la moral pública iba decayendo en esos días y le dio, no sin cierto desdén, un cheque con su mensualidad. Hong Jiang le dijo sin embargo que eso era mucho dinero y que podía emplear parte de ese dinero para otros gastos. Niu Yueqing se negó y entonces Hong Jiang le preguntó si podía emplearlo en un familiar cercano —que vivía en la puerta Este de la ciudad, en la callejuela de la familia Wang— y que necesitaba comprar algunas cosas para su nuevo negocio. Niu Yueqing le dijo que le parecía una idea excelente.

Ahí donde nacen los muros de la puerta Este de la ciudad está el célebre mercadillo de los Fantasmas. Cada noche, cuando el cielo se ha oscurecido, y antes de que aparezca la luz del sol, se hacen todo tipo de transacciones comerciales con chatarra, objetos electrónicos inservibles, defectuosos o simplemente rotos, muebles que ya no tienen ninguna utilidad, ropas desgajadas o usadas, o despojos irreconocibles y de origen desconocido que han acabado ahí a la busca de alguien que los necesite. Ese mercado tiene su interés y se llama de los Fantasmas porque los objetos no están vivos, pero su alma o vete a saber qué han vuelto a la vida. Han resucitado, o eso se pretende, como los fantasmas; pero

hay otra razón: al otro lado del terreno sobre el que se alzaron la puerta del Este y su barriada había un foso profundo con mucha agua y una vegetación abundante. La niebla lo cubría noche y día y la luz amarillenta de las farolas palidecía y carecía de fulgor. La gente hacía sus negocios a escondidas y en voz baja, vestía a menudo con ropas viejas y llevaba la cara sucia y el cabello revuelto. Cada una de las operaciones comerciales se realizaba con prisas e incluso se buscaba la sombra junto a los muros para evitar la luz de las farolas. Nadie quería ser visto y a la gente le daba miedo verlos. Por eso se le llamó el mercado de los Fantasmas. Antes, en ese tipo de mercados de fantasmas se juntaba mucha gente que vendía bicicletas y sus componentes. Podías encontrar cualquier pieza de recambio que te faltase. Pedales, ruedas, cadenas, timbres, sillines, candados, retrovisores, tuercas... Absolutamente todo. Cualquier cosa que se te hubiese roto en la bicicleta la encontrabas ahí. Y no hablemos de cosas para la casa. Si necesitas un rodillo para pintar la casa, o un sofá último modelo, aunque algo usado, para el salón, o unas alfombrillas de esterilla... Todo lo que necesitas para la vida de todos los días y además productos certificados por el Estado que no encontrarás ya en ninguna tienda, o lo que encontrarías en esas tiendas, pero más barato. No hay nada que no encuentres en esos mercados de fantasmas. Pero estos mercados son cada vez más grandes, con más fantasmas dentro, más puestos, más objetos y cada vez más gente —y no solo vestidos con harapos y con las caras sucias— participa en ellos. Muchos vienen del campo y quieren vender sus trastos inservibles. Hay incluso profesores y funcionarios, y gentes de oficina y de otras profesiones respetables que vienen a buscar sus ropas aquí. La gente que iba a este mercado de los Fantasmas era cada vez más numerosa y pertenecía a un espectro social más amplio. Esta gente ha dado color al lugar, pero ninguno de ellos comprende la jerga que desde hace años se habla en ese mercado. Se trata de un lenguaje propio. Los hay que acaban de llegar y tampoco conocen la jerga del mercado. Esa gente monta sus puestos y por ahí pululan las mujeres de ojos azules y bocas ensangrentadas (con los labios pintados de rojo). Esas jóvenes tienen los pechos demasiado grandes y se tambalean al caminar. Esos hombres y mujeres, nuevos en el mercado, y que siguen la moda, necesitan cambiar de imagen todo el tiempo. Hoy usan unos palillos de madera particulares y mañana calzan unos zapatos de piel de tacón alto. Mañana tirarán los zapatos porque no les venían bien y además se les ha hinchado el dedo gordo del pie. Los hombres pasan la mitad del día con el cabello casposo y la segunda parte de ese mismo día con el pelo engominado con brillantina, y a menudo visten ropas de marca. Los antiguos vendedores del

mercado de los Fantasmas y los compradores de toda la vida se comportan de otra manera. Creen que hay una jerarquía establecida, aunque invisible, entre ellos y los nuevos. Ellos ocupan un lugar de privilegio en Xijing y son honrados como tal. No hace mucho, esa gente descubrió para su asombro que se vendían en el mercado bicicletas y triciclos robados con todas sus piezas. El mercado de objetos robados empezó a expandirse con la venta de objetos de diversos metales: acero reforzado y cobre, así como cemento, aluminio, herramientas, llaves, cables eléctricos y de acero. El mercado se amplió con ese tipo de objetos de origen dudoso y ello le dio mala reputación. El callejón de la familia Wang no quedaba muy lejos del mercado de los Fantasmas y varias eran las familias que vendían despojos en esa calle. Hong Jiang había de hecho alquilado desde hacía poco uno de esos locales para sus trapicheos personales y el negocio le iba que ni a pedir de boca. Se había especializado en comprar y vender productos certificados por el Estado que vendía sobre todo a gentes de las afueras de Xijing o que estaban de paso. Los beneficios que obtenía eran enormes. No muy lejos de la tienda había una antigua fábrica de esos productos y se proveía de ellos tras haber llegado a un trato con el responsable. Ese chanchullo, Niu Yueqing no lo sabía, por supuesto. Zhuang Zhidie tampoco lo sabía, ni las tres vendedoras de la librería. El proyecto de ampliar la librería con la galería de arte requería una inversión considerable y Niu Yueqing iba a pagar de su bolsillo una suma de cuarenta mil yuanes. Esa suma bastaría para ello. Además, había ciertos ahorros reservados que habían sido obtenidos con las primeras ventas. A Hong Jiang le vino la idea de establecer un comité de varias personas que fuera responsable de gestionar esa galería. Había que redactar un programa anual con las exhibiciones de las caligrafías y las pinturas de los mejores artistas. Esas exhibiciones garantizarían los beneficios de la galería. Incluso había que organizar algún premio anual a las mejores obras expuestas a lo largo del año en la galería y unos patrocinadores que aportasen su financiación para esos acontecimientos. Se lo consultaría a Zhao Jingwu, aunque en realidad desconocía las verdaderas intenciones de Jingwu. Personalmente iría a ver al señor Huang —el director de la fábrica del pesticida 101— para que se involucrase en el patrocinio y gestión de la galería.

El director Huang no conocía en absoluto a Hong Jiang y este último preparó una presentación de sí mismo con pelos y señales e incluso le habló de los resultados milagrosos del pesticida 101 y de la fama de la empresa a nivel internacional, así como de la calidad de sus productos y del espíritu empresarial vanguardista de su director. El señor Huang se conmovió ante esas palabras y

hasta se le escaparon unas lágrimas. Sorbiéndose los mocos de la nariz, le dijo:

—¿Necesitas un patrocinador, no es eso? ¿Y cuánto dinero quieres?

Hong Jiang le respondió con una pregunta:

—¿Y cuánto estaría dispuesto a dar?

El director Huang le contestó:

—¡Tanto dinero como saltamontes y langostas asolen nuestros campos! ¡Ja! Solo ellas saben en realidad que tengo tanto dinero... ¿Y es que tengo un agujero en la mano o qué?

Hong Jiang se puso a reír y dijo:

—Ah, compruebo que su reputación de buen mercader es cierta. ¡Lo que escribió Zhuang Zhidie sobre usted es verdad! ¡Vaya que sí! Pero debería tener cuidado. Alguien con su dinero no está a salvo nunca en esta ciudad. Vine a verle por su reputación, la cual había llegado a mis oídos desde hacía tiempo y sabía que en usted había alguien de auténtico. Abro bien los ojos y reconozco a un amigo. Pero fue Zhuang Zhidie quien me pidió ir a verle para comentarle lo de la apertura de la galería de arte.

Tras decirle esas palabras, Hong Jiang sacó un documento con el nombre de varios gestores del panel y las reglas a seguir en la gestión de la galería de arte. Al señor Huang le alegró verlo y se puso a leerlo como un estudiante de primaria lee un texto, palabra por palabra, y luego dijo en voz baja:

—Para participar como miembro en este panel se deben pagar cinco mil yuanes... Cinco... mil... yuanes... Pero si se pagan diez mil yuanes, se accede directamente a un puesto de miembro honorario y vicepresidente del panel y el vicepresidente tiene un poder de decisión ilimitado junto con el presidente del panel que, en este caso, es el insigne Zhuang Zhidie.

Tras acabar de leerlo, el señor Huang alzó la cabeza, abrió la boca y así se quedó sin decir nada durante un buen momento. En el patio estaba el pequeño de la familia Huang con un libro en la mano y le preguntó a su padre:

—Padre, ¿qué quiere decir esta palabra?

Y el director Huang le respondió:

—Es la palabra para «mar». ¿No me digas que no la conoces? ¡Te lo he enseñado varias veces y lo has olvidado! Te lo voy a repetir tres veces para que se te quede de una vez por todas.

El niño exclamó asombrado:

—¡Oh!...

Su padre le repitió:

—Mar, mar, mar... El mar que hay en los océanos⁷⁴...

El niño se puso a repetirlo varias veces:

—Mar, mar... ¡El océano que hay en los mares!

Hong Jiang intervino para corregirle:

—No, es el mar que hay en los océanos y no el océano que hay en los mares.

El señor Huang quiso sacarse de encima a su hijo y le dijo:

—Vamos, vamos, vamos... Deja eso a un lado. Es tu profesor quien te debe enseñar esas cosas en el colegio y no tu padre. ¡Acabas deformando siempre todo lo que te digo! ¡Qué desastre! —Y dirigiéndose a Hong Jiang, le preguntó —: ¿Y estas son las normas del panel de administración de la galería?

Hong Jiang le respondió:

—Sí, para tener un asiento entre las gentes destacadas del mundo de las letras y las artes. No importa que seas empresario o campesino. Las reglas del consejo son las mismas para todo el mundo. ¿O acaso se cree superior a un campesino, señor Huang?

El señor Huang sonrió por lo bajines y dijo:

—¡Pues veamos la galería!

El director Huang le hizo entrar en su casa y le ofreció tabaco y té. Le preguntó por Zhuang Zhidie y qué había estado haciendo los últimos días. Hong Jiang le explicó con todo lujo de detalles lo que le había ocurrido a su jefe. ¿Había salido ya del hospital? ¿Se había recuperado del pie? ¿Y el lunar de la barbilla? ¿Se lo había quitado?, le preguntó el señor Huang y Hong Jiang respondió a cada una de las preguntas con una sonrisa en los labios.

—Señor Huang, eso es lo de menos ahora. Debe pensar en lo que le he propuesto. No me ponga las cosas más difíciles de lo que ya son. Y no me mienta. Seguiré fielmente lo que me diga. ¡La abuela del lobo siempre acaba mostrando la cola! Estudie este asunto con atención. Y esta caligrafía que hay colgada en la pared, ¿no es de Zhuang Zhidie? Reconozco la firma de su sello.

Hong Jiang sacó de su bolsa un sello de piedra de heliotropo (la piedra de sangre) que servía para que Zhuang Zhidie firmase sus caligrafías y el señor Huang se la quedó mirando. Quitó el papel y lo presionó. Hong Jiang le dijo:

—Este sello proviene de la librería de Zhuang Zhidie y con él firma sus libros y sus caligrafías, pero también es el sello que le servirá para cerrar los acuerdos del consejo de administración. Este es el sello que se llevó a la Asamblea Popular. Ahora el maestro está lesionado y me lo ha confiado. Me ha dado los poderes necesarios para utilizarlo yo. Ahora se utiliza en la librería

mucho más que antes.

El propietario de la fábrica de pesticidas le dijo:

—¿Crees que no te creo? Déjame ver de cerca este sello. Si no te creyera, lo llevaría a la policía para que lo examinara. Por ahí andan muchos sellos falsos y provocan embrollos legales. —Tras un momento de pausa, volvió a preguntarle sobre Zhuang Zhidie—: Y al señor Zhuang, ¿cómo le va la herida ahora? ¿Sigue igual de grave?

Hong Jiang le respondió:

—No le he visto desde hace varios días. El alcalde también se ha preocupado por él y ha hecho una llamada personal al Hospital Universitario para que provean al maestro Zhuang con todo tipo de cuidados y medicinas. Y, sobre todo, que lo cuide personalmente algún profesor, pero todavía no ha habido resultados tangibles.

El señor Huang le sugirió:

—Esos bichos lo van a matar. Hubierais debido decírmelo antes. Conozco a un médico que es de los buenos y sabe un montón de recetas secretas y, en particular, para este tipo de lesiones. Con una dosis de una de sus fórmulas el maestro saldrá corriendo de casa.

Hong Jiang le replicó:

—Eso que propone está francamente bien. Por favor, llame a ese doctor y que venga a ver al maestro Zhuang. Ahora, tranquilícese, y no piense más en si lo que le he dicho es cierto o falso.

Los dos hombres se subieron en el coche y se fueron a buscar al doctor. Los tres se dirigieron luego a la callejuela de Shunag Ren Fu.

* * *

El doctor sacó cuidadosamente la tela que envolvía el pie de Zhuang Zhidie y la dejó a un lado sin decir nada. El pie le dolía de nuevo a Zhuang Zhidie y le había dejado paralizado otra vez en casa. El doctor se puso a manosear los músculos del tobillo. Los dos huesos laterales del tobillo hacía tiempo que habían desaparecido por la hinchazón. Indignado, el señor Huang comentó:

—¿Qué profesor de tres al cuarto se ha encargado de tratarte, maestro? Ah, profesores, profesores universitarios que van por ahí dando lecciones y no se enteran de nada... Seguro que es una de esas bestias del socialismo que, como se suele decir, come sin pagar. Deberías habérmelo dicho antes, Zhidie. El doctor

Song te va a cubrir el pie con una pasta especial hecha con unas hierbas especiales medicinales. ¡En menos que canta un gallo te vas a poner a saltar por los muros de Xijing y vas a salir corriendo de casa!

El doctor dijo:

—Viejo Huang, no hable mal de mis colegas. Ya hace mucho con lo que hace. ¡Y yo también seré un doctor! No lo olvide...

El señor Huang le contestó:

—Lo que tú también serás es un curandero matasanos... Eso ya lo sabía yo..., pero como a todos los de tu gremio te gusta comer de un bol de oro, y encima vas y te lías siempre con problemas que resolvería cualquier colegial. Si quieres pagarte, como los de tu gremio, tus platos exquisitos en el futuro, cúrale la pierna al maestro Zhuang. ¡Y cúralo bien! El señor Zhuang es un personaje célebre y si no lo curas bien, me encargaré de que no te den la licencia.

—¿Cómo? —preguntó Zhuang Zhidie—. ¿Pero todavía no es médico?

El señor Huang le comentó que el doctor Song tenía un permiso provisional para practicar la medicina, pero que todavía no tenía el título. Por el momento trabajaba en un instituto de educación secundaria como director de la cantina, pero en privado se dedicaba a hacer medicinas y venderlas. Tiene muchísimo éxito. Quería sin embargo que le llamasen ya doctor. Si no lo hacías, se ofendía muy rápidamente. Zhuang Zhidie se quedó estupefacto al escuchar esas palabras. Incluso se conmovió y dijo:

—Este hombre es extraordinario... Sus habilidades deberían ser conocidas por todo el mundo. Por supuesto que deberían darle el título de doctor en Medicina general de una vez por todas. El departamento de Salud Pública no conoce a este hombre y el director de ese departamento debería conocerlo en persona. Semejante genio no puede permanecer en la sombra por mucho más tiempo. Estoy seguro de que habrá algún miembro de su familia que estará interesado en hacer carrera en la administración pública.

El señor Huang le dijo:

—Doctor Song, ¿no le has escuchado? Es un genio este hombre y tiene una reputación bien merecida. No es como otra gente célebre que anda por ahí... Nosotros golpeamos cuando el acero está caliente y no lo golpeamos si no lo está, que quede claro. Hoy le diremos al señor Zhuang que tú y yo nos hemos ido a buscar al director Wang en el departamento de Salud Pública. Se trata de un tipo bastante religioso y nos comprenderá. De esta manera ya no molestaremos más a señor Zhuang con nuestro palique. Pero ¡no vayas a molestar ahora al

director! ¿Vale? Solo nos faltaría eso...

Tras escucharlo, el doctor Song, feliz y reconfortado, preguntó:

—¿Y esto funcionará? ¿Cómo vamos a permitir hoy que el señor Zhuang se quede de esta manera?

Zhuang Zhidie miró al director Huang, el cual quería, como si acatase órdenes, ir sin más al departamento de Salud Pública. Se quedó con ganas de decir algo más, pero la expresión de la cara del doctor Song le echó para atrás. Ese individuo, pensó Zhuang Zhidie, era al fin y al cabo un tipo honesto y no quería engañar a nadie. Pensó que ahora, en el hospital, los doctores seguirían la medicina occidental y no la tradicional china, aunque esta última fuera mucho más equilibrada que la primera. El doctor Song no le dijo nada tras sacarle la venda del pie. Ni siquiera dijo que pudiese caminar o que debía quedarse descansando. No dijo nada simplemente, y fue entonces cuando Zhuang Zhidie comprendió que ese doctor era más sabio de lo que pensaba y se podía confiar en él. Si los médicos de Xijing eran en realidad como él, es decir, sin licencia para practicar, lo mejor sería no caer enfermo. El engaño era monumental y quizá con un alcance insospechado. El doctor Song se había quedado de pie y preguntó por los aseos. Zhuang Zhidie le dijo que estaban en el interior de la casa y eran con taza, al estilo occidental, y mucho más cómodos que los agujeros en el suelo de los aseos públicos de los callejones. El doctor Song le comentó con un tono de voz escéptico:

—Debo reconocer que esas tazas al estilo occidental me disgustan. No sé, tal vez será por la costumbre de agacharse desde que era niño...

Liu Yue salió entonces de la casa para acompañarlo a la puerta del patio y le indicó adónde debía ir para hacer sus necesidades. Pasó bastante tiempo y el doctor Song no regresaba. El señor Huang empezó a preocuparse y mientras tanto le agradeció mil veces a Zhuang Zhidie el artículo que había escrito sobre él y la empresa de pesticidas. El impacto en las últimas ventas había sido considerable. Hong Jiang, por supuesto, aprovechó ese momento para sacar el tema de la galería de arte, y Zhuang Zhidie dijo que ese tema estaba entre las manos de él —Hong Jiang— y Zhao Jingwu. El señor Huang quiso decir algo, pero Hong Jiang se le adelantó y se apresuró a decir:

—Director Huang, está sudando de los pies a la cabeza. Debería limpiarse la cara.

El señor Huang sacó un pañuelo de su bolsillo y se secó el sudor de la cara. Avergonzado, y levantándose la camisa, dijo:

—Estoy demasiado gordo... ¡Y no soporto los calores del verano!

Tras limpiarse la cara, se pasó el pañuelo por el cuello y Hong Jiang, al verlo tan apurado, le susurró:

—No debería hacer eso delante del maestro Zhuang. Ni le hables de lo que te he comentado. Ya lo has oído. El maestro Zhuang me ha otorgado plenos poderes. Ahora, está lesionado y no puede ocuparse de estas cosas. ¿No lo has escuchado? Y está confuso y deprimido. Si sacas ese tema delante de él, el maestro Zhuang me va a culpar de ello.

El señor Huang le replicó:

—Pero eres tú quien me ha dado las reglas del consejo de administración. Este mes ando corto de dinero, pero el mes que viene te traeré todo lo que me pides.

Hong Jiang le dio la lista con las normas del consejo y su tarjeta de presentación personal. En ese momento preciso, regresó el doctor Song con unas bolsas de plástico enorme en sus manos con un par de paquetes de cigarrillos de la marca de la Montaña de Hongta, dos botellas de vino rojo occidental y un par de botellines de aguardiente, una caja de churros secos de Liaohua, y unas galletas *mapian* de sésamo. Zhuang Zhidie se asustó al ver toda esa cantidad de comida y bebida y dijo:

—Pensaba que habías ido a los aseos... Quién iba a decirme que habías ido a gastarte los cuartos... ¿Has comprado todo eso para curarme de una vez por todas? ¿Cómo puedo agradecértelo, doctor?

El doctor Song se sonrojó y le dijo:

—Nada más verlo, maestro, pensé en ello. Esto es lo que necesita. Por eso no le dije nada. La cara que hacía hablaba por sí sola. ¿Para qué ir a ver a ese bobo del director Wang? Un acto vale más que mil palabras. ¿Y por qué no hacerle unos regalos? Vine con las manos vacías y eso está feo.

El señor Huang balbuceó:

—Vaya, eso es lo que me merezco yo... Ya te decía, maestro, que este tipo es un genio... ¡El dinero es tuyo, doctor!

Zhuang Zhidie dijo:

—Vale, vale. Avancemos. Creo que estos regalos habría que dárselos al director Wang.

El doctor Song se puso recto y tieso como un palo y expresó su desacuerdo. Los dos se pusieron a discutir sobre el camino a tomar. Zhuang Zhidie se puso a fumar uno de los cigarrillos Hongta y el doctor Song finalmente hizo llamar a un

taxi. El señor Huang y Hong Jiang llevaron en brazos a Zhuang Zhidie al callejón hasta subirse en el taxi que les llevó al edificio gubernamental, donde estaba el despacho del director Wang. Por suerte, el director Wang, que como buen funcionario, ocupaba además del de director de Salud Pública otro puesto, el de responsable de Fomento de Obras Públicas y Planificación Urbanística, y se encontraba ahí y estaba hablando con otra gente. Los cuatro se quedaron a un lado bebiendo agua para calmar la sed.

Y la mujer que estaba hablando con el director Wang llevaba unas gafas con montura blanca y estaba sentada en una silla con las piernas cruzadas. Tenía los brazos sobre sus muslos y con una de sus manos sujetaba un bolso, y decía:

—Director Wang, le agradezco infinitamente la confianza depositada en mí y el cuidado que me muestra. Me emociona particularmente la misión que me ha encomendado. La noche pasada, eran las tres y todavía no me había dormido pensando en el proyecto. Mi hermana mayor todavía no se lo creía...

El director Wang le preguntó:

—¿No se creía qué?

—¿Qué quiere decir?... Ella siempre anda preocupada porque no me caso... ¡Y pensaba que ya tenía un novio! —respondió la joven de las gafas.

—Escucha siempre lo que te dice el director de la fábrica. No hay que hablar de asuntos amorosos nunca en el trabajo —le aconsejó el director Wang.

—Hice una promesa el día de mi graduación. ¡No iba a casarme nunca en la vida! Director Wang, es por eso que esta oportunidad es muy importante para mí. Me levanté ayer noche a las tres para empezar a planificar este proyecto. Consideraré la técnica de construcción de la gran dinastía Tang, tan importante en nuestra Xijing, así como las de las dinastías Ming y Qing; pero ahora quiero empaparme con las técnicas de construcción occidentales. Eso es el futuro. Podemos introducir algunos elementos tradicionales como una estatua de Buda. ¿No cree?

El director Wang le dijo:

—Todo esto no debe preocuparte mucho. Eres una profesional excelente y saldrás airoosamente con este proyecto. Hablaremos con las personas adecuadas, pero prepárate. Los habrá que no estarán de acuerdo. Pero ¡hay que perseverar! ¡Siempre! Y yo rara vez me equivoco en mis juicios. ¡Escojo a los mejores! Pero quiero que lo sepas, el asunto de tu boda debe solucionarse ya. No puedes seguir soltera. Que una chica tan guapa como tú siga soltera levanta siempre sospechas en la gente. ¿No crees que deberías considerarlo?

La joven le respondió:

—Ya se lo he dicho. No busco hacerme respetable en sociedad. Me importan poco esas cosas. Ni siquiera quiero ser famosa.

El director Wang, sorprendido, alzó las cejas y dio un puñetazo con fuerza a un saco de arena que había junto a la mesa de su despacho. La joven mujer se asustó aparentemente, se sujetó las gafas y preguntó con voz entrecortada:

—Al director Wang... ¿le gusta el boxeo?

El director Wang le contestó:

—Lo hago para sacarme el estrés de encima. Además, me levanta el ánimo. Me dices que no importa nada el renombre ni lo que la gente piense de ti, y eso me deprime. Te comprendo, pero no comparto muchas de tus razones. Hace cinco años que ocupo este puesto, ¿crees que no me he encontrado con tu caso varias veces? ¿No crees que pueda sentirme muy ofendido con ello? ¿O no crees, mejor dicho, que puedes estar ofendiendo a la gente con tus palabras? ¿Quieres matar a alguien? ¿Convertirte en una asesina? Bueno, si te digo la verdad, a mí me dan ganas de matar a alguien a menudo, por ejemplo, a mi mujer, y por eso he comprado esta bolsa de arena. Cuando me entran ganas de matarla, le pego varios puñetazos y me reconcilio con la vida, y encima la bolsa no se queja...

Zhuang Zhidie escuchó la totalidad de la conversación y el corazón empezó a palparle con fuerza. Sintió que empatizaba con las palabras del director Wang y se sintió mal al mismo tiempo, pero él no tenía esa bolsa de arena para golpearla cada vez que se sentía frustrado o para aliviar su sufrimiento. Todo iba a parar a su subconsciente para quedar ahí enterrado y olvidado. Mientras estaba ensimismado con esos pensamientos, el señor Huang comentó:

—Este es un muy buen director. Vaya que sí. A eso se le llama liderazgo, y su mujer parece insufrible. Vaya bruja... A esa mujer, ¡le das un palo y ella te devuelve tres! No sabes qué hacer y al final la das por imposible. Una mujer así es ingobernable. Ese saco de boxeo es genial. No había pensado en ello... — Tras decir esas palabras, el señor Huang se puso los guantes de boxeo y le arreó unos puñetazos al saco del director Wang. La joven mujer se quedó estupefacta cuando el director Wang se unió al señor Huang en su combate con el saco y ella se puso de pie con la intención de irse.

—No te vayas... —le dijo el director Wang—, todavía tengo que decirte algo.

La mujer le replicó inmediatamente:

—Tengo que ir a los servicios. ¿Dónde están, por cierto?

El director Wang le respondió:

—Este callejón no tiene un aseo público. En el patio que hay detrás de estas oficinas hay uno. Pasa por la puerta. Está a la izquierda de la calle de los Ritos de Shang. Allí verás los servicios. Ten cuidado con las moscas. Ese sitio está lleno.

La joven sonrió a Zhuang Zhidie y a quienes le acompañaban y se fue con su bolso de mano bien sujeto. El director Wang añadió:

—Ten cuidado porque la puerta del aseo está rota y alguien puede entrar dentro sin avisar. Y ten cuidado con el agua sucia que hay en el suelo. ¡Ese aseo está encharcado! Coge un ladrillo y súbete encima para evitar ese cenagal.

La mujer se fue y Hong Jiang le susurró a Zhuang Zhidie:

—La madre de esa joven está forrada.

—Pues no lo parece —respondió Zhuang Zhidie—. El bolso que lleva no es muy caro que digamos y creo que lo único que lleva es papel higiénico.

Hong Jiang dijo:

—Ella es muy bonita y no debería preocuparle el dinero.

El director Wang, que lo había oído, dijo asombrado:

—¿Bonita, dices? ¿Solo eso? ¡Es muy bonita! Y ya ha encandilado a más de trescientos hombres y los ha rechazado a todos. Mira con detenimiento su semblante. Esa piel blanca con esos rasgos rojos. Su piel es como la superficie de un huevo pelado y hervido.

Zhuang Zhidie replicó con desdén y cierta ironía en sus palabras:

—No tiene cara de obrera, eso está claro. ¿Por qué quiere dedicarse a la construcción?

—Ah, los escritores tenéis veneno en los ojos. Ella ha estudiado para ser arquitecta técnica especializada en estructuras y construcciones, pero una vez en el mercado de trabajo no ha encontrado absolutamente nada. Aquí he podido asignarle un proyecto relacionado con los aseos públicos de Xijing. En Xijing hay cuarenta y ocho callejones sin aseos y hay un gran proyecto de inversión a nivel municipal para que no falte uno solo. Por eso quiero hacerla participar en él y sacarla de la fábrica en la que está metida en estos momentos. Esta chica no pega como obrera. Al menos, el proyecto le dará experiencia. Y cambiando de tema, a vosotros los grandes escritores no se os ve el pelo. Hacía tiempo que no te veía, Zhidie. ¿Has escrito algo últimamente? Cualquier cosa que escribas la leeremos en el departamento de Fomento. Por supuesto.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Si lo que dices solo fuera el deseo de un director funcionario, ya me daría por satisfecho. A veces, vengo a verte solamente para comprender lo qué está pasando en esta ciudad de locos. Hoy, sin embargo, he venido a verte por otra razón. —Y le explicó lo del doctor Song y su talento, así como la necesidad de obtener un diploma ya para poder ejercer legalmente como médico.

El director Wang le comentó:

—Los grandes escritores siempre tenéis la buena frase para todo y a mí no me sale nunca lo que quiero decir. Al menos, como quiero decirlo. Al doctor Song lo conocemos aquí desde hace tiempo. Ven otro día y hablaremos con más calma. Deberías poner por escrito vuestra demanda y te enviaré a ver a mi primo, que es el que se encarga de estas cosas.

El doctor Song estaba al lado de ellos escuchando atentamente la conversación y bajó la cabeza como un pollito asustado. Justo en ese momento entró por la puerta la joven arquitecta que había ido a los aseos, pisando el suelo con fuerza y marcando el paso. El director Wang la amonestó:

—Te dije que cogieras un ladrillo. ¿Por qué no lo has hecho?

La joven mujer se explicó:

—Sí, me los he llevado, pero había gente haciendo cola. Sinceramente, no tenía ganas de hacer cola para meterme en semejante lugar. Felizmente llevo tacones altos. Si hubiera llevado zapatos planos, vete a saber hasta dónde me habría mojado...

El director Wang se excusó:

—Ahora hay cada vez menos gente y suelen salir por la noche cuando acaba el programa de televisión o por la mañana cuando se levantan de la cama. Lo cierto es que en esos dos momentos hay mucha gente haciendo cola. Aparecen tanto la mujer como el marido. ¡Los dos! Increíble. ¿No os parece? Esto de los aseos es un auténtico problema de salud pública en Xijing. Y todo el mundo haciendo cola viendo a la mujer o el marido haciendo sus cosas ahí, a la vista de todos. El olor llega a todas partes y el espectáculo es fascinante para la gente que pasa por la calle. Largas colas de gente para hacer sus necesidades y a nadie le importan las consecuencias de ser visto en ese lugar...

Todos los presentes se pusieron a reír con las palabras del director Wang.

La mujer comentó:

—Vuestras oficinas tienen una puerta atrás. ¿Cuánto tramo de calle está reservado a los residentes? Con un solo aseo, aceptar el proyecto que se me encomienda supone para mí un acto heroico. Director Wang, se me había

olvidado comentarte otro asunto. Hay un problema serio con el lugar donde deben ser construidos los aseos públicos. Mañana por la mañana iré a ver este que hay detrás de las oficinas. En el extremo norte de la calle hay un restaurante y los aseos no pueden construirse enfrente. En el extremo sur hay una tienda y un grifo público donde la gente puede ir a coger agua. Unos aseos en ese lugar pueden ser muy perjudiciales para el agua potable de esa fuente pública. El sitio más adecuado sería en medio de la calle, pero ahí hay un barbero, y si el dueño se entera de que van a construir unos aseos junto a su negocio, va a clamar contra el Cielo, ya que se gana la vida con ese negocio.

—¿Y a cuántas bocas tiene que alimentar ese hombre?

La arquitecta no dijo nada y Zhuang Zhidie vio cómo a la joven se le había puesto cara de enfadada, pero le pareció, a pesar de ello, una joven encantadora, y le preguntó:

—Por tu acento, creo que no eres de Xijing. ¿Es cierto?

—Soy de la provincia de Anhui —respondió secamente la joven.

—A Lan, este es mi viejo amigo Zhuang Zhidie. Es un gran escritor, y muy famoso.

Y la joven arquitecta lanzó un sonido agudo, pero no dijo nada y se sintió avergonzada. Su rostro enrojeció de golpe y ella dijo:

—Desde que te vi entrar, pensé que tu cara me sonaba de algo; pero no recuerdo ahora dónde te he visto antes.

El director Wang le dijo a la joven:

—¡Pues igual lo has visto en la televisión!

Zhuang Zhidie se puso a reír y quiso saber más sobre la joven:

—De Anhui..., pero ¿dónde en Anhui?

—De Suzhou —respondió A Lan—. ¿Ya has estado ahí, maestro Zhuang?

—Sí que he estado —se apresuró a afirmar Zhuang Zhidie—, y conozco a alguien que es de ahí. Igual también lo conoces tú. Una estudiante universitaria de los años cincuenta que fue acusada injustamente de derechista. He oído decir que es una mujer muy competente y muy bella. Sé que vivía en la prefectura de Suzhou, pero no sé exactamente dónde.

Hong Jiang dijo:

—¿No era esa la compañera de estudios del redactor en jefe Zhong?

Y Zhuang Zhidie le respondió:

—Ah, pero ¿lo sabías?

—Pensé que era una de esas historias extrañas que cuenta siempre Zhou

Min, pero veo que es cierto —repuso Hong Jiang—. Con la edad que tiene el viejo Zhong y todavía le envía cartas a esa mujer. Lo único que hace es hacerse daño. Esas cosas no son muy buenas para la salud mental.

—No hables mal del viejo Zhong porque no conoces lo que en realidad le pasó ni las circunstancias actuales. —Y tras dar ese consejo, Zhuang Zhidie le preguntó a A Lan—: ¿Y tú no la conoces a esa mujer? ¿No has oído hablar de ella?

A Lan se puso a pensar en ello y movió ligeramente la cabeza de un lado a otro. Zhuang Zhidie la interrogó:

—¿Cuánto hace que dejaste Suzhou?

—Unos siete u ocho años —respondió A Lan—, pero cada año regreso y paso unos días sin hacer nada en particular. Solo conozco a los más jóvenes, y no a muchos.

—¿Y todavía tienes familia en Suzhou? —quiso saber Zhuang Zhidie.

—Tres hermanas —respondió A Lan—, pero mi segunda *jiejie* (mi segunda hermana mayor) vive conmigo en Xijing. Mi otra *jiejietrabaja* en la oficina de Correos de Suzhou. Si quieres conocerla, le diré que se ponga en contacto contigo. Seguro que ella sabe más que yo sobre la gente que vive en Suzhou.

Zhuang Zhidie le propuso:

—No, no es necesario. Quizá ni siquiera está ya esa anciana en Suzhou, o alguien ha dado una información incorrecta, o simplemente ha dejado este mundo; pero si puedes ayudarme a verificarlo, te lo agradeceré eternamente y te rescataré de ese asunto.

A Lan dijo:

—¿Rescatarme de qué asunto?... Si me ayuda el maestro Zhuang, yo me sentiré muy honrada por él.

Zhuang Zhidie le dio su tarjeta de presentación y A Lan, turbada, le dijo que todavía no tenía tarjeta para darle. En la fábrica en la que trabajaba, le dijo la joven a Zhuang Zhidie, tenía teléfono y siempre podía contactarla a ella haciendo uso de ese número, aunque lo desaconsejaban cuando se trataba de las obreras. Lo mejor era contactar a su segunda *jiejie*. Ella tenía teléfono en su casa. A Lan ya no vivía en las habitaciones de las obreras de la fábrica porque acababan de demoler ese edificio y ahora residía con su hermana en el centro de Xijing. A Lan le escribió a Zhuang Zhidie la dirección de la hermana en un papel y se la dio. Puso el nombre y el teléfono. Zhuang Zhidie se lo agradeció y le dijo:

—Te vendré a buscar cuando se presente el momento adecuado.

El director Wang se quedó mirando a Zhuang Zhidie y A Lan mientras hablaban los dos larga y tendidamente. El hombre parecía perder la paciencia y volvió a darle un puñetazo al saco de boxeo que tenía junto a su despacho. Zhuang Zhidie creyó comprender ese puñetazo repentino y se dirigió al doctor Song y los otros:

—Que así sea. El director Wang va a ayudarnos en lo que le pidamos. Ya pasará otro día para hablar con él y su venerable primo. Hoy anda muy ocupado y no tiene tiempo para recibirnos. Mejor no le molestemos.

Los presentes se pusieron de pie y el director Wang dijo:

—¿No os quedáis más? ¡Qué vacío vais a dejar! ¿Cuándo volveréis? Debemos organizar una partida de *majiang* y dejarnos de tanta tontería. Llámame, Zhidie. ¡Y yo te llamaré!

El director Wang acompañó a sus invitados a la salida. Cada uno de ellos salió por la puerta y A Lan, cuando se disponía a salir, sacó de su bolso un diario y le pidió a Zhuang Zhidie la firma. Zhuang Zhidie, sorprendido, le dijo con amargura en su voz:

—¿Para qué quieres mi firma? No sirve de nada, créeme.

La joven no le respondió y Zhuang Zhidie estampó su nombre en el cuaderno de la arquitecta. A Lan reanudó su marcha marcando sus pasos fuertemente más por torpeza que por otra cosa y le preguntaron:

—Pero ¿tienes prisa, A Lan?

—No, es que no estoy acostumbrada y encima se me ha roto un tacón — repuso sonrojada la joven mujer.

El director Wang gruñó:

—Mira, mira, eso es lo que pasa con esas modas... ¡No sirve de nada!

A Lan dijo:

—Me siento avergonzada. Y encima estos zapatos me vienen pequeños... ¡Ni siquiera puedo ponérmelos! ¿Cómo se puede ir por las calles con estas cosas?

—El señor Wang debería comprarme otros zapatos... —dijo Zhuang Zhidie.

—Oh, no —se apresuró a decir A Lan—, se los llevaré a mi hermana. Ella sabe arreglar estas cosas.

A Lan arrancó el tacón del zapato y lo metió en su bolso. Se despidió de los demás y se alejó de ellos con la cara sonrojada y cojeando.

El taxi llegó en primer lugar a la casa de Zhuang Zhidie. Pasada esa noche, el

pie todavía le dolía y necesitaba un bastón para desplazarse. Todos los miembros de la familia se sentían felices y la venerable anciana le habló de la utilidad de los talismanes para casos como el suyo. La siguiente noche, Liu Yue tuvo problemas para dormir y escuchó a la venerable anciana que le decía en voz alta:

—El talismán suprime a los malos espíritus y si te los tomas a la ligera, se volverán contra ti. En esta casa tenemos a una criada. ¿Por qué esa virgen se ríe de ellos?

Liu Yue, en realidad, sí que creía en los fantasmas y no se reía de ellos y abría bien los ojos cuando presentía que podían llegar. Esa noche, ya muy tarde, en la semioscuridad de la habitación que compartía con la abuela Niu, no podía cerrar los ojos y miraba constantemente a través de la ventana y la luz que entraba por ella. Le dijo a la venerable anciana:

—Abuela, ya se le ha ido la cabeza otra vez.

La abuela se sentó sobre el ataúd y le dijo:

—Estás despierta, Liu Yue. ¿No es muy temprano para levantarse?

Tras decir esas palabras, la venerable anciana se puso a criticar a otra gente, cogió una de sus zapatillas y la arrojó al vacío como si hubiese querido golpear o dárselas a alguien. Luego se puso a reír escandalosamente. A la anciana le venía de vez en cuando esa costumbre rara: se acostaba con sus zapatillas sobre el pecho porque sabía que tendría que arrojárselas tarde o temprano a algún fantasma. La abuela le dijo a Liu Yue:

—Hay que recuperar esas zapatillas porque esos diablos se las llevan con ellos y no te las devuelven. Hay gente que cuando duerme parece que está muerta y ese era el caso de la abuela. De hecho, están muertos, aunque no lo estén de verdad, y solo en sueños aparecen los fantasmas; pero ello no quiere decir que no sigan pensando como si estuviesen vivos, y si necesitan unas zapatillas, van a por ellas. Pero si no sueñan, no aparecen los fantasmas. Por eso hay gente que prefiere morir. Solo cuando se está muerto se vive con los fantasmas.

Liu Yue no creía lo que le estaba diciendo la venerable anciana Niu, pero no se atrevía a moverse para recoger del suelo las zapatillas si la anciana no estaba totalmente dormida. La anciana tenía la costumbre de ver la televisión durante un rato antes de acostarse y luego se iba a dormir con sus dos zapatillas en su pecho. Liu Yue no podía gritarle y solo podía pasar las manos delante de los ojos; y si la abuela no parpadeaba, entonces le recogía las zapatillas y volvía a ponerlas en el ataúd. A veces, la anciana estaba medio dormida, y en esa noche,

Liu Yue volvió a pasar la mano delante de los ojos de la abuela, la cual no estaba dormida en ese momento, y le dijo:

—Ah, te he pillado... Ahora quiero dormir ya que tengo la zapatilla en mi pecho.

La abuela, sin embargo, volvió a tirar la zapatilla, y azorada, gritó:

—¡El tío ha venido! ¡Y está ahí delante, junto a la pared! ¡Le he dado!

A Liu Yue le salió del cuerpo un sudor frío y se apresuró a encender la luz de la lamparita. Junto a la pared no había nadie. Solo vio el ropero pequeño, el cual era en realidad un gancho, y las ropas que había colgado durante la tarde. La venerable anciana dirigió sus pasos hacia el ropero y manoseó las ropas que ahí había colgadas y dijo que eran las de su marido. ¿Por qué se había cambiado de ropa?, se preguntó, y se puso a maldecirlo:

—¡Vieja cosa, todavía tienes fuerzas para venir a verme! ¿Con quién te has ido ahora? ¡Te has puesto guapo, eh! —La abuela cogió el ropero y lo arrojó a través de la ventana y dijo—: ¡Que sirva de hueso para los perros y así no hará daño a la gente!

Al alba, Zhuang Zhidie se fue a la puerta del patio a beber su leche de vaca y volvía a los muros para escuchar a Zhou Min, si todavía estaba ahí, tocando la ocarina. Para que los días no se le hiciesen eternos, y ya que el pie se le había mejorado, se iba a los muros de la ciudad para escuchar esa música y relajarse caminando solo. Ello le cambiaba el ánimo, pero ese día Zhou Min ya se había ido y lo único que pudo ver fue el sol corroyendo los muros, ya de por sí socavados y cayéndose a pedazos. La luz roja de ese sol primerizo era bellísima y Zhuang Zhidie se quedó impresionado al verla en medio del silencio matinal. De regreso a su casa, le preguntó inmediatamente a Liu Yue:

—¿Ha venido alguien? —Y volvió a preguntar—: ¿Ha llamado alguien por teléfono?

Liu Yue le contestó:

—Nadie te ha llamado por teléfono...

¿Y por qué no ha venido todavía?, se preguntó para sus adentros Zhuang Zhidie, pero Liu Yue, muy intuitiva, pareció haber oído a su señor. Liu Yue pensó inmediatamente en Tang Wan'er y en una posible cita entre ella y Zhuang Zhidie y preguntó:

—El maestro, ¿quiere saber algo de Tang Wan'er?

—¿Cómo sabías que estaba pensando en ella? Zhou Min ha debido de ir a buscar al secretario general y vete a saber cómo le habrá ido. Todavía no habrá

vuelto a casa, ni le habrá comentado nada a Tang Wan'er.

Liu Yue pensó que lo mejor era que Zhuang Zhidie la esperara y le dijo:

—Creo que Tang Wan'er vendrá.

Zhuang Zhidie se fue al estudio a escribir una carta larga.

A las diez y cuarto, Tang Wan'er se presentó finalmente en la casa de Zhuang Zhidie y nada más llegar a la entrada llamó a la criada:

—¡Liu Yue!

Tang Wan'er esbozaba una sonrisa amplia y generosa en la que se podía ver una hilera sin fallos de dientes blancos y sanos. Liu Yue llevaba puesto un vestido que acababa de lavar con sus propias manos, en las cuales tenía todavía restos de jabón. Lo primero que vio Liu Yue de Tang Wan'er fue su peinado con un moño, y luego se fijó en el vestido de color púrpura que llevaba, y se dijo para sus adentros: «Estos están liados», y sonriendo maliciosamente a Tang Wan'er, le dijo:

—*Jiejie* Wan'er, ¿pasa algo? ¡Te cae el sudor por el cuello! La gran hermana Niu no está en casa y el maestro Zhuang está en su estudio. Rápido, entra.

Tang Wan'er le preguntó:

—Y la esposa del maestro, ¿no está en casa? Pensaba que la señora del maestro Zhuang se pasaba el día cotilleando de un lado a otro.

Liu Yue le respondió:

—La gran hermana sufre de otitis y le duele el oído cuando hay mucho ruido o se le habla en voz alta; es por eso que se le debe hablar de muy cerca y suavemente, como susurrándole. Hablar con ella requiere un esfuerzo. —Liu Yue dirigió entonces su mirada a los pechos excesivamente firmes y puntiagudos de Tang Wan'er y le entraron ganas de tocarlos—: Oh —le comentó, observando el vestido—, ese color es precioso. ¿Dónde has comprado esa ropa?

Liu Yue se fijó otra vez en el cabello recogido en un moño bastante sofisticado de Tang Wan'er, el cual le encandilaba. Zhuang Zhidie, tras sentir el alboroto que se había organizado en la entrada de su casa, salió de su estudio. Saludó a Tang Wan'er y, tras sentarse en el sofá, se puso a hablar de cualquier cosa. Zhuang Zhidie le propuso a Tang Wan'er:

—Quédate en casa a comer. No sé si te ha llamado mi señora, pero si no lo ha hecho, habría debido hacerlo.

Tang Wan'er le dijo:

—Me quedo, pero no me apetece comer nada ahora.

—No quiero que te gastes el dinero en comer fuera —dijo Zhuang Zhidie—.

Liu Yue, sal de casa y vete a la carnicería de al lado y que te corten unos filetes. Compra también unos puerros... ¡Y tráenos unos raviolis! Almorzaremos con ello.

Liu Yue dijo:

—¡Genial! Yo también había pensado en pasarme por el mercado... —Tras decir esas palabras, cogió la cesta y se fue.

Nada más cerrar la puerta, Liu Yue y Zhuang Zhidie se abrazaron locamente y sus miradas provocaban olas de pasión. Zhuang Zhidie le insinuó:

—Quieres llorar e insultarme, pero no deberías hacerlo.

La mujer casada le dijo:

—Piensas mucho en mí, Zhidie, y no puedes estar más de tres días sin mí.

Los dos volvieron a abrazarse con pasión. Las manos de Tang Wan'er sujetaron luego la pierna herida de Zhuang Zhidie para comprobar si todavía le dolía. Zhuang Zhidie emitió un quejido y con la mirada le señaló a Tang Wan'er el dormitorio de la abuela. Ella asintió y se separaron momentáneamente. Zhuang Zhidie se metió en el dormitorio de su suegra, pero vio que la venerable anciana se encontraba todavía durmiendo en su ataúd. Cerró la puerta con sigilo y se fue al estudio. Caminando de puntillas, Tang Wan'er lo siguió detrás y cerró la puerta suavemente y sin hacer el menor ruido. Una vez dentro, se desnudó inmediatamente. Zhuang Zhidie le dijo:

—Pero ni siquiera llevas bragas ni sujetador.

Y la mujer de Zhou Min le respondió:

—Esto es para ganar tiempo, cariño.

Zhuang Zhidie agarró a Tang Wan'er y la arrojó a la silla, separó sus dos piernas y se echó encima de ella... □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí cuarenta y dos palabras], y la mujer, más se retorció, más inflamaba a Zhuang Zhidie. Los dos jadeaban. A él le picó la espalda y ella se la rascó. Tang Wan'er atestiguó seguidamente:

—Es una picadura de mosquito. Pero ¿hay mosquitos de día? —Tang Wan'er volvió a rascarle la espalda y le preguntó—: ¿Ahora me picas tú? Me picas tú, me picas tú, me picas tú... Ahhhh...

De repente, ella dejó de rascarle. Él tenía los ojos blancos y el cuerpo rígido. Zhuang Zhidie sintió que una agüita caliente, y muy placentera, corría por su cuerpo. □□□□□□ [aquí el autor ha suprimido trescientas treinta y tres palabras]. Zhuang Zhidie se levantó y la vio sonreír. Ella le preguntó:

—¿Y a qué sabe?

—Pruébalo.

Las dos bocas volvieron a juntarse, pero él se torció el pie con el gesto y lanzó un grito. Tang Wan'er le preguntó alertada:

—¿Qué pasa?

—Me he hecho daño en el pie —contestó inmediatamente Zhuang Zhidie.

—No te fuerces —le sugirió Tang Wan'er.

—No pasa nada, no te preocupes —intentó tranquilizarla Zhuang Zhidie.

—Deja que te ayude —le propuso Tang Wan'er, levantándose de la silla y cediéndosela a Zhuang Zhidie. □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí veinticinco palabras].

Zhuang Zhidie se apresuró a decir:

—No te atrevas a gritar. ¡Mi suegra está ahí al lado!

—Pero no importa nada —gritó Tang Wan'er.

Zhuang Zhidie cogió un pañuelo y se lo metió en la boca a Tang Wan'er, pero ella le mordió mientras lo hacía. □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí dieciocho palabras]. Zhuang Zhidie dijo:

—Rápido, vístete. Me temo que Liu Yue estará a punto de llegar.

Y Tang Wan'er se vistió, se peinó y se secó el sudor de la cara. Nerviosa, le preguntó a Zhuang Zhidie:

—¿Y el rojo del pintalabios? ¿Todavía lo tengo?

El rojo del pintalabios no aparecía en absoluto en los labios de Tang Wan'er. Se lo había comido todo Zhuang Zhidie y ella tuvo que pintarse los labios otra vez. Y mientras lo hacía, Zhuang Zhidie le levantó la falda y escribió unas palabras caligrafiadas en el muslo de Tang Wan'er, muy cerca del pubis. Ella ni se inmutaba mientras acababa de maquillarse frente al espejo. Cuando Zhuang Zhidie acabó de escribir la caligrafía, Tang Wan'er bajó la mirada y leyó: el salón de la serenidad; y tras leerlo, le dijo a Zhuang Zhidie:

—Pero ¡este es el nombre de tu estudio!

Zhuang Zhidie le respondió:

—Sí, se trata de una caligrafía que he realizado varias veces. Ahora está junto al origen del mundo, tu lugar más valioso.

Tang Wan'er le contestó:

—El ser humano es verdaderamente extraño. Su cerebro reproduce preocupaciones a medida que se va haciendo grande y luego se hacen tan grandes que desaparecen por sí solas sin que nadie sepa el porqué. ¿Te has

saciado?

Zhuang Zhidie respondió con otra pregunta:

—¿Y tú?

—Estoy saciada, e incluso podré esperarte una semana —dijo Tang Wan'er.

—Yo también —le corroboró Zhuang Zhidie —; y si no es contigo, no sé con qué otra persona podría ser.

—¿Y por qué no nos casamos?

Tras escuchar esa pregunta, a Zhuang Zhidie le empezó a picar la cabeza y puso cara de sufrimiento.

—No quería decir eso —se apresuró a aclarar inmediatamente Tang Wan'er—. Sé que decirte esas cosas es darte problemas. No volveré más a hablarte de ese tema. Yo siempre te amaré en esta vida. Ser amado por otras personas, ¿eso es la felicidad!

Zhuang Zhidie dijo:

—Pues que así sea. Todavía quería decirte algo. Espérame, espérame de verdad y sin dudar.

El timbre de la casa volvió a sonar. Liu Yue había regresado y sujetaba los raviolis y las bolsas como podía. Tang Wan'er miró su reloj y dijo con la intención real de irse:

—Oh, ya es tarde. Debo regresar y prepararle la comida a Zhou Min. Lleva tres días buscando al secretario y tampoco ha visto a nadie que le pueda ser de ayuda. Y si hoy no ha visto a nadie más, mi marido se habrá ido a buscar al secretario. Seguro que se habrá quedado en alguna esquina medio muerto.

Zhuang Zhidie le propuso:

—Sí, vete, yo no puedo guardarte aquí. ¿No quieres leer un libro? Lo olvidabas...

Tras aconsejarle lo del libro, Zhuang Zhidie acompañó a Tang Wan'er a su estudio. Liu Yue estaba en la cocina dándole vueltas a la cabeza y no se creía la comedia que Zhuang Zhidie y Tang Wan'er estaban haciendo. Soltó el cuchillo con el que estaba picando la carne de los raviolis y se fue a ver lo que pasaba en realidad en el estudio. Unas cortinas separaban el estudio del salón principal y Liu Yue se agachó. Por la parte baja pudo ver cuatro pies que estaban enfrente y muy cerca los unos de los otros. Liu Yue regresó a la cocina y oyó el sonido de unos tacones que pisaban el suelo. Liu Yue se apresuró en llegar a la cocina y ponerse a cortar la carne. Detrás de ella pudo oír que Tang Wan'er le decía:

—Liu Yue, me voy.

Liu Yue la vio salir, pero no le cambió el gesto de la cara y continuó con sus labores como si nada hubiese pasado. Zhuang Zhidie acompañó a Tang Wan'er en su regreso a casa y luego se metió en la cocina junto con Liu Yue para ayudarla a barrer las hojas de las verduras que habían caído al suelo. Le preguntó por el precio de la carne, pero ella no le contestó y continuó picando la carne para los raviolis. Zhuang Zhidie le dijo, presintiendo que ella sabía algo que no quería decirle:

—Ten cuidado, te puedes cortar los dedos.

Zhuang Zhidie sabía que no le iba a contestar, ni iba a satisfacer su curiosidad. Se sentía muy cansado y se fue a su cama, al dormitorio.

Liu Yue acabó de preparar el relleno de los raviolis y se puso a pensar en su señor. El señor y amo de la casa se decía a sí mismo palabras reconfortantes, pensaba ella, y seguro que el cuerpo desnudo de Tang Wan'er no podía borrarse de su cabeza y ello le hacía sentirse una persona desgraciada, una persona sin suerte. Liu Yue volvió a pensar en ella. El amo y señor de la casa podía tratar bien a Tang Wan'er y podía tratarse bien a sí mismo. Pero ¿se respetaba a sí mismo?, se preguntaba Liu Yue. Y si ella lo rechazaba, ¿se iba a humillar el amo y señor ante ella? ¿Iba a luchar por hacérsela suya otra vez? O igual la insultaría: no tienes vergüenza, le diría. ¿Te vas ahora para prepararle la comida y has estado antes poniéndole los cuernos conmigo? Liu Yue quiso decirle algo a Zhuang Zhidie, pero este ya se había acostado, y se puso a pensar otra vez en las cosas que Tang Wan'er y Zhuang Zhidie habían debido de estar haciendo en el estudio mientras ella estaba en el mercado comprando la carne y las verduras. Si tuviese alguna prueba, se lo contaría a la señora Niu, pensó Liu Yue. Pero no había visto nada. Ese era el problema. Liu Yue se dirigió al estudio y solo vio tres hojas garabateadas y una carta de amor que yacían sobre la mesa. La carta iba encabezada por un «Querida A Xian». Pero había otra que decía: «La ciruela que te ama». Liu Yue sonrió con desdén y pensó: ¡otra carta para tomar cita! Pero ¿por qué ese lenguaje codificado? Seguro que querían comunicarse por carta y por eso utilizaban ese tipo de lenguaje secreto. Liu Yue dejó las hojas sobre el suelo para hacerles creer que un golpe de viento las había arrojado al suelo.

Niu Yueqing regresó del trabajo y le preguntó a Liu Yue si Zhuang Zhidie había comido algo. Liu Yue le respondió:

—Gran hermana, me temo que el maestro ha estado escribiendo en su estudio y se ha olvidado de comer. Puedes ir a llamarlo.

Niu Yueqing se fue al estudio, pero ahí no había nadie. Vio que las ventanas

estaban todavía abiertas y se quejó a gritos. El estudio estaba lleno de papeles por todas partes. Los recogió y se puso a leerlos. Ello la dejó con los pies clavados en el suelo hasta que acabó con la lectura. Liu Yue se acercó a ella y le preguntó si ya había comido y por qué se había quedado tan seria leyendo esos papeles.

¿No haces buena cara, gran hermana?—dijo.

Niu Yueqing le respondió:

—Liu Yue, ¿has recibido hoy alguna carta?

—No —contestó Liu Yue—, no he recibido nada. Solo vino la *jiejie* Tang Wan'er. ¿Pasa algo?

Liu Yue le dijo, metiéndose la carta en el bolsillo:

—No, no pasa nada. Solo preguntaba.

Niu Yueqing se fue a comer y Liu Yue llamó para que viniesen a comer a Zhuang Zhidie, que estaba en su dormitorio, y a la venerable anciana. Nada más salir del dormitorio, Zhuang Zhidie vio a su mujer, la cual ya estaba comiendo, y le dijo:

—Estás comiendo sola y ni siquiera esperas a tu madre.

—¿Qué quieres que coma? —le replicó Niu Yueqing a su marido—, pronto ya estará entre unas tablas de madera.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Si los vientos no soplan favorables en el exterior de esta casa, no los traigas al interior. ¿Quieres?

—Pero yo necesito a alguien para sacar el enfado que llevo dentro. ¿Todavía puedo contar con alguien en esta casa? —respondió Niu Yueqing. Zhuang Zhidie se dio cuenta de que su mujer decía cada vez más sinsentidos y, agriado, le dijo:

—¡Estás mal de la cabeza!

Tras oír esas palabras, Niu Yueqing cogió el bol y lo golpeó con fuerza contra la mesa, se levantó, dio media vuelta y se dirigió llorando al dormitorio. La venerable anciana salió de su ataúd y le preguntó a Liu Yue:

—¿La has provocado?

Y Liu Yue le repuso:

—Pero ¿por qué diablos iba a provocarla?

La abuela se puso a insultar a Liu Yue:

—Si nadie la ha provocado, ¿a quién has ofendido tú? Eres un bicho, Liu Yue, ¡y no dejas vivir tranquilo a nadie! ¿Qué estás tramando ahora? En esta

familia nadie habla bien de nadie, pero nadie para de hablar. ¡Y ya no sois niños! ¡Sí, ya no sois niños! Y tú, Liu Yue, siempre tienes una respuesta para todo. Seguro que todavía estabas en la barriga de tu madre y ya estabas haciendo la vida imposible a alguien. Eres mala, Liu Yue. Vete a saber de qué escondrijo apestoso te hemos sacado...

Zhuang Zhidie intercedió y dijo airado:

—¡Suegra, no hables así!

Y la anciana, indignada, le replicó:

—¿Es que acaso sois unos niños? Yo no la he insultado... Solo le aconsejo que no se comporte como una niña porque ya no lo es. Y en esta familia, se come lo que se come. ¿Está claro? Y nos vestimos con lo que nos vestimos, ¡y no hay muebles que molesten! Ni gentes con categorías especiales. ¡Y a nadie le importa lo que haga la gente! Y tú, hija mía, ¿por qué pones esos morros? ¿No eres feliz porque no puedes tener hijos? ¡A la mierda con los hijos! Solo dan problemas. ¿Es que no tienes todo lo que necesitas, Yueqing? Y Zhidie, ¿no es bueno contigo? Te ha ofrecido hasta una sirvienta, aunque sea una deslenguada, para que te ayude en casa. No tienes que comprar la comida, ni lavar la ropa, ni preparar la comida... ¡Y encima nos pones esas caras!

Niu Yueqing escuchó a su madre con atención a pesar de estar ya en el dormitorio y desde la cama le dijo:

—Pues sí, mi marido es muy bueno conmigo. ¡Buenísimo! Pero a mí esta familia me lleva por el camino de la amargura. Y además, ¿a quién le importa que no pueda tener hijos? ¿Eh?

Zhuang Zhidie le dijo:

—Ay, cómo eres Yueqing. ¡Y dices una cantidad de tonterías!

Niu Yueqing le contestó con enfado:

—¿Qué me dices? ¿Digo tonterías? ¡No comprendes nada!

—Pero yo sí que lo comprendo todo —intercedió la venerable anciana—. Tú eres de esos que vive en la abundancia y no lo aprecian. Trátalo bien y que él se dé cuenta. Si no, cómo va a jugar contigo..., Es parco en palabras y le cuesta expresarse.

—Se acuesta con otras —le soltó secamente Niu Yueqing—, y en casa sí que habla, y ¡mucho! Y tontea en el estudio.

La anciana le respondió:

—No hables como un diablo, que no te quito el ojo de encima, Yueqing. Zhidie trabaja muy duro y acaba la jornada muy cansado. Recibe a gente todo el

día, y cuando no está con alguien, se pone a escribir. Para colmo, se ha lesionado un pie. ¿Por qué dices que tontea en el estudio?

—Sí, escribe —dijo Niu Yueqing—. ¡Vaya si escribe! ¿Y si está cansado? Más escribe, más se revigoriza. —Tras decir esas palabras, Niu Yueqing se puso a llorar.

Zhuang Zhidie no podía comer de lo enojado que estaba y se tumbó en el sofá para echar una cabezada. Liu Yue se fue al dormitorio de Niu Yueqing con un bol de arroz en las manos, pero Niu Yueqing no se lo comió y continuó hablando mal de su marido. Zhuang Zhidie pensó que Liu Yue se había ido de la lengua y dijo:

—No come... Imagino que se habrá quedado satisfecha ya con lo que está soltando. ¡Pues come sola!

Liu Yue volvió al dormitorio de la abuela, se metió en la cama y se quedó durmiendo con lágrimas en los ojos.

Y esa situación duró toda la tarde y la noche. Nadie habló con nadie en esa familia y de esa manera amaneció. Zhuang Zhidie pensó nada más abrir los ojos en A Lan y se fue al estudio a retirar las cartas que había escrito. Las buscó pero no las encontró. Salió del estudio y le preguntó a Liu Yue por esas cartas, y ella le respondió que no lo sabía mientras salía de la habitación de la venerable anciana Niu con el cabello desordenado. Sonriendo con desdén, Liu Yue agregó:

—¿Has pasado una buena noche?

Zhuang Zhidie le contestó apresuradamente:

—¿En qué estás pensando? ¿En el enfado de ayer?

—Me odias, ciertamente —intervino Niu Yueqing—. ¡El hermano mayor de A Xian!

Liu Yue dijo:

—A Xian... ¿Quién es ese o esa A Xian?

Niu Yueqing le respondió:

—El maestro Zhuang tiene muchos seudónimos. ¿No lo sabías? Todavía hay mucha gente que conoce a tu maestro gracias a su seudónimo, A Xian... ¿No te parece dulce ese nombre?

Liu Yue dijo:

—Maestro Zhuang, ¿cómo es posible que siga firmando con seudónimo?

Tras escuchar esa pregunta, Zhuang Zhidie comprendió de golpe que esa carta había llegado a las manos de su esposa y comprendió también por qué estaba tan alterada la noche anterior. Niu Yueqing buscó un pretexto para

ventilar su ira ante él. Zhuang Zhidie le preguntó a su mujer:

—¿Has leído la carta, no es así?

Y Niu Yueqing le contestó:

—Tienes un contacto secreto y lo conservas bien, como un fruto en almíbar. Sabías que había cogido la carta y ahora te lo pregunto yo. ¿Quién es esa compañera de clase? ¿Y cuándo la recibiste? ¿Qué querías contarle? Sabía lo de esa Jing Xueyin y tu relación escandalosa con ella, pero lo de esa Ciruela... Vaya, eso se pasa de la raya, Zhidie. ¿Quién es esa a quien llamas Ciruela?

Zhuang Zhidie le respondió:

—Baja el volumen de tu voz, ¡si no se va a enterar todo el vecindario de lo que dices!

—¡Quiero que lo sepa todo el mundo! La gente de ahí fuera, ¿no trata a la gente famosa como dioses? Y dime, ¿quién sabe que los hombres son unos ladrones y las mujeres unas putas?

Liu Yue intervino:

—Gran hermana, todos los periódicos y las revistas dicen que vosotros formáis una pareja feliz y que os amáis de verdad. Creo que malinterpretas las palabras del maestro.

Niu Yueqing dijo:

—Vaya, ahora me salen con lo del amor verdadero. Seguro que será eso. ¡El amor verdadero me ciega!

Zhuang Zhidie esperó a que acabase de sacar todo el fuego por la boca y le dijo:

—¡Ahora cierras la boca y me escuchas! ¿Vale? A Xian no es mi seudónimo y tampoco es el nombre de mi amante. A Xian es el seudónimo del jefe de la redacción de la *Revista de Xijing*, el señor Zhong, y La Ciruela (Meizi) es la compañera universitaria que el pobre Zhong no ha podido olvidar a lo largo de su vida. ¿Os queda claro ahora? —Zhuang Zhidie les contó seguidamente la historia de Zhong Weixian y también les contó lo del director Wang y A Lan, y añadió—: La crisis que ha sufrido el viejo Zhong por ese artículo de Zhou Min va a acabar con su vida. Padece una crisis sin precedentes que le ha hecho dudar hasta de su propia persona y por no sé qué razón su historia con esa compañera ha regresado con una intensidad que le ha sumido en una profunda melancolía. Me compadezco de él. Hay que comprenderlo, eso es todo, y consolarlo con palabras que le devuelvan el deseo de seguir viviendo. Es por eso que quise escribir una carta que proviniese directamente de su compañera. Una carta de

ella le sacaría de ese humor negro que va a acabar con su vida, pero nadie debe enterarse de ello aquí en Xijing. A Lan tiene una hermana que vive en la provincia de Anhui y ella la enviará desde ahí. Ello le dará autenticidad a la carta, ya que la compañera del viejo Zhong era de ahí. Zhou Min está al corriente de ello.

Tras escuchar la explicación de Zhuang Zhidie, Niu Yueqing y Liu Yue se quedaron boquiabiertas como si hubiesen escrito una leyenda. Liu Yue le preguntó a Niu Yueqing:

—Gran hermana, ¿por qué quieres que el maestro Zhuang se comporte como una alcahueta?

—Esto se lo preguntaré, naturalmente, a Zhou Min—dijo la esposa de Zhuang Zhidie—. Incluso si es para el jefe de la redacción Zhong, has escrito con una dulzura tal que me parece sospechoso. ¿Has tenido que utilizar este estilo y esas palabras con tanto realismo?

—Soy un escritor —replicó Zhuang Zhidie—, y sé cómo utilizar las palabras. Y los escritores, ¿no sabemos acaso algo sobre la psicología de la gente?

Niu Yueqing le devolvió la carta a Zhuang Zhidie y dijo:

—Ten, no me importa ahora; pero ¿no te sientes culpable de algo? Me he enfadado, cierto, y al hacerlo, tú mismo te has dado cuenta de que el color de tu cara ha cambiado y no me has hecho caso. Lo que has dicho, que ahora sea falso o verdadero, ya no importa nada. Incluso si es finalmente falso, tú lo dirás de tal manera que parecerá verdadero. ¿No consiste en eso tu trabajo? Y lo afirmarás como verdadero, aunque tengas que pisar mi dignidad. Las mujeres de esta familia tenemos el corazón pequeño y ninguna de ellas es capaz de aguantar tu piquito de oro, Zhidie.

Zhuang Zhidie le respondió:

—Pero esa carta, ¿por qué has podido leerla?

Niu Yueqing dijo:

—Liu Yue me dejó ir al estudio. La carta era en esos momentos una hoja sobre otra en un absoluto desorden.

—La carta se encontraba bajo un peso. Será el viento el que la habrá tirado al suelo, pero vaya viento... No creo que sople un viento tan fuerte ahora en Xijing...

Liu Yue se sintió orgullosa de sí misma por lo que había hecho y confesó:

—Fui yo quien lo hizo para que la gran hermana lo viera en el suelo.

Niu Yueqing se apresuró a juzgar el acto de Liu Yue y dijo:

—Liu Yue ha hecho lo correcto. Tú, Liu Yue, debes decirme todo lo que sucede. ¿Vale?

Zhuang Zhidie, enojado, le respondió:

—¿Acaso te han asignado una misión especial, Liu Yue?

Liu Yue empezó a partir de ese momento a arrepentirse de lo que había dicho y sobre todo por haberse mostrado una listilla ante los señores de la casa. Les dijo que no hubiera debido decir esas cosas, que era una deslenguada y que la próxima vez se callaría, y les pidió por ello si podía llevar personalmente esa carta a A Lan. Niu Yueqing le dijo que lo mejor era que acabase con la faena de la casa y que ya verían luego.

Zhuang Zhidie se pasó la mañana entera con el enfado que le había provocado su mujer Niu Yueqing. Le había torcido el día y le hizo malas caras. Liu Yue recibió una llamada telefónica, pero a Zhuang Zhidie le molestaba el tono, alto y respondón, de voz con el que ella contestaba al teléfono y Liu Yue le dijo:

—Me has dicho que conteste al teléfono, ¿qué quieres que haga ahora?

—Pregunta quién es, eso es todo, y coge el mensaje, pero no te enrolles. Eso es todo. ¿Por qué debes enfadar a la gente?

Hubo alguien en ese momento que golpeó la puerta y Liu Yue se fue a abrir. Eran unos escritores que buscaban consejo y, nada más entrar en casa, le preguntaron a Zhuang Zhidie:

—Maestro Zhuang, hemos venido para que nos enseñe cómo escribir novelas buenas.

Zhuang Zhidie les dijo:

—Pero ¿qué queréis que os diga? Vosotros escribís mucho y muy bien. ¿Qué os puedo decir yo a estas alturas?

Uno de los que había ido dijo:

—El maestro guarda celosamente los secretos de su arte. ¡Seguro que tiene sus trucos!

Zhuang Zhidie les replicó:

—No, seguro que no los tengo.

Pero nadie de los presentes lo creyó y pusieron caras incrédulas. De esa manera pasaron una hora, y al irse, Zhuang Zhidie volvió a aleccionar a Liu Yue y le preguntó por qué había dejado entrar a la gente. ¿No debía decirles que él no estaba en casa? Liu Yue le respondió, algo agriada por la actitud de su maestro:

—No sabía que eran esos ociosos de Xijing que no tienen otra cosa que hacer que molestar a la gente en sus casas —y, ofendida y con lágrimas en los ojos, se metió de nuevo en la cocina.

Pasó la mitad del día y volvieron a llamar a la puerta de la casa de Zhuang Zhidie y Niu Yueqing. Liu Yue fue a abrir y era Zhou Min. Liu Yue le dijo instintivamente:

—¡El maestro Zhuang no está en casa! ¿Qué quieres?

Zhuang Zhidie la oyó desde el estudio y gritó:

—¡Estoy aquí! ¡Entra, anda! —Zhou Min miró extrañado a Liu Yue, a quien vio llorando y sorbiéndose los mocos por la nariz.

Zhou Min entró en el estudio y empezó a quejarse ante Zhuang Zhidie, devolviéndole de inmediato la carta que había escrito el maestro tres días antes. Zhou Min le dijo que había estado tres días yendo de un lado a otro y que finalmente había conseguido ver el secretario. Ese mismo día, muy temprano, había ido a verlo a su casa y no estaba porque tenía un encuentro en el *binguan* (el hotel) Pájaro Azul, y, por supuesto, él mismo, Zhou Min, se fue al hotel Pájaro Azul, pero el secretario general estaba sentado en el estrado y no se atrevió a subir hasta ese lugar, y ni siquiera se atrevía a llamarlo. Por eso se quedó en la entrada y esperó a que acabase de orinar o defecar tras el encuentro. Ese debía ser el momento para verlo. Así pasó dos horas y el secretario general salió finalmente para ir a los aseos y Zhou Min le siguió los pasos. El secretario general tenía, efectivamente, que defecar, y Zhou Min fingió que tenía que defecar y el muy golfo aprovechó ese momento para asomarse por un agujero que estaba en una de las paredes de las letrinas públicas y a través de él, y, agachado, pudo verlo. No supo en un primer momento qué decirle y acabó por preguntarle después de un buen rato agachado en el agujero de la letrina:

—Oh..., ¿es usted el secretario general?

Y el secretario general le contestó escuetamente:

—¿Qué?

Zhou Min prosiguió:

—Secretario, al fin le veo.

—¿Qué? —volvió a preguntarle el secretario.

—Secretario, ¿ha visto al tigre?

—Pues no —le respondió el secretario.

—Yo tampoco —le dijo Zhou Min.

En ese momento, el secretario general se limpió el trasero, se subió los

pantalones y se dispuso a abrocharse el cinturón. Zhou Min le dijo:

—Secretario, tengo algo muy importante que decirle.

El secretario le preguntó:

—Pero ¿quién diablos eres tú? No te conozco...

—Sí, sé que no me conoce —le dijo Zhou Min—, pero debo darle una carta y es urgente. Cuando la haya leído, sabrá quién soy.

El secretario alargó una de sus manos, la pasó por el agujero de la pared, cogió la carta y la leyó mientras sujetaba el pantalón con la otra mano. Luego volvió con Zhou Min y le preguntó:

—El autor de esta carta, ¿qué ha hecho últimamente?

—Ha estado escribiendo —respondió Zhou Min.

Y el secretario le comentó:

—Esta carta está muy bien escrita. El escritor de esta carta sabe escribir muy bien...

Zhou Min le replicó con algo de confusión en sus palabras:

—El maestro Zhuang, además de escribir cartas, escribe otras cosas...

El secretario le dijo:

—Ah, cierto, y todo el mundo habla de ello en estos momentos... Incluso creía que era verdad, pero no pensaba que ese tipo se había metido en política de esa manera. ¡Hasta el cuello! ¡Vaya con el maestro Zhuang!

Zhou Min le aclaró:

—Él es, por encima de todo, un escritor, y no entiende nada de política.

El secretario dijo:

—¿Así es?... ¿No fue él quien se pasó la noche entera escribiendo ese artículo para publicarlo al día siguiente? Tú eres su amigo y tú hablas con él a menudo. Treinta años al este del río y treinta años al oeste del río. Alguien con esa experiencia de la vida no puede hacer cualquier cosa en este mundo. ¡Y no acaba de llegar a Xijing! Que se ande con cuidado...

En medio de esa conversación, los dos hombres salieron de los aseos.

—Ah, si usted pudiese hablar directamente con el vicedirector de la provincia para los asuntos culturales de este tema... —le propuso Zhou Min.

—Eso no estaría bien de mi parte —se apresuró a aclarar el secretario—. Utilizar mi posición para influenciar a la gente en sus decisiones... ¡Ni hablar de ello! Eso sería un error garrafal de mi parte.

Zhuang Zhidie, tras oír lo que le comentó Zhou Min acerca de su encuentro

con el secretario, se deprimió todavía más de lo que estaba. Cogió la carta y la hizo pedazos.

—La madre que lo parió... —se puso a injuriar Zhuang Zhidie—, menudo líder del Partido tenemos en esta provincia... En manos de esa gente está el bien público... No sé cómo voy a poder volver a la revista. ¿A qué pez gordo estoy ofendiendo? Jamás hubiera pensado que esto iba a llegar tan lejos. ¿A quién he hecho mal? Me he metido en política sin tener la menor intención. Lo de los treinta años al este y el oeste del río tiene tela... Esos peces gordos tienen palabras para todo... Pasamos del secretario al vicedirector y luego por el alcalde. ¡Y toda el agua sucia de sus cloacas me llega a mí! ¿Qué tengo que ver yo con todo esto? No he querido nunca ocupar un puesto en la administración pública ni a nivel político. Soy el escritor que siempre he querido ser y escribo artículos porque son ellos los que me dan de comer. ¡Y esos tipos son capaces de romper en mil pedazos mi pluma y acabar conmigo como escritor!

Zhuang Zhidie le dio un golpe violento al cenicero que había sobre la mesa y esparció las cenizas por todas partes, ennegreciendo incluso el cristal de las ventanas, y el cenicero fue a parar a uno de los jarrones que había en las estanterías. El jarrón se hizo añicos y el ruido llegó a los oídos de la venerable anciana. La pobre anciana, que no andaba muy fina de oído, creía que su yerno y Zhou Min se habían puesto a darse golpes y los abroncó. Zhou Min no sabía muy bien qué decir y permaneció en silencio. Liu Yue se acercó para ver lo que había pasado y recogió inmediatamente los trozos del jarrón roto que habían caído en el suelo, y dijo:

—No cojas esos cabreos, Zhidie. Has asustado a la venerable anciana y pensaba que te habías liado a palos con el bueno de Zhou Min. El pobre no para de llorar.

Zhuang Zhidie dijo:

—No me importa nada lo que le pase. ¡Y tú tienes la boca demasiado grande!

Liu Yue salió del estudio y Zhuang Zhidie cerró tras de sí la puerta con un portazo. Zhou Min estaba, en efecto, llorando a lágrima viva en el salón y no paraba de darle vueltas a la cabeza. Pensó que lo mejor era consolar a Zhuang Zhidie de sus males y le pidió:

—Maestro Zhuang, abre la puerta para que podamos entrar todos.

—¡No, estoy harto de todo y me quedaré aquí encerrado hasta que se me pase! —respondió Zhuang Zhidie—. Ese secretario tuyo es un bicho y voy a escribir algo al alcalde de Xijing, ¡para que se entere de lo que está pasando

aquí!

Zhou Min le propuso:

—Mejor escribes al vicedirector e iré a buscarlo yo mismo.

—Ni lo intentes. ¿Qué pasa si no lo encuentras? Esperemos a que se enteren ellos mismos y se manifiesten. A ver lo que nos dicen. A ti no te pasará nada, pero a mí me van a criticar y mucho... ¡Mi reputación se va a ir al traste con este asunto de mierda!

Zhou Min no se atrevió a comentar nada más sobre ese tema y se le quedó cara de tonto durante un buen rato. Con la cabeza colgándole, Zhou Min se marchó finalmente. Por la noche, Niu Yueqing regresó a casa y vio a la venerable anciana —su madre— quemando palitos de incienso junto al ataúd y Liu Yue se encontraba en el salón llorando desconsoladamente. Zhuang Zhidie se encontraba en el estudio escuchando sus casetes de música funeraria interpretada con la ocarina y Niu Yueqing le llamó, pero Zhuang Zhidie no le hizo caso. Niu Yueqing le preguntó a Liu Yue qué mosca le había picado a su marido. Liu Yue le contó la historia entera y Niu Yueqing volvió a tocar a la puerta del estudio. La puerta se abrió y Niu Yueqing se quejó ante su marido por no haberse enterado de esa historia antes. Los escritores son los escritores, y cuando el alcalde vaya a la redacción, nosotros también iremos. Los gobernantes siempre andan con sus trapicheos. ¿Qué vamos a planificar nosotros? El alcalde nos va a vender el pellejo, pensaba Zhuang Zhidie, porque nos guarda rencor por lo que hemos ido publicando en la revista. Luego está ese Huang Defu. ¿También va a vender nuestro pellejo? El secretario es un cerdo y un perro que habría que fusilar o bombardear. ¡Este mundo es horrible!, suspiró Zhuang Zhidie. Si no te andas con cuidado, ¡te metes en un lío y cometes una falta! Cojamos la cesta de los huevos y vayamos a la calle con ellos. Nadie temerá que los apretujemos, pero nosotros tememos ser apretujados por ellos. Zhuang Zhidie se puso a insultar seguidamente a Jing Xueyin y dijo que era una mala mujer. Lo había utilizado a él para su gloria personal y ahora él estaba pagando las consecuencias. Zhuang Zhidie se había sentado en el sofá y estaba rugiendo. En la cocina, Liu Yue preparaba unos fideos gordos con la técnica del estiramiento, haciendo primero grandes tiras en la pasta y separándolas luego del conjunto de las otras tiras con un juego aéreo, y muy habilidoso, con las manos. Esos deliciosos *lamian*, sabía Liu Yue, eran el plato favorito de Niu Yueqing.

* * *

En el callejón estrecho y sinuoso de los Sauces, el cual se puede localizar en la puerta norte de la ciudad amurallada de Xijing, vivía un escritor bastante joven que trabajaba como obrero en una fábrica de productos electrónicos. Tenía el aspecto de un ser experimentado en la vida a pesar de no ser muy viejo y trabajaba en turnos de noche y día, y cada tres días tenía uno de descanso. Gozaba por lo tanto de un tiempo generoso para ocuparse de sus asuntos y sobre todo en lo que se sentía motivado y verdaderamente implicado: la escritura. Aunque se servía de varios seudónimos cuando firmaba sus obras, utilizaba siempre un sello de jade de Lantian, un lugar de la provincia de Shaanxi. De hecho, su corpus consistía en unas pocas obras y todas ellas eran reconocibles por la estampa que dejaba ese sello. En la ciudad de Xijing, eran pocos los que sabían de su existencia. Solo los habitantes del callejón de los Sauces lo conocían de verdad, y cuando pasaban bajo la ventana de su casa, lo veían escribiendo sus artículos en su despacho al mismo tiempo que sujetaba un cigarrillo con una de sus manos y tosía. Le sonreían y él les devolvía la sonrisa. Varios años antes, visitó a Zhuang Zhidie y este último le recomendó que integrase el grupo de redactores de la *Revista de Xijing*. La revista le publicó algunas novelas cortas que entraron por así decirlo en el mercado de la edición. Cada quince días se presentaba en casa de Zhuang Zhidie para hablar con él y pedirle consejo; pero dejó de publicar poco después y dejó incluso de ver a Zhuang Zhidie. Uno o dos años atrás, algunas librerías y casas de edición le propusieron volver a escribir, sobre todo historias eróticas, y él escribió un par de ellas, las cuales le proporcionaron varios cientos de yuanes, además de hacerle sentir aparentemente un escritor realizado y de nuevo en la brecha; pero en su interior se sintió avergonzado por haberse ofrecido a esa labor. Esa era la razón principal por la cual dejó de ver a su maestro Zhuang Zhidie. Un familiar suyo que vivía en el campo y que había venido a la ciudad a buscarse la vida y se había quedado en su casa a pasar varias noches se enriqueció con un comercio de verduras y frutas. Había empezado un negocio con la venta ambulante en el *cun* (el burgo) del Buen Auspicio en el sur de la ciudad de Xijing y con un triciclo, y acabó por alquilarle la casa al escritor para abrir en ella una frutería y una verdulería, y el pariente se hizo rico con ello. La mujer del escritor se puso celosa y esa situación le amargó la vida. Mientras su marido seguía pobre y honesto, el pariente se había hecho rico en su propia casa con las verduras y las frutas. El escritor y su familia tuvieron que irse al norte —en una de esas casas de un piso que había en el quinto anillo al norte de Xijing—, y al escritor le dio

por beber y gastarse su poco dinero jugando a cartas y al *majiang*. El escritor ya no esperaba mucho de su vida y pasaba los días a la deriva. La envidia de la mujer del escritor creció al mismo tiempo que el pariente se hacía rico, ya que no soportaba la falta de generosidad de ese familiar con ellos, que le habían ayudado tanto cuando vino del campo abriéndole las puertas de su casa. Un día, cuando el pariente se presentó en la casa del escritor, la esposa de este último aprovechó la ocasión para sacar todo lo que llevaba dentro y el pariente le propuso entonces que gestionase ella misma una tienda de panecillos blancos — de esos que se comen pasados al vapor— que acababa de abrir en el anillo norte de Xijing, ahí donde vivían ella y su marido. Unos de fuera se encargaban en ese momento de llevar la tienda, pero ellos podían hacerse cargo. ¿Por qué no meterse en el negocio de los panecillos calientes?, pensó la mujer del escritor. El familiar le dijo que, si aceptaba, su *laopo* podía ayudarle con el negocio. Las dos familias podían colaborar juntas y así lo planificaron todo, juntos y entre miembros de la misma familia. Los que se encargaban en ese momento de la tienda utilizaban unos mil quinientos *jin* (medio kilo) de harina cada día y se podía calcular que podían añadirse al negocio unos ochocientos o mil *jin* más si se animaba la clientela del negocio con otras variantes de los panecillos. En un día se podían obtener unos mil yuanes de beneficio neto. El escritor acabó pensando que esos panecillos valían más que lo que él escribía y se metió de lleno en el negocio que le propuso el pariente lejano. El familiar le dijo que tenía además la licencia en regla para ese tipo de negocios y que se podía hacer *guanxi* (contactos) con otro tipo de comercios, como restaurantes o mercados, etc. Los panecillos se vendían siempre muy bien y las ventas no se veían nunca afectadas ni siquiera en periodos de crisis. El familiar le dijo al escritor que no debía preocuparse de los panecillos y que podía seguir trabajando en sus cosas. Ambas mujeres se encargarían de llevar el negocio hacia delante.

Pero al cabo de diez días, el escritor seguía sin poder concentrarse en la escritura. De hecho, no podía ni con los panecillos ni con la escritura. Se presentó ante su mujer con el triciclo y unos panecillos envueltos en una sábana y le dijo:

—Estamos arruinados, cariño. Totalmente arruinados.

Y su *laopo* le preguntó:

—¿Qué me dices? ¿Arruinados? Otra gente se encarga del mismo negocio y les va bien. ¿Por qué nos hemos arruinado nosotros?

El escritor le respondió:

—En esta vida, lo que se hace, se hace. No sé si me explico. Yo quiero

escribir artículos y ensayos y tú no quieres que lo haga. Por eso me has metido en eso de los panecillos. Ni siquiera hablo de estos diez días en los que he estado trabajando como un burro. ¡Quinientos yuanes en panecillos!

El escritor sabía que ese almacén que había alquilado en la periferia norte estaba situado al lado de unos establos de caballos, los cuales servían desde hacía muchos años de tracción a los carros, pero el olor intenso a caballo permanecía ahí, en ese lugar, como el primer día. Junto a los establos había un almacén de carbón que calentaba demasiado el ambiente y desprendía un olor a quemado constante. La falta de humedad y el olor a orín y excrementos de los caballos arruinaban los panecillos nada más salir del horno. Nadie quería comprar unos panecillos que sabían finalmente a carbón quemado o a mierdas de caballo. Los ochocientos *jin* de harina se vieron también afectados por la alcalina que contenían en exceso y los panecillos salieron amarillos y deshinchados. Esos panecillos eran totalmente invendibles, y ni los mendigos ni los muertos de hambre de Xijing se hubieran hecho con uno. Eso solamente el primer día del negocio de los panecillos en el norte de Xijing. Al segundo día, a los nuevos quinientos *jin* de harina les pasó exactamente lo mismo. Los panecillos, de blanco no tuvieron nada y se rompieron como la porcelana. ¿Por qué al contacto con el vapor la harina no crecía y se hacía blanca como en los otros panecillos? Ningún maestro panadero le había explicado el secreto de la harina y el milagro insondable que hace que un simple puñado de esos polvos blancos y finos se convierta en un panecillo sabroso y nutritivo. Ahí es donde el comercio se alejaba irremediabilmente del saber hacer. Había seguramente un problema con la fermentación de la harina y las condiciones ambientales que cualquier conocedor en la materia hubiese sabido. Con esa harina hubiesen podido hacerse fertilizantes, polvos para lavar la ropa, o incluso para hacer sulfatos. Solo un maestro en la materia lo hubiera sabido y no un ambicioso que deseaba únicamente hacer dinero. Además, lo de los fertilizantes, los polvos para lavar la ropa y los sulfatos olía como olía el aire de los tiempos: a desinfección forzada y artificial. Se habían utilizado mil trescientos *jin* de harina en balde. Al cuarto día, nadie era capaz de vender absolutamente nada. Todo el negocio de los panecillos se fue al garete. ¿Quién iba a ser el guapo que garantizase que la tercera hornada iba a funcionar? Intentaron llevar los panecillos al mercado, pero no se vendieron. Al final, esos panecillos sirvieron de comida para los caballos. Hasta propusieron por unos *mao* a los criaderos de cerdos esos panecillos como alimento para sus criaturas. A la mujer del pariente del escritor se le pusieron los pelos de punta cuando supo lo que se estaba haciendo con sus panecillos

delicados y exquisitos, y con lágrimas en los ojos, dijo: «Si es para que acabe como esto, yo no participo en semejante farsa. ¡Apañosos vosotros! Yo me voy a mi pueblo a torrarme bajo el sol». La mujer había perdido unos quinientos yuanes en el negocio de los panecillos y lo único que había ganado era pienso para los cerdos. Cantidades industriales, dicho sea de paso, de pienso para cerdos. La *laopo* del pariente del escritor se puso, como era de esperar, a insultarles con virulencia y deseo de hacer daño. Los insultó y los insultó, una y otra vez, hasta que se le ocurrió una solución para lo de los panecillos al vapor:

—El gusto de los panecillos no está mal. El problema es el aspecto. No apetece comerlos. Es una auténtica pena vendérselos a los cerdos. En nuestra casa hay tres bocas que alimentar. ¿Podremos hacerlo durante cuántos años o meses? El pariente de mi marido es un escritor y no un panadero. Su generosidad brilla día a día y él aportaría mucho más a un periódico que a una panadería industrial. Si no, mira a ese Zhuang Zhidie y sus artículos...

—... Y ese hombre es un verdadero maestro para mí —dijo el escritor reconvertido en hacedor de panecillos al vapor, cortándole la palabra a la mujer de su pariente—. ¿Quieres que le diga algo?

Dicho esto, pensó inmediatamente en Ruan Zhifei. Sabía que Ruan Zhifei y su fanfarria de actores, para los cuales habían construido un auditorium y unos dormitorios en Xijing, podían estar interesados en esos panecillos. ¿O eran esos dormitorios más bien para los de los trabajadores migrantes del interior del país, esos *mingong*? Esa gente necesitaba comer y los panecillos podían satisfacerlos. Necesitaba ese *guanxi*, su contacto con Ruan Zhifei, por decirlo de alguna manera, para salir adelante con el difícil negocio de los panecillos; pero no sabía que el proyecto de los dormitorios no se había llevado a cabo y los obreros ya se habían ido a sus casas en sus pueblos. Ruan Zhifei, sin embargo, se apiadó de él y llamó por teléfono a muchos de sus amigos para los cuales trabajaban obreros hambrientos que podían hacerse con los panecillos al vapor. Entre esos conocidos, llamó a Niu Yueqing, y ella le contó el estado depresivo e irritable en el que se encontraba en esos momentos su marido. Niu Yueqing le dijo que, cuando se encontrara mejor, Zhuang Zhidie le llamaría, pero más tarde, ya que ahora no estaba para panecillos al vapor y escritores fracasados. Ese escritor había buscado en Zhuang Zhidie un maestro y un apoyo. Zhuang Zhidie lo consideraba una promesa, pero que nunca se realizó. Sus sueños de convertirse en escritor se esfumaron con el tiempo. Eso pensaba Niu Yueqing y le dejó por lo tanto que por las tardes viniese a buscarla a la unidad de trabajo con los panecillos. Ella sabía que los trabajadores de esa unidad no los comerían, pero al

menos les hacía un favor a Ruan Zhifei y a ese escritor fracasado. Ruan Zhifei, tras escuchar los comentarios de Niu Yueqing, le dijo:

—Oh, qué mujer tan virtuosa eres... Yo, hasta siento vergüenza por como he actuado con ese joven.

Niu Yueqing le replicó:

—No tienes por qué decirme esas cosas, aunque te lo agradezco. Al fin y al cabo, ese escritor te conoce bien y encima ¡es uno de los discípulos de Zhuang Zhidie!

Ruan Zhifei dijo:

—Y Zhidie, ¿todavía escribe algo? Parece que lleva en su casa una vida ascética, como la de esos monjes budistas que renuncian al mundo exterior. Aunque me imagino que sí que estará escribiendo, y mucho... Deberías decirle que venga a verme cantar y bailar. ¡Si no, iré a buscarlo yo! Pero... ¿no ha escrito ya bastante?

Niu Yueqing le respondió inmediatamente:

—¿De veras?... Ven a casa y le dices que se vaya a bailar y cantar contigo. Has estado últimamente muy deprimido, y metido en casa como ha estado, lo ve todo en su contra. Vosotros sois como hermanos y podéis ir a bailar y cantar juntos. ¡Seguro que le cambiarán las ideas!

Ruan Zhifei recibió de buen gusto la misión asignada por Niu Yueqing y sacaría con gusto a Zhuang Zhidie de su marasmo. Cada día al mediodía, cogería el coche y se llevaría a Zhuang Zhidie a comer al restaurante del hotel de los Esplendorosos Tang. Después, junto con Ruan Zhifei, irían los dos juntos a su despacho, el cual se encontraba en un edificio de tres plantas que él mismo había alquilado para su banda musical desde hacía varios años. El segundo y el tercer piso estaban reservados para los músicos y la planta baja para él mismo, en una de las habitaciones, y para los ensayos en la otra habitación. Había además otros habitáculos que no podían ser considerados habitaciones en sí y que servían a Ruan Zhifei como despacho o trasteros. Ruan Zhifei y Zhuang Zhidie tomaron varios boles de té de Sichuan que llaman de los Inmortales de entre las nubes y las nieblas de la montaña de Ba. Ruan Zhifei le preguntó a Zhuang Zhidie si estaría interesado en ir al auditorium de la fábrica de Dachang, que se encuentra en los suburbios del este, a escuchar música. Esa fábrica se ha llevado muchos premios en Beijing por la calidad de sus productos y ahora quieren celebrarlo a lo grande con varios conciertos que darán varias orquestas. Seguro que será genial. Ya lo verás.

Zhuang Zhidie le preguntó por el programa de esos conciertos y si podía ir a otra actuación, ya que ese día se encontraba ocupado. Ruan Zhifei le dijo que el programa no variaba mucho esos días y lo que cambiaba eran las orquestas. Zhuang Zhidie, para despejar dudas, le echó un vistazo al programa que le dio Ruan Zhifei. Y dando una palmada, Ruan Zhifei agregó:

—Ya me esperaba tu negativa para esta tarde. Iré solo a la fábrica. Pues te quedas aquí y podrás seguir poniendo esa misma cara de tonto que haces todo el rato. Hasta puedes incluso beber buen vino y fumar buen tabaco. ¡Escribe un artículo sobre mí! —Ruan Zhifei también le dijo que su *troupe* de teatreros y músicos tenía la intención de profesionalizarse y él mismo, aunque ya ocupaba un puesto oficial y asalariado, no rechazaría un sueldo suplementario como si fuera una unidad de trabajo cualquiera.

Zhuang Zhidie le comentó con desdén y ganas de herirle:

—Parece que así será. Pero esa situación, ¿no te va a llenar de mierda, Zhifei? Huele mal con solo explicarlo en palabras.

Y Ruan Zhifei le dijo:

—Por supuesto que lo hago por dinero, y me gusta el dinero; pero también lo hago por profesionalismo. Ninguna actividad se reconoce en esta sociedad si no se paga. Ese es el nuevo valor de las cosas y así hay que empezar a reconocerlo. El profesionalismo equivale además a un estatuto social más elevado y respetado. Ahora, en esta sociedad, el poder ha cambiado de manos. Ahora, en esta sociedad, el poder lo tiene el dinero. Zhidie, una persona es lo que es por el dinero que tiene. Al parecer, tú, Zhuang Zhidie, tienes reputación y tu posición social es muy alta. Los periódicos publican fácilmente tus artículos y ensayos, pero ¿te pagan bien por ello? Muy poco, imagino...

Zhuang Zhidie le respondió:

—Mi único estatuto como individuo en esta sociedad es el que me otorga el hecho de escribir artículos y ensayos y, además, publicarlos. Nada más. Y tú y tu *troupe* de ópera china, ¿creéis que porque os paguen por actuar va a cambiar vuestro lugar en el mundo? ¿Os creeréis mejores actores y músicos y más dignos de pertenecer a la sociedad?

Ruan Zhifei le contestó:

—A ti te preocupa vestirse bien, y brillas cuando, por ejemplo, no hay rastros de sudor en las ropas que llevas puestas. Pues si te pagan por tus artículos y ensayos, eso es lo mismo: da lustro a tu persona. Eso es el profesionalismo. ¿No lo sabías? Los actores y los músicos sudan lo suyo sobre las tablas de un

escenario. Los hay que ni siquiera pueden lavar sus ropas tras haber actuado. La única alternativa que tienen es ponerla en agua y dejarla luego secar bajo el sol; pero cuando se la ponen otra vez, esa ropa no huele bien y ni siquiera les da el lustro que esos músicos buscan en sus actuaciones. Las ropas se arrugan, pero mi secreto es: con vino pulverizado, las ropas quedan limpias. Quiero decir, quitan el olor, aunque dejen algunos rastros blancos. ¿Por qué no me escribes un artículo sobre ello? Seguro que me dará fama y dinero...

Zhuang Zhidie se puso a reír y dijo:

—¿Un artículo sobre tu secreto, dices? Yo soy incapaz de escribir algo así.

Ruan Zhifei lo miró de refilón y al cabo de un buen rato le dijo:

—Créeme. Nadie sabe ese secreto, es un secreto auténtico. Solo yo lo conozco. ¿No te imaginas el valor que esas circunstancias darán a tu artículo?

Zhuang Zhidie le sugirió:

—Pues deberías patentarlo. Es así como se hace con esas cosas.

Y Ruan Zhifei le respondió:

—El problema es que, si lo hago, igual me critican los actores y los músicos porque me he aprovechado de su miseria.

Zhuang Zhidie quiso saber más sobre esos músicos:

—Pero tú, ¿interpretas algo en esa *troupe*?

—No, no actúo —respondió Ruan Zhifei—, pero tengo algo muy especial. Una habilidad única en esta gran familia de actores y teatreros de todo tipo. Cuando todavía estaba vivo, mi padre me enseñó algo. Solo más tarde, cuando formé esa *troupe*, saqué a relucir ese talento. Por ejemplo, el arte del juego del abanico⁷⁵ y las caras. Por supuesto, no se trata de un abanico para sacarse el calor de encima y la cara que pones luego cuando te sientes mejor, sino que el abanico tiene un uso muy particular: expresar caracteres de personajes estereotipados diferentes con la gestualidad de la cara mientras se utiliza el abanico ocultando y mostrando esas mismas caras, y reconocer el significado de esa gestualidad tal y como aparece de forma codificada encima de un escenario. Saber poner esas caras con toda su carga simbólica supone en sí un arte difícilísimo que pocos han alcanzado en este mundo.

Zhuang Zhidie le preguntó:

—¿Y por qué no me hablas un poco más de ese arte del abanico? ¿Por qué no me hablas del abanico del soldado, o del letrado, o del monje budista, o del santón taoísta, o del viejo barbudo?... ¿O el abanico de los ciegos cuando utilizan sus ojos y no ven nada?, ¿o el abanico del profesor sobre su taburete

cuando da la lección, o el abanico de esa cara que es como una flor?...

Ruan Zhifei le dijo:

—Ah, pero... ¿sabes de esto?

Zhuang Zhidie le contestó con una pregunta despreciativa:

—¿Y esa es tu especialidad, me has dicho?

—Si sabes del arte difícil del juego del abanico, entonces sabes del arte del juego del peinado del agua⁷⁶ —le dijo Ruan Zhifei—. ¿Qué son el tronco y las ramas? ¿Y la dispersión en el viento? ¿Y el destello fugaz? ¿Y el plato ancho? ¿Y el remolino brusco? ¿Y el choque violento?... Se trata de una mujer, o un hombre, que hace mover una larguísima y muy espesa coleta que cuelga de su cabeza. La mueven de un lado a otro siguiendo los modelos que te comentaba previamente y para ello también se necesita mucha habilidad. No es fácil mover esa masa de cabello y darle un significado preciso a esos movimientos. ¿No crees, Zhidie?

—De eso no entiendo nada —reconoció Zhuang Zhidie.

—¡Seguro que no! —exclamó Ruan Zhifei—, y seguro que tampoco entiendes del juego de sacar los dientes⁷⁷. Igual es la primera vez que oyes hablar de él. ¿No me digas que no entiendes de eso? ¿Hay alguien en la ópera de Qinqiang en Xijing que sepa de eso? ¿Por qué no representan *Zhong Kui se casa con una mujer*, o *El río embarrado*, o *Sentencia en el Infierno*? Pues precisamente porque nadie sabe hacer el juego de sacar los dientes; es decir, ese juego que consiste en mover con la boca, la lengua y los labios unos dientes largos y amenazantes, unos colmillos largos, vaya, que son en realidad unos dientes falsos. Ese arte es difícilísimo y para interpretar algunos personajes de esas obras es necesario dominar el arte de sacar los dientes.

Zhuang Zhidie no volvió a afirmar que no sabía nada del juego de sacar los dientes, ni que era la primera vez que oía hablar de ello, y le preguntó a Ruan Zhifei:

—¿Y tú sabes hacer eso?

Ruan Zhifei le explicó:

—Por supuesto que sí. Por eso deberías escribir unos artículos sobre esos temas y ayudarme con esas cosas.

—Pero yo no sé nada de esas cosas. Ni siquiera he visto esas representaciones excéntricas y anticuadas que ya apenas se ven en ninguna parte. ¿Y qué estilo emplear para hablar de esos temas y ser comprendido por la gente de hoy? No sé nada de nada. Incluso si eres capaz de meter a alguien en un

escenario para hacer esas cosas, no podría seguirlos. No porque lo escriba yo en un ensayo ello te va a dar más profesionalismo, Zhifei.

Ruan Zhifei sacó los dientes del juego de sacar los dientes y eran unos colmillos de cerdo. ¿De dónde los había sacado?, se preguntó Zhuang Zhidie nada más verlos. Ruan Zhifei se fue a la tercera planta y bajó poco después con unos papeles viejos y ya amarillos, y le dijo a Zhuang Zhidie:

—Esto está bien, está bien... Aquí está explicado con todo lujo de detalles en qué consiste el espectáculo del juego de sacar los dientes.

Zhuang Zhidie, al ver esos papeles envejecidos, se dio cuenta de que sobre ellos había, en efecto, un juego con diagramas de adivinación y ello atrajo su interés.

Ruan Zhifei le comentó seguidamente:

—Esto lo ha escrito mi padre y no se lo enseñó a nadie mientras vivía. Lo guardó en un lugar secreto para dármele a mí. Tú no puedes cambiar nada. ¿Me vas a escribir ese artículo o no, Zhidie? Seguro que puedes ayudarme. Así estarás ocupado, pero lo mejor es que ahora eches una cabezada. Te libro de escribir esta tarde y esta noche nos vamos a beber licor de serpiente. ¿Te parece?

Zhuang Zhidie sonrió y dijo:

—¿Que yo puedo ayudarte, dices? ¿Estás de broma o qué? Este Ruan Zhifei quiere saltar por los aires la ciudad de Xijing. Menudo listillo estás hecho... Seguro que eres ese fantasma que va pegando con un bastón, por las calles, a la gente... ¿No es cierto lo que te digo, Zhifei?

Ruan Zhifei se puso a reír y le dijo:

—Escribe ese artículo y ganarás la inmortalidad como escritor, que es lo que deseas íntimamente. Yo, en cambio, no tengo tu ambición. Yo, como bien dices, solo soy un fantasma en este mundo que va dando palos de ciego. Lo hecho, hecho está; y lo que no está hecho, mejor olvidarlo. Y como dicen quienes se aprovechan de lo bueno de la vida: hay que perforar la piel de la chaqueta, ¡no la del cuerpo!

Por la tarde, Ruan Zhifei recibió a su *troupe*, los cuales, en realidad, eran jóvenes e iban vestidos impecablemente. Mientras tanto, Zhuang Zhidie se quedó durmiendo a pierna suelta en su casa, y al despertarse, lo primero que hizo fue ponerse a editar ese material sobre el juego de sacar los dientes que le había cedido Ruan Zhifei. Al principio, se puso a ordenar esos papeles con la mente ausente y sin darle importancia; pero a medida que se iba adentrando en ese mundo, Zhuang Zhidie empezó a agobiarse. Tras la lectura detenida de esas

palabras, extrañas y antiguas, cuyo significado se le escapaba a menudo, Zhuang Zhidie empezó a interesarse enormemente por este texto. Supo que el actor que interpretaba el juego de sacar los dientes debía, en primer lugar, manejar esos dientes con la lengua. La lengua era por lo tanto su principal preocupación si quería salir airoso de ese juego. En segundo lugar, venían los labios, y en tercer lugar, las mejillas. El actor debía en primer lugar sujetar bien los dientes para que no se le escapase ninguno; en segundo lugar, ponerlos en orden sin que ninguno quedase fuera; y en tercer lugar, controlar los movimientos de todos ellos. Al soltar los dientes, dos de ellos se desplazaban a los lados y otros dos pasaban a ocupar la parte central. Y todo ello debía hacerse con el movimiento de la lengua. Los dientes podían colocarse de varias formas y así representar una emoción: como unas uñas, como unas lenguas, como unas balas, como unas tuercas, como unas planchas de madera, como unos cuernos de cabra, como unos colmillos de elefante, como unos garfios, o como las alas de una golondrina, o como dos golondrinas que vuelan juntas, etc. Cada una de esas posturas de los dientes quería expresar un tipo de cara particular con su emoción correspondiente. Zhuang Zhidie escribió su artículo, y puesto que Ruan Zhifei no había regresado todavía a su casa, se fue a pasear por el mercado de verduras con el fin de pasar el tiempo y relajarse un poco.

En el mercado de las verduras había gente por todas partes —gentes que ocupaban cada espacio por pequeño que fuera— y la algarabía que se había formado en ese lugar era enorme. Zhuang Zhidie no sabía dónde poner sus ojos. Había polvo por todas partes y los muros de ese recinto al aire libre parecía que se iban a caer de un momento a otro de lo desquebrajados que estaban. Los vendedores vociferaban en voz alta y cada uno se hacía entender a su manera. Todos ellos desplazaban parsimoniosamente sus carritos de madera cargados de verduras variadas y salían y entraban por la puerta de ese recinto abierto. Cada uno de ellos gritaba su precio —el precio más bajo que el que tenía al lado—, mientras ponían la mercancía sobre la balanza. Los carritos se abrían paso como podían y los dueños de esos vehículos rudimentarios que iban cagados de verduras parecía que iban a pelearse de un momento a otro. El dueño de un carrito que vendía carbón hizo entrada en el mercado y se puso al lado de otro carrito que vendía harina. Lo de al lado es un decir porque el dueño del carrito de carbón quería ocupar el lugar que ya ocupaba el del carrito de harina. El del carrito de harina le acusó entonces de vender carbón falso al que quería ocupar de manera evidente su lugar. Los dos empezaron a discutir. Uno le dio un puñetazo y el otro le respondió de la misma manera. El resultado fue el

siguiente: la harina blanca acabó en la cara negra del dueño del carrito de carbón y el carbón acabó en la cara del dueño del carrito de harina. El de la cara negra y el de la cara blanca se pusieron a sangrar. Zhuang Zhidie no podía creer lo que sus ojos estaban viendo, pero algo de él se desenganchó de ese espectáculo y perdió interés. Zhuang Zhidie sintió de repente mucho frío, alzó la cabeza y vio que el sol estaba cubierto por unas nubes. Esas nubes pasaban violentamente por el firmamento y eran cada vez más oscuras. Parecía que iba a ponerse a llover de un momento a otro. Zhuang Zhidie decidió regresar a su casa y se puso a caminar. Se levantó algo de viento y las gentes del mercado empezaron a dispersarse por las cuatro esquinas, formándose el caos en los cruces, los callejones y las calles. Zhuang Zhidie vio que a un lado del cruce había un puesto ambulante que vendía carne y una mujer estaba doblada recogiendo del suelo las vísceras esparcidas de un cerdo. Esa mujer no era muy alta, pero se movía con gracia y elegancia. Llevaba un vestido verde oscuro ajustado a su cuerpo que le hacía resaltar las curvas, en particular, las de su trasero. La mujer quería evitar a toda costa reventar el vestido y por eso se movía lentamente. Sabía que la parte de la falda estaba demasiado ajustada a su cuerpo. La mujer calzaba además unos tacones altos que le impedían desplazarse con naturalidad. Sus piernas eran, sin embargo, delgadas como las patas largas de una garza. Zhuang Zhidie se quedó encandilado observando esa mujer recogiendo esas vísceras de cerdo que habían caído al suelo desde el carrito de venta ambulante. Tal y como iba vestida, y como movía ese trasero tan bien formado, esa mujer parecía ser una descarada, aunque no por eso carecía de belleza. El cuerpo de esa mujer era francamente bello, pero no podía emitir un juicio definitivo porque no podía verle la cara con claridad. ¿Quién era esa mujer en realidad? Zhuang Zhidie se acercó y al final se dio cuenta de que era la *laopo* de Wang Ximian. Nada más verla, se le escapó una carcajada. La mujer de Wang Ximian alzó la mirada y le gritó asustada:

—¡Ah, pero si eres el gran Zhidie! ¿Qué haces aquí? ¿Por qué me mirabas con esos ojos?

Zhuang Zhidie le respondió:

—De hecho, no hacía otra cosa que pensar y me preguntaba que quién podía ser esa mujer despampanante que había venido al mercado a comprar corazón de cerdo. ¿No es eso? Menudo cornudo y tonto debe ser su marido, me preguntaba, para dejar así a una mujer sola. ¡Quién iba a decirme que era la *laopo* de Wang Ximian!

La mujer de Wang Ximian sonrió dulcemente y le dijo:

—Es para mi gato. ¿Cómo un ser humano podría comer una cosa así? Hacía tiempo que no te veía, Zhidie. Acabo de ver a la madre de Meng Jin y me contó lo de tu pierna. Pensaba ir a verte mañana, pero veo que no te va tan mal. ¡Estás recorriendo a pie ya el mundo!

Zhuang Zhidie le replicó:

—Mi pie ha estado francamente mal, pero ya está curado. ¿Quién es ese Meng Jin? ¿Y cómo sabía su madre lo que me había pasado?

La mujer le contestó:

—¡Meng Jin es el hijo de Meng Yunfang! Es posible que haya oído a su padre comentar algo de lo que te ha pasado y luego se lo habrá comentado a su madre.

Zhuang Zhidie le dijo:

—¿Y por qué has ido a ver a la madre de ese joven? Y la madre y el hijo, ¿están bien?

—No sabría decirlo —respondió la mujer, cogiendo el corazón y los pulmones del cerdo que había comprado al carnicero y que ya estaban envueltos en papel. Pagó al carnicero, se giró y agregó—: Vayamos a mi casa juntos. Espero que Ximian esté otra vez de viaje a Guangzhou. Así que en mi casa solo nos encontraremos con la criada y la abuela. Te prepararé unos *huntun* para comer. Esos raviolis gordotes te encantarán. ¡Ah, y te enseñaré a mi gato!

Zhuang Zhidie dijo:

—Acabo de escribirle algo a Ruan Zhifei, pero él no ha regresado todavía a su oficina. Habrá que decirle algo.

Mientras hablaban los dos, tronó y relampagueó en el cielo y la mujer le dijo:

—Hoy se ha puesto repentinamente a llover. El verano ha llegado antes de hora. Y sí, debe llover, y mucho cuando llega el verano. El verano ya está aquí.

Las gentes del mercado de verduras se habían alborotado como las avispas junto a su avispero cuando empieza a llover. Intentaban, como podían, salir de ese lugar sobre el cual caía la lluvia abundantemente, y buscaban un vehículo para dejar ese lugar. El viento soplaba todavía con fuerza y causaba mil parpadeos en los ojos de las jóvenes mujeres. Con la cabeza baja, expulsaban el polvo que había entrado en sus bocas. Zhuang Zhidie le dijo a la esposa de Wang Ximian:

—Cierto, la lluvia ha llegado muy rápidamente. ¡Y vaya tromba! No pasa nada porque dejemos a Zhifei plantado y con cara de tonto.

Tras decir esas palabras, Zhuang Zhidie se mordió los labios y emitió unos

sonidos. La lluvia continuaba cayendo del cielo a cántaros y los dos se dirigieron por uno de los callejones. La lluvia caía con insistencia y había formado una cortina que colgaba del firmamento. Zhuang Zhidie y la *laopo* de Wang Ximian se pusieron a correr. La mujer no corría con mucha rapidez y Zhuang Zhidie la azuzaba para que se diese prisa. La cogió entonces de la mano y el cuerpo de la mujer se aligeró repentinamente. Parecía como si él la estuviese llevando en brazos. Los dos entraron en el edificio donde vivía Ruan Zhifei con las caras deshechas y las ropas empapadas de agua.

Los dos entraron en el edificio donde Ruan Zhifei tenía sus oficinas y mientras tanto continuaba diluviando fuera y parecía que se iba a acabar el mundo. El cielo, sin embargo, se aclaró de repente y a través de la ventana de la casa apareció una luz blanca e intensa, pero interrumpida, ya que se ennegrecía por momentos como si unas gotas de tinta cayesen sobre ella. Volvió a tronar y a relampaguear otra vez, y el relámpago pareció haber caído en el patio trasero de la casa. Las ventanas y las puertas de la casa se sacudieron. Los dos oyeron que algo se había desprendido de uno de los muros de la tapia del patio y Zhuang Zhidie pensó que era alguna lámpara eléctrica que había petado y dedujo instintivamente que en la casa o en la calle debía de haberse producido un apagón. Cogió las velas que estaban encima de la mesa, las encendió y le preguntó a la mujer:

—¿Tienes miedo?

Y la mujer le respondió inmediatamente:

—Quizá eres tú quien tiene miedo por estar aquí. Si el dragón quiere atrapar a alguien, nos atraparé a los dos.

Mientras decía esas palabras, la mujer cogió una toalla y se secó el agua del cabello. Tenía la falda completamente mojada y el vestido entero se le pegaba al cuerpo como si fuera una segunda piel. Más que un cuerpo de carne y hueso, parecía una hoja de papel blanco —igual de brillante y deslumbrante— que se movía sinuosamente. La mujer de Wang Ximian quería de esa manera decirle algo a Zhuang Zhidie, y cuando este la miró, empezó a acariciarse el vestido mojado y su rostro enrojeció ligeramente como si sintiese vergüenza de algo. Desplazó luego la vela a un lado para quedar en medio de la oscuridad. Zhuang Zhidie cambió deliberadamente el tema de conversación y le preguntó:

—¿Me dijiste que habías ido a ver a la madre de Meng Jin? ¿Y cómo pasa los días esa mujer? Hace años que no la he visto.

La mujer le repuso:

—Una mujer que no tiene un hombre es como un cangrejo sin patas. Meng Jin se ha hecho grande y está hecho un golfillo. ¡Es como un pequeño Meng Yunfang! A la madre la vi hace unos días en la calle y estaba muy delgada y pálida. Nada más empezar a hablar se le cayeron unos lagrimones y le pregunté si había encontrado ya, ese año, un hombre que quisiese compartir su vida. Tras escuchar esas palabras, la mujer se puso a llorar con más ahínco e intensidad si cabe. Me dijo que ningún hombre quiere juntarse con una viuda de cuarenta años. Los jóvenes no quieren ni hablar de ello y los hay que quieren tener hijos, y yo ya no estoy para esas cosas. ¿Y a Meng Jin? Nadie lo aguanta. Cuando lo ven, los hombres que se interesan por mí salen corriendo. Incluso lo insultan y la cosa se calienta, me contó la madre, y el asunto acaba francamente mal entre el hijo y los presuntos pretendientes de la madre. Para ella, eso no es nada fácil. Yo le prometí que haría lo que pudiese por ayudarla en su búsqueda y que por casualidad había oído de alguien, el pariente de uno de mis vecinos, para ser más concretos, que podría estar interesado. Se trata de un ingeniero, le dije, cuya mujer ha fallecido el año pasado. Sus hijos ya se habían hecho grandes y ya habían dejado el techo familiar. «¿No crees que podría encajar contigo?», le pregunté a la madre. Todo eso hablé con ella ese día.

Zhuang Zhidie declaró:

—A eso se le llama tener buen corazón y pensar en los otros. Esa mujer siente que su físico desfallece, se siente fea y vieja, y eso es malo; pero vete a saber si ese ingeniero es serio y tiene buenas intenciones. ¿Qué te parece a ti?

La mujer le respondió:

—Eso no sabría decirlo. Cuando nos veamos, le hablaré de ese asunto. Él reza más que tú a Buda y lo hace en principio más devoto. Eso es bueno.

Zhuang Zhidie sonrió y dijo:

—La madre de Meng Jin busca lo mismo que tú, me temo; pero ¡Meng Yunfang no se ha divorciado todavía de esa mujer! La madre de Meng Jin fue la primera esposa de Meng Hunfang y no puede por lo tanto casarse otra vez...

—Me vas a liar, Zhidie —quiso excusarse con esas palabras la mujer de Wang Ximian—. Cuando era joven tal vez lo hubiera hecho, pero ya me he hecho vieja para ir por ahí buscando a otro hombre. Además, ando enferma todo el rato. Cuando no es una cosa es otra, pero siempre estoy enferma. Estoy en los huesos. ¿No me has visto?

—Para nada —le dijo Zhuang Zhidie—. Te creía más honesta con tus palabras. ¿Por qué me has traído a tu casa? Ahora soy yo quien va a serlo: Wang

Ximian tiene mucho dinero y vete a saber si no te compra reconstituyentes para mejorar tu salud. Seguro que te quiere joven y fuerte.

La mujer rio en silencio, y de sus ojos salieron unas lágrimas que alarmaron a Zhuang Zhidie. Este le dijo:

—Estoy bromeando. No me hagas caso. Estás delgada, pero es que esa es tu constitución. No puedes cambiarla y sobre todo no debes ir por tu cuenta en estas cosas. Escucha a los médicos, aunque no debes creer todo lo que te dicen. Los médicos siempre dicen que el ambiente está cargado de bacterias y que por eso hay que mantener tanto como se pueda la boca cerrada. Pero ellos, ¿es que no abren la boca cuando hablan?

La esposa de Wang Ximian le dijo:

—Tienes razón. Wang Ximian me compra reconstituyentes y tónicos de todo tipo para devolver la vida a mi cuerpo, pero yo sé que el origen de mi enfermedad está en otro sitio.

La mujer se subió los mocos de la nariz en medio de los sollozos que no dejaba de emitir y sus ojos volvieron a enrojecerse ya que ella contenía como podía las lágrimas para que no saliesen. Zhuang Zhidie no se atrevió a preguntarle nada más, cogió la toallita y le limpió las lágrimas de los ojos. Poniendo voz de actor, le preguntó a la mujer:

—Y Wang Ximian, ¿se ha ido a Guangzhou para una exposición? Este hombre está mal de la cabeza. ¡No solo le ha dado un puñetazo al Norte sino que ahora quiere darle una patada al Sur!

La mujer le explicó:

—No ha ido a ninguna exposición. Solo ha ido para hablar de negocios con un marchante de arte. Tú no lo sabes, pero mi marido lleva muy enfermo varios años.

Y Zhuang Zhidie le preguntó inmediatamente:

—¿Y qué tiene? Es verdad que se le ha oscurecido la tez de la cara, ¡pero sigue teniendo mucho más vigor que yo!

—Pues está enfermo —insistió la mujer—, y enfermo de verdad. Tiene hepatitis B, pero ese virus no le ha destrozado todavía el hígado, aunque el pobre de Wang Ximian debe vivir con él auestas.

Zhuang Zhidie soltó un ¡oh! de sorpresa y duda y le dijo seguidamente:

—Nadie ahí fuera sabe nada de esto.

—Y tú no se lo digas a nadie. Él toma sus medicinas en secreto y solo uno de cada dos días no se siente bien. Ni siquiera me besa y cuando hacemos el amor,

es decir, una vez cada dos meses, se pone el preservativo como si temiese contagiarme.

Zhuang Zhidie se dijo para sus adentros: si Wang Ximian sufría en realidad de hepatitis B, entonces no andaría con tantas mujeres a la vez, ni poniéndole los cuernos a su esposa todo el tiempo. Si estuviese enfermo de hepatitis B, ¿cómo podría estar teniendo tantas aventuras y con tantas mujeres a la vez? Eso de la enfermedad no era otra cosa que una excusa para no levantar sospechas en su maltrecha esposa. ¿A qué venía eso de no besarla más? ¿Y lo del condón? Es cierto que la hepatitis B se transmite por el semen, pero ¿y con las otras mujeres?...

La mujer le confesó a Zhuang Zhidie:

—Yo te lo digo a ti. Tú, aunque estés enfermo, y te quedes en casa convaleciente con cara de tonto, una vez ahí intentas recuperarte; pero mi marido, que lleva más de un año y medio enfermo, no está en casa un solo minuto y me envía dinero cada mes. ¡Y me envía mucho dinero! No lo comprendo. Hasta podría comprarme una casita con él, pero no un hogar. Un dinero para comprar medicinas, pero no la salud; o para comprar comida, pero no el apetito para comer esa comida; o para gastarlo en diversiones, pero que no podría comprar la alegría; o una cama de lujo, pero no el sueño... —La mujer, tras soltar su discurso, se giró y se puso a mirar a través de la ventana y se dio cuenta de que ya había oscurecido. Volvió a tronar, pero esta vez sonó un trueno tras otro, y luego apareció el rayo. El viento y la lluvia parecían haberse unido ya definitivamente y ella se sentó de repente, pero con la espalda recta y dijo—: Zhidie, yo no debería decirte esas cosas y menos en este lugar, que es la casa de Ruan Zhifei. No te imaginas la de veces que he pensado en ir a tu casa para hablar contigo; pero cada vez que iba, me arrepentía de haberlo hecho y regresaba a medio camino. ¿Y sabes por qué?... Porque siempre me hacía la misma pregunta: ¿qué derecho tengo yo de perturbar la paz de la gente? Hoy me he topado contigo por casualidad y pensé que por fin iba a ir a tu casa a charlar tranquilamente de mis cosas, pero mira por dónde que hemos acabado en la mía. Quizá porque en el fondo pensaba mostrarte mi gato. ¡Es el único ser vivo con el que comparto mi vida! No sabía que la lluvia nos iba a retener tanto tiempo ni que hablaría tanto de mí. Ahora me siento como si hubiese realizado uno de mis deseos más profundos.

Zhuang Zhidie se apresuró a preguntarle:

—¿Cómo puede ser? ¿Me hablas de la realización de un deseo que has guardado insatisfecho durante mucho tiempo? Sé que en los últimos años he ido

poco a vuestra casa y ahora te pido perdón por ello. Si hubiese sabido que pasaba algo, habría venido al instante.

La mujer le preguntó con deje irónico:

—¿Lo dices de verdad?

—Que me parta un rayo de los muchos que están cayendo esta noche si te miento —le dijo solemnemente Zhuang Zhidie.

—No seas así. Si te va a partir un rayo, mejor no abro la boca. Lo que te voy a decir te hará reír seguramente. Cuando era joven, asistí a las conferencias de literatura que dabas en Xijing. Tú estabas en la estrada y yo abajo, perdida entre la masa de asistentes. Esa fue la primera vez que te vi. Vete a saber cómo me ha venido este pensamiento. ¡Si debía casarme con alguien, tú serías mi esposo y nadie más que tú! Te conocí más tarde, pero en esa época quise estar en contacto contigo. Cuando estuve, sin embargo, a tu lado, fui incapaz de decirte algo. Le dije a una de mis amigas que le comentase mis pensamientos a Jing Xueyin. Ella debía posteriormente comentártelos a ti, pero Jing Xueyin se lo tomó a mal y nos dijo: «¡Ni en tus sueños!». Mi amiga me transmitió las palabras de Jing Xueyin y yo me arrepentí de habérselo pedido. Luego me enteré de que tú y ella os habíais liado y a mí eso me molestó mucho. Cuando supe que lo vuestro no había funcionado, y que te habías casado finalmente con Niu Yueqing, me puse a llorar. Fui a verte a casa una vez y me topé con esa mojigata de Niu Yueqing. La gente es como es y la moral es la moral. Mi corazón se convirtió en cenizas. Fue entonces cuando conocí a Wang Ximian y me casé con él. Los años se nos han echado ya a los dos encima... Oh, esta noche estoy hablando demasiado... Te voy a llenar la cabeza con tantas cosas... y te vas a preocupar por mí. No necesito que me digas nada más. Solo pretendo sacar con palabras lo que llevo dentro... Quiero que mi corazón se libere...

Zhuang Zhidie se quedó igual de duro que un trozo de madera o una piedra. Quería decirle algo, pero el miedo lo atenazaba y no podía sacar una sola palabra de su boca. De repente recordó cada uno de los momentos que había visto a esa mujer, con los años y los meses incluidos, y sintió remordimientos por no haber actuado de otra manera. Se arrepintió y se conmovió al mismo tiempo por esa mujer. Cómo había podido estar tan ciego, pensó, y ello le dolió intensamente. Al mirar de frente el rostro de la esposa de Wang Ximian, vio que los labios le temblaban a la mujer y ella volvió a repetirle:

—No, no quiero que hables.

La mujer de Wang Ximian habló innumerables palabras y gastó cantidades

ingentes de saliva esa noche hasta acabar repentina y bruscamente con un largo suspiro.

Los dos se sentaron con ese estado de ánimo y no dijeron nada. En el edificio se oyeron unos crujidos y los dos oyeron gritar a Ruan Zhifei:

—Zhidie, ¿todavía estás ahí o qué? ¡Eres un amigo de verdad!

Ruan Zhifei empujó la puerta y la esposa de Wang Ximian se puso de pie de golpe y dijo:

—Zhidie es un amigo de verdad..., pero ¡tú también lo eres, amigo! Dejas a los otros que se ocupen de tus asuntos y ni siquiera los acompañas. Solo falta que te hagan la comida... ¡Debería pagarle al bueno de Zhidie!

Ruan Zhifei dijo:

—Acababa de hablar hace un momento con mi buen amigo Zhidie, pero ahora ya no estoy tan seguro de que sea un amigo de verdad. Si no fuera porque tú estás aquí, ¿seguiría poniendo esa cara de tonto?

Zhuang Zhidie cogió la toallita y se la dio a Ruan Zhifei para que se secase las gotas de lluvia que corrían por su cabeza y le comentó seguidamente que había ido al mercado de las verduras y que se había topado con ella. La he traído a casa hasta que parase la lluvia; pero porque llovía tanto, nos hemos puesto a hablar y hablar y el tiempo ha pasado volando. ¡Y hasta nos hemos olvidado de cenar! Ruan Zhifei se puso al corriente al instante de todo lo que había ocurrido y dijo que, al acabar el espectáculo, los de la fábrica les dieron de cenar alguna cosa. Al principio quería irse, pero no le dejaron y le obligaron a comer algo. No pudo negarse ya que su honor estaba en juego. Así que se quedó. Uno de los actores le gritó desde el escenario y le pidió que les acompañase al restaurante. Después de cenar, Ruan Zhifei aprovechó para corregir unos artículos. La representación le encantó y luego invitó a unos amigos, actores todos ellos que habían participado en la representación de la fábrica, a beber a su casa y celebrar ese éxito, pero luego se fueron dejando una botella de vino en la casa de Ruan Zhifei. La mujer de Wang Ximian dijo en esos momentos que debía regresar a su casa y Zhuang Zhidie dijo que él también debía irse. Ruan Zhifei dijo que todavía seguía lloviendo y que lo mejor era que tomasen un taxi. Los amigos de Wang Ximian estaban todavía sudando por la representación y sus caras estaban enrojecidas. La lluvia no había desaparecido y tronaba sin parar. La frecuencia con la que caían esos truenos y rayos había incluso aumentado. Ruan Zhifei dijo:

—Con la que está cayendo, ¿queréis iros fuera? Podéis dormir aquí, en estas oficinas. No hay nadie en la puerta de enfrente. Hay un par de camas que están

limpias. Ahí puede dormir una persona.

Zhuang Zhidie dijo:

—Yo puedo, pero no sé la cuñada Wang.

La *laopo* de Wang Ximian dijo:

—Ximian no está en casa. Ya estoy acostumbrada a ir sola de un lado a otro. Además, tengo que cuidar del gato, pero puedo quedarme.

—Pues que así sea. Llamaré a vuestras casas y los dos os quedáis aquí conmigo. Niu Yueqing me deja estar con Zhidie y no temo que me vaya a echar la bronca, ni que me acuse de llevarlo de putas por ahí si se queda en mi casa. La cuñada Wang puede pedir a algún familiar que se ocupe del gato. Yo lo llamaré.

La *laopo* de Wang Ximian dijo:

—Les dices que hay una cola de pescado en el frigorífico. ¡Que se la den entera!, pero que se la corten antes en pedacitos.

Ruan Zhifei exclamó:

—¡Oh, tratas a tu gato como si fuera tu marido! —Y tras decir esas palabras, subió al segundo piso del edificio e hizo las llamadas telefónicas pertinentes.

Los tres se pusieron a charlar a un lado y acabaron con la botella de vino a medio llenar que estaba en la mesa. De esa manera avanzó la noche y se hizo tarde. Ruan Zhifei puso cara de serio y dijo: «Vayamos a descansar temprano». Luego abrió la puerta que estaba al lado y preguntó: «¿Aquí duerme alguien?». Zhuang Zhidie se fue a ver la ropa de la cama y dijo que la cama de uno de los lados estaba más limpia que la otra. Lo mejor será que la cuñada duerma en la cama de ese lado, que es el más limpio. Zhuang Zhifei dijo entonces que los aseos estaban precisamente en ese lado, como lo está la habitación donde están las llaves del agua y el lavadero, y cuando se utilizan, tiembla todo el inmueble. Los pasillos están en general muy tranquilos y no hay nunca nadie. Zhuang Zhidie se dirigió al lavadero del agua y lo abrió delante de la mujer de Wang Ximian y le dijo:

—Primero te aseas un poco y luego te acuestas. Esta noche va a refrescar. Ya verás, dormirás mejor. Mañana por la mañana vendré a llamar a tu puerta. Iremos al restaurante del viejo Sun y comeremos carne de cordero y sopa de carne y pan.

Ella se encerró en el lavadero y se aseó como pudo antes de ir a la cama. Zhuang Zhidie podía tomar grandes cantidades de bebidas alcohólicas sin caer en la ebriedad; pero esa noche, el vino de esa botella medio vacía le subió inesperadamente a la cabeza, la cual le pesaba enormemente; pero el efecto fue

inmediato en todos sus sentidos, los cuales se habían visto intensificados de una manera exagerada tras la ingestión del vino. Con la cabeza apoyada en la almohada de la cama, Zhuang Zhidie escuchaba el repiqueteo monótono e insidioso de la lluvia al caer sobre la calle. No tardó sin embargo en pensar en la *laopo* de Wang Ximian. Durante más de diez años, él había tenido una muy buena opinión de ella, pero no se atrevía a expresarla en voz alta delante de la gente. Había algo, como un lamento o un arrepentimiento que había ocultado, y se había enterrado, en el fondo de su corazón durante todos esos años. La amaba profundamente, pero se había olvidado de ello. Estaba enamorado de ella; pero de forma latente, escondida, sin que apareciese en ningún momento a flote. Al oírla hablar, eran sus propios sentimientos que se despertaban de ese largo letargo. No deseaba ya oír hablar de otras mujeres. Quería dejar de pensar en ellas e hizo todo lo posible por mantenerse en esa línea hasta que apareció la mujer de Wang Ximian en ese mercado. No quería pensar en ella, pero acababa haciéndolo. Era superior a sus fuerzas y pensaba en ella. Zhuang Zhidie se puso entonces a comparar a la mujer de Wang Ximian con su esposa, Niu Yueqing, y luego con Tang Wan'er y con Liu Yue. Comparó las tres mujeres entre ellas, una con otra, sin olvidar ninguna de las combinaciones posibles, y todo ello con los efectos del alcohol y la lluvia cayendo fuera insistentemente. Su cabeza daba mil vueltas y empezó a delirar. Zhuang Zhidie empezó a sentirse mal y sintió que tenía una erección en la parte baja de su cuerpo. Ni siquiera encendió la lamparita para verlo con sus ojos ya que sabía lo que había sucedido mientras tanto. Se había metido en la cama con el calzón y nada más, pero estaba ardiendo. Se levantó de la cama en ese estado, abrió la puerta y se puso a caminar por el pasillo, el cual estaba totalmente a oscuras. Se sentía ansioso por llegar a los aseos y orinar. Llamó a la puerta por si había alguien y la mujer de Wang Ximian preguntó alarmada:

—¿Quién anda ahí?

Zhuang Zhidie le respondió con los ojos cerrados en medio de la oscuridad y apoyando todo su cuerpo en la puerta:

—Soy yo.

La mujer le preguntó otra vez:

—Pero ¿te pasa algo? Espérame un rato.

En la puerta había una pequeña ventanilla cubierta con la hoja de un periódico y Zhuang Zhidie pudo oír que la mujer de Wang Ximian se acercaba y abría el cerrojo de la puerta, pero esta no se había abierto todavía cuando oyó decir:

—Entra, anda.

Zhuang Zhidie empujó la puerta y nada más entrar vio a la mujer sentada sobre la cama. Solo una toalla cubría su cuerpo de la cintura para abajo. La mujer le preguntó:

—¿No has escuchado maullar a un gato en el piso de arriba? Pensaba que era mi gato y me he asustado. ¿Tú qué crees, Zhidie?

—Yo... Yo... —balbuceó Zhuang Zhidie mientras cerraba la puerta.

Una vez dentro, se quedó plantado, de brazos caídos y sin saber qué hacer, delante del cuerpo de la mujer de Wang Ximian. La mujer, sin embargo, comprendió al instante qué le pasaba a Zhuang Zhidie y le susurró:

—Zhidie, ¿tú?...

Zhuang Zhidie se dobló y abrazó la cabeza de la esposa de Wang Ximian, murmurándole al mismo tiempo:

—No podía dormir... Yo...

Zhuang Zhidie besó a la mujer, introduciendo en su boca sus dos labios finos y empapándolos de saliva. Ella lo abrazó al instante y sintió que su cuerpo se movía en el vacío. La toalla que cubría la parte inferior de su cuerpo cayó a un lado y Zhuang Zhidie pudo ver entonces las braguitas rosas que llevaba puestas y le recordó la imagen de una sirena. Zhuang Zhidie se desnudó del todo y se metió en la cama. La mujer se enfrió por un momento y haciendo un gesto de rechazo con las manos, le dijo:

—Zhidie, esto no va a funcionar. No, no de esta manera... No puedes traicionar así a Niu Yueqing. Yo tampoco puedo hacerle eso a Wang Ximian.

Zhuang Zhidie volvió a darle una sacudida a la mujer, pero la mujer cogió la toalla y volvió a atársela a la cintura. En sus ojos había algo de la mirada de un suplicante. Zhuang Zhidie se quedó entonces completamente paralizado. La mujer volvió a darle el calzón que él se había quitado y se quedó sentada en la cama. Poco después le dijo:

—Yo te he amado en el pasado, pero me temo que ya he dejado de hacerlo. Nosotros no queremos que sea así. Esta manera no es buena ni para ti ni para mí. Y si todavía me amas, recuerda que los dos hemos envejecido y eso no es algo que yo maldiga deliberadamente. Si Ximian muere antes que yo, o Yueqing lo hace antes que tú, entonces podríamos casarnos. Será, por lo tanto, el destino el que nos unirá. El destino actúa de esa manera y hay que respetarlo. Solo así funcionan las cosas, Zhidie. Ni tú ni yo podemos desobedecer el destino, ni desafiarlo. Tú y Wang Ximian sois gente célebre, gentes con una reputación y un

nombre. Además, como se oye decir entre la gente, tú y yo somos a partir de esta noche como marido y mujer durante cien días, pero debemos continuar por separado nuestras vidas y que los días pasen tranquilamente.

Así habló a Zhuang Zhidie la mujer de Wang Ximian y forzó una sonrisa que parecía falsa. De sus ojos salieron unas lágrimas que a Zhuang Zhidie le parecieron igual de falsas.

—¿Has visto esto? —le preguntó la mujer a Zhuang Zhidie tras extraer del pecho una moneda de cobre—. Yo siempre llevo un anillo de oro, unos pendientes de oro, un broche de oro, pero nunca llevo un collar de oro. Llevo colgada, sin embargo, esta moneda de cobre con un agujero en medio y odio hacerlo. Os la robé de la ventana la primera vez que fui a vuestra casa. Pensé que nunca te tendría y por eso os la robé. Con esa moneda colgando de mi pecho, te tendría para siempre junto a mí, Zhidie. Wang Ximian ni siquiera lo sabe y hoy te lo he contado todo a ti. Y no solo te lo he contado, sino que te devuelvo ahora mismo esta moneda. Ha estado más de diez años en mi cuerpo y ahora vuelve a ti. No está exactamente como la encontré, ya que el sudor de mi cuerpo, mis aceites o mi olor corporal la han deteriorado un poco. O quizá la cercanía de mi alma. Ah, mi alma... Es mi alma entera que está en esa moneda. Al dártela, me tendrás contigo otra vez y para siempre.

La mujer de Wang Ximian se sacó el collar del cuello y se lo dio solemnemente a Zhuang Zhidie, y él se lo puso en el cuello. A Zhuang Zhidie le entraron ganas de llorar y sentía que algo le subía por la garganta, pero se detenía ahí. Se giró y miró a la mujer, y ella se vio obligada a esbozar otra vez con sus labios una sonrisa forzada y amarga. Zhuang Zhidie le dijo:

—¿No te encuentras bien?

Y ella le respondió:

—Tengo dolor de barriga. Es un dolor crónico y me pasa siempre. Me provoca algo parecido a unos espasmos. Vete a dormir, anda.

Zhuang Zhidie se puso a pensar: te daré un masaje, pero no se lo dijo. Con una acrobacia, sacó de su bolsillo unos de esos remedios que Meng Yunfang tenía para fortalecer la salud y se lo dio a la esposa de Wang Ximian, y le dijo:

—Lleva esto contigo.

La mujer sonrió ligeramente y asintió con la cabeza ante él, cogió el saquito con las hierbas, le miró otra vez y cerró la puerta.

* * *

Esa noche de tormenta, en el patio que había a un lado de la callejuela de Shuang Ren Fu, Niu Yueqing, Liu Yue y la venerable anciana se habían ido temprano a la cama. Vete a saber a qué hora fue, pero la explosión de uno de los truenos despertó a Liu Yue de su sueño. El rayo que lo precedió llenó la noche de una luz súbita y cegadora, pero efímera. Ese trueno fue para ella como una bola de fuego que cayó sobre el techo de la casa y que, rodando hasta los cristales de una de las ventanas, los hizo saltar en mil pedazos. En su vieja casa de Shanbei, allá en las montañas del norte, Liu Yue había visto a dragones llevarse en esas noches de tormenta a los hombres y las mujeres, y a ella ese trueno le recordó esa noche uno de esos dragones. Liu Yue se acordó de repente de alguien de su pueblo que gritó en medio de una noche de tormenta: «¡Se han llevado a la Segunda esposa Hao allá en el este del pueblo!». Y ella corrió a ver lo que pasaba. La Segunda esposa Hao con su cara pálida y su cuerpo largo yacía totalmente destrozada bajo una de las sóforas, la cual estaba partida en dos partes. Una de las partes de la sófora —la parte superior— estaba sumergida en las aguas muertas y todavía humeantes de un estanque cercano. La Segunda esposa Hao se encontraba a apenas tres *chi* de la madera carbonizada de la otra mitad de ese árbol. Lo único que todavía aparecía entero de la joven Hao eran las zapatillas que llevaba puestas y que no habían salido de sus piecitos. Un rayo la había fulminado. Esas zapatillas de tela gorda y resistente habían sido hechas para trabajar en el campo y parecían estar pegadas a los pies. Eran unas zapatillas blancas, pero en ese momento estaban manchadas de barro y carbón y ni siquiera el contacto directo con un rayo pudo acabar con ellas. Liu Yue vio esa noche en Xijing un rayo rodando por el techo de la casa y pensó que era uno de esos dragones de su terruño que venía a buscarla para acabar con su vida. Pero ¿eran ciertas sus sospechas? Liu Yue miró a través de la ventana para saber si la bola de fuego había entrado en la casa para atraparla a ella o si, como una serpiente, con la forma de una luz blanca y sinuosa se había deslizado hasta su lado. Ella dijo:

—Abuela, abuela, esta noche está durmiendo que parece que se nos ha muerto. ¡Yo también quiero morirme!

La venerable anciana no dijo nada y se limitó a emitir un grito. Liu Yue, absorta en sus pensamientos, pensaba en que el dragón se iba a llevar a la venerable anciana y por momentos creía que iba a perder la cabeza. Liu Yue pensaba que esa noche todos los dragones se habían desplazado a Xijing o la *laopo* de Wang Ximian, o la mujer de Meng Yunfang, o Jing Xueyin, o Tang Wan'er. Sí, pensaba Liu Yue, seguramente un dragón las había atrapado mientras

se lavaban el agujero del culo y la vagina. La palangana debía estar llena de sangre... Liu Yue lanzó un grito agudo y ensordecedor.

Ese grito agudo y ensordecedor sonó horriblemente en medio de la noche y habría puesto los pelos de punta a quien lo hubiese oído. Niu Yueqing saltó de su cama, se dirigió al salón y encendió la luz de la lámpara. Entonces vio a Liu Yue en medio del salón con los pies desnudos; y clavando sus ojos en ella, la criada le dijo:

—Mi gran hermana, hay dragones que vienen a llevarse a los seres humanos. Uno de esos dragones se la ha llevado y la abuela no se entera de nada.

Niu Yueqing dirigió sus pasos hacia el dormitorio y vio que el féretro estaba vacío. Se dirigió luego a la cocina y al estudio y no había ni rastro de ella. Niu Yueqing le dijo a Liu Yue:

—Y las zapatillas, ¿están o no?

Las zapatillas no estaban y las dos mujeres se pusieron como locas a buscar a la abuela por todas las habitaciones y el patio. La lluvia continuaba cayendo sobre el patio y la venerable anciana se encontraba ahí, arrodillada sobre una piedra y rezando bajo la lluvia con las palmas de las manos juntas. Liu Yue seguía descalza y, al ver a la venerable abuela, la cogió de los brazos, la levantó y la llevó al interior de la casa, dejándola sobre la cama del dormitorio. Niu Yueqing se apresuró a cambiarle la ropa por una seca y Liu Yue le alcanzó unas sábanas limpias. Niu Yueqing le dijo a la venerable anciana:

—Madre, ¿qué hacías ahí en medio de esa noche negra como la laca de la madera de este ataúd? ¿No has visto los rayos y los truenos que están cayendo? ¿Quieres morir fulminada por uno de esos rayos o qué?

La venerable anciana le respondió:

—Hay muchos problemas allí arriba en el Cielo. Me temo que ellos están haciendo de las suyas y ahora van a bajar a esta ciudad y la van a liar.

A Liu Yue no le dejó muy feliz ese comentario y le preguntó a la venerable anciana:

—Pero ¿qué pasa en el Cielo? ¿Y quién está haciendo de las suyas?

—Una banda de demonios, y esos demonios están luchando entre ellos. ¡Y se están pegando con rabia! ¡La madre que los parió! Y ahora esos fantasmas la van a liar aquí abajo. Nos están observando y nuestra conducta en este mundo polvoriento bajo el Cielo los está sacando de quicio. Nadie está rezándoles para calmarlos un poco.

Liu Yue le preguntó:

—¿Y hay gente ahora en la calle? ¿Y quiénes los están mirando? ¿Esos demonios?

La madre de Niu Yueqing le contestó:

—Sí, son esos demonios. La ciudad está llena de esos demonios y nadie los ve. ¡Hay más fantasmas que hombres en Xijing!

Liu Yue la escuchó con atención y su rostro palideció como el de un muerto. Niu Yueqing dijo:

—No creas todo lo que te dice, Liu Yue. Más hablará, más te entrará miedo. Madre, vete a dormir y olvida esos asuntos de demonios.

La abuela se puso a gruñir, pero se quitó finalmente la ropa mojada y se echó. Como antes, volvió a coger las zapatillas. Niu Yueqing le pidió a Liu Yue que se fuera también a dormir y le dijo:

—Liu Yue, esas historias de fantasmas de la abuela te van a volver loca. No le hagas caso. La venerable anciana ya no está en este mundo y tú debes estar un poco alerta de ello. No la dejes que vaya a los aseos del patio. ¿De acuerdo? Tú al menos has pasado tu bachillerato y no crees en esas cosas. ¿O acaso piensas que un dragón va a venir a secuestrar tu alma? Los rayos son cargas súbitas de electricidad y nada más. No hay ningún dragón que valga.

La sangre volvió a la cara de Liu Yue, pero el miedo no desapareció de su cuerpo y dijo algo ofendida:

—Vete a saber el porqué, pero yo sigo creyendo que esos rayos son en realidad dragones que secuestran el alma de los seres humanos, y no hay pocos, y dejan sus cuerpos destrozados. Yo lo he visto con mis propios ojos.

—¿Y tienes miedo a soñar esas cosas, no es eso? —le preguntó Niu Yueqing—. Cuando te levantes, no mires a la abuela. Ella siempre grita y piensa en cosas que ya no son de nuestro mundo.

Liu Yue le dijo con firmeza:

—Pues no lo tengo muy claro eso. Veamos...

Tras la tormenta vino la calma, pero la venerable anciana no podía dormir. Liu Yue, sin embargo, sí que había entrado en el mundo de los sueños y la venerable anciana la despertó golpeándola con una caña y le dijo:

—Liu Yue, hay alguien que está golpeando la puerta.

A Liu Yue se le pusieron las orejas de punta y le replicó:

—No, no hay nadie. ¿Quién iba a llamar a estas horas?

Y la venerable anciana le respondió:

—Estoy segura. ¡Alguien está llamando a la puerta!

Liu Yue se levantó y abrió la puerta, y al otro lado no había, efectivamente, nadie. Volvió al interior de la habitación y le dijo a la venerable abuela:

—No hay nadie. Oye, ¡nadie!

La anciana volvió a quedarse dormida, pero despertó al cabo de unos instantes y le gritó otra vez a Liu Yue:

—Pero ¿es que no lo oyes? Hay alguien que está golpeando la puerta...

Liu Yue volvió a levantarse y se fue a la puerta principal de la casa. Ni siquiera había viento y cuando volvió, la abuela ya estaba durmiendo otra vez. Eran ya las cuatro de la mañana cuando la venerable anciana volvió a despertarse y preguntó:

—¿Quién?... ¿Quién es?...

Liu Yue roncaba y la madre de Niu Yueqing volvió a llamarla, pero la criada no se despertaba. La abuela le agarró la nariz con una de sus manos y le dijo:

—¡Duermes que parece que estás muerta! ¿Es que no oyes que hay alguien que está llamando a la puerta?

Liu Yue se levantó como pudo y le dijo enojada:

—¿Aún no se ha quedado dormida, abuela? ¿Quién va a estar llamando a la puerta a estas horas de la noche? ¿Uno de esos demonios?

Y nada más decir esas palabras, a Liu Yue le entró un escalofrío en el cuerpo y se cubrió totalmente con la sábana. Se tapó incluso la cabeza, y la venerable anciana le dijo:

—¿Dónde diablos se ha metido la criada? ¡Eso que tengo enfrente es una chiquilla! Hay quien está llamando a la puerta. ¡Ve a abrirle! ¡Vamos!

A Liu Yue no le gustó oír esas palabras y jadeando se fue otra vez a la puerta de la entrada de la casa y de nuevo constató que no había nadie llamando a la puerta; pero esta vez no volvió al dormitorio, sino que se quedó a dormir en el sofá del salón.

Amaneció y Niu Yueqing, tras levantarse de la cama, vio a Liu Yue tumbada en el sofá. La criadilla tenía la cara descompuesta y los ojos hinchados. Liu Yue estaba todavía muy asustada y le explicó lo que había pasado la noche anterior. Niu Yueqing le dijo:

—Mi madre ha vuelto a hacer de las suyas. Esa mujer no sé dónde tiene la cabeza... Tu maestro Zhuang vendrá hoy y le encantará escuchar esa historia de demonios y fantasmas. Podrá dormir con ella en la misma habitación y tú dormirás conmigo.

Temprano por la mañana, Zhuang Zhidie entró por la puerta de su casa y

preguntó por Niu Yueqing. Liu Yue le dijo que estaba trabajando. «¿Un domingo?», le replicó Zhuang Zhidie. Liu Yue le contó la historia de su antiguo discípulo y el negocio fallido de los panecillos al vapor. Nadie quería comprarlos en el mercado y solo Niu Yueqing, que es un corazón, le ha comprado por unos céntimos varios de esos panecillos, aunque solo fuese para animarlo en ese momento tan difícil de su vida. Esa masa de harina mal cocida y endurecida ya no sirve para nada y lo mejor es hacer gachas con ella o dársela a los puercos. Zhuang Zhidie le dijo:

—Ah, mi mujer y sus buenos actos... —y luego se fue a ver a la venerable anciana, y ella, como es natural, le contó con pelos y señales lo de los demonios y los fantasmas y despertó inesperadamente la curiosidad de Zhuang Zhidie y quiso saber más.

Incluso le dijo a Liu Yue que iba a escribir una novela sobre esos fantasmas que vivían entre nosotros sin que pudiésemos identificarlos. ¿Quién estaba *realmente* vivo y quién no en este mundo? Eso le interesaba a Zhuang Zhidie y le dijo a Liu Yue que quería iniciarse en el género de la novela fantástica y fantasmagórica. Liu Yue no comprendía muy bien lo que el maestro Zhuang quería decir con eso de la novela fantasmagórica y se fue a preparar una tetera con la mosca detrás de la oreja. Zhuang Zhidie acababa de llenar con su escritura tres hojas de su novela de fantasmas cuando oyó que la venerable anciana le gritaba a Liu Yue y le preguntaba que quién estaba llamando a la puerta. Liu Yue se levantó para ir a la entrada y la venerable anciana se lo impidió:

—No debería abrir, este es quien llamó ayer noche y creo que es alguien conocido; pero tú me dijiste que abriste la puerta y no viste a nadie. Seguro que era uno de esos fantasmas provenientes del cielo... Esas cosas, ¿por qué vienen ahora a llamar a nuestra puerta? ¿Qué hemos hecho nosotros? No, no debes abrirles... ¡No debemos abrirles la puerta a los muertos!

Tras decir esas palabras, ella misma cerró la puerta de su habitación y corrió las cortinas que había en las ventanas. También cerró la puerta del dormitorio de Niu Yueqing y le pidió a Liu Yue que cerrara la puerta de la cocina. Liu Yue se fue a preparar la comida y no podía cerrar la ventana porque el calor sería insoportable y las dos mujeres se pusieron a discutir. Liu Yue volvió a toparse otra vez con un muro y fue incapaz de persuadir a la venerable anciana de su intención de cerrar todas las puertas y ventanas de la casa. Desquiciada, la joven criada se fue al estudio y se lo comentó a Zhuang Zhidie, y este le aconsejó a su suegra:

—Madre, si cerramos esa ventana, nos vamos a asar de calor aquí dentro. ¡Y

vamos a morirnos todos!

La venerable anciana le replicó con serenidad:

—No hay que abrirles las puertas a esas cosas. ¿Vamos a dejarles que entren por las ventanas? Y el calor... ¿Tenéis de veras tanto calor?

Tras acabar la última pregunta, la venerable anciana se metió el dedo índice en la boca y lo ensalivó, luego tocó con ese mismo dedo la camisa de Zhuang Zhidie y lo hizo justo ahí donde quedaba uno de sus pezones. La venerable abuela se dirigió seguidamente hacia Liu Yue con la intención de hacer lo mismo, pero la criada se cubrió los pechos con las dos manos y se lo impidió. Zhuang Zhidie intervino y le dijo a su suegra:

—Madre, nadie va a llamar a la puerta, y menos a la luz del día; y si son los demonios y los fantasmas quienes vienen a vernos, yo me encargaré personalmente de cortarlos en pedacitos con mi espada...

Zhuang Zhidie se puso a mover el brazo como si en su mano empuñara una espada imaginaria.

Los tres se encaminaron hacia la puerta de la entrada y Zhuang Zhidie abrió la puerta. Fuera, todo seguía igual de tranquilo y silencioso. La venerable anciana miraba de un lado a otro y cuando sus ojos llegaron al panel de la puerta, gritó:

—¡Mira, mira! ¡Ahí está el espíritu de la Serpiente y el demonio del Buey!

Liu Yue le preguntó:

—Pero ¿dónde?... ¿Dónde?

La venerable anciana le respondió:

—Aquí está el Buey y ahí la Serpiente. La Serpiente tiene dos colas. ¿Las ves?... Oh, pero ¿qué es esto? Nunca antes había visto una cosa así. ¿Y estos dos cuernos? ¿Y estas ocho piernas? Esto es una persona y sus dientes son tan largos... Esto vuelve a ser otra persona, pero con el cuerpo de un cerdo...

Zhuang Zhidie no veía absolutamente nada de lo que le estaba diciendo su suegra e intentaba imaginárselo, pero no podía. No se atrevía a reconocerlo, pero esa historia de la venerable anciana le daba escalofríos. La abuela le dijo:

—¿Cómo es posible que no lo puedas ver? Seguro que fueron los que vinieron a llamar a la puerta y ahí dejaron el rastro de sus sombras. Liu Yue, ¿tú tampoco lo ves? No ves las sombras estampadas en la puerta y ¿tampoco ves que esta puerta es más gruesa que antes? Pues ahora es más gorda porque todas esas sombras han añadido una capa en el panel de la puerta.

Zhuang Zhidie movió la cabeza. Sabía que la abuela estaba enferma y que no

iba a durar mucho más tiempo en este mundo. Sabía también que esas alucinaciones eran el producto de esa mente enferma. Liu Yue miró la cara que hacía Zhuang Zhidie y vio cómo sacudía la cabeza de incredulidad y ello la tranquilizó. Liu Yue dijo con una sonrisa maliciosa en su rostro:

—Abuela, cierto, ¡la puerta se ha engordado!

Zhuang Zhidie reiteró:

—Ha engordado, cierto. Madre, ahora estarás más tranquila y es hora de volver a la cama. Yo me quedaré aquí con Liu Yue. ¡Olvidemos los tabús! — Tras decir esas palabras, Zhuang Zhidie regresó al estudio y reanudó la escritura de su novela.

La venerable anciana pasó ese día entero intranquila e infeliz y no pasó mucho tiempo antes de ir al estudio donde se encontraba Zhuang Zhidie y preguntarle quién llamaba a la puerta. Al cabo de otro rato volvió a preguntar por las ventanas y por qué las habían abierto. A Zhuang Zhidie, tal vez porque no se lo esperaba, le perturbaron particularmente las preguntas de la suegra y esperó a que viniese Niu Yueqing. Él se sentía esa vez incapaz de permanecer en casa y pensaba que se iba a volver loco con esas historias. Niu Yueqing volvió a amonestar a su madre y la dos se pusieron a pelearse. La venerable anciana le pidió a su yerno que fuese imperiosamente al templo a buscar más talismanes para acabar con el acoso de tanto fantasma y tanto demonio revuelto y enojado. Zhuang Zhidie volvió a llamar a su amigo Meng Yunfang y le contó que los necesitaba para colgarlos en los paneles de la puerta. Esos talismanes consistían en unas hojas con unas inscripciones y en esa ocasión no iban a ser escritos por el Gran Maestro de la Sabiduría auspiciosa del templo de Yunhuang —el templo del Ornamento del Jade semicircular y abombado—, sino por la mismísima Hui Ming, y Meng Yunfang le propuso a Zhuang Zhidie:

—Mañana iré al pequeño templo de la Vacuidad Luminosa y hablaré con Hui Ming. Me ha pedido que traiga conmigo a algún amigo del mundillo de las letras y las artes. Va celebrar su promoción a directora del patio, ya sabes, del recinto entero. ¿Quieres venir?

Zhuang Zhidie sintió curiosidad por Hui Ming y preguntó:

—¿Directora general del templo, quieres decir? ¿No es eso?

Y Meng Yunfang le contestó:

—Esa prelada budista, cuando dice que quiere hacer algo, lo hace. Ella no quería mezclar la política con la religión, pero el teniente de alcalde de la municipalidad de Xijing se lo ha propuesto y ella no ha podido negarse.

Zhuang Zhidie se puso a reír mirando a Meng Yunfang y le dijo:

—Me provoca mucha ansiedad pensar que algún día esas dos cosas acaben confundiéndose en este mundo.

Meng Yunfang le replicó:

—¿Es de eso de lo que me quieres hablar ahora?

Y Zhuang Zhidie volvió a soltar una carcajada, pero no respondió a nada inmediatamente. Solo al cabo de unos instantes dijo en voz baja:

—Dame las llaves de ese edificio e iré a escribir algo en ella. No en vano he luchado mucho para que ese templo ruinoso se convirtiese en un centro cultural.

—Como bien sabes, ese edificio no está nada mal para escribir. Nadie te molestará. He hecho una copia de las llaves y te las puedo dar. Te las puedes llevar —le propuso Meng Yunfang.

Zhuang Zhidie le dijo a Liu Yue:

—Voy a salir con tu maestro Yunfang para solucionar un par de cositas. Regresaré esta noche, pero tarde. Si veis, sin embargo, que no vengo, no os preocupéis. Igual me quedo en su casa. Mañana iré al patio del templo de la Vacuidad Luminosa, ya que ahí se celebra una promoción y nosotros debemos participar en ella. Por favor, informa de ello a la gran hermana. Habrá mucha gente importante en esa ceremonia y no puedo faltar.

Al salir por la puerta del patio de la casa, Meng Yunfang le preguntó a Zhuang Zhidie:

—¿Por qué no vas a regresar esta noche a tu casa?

—Eso tú no debes por qué saberlo —le respondió secamente Zhuang Zhidie.

—Yueqing me llamará esta noche para saber de ti. ¿Qué le voy a decir? —le repuso Meng Yunfang.

—Le dices que estamos charlando sobre un artículo y lo escribimos para el alcalde, por ejemplo. ¿Qué te parece? —le propuso Zhuang Zhidie.

Meng Yunfang asintió con la cabeza y dijo:

—De acuerdo. Incluso podemos mostrarle ese artículo al alcalde.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Lo mejor será que publiquemos ese artículo sin que lo sepa el alcalde. Eso le pillaré por sorpresa y le gustará más.

Los dos hombres se dieron la mano y se separaron, y Zhuang Zhidie se fue sin perder un minuto más a la casa de Tang Wan'er.

La mujer de Zhou Min estaba preparando una maleta y justo en ese momento

recibió fríamente a Zhuang Zhidie mientras avanzaba a grandes pasos por la puerta de la entrada. Sabía que la herida de su pie se había curado totalmente, y dando una palmada con las dos manos, le dijo a Zhuang Zhidie:

—Sabía que en cuanto se te curase el pie ibas a venir corriendo a mi casa.

Zhuang Zhidie se abalanzó sobre ella y lo primero que hizo fue besarla en los labios; luego le dijo:

—¿Y adónde querías que fuese si no?

Tang Wan'er le ofreció café, ya que lo había acabado de preparar, y desvió la mirada hacia la ventana para ver lo que sucedía en la calle. Zhuang Zhidie le dijo:

—Rápido, siéntate y charlamos. ¿Qué estás mirando?

La mujer le contestó:

—Zhou Min se fue a la calle a comprar dentífrico y me pregunto por qué no ha venido todavía. Le pedí que a su vuelta trajese un pollo asado.

Zhuang Zhidie dijo:

—Yo no quiero comer un pollo asado. ¡Yo quiero comerme una lengua!

La mujer de Zhou Min frunció los ojos y le dijo:

—Eres mala gente, Zhidie. No te voy a dejar que me comas eso —Y añadió bajando el tono de su voz—: Hoy al menos no podrá ser eso. Él va a venir de un momento a otro. Esta noche debe ir a Xianyang, ya que el editor de la revista así se lo ha pedido. Debe vender unas revistas que no han sido vendidas todavía. Las autoridades querían destruir esos números, pero los de la revista no querían hacerlo. El editor de la revista le ofrece a Zhou Min un porcentaje muy alto de la venta si consigue sacárselas de encima.

Zhuang Zhidie insistió:

—¿Y a qué hora vendrá?

—Mañana al mediodía —respondió Tang Wan'er—. Yo le pedía que se tomara algo más de tiempo, pero él me dijo que no, que le resultaba imposible porque su jefe, ese tal Zhong, le había dicho que debía volver en cuanto antes.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Esa es la voluntad del Cielo. Vaya que sí, y nadie puede ir en contra de esa voluntad. Hay un edificio al lado de la ermita de la Vacuidad Luminosa. Nos vemos en el número trece en el quinto piso. Te espero esta noche ahí.

La mujer le preguntó:

—¿De quién es esa casa?

—Es mía, vaya, es nuestra casa, para que me entiendas —le contestó Zhuang Zhidie, se levantó y se fue. Tang Wan'er le vio marcharse y se fue a lavar las tazas de café, cerró la maleta como pudo y se fue a su armario para buscar una falda nueva que ponerse para esa noche.

* * *

Esa noche, Liu Yue cenaba algo al mismo tiempo que hablaba con la señora:

—Gran hermana, ¿es cierto que Zhuang Zhidie no va a regresar esta noche?

Niu Yueqing le respondió:

—Le dejo que haga sus correrías. A ese pájaro mejor no guardarlo mucho tiempo en una jaula. Además, me fío de Meng Yunfang. Ese golfo sabe guardarlo a su lado. Tu maestro Zhuang no volverá esta noche, de eso estate segura.

—Se quedará a dormir en la casa de Meng Yunfang; pero esa casa... ¿es lo suficientemente grande? —le preguntó Liu Yue.

—No te preocupes por él —le respondió la mujer de Zhuang Zhidie, bostezando un par de veces, y luego prosiguió—: Este año ha sido horrible. Cualquier tontería nos ha provocado un problema. Ha pasado otra semana y el próximo miércoles es el cumpleaños de tu maestro Zhuang. Nunca lo celebramos y sí que lo hacemos con el de la abuela, pero este año vamos a celebrar el de mi marido. Espero que eso nos dé nuevas fuerzas y nos saquemos de encima la mala suerte.

Liu Yue se quedó mirando a Niu Yueqing y le vino una idea a la cabeza. Obediente, observó:

—Este asunto es extraño. La revista le da publicidad al maestro Zhuang e incluso Zhou Min quiere pagarle una deuda de gratitud. ¡Y Jing Xueyin ha armado todo ese caca por un simple artículo! Esto no acabará nunca. El maestro va y se lesiona y ni siquiera ha podido sacar su motocicleta. ¿Tenía miedo de lesionarse otra vez? Al cabo de dos días, debía estar curado, pero lo cierto es que se ha pasado varios días. ¿No parece extraño todo eso? Solo hace poco que se ha curado del todo y el secretario general ha tomado inesperadamente una ventaja inesperada. ¿No es muy extraño todo esto que está ocurriendo? La venerable anciana está mal de la cabeza y actúa como tal, pero el carácter del maestro Zhuang cambia de golpe y ya no se comporta tan amigablemente conmigo como antes.

La mujer de Zhuang Zhidie le dijo:

—Tienes razón. Su temperamento no está bien y mi marido anda últimamente muy perturbado. Debes comprenderlo. Él es un escritor y, como tal, su temperamento sufre subidas y bajadas, y son muy sensibles. A los cuarenta sucede algo curioso con el carácter de los hombres: ¡se vuelven niños! Pero tras muchos años de casada, yo ya me he acostumbrado a ello. Nosotras, las mujeres, siempre guardamos los defectos de los hombres dentro de casa, y de esos defectos hacemos humo para que nadie los vea. Mi misión es apagar los fuegos. Cuando esa Jing Xueyin envió esa carta a Zhuang Zhidie, mi marido se encendió, y más se encendía él con ese fuego que le consumía, más le apagaba yo su fuego. Ese tipo de mujeres acaba casándose con tipos como tu maestro Zhuang. Por eso yo soy su esposa y su madre al mismo tiempo.

Liu Yue se dijo para sus adentros: esta mujer es virtuosa como hay pocas, pero también es un poco tonta. La gente siempre dice que los hombres de letras son gente distinguida. En cualquier parte del mundo saben esto, y solo hay una persona que parece no haberse dado cuenta de ello. ¡La esposa!

Liu Yue se puso a reñir y le dijo a la esposa de Zhuang Zhidie:

—La gran hermana se ha convertido en la *laopo* y en la madre al mismo tiempo del maestro Zhuang; pero yo creo que debería haberse convertido en su vagina y en su puta.

—Creo que acabas de decir una tontería, gran hermana. Una *laopo* es una *laopo*. ¿Cómo diablos va a ser su puta? ¿Dónde se han visto esas cosas? ¿Y qué tipo de hombre te crees que es el maestro Zhuang? ¿Y yo misma?... Si alguien te oye, va a creer que en esta casa somos todos unos sinvergüenzas.

Liu Yue escupió al suelo y dijo airada:

—No sabes nada de nada y vuelves a decir tonterías.

Y Niu Yueqing le contestó:

—Eres tú la que no sabe nada de nada... O quizá sí que sabes. ¡Sabes demasiado! Aún más, sabes cosas que no deberías saber. Eres una zorrita, Liu Yue, y estoy seguro de que quien se case contigo la palmará al cabo de un año.

Niu Yueqing le pidió a Liu Yue que trajese un lápiz y un papel para que anotase la lista de invitados para la fiesta del aniversario de Zhuang Zhidie. Al acabar de escribir la lista, Liu Yue volvió a echarle una ojeada para repasar los nombres. En ella estaban Wang Ximian, Gong Jingyuan, Ruan Zhifei, Meng Yunfang, Zhou Min, Zhao Jingwu, Hong Jiang, la prima lejana de Niu Yueqing, el viejo Wei, que era el vicedirector del Círculo de las Letras y las Artes de

Xijing, Xiao Ding del departamento de Bellas Artes, Wang Laihong del departamento de Danzas, Zhang Zhenghai del departamento de Cooperación, el redactor en jefe Zhong Weixian de la *Revista de Xijing*, Li Hongwen y Gou Dahai. Para ello se iban a necesitar un par de mesas enormes. Liu Yue le preguntó a Niu Yueqing:

—Y esas dos mesas, ¿las vamos a reservar en un restaurante o las vamos a preparar aquí en nuestra casa? Yo no voy a poderlo hacer sola.

La esposa de Zhuang Zhidie le respondió:

—En casa será mejor por eso del ambiente y yo te echaré una mano. El marido de esa prima mía sabe un montón de cocina y nos ayudará con la comida. Él se encargará de los platos calientes y Meng Yunfang, como ya es costumbre en él, de los platos crudos. Lo único que debemos hacer tú y yo es decirles lo que queremos para la mesa y, por supuesto, hacer las compras.

Las dos mujeres cogieron las *Páginas blancas* en su versión de Xijing y se pusieron a buscar los números de teléfono de los invitados, los cuales escribieron en una hoja aparte. Liu Yue debía llamarlos, a todos, el día antes; y si alguien no cogía el teléfono, ella debía desplazarse en bicicleta a su casa. Liu Yue debía pensar también en la comida, el tabaco, las verduras, el carbón para cocinar y la vajilla.

En ese momento justo, en la puerta de entrada al patio se oyó la voz triste y lastimosa del anciano trapero: «¡Chatarra!... ¡Me hago con toda la chatarra, vuestros objetos, desechos y ropas usadas! ¡También las vuestras!...», y Liu Yue le dijo a Niu Yueqing:

—Mi gran hermana, ha venido el trapero y está enfrente de nuestra casa. Deberíamos darle esas botellas vacías y los periódicos y revistas ya pasados. Debemos dejar esta casa tan limpia como podamos para cuando vengan los invitados.

Niu Yueqing asintió con la cabeza y las dos mujeres se pusieron a recoger todos los papeles viejos que andaban desparramados por toda la casa. Las farolas ya se habían iluminado en la calle y el anciano que iba recogiendo todo lo que la gente había desechado previamente se encontraba en la puerta del patio, acostado sobre un colchón de paja junto a su carrito, y se había puesto a fumar placenteramente, dando una calada tras otra a su cachimba, ensimismado y como regocijándose de esa situación. Niu Yueqing le dijo:

—Ya es tarde. ¿Qué haces todavía ahí y a estas horas recogiendo basura, chatarrero?

El anciano ni siquiera la miró y siguió lanzando al aire numerosas bocanadas de humo. Poco después le contestó malhumoradamente:

—Es tarde y me llevo lo que tú ya no quieres en tu casa y te lo quieres quitar de encima. ¿Te queda más claro ahora?

Liu Yue sonrió por lo bajines y Niu Yueqing le gritó a la criada:

—¡No tienes cabeza, tienes un melón! ¿De qué te ríes, desgraciada?

Liu Yue le contestó:

—Nosotras ya tenemos nuestros problemas. ¿Por qué te enredas ahora a discutir con ese hombre? ¿No tenemos ya suficiente con lo nuestro? Hace tiempo que conozco sus baladas. ¡Dejémosle que nos hable de algo! —Y tras decirle esas palabras a Niu Yueqing, se dirigió al anciano—: Oh, venga... Cántanos algo... y te venderemos muy baratos estos trastos.

El anciano chatarrero ni siquiera la miró y volvió a lanzar una bocanada de humo al cielo, la cual fue a parar como una flecha a la luz de la farola y luego se ensanchó formando una nube. Algunos mosquitos que revoloteaban junto a la luz salieron espantados para no sucumbir en el humo. El anciano dijo finalmente:

—Tú duermes en un sofá que es un colchón de paja y yo duermo en un colchón de paja que es un sofá, y un par de grullas vuelan entre las nubes.

Liu Yue puso cara de extrañada y emitió unos sonidos que denotaban recelo e incompreensión, y Niu Yueqing le dijo:

—Lo que dice es muy serio —Y dirigiéndose luego al anciano, añadió—: Usted, anciano, debe estar exhausto. ¿No sabe dónde va a descansar esta noche?

El anciano le respondió:

—¿Dónde descansa el viento?... ¿Dónde voy a descansar yo?

Niu Yueqing volvió a preguntarle:

—Ya es muy tarde, ¿ya has comido?

—Si tú has comido, yo también he comido —le contestó el anciano.

Niu Yueqing se dirigió a la criada:

—Liu Yue, rápido, trae un par de panecillos al vapor al pobre anciano.

Liu Yue, sin embargo, no estaba dispuesta a hacerlo, pero finalmente se fue a buscar esos panecillos. El anciano no se lo agradeció, pero tampoco puso ningún impedimento. Se levantó del colchón de paja y recogió la basura que le habían dejado previamente Niu Yueqing y Liu Yue, contó los céntimos y les pagó. Niu Yueqing se negó a aceptar el dinero del anciano e incluso le dio algunas monedas. El anciano se puso otra vez a contar el dinero. Niu Yueqing le dijo

entonces:

—Anciano, la gente va diciendo por ahí que sabes recitar baladas y yo tengo algo que pedirte...

El anciano paró de contar el dinero y, sin moverse del sitio, puso cara de tonto. Niu Yueqing le escuchó y le dijo que su marido había sido atacado por todas partes por el mundo de las artes y las letras y por los miembros del organismo de la Propaganda, y todo por un artículo en el que se hablaba de su presunta relación con una mujer que tenía mucho poder, y que su promoción se había visto perjudicada con esa historia, y blablá. Niu Yueqing le contó con pelos y señales todo lo que había sucedido y le pidió al anciano si podía escribir una de esas baladas satíricas para denunciar esa campaña contra su marido y si podía recitarla por las calles. El anciano no le dijo nada y Liu Yue le alcanzó uno de los panecillos al vapor. El anciano lo cogió con una de sus manos mientras le daba otra vez el dinero a Niu Yueqing, la cual se negó a aceptarlo. El anciano chatarrero tiró al suelo una parte del panecillo, cogió el carrito de tres ruedas y se fue. Niu Yueqing bostezó y se arrepintió de haberle contado la historia de su marido y sobre todo de haberse comportado amablemente con él, se giró y se metió otra vez en el patio; pero en ese momento, oyó que el anciano se había puesto a cantar bajo la semioscuridad brumosa de una de las farolas. Niu Yueqing se quedó encandilada escuchándolo y le dijo a Liu Yue:

—Se ha puesto a cantar otra cosa. ¡Nada que ver con lo que yo le he pedido al muy canalla!

Liu Yue le dijo que esa balada era, sin embargo, muy buena, y volvió a entrar en la casa, esperando a que su señora viniese a dormir con ella; pero antes, y al ver que Niu Yueqing no venía, se fue al estudio y se puso a escribir sobre un papel la balada del anciano. Liu Yue pensaba enviarla al Círculo de las Artes y las Letras de Xijing para que ellos la popularizaran. Estaba convencida de que esa balada iba a ser todo un éxito en Xijing. Lo que escribió Liu Yue era esto:

... la casa, el mijo, el dinero, la esposa, los hijos y luego los nietos, el filósofo Zhuangzi y el filósofo Laozi, y el viejo Confucio, por supuesto, y la vida que ya ha pasado en un abrir y cerrar de ojos; ahora solo nos quedan los pelos de la barba y los bigotes...

* * *

Liu Yue, tras escribir lo que recordó de la balada del mendigo anciano, se

desnudó y se metió en la cama con Niu Yueqing. La esposa de Zhuang Zhidie tocó con su mano el cuerpo de Liu Yue y lo notó bien relleno y con una piel tersa y que le parecía de seda. Niu Yueqing le dijo:

—Tienes las carnes bien puestas, y vaya piel que tienes...

Liu Yue notó que Niu Yueqing no paraba de acariciarle el cuerpo como si la deleitara y ello le provocaba cosquillas y una sensación extraña que no había sentido nunca antes. Luego le dijo:

—Duerme, anda. —Y las dos se quedaron dormidas.

Los truenos y la lluvia de la tormenta de la pasada noche habían enfriado el ambiente y lo habían humedecido. Liu Yue no dormía bien desde entonces y se sentía muy cansada, y esa noche se quedó dormida muy rápido y entró en un ambiente que no era exactamente de los sueños, pero que era como de sueños, e inmersa en esa confusión oyó un sonido que le pareció muy extraño; era como un gemido que se alargaba y se acortaba, pero no de dolor, sino de tensión y relajamiento al mismo tiempo. A veces, parecían los cascos de un caballo pasando sobre la calle, o como la lluvia cuando cae en la arena de la playa. Otras veces recordaban los mugidos de un buey feliz en la charca de un arrozal, o de un gato comiendo sus gachas. Vete a saber cómo, pero en medio de esos sonidos extraños, Liu Yue se sintió muy débil y pensó en un principio que había dejado de tener brazos. Luego le pasó lo mismo con las piernas. Lo único que sentía eran los latidos del corazón, que se le habían disparado. Parecía que el corazón iba a salir volando de su cuerpo. Sí, volando y volando hacia las nubes blancas... De repente, ella se despertó. Y tras despertarse, se sintió extremadamente cansada, y de los pies a la cabeza totalmente bañada en sudor, pero con una sensación en el cuerpo muy agradable, de confort y relajamiento. ¿De dónde provenía esa sensación de bienestar? Súbitamente, Liu Yue sintió frío en una parte de su cuerpo. Llevó las manos a esa parte y notó que estaba como mojada y pegajosa. Enseguida cogió un pañuelo y la secó. Oyó a Niu Yueqing que, a su lado y al mismo tiempo, no paraba de gemir. Ella le gritó:

—Mi gran hermana, mi gran hermana..., ¿estás teniendo una pesadilla?

Niu Yueqing se despertó, se enderezó en la cama y abrió los ojos como platos en medio de la oscuridad de la noche, solo perturbada por la luz de la luna. Totalmente perdida, volvió a echarse. Avergonzada, le dijo a Liu Yue:

—No, no estoy soñando. Liu Yue, ¿no duermes todavía?

Y Liu Yue le respondió:

—Me he quedado dormida, pero me ha parecido oír algo..., algo extraño. Al

oírlo, pensaba que tenía algo que ver con una descarga eléctrica.

—A mí también me ha parecido oírlo.

Las dos mujeres se pusieron a dudar y Niu Yueqing dijo:

—Habrá sido un sueño, ciertamente.

—Sí —repitió Liu Yue—, habrá sido en sueños. Estas cosas siempre pasan en sueños.

Niu Yueqing volvió a preguntarle a Liu Yue:

—Liu Yue, te has despertado demasiado pronto. ¿Acaso he dicho alguna tontería en sueños y por eso te has despertado?

—No —respondió Liu Yue—, solo gemías. Temía únicamente que estuvieses soñando algo malo y por eso te desperté.

—No pasa nada. He debido de estar soñando algo raro, ciertamente... —asumió Niu Yueqing con un tono de voz no muy convincente—. Venga, a dormir se ha dicho...

Niu Yueqing se levantó de la cama y se fue al lavabo. Liu Yue también quiso hacer lo mismo y fue detrás de su señora. Antes de entrar en el lavabo, vio que Niu Yueqing se cambiaba de bragas y las ponía directamente a lavar en un barreño. Liu Yue comprendió, por lo tanto, que la esposa de Zhuang Zhidie y ella misma habían estado haciendo lo mismo en la cama.

* * *

El pequeño templo de la Vacuidad Luminosa de Xijing empezó a construirse durante la dinastía Tang y, según cuenta su leyenda, se trataba de un conjunto muy extenso de varios templos que albergaban a muchos monjes y novicias budistas. El incienso ardía rabiosamente en cada uno de los templos y lo hacía con más fuerza e intensidad que en el templo de Yunhuang —el templo del Ornamento del Jade semicircular y abombado—, pero un terremoto ocurrido durante el reino del emperador Xianzhong⁷⁸ de la dinastía Ming lo dejó medio destruido y la parte que no cayó permaneció en estado ruinoso. Los años caóticos de la Gran Revolución Cultural⁷⁹ fueron aún más devastadores para el templo que el terremoto de la época Ming. Se vivieron escenas horribles de pillaje y destrucción, y muchas fueron las fábricas que se abrieron en su entorno. Más de treinta monjas se vieron obligadas a dejar sus funciones en el templo, y cuando la religión volvió a estar permitida, se las buscó con ahínco por todas partes, pero ya era tarde: o ya habían muerto o las habían matado, o simplemente

se habían integrado en la vida civil. Solo cinco de ellas —viejas y flacas— de tres distritos y cinco burgos diferentes de la ciudad de Xijing aceptaron volver a sus funciones y las movilizaron para gestionar el templo de la Vacuidad Luminosa. Nada más cruzar la puerta de la entrada al templo, vieron la estatua del Buda casi destruida del todo y los muros de la sala principal cayéndose a trozos. La mala hierba había crecido por todas partes y varias decenas de palomas torcaces campaban ahí a sus anchas, posándose sobre la mesa de los sacrificios o sobre el cuerpo del Buda. Las cinco monjas se llenaron de pena y dolor al presenciar ese espectáculo desolador. Las personas virtuosas —es decir, las personas que siguen el *dao* o la Vía— ven en los rostros de las monjas el rostro de Buda y así sucedió en esa ocasión, pero las cinco monjas budistas estaban convencidas de que había sido el mismísimo Buda quien las había llamado para devolverle la vida en ese templo y por ello se sentían particularmente motivadas. Para satisfacer esas expectativas, se raparon sus cabellos blancos y se pusieron encima los hábitos negros. Vete a saber ahora cuántas monjas se unieron posteriormente a esa tarea que parecía imposible, pero las campanas volvieron a sonar otra vez, con su sonido insistente y que podía oírse a lo lejos, en el templo de la Vacuidad Luminosa. Pasaron los años y la figura imponente del gran Buda volvió a restablecerse, así como la figura de arcilla de la bella *bodhisattva* Guanyin. Cada palmo de ese templo fue reconstruido y en su lado oeste se construyeron unos aposentos para las monjas. La sala de la Diosa Madre —la cual quedaba precisamente enfrente de la pequeña ermita, tanto en su lado derecho como izquierdo—, sin embargo, permaneció totalmente destruida. Varias fábricas la habían ocupado, aunque ya se habían ido, pero la municipalidad se negaba a darles fondos a las monjas para renovarla. El resultado fue que ese patio se convirtió en un campo de calabazas. Las monjas, además, se habían hecho viejas y solo tenían fuerzas para leer los *sutras*, quemar incienso o golpear el suelo con la frente, y por supuesto, se olvidaron de la hierba que crecía en el patio. Los monjes del templo de Yuhuang, o los del de Wolong —el templo del Dragón Escondido—, o incluso los del templo de Guihua —el templo de la Flor de Osmanto—, todos ellos en la ciudad de Xijing, se reían de lo que estaba ocurriendo en el templo de la Vacuidad Luminosa. Cuando la Asociación de Enseñanza Budista pidió al templo de los Mil Budas en las montañas de Zhongnan que enviara a varias novicias jóvenes a la ermita de la Vacuidad Luminosa, Hui Ming acababa de diplomarse y había sido asignada al templo de Yunhuang. Nada más llegar a ese templo, ella se dio cuenta de que las monjas y los monjes convivían entre ellos en el gran templo y

eran varios los que pensaban ir algún día al templo de la Vacuidad Luminosa. Debido a que ella era una recién llegada, Hui Ming sabía poco de ese mundo cuando la Asociación de Enseñanza Budista le pidió precisamente a ella que fuera al templo de la Vacuidad Luminosa y por eso rechazó esa proposición en un primer momento, ya que pensaba que ese templo era de menor importancia que el que ya estaba; sin embargo, ella empezó modestamente en su nueva designación y le pidieron que tocara el gongo en los oficios religiosos y que limpiara el espacio de hierbajos. Poco después, le encargaron buscar fondos para el templo. Todo eso se produjo de forma suave y poco a poco empezó a ganar influencia en el seno de esa comunidad. Finalmente, fue ella quien pidió a sus superiores que las trasladaran al pequeño templo de la Vacuidad Luminosa. Una vez ahí, se dio cuenta de que la anarquía reinaba entre las monjas oficiantes y se sentía incapaz de gestionar ese espacio como ella deseaba. La colocaron como la asistente de la responsable del templo y no tardó en hacerse imprescindible. Hui Ming ridiculizaba deliberadamente todo lo que hacía la anciana para mermar su confianza y ocupar su puesto. La superiora del templo acabó por ceder y ganó en poco tiempo la confianza del resto de las monjas y novicias. Una nueva época había empezado y ella fue asignada como la sucesora de la superiora del templo de la Vacuidad Luminosa. Sus planes se aplicaron por completo y ella puso todo su corazón para que así fuese. Y lo más importante, estableció una red de contactos con la sociedad de Xijing para que se implicaran en la renovación de ese templo. Esa lucha, la cual acabó convirtiéndose en algo personal, atrajo al templo numerosas donaciones e inversiones importantes. Además, para hacerse amigos en la sociedad de Xijing, y amigos influyentes, se sirvió de una estrategia que estaba en el centro de las enseñanzas budistas que pregona, es decir, se servía de las virtudes de la compasión y la caridad, y de esa manera ayudó a muchas familias necesitadas, y otras no tan necesitadas, para extender su influencia. Al final, Hui Ming aspiraba a obtener un asiento en el consejo municipal, y ello junto a miembros muy poderosos del Partido. Hui Ming transformó el templo en un centro de auténtica efervescencia cultural, ya que sabía que con la cultura ella tendría todavía más poder e influencia en las decisiones del consejo municipal de Xijing, y los miembros de esos consejos administrativos empezaron a verla como a una Yang Guifei de los tiempos modernos —es decir, una mujer religiosa que acaba teniendo mucho poder, pero en la sombra y con la legitimidad que da el ocupar un puesto religioso, y gracias a sus encantos personales y una comprensión muy aguda de la psicología humana—. Las gentes poderosas de Xijing, como las de la Asociación de

Enseñanza Budista, acabaron por adorarla como se adoraba a Yang Guifei en lo más profundo del inconsciente de cada chino. Meng Yunfang descubrió entonces que, en ese templo, la auténtica Yang Guifei se había hecho novicia (aunque taoísta y no budista) varios siglos atrás, y lo anunció a los cuatro vientos. Todo, como era de esperar, dio todavía más gloria y aura a Hui Ming. Ello iba ayudar sin duda alguna a explotar turísticamente el lugar y ganar así más fondos, sobre todo con el turismo cultural, para la restauración de las partes dañadas o destruidas por las fábricas. Había además que ganar espacio en el templo y crear, por ejemplo, un salón de actos. El resultado no tardó en llegar y junto al templo se construyó ese edificio de cinco plantas. Hui Ming se salió con la suya y consiguió arreglar la puerta de entrada principal al templo —esa que llaman la Puerta de la Montaña—, y a pesar de carecer de un arco *pailou* de piedra esculpida con pájaros grabados en ella tal y como los había en el pasado, no tenía nada que envidiar en elegancia y majestuosidad al templo de Yunhuang. Todas las novicias y monjas del pequeño templo de la Vacuidad Luminosa se lo agradecieron a Hui Ming, aclamándola como nunca antes lo habían hecho, y la comunidad budista elogió la tarea que ella había realizado con tanto ahínco en ese templo. Hui Ming, por supuesto, se creía favorecida por el destino al igual que la bella Yang Guifei. Sus actividades sufrían altos y bajos como en todas las actividades humanas, pero su posición ya había ganado la dignidad y el respeto suficientes como para que nadie se la quitara de un día para otro. De esa manera fue promocionada a directora del patio, como se solía llamar al templo, y ella quería celebrarlo por todo lo alto.

CAPÍTULO V

Zhuang Zhidie y Tang Wan'er pasaron juntos, y otra vez, una de esas noches locas, y se levantaron al día siguiente a las ocho de la mañana. Los dos tenían las caras hinchadas y se dieron un masaje mutuamente. Sin perder un instante, los dos se fueron a uno de los callejones del barrio de la etnia musulmana Hui de Xijing para comer unas albóndigas de carne de cordero y unas gachas. El objetivo era recuperarse rápidamente de la noche anterior. Luego se sentaron a charlar junto a la verja que quedaba en el exterior de la Puerta de la Montaña de la ermita de la Vacuidad Luminosa. La verja era totalmente nueva y formaba parte de la Puerta de la Montaña. De las tejas de la Puerta de la Montaña colgaba una tableta roja que decía: «Ceremonia para la celebración de la promoción a directora en el templo de la Vacuidad Luminosa». Se había preparado en el patio, y justo bajo las tejas de la Puerta de la Montaña, una mesa larga con un mantel blanco encima y había unos micrófonos envueltos en unos pañuelos rojos. Se debía subir por unas escaleritas para acceder a esa mesa, frente a la cual se habían colocado varias hileras de sillas. En la entrada se habían colgado dos telas con unas frases rimadas. Una de ellas decía que las verdades de Buda son más inaccesibles que las nubes que se posan sobre las montañas, y la otra decía que las doctrinas y los ritos ceremoniales de Buda son como la luz de la luna cuando se refleja en las aguas, es decir, se ven reflejadas en la superficie, pero llegan a las profundidades inaccesibles. Mucha gente se había precipitado al recinto del templo con el fin de ver los hábitos de los monjes, y también había monjes taoístas con sus cabezas envueltas con esos gorritos negros tan característicos de su cofradía; pero la mayoría de los invitados, como era de esperar, pertenecían al mundo civil, y eran funcionarios y políticos locales. Al otro lado de la verja aparcó un vehículo pequeño y Zhuang Zhidie se fijó en la matrícula. Se trataba de la limusina del alcalde y a Zhuang Zhidie le dejó boquiabierto, no solo por el automóvil lujoso que llevaba un miembro del Partido Comunista, sino por el

alcance de las amistades de una simple monja budista de una ermita pequeña y de poco valor como era el caso de Hui Ming. A Zhuang Zhidie también le sorprendió la cantidad de gente que se había acercado al templo para ver lo que ahí pasaba. Los que carecían de invitación, sin embargo, se veían obligados a quedarse fuera. Los excluidos apoyaban sus cuerpos contra la verja e intentaban ver lo que podían. Otros esperaban recibir algo de comida proveniente de la caridad de las monjas y las novicias del templo. Los había, por otro lado, que habían instalado sus negocios junto a la ermita y vendían velas o tentempiés para los invitados. Zhuang Zhidie buscó con la mirada a Meng Yunfang, pero no lo encontraba entre la multitud. Incluso desconocía si lo habían invitado o no. Mientras tanto, y para ganar tiempo, se fue a comprar una de esas ristras de frutos acaramelados. Tang Wan'er le dijo que debía tomar uno de esos pastelitos de arroz glutinoso si no quería acabar pronto en uno de los aseos públicos. Ella se decidió finalmente por uno de estos últimos. Los dos se acercaron a uno de esos puestos y el que vendía esos dulces era un anciano que estaba sentado al lado de un hornillo dentro del cual se cocían esos pastelitos. De hecho, el hornillo estaba inserto en un triciclo que el anciano, o vete a saber quién, había montado de cualquier manera. Había gente en Xijing cuyos recursos parecían tan ilimitados como cómicos, y todo ello por eso que llaman la lucha por la supervivencia. Enfrente del triciclo, el anciano había colgado una tableta que decía: «Pastelitos de arroz glutinoso auténticos». Uno no sabía si reír o llorar ante ese espectáculo junto al templo. Al fin y al cabo, la gloria de unos servía para que todo el mundo se acercase a ella para intentar sacar provecho, aunque solo fuese con la venta de unos pastelitos baratos de arroz glutinoso. Otra tableta anunciaba en el carrito que se vendía un zumo, también auténtico y original, que se hacía con el agua del arroz. Zhuang Zhidie le gritó al vendedor:

—¡De acuerdo! ¡Quiero uno de esos, por favor!

El viejo Han levantó la cobertura de plástico que cubría la gran torta de los pastelitos de arroz glutinoso para que no se enfriasen, cortó un par de trozos con un cuchillo que era una caña de bambú y le dio dos porciones a Zhuang Zhidie; pero este le rectificó:

—Solo quiero uno, y no es para comérmelo yo.

El viejo Han le dijo:

—Oh..., pero ¿no sois amantes? Pensaba que los dos lo erais... Os pido perdón... Entonces, es solamente para su señora... ¿No es así?

Tang Wan'er se quedó mirando a Zhuang Zhidie durante un momento y sin decirle nada. Los dos se sonrieron, y Zhuang Zhidie le preguntó al anciano:

—Y ese tipo de pastelito de arroz, que es redondo como una lente, y por esos lo llaman «lente», creo, ¿cómo lo haces? ¿De dónde viene todo esto?

—Sí, cierto, son como unas lentes —le explicó el viejo Han—, pero también son redondos como debe ser el amor perfecto y auténtico. Durante la dinastía Tang, ese tipo de pastelitos era la especialidad de las prostitutas poetas de Xijing y así aparece en muchos poemas *ci*. En la antigua sociedad se vendían en el patio, o en la entrada, de los teatros al aire libre. Ahora ya no es así y ya nadie les presta la menor atención. Son como uno de esos palillos de la adivinación que hay en los templos y cada vez que un hombre y una mujer se presentan para comprarme uno, se trata del marido que se lo compra a su mujer, o a una camarada otro camarada, o a una conocida un conocido. ¿No os parece curioso? Pero solo compran uno porque no buscan la simetría perfecta, la de las dos lentes, que es lo que representa el amor auténtico. En cambio, cuando compran dos porciones, se trata de dos amantes, porque esos sí que la buscan. Los amantes tienen un sentido de la reciprocidad que se ha perdido en las relaciones más socialmente aceptadas como el matrimonio. Esa es mi teoría, y por eso ese pastelito de arroz glutinoso aparece tanto en los poemas de prostitutas de la dinastía Tang. Los clientes buscaban en esas mujeres un amor que no encontraban con sus esposas impuestas por matrimonios apañados y acababan enamorándose de ellas.

Zhuang Zhidie volvió a preguntarle:

—Debe haber un error en tu teoría. En principio son la mujer y el esposo los que representan el amor perfecto y, por lo tanto, la redondez de ese pastelito, la simetría con otro pastelito, y lo que simboliza. No creo que ese amor del que hablas sea en realidad el de los amantes...

—Pues no, no me equivoco en absoluto —insistió el viejo Han—. Son los antiguos que lo han dicho y yo me fío de ellos. Una esposa no es una concubina, y una concubina no es una prostituta, y una prostituta no es una ladrona que te quiere robar el dinero. Los esposos de hoy en día, en su mayoría, pasan los días mejor o peor, pero los pasan al fin y al cabo sin una chispa de amor. Ríen y hablan, ríen y hablan, y eso es todo, pero ahí ya no hay amor. Por eso, los esposos no pueden representar el amor perfecto, es decir, el amor auténtico, y solo compran una porción.

Zhuang Zhidie y Tang Wan'er se marcharon, pero a Tang Wan'er le quedó una duda:

—¿Por qué has comprado una sola porción? —le preguntó a Zhuang Zhidie

—. Ello quiere decir que nuestro amor no es perfecto; es como el de esos esposos malavenidos que se aguantan porque se necesitan...

Y Zhuang Zhidie le respondió:

—Ese anciano habla mucho y se burla de la gente. No le hagas caso. Lo único que quiere es vender más y si por el hecho de que solo hayamos comprado uno nos considera como esposos, pues mucho mejor. Eso quiere decir que lo nuestro va en serio. ¡Que así sea!

Estas palabras alegraron a Tang Wan'er y luego oyó a gente que gritaba: «¡Vale, vale..., vosotros dos paseando bajo los árboles!». Tang Wan'er se asustó y se apartó a un lado de la calle. Las caras de los transeúntes le parecían hostiles y no reconocía a nadie. Zhuang Zhidie se giró, vio a su amigo Meng Yunfang y le dijo:

—¿Por qué has venido? Me topé con Tang Wan'er en un cruce y le dije que fuese a llamar rápidamente a Zhou Min. Hoy, tu maestro Meng nos ha invitado a ir a celebrar la promoción de Hui Ming. Ella me dijo que Zhou Min no estaba en casa en esos momentos y ella tampoco podía venir sola, por lo tanto. Entonces, yo la convencí de que me acompañara. —Zhuang Zhidie se puso a gritar en ese momento—: ¡Tang Wan'er, mi querida Tang Wan'er, dile al maestro Meng por qué no querías venir conmigo!

Tang Wan'er repuso:

—Porque no me fiaba de ti, Zhidie, y sabía que el maestro Meng iba a invitarme tarde o temprano. ¿Me invitas o no, maestro Meng?

—Pues sí —replicó inmediatamente Meng Yunfang—. Estás invitada. ¿No ibas a creer que soy uno de esos malnacidos que no trata bien a las mujeres?

Poco después vinieron, entre otros, Li Hongwen, de la *Revista de Xijing*, Gou Dahai y el periodista cultural Dai Shangtian, y todos ellos vinieron en bicicleta y cada uno de ellos se presentó a los otros. Meng Yunfang los acompañó poco después al otro lado de la verja, ya en el interior del templo. Ahí intercambiaron algunas palabras con los guardias de seguridad que había contratado Hui Ming para la celebración de su promoción. Una vez dentro, Meng Yunfang aprovechaba cada momento para familiarizarse con aquellos invitados que no conocía muy bien. En la entrada al templo —esa que llaman la Puerta de la Montaña— había un par de banderolas que pertenecían a la época de la dinastía Song, y esa entrada quedaba enfrente de la Puerta del Fénix bermellón —que es una de las puertas de los muros que rodean la ciudad de Xijing—. Esa situación no obedecía a ningún azar y esas dos puertas habían sido puestas la una frente a

la otra por una cuestión de *feng shui*⁸⁰. Nada más atravesar la Puerta de la Montaña que da entrada al recinto del templo, uno se topa con un espacio vacío bastante grande en medio del cual hay un estanque, y encima de ese estanque, varias montañas falsas, es decir, de esas que se construyen con unas rocas y forman una fuente. Y por supuesto, encima de esas montañas falsas sale un chorrito de agua gracioso y llamativo. Mucha gente se para y tira una moneda a ese estanque, y vociferan un buen auspicio para que todo ello les traiga suerte. Tang Wan'er se abrió paso entre la multitud y una vez dentro quiso echar varias monedas en el estanque; pero tras llevar su mano a los bolsillos, se dio cuenta de que no tenía ninguna moneda. Se giró y vio los estandartes de Song y vio que en uno de ellos, que era de color amarillo, estaba apoyado y leyendo tranquilamente Zhuang Zhidie. Este la vio apurada y comprendió lo que su amante quería hacer; él se acercó a ella y ella metió su mano en el bolsillo del pantalón de Zhuang Zhidie. Zhuang Zhidie apagó su cigarrillo en el poste que sujetaba el estandarte amarillo, pero Tang Wan'er no aprovechó ese momento para sacarle las monedas del bolsillo y lanzarlas al estanque como Zhuang Zhidie pensaba. Tang Wan'er aprovechó que tenía la mano en el pantalón de su amante para agarrarle la verga. Zhuang Zhidie se apresuró a decirle:

—Pero ¡cómo te atreves aquí delante del Buda! ¡Esto es un lugar sagrado!

Tang Wan'er volvió a agarrársela, apretándolo con más fuerza, y le dijo:

—Tú eres una persona decente, ¿cómo es posible que se te haya puesto dura?

—y riendo picaronamente, Tang Wan'er lanzó las monedas al estanque.

Meng Yunfang vino y dijo:

—Zhidie, este no es un sitio para leer. Sígueme, anda.

Tras decirle esas palabras, Meng Yunfang lo cogió del brazo y se lo llevó con él. Tang Wan'er había lanzado las monedas al estanque y lo había hecho con éxito, pero a su lado ya no había nadie para aplaudirla, y ella se puso a maldecir a medio mundo. Tang Wan'er siguió el camino de las dos barandas paralelas que la conducían a una galería compuesta por varios *bodhisattvas* de aspecto femenino, como la *bodhisattva* Guanyin, y ella se puso a compararse a esas figuras divinas: ¿quién es más bella, ella o yo? Y Tang Wan'er se enojó con ella misma por haberse hecho esa pregunta estúpida y salió corriendo de la galería al mismo tiempo que una sonrisa autocomplaciente se dibujaba en sus labios. Meng Yunfang la vio y la piropeó:

—Wan'er, incluso con esa cara de enfado te pareces a esos *bodhisattvas*. Tu sonrisa tiene un encanto enorme. Vaya que sí, eres tan bella...

Tang Wan'er le replicó:

—Maestro Meng, no digas tonterías. No hay que faltarle al respeto al Buda.

Meng Yunfang le dijo:

—Yo de Buda y su mundo sé mucho más que tú, Wan'er. En la antigüedad, solo quien conocía a fondo los *sutras* podía pronunciarse sobre Buda y sus enseñanzas. Si Buda es *algo*, ese *algo* es la muerte pura y simplemente.

Y mientras hablaba Meng Yunfang, Zhuang Zhidie se había metido en el Salón de las Escrituras y en el dormitorio de los monjes. Li Hongwen le preguntó:

—¿Así que es aquí donde duermen esas monjas budistas? ¿Y hay otro tipo de gente que duerme ahí?

Meng Yunfang le respondió:

—Pero ¿quién diablos quieres que duerma en un templo budista? Rápido, vayamos a la parte trasera del patio, ahí está el registro.

Li Hongwen le preguntó a Zhuang Zhidie:

—La monjas comparten el mismo colchón y duermen juntas. ¿Y no se vuelven todas ellas unas lesbianas?

Zhuang Zhidie no le respondió y justo delante de ellos pasó una novicia muy joven que vestía una toga larga —la *kasaya*— de color gris y con la cabeza totalmente rapada. Tenía además las cejas muy finas y perfiladas, que daban a su cara un aspecto bello. Li Hongwen escupió al suelo y suspiró delante de la novicia.

Zhuang Zhidie dijo:

—Vayamos a ver a la nueva directora. ¡Me temo que nos va a llamar a gritos!

Una vez llegados al registro, vieron que había gente esperando delante de una mesa grande, detrás de la cual había una novicia anotando los nombres en un libro cuyas hojas eran de un papel muy fino. Meng Yunfang introdujo a Zhuang Zhidie, y algunas monjas ya ancianas y unos monjes que estaban al lado soltaron el *emituofu* de turno: «¡Bendito sea el Buda!», que los budistas sueltan cuando quieren expresar sorpresa. Entonces vieron a Hui Ming, que estaba en puerta circular junto con otros invitados, y ella les saludó para darles la bienvenida. Li Hongwen le respondió con un sonido ininteligible y Zhuang Zhidie, sin embargo, le respondió con un gesto de la mano. Hui Ming se encontraba realizando unos ritos budistas en la puerta techada cuyo interior era un círculo enorme y que daba entrada a un pequeño patio limpio. En el lado norte había un par de habitaciones dentro de las cuales uno podía tomar asiento y beber un bol

de té. Hui Ming dijo:

—El señor Zhuang puede venir. En realidad, esta es la Puerta de la Montaña por la que tanto he luchado y es un lugar auspicioso. Solo temía que no pudieses moverte de tu casa.

Zhuang Zhidie le replicó:

—El templo de la Vacuidad Luminosa es de por sí un asunto muy grande en esta ciudad. ¿Cómo no iba a venir? ¡Y felicidades por todo esto! Te lo mereces sin duda alguna.

Hui Ming le dijo:

—Fíjate, han venido incluso los jefazos de la provincia y la municipalidad.

Zhuang Zhidie quiso saber más sobre esos líderes y le preguntó a Hui Ming quiénes eran. Hui Ming se lo llevó a una de las habitaciones que quedaban en el lado oeste, y los dos se sentaron en unas sillas de madera negra, sobre las cuales había unos cojines amarillos. Junto a las sillas también había algunas mesitas laqueadas en negro con unas teteras, unos paisajes de ríos y montañas *shanshuihechos* en relieve con jade jaspeado de las montañas de Lantian (de los «campos azules») y unos cigarrillos dispersos. Los dos se pusieron a tomar su té, y Hui Ming le dijo a Zhuang Zhidie cogiéndole de las manos:

—Te presentaré a cada uno de esos líderes y, por supuesto, ¡tú eres el famoso escritor Zhuang Zhidie! Y todos los líderes dirán más tarde, cuando se vayan a sus casas: «¡Yo he conocido al gran Zhuang Zhidie!».

Zhuang Zhidie vio venir al presidente del Comité a nivel provincial, al director del departamento de Asuntos Civiles y a Huang Defu, e incluso vio al secretario general de la municipalidad, ese que hacía además de teniente de alcalde de Xijing. Zhuang Zhidie les dio la mano a todos y se colocó delante de Huang Defu y le preguntó:

—Y el alcalde, ¿no ha venido?

—El alcalde tiene que asistir a una reunión importante y me ha pedido que le represente yo en la celebración de Hui Ming —le respondió con arrogancia Huang Defu.

—Me ha parecido verlo en su limusina hace unos instantes —replicó, desafiante, Zhuang Zhidie—. Hoy, el Partido parece que ha enviado a sus generales a esta fiesta como si de una gran batalla se tratase.

Huang Defu le dijo:

—Por supuesto, lo del templo de la Vacuidad Luminosa no es como para tomárselo a la ligera.

Y el secretario general, que estaba detrás, añadió:

—Los escritores de Xijing, ¿qué han aportado últimamente a nuestra ciudad, eh? Míranos a nosotros, los servidores del pueblo, y todo lo que estamos haciendo en estos tiempos convulsos...

Zhuang Zhidie puso cara como si le hubiese escuchado, pero no le había hecho ni caso, y le preguntó a Huang Defu:

—¿Y cómo vas de salud?

—Pues yo estoy como un roble. ¿Y tú? ¿Cómo llevas lo del pie? ¿Te vio finalmente el doctor Ye? —le preguntó a su vez Huang Defu.

—Sí, y no lo hace mal ese doctor. Me preparó una pasta elaborada con unas hierbas para poner encima de la herida y creo que ha funcionado.

El secretario volvió a darle la mano, pero Zhuang Zhidie miró hacia otro lado e hizo como si no lo hubiese visto y continuó hablando a Huang Defu, sentado en la silla y tomando el té. Sin embargo, miraba al secretario con el rabillo del ojo. El funcionario de la municipalidad se había quedado detrás de él haciendo aspavientos con las manos y gesticulando exageradamente. Señalando a uno de los invitados con el dedo índice, dijo:

—Hoy es miércoles y mañana jueves, ¡y luego ya es viernes!...

En ese momento, Meng Yunfang, ya en la puerta, agitó las manos, y Zhuang Zhidie salió a su encuentro. Meng Yunfang, al verlo, le previno:

—Hui Ming está hoy muy ocupada. Quiero decir con ello que no nos va a llamar. Incluso me ha pedido que me ocupe yo personalmente de hablar con la gente y guiarlos en la celebración. Ya he repartido los boletos para que los cambien por un plato de comida. En esta ermita hay muchos platos vegetarianos y creo que habrá para todos.

Zhuang Zhidie dijo;

—Hoy ha venido mucha gente y la bulla que han organizado es ensordecedora. Encima se les oye comer y vete a saber si luego van a necesitar algo de agua con sal de frutas para hacer la digestión de todo lo que hay preparado en este templo; y con el calor que hace, además van a sacar fuego.

Meng Yunfang replicó:

—Tienes razón. Lo mejor sería invitarles a que vayan a ver las caligrafías que ha traído cada uno de los invitados. La celebración va a empezar pronto, ¿vamos a verla? Y deberías sentarte con los líderes.

Zhuang Zhidie le aclaró:

—El secretario general del Comité ha venido, pero no le he hecho ni caso.

Incluso si se me sienta al lado, no le haré caso. ¿Sabes cómo va a desarrollarse esta ceremonia?

Meng Yufang le respondió:

—Ahora se celebra un encuentro en la Puerta de la Montaña, pero lo único que van a hacer es tocar algún instrumento musical y lanzar unos fuegos artificiales. Del templo de la Ley ha venido el gran maestro Xiangyun, que se encargará de leer el edicto que proclama a Hui Ming como directora del templo de la Vacuidad Luminosa. Luego vendrán los discursos de los líderes, seguidamente los discursos de otros directores de templos budistas, más tarde los discursos de otros líderes de otras comunidades religiosas, y finalmente se oficializará la promoción de Hui Ming a directora del patio.

Zhuang Zhidie le comentó:

—A la ceremonia de apertura no podré asistir, pero me gustaría de veras ver con mis propios ojos la última etapa, esa de la entrada oficial en el cargo de Hui Ming.

Meng Yunfang le dijo:

—Hablaré con ellos cuando estén libres y nos reuniremos detrás de la Puerta de la Montaña. Luego me dirigiré a la Sala de la Diosa Madre y ahí te esperaré. Te enseñaré algo que estoy seguro de que te va a encantar.

Zhuang Zhidie se dirigió a la Sala de la Diosa Madre y se quedó contemplando embobado la imagen de esa divinidad. Delante de esa sala había una caldera de enormes proporciones y cuyo interior estaba lleno de las cenizas de los palitos de incienso. Delante de la caldera había un soporte de hierro de unos cuatro metros de altura y encima de ese soporte había una plancha con una perforación cada cuatro *cunde* distancia. Ahí era donde los visitantes al templo colocaban las velas perfumadas. Esa era la razón por la cual todavía podían observarse en esos agujeros restos de cera roja que habían goteado seguramente mientras ardía la vela. Zhuang Zhidie pensaba que el ambiente cargado de ese templo irritaba a la gente. Tras salir de esa sala, vio que había dos pabellones pequeños —uno al este y otro al oeste—, y primero se dirigieron al pabellón del lado este, dentro del cual había erigida una estela de piedra de grandes dimensiones. En ella había grabada la historia de Yang Guifei antes de entrar en palacio y cuando dejó a su familia. El emperador Tang Xuanzong⁸¹ se había dirigido a este templo para adorar al Buda y quemar algunos palitos de incienso cuando la vio y ahí hizo el amor con Yang Guifei. En realidad, esa historia se la había inventado Meng Yunfang y se reía él mismo siempre que la contaba.

Luego se dirigieron al pabellón del lado oeste para echarle un vistazo. También se acercó, acalorada y más bella que nunca, Tang Wan'er, y dijo que lo había visto todo en ese templo y se había incluso interesado por saber quién era cada uno de los monjes y cada una de las novicias del templo. Hasta ha conocido a los músicos, que eran esos mismos monjes, y qué instrumento tocaban.

Meng Yunfang le dijo:

—En este templo hay trece novicias que dedican su vida al servicio de Buda, pero son suficientes para hacer frente a este acontecimiento de la vida de Xijing. Han venido además de otros sitios para ayudar en las actividades de hoy. La música también correrá a cargo de la banda del gran Ruan Zhifei y me han dicho que van a venir con los hábitos de los monjes budistas. Maravilloso. ¿No lo crees? Pero ¿les gustará a los monjes y las novicias esa música?... Ah, pero esos monjes y esas novicias confunden un par de términos: no están ahora en un *templo*, sino inmersos en un *acontecimiento* que va más allá de lo que es un templo y su vida en él, y eso es lo que cambia su actitud en estos momentos. Se han convertido, ante los ojos de mucha gente, en actrices que representan sus propias vidas por un día.

Zhuang Zhidie dijo:

—Mi viejo Meng, la estela de ese pabellón, ¿no la has hecho tú? Creo que me estás tomando el pelo con tus historias. ¿Cómo sabes que el emperador Tang Xuanzong venía a este templo a quemar incienso?

Meng Yunfang le contestó:

—Y tú, ¿tienes la prueba de lo contrario? —Meng Yunfang condujo a Zhuang Zhidie al pabellón del lado oeste y prosiguió—: Mira esto, es material y del bueno, y muy valioso. En esta ermita, en el pasado, objetos como estos los había a puñados, y las novicias eran muy decentes.

Zhuang Zhidie volvió a reiterar su posición:

—Sigo pensando que esto es falso. Te leo lo que pone en esta estela:

Epitafio a Ma Lingxu de la parte del noviciado del monasterio de la Gran Golondrina del emperador Wuguan, con caligrafía de la mano de Liu Taihe y texto de Li Shiyu del ministerio de Justicia.

Aquí se habla de la joven y virtuosa Lingxu de la secta de los gorritos (los taoístas) y que pertenece a la familia Ma de la prefectura de Weinan en la provincia de Shaanxi. De piel joven y carácter refinado, y de una belleza sin par, y de un corazón de oro y una personalidad dulce, así era

ella. Brillante y luminosa como un espejo, ella olía como las orquídeas. Grácil como los movimientos de una garza, así eran sus danzas, y las mangas anchas de su camisa fina se hinchaban con el viento, y de la misma manera ejecutaba los ritos musicales de la flauta, pero cantaba como un dragón melancólico. Un letrado la compró como esclava y sirvienta, y al poco tiempo se casaron; pero la belleza y las virtudes de la joven desaparecieron. ¿Cómo recuperar la pureza perdida? Ella huyó al sur del país para convertirse en una novicia taoísta, así pasaron tres años y así pasó el tiempo, le entraron los humores negros, y acabó muriendo. Al dejar este mundo, entró en el reino de las Inmortales. He aquí una vida rota que hubiera podido compartir la vida con el hijo del emperador. Ofrezcamos trece sacrificios a ese tesoro que ahora guarda el Cielo en su seno y recordémosla aquí en esta ermita erigida bajo el reinado del emperador Xuanzong de Tang. Imploramos tu regreso con el clan de la familia Dugu, el clan de la soledad, del duque de Dugu, el duque de la soledad, tú que eras casta como el jade y viviste solitaria como el pino; tú que eras vivaracha y lista como un espíritu, tú que eras pura como la superficie de un espejo. Tres años compartiendo la música que provee regocijo y paz, la música que viene de las cuerdas de la cítara amiga. Y sin decir nada más, ella dejó este mundo para siempre; y su marido, el de familia noble, dejó escrito: esa flor no llegó nunca a realizarse. El dolor que sentía era inmenso. Ella apenas tenía veintitrés años. Que su luz humilde se le una ahora que está destinado en la prefectura de She, en el distrito de Xiuning, en la provincia de Anhui. Celebremos la virtud de la joven y plantémosla para siempre en el recuerdo de las gentes virtuosas, y que tras leer este poema cantado ci, renazca aquí su belleza. El poema dice:

Figura bella de nuestro tiempo, como las flores en primavera y virtuosa como las gentes del Clásico de las Odas, capaz del consolar al inconsolable, como lo hacen las nubes del monte Wu y los espíritus de las aguas del río Luo. Nadie ha conocido todavía a alguien que sea como tú y yo preguntaré al Cielo para que responda a mis deseos.

Estela erigida el vigésimo segundo día de la primera luna del año del reinado del emperador Sheng Wu.

Tras leerlo, Zhuang Zhidie dijo entusiasmado:

—Esto es verdaderamente bello. La historia de esa joven de la familia Ma es

fascinante. Me ha recordado el año que fui al río Luo y me ha hecho pensar en el poema *El fu de la diosa del río Luo*⁸². No pude evitarlo y me puse a llorar. Hoy, al leer esta estela, he creído ver a esa diosa de nuevo como si la hubiese tenido ante mis ojos. Qué pena que ese jade se perdiera y esa flor se malograra. Cuántas dificultades debió encontrar en su camino, y fue la gente quien la hirió y acabó con ella.

Tang Wan'er vio a Zhuang Zhidie profundamente conmovido y con los ojos rojos. Ella pensó que algo le había pasado y le dijo, enojada:

—Ese poema parece escrito por Shakespeare. Qué lástima que el maestro Zhuang no haya vivido en la misma época que esa novicia de apellido Ma. Si así hubiera sido, estoy segura de que se habría convertido en la esposa de mi querido maestro.

Zhuang Zhidie le replicó estúpidamente:

—Quizá no me hubiese casado con ella, pero lo cierto es que habría hecho todo lo posible por tener un encuentro con ella.

Inesperadamente, Zhuang Zhidie sacó un palito de incienso y lo colocó en uno de los agujeros que había en la plancha metálica que estaba enfrente de la estela. A Tang Wan'er le entraron ganas de hacer lo mismo y dijo:

—Zhuang Zhidie es, efectivamente, una persona con sentimientos auténticos, de los de verdad, y esa que se apellidaba Ma fue una mujer con alma, aunque no sé si con cuerpo. En su conducta no hay ninguna falla y tal vez por eso murió. La perfección se adapta mal a la evolución de las especies. Imagino que ahora se habrá convertido en un fantasma y vendrá a vernos de tanto en tanto, furiosa por nuestras imperfecciones y debilidades. Pero bajo el Cielo, en este mundo, hay muchas mujeres que son reales, es decir, imperfectas, pero reales, como las hubo en realidad en la antigüedad y como las hay ahora, y como las habrá en el futuro. El maestro Zhuang no ha nacido en la antigüedad, ni durará tanto como para vivir en el futuro, eso es lo único que es cierto, y si abre los ojos se dará cuenta de que también hay mujeres cuya belleza sería capaz de consolarle como las nubes del monte Wu. ¡El maestro Zhuang debería amar a una de esas mujeres y dejarse de tonterías!

Esas palabras ruborizaron a Zhuang Zhidie. Había hablado demasiado y se sintió desnudo, como cuando expones muy, incluso demasiado, abiertamente los sentimientos. Esa era, sin embargo, una estación que hacía que la gente se abriese particularmente a los otros en cuestiones sentimentales. La gente circulaba por el templo y ofrecía sus palitos de incienso a la Diosa Madre, cuya

imagen serena y solemne parecía estar en los ojos de todo el mundo para ganarse su misericordia. Hubo incluso una mujer que le gritó:

—Madre, rápido, que se cumpla ya la promoción de nuestra Hui Ming.

Los tres —Zhuang Zhidie, Meng Yunfang y Tang Wan'er— se encaminaron hacia delante y nadie de ellos sabía si Hui Ming había subido al estrado para recibir su promoción. Vieron a un monje gordo y con aspecto saludable que vestía con uno de esos *kasaya* cruzados de color rojo que llevan los monjes budistas. Sujetaba con sus manos una bandeja de jade y canturreaba una melodía que nadie comprendía. Detrás de él había una novicia con un *bodhisattva* en sus manos y otra con un pez de madera. Otras cuatro, en dos filas, llevaban un candelabro con la forma de una flor de loto. Hui Ming iba detrás de esa pequeña comitiva y vestía con su *kasaya* cruzada y de color azafrán y unos zapatos cubiertos de una tela negra y de plataforma. Tenía el gesto facial solemne pero luminoso y con una sonrisa radiante en la que mostraba su hilera de dientes blancos. Hui Ming tenía las mejillas empolvadas y exhibía un cuello desnudo que parecía hecho de jade, e iba caminando lentamente, y al verla uno pensaba que se trataba de una de esas hadas inmortales que forman parte del panteón taoísta y se desplazaba flotando en el aire. Detrás de ella había ochos monjes y cuatro monjas que tocaban sus instrumentos musicales. De esa manera, como en un desfile, se dirigieron a la sala donde les esperaba la Diosa Madre. Li Hongwen se encontraba entre los invitados que habían formado un corrillo entre ellos y cuando vio a Hui Ming salió corriendo hacia ella como a quien se le aparece una imagen divina para responder a un milagro. Tang Wan'er se acercó a la oreja de Zhuang Zhidie y le susurró:

—Mira bien a Hui Ming, ¿no es ella la Ma Lingxu de la estela?

Zhuang Zhidie le respondió:

—Quizá sí que lo es. El templo de la Vacuidad Luminosa es verdaderamente un lugar formidable.

Tang Wan'er le dijo:

—Sí, cierto. Yo vendré en el futuro...

Zhuang Zhidie le apretó el brazo en medio de la semioscuridad del interior del templo y le dijo:

—Pero... ¿como novicia, dices?

Todos los ritos de promoción se habían organizado en la Sala de la Diosa Madre y esa sala estaba abarrotada de gente. Zhuang Zhidie, junto con Tang Wan'er y Meng Yunfang, no podía ni siquiera entrar en ella. Podían, sin

embargo, escuchar la música lejana y desentonada de la fanfarria de los monjes, pero poca cosa más. Meng Yunfang les propuso:

—Voy a buscar a alguien para comentarle nuestra situación. A ver si nos dejan entrar para que podamos ver algo.

Luego, Meng Yunfang salió a la puerta para seguir hablando con otros invitados. La muchedumbre seguía entrando y saliendo de la sala al mismo tiempo que se estaban realizando los ritos formales de devoción ante la estatua de la Diosa Madre y se leyó solemnemente la ascensión a directora, o madre supervisora, como se dice en el mundo de los budistas, del templo de la Vacuidad Luminosa. Un escuadrón de novicias que salió de los dos pabellones se arrodilló, y todas ellas golpearon el suelo con la frente mientras sujetaban unos palitos de incienso humeante y perfumado. Poco después se levantaron y se fueron a hacer lo mismo con los *bodhisattvas* que estaban en el pasillo. Finalmente, entraron en la sala principal del templo. En ese momento, unas monjas condujeron a la muchedumbre de invitados a la sala principal y los que no pudieron entrar intentaban ver algo, pero infructuosamente, entre las rendijas de la puerta o a los dos lados de la sala. Meng Yunfang cogió del brazo a Zhuang Zhidie para meterlo dentro. Zhuang Zhidie se negó, pero dudó inmediatamente de lo que debía hacer. En la puerta continuaba habiendo gente que se apelotonaba y no podía ver nada, y quería entrar a toda costa. Zhuang Zhidie le dijo a Meng Yunfang:

—Olvídalo. Incluso si lo veo todo, no voy a comprender nada.

—¿Y adónde vas a ir ahora? No vas a encontrar ningún sitio para sentarte — le dijo sorprendido Meng Yunfang.

Zhuang Zhidie le replicó:

—En la habitación de la unidad de trabajo han dispuesto un lugar para comer y beber.

Meng Yunfang le dijo, aplaudiendo con las dos manos:

—¡Buena idea! —Tras decir esas palabras, se puso a buscar por todas partes a Li Hongwen, Gou Dahai y Dai Shangtian, y salió por la Puerta de la Montaña, todos ellos dieron unas vueltas hasta que se metieron en un callejón y llegaron finalmente al número trece del edificio cinco.

Meng Yunfang se quedó un rato en la calle hablando con la gente que vio ahí sobre lo que estaba pasando en el interior del templo de la Vacuidad Luminosa y poco después se metió en el edificio cavilando sobre el nombre que podría darle a esa casa. Nada más abrir la puerta, vio que sobre una de las paredes había

colgado un marco con una caligrafía de Zhuang Zhidie que contenía apenas unas pocas palabras que querían decir: «A la búsqueda de eso que falta». Meng Yunfang dijo seguidamente:

—Pues este es nuestro salón y podríamos llamarlo así: A la búsqueda de eso que falta. Me parece una manera genial y apropiadísima de llamar a esta casa.

Todo el mundo lo escuchó con atención y elogiaron la inteligencia y el buen gusto de Meng Yunfang. Li Hongwen dijo que tenía algo de muy profundo y elegante ese nombre, y añadió:

—Podríamos incluso alquilarlo como redacción de la *Revista de Xijing*.

Zhuang Zhidie le comentó:

—Esto no puede ser. Nosotros ya sabemos qué es lo que vamos a hacer aquí. En siete o diez días habremos reunido aquí a la gente necesaria, y escogida por nosotros, para realizar nuestras actividades, y al resto les rechazaremos educadamente. Ni con diez millones de yuanes nos lo van a quitar, y este lugar debe permanecer secreto. Si alguien sabe que lo tenemos, lo vamos a tirar todo por la ventana, como ese templo de la Vacuidad Luminosa. Los políticos van a meter la nariz dentro y a ensuciarnos con sus manos.

Tras decir esas palabras, bajó del edificio para comprar una botella de aguardiente y un par de bolsas de cacahuetes. Los presentes se sentaron en el sofá sin hacer caso a quién era el huésped o el anfitrión y se pusieron a beber y picar juntos. Meng Yunfang dijo:

—Cada vez que vengamos aquí, deberíamos traer comida para poder hablar de arte y literatura a gusto, como hemos hecho hoy. Sentemos un precedente.

Gou Dahai añadió a lo que había dicho Meng Yunfang:

—Pero hablar de arte y literatura no es lo mismo que hablar de negocios. ¿Empezamos de todas formas o no? Por un lado, comemos, y por otro, charlamos, pero también deberíamos pensar en cambiar de tema de conversación de tanto en tanto.

Tras decir esas palabras, Gou Dahai abrió inmediatamente uno de los botellines de aguardiente y llenó unos vasos; luego vació de un trago uno de esos vasos. Tang Wan'er, sin embargo, no se había sentado en el sofá, sino que lo había hecho sobre la cama, y dijo enfurruñada:

—Yo no voy a beber de eso.

Meng Yunfang le dijo:

—¿Y por qué no? Seguro que te alegrará un poco.

Tang Wan'er replicó:

—¡Eres un diablo! Yo no soy uno de esos escritores, ni un editor, y por eso no puedo hablar de arte y literatura como vosotros.

Tang Wan'er agarró la almohada de la cama y se apoyó, sentada, sobre ella. Se arregló su cabello largo y desordenado y suspiró varias veces. Meng Yunfang le dijo:

—No puedes hablar de arte y literatura porque tú ya eres en sí una obra de arte y, por lo tanto, un tema de conversación para nosotros.

Tang Wan'er le dijo:

—Cada vez que abres la boca, Yunfang, apesta. ¡Tú no eres mi maestro!

Zhuang Zhidie intervino:

—Pues que sea así. Cada vez que nos reunimos, alguien cuenta una historia. Una vez finalizado, todo el mundo se pone a hablar de esa historia, o la criticamos. Y si creemos que no ha alcanzado el nivel suficiente, no bebemos.

Meng Yunfang comentó:

—Yo te conozco bien, Zhidie, y lo que quieres es oírnos contar historias para así darte ideas para tus novelas.

Gou Dahai dijo a su vez:

—Sí, seguro que lo hace para eso, como Pu Songling con su famoso *Estudio de las charlas*.

Meng Yunfang añadió:

—Pero Pu Songling no es tan rápido con la mano como nuestro Zhuang Zhidie. Un tercio de las novelas de Zhuang Zhidie se han inspirado en historias que nosotros le hemos contado previamente y ni siquiera hemos recibido ningún dinero por ello. ¡Vaya desagradecido! Pero ahora, cada vez que te cuente algo, voy a poner un precio a mis palabras. ¿Y vas a soltar tu dinero, Zhidie?

Y Zhuang Zhidie le respondió:

—Sí, con algo de vino aguadao.

Meng Yunfang dijo en ese momento:

—Eso es cierto. ¿Conocéis la Puerta de Degong en nuestro Xijing, ahí donde hay todas esas casas baratas construidas con prisas y esas chabolas? Esa ahí donde se ha agrupado toda esa gente, más bien pobre, venida de la provincia de Henan. Antes de las inundaciones del río Amarillo, las gentes de Henan se desplazaron a la Capital del Oeste para encontrar cobijo y un trabajo con el que ganarse la vida decentemente. De ahí no volvieron a moverse y vino a establecerse cada vez más gente de esa provincia. Es por eso que a la Puerta de Degong en Xijing la llama el barrio de Henan, pero muchos han vuelto a su

tierra y solo unos cuantos pisos siguen todavía ocupados. Las historias que se cuentan de puerta a puerta son, sin embargo, numerosas. Un día, se desplazó una pareja de casados a esa zona. La mujer era de una belleza que los hombres babeaban al verla y el hombre la amaba con locura. Por la noche hacían el amor varias veces y por el día solamente lo hacían una vez. Los gritos y los gemidos de placer se oían en todo el complejo de edificios de la Puerta de Degong, y alarmaban a todo el mundo. Uno en particular, un joven soltero que se dedicaba a actividades ilícitas, prestaba una atención especial a la pareja de jóvenes recién casados. Al día siguiente por la noche, la joven pareja se puso, como era de esperar, a hacer el amor apasionadamente. Tras hacer el amor, la mujer se fue a orinar. Dicho sea de paso, y vete a saber por qué razón, a ella le encantaba orinar después de hacer el amor...

Tang Wan'er lo interrumpió en ese momento preciso y comentó:

—Yunfang, siempre que cuentas algo tienen que aparecer culos y tetas de por medio.

Meng Yunfang le replicó:

—De acuerdo, lo dejaré ahí y te contaré una historia elegante de ese pequeño Henan que tenemos en nuestro Xijing. ¿Te parece? Un tipo fue aceptado en un hospital para una operación de apendicitis a un hombre, pero para que esa operación fuese exitosa, se necesitaban unas manos expertas y muy habilidosas. Al principio se escogió una enfermera ya mayor para que realizase esa operación; pero nada más llegar, sonó la campanilla del teléfono y, mira por dónde, era una enfermera más joven que la llamaba para ayudarla en la operación. Antes de hacerla, debían afeitarse una parte muy cercana a la zona erógena, como se dice ahora, del paciente y fue la enfermera joven quien se encargó de hacerlo. Tras realizarse la operación, tanto la enfermera joven como la enfermera vieja se fueron a lavar las manos a un lavadero, y la enfermera vieja dijo: «Ahora está de moda entre la gente joven tatuarse, pero ¡hay que estar loco para tatuarse esas palabras en un lugar semejante! ¡Este joven se ha tatuado la palabra “fluye” en su parte más delicada!». La enfermera joven la rectificó y le dijo: «No, no; aquí han escrito algo más. Yo lo he visto cuando le estaba depilando. Decía: “Las aguas del río fluyen en primavera hacia el Este”».

Solo Tang Wan'er pareció comprender esa historia y apretó el puño como para dar un puñetazo a alguien y señaló a Meng Yunfang y le dijo que era un perverso. Dai Shangtian, que seguía sin haber comprendido la historia, preguntó:

—Pero ¿qué quiere decir esto? ¿Y por qué esa mujer ha alargado la frase en

esa parte íntima de su cuerpo?

Meng Yunfang le respondió:

—Sois verdaderamente estúpidos. Solo Tang Wan'er lo ha comprendido nada más escucharlo. Nosotros solo hubiésemos visto lo de «fluye», pero ella lo ha comprendido todo, el verso de siete pies, porque a ella le hubiese pasado lo de la joven enfermera. ¡Sois unos tontos! ¡Al paciente se le puso tieso el pito con las manos de la enfermera joven y no con las de la vieja!

Todos los presentes se pusieron a reír y Zhuang Zhidie dijo:

—Ahora lo entiendo. Estás hecho un pícaro, Yunfang..., pero volvamos a la primera historia, la de la mujer que se fue a orinar.

Meng Yufang le replicó con sorna:

—Y como es natural, no vas a pagarme un céntimo por esta historia. Lo de los derechos de autor está fatal en este país... La mujer recién casada que se fue a orinar se equivocó de puerta al volver a su piso. En esos edificios todas las puertas se parecen y, además, no hay luz por las noches, pero la mujer no se dio cuenta y se metió en otra cama para dormir de nuevo. ¿Y adivináis dónde? Pues se metió en la habitación del rufián que vivía en la puerta que quedaba al lado derecho y que los espiaba mientras hacían el amor. El muy golfo, al ver que la joven esposa que había salido para orinar se había metido en su cama, se puso más caliente que el palo de un churrero. A eso se le llamaba un golpe del destino, e iba a poder, como se dice entre las gentes de Xijing cuando se presenta una oportunidad así, comer sin pagar. Y sin esperar más, la abrazó y empezó a hacer sus cosas con el cuerpo de la joven, y ella le dijo: «¿Otra vez?... No paras, cariño...». Pero el muy pillín no abrió la boca y continuó resoplando como un buey. La joven esposa, al oírlo, pensó que algo no iba bien y pasó su mano por la cabeza del rufián. Se dio entonces cuenta de que la persona que tenía haciendo sus cosas encima de ella no tenía cabello. ¡Ay!, se asustó la joven, quitándose al rufián de encima y saliendo de la cama. Regresó a su piso y se metió en su verdadera cama. Su marido le preguntó si había estado orinando el río Yangzi, ya que había pasado una eternidad en los aseos del pasillo, y ella se puso a gimotear, le pidió disculpas y le contó todo lo que había pasado. El marido se puso furioso, salió de su piso y se metió en el piso de al lado. Ah, se me había olvidado contaros: en verano, con esos calores, la gente deja las puertas abiertas para que corra algo de aire. El joven esposo molió a palos al rufián, que era al fin y al cabo un viudo ya anciano que vivía solo. Y este es el fin de esta historia.

Li Hongwen preguntó otra vez:

—¿Ya se ha acabado, dices?... ¿Y cuál es el final? Yo no he cogido la moraleja de esa historia.

Meng Yunfang dijo:

—Con el alboroto que provocó esa historia entre los vecinos llegados de la cercana Henan, la municipalidad ha decidido renovar las casas de esos complejos de pisos que hay en la Puerta de Degong. Lo cierto es que ahí no hay quien viva. Nuestro alcalde se preocupa del pueblo aunque parezca que no comprende nunca lo que sufren a diario.

—Interesante, muy interesante esa historia... —comentaron todos los presentes—. Tienen que pasar cosas tan terribles como esas para que nuestros gobernantes reaccionen. Te mereces un trago de este aguardiente.

Li Hongwen añadió:

—Maestro Meng, en tus historias siempre hay sexo. Yo voy a contar ahora una historia que solo Tang Wan'er comprenderá. Provengo de una de esas familias de toda la vida de Xijing y voy a contar una historia relacionada directamente con mis allegados. Hoy día, los sentimientos se mueven siempre en un entramado complejo en el que entran varias personas. Forman montañas y grupos de múltiples conexiones, con antiguos compañeros de clase, o conocidos del mismo terruño, o del trabajo. Todos ellos se sirven de esa red para establecer sus relaciones sentimentales y no importa si es en la ciudad o en el campo. Lo cierto es que la tendencia es que el campo rodea y asedia la ciudad, y esta se ha llenado de campesinos analfabetos en busca de una vida mejor. Esa red llega a todas partes, y los grandes líderes que viven en nuestras ciudades también vienen del campo y son gente que no ha triunfado ahí. Ya no queda casi nadie que pertenezca a las casas del viejo Xijing que ahora se ocupe de una unidad de trabajo en nuestra ciudad. Hay treinta y seis miembros en mi familia y la mitad ha sido expulsada a barrios del extrarradio, y los que se han quedado pertenecen a las clases más bajas de esta ciudad. Los hijos deben cuidar de los padres e incluso subsisten de los regalos en forma de dinero que se ofrecen durante el Año Nuevo. Este año, para la Fiesta de la Primavera, compraron una caja de *dimsum* y mi *laopo* me dijo que para qué servía una caja con una familia tan numerosa. Yo le dije que tenía la solución. Un día a principios del año, muy temprano, ofrezco esos *dimsum* a mi tío materno. Por la tarde, mi cuñada le dice a su hijo que me traiga la caja y se le ofrezco a mi segunda tía, la hermana de mi madre, y así sucesivamente. Nadie come en realidad esos *dimsum* y puedes ofrecer sucesivamente la caja a varios miembros de tu familia, le dije a mi *laopo*, así hasta la festividad de las Linternas. De hecho, nadie come bien ni duerme

bien. Por la noche, esa caja de *dimsum* llega siempre a mis manos. Y no soy el único que lo hace. Otros miembros de mi familia también lo hacen. Igual es una costumbre familiar. Vete a saber. Esa caja me costó tres yuanes y tres céntimos. Ahí estaba el precio pegado en la caja, y cuando la recibo, sigue con el mismo precio y los mismos *dimsum* dentro. Nadie se queja y nadie coge un solo *dimsum* porque saben las reglas del juego en una familia pobre y tan numerosa. En cambio, todo el mundo está contento porque ha recibido ese regalo familiar de manos de otro miembro de la familia. Increíble e interesante, ¿no os parece? Podríais escribir un artículo sobre mi familia y esa extraña costumbre.

Todo el mundo dijo:

—Sí, es un poco, solo un poco, interesante; pero es aburrido. Vaya historia tan aburrida que nos has contado, Hongwen.

Li Hongwen se quedó, por lo tanto, sin probar el aguardiente que tanto deseaba, y dijo:

—¿Os ha parecido aburrido? De acuerdo. Lo reconozco. No es muy divertida esa historia, pero tiene su lado cómico, ¿no creéis?

Le tocó seguidamente el turno a Dai Shangtian y este empezó a hablar:

—No sé qué contaros. No tengo ni el conocimiento ni la habilidad que vosotros tenéis. Así que ya sé que no voy a poder beber nada...

Zhuang Zhidie dijo:

—Pero tú escribes reseñas sobre libros, y estoy seguro de que sabes un montón de cosas. Más que nosotros.

Dai Shangtian les contó:

—Vivo en un piso y ni siquiera tengo casa propia. Mi mujer trabaja en un banco y de hecho vivo con ella y su familia en el décimo piso de un edificio altísimo. Cuando llego a mi casa, me falta el aliento, os lo juro. Busco la llave y me doy cuenta de que la he olvidado en mi coche o en el candado de la bicicleta, porque las llaves de mi casa están en el mismo juego que las llaves del candado de mi bicicleta.

Tras escuchar esa historia, nadie de los presentes dijo nada. Solo uno de ellos dijo:

—¡Continúa hablando!...

Pero Dai Shangtian contestó:

—Ya he acabado. Ese es el fin de la historia.

Y Tang Wan'er le propuso:

—Esta no sirve. Cuéntanos otra historia.

Dai Shangtian se puso a contar:

—Yo siempre lo pienso. En Xijing hay mucha gente, demasiada seguramente, pero yo solo tengo contacto con cuatro o cinco personas en el exterior. En mi casa, con mis padres en tanto que soy su hijo; con mi mujer porque soy su esposo; con mi hijo porque soy su padre. Fuera de mi casa, estáis vosotros, mis amigos y mis compañeros de trabajo en mi unidad de trabajo. En este mundo, ¿de quién más puedo decir que estoy en contacto de forma genuina? ¿O qué poseo de verdad? Pues solamente mi nombre. Sí, mi nombre y nada más; pero yo nunca me llamo a mí mismo; son los demás quienes lo utilizan para llamarme, así que les pertenece a ellos más que a mí.

Meng Yunfang le dijo:

—Tú no vas a probar una gota de ese aguardiente. Eso ni es una historia ni es nada. Nos estás tomando el pelo.

Zhuang Zhidie dijo a su vez:

—Lo que ha contado me ha dolido particularmente. No puedes penalizarlo por ello. Dahai, es tu turno ahora.

Gou Dahai dijo:

—No he preparado nada y no me atrevo por pudor a confesar algo que sea verdadero. Hablaré de algo que han oído mis oídos. En estos tiempos, en los mercados de Xijing venden muchos productos que son falsos y pensaba que solo afectaba a la gente de abajo y no a nuestros líderes, pero el domingo pasado me comentó mi hermana mayor que uno de nuestros líderes, ya anciano, invitó a la municipalidad de Xijing a varios compañeros y quería así hacer prueba de su influencia y poder. No eligió su casa, sino uno de los hoteles caros de la ciudad, y ahí organizó un banquete. Querían beber el aguardiente de Maotai y los del hotel les trajeron, por supuesto, un botellín de Maotai; pero... ¡era falso! ¡Sí, un Maotai adulterado! Volvieron a sacar otro botellín y era falso; sacaron otro y también era falso. Cada uno de los botellines era Maotai falso y todos los invitados palidieron. El pobre funcionario anciano, ya al final de su carrera y en la cúspide de la administración local, tuvo que preguntar por el responsable de ese hotel, pero resultó que era el secretario del Partido. El funcionario anciano le pidió que trajera un Maotai verdadero y el secretario le dijo que traería el de su propia casa, el cual era de la mejor calidad, y así lo hizo; pero resultó que ese aguardiente *baijiu* de Maotai también era falso. No solo era falso, ¡sino que era agua del grifo! ¿Cogéis la moraleja de la historia o no?

Meng Yunfang dijo, entusiasmado:

—Esta historia sí que es buena. Démosle todo el aguardiente que quiera. A ese funcionario viejo y arrogante querían sacárselo de encima, por eso le hicieron esa jugarreta con el Maotai. Pero ¿quién puede en estos tiempos ofrecer un Maotai de calidad? Aunque esos comunistas saben cómo encontrar lo que buscan por caro y difícil de encontrar que sea... Zhao Jingwu me contó un día algo parecido a tu historia, Dahai.

Gou Dahai, con la cara enrojecida, dijo:

—Ya había dicho que no me iba a inventar nada. Alguien, debería, sin embargo, escribir esa historia y publicarla en una revista. —Tras decir esas palabras, Gou Dahai se bebió el vaso de aguardiente que le habían servido.

Li Hongwen dijo por su parte:

—Lo que os he contado no me ha dejado satisfecho, pero tengo que reconocer que tiene un significado luminoso y tengo todavía algo más que deciros, aunque esta vez lo haré por escrito y en un artículo. Zhidie, tú no debes hacerlo por mí. Si lo haces, y ya que tu fama es grande, te verás perjudicado. Tu reputación se vendrá abajo y te acusarán de plagio, o el lector dirá que soy yo quien te ha plagiado a ti.

Zhuang Zhidie le replicó:

—No te preocupes por ello. Ahora es mi turno y escucharás mi historia. Acabo de ir a los aseos del templo de la Vacuidad Luminosa y nada más llegar me di cuenta de que había mucha gente en ese lugar. Todos los agujeros que había en el suelo para hacer aseos estaban ocupados y además había gente esperando al lado. Uno de los hombres que estaba agachado sobre uno de los agujeros reía sin parar y me pregunté que quién debía ser esa persona. ¿Es alguien que ama la literatura?, me pregunté. ¿O que está leyendo un periódico? ¿Estaba mi fotografía sobre el libro y ello le hacía gracia? Pasé junto a él y se lo pregunté, pero el hombre no me dijo nada, pues ni siquiera estaba leyendo, simplemente estaba defecando, y ello le hacía sonreír.

Todos los presentes se pusieron a reír a carcajadas y Tang Wan'er dijo:

—Tú te estás burlando de nosotros, ya que estamos riendo, por lo tanto, somos nosotros quienes estamos defecando. Igual te has quedado satisfecho con esa historia y has cumplido con lo que debías hacer, pero yo me pregunto si un gran escritor como tú puede contar esas historias tan tontas y soeces...

Zhuang Zhidie le respondió:

—Sí, he cumplido y muy bien con lo que debía hacer. ¿No os habéis reído todos? En el mundo pasan cosas así. Nadie debe sentirse avergonzado, ni el que

lo cuenta ni el que lo oye. Y el que mejor lo ha hecho he sido yo. Vuelvo a preguntaros, ¿no os habéis reído? ¿Por qué me estaría rebajando con mi historia? Nadie ha salido mal parado. Ahora todo el mundo se hace fotografías y todo el mundo sonríe. Ante la cámara, todos dicen: ¡Patata! ¿No os parece genial mi historia? El hombre estaba sonriendo porque quería que le viesen así mientras defecaba. Este es nuestro mundo. ¡El de la sonrisa mientras estás defecando! ¿No cogéis la moraleja?

Meng Yunfang dijo:

—Esta historia no nos sirve. No todo está permitido en un salón literario como este. Hay que contar historias que nos lleguen a todos y que nos inspiren. ¡Y que nos hagan más creativos!

Tang Wan'er dijo por su parte:

—Yo, ahora, sé qué tipo de escritores sois vosotros y de dónde sacáis la inspiración para vuestros artículos. Yo me sirvo de ti y tú te sirves de mí. Sois como esos peces que comen del comedero de una misma pecera. Bebéis de la misma agua sucia y luego os quedáis igual de sucios todos vosotros. ¡Os convertís en unos peces apestosos con vuestras historias!

Ese comentario dejó deprimido a casi todo el mundo. Solo a Meng Yunfang le provocó unas risas y dijo:

—Tang Wan'er es muy dura con nosotros. Si pudiera, nos despellejaría a todos nosotros y de paso a todos los escritores de este mundo. Por eso, he pensado en una solución para salir de este malpaso. Deberíamos llamar a Hui Ming para que nos cuente historias sobre el budismo *chan* (o zen). Ahora debe andar muy ocupada, ya que tiene más responsabilidad, pero en el futuro sí que lo haremos. Si a todo el mundo le interesa, yo puedo contaros algunas cosas sobre el *qigong* (ejercicios respiratorios) y la obra *Los números divinos del maestro Shao...*

Zhuang Zhidie dijo:

—Mi viejo Meng, no nos cuentes esos rollos de espíritus que nos predicen el futuro. Tang Wan'er no es ni una escritora ni una periodista como nosotros, pero posee una sensibilidad superior a la nuestra. Además, no pertenece a nuestro grupo y sus ojos ven más que los nuestros.

—¿De verdad que soy así?

Meng Yunfang dijo:

—Si quieres contar una historia, cuéntala ahora, y luego iremos a comer algo.

—¿Qué queréis escuchar?... ¿Algo simple y natural o algo obsceno? —quiso saber Tang Wan'er.

Li Hongwen dijo:

—¿Todavía más historias?... ¡Algo obsceno, por supuesto!

Tang Wan'er barrió con su mirada a todo el mundo y dijo con una sonrisa en los labios:

—A vosotros os va mucho eso de activar las tres energías de vuestro cuerpo. Es una pena, pero yo no sé ninguna de esas historias obscenas que tanto os gustan. Vengo de un lugar pequeño y no sé mucho de lo que pasa en una gran ciudad; pero he escuchado un poema cantado *ci* que podría canturreároslo, si lo deseáis.

Zhuang Zhidie le dijo:

—¡De acuerdo!

Tang Wan'er se puso a cantar:

Se levanta el polvo en los ochocientos li de tierra que ocupan las llanuras de Qin y Chuan (las provincias de Shaanxi y Sichuan) y sus treinta millones de habitantes cantan en ellas y sin cesar la ópera de Qinqiang, y con un bol de fideos en las manos, el júbilo alcanza su máximo apogeo, pero la falta de pimientos rojos les hace gruñir: grrr...

Tras canturrear Tang Wan'er ese poema *ci*, todos los presentes se pusieron a aplaudir y dijeron entusiasmados:

—Hablas de las gentes de Shaanxi, pero también de las gentes de Xijing. Wan'er, ¿dónde has escuchado ese poema?

Zhuang Zhidie le acercó a Tang Wan'er una copa de aguardiente y le dijo:

—Hay que reconocer que hoy la contribución más interesante a nuestro salón literario no viene de uno de nosotros, pobres letrados a pesar de nuestra gran reputación, sino de Tang Wan'er. Ese poema *ci* es verdaderamente bueno y lo ha recitado de maravilla. Propongo que le demos de beber más aguardiente que al resto de nuestro grupo. Tres boles recompensarán ese mérito, ¡y brindemos luego todos juntos! ¡Y comamos un bol de fideos con salsa de verduras fermentadas!

Todos los presentes en el salón literario se levantaron y le pidieron a Tang Wan'er que se bebiese sus tazones de aguardiente. El rostro de Tang Wan'er brilló con una belleza inusual y se puso a reír sin parar. Bebió el primer tazón, pero con el segundo no pudo. Zhuang Zhidie la ayudó con ese tazón y brindó a

la salud de Tang Wan'er. El rostro de la joven se ruborizó como la piel de un melocotón.

* * *

Niu Yueqing salió corriendo hacia el puesto de ultramarinos, donde compró de esos alimentos que no se consideran básicos, y que solo había en algunos puestos del mercado, y regresó, también corriendo, con sus bolsas ya repletas de esos alimentos, hacia su casa, y una vez ahí los metió enseguida en el frigorífico. Era domingo y muy temprano, y por eso no se atrevió a comprar pescado o gambas, ya que sabía que podrían ponerle malas. Se dirigió por lo tanto a otra calle para comprarle unos pantalones y un cinturón de color rojo a su marido Zhuang Zhidie. Las mujeres piensan siempre en esos pequeños detalles, y ella se dirigió al centro comercial de la avenida del Sur para comprarlo, pero se fue con las manos vacías y sin encontrar lo que buscaba. Luego se dirigió a las tiendas del templo de Cheng Huang —el Dios de la Ciudad—. El edificio que albergaba ese templo antiguo pertenecía a la época de la dinastía Song y la puerta todavía quedaba, milagrosamente, en pie, pero nada más entrar a través de ella, más avanzaba uno, más se estrechaba el camino. Los dos lados de la calle estaban formados por unas callejuelas que iban paralelas y la entrada a las tiendas —que eran numerosas— quedaba justo en un edificio que estaba enfrente. Unos sauces viejos y nervudos, pero con sus hojas grandes y verdes, acompañaban esa entrada. En cada una de esas entradas había una tienda que vendía exclusivamente un solo producto relacionado con su especialidad: una vendía agujas y alfileres, otra tienda vendía hilos, otra tienda vendía botones, o enganches, o antiguas zapatillas para pies vendados, o gorros de felpa, o juegos de *majiang*, o escupideras, o cacharrería diversa... En los últimos años, esas tiendas se extendieron por seis callejones más del mismo barrio, y se hacía debido a la tradición de servir la comida fría de las fiestas de Qingming —la festividad de la Luz Pura—, que es la fiesta en la que se rinde homenaje a los muertos. Y en ese momento del año, se encienden las velas y se queman los papelitos rojos delante de las entradas. En las bodas, durante las fiestas de Qingming, se cuelgan unas ristras con el fruto rojo de los espinos que alcanzan unos tres *chide* largo; o cuando nace un niño y hay que envolverlo con una tela roja, cuando se muere alguien en ese período del año, o se procede con los ritos de la piedad filial, cada uno de los participantes se venda la cabeza con una tela también roja. Cuando se quiere celebrar la llegada a la mediana edad, uno

también se viste de rojo y ¿sabes a dónde se dirigen todos para conseguir tanta cosa roja? Pues van a ese barrio para comprar ropa o telas, o cualquier otra cosa, pero de color rojo. El octavo día de la cuarta luna, en Dongcheng (el cantón este de la ciudad de Xijing), se venden esas cestitas de paja de bambú con pastelitos de arroz y dátiles rojos, o esos panqueques que reproducen figuras diversas, o las zapatillas diminutas de las abuelas que llevaban los pies vendados, o esos potes de cerámica cubiertos con tapas envueltas con terciopelo negro y que contienen confituras, o esos potes metálicos que vienen de Xicheng (el cantón oeste de la ciudad de Xijing), en los cuales calientan vino bajo las llamas de un carbón ardiente durante la duodécima luna. Todo eso podía encontrarse en esas callejuelas escondidas. Niu Yueqing se fue, por lo tanto, a esas tiendas para encontrar las ropas rojas de su marido, si las había de algodón puro o con el signo de Buda *fo* grabado en las mangas. Pero no encontró lo que buscaba y casi hizo perder la paciencia al vendedor de turno, usando un lenguaje cada vez más agresivo y soez. A uno de ellos, de carácter afable, le dijo:

—¡Vaya por dónde, parece como si estuviese buscando la toga amarilla con el dragón estampado para el emperador de turno! —Y tras decir esas palabras, Niu Yueqing se puso a reír por lo bajines.

CAPÍTULO VI

Al salir del callejón estrecho de las tiendas pequeñas y entrar en la pequeña callejuela, Niu Yueqing se topó de repente con Gong Jingyuan. Gong Jingyuan era un tipo gordo cuya barriga, grande y oronda, le hacía ruidos constantemente —sobre todo cuando se movía— y además lloraba siempre que se reía. Gong Jingyuan le dijo a Niu Yueqing:

—Oh, mi hermana pequeña, ¿cómo lo haces para mantenerte tan joven? ¡Tienes el cuerpo de una jovencita! ¿Por qué no habré nacido para ser tu hermanito? Te pondrás fea pronto. ¡Aprovecha el momento y vente conmigo! ¡Conmigo encontrarías el equilibrio perfecto! —le dijo dándose unas palmadas en la barriga.

Niu Yueqing también le dio una palmadita en la barriga y le dijo que le gustaban los hombres con barriguita, y que lo encontraba además muy atractivo. Gong Jingyuan le dijo que él no tenía, por tanto, todo perdido con ella, y los dos se pusieron a reír a carcajadas. Gong Jingyuan vio entonces las ropas rojas para hombre que Niu Yueqing había encontrado finalmente en una de las tiendas.

—¿Por qué querías vestirte tan colorida? —le preguntó—. ¿Tienes que cumplir con alguna cita especial?

Niu Yueqing le respondió:

—Me he topado contigo por casualidad y tampoco pensaba darte el parte respecto a lo que he hecho hoy o lo que voy a hacer. He comprado este pantalón y este cinturón para mi marido, Zhuang Zhidie. El miércoles es su cumpleaños. Si quieres, puedes presentarte. Habrá mucha fiesta, de eso estate seguro, amigo.

Gong Jingyuan le dijo:

—Uy, esto sí que me da miedo; es un asunto tan importante. Todos mis hermanos estarán ahí, día y noche, e incluso ese viejo chocho de Ruan Zhifei. Seguro que vendrá con sus teatreros a daros la tabarra. Si queréis, yo puedo encargarme de la cocina. No importa el hotel que sea, yo os acompañaré.

Niu Yueqing le replicó:

—No, no podrás en realidad encargarte de nada. Tampoco podrás llevarte nada. Lo único que podrás hacer es abrir tu boca para comer. Esas son las reglas. Si no las cumples, ¡me enfadaré! También podrás jugar al *majiang* si lo deseas. No necesito ningún asistente en mi casa.

Gong Jingyuan le dijo:

—Pero ¿qué crees que voy a hacer? ¿Jugar al *majiang* y ayudarte?

Los dos volvieron a reírse de sus comentarios y se dieron las manos. Niu Yueqing regresó cuando ya oscurecía y Liu Yue ya había preparado la mesa. A un lado de la mesa estaba sentado el marido de la prima. A un lado del sofá había un saco de patatas, un par de calabazas y unos lirios del día envueltos en unos pañuelos. El hombre no había comido todavía y estaba esperando, al parecer, a Zhuang Zhidie y Niu Yueqing. Tras saludarse, Niu Yueqing dijo:

—Zhidie se ha ido fuera por unos días y no ha regresado todavía. Esta noche cenará fuera. No vale la pena que lo esperemos...

Nada más decir Niu Yueqing esas palabras, Zhuang Zhidie entró tan pancho por la puerta de la casa y el marido de la prima de Niu Yueqing dijo:

—Tanto se habla en la ciudad del lobo de Cao Cao que este acaba viniendo...

Zhuang Zhidie, con el rostro acalorado, preguntó:

—Hacía tiempo que no te veía. He oído decir que eres el propietario de una fábrica de ladrillos, ¿es así?

El primo de la prima se apresuró a contestarle:

—Los hay que ganan mucho dinero sin pegar ni golpe y los hay que se matan a trabajar y no ganan un céntimo. Lo de hacer ladrillos no te hará rico, más bien al contrario. ¡Te vas a morir de hambre! Un ladrillo no vale un pepinillo. ¡Y durante el día eres como un fantasma echando fuego por la boca y humo por las orejas! Y cuando intento besar a una mujer, esta se va corriendo. Ya se lo he dicho a vuestra prima. No es que haya bebido más de la cuenta, ¡son los ladrillos, que hay que hornearlos a fuego vivo! Así que me he dedicado a lo de preparar platos...

Zhuang Zhidie se quedó maravillado con esas palabras y se quedó con la idea de que se le había escapado algo, y le dijo:

—Yo tampoco me he atrevido a abrir una empresa. No quiero construir ninguna casa. ¿Para qué? Vuestra prima quería veros y por eso os ha hecho venir. ¿Lo entendéis ahora?

El marido de la prima dijo:

—Así que no estabas de acuerdo con Yueqing. ¿Temías que unos garrulos de campo viniesen de tu terruño a cenar a tu casa? Escóndeme si quieres en el armario; pero he venido, como vendrán otros miembros de mi familia, para ver a Yueqing, y otros más y otros más...

Zhuang Zhidie se lo quedó mirando con cara seria y le preguntó a Niu Yueqing:

—¿Qué vamos a hacer nosotros?

Niu Yueqing sonrió, pero no dijo nada. Liu Yue intervino y dijo por su parte:

—¿Vas a dar otro paseo y vas a hacer la fiesta fuera? ¿Para qué sirve la parentela? ¡Es tu cumpleaños, maestro! ¿Es que lo habías olvidado? Y tu mujercita lo está preparando todo.

Zhuang Zhidie se puso a temblar cuando vio los pantalones y el cinturón rojos. Con la cara tensa y la mirada profunda, dijo:

—¿Setenta u ochenta? Ni siquiera celebras el cumpleaños de tu madre, ¿por qué quieres celebrar el mío? —Y luego le dijo al marido de la prima de Niu Yueqing—: No escuches a Yueqing. No sabe lo que dice, y come, anda. Yo cenaré fuera... —Zhuang Zhidie se metió en el estudio.

El marido de la prima de Niu Yueqing quería sobre todo hablar con Zhuang Zhidie y por eso vino a cenar a casa de la prima de su mujer; pero Zhuang Zhidie no estaba esa noche para muchas fiestas y ponía mala cara a todo el mundo, y el primo solo pudo expresarse en voz baja ante Niu Yueqing y le dio las hierbas medicinales que su mujer había tomado para quedarse embarazada. Le dijo que esas hierbas no iban a tener ningún efecto al cabo de un mes. A partir de ese momento, solo podría utilizarlas como remedio contra los resfriados. El marido de su prima le contó que se lo iba a dar a su mujer, pero que un imprevisto —un cliente que no quería pagarle los ladrillos— le alejó de su casa, y cuando volvió ya había pasado medio mes y las hierbas no funcionaban. El primo le dijo que era porque a su mujer se le había pasado el momento de la fertilidad. Pero a Niu Yueqing le molestó la cháchara del marido de su prima. Sabía que esas hierbas no servían para quedarse embarazada y ese hombre le estaba contando excusas. Ella se había gastado varios cientos de yuanes para nada. Además, los había invitado a cenar a los dos. Los deberes del hombre son pequeños y sus errores numerosos y muy grandes, pensó Niu Yueqing, y todo el mundo se equivoca. No quería quedar mal con su primo, ya que al fin y al cabo era de la familia, y le dijo:

—Iré a buscar de nuevo a esa anciana y le compraré esas hierbas, las cuales, me consta, pierden pronto su valor medicinal. Esos pedazos de madera aromática y hojas de aloe son caros y valen unos quinientos yuanes.

El marido de la prima le replicó:

—Que me muera si no es verdad lo que digo. Ni siquiera beberé un trago antes de hacerlo.

Niu Yueqing volvió a susurrarle:

—Todo esto debemos guardarlo en secreto. No se lo podemos decir a nadie. Si se queda embarazada, me lo cuentas a mí, pero a nadie más. Yo me encargaré de comprarle los productos que necesitará ella, pero tú deberás prohibirle cualquier tipo de actividad. Y sobre todo no debéis pelearos. Llegado el momento, llamaré a un taxi y la llevaré al hospital para que dé a luz.

El marido de la prima asintió con la cabeza y dijo:

—Eso es natural.

Niu Yueqing volvió a insistir:

—Lo repito, tanto si tomo esas hierbas como si no lo hago, no hay que decirle nada a Zhuang Zhidie.

Tras decir esas palabras, Niu Yueqing se desplazó al estudio y le dijo a Zhuang Zhidie:

—Si no comes nada, al menos acompaña al primo a beber algo. Yo saldré con mi prima a la calle para comparar un par de sandalias.

Zhuang Zhidie cogió un botellín de aguardiente y se fue al salón con una sonrisa en la cara.

Niu Yueqing tenía la intención, en realidad, de ir a tocar la puerta de la anciana Wang. Con los quinientos yuanes que ya tenía en la mano, quería comprar las hojas de aloe; pero también quería comprarle un par de sandalias a su prima. Mientras tanto, el marido de la prima y Zhuang Zhidie se quedaron apurando el botellín de aguardiente. Niu Yueqing puso las hierbas en el mismo paquete que las zapatillas y de esa manera las disimularía ante los ojos de su marido. Nada más llegar a casa, le dijo al marido de su prima:

—Aquí te dejo las zapatillas de tu mujer. Cuando salgas, las coges.

Niu Yueqing le dijo esas palabras mientras guiñaba uno de sus ojos, y el marido de su prima lo comprendió inmediatamente y dijo:

—Me siento, en estos momentos, con el corazón un poco ligero... —pero eso no le impidió despedirse de todos e irse como si tuviera fuego tras de sí.

Zhuang Zhidie lo vio andar más rápido de lo normal y luego pensó que al fin

y al cabo esos familiares no eran tan impresentables como creía. Lamentó por lo tanto haberse comportado groseramente con ellos y los acompañó al fin a la boca del callejón. Cuando sus invitados ya estaban lejos, Zhuang Zhidie se puso a pensar en los secretos de su mujer Niu Yueqing y ello le intranquilizó. A lo lejos, en el lado oeste de la ciudad, en el parque del Río de la Ciudad, oyó que cantaban ópera de Qinqiang. Esa música le acompañó hasta su llegada a la casa. Un taxi pasó entonces por el callejón y Zhuang Zhidie creyó reconocer que en su interior estaba el hijo díscolo de Gong Jingyuan. Nada más entrar en la casa, le preguntó a Niu Yueqing:

—Ese que ha pasado, ¿no era el hijo de Gong Jingyuan?

Niu Yueqing le respondió:

—Pasa, anda, y te lo explicaré con pelos y señales. Todo el mundo dice que ese niño fuma demasiado opio y al verle la cara uno se da cuenta de ello. Su padre se va mañana temprano a Lanzhou y quería dejarte un regalo para tu cumpleaños antes de irse. Ni siquiera su hijo ha aceptado que le ofreciese un trago de las prisas que tenían. Creo que necesitaba opio y no se encontraba muy bien. Vete a saber dónde quería ir a fumar esas porquerías. Oh, cómo ha cambiado el mundo. ¡Qué bajo ha caído la familia Gong!

Zhuang Zhidie miró el regalo y vio que se trataba de un auténtico pastel de cumpleaños. Todo ello iba empaquetado en un papel lujosamente bordado con algunas telas y flores. Zhuang Zhidie le dijo a su mujer:

—¿Y habías invitado ya a la fiesta al viejo Gong?

Niu Yueqing le contestó:

—Lo he visto hace un rato en la calle y hemos charlado un rato, y en efecto, le he invitado; pero ¿no decías que no querías recibir a nadie?

Zhuang Zhidie le replicó:

—Yo ya he dicho que no podía ir. ¿Quién más me va a enviar un regalo? Tú podrás apropiarte de todos los méritos y ni siquiera me has informado sobre los invitados. ¿Qué pretendes con estas ropas? ¿Vestirme como a un emperador? Jing Xueyin está haciendo mucho ruido mientras se prepara detrás de la barricada para atacarnos y yo todavía no soy un perdedor. En estos momentos, en nuestra casa, todo es un auténtico desastre, y es el peor momento para hacer celebraciones y traer invitados. ¿Cuánta gente se va a tapar la boca y se va a reír con el agujero del culo? Te lo digo ahora; rectifica y échate para atrás en este asunto del cumpleaños. ¡Ese día yo no voy a estar en casa!

Esas palabras de Zhuang Zhidie le dejaron con cara de tonta a Niu Yueqing.

La venerable anciana salió en ese momento de su dormitorio y dijo:

—A mí me importan un pito vuestros asuntos. Pero ¿no creéis que un mediador imparcial os haría bien en este asunto? Lo que acabo de oír me ha provocado náuseas. Zhidie, has hablado muy mal a un miembro de mi familia y eso no te lo perdono. ¿Por qué le has insultado? Yueqing se ha encargado de recolectar dinero para tu cumpleaños, pero he sido yo quien ha tenido la idea. Si tu suegro apareciese, se reiría de ti y amonestaría a su hija por no respetar los valores de la piedad filial, pero yo ya se lo he dicho: cuando envejezca, no quiero que una mujer sola se ocupe de esta casa. Una mujer necesita a un hombre, de lo contrario está incompleta, y Zhidie ha sido esa mitad para nuestra hija. No digo con eso que no debáis separaros de tanto en tanto, pero si esta casa está hecha un desastre en estos momentos es porque no os lleváis bien. Esa es la base de todo en una casa. Hay que evitar disputas porque traen miseria a los hogares y eso es lo que está pasando aquí en estos momentos. ¿No somos una casa de gente famosa y con buena reputación? Todo eso se está yendo al traste. ¿Queréis que acabemos pobres? Si Xijing no hubiese tenido el agua de nuestro pozo, ahora esta ciudad ni siquiera existiría.

Zhuang Zhidie agarró inmediatamente del brazo a su suegra y la llevó otra vez al dormitorio. Le pidió a Liu Yue que preparase una infusión de mandarinas y dijo:

—Madre, no sé qué has entendido, pero solo estaba molesto porque Yueqing ha actuado por su cuenta como si fuera la dueña de esta casa y eso no está bien. Eso me ha ofendido.

Niu Yueqing había oído el comentario de Zhuang Zhidie y desde el salón dijo:

—¿Dices que te he ofendido? ¡Lo que hay que oír en esta vida! ¿Y tu *laopo* qué? ¿No se ha ofendido? Este año, hasta tienes mala suerte con tu cumpleaños. Se te ha enfriado la cara, Zhidie, y eso que la tenías acalorada. Tus palabras, cada vez que abres la boca, son como cuchillos que se clavan en el corazón. Eso es lo que yo he tenido que soportar y a lo que he tenido que acostumbrarme. Hasta me has hecho sentir vergüenza delante del marido de mi prima. ¿Cómo voy a mirar a la cara ahora a los miembros de mi familia? ¡Se van a reír de mí! ¿Y con qué cara voy a volver a casa? Durante esta segunda mitad del año ha habido un aumento de soledad. Vas cada vez más a tu aire y parece que vives solo. No me haces ni caso. Todo el mundo piensa que en esta casa reina la felicidad, pero lo cierto es que nadie sabe si soy en realidad tu esposa o la sirvienta, o ¡tu esclava!

Liu Yue estaba en la cocina trasteando con los cacharros y oyó toda la conversación, y le dijo a Niu Yueqing:

—Gran hermana, una sirvienta es una sirvienta y no es una esclava. No las confundas. ¿O es que la señora me considera una esclava?

—Esto no te concierne a ti, así que mantén la boca bien cerradita —repuso Niu Yueqing.

—Insultar a la gente, eso no está bien —replicó Liu Yue—. Yo no he dicho nada inconveniente. Solo he querido expresarme un poco. La gran hermana tiene un corazón bueno y el maestro Zhidie también es una persona razonable. Lo de celebrar su aniversario con tanta pompa no parece muy adecuado en estos tiempos. Vendrá seguramente mucha gente, amigos, sobre todo, que charlarán de muchos asuntos y beberán como cosacos. ¿Para qué ese baño de multitudes? Y no mencionemos el lugar, que es muy pequeño para tanta gente. Seguro que esas circunstancias saldrán a la luz del día. Dirán que la prosperidad de la familia ha caído en picado. La reputación del maestro Zhuang se va a ver perjudicada.

Zhuang Zhidie se dirigió a su mujer:

—Escucha, escucha..., Liu Yue sabe más que tú de la vida y también demuestra ser más sabia.

Niu Yueqing se enojó con la salida de tono de su marido, pero no dijo nada durante un rato, intentando controlarse lo máximo. Tras escuchar las palabras de Liu Yue y recibir la respuesta antipática de su marido, sin embargo, Niu Yueqing se encendió por dentro:

—Yo no soy como Liu Yue. Liu Yue tiene miedo de hacer la comida. Si en casa nadie quiere comer, ¡ella se pone de lo más contenta!

Liu Yue dijo:

—Esta mañana, he ido tres veces, y corriendo, al mercado de las verduras, y mis pequeños pies no pueden, desgraciadamente, ir más rápido, ni mis manos llevar paquetes más grandes. Yo soy una sirvienta y entra en mi vida y mi destino preparar la comida a mis señores. ¿Y qué me cuentas ahora con lo de que me da miedo cocinar?

Por lo general, Liu Yue nunca respondía a Niu Yueqing, pero esta vez se animó y lo hizo. Niu Yueqing pensó que había mimado demasiado a Liu Yue y esta se había pasado de la raya. Quiso aclarar ese asunto con ella y un poco airada le dijo:

—Eres una persona con dos caras, Liu Yue. Cuando hablamos, estabas de mi parte. Ahora que él ha hablado, estás de la suya. Te cambias de un lado a otro

según sopla el viento. Claro, porque es tu maestro Zhuang quien habla y además él es famoso. La gente dice a menudo que cuando el marido desprecia a la mujer, nadie más la respeta. ¡Y tienen razón! Liu Yue, es cierto que eres sabia y conoces muchas cosas de la vida, pero ¿por qué gritas cuando hablas? ¿Qué pretendes decir en realidad?

Esas palabras provocaron los llantos de Liu Yue y Zhuang Zhidie se dirigió hacia ella y se sentó a su lado. Estaba lívido, y al ver de tan cerca a Liu Yue pensó que la joven criada era al fin y al cabo una persona ajena a la casa. Zhuang Zhidie había enojado a su mujer y se sentía indirectamente responsable de ello por no haber tapado la boca a Liu Yue a tiempo, dio un golpe sobre la mesa y le preguntó a la criada:

—Liu Yue, ¿por qué lloras? Hay que repetirte las cosas una y otra vez. Acabarás viniendo conmigo al Círculo de las Artes y las Letras de Xijing y acabarás preparándonos la comida. Ya verás...

Niu Yueqing dijo:

—¡Vale, ya está bien! Puedes ganarte la vida como nuestra sirvienta. Lo que te pedimos, lo haces; y lo haces además como queremos que lo hagas. ¡Trabajemos juntos! Los maridos no se atreven a decirlo, pero ¿cuánto me queda por vivir a mí? ¡Voy a avergonzar a mis ancestros! —Niu Yueqing acabó su comentario con una voz plañidera y seca. La abuela tembló al verla hablando de ancestros y muertes. Parecía que se iba a caer cuando Liu Yue se acercó a ella para sujetarla, pero la anciana se la quitó de encima con un empujón y señaló con el dedo índice a Zhuang Zhidie, pero los labios le temblaban tanto que fue incapaz de soltar una palabra. Zhuang Zhidie abrió la puerta y salió para dirigirse a su habitación en el patio del Círculo de las Artes y las Letras de Xijing.

* * *

Zhuang Zhidie no se dirigió, en realidad, a su casa, y Niu Yueqing no se movió de ella, con su madre. Cada uno de los dos reservó sus energías por su cuenta y el cumpleaños no se celebró finalmente. Liu Yue pasó ese día discutiendo con todo el mundo y en particular con Niu Yueqing, a la que no le perdonaba el trato que le había reservado días antes. Las ganas de celebrar el cumpleaños de su señora se habían ido al traste y ella quería, sin embargo, verla sonreír de nuevo. Por esa razón, le puso más esmero en todo lo que hacía a partir de ese día. Limpiaba mejor la casa y ponía todo en orden con sumo cuidado. Si se

presentaba alguna amante de su señor, no debía mostrarse ni demasiado cerrada ni demasiado abierta con ella. Solo debía actuar con cierto tacto y mostrarse amable. Al fin y al cabo, esos asuntos no la incumbían. Ella, sin embargo, se encargaba de recibir el correo de su señor, así como de poner en orden los manuscritos de los artículos y ensayos o los periódicos. Pero lo que más le gustaba era ordenar las tarjetas de invitación para los eventos de la familia... Liu Yue le preguntó a Niu Yueqing:

—Mi gran hermana, esto es urgente y es para el maestro Zhuang. ¿Te lo quieres llevar tú o me dejas que se lo lleve yo?

Niu Yueqing se sorprendió con esa pregunta y pensó para sus adentros: Vaya temperamento tiene esta chica. ¡Es más fuerte que yo! Y luego le dijo:

—Yo a ese no quiero verlo ni en pintura.

Liu Yue, sin esperar un segundo más, se dirigió al patio del Círculo de las Artes y las Letras. Zhuang Zhidie, nada más verla, se alegró de golpe. Liu Yue le traía la correspondencia y Zhuang Zhidie pudo ver con sus ojos que estaba ordenada por fecha de llegada. Ello le emocionó particularmente, pero fueron sobre todo las ropas de Liu Yue con su colorido las que le atrajeron más. Le quedaban francamente bien y Zhuang Zhidie le agarró las manos nada más verla a su lado y se lanzó a hablarle con una verborrea incontenible. Le contó en poco espacio de tiempo mil cosas. Le pidió incluso a Liu Yue que le trajera algo de comida preparada por ella misma. Niu Yueqing, a pesar de estar enfadada con Zhuang Zhidie, sabía que este era a fin de cuentas su marido. Le molestó ver a Liu Yue haciendo constantemente el viaje de un lado a otro, pero no le dijo nada, ni que fuese ni que no fuese, y a escondidas compró algo de comer para su marido y lo puso en la cesta de Liu Yue para que se lo llevase.

Y mientras tanto, Tang Wan'er ya había ido al patio del Círculo de las Artes y las Letras de Xijing varias veces. Incluso la guardiana de la puerta, la vieja *laopo* Wei, se dio cuenta de la sonrisa encantadora y los ojos chispeantes de esa joven cada vez que entraba en el patio y se metía en una de las habitaciones laterales. La vieja Wei se preguntaba: ¿en qué comedia están participando esos dos? Zhuang Zhidie no la había invitado tantas veces a ese sitio y solo la había visto en el salón A la búsqueda de eso que falta, que quedaba junto al templo de la Vacuidad Luminosa. Por eso, y para no levantar sospechas, la volvió a citar ahí. Ese día —el de la cita de Zhuang Zhidie con Tang Wan'er— cayó una lluvia blanca y el sol apareció rojo en el cielo. Hacía cada vez más calor —un calor asfixiante— y el ambiente se había cargado de humedad. Zhuang Zhidie esperó con impaciencia a Tang Wan'er, pero ella no asomaba ni por el lado derecho ni

por el izquierdo. Zhuang Zhidie cogió el telescopio que tenía en esa habitación y se puso a ver lo que estaba pasando en los pisos de enfrente. En los dormitorios de uno de los pisos había unas obreras cosiendo unas ropas. Eran muy jóvenes y a Zhuang Zhidie le llamó la atención la luz brillante de sus ojos y la blancura inmaculada de sus dientes, ya que las jóvenes no dejaban de reír. Había exactamente ocho jóvenes obreras en ese dormitorio y Zhuang Zhidie no quería que acabasen ese trabajo y regresasen a sus casas. Esa escena le llenaba de una inmensa felicidad. Zhuang Zhidie continuó mirando con su telescopio y vio a una joven que se estaba aseando. Apenas llevaba puestos unos pantalones cortos y un sujetador en la parte superior de su cuerpo. Zhuang Zhidie se preguntaba melancólico por la vida futura de esa joven y qué caminos tomaría y continuó observándola. Vio que en la ventana la joven colgaba unas hojas de periódico sobre las cuales había escrito con grandes letras: «¡Muy aburrido, mira para otro lado!». Zhuang Zhidie se sintió avergonzado y soltó de golpe el telescopio, dirigiéndose hacia el exterior del piso. Entonces se dio cuenta de que en la puerta de la entrada Tang Wan'er le había dejado una nota que le decía: «No tengo buenas noticias para darte. Zhou Min ha dicho que el segundo de la provincia y vicedirector del departamento de Cultura ha caído en desgracia y ha sido destituido, y el director de la Propaganda ha declarado a propósito de la declaración escrita, y que debía también ser publicada en la *Revista de Xijing*, de Jing Xueyin que la decisión debe ser tomada única y exclusivamente por el departamento de Cultura. La *Revista de Xijing* ha insistido en que quería publicar la declaración que han escrito conjuntamente Li Hongwen y Zhou Min en nuestro nombre y para salvaguardar nuestro honor; pero Jing Xueyin, como era de esperar, no está de acuerdo y Zhong Weixian ha manifestado que no va, por lo tanto, a publicar ni la una ni la otra». A Zhuang Zhidie le pareció confuso ese mensaje atropellado y nervioso, el cual, al fin y al cabo, no aclaraba nada sobre esa guerra de declaraciones que tenían el objetivo de ganar la batalla de la opinión pública y, sobre todo, ganarse el apoyo de los altos dirigentes de la provincia y, en particular, los de Xijing, y entre su bando y el de Jing Xueyin, pero siguió leyéndolo con interés. La nota tomó seguidamente un tono más personal: «Hoy no podré venir. Un amigo de Zhou Min ha venido de Tongguan y hemos quedado para que nos ponga al día de lo que está sucediendo en ese terruño. Zhou Min y yo debemos preparar algo de comer para recibir a nuestro invitado. Si me queda algo de tiempo cuando vaya a hacer las compras para la comida, pasaré a verte. Por favor, discúlpame por este cambio inesperado». Zhuang Zhidie respiró hondamente. Lo de la caída del vicedirector del

departamento de Cultura le alegró. Había sido destituido en el buen momento. Niu Yueqing había tenido suerte, pensó Zhuang Zhidie, al fin y al cabo, el cumpleaños iba a celebrarse como ella había planeado. Zhuang Zhidie lamentó que Tang Wan'er no viniese a verlo. No iba a poder ni comer ni beber con ella, y lo que era peor, se encontraba con ganas de hacer el amor y no iba a poder hacerlo. Se puso a fantasear con el cuerpo desnudo de Tang Wan'er y notó que se excitaba, se quitó la ropa y se masturbó. □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí cuarenta y ocho palabras]. Zhuang Zhidie creyó haberse vuelto loco por unos instantes. Había eyaculado mucho semen y se limpió como pudo con la nota que le había dejado Tang Wan'er. Vio entonces que en el reverso había varias palabras escritas que le habían pasado desapercibidas y que decían: «Tengo otra mala noticia para darte. He oído decir a Zhou Min que el maestro Meng ha perdido la vista de un ojo». Zhuang Zhidie dio un salto al leer esa noticia. Se asustó profundamente, volvió a vestirse, se lavó la cara y se fue sin perder un instante a la casa de Meng Yunfang.

Meng Yunfang tenía en realidad un ojo con el que no podía ver absolutamente nada, pero sí con el otro, el cual tenía una visión extraordinaria. Al ver los dos, sin embargo, uno pensaba que estaban bien. Pero ni le dolía ni apenas sentía que no podía ver a través de ese ojo. Lo único que le pasaba era que no tenía vista. Ello no deprimía a Meng Yunfang y cuando hablaba de eso lo hacía con una sonrisa en los labios: «Lo descubrí ayer al levantarme —decía—, y fui al hospital para ver lo que me pasaba, pero no supieron encontrar nada. Ah, Zhidie, la próxima vez que quieras engañarme vas a tener que ir con mucho cuidado... ¡Ahora lo veo todo con un solo ojo, pero no se me escapa nada!».

A Zhuang Zhidie le apenó ver a su amigo en ese estado lamentable y le aconsejó que hubiera debido consultar a varios especialistas y no solo a uno. Meng Yunfang le dijo:

—Si el gran matasanos Sun Simao⁸³ viviera todavía en este mundo, no habría podido tampoco hacer nada por mí. He estado investigando estos últimos días la obra *Los números divinos del maestro Shao* y he progresado mucho en el conocimiento de esta obra. ¡Ven a verlo, anda!

Tras decir esas palabras, Meng Yunfang sacó de debajo de la mesa una maleta de piel. En el interior de la maleta había tres paquetes de libros, y Meng Yunfang dijo:

—Tú has nacido en el verano de 1951. El veintitrés de julio, para ser más exactos, a las ocho de la noche. ¿No es así? Vamos a jugar ahora a predecirte el futuro. Elige un número, vamos...

Zhuang Zhidie no comprendía nada de lo que le estaba diciendo su amigo y todo ello le parecía muy misterioso y oscuro. Cogió al azar un número de cuatro cifras y vio maravillado cómo su amigo desataba el lazo de uno de los libros y escogía tres de los trescientos poemas que había citados en ese mismo libro:

Uno

Las plumas de la oca se abren paso en el viento del norte como tijeras afiladas y los copos de nieve se juntan y se separan como los pétalos de la flor del ciruelo en el aire.

Naciste por lo tanto el veintitrés de julio de un año bisiesto.

Dos

Las ocas enloquecen y se separan entre llantos estridentes y los oficiales de pies y manos no tendrán una vida larga.

Tres hermanos de un mismo padre comparten suertes diferentes y un hombre en su interior volverá a recuperar el yang.

Tres

El destino llevará a tu padre a verse con el Cerdo inmortal y viajero; y el Cielo y la Tierra, y lo roto y lo sólido se agredirán mutuamente.

De tus progenitores, es tu padre quien dejará este mundo en primer lugar y luego le seguirá tu madre, aunque ella gozará, ciertamente, de una vida más larga.

Zhuang Zhidie se quedó embobado leyendo esos poemas y dijo con entusiasmo, y no sin cierta ironía, poco después:

—¡Todavía hay libros así de extraordinarios bajo el Cielo! ¡Qué maravilla! Y las circunstancias de mi vida están escritas en él con esa precisión. ¡Increíble!

Meng Yunfang cerró el libro y dijo:

—Ya te lo había dicho antes, pero tú nunca me crees. Se trata del capítulo perdido del *Clásico de las mutaciones* y el más misterioso y extraordinario. Había permanecido perdido durante muchísimos años y hace poco que lo han encontrado. Muchos eran los maestros que habían oído hablar de él, pero no lo habían visto nunca. Según cuentan los grandes maestros, en la biblioteca de Fucheng de Xijing tenían una copia de ese libro canónico y el año que Kang Youwei⁸⁴ visitó Xijing lo primero que hizo fue ir a ver libros y objetos raros de la

ciudad, llevándose con él varias cosas antes de irse. Pasó por la biblioteca de Huangcheng y el templo de Yunhuang —el templo del Ornamento del Jade semicircular y abombado—; pero el bueno de Kang Youwei se llevó en realidad varias cosas sin pedir permiso, es decir, que las robó con todo el descaro. Se dieron cuenta que se había llevado un tintero de piedra y un fajo de libros canónicos del confucianismo. Un grupo de representantes del gobierno local fue a quejarse a la jefatura militar de la provincia de Shaanxi y el gobernador militar envió inmediatamente una expedición para atrapar al ladrón. No lo encontraron sin embargo hasta llegar al paso de Tongguan. Ese suceso cambió el país entero como pocas veces lo había hecho en el pasado. Los militares recuperaron los libros y el tintero, pero nadie se dio cuenta de que faltaba uno de los capítulos del *Clásico de las mutaciones*. El viejo Kang se había quedado con *Los números divinos del maestro Shao*. Tras dejar Kang Youwei el mundo de los vivos, nadie supo en realidad dónde diablos lo había escondido. Tres años atrás, uno tipo de Taiwán que se las daba de sabio afirmó haber visto una obra con el título abreviado *Los números divinos*. Aguijoneado por la curiosidad, se desplazó a la China continental para ver si lo encontraba. Visitó las trece provincias que hay en este país, pero no logró hallar nada... ¡Y mira por dónde que ahora está en mis manos!

Zhuang Zhidie le dijo:

—Me cuesta creer la historia que acabas de contarme. ¿Cómo es posible que no lo hayas contado a gritos a todo el mundo?

Meng Yunfang le respondió:

—¿Y por qué no lo he hecho?... Pues no quiero que nadie lo sepa... Solo tú lo sabes ahora y lo hago porque eres mi amigo y confío en ti. Este libro lo conservaba un anciano de sesenta y siete años que vivía en uno de los suburbios al norte de Xijing. El viejo no me dijo de dónde provenía. Había oído decir que ese anciano era un manchú y un descendiente del grupo del estandarte rojo, uno de los ocho grupos en la que estaba dividida la etnia manchú. Ese libro debió encontrarlo seguramente en la familia imperial de Qing. El anciano lo tenía guardado en su casa y a nadie le había dicho que lo poseía; pero tampoco sabía de qué se trataba. Hubiera debido dedicar ochenta años de investigación para saberlo, e incluso así, habría desconocido su alcance. Luego conocía al Gran Maestro de la Sabiduría auspiciosa y desde entonces he estado en contacto con él. Nos hemos visto en numerosas ocasiones y me ha ayudado a solventar los misterios de esa obra. He progresado, pero todavía me hace falta mucho más. Sé, por ejemplo, que un número de cuatro cifras alberga la fecha de nacimiento de

un individuo cualquiera, y por eso he podido adivinar la tuya. También puedo saber la de tus padres, tus hermanos y tu mujer. Puedo saber qué eras en otra vida o en qué te reencarnarás, y durante tu vida, qué años te serán felices y qué años te serán calamitosos, qué años te enriquecerás y qué años te empobrecerás. Pero tengo que reconocer que todavía se me escapan muchas cosas de ese método. La voluntad del Cielo y sus escrutinios no son fáciles de descifrar... ¡Y menos ahora que tengo solamente un ojo! Avanzo un paso, pero solo veo con un ojo. Con el otro estoy ciego.

Ese comentario largo de Meng Yunfang alteró a Zhuang Zhidie, y este le dijo:

—No deberías leer ese libro.

Meng Yunfang repuso:

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Este libro aporta una luz valiosa a quien lo lee. Este libro es la compensación al ojo que he perdido. ¿No valía la pena por lo tanto sacrificar un ojo? Ahora, paradójicamente, mi visión de la vida y la muerte es más amplia y profunda. Nadie en el hospital se ha dado cuenta de lo de mi ojo. ¿No te parece maravilloso? Estoy feliz porque he conseguido abrir el libro del Cielo. A mi regreso, me siento más vivo. Estudio día y noche, y es una pena que no progrese más.

Llegado ese momento, Zhuang Zhidie dijo:

—Desde que decidiste entrar en el *dao*, te has puesto a investigar sobre mí. ¿Cómo me irá con las mujeres?... Dime algo...

Meng Yunfang permaneció en silencio durante un buen rato y luego sacó cuatro frases como ejemplos del libro y se puso a recitarlas:

Delante del salón hay un árbol seco y un ave fénix se ha posado sobre él. Para encontrar la buena estrella, uno se convierte en un caballo; pero ello no sirve de nada, nadie puede alcanzarla.

Desear que las historias breves vayan a la búsqueda de las historias largas, y mientras tanto se oye decir a alguien que está al lado que esas historias ya no existen.

Zhuang Zhidie le preguntó:

—¿Y qué significa eso? Parece que está hablando de mi mujer Niu Yueqing sin citarla directamente. ¿No es así?

Meng Yunfang le respondió:

—Eso, yo no sabría decírtelo con seguridad.

Y Zhuang Zhidie volvió a preguntarle:

—¿Por qué no te concentras en gente que conoces?

—Déjame ver —respondió Meng Yunfang, mientras sacaba una hoja muy fina, casi transparente, del libro, y se la dio a Zhuang Zhidie, que la cogió con interés, pero no comprendió absolutamente nada.

Meng Yunfang dijo:

—Esto, yo ya lo he hecho con mi *laopo* y ha acertado en todo. Dice que ella se casará dos veces. Vete a saber cuándo y con quién, pero yo no puedo hacer nada para cambiar su destino.

—Yo hablo de tres personas —rectificó Zhuang Zhidie—. Una es Tang Wan'er, nacida el tres de marzo de 1957. La otra es Liu Yue, nacida el dieciocho de febrero de 1963. La tercera es la *laopo* de Wang Ximian, nacida en 1950, el octavo día de la duodécima luna, a principios del mes, entre las siete y las nueve de la noche, para ser más exactos.

Meng Yunfang empezó a rebuscar en la hoja y encontró extraño que cada una de esas tres mujeres tuviera un número de cuatro cifras y un poema de siete pies.

El poema de Tang Wan'er decía:

En los lagos y los mares que duran eternamente, bajo la bruma espesa que los cubre, [ella] encuentra lo que deseaba pescar. Cuando se completa la historia, los objetos no lo están; y cuando el yin está formado, los objetos no lo están.

El de Liu Yue decía:

Alegría, alegría, alegría; [ella] se defiende hasta el final de su propia desaparición; y del corcel negro y del dragón ha obtenido la perla, pero la ha perdido súbitamente, y la perla ha vuelto al agua.

El de la mujer de Wang Ximian decía:

De corazón triste y desamparado, con la boquita de una niña, piensa y se deprime. [Ella] ha dicho que descansará, pero no descansa nunca.

Zhuang Zhidie preguntó:

—¿Y cómo es posible que esos poemas no hablen nada de los enlaces matrimoniales de esas mujeres?

—Me temo que habría que entrar más en profundidad con las nueve cifras. Con lo que me has dado no puedo hacer gran cosa —le contestó Meng Yunfang.

Zhuang Zhidie estuvo lamentándose durante mucho tiempo y luego pensó: Mejor no saberlo. Puede ser terrible. Si el destino ya está escrito, Niu Yueqing no me pertenecerá en el futuro. Mientras tanto, ella y yo seguiremos a la greña y envejeceremos juntos. ¿Cómo íbamos a poder separarnos? Y si Tang Wan'er se casa finalmente conmigo, eso tampoco me convendría. Si se casa con otro, ¿cómo iba a soportarlo? Pensaría todo el rato en ella. Luego están Liu Yue y la mujer de Wang Ximian. ¿Se verán con otras personas y acabarán olvidándose?... Según se puede leer en *Los números divinos del maestro Shao*, la vida de una persona se sabe, en realidad, desde antes de su nacimiento. Todo lo que he conseguido, mi reputación, todas las mujeres a las que les he puesto la mano encima, y muchas otras cosas que desconozco, todo ello, ya era sabido de antemano... Al recapacitar sobre lo que había pensado, Zhuang Zhidie pensó que no debía por nada del mundo abrir ese libro ni consultarlo, y le dijo a Meng Yunfang:

—Mejor no adivines mi futuro. Dejémoslo estar. Tú no deberías nunca adivinar el futuro de la gente que conoces. Es fácil hacerlo. No deberías haberme contado esas cosas de esa gente que tanto tú como yo conocemos de cerca.

Meng Yunfang le replicó:

—Debería ser así. De lo contrario, tú sabrías demasiadas cosas. Que tenga un solo ojo no quiere decir que sea tonto. Tú no eres como yo. Tú eres en estos momentos un sol en medio del cielo. Tu vida pasa felizmente...

Zhuang Zhidie sacudió la cabeza para decirle que no y le dijo:

—¿Dices que mi vida pasa felizmente? ¿Estás bromeando?

Al cabo de una hora aproximadamente, Xia Jie regresó a su casa empapada de sudor y nada más llegar puso sus posaderas en el sofá. Meng Yunfang le alcanzó un cigarrillo que había encendido previamente. Zhuang Zhidie le preguntó a Xia Jie:

—Y tú, ¿también fumas?

—Oh, los hombres de esta casa podéis disfrutar de cosas que las mujeres no pueden... Yunfang, ¿qué has comido hoy? ¿Y has preparado algo? —le comentó con sorna Xia Jie.

Meng Yunfang le respondió:

—Ha venido Zhidie y nos hemos puesto a hablar. ¿Crees que he tenido tiempo de preparar la comida o qué? Podrías habernos preparado unos fideos...

Xia Jie le dijo:

—Te has pasado toda la mañana a la bartola y en casa protegida del calor sofocante del exterior, y me pides ahora que te haga la comida. ¡Pues estás apañado, no voy a hacerlo!

Meng Yunfang le contestó:

—Pues no pasa nada si no preparas nada de comer. Saldremos a la calle y nos haremos con unos fideos anchos fríos y avinagrados, esos deliciosos *liangpi*.

Nada más decir eso, cogió la caja que contenía los libros y salió por la puerta. Tras dejar cerrar Meng Yunfang la puerta de su casa tras de sí, Xia Jie le habló a Zhuang Zhidie:

—Tú igual crees que yo soy en esta casa una auténtica dictadora. Lo hago expresamente, es decir, no pego ni golpe expresamente. ¿Está claro?... Tú no lo sabes, pero él se pasa el día metido en *Los números divinos del maestro Shao* y no hace nada más. Se me va a volver loco un día de estos. Yo ya se lo he dicho, pero él no me escucha nunca. Primero fue con el Gran Maestro de la Sabiduría auspiciosa y su grupo de monjes maricones, luego con esa pelandrusca de Hui Ming, y ahora con ese viejo chocho que vive en un suburbio perdido al norte de Xijing. Él los venera como si fueran las divinidades de un altar. ¡Si pasa una semana sin adorarlos, no se siente vivo!

Zhuang Zhidie se puso a reír a carcajadas y dijo:

—¿Y ya no trabaja como consultor de esa empresa de productos endiablados para alargar la vida?

—Pues no te lo tomes a broma, Zhidie —le indicó con cara seria Xia Jie—. Hace tiempo que lo dejó. Mira debajo de la cama. Hay saquitos de esos productos milagrosos para ponerse a tono y responder adecuadamente en momentos íntimos y es bajo la cama donde los guarda siempre el bueno de Yunfang. Se trata de polvos aromáticos que se hacen con las secreciones de las glándulas odoríferas del almizclero, berneol para la moxibustión y pene de tigre secado. Ya te lo he dicho, esa empresa se encargaba en sus buenos tiempos de preparar muchos de esos potingues. Tú deberías hacerte con esa verga de tigre, pero yo me pregunto: ¿de dónde sacaban tantas vergas de tigres? Esos animales son raros y obtener tantas de sus pililas no me parece creíble. Igual los encontraban en las montañas de Changbai, allá en Dongbei. Ahí hay algunos tigres, pero las autoridades no permiten cazar a esos animales, los cuales están

protegidos. ¿No hay policía en Dongbei?

Zhuang Zhidie se puso a reír a carcajadas y Meng Yunfang había cogido con una de sus manos unos boles de fideos fríos *liangpi* y les preguntó a Zhuang Zhidie y Xia Jie a qué se debía tanta risa. Xia Jie le dijo a Zhuang Zhidie:

—No le digas nada y que no sepa de quién nos reímos.

Meng Yunfang no quiso saber más sobre el asunto y los tres se pusieron a comer.

Tras acabar de comer, Meng Yunfang quería salir con Zhuang Zhidie; pero Xia Jie, airada, se negaba. Al cruzar la puerta, Meng Yunfang recuperó la compostura y le propuso a Zhuang Zhidie coger la motocicleta y acompañarlo a los suburbios del norte, al *cun* de Xiao Yang, el del Pequeño Sauce, ahí donde residía el anciano que le había dado el libro. Hablarían con él de los diferentes tipos de adivinación y sus técnicas. Ese anciano se había pasado la vida viajando de un lado a otro para conocer a los expertos del *Clásico de las mutaciones* y poder así descifrar con clarividencia el método de *Los números divinos del maestro Shao*. Esa era la razón por la que quería irse. Meng Yunfang ya había sido introducido a los misterios de esa obra gracias a una anciana pordiosera, seca y huesuda —una auténtica momia que parecía haber vuelto enloquecida del mundo de los muertos— que le había explicado el significado de unas frases rimadas bastante oscuras y elípticas. A Zhuang Zhidie le entusiasmaba la idea y Meng Yunfang no tuvo que darle más explicaciones para convencerlo, ambos se montaron en la bicicleta y se fueron a los suburbios del norte.

El arrabal de Xiao Yang no era muy grande y justo en la entrada había un edificio de dos plantas de pequeñas dimensiones, encima del cual había una pareja de jóvenes tomando el fresco. La joven mujer estaba dando el pecho a un bebé y el joven que estaba a su lado le decía al que parecía ser su hijo:

—¿Comes o no comes? Si no comes, tu papá comerá por ti.

El joven apartó al bebé y puso su boca en el pecho de su mujer. La joven mujer exclamó:

—¡Tu padre no tiene vergüenza!

El bebé se había puesto a llorar y la joven empezó a canturrearle algo parecido a una nana para relajarlo:

El veintitrés se hace el sacrificio al Dios de la Cocina; el veinticuatro se barre la casa; el veinticinco uno se queja incesantemente; el veintiséis se preparan los mantou (panecillos de pan blanco rellenos y cocidos al

vapor); el veintisiete se mata al gallo; el veintiocho se cuelgan los recortes de las flores de papel en las ventanas; el veintinueve se cierra la puerta del granero; el treinta se lavan los pies al cerdo, y el treinta y uno se ponen ropas nuevas...

Zhuang Zhidie la miró, como se dice entre las gentes de Shaanxi, como quien mira una porcelana preciosa y valiosa, y Meng Yunfang le dijo:

—Esos son la hija y el yerno del anciano y les gusta divertirse de esa manera. ¿Por qué los miras con esos ojos?

Y Zhuang Zhidie le respondió:

—No sé dónde he oído antes esa canción, pero ¡es fantástica! ¿Sabes su origen? ¿Qué significa eso de lavar los pies del cerdo? ¿Y lo de las ropas nuevas?

Meng Yunfang le repuso:

—El día treinta, que es el último día del mes, del último mes lunar del año, uno debe lavarse los pies con agua caliente, cortarse las uñas y calzarse unas zapatillas nuevas. Al alba, los niños deben visitar a los ancestros y golpear el suelo con la frente para mostrarles su respeto y obediencia.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Vale, vale... Ahora lo recuerdo. Esa cancioncilla se ha cantado con el acento de las gentes de Henan. Su melodía sinuosa y lánguida, ese aire de profunda tristeza y el tono que le da a la recitación son maravillosos.

Meng Yunfang se dirigió seguidamente a la joven que estaba disfrutando del aire fresco:

—¿Está tu padre?

Y el joven respondió por ella:

—Sí que está.

Meng Yunfang acompañó entonces a Zhuang Zhidie al interior del patio para dirigirse directamente a la casa que quedaba en el lado norte, ya que el anciano se encontraba seguramente en esa parte del edificio. El anciano se encontraba efectivamente ahí, apurando su té en un bol que estaba muy sucio. El anciano se puso a hablar a Meng Yunfang con una voz baja. Zhuang Zhidie barrió con su mirada la habitación donde se encontraba el anciano. Ese habitáculo carecía de ventanas y las paredes estaban pintadas de negro, lo que le daba un aspecto más siniestro. Además, apestaba en el interior. Había una mesa, una cama, y reliquias y objetos con algún significado religioso por todas partes. Meng Yunfang dijo:

—Este es uno de mis primos por vía paterna. —Y se dirigió seguidamente a su primo—: No tengas miedo. Puedes hablarme en voz baja. Te oímos bien.

El anciano se quedó mirando a Zhuang Zhidie y dijo secamente mientras buscaba sin éxito algo en sus bolsillos:

—¿Fumas?

Agobiado porque no encontraba lo que buscaba, el anciano se puso a buscar el tabaco entre la almohada y las sábanas en desorden que cubrían su cama. Finalmente, el anciano encontró un paquete y le arrojó un cigarrillo a Zhuang Zhidie al mismo tiempo que le contaba sin levantar la voz:

—Me he desplazado tres veces al norte del río Wei, y en ninguna de esas ocasiones he conseguido que ese tipo me saque el libro. Me desplazé una cuarta vez y no hubo nada que hacer. Me propuso que debía comprarlo si quería leerlo. Le dije que sí, que quería comprarlo, y le pregunté por el precio. El tipo me dijo que tenía que hacer unas obras en su casa, como renovar el techo y otras cosas. Por esa razón se conformaba si le daba doscientos mil yuanes. Yo le dije que no tenía tanto dinero y le ofrecía cuarenta mil; pero el tipo, insolente y chulo como era, me dijo que eso era muy poco dinero por el valor real de ese libro. Para compensar su precio y mostrar buena voluntad, añadí cinco mil yuanes más a mi oferta inicial. Para ser honestos, no podía ofrecerle más dinero porque no lo tenía. Dos días atrás volví a verlo y él había cambiado de opinión. No regresé a mi casa y pasé la noche entera hablando con él. Al fin y al cabo, ¿para qué servían esas veintitrés cláusulas rimadas? ¿Para qué quería ese hombre guardar ese libro con tanto ahínco si ni siquiera lo comprendía? Él me dijo: «No te falta razón con lo que dices y no lo comprendo, pero tú tampoco comprendes todavía esas veintitrés frases. Son tan oscuras para ti como para mí. Esas frases ni siquiera están integradas en el diccionario de frases *Ciyuan*⁸⁵ o en el gran diccionario *Cihai*⁸⁶». El hombre reconoció su ignorancia y yo entonces le propuse que le enviaría una explicación con mis desciframientos y ello le ayudaría a comprender esa obra. Lo único que quería era llevarme el libro y le fotocopiaría las soluciones. Al día siguiente por la mañana, él acordó este trato. Le di los cuarenta y cinco mil yuanes. El hombre sacó unos libros ligados con torpeza, los cuales estaban en un estado deplorable, y se puso a llorar desconsoladamente, acusándose a sí mismo de faltar a la piedad filial y de dar un tesoro que sus ancestros le habían legado a un desconocido que nada tenía que ver con su familia.

El pobre anciano se sentía miserable y sacó además unas cuartillas, encima de las cuales había una escritura manuscrita confusa y emborronada, que dio a

Meng Yunfang mientras le susurraba algo al oído con un tono quejumbroso. Meng Yunfang dijo:

—No pasa nada. Vendré con mi amigo en su motocicleta. Te tendré al corriente de mis progresos.

El anciano del arrabal le dijo:

—No tienes por qué venir. Comprendo que estarás muy ocupado. Ya pasaré yo a verte por la tarde o un día de estos.

Zhuang Zhidie y Meng Yunfang se despidieron del anciano y salieron del *cun*. Meng Yunfang se dirigió a su amigo y le preguntó:

—Zhidie, ¿qué te ha parecido el anciano?

—No me ha caído muy bien; demasiado astuto —repuso Zhuang Zhidie.

—He querido protegerte —le dijo Meng Yunfang—. No le he dicho tu nombre porque creo que no le ha sentado muy bien que te haya traído conmigo. Te ha hablado con mucho desdén y a mí tampoco me ha gustado como te hablaba.

Zhuang Zhidie le dijo:

—¡Creo que en ese momento has perdido los dos ojos!

Meng Yunfang le tranquilizó:

—Quizá tengas razón. No sé si esas cláusulas son verdaderas o falsas. ¿Y podré interpretarlas correctamente? Si tuviera los dos ojos, me temo que Xia Jie se habría divorciado ya de mí. Se queda conmigo por compasión.

Zhuang Zhidie le aconsejó:

—¿No utilizas tu método de adivinación con ella? Eso deberías saberlo. ¿O es que Xia Jie quiere casarse otra vez?

Meng Yunfang le respondió:

—No se irá, pero me tratará mal. Lo mejor es que, dadas estas circunstancias, me vengas a ver a menudo.

—Lo haré; y si ella me lo permite, te llevaré al templo de la Vacuidad Luminosa. Hui Ming, ¿no te ha tratado siempre muy bien?

Meng Yunfang le indicó:

—Pero ¿no ha sido promovida a supervisora superior del templo? ¿Y va a actuar como antes? Yo le presenté a Huang Defu cuando ella buscaba fondos para la ermita. Ahora, cuando le sucede algo, va directamente a ver a la familia Huang para buscar ayuda. Cada vez que me ve me dice: «¡Emituofu! ¡Bendito sea el Buda!». Ella cree que soy un auténtico budista.

Zhuang Zhidie sonrió y le dijo:

—Por supuesto que todos nosotros somos budistas; pero lo que temo es que tú acabes con el budismo de Hui Ming, su budismo...

Meng Yunfang se puso a reír y no dijo nada. Al ver la expresión bizarra y pretenciosa que tenía la cara de Meng Yunfang, Zhuang Zhidie empezó a sentirse incómodo. Ante sus ojos pasó la imagen de Hui Ming con su *kasaya* dorada y deslumbrante, esa que llevaba el día de los ritos de su promoción en el templo de la Vacuidad Luminosa. Se montaron los dos en la motocicleta y bordearon el canal de agua, lo que hizo que el trayecto fuera particularmente peligroso. Al llegar a la parte exterior de la Puerta de Beicheng (el cantón norte de la ciudad de Xijing), donde se extendían las vías del tren, Zhuang Zhidie preguntó de repente:

—¿No es esto la ruta del Norte?

Meng Yunfang le contestó:

—Sí, es la ruta del Norte.

Y Zhuang Zhidie quiso saber algo más:

—¿Y la calle de Shang Jian?... ¿No está ahí?

—Metámonos por la Puerta de Beicheng —le propuso Meng Yunfang—, y nos desviaremos hacia el Este, pero no nos alejemos de ahí.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Genial. Te llevo hasta ahí para que veas a una mujer.

—Pero ¿también tienes a una mujer escondida en ese lugar? —le preguntó con sorna Meng Yunfang.

—¡Cierra tu boca apestosa!

Zhuang Zhidie se puso a hablar a Meng Yunfang del asunto de Zhong Weixian y también le habló de la dirección donde vivía A Lan. ¿Por qué no ir a comprobar si ella había enviado finalmente la carta? ¿Y sobre lo que pasaba en Suzhou? A Meng Yunfang le dejó satisfecho lo que le propuso Zhuang Zhidie y ambos se dirigieron hacia la calle de Shang Jian no sin antes encontrar un callejón que se llama Puji.

No lo había pensado, pero al llegar a la calle de Shang Jian, Zhuang Zhidie se dio cuenta de que se encontraba en el distrito que habían ocupado las gentes de la provincia de Henan. Nada más entrar en el callejón de Puji, se introdujeron por un pasaje que quedaba entre dos edificios de gran altura cuyas fachadas eran más o menos iguales. Se podían ver las cocinas humeantes en donde se preparaba la comida, o el agua limpia y pura que se conservaba celosamente en

unas jarras grandes de porcelana, o las cestas para la basura; todo ello bajo las ventanas, como se suele ver en las casas de la provincia de Henan. Cualquiera pasante que se precipitara por esos callejones podía pasar el tiempo observando esas casas con esas ventanas y todo lo que en ellas había, pero debía ir al mismo tiempo con mucho cuidado para no darse de morros con alguna de esas cosas. Por ese callejón no podían pasar tres personas al mismo tiempo y no solo había que sortear los obstáculos, sino que la avalancha de olores fuertes, humos u olor a ajo podía provocar más de un desmayo o vuelta atrás. Zhuang Zhidie y Meng Yunfang se detuvieron y buscaron un sitio donde aparcar la motocicleta, pero no encontraron ningún sitio protegido o guardado por alguien para hacerlo. Una de las ancianas que estaba limpiando varias piezas de *majiang* y que se encontraba ahí les tranquilizó:

—Entrad, que no pasa nada. En esta parte de la ciudad de Xijing solo hay gente que transporta pies de cerdo de un lado a otro y no va a venir nadie a robaros la moto.

Meng Yunfang le replicó:

—Qué raro, ¿no hay una estafeta de policía con su jefe en este callejón?

La anciana le respondió:

—Nadie necesita a la policía aquí. ¡Y menos a un jefecillo de la policía! Este callejón es tan estrecho que no cabe un alfiler. Una puerta está enfrente de otra puerta, una ventana está enfrente de otra ventana, y si alguien roba algo, ¿dónde lo va a esconder? En este lado nos dedicamos a pulir y limpiar las piezas del *majiang*, y si alguien nos las roba, ¿adónde va a ir?

Zhuang Zhidie le preguntó:

—En este callejón, ¿no vive una tal A Lan? Ella es de la provincia de Anhui.

La anciana le contestó:

—¿De Anhui? ¿Alguien de Anhui en este callejón perdido, me dices?

Otra anciana que estaba a su lado intervino:

—¿La mujer de Mu Jiaren no es de Anhui?

—Esa mujer, ¿no es de Henan como todas nosotras? —preguntó sorprendida la primera anciana—. Yo no conozco a ese Mu Jiaren, pero de su esposa sé que tiene una hermana pequeña que vive aquí desde hace mucho tiempo. Esas dos son las únicas flores bellas de este callejón y todo el mundo lo sabe; el resto son unos cardos borriqueros⁸⁷. ¿Adónde queréis ir vosotros con tantas preguntas? ¿Es esa joven de vuestra familia o qué? ¿O una antigua compañera de clase?

Meng Yunfang le respondió:

—No, simplemente una colega del trabajo.

—Pues vive en el número veintisiete. Recuérдалo bien porque no me gusta repetir las cosas. ¡El número veintisiete! Tanto el número veintisiete como el veintinueve se encuentran el uno frente al otro. ¡No te confundas! Si llamas a la puerta del número veintinueve, nadie te contestará. Hay una pareja de recién casados que no quiere ver a nadie y se encuentra todo el tiempo metida en la cama. Puedes meterte en una situación incómoda si les molestas... ¡Ja, ja! ¿Lo cogéis?

Zhuang Zhidie y Meng Yunfang también se pusieron a reír con la anciana. La anciana añadió:

—En la casa de los Mujia pasan siempre cosas raras. Generación tras generación, los hombres han nacido con un trozo de madera en vez de una cabeza, y no hay nadie que haya escapado a esa regla. Pero, eso sí, son muy guapos y elegantes todos...

Los dos hombres entraron en el pasillo junto al callejón que les indicaron las ancianas y fue para ellos como entrar en un infierno lleno de monstruos. Había una mujer de unos cincuenta y tantos años con la parte superior de su cuerpo al descubierto y con la piel totalmente enrojecida que les recibió en la dirección que les había dado la anciana de *majiang*. Tenía el cabello desarreglado y sujetado de cualquier manera. Tenía cicatrices en la cara debidas seguramente a una enfermedad pasada e iba groseramente empolvada para ocultarlas. Sus dos pechos caían sobre su tórax como dos grandes sacos vacíos.

—Esa que apellidan A, ¿está ahí? ¿Está ahí? Esa que apellidan A, ¿te has muerto?... —gritó esa mujer mientras recorría las cortinas de la puerta; pero nadie contestó y solo se oyó la voz de una mujer que decía:

—Ay, ay, esa que apellidan A... Sí, que apellidan A... No..., no..., está..., está... ¡Oh!... ¡Oh!... ¡Oh!...

Zhuang Zhidie no comprendía absolutamente nada de lo que decían esas mujeres con esa manera de hablar tan extraña que tienen, para él, las gentes de Henan, y pensó que tal vez le estaban tomando el pelo. La primera mujer, la de los pechos al descubierto, se puso a lanzar insultos:

—¡Oh!... ¿Esa que apellidan A no está? ¿Cómo es posible? Abro las cortinas para que os entre algo de calorcito. Venga, no tengáis vergüenza de mostrar vuestras tripitas... ¿O es que os da vergüenza? Estáis muy ocupadas ahora... Lo sé, lo sé... Me voy... ¡Oh!... Me pondré en el sitio de esa que se apellida A y ella podrá salir a veros... Sí, yo voy a «sacarle el pescado»...

Zhuang Zhidie sabía lo que esa mujer quería decir con esa expresión: hacer el trabajo de otra persona, por lo general servicios sexuales, pero sin ser retribuido, y Zhuang Zhidie sonrió por lo bajines, se metió directamente en el callejón y vio que en el número veintisiete había un hombre que, agachado y afanosamente, lavaba ropa interior de mujer en una cubeta. Zhuang Zhidie le preguntó:

—¿Es este el número veintisiete?

El anciano respondió rápidamente:

—Sí, es el número veintisiete.

Zhuang Zhidie volvió a preguntarle:

—A Lan, ¿vive aquí?

El hombre alzó la vista y se quedó mirando un rato a Zhuang Zhidie y Meng Yunfang. De la casa salió una voz que dijo:

—¿Quién es?... A Lan no está aquí.

El hombre cogió la cubeta y la apartó a un lado, dejándoles entrar a los dos por la puerta. Nada más entrar, vieron que había una mujer sentada, con un pijama puesto que apenas cubría su cuerpo, sobre una cama, y que les daba de esa manera la bienvenida. La mujer se encontraba con unas tijeritas cortando las uñas de unos pies, los suyos, que eran además pequeños y graciosos. Las diez uñas de esos pies estaban pintadas de un rojo vivo. La mujer alzó la mirada, pero no era A Lan. Meng Yunfang sacó de su bolsillo una tarjeta e hizo las presentaciones ante ella:

—Este señor es el gran escritor Zhuang Zhidie y conoce bien a A Lan.

La mujer salió de la cama y con ojos serenos miró a Zhuang Zhidie y se lamentó:

—*Aya...*, pero... ¿qué día es hoy? Y encima tenemos visita de gente tan importante... —Tras decir esas palabras, cogió una chaquetilla que tenía sobre la cama mientras les decía—: ¿Por qué no os sentáis? Jiaren, mira quién ha venido a vernos... Ah, y trae la jarra de porcelana, pero sin derramar una sola gota de agua... Este es mi marido —indicó finalmente la mujer.

Mu Jiaren regresó a la habitación con una sonrisa radiante en su rostro, cuya tez era oscura, y los dientes resaltaban en él por su blancura. Con una mano llevaba la jarra de agua y con la otra un jabón. La mujer dijo:

—Mira a estos hombres. Ahora sabrán que en esta casa las mujeres se lavan. Mejor que lo sepan por si hay inspecciones de higiene pública. ¿Nos dejarán hacer nuestro trabajo tranquilas? ¡Y que no se burlen de nosotros, Jiaren! Venga,

lávame...

La cara negra de Mu Jiaren enrojeció de golpe y, avergonzado, alcanzó la jarra de agua a su mujer. Con un tono de voz dubitativo, le dijo:

—Yo no te lavo y tú tampoco te laves ahora.

—Era solo un hablar y además tenemos al señor Zhuang con nosotros. Estoy segura de que algún día escribirá sobre nuestro mundo. Que no se mueva nadie en esta habitación. ¡Ni siquiera las hierbas secas!

Zhuang Zhidie quiso mediar entre Mu Jiaren y su mujer:

—¿De veras que merezco tanto respeto? En mi casa ni cocino ni ayudo a mi mujer a que se lave. Ella se encarga solita de esas cosas.

La mujer le dijo:

—Si puedes hacerlo así, tan bien; pero tu mujer no hace lo que debe hacer. Debe andar muy cansada y una persona cansada que encima dice no necesitar a nadie es una persona muerta.

Mu Jiaren preparó un té y se sentó con una amplia sonrisa en los labios mientras lo servía en algunos boles. La mujer trajo un abanico y se puso a abanicar a Zhuang Zhidie y Meng Yunfang. Les dijo que la casa era pequeña y que no tenían ningún ventilador eléctrico. El hombre trabajaba como delineante para una empresa constructora y utilizaba la mesa de esa habitación como despacho de trabajo. Su hijo utilizaba una mesa con una máquina de coser para hacer los deberes. El abanico, que era de un tamaño considerable, parecía ocupar toda la habitación, y más que refrescar, molestaba. Respecto al ventilador, ella decía que aún no tenía tiempo para comprarlo. Zhuang Zhidie no se sentía cómodo con esa mujer, a su lado, abanicándole. Ella volvió a hablar:

—Buscas a A Lan... Yo soy la segunda hermana mayor de A Lan y me llamo A Can. A Lan ya me comentó que pasarías un día para verme, pero yo no creía ese asunto de la carta. ¿Cómo iba a verme alguien tan importante? Ese tipo de gente no se presenta en barrios como este. A Lan vino más tarde y trajo la carta. De hecho, se la había dado tu esposa para que yo se la diese a mi hermana mayor en Suzhou. ¿Es así? ¿Debe ella enviármela de nuevo a Xijing?

Zhuang Zhidie le explicó el asunto de la carta y le preguntó:

—¿Y todavía no tienes noticias de Suzhou?

A Can le respondió:

—Mi hermana mayor ha recibido la carta y me ha hablado de una tal Xue Ruihai, que había trabajado como secretaria en un instituto de educación secundaria antes de ser acusada de derechista e inhabilitada durante diez años,

que los pasó vete a saber dónde. Murió hace tres años.

Tras escucharla, Zhuang Zhidie se sintió herido inconscientemente y pensó en Zhong Weixian y en lo que esa Xue Ruihai suponía para él como apoyo vital y espiritual. Zhuang Zhidie quiso saber de qué había fallecido. Su compañero en la redacción iba a derrumbarse ciertamente tras saber la noticia y le dijo a Meng Yunfang:

—Esto que acabas de escuchar no debes decírselo a nadie por nada del mundo. A Can, tú tampoco debes comentárselo a nadie. Si por casualidad llega a oídos de Zhong Weixian, este no va a durar mucho más en este mundo. Ahora, y como si no supiera nada, debo seguir buscando a Xue Ruimian y escribir a Zhong Weixian. Deberías ayudarme a mantener la correspondencia con tu hermana en Suzhou. Yo escribiré las cartas de Xue Ruimian y diré que son auténticas, de ella misma. De lo contrario, vamos a perder a nuestro querido Zhong Weixian. No debemos, sin embargo, levantar sospechas. Quizá una vez, o dos veces más, y en un intervalo de tiempo considerable.

A Can respondió:

—Eso suena bien y muestra tu buen corazón. ¿Cómo podría declinar tu proposición? Si tienes tiempo para escribir la carta, lo haces; pero no hace falta que me la envíes a casa. Yo pasaré por la tuya para recogerla y enviarla a Suzhou.

Zhuang Zhidie le indicó:

—No te molestes. Vivo cerca de la unidad de trabajo de A Lan y le podré dar la carta en persona.

A Can le replicó:

—A Lan debe estar en estos momentos muy ocupada con los aseos públicos de la ciudad de Xijing. No creo que esté para cartas.

Zhuang Zhidie dijo sorprendido:

—Pero ¿ya tienes un plan?

—Pues todavía no lo sé —le respondió A Can—. ¡Ella quiere que los aseos de Xijing parezcan la Gran Sala del Pueblo de Beijing! Pero vendrá dentro de unos días a mi casa. Dos de cada tres días, el director Wang la llama para hablar del plan de desarrollo urbanístico de Xijing. A ella siempre le preocupa no tener comida suficiente cuando llega a mi casa, sube rápidamente a la planta de arriba y se va a dormir. Esa es la vida de la pobre A Lan cuando viene a ver a su hermana A Can.

Zhuang Zhidie se dio cuenta por el rabillo del ojo de que en esa casa había,

efectivamente, unas escaleras que subían a otra planta, y supo entonces que A Lan vivía en esa parte del edificio.

—En ese lugar, me temo —dijo Zhuang Zhidie—, no se está muy frío.

—¿No se está muy frío, dices? ¡En esa parte del edificio hace mucho calor y está bien acondicionado! Antes había una ventana por la que entraba un poco de aire, pero enfrente de ese mismo callejón también hay un edificio muy pequeño y en él viven un par de individuos que se dedican a la mala vida. La verdad es que solo gente sola o que no se ha casado puede vivir en esos apartamentos, si no aquí no hay quien viva. La habitación de A Lan está cerrada, no corre aire y es oscura, pero al menos tiene un sitio donde dormir, y además le preparo cada día una sopa de judías verdes para que no se enferme en ese cuchitril. Yo siempre le digo que debe casarse pronto con alguien para que la lleve a una casa digna. Sí, por supuesto, ¡casarse es la solución, y adiós a los sufrimientos! Yo parezco más joven que ella, y eso que soy su hermana mayor, y disfruto más de la vida con todos sus ires y venires. No digo que la vida sea difícil aquí, pero hay que adaptarse. La pobre se me está marchitando en esa habitación. ¡Esta no es una vida para ella!

CAPÍTULO VII

En ese momento, en el callejón apareció un triciclo que vendía carbón por las casas, pero las ropas recién lavadas que estaban tendidas en las entradas para que se secasen, así como las cubetas de agua, le impedían pasar con normalidad y realizar su negocio. Mu Jiaren se precipitó hacia el callejón para retirar su cubeta, pero al hacerlo, el agua sucia que contenía se vertió sobre el pavimento del callejón. El triciclo pudo finalmente pasar junto a esa hilera de apartamentos diminutos y apiñados los unos encima de los otros, pero a Mu Jiaren pareció no importarle y tampoco le dijo nada. Mientras tanto, A Can había ido a calentarles, tanto a su marido como a los invitados, algo de comida y también algún aguardiente para beber. Zhuang Zhidie se apresuró a darle las gracias a A Can por servir ese refrigerio, pero se excusó por no poder quedarse; ella sin embargo se enojó con ese gesto y le exhortó:

—¿No te gusta nuestro aguardiente o qué? ¿Crees que no conserva las condiciones higiénicas adecuadas? ¡Venga, hombre!...

Tras decir esas palabras, puso sus manos en los hombros de Zhuang Zhidie y lo sentó de golpe y hasta le quitó un poco de polvo que había sobre su cuello. Todos bebieron de ese aguardiente barato, aguado y pasado que A Can les había servido y lo hicieron como si fuera el mejor licor del mundo. La comida, por su parte, consistía en un platillo de hígados de cerdo, unas tiras bien finas de tripas de cerdo, unas orejas también de cerdo, unas raíces de bambú y unas setas. A Can también sacó un pescadito frito que hizo las delicias de los presentes. Mientras se freía el pescado al otro lado de la puerta, el olor llenó todo el callejón y hubo algunos niños con las barrigas vacías que se acercaron a la casa de Mu Jiaren y A Can para ver si podían darles algo de ese pescado. Zhuang Zhidie miró a través de la ventana del apartamento y vio a una mujer ya entrada en años que preparaba, sirviéndose de una masa blanca espesa, unos fideos anchos. Los estiraba, los lanzaba al aire, los enrollaba y luego los cortaba. La

mujer también tenía el cuerpo enrojecido y tenía los dos pechos sueltos y desnudos —unos pechos voluminosos que le llegaban hasta la cintura, ahí justo donde podía verse la tira elástica de las bragas—. La mujer tenía a sus espaldas, al mismo tiempo, a un par de niños que colgaban de ella como un par de paquetes. La anciana les decía:

—Venga, id, pescadito frito, pescadito frito, y dejadme tranquila... ¿No veis que la buena de A Can los está preparando? ¿O es que estáis ciegos? Si no, chupad de mis tetas. ¡Sí, lechecita de la buena!

Los fideos blancos volaban mientras tanto por los aires y alguno caía sobre los pechos de la mujer. Los niños se agarraron entonces de los pechos de la mujer y se pusieron a mamar como dos becerritos que se mueren de hambre y se agarran a las mamas hinchadas de la vaca. A Can también sacó unos boles de arroz blanco para acompañar el pescadito frito y con una voz baja dijo:

—No os burléis de esa mujer. De joven era toda una belleza y los hombres se la rifaban. Esos dos niños son unos glotones y unos maleducados. Ahora, esa mujer ha envejecido y nadie hace caso de ella. En este lugar hace además mucho calor y hay mucha humedad. No vale ni siquiera la pena vestirse decentemente.

Tras echar un trago juntos, los cuatro se pusieron a hablar tranquilamente. Mu Jiaren lavó los boles poco después, ya que debía ir al trabajo. Zhuang Zhidie y Meng Yunfang también querían irse y Mu Jiaren les detuvo:

—No hay prisas. Yo es que trabajo por las noches, y si no voy, no funciona. Vosotros podéis seguir con vuestra charla. Podéis cenar esos fideos gruesos con esa salsa espesa de sésamo, tomates y ajos al estilo de Henan. En este barrio no se come otra cosa.

Zhuang Zhidie le dijo:

—No paramos de comer. No deberíais darnos nada más.

A Can le replicó:

—Lo sé. No quieres que te consideren un abusón en ningún sentido de la palabra. La gente de tu nivel cuida siempre y en todo momento de su reputación. ¡Y hay que estar limpios de corazón y mente! ¡Los hombres duermen con las mujeres y no pasa nada!

Meng Yunfang y Zhuang Zhidie enrojecieron con ese comentario y se les puso cara de tontos. Mu Jiaren se fue y A Can les preguntó a los invitados cómo habían venido, con qué vehículo y dónde lo habían dejado; y se lo preguntó sabiendo que habían venido en motocicleta, ya que su ruido en el callejón le había llamado la atención. Meng Yunfang empujó la puerta y salió del

apartamento minúsculo para respirar el aire de la calle. Los ojos brillantes y de mirada penetrante de A Can se clavaron en el rostro de Zhuang Zhidie:

—Dime la verdad, ¿por qué te quieres ir? ¿Qué te incomoda aquí? ¿Mi presencia?

Zhuang Zhidie sonrió y dijo:

—Tratas a la gente con una honestidad que tira de espaldas. Primero entras en contacto, luego los conoces bien y finalmente intimas con ellos.

A Can le dijo:

—Pues no te falta la razón y me gusta que sea así. Tú puedes ponerme muy contenta, pero no pongas esa cara de tonto, que no me como a nadie. Voy a buscar una sandía justo al lado y picamos algo.

A Can salió de la casa nada más dejar de hablar y Zhuang Zhidie se unió a Meng Yunfang.

—¿Qué te parece A Can? —le preguntó a su amigo.

—Es muy bella, con una de esas bellezas naturales que son raras en una joven de hoy, y parece que tiene buen carácter.

Zhuang Zhidie le dijo:

—No hay muchas mujeres así, cierto. Si la comparas con A Lan, es más generosa y tiene mejor gusto y más desparpajo, pero es menos femenina... De hecho, es menos femenina, en realidad, que la mayoría de las mujeres que conozco. Tiene algo de masculino que salta a la vista con solo verla. No se maquilla tanto como su hermana. ¿Te has fijado? Tampoco es tan educada como A Lan... Oh, parece una de esas diosas que están en los templos y a las que se les quema incienso con tanta admiración...

Meng Yunfang le dijo:

—¡Creo que te ha gustado esa mujer, Zhidie!

En ese momento, A Can volvió a entrar en su apartamento y dejó la sandía en manos de los invitados. Cada uno de ellos se puso a comer la sandía y escupir las pepitas que se les quedaban metidas entre los dientes. A Can dijo:

—A Lan regresará esta noche, tarde. Vosotros no podéis quedaros aquí. Deberías volver a casa y escribir la carta para Zhong Weixian. Si he comprendido bien, debo enviársela a mi hermana a Suzhou. Habrá que escribir a Zhong Weixian porque, para él, una carta es un año de vida.

Meng Yunfang dijo:

—A Can habla por boca de la experiencia.

Y A Can replicó con tono filosófico:

—El secreto está en ponerse siempre en el lugar del otro, y en mi juventud viví algo parecido a ese asunto de las cartas enviadas y cartas sin responder.

Meng Yunfang dijo:

—Ah, pero tú, A Can, con ese carácter del diablo que tienes... ¿Cómo han podido pasarte esas cosas a ti? ¿Has escrito cartas y no te las han respondido?

A Can repuso:

—Todos me lo dicen. Esta cara que tengo y este carácter han arruinado mi vida. En mis años mozos, mi corazón estaba en un lugar más alto que el Cielo. La vida de un adulto es, sin embargo, más débil y vulnerable que una hoja fina de papel. No he tenido suerte en el amor y he ido cayendo cada vez más bajo. Como se dice, de un cerdo muerto he pasado a un perro podrido. ¿Me parezco a vosotros?

Meng Yunfang respondió:

—Todos somos iguales en esto. El maestro Zhuang ha escrito muchas cartas y tiene talento para escribir lo que sea y como sea; pero no sé, ciertamente, si, entre tanta carta, el maestro Zhuang ha escrito auténticas cartas de amor.

A Can le respondió:

—Me temo que su señora es muy guapa y por eso otras mujeres no se atreven a acercarse a él.

Meng Yunfang le dijo:

—La esposa del maestro es ciertamente una mujer de mucho talento y cualidades personales.

A Can se puso a reír y añadió:

—¡Eso está bien!

—¿Y qué está bien? —preguntó algo irritado Meng Yunfang.

A Can le contestó:

—Dices que la mujer del maestro Zhuang es talentosa y eso no está bien, al menos para mí. No tendré suerte, por lo tanto, con el maestro... Piénsalo dos veces. Otras mujeres han visto al maestro Zhuang y estoy segura de que todas ellas han conservado una opinión muy favorable de él, pero me temo que ese asunto no me queda demasiado claro. Si supieran que su esposa es fea, esas mujeres pensarían que el maestro no es demasiado exigente y no tendrían ningún interés en enamorarse de un hombre así. Pensarían que es demasiado fácil y no les supondría ningún desafío.

Meng Yunfang le dijo:

—Ese razonamiento me parece extraño y retorcido. No sé qué tiene que ver

el tener una *laopo* fea con enamorarse de su marido. Lo único que cuenta es el deseo de atacar y nada más.

Zhuang Zhidie agitó las manos para preguntar que dónde debían ir, miró a A Can y le dijo:

—Este callejón da pena verlo.

A Can le repuso:

—No, no hay nada que dé pena ver. En este mundo hay sitios y gente así y tienen tanto derecho a vivir como tú y yo. El problema es que hay muchas mujeres extraordinarias que se han casado con hombres muy ordinarios y encima las explotan. La gente que a menudo habla dice que el oro, por mucho que esté enterrado en el fango, sigue siendo oro, y con ello no quiero decir que yo sea ese oro. Pero lo que yo me pregunto viviendo en este barrio es: ¿para qué sirve el oro si estás enterrado en el fango? El oro no está hecho para eso. El hierro es de poco valor, pero puedes hacer cacharros para cocinar. Y si te lo ves de más cerca, ¡es más valioso que el oro en este contexto! Lo que ahora me empuja hacia delante en la vida es mi hijo, que es un chaval muy talentoso y muy inteligente.

Meng Yunfang le dijo:

—¡Ah! ¿Tienes un hijo?

—Sí, está en el instituto de secundaria y regresa tarde, casi de noche, porque sigue clases particulares. Quiero que vaya a la universidad, haga un doctorado y se convierta en un hombre de provecho. ¡Y que se vaya a hacer carrera en el extranjero!

Zhuang Zhidie no se sintió muy bien tras oír el último comentario de A Can y dijo:

—Pero eres tan joven..., y has vivido tantas cosas. Ahora sé que tu hijo ocupa todos tus pensamientos.

A Can se puso a reír descaradamente y lo hizo durante un buen rato, bajó la cabeza y miró encima de la mesa. Había una capa de polvo y la limpió con un trapo mientras decía:

—Lo que dices es cierto, pero hay algo que no comprendes... —A Can interrumpió lo que estaba diciendo para ponerse a reír de nuevo y prosiguió—: No sé cuántas veces le he dicho a A Lan el hambre que pasé cuando estaba en la provincia de Xinjiang. A Lan también me comentó que había pasado mucha hambre y que cada vez que iba a las montañas no probaba nada. Éramos pobres de verdad, pobres de los que pasan hambre. ¡Ni siquiera teníamos un grano de arroz para llevarnos a la boca! Y con el estómago vacío siempre... Por suerte

ahora han cambiado las circunstancias.

Zhuang Zhidie asintió con la cabeza, apesadumbrado:

—Sí, lo comprendo ahora...

Meng Yunfang, estupefacto, había escuchado al lado todo lo que había confesado A Can y creyó haber comprendido súbitamente todo sobre la vida de esa mujer; o tal vez no había comprendido nada, y se puso a conversar con ellos para salir de ese atolladero mental en el que le habían colocado las palabras de A Can. Luego se excusó y les dijo que debía ir a la ciudad con la motocicleta para solucionar un asunto y que quería dejar a Zhuang Zhidie solo para que escribiese la carta. Mientras tanto, ya habían pasado dos horas desde que habían llegado a la casa de A Can. Sin dar más explicaciones, cogieron la motocicleta Mulan y se fueron.

Tras irse Meng Yunfang, Zhuang Zhidie se sintió extraño solo con A Can. La mujer le dijo:

—Ahora podrás escribir tranquilo tu carta.

Zhuang Zhidie le respondió:

—La escribiré.

A Can cogió un papel y un bolígrafo y los dejó en la mesa, apartando el resto a un lado y pidiéndole a Zhuang Zhidie que se sentase tranquilamente. Ella le dijo que no quería influir en nada en el contenido de esa carta y que se iba a poner a leer un libro justo a su lado. Zhuang Zhidie no sabía cuáles eran los límites entre ellos dos y qué línea separaba lo que debía hacer de lo que no debía hacer con esa mujer. Había entrado definitivamente en un ámbito tan indefinido como irreal. A Can sacudió la cabeza de un lado a otro y derramó unas lágrimas. Se excusó seguidamente y adujo que era la luz del sol que le provocaba ese tipo de llantos repentinos y se fue hacia la ventana para cerrarla y correr las cortinas. Pensó que, con las ventanas cerradas, ellos tendrían calor. Cogió el abanico y se puso a abanicarse a ella misma y a él. Zhuang Zhidie, ocupado como estaba con la carta, no le dijo nada. Estaba intentando entonarse desde un punto de vista sentimental para escribir esa carta y no podía. De repente, entró en trance como quien se droga o se emborracha. A Can continuaba leyendo su libro en el otro lado de la mesa, pero con el rabillo del ojo miraba a Zhuang Zhidie mientras escribía la carta. Vete a saber cuánto tiempo pasó observándole de esa manera. Zhuang Zhidie acabó de escribir la carta y se giró, pillando de improviso a A Can y mirándole totalmente embobada. Él continuaba mirándola y ella seguía sin darse cuenta de que él la estaba mirando. Él le dijo:

—Pues ya está escrita.

A Can se quedó fría y lo miró con los ojos en blanco. Sabía que un espíritu divino se había apoderado de ella y dijo con la cara enrojecida:

—¿Ya has acabado? ¡Qué rápido! ¿No?...

Zhuang Zhidie parpadeó varias veces y se puso a pensar para sus adentros: ha pasado un buen rato mirándome con esos ojos y no se avergüenza. A Can se acercó a él y le susurró:

—¿No quieres leérmela? Me muero de ganas por saber lo que has escrito en ella.

Zhuang Zhidie le respondió:

—¡Cómo no! Escucha, de hecho, no tiene el sabor de las historias para mujeres, pero lo que me preocupa es que Zhong Weixian note que es falsa.

Tras prevenirla con esas palabras, Zhuang Zhidie se puso a leer la carta hasta que completó tres páginas. Tras acabar de leer, Zhuang Zhidie levantó los ojos de las cuartillas y se dio cuenta de que tenía delante de su cara una mano blanca como la nieve con cinco dedos muy largos y delgados, y el dedo gordo y el anular, con un anillo que resaltaba entre los demás, encima de la mesa. Vio que con la otra mano sujetaba un abanico, que agitaba nerviosamente. Zhuang Zhidie vio que era A Can que estaba frente a él, pero no sabía en qué momento se había puesto de pie y se había colocado frente a él con una de sus manos apoyada en la mesa y la otra agitando el abanico con un afán desmesurado. Zhuang Zhidie alzó la mirada y vio el rostro de A Can con los dos ojos enloquecidos y las dos mejillas rojas. Él le preguntó:

—¿Qué piensas?

A Can le respondió:

—Parece como si esa carta hubiese sido escrita para mí.

A Zhuang Zhidie le entraron unas ganas irrefrenables de echarse encima de ella y le gritó impulsivamente:

—¡A Can!

Y A Can le dijo con la voz y el cuerpo temblándole al mismo tiempo:

—¿Qué pasa?...

Zhuang Zhidie agarró con fuerza el bolígrafo que tenía en la mano y se apoyó con esa mano sobre la mesa para ponerse de pie y echarse hacia delante y alcanzar así el cuerpo de A Can. Mirando hacia abajo, y con los labios de uno pegados a los labios del otro, los dos se besaron como si lo hiciesen por primera vez. La punta del bolígrafo cayó, rozó la chaquetilla blanca de A Can y la dejó

manchada. Los dos se abrazaron y se tumbaron sin darse cuenta en una de las sillas de tiras de caña que había junto a la mesa. Zhuang Zhidie le dijo a A Can:

—Esta es la mejor carta que he escrito en mi vida y ha sido porque tú estabas delante.

—De verdad —le dijo a Can—, ¿de verdad que te gusto?

Zhuang Zhidie volvió a abrazarla con fuerza y no quiso hablarle mucho más. Tampoco necesitaba hacerlo. Lo único que deseaba era mostrarle a ella todo su poderío y toda su locura erótica. A Can, que se encontraba entre los brazos de Zhuang Zhidie, le confesó a bote pronto:

—No te vayas a creer que yo soy una cualquiera. Yo no me dejo abrazar por el primero que me lo pide... ¡No! Todavía no puedo creer que te guste... Creo que será bonito hacer el amor contigo. Al menos, que lo sea por una vez para mí...

Ella le pidió a Zhuang Zhidie que se sentase y volvió a repetirle lo de que ella no era una cualquiera. Incluso le dijo que cuando era más joven destacó por ser una estudiante muy buena. La habían enviado de la provincia oriental de Anhui a la provincia occidental de Xinjiang dentro del movimiento de migración interior para desarrollar económicamente áreas más pobres del país⁸⁸. Fue ahí, en esa región lejana, bárbara e inhóspita, donde conoció a Mu Jiaren, y decidieron finalmente vivir juntos y establecerse en Xijing. Mu Jiaren estaba hecho polvo y sufría de fatiga crónica, pero era de naturaleza buena y no pegaba a las mujeres. Por eso decidió quedarse con él. Ella no era bonita de cara, aunque su cuerpo estaba bien formado. Su rostro tenía una piel blanca y delicada que aún podía ser apreciada por los hombres, incluso con el paso de los años y a pesar de ser viuda de su primer marido.

Zhuang Zhidie le dijo:

—A Can, yo te creo. No debes por qué contarme esas cosas.

A Can le respondió:

—Sí, debo decírtelas. Debo decírtelo todo. Solo quiero que sepas que delante de ti no hay una persona de cristal y quiero gustarte. Quiero que me mires de frente y como soy. Quiero que me aprecies. ¡Quiero asustarte!

Nada más decir esas palabras, A Can se quitó la chaquetilla y el pijama que llevaba puestos. También se quitó el sujetador y las bragas, y dejó caer las sandalias de sus pies. Se plantó de pie y totalmente desnuda delante de Zhuang Zhidie. A él le perturbó esa presencia y la abrazó. Vete a saber por qué varias lágrimas irrumpieron en sus ojos. A Can alargó su mano y con un pañuelo le

secó las lágrimas y le preguntó con ironía:

—¿De veras que te he asustado?

Zhuang Zhidie no dijo nada y se acostó en la cama con A Can, uniendo su cuerpo con el de ella. A Can le susurró:

—¿De verdad que te gusto? ¿De verdad que te gusto?... □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí cuatrocientas once palabras].

A Can se lo sacó de encima y él olió de repente un aroma extraño. A Can le dijo:

—Este es mi perfume, o al menos eso es lo que dice Mu Jiaren. Mi hijo también me lo dice: es mi olor, el olor a A Can. Huele, huele... ¡Este es mi perfume!

Zhuang Zhidie se acostó y se puso a oler el sexo de A Can y le pareció algo parecido al olor a mucha humedad, o cuando llueve o hay mucha niebla. □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí veintidós palabras]. A Can se mordió los labios y lanzó un grito. Zhuang Zhidie no se atrevió a decirle que estaba penetrando esa parte delicada del cuerpo de una mujer y temió que la había herido sin querer, pero no supo por qué, ya que A Can no era virgen. A Can le dijo:

—¿No lo has visto?... Hazlo como te apetezca... Cuando me quedé embarazada, el médico me dijo que mi pelvis era más estrecha que la de una persona normal y que mi hijo no iba a poder pasar por ahí...

Zhuang Zhidie la penetró con más cuidado y lentamente. Ella, sin embargo, sacudió la cabeza y se puso a reír, comentó varias cosas y finalmente le dijo a Zhuang Zhidie que podía empujar hacia dentro como quisiese. Lo único que le pidió fue que eyaculase fuera. □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí cincuenta y una palabras]. A Can dijo:

—Si te pido que eyacules fuera es porque no quiero quedarme embarazada. Le tengo un miedo atroz a quedarme embarazada. Ahora no uso ningún anticonceptivo para mujeres.

A Can abrazó entonces a Zhuang Zhidie, pero su rostro se llenó súbitamente de lágrimas. Zhuang Zhidie la soltó de golpe y le dijo:

—¿Te arrepientes de haber hecho el amor conmigo? Estaba tan excitado y he eyaculado demasiado pronto... Quisiera darte las gracias por este momento único y tan especial. Pero, dime, ¿cómo podría agradecértelo de otra manera? Si te has quedado satisfecha, dímelo, vaya, no solo tu cuerpo, sino tu corazón y tu mente. ¿Ha sido así?

Ella le replicó:

—No te llegas a imaginar lo pesimista que soy por naturaleza y lo desanimada que estoy en estos momentos. Mi vida ya se ha acabado, pensaba. No sé cómo puedo gustarte, Zhidie. No puedo ayudar en nada a nadie; ni siquiera puedo darles dinero. Tampoco puedo tener trabajo digno, y ahora gusto a una celebridad como tú. Este encuentro me ha dado más confianza en mí misma. Envidio a tu mujer, ya que ella te tiene a diario. Estoy segura de que cada vez que ella te hace el amor es todo un éxito. Ella debe hacer el amor esplendorosamente... Le tengo celos y quiero convencerte de algo: yo no podré sustituirla nunca; pero tranquilo, tú y yo podemos seguir así. ¡Nunca seré un problema para ti! Nunca...

Zhuang Zhidie no escuchó lo último que le había dicho la mujer, se puso recto y le secó las lágrimas.

—A Can —le dijo mientras se sentaba y ponía cara de tonto—, yo no soy en absoluto bueno. Soy un tipo horrible y me da vergüenza oír todo lo que estás diciendo de mí.

A Can le repuso con enojo:

—No quiero que estés así. Te lo repito, ¡no quiero que tú estés así por mi culpa! —Tras decirle esas palabras, lo abrazó con fuerza con la cabeza apoyada en su pecho. Los dos se sentaron un rato para tranquilizarse y A Can le comentó con una voz calma—: ¿Quieres fumar un cigarrillo?

A Can sacó en ese momento un cigarrillo de un paquete que tenía debajo de la almohada y se lo puso en la boca. Hizo lo mismo con otro y lo puso en la boca de Zhuang Zhidie, que le preguntó:

—¿Me permites que te pregunte sobre tu olor corporal? Ahora huelo a ti y creo que apesto, ¡ja!...

A Can se había quedado dormida dócilmente, como un gato, y Zhuang Zhidie se arrodilló ante ella y se puso de nuevo a olerla. Le susurró a A Can la dirección del salón A la búsqueda de eso que falta, junto al templo de la Vacuidad Luminosa, ya que quería presentarla a sus amigos. A la *xiaojie* A Can se le saltaron las lágrimas nada más saberlo.

* * *

En la parte baja de la Gran Pagoda del Ganso Salvaje de Xijing hay un pueblo famoso por su rareza que se llama Yaopu. En ese burgo o *cun* todo el mundo

sabe tocar los tambores y lo hacen pasándose ese instrumento de padres a hijos. Los ancestros de Yaopu habían sido los maestros tamborileros de los emperadores de Qin y existía la costumbre en cada generación, que debía superar a la precedente, de homenajearlos. Esos ritos de homenaje a los ancestros se hacían en cada clan familiar y ayudaban a promocionar la armonía general en el pueblo. Los mismos tambores pasaban así de generación en generación y los hacían sonar de la misma manera como hacían sus ancestros cuando desfilaban con el ejército del emperador de Qin. El segundo día del segundo mes, el día del levantamiento de la cabeza del Dragón, es en Yaopu el día de los tambores, cuando alzan el estandarte amarillo correspondiente a su gremio y se pasean por las calles del pueblo. Varios cientos de personas se reúnen en esas calles angostas y polvorientas y aporrean los tambores con rabia y furor. El espectáculo es impresionante. Ese día, las tiendas se adornan con dibujos diversos en señal de buen auspicio. Los tamborileros llevan cintas rojas en la cabeza de tres *chi* y tres *cun* de largo, al igual que lo hacían sus ancestros del estandarte amarillo. Se oye la vibración y el repiqueteo incesante de los tambores al mismo tiempo que estallan los petardos y se lanzan los fuegos artificiales. En los últimos años, sin embargo, las circunstancias han cambiado y las gentes de Yaopu, aunque siguen tocando los tambores como en el pasado, ya no se ganan la vida con ello. Los campesinos de los alrededores de la ciudad se reúnen en Yaopu para hacer sus ventas y sus compras, o simplemente mostrarlos a futuros clientes. Es tiempo de feria y la gente aprovecha el buen humor de los demás y el ambiente de fiesta para vender lo que sea. De repente se anuncia una venta de varios miles de yuanes y las gentes de Yaopu, para anunciarlo, se pone a aporrear de nuevo el tambor con todas sus fuerzas. Así se pasan medio día, y como consecuencia de ello, los tambores no dejan de sonar nunca durante ese festival. El dinero entra, el dinero sale, todo ello al ritmo de los tambores. Y, por supuesto, las gentes de Xijing se precipitan como olas a Yaopu para ver ese espectáculo único.

El domingo, al mismo tiempo que la bullaranga que formaban los tamborileros volvía a llenar las calles y con más fuerza y prestigio que en el pasado, Niu Yueqing y Liu Yue se encontraban en casa liadas con sus madejas de lana. Los zumbidos de los tambores que venían del exterior les provocaban pánico a las dos mujeres. A Liu Yue, que sujetaba una de esas madejas de lana y tejía y tricataba con los hilos y las agujas, se le iba la cabeza a otro sitio con tal de evadirse del ruido exterior. Niu Yueqing no dejaba de insultar a esos monos, según sus palabras, que no podían poner el culo en ningún sitio. Niu Yueqing se

encargaba de hacer las madejas de lana y se las daba luego a Liu Yue. Pero cansada e inquieta, y sin poder tampoco encontrar un sitio donde sentarse cómodamente, le pidió a Liu Yue que la acompañara a la calle para ver lo que pasaba. Liu Yue fue a buscarle a su señora los zapatos de tacón alto. La multitud se apelotonaba en la calle y a ellas les resultó imposible avanzar. Liu Yue agarró una de las manos de Niu Yueqing y la arrastró con ella y se abrieron paso entre la tapia que formaba la gente, se metieron en una vía de bicicleta, pero pudieron evitarla saliendo de ella nada más entrar. Niu Yueqing empujó a Liu Yue a un lado porque no le agradaba cómo la estaba llevando de un lado a otro y le gritó:

—Liu Yue, vas demasiado rápido. Parece que vamos en un palanquín...

A Niu Yueqing le dolían los pies, ya que no estaba acostumbrada a llevar zapatos de tacón alto, y encima eran nuevos, y se acordó de las críticas de su marido por su falta de coquetería y por lo poco que le gustaba ponerse guapa. Había dado todas sus ropas viejas a Liu Yue y ya no tenía qué ponerse. Respecto a Zhuang Zhidie, hacía un par de días que había desaparecido y le había perdido el rastro. ¿Para qué servía seguir siendo una esposa como ella? Niu Yueqing se vino abajo. Se sintió de repente ofendida y humillada. Había algo de deprimente en su familia, pensó, y ella, ¿qué tenía de desagradable? Ella veía en ella misma algo de desagradable. Debía comprarse ropa nueva y lucirla ante Zhuang Zhidie..., pero en esos momentos no podía seguir a Liu Yue. Iba más rápido que ella porque era más joven que ella. Liu Yue se giró para ver qué pasaba con su señora, ralentizó el paso y le dijo:

—Todavía no he visto a ninguna de esas comparsas de tamborileros. ¿Dónde se han metido? En el *xiang* de Shanbei, durante la jarana de las fiestas del Año Nuevo, hay tambores, pero no son tan ruidosos como estos.

Niu Yueqing dijo:

—Lo de los tambores en las calles es algo que se debe ver; pero no solamente la música de los tambores, sino a quien toca esos tambores y la otra gente que hay en la calle. ¡Son gente muy interesante!

Liu Yue prestó atención de repente a la gente que llenaba la calle en esos momentos. Los había que vestían con ropas coloridas y descubrió que había mucha gente que también miraba cómo vestían ellas. Con voz baja, le dijo a Niu Yueqing:

—Gran hermana, estás muy guapa. Nadie te quita los ojos de encima.

Niu Yueqing le replicó:

—Pues no sé qué estarán mirando. Ya no hay nada que ver en una vieja...

¡Creo que te están mirando a ti!

Liu Yue llevaba encima un vestido usado de Niu Yueqing, pero le quedaba mejor por el porte de su talle y su juventud. Ese vestido no parecía en absoluto un vestido viejo en el cuerpo de Liu Yue. Un vestido nuevo no le hubiera quedado tan bien. Tras escuchar las palabras de Niu Yueqing, Liu Yue supo que la gente de la calle la estaba, en efecto, mirando a ella con curiosidad y deseo, y alzó la cabeza y la mirada, mirando al lado izquierdo y al lado derecho. Con el rabillo del ojo barrió cada una de las esquinas y luego sacó pecho. Niu Yueqing le dijo:

—Pero ¡no hagas eso, quieres! Van a pensar que eres una buscona...

Liu Yue se puso a reír y con gran dificultad se abrió paso hasta la parte baja de la Torre del Reloj. Las comparsas de tamborileros pasaban precisamente por ahí, pero había mucha gente haciendo un círculo y esperándola. Las dos mujeres saltaron hacia delante y se colocaron delante de una fuente de piedra que quedaba frente a un hostel. Varios tipos diferentes de vehículos pasaban por un lado y otro de la calle. Uno de ellos, un triciclo, llevaba una pancarta enorme que decía: «Huang Hongbao, el director de la fábrica del mundialmente famoso pesticida 101, saluda afectuosamente al gran pueblo de la ciudad de Xijing».

El triciclo lo conducía un Han gordo y sumamente torpe en sus movimientos que esbozaba una sonrisa de oreja a oreja. Detrás de él había más triciclos y los vehículos que estaban a los dos lados transportaban unos timbales enormes con unos adornos de cobre en sus lados. El sol brillaba sobre esas superficies cobrizas y los tamborileros golpeaban los timbales en secuencias de tres golpes. Luego se detenían, y otros tres golpes. Avanzaban y se detenían, la gente, que podía contarse en cientos de personas, se acercaba para ver a los músicos de cerca, pero parecía moverse al ritmo que le imponían los tambores. Los que poblaban los dos lados de la calle gritaban emocionados y aplaudían a rabiar, alabando las virtudes de los tamborileros. *Pam, pam, pam... Pam, pam, pam... Taralí, taralá...* Niu Yueqing se quedó absorta mirando ese espectáculo y dijo de repente:

—¡Mira ese Han de tez negra! ¡Qué feo es! Se parece al presidente Mao inspeccionando sus tropas... Ahora, ese tipo tiene dinero. Lo conozco. Solía pasar por mi casa y sé quién es.

—A mí también me resulta familiar esa cara. Zhuang Zhidie solía decir de él que es un hijo de puta. Tiene ese mismo aspecto imponente de la gente que detenta el poder.

De repente oyeron:

—¡Eh, eh!...

Niu Yueqing preguntó:

—Pero ¿quién nos llama así? ¿De quién es esa voz tan aguda?

—¿No es Tang Wan'er? —sugirió Liu Yue.

Niu Yueqing se puso a mirar entre la multitud y reconoció a Tang Wan'er y Xia Jie. Las dos iban vestidas muy bien y tenían un aspecto magnífico. Las dos destacaban entre la masa de gente que se había agolpado en la calle. Tang Wan'er hizo un gesto con la mano para hacerse ver y se acercó a donde estaban las otras dos mujeres. Finalmente las alcanzó y le preguntó a Liu Yue:

—¿Os habéis dado cuenta tú y la señora del maestro Zhuang de la jarana que se ha organizado en las calles de Xijing? Y el maestro Zhuang, ¿no ha venido?

Las dos mujeres se subieron al pedestal de piedra y, apoyadas en los hombros de las otras dos, se pusieron a ver lo que estaba sucediendo con los timbales. Su alegría era inmensa en esos momentos y no paraban de reír a carcajadas, y ello atrajo las miradas de la gente que estaba a su alrededor. Ellas, sin embargo, no los miraban. Uno de los hombres le dijo a Liu Yue:

—Eh, guapa, sé obediente..., obediente como una criadilla buena... ¿No me has oído o qué? ¿Por dónde pasa tu alma ahora?

Otro les dijo:

—¡Mirad, cuatro bombas!

Liu Yue le preguntó a Xia Jie qué era eso de las bombas y Xia Jie le respondió:

—Pues quiere decir que tú puedes darle un puñetazo y noquearlo.

Liu Yue le dio un puñetazo en la cintura a Tang Wan'er y le dijo:

—Mira, eres bomba..., y tan adorable... ¿Quién te mira como a mí? ¡Estás de muerte, Wan'er!

Tras decirle esas palabras, Liu Yue sacó el imperdible que sujetaba el cabello de Tang Wan'er y lo puso en el cabello de Niu Yueqing. Niu Yueqing se lo sacó de la cabeza y parecía uno de esos dientes de marfil de Dali en la provincia de Yunnan y dijo:

—Wan'er, qué casualidad. Zhou Min, ¿también te ha comprado este tipo de imperdible?

Tang Wan'er enrojeció de golpe y exclamó un escueto:

—¡Oh!...

Niu Yueqing la piropeó:

—Pues te va de maravilla. Hace un par de años, mi marido fue a Dali para un encuentro y me trajo este imperdible. Tiene una blancura espléndida. ¡Y tú llevas ahora uno igual! Solo en Dali hay este tipo de joyas. Yo puse la mía en la caja y nunca la saco. Pero en Xijing, ¿dónde las venden?

Niu Yueqing volvió a poner el imperdible en el cabello de Tang Wan'er y esta pisó discretamente el pie de Liu Yue. La joven criada saltó del pedestal y puso sus dos pies en el suelo. Se le había manchado el pantalón, el cual era de color ceniza como uno de esos rábanos blancos. Liu Yue se puso a temblar y Tang Wan'er le preguntó:

—Qué generosa eres; pero ¿no recoges lo que se te ha caído?

Liu Yue miró al suelo y preguntó:

—Pero ¿qué se me ha caído? ¿No hay nada?

Tang Wan'er le indicó con sorna:

—Y todos esos ojos que se te han pegado a tu pantalón gris ajustado, ¿eso qué es?

Las tres mujeres se giraron para ver el pantalón de Liu Yue y se pusieron a reír. Niu Yueqing dijo:

—¡Vaya, esa Tang Wan'er es un verdadero monstruo! ¡Qué mala baba tienes, Wan'er! Me da la impresión de que hoy es a ti a quien los hombres no quitan los ojos de encima...

En ese momento, la bulla de los timbales cesó de golpe y miles de folletos de la empresa de pesticidas volaron sobre las cabezas de los presentes y algunas manos se alzaron para cogerlos al vuelo. Liu Yue también levantó las manos para coger uno de esos folletos y vio que los timbaleros llevaban, todos ellos, una máscara sobre sus caras. Los había con máscaras que representaban áfidos; otras, insectos acuáticos; y otras eran máscaras que reproducían la forma de las polillas y las moscas. Ver esas máscaras de esos bichos todas juntas era un espectáculo inesperado, insólito y escalofriante.

Somos los insectos venenosos, somos los insectos traviosos y venenosos... ¡Y el pesticida 101 va a acabar con nosotros! ¡Va a acabar con todos nosotros! ¡A muerte! ¡A muerte con todos nosotros!

Tras canturrear esa canción, los timbales volvían a sonar y los tamborileros se ponían a aporrearlos de nuevo. Así durante varios intervalos. *Pam, pam, pam... Pam, pam, pam... Taralí, taralá...* El espectáculo carnavalesco daba, por

momentos, miedo verlo, y ese era el efecto que buscaba. Combinar la alarma social con la felicidad que se respiraba en la fiesta. Entre los asistentes había una mujer que se quejaba de que se utilizase su dinero para ese tipo de acontecimientos con fines privados. La mujer estaba enojada y decía: «¡Ladrones, ladrones, las gentes de la ciudad son todas unos los ladrones! ¿Se creen que las gentes del campo tienen mucho dinero? Ese pesticida 101 vale mucho dinero. Las gentes de la ciudad roban nuestros cuatro cuartos y nos matan de hambre. Provocan el problema para vendernos su solución. ¡Qué espabilados! ¿Alguien tiene cincuenta yuanes para comprar ese pesticida de mierda?». Uno de los participantes le contestó: «¿Quién es el ladrón aquí? ¿Por qué insultas a la gente de la ciudad? Son ellos quienes te dan de comer comparando tus productos...». La mujer, visiblemente enojada, se puso a maldecir de nuevo a los de la publicidad: «Sí, con nuestro dinero, el que nos robáis, coméis cada día. ¿No es cierto? Y si tu *laopo* no come, se muere; y si tu perro no come, también la diña, ¿no es así? Pues lo mismo sucede con nosotros, pero a la inversa». El hombre le dijo: «Eso está bien. Te vamos a contratar para que organices el plan de nacimientos de Xijing; y tiene razón, señora, en Xijing hay mucho ladronzuelo suelto y mucho espabilado que quiere su dinero». La mujer le repuso: «Tengo a mucha gente a mi cargo y debo alimentarlos. Tengo tres pequeños que no paran de comer. ¿Qué puedo hacer con tanto ladrón en Xijing robándome mi dinero? ¡Mis tetas no dan oro ni plata, y tampoco balas, sino leche y de la buena!».

Quienes escucharon esa conversación se pusieron a reír y la mujer, avergonzada, les preguntó si ella había dicho algo inconveniente.

Xia Jie le dijo a Tang Wan'er:

—Deberías haber aprendido la lección de hoy y dejar de comportarte como una desvergonzada. ¿Por qué no te has puesto el sujetador?

Tang Wan'er le respondió:

—Estamos en verano y hace muchísimo calor. Nunca me pongo sujetador en verano.

Liu Yue se acercó corriendo a Niu Yueqing y le comentó:

—Gran hermana, aquí a este lado está un artículo del maestro Zhuang.

Tang Wan'er lo cogió y le dijo:

—Déjame echar un vistazo a ese folleto. ¿Cómo ha podido escribir Zhuang Zhidie una cosa así?

Tang Wan'er se puso a leerlo en voz alta y Niu Yueqing la detuvo:

—No lo leas. Mucha gente va a perder su honorabilidad con esa firma debajo. El nombre de Zhuang Zhidie está, en efecto, ahí escrito y con letras grandes. Mi marido ni tiene vergüenza. Ya hace cualquier cosa por dinero. La familia Huang no hubiera debido nunca pedirle esa basura a mi marido. La gente se va a ir de la lengua y todo el mundo se va a enterar. Qué desastre.

Niu Yueqing oyó a alguien que hablaba a su lado y decía:

—Mira, mira, esa es la mujer del autor de este artículo...

—¿Dónde?... ¿Dónde? —quisieron saber otros.

Un hombre se explicó:

—La que lleva el *qipao*⁸⁹ verde; es la mujer de Zhuang Zhidie.

Niu Yueqing tosió un par de veces y pensó para sí misma: Ese tipo, ciertamente, me conoce, pero ¿de dónde ha sacado esas ideas? Sabe que yo y Zhuang Zhidie vivimos en una constante contradicción. ¿Se estará riendo de mí? E inmediatamente les dijo a las otras tres mujeres que la acompañaban:

—Vámonos de aquí. Aquí hay demasiados ojos mirándonos.

Las cuatro mujeres bajaron del pedestal de piedra y se encaminaron hacia la calle del Sur. Xia Jie dijo:

—Mi casa no está muy lejos. Echemos allá una partida al *majiang*.

Niu Yueqing dijo:

—Liu Yue y yo debemos regresar a nuestra casa y ya hemos estado paseando durante mucho rato.

Xia Jie añadió:

—Pero si decía lo de la partida de *majiang* precisamente por ti, Yueqing. Hemos pasado un día bastante duro y debemos reponernos. Hoy hemos paseado para distraernos. ¿Por qué no descansar un rato? Wan'er, Liu Yue, ¡vosotras dos la lleváis en brazos!

Niu Yueqing se puso a reír y dijo:

—Vale, pero solo hoy. ¡Vaya día! ¡Y sin hacer nada!

Las cuatro mujeres se precipitaron raudas como el viento hacia el callejón y llegaron a la casa de Meng Yunfang, el marido de Xia Jie.

Las cuatro mujeres entraron en los aseos para lavarse la cara y las manos. Tang Wan'er se sirvió del maquillaje de Xia Jie para ponerse algo de polvo en las mejillas y rojo en los labios. Poco después preparó la mesa para la partida de *majiang* y echó los dados.

Niu Yueqing le dijo:

—¿Y por dónde anda el bueno de Yunfang? ¿Está practicando *qigong* en el templo de Yunhuang, el del Ornamento del Jade semicircular y abombado?

Xia Jie le respondió:

—¡Solo el diablo lo sabe! Ahora anda liado con el filósofo Shao Yong y sus escritos, y eso que solo tiene un ojo. El otro ya no le funciona...

Lo de la pérdida del ojo de Meng Yunfang era de sobras conocido por todos, pero a todas ellas les hizo gracia la manera de contarlo de su esposa Xia Jie y esta última comentó:

—Si hubiese perdido los dos ojos, yo ya lo habría enviado a los bosques como un salvaje y él no se habría ofendido.

Todos los presentes se quedaron mudos ante ese comentario de Xia Jie y no supieron qué contestarle. Niu Yueqing oyó a alguien que vendía leche fuera y dijo:

—Liu Yue, esa es la cuñada Liu con su vaca. Ve a ver, ¿no es ella?

Liu Yue salió por la puerta y nada más cruzar el umbral se topó con la cuñada Liu y le dijo:

—Cuñada Liu, ¿por qué estás vendiendo leche a estas horas?

La cuñada Liu le respondió:

—¿No es Liu Yue la que me habla?... ¿Qué haces aquí? Hoy fui a la calle de Beida para ofrecer mi leche, pero no vino nadie. Es leche fresca y se va a echar a perder. ¿La quieres tú?

Liu Yue le contestó:

—Amarra la vaca a este lado y entra en la casa. Mi señora está echando una partida al *majiang*.

La vaca se resistía a quedarse atada en la sófora, pero la cuñada Liu consiguió finalmente hacerlo y entró de la mano de Liu Yue en la casa de los Meng. Niu Yueqing, Tang Wan'er y Xia Jie la invitaron a sentarse con ellas. La cuñada Liu les dijo:

—Pero con la pinta que llevo... ¿cómo podría sentarme a vuestro lado?

Niu Yueqing la tranquilizó:

—Esta es la casa de unos amigos. No tengas tantos miramientos. Por lo general, aquí todas bebemos la leche que nos vendes. Hoy te has presentado un poco tarde, pero no pasa nada. Siéntate y diviértete con nosotras. Vamos a almorzar juntas en la casa de nuestra Xia Jie y no la vamos a arruinar.

La hicieron sentar en la mesa de *majiang*, pero para la cuñada Liu, jugar al *majiang* no era algo nuevo, ya que solía jugar en su pueblo y era bastante

aficionada a ese juego de mesa. Ese día, era Niu Yueqing quien quería verla jugar con ellas y ello la entusiasmaba profundamente. Pensaba que esa era la ocasión perfecta para ello, aunque ella no sabía el precio que debía pagar para que todo el mundo se divirtiese. Había que apostar dinero y ello preocupaba a Niu Yueqing. Si la pobre cuñada Liu no había vendido su leche y encima un grupo de mujeres ociosas iba a llevarse su dinero o se iba a reír de ella, ese asunto no iba a agradarle particularmente. Lo mejor era que no participase, y Niu Yueqing se dio cuenta de ello tras constatar la reticencia de la cuñada Liu a sentarse en la mesa de *majiang* y dijo:

—No apostemos mucho. De cinco céntimos a un yuan; y tú, cuñada Liu, juega por mí. Si ganas, te llevas todo el dinero, pero si pierdes seré yo quien pagará por ti.

Tang Wan'er intervino y dijo:

—La esposa del maestro tiene mucho dinero, pero hoy vamos a dejarla peladísima.

La cuñada Liu se limitó a sentarse en la mesa de *majiang* como le habían dicho y le dijo a Niu Yueqing:

—Jugaré en tu lugar, pero mis manos apestan... Cada vez que arroje una ficha, vienes a verlo.

Niu Yueqing se quedó de pie al lado de la cuñada Liu y le dijo:

—Mi gran hermana, juega y no te preocupes de nada más. Yo debo ir al patio del Círculo Literario y Artístico de Xijing para prepararle la comida a tu maestro Zhuang.

Confundida por esas palabras, Tang Wan'er añadió:

—Pero ¿qué dices? El maestro Zhuang, ¿anda estos días por los aposentos del Círculo Literario y Artístico de Xijing? ¿Y qué diablos hace ahí?

Niu Yueqing no le respondió y se dirigió a Liu Yue:

—No te preocupes de lo que haga tu maestro Zhuang. Puede salir de casa y regresar cuando le salga en gana. ¿Lo entiendes? Que haga lo que quiera. A nosotras no nos importa, ni nos va a cambiar la vida.

Tang Wan'er le preguntó entonces a Liu Yue:

—Esos dos siempre andan a la greña. ¿Ya no viven juntos?

Liu Yue respondió en voz baja:

—¡Para nada!

Liu Yue no volvió a prestarle atención a Tang Wan'er, a quien se le despertaron mil demonios en ese momento. ¿Dónde diablos estaba Zhuang

Zhidie? Ver a Liu Yue de esa manera la enfadó todavía más, pero su rostro siguió imperturbable y sin mostrar ninguna emoción. Continuó, por lo tanto, jugando al *majiang*, pero con la cabeza puesta en Zhuang Zhidie. Echaba las fichas condicionada por sus pensamientos acerca de Zhuang Zhidie y el resultado era catastrófico. Liu Yue parecía, sin embargo, regocijarse con esa situación, y sacaba provecho de los errores de Tang Wan'er y le comía las fichas. Tang Wan'er dijo:

—Vaya, qué tonta soy. Os lo pongo en bandeja...

Tang Wan'er se levantó y se fue a los aseos para sacarse el veneno que llevaba dentro, no sin antes pedirle a Niu Yueqing que ocupase su lugar en la partida. Nada más salir por la puerta, Tang Wan'er vio a la vaca de la cuñada Liu atada al tronco de la sófora. La vaca estaba acostada y, de tan quieta que estaba, parecía de piedra. Solo la cola, que espantaba las moscas a un lado y a otro, parecía tener vida. A Tang Wan'er le impresionó particularmente la presencia de ese animal como si nunca antes hubiese visto una vaca. En la oscuridad, se puso a hacer cábalas sobre su futuro: Zhuang Zhidie le había dicho repetidas veces de esperarle y ella lo había buscado, pero sin éxito. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué estaba cayendo en ese pozo sin salida? ¿No se estaba contradiciendo con ella misma? La vaca mugió en ese momento y volvió a quedarse completamente paralizada. ¿Me habrá oído?, se preguntó a sí misma Tang Wan'er, mientras observaba las orejas puntiagudas y erectas del animal y la nariz ancha y bizarra de la vaca. La vaca ni se inmutaba y a Tang Wan'er le resultaba imposible dilucidar si la vaca había mugido para quejarse de ella o no; se giró rápidamente y se fue. En la entrada a la casa dijo de repente con una voz aguda y nerviosa:

—¡Aya!... Maestro Zhuang, ¿por qué has venido? No me lo esperaba... ¡Qué casualidad!

Dentro de la casa se oyó la llegada de Zhuang Zhidie, aunque era falsa, ya que Tang Wan'er estaba hablando con ella misma, y Niu Yueqing se apresuró a retirar la mesa de *majiang*.

—¡No le digas que estoy aquí! —le advirtió Niu Yueqing a Tang Wan'er.

Niu Yueqing corrió las cortinas de las ventanas para que entrase más luz en la habitación. Tang Wan'er se sorprendió por la agilidad de movimientos y la premura con la que actuó Niu Yueqing nada más ver a su marido, como si quisiese irse, y se dio cuenta de que algo no andaba bien entre los dos. Una situación que le azuzó las ganas de saber qué pasaba en realidad entre los dos.

—Siéntate aquí, maestro Zhuang —le propuso fingidamente Tang Wan'er a

Zhuang Zhidie, y lo hizo con retintín para picar a las otras tres mujeres—. La señora del maestro también puede sentarse en este lado, junto a su maridito. ¿No te parece, Yueqing? —Todas las mujeres miraron con odio hacia donde se encontraba Tang Wan'er, aunque no podían verla, y esta añadió desde lejos—: La señora del maestro sabe que su marido ha llegado. ¿Se va a ir la señora? ¿A qué vienen ahora tantas prisas por irse?

—Sé de sobras qué él no ha venido —le respondió Niu Yueqing con una risa amarga —; pero una buena esposa debe en todo momento saber esperar a su marido y recibirlo con una sonrisa, sea cual sea la situación. ¿No es así, Wan'er, tú, que sabes tanto de los maridos de otras mujeres? —Niu Yueqing salió al patio y cerró la puerta tras de sí con un portazo y se puso a llorar—: Ni quiero verlo ahora ni más tarde, ni él querrá verme. ¿A qué diablos juegas, Tang Wan'er? ¡Y que me dejen ir si quiero irme!

Liu Yue y Xia Jie se pusieron a reír para quitarle importancia a ese incidente y le dijeron a Niu Yueqing que a Tang Wan'er le gustaba demasiado gastar bromas pesadas a la gente y no se daba cuenta de que podía herir a las personas, y le dijeron que se iban a llevar fuera a Tang Wan'er y la iban a amonestar.

—Wan'er, ¿no deberías pedirle disculpas a Niu Yueqing? Deberías arrodillarte y golpear el suelo con la cabeza como se hacía antiguamente. ¡Y muéstrale más respeto a la esposa del maestro Zhuang!

Tang Wan'er sentía, sin embargo, un placer intenso mientras torturaba de esa manera a Niu Yueqing, la esposa del hombre con el que quería casarse en el futuro, y sacudió la cabeza varias veces, negando lo evidente y sonriendo por lo bajines, y dejó a las mujeres solas, no sin antes arrodillarse de forma cómica ante Niu Yueqing y pedirle disculpas.

Al cabo de unos instantes, Niu Yueqing volvió a enojarse y volvió a reír. Haciendo una mueca extraña con la boca, le dijo algo inaudible a Tang Wan'er y se puso seguidamente a lanzarle improperios:

—Hueles a meados y apestas, Wan'er. Deberías salir a la calle y cantar eso de que «somos insectos traviosos y venenosos» y deberías tomar ese pesticida 101. ¡Y muérete de una vez por todas!

Ya se habían jugado cuatro partidas de *majiang* cuando Meng Yunfang apareció por la casa, acompañado con su hijo Meng Jin, el que tuvo con su primera *laopo*. Meng Jin ni siquiera se dignó a saludar a cada una de las mujeres que había en la casa de su padre y Xia Jie. Se limitó a decir un brusco «hola, señora Niu» y «hola, señora Tang», que sonó extraño y desplazado a todo el

mundo. Meng Jin se metió seguidamente en el estudio de su padre y se puso a garabatear unos dibujos sobre un papel. Xia Jie torció los morros, pero no le dijo nada. Meng Yunfang, feliz y contento por haber llegado a su casa, les dijo que podían seguir jugando al *majiang* y se metió en la cocina para preparar la comida. La cuñada Liu aprovechó ese momento para disculparse de nuevo por su llegada intempestiva y le dio a cada una un vaso de leche recién sacada de la vaca. Niu Yueqing, sin embargo, lo rechazó, ya que, según dijo, no le gustaba la leche fresca, y decidió dar el suyo a Meng Jin, que se lo bebió de un trago.

Niu Yueqing le dijo a Meng Yunfang:

—Se te ha hecho grande tu hijo y se te parece un montón.

Xia Jie dijo en voz baja:

—Yunfang y yo debemos hablar otra vez de este asunto. El año en que nos casamos, le pedí que aceptase tres condiciones. La primera fue respecto a su hijo y se lo dejé muy claro. La exmujer de Yunfang debía ocuparse de él, y por eso no quiero ver a Meng Jin por aquí. Eso ya se lo he dicho a Meng Yunfang, pero él nunca me ha respondido y lo trae siempre para comer. ¡Encima, va y le prepara la comida! Unos platos para chuparse los dedos. Hoy pensaba que no me iba a encontrar aquí.

Niu Yueqing le dijo:

—Al fin y al cabo, es el hijo de Meng Yunfang y deberías aceptarlo. Si lo trae, lo trae. Y Meng Jin, ¿no tiene derecho a comer?

Xia Jie le repuso:

—A mí no me desagrada que le haga de comer a su hijo. Cuando me divorcié de mi antiguo marido, yo me quedé con la custodia de nuestro hijo, pero Meng Yunfang nunca lo vio con buenos ojos. Él solo se ocupa del suyo y al mío que le den morcillas. ¡Solo se ocupa de Meng Jin y de nadie más!

Niu Yueqing ya no sabía qué decirle de conveniente para calmar los ánimos, pero le aconsejó finalmente:

—Deberías equilibrar las aguas; quiero decir, deberías hablar con Yunfang de esto y aclarar vuestras posiciones para encontrar una solución equilibrada. Los dos son hijos de los miembros de esta casa.

Tang Wan'er se dio cuenta de que esas mujeres hablan con una intimidad particular sobre esos temas y decidió sentarse con ella y hablar del tiempo.

A la hora de comer, Liu Yue estaba preocupada respecto a Zhuang Zhidie y comentó:

—Y el maestro Zhuang, ¿qué habrá comido?

Meng Yunfang le respondió:

—Ah, él... Seguro que ya ha comido algo. Lo vi este mediodía, en la calle, y me comentó que iba a pasarse por la *Revista de Xijing*; o lo habrá invitado la redacción a comer o él los habrá invitado.

Una vez preparada la comida, la cuñada Liu anunció que estaba saciada, pero que a su vaca le pasaba todo lo contrario, se encontraba con el estómago vacío y debía alimentarla. Meng Yunfang ocupó su sitio en la mesa de *majiang* y al cabo de cuatro partidas, se separaron.

* * *

La cuñada Liu cogió la vaca y se la llevó, arrepintiéndose seguidamente de haberse quedado tanto tiempo en la casa de Meng Yunfang y Xia Jie, y, sobre todo, de haber aceptado la comida de esa familia, sabiendo que la vaca se había quedado fuera pasando hambre. Además, la presencia del hijo de Meng Yunfang y su comportamiento extraño, así como los comentarios de Xia Jie respecto a él, le parecieron chocantes. La cuñada Liu miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba sola con la vaca. Notó que su ropa estaba mojada justo a la altura del pecho y buscó rápidamente unos aseos públicos. Se mojó de leche seguramente al ordeñar la vaca, pensó la cuñada Liu. La vaca marchaba lentamente junto a su dueña y movía de vez en cuando la cabeza y la cola. Por su cabeza debían de estar pasando innumerables pensamientos. Hacía apenas unos instantes, su dueña estaba en el interior de una casa jugando al *majiang* y comiendo tan tranquilamente, mientras que ella estaba atada a un árbol en la entrada, desde donde pudo ver a los tamborileros separándose y yéndose cada uno por su lado. La multitud de gente y vehículos parecía moverse, como las aguas lentas de un río, por los callejones de Xijing. Ella, la vaca, veía claramente los pies de cada uno de los miembros de esa muchedumbre que se alejaba cansinamente hacia sus casas. La vaca pudo ver qué tipo de calzado llevaban ese día, pero había algo que ella no comprendía. ¿Para qué sirven los pies si no es para caminar? ¿Por qué llevan esos zapatos y esas zapatillas? ¿Y esos tacones? ¿Y esos zapatos tan finos con punta? ¿Por qué son tan bonitos? Los pies de las vacas, sus pezuñas, quería decir la vaca, son precisamente muy bellas; como los son también las zarpas de los osos y las patas de las grullas. Los seres humanos envidian a menudo la fortaleza de las zarpas de los osos, así como la utilidad de tener unas garras como las garzas, y sobre todo por su belleza; pero no comprenden, sin embargo, si en realidad son bellas o no. Se trata de una cuestión de

supervivencia y adaptación al medio; esa es su belleza, la belleza de la adaptación al mundo y sus dificultades para seguir existiendo, y el hombre tiene una profunda nostalgia de ello. ¡Ojalá fuese como esos animales y podría entonces trepar por los muros! La vaca pensaba de esa manera y siguió rumiando: por eso la gente está triste, ya que busca la belleza en esa parte del cuerpo, los pies, que justamente son la prueba de una atrofia y de una degeneración de la especie. Ya ni siquiera pueden ir con los pies desnudos, pues cualquier cosa que pisasen los heriría o contraerían alguna enfermedad infecciosa. Encima, para empeorar las cosas han inventado los vehículos motorizados y los ascensores. A todo eso le llaman la modernización de la vida. Mira las ropas que viste y lo que come la gente de hoy. Una simple picadura de mosquito impide a cualquiera de ellos dormir toda la noche y unos fideos poco hechos les provocan una diarrea. El cuerpo de un ser humano ya no aguanta nada y todo es un veneno para él. Cuando llueve, abre un paraguas, y cuando hace viento, se protege con un pañuelo de muselina. En verano, usa aire acondicionado, y en invierno, calefacción. ¡La gente ya no soporta nada! Se cepillan los dientes por la mañana y por la noche, y luego se quejan de que les duelen los dientes y no pueden comer. Dulce, no pueden comer; salado, tampoco. Demasiado caliente, no pueden comer; demasiado frío, tampoco. ¿Para qué diablos tienen dientes? ¿Para sonreír a un artista que les va a hacer un retrato o una fotografía? Por supuesto, cada día aparecen nubes blancas en el cielo, pero ¿por qué los artistas utilizan tinta negra para pintarlas? ¿Por qué los hombres utilizan filtros para ver la realidad? Incluso sus heces han cambiado de color en los aseos públicos y son cada vez menos negras y más blancuzcas. Y huelen menos. ¿Por qué nuestros artistas se han volcado en hacer esas cosas raras? Y no hablemos de eso que llaman las artes militares. Lo que hacen sobre el río de la ciudad es un juego para divertirse. Sus habilidades combativas se han convertido en una representación teatral, es decir, en una pura farsa. O, simplemente, en el arte de la floricultura. La gente se pone a ver la televisión cada noche y ven extasiados los Juegos Olímpicos que les muestran una imagen idealizada de ellos mismos. Un hombre es capaz de correr cien metros a la velocidad de un antílope. El hombre primitivo de Banpo, nuestro ancestro más lejano en el tiempo y cuyos restos se hallaron en Xijing, no podía, seguramente, correr esos cien metros tan rápidamente, pero era más fuerte y se adaptaba mejor a los inconvenientes de la existencia que los hombres de hoy. Ese hombre primitivo era un hombre más auténtico, más genuino, que el hombre de ahora. Ni siquiera los hombres de hoy caminan con la cabeza tan alta como los soldados de Qin, ni sus cinturas son

igual de fuertes, ya que esos debían llevar armaduras muy pesadas. Pero eso sí, ahora tienen una cintura más graciosa, una cintura y los cinturones con los que sujetan los pantalones, e incluso la gente pierde peso tomando té especiales para poder lucir una cintura delgada. Lo único que ha quedado del hombre en ese proceso de degeneración es una cabeza inteligente y viva. Lo paradójico es que esa misma cabeza viva e inteligente es la que hace que el hombre degenera cada vez más. Las vacas y los bueyes se habían dado cuenta de eso en la ciudad, la cual, al fin y al cabo, resumía con todas sus contradicciones ese proceso de atrofia inexorable del ser humano. La ciudad se había creado en la más alta contradicción con los principios del Universo. Es el miedo profundo del hombre a ese mismo Universo el que ha creado la ciudad como espacio vital. Si dejas a ese hombre en medio de una pradera extensa o en la cima de una montaña, ese hombre tendría menos oportunidades de sobrevivir que un conejo o una mariquita. La vaca de la cuñada Liu se ensimismaba con esos pensamientos y dejaba colgar su cabeza grande y pesada para relajarse. Oyó que alguien a su lado decía:

—Mira esa vaca vieja... ¡Qué cara estúpida tiene ese animalejo!

La vaca no se enojó con ese comentario. Se limitó solamente a resoplar por los dos orificios enormes de su nariz. Oh, ¿dónde está la gran inteligencia de esos seres humanos?, se dijo la vaca para sus adentros y entre risas. El pasante, constatando que la vaca no se inmutaba, se acercó a ella y le dio un azote en la parte trasera y otro en sus orejas largas y puntiagudas. Luego le dijo:

—¡Ni siquiera te mueves, vaca estúpida!

La vaca abrió los ojos, pero no se movió. Al pasante le asustó de repente la imperturbabilidad de la vaca y le gritó a la cuñada Liu:

—¡Ocúpate bien de tu vaca! ¡Menudo trabajo tienes con esa bestia!

En ese momento, la vaca odió con todas sus fuerzas a ese individuo grosero que pertenecía a la ciudad de Xijing y que volvería a ella para dar rienda suelta a sus más bajos instintos. Esos individuos debían violar cada noche, en la ciudad, a una mujer para satisfacer sus deseos. ¡Los seres humanos eran como bestias salvajes! Ese tipo de pensamientos impulsivos solo los tuvo esa vez respecto a los hombres. En cierta ocasión, la vaca oyó a un anciano que escuchaba en la radio la historia de *El viaje a Occidente*⁹⁰. Esta es una obra muy conocida por todos chinos y cuenta las aventuras de Sun Wukong, Zhu Bajie, Sha Wujing, el caballo-dragón blanco..., y un monje budista. Todos ellos van a la búsqueda de unos *sutras* y tienen que enfrentarse a varios demonios y otros obstáculos. La vaca, sin embargo, estaba convencida de que los hombres no comprendían

exactamente el significado profundo de esa historia. Solo eran capaces de captar el ruido, es decir, lo superficial, no el significado verdadero de esa obra. No se trata de tres discípulos y un maestro, sino que se trata de cuatro individuos que se ponen de acuerdo para vencer, o superar, su propia naturaleza, la de cada uno, y así, solo así, poder adquirir posteriormente los *sutras* auténticos y lo que ello significa. Pero en los tiempos presentes, los hombres ya no comprenden el budismo. Han abandonado el espíritu del mono, el espíritu del cerdo, o el espíritu del caballo... Dime, ¿qué se puede hacer sin eso en este mundo?

CAPÍTULO VIII

Ese día, Zhuang Zhidie se quedó sin hacer nada, se puso a arreglar unos papeles y a acabar su novela con elementos fantásticos de fantasmas y aparecidos. Poco después, se dirigió a la redacción de la *Revista de Xijing*, pero no sabía si Zhong Weixian había recibido la carta desde Suzhou en la provincia de Anhui. Sentía cierto miedo por esa situación; pero tras acercarse a los despachos de la redacción, vio que había tres mesas dispuestas, en las cuales todos los redactores estaban comiendo comida occidental y bebiendo a sus anchas. Li Hongwen le insinuó nada más verlo:

—Nadie te había invitado a la fiesta. ¿Sabes qué celebramos? ¡Pues nuestra victoria! Pero no hemos invitado a nadie de fuera, Zhidie... No pasa nada... Venga, únete a nosotros... No hay mucha comida, pero será suficiente.

Zhou Min ya había movido una silla para que Zhuang Zhidie se sentase y Zhong Weixian le propuso:

—Zhidie, todo el mundo se felicita por lo ocurrido. Come algo. Si hay que comer algo, se come algo. Hemos comprado estos manjares en un buen restaurante de Xijing. Nos los merecemos después de todo lo que hemos pasado. ¡Brindemos juntos!

Zhuang Zhidie bebió el primero y dijo:

—Hoy estoy bastante cansado y me ha costado mucho venir hasta aquí. Os agradezco mucho que me ofrezcáis algo de comer.

Zhou Min le replicó:

—Si estás cansado, no eres el único, yo también ando por los suelos. Me disculpo ante el maestro y los miembros de la redacción por encontrarme así.

Li Hongwen dijo:

—Dejémonos de tanta disculpa y, si hay que agradecer a alguien, es al vicedirector de la provincia. Ese sí que nos ha ayudado con su decisión

inesperada de no publicar nada. ¡Brindemos por él!

Y todos los de la redacción brindaron juntos y acabaron de comer. Li Hongwen cerró con un hilo metálico una caja de comida y la puso al otro lado de la ventana. Zhong Weixian no se encontraba bien y se le iba la cabeza. Li Hongwen dijo que era Jing Xueyin o Wu Kun.

—¿No vamos a lanzar fuegos artificiales o vamos a escribir un eslogan para celebrarlo? —dijo Li Hongwen.

Zhuang Zhidie se sentó al lado de Zhong Weixian y le musitó:

—Todavía no se ha publicado la declaración. ¿Cómo se lo ha tomado la otra parte?

Zhong Weixian le respondió:

—Jing Xueyin se ha puesto a patallar y a insultar a medio mundo en la Sala de la Cultura. Al jefe de la provincia le ha dicho de todo y Wu Kun ha recibido presiones por parte de los líderes. Wu Kun me ha explicado que ella dijo delante de su marido que ese asunto debía aclararse cuanto antes y la publicación de unas disculpas era algo más que necesario; pero ese tipo es muy duro, inflexible, y no se anda nunca con tonterías. Tiene mucho poder y hace lo que quiere en la provincia, que para eso es el máximo jefe. Jing Xueyin le ha dicho que, a partir de ahora, ella se callaría y sería él quien debería ocuparse de ese asunto. Al parecer, Jing Xueyin no aguanta los arrebatos de su marido y se ve que incluso la pega. Ella era la que llevaba los pantalones en esa casa, pero ha tenido que dejarlo por el carácter de su marido y ha intentado suicidarse varias veces. ¿En quién confiar? ¡En los fantasmas!

Li Hongwen dijo:

—Hace un par de días, por la mañana, él vio a Jing Xueyin y a un conocido en un centro comercial.

Zhuang Zhidie preguntó:

—¿Se puede creer en lo que dice Li Hongwen?

Zhong Weixian le contestó:

—No, es falso. Jing Xueyin no ha querido suicidarse nunca y su marido, el jefe de la provincia, no es un mal tipo. No sé de dónde ha sacado todo eso Wu Kun. Seguramente quiere enfurecer todavía más a Jing Xueyin y ponerla en nuestra contra. ¡Ella no va a explotar!

Zhuang Zhidie no volvió a decir nada más y Gou Dahai entró con un fajo de periódicos y documentos bajo el brazo. Zhong Weixian se apresuró a preguntarle:

—¿Tienes mi carta?

Gou Dahai le respondió:

—Pues no traigo nada para ti, Weixian.

—¿Seguro que no? —insistió Zhong Weixian tras sentarse, y añadió—: Déjame ver entre los periódicos... ¿Seguro que no está?

Zhunag Zhidie se puso a buscar durante un buen rato entre los papeles y periódicos que había traído Gou Dahai. Este último, al verlo tan afanado y ansioso, sacó de su bolso una carta:

—Viejo Zhong, sé de sobras que estás esperando una carta... ¡Ten, aquí la tienes! Me gusta hacerte sufrir, jefe.

La cara de Zhong Weixian enrojeció de golpe y le amenazó:

—Mi joven Gou, esto no está nada bien. No se hace con alguien que, encima, te ha invitado a comer. La próxima vez me la das nada más verme y me evitarás estos sudores desagradables. Estoy pasando por un mal trago. Ve con cuidado con ese tipo de bromas. ¿A cuántas bocas tienes que alimentar en tu familia?

A Zhong Weixian daba pena verlo una vez pronunciada esa advertencia a Gou Dahai y agarró la carta como quien coge con mucha hambre un panecillo para comérselo y la metió en su bolsillo. Zhuang Zhidie le preguntó:

—¿Por qué es tan importante esa carta?

Zhong Weixian se puso a reír grotescamente y le respondió:

—Ellos me hacen muy feliz; esta es la carta de un buen amigo.

Li Hongwen le interrumpió y dijo:

—Zhidie, ¿cuándo nos vas a dar tu manuscrito? Zhong Weixian quiere ir a los aseos.

Todo el mundo se puso a reír, pero Zhuang Zhidie no comprendió el porqué de ello y sugirió:

—Primero come y luego vas a los aseos... Vaya, las compañías de importación y exportación funcionan de la misma manera...

Li Hongwen dijo:

—¡Todo el mundo quiere saber lo que dice la carta! Léela y luego te vas a los aseos. Esa carta es tan larga, no sé si nos va a dar tiempo a leerla toda... Y siempre le pasa lo mismo, cuando recibe cartas, le entran ganas de ir a los aseos y se pasa una eternidad ahí dentro.

Zhong Weixian se sintió avergonzado y se llevó, cogido de la mano, a Zhuang Zhidie al pasillo.

Zhuang Zhidie y Zhong Weixian se pusieron a conversar un rato, pero el antiguo redactor en jefe de la *Revista de Xijing*, que estaba ansioso por leer la carta que tenía en el bolsillo, ni lo invitaba a entrar en su despacho ni lo dejaba marchar. Zhuang Zhidie no sabía cómo salir de esa situación agobiante y, finalmente, se despidió bruscamente de él aduciendo que debía ir a los aseos. Recorrió el pasillo hasta el final y luego dobló para meterse en los aseos del edificio, entró en ellos y se puso a orinar. Antes de irse, vio, sin embargo, que los aseos estaban llenos de dibujos obscenos y caracteres chinos. Esa situación se daba en todos los aseos del país y se repetía incluso el mismo contenido. A Zhuang Zhidie, que había estado en muchos sitios en el país, le llamó la atención esa uniformidad. ¿Por qué era así? Le resultaba muy curioso y no tenía la respuesta. A los chinos, fuese cual fuese su origen étnico, sexo o edad, les venía, definitivamente, el mismo tipo de palabras y la necesidad de dibujar los mismos dibujos, con la misma inocencia, el vocabulario pobre y la torpeza gramatical habituales, cuando tenían que hacer sus necesidades. Leyó una frase que pudo comprender y que decía: «Hay que proteger las reliquias históricas y culturales de la nación». A lado había otra frase que decía: «Zhong Weixian siempre llora como una magdalena». Zhuang Zhidie se puso a reír, pero poco después sintió cierta amargura en su corazón, se subió los pantalones y se fue.

Una vez en el patio del Círculo Literario y Artístico, ahí donde estaba su residencia, Zhuang Zhidie se puso a escribir la carta de amor a Zhong Weixian. Al finalizarla, le dieron ganas de pensar en lo que acababa de hacer. Esa carta era falsa, pero Zhong Weixian era un tesoro para él, alguien a quien apreciaba verdaderamente y que había envejecido de forma prematura. A pesar de haberse hecho mayor, no olvidaba a su antiguo amor; no olvidaba, en definitiva, a la sola persona que había amado en su vida y de la que no sabía casi nada. Y él, Zhuang Zhidie, ¿qué pintaba en todo eso? ¿Quién era él para inmiscuirse en esa historia? En el pasado, su relación con Jing Xueyin era buena, y en esos momentos se había deteriorado hasta convertirse mutuamente en enemigos jurados. ¿Cómo no iba a odiar a Zhou Min por lo que le había hecho? ¿Y por qué? Ahora, todo el mundo está celebrando en la redacción de la *Revista de Xijing*, y con platos y bebidas occidentales, el éxito que supone el hecho de no anunciar en voz alta y públicamente un *mea culpa* y cada uno de los miembros de esa redacción lo está haciendo como si hubiese sido una victoria personal. Pero ¿cómo lo estará pasando Jing Xueyin? Ella no le había hecho nunca nada malo. ¿Por qué debía estar pasando esa mujer por ese infierno que iba a hundir su reputación en la administración pública? Wu Kun había dicho que ella había querido suicidarse y

Zhuang Zhidie creía firmemente que eso podía suceder. Vete a saber si esa situación iba a ser el resultado inevitable de lo que estaba sucediendo con ella. Zhuang Zhidie sintió mucha pena por ella y quiso escribirle una carta. Cuando ya había escrito la mitad, hizo trizas de papel con ella. Quiso escribir otra carta, pero no solo a ella, sino a su marido también, para decirles que, de haberlo sabido, se habría opuesto a su publicación. El autor de ese reportaje no era más que un joven inexperienced que buscaba fama mediante el escándalo y que no tenía ninguna intención de herirlos a los dos. Zhuang Zhidie quería ofrecerles su ayuda y apoyo en ese momento y decirles que le resultaba imposible olvidar ese asunto tan desagradable. Todavía más, siendo consciente de que ella y su familia le habían abierto tan generosamente las puertas en el pasado. Se comprometía, por lo tanto, a hacer público que no se había producido absolutamente nada entre ellos, bajo ninguna circunstancia, y menos una relación amorosa. Tras escribir esa carta, Zhuang Zhidie se sintió un poco más tranquilo, encendió un cigarrillo y cogió una de las grabaciones que Liu Yue había traído de la casa del callejón de Shuang Ren Fu. La música funeral de la ocarina de esas casetes le ayudó a relajarse un poco más. Una luz roja intensa penetraba el cristal de la ventana y el día parecía así dar sus últimos coletazos. Zhuang Zhidie introdujo la carta en el sobre y sintió repentinamente que comprendía muy bien lo que le estaba pasando. Por la mañana temprano iría a buscar a A Lan y le daría la carta de Zhong Weixian para que la enviase desde Anhui; pero en lo concerniente a la carta para Jing Xueyin, él no lo tenía nada claro. Se decidió y con un gesto brusco, del que se arrepintió tras haberlo hecho, introdujo las dos cartas por la ranura del buzón de Correos de China. Varios años atrás, la relación entre Zhuang Zhidie y Jing Xueyin era clara y honesta. ¿Por qué había degenerado en esos momentos en un ser tan vulgar, tímido y cobarde? ¿Por qué había tocado fondo? A lo hecho, pecho, pensó; pero, con un gesto de rabia y odio hacía sí mismo, Zhuang Zhidie se dio un puñetazo en la cara y dudó si seguía siendo alguien real o se había convertido en una sombra. ¿Era un ser real o no? Vomitó y algunos transeúntes que pasaban al lado se taparon la nariz. Zhuang Zhidie alzó la cabeza y vio que uno de esos individuos que contrata el ayuntamiento para vigilar y controlar la higiene pública le estaba poniendo una multa. Zhuang Zhidie se enojó y escupió al suelo para sacarse los restos de vómitos que aún tenía en la boca.

Al regresar a casa, se sentía mareado; golpeó la puerta y en ese preciso momento se dio cuenta de que Niu Yueqing no estaba ahí. Abrió la puerta sin hacer ruido y silenciosamente se metió en el salón, sintiendo de súbito que le

atenazaba una soledad intensa. Había escrito a Zhong Weixian y a la familia de Jing Xueyin. ¿No había algo de contradictorio en ello? No había ninguna solución para nadie en esos dos asuntos, y él tampoco la tenía a pesar de creer estar aportando algo para que así fuese.

En ese momento, sonó el timbre de la puerta y Zhuang Zhidie supo que era Liu Yue que venía y no se le pasó por la cabeza que pudiese ser Tang Wan'er. La esposa de Zhou Min le dijo:

—Da pena verte, Zhidie. La mujer del maestro y Liu Yue pasan el día en casa de Meng Yunfang y Xia Jie jugando al *majiang*, comiendo y bebiendo manjares, y tú estás aquí más solo que la una y con cara de tonto. ¿Qué te pasa, Zhidie?

Zhuang Zhidie le respondió mientras soltaba la casete de música funeraria:

—Quiero escuchar música.

Tang Wan'er le dijo:

—¿Cómo puedes escuchar esa música tan deprimente? ¡Te va a traer mala suerte!

Zhuang Zhidie le contestó:

—Solo esa música conviene a mi corazón.

Zhuang Zhidie condujo a la mujer casada al dormitorio, observando al mismo tiempo cómo ella sonreía por los bajines y dejaba colgar la cabeza sobre el pecho. Tang Wan'er le preguntó sin dar rodeos:

—¿Os habéis peleado, tú y Yueqing?... ¿No es cierto?

Zhuang Zhidie no dijo nada. Tang Wan'er se puso a llorar y apoyó su cabeza sobre el pecho de él. Esos llantos perturbaron particularmente a Zhuang Zhidie, que sacó un pañuelo, le secó las lágrimas y le acarició luego las mejillas con los dedos. Los dos permanecieron en silencio y poco después Tang Wan'er se quitó de encima la mano de Zhuang Zhidie. De una bolsa de plástico sacó un frasco con pastillas de vitamina C, unos panqueques doblados con cebollinos y pasta de soja fermentada en su interior, tres tomates, dos pepinos, todo ello, limpiísimo. Con voz suave, dijo:

—El cielo ya se ha oscurecido y seguro que todavía no has comido nada.

Zhuang Zhidie se puso a comer y Tang Wan'er se lo quedó mirando fijamente. Él alzó la mirada y la vio mirándole de esa manera. Ella se rio y quiso decirle algo, pero no le vino nada inmediatamente a la cabeza. Solo poco después le comentó:

—Xia Jie contó hoy un chiste que hizo mucha gracia a todo el mundo. Un

pueblerino, al ver que no encontraba un aseo público en la calle de Beida, se bajó los pantalones y se puso a defecar en la parte baja de un muro, ya que no podía aguantarse más. La policía lo vio y él se apresuró a tapar las heces con su sombrero de paja para que no las vieran. La policía le preguntó qué hacía y el pueblerino le dijo que estaba cazando gorriones. La policía se dispuso entonces a levantar el sombrero de paja del pueblerino que tapaba sus heces, e iban a descubrir, por supuesto, que las heces estaban ahí escondidas, pero el pueblerino los detuvo antes de que lo hicieran: «¡No levantéis eso! ¡Ya he comprado en una tienda una jaula para pájaros! Voy a casa y la traigo. Espérenme». El pueblerino salió corriendo tras decir esas palabras y la policía sostuvo ese sombrero de paja con la mano hasta que viniese el pueblerino con la jaula.

—¿Le ves el sentido? ¿No te parece interesante? —le preguntó Tang Wan'er a Zhuang Zhidie.

Zhuang Zhidie sonrió y le gritó:

—Sí, le veo el sentido y me parece muy interesante. Como algo y tú me hablas de heces, pájaros y policías estúpidos.

Tang Wan'er le insinuó:

—Ay..., y me miras de esa manera...

Ella se dio un puñetazo como indicando que estaba noqueada y se fue con una sonrisa en los labios a la cocina para buscar una toallita. Las dos piernas, largas y flacuchas de Tang Wan'er, acababan con unos zapatos de tacón alto, y ello hacía que ralentizase su marcha a cada paso. Zhuang Zhidie permaneció durante unos instantes hipnotizado contemplando esas piernas. Ella regresó con la toallita y se la dio a Zhuang Zhidie para que se limpiase la boca. Mientras lo hacía, Zhuang Zhidie le dijo:

—Wan'er, por lo general, no le presto mucha atención a esas cosas, pero ¡qué manera tan bella tienes de caminar!

La mujer casada le repuso:

—¿No te habías fijado antes? Mi pie izquierdo se desvía ligeramente para fuera cuando ando e intento corregirlo cada vez que me pongo en marcha. Resulta gracioso y me da incluso un aire cómico cuando camino. ¿No te parece?

Zhuang Zhidie le respondió:

—La próxima vez que te pongas a caminar me fijaré en ello.

Tang Wan'er se puso a caminar, dio varios pasos y se giró con una sonrisa radiante en su rostro; abrió seguidamente la puerta del baño y se metió en él. Zhuang Zhidie oyó cómo ella orinaba y el riachuelo de sus orines se colaba por

el agujero del inodoro. Zhuang Zhidie se levantó y se fue a ver a Tang Wan'er. La vio sentada con su trasero y sus muslos blancos encima de la taza, y ella, al verlo, le dijo seguidamente:

—Esto no está bien. Sal anda. ¡Encima no huele bien!

Zhuang Zhidie no se fue, agarró a Tang Wan'er con los brazos, la puso de pie mirando al lado opuesto y se dispuso a penetrarla por detrás. Ella, sin embargo, se lo impidió:

—Hoy no puede ser; tengo la regla...

Zhuang Zhidie vio, en efecto, que una compresa manchada de sangre estaba enganchada a las bragas que colgaban en los pies de Tang Wan'er, y le espetó con agresividad:

—¡No! Quiero hacerlo contigo ahora mismo. ¡Te necesito!

Tang Wan'er no se opuso y dejó que Zhuang Zhidie la penetrara repetidas veces tras meterse en la cama, no sin antes extender una capa gruesa de papel sobre el colchón... □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí cien palabras]. El olor a sangre de la menstruación de Tang Wan'er era fuerte y había manchado el papel, el cual sirvió de poco para proteger la cama. En una de las piernas de Tang Wan'er había quedado la marca de un chorro de sangre, fino, largo y sinuoso como un gusano, que provenía de su vagina. Ella protestó:

—Estarás contento; me has humedecido el sexo y me has hecho sangrar. Sangre y agua. ¿Qué quieres más?

Zhuang Zhidie no podía quitarle los ojos de encima y se abrazó a la cabeza de Tang Wan'er para consolarla, luego le dijo:

—Wan'er, me he vuelto malo. Sí, me he vuelto muy malo...

Tang Wan'er lo vio de cerca y el aspecto que tenía Zhuang Zhidie, mal afeitado y con un mal aliento a tabaco y alcohol, le asustó.

—¿Estás pensando en ella? —le preguntó Tang Wan'er—. ¿Me has utilizado en su lugar?

Zhuang Zhidie no le respondió, pero dejó de penetrarla con la insistencia con la que lo estaba haciendo y se detuvo por unos instantes. Tang Wan'er se lo agradeció. Zhuang Zhidie no solo pensaba en Niu Yueqing mientras le hacía el amor a Tang Wan'er, sino que también pensaba en Jing Xueyin. No sabía a quién le estaba haciendo el amor en realidad. Las tres mujeres se habían mezclado en una sola y la pregunta de Tang Wan'er lo excitó todavía más. Él la puso mirando hacia la pared sin poder verle la cara ni los ojos, le sujetó las caderas y la penetró por detrás justo en el lugar donde sabía ciertamente que ella no iba a menstruar.

□□□□□□ [el autor ha suprimido aquí trescientas palabras]. El papel se había llenado de sangre y secreciones vaginales, como decía Tang Wan'er, y había tomado el color de los pétalos de una flor de ciruelo, aunque el olor era insoportable. Zhuang Zhidie no sabía si le estaba haciendo el amor a una mujer o vengándose de ella, si se odiaba a sí mismo o a Niu Yueqing y Jing Xueyin. Solo tras eyacular pudo alcanzar cierta paz interior; y solo al alcanzar esa paz interior, pudo oír de nuevo la música funeraria que no había dejado de sonar todo el tiempo como música de fondo.

Los dos se sintieron exhaustos y no les quedaba un ápice de energía. No podían ni siquiera levantarse y parecían un par de burbujas de aceite sobre un ladrillo caliente, es decir, estaban a punto de reventar. Sus cuerpos estaban blandos como nunca antes lo habían estado y ninguno de ellos podía decir una frase más. Se quedaron tumbados sobre la cama, bocarriba y con los ojos cerrados. Tang Wan'er se había quedado adormilada y vete a saber cuánto tiempo llevaba así. Zhuang Zhidie tenía, sin embargo, los ojos bien abiertos, y miraba el techo mientras fumaba un cigarrillo. Intentaba ver algo, pero no veía absolutamente nada. Tang Wan'er se despertó y se lo quedó mirando. Tras sentarse en la cama, le dijo:

—¿Tus partes...? ¿Dónde está?

Zhuang Zhidie le contestó con voz pausada:

—Me lo he cortado.

Tang Wan'er se asustó, le separó las piernas y se puso a ver lo que pasaba. Zhuang Zhidie había escondido sus partes íntimas entre las piernas y parecía que habían desaparecido. Tang Wan'er se puso a reír y le dijo:

—¡Me habías asustado! ¡Menudo bicho estás hecho, Zhidie!

Zhuang Zhidie también se puso a reír y le comentó que estaba escribiendo una obra para la cual había tenido que pensar mucho. Se trataba de una novela muy larga. Se agarró a los hombros de ella y le confesó:

—Wan'er, tengo que contarte algo. Debes comprenderme. Todo el mundo tiene sus problemas, pero los míos son más preocupantes que los de los demás. Quiero escribir sobre ello y tal vez me sentiré más liberado cuando lo haya hecho; pero escribir esa novela requiere tiempo, tranquilidad y evitar problemas con la gente. Evitarte a ti, también. Incluso quiero instalarme fuera del ruido y la furia de la ciudad de Xijing. No puedo hacer nada más, si no, estoy acabado.

Tang Wan'er le dijo:

—Me hablas así finalmente. Eso era lo que esperaba, pero ¿no me decías que

yo te inspiraba tu creatividad? La verdad es que has escrito muy poco desde que me conociste. ¿Soy demasiado glotona? ¿Te perturbo? No insistiré más. Ya vendré a verte...

Zhuang Zhidie le respondió:

—Este asunto no tiene nada que ver contigo; más bien al contrario, es debido a ti que aún puedo seguir escribiendo y necesito que me apoyes. ¡Anímame!... Lo que te acabo de decir no pensaba decírselo a nadie. Tras irme, te enviaré una carta. Si te pido que vengas, vienes. ¿Lo harás?

Tang Wan'er le contestó con desgana:

—Lo haré, pero solo si verdaderamente me necesitas.

Zhuang Zhidie volvió a besarla y descubrió junto a las costillas de Tang Wan'er una marca roja en la piel. Quiso chuparla, pero ella se lo impidió. Él le propuso:

—Quiero lamerte esa mancha roja. Ya verás. Te la lameré tres veces y desaparecerá.

Ella se tranquilizó y dejó que le lamiera esa erupción roja. A Tang Wan'er, la manera como Zhuang Zhidie le lamía la mancha le recordó a la de un perrito.

* * *

Zhuang Zhidie, sin embargo, hizo varias llamadas en ese momento a amigos que vivían en los suburbios o en el campo, pero ninguno estaba en casa, y decidió ir a ver al director Huang, que vivía en uno de los arrabales al suroeste de Xijing. El director Huang ya le había comentado que tenía una habitación libre en su casa. Esa habitación era tranquila y un lugar excelente para escribir. A la mujer del director Huang no le importaba cedérsela a alguien. Ella la solía utilizar para cocinar algunos platos o cortar fideos de la pasta de harina. Zhuang Zhidie tenía ganas de encontrar un sitio así y se subió en la motocicleta y se fue. Llegó al mediodía a la fábrica de Huang Hongbao. La casa de director Huang había sido recién construida y constituía un edificio enorme y lujoso. Los muros estaban cubiertos con piezas finas de porcelana, pero el patio interior estaba construido al viejo estilo, es decir, con ladrillos y un espejo redondo en el centro. De las tejas empinadas hacia el cielo colgaban unos farolillos rojos que pretendían dar un aire chino a la residencia, pero que, en realidad, lo afeaban y falseaban. Las puertas de madera apuntaladas con clavos de hierro estaban adornadas con unas planchas metálicas con el fin de reforzarlas. Una insignia decía al estilo clásico:

«Esta es la casa de un campesino y un letrado». La puerta estaba medio abierta o medio cerrada, según el punto de vista de quien se acercase a ella. Junto a la manivela de la puerta, alguien había garabateado de manera irregular y grosera, y con tiza, algunos caracteres chinos. Zhuang Zhidie pudo saber que decían: «Muy inteligente», y al otro lado: «Genialísimo». Era un juego de palabras con el término de inteligencia y genialidad muy típico de la clase letrada antigua, pero que en ese contexto parecía más horterada que otra cosa. Zhuang Zhidie no comprendió qué querían decir exactamente ni por qué estaban en la puerta de la entrada de esa manera tan torpe, y entró por la puerta y se metió directamente en el patio, que era de grandes dimensiones y justo enfrente albergaba un edificio de tres plantas con cinco ventanas en cada piso. En la parte delantera del edificio había un salón que parecía más bien una sala de conferencias y había una parte en la que se tendía la ropa para que se secase al aire libre. Ese tendedor de ropa, escondido detrás de una verja, estaba al aire libre durante las cuatro estaciones del año. Junto a los muros del lado izquierdo del patio había una casa de una sola planta cuyo techo desprendía humo, el cual provenía, probablemente, de una cocina. Desde la puerta del patio hasta el salón había un camino empedrado que unía los dos extremos del recinto y en el cielo, si se alzaba la mirada, había unos cables metálicos; pero no había ninguna ropa recién lavada que colgase de ellos. Zhuang Zhidie tosió, pero no dijo nada inmediatamente. Solo al cabo de un rato preguntó a gritos:

—El director Huang, ¿está en casa?

Nadie le respondió. Zhuang Zhidie empujó la puerta del patio y oyó de repente un sonido contundente. Apareció en el patio una humareda amarilla y se oyó un sonido metálico. Zhuang Zhidie vio un perro, que parecía más bien un lobo, sobre las escaleras, y atado con una cuerda a uno de esos cables metálicos. No podía avanzar hacia Zhuang Zhidie, como deseaba, debido a la cuerda, y ello le frustraba enormemente. Movía la cabeza y babeaba rabiosamente, y así, de lejos, parecía un leopardo que quería atacar a alguien. Zhuang Zhidie se asustó y retrocedió, acercándose de nuevo a la entrada del patio. De la cocina salió una mujer que tenía los ojos rojos e hinchados, y mirándole con ojos bobalicones, le preguntó a Zhuang Zhidie:

—¡Muy bien! Pues escribe aquí tu artículo. Escribe sobre mí, espero. Yo seré el protagonista de este artículo. ¡Habla de mí! No vengas; yo iré a buscarte.

Zhuang Zhidie se puso a reír, ya que sabía que esa mujer no podía entender un artículo escrito con un nivel un poco elevado de escritura. Le preguntó a la mujer cuándo iba a regresar el director Huang a la empresa y cuándo podía venir

él. La mujer le respondió:

—Ven, aunque él no pueda venir. Ya enviaré a alguien para que vaya a buscarlo.

La mujer le preguntó a Zhuang Zhidie si estaba cansado y tenía ganas de dormir. Podía echar una cabezada en la planta de arriba, le sugirió. Un par de domésticos podrían ayudarle a instalarse en cualquiera de sus habitaciones. En esa zona de edificio, le explicó con pelos y señales, hay un salón con un despacho con varios sofás a su alrededor. Al lado izquierdo hay unas sillas en cuyos respaldos hay unas estampas de las flores del tipo iris confusa, la flor de bambú. Hay una segunda planta y una tercera planta en ese edificio y en cada una de esas plantas hay una alfombra extensa que cubre el suelo y todas las camas son nuevas. La cabecera es de madera y hay grabados en ella varios dragones, peces, pájaros y flores; y todo ello cubierto con unas pinturas y barnices de color rojo y verde. Todos los soportes de los sofás y las camas están hechos de madera. Sobre todo, las camas y sus estructuras, las cuales tienen en sus bordes adornos hechos de piel, oro y aluminio. Hay un espejo en la pared en el que aparece en su superficie el dibujo de un fénix y un dragón; en su parte inferior cuelgan un par de lazos con unas borlas de algodón. Unas asas de caña de bambú sujetan esos espejos y sirven para moverlos de una habitación a otra. Las superficies de las mesas y las camas están cubiertas, sin embargo, por una capa gruesa de polvo. La *laopo* del director Huang se detuvo en esos momentos en su explicación y se puso a maldecir las acerías que se habían instalado al lado de su residencia lujosa desde hacía unos años y que lo cubrían todo con un polvo gris que era igual que el de los crematorios públicos donde incineraban a los muertos. Para los campesinos de la zona, ese polvo les era un auténtico desastre. El agua que riega sus campos se tiñe de negro y luego reaparece en las hortalizas. Se ve que los recién casados que viven en esa zona mean un orín negro que no se les va en tres años.

Zhuang Zhidie se quedó boquiabierto con lo que acababan de escuchar sus oídos y le dijo:

—Vaya que sí. Os habéis hecho ricos, riquísimos... Ni siquiera el alcalde de Xijing goza de semejante espacio en su vivienda. —Se puso a reír para sus adentros y pensó: esa es la vida de un auténtico terrateniente de otra época.

La mujer del director Huang le dijo que se sentara junto a él en uno de los bordes de esas camas de lujo y le confesó que a su marido aún le gustaba que le preparase una sopita de maíz.

—¡Cielos, esa sopa ya no la toman ni los campesinos más pobres! —le dijo

para justificar que esa riqueza no los había cambiado—. Y vosotros, las gentes de la ciudad, ¿sois tan felices como nosotros? —le preguntó a Zhuang Zhidie—. ¿No os gusta comer vuestros calamares en aceite pimentado? Pero ¿no tienen demasiado sabor y luego te repiten?

Zhuang Zhidie le explicó lo que pasaba en la ciudad, pero de una manera confusa, y la mujer no lo comprendió y se puso a reír como quien escucha un chiste en otra lengua, y le preguntó:

—Tu artículo, ¿por qué lo escribiste? Deberías haber escrito sobre mí y no sobre esa basura de pesticidas que fabrica mi marido. ¡Así sabrán quién es la *laopo* de ese tipo que envenena los campos!

Zhuang Zhidie le dijo:

—Verdaderamente, eres su esposa; hasta un ciego lo vería...

A la mujer se le arrugó de repente la cara y se puso feísima. Zhuang Zhidie se asustó y volvió a abrir los ojos para ver si le había cambiado la cara a la mujer. Ella le confesó con los ojos ensangrentados y llenos de lágrimas:

—Yo le ayudé a sacar el pesticida 101 y hacerse rico, pero no me quiere. A mí no me desagrada perder la honorabilidad y te lo cuento todo. Si pudiese arrojarme por un precipicio con una piedra pesada atada a mi cuerpo, lo haría sin duda alguna. Cuando lo conocí, mi esposo era pobre entre los pobres y dormía en el suelo entre plásticos y techos de uralita que amasaba en la calle. Cualquiera que lo hubiese visto de esa manera, lo habría tratado como un mendigo. Por eso se casó conmigo. ¡Para salir del estado de miseria en el que se encontraba! Le he dado un hijo, pero rechazó un segundo porque decía que no iba a poder mantenerlos dignamente. Cuando me quedé embarazada accidentalmente del segundo, tuve que abortar en secreto. Tú juzgarás por ti mismo cómo es el director Huang. Me quemo cada vez que preparo la comida en el horno cocina y hiervo el agua en el cazo metálico. Si no hay leña, voy a buscarla al patio, y si de regreso a casa no veo al bebé, igual pienso que se ha metido por error en el cazo con el agua hirviendo. A mi hijo le atraen los cacharros metálicos y temo que un día de estos le va a pasar una desgracia. ¿No te parece extraño? A mi marido no le gustan ahora mis pies porque se me han puesto negros y los tengo, además, torcidos y amontonados de cualquier manera. Los tengo así desde que nací; pero a él, cuando lo conocí, no le desagradó casarse conmigo. ¿Por qué? Esta noche vamos a dormir juntos y seguro que lee una de esas revistas ilustradas con jovencitas desnudas mientras me mete mano. Le preguntaré: «¿Soy yo como esas jovencitas que tienen los ojos como cerdos sacrificados?». Él me responderá como siempre: «Un hombre y una mujer son dos caras que deben verse cada

noche». ¿Comprendes algo de ese lenguaje pedante y oscuro? Luego nos ponemos los dos a darnos palos. ¡Me odia y yo lo odio a él! Ese bicho quiere divorciarse de mí. ¿Crees que lo hará? Ahora es rico gracias a mí, pero no se divorciará de mí. ¡Esperará a que la diñe! Y si no me muero, hará cualquier cosa para sacarme los cuartos... Y esta casa, y estos sofás, y estas camas... ¿Los va a vender para sacar más dinero?

A Zhuang Zhidie le empezó a picar la superficie de la cabeza y supo que esa casa no era un buen lugar para escribir tranquilamente tal y como él deseaba. Esa mujer se pondría a su lado cada vez que lo viese y le molestaría. Y había además esa contaminación de las acerías locales que se mezclaban macabramente con los cultivos de los campos colindantes. Esa mujer cocinaría como una diosa sus fideos y sus pelotas de pescado en la sopa; pero, en esas circunstancias, él no podría escribir una sola palabra. Se puso de pie y le preguntó con desgana a la mujer del director Huang:

—¿Y cómo va el director Huang?... Pasaré a verlo un día de estos. Lo mismo para lo de ponerme a escribir en esta casa; pasaré otro día si no te importa.

Tras salir del edificio, ya en el patio, se subió a la moto y la arrancó. La mujer le gritó desde lejos:

—*Aya...* Eres igual de impetuoso que yo... Cuando quieres irte, te vas y no das ninguna explicación...

Zhuang Zhidie tomó la carretera que conducía a la salida del burgo. Antes de salir, todavía tuvo la oportunidad de oír a la esposa del director Huang que le decía a otra persona:

—¿Lo has visto? Así son, en estos tiempos, los escritores que escriben libros. ¡Son increíbles! ¡Va a escribir un libro sobre mí! ¡Una mujer como yo, con este temperamento tan especial! ¡No entres, todavía están en la casa las huellas de sus manos y sus pies!

Zhuang Zhidie se dirigió a la Puerta del Sur, ya en el interior de la ciudad, y por dentro iba maldiciendo con todas sus fuerzas a ese infierno de Xijing, ese lugar en el que no podía estar un solo momento tranquilo y que parecía que iba a volverle loco. Se sentía con el cuerpo blando y no sabía si debía ir al patio del Círculo Literario y Artístico de Xijing, o a su casa en el callejón de Shuang Ren Fu, o más bien a la casa de Tang Wan'er. Iba dando vueltas tontamente sin saber adónde dirigirse hasta que detuvo repentinamente la motocicleta en medio de la calle. Alguien estaba subido en la parte superior del muro intentando disipar el

aburrimiento que lo abrumaba. En ese momento, Zhuang Zhidie deseaba con todas sus ganas partirle la cara a Zhou Min; pero Zhou Min estaba, sin embargo, soplando la ocarina tan tranquilamente y Zhuang Zhidie quería que le enseñase a tocar ese instrumento. Zhuang Zhidie tenía una confianza absoluta en él y pensaba que podía dominar ese instrumento rápidamente. Los muros eran en ese momento unos espacios anchos y vacíos, y ni siquiera los pájaros se posaban en ellos para anidar. Los ladrillos que formaban esos muros se iban cayendo lenta pero irreversiblemente y la hierba crecía entre los descosidos que aparecían en esa alfombra —porque esos muros parecían en realidad una alfombra verde y blanca— que se desgarraba. Junto a esos muros crecían árboles, cuyas raíces amenazaban con destruir los cimientos. Entre los árboles del exterior, la mala hierba que crecía por todas partes, y los muros ruinosos, se creaban espacios secretos, lejos de las miradas indiscretas, que eran muy buscados por los amantes. Zhuang Zhidie solía verlos y le recordaba a las bestias salvajes de un zoo cuando se las mira y se asustan al ser descubiertas. A Zhuang Zhidie le gustaba pasearse por los muros de la ciudad de Xijing y deseaba poder ver con sus ojos, y lo más claro posible, ese paisaje. Pasaba junto a una parte de un muro y luego giraba por la primera esquina que veía. Un pájaro que presentía su presencia echaba a volar y formaba una espiral en el aire. Luego se posaban en algunas hierbas secas. Algún que otro pájaro lo acompañaba y Zhuang Zhidie, al verlos volar, respiraba hondamente y sentía un ligero consuelo al ver a esos pájaros posarse de nuevo entre los muros. Al menos habían encontrado un lugar. Al fin y al cabo, él no era nadie para asustar su tranquilidad ni cambiarlo de sitio. En ese momento, él descubrió al azar a una persona que estaba sentada junto a los muros. Al principio creyó que era una piedra y solo después se dio cuenta de que era una persona. Pensó que era alguien que, como él, paseaba junto a los muros por el hecho de pasear. No pudo retener su emoción al ver a alguien como él y le saludó, mirándole fijamente a los ojos, pero vio que el hombre se estaba masturbando machaconamente, sentado y con las dos piernas estiradas hacia delante. Sus gemidos de placer eran escandalosos y parecían provenir de un enajenado. Esos gemidos espantaban a los pájaros y estos echaban a volar caóticamente. Zhuang Zhidie no sabía qué hacer, pero sintió que un fantasma se despertaba en él, se giró y salió corriendo. Lo hizo hasta lamentar el hecho de haber estado corriendo durante tanto tiempo. Sintió que le dolía la barriga y se puso a vomitar junto a uno de los muros todo lo que llevaba dentro y algo más. Vomitó incluso ese último líquido amarillo y amargo que hay al final de cada vómito mientras sollozaba desconsoladamente; y después de vomitar, una

mancha negra apareció ante sus ojos, y volvió a pensar: ¿le habían engañado sus ojos? ¿Había visto verdaderamente lo que creía haber visto? ¿Era una alucinación? ¿O se había visto a sí mismo como ya le había ocurrido otra vez? Por uno de los callejones vio al anciano trapero que pasaba con su triciclo con cabina delantera y vociferaba en voz alta: «¡Chatarra!... ¡Me hago con toda la chatarra y vuestros objetos, desechos y ropas usadas! ¡También las vuestras!...». Al acercarse a Zhuang Zhidie, el chatarrero viejo se puso a canturrearle:

*Bebamos una o dos botellas de licor y no nos emborrachemos;
juguemos al majiang tres o cuatro días seguidos y no nos cansemos.*

*Brinquemos y bailemos cinco o seis pasos y todo nos será posible;
hagamos el amor a siete u ocho mujeres y durmamos a pierna suelta.*

* * *

Zhong Weixian se fue a Correos para enviar su larguísima carta y de regreso a su trabajo se sentó en su despacho. En su calendario había escrito en rojo la fecha de ese día junto con un signo de exclamación grueso y sobredimensionado. Acababa de tomar un té cuando vio toda la documentación que le había dado el jefe de la provincia y se le puso la cara pálida como la de un muerto. Llamó por teléfono inmediatamente a Zhuang Zhidie, pero fue Liu Yue quien descolgó. Liu Yue creyó, sin embargo, que era Meng Yunfang y dijo:

—Soy su secretaria. ¿Qué quieres?

—¿De qué me hablas? ¿Eres su secretaria? —se sorprendió Zhong Weixian al otro lado del hilo.

Liu Yue reconoció que no era, en efecto, Meng Yunfang, y le entró el pánico. Le pidió a su señora que se pusiese al teléfono y Niu Yueqing le dijo:

—Eres Zhong Weixian, si no me equivoco. Zhidie no está en casa. ¿Qué quieres?

Niu Yueqing abrió bien los ojos y miró a Liu Yue. Liu Yue se impacientó y vio cómo la faz de Niu Yueqing cambiaba bruscamente. Niu Yueqing le pidió con impaciencia a Liu Yue:

—¡Ve a buscar al maestro, rápido!

Niu Yueqing dejó el teléfono y se sentó en el sofá. Liu Yue le preguntó asustada:

—Pero ¿qué pasa?

Niu Yueqing le contestó:

—Pásate por la residencia del Círculo Literario y Artístico y regresa a casa con el maestro Zhuang. ¿Está claro?

Liu Yue dijo:

—Ya hace varios días que no le veo ni la sombra al maestro Zhuang. ¿Quién puede decirme algo sobre su paradero? Esta mañana pasé por los aposentos del Círculo y vi una nota colgada en la puerta de su habitación que decía que se había ido «para escribir». Pero ¿escribir qué?

Niu Yueqing dijo:

—¿Por qué no vas a ver lo que pasa? Si no ves a nadie, siempre podrás preguntarle a la anciana que está de conserje. Seguro que ella sabe algo. Si no, ve a preguntar al maestro Meng o ve a la librería y se lo comentas a Hong Jiang.

Liu Yue le replicó:

—De acuerdo. ¿Debo recorrer hoy la mitad de la ciudad? ¿No es eso?

—No tengo ganas de perder el tiempo contigo hablando de tonterías. Ve y no te canses mucho —la apremió la mujer de Zhuang Zhidie—. Toma un taxi si lo crees necesario. Yo me quedaré en casa esperando a Zhou Min.

Niu Yueqing le dio treinta yuanes a Liu Yue para que se comprase algo decente y esta se vistió con uno de los vestidos viejos de su señora, e, incluso, cogió uno de sus bolsos, dentro del cual introdujo los yuanes.

Liu Yue se fue a comprar unas medias de seda con los treinta yuanes que le había dado Niu Yueqing, pero tuvo que añadir un poco más de dinero de su parte porque costaban algo más de treinta yuanes y se compró, además, unas zapatillas de piel blanca de vaca y unas gafas de sol oscuras. Le sobraron tres yuanes y, ni corta ni perezosa, se compró con ellos uno de esos pedazos de hielo picado de cinco colores. Se quitó las zapatillas viejas que llevaba puestas y se puso las nuevas. Lo mismo hizo con las medias de seda y las gafas de sol; se puso a comer el hielo y pensó: ¿por qué debo recorrer medio mundo?, ¿qué asunto tan explosivo es ese? Más pienso en ello, más me disgusto conmigo misma, se dijo Liu Yue mientras saboreaba su hielo. Mejor no hablar más. ¡Treinta yuanes no son moco de pavo! A un lado de la mesa había un joven que no paraba de mirarla. Liu Yue lo miró a su vez a través las gafas de sol. El joven se mostraba osado y la miraba con descaro. Ella estiró sus dos pies pequeños como en signo de amenaza y el joven se rio, enseñando su hilera de dientes rojos y torciendo el dedo índice para decirle a Liu Yue que se acercase a él. Liu Yue sintió miedo, se levantó y se fue sin pensar que ese chico pudiese seguirla. Ella se metió

apresuradamente en una tienda y al cabo de un rato salió; pero el joven la estaba esperando en la entrada de la tienda y le dijo:

—*Xiaojie*, mi hermanita, hacemos el agujero⁹¹...

Liu Yue había oído a prostitutas y a dueños de burdeles mencionar esa expresión de sus clientes del sur de China cuando estos querían sus servicios y un escalofrío atravesó su espina dorsal y un sudor frío empezó a correr por su cuerpo. Armándose de valor, le recriminó:

—Tú eres de la provincia de Guangdong... ¿No es así? Esa es una expresión muy cantonesa. ¿Qué te crees?... ¿Que me chupo el dedo o qué? *Aya*... ¿Por qué tienes tantas hojas de ajo cebollino entre los dientes?

La faz del joven enrojeció y se miró los dientes en el cristal de la vitrina de la tienda. Liu Yue aprovechó ese momento para subir en el autobús, pero nada más acercarse la puerta se cerró de golpe. Liu Yue se apoyó en la ventanilla del autobús y el conductor se giró para verla. Liu Yue aprovechó esa situación para sonreírle con una de esas sonrisas encantadoras y traviesas que solía esbozar en su rostro cuando se encontraba en un aprieto. Con el dedo índice se señaló a sí misma y le mostró al conductor el dedo pulgar para indicarle que todo estaba bien.

Al llegar al patio del Círculo Literario y Artístico, Liu Yue constató con sus ojos que ahí no había nadie y preguntó, como le había estipulado Niu Yueqing, a la *laopo* Wei que dónde estaba todo el mundo, pero la conserje no lo tenía muy claro. Liu Yue pensó que el maestro Zhuang había debido de dejar algún mensaje en alguna parte, en la puerta, por ejemplo; pero no vio nada salvo una moneda de cobre agujereada que colgaba con un cordel en el grifo. Se la quedó observando durante un buen rato y encontró que esa moneda era un objeto adorable y se lo llevó con ella, arrancando el cordel e introduciendo la moneda en el bolsillo. Tomó el primer autobús que pasó junto al patio del Círculo Literario y Artístico y se fue a la casa de Meng Yunfang. Nada más entrar en la casa, Liu Yue vio que Meng Yunfang iba en calzoncillos y le dijo que Zhuang Zhidie tampoco estaba en el salón A la búsqueda de eso que falta. Liu Yue le preguntó:

—¿Adónde habrá podido ir? ¿Y tanto tiempo? ¿Por qué no me das la dirección de ese salón?

Meng Yunfang no podía comunicarle la dirección a Liu Yue y le respondió brusca y evasivamente. A Liu Yue solo le quedaba una última posibilidad: la librería o la galería de arte. Se fue a la galería de arte y preguntó si Zhao Jingwu se encontraba ahí. Uno de los trabajadores le dijo que Zhao Jingwu había salido

a comprar unas herramientas. El trabajador creyó que Liu Yue era la novia de Zhao Jingwu y se preguntó para sus adentros, y salivando ante ella, cómo era posible que Zhao Jingwu tuviese una novia tan joven y guapa. Liu Yue, que intuía por qué ese obrero la miraba con esos ojos y le sonreía lascivamente, le exclamó:

—¡Qué asqueroso!

Liu Yue salió corriendo de la librería y ni siquiera había visto a Hong Jiang. Nada más salir por la puerta, unas escaleras conducían a la librería, la cual se encontraba en la planta de arriba. Lui Yue sabía que el despacho de Hong Jiang se encontraba ahí, además de un par de almacenes para libros y cuadros. Pero esa parte del edificio estaba muy tranquila y silenciosa. Solo se oía, en realidad, un gato que lamía un bol de leche o vete a saber qué. Liu Yue subió a la planta de arriba y abrió con un puntapié la puerta de una de las habitaciones pequeñas y vio que Hong Jiang estaba haciendo el amor encima de una cama con una mujer.

—Vale, vale... ¡Así de bellas son tus jornadas, Hong Jiang!

Hong Jiang, asustado, se subió los pantalones y cubrió a la joven con la sábana; con una mano cerró la puerta y con la otra le tapó la boca a Liu Yue. Liu Yue pensó que había tenido mala suerte. Ese tipo de situaciones, ¡uno no se topaba con ellas si no era por accidente! Se sacó de encima la mano de Hong Jiang y se sentó en el sofá. Agitando un periódico que habían encontrado por casualidad, dijo:

—¡Despreciable, eres un ser despreciable!

Hong Jiang le pidió:

—Mi buena hermana, mi *jiejie*, lo que acabas de ver no debes decírselo por nada del mundo al maestro Zhuang y a su venerable señora. ¡Te lo suplico!

Liu Yue dijo:

—Hablas con miel en los labios. ¿Por qué? ¿Quién diablos es tu *jiejie* aquí? No les diré nada a esos dos, pero debes prometerme una cosa. En el campo, cuando alguien pilla in fraganti haciendo el amor a un hombre y una mujer, tanto él como ella deben darle un par de *chide* seda roja a quien los ha descubierto. De lo contrario, tendrán mala suerte en el futuro. Además, ¡yo solo soy una muchacha!

Hong Jiang abrió un cajón y de él sacó unas monedas que ofreció a Liu Yue.

—¿Esto es para callarme? ¿No se te cae la cara de vergüenza? —le preguntó Liu Yue.

Hong Jiang le explicó:

—Mi buena *jiejie*, no lo cojas si no lo quieres; pero a mí me vas a dar un disgusto. Sé que no te pagan mucho cada mes. Si tienes algún problema, pasa a verme. Podrás hablarme con total confianza.

Liu Yue le replicó:

—No lo quiero. ¡Tú lo que quieres es asustarme! Compréndelo. Pon ese dinero en el banco y dame el cuadernillo de ahorros. Y el maestro Zhuang, ¿se ha pasado por la librería últimamente?

Hong Jiang le respondió:

—Sí, lo comprendo, y te daré el cuadernillo. El maestro Zhuang no ha venido.

Liu Yue quería irse, pero antes retiró la sábana de la joven y dijo:

—Déjame ver quién está ahí debajo... —Y debajo de la sábana había una cara con una piel fina y blanca. Liu Yue no podía creerlo y sintió vergüenza por ella misma, que tenía esa marca negra e imborrable en la parte baja de la mejilla, un estigma de por vida para ella.

Niu Yueqing esperaba en casa a Liu Yue y, sobre todo, a Zhou Min. Zhou Min no había regresado todavía, pero su mujer, Tang Wan'er, sí que se presentó. Zhong Weixian había llamado a Zhou Min para que le echase un vistazo a la documentación que había recibido en su despacho. Sin perder tiempo, la fotocopió y la envió a Zhuang Zhidie. Tras leer esos documentos, Zhou Min se quedó estupefacto. Esos papeles, rabiosos y ofuscados, contenían la notificación que Jing Xueyin había dado a la Sala de la Cultura y explicaban con todo lujo de detalles y un lenguaje muy colorido su punto de vista sobre el asunto. Exigía también que se le hiciese caso al director de la Propaganda —toda actividad de la Sala de la Cultura debía estar supervisada previamente por el departamento de Propaganda, y recordaba que había gente en Xijing que parecía haberlo olvidado—, y que los redactores de la *Revista de Xijing* hiciesen pública retractación y disculpas publicando un anuncio oficial en dicha revista. De lo contrario, emprendería acciones judiciales contra ellos. El objetivo era acusar directamente a Zhuang Zhidie —representante en la Asamblea del Pueblo— y presentarlo ante los jueces. Jing Xueyin ya lo había hecho en el tribunal popular a nivel del distrito, pero se la habían rechazado por la influencia que Zhuang Zhidie tenía en ese organismo. Furiosa, y odiando a Zhuang Zhidie más que nunca, Jing Xueyin trasladó su acusación al órgano de justicia de segunda instancia a nivel municipal. Citaba además a Zhou Min por haber escrito el artículo, a Zhong Weixian por haber aceptado en tanto que director de la *Revista de Xijing*

publicación de ese artículo, y a Gou Dahai y Li Hongwen por haber hecho la vista gorda ante ese tipo de información difamatoria. Entre los documentos que había recibido Zhong Weixian, también había una fotocopia de la carta que Zhuang Zhidie había enviado a Jing Xueyin y su marido recientemente. Varios párrafos de esa carta habían sido subrayados con un bolígrafo rojo. Zhou Min no dijo nada, dejó la redacción y se fue directamente al callejón de Shuang Ren Fu para ver a Zhuang Zhidie. Entró antes en una de esas cantinas regentadas por musulmanes y tomó cuarenta brochetas de carne de cordero y cuatro cervezas frías. Después de ese banquete, tuvo dificultades para regresar a casa y perdía el equilibrio a cada paso. Tang Wan'er había salido al mediodía para comprar productos de manicura y se encontraba pintándose las uñas cuando vio a Zhou Min abrir la puerta del patio. Tang Wan'er sonrió y le dijo:

—¿Te has emborrachado?... ¡Vaya que sí!

Zhou Min arrojó en el patio y unos pollos se apresuraron a picotear en esos vómitos. Cabeza arriba, cabeza abajo, los pollos intentaban hacerse lo más rápidamente posible con los pedazos de comida que aparecían entre los vómitos de Zhou Min, que no se movía. Tang Wan'er, enfadada, quiso arrastrarlo hacia ella, pero no podía moverlo. Lo cogió con las dos manos y lo arrastró como pudo, dejándolo apoyado bajo el peral. Él se puso a lanzar injurias:

—¡Me ha vendido por una mujer! ¡Me ha sacrificado! ¡Es un ser despreciable! ¡Un cobarde! ¡No es un Han!

Tang Wan'er le preguntó:

—Pero ¿qué me dices? ¿Quién te ha vendido por una mujer?

Zhou Min le respondió:

—Nuestro maestro, tu adorado maestro Zhuang...

A Tang Wan'er se le aceleraron los latidos del corazón y se puso inmediatamente a atacarlo:

—¿Qué me dices? ¿Por qué te ha vendido? ¿De qué mujer hablas? ¿Qué tengo que ver yo con eso? ¡Y no cuento con ningún abogado para protegerte!

A Zhou Min se le habían puesto los ojos como la porcelana y la cabeza le daba mil vueltas. No entendió muy bien lo que le decía Tang Wan'er. Solo veía el color rojo de los labios de su mujer y los dedos con sus uñas rojas que se movían sin parar. Zhou Min continuaba paralizado por la ebriedad y cayó al suelo por su propio peso como si hubiese muerto.

CAPÍTULO IX

Tang Wan'er se había quedado de pie observando a ese hombre en ese estado lamentable y lo odiaba, pero no comprendía por qué en ese momento ella misma lo veía con esos ojos tan contrariados. ¿Podía continuar con un hombre así? Y pensó para sus adentros: ese día ha llegado. Iba a dejar definitivamente a Zhou Min; pero ella se tragó las palabras que le iba a decir porque se acordó de lo que estaba viviendo con Zhuang Zhidie. En cierto modo, ya se estaba vengando de ese mamarracho con el que compartía su vida. Pero ¿lo sabía ya Zhou Min y por eso se había emborrachado? ¿Por qué no se lo decía? Ese momento era la ocasión perfecta para acabar con él. Había que hacer leña del árbol caído. A Tang Wan'er le entró miedo. Ahora, Zhou Min lo sabía, y ella se sentía, al fin y al cabo, más relajada, y podía ver de nuevo el sol durante la primavera, pero el sol de ese día quemaba; era un sol demasiado brillante, como solía aparecer en Xijing durante esos días, e iluminaba el cuerpo tumbado en el suelo de Zhou Min mientras dormía. Ese cuerpo parecía que iba a prender como una hoguera. Tang Wan'er habló en voz alta y le dijo a Zhou Min:

—Nuestro destino juntos ha llegado al final. Duerme ahora. Cuando te levantes, ya te lo contaré. ¿Crees que me vas a volver loca? No estaba destinada a encontrarte.

En ese momento vio que en el bolsillo de Zhou Min había unos papeles enrollados en forma de pergamino. Los sacó e, indebidamente, se metió en la casa con ellos y se puso a leer cada una de las tres hojas. Supo entonces que Zhou Min no había descubierto su *affaire* con Zhuang Zhidie. El motivo de su borrachera era otro; era debido a las amenazas de juicio de Jing Xueyin. También leyó la carta que Zhuang Zhidie les había enviado a Jing Xueyin y su marido, y le hizo pensar en primer lugar: Zhuang Zhidie no ha cortado todavía, es decir, mentalmente, con esa Jing Xueyin. Sigue pensando en ella y habla como si aún estuviese enamorado de ella. ¿Por qué le profesa todavía esos

sentimientos tan profundos? Zhuang Zhidie me ha hecho de todo en lo que se refiere al sexo, me lo ha dicho todo, pero nunca me ha comentado nada de esa mujer que apellidan Jing. ¿Por qué?, pensó Tang Wan'er. ¿Y qué tipo de mujer es ella? ¿A qué se debe la obsesión de su amante, Zhuang Zhidie, por esa tal Jing? Tang Wan'er se puso esos documentos en el bolsillo para que los leyese Niu Yueqing, y a Zhou Min lo dejó, finalmente sobre el sofá, y se fue sin perder un minuto al Círculo Literario y Artístico a buscar a Zhuang Zhidie. Ella no sabía que Zhuang Zhidie había salido fuera para poder escribir y, por lo tanto, no estaba. A medio camino, sin embargo, Tang Wan'er cambió de opinión y decidió no ir a buscar a Zhuang Zhidie. Ella le tenía demasiado rencor acumulado durante las pasadas semanas. Intentaba cortar los lazos que unían a Zhuang Zhidie con Niu Yueqing y ahora se daba cuenta de que había otro lazo, este de seda, que unía a Zhuang Zhidie con Jing Xueyin.

Niu Yueqing leyó la documentación delante de Tang Wan'er y le dijo airada:

—El redactor en jefe Zhong Weixian me ha telefoneado para decir que Zhou Min se había llevado los papeles con él. ¡A mí me va a dar un patatús! Ese Zhou Min no me ha traído nada. ¿Dónde tiene la cabeza?

Tang Wan'er pensó en la borrachera de Zhou Min y sus ataques. Supo en ese momento que Zhou Min odiaba a Zhuang Zhidie y por eso se llevó la documentación con él. Lo había hecho deliberadamente y seguro que se había dado cuenta al leer esas hojas que había cometido un error garrafal y de consecuencias imprevisibles con su artículo. Tang Wan'er, sin embargo, se alegró de esa situación y le dijo a Niu Yueqing:

—Tras leer esa documentación, Zhou Min debe odiar a esa que apellidan Jing. Esa Jing va a enviar a tu maridito a la cárcel. Zhou Min se ha quedado tan tranquilo en casa llorando como un niño y me ha dicho que le da vergüenza ver de nuevo al maestro Zhuang.

Niu Yueqing sintió que se emocionaba con ese asunto y dijo:

—¿Por qué llora ese tipejo? ¿Por habernos traicionado de esa manera tan vil?

En ese momento entró Liu Yue. Niu Yueqing y Tang Wan'er la miraron al mismo tiempo y se asustaron. Niu Yueqing se puso seria y dijo:

—¿A qué hora vienes? ¿Lo has encontrado?

Liu Yue le respondió:

—No he encontrado a nadie.

Niu Yueqing dijo:

—Habías salido para buscar a alguien y no para ir de compras. ¿Por qué te

has comprado esa ropa?

Liu Yue le contestó:

—Pues... ¿con qué dinero? Me topé con una conocida que es de mi terruño. Ella trabaja ahora en un hotel y gana un montón de dinero. Me dijo que daba pena ver cómo vestía yo y me ofreció esas gafas de sol, unos pantalones y un par de zapatos...

Niu Yueqing dijo:

—No lo comprendo. ¿Te dijo que daba pena ver cómo vestías? Veo a esas empleadillas de hotel cada día en el autobús y van vestidas horriblemente. No puedo creer cómo pueden estar recibiendo a gente cada día con esa guisa...

Liu Yue no se atrevió a decir mucho más. Se quitó los zapatos y se los amasó, dejando al desnudo su brazo blanco con la pulsera de jade en él. Tang Wan'er, al ver la pulsera, pensó que ella tenía exactamente una igual. En esos momentos, Niu Yueqing no la llevaba, pero sí Liu Yue. Tang Wan'er sintió un poco de envidia de Liu Yue, ya que la pulsera le quedaba francamente bien, y comentó en voz alta:

—Liu Yue, llevas la misma pulsera de crisantemo de jade que yo. Mereceríamos ser hermanas. ¡Tú y yo nos parecemos mucho! ¿No crees? — Tang Wan'er estiró el brazo y le mostró la suya. Liu Yue la miró y le gustó lo que le había dicho la mujer de Zhou Min, así como la pulsera.

—¿Y tú también estás soltera como yo? —le preguntó Liu Yue—. ¡Bienvenida al club!

Niu Yueqing, tras escuchar a las dos, no se atrevió a decirle a Liu Yue que Tang Wan'er no estaba soltera ni se atrevió a comentarle lo de las pulseras de jade. Volvió, más bien, a mirar las hojas de la documentación y comentó:

—Wan'er, ¿has leído todo esto?

Tang Wan'er le respondió:

—Sí, lo he leído. El maestro Zhuang no hubiera debido enviarle esa carta a los Jing. Se ha equivocado a pesar de sus buenas intenciones, pero no debería haberlo anunciado. Les está dando pruebas a los otros y tendrán el efecto contrario al que busca.

Niu Yueqing añadió a lo que había dicho Tang Wan'er:

—¡Los hombres son así de torpes! Más buenos se quieren mostrar contigo, más acaban complicándote la vida... ¡Y luego todo es un desastre! ¿Qué vamos a hacer ahora? Zhuang Zhidie cree que en esos documentos hay caramelos ¡y lo que hay son balas!

Liu Yue dijo:

—Todo el mundo es así, señora. Comes una comida con cinco granos y deseas una con seis sabores. ¿No te has fijado que las flores silvestres son siempre más bellas y huelen mejor que las que cuidas en casa?

La faz de Tang Wan'er enrojeció de golpe y quiso aclarar:

—El maestro Zhuang no es así. Todavía no ha olido lo suficientemente bien el aroma de las flores que tiene en casa. ¿Por qué se iba a poner a oler las flores silvestres?

Niu Yueqing dijo:

—No sé adónde va a parar esta conversación. Si alguien de fuera nos escucha, va a pensar que somos unas mujeres vulgares.

Niu Yueqing no quería quedarse con Tang Wan'er, ya que quería irse con Liu Yue a la residencia del Círculo Literario y Artístico de Xijing para esperar la llegada de su marido. Liu Yue cogió la documentación y ello, inevitablemente, la puso nerviosa y se recriminó para sus adentros el haber estado tanto tiempo fuera sin éxito alguno.

—Mi gran hermana —se quejó ante Niu Yueqing—, una criada no debe hacer esas cosas y te pido disculpas por mis compras. Todo este asunto del maestro Zhuang y esta gente me tiene harta...

Niu Yueqing protestó:

—¿Por qué estás harta? Lo único que te pedí es que fueras a buscar al maestro Zhuang y no que te pusieras nerviosa por nada ni por nadie. No se te tienen que dar más explicaciones, Liu Yue. ¿No te he permitido hoy que leyese esa documentación? Pues escúchame cuando te hablo.

Liu Yue le dijo:

—¿De veras que quieres ir a ese lugar para instalarte con el maestro Zhuang? Te has resistido a ello durante mucho tiempo para ahora abdicar con la cabeza baja y las orejas gachas. Vas a sufrir los cambios de humor del maestro y ello te va a desquiciar otra vez.

Niu Yueqing le dijo:

—¿Quién te ha pedido que hables así a la *laopo* del maestro Zhuang? ¡Un poco de respeto, por favor! Si meten a mi marido en la cárcel, ¿a quién voy a preparar la comida? ¡Él es toda mi vida! La felicidad no dura, ¡solo el sufrimiento lo hace! El sufrimiento es lo que de verdad une a la gente y nos hace auténticamente humanos. ¿Voy a poder levantarme esta vez? Ya son muchas las caídas...

Las tres mujeres salieron del patio. Tang Wan'er se dirigió al sur, y Niu Yueqing y Liu Yue hacia el norte. Niu Yueqing volvió a llamar a Tang Wan'er y le dijo:

—Wan'er, si Zhou Min no viene, mi marido va a enfadarse y mucho. O, al menos, así lo veo yo. Los dos deben unir fuerzas y no ir por separado en este asunto: si uno cae, caerá el otro; y no olvidéis que este asunto se está poniendo muy feo.

Tras decir esas palabras, Niu Yueqing le pidió a Liu Yue que entrase en la casa y cogiese una botella de licor de arroz para dársela a Tang Wan'er, la cual debía a su vez dársela a Zhou Min; pero Tang Wan'er detuvo a Liu Yue y le dijo a Niu Yueqing:

—Eso, yo ya lo sé. Zhou Min se ha pasado de la raya, pero yo no he estado de su lado en lo que ha hecho ni lo apruebo. ¡Que quede claro! ¿Y para qué llevarle el licor de arroz?

Recordando lo que se acababan de decir, las dos mujeres se separaron con los ojos llenos de lágrimas.

Tang Wan'er se encaminó al callejón que conducía hacia el sur y luego desapareció. Niu Yueqing se quedó mirando cómo la mujer de Zhou Min desaparecía y Liu Yue le propuso:

—Vayámonos.

Y Niu Yueqing le respondió:

—Vayámonos. —Pero añadió seguidamente—: Liu Yue, ¿crees que Tang Wan'er es una buena persona?

—¿Qué me preguntas a mí? —preguntó sorprendida Liu Yue.

—Sí, es una buena persona —afirmó Niu Yueqing.

—Bueno, si la señora lo dice —asintió Liu Yue.

Las dos mujeres se precipitaron hacia el patio del Círculo Literario y Artístico. Zhuang Zhidie, mientras tanto, ya había limpiado su habitación, había puesto las sábanas y preparado la cama, y estaba dispuesto para meterse en ella. Zhuang Zhidie se dio cuenta, sin embargo, de que la moneda de cobre agujereada que colgaba del cuello de Zhuang Zhidie con un cordel de nailon había desaparecido. Había debido de dejarla en algún sitio mientras se lavaba ya que resultaba poco probable que se hubiese roto el cordel. Además, la llevaba siempre puesta en el cuello. Pero no estaba en la ducha ni en la cama. Zhuang Zhidie empezó a sudar de la cabeza a los pies y, en ese momento preciso, vio que llegaban Niu Yueqing y Liu Yue. Zhuang Zhidie dejó de buscar la moneda y se

puso a preparar una tetera sin decirles nada. Luego se sirvió un bol y se sentó para tomarse su té, pero continuó sin decir nada a nadie. A Niu Yueqing le sorprendió la frialdad de su marido y le pidió a Liu Yue que se fuese a la cocina para preparar unos fideos largos, arreglar las camas, limpiar la mesa, poner agua en los jarrones de flores y encender algunos palitos de incienso de sándalo. El olor a sándalo ayudaría sin duda a limpiar el ambiente de la habitación. Niu Yueqing se quitó seguidamente la chaquetilla china que llevaba puesta, se puso un poco de maquillaje en las mejillas y rojo en los labios y se sentó junto a Zhuang Zhidie. De su bolsillo sacó un paquete de cigarrillos de la marca 35 y dijo:

—Vaya carácter el tuyo, Zhidie. Liu Yue y yo hemos ido a por comida. ¿No lo hueles?

Zhuang Zhidie miró a su mujer con ojos desconfiados y dijo:

—¿Qué mosca te ha picado hoy?

Ella le contestó:

—¿Y me lo preguntas a mí? ¡Eres tú quien me tuerce el morro! Vente a la cocina a hablar conmigo y con Liu Yue.

Niu Yueqing se llevó a su marido a la cocina, y nada más entrar, Liu Yue le sonrió a Zhuang Zhidie con una sonrisa amplia y radiante, una sonrisa casi infantil. Niu Yueqing salió luego al salón y Zhuang Zhidie le preguntó a Liu Yue con voz apagada:

—¿Qué le pasa a mi mujer hoy?

Liu Yue le respondió:

—Pues que el agua del pozo ha derramado el cubo. ¿Lo entiendes? Nada sale como uno quiere. Has vuelto a ganar, maestro. ¿Quién puede resistirse a un escritor célebre como tú?

Zhuang Zhidie vio cómo Liu Yue fruncía los labios y le dijo:

—Tú lo que debes es ocuparte de tus asuntos y encontrar a alguien para casarte. ¡Necesitas que alguien te ventile! ¡Y hablarás con más conocimiento de causa!

Liu Yue le replicó:

—¿Qué quieres decir con que alguien me ventile?... No lo entiendo...

Zhuang Zhidie vio entonces la falda negra, estrecha y muy corta, la cual armonizaba con las medias negras de seda, y pensó para sus adentros que Liu Yue era una belleza sin par, y le dijo:

—Liu Yue, estás guapísima con esas medias.

—A Liu Yue da pena verla —le dijo Liu Yue con acritud—. Acabo de comprarme estas medias negras y la señora se lo ha tomado a mal. Me ha dicho que no debo gastarme el dinero en esas cosas.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Deja de lloriquear. Hace un par de días te di dinero. ¿No es así?

—Sí, pero no mucho —le confirmó Liu Yue—, y es para comprarme un abrigo con forro de plumas de pato para este invierno.

Zhuang Zhidie la regañó otra vez:

—¡Estás endemoniada, Liu Yue!

Liu Yue soltó un ¡oh! Niu Yueqing estaba en el salón preparando la mesa y preguntó:

—¿Pasa algo?

—No, nada —le respondió Liu Yue—, me he cortado el dedo con el cuchillo.

—Ve con cuidado —la previno Niu Yueqing—, no vayas a meter uno de tus dedos en la cazuela. ¡Ja!

Una vez en la mesa, Zhuang Zhidie se comió tres boles enteros de fideos largos y una cesta de *mantou* preparados al vapor. Niu Yueqing le dijo:

—Te habrás quedado bien. Te voy a dar algo para que lo veas. Liu Yue, dale al maestro un cigarrillo y los papeles. Zhuang Zhidie se puso a fumar el cigarrillo mientras leía la documentación de Zhong Weixian que le había dejado al mismo tiempo Liu Yue. Al cabo de un buen rato, Zhuang Zhidie sonrió desdeñosamente y, con algunos de esos papeles, limpió los restos de sopa que habían caído sobre la mesa y dijo:

—Liu Yue, hoy lo has hecho muy bien y estás muy guapa. Tu maquillaje, en las cejas y el rojo de los labios, tampoco está mal.

Ese comentario asustó a Niu Yueqing y Liu Yue. ¿Cómo era posible que Zhuang Zhidie estuviese tan imperturbable, al igual que las aguas fluyen en un río?

Niu Yueqing dijo:

—Pues muy bien. Si no te incendias, pues está muy bien; pero tú, ahora, no puedes convertirte en un juguete en manos de unos niños. Incluso si no te pasa nada, quiero decirte un par de cosas, tanto si te gustan como si no. Creo que, siendo tu *laopo*, tengo derecho a decir algo sobre este tema. ¿Por qué diablos has escrito a Jing Xueyin y su marido esa carta? Y no solo quiero una explicación para saber por qué todavía no has roto sentimentalmente con esa mujer, sino también por qué eres tan estúpido por haber escrito algo así. Por mucho que le

tengas afecto y te compadezcas de ella, ¿cómo sabes si ella tiene un corazón tan tierno como el mío? Tú vas de buena persona con ella, ¿cómo sabes que ella también va a actuar así contigo? Esa carta la va a utilizar en los tribunales contra tus intereses y va a servirles para darte el golpe mortal. No sabes cómo son las mujeres, Zhidie. Pueden ser malísimas, y más una mujer a la que has hecho perder su honor público y a la que has desprestigiado de esa manera. Según ha dicho Zhong Weixian, Jing Xueyin ha hecho varias copias de esos documentos y los ha enviado a varios líderes de la administración pública, a la Liga de Mujeres Casadas de Xijing, al Comité del Partido de Xijing, y, por supuesto, a los miembros del Círculo Literario y Artístico de Xijing. ¿No se va a reír todo el mundo de ti? Te vienen mal dadas, Zhidie, y cometes ese tipo de errores infantiles. Según todo lo que sé, Jing Xueyin quiere disipar toda duda sobre su relación contigo en el pasado y decir que eras tú el que iba detrás de ella. Va a poner como prueba la carta que le has escrito y ponerla como testimonio de su defensa. Te va a tachar de celoso, despechado y vengativo hacia ella porque no te ha hecho caso; pero a mí eso me importa un pepino. Me parece cómico. Tú eres famoso y podrás resistir, pero no Zhou Min. Él es una hormiga y lo van a aplastar pase lo que pase, y se diga lo que se diga finalmente. Nosotros no queremos, por supuesto, que eso suceda. Ese artículo de Zhou Min te habría dado publicidad y más aura en tu leyenda si esa Jing Xueyin no se lo hubiese tomado tan a mal. Así que deberías estarle agradecido a Zhou Min. Además, le ayudaste a encontrar trabajo en Xijing. Su agradecimiento puede convertirse en ira si te preocupas de Jing Xueyin y no de él. ¿Cómo te va a considerar la gente de fuera de tu entorno? Además, ¿qué sabes de Zhou Min? ¿Lo conoces de verdad? Haz tus cuentas, Zhidie. Al principio, Zhou Min formaba parte de ese mundo de ociosos⁹² que no tienen nada que hacer en esta sociedad. En Xijing, hay muchos de esos que no hacen absolutamente nada. ¿Quién te dice que no volverá a ese mundo? Quizá tiene buenas intenciones, pero igual se ha arrepentido de estar en este mundo de la prensa. Nunca se sabe con esa gente. Zhong Weixian le pidió por teléfono que nos trajera esa documentación y Zhou Min no lo ha hecho. Ha sido Tang Wan'er quien los ha traído finalmente y vete a saber si ha hablado algo más de la cuenta en su casa. Y para un asunto tan grave como este, ¿por qué no ha venido a verte? ¡Piénsalo, Zhidie!

Niu Yueqing había hablado con cordura y Zhuang Zhidie la había escuchado con atención. Las palabras de su mujer lo dejaron postrado en el sofá y deprimido durante mucho tiempo. Al final, dijo:

—Quiero escribir una novela larga; pero si no me dejáis, no podré hacerlo.

* * *

Esa noche, Zhuang Zhidie llamó a Meng Yunfang para que se pusiera en contacto con Zhou Min y decirle a él, como a Hong Jiang y Zhao Jingwu, que viniesen a su casa. Ellos debían estudiar la respuesta a Jing Xueyin y no podían contar solamente con los miembros de la redacción, sino que debían atacar directamente al tribunal de segunda estancia de la municipalidad de Xijing. Solo ellos pueden rechazar la denuncia de Jing Xueyin y los suyos. Zhao Jingwu dijo que conocía a uno de los jueces de ese tribunal municipal, un tal Bai Yuzhu, pero no sabía si podía echarles una mano en ese asunto tan espinoso. Lo más probable era que no. Zhuang Zhidie, sin embargo, le pidió a Zhao Jingwu y Zhou Min de ir a ver durante la noche a ese Bai Yuzhu. No importaba que fuesen pronto o tarde, pero debían venir con alguna información. Niu Yueqing recibió un paquete envuelto en papel y Zhou Min le dijo:

—Los gastos corren de tu parte.

Niu Yueqing le explicó:

—Eso deberías haberlo hecho antes. ¡Eres tú quien deberías habérmelo enviado por correo!

Zhao Jingwu y Zhou Min se fueron. Zhuang Zhidie dijo con ironía:

—Se ve felicidad en las caras. ¡En el peor de los casos podríamos echar una partida de *majiang*!

Zhuang Zhidie, Meng Yunfang, Niu Yueqing y Hong Jiang se sentaron junto a la mesa y prepararon las fichas para jugar. Liu Yue trajo por su parte unos cigarrillos y té. Liu Yue miró de reojo a Hong Jiang y le sonrió maliciosamente. Hong Jiang le dijo:

—Liu Yue, ¿de dónde has sacado esas ropas? Dame algo de dinero de tu bolso.

Liu Yue se fue a las ropas que tenía colgadas en el ropero y sacó un cuadernillo de ahorros. Lo abrió para leerlo y vio su nombre; pudo ver que tenía cien yuanes en su cuenta y le dijo sorprendida a Hong Jiang:

—¡Ah, Hong Jiang, hay este dinero!

—¿Te parece poco? ¡No está mal! —dijo Hong Jiang.

Niu Yueqing le preguntó a Liu Yue:

—¿Cuánto hay?

Liu Yue cambió de cifra:

—Doce yuanes.

Hong Jiang le guiñó el ojo a Liu Yue y le dijo sonriendo:

—Se me da bien ganar dinero.

Niu Yueqing movía sus fichas mientras hablaba:

—¿Nos dices que eres bueno ganando dinero? Ya veo que no tienes abuela, Hong Jiang. La gente que se piropea no suele ganar al *majiang*. Pero tú... ¡incluso vencerías un fantasma!

Meng Yunfang dijo:

—Ochenta mil. ¿Lo coges o no? ¿Qué otra mujer va a ser tu próxima víctima?

Hong Jiang enrojeció y se arrepintió de haber querido participar en esa partida de *majiang*. Liu Yue le amonestó por haber sacado una ficha que, como se dice en la jerga del juego del *majiang*, «apesta», y dijo con un movimiento en la cabeza:

—Desde que Hong Jinag se convirtió en el *manager* de la librería, se ha vuelto un tipo limpio y honesto. Hasta se viste mejor y está hecho todo un galán ¿No lo veis ahora? Ay, a cuántas jovencitas les estará robando el corazón...

Meng Yunfang dijo:

—Liu Yue, ¿cómo te atreves a hablar así de nuestro Hong Jiang? ¿No has visto que ahora se nos peina al estilo de Hong Kong? Si sigues con esos comentarios, lo vas a despeinar y se nos va a enfadar. Un hombre seduce con la cabeza y una mujer con los pies. Puedes verlo, pero no tocarlo. Pensaba que lo habías pillado in fraganti... Ah, y quería decirte... Hong Jiang tiene dificultades para encontrar una mujer con la que compartir su vida. Este mundo es muy raro. Los jóvenes apuestos no se juntan con jovencitas bellas, y viceversa. ¿Será la inexperiencia lo que los hace tan torpes o el pudor que les han transmitido sus padres? Seguro que Hong Jiang nunca se ha acercado a una chica tan guapa como nuestra Liu Yue; y Liu Yue, ¿a quién podría encontrar en el futuro mejor que nuestro Hong Jiang? Ay, a esta juventud no hay quien la entienda...

Tras oír esas palabras, Liu Yue se enfureció y empuñó una de sus manos señalando a Meng Yunfang:

—Un hombre que no tiene sus cinco órganos para sus cinco sentidos bien puestos no es un hombre de verdad, y a ti, Yunfang, te falta más de uno...

Niu Yueqing intervino algo agriada por lo que acababa de oír:

—¡No deberíais criticar a Liu Yue! ¡Basta ya!

Meng Yunfang dijo:

—Todo esto es lo que yo a menudo recibo de una *yatou* como ella. ¡Impertinencias y falta de respeto!

Niu Yueqing quiso cambiar de tema:

—Yunfang, tú que eres tan bueno con eso de adivinar el futuro. ¿Sabes si a Jingwu y los otros les va a salir bien la cosa?

Meng Yunfang le respondió:

—¿Qué futuro quieres que te adivine? No tengo mis libros aquí, ni mis calendarios de los Diez mil años. Debo hacer seguir los cambios de la luna y el sol para saber el futuro.

Liu Yue dijo:

—Tengo una moneda de cobre agujereada. ¡Tócala!

Liu Yue sacó de su bolsillo un juego de llaves, en el cual había atado con un cordel una moneda de cobre resplandeciente. Al verlo, Zhuang Zhidie no podía quitar los ojos de esa moneda y le pidió a Liu Yue:

—Déjame verlo.

Pero Liu Yue no lo soltaba. Niu Yueqing volvió a coger una de las fichas del *majiang* y presionó a Zhuang Zhidie. «¿Te la comes o no, la ficha?», le dijo; pero Zhuang Zhidie no le quitaba los ojos de encima a Liu Yue y no le prestó ninguna atención a su mujer. Cogió finalmente una de las fichas que estaba al final de la cola de las otras fichas que había alineadas encima de la mesa, pero Meng Yunfang le golpeó la mano:

—¿Qué ficha coges? Cuando vas a los aseos, ¿entras en el de las mujeres?

Zhuang Zhidie se perturbó al ver la ficha y Meng Yunfang le hizo un gesto con la mano:

—Esa moneda de cobre, ¿cuántas veces la vas a tocar? Si continúas así, Yueqing se va a llevar todo el dinero; pero cambiemos de tema. Vayamos por partes. Voy a utilizar la estrategia de adivinación del futuro «el caballo de Zhuge Liang va delante». Yuqing, dame una cifra con tres números.

Niu Yueqing dijo:

—379.

Meng Yunfang agitó la mano y dijo:

—Poca suerte veo aquí. ¡Oh!..., pero no está mal...

A Niu Yueqing se le frunció el ceño y dijo:

—Ah, poca suerte... Creo que eso te lo has sacado de la manga por mi forma de jugar al *majiang*. Paso seguro, pero vigoroso y controlando y dirigiendo, siempre dirigiendo el paso de los otros... ¡Ahí va la ficha! ¡Muerta!

—Siéntate, anda —le dijo Meng Yunfang a Niu Yueqing—. Aquí lo único que vas a dirigir es una granja porcina...

Mientras lavaban las fichas, oyeron en el patio el maullido de un gato; era un maullido intensamente triste que llamó la atención a todos. Hong Jiang preguntó a Zhuang Zhidie y Niu Yueqing si criaban gatos. Esa era la época del apareamiento y los gatos iban como locos copulando los unos con los otros. El gato que maullaba en el patio era un gato persa que atraía a otros gatos hacia él con esos maullidos. Niu Yueqing comentó:

—No, aquí no criamos gatos. A mí no me gustan ni los gatos ni los perros. Esos gatos vienen de los muros de la ciudad de Xijing. Ahí se juntan con otros gatos salvajes y se aparean; es indecente y asqueroso. Lo hacen a la vista de todos. ¡Xijing se va a convertir en la ciudad de los gatos!...

Zhuang Zhidie intervino en ese momento:

—*Aiya...*, he olvidado la marmita con las conservas en vinagre fuera de la cocina. Han pasado ahí toda la noche y se habrán secado... —Mientras salía corriendo del salón, le dijo a la criada—: Liu Yue, échame una mano con esas verduras. Las he dejado en la rinconera que está en el exterior de la cocina.

Liu Yue salió inmediatamente a la rinconera y Zhuang Zhidie se precipitó a cerrar la puerta que, desde la cocina, daba entrada a ese espacio exterior y le susurró a la criadilla:

—¿Dónde has cogido ese collarite con la moneda de bronce?

Liu Yue le respondió:

—Lo descubrí en el baño, me gustó mucho y lo enganché al llavero.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Es mío. ¡Rápido, dámelo!

—¿Tuyo? —replicó Liu Yue—. Nunca te lo he visto puesto, y eso que lleva un cordel para llevarlo.

Zhuang Zhidie le contestó:

—Lo he llevado varios días; ahora no me lo quito día y noche. ¿Cómo ibas a saberlo tú?

—Un hombre llevando un collarite al cuello con una moneda de cobre. Pero ¿dónde se ha visto eso? —le dijo con un tono de voz escéptico Liu Yue—. Lo cierto es que con ese aire impetuoso que tiene el maestro, no me extraña que se lo haya ofrecido en la casa de Shuang Ren Fu a alguna señorita bella y dispuesta a hacerle más de un favor. ¿No crees?

Liu Yue sacó de su bolsillo la moneda con el cordel y Zhuang Zhidie

forcejeó con Liu Yue para hacerse con ella. Tras un tira y afloja, Zhuang Zhidie se hizo con la moneda y se la metió en el bolsillo. Los otros tres —Niu Yueqing, Meng Yunfang y Hong Jiang— estaban limpiando las fichas y preparándolas para el juego, y al ver que Zhuang Zhidie se retrasaba, Meng Yunfang le gritó:

—Y esas verduras avinagradas, ¿tantos trabajos te dan, Zhidie? ¿Te vienes a jugar otra partida o qué vas a hacer?

Zhuang Zhidie salió de la rinconera con la moneda agujereada de cobre en su bolsillo y dijo:

—Yunfang, este año, las conservas de verduras avinagradas van a quedar maravillosas. Te van a encantar. Te pondré unas cuantas en un tarro de cristal para que te las lleves a casa.

Zhao Jingwu y Zhou Min llegaron a medianoche y anunciaron que habían visto al juez Bai Yuzhu. Bai Yuzhu les dijo que no le habían dado el caso de Jing Xueyin, pero que la acusación había sido aceptada y estaba siendo tramitada y cumplimentada en los tribunales pertinentes. Todo el mundo en esos tribunales de segunda instancia comentaba ese caso tan particular y de resultado imprevisible. Por supuesto, las opiniones divergían respecto a la gravedad del asunto y nadie se ponía de acuerdo sobre la pena que debía aplicarse a los responsables de esa difamación tan odiosa. En un principio, la denuncia fue enviada, como era de rigor, al tribunal penal, que es el de primera instancia, pero fue rechazada porque no se trataba de un caso criminal y le pasaron el bulto al tribunal de segunda instancia. Se trataba de un caso que debía ser tratado por unos juzgados civiles con un juez titular que iba a presidir el juicio y un juez de la Corte, un tal Sima Gong, y ambos, daba la casualidad, eran amigos del juez Bai Yuzhu. Por lo tanto, a Bai Yuzhu le era posible entrar en contacto con ellos y de una manera u otra influir en la sentencia final por la acusación de Jing Xueyin y los suyos. Bai Yuzhu tenía una teoría: no había que ver directamente al juez titular, sino a su segundo, y los tres pidieron cita para ir a ver a ese juez que se apellidaba Sima. El juez Sima Gong los recibió con indiferencia y los tres le comunicaron la intención del maestro Zhuang Zhidie de tener una cita con él para presentarle sus respetos. Zhuang Zhidie le acompañaba en esa ocasión, pero se sintió mal a medio camino, un dolor de barriga intenso, al parecer, y no pudo ir. Les pidió a ellos que fueran de su parte. Le traían un libro del maestro para que se acordara de él. Zhou Min le tenía mucho aprecio a ese libro y lo había comprado en uno de esos mercados nocturnos de Xijing. Zhou Min había imitado la firma de Zhuang Zhidie y la había puesto en la contraportada como si lo hubiese firmado directamente el maestro. Tras dejar a Sima Gong se fueron a

la casa de Bai Yuzhu. Bai Yuzhu les comentó entonces que la reputación del maestro Zhuang era grande y a él también le gustaría conocerlo personalmente. Incluso lo de hacerse amigo de él le haría muy feliz, pero quería antes leer el libro y luego charlar con él. El hijo de Bai Yuzhu era un soldado en el ejército que se encargaba de redactar los informes. Le gustaba escribir y en sus ratos libres escribía ensayos y artículos, ya que quería ser un escritor en el futuro, pero necesitaba ayuda e instrucciones de algún experto. Zhuang Zhidie podría, sin duda alguna, ayudarlo en sus aspiraciones. Tras informar Zhao Jingwu y Zhou Min a todos los presentes sobre lo sucedido con los jueces, Niu Yueqing intervino y propuso:

—Nadie más puede sacarnos de ese apuro. Debemos aprovechar esa oportunidad. Si el chaval quiere ser escritor, ayudémosle.

Zhao Jingwu sacó cuatro ensayos que había escrito el hijo de Bai Yuzhu y dijo:

—Pues aquí tenemos sus obras maestras. Bai Yuzhu me las dio. Podríamos publicarlos en algún diario de Xijing. Ello le daría publicidad, incluso a nivel nacional. El hijo de Bai Yuzhu escribe francamente bien y mucho. Aquí tienes cuatro de sus obras y tendríamos que colocarlas en cuanto antes. Su padre me dijo que su hijo estaba algo agobiado porque no conocía a nadie del mundillo literario de Xijing. Además, hay que decirles a los críticos que aplaudan con fuerza esos escritos del hijo de Bai Yuzhu.

Zhuang Zhidie dijo:

—Vale; vosotros tenéis la solución.

Zhao Jingwu dijo:

—Nosotros, lo que tenemos, es una solución mierdosa, pero ¿no vas a dar tú la cara por ella?

Zhuang Zhidie sonrió y le dijo:

—Deja esos textos ahí. Ya les echaré un vistazo, a ver si comprendo lo que quieren decir. ¿Algo más?

Zhao Jingwu comentó:

—El juez Bai Yuzhu también nos ha dicho otra cosa. Sima Gong es la moralidad pública hecha persona; pero es un taciturno que no habla nunca más de la cuenta y no sonríe por nada de este mundo, no fuma y no juega al *majiang*. Se le podrá convencer de que se ponga de nuestro lado, pero la tarea va a ser más difícil que si fuera a otra persona. Ah, pero Sima Gong tiene una distracción: ¡le encanta la caligrafía y la pintura! En su casa tiene una auténtica colección. ¿Por

qué no le ofrecéis alguna caligrafía prestigiosa? El problema, ahora, es que yo ya me he comprometido con él a ofrecerle algo. ¿No os acordáis de esa caligrafía de Mia Zedong que poseía el hijo de Gong Jingyuan? Eso le encantará al juez Siam Gong. Estoy seguro de que tendremos éxito.

Estuvieron discutiendo la estrategia a seguir durante bastante tiempo antes de tomar una decisión. Zhou Min debía pasar a ver a Bai Yuzhu varias veces para hacerse conocer y entablar cierta amistad en la medida de lo posible. Zhuang Zhidie leyó los manuscritos y pensó que lo mejor era publicarlos lo antes posible. Zhao Jingwu y Zhuang Zhidie se encargaron de ir a buscar al hijo de Gong Jingyuan, Gong Xiaoyi, para que les diese la caligrafía de presidente Mao Zedong. Una vez en sus manos, Zhuang Zhidie iría a ver en persona a Sima Gong. Lo mejor sería reunir a los dos jueces del tribunal —Bai Yuzhu y Sima Gong— en torno a una mesa. Eso podría negociarlo Zhou Min en una de sus visitas a Bai Yuzhu. Una vez establecido el plan, Zhuang Zhidie dijo:

—Debemos mantener en secreto este plan. ¿No oyes el ruido de las máquinas de escribir?

Todo el mundo se puso a reír y Meng Yunfang dijo:

—¡Va a haber un golpe de estado si seguimos así!

Zhuang Zhidie le replicó:

—Vamos a dar miedo al politburó, de eso estate seguro. Sí, hay movimientos en el gobierno y no se sabe, incluso, quién va hacerse cargo de la policía nacional. He leído un artículo que decía que Mao Zedong, en ese año famoso, no hace mucho, llamó a Zhou En'lai y Liu Shaoqi para conversar con ellos sobre temas del estado. Estuvieron hablando hasta la medianoche y luego se tomaron un bol de fideos de Longxu, los fideos de los bigotes del dragón. Así se tratan los temas de política interior en este país. Liu Yue, preparáanos unos fideos de Longxu, anda, que nos ha entrado hambre con tanto darle a la lengua.

Liu Yue, nada más oírlo, se fue a la cocina y poco después se presentó con siete boles. Todos los presentes se quedaron satisfechos tras comerse esos fideos de Longxu.

Zhuang Zhidie, al día siguiente, se despertó a mediodía y se puso a leer los cuatro ensayos del hijo del juez Bai Yuzhu. Esos artículos eran como ladridos de un perro rabioso que no tenían ni pies ni cabeza, mal escritos, y no se sabía de qué diablos se quejaba el autor. A Zhuang Zhidie le entró hasta dolor de cabeza tras leerlos y los tiró a la papelera. Niu Yueqing, que lo presencié, se precipitó hacia la papelera y los cogió inmediatamente y se dio cuenta de que esos papeles

olían a meados. Liu Yue los sacó fuera para que se aireasen y se secasen; pero Zhuang Zhidie cogió la escoba y los barrió como quien quiere deshacerse de algo. Niu Yueqing miró a Zhuang Zhidie con ojos llenos de cólera. No solo se había orinado en ellos, sino que ahora los tiraba de cualquier manera. Niu Yueqing le dijo:

—No son tus ensayos, ni llevarán tu nombre. Lo único que debes hacer es publicarlos. Debes tener la cabeza fría con eso. ¿A qué vienen esas rabetas ahora?

—¡Esos ensayos son una basura! —gritó Zhuang Zhidie.

Niu Yueqing le replicó:

—¿No piensas ganar este caso?

Zhuang Zhidie se sentó airado y, al final, cogió un par de sus ensayos, que podían ser publicados con su nombre y no con el del hijo del juez Bai Yuzhu:

—Voy a enviarlos al departamento de las Artes y las Letras y les diré que pongan mi nombre. Nadie osará criticarle. Estoy seguro.

Zhuang Zhidie salió por la tarde y abrió la puerta como quien intenta mover una montaña.

Tres días después, se publicaron los dos ensayos. Zhou Min compró el periódico y se lo dio a Bai Yuzhu. A Bai Yuzhu le entusiasmó ver el nombre de su hijo en el periódico y le preguntó a Zhou Min por qué había publicado los dos. Zhou Min regresó para explicar a los otros lo que había sucedido con el juez y Zhuang Zhidie se enfureció y dijo:

—¿Los dos artículos? Eso no va a funcionar. Ahora no estoy seguro de que vayamos a ganar ese juicio. ¡Vamos a perderlo!

Zhou Min no se atrevió a contestarle, pero Niu Yueqing se puso a pronunciar varias frases para consolar a Zhou Min. Por supuesto, ella no volvió a decir nada más y se fue a buscar a Meng Yunfang para implorarle que convenciese a Zhuang Zhidie de que el juicio iba a ir bien. Día y noche, su marido no pegaba ojo, estaba nervioso, se sentía ofendido, injustamente maltratado, torturado, y temía incluso que la pegase.

Liu Yue se encontraba a un lado comiendo su arroz y durante el día había ido ya un par de veces a la casa del callejón Shuang Ren Fu para prepararle la comida a la venerable anciana Niu. A la venerable anciana no le funcionaba muy bien la cabeza y desvarió nada más verla. La anciana no paraba de pronunciar cada vez más palabrotas y les hablaba a las sombras que se proyectaban en la puerta. Cada tarde, al anochecer, se ponía a hablar con una verborrea incesante y

le pidió en esa ocasión a Zhuang Zhidie para que la ayudase a quemar algunas cosas, pero Liu Yue le dijo que el maestro Zhuang andaba muy ocupado y no estaba para esas cosas. La anciana se puso a discutir con Liu Yue y le dijo que Zhuang Zhidie era su yerno y que ella, Liu Yue, debía ocuparse de él. ¿No eres su criada acaso?, le preguntó la venerable anciana a Liu Yue. Luego se quejó de la comida que le preparaba Liu Yue. Esa comida no era buena para ella. ¡Le dijo incluso a Liu Yue que la odiaba a muerte! Varias veces había pensado en dormir tranquilamente uno o dos días, pero no lo hizo, ya que le entraba miedo y no podía quedarse dormida. La venerable anciana caminó por su propio pie, y con la ayuda de un bastón, hasta el patio del Círculo Literario y Artístico de Xijing para llamar a Zhuang Zhidie. Liu Yue la acompañó y las dos mujeres salieron al callejón de Shuang Ren Fu y se pusieron a un lado. No había mucha gente en ese momento en la calle y la venerable anciana Niu dijo que la gente estaba parada como estatuas y señaló a tres hombres. Dijo que estaban muy delgados y estaba segura de que, cuando dormían, se les debían ver los huesos de las costillas. Zhuang Zhidie salió a la calle y no vio a nadie.

—Ves fantasmas, abuela. Ahí no hay nadie —dijo Zhuang Zhidie.

La venerable anciana le respondió:

—Yo no sé diferenciar si son hombres o fantasmas. Lo más probable es que sean fantasmas.

La abuela continuó caminando con su bastón y parecía estar viendo en realidad a unos hombres. Zhuang Zhidie se puso a pensar: la venerable anciana igual tiene razón. Cuando los hombres mueren, se convierten en fantasmas. Eso pasaba en la antigüedad y pasa en el presente. Y por lógica, ¿no hay en este mundo más fantasmas que gente real? De vuelta a la casa de Shuang Ren Fu, la venerable anciana le pidió que se llevase las sombras que estaban en las grietas de la puerta; pero Zhuang Zhidie no sabía cómo hacerlo y la venerable anciana le dijo:

—Te quedas ahí parado, eres famoso, te enfadas mucho, y todo el mundo te teme. ¿Me cuentas ahora que no puedes deshacerte de esos fantasmillas que están en la puerta? Coge un cuchillo y saca esas grietas de ahí. ¡Esos desgraciados se esconden ahí dentro! ¡Puaff!... Empiezas con una grieta, luego otra... ¡Hasta llegar a doce grietas! Puedes coger el cuchillo en la cocina. Puedes incluso utilizar unas cerillas. ¿No los oyes? No paran. ¡Debes reventarlos! ¡Bum! ¡Que exploten todos! Mira... Hay dos hombres que pasan por ahí. ¡Córtales las piernas! Y una vaca con patas muy largas... ¡Córtale las patas con el cuchillo! ¡Sácalos de la casa y que podamos dormir tranquilos!

Esa noche, Zhuang Zhidie no durmió nada. Su cabeza se quedó ausente y con la clara convicción de que en la casa había gente caminando de un lado a otro. Había huellas en el suelo y él las veía. Esas huellas eran de todos los tipos y eran numerosas. Incluso en las paredes y en el techo, formando diversos dibujos. Zhuang Zhidie veía pasos y más pasos por todas partes. Las direcciones que tomaban esos pasos eran impredecibles y cambiaban de un lado a otro; y era imposible seguirlos. Zhuang Zhidie no sabía si estaba soñándolo o si era verdad y se puso a sudar, encendió la lamparita y miró las paredes. Las huellas habían desaparecido, y pensó: ¿he tenido un sueño por las palabras de mi suegra? Pero Zhuang Zhidie no pudo quedarse dormido otra vez y se sentó, con la lamparita en la mano, en el dormitorio de la venerable anciana y se puso a fumar un cigarrillo. Ante sus ojos estaban las dos zapatillas diminutas que su suegra abrazaba con los brazos y las manos. A lo lejos se escuchaba la música de la ocarina, la cual sonaba triste como los aullidos de un lobo y los gemidos de un fantasma.

Zhuang Zhidie pasó varios días durmiendo en la casa del callejón de Shuang Ren Fu y Niu Yueqing ni siquiera se atrevió a llamarle la atención por quedarse a dormir en la habitación de su madre; pero, finalmente, la mujer de Zhuang Zhidie se fue a consultar a Meng Yunfang. La opinión de Meng Yunfang fue clara: había que dejar a Zhuang Zhidie dormir con la venerable anciana. Al fin y al cabo, él había escrito esos dos ensayos y era gracias a él que el periódico los había aceptado. Zhuang Zhidie empezó a recuperar el aliento y tenía esperanzas de poder encontrar todavía a Gong Xiaoyi con la caligrafía de Mao Zedong. Niu Yueqing esperaba por su parte, cada día, la llegada de Zhou Min para que le explicase cómo se iban sucediendo los acontecimientos, o Zhao Jingwu, o Hong Jiang. Lo que le producía en verdad dolor de cabeza a Niu Yueqing era el encuentro entre Zhou Min y el juez Bai Yuzhu. Seguro que Bai Yuzhu comentaría a su entorno más de una vez su encuentro con Zhou Min. Niu Yueqing trajo té y cigarrillos con una sonrisa radiante en su rostro y con la misma sonrisa esperó a que se fuesen. Luego bostezó hasta lo máximo que podía permitirle la mandíbula. Ni siquiera tenía fuerzas para levantar un hilo de seda. Liu Yue se puso a barrer los restos de comida que habían caído al suelo y las colillas que habían dejado por todas partes. Liu Yue se quejó de que había incluso escupitajos y pisadas encima de ellos que eran difíciles de limpiar. Había hojas de té en el suelo y té derramado que parecía orines.

Zhou Min había adelgazado mucho y ello se hizo visible a la vista de todos, e iba a menudo sin afeitarse y su cara parecía un erizo, y se quejaba todo el rato de

las preguntas que le hacía Bai Yuzhu. Niu Yueqing se preocupó a propósito de la caligrafía. Niu Yueqing urgió entonces a Zhao Jingwu y Meng Yunfang a que fueran a convencer a Zhuang Zhidie para que fuera a ver a Gong Xiaoyi; pero Zhuang Zhidie no sabía en realidad qué hacer y de noche, con Zhao Jingwu, se fue al número 29 de la calle de Maixian, y afortunadamente Gong Xiaoyi estaba ahí. Gong Jingyuan no mantenía muy buena relación con su hijo. Del dinero de su propio bolsillo, Gong Jingyuan le había comprado el piso de la calle Maixian a su hijo, pero al hijo le sentó como un tiro que lo hiciese y se sintió humillado. Zhuang Zhidie y Zhao Jingwu, nada más entrar en el piso, vieron a Gong Xiaoyi echado en el sofá, sin hacer nada, y con cara somnolienta. Se encontraba fumando y bebiendo té y les preguntó por qué le buscaban de esa manera. Le podían haber avisado, les dijo, ya que tenía el piso sucio y en desorden. De haberlo sabido, lo hubiera limpiado. Les dijo que solo había podido hacer la cama, pero en realidad su dormitorio parecía una perrera y apestaba a meados. Zhuang Zhidie abrió inmediatamente la ventana y se sentó debajo de ella; pero fue Xiaoyi el primero en sentarse y lo hizo sobre un balancín de caña de bambú. Desde ahí les habló. En más de una ocasión trató de ponerse derecho, pero infructuosamente. Volvía otra vez a curvarse sobre el balancín y cuando abría la boca se le caían unas lágrimas de los ojos. Le dijo a Zhuang Zhidie:

—Eh, tío, necesito ir al baño. Hace una eternidad que no he ido...

Zhuang Zhidie y Gong Jingwu se dieron entonces cuenta de que el joven se había meado varias veces encima de ese balancín, el cual desprendía, sin embargo, un olor agradable y extraño. Junto a Gong Xiaoyi había unas hojas que sobresalían de unas plantas. Tanto Zhuang Zhidie como Gong Jingwu miraron hacia ese lugar y se quedaron sin palabras. Gong Xiaoyu salió del baño, en donde estuvo una cantidad de tiempo desproporcionada. Los ojos le brillaban con una luz particular, y los dos hombres se dieron cuenta de ello. Zhuang Zhidie le dijo:

—Xiaoyi, ¿me puedes decir qué fumas? Hueles a opio. Tu tío no te ha visto jugar todavía con esas cosas.

Xiaoyi le respondió:

—Y el tío Zhidie, ¿no lo sabía? Mi tío no es un extraño. Te llevaré a que lo veas con tus propios ojos...

Gong Xiaoyi sacó una cosa que parecía una bola con granos y que era de color negro. Dijo que metía esas bolas en el cigarrillo y las fumaba, pero que no había nada de heroína en ellas. Ojalá la tuvieran, porque la heroína es cosa buena. Les sacó algunas de esas bolas a Zhuang Zhidie y Zhao Jingwu, pero

estos dos lo rechazaron y se las devolvieron. Gong Xiaoyi les dijo:

—Tío, tú eres alguien que escribe artículos y ensayos. ¿No podrías hablar de ello a algún departamento?

—¿Hablar de qué? —le preguntó Zhuang Zhidie—. Puedo hablar de lo que quieras.

Gong Xiaoyi repuso:

—Ahora circulan en la sociedad muchas cosas que son falsas que perjudican seriamente la salud del consumidor. Hay quienes se aprovechan de gente inocente para hacerse ricos. Hay mucha heroína falsa que se va vendiendo por ahí sin ningún control y a mucha gente le van a salir granos en la piel o se va a quedar calva.

Zhuang Zhidie le dijo a su vez:

—Dame por escrito lo que acabas de decirme y se lo enviaré a la policía.

Gong Xiaoyi se puso a reír a carcajadas y le dijo:

—Tío, no me hagas reír.

Zhuang Zhidie le replicó:

—Xiaoyi, tu tío te va a decir algo que quizá ya has oído varias veces. No bebes ni comes nada. ¿Qué diablos haces jugando con esa cosa asquerosa? Tu padre ya me lo había dicho. ¡Eres un constante dolor de cabeza para él! Nadie a tu alrededor te mira y gastas el dinero en herir tu cuerpo, y si hieres tu cuerpo, se te va a ir la juventud de esa manera tan miserable. ¿Acaso no quieres buscar una mujer para casarte con ella?

Gong Xiaoyi le respondió:

—Tío, no te enfades conmigo. Yo ya sé que el tío Zhuang quiere lo mejor para mí; pero el tío Zhuang, ¿sabe qué sería algo ideal para que yo lo fumara? Te sientes tan, tan cómodo cuando fumas esas cosas... Y no te falta razón cuando hablas. Odio con todas mis fuerzas a mi padre. Mi padre tiene tanto dinero que puede permitirse el lujo de perder en una noche dos mil o tres mil yuanes jugando al *majiang*. ¿Para qué quiere un hijo, entonces? ¿No es un estorbo para él? Algo superficial, sin duda alguna. Odio también a Xiaoli. Yo he estado enamorado de Xiaoli durante más de cinco años y hemos hecho el amor juntos. ¿Se ha ido ahora? ¿Adónde? Odio al líder de mi unidad de trabajo. Siempre me dice cosas feas y mi padre lo recompensa ofreciéndole caligrafías. Lo hace para que me mantenga en el trabajo, pero el muy cabrón me ha echado. Sé que más fumo esta porquería, más me voy a volver adicto a ella, pero tengo ambiciones y sueños, y necesito la droga para conseguirlos. Cuando no fumo, soy un ser

talentoso. Tío, ¿puedes ayudarme? Tú tienes tu vida y yo la mía, pero a ti te gustaría que yo fuese como mi padre, alguien famoso que pudiese mover la Tierra y el Cielo; pero si lo hiciese, no sería libre. No me voy a convertir en un parásito para esta sociedad, ni me voy a dedicar a robar a la gente en la calle, ni a violar a mujeres, ni a asesinar a gente. Soy el hijo de mi padre y él se ofendería si lo hiciese. Al fin y al cabo, soy su hijo y me he pasado la vida fumando los rollos de sus caligrafías.

Zhao Jingwu dijo:

—Eso es natural. Has nacido con un pan bajo el brazo, Xiaoyi; sí, con un buen pan bajo el brazo... Xiaoyi, nosotros ya sabíamos que a tu padre le gustan las caligrafías y las pinturas. Alguien de la prefectura de Hanzhong en nuestra provincia de Shaanxi nos ha dicho que posees una caligrafía del gran Mao Zedong. ¿Es cierto?

Gong Xiaoyi le respondió:

—Hermano Zhao, sabes todo respecto a mí. ¿Se lo has dicho a mi padre?

Zhao Jingwu le dijo:

—Vamos a hacerte una oferta. Conozco desde hace tiempo a los mejores productores de opio de Xijing, Xiao Liuyue y Wang Pangzi. Aunque te parezca increíble, todavía hay esas porquerías en nuestra ciudad. Te podemos ofrecer mucho y del mejor. Podrás fumar tanto opio como te apetezca, o inyectártelo en forma de heroína. Ni siquiera se lo diremos a tu padre. ¿Aceptas el trato?

Gong Xiaoyi dijo:

—El hermano Zhao es un amigo forjado en acero. Hay pocos como él. La caligrafía de Mao Zedong es muy buena. El antiguo presidente tenía mucho talento y una escritura muy bella, con el mismo soplo vital que un emperador. No puedo creerme que tenga una cosa así entre mis manos.

Zhao Jingwu le dijo:

—¡Eso está muy bien, Xiaoyi! ¡Palabra de amigo! Tu tío Zhuang y yo hemos venido hoy para ver esa caligrafía. Tu tío Zhuang es escritor y tiene pasión por las caligrafías, sobre todo las raras, las que tienen una belleza extraña y particular. Quiere, además, escribir un ensayo sobre los poemas de Mao Zedong. Me lo ha dicho. Quería ver una pieza de la naturaleza de la que tú posees. Por eso hemos venido a tu piso, Xiaoyi. Le he dicho a tu tío Zhuang que Xiaoyi es un tipo justo y te recompensará.

Zhuang Zhidie intervino:

—Por supuesto que sí, no iba a aceptar esa caligrafía sin nada a cambio. Te

llevaré a mi casa y podrás llevarte el juguete que te venga en gana.

Zhao Jingwu volvió a hablar:

—La caligrafía de Mao Zedong no es, por supuesto, la caligrafía de un gobernador de provincias... Pero volvamos a lo de antes... Esa caligrafía no es una reliquia cualquiera, se trata de un fruto de la revolución. ¿Crees que se puede vender una cosa así? Si el estado sabe que la tienes, te la confiscaría en menos que canta un gallo, y no te darían un céntimo por ella.

Gong Xiaoyi se puso a reír y Zhao Jingwu le preguntó sorprendido:

—¿De qué te ríes, Xiaoyi?

—El tío Zhuang y Zhao Jingwu no son unos extraños y puedo hablarles con el corazón en la mano. Si queréis una caligrafía de mi padre, os la doy gratis; pero con la de Mao Zedong, ese es otro cantar. Vale cinco mil yuanes, si no, no la suelto. A mí también me gusta, y mucho, la caligrafía del presidente Mao, y el pobre hombre, a pesar de estar muerto, es todavía un dios entre nosotros. ¡Y las posesiones de un dios espantan a los diablos!

Zhao Jingwu se quedó mirando a Zhuang Zhidie y este último movió la cabeza de un lado a otro. Zhao Jingwu le dijo a Gong Xiaoyi:

—Vale, si así hablas, no te molestaremos más. ¿Quieres que tu tío Zhuang se vaya de esta manera? Aquí tienes las caligrafías de tu padre. Cogeré varios rollos.

Gong Xiaoyi se dirigió a un armario y sacó del interior varios pergaminos con caligrafías que había realizado su padre y dijo:

—Yo me fumaré esto y tú no lo sabías. Mi padre los aprecia mucho; pero esto es, al fin y al cabo, lo que me permite fumar mis porquerías.

Zhao Jingwu enrolló las tres caligrafías y se las puso bajo el brazo, y le dijo a Gong Xiaoyi:

—El hermano Zhao te desea suerte. Ya puedes ir a comprar tus hierbas, Le diré a esos vendedores de opio que te hagan un buen precio. —Tras decir esas palabras, Zhao Jingwu y Zhuang Zhidie dejaron el piso de Gong Xiaoyi.

* * *

Nada más irse Zhuang Zhidie y Zhao Jingwu, Gong Xiaoyi sacó del armario una caja de madera, la abrió y extrajo la caligrafía de Mao Zedong, la cual estaba bien envuelta en un papel para que no se viera lo que era. Esa caja estaba, además, cerrada con un candado que parecía de esos que cierran cofres que

contienen oro. Gong Xiaoyi pensó: Zhao Jingwu y Zhuang Zhidie querían llevárselo, pero esto es un auténtico tesoro, y por eso Zhuang Zhidie quería llevárselo. Ello lo demuestra. Si el precio del opio se pone por las nubes y a mí no me queda un céntimo, lo venderé... A Gong Xiaoyi le entraron unas ganas tremendas de fumar opio y de buscar un papel de estaño con heroína encima, encendió la mecha de un pedernal, y se puso a calentarla. Luego cogió un rollito de papel y lo inhaló. Seguidamente, bebió un vaso de zumo de naranjas exprimidas para que la droga que había tomado quedase en el interior de su cuerpo. Para relajarse, finalmente, Gong Xiaoyi se puso a fumar un cigarrillo Malboro, alternando las caladas con inspiraciones profundas. Inmediatamente, sintió que los límites de su consciencia habían desaparecido y ante sus ojos apareció, de repente, Xiaoli, que le ofrecía su cuerpo casi desnudo. Él le dijo:

—Xiaoli, ¿has venido finalmente? ¿Dónde has estado todos estos días? Pensaba que ya nunca más vendrías a verme.

Y Xiaoli le respondió:

—He pensado mucho en ti. Sí, he pensado tanto, tanto en ti... ¿No me vienes a recibir?

Xiaoli se comportaba ante él como una niña mimada que busca atención y cariño. Se acercó y situó sus dos pechos desnudos delante de los ojos de él al mismo tiempo que se los manoseaba. Le dijo que tenía ganas de comer esa salchicha y, únicamente, esa salchicha. Xiaoyi se quitó los pantalones y desnudó totalmente a Xiaoli, la cual se alegró de que él hubiese tomado esa iniciativa y no ella misma. Gong Xiaoyi le quitó cada una de las prendas que llevaba puestas y al final quedó totalmente desnudo el cuerpecito púber de la joven Xiaoli. Ellos dos se pusieron a hacer, como se suele decir, jugos acrobáticos. Él le preguntó:

—Xiaoli, ¿ya has hecho estas cosas antes? —Xiaoli le dijo que no, que era la primera vez. Gong Xiaoyi le preguntó—: ¿Y has montado alguna vez en una barca? —Ella le contestó que no. Gong Xiaoyi echó unos granos de soja sobre la cama y encima puso una tabla de madera, y le sugirió—: Juguemos aquí; ello nos servirá de práctica y no será tan duro para ti.

La tabla de madera se movía de un lado a otro y Gong Xiaoyi y Xiaoli debían hacer auténticas acrobacias encima de ella para no perder la estabilidad con sus posturas. Xiaoli acabó cayéndose de la cama tras uno de los movimientos y le cambió la cara: puso cara de perro enrabiado y a Gong Xiaoyi le enojó esa cara y le dijo:

—¿Qué te pasa? ¿Es que no quieres hacer el amor conmigo? ¿Con quién

quieres perder la virginidad? ¿Con ese que se apellida Zhu? ¿Es tu nuevo novio o qué? ¿Qué tiene mejor que yo? ¡Pues ve a hacerlo con ese Zhu!

Xiaoli le replicó desafiante:

—Pues ya lo he hecho con él. ¿O creías que me ibas a desvirgar tú? Nada más salir de aquí voy a hacerlo de nuevo con Xiaozhu. Él es más fuerte que tú. ¡Él es un super hombre! ¡Demasiado maravilloso para decirlo en palabras!

Gong Xiaoyi, enfurecido, le mostró un cuchillo y le dijo que iba a matarla. Xiaoli le dijo:

—¡Venga, mátame si te atreves!

Gong Xiaoyi cogió el cuchillo y se lo clavó. El cuerpo blanco como la nieve de Xiaoli se puso a temblar ante él. La sangre lo cubría por todas partes y formó un charco junto a ella. Xiaoyi le clavó el cuchillo en el otro costado y la sangre salió, de nuevo, a borbotones del cuerpo de Xiaoli. Gong Xiaoyi, enloquecido, y no satisfecho con lo que había hecho, le clavó el cuchillo, esta vez, en el corazón, para ver si acababa ya definitivamente con la vida de ella; pero ella no fallecía y Xiaoyi le preguntó si era de piedra. Xiaoli expiró nada más oír las palabras de Gong Xiaoyi, y este se quedó mirando el cuerpo inerte de Xiaoli y lo encontró más bello que nunca y ello le provocó una sonrisa ancha y complaciente, una sensación de felicidad intensa como nunca antes la había sentido.

CAPÍTULO X

Al llegar a su casa, Zhuang Zhidie abrió los tres pergaminos de caligrafías que le había dado Gong Xiaoyi y, pesar de que iban firmados por Gong Jingyuan, no se sentía convencido como para dárselos al juez Sima Gong. Así que decidió darle un par de ellos a Zhao Jingwu para que los expusiese en la galería de arte. Zhuang Zhidie debía, sin embargo, ir a ver a Sima Gong, y se sentía en un aprieto. No tenía nada para ofrecerle y nunca antes había hecho algo parecido. Zhao Jingwu le dijo que fuese de todas formas. Al general Han Xin de la dinastía Qin le pasó algo parecido y salió adelante. Zhuang Zhidie pensó que debía ir a ver a Meng Yunfang para que le acompañase. Meng Yunfang le comentaría, sin duda alguna, algunas estrategias para evitar situaciones desagradables. Con el último sol del día, Zhao Jingwu llamó a Meng Yunfang, pero Meng Yunfang no estaba en casa. Su mujer Xia Jie ni sabía si su marido había ido a ver a Bai Yuzhu. La madre de Bai Yuzhu se había dañado la cintura y fue Meng Yunfang quien ayudó a Bai Yuzhu a llevar a su madre al hospital, y con los cuidados gratuitos del doctor Song, el amigo de Meng Yunfang. Bai Yuzhu le debía, por lo tanto, un favor a Meng Yunfang. Zhao Jingwu así se lo contó a Zhuang Zhidie, y, conscientes de ello, los dos hombres se dirigieron a la casa del juez Bai Yuzhu. El doctor Song se encontraba, en esos momentos, en la casa de los Bai escribiendo una receta para la anciana madre del juez Bai Yuzhu, tras haberle dado un masaje. Al ver a Zhuang Zhidie, le preguntó por su pierna herida. Zhuang Zhidie le dijo que se había curado y le agradeció el interés. La pomada que él le había puesto sobre la hinchazón le había funcionado a las mil maravillas. En apenas cinco días, volvió a caminar como si nada. Bai Yuzhu, a pesar de haber pasado ya por el patio del Círculo Literario y Artístico de Xijing cinco veces, no había podido ver nunca a Zhuang Zhidie. Al verlo, le saludó calurosamente, y con una voz de tenor, le habló de su asunto y de la relación que tenía con Sima Gong. Zhuang Zhidie le dio las gracias por todo lo que estaba

haciendo por él y sacó la caligrafía de Gong Jingyuan para que la viese. Zhuang Zhidie le preguntó si ese tipo de caligrafías funcionaba o no. Y si Sima Gong las aceptaría como donación. Y ¿qué hacer en el caso de que la acepte o la rechace? Meng Yunfang intervino y le comentó:

—Pero ¿por qué iba a rechazar un regalo así? No es un frigorífico o algo así. Tampoco es dinero contante y sonante. Las gentes de las letras y las artes hacen este tipo de regalos. ¡Y qué mejor! Tú no vas a perder el honor por hacerlo y él no se va a sentir avergonzado por recibirlo. Incluso podrá publicar que ha recibido esta caligrafía de tu parte. Absolutamente nadie va a verlo como un soborno. No te sientas mal por ello, Zhidie. Yo te acompañaré.

Zhuang Zhidie asintió:

—Sí, quiero que vayamos juntos.

Bai Yuzhu dijo:

—Sentaos aquí y no os preocupéis. Yo iré a su casa y veré qué puedo hacer. Si no tiene ningún invitado, le hablaré del asunto. A ver en qué estado mental lo encuentro. Espero que no se ofenda por lo que tengo que decirle. Hay que ir con paso seguro en este asunto.

Meng Yunfang dijo:

—Correcto. Te esperaremos aquí.

Bai Yuzhu salió por la entrada principal de su casa y Zhuang Zhidie le preguntó al doctor Song si ya había obtenido su licencia para practicar la medicina y si había visto recientemente al director Wang. El doctor Song le respondió:

—Yo quería ir a verte. Temía que ya lo hubieses sabido y no quería molestarte.

Zhuang Zhidie le preguntó a su vez:

—Pero ¿de qué asunto hablas? —El doctor Song fue a lavarse las manos a la cocina y le hizo una señal a Zhuang Zhidie para que viniese con él. Una vez en la cocina, y con la puerta cerrada, el doctor Song le comentó:

—¿De verdad que no sabes lo de él? ¿No te acuerdas de ese empleado?

Zhuang Zhidie se excusó:

—Sí, me acuerdo. Hace varios días que pensaba en ello, no he tenido tiempo para ir a buscarla.

El doctor Song dijo:

—Se ha vuelto loca.

Esas palabras asustaron a Zhuang Zhidie, que casi se quedó sin voz y se

apresuró a preguntarle:

—¿Loca, me dices? ¿De qué manera? Imagino que se lo habrás oído decir a alguien. ¿O lo has visto con tus propios ojos?

—No la he visto —contestó el doctor Song—, y este asunto puede ser falso. Para obtener mi licencia, me fui a ver al director Wang tres veces y me ha dicho que estaba ocupado y que viniese otro día. Al final, pude tomar una cita con él y me presenté en su despacho. Una mujer, que luego supe que era la hermana mayor de A Lan, vino a hablarme y me dijo que su hermana, A Lan, se había vuelto loca. A la pobre le daba vergüenza hablar de ello. El director Wang se subía por las paredes. ¿Cómo ha podido volverse loca? ¿Qué va a pasar ahora con el proyecto de los aseos públicos de Xijing?, vociferó el director Wang. La *jiejie* de A Lan sacó de su bolsillo una prenda de vestir que puso sobre la mesa y le preguntó al director Wang qué significaba eso. Tras verlo claramente, vi que eran unas braguitas que estaban hechas jirones y se veía que alguien las había cortado con unas tijeras. El director Wang me urgió a que mirase esas braguitas y se excusó por no poder verme. Me dijo que me diría cuándo podría verlo.

El doctor Song abrió el grifo y se puso a beber agua. Su estómago emitió unos sonidos, y luego él escupió y dijo:

—Fui tres días más tarde y el director Wang no estaba. Le pregunté al de al lado de su despacho dónde estaba y me dijo que se había ido al hospital. Pensé que debía comprarle un regalo antes de ir al hospital, pero no sabía dónde estaba el hospital y se lo pregunté a los colegas del hospital. Se pusieron a reír y entonces me contaron la historia. Al parecer, el director Wang invitaba muy a menudo a A Lan a su despacho para hablar del proyecto de los aseos públicos, pero eso era en realidad una excusa. El director Wang se sentía atraído por ella y en una de las visitas de la joven a su despacho, el director Wang quiso celebrar no sé qué presupuesto que había obtenido para la renovación de unos aseos. Los dos se pusieron a beber más de la cuenta y el director Wang se puso muy cariñoso con ella. No se supo muy bien qué pasó luego, pero el director Wang empezó a cortar la ropa de A Lan con unas tijeras, incluyendo su ropa interior. A Lan no quiso ir más lejos, pero el director Wang sí y la violó. A ella le pareció horrible lo que le hizo el director Wang y se lo contó a su hermana mayor. A la *jiejie* también le pareció horrible y le preguntó si alguien los había visto. A Lan no pudo soportar esa deshonra, enloqueció, y ya no pudo volver a su estado normal. Ese mismo día, la *jiejie* de A Lan se fue a ver al director Wang y este se arrodilló ante ella, pidiéndole perdón por lo que había hecho. La hermana mayor de A Lan es una mujer de armas tomar y quiso vengarse del director Wang, pero

le sonrió y le dijo que fuese a ver inmediatamente a su hermana y que se casase con ella. A Lan era virgen antes de que él la forzase y ahora no podía volver a su casa en ese estado. La *jiejie* de A Lan le pidió al director Wang que se divorciase de su mujer actual y que se casase con su *meimei* (su hermana pequeña) lo antes posible. La *jiejie* de A Lan se presentó al día siguiente en la casa del director Wang y le dijo a su *laopo* que amaba al viejo Wang, y el viejo Wang también la amaba a ella con pasión. «Nos conocemos desde hace tres años y ahora no quiero irme de la lengua», le dijo, y luego le preguntó: «¿Me puedes ayudar o no en este asunto feo?». Tras decir esas palabras, se sentó en la mesa y se puso a beber agua. La esposa del director Wang era una mujer severa, de apariencia imponente y gracia natural. En ese momento, no dijo nada. La *jiejie* de A Lan le dijo que no olvidase su nombre: A Can, ya que A Can sabía cosas del dueño de esa casa que podían destruir la familia entera. Tras hablar de esa manera, salió de la casa de los Wang dando zancadas. La esposa del director Wang se quedó embelesada mirando cómo se alejaba la hermana mayor de A Lan y poco después se puso a llorar desconsoladamente. Cuando recuperó el aliento, se fue enseguida al despacho de su marido, el director Wang, y le estiró las orejas, levantándolo de la silla donde estaba sentado, y le chilló delante de todo el mundo. Le acusó de ir por ahí abusando de concubinas y tras las palabras vinieron los golpes. Los dos se liaron a darse palos en el patio. Esa misma tarde, el director Wang se fue a ver a A Can y ella, al verlo, sonrió y le dijo que si no iba a hacerle el amor, ya que se consideraba de la misma familia que A Lan. El director Wang se arrojó a los pies de A Can y la besó. A Can le mordió la lengua, arrancándole de cuajo la punta. Luego, A Can escupió con cara de asco y desprecio el trozo de lengua del director Wang al suelo. El director Wang se dio cuenta entonces de que A Can ya había empezado su venganza... Señor Zhuang, señor Zhuang, pero ¿qué le pasa? ¿Le ha dado un ataque al corazón?

El doctor Song alzó la mirada y se quedó mirando a Zhuang Zhidie. La cara de Zhuang Zhidie se había puesto amarilla como la cera; y tras cerrar los ojos, Zhuang Zhidie se deslizó lentamente de la pared en la que se había apoyado. Luego le entró pánico y llamó a gritos a Zhao Jingwu y Meng Yunfang. Los dos hombres, asustados, vinieron inmediatamente a socorrerlo. Lo acostaron en el suelo y le dieron un masaje en el estómago. Zhuang Zhidie abrió los ojos y dijo:

—No pasa nada. —Él se levantó lentamente y Zhao Jingwu le ofreció un vaso de *kaishui* (agua hervida). Meng Yunfang soltó lo primero que le vino a la cabeza:

—Doctor Song, di algo. Hacía un momento, el maestro Zhuang estaba bien.

¿Cómo puede estar ahora con esa pinta de medio muerto?

El doctor Song respondió:

—Lo único que he hecho es contar historias de otros y él se nos ha desplomado.

Zhuang Zhidie dijo:

—No tiene nada que ver con lo que ha contado el doctor Song. Ando últimamente muy cansado... ¡Y ahora me he derrumbado! ¡Vaya por dónde! ¡Me hago viejo!

Todos los presentes le hicieron beber *kaishui* y la faz de Zhuang Zhidie recobró poco a poco su color rosado y se destensó. Zhuang Zhidie dijo que tal vez tenía problemas de corazón, y, en unos días, se pasaría por el hospital para ver a un médico.

Al cabo de un rato, vino Bai Yuzhu y dijo que había visto a Sima Gong en el patio, pero estaba con líderes del Partido y no se atrevía a hablarle. Era mejor esperar a más tarde, cuando se hubieran ido esos líderes.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Mi viejo Bai, incluso si es así, no vale la pena que pases mucho tiempo hablando con él. La noche llega pronto. Nosotros debemos saludar respetuosamente al juez Sima Gong.

Zhao Jingwu le explicó lo del desmayo que acababa de padecer Zhuang Zhidie, y Bai Yuzhu, tras pensárselo dos veces, dijo:

—A mí también me pasa lo mismo; es el estrés. Todos andamos con prisas en este mundo y hay que pararse de vez en cuando y tomar aire. Yo siempre digo que me antepongo a los demás. «¡No puedo hacer nada por vosotros!», les digo para quitarme el estrés de encima. ¿Acaso no soy un juez en los tribunales? ¡Un poco de respeto, por favor!

Los demás le acompañaron a la puerta y se despidió de Zhuang Zhidie con un movimiento de la mano, como queriéndole dar ánimos. Bai Yuzhu le había tomado cariño a Zhuang Zhidie y le dio incluso una tarjeta con su número de teléfono y se hicieron algunas fotografías juntos, ya que el juez quería fotografiarse junto a un gran escritor.

Zhuang Zhidie regresó a casa y Zhao Jingwu les contó lo de su desmayo a Niu Yueqing y Liu Yue. Las dos mujeres se fundieron en lágrimas e intuyeron que el corazón de Zhuang Zhidie no funcionaba muy bien. Le dieron de beber a Zhuang Zhidie una cucharadita de jarabe y una solución de jengibre bien caliente. Luego le preguntaron si quería comer algo. Zhuang Zhidie les contestó:

—Quiero dormir, eso es todo. —Y Zhuang Zhidie se quedó dormido inmediatamente.

Cuando Zhao Jingwu se fue, Niu Yueqing se desnudó y se colocó junto a su marido en la cama. Zhuang Zhidie se despertó y Niu Yueqing le preguntó a su marido cómo se encontraba. Zhuang Zhidie no le respondió. Niu Yueqing le consoló, abrazándole afectuosamente:

—No pasa nada; estoy tranquila. —Y luego añadió—: Eres un hombre bueno, Zhidie. Si no fuera por ese asunto estresante que nos tiene a todos en vilo, te habría hecho más caso últimamente... ¡Has adelgazado mucho! Eres un manojo de nervios y el corazón se te ha puesto pachucho. Eres un hombre y tienes la cabeza muy grande, con muchos pensamientos dentro. No hay asunto del Cielo del que no quieras tarde o temprano hablar sobre él.

Zhuang Zhidie abrazó a su mujer y el cuerpo de Niu Yueqing se volvió flexible y blando como un fideo, pero ella sintió de repente algo duro en la almohada, que manoseó para identificarlo, y era la moneda de cobre.

—Ah, aquí está la moneda de cobre... ¿Qué hace sobre tu cuello? Nadie lleva ese tipo de reliquias sobre el cuello.

Zhuang Zhidie le respondió evasivamente:

—Pero ¿me queda bien o no?

Niu Yueqing se explicó:

—Si un hombre lleva eso en el cuello es porque alguien se lo ha ofrecido y el hombre se lo agradece... No me he ocupado mucho de ti últimamente, Zhidie... Pero, dime, ¿quién es la fulana que te lo ha dado?

Zhuang Zhidie le contestó:

—Que no se te meta el demonio en el cuerpo, Yueqing, ni pienses cosas raras. Me lo ha dado el gran Ruan Zhifei y es un amuleto que le había dado un sabio taoísta y que sirve para ahuyentar las desgracias. ¿No crees que podrá ayudarme para mi corazón maltrecho?

Zhuang Zhidie lo cogió con la mano mientras le explicaba a su mujer la historia de A Lan y A Can. Niu Yueqing se puso a maldecir al director Wang y alabó la valentía de A Can, aunque le pareció extraña. Las mujeres, dijo Niu Yueqing, son al fin y al cabo mujeres, pero aprovechar que el director Wang la estaba besando para realizar su venganza, eso no podía comprenderlo. Le parecía salvaje e inmoral, aunque ya se sabe que a los hombres siempre se les pilla por el sexo. Zhuang Zhidie quiso explicárselo con otras palabras, pero no pudo y le dijo:

—Tú, esas cosas, no las entiendes.

Niu Yueqing no le replicó, pero se dijo para sus adentros: está tan enfermo que debería actuar como si fuéramos dos hermanas o como dos extraños que se encuentran por casualidad. No hay más comunicación sentimental que la que esas situaciones permiten. Entonces, le dijo airada a su marido:

—Y dime, ¿qué es lo que no entiendo? Y tú, tú sí que las comprendes a ellas, a las mujeres, ¿no es cierto?

Zhuang Zhidie roncó ligeramente y fingió que se había quedado dormido.

* * *

Llovió abundantemente, y sin interrupción, en Xijing durante tres días, y cayó una lluvia blanca y fina, una lluvia que parecía hecha de alfileres, una lluvia que caía apretujada sobre la ciudad. Durante esos tres días, la luz del día desapareció a partir de mediodía y ríos de agua salían por cada uno de los desagües de los patios y las residencias de la ciudad y parecían no tener fin. El agua abría las puertas de las casas y se desbordaba, al mismo tiempo que en los grifos no había agua corriente. Liu Yue hacía lo imposible por sacar el agua con cubos de la terraza. Las noticias corrían y la Puerta del Oeste de la ciudad de Xijing se había colapsado y las tuberías subterráneas se habían roto. El agua lo había inundado todo y parecía que caían cataratas a ese lado de la ciudad de Xijing. Zhuang Zhidie se fue a pedir ayuda varias veces, pero era incapaz de salir por la puerta de la casa y en la espalda le habían salido siete furúnculos enormes. Niu Yueqing temía que esos furúnculos se debiesen a un envenenamiento, pero Zhuang Zhidie le dijo que no tenía nada serio; era tal vez la humedad provocada por la lluvia que había caído en los últimos días. Esa humedad te cala en los huesos. Niu Yueqing se preocupó por su anciana madre, la cual seguía en la casa del callejón de Shuang Ren Fu, y la telefoneó, pero las líneas estaban interrumpidas, y ella y Liu Yue debían ir a ver qué pasaba. Liu Yue se encontraba, sin embargo, muy afanada, sacando el agua de la lluvia que había caído en el patio, y le pidió a Niu Yueqing que fuera sola. Ese día, la conserje del patio del Círculo Literario y Artístico de Xijing —la *laopo* Wei— se puso a vociferar como una loca por los altoparlantes. Más que la voz de alguien que estaba hablando, parecía que se estaba ahogando. Niu Yueqing le preguntó:

—Durante estos tres días horribles, ¿ha pasado alguien por aquí?

La *laopo* Wei no le contestó inmediatamente y a Niu Yueqing le cambió el

color de la cara, ya que la conserje le contestó finalmente:

—¡Pues al bueno de Zhuang Zhidie le han venido a ver! ¡Zhuang Zhidie ha recibido visitas!

—Cualquier cosa me aterroriza en estos momentos —se confesó Niu Yueqing.

Liu Yue le dijo a su señora:

—Iré yo de todas formas. Voy a ver quién ha pasado por ahí. Si no es nada importante, te lo diré; pero si lo es, te pediré que salgas.

Liu Yue se puso el chubasquero y se calzó con las botas de agua. Se detuvo en el pantanal que se había formado en la entrada y ahí vio a un anciano chatarrero con el carrito que estaba mojado hasta los huesos y presentaba un estado lamentable. Liu Yue hizo como si no lo hubiese visto y le dijo a la *laopo* Wei:

—No, no hay nadie ahí fuera. Y dime, ¿quién vino a ver al maestro Zhuang?

La conserje retorció el morro y señaló al anciano. Liu Yue se extrañó y se apresuró en preguntarle al anciano:

—¿Eras tú quien buscabas al maestro Zhuang?

El anciano le respondió:

—Yo busco a Zhuang Zhidie; no al maestro Zhuang. Yo no tengo ningún maestro.

Liu Yue sonrió y le dijo:

—No pasa nada, pero ¿por qué cuentas esas cosas?

El anciano se quedó mirando a Liu Yue y le dijo:

—Me diste un par de *mantou*.

—Tienes buena memoria. No necesito que me lo agradezcas.

—No te lo he agradecido. Más bien te maldigo ahora. Me sentaron mal, se me hinchó la barriga y pasé una mala noche.

Liu Yue le replicó:

—Y qué me cuentas ahora; estás cubierto de agua y me maldices. No lo comprendo...

Liu Yue ya no le hizo más caso y avanzó unos pasos hacia delante. El chatarrero anciano le dijo:

—Caminas bien y rápido... ¡Tu maestro Zhuang tiene la espalda llena de furúnculos!

Liu Yue se detuvo de golpe y se quedó anonadada. ¿Cómo sabía lo de

Zhuang Zhidie?, pensó ella, y le dijo:

—Dime algo más, ¿qué sabes del maestro Zhuang?

El anciano le comentó:

—Me lo contó la venerable anciana de la casa de los Niu en el callejón de Shuang Ren Fu. Me dijo que tanto Zhuang Zhidie como su mujer Niu Yueqing se habían ausentado por unos días, y su marido ni siquiera se había presentado a comer con ella. Tampoco vino su hija. Me dijo que su marido iba a coger el látigo e iba a azotar a su hija y su yerno.

Liu Yue le comentó:

—Pero el marido de la venerable anciana murió hace años. La anciana está loca. Quiero ir a verla.

—Pero, con la que está cayendo, ¿adónde quieres ir? —objetó el anciano—, y encima no hay nadie. Mira, cuando voy al ayuntamiento soy el alcalde; cuando voy a la casa gubernamental de la provincia, soy el gobernador de la provincia; cuando me meto en la carretera, soy el policía de tráfico; y cuando me meto en un restaurante, ¡me hago rico!... Dices que quieres ir al callejón de Shuang Ren Fu, pues súbete al carrito. Haré de chófer por ti para agradecerte lo de los *mantou*. Vayamos al callejón de Shuang Ren Fu. ¡Seré tu padre!

Liu Yue le dijo:

—¡Hablas mucho, abuelo! Ahora quieres que me monte en ese carrito. ¡No voy a estar muy cómoda y me va a dar vergüenza! Y con un hombre de tu edad... ¿Qué va a pensar la gente?

—Pues vamos a hacerlo al revés —le propuso irónicamente el anciano chatarrero—. Yo me siento en el carrito y tú empujas. ¡Me sentiré como uno de esos funcionarios que van por ahí con chóferes!

Liu Yue le dijo:

—¿Crees que yo puedo tirar de un carrito? Pero ¿dónde se ha visto eso?

El anciano empujó el carrito hacia un callejón con ella encima y le preguntó:

—¿Te has mareado?

—¡Pues no me he mareado, mira por dónde! —respondió impulsivamente Liu Yue.

—Pues tu destino es ir sentada en el carrito de un viejo chatarrero; o quizá eres la esposa de un alto funcionario y no lo sabías. Por eso te gusta que te lleven a todas partes con chófer...

Liu Yue se puso a reír y la lluvia que seguía cayendo sin cesar aumentó su intensidad. Liu Yue sintió frío debajo de su chubasquero de tela fina, el cual se le

había pegado al cuerpo. La criada de la casa de los Niu se quedó mirando el cabello del anciano y le recordó una mata de hierbas secas, pero ahora mojadas, que se le pegaban a la cara, mientras el agua de la lluvia caía obsesivamente, y sin cesar, en la ciudad de Xijing. Tenía los cuatro harapos que cubrían su cuerpo totalmente empapados de agua y se le marcaban todos los huesos, sobre todo, los de la espina dorsal. Liu Yue no podía soportar más esa escena y se sacó el chubasquero y se lo dio al anciano chatarrero, que le dijo:

—Tu destino es muy delgado.

—¿Qué quiere decir eso de «delgado»? —le preguntó Liu Yue.

El anciano se explicó:

—¿Por qué me das ese chubasquero? Hace varios años que circulo por las calles de Xijing y la gente me trata de loco. Solo los que duermen conmigo en los agujeros que hay en los muros no me tratan de esa manera.

Liu Yue no dijo nada y sintió que su cabeza se le hacía un lío. El agua que se amontonaba en los callejones y calles de Xijing aumentaba su profundidad y parecía simplemente ríos caudalosos en medio de una ciudad. Los desagües no daban abasto y el agua de la lluvia los desbordaba, creando géiseres en medio de las calles. El agua le llegaba a la gente a las rodillas. El anciano empujaba como podía el carrito con Liu Yue encima y ella le indicaba con el dedo índice el camino a seguir. Los muros de la muralla de Xijing amenazaban con derrumbarse, los cables del tendido eléctrico se habían soltado y los postes que los sostenían se habían quebrado. Liu Yue vio entonces a unos cuantos vehículos metidos en un agujero lleno de agua que se había formado en una de las calles. Uno era una camioneta y otro un minibús. La camioneta quería aparentemente adelantar al minibús, pero no pudo, y los dos vehículos acabaron en un agujero que el agua de la lluvia había socavado en la calle. Varios coches que iban detrás de la camioneta y el minibús se metieron en el mismo agujero. El anciano se rio al verlo y Liu Yue le preguntó:

—¿De qué te ríes?

El viejo le contestó:

—¿No has visto lo que le ha pasado a esa camioneta? Todos los objetos de este mundo tienen alma y esa camioneta, cuando vio el minibús delante de ella, quiso darle un beso, y los dos acabaron dentro de un agujero. ¿No te parece una historia hermosa? Míralos, míralos... ¡Qué desastre! ¡Los dos han quedado abrazados para siempre, pero en qué estado!

Liu Yue se quedó mirando ese accidente; el cual, al fin y al cabo, tenía

ciertamente algo de cómico, y se puso a reír; pero después de reír, se sintió mal. Como un mono viejo y necesitado, iba recogiendo todo lo que las aguas transportaban en su superficie: unas zapatillas que alguien había debido perder mientras huía de la lluvia, o unos recipientes de plástico rotos... Liu Yue se dio cuenta, además, de que esas zapatillas eran nuevas y se presentaría en casa con ellas. El problema era que esas zapatillas eran un poco pequeñas. ¿Por qué las aguas no le traían aparatos de televisión o fajos de billetes? Liu Yue volvió a sonreír y se dijo a sí misma que ese anciano no tenía nada de loco, aunque no andaba muy lejos. De repente, el anciano lanzó un grito:

—¡Chatarra!... ¡Me hago con toda la chatarra y vuestros objetos, desechos y ropas usadas! ¡También las vuestras!...

Liu Yue, encima del carro, dijo:

—¿Y qué soy yo?... ¿Chatarra?

—¡No chilles, que se te va a malograr la garganta! —le dijo el anciano.

—Eres tú quien tiene la garganta malograda. ¿Por qué no me recitas una de esas baladas que tan bien sabes?

El anciano, que iba delante del carrito, arrastrándolo, se giró y le sonrió. Su cara se llenó de mil arrugas. La sonrisa del anciano era una sonrisa honesta e inocente como la de un niño, una sonrisa que hubiese conmovido al mismísimo Cielo. El anciano le preguntó a Liu Yue:

—¿Y a ti te gusta escuchar esas cosas?

—Me gusta mucho —le respondió Liu Yue.

El anciano se puso a correr muy rápidamente con el carrito, y las ruedas metálicas, que estaban desprovistas de neumáticos, parecían surcar el agua como si flotasen en ella y provocaban una espuma blanca. Liu Yue escuchó entonces unas palabras que atrajeron su interés:

... Los miembros del Comité Central van en avión; los líderes de la provincia y la ciudad van en automóviles; los líderes de las comarcas van en furgones militares y los Jeeps 130 y los de los pueblos en tractores de la marca El Este es rojo; y el ciudadano de a pie va en bicicleta...

El anciano le preguntó:

—Y tú, ¿cómo te llamas, muchacha?

—Liu Yue —le respondió la criada, y el criado improvisó un verso:

... y *Liu Yue surca las aguas a lomos de un dragón...*

Liu Yue le dijo entonces:

—Eh, yo no te permito que vayas haciendo juegos de palabras con mi nombre. ¡Ni lo deseo!

El anciano continuó canturreando su canción una y otra vez. Los transeúntes que se protegían de la lluvia a los dos lados de la calle lo escuchaban atónitos y la aprendieron inmediatamente. Liu Yue pudo oír cómo esos transeúntes canturreaban con sus voces desentonadas la canción del viejo chatarrero. Al final, todos acababan repitiendo lo de «... y *Liu Yue surca las aguas a lomos de un dragón...*»; pero a Liu Yue le enojó oír ese verso en boca de esos hombres y se lo tomó como si se estuviesen burlando de ella. Saltó del carrito y se sentó sobre el agua.

El anciano no se dio cuenta de ello y continuó corriendo velozmente bajo la lluvia.

* * *

Al llegar al callejón de Shuang Ren Fu, Liu Yue se sorprendió de ver abarrotada de gente esa callejuela angosta. Todos ellos lanzaban gruñidos contra el Cielo y, tanto los jóvenes como los viejos, se cubrían la cabeza con bolsas de plástico y sus cuerpos con chubasqueros. Todos ellos protegían como podían sus aparatos eléctricos bajo las tejas de las casas y la policía les gritaba a lo lejos. Un grupo de los que estaba ocupando las aceras cogió su vehículo y se fue para despejar la calle, pero otros lo intentaban de cualquier manera y no podían. Otro grupo se precipitó hacia el patio de la casa de la venerable anciana y gritaba si podía hacer una llamada telefónica. ¡Todos ellos querían hacer una llamada telefónica! Liu Yue pensó que la venerable anciana había debido de sufrir algún accidente. Pero sin pensárselo dos veces, salió corriendo hacia la casa, la cual, estaba, en su interior, llena de gente. La venerable anciana Niu se encontraba, sin embargo, sentada en la entrada, en su balancín de caña de bambú. Nada más verla ahí, Liu Yue corrió hacia ella y le dijo:

—¡Abuela! ¿No te ha pasado nada?

La anciana le respondió:

—No me ha pasado nada. Ayer, mi marido se pasó el día entero acompañándome y hoy también va a hacerlo. Va a hacer fuego y me ha dicho

que va a azotar a ese malnacido que le pone los cuernos a mi hija con un látigo. Mi marido tiene las manos pesadas y no se anda con chiquitas cuando se trata de salvar el honor de su familia; yo ando muy preocupada por el futuro de tu maestro Zhuang...

Liu Yue le dijo:

—No sé de dónde sacas esas cosas. El maestro Zhuang, además, tiene la espalda llena de furúnculos...

La venerable anciana le contó a Liu Yue:

—Ah, pues el viejo ya le ha azotado, entonces... Cuando era joven, un carretero de esos que llevan carros con un caballo delante, joven como yo, que se llamaba Liu Daiyu, ganaba mucho dinero y no respetaba a los ancianos. Cuando no estaba encima del carro, se pasaba el día en los burdeles de la Capital del Oeste, y además no quería casarse. Un día particularmente tormentoso de verano, uno de esos días con rayos y truenos, un verderón se posó sobre sus hombros. ¡Y ese verderón hablaba gracias a un trueno que lo había fulminado! Pues bien, un verderón que ha tenido la misma experiencia que el de Liu Dayu ha venido a verme y me ha dicho que tu maestro Zhuang ha recibido cien azotes por sus actos.

Liu Yue le dijo:

—El maestro Zhuang no puede caminar mucho y, sin embargo, ha sido capaz de meterse en ese diluvio y cumplir con sus obligaciones.

La venerable anciana le replicó:

—Ese tipo no trata bien a mi hija y me tiene harta. Mi marido lo sabe. ¡Mejor que no venga porque la va a armar! Pero si lo hace, le voy a preparar unos panqueques con pimienta de Sichuan. Al viejo le encanta la pimienta de Sichuan y si no se los preparo me va a echar bronca. No para de llover y seguro que en el patio se habrán malogrado las hojas de la pimienta de Sichuan. Para colmo, los muros de Xijing se están cayendo a trozos. ¡Es el fin! ¿Dónde vamos a encontrar hojas de pimienta de Sichuan? Por eso las almas errantes andan tan revueltas. Se están vengando de nuestros malos actos, de nuestra inmoralidad y nuestra desfachatez, por no honrarlos como se debe. Liu Yue, están pasando cosas extrañas en Xijing... ¡Ese muro ha aplastado al camello jorobado y lo ha matado al instante! Así me habla mi marido. Una vez, el viejo me contó que, tras caerse un trozo de muro, el fantasma de una mujer se liberó, ya que permanecía encerrado dentro. Los demás se reían cuando les contaba esa historia, pero yo me la tomo muy en serio. Ah, el viejo no es un tipo cualquiera.

La venerable anciana se alteró tras decir esas palabras y se puso a respirar con dificultad y se dieron cuenta incluso los que estaban a su lado. Uno de ellos le dijo:

—Pero esos muros, ¿no se están cayendo por el paso del tiempo? Las lluvias acaban destruyéndolos por dentro... ¿Hay alguien dentro?

Liu Yue les dijo:

—Serán los fantasmas, pero no le hagáis mucho caso a la anciana. Ya no vive en el mundo de los vivos. Preguntadle por su marido. Ella habla como si estuviera vivo, pero murió hace muchos años.

La venerable anciana Niu se puso a insultar a Liu Yue y a quejarse amargamente porque no le hacía caso.

—Estoy hablando de mi marido —le exhortó la venerable anciana a Liu Yue—. ¡Un poco de respeto, os lo suplico!... ¡Y piedad por esta anciana! Y dime, ¿de qué tipo de flor vienes tú, Liu Yue?... Mi marido me va a echar bronca, ¡y de la buena, de la que hace daño! Mi marido se encanalla con esas cosas. Esa gente ha venido para utilizar nuestro teléfono, pero no funciona, y mi marido no está acostumbrado a tener tanta gente en casa, le da dolor de cabeza y se va.

Los que estaban al lado de la venerable anciana se pusieron a reír ya que sabían que esa anciana estaba, en realidad, mal de la cabeza. Los presentes en la casa de los Niu se sucedían para realizar llamadas, pero pocas llegaban a su fin. Todos gritaban desesperadamente: «¡Alcalde, necesitamos tu ayuda con urgencia! ¿Dónde te has metido?». Pero el alcalde, al parecer, no cogía el teléfono, ni su secretario, ni ninguno de los miembros que formaban la alcaldía, ni aparecía por ningún sitio. Ni siquiera el escritor Zhuang estaba ahí para ayudarlos. La venerable abuela dijo:

—Con este diluvio, ¿qué va a hacer el alcalde? ¿Y qué pinta aquí vuestro maestro Zhuang? ¿Se van a poner a sacar agua con los cubos? Mi marido acaba de azotar con el látigo al maestro Zhuang y el pobre no está para muchos trotes. Y el alcalde... Ese igual puede hacer algo y para eso trabaja como funcionario, pero es un inútil... Mi marido, que no es funcionario, es el único que puede hacer algo. ¿Sabéis por qué? No en vano es el líder de la congregación de los devotos del dios Cheng Huang, del Dios de la Ciudad.

Liu Yue dijo:

—El alcalde debe estar temblando de miedo ya que temerá que el maestro Zhuang escriba un artículo sobre su ineptitud respecto al problema de la lluvia.

La venerable anciana añadió a lo que había dicho Liu Yue:

—Mira, si ves llegar al maestro Zhuang, le dices que queme algunos billetes de papel para que su suegro no vuelva a azotarle con el látigo.

Liu Yue no volvió a decir nada más y se fue a cambiar de ropa, ya que llevaba las suyas empapadas de agua. Luego sacó un paraguas que hizo mucho ruido al abrirse.

El muro de la parte izquierda del patio se había colapsado. Ese muro limitaba con el recinto de la casa del vecino, la familia Shunzi, y justo detrás había una letrina, dentro de la cual habían caído muchos ladrillos. Varios excrementos y orina habían salido a la superficie y cubrían algunos de los ladrillos. Liu Yue sabía que esas letrinas habían sido construidas ilegalmente y que existía un desnivel entre el terreno de la familia de Shunzi y el de la familia Niu. Ese desnivel saltaba a la vista y todo el mundo sabía que tarde o temprano iba a crear problemas. Como solución ante el problema de los impuestos sobre la propiedad de la municipalidad de Xijing, las dos partes habían decidido aportar algunos ladrillos a la caseta que formaba esa letrina y había que evitar, sobre todo, que una lluvia excesiva se llevase los muros por delante. Además de letrina, hacía de muro de contención entre las dos propiedades. Pero las últimas lluvias caídas en Xijing habían llevado al traste todo ese proyecto y el agua había inundado esa zona fronteriza. Una bomba era lo que utilizaban antes para sacar el agua que se desbordaba del retrete, pero en esos momentos resultaba ridículo por la magnitud de la tragedia. Tres días y tres noches lloviendo sin cesar habían creado una auténtica marisma en ese lugar, cuyo nivel de las aguas le llegaba a un hombre a la cintura. Liu Yue salió al patio y se dirigió al muro derrumbado y ahí vio el cuerpo sin vida de la madre de la familia de Shunzi, el cual estaba preparado, en el féretro, envuelto en unas sábanas blancas, para pasar por el crematorio. La imagen del rostro rígido de la madre de la familia de Shunzi, que parecía de cera, impresionó a Liu Yue, ya que no se lo esperaba. El agua de la lluvia no había llegado, sin embargo, hasta el pequeño patio de su casa y no se había, por lo tanto, inundado. Unos cuantos cubos fueron suficientes para sacar la que de hecho había caído. La mujer y el hijo gordito de Shunzi estaban ahí sentados con una banda blanca en sus cabezas para mostrar el duelo ante el cuerpo sin vida de la madre de Shunzi. Los dos quemaban billetes de papel para enviar a la difunta madre y lloraban y lloraban sin parar. Solo con la llegada del equipo de rescate de la municipalidad cesaron sus llantos. Shunzi, a un lado, estaba con una mano recomponiendo el muro con un cemento que él mismo había preparado, y con la otra salpicaba con agua la obra que iba haciendo. A un conocido que había venido a visitarle, le dijo:

—Ha llovido y ni siquiera me ha dado tiempo para salir a la calle y comprar tabaco. Me quedo dormido nada más poner la cabeza sobre la almohada. Con estos calores estivales, uno no está para mucha cosa. Más duermes, más ganas de dormir tienes. ¡Necesitas poner la alarma! Y pienso: ¿por qué ha sucedido todo esto? Ven a ver. Este muro se ha caído y la letrina se ha ido al carajo junto con mi madre. ¿Qué puedo hacer yo ahora? Pues me voy a dormir; pero duermo y no duermo. Me explico. ¿Cómo es posible que mi madre ya no pueda verme con sus ojos?... Mi madre está metida en ese féretro y está jorobada, pero tiene las orejas bien abiertas y se entera de todo. Siempre ha sido así. Seguro que no se le escapa nada. No es a mí a quien abroncará, sino a mi hijo por no respetar el duelo de la piedad filial como debe. ¿Por qué no vieron algo? Ven a ver, rápido... Gritaba desde el patio, ¿por qué no la oyeron? Le dije a mi hijo que fuera a ver a su abuela y mi hijo me dijo que mi madre ya no estaba ahí... Creí que mi madre había salido al callejón para ver el agua... Me quedé dormido otra vez y me levanté con ganas de orinar, me fui a la letrina y, cuando estaba dispuesto a hacer mis cosas, vi a mi pobre madre flotando sobre las heces y orines del agujero embozado del retrete. Me entró pánico. Me agaché y retiré los ladrillos que había del muro, los cuales habían caído sobre ella. Solo una de las manos de mi madre asomaba entre esas aguas fétidas. El cuerpo de mi pobre madre yacía sin vida en medio de ese lugar tan asqueroso. ¿Te imaginas lo que sentí? Ese alcalde es un diablo. Se gasta el dinero público en construir galerías de arte y centros culturales, pero tiene a la gente viviendo en construcciones insalubres. Llueve y como los muros de las casas de los terrenos resbaladizos de Dali en Yunnan, va y se colapsa. ¡Y mi madre muere aplastada! ¡Hay que acabar con ese alcalde!

Los hombres que estaban al lado de Shunzi se apresuraron a decirle:

—Venga, no te hagas más mala sangre, Shunzi. ¿No has visto la televisión? Ese alcalde es igual de lento que una tortuga. Solo ahora ha enviado a un equipo de rescate para ayudar a la gente que está en apuros. Hemos oído decir que al norte del cantón oeste de la ciudad de Xijing se ha caído un complejo de edificios con trescientos habitáculos y han muerto doce personas. Hace apenas un momento, el alcalde ha recibido una llamada anunciándoselo y ha tenido que movilizar a varios equipos para el rescate. El alcalde se ha tomado muy a pecho esa desgracia y quiere mostrar a los habitantes de Xijing que está con ellos a las duras y a las maduras. Ha sacado incluso dinero de fondos especiales para recolocar a esa gente. Al fin y al cabo, el alcalde es un ser humano. No deberías hablar mal de él. Lo único que vas a hacer es enfadarte más y eso te va a sentar mal. El alcalde no nos va a dar ni la mitad de lo que nos prometerá; eso tenlo por

cierto.

Shunzi asintió con la cabeza y con las dos manos continuó recomponiendo el muro como podía, echando la pasta del yeso y salpicándola de agua. Su mujer y su hijo continuaban llorando a lágrima viva frente al féretro de la abuela. Shunzi dejó de hacer lo que estaba haciendo, se arrodilló y se puso a llorar como un niño desconsolado ante el cuerpo sin vida de su madre.

Liu Yue no podía soportar el ver a gente llorando y se puso a retirar el barro. Oyó a lo lejos el ruido de unos coches y gente que gritaba. Todos ellos llenaban el callejón de Shuang Ren Fu e iban de un lado a otro con cámaras a cuestas, unos limpiaban el barro y otros llevaban bolsas de plástico, pompas de agua y material médico. Había literas, médicos, y, en medio de esa bullaranga, Liu Yue vio a Zhuang Zhudie. Ella caminó hacia él y, al acercarse, le golpeó la espalda y le dijo:

—Maestro Zhuang, ¿has venido?

Zhuang Zhidie le respondió:

—El alcalde me ha llamado por teléfono para explicarme personalmente lo que ha pasado. Vaya desastre... ¿Cómo no iba a venir? ¿Y no le ha pasado nada a la abuela?

Liu Yue le repuso:

—Absolutamente nada. Ella piensa que su marido, tu suegro, que en paz descansa, te ha dado una tunda de latigazos. Además, me ha dicho que tu suegro vendrá hoy a verla.

Zhuang Zhidie le dijo:

—¿Y cómo iba a saberlo yo? He estado muy ocupado últimamente y he ido al lado norte del cantón oeste de la ciudad para ver con mis propios ojos la catástrofe que se ha producido en ese lugar. Terrible, no tengo otras palabras. No sé cuánta gente se ha quedado sin casa.

Liu Yue se giró y se puso a caminar, pero se giró de golpe y preguntó en voz baja:

—¿Y ese es el alcalde?

Zhuang Zhidie señaló con el dedo a un hombre alto que se confundía con la multitud y Liu Yue dijo:

—¡Ese hombre debe estar exhausto!

—Eso es lo que crees tú —dijo Zhuang Zhidie—; ese tipo no es tan bueno como parece y está fresco como una rosa.

Liu Yue resopló y se desinfló físicamente, y dijo:

—Nosotros siempre vemos el crimen, pero nunca al ladrón.

Zhuang Zhidie abrió bien los ojos, sonrió, y se fue.

Esa noche, la lluvia empezó a aflojar y dejó de caer, y Zhuang Zhidie no había regresado todavía a su casa. La televisión no dejaba de mostrar al alcalde en medio de la muchedumbre con sus equipos de rescate y guiando las maniobras. Se le veía decidido y lleno de energía, y en una de las entrevistas decía que la ciudad de Xijing era demasiado antigua y que era muy vulnerable a cualquier desajuste de la naturaleza. El consejo municipal había decidido levantar unas tiendas de campaña para acoger temporalmente a toda la gente que se había quedado sin casa y en un futuro próximo iba a construir cuatro complejos de edificios nuevos para ubicar definitivamente a esos desgraciados. Al fin y al cabo, la ciudad de Xijing se había hecho así, a golpe de desgracia natural, de oleadas de invasiones masivas de emigrantes pobres desde el campo, de destrucción provocada por los ataques pérfidos e inesperados de los enemigos de las llanuras centrales y mala suerte, mucha mala suerte, además de las sempiternas chapuzas de sus gobernantes para arreglar el desaguisado lo antes posible y sin ninguna visión de futuro ni sentido de la perdurabilidad de la vivienda. El alcalde prometió solucionar esa situación ese mismo año a pesar de las dificultades económicas, como bien remarcó, que atravesaban las finanzas públicas de la municipalidad. Afirmó, además, que el callejón de Shuang Ren Fu iba a ser totalmente renovado. Zhuang Zhidie decidió esa noche alojarse en un hotel *binguan*. Varios periodistas del departamento de Propaganda y él mismo, Zhuang Zhidie, estaban escribiendo los artículos sobre la catástrofe de las lluvias. Ellos se pusieron a reflexionar sobre esa catástrofe y el plan de renovación urbanística que el alcalde había propuesto, escribiendo seguidamente artículos densos y extensos de más de diez mil palabras que exageraban la benevolencia de los gobernantes y de los miembros del Partido. Los periódicos de Xijing se convirtieron en algo así como en los boletines oficiales del gobierno local. Cada organismo perteneciente a cada nivel jerárquico del poder establecido quiso mostrar que estaba haciendo algo para aliviar a la gente del sufrimiento provocado por esos tres días interminables de lluvia abundante y desbarajustes provocados por burócratas ineptos. Al dejar el *binguan*, Huang Defu, que ejercía de representante y portavoz del alcalde de Xijing, reservó una mesa en un restaurante para invitar a los periodistas y celebrar sus innumerables artículos. Les sirvieron unos fideos suntuosos con los que se chuparon los dedos, pero algunos de ellos tenían el bol medio lleno, ya que estaban tan cansados que habían perdido el apetito. Huang Defu dijo:

—Maestro Zhuang, ¿tienes gatos en tu casa? Coge una bolsa y llévate los restos. Hay fideos y algo de pescado.

Nada más decirle esas palabras, Zhuang Zhidie se puso a pensar en la mujer de Wang Ximian, empaquetó la comida que había quedado y salió del restaurante. Se fue a la calle del Jardín de los Crisantemos, que era donde vivía la *laopo* de Wang Ximian.

Wang Ximian había comprado una casa de dos plantas de pequeñas dimensiones con un patio muy antiguo adyacente. Delante de esa casa había un sauce enorme que ensombrecía la mitad del patio. Sobre los muros de la casa se encaramaban unas enredaderas nervudas, pero bien agarradas a la superficie. Las hojas verdes de esa enredadera cubrían los muros y les daban un aspecto curioso: vistos de lejos, parecía que había crecido hierba sobre ellos. Zhuang Zhidie hizo sonar la campanilla que había colgada en la puerta del patio y permaneció ahí un buen rato sin que nadie viniese a verlo. Cansado de esperar, empujó la puerta y la abrió. Entró en el patio y ahí seguía sin haber nadie. No vio a nadie, ni a la criada ni a la abuela. A sus pies se tendía un camino empedrado que el paso del tiempo había cubierto de hierbas y musgo. Había también hojas caídas que trajo vete a saber qué golpe de viento inesperado y mortífero. Ese patio daba una sensación de abandono y muerte que estremeció a Zhuang Zhidie, sumiéndolo en un estado de melancolía que no se esperaba. El viento soplaba y silbaba, en efecto, y los muros de ese patio parecía que vibraban. Zhuang Zhidie achacó el estado lamentable de ese patio a las lluvias caídas en los últimos días, pero algo inexplicable le confundía. Un gato salió del interior de la casa y se quedó mirando fijamente a Zhuang Zhidie como si quisiese decirle con los ojos que no era bienvenido. El gato avanzó tres pasos y se tendió sobre el suelo, moviendo la cola sin apartar los ojos de Zhuang Zhidie, que sabía que esa era la mascota de la señora de la casa. El gato se levantó y se metió, contoneándose como una mujer, en el salón de la casa, y Zhuang Zhidie lo siguió. El gato no se detuvo en el salón y continuó su andadura hacia las escaleras que subían a la planta de arriba; pero antes de poner sus patitas en el primer escalón, se giró y miró de nuevo a Zhuang Zhidie. El gato subió las escaleras y se metió en un dormitorio en cuya cama estaba acostada la *laopo* de Wang Ximian. Zhuang Zhidie había seguido al gato y vio a la mujer. Su aspecto no era bueno y parecía enferma. La *laopo* de Wang Ximian no dijo nada y se limitó a sonreír a Zhuang Zhidie. Zhuang Zhidie dejó caer la bolsa con la comida al suelo y le preguntó a la mujer casada:

—¿Estás enferma?

—No me encuentro muy bien —respondió la *laopo* de Wang Ximian—. Ni

siquiera he podido ir a la plana baja. Nada más oír tus pasos, supe que eras tú, Zhidie. ¿Y por qué has venido, mi amor? ¿Cómo has sabido que estaba enferma?

Zhuang Zhidie le respondió:

—Pues no sabía que estabas enferma, la verdad sea dicha... ¿Qué enfermedad tienes? ¿Te ha visto un médico? ¿Qué te ha dicho?

—Hace un par de días —le respondió la mujer de Wang Ximian—, me desperté sintiéndome mal. Me dolía muchísimo la espalda y le dije a la criada que viniese a verme. Me dijo que me habían salido unos furúnculos en la espalda. ¿Sabes acaso qué diablos son unos furúnculos? Yo ni siquiera me había dado cuenta de que me había salido esa asquerosidad en la espalda y ayer noche ya no aguantaba el dolor. ¡Mi espalda se había puesto dura como una tabla de madera! Esta mañana, temprano, mi criada fue a ver al médico y el médico le preguntó si me había salido pus. La criada le dijo que sí y el médico le aconsejó que cortara esos furúnculos con un cuchillo bien afilado y desinfectado, y así lo hizo mi criada. Tanto si me dolía como si no, había que proceder de esa manera...

Zhuang Zhidie le pidió:

—Déjame ver... ¿Es esto?

—No tienes por qué mirarlo... Al principio tenía la espalda como un campo de setas. Uno se volvía loco al verlo. Estaba feo, feo...

La *laopo* de Wang Ximian le pidió a Zhuang Zhidie que se sentase en el regazo de la cama, y Zhuang Zhidie le preguntó:

—Y Ximian, ¿no está en casa? Tampoco he visto a la anciana ni a la criada. ¿Has comido ya?

La mujer de Wang Ximian repuso:

—Aún está en Guangzhou y no ha regresado a casa. La abuela y la criada están preocupadas y quieren ir a la oficina de correos para enviar un telegrama. Sírvete tú mismo un vaso de agua, anda...

Pero Zhuang Zhidie no tenía sed y dijo:

—Qué extraño... A mí también me han salido en la espalda esos furúnculos, pero a mí no me han dolido tanto... ¿Por qué te duele tanto a ti?

La mujer se asustó de repente y le dijo:

—¿A ti también te ha pasado esto? ¡Qué coincidencia! Quizá me cuentas esas cosas para consolarme...

Zhuang Zhidie le enseñó la espalda a la *laopo* de Wang Ximian. Ella, por supuesto, vio los siete furúnculos que habían salido en la espalda de Zhuang

Zhidie. Esas heridas tenían la forma de unas estrellas bien marcadas sobre la piel. La mujer miró distraída hacia otro lado y se deprimió todavía más. Le pidió a Zhuang Zhidie que se vistiese de nuevo y le comentó:

—Zhidie, ¿todavía llevas mi collarete al cuello, ese con la moneda de bronce?

—Sí, todavía lo llevo —le respondió secamente Zhuang Zhidie. La *laopo* de Wang Ximian bajó la mirada y de sus ojos cayeron unos lagrimones.

La cabeza de Zhuang Zhidie dio un vuelco y él no supo qué decirle a la mujer de Wang Ximian ni qué hacer mientras tanto para salir del apuro. Miró uno de los pies de la mujer, el cual era blanco como la nieve, que asomaba al final de la colcha bordada que había sobre ella. Ese pie pequeño y flexible colgaba por una de las esquinas de la cama, y a Zhuang Zhidie le entró un temblor en el cuerpo y le agarró el pie con una de sus manos. La *laopo* de Wang Ximian se secó las lágrimas y sonrió sin emitir un solo sonido, y luego le dijo a Zhuang Zhidie:

—¿Y qué me has traído tú?

Zhuang Zhidie retiró la mano inmediatamente y le respondió:

—Acabo de salir del hotel... Mira, tengo unos pescados y unos fideos...

La mujer le dijo:

—Tienes un buen corazón, Zhidie. ¡Te has acordado de mi gato! El pobre lleva un par de días sin probar pescado. Ese que traes tú viene que ni a pedir de boca. Le gustará sin duda alguna. ¡Este gato es un glotón como hay pocos!

Zhuang Zhidie le mostró la bolsa de plástico que había dejado en el suelo previamente, pero no permitió al gato que comiese de ella, ya que se dio cuenta de que esos pescados iban envueltos en un periódico y esas noticias le llamaron la atención. Las leyó y dejó finalmente caer los fideos y el pescado en el suelo, pero se quedó con las hojas del periódico. Al gato se le levantaron los bigotes, le brillaron intensamente los ojos y maulló.

Zhuang Zhidie se quedó un buen rato con la *laopo* de Wang Ximian hablando de varias cosas, y mientras tanto, la abuela y la criada no acababan de llegar. Zhuang Zhidie se despidió finalmente y se fue. La mujer de Wang Ximian no le acompañó y con el gato en brazos, dijo:

—Deberías saber quién es este hombre...

El gato pareció responder con un maullido:

—¡Miauuu!...

Ella volvió a decirle:

—Quédate aquí y no tengas celos. Tengo que acompañar a este señor.

El gato, como si hubiera comprendido las palabras de su ama, dio un salto para irse, pero Zhuang Zhidie lo cogió en brazos y dijo:

—No tienes por qué acompañarme. ¡Ya tengo compañía! —Zhuang Zhidie dijo esas palabras con un ojo puesto en la mujer de Wang Ximian y acariciando suavemente la cabeza del gato. Finalmente, le dio un beso en la frente al gato y le dijo al animal, como quien habla con una persona, que se quedase con su dueña.

De vuelta a casa, Zhuang Zhidie se sentía agotadísimo. Niu Yueqing lo recibió con frialdad y con un ojo lo vio ir a su dormitorio mientras, al mismo tiempo, y con el otro ojo, miraba el periódico. Cuando Zhuang Zhidie se quedó dormido, ella se acordó de un asunto, entró en el dormitorio y dijo:

—Bai Yuzhu acaba, hace unos momentos, de llamar por segunda vez. Dijo que no había que perder más tiempo. Como muy tarde, había que verse esta noche en la casa de Sima Gong. Duerme ahora, y esta noche estarás más fresco, y con la cabeza despejada, para asistir a esa cita.

Zhuang Zhidie no se había quedado en realidad dormido y en su cabeza rondaba todavía de una manera distinta la imagen de la *leopode* Wang Ximian y el regusto amargo que ese encuentro le había dejado en la boca. Le daba varias vueltas a ese asunto: entre él y ella había una relación pura e inocente, pero al mismo tiempo había algo que no se había manifestado, algo latente, un lazo sentimental real que los unía a los dos. El problema de la espalda les había pasado a los dos al mismo tiempo. ¿No era el destino eso? Pensar en esas cosas excitaba a Zhuang Zhidie. Mientras se desnudaba, le preguntó a Niu Yueqing si había leído los artículos que estaban en esos papeles de periódico que apestaban a pescado. Liu Yue estaba preparando *kaishui* (agua hervida) en la cocina y Zhuang Zhidie dijo que quería invitar a Meng Yunfang y Zhao Jingwu a tomar té en casa. De su bolsillo sacó una cajita metálica y dijo:

—Mirad, esto es té, de Junshan, en las montañas de la provincia de Hunan. Me lo ha dado el alcalde.

Zhuang Zhidie fue el primero en introducir una pizca de ese té en su taza. Niu Yueqing observó cómo unas hojas subían a la superficie con sus puntas afiladas, mientras que otras se quedaban en el fondo empapadas de agua, como un bosque bajo el mar, y tiñéndola de un verde claro y amarillento. La agüilla que se formaba era translúcida y el aroma era intenso y penetrante. Niu Yueqing, hipnotizada con ese té, dijo:

—Nunca he visto un té tan puro y bueno como este.

Zhuang Zhidie le pidió:

—Ve a llamar a Meng Yunfang y Zhao Jingwu. Esos dos tienen un paladar igual de exigente que el nuestro.

Liu Yue intervino:

—He leído un libro que dice que el emperador Wudi de Han quiso recompensar a Huo Qubing⁹³ por su victoria en el pasillo de Hexi, y por esa razón le ofreció un vino excelente; pero Huo Qubing lo vertió en una fuente para que todos sus soldados lo probasen. Ese lugar se llamó desde entonces la Fuente del Vino. El alcalde nos ha ofrecido un té de primera calidad y tú, maestro Zhuang, haces como ese Huo Qubing, y vas y lo quieres ofrecer a todo el mundo. Lo mejor sería donar esas hojas a la Compañía de las Aguas de Xijing para que ese té delicioso saliese por el grifo de todas las casas. ¿Y por qué no? Todo el mundo sabrá los gustos tan finos y exigentes de nuestro alcalde.

Zhuang Zhidie dijo:

—¿Te ríes de mí? Estás celosa, Liu Yue. A ti el alcalde nunca te ofrecería algo así.

Liu Yue le replicó:

—Me desprecias, maestro Zhuang.

Niu Yueqing comentó a su vez:

—Si hay que llamar a alguien para tomar té, llamemos a esos dos, ya que se lo merecen; pero no digamos nada a esa Tang Wan'er. ¿Cómo una mujer va a valorar algo así? He probado ese té y te deja en el paladar un gusto intenso y ligeramente amargo, pero que desaparece inmediatamente.

Zhuang Zhidie dijo:

—Tú eres de Guanzhong. Para vosotros, gentes del norte, beber té solo os sirve para relajarnos. El agua de Guanzhong, además, es muy alcalina; eso se come el gusto del té. El agua del sur es mejor para el té. Tang Wan'er es del paso de Tongguan, pero es originaria de Shannan, en las montañas en el sur de la provincia de Shaanxi. Estoy seguro de que sabrá valorar un buen té como este de Hunan. La última vez que estuve en la casa de A Can, ella me sirvió el té de Yangxian, de la provincia de Jiangsu, que había comprado en el mercado y tenía un sabor buenísimo. Al beberlo, te entraban ganas de comer las hojas. Antes de comer el té, cogí una de las hojas y la mastiqué. El sabor de esas hojas de té de Yangxian permaneció en mi boca mucho rato...

Liu Yue dijo:

—Eres tan modesto... ¿Te comes las hojas de té?

Zhuang Zhidie le contestó:

—Las gentes de Shanbei son unos aficionados... Has leído muchos libros, Liu Yue, y dime, ¿por qué los libros antiguos dicen «comer té» y no «beber té»? Los antiguos preparaban una especie de gachas con las hojas de té y arroz, y por eso se lo comían. Pero ¡tú solo bebes leche cada día!

Liu Yue le replicó:

—Vaya, ahora me dice el maestro que soy tonta. Todos bebemos leche y todos somos unos tontos, pero tú te crees uno de esos letrados talentosos que ocupaban altos puestos en la jerarquía de la administración imperial. A Can comprende también lo de comer té... ¿No ha ocurrido algo con ella?

Zhuang Zhidie preguntó:

—Ah, pero ¿conoces a A Can? ¿Qué ha ocurrido?

Liu Yue le contestó:

—Ella vino ayer por la tarde y me preocupaba que la gente del patio supiera quién era A Can. ¿Qué iban a decir de nosotros?

Zhuang Zhidie le preguntó a Niu Yueqing si, en efecto, A Can se había presentado en el patio del Círculo Literario y Artístico de Xijing y qué dijo.

Niu Yueqing le contestó:

—A Liu Yue le apesta la boca cuando la abre y parece que lo ha aprendido de la escuela de Meng Yunfang. Habla y habla, y debería no hablar y no hablar... A Can ha venido, ciertamente, y te lo digo ya. Esa A Can tiene mucho de bueno, aunque no comprendí por qué tenía esas ojeras... Me contó que su hermana pequeña, su *meimei*, había enfermado, y que en el hospital no sabían cómo tratarla. Le propusieron llevarla a un hospital psiquiátrico y A Can quería que tú, Zhidie, fueses a verla. Ella quería que fueses hoy.

Zhuang Zhidie preguntó:

—¿Y ha dicho algo más?

—¿Qué esperabas que dijese más?... —se explicó Niu Yueqing—. Bueno, me contó lo del director Wang... En un papel llevaba envuelto el trozo de la lengua que le había arrancado al director Wang. ¡Y apestaba! También me contó que ella se había divorciado de su marido...

Zhuang Zhidie volvió a preguntarle:

—¿Se ha divorciado de su marido? Pero ¿es que estaba casada? ¡Menudo elemento está hecho esa A Can! ¿Por qué no has ido tú a ver a su *meimei*? ¿Por qué no la has consolado? ¿Por qué se te ha puesto esa cara de estúpida?

—Me he limitado a echarla fuera —respondió Niu Yueqing.

—¡Qué! —exclamó sorprendido Zhuang Zhidie—. ¿La has echado de casa así por las buenas?

Niu Yueqing dijo:

—¿Acaso no saben ahora en Xijing que en su ciudad tienen a una mujer que le ha arrancado un trozo de lengua a uno de sus ciudadanos? El director Wang es un perverso. Ahora ya no podrá besar a nadie en la cama como lo hacía antes y no sabrá qué hacer con la boca ni cuando abraza a alguien. Pensándolo bien, ni siquiera podrá hablar correctamente. He oído decir que esas dos hermanas querían aprovecharse del director Wang, ya que conocían sus debilidades, pero el asunto se les ha ido de las manos y la *meimei* se ha vuelto loca. El director Wang tiene demasiado vicio en el cuerpo, incluso demasiado para lo que puede aguantar la pobre *meimei* de A Can, y esa seguro que le pidió mucho dinero. Para alguien con esas necesidades, siempre hay dinero en algún sitio para dar rienda suelta a sus deseos y probablemente se pasó de la raya con la pobre *meimei*. O, quizá, el director Wang no quería pagar y se pasó de la raya sin soltar un céntimo y ello enfureció tanto a A Can que le arrancó un trozo de la lengua. El marido de A Can se enteró de lo que su mujer se llevaba entre manos, se enfadó, y seguro que por eso se ha divorciado de ella. A Can quiere que tú vayas en persona a ver a su hermana pequeña. ¿Puedes ir? Mucha gente viene en estos tiempos a nuestra casa y no me gustaría que vieses a alguien de esa clase de mujeres. ¿Has pensado en nuestra reputación, Zhidie?

A Zhuang Zhidie se le puso la cara de color ceniza y dura como el hierro, sacó el genio y dijo:

—¡No digas una palabra más! ¿No puedes mostrar un poco de compasión y benevolencia por otra gente? Esta vez te has pasado. ¡Qué cruel puedes llegar a ser, Yueqing! La has echado de casa como quien barre con una escoba la basura que hay en el suelo... ¿No has utilizado el cuchillo de la cocina para amenazarla? A esa mujer le han hecho daño y no hay que matarla. ¿Y por qué te crees tú superior a ella?...

Niu Yueqing se quedó mirando a Zhuang Zhidie y ni siquiera esperó a que parase de hablar para darle un puñetazo en la barriga. Luego le dijo:

—La he echado para no perjudicar más tu maltrecha reputación y encima me odias. Seré o no superior a otras mujeres, pero no quiero perderte. ¿Para qué sirvo yo? ¿Es que soy una mala mujer? Hay muchos ahí, al otro lado de la puerta, que mendigan comida. ¿Quién soy yo para despreciarlos? Si en casa no

tengo nada para darles, salgo y les compro algunos *mantou*. Soy una mujer decente y lo que no aguanto por encima de todo son las mujeres indecentes. En mi casa, ¡yo no dejo que nadie entre en ella para ensuciar el suelo!

Zhuang Zhidie sonrió con desdén, se levantó y se fue al estudio. Ahí sacó una de las caligrafías de Gong Jingyuan, tosió, escupió sobre el suelo y dijo seguidamente:

—Para ti todo está sucio, sucísimo, lleno de porquería, y tú eres la única que puede limpiarlo, ¡limpiarlo todo!...

Zhuang Zhidie empujó la puerta para cerrarla, pero la puerta se quedó medio abierta. Niu Yueqing, desde el salón, gritó:

—Liu Yue, tú lo ves todo. ¿Soy yo una mala mujer? Más estoy por él, más se ofende y se enfada conmigo. ¿Cuál es la razón finalmente? Él va por la vida sin ofender a la gente y respetándola, salvo a mí... ¿Crees que es fácil ser la *laopo* de un personaje célebre? —Niu Yueqing se puso a gimotear tras decir esas palabras.

CAPÍTULO XI

Zhuang Zhidie salió de la casa y se subió de un brinco en su motocicleta Mulan. Tomó una de las avenidas y se puso a conducir la moto como un loco. Tras la lluvia, los callejones y las entradas a los comercios estaban llenos de barro. Los vehículos ya habían ocupado las avenidas de Xijing desde hacía un buen rato y todos ellos se desplazaban en medio de esos barrizales y lo salpicaban todo. Zhuang Zhidie pensó que, de no ser por la lluvia que había caído, había debido ir a ver a A Can mucho antes. A Can se había presentado en su casa para buscarlo, ya que todos sus pensamientos se habían concentrado en ese fin. Para ella, su objetivo principal era que él fuera a ver a A Lan. Le expresó su sufrimiento a Niu Yueqing y Niu Yueqing la echó de casa. ¿Por qué su mujer le había roto el corazón de esa manera a A Can? ¿Qué le diría a la hermana desquiciada de A Can al verla? Zhuang Zhidie tenía la cabeza hecha un lío y odiaba como nunca antes lo había hecho a Niu Yueqing, como odiaba al rufián del director Wang, como odiaba al alcalde y los artículos que habían escrito para darle pompa, y como odiaba a Huang Defu y a los miembros del departamento de Propaganda... La Mulan recorría las calles a una velocidad inapropiada y las recorría tercamente, sin rumbo fijo aparente, determinada a llegar a su destino lo antes posible. Zhuang Zhidie pensó en el divorcio de A Can con su marido. ¿Seguían viviendo juntos en ese escondrijo? Hoy iré al hospital psiquiátrico a ver a A Lan, pensó Zhuang Zhidie. Hacía mucho tiempo que Zhuang Zhidie no había pisado un sitio así y estaba inquieto. Sin pensárselo más, se dirigió hacia la parte sur de la ciudad de Xijing, ahí donde estaba el hospital psiquiátrico, el cual se encontraba en un descampado con barro y hierbas que habían crecido de cualquier manera. La motocicleta de Zhuang Zhidie entró con dificultad en un camino por el que era difícil pasar. Zhuang Zhidie decidió, dadas las dificultades que se le presentaban en el camino, ir a ver, primero, a A Can. Un hombre pasó justo a su lado y Zhuang Zhidie lo chiscó con la moto. El traje del hombre quedó

totalmente manchado de barro y Zhuang Zhidie se disculpó con un gesto de la mano; pero nada más girarse, vio que era A Can y le gritó:

—¡A Can!...

La motocicleta Mulan de Zhuang Zhidie se detuvo a tres metros de A Can. Ella alzó la mirada y lo vio. Se lo quedó mirando pasmada, con cara de madera, sin saber qué decir ni hacer, hasta que se puso repentinamente a llorar y se precipitó a los brazos de Zhuang Zhidie. Ella iba cubierta del barro que le había salpicado la motocicleta de Zhuang Zhidie y, al abrazarlo, dejó a Zhuang Zhidie totalmente perdido, además de las lágrimas y los mocos que cayeron sobre su chaqueta y que la dejaron manchada. Él le dijo con voz entrecortada:

—A Can, A Can... Yo no estaba en casa... De verdad que no estaba en casa... Me han dicho que viniste a buscarme...

Zhuang Zhidie le dijo esas palabras mientras le secaba las lágrimas. A Can retrocedió un paso y dejó de llorar, sacó un espejito de su bolsillo, se arregló el cabello, y dijo:

—¿Sabes lo que me ha pasado?

—Lo sé —le respondió sin pensárselo dos veces Zhuang Zhidie.

A Can volvió a expulsar de sus ojos varios lagrimones y Zhuang Zhidie la invitó a que se subiera en la motocicleta para ir a ver, los dos juntos, a A Lan. A Can no supo qué decirle. Ese lugar no era el más apropiado para poner cara de tonta. Se quedó sin decir nada, y como obnubilada, durante un buen rato. Su estado mental no estaba en su mejor momento y reiteró, otra vez, su intención de ir a ver a su hermana pequeña A Lan. Zhuang Zhidie permaneció en silencio, alzó la mirada y contempló el firmamento. Algo le hacía sentir incómodo en ese momento, ya que se dio cuenta de que A Can no hablaba como una persona en sus cabales. Zhuang Zhidie agarró el manillar de la moto y avanzó:

—A Can, te llevaré a ese lugar y ahí hablaremos con más tranquilidad.

—Pero me vas a odiar... —dijo A Can.

—No, no te odiaré ni te lo echaré en cara —rectificó Zhuang Zhidie.

A Can se sentó en el asiento trasero de la motocicleta y volvió a decir cuando arrancó la moto:

—No vayamos... Hoy quiero ir a tu casa, aunque me insulte tu mujer... ¿Adónde me quieres llevar?... ¡No me lleves a un lugar extraño, Zhidie! Lo único que quiero es que estemos juntos, donde sea... Quiero que hablemos... Tengo que decirte muchas cosas...

En ese momento, fue Zhuang Zhidie quien derramó unas lágrimas, y lo hizo

con violencia, con ganas de llorar y sacar de esa manera la rabia que llevaba dentro, e incesantemente con unas lágrimas nuevas tras otras. No se giró para ver a A Can y continuó conduciendo la motocicleta como si no hubiese oído nada, y ni siquiera se secó las lágrimas, las cuales se deslizaban por los surcos de la cara y desaparecían.

Los dos se dirigieron finalmente al salón A la búsqueda de eso que falta. Una vez ahí, Zhuang Zhidie le pidió a A Can que le contase con todo lujo de detalles lo que les había pasado en realidad a las dos hermanas. Zhuang Zhidie se quejó por lo que le había hecho al director Wang tras lo sucedido con su hermana pequeña A Lan. Ese tipo de venganzas no conducía a ningún sitio. A Can se explicó: ella, al principio, no quiso actuar de esa manera. Lo primero que quiso hacer fue denunciar en la comisaría de policía al director Wang. La policía le dijo, sin embargo, que, en estos tiempos, era difícil de llevar con éxito un caso así. No ha habido testigos y, además, el señor Wang goza de una trayectoria intachable en la administración pública y ha ayudado a numerosas empresas de la construcción, privadas y públicas, a establecerse con éxito en Xijing. Era, definitivamente, una palabra contra la otra. ¿Quién iba a apoyarla a ella, cuya reputación era exactamente la opuesta de la del director Wang? El director Wang tenía mucho poder y mucha gente le debía favores, e incluso había sobornado en el pasado a muchos líderes del Partido para conseguir contratos para empresas de construcción. Lo más seguro era que ese caso se archivase como un asunto privado entre un hombre y una mujer. Para disuadirla, la policía le contó que China se estaba abriendo al mundo y varias eran las reformas que se estaban implantando, entre ellas, la reforma moral, la de los valores, la que rige la relación entre un hombre y una mujer. El sexo ya no estaba mal visto en esa nueva cultura. ¿Existía alguna autoridad religiosa en la que ampararse y buscar reparación? Pues no. Ese caso no tenía salida, al menos para ella. Pero la policía también quiso saber qué había pasado exactamente entre el director Wang y A Lan. Luego le preguntaron a A Can si A Lan no era, en realidad, la amante del director Wang, porque algunos rumores circulaban entre los funcionarios de que así era. Ah, los amantes, ya se sabe, en estos tiempos hacen locuras para demostrar lo mucho que se quieren..., le dijeron a A Can. A Lan es joven, pero no es una niña. Debería actuar con sensatez y no dejarse llevar por sus ardores juveniles, sobre todo cuando se presenta en el despacho del director Wang... O, quizá, lo hicieron en la casa misma de A Lan... Ella, A Can, ya no sabía qué estaba escuchando exactamente en la comisaría de policía ni qué diablos estaba haciendo ahí con esa gente. Su cabeza y su corazón se ennegrecieron de golpe y

se desesperó. Furiosa, quiso ella misma ocuparse de ese asunto para vengarse de ese rufián. Pero ¿qué tipo de venganza emplearía? Ella era una mujer casada, y las mujeres casadas tenían siempre, por experiencia de la vida, una solución dramática y triste para solucionar ese tipo de asuntos. Zhuang Zhidie pensó en el proceso que él mismo estaba sufriendo y lo duro que estaba siendo para él. Se puso en la piel de A Can y suspiró profundamente; pero ella, A Can, seguía quejándose porque él no había ido a ver a su hermana A Lan y dijo:

—Desde que sucedió ese incidente, he estado pensando, como próximo paso a seguir, en una buena solución. Hay que acabar definitivamente con la reputación de ese que se apellida Wang. Ese hombre no puede seguir ocupando un puesto como funcionario de la administración pública. Deben reemplazarlo ya, o ponerlo en otro departamento. Ahora, ese tipo anda vilipendiándonos, a mí y a mi hermana. Zhidie, deberías decírselo al alcalde.

—A su debido tiempo —quiso tranquilizarla Zhuang Zhidie—. Tengo las caligrafías de Gong Jingyuan y ello podrá abrirnos muchas puertas en la alcaldía de Xijing. Estoy seguro de que el alcalde tendrá la última palabra en este asunto.

A Can le replicó:

—Dejémoslo estar. Ese asunto tampoco me embala. Yo solo soy una mujer vulgar, del montón. En esta ciudad, no hay nadie que proteja a una *meimei*. A mí ya no me quedan más fuerzas. Estoy por los suelos. Hoy día, las mujeres que han dado un mal paso en la vida no tienen vuelta atrás y las esposas honestas las desprecian cruelmente. Yo ya he perdido confianza en mí misma. Estoy muy cansada, Zhidie. Ahora, estoy particularmente cansada. ¿Qué puedo hacer? Hay que sacar a ese que se apellida Wang de la función pública y meterlo en la cárcel. Pero... ¿eso compensará el mal que le han hecho a A Lan? Eso ya es irrecuperable y cualquier cosa que haga me va a hacer mala sangre. Me he divorciado de Mu Jiaren y soy yo quien lo ha decidido. Mu Jiaren es un inútil y no sabe hacer nada. Su única virtud es la honestidad, pero ya sabía desde hace tiempo que no íbamos a poder vivir juntos de manera armoniosa. La cosa ha petado ahora, pero no parece haberle impactado mucho. Yo voy diciendo por ahí que es él quien ha querido divorciarse de mí y lo hago simplemente para salvarle el honor, ya que no quiero hacerle daño. Hoy te he visto y yo no me hubiera atrevido, pero tú puedes hacerlo. Ha sido una bendición divina el haberme topado contigo. ¡Y te doy las gracias! Solo quiero pedirte una cosa y no quiero que te rías de mí: me gustaría dormir contigo totalmente desnuda. No quiero molestarte, pero quiero que me hagas un hijo. ¿Qué te parece esta idea?

Zhuang Zhidie abrazó a la mujer y la miró con sus dos ojos, esos dos mismos

ojos que derramaron unas lágrimas. Los dos volvieron a abrazarse usando el máximo de sus fuerzas y la saliva se mezclaba con las lágrimas mientras se besaban, y de vez en cuando, se tragaban su propia saliva e hipaban incontroladamente. En ese momento, A Can se separó y dijo mientras reía:

—¡No debemos llorar tanto! ¡Alegrémonos juntos de lo que nos está sucediendo ahora! ¡Vivamos el momento! Espérame, Zhidie. ¡Me voy a poner guapa para ti!

Tras decir esas palabras, se fue al baño para asearse con el agua del grifo, cepillarse los dientes y arreglarse el pelo. Después de sentarse frente al espejo, se perfiló las cejas y se pintó los labios de rojo. Zhuang Zhidie quiso entrar en el baño para ver lo que hacía A Can, pero no pudo, porque la puerta estaba cerrada con pestillo. Solo al cabo de mucho tiempo ella salió del baño totalmente desnuda y con una sonrisa radiante en su rostro. Así, Zhuang Zhidie la encontró deslumbrante y quiso abrazarla de nuevo. Ella le propuso inesperadamente:

—Bailemos juntos. En mi unidad de trabajo, cuando tenemos tiempo libre, salimos a la calle y bailamos y organizamos competiciones de baile.

A Can se puso a bailar ella sola, desnuda, y sin orden ni concierto. Su baile se transformó en algo que parecía el vuelo de una mariposa, como el nombre mismo de Zhidie, que significa «mariposa», y ella se arrojó a los brazos de él... □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí novecientos noventa y cinco palabras]. Tras pasar mucho tiempo, los dos se encendieron y su pasión levantó llamaradas. Él olvidó todas sus preocupaciones y su depresión en ese momento, y experimentó en él mismo lo que expresa de forma maravillosa la lengua clásica de los libros de los antiguos. Se puso a hablar en esa lengua refinada, elíptica y concisa, esa lengua clásica que aparece en los poemas, y se sintió libre, sin ningún tipo de ataduras, como nunca antes se había sentido. Una sensación de alegría profunda y libertad infinita. No estaba en un edificio, ni en una habitación, sino en un lugar de gran altitud, como en una nube producida por la explosión de una bomba atómica. O tal vez en la cima brumosa del monte Hua, cuando la luz radiante de Buda atraviesa las nubes oscuras, y se tienen ganas de saltar al vacío... Zhuang Zhidie y A Can se pusieron a practicar todas las posturas eróticas inventadas y por inventar. En ese *Kama Sutra* improvisado, los dos imitaron las posturas que emplean los actores en las películas occidentales cuando hay una subida de tono, o las de *El clásico de la mujer en su estado natural*⁹⁴, en el que se detalla cómo lo hacían los antiguos. O, simplemente, las posturas de los animales salvajes cuando se aparean, como la de los lobos o los tigres, los jabalíes, los bueyes o las cabras. Lo probaron todo en ese momento de

pasión incontrolada para satisfacer sus más íntimos e inconfesables deseos. Los dos se sintieron como en la cresta de una ola y lanzaron gritos de locura. A Can dijo:

—Córrete, córrete ya, pero dentro de mí... ¡Quiero un hijo! ¡Quiero un hijo tuyo, Zhidie!

Zhuang Zhidie, tal como se lo pidió, eyaculó dentro de ella, y lo hizo como circulan las aguas revueltas del río Amarillo, o violentamente y con fuerza, como el agua a presión cuando sale de una de esas mangueras enormes que riegan los campos. Los dos permanecieron exhaustos sobre la cama, como un par de peces muertos sobre la arena de la playa. Se quedaron quietos y relajados, y parecía que estaban en esa posición desde hacía cien años. Una luz crepuscular, la del último sol del día, entraba por la ventana de la habitación, y lentamente el color del cielo se enverdecía como el jade. Los dos amantes se sonrieron, y A Can preguntó:

—¿Cómo crees que será nuestro hijo?

Zhuang Zhidie contestó:

—Seguro que será igual de bello que tú.

—¡Igual se parece a ti! —saltó A Can, y los dos volvieron a abrazarse. □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí doscientas once palabras].

Zhuang Zhidie sonrió y dijo:

—¡Qué fragancia la tuya!... —y A Can le tapó inmediatamente la boca con la mano.

Luego ella se puso rojo en los labios y besó de nuevo a Zhuang Zhidie, dejándole los labios llenos de carmín. Parecía que A Can le había donado una medalla que era como un sol.

En ese momento, los dos soltaron las manos y la noche ya había caído como una cortina negra sobre Xijing. A Can dijo:

—Esta es la última vez que te doy las gracias.

—¿La última vez que me das las gracias? —preguntó, sorprendido, Zhuang Zhidie.

—Sí, la última vez —sentenció A Can—. No vendré más a buscarte y ya no pensaré más en ti; me las apañaré sola. Te olvidaré por completo y no voy a dejar que nadie sepa que me conoces. Quiero protegerte... Proteger tu pureza, Zhidie.

—Eso no puede ser —zanjó Zhuang Zhidie—. Iré a buscarte. No estás en una muy buena situación, que digamos..., pero no me importa nada. ¡Iré a buscarte!

A Can se puso a reír a carcajadas y dijo:

—Mira a través de la ventana. El cielo está tan negro...

Zhuang Zhidie alzó la mirada y dirigió sus ojos hacia la ventana. El cielo, en efecto, estaba negro como la tinta y parecía un lugar particularmente lejano y distante. Había unas pocas estrellas que tintineaban tímidamente en el firmamento. Él dijo:

—Esas estrellas parecen brillar sobre las montañas de Zhongnan.

Zhuang Zhidie se giró y vio que A Can tenía en la cara unos arañazos que ella misma se había hecho con el imperdible del cabello. El imperdible estaba, efectivamente, lleno de sangre. Zhuang Zhidie observó detenidamente las heridas y pudo ver que A Can había puesto tinta en ellas y se había pintado la cara con el pintalabios rojo.

—Estas heridas se curarán, aunque las cicatrices no se irán nunca —dijo A Can, riendo nerviosamente—. La tinta no se borrará nunca de esas marcas y las tendré siempre. Ya he sido bella, muy bella incluso, y los hombres me han pagado incluso por poseerme; ahora me toca ser fea y quiero ser fea, feísima. Así no vendrás más a verme. Y si vienes, yo no querré verte. ¡Te rechazaré!

Zhuang Zhidie se quedó de una sola pieza y con los ojos en blanco abrió la puerta con la intención de irse; pero cuando quiso cerrarla, un pie se puso en medio para impedirlo. Zhuang Zhidie la empujó para que le dejara salir. A Can insistió en impedirselo y dijo:

—Tú no puedes levantarte e irte. Debes ver con tus ojos que yo me vaya primero. Si todavía quieres escribir cartas falsas al redactor en jefe Zhong Weixian, me perdonarás, pero yo no las voy a enviar. Se lo voy a decir con estas mismas palabras a mi hermana mayor, mi *dajie*, la que vive en Suzhou. Escríbele directamente a ella y apáñate con ella. Yo me voy con tu hijo ya dentro de mi cuerpo. Algún día lo verás. ¿De qué sirve llorar ahora? ¿No me vas a dejar ir contenta y feliz?

Tras decir esas palabras, A Can salió por la puerta y bajó las escaleras corriendo. Sus pasos retumbaron en todo el piso y Zhuang Zhidie los contó: A Can había dado setenta y ocho pasos.

* * *

Zhuang Zhidie regresó a su casa con la cabeza ausente, ya eran las once de la noche. Niu Yueqing no estaba en casa y Liu Yue se quejó ante él. Dijo que por la

tarde se había ido a casa de Sima Gong, junto con Meng Yunfang y Zhao Jingwu. Los dos habían esperado mucho tiempo, pero finalmente ella y los dos decidieron ir a la casa del juez, ya que tú no venías. Pero cuando se disponían a irse, descubrieron que no tenían las caligrafías de Gong Jingyuan. En ese momento, pensaron que debían ir a mediodía a buscar alguna cosa. Le pidieron a Zhao Jingwu que fuese a la galería a por algunas caligrafías. Liu Yue le preguntó:

—Pero ¿dónde has estado tanto tiempo?

—Fui a buscar a A Can —contestó Zhuang Zhidie.

Liu Yue se indignó al oír esas palabras y le dijo:

—A Can... Esa mujer, ¿no tiene ya sus problemas con la justicia?

Zhuang Zhidie le repuso con desdén:

—Sí, y muy importantes. —Tras decir esas palabras, Zhuang Zhidie se metió en el dormitorio. Salió poco después con una sábana y se metió en el estudio para ponerse a dormir.

Meng Yunfang, Zhao Jingwu y Niu Yueqing fueron recibidos calurosamente por Sima Gong, que les sirvió té y les ofreció cigarrillos. Desplegaron las caligrafías de Gong Jingyuan y Sima Gong comentó:

—Jing Xueyin ha presentado su denuncia y el viejo Bai se ha encargado de comentármelo varias veces. He leído el documento en el que se detallan todos los cargos y el marido de Jing Xueyin también ha venido a verme y ha hablado conmigo. Esa mujer no quiere airear su humillación a los cuatro vientos, sino que desea vengarse y hacer mucho daño a quien la ha herido; pero, si os soy sincero, también creo que todavía guarda una gran afición por Zhuang Zhidie. El marido habla siempre con ambigüedad sobre ese tema. Además, ella es hija de un pez gordo del Partido y esa gente se cuida mucho de que nada les perjudique, ya que están metidos en política y quieren hacer carrera en el Partido. Ese mundo tiene, en nuestro país, sus reglas, y una de ellas es pasar desapercibido. O, mejor dicho, desean que todo siga su curso normal. No sé si me explico. No quieren hacer ruido y desean la normalidad, y por ello quieren evitar escándalos. No quieren, en definitiva, que se les asocie a lo que puedan decir de ellos las revistas y los escritores, incluido alguien tan famoso como Zhuang Zhidie. De ahí que hayan reaccionado de esa manera que puede pareceros exagerada. Hemos llegado a un momento en el que ninguna de las dos partes se comprende mutuamente y ninguna armonía ni consenso pueden reinar entre ellas. La mejor solución sería, por supuesto, que ella retirara la denuncia,

pero eso parece ahora muy difícil. Me gustaría tratar este asunto fríamente. No quiero decir que quiero archivarlo ni tampoco quiero decir que no quiero archivarlo. Habría que sentarse con ella y hablar calmamente de ese asunto. Habría que decirle que retire su denuncia, pero ella ha buscado, sin duda alguna, el amparo de los jueces y los tribunales. La pregunta que me hago es: ¿por qué no lo ha retirado? Esta tarde, el presidente del tribunal me ha confirmado que el juicio iba a comenzar.

Niu Yueqing, tras escuchar las palabras de Sima Gong, se asustó como si hubiese tronado repentinamente en el cielo y fue incapaz de decir nada. Meng Yunfang preguntó:

—¿Y todavía no se pueden echar atrás?

Sima Gong respondió:

—No creo que sea posible. Solo si vosotros cambiáis la opinión del presidente del tribunal... Solo él puede darle la vuelta a esta tortilla...

Niu Yueqing sintió que no podía sacar el aire, el cual se agolpaba en la boca, y no podía respirar con normalidad, y sus ojos se llenaron de lágrimas; pero se apresuró a secárselas y a limpiarse los mocos que salieron por su nariz. Meng Yunfang le preguntó:

—¿Tienes rinitis, Yueqing? No parece que estés muy bien. Aquí tengo unos pañuelos de papel.

Con ellos, Niu Yueqing se secó las lágrimas y se mocó. Sima Gong le ofreció un dulce y Niu Yueqing se puso a reír, lo aceptó y, con el dulce en la mano, dijo:

—Camarada Sima, continúa hablándonos.

Sima Gong dijo:

—Que haya juicio no quiere decir que haya pruebas suficientes para sentenciar a nadie. Nadie sabe de antemano quién va a salir victorioso en una denuncia. Hay muchos factores en torno a un juicio que pueden inclinar la balanza a un lado o al otro. Hay que mostrar siempre buena fe y buenos modales en un juicio. Nada de aspavientos. Uno lanza la querrela y luego la deja en manos de los jueces, y ya está. Yo tampoco soy muy bueno en llevarme el gato al agua en los juicios. Así que lo mejor es olvidar el asunto mientras esté en manos de los juicios. También quiero prevenirlos de que lo mejor es que las dos partes os entendáis antes de hacer cualquier tontería. Poneos de acuerdo. Las dos familias deben reconciliarse. Ah, y dejadme estas caligrafías de Gong Jingyuan...

Tras decir esas palabras, Sima Gong se fue a su dormitorio para ver la

televisión y le dijo a su hijo:

—¡Acompaña a los tíos a la salida!

Los tres —Meng Yunfang, Zhao Jingwu y Niu Yueqing— salieron de la casa de Sima Gong y ya en el pasillo se pusieron a comentar lo que les había dicho Sima Gong. Sin perder un minuto más, se dirigieron a la casa del juez Bai Yuzhu. El juez, nada más verlos, les preguntó qué había pasado y se quejó seguidamente:

—¿Qué habéis estado haciendo todo este tiempo? A pesar del diluvio que ha caído en Xijing, he ido un par de veces a los tribunales y me he enterado de que una mujer se ha opuesto a mi nominación para presidir vuestro juicio. ¿Y sabéis quién es esa mujer? ¡Pues la mismísima Jing Xueyin! ¡Y vosotros llegáis tarde! Hoy, el señor Zhuang hubiera debido venir. Los miembros de los tribunales le han estado esperando y el hecho de que se beneficie de una buena reputación no lo excusa. Si pierde este juicio, su reputación se va a venir abajo.

Niu Yueqing avanzó:

—La crítica del viejo Bai es acertada. Todo este asunto nos va a volver locos; es como caer en la corriente de una inundación y ahogarse en ella. El alcalde ha obligado a Zhuang Zhidie a escribir artículos sobre él y por eso no ha podido venir. Esta tarde, ha sido el alcalde mismo quien lo ha llamado. ¿Cómo queréis que venga? Seguro que, en cuanto pueda, vendrá a ver a Bai Yuzhu y Sima Gong. Hace apenas unos momentos, el juez Sima Gong se encontraba de buena disposición, pero lo que nos ha dicho nos ha dejado preocupados.

Bai Yuzhu dijo:

—Él debería asumir el control de ese juicio, si no, se le va a escapar de las manos. Debería ir a hablar a los periódicos para que se pongan de su lado. No debería decíroslo, pero no son los tribunales quienes dictan justicia, sino los jueces, y estos no pueden mostrar ningún sentimiento hacia ninguna de las partes.

Niu Yueqing dijo entonces:

—Ah, viejo Bai, pero nosotros somos amigos y ahora dependemos de ti. El juicio ya se ha registrado en los tribunales y ahora está en tus manos. Tú tendrás la última palabra.

Bai Yuzhu le replicó:

—Dile a Zhuang Zhidie que esté tranquilo. Sea cual sea el resultado, yo voy a hacer todo lo que pueda, al máximo de mis fuerzas.

Niu Yueqing dijo:

—¿Cómo?... ¿Qué quieres decir con eso de que sea cual sea el resultado? Al oír esas palabras, ¡mi corazón ha caído en un abismo insondable!

Bai Yuzhu se quedó un buen rato deprimido y sin saber qué decir. Al final se pronunció:

—Si es así, voy a tener que servirlos algunos platillos fríos, de verduritas avinagradas o algo parecido... Habrá que llamar también al bueno de Sima Gong para que venga a echar un trago con nosotros. Seguro que sabe que, vosotros y yo, ya nos conocemos, y si no acepta venir, deberá leer, tarde o temprano, los cargos que se han presentado contra vosotros, y seguro que, cuando lo haga, será un auténtico desastre para nosotros y perderemos el juicio. No perdamos la esperanza... Si viene le daré personalmente una caligrafía de Gong Jingyuan; y si encima se digna a hablarme, y yo puedo contarle abiertamente nuestro asunto, seguro que ganaremos el juicio. La esperanza es lo último que se pierde en este mundo... Deja conmigo las caligrafías del bueno de Gong Jingyuan... Voy a servirlos varias copas de vino... ¿Os apetecen? Yo quiero ocuparme personalmente de este juicio y no quiero que me calle nadie, pero esto no va a ser fácil, creedme. Si Sima Gong no quiere hablar conmigo de ese asunto, entenderé por ello que no quiere implicarse en nuestro caso, y esa será una muy mala noticia. Hasta afirmaría que se pondrá en nuestra contra; pero si está abierto a hablar conmigo, ello será una muy buena noticia para nuestros intereses en el juicio. Crucemos los dedos...

Niu Yueqing repitió varias veces que lo último que había dicho el juez sería lo mejor, y de lejos, para Zhuang Zhidie, y Meng Yunfang dijo:

—Ay, mi querido Bai, me recuerdas a la abuela Wang, la de ese novelón gordo que conocemos como *A orillas de las aguas*⁹⁵, dando consejos de manera muy educada a todo el mundo para que nadie se moleste; pero que, en realidad, no solucionan nada.

El juez Bai Yuzhu respondió:

—Hace tiempo que quiero leer *El romance de los Tres Reinos*⁹⁶, pero no tengo tiempo...

Niu Yueqing le pidió a Zhao Jingwu que fuese al mercado nocturno para comprar algunas verduras, pero Bai Yuzhu les dijo que no era necesario ya que tenía en casa, y de sobras. Niu Yueqing sacó, sin embargo, dinero de su bolsillo y se lo dio a Zhao Jingwu. Sin tardar mucho tiempo, Zhao Jingwu se presentó con tres botellines de Wuliangye —el licor fuerte de los Cinco Granos—, unas tiras de carne de panza de buey secas para acompañar ese licor, una lengua de buey,

siete pies de cerdo marinados en salsa de soja espesa, cinco huevos de esos que llaman de los Diez mil años —es decir, huevos conservados en arcilla y cenizas—, y un pollo asado a las Cinco Delicias. Bai Yuzhu invitó a sus huéspedes a la planta superior de la casa para gozar de ese banquete excepcional, pero antes les dijo que quería llamar a Sima Gong para hablar con él. Quería hablar extensamente con el juez del juicio de Jing Xueyin y Zhuang Zhidie. Bai Yuzhu les pidió a los tres que dejaran la casa por unos instantes y esperasen fuera. La ventana de la planta de arriba serviría para enviarles un mensaje codificado. Si Bai Yuzhu la abría, ello quería decir que Sima Gong había aceptado la invitación para el banquete de la noche y cenar de esa manera junto a él; si la cerraba, ello quería decir que Sima Gong había además aceptado las caligrafías de Gong Jingyuan; pero si la abría otra vez, ello quería decir que los dos estaban hablando del juicio y se estaban poniendo de acuerdo. Si la cerraba por segunda vez, los tres invitados podían irse tranquilos a sus casas, porque el asunto se había arreglado y el juez Sima Gong se había puesto de su parte.

Los tres dejaron la casa del juez Bai Yuzhu y tomaron la calle que se alargaba junto a una de las murallas que rodeaban la ciudad de Xijing. Todos ellos miraban atónitos la ventana de la residencia majestuosa de Bai Yuzhu. Los tres se miraron y sonrieron. Los jueces de Xijing vivían francamente bien y rodeados de todo tipo de lujos. No había mucha gente en la calle y justo al final de ese callejón se situaba el mercado nocturno. Desde donde estaban los tres, pudieron oír el vocerío de las gentes del mercado, peleándose entre ellos y discutiendo por el precio de cualquier cosa por insignificante que fuese. Meng Yunfang alzó la mirada y se puso a ver lo que sucedía a su alrededor. Pensó que no se estaba aburriendo a pesar del momento muerto y angustioso en el que se encontraban los tres en medio de ese callejón desierto junto a los muros de la ciudad y dijo:

—Jingwu, tú que eres joven y no te duele el cuello cuando lo estiras, ¿por qué no miras a la ventana? A mí me está poniendo nervioso este asunto. Yo, por mi parte, voy a cerrar los ojos y me voy a poner a rezar...

Meng Yunfang se sacó las zapatillas y se las puso bajo el trasero, sentándose luego en el suelo, encima de ellas, cruzó las piernas, cerró los ojos como si estuviera rezando, y se puso a roncar. Al cabo de unos doce minutos aproximadamente, se vio una sombra que se movía detrás de la ventana, la cual se abrió seguidamente, y luego se cerró. Zhao Jingwu sacudió a Meng Yunfang y dijo:

—¡Maestro Meng, el juez Sima Gong ha aceptado las caligrafías de Gong

Jingyuan!

Niu Yueqing dijo:

—El maestro está cansado. Déjale dormir, que es lo que está haciendo en realidad. Jingwu, tú también deberías echar una siesta.

—Yo no estoy cansado —dijo Zhao Jingwu—. No olvides que el maestro Meng solo puede ver por un ojo. ¡Y lo tiene abierto, mirando al cielo! Parece que tiene los dos ojos cerrados, pero no es así. No me explico cómo lo hace...

Meng Yunfang le replicó:

—Jingwu, hablas mierdas de perro.

—Pero ¿no estabas durmiendo? —le preguntó inmediatamente Zhao Jingwu.

Meng Yunfang intervino:

—Yo, por mi parte, hago la vista gorda con esas cosas... ¿No habéis oído algo?

Zhao Jingwu y Niu Yueqing dijeron:

—No paran de pelearse en el mercado nocturno.

Meng Yunfang insistió:

—Escuchad, escuchad... Parece que Zhou Min se ha puesto a tocar otra vez la ocarina encima de los muros.

Zhao Jingwu y Niu Yueqing se pusieron a escuchar atentamente y percibieron a lo lejos la música de la ocarina. Niu Yueqing comentó:

—Zhou Min lo está pasando mal. Cada noche se sube a la muralla y se pone a soplar la ocarina. Se le nota el talento musical, pero no sé cómo se las arregla para que ese instrumento tan rudimentario suene tan triste. ¡Esa música de entierros nos va a dar mala suerte!

Meng Yunfang dijo por su parte:

—Ese pequeñajo se siente mal por lo que ha hecho porque, precisamente, ha traído la mala suerte a mucha gente. Me he fijado en su fisonomía y tiene una marca de nacimiento en la nariz. La gente que tiene esa marca de nacimiento se siente muy sola en este mundo y nunca consigue grandes cosas; y cuando consigue algo, lo hace mal y causando daños que ha sido incapaz de prever.

Niu Yueqing dijo:

—Yo también creo que algo le corroe interiormente. Ese tipo no es trigo limpio; ha secuestrado a Tang Wan'er y ha traído la desgracia a nuestra casa. Encima, ha manchado la imagen de Xijing con ese artículo difamatorio y lleno de bilis... Ese artículo es algo más que un simple artículo; es un signo de los tiempos, un signo que anuncia catástrofes, y el fin de algo. ¿Cómo no vamos a

pensar que es una mala persona? Por eso su música suena de esa manera. Pero no hablemos más de él. ¿No se habrá emborrachado el viejo Bai con el licor que le hemos comprado? ¿Nos habrá olvidado el muy golfo? ¿Y lo de nuestro juicio?...

Zhao Jingwu los tranquilizó:

—El viejo Bai no se atrevería a hacerlo. Se preocupa de la gente y nuestro asunto es algo serio. El maestro Zhuang tampoco es un cualquiera y no olvidéis que le hemos comprado el licor de los Cinco Granos. Esa gente aprecia especialmente ese tipo de ofrecimientos más que otra cosa. Para ellos, eso no es un soborno, sino reconocer el buen gusto de la gente. Maestro Meng, tú que sabes interpretar la fisonomía de Zhou Min, ¿qué dices de la mía?

Meng Yunfang le respondió:

—No sabría decírtelo exactamente; solo veo un poco, si me lo permites... En los últimos días, cuando has ido a cagar lo que ha salido de tu trasero, ¡ha sido duro y te ha escocido!

Zhao Jingwu le dijo sorprendido:

—¿Cómo has podido saberlo?... Increíble, ha sido exactamente así.

—Yunfang, ¿de veras que eres capaz de adivinar ese tipo de cosas con solo mirarle la cara a alguien? —preguntó Niu Yueqing.

—Por supuesto que sí —repuso con voz segura Meng Yunfang—. Se trata del método para leer rostros de la Puerta Maravillosa. Fíjate simplemente en el lugar donde nosotros tres estamos sentados, pero tú estás debajo de una farola y la luz de la farola proyecta un círculo sobre el suelo. ¿No te parece que tiene la forma de tu sexo?... Un niño, seguramente, ha roto de una pedrada el cristal de esa farola, y ello quiere decir que tú, en este lugar, tendrás problemas. La luz, la sombra, la farola rota, la posición que has escogido junto a ella, tu sexo, tus problemas... ¿No tiene todo ello una relación? Pero hay que saber verla, ya que no es evidente. Incluso puedo decirte algo más. En la casa que queda a tu lado izquierdo vive un soltero. ¿Cómo lo sé?... Delante de la puerta de la entrada hay una sófora que carece de hojas y ramas; ese árbol solo sirve de pilar. Si no me crees, ve a verlo con tus propios ojos y pregúntaselo. Ahí vive ciertamente un solterón.

Zhao Jingwu se levantó y dijo:

—Hay una luz encendida; le pediré unas cerillas, y le preguntaré de paso si está casado.

Nada más levantarse, gritó:

—¡Se ha abierto la ventana!

Niu Yueqing, feliz, dijo:

—Este viejo Bai tiene aún cuerda para rato... Cuando este asunto se haya acabado, tendremos una deuda con él y deberemos pagar esa deuda. ¡Le invitaremos a comer a casa! Nosotros somos gente agradecida, y que no se diga lo contrario. —Niu Yueqing añadió tras quedarse callada unos segundos—: Jingwu, no te vayas. Ve a preguntarle al tipo ese si es o no un malhechor, como dice el sabelotodo de Meng Yunfang. A esos sabios de media tinta que tanto abundan en Xijing hay que rebajarles los humos. Tú y tu maestro Meng podríais ir al mercado nocturno para haceros con algo de pescado asado.

Niu Yueqing le dio cuarenta yuanes a Zhao Jingwu y urgió a los dos a que se fueran ya, sin perder más tiempo. Cuarenta minutos más tarde, Niu Yueqing se fue ella misma al mercado nocturno y a uno de los vendedores de los puestos que vendían, sobre todo, dulces de arroz fermentado y glutinoso, le pidió:

—Dame tres boles llenos, cada uno con un huevo macerado.

Meng Yunfang y Zhao Jingwu, que se encontraban junto a ese puesto, comprendieron lo que quería decir Niu Yueqing: esos tres boles eran para ellos tres, ya que ella los invitaba a cenar.

Ya había anochecido cuando Niu Yueqing llegó a su casa. Hacía, en realidad, ya más de dos horas que había anochecido. Liu Yue se encontraba todavía despierta en el sofá leyendo un libro. Al ver llegar a Niu Yueqing, Liu Yue se asustó y estiró la cabeza hacia delante. Niu Yueqing le cogió el libro y lo cerró de golpe, luego le preguntó:

—¿Con quién estabas soñando? —Liu Yue sonrió y se fue a preparar el té. Niu Yueqing se descalzó y le pidió a Liu Yue que le cortase un ojo de gallo que se le había formado en el talón del pie. Niu Yueqing alzó el pie desnudo y Liu Yue, que había cogido una cuchilla, al verlo, se asustó y le dijo—: ¡Vaya ojo de gallo que te ha salido en el pie! ¡Y qué feo y qué duro lo tienes!

—Eso se debe a esos zapatos de tacón alto; son un infierno. Los hombres no saben lo que deben sufrir las mujeres para estar bellas. ¡Córtalo, córtalo, aunque duela!

Liu Yue se lo cortó finalmente, con un corte seco que ni siquiera provocó sangre, y Niu Yueqing le dijo que no pasaba nada y volvió a calzarse con unas zapatillas de estar por casa. Luego le pregunto a Liu Yue:

—¿Y él?...

—Está durmiendo en el sofá del estudio.

Niu Yueqing suspiró amargamente y dijo:

—¡No le haga caso! ¡Yo tampoco voy a hacerle caso! Ya me he ocupado demasiado de él y ahora le tocará lo suyo en los tribunales. Vete a dormir ahora y cierra la puerta con el cerrojo.

Al segundo día, Zhuang Zhidie se aseó nada más levantarse, ya que quería estar presentable. Sabía que su mujer ya se había ido al trabajo y le preguntó a Liu Yue qué le había comentado su mujer la pasada noche, cuando regresó. Liu Yue le contestó que Niu Yueqing no le había dicho nada. Zhuang Zhidie llamó por teléfono inmediatamente a Meng Yunfang, pero nadie lo cogió al otro lado del hilo. Zhuang Zhidie se fue a su estudio, se sentó en el sofá y se puso a beber un licor alcohólico. Eran las ocho de la mañana aproximadamente cuando se presentó el cartero con una notificación de los tribunales junto con la lista exhaustiva de los cargos contra Zhuang Zhidie. Había un formulario que el acusado podía rellenar para impugnar las acusaciones. También aparecía la fecha para la apertura del juicio. Había más de tres hojas de acusaciones interminables escritas en un lenguaje farragoso y oscuro de la mano de Jing Xueyin, con un estilo único y con una caligrafía única. Zhuang Zhidie reconoció ese estilo, pero al mismo tiempo le pareció que alguien estaba dictándole desde detrás esas frases. La lectura de esa carta lo encendió y se puso a insultar al autor, o los autores, de esa carta injuriosa. Leyó que había cinco inculpados: Zhou Min, en primer lugar, y luego él, Zhuang Zhidie. Seguidamente, y en orden, Zhong Weixian, Li Hongwen y Gou Dahai. A pesar de ocupar el segundo lugar, los cargos contra él eran los más numerosos y los más hirientes de esas tres páginas. Lo describían a él como un ser de gran reputación en la sociedad, pero sucio y despreciable por dentro. Lo tachaban además de ingrato y de vender a sus amigos, y capaz de hacer literatura de las miserias de la gente y sin importarle si la dañaba o no. A Zhuang Zhidie le ardía la cara y sabía que Jing Xueyin había hecho trizas su amistad con él. En su corazón era un don nadie y ella se sentía, inevitablemente, herida y muy ofendida con él. Él le había faltado el respeto a ella y esa situación había sido como echar gasolina al fuego. Zhuang Zhidie volvió a echar otro trago al botellín y el aguardiente entró en la barriga haciendo un *glu, glu, glu*. Tambaleándose, Zhuang Zhidie salió por la puerta del estudio con la intención de ir a la casa de Zhou Min para ver a Zhou Min. Zhou Min también había recibido la notificación de los tribunales de Xijing y, como Zhuang Zhidie, se encontraba en su casa ahogando sus penas en alcohol. Los dos hombres se sentaron y continuaron bebiendo y leyendo los cargos contra ellos. Zhou Min le comentó a Zhuang Zhidie que la *Revista de Xijing* y sus

responsables también figuraban en la lista de acusados. La redacción había recibido la notificación de los tribunales y algunos periodistas pensaban que Wu Kun estaba detrás del estilo de esa carta con los cargos. Habían visto a Wu Kun y a Jing Xueyin juntos y llevándose muy bien. Wu Kun le debía además muchos favores al marido de Jing Xueyin y no había que olvidar que ahora ocupaba el lugar de Zhong Weixian... Zhuang Zhidie volvió a beber otro vaso de aguardiente y gritó:

—¡No debes decirle nada a ella! ¡No le digas nada, por favor!...

El hombre cayó al suelo totalmente borracho y llegó el mediodía y todavía seguía así. Tang Wan'er llamó por teléfono a Niu Yueqing y esta le respondió:

—Yo ya no puedo hacer nada por él.

Niu Yueqing le colgó el teléfono y ello enojó enormemente a Tang Wan'er, la cual pensó para sus adentros: no le hagas caso; espero que no piense que he sido yo quien ha provocado la borrachera de Zhuang Zhidie. Esa mujer debería ocuparse de su marido y no yo.

Tras tener esos pensamientos, Tang Wan'er le pidió a Zhou Min que la ayudase a meter a Zhuang Zhidie en la cama para se pusiese a dormir a pierna suelta, y luego le pidió a Zhou Min que fuese a la redacción para ver lo que estaba pasando por ahí. Tang Wan'er se quedó mientras tanto cuidando a Zhuang Zhidie.

Cuando Zhou Min se puso en camino, Tang Wan'er cerró la puerta de la entrada al patio y se fue a ver cómo se encontraba Zhuang Zhidie. Zhuang Zhidie seguía totalmente ebrio y tenía la cara llena de sudor. Tang Wan'er le abrió la chaquetilla blanca para que no se sintiese tan acalorado y cogió un ejemplar de *El sueño del pabellón rojo* y se sentó en una silla junto a la cama para leerlo, pero tuvo que dejarlo. Pensó que ese entorno era extremadamente bello, se sintió feliz, y se dijo a sí misma: en la cama, Zhuang Zhidie no para de roncar y yo aquí pretendo leer tan tranquilamente una novela. Al otro lado de la ventana soplaba un viento suave que agitaba las hojas del peral y un ratón se había metido en el techo de la casa y lo recorría de un lado a otro buscando una salida que no encontraba. Estirando del cordel, encendió la lamparita que había al lado de la cama, y la cara de Zhuang Zhidie se iluminó de golpe. Con los ojos abiertos como platos, se puso a mirar a Zhuang Zhidie y fantaseó con su persona, imaginando que él era su marido de verdad y se había quedado dormido mientras ella le leía *El sueño del pabellón rojo*. La cadencia de su voz mientras leía ese clásico había dormido a Zhuang Zhidie. ¿Te has quedado dormido?, le preguntó Tang Wan'er en su ensoñación. Soltó el libro y se estiró junto al cuerpo de

Zhuang Zhidie, besándole los labios. Zhuang Zhidie continuaba ebrio y en su rostro había la expresión de un individuo feo y ruin. Tang Wan'er cogió un pincel y se puso a dibujar sobre la piel de Zhuang Zhidie. En los dos pechos del escritor de Xijing, ella dibujó un par de ojos y una boca en su ombligo con dos puntas levantadas a los lados. Tang Wan'er dibujó, en definitiva, una cara que le estaba sonriendo. Ella le preguntó a ese rostro: «¿De qué te ríes? ¿No te estarás riendo de mí?». Luego dibujó unas lágrimas saliendo de esos ojos pintados en los pechos de Zhuang Zhidie. Esa cara sonreía y lloraba al mismo tiempo. Tras acabar con su dibujo, aún no se había despertado y ella volvió a preguntarle: «¿Todavía no te has despertado? ¿O estás haciendo como si durmieras?». Zhuang Zhidie, en realidad, no estaba durmiendo. Tang Wan'er deseó en ese momento que Zhuang Zhidie no volviese a emborracharse más en todo el año; le desabrochó el cinturón, le bajó los pantalones y se puso a jugar con la cosa de Zhuang Zhidie... □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí veintiséis palabras]. Tang Wan'er notó que un líquido caliente tocaba su mano y luego miró al suelo. Ahí había un círculo como de esputos blancos... □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí cincuenta y tres palabras]. Tang Wan'er amasó sus pies y se calzó de nuevo con las zapatillas. Como si despertara de un sueño profundo, no se acordaba de nada de lo que había hecho. Volvió a echarse en la cama y su rostro estaba palidísimo. Se giró y a su lado ya no había nadie. Se volvió a girar y Zhuang Zhidie la estaba mirando con una sonrisa en sus labios. Tang Wan'er le tapó los ojos con las dos manos y se montó encima de su cuerpo, frotando su sexo sobre el sexo de él.

—¿No tienes vergüenza, Wan'er? —le preguntó acalorado Zhuang Zhidie.

—No quiero que me hables —repuso Tang Wan'er—. ¡Solo quiero verte ebrio!

Ella le impidió hablar más pegando su boca a la suya. Zhuang Zhidie se giró como un lobo enfurecido y se puso detrás de ella como un animal que quiere aparear a otro, le mordió el cuello desde atrás y le dijo:

—¡Pues sigo estando ebrio otra vez! ¡Sí, lo estoy!...

□□□□□□ [el autor ha suprimido aquí doscientas palabras]. Al otro lado de la ventana, la luz palidecía inexorablemente y Zhuang Zhidie se había quedado paralizado y lanzaba bostezos interminables.

—Ya ha anochecido, Wan'er —dijo con melancolía.

—Pues sí, ha anochecido —replicó Tang Wan'er—. Los días son tan cortos...

Zhuang Zhidie le preguntó:

—Wan'er, ¿has puesto algún somnífero en el licor? No podía despertarme... Debo regresar a casa. ¿Cómo puede ser que tengas las piernas tan flexibles?

—Tú no irás a ningún lado. Ya está oscuro y tú te quedas a dormir aquí.

—¿Qué me dices? —preguntó con desdén Zhuang Zhidie—. Me cuentas otra vez historias para retenerme...

—Dormir aquí quiere decir pasar la noche aquí. ¿Está claro? —respondió Tang Wan'er.

—Eso suena bien —dijo Zhuang Zhidie—, y lo has dicho en una sola frase, como un verso. Muy brillante. Wan'er, deberías dedicarte a la poesía.

Tang Wan'er saltó por encima de Zhuang Zhidie y abrió el armario que estaba al lado de la cama. De ahí sacó unas bragas, que se puso seguidamente, y luego una falda. Mientras se vestía, dijo:

—¿Ah, eso crees? Tú, el escritor, y yo, la poeta. Esta noche, cuando venga Zhou Min, tú y yo estaremos charlando tan tranquilamente. Estoy segura de que Zhou Min ha intimado últimamente con tu *laopo*...

—De vuelta a casa, me meteré otra vez en mi estudio. Yo no tengo a ningún amante esperándome en casa. Ni yo soy el amante de nadie. Mi vida es así de gris.

Tang Wan'er le insinuó:

—Así que para ti soy una persona brillante... —Tras decir esas palabras, quiso encender la lamparita, estirando previamente del cordel. Clac, clac, sonó; pero no se iluminó ninguna luz—: Otra vez lo mismo. ¡Un corte de luz! En Xijing, hay un par de apagones cada tres días. Si yo fuera el alcalde, ya habría puesto de patitas en la calle al director de la Compañía Eléctrica. ¡Te daré unas cerillas!

Tang Wan'er encendió una de las cerillas y los dos pudieron verse sus sonrisas; la apagó y volvió a encender otra, y la apagó otra vez. Zhuang Zhidie le dijo a Tang Wan'er:

—Si quieres ser poeta, debes transformarte gradualmente tú misma en un poema, ¡y no malgastes más cerillas! ¿Quieres?... Déjalo estar... ¿Y Zhou Min?... ¿Ha ido a trabajar hoy?

Tang Wan'er le contestó:

—Sí, ha ido a trabajar, pero cada noche se sube a la muralla para tocar la ocarina. Hoy no le he visto llegar. Me temo que algo le habrá retenido en la redacción de la *Revista de Xijing*. Vístete. Te prepararé una sopa.

—No, no tengo hambre para tomar nada —respondió Zhuang Zhidie—. Esperaré a que regrese Zhou Min. Si no vuelve la electricidad y nos ve a oscuras, ¿qué va a sospechar?

—Si sales en este momento, seguramente que te topará con él en la entrada. Entonces, tu presencia levantará sospechas. Lo mejor es que te vistas y te metas en la cama como si siguieses con tu borrachera. Yo cerraré por mi parte la puerta de la entrada con el cerrojo y cuando él regrese, yo ya me habré ido.

Zhuang Zhidie se puso a decir que las mujeres habían nacido más endiabladas que los hombres y de su bolsillo sacó unos billetes y dijo:

—Anda, vete a la calle y métete en la primera tienda de ropa que veas y te compras algo decente para ponerte encima. Si no me equivoco, hay un centro comercial que no cierra durante doce horas al día. Yo siempre compro ropa a las mujeres que quiero, Wan'er, y ahora te toca a ti.

Pero Tang Wan'er no quería y Zhuang Zhidie se quejó. Tang Wan'er aceptó finalmente y salió a la calle.

Esa noche, Zhuang Zhidie no regresó, en realidad, a su casa para dormir. Zhou Min, de regreso al patio, le llamó nada más abrir la puerta y lo despertó. Tang Wan'er se presentó con un vestido nuevo y Zhou Min, al verla, la abroncó, ya que, según le dijo él, ese vestido era demasiado descarado y ella llamaba la atención de los hombres. Tang Wan'er, para calmarle los ánimos, y ya que notó que su marido estaba crispado y tenso, le preparó algo de comer y encendió una candela para darle más romanticismo al encuentro. Zhou Min le dijo a Zhuang Zhidie que no se fuese y le pidió a Meng Yunfang que se uniese a ellos. Los cuatro no tardaron en ponerse a jugar al *majiang*. Tang Wan'er, visiblemente enojada, dijo:

—Vosotros, los letrados, sois una banda de degenerados. Os pasáis las tardes hablando de literatura y no os importa nada más. ¡Juguemos al *majiang*!

Meng Yunfang, sin embargo, le comentó:

—Pero, el *majiang*, ¿no es un juego para degenerados? El gran Hu Shi⁹⁷, ese maestro, dijo que la lectura de libros haría olvidar el juego del *majiang*; pero el juego del *majiang* también podría, a su vez, ¡hacer olvidar la lectura de los libros! Desde mi punto de vista, tanto la lectura de los libros como el juego del *majiang* afectan la salud mental de las personas. Zhidie y Zhou Min, los dos, leen muchos libros y escriben artículos y ensayos, y, míralos, los dos tienen problemas mentales y andan por la vida muy preocupados y deprimidos.

Los cuatro pasaron jugando al *majiang* el resto de la noche, y, al romper el

nuevo día, Meng Yunfang le pidió a Zhuang Zhidie que fuese a su casa para pasar unos días y sacarse de encima el aburrimiento y la depresión que lo tenían abatido. Zhuang Zhidie pasó tres días en casa de Meng Yunfang y juntos fueron a la exposición de un pintor y calígrafo que se había inaugurado en un hotel de Xijing. El dueño del hotel había preparado, para la exposición, una auténtica selección de delicias de todo tipo que satisfacerían los paladares más exigentes de la Capital del Oeste. También tuvo el detalle de pedir a algunas cantantes poco conocidas, y que, por sus gestos y su talento, no parecían nada profesionales, que viniesen a deleitar a los invitados con sus gorgoritos. Zhuang Zhidie pensó que ese pintor debía de tener mucho dinero para ofrecerse una exposición en un hotel y con un banquete para los invitados. Los antiguos invitaban incluso a prostitutas para que acompañasen a los invitados a dar paseos por lugares escénicos que habían inspirado los cuadros del pintor. A Zhuang Zhidie, esas cantantes le parecieron ser unas auténticas *xiaojie* («unas hermanitas»), esas jóvenes que se prostituyen casualmente para sacar algo de dinero. Meng Yunfang le sopló al oído a Zhuang Zhidie:

—¿Has visto las manos de esa cantante? ¿No te parecen demasiado, cómo decirlo, atrayentes?... Esas chicas no tienen ni idea de cantar, pero mira qué manos tienen. Se ven de lejos. ¿Y te has fijado en sus boquitas? Pues lo mismo. Esas chicas están todo el rato mordiéndose la lengua con los dientes, pero con la boca abierta y no paran de sonreír. ¿Sabes por qué?... Hay hombres que las miran. Las manos y la boca; esas son las armas que debe dominar cualquier buscona que conozca bien su oficio. Vayamos al salón A la búsqueda de eso que falta y hagamos algo ahí. Pidámosles a esas cantantes que nos acompañen.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Tu ojo no está bien. Deberías cerrar los ojos y descansar.

A Meng Yunfang le enojaron esas palabras y pinchó con sus manos una de las piernas de Zhuang Zhidie. Las cantantes, mientras tanto, berreaban a pleno pulmón unas melodías incomprensibles. Uno de los asistentes a la exposición sacó veinte yuanes y se los dio a una de las jóvenes cantantes. Las cantantes se fueron finalmente y el director del hotel dispuso una mesa con los «cuatro tesoros del estudio» (el tintero, la tinta, la pluma y el papel). Uniendo sus dos manos en forma de saludo respetuoso, dijo:

—Cada uno de ustedes es un escritor o un pintor famoso y esta es una oportunidad rara para que se conozcan. Algo nos une, y es nuestro amor por las caligrafías artísticas. ¿Por qué no nos dejan a cada uno una caligrafía como recuerdo de este encuentro?

Zhuang Zhidie le preguntó en voz baja a uno de los pintores:

—¿No os iba a reservar el hotel una sala para que os reunierais todos vosotros? Vaya detalle...

El pintor le respondió:

—Tengo que confesarte que a nosotros, los pintores, nos tratan en Xijing mejor que a vosotros, los escritores. Tenéis mala fama. Además de la carne de la gallina, nos dan sus huevos. ¿Lo entiendes ahora? En realidad, en Xijing, los pintores damos menos problemas que los escritores. Encima, van y nos compran los cuadros por una miseria, y ellos tan contentos, y nosotros no rechistamos y les sonreímos. El sello con nuestra firma, el cual debemos estampar en cada una de nuestras obras, les sale muy barato. El arte al servicio del mejor de los mundos.

Zhuang Zhidie le replicó con la misma voz baja de antes:

—Vosotros no deberíais estar dispuestos a vender de esa manera vuestro sello. ¿Por qué lo hacéis?

—Pues simplemente porque no queremos morirnos de hambre y muchos de nosotros comemos gracias a nuestras obras —le respondió rotundamente el pintor.

Zhuang Zhidie se sentó y se puso a reír. Tras dejar de reír, el director del hotel le pidió que escribiese alguna caligrafía para el acontecimiento. Zhuang Zhidie le dijo, sin embargo, que dibujaba muy mal y que carecía de talento artístico para realizar cualquier pintura o caligrafía de cierto valor; pero el director se excusó de su torpeza por habérselo pedido y le dijo que había habido un malentendido. No quería que Zhuang Zhidie dibujase nada en particular, sino que escribiese, en realidad, un artículo elogioso sobre el pintor y la exposición que el gobierno local había organizado en uno de los mejores hoteles de la ciudad para promocionarlo. Zhuang Zhidie le dijo que no iba a tener tiempo de escribir un artículo así y que lo mejor sería que él mismo dejase su firma en alguna pintura. Al final, Zhuang Zhidie garabateó algunos poemas en las pinturas de los pintores que habían venido a la inauguración de la exposición. Estos alabaron sin excepción el estilo y la autenticidad de los poemas de Zhuang Zhidie y su bella caligrafía, y, sobre todo, el hecho de que no fueran falsos.

CAPÍTULO XII

Zhuang Zhidie conversó durante un buen rato con varios de esos pintores, jóvenes en su mayoría, y con Zhao Jingwu; poco después, se fue a ver a varios anticuarios que tenían sus tiendas cerca del hotel antes de asistir a una representación de ópera de Qinqiang. Comieron luego algún pisco-labis en una calle estrecha que estaba llena de esos puestos modestos de comida sencilla y barata, y fueron seguidamente al templo de Yunhuang —el templo del Ornamento del Jade semicircular y abombado— para admirar los ejercicios de *qigong* del Gran Maestro de la Sabiduría auspiciosa. Vete a saber cuántos días pasaron antes de que Zhuang Zhidie recibiera la notificación con la fecha de su primera convocatoria en los tribunales de Xijing. Zhuang Zhidie vio dos veces la fecha de la convocatoria y se dio cuenta de que apenas disponía de quince días antes de ese día. Lo único que podía hacer era irse a casa y ponerse a esperar. Zhou Min y Zhong Weixian vinieron a verlo varias veces para hablar con él de ese asunto. Consultaron a cinco abogados y cada uno de ellos quería que Zhuang Zhidie diese la cara en el juicio. Otros también iban a presionarlo para que se presentase en ese juicio y todos ellos pensaban que la suerte de Zhuang Zhidie estaba, en realidad, en manos de Sima Gong. Solo ese juez podía inclinar la balanza de un lado a otro. Para un abogado, defender a un personaje célebre como Zhuang Zhidie en un juicio con Sima Gong como fiscal era darse un baño de gloria inesperado fuese cual fuese el resultado final. Zhuang Zhidie recibía todas esas noticias con una sonrisa amplia en sus labios y no perdía la compostura, pero la procesión iba por dentro. Mil contradicciones irrumpían en su cabeza y los abogados quisieron, en primer lugar, analizar detenidamente los cargos de Jing Xueyin y cuál era su fin. Le propusieron a Zhuang Zhidie que Jing Xueyin quería únicamente hacer pública su relación pasada con un personaje célebre en Xijing. Ello la ayudaría a subir peldaños en su popularidad. Pero Zhuang Zhidie se negó rotundamente a atacar el juicio por ese lado. Jing

Xueyin no tenía esa mentalidad. A los abogados no les sentó muy bien la respuesta de Zhuang Zhidie e insistieron en que, si querían ganar el juicio, debían mantener lo de la relación amorosa. Le dijeron que la carta que le había enviado él a Jing Xueyin había sido un error garrafal y solo quedaba como solución confesar que él deseaba, y seguía deseando, la reconciliación con ella. Tras escuchar a los abogados, Zhuang Zhidie supo que Zhou Min ya había hablado con ellos para quitarse la responsabilidad de encima. Zhou Min quería salir limpio de ese juicio, aunque el tribunal afirmase que él, y solo él, había sido el autor del artículo. La estrategia de mantener como verdaderos los hechos que se contaban en ese artículo, y delante de Jing Xueyin, le era difícil de soportar a Zhuang Zhidie. Si los miembros del tribunal insistían en que esos hechos se habían producido, a él no le quedaría otra opción que decirles que en esa época ya se había comprometido con Niu Yueqing e iban a casarse. Pero lo cierto es que, si les contaba eso, el marido de Jing Xueyin se lo iba a tomar mal y Niu Yueqing todavía peor, ya que le acusarían de inmoralidad y engaño deliberado. Una relación con dos mujeres al mismo tiempo y engañándolas. Zhuang Zhidie decidió que se iba a mantener firme negando lo que se contaba en ese artículo. No había habido relación alguna entre él y Jing Xueyin.

Zhou Min, tras escuchar la decisión de Zhuang Zhidie, le sonrió con desdén y le dijo:

—Maestro Zhuang, siempre muestras tu buen corazón a la gente, pero eres como el señor Dong Guo⁹⁸ y acabarás peor que él.

Pero Zhuang Zhidie no quiso escucharle y le replicó:

—Quiero actuar de esta manera pase lo que pase. Explicaré en el tribunal lo que hay detrás de ese artículo. ¡Todas sus sombras!... Lo que se ha dicho no corresponde exactamente a lo que yo deseaba que se dijese. Ese artículo no es sobre mí ni tampoco lo había leído. Todavía no he visto a ningún especialista que me informe sobre ese tema, pero lo haré. Llegado el momento del juicio, espero no verte la cara, Zhou Min. Quiero defenderme solo y que tú te defiendas solo. Y si los jueces no quieren escucharme y pierdo el juicio, ¡pues iré a prisión y punto!

Los dos se lanzaron sus puyas, pero la discusión no fue a más y sus caras no cambiaron de expresión. Meng Yunfang no tardó en mediar y les pidió que enfriasen las cabezas y se pusiesen a pensar en alguna solución. Luego agarró a Zhuang Zhidie del brazo y lo atrajo hacia él para amonestarle:

—¿Cómo es posible que estés empeorando las cosas de esta manera? ¿Has perdido el amor propio o qué? ¡Cálmate, por favor! Si perdemos este juicio, ¿qué

va a pasar contigo? Debes servirte de tu reputación y la reputación de tu obra. ¿No te das cuenta de que tu reputación se va a ir al traste y sin ella estás acabado? Si me dejas hablar, lo único que me sabe mal es que hayas perdido una amiga de la talla de Jing Xueyin. Ese tiro te ha salido por la culata, Zhidie, y quizá ella era la mujer que más ha valido la pena guardar en tu vida; pero ahora salgamos y olvidemos ese asunto. La gente no da tanta importancia a esas cosas como en un principio nos hace creer. Hoy te voy a llevar a un sitio que te va a abrir los ojos como nunca antes lo has hecho en ningún lugar...

Zhuang Zhidie le dijo:

—Yo no voy a ningún sitio... ¡No voy a meterme con una prostituta en uno de esos pequeños hoteles que hay junto a la estación⁹⁹ del tren y que a ti tanto te gustan!

Meng Yunfang le replicó:

—¿Un simple juicio te ha puesto en ese estado, Zhidie? ¿De verdad que vas a ir?

—¡Te apesta la boca, Yunfang! ¡No tienes ni idea de las cosas que suceden bajo el Cielo! Si puedes acompañarme, ¡pues te lo agradeceré y así te enterarás de algo!

Los dos se fueron a la casa de Meng Yunfang. Meng Yunfang le pidió a su mujer Xia Jie que llamase a Tang Wan'er y que las tres se fuesen a la casa de Niu Yueqing para echar unas partidas de *majiang*. Xia Jie le respondió:

—De acuerdo, pero me preocupa lo que pase en esta casa. Quiero decirte algo antes de irte. Cuando me vaya, ¡no llames a tu hijo Meng Jin para que venga a liarla como siempre!

Xia Jie se cambió la ropa, cogió dinero y se fue. Zhuang Zhidie le preguntó a Meng Yunfang:

—¿Por qué Xia Jie no quiere que Meng Jin entre en esta casa? ¿No eres tú su padre?

Meng Yunfang le respondió:

—No quiere que nos peleemos. Mi hijo es mi hijo, pero Xia Jie no es su madre. No va bien en la escuela y necesita mucha disciplina; pero a Xia Jie, cada vez que lo ve entrar, se le ponen los pelos de punta y empieza a insultarlo. ¡Y lo hace mirándome a la cara! —Meng Yunfang se ahogaba mientras hablaba y se sirvió un vaso de agua fría que venía del grifo. Luego prosiguió—: No hablaré más. Te voy a perturbar con mis palabras; échate una cabezada en la habitación. Voy a buscar a Hong Jiang para comentarle este asunto.

Zhuang Zhidie, mareado, se echó a dormir, pero sin quedarse verdaderamente dormido. Alguien llamó a la puerta y Zhuang Zhidie creyó que era Meng Yunfang y dijo:

—¡La puerta no está cerrada! ¡Puedes entrar! —Pero quien entró en la habitación fue una mujer con la cara muy maquillada, unos ojos diminutos, y unas cejas gruesas sin depilar.

Tras mirar las cuatro esquinas de la habitación, la mujer le preguntó a Zhuang Zhidie:

—¿Aquí no vive uno que se apellida Meng?

Zhuang Zhidie se puso a dudar y le preguntó a su vez:

—¿Y quién eres tú? ¿De dónde vienes?

La mujer respondió con una pregunta:

—¿Y tú quién eres?

Tras soltar esa pregunta, se puso a reír a carcajadas. Al reír, los ojos se le ponían más oblicuos. Contoneándose, se sentó al lado de la cama. Zhuang Zhidie se apresuró en vestirse y la mujer empezó a manosearlo mientras se desnudaba, y le dijo:

—Eres un tipo con mucha suerte; no tengo prisas. Pensaba que me habían enviado a servir a un tetrapléjico o un enfermo.

Una vez desnuda, Zhuang Zhidie vio que de la cintura de la mujer colgaba, de un cordel, un monedero. Zhuang Zhidie se dio cuenta de repente de lo que estaba pasando y maldijo ante el Cielo la suerte de Meng Yunfang, que había ido a los burdeles baratos de la estación y le había enviado una prostituta. Zhuang Zhidie miró a esa mujer, con su baja estatura, bien entradita en carnes, y su aspecto bonachón. Llevaba las piernas embutidas en unas medias negras transparentes que le llegaban a la mitad de los muslos, además de un tanga con un cordel fino que separaba las dos nalgas y una flor de loto bordada en la tela de la parte delantera. Esa prenda, junto con el monedero y las medias, fue lo único que se dejó encima. Ella le dijo a Zhuang Zhidie:

—¿Por qué no me abrazas? Solo tenemos una hora. En ese momento, tanto si has llegado como si no, tendré que dejarte.

Tras decir esas palabras, la mujer se tumbó en la cama, se quitó el tanga y se abrió de piernas. Zhuang Zhidie no sabía salir airado de esa situación y le dijo:

—En ese lugar tienes bordada una flor de loto de color rojo. Déjame verla...

Zhuang Zhidie le sacó la almohada de la cabeza y la mujer abrió, todavía más si cabe, las dos piernas. Zhuang Zhidie pensó: esta mujer sabe cómo ponerte

en aprietos. Parece que se va a poner a parir a un diablo y se le van a romper las dos piernas. No me explico cómo puede abrirlas de esa manera. Ella le dijo:

—No pierdas el tiempo mirándome y empieza de una vez por todas...

Zhuang Zhidie no podía quitarle los ojos de encima y se le había puesto cara de tonto. La piel de la mujer estaba llena de granos rojos, algunos de ellos secos o rotos. Zhuang Zhidie se dio cuenta de que esa prostituta había contraído una enfermedad, pero ¿cuál? A Zhuang Zhidie le entró pánico y le pidió que dejara la cama y se vistiese de nuevo. Le dio treinta yuanes, que es lo que normalmente se paga a ese tipo de mujeres por ese tipo de servicios, y le dijo:

—Vale, está bien. Ya he tenido lo mío.

La mujer no le dijo nada, pero se puso a llorar, cogió los treinta yuanes y se los quedó mirando. Luego dijo:

—Ya me habían pagado por avanzado en la calle antes de venir aquí, pero pensaba cobrarte. Al verte, cambié de opinión, ya que me dio pena el estado en el que estás. Hubiera hecho el amor contigo dos horas, incluso tres, sin cobrarte un céntimo; pero no sabía que me ibas a despreciar de esa manera con treinta yuanes. No me lo esperaba, sinceramente. No quiero tu dinero. —La mujer acabó de vestirse y se fue.

Zhuang Zhidie no pudo conciliar el sueño. Sintió compasión por esa mujer y su destino, algo que hacía tiempo que no sentía por nadie. Meng Yunfang no tardó en regresar y le dijo:

—Pero ¡qué rápido! ¿No? ¿Por qué la has hecho llorar?

Zhuang Zhidie reprendió a Meng Yunfang:

—Yunfang, estás hecho un chulo de putas. ¿Cómo se te ha podido ocurrir enviarme una ramera de esa calaña?

Meng Yunfang sonrió y le dijo:

—¿Te has ofendido? No me esperaba tanto entusiasmo, ni que te gastaras el dinero. Espero que no te haya ofendido mucho. Mira, ese perverso del director Wang tiene un saco de arena en su despacho y le da puñetazos con unos guantes de boxeador. Yo también tengo mi saco y mis guantes, y eso me basta. Hoy día, la gente tiene dinero. ¿Quién no puede permitirse el pagarse a una fulana? En esa calle junto a la estación, es imposible no toparse con una de esas mujeres que venden sus cuerpos. Hay que evitar sentimentalismos, Zhidie. Un encuentro con una fulana no afecta tu vida en familia. Uno paga y uno pasa un buen rato; así de sencillo. Luego, no hay ningún seguimiento. ¿Me vas a abroncar por eso?

Zhuang Zhidie replicó:

—Al menos, podrías fijarte en qué tipo de mujer es. La prostituta que vino a mi casa tenía una enfermedad venérea. ¿Querías acaso que me contagiase?

Meng Yunfang le había pagado cuarenta yuanes a esa prostituta y se puso a reír cuando se lo comentó a Zhuang Zhidie.

—La próxima vez —le dijo—, te buscaré un putón viejo y podrido. ¡Seguro que me costará más barato!

Zhuang Zhidie le contestó:

—Tú querías que ella me quitase de la cabeza mis pensamientos, y quizá, también, que perdiese la cabeza un poco. Pero para eso, tu compañía me basta. Me comentaste que querías llevarme a un lugar que yo no había visto todavía. Podríamos ir ahora.

Meng Yunfang le dijo:

—¿Hay algún lugar en Xijing al que no hayas ido? Pues creo que no has ido a un hostel de la calle de las putas de la estación de trenes. Tampoco irás, lo sé. O quizá el lago de Zhongnan, junto a la Ciudad Prohibida, en Beijing. Igual sí que has ido... —Meng Yunfang gritó de repente—: ¿Conoces la feria?

—¿Qué feria?... —preguntó Zhuang Zhidie.

—Sabía que no habías ido a la feria —repuso Meng Yunfang—. ¿De verdad que no has ido a la feria de Xijing? Vayamos, pues, a divertirnos a la feria de los animales.

Meng Yunfang no había venido con su bicicleta y se subió en la parte trasera de la motocicleta Mulan de Zhuang Zhidie. Desde atrás, Meng Yunfang le indicaba el camino a Zhuang Zhidie, y los dos se dirigieron a la intersección del norte de Xijing, ahí donde había uno de los mercados más grandes de Xijing, en el que se vendía ganado, aves para comer, animales domésticos, pájaros y peces exóticos, así como pienso y otro tipo de alimentos, y herramientas y maquinaria para trabajar con esos animales y criarlos. Había mujeres y hombres, jóvenes y viejos, que se paseaban por ese mercado con caras somnolientas, y otros, en cambio, que iban a la búsqueda del tesoro escondido. Estos últimos actuaban con la rapidez de los profesionales y tenían muy buena vista para hacerse con la joya escondida, así como el dinero dispuesto para pagarla. La muchedumbre acudía a esa feria en masa y se formaban ríos imparables de gente que circulaba de una punta a otra de la feria. Se oían los alaridos, los abucheos, las ofertas, los insultos e incluso las peleas de la gente a varios metros de distancia. El mercado de la feria se convertía en una auténtica olla a presión. La actividad comercial frenética, como el bullicio que se formaba, parecía que iba a más en esa feria al

norte de Xijing. Zhuang Zhidie gritó:

—¿Es esta la feria, Yunfang?

Meng Yunfang dijo:

—¡No grites, que la gente nos va a mirar! Fíjate, esta feria está llena de mala gente, farfulleros y malhechores. Mala gente, toda ella... La confusión reina y hay que marcar las distancias, y es además un mundo donde las convenciones imperan. No lo olvides. Hay una especie de versión de las tres religiones y las nueve enseñanzas para los mercaderes, los vendedores, los rufianes y las gentes de baja estofa que por aquí pululan. Todo ello está pensado para que las gentes que pertenecen al estrato más bajo de la sociedad puedan sobrevivir con las que pertenecen a lo más alto. Por esa razón, cada uno de ellos interpreta un papel que ellos mismos se asignan. En esta feria, encontrarás todo lo que desees.

Los dos hombres entraron en la feria de Xijing y los vendedores, los mercaderes y los dueños de los puestos ambulantes empezaron a gritarles. Tanto Zhuang Zhidie como Meng Yunfang se dieron cuenta de que habían entrado en otro mundo. Creyeron que sus oídos se llenaban de la música desenfadada de una fanfarria alocada con una variedad infinita de colores y olores. Los dos se metieron en el mercado de pescado. Los vendedores de esta parte de la feria exponían sus peces y su marisco vivos detrás de grandes peceras de cristal con los bordes dorados; esas peceras eran enormes y lanzaban destellos. En ellas había algas y otras plantas marinas que se movían sinuosamente y flotaban junto con los peces plateados. Esas plantas parecía que cambiaban de color. Zhuang Zhidie observó varias de esas peceras y le gustaron mucho, luego dijo:

—Ese pez parece muy feliz y no le molesta nuestra presencia.

Meng Yunfang le dijo:

—¿Lo compramos? Lo compraremos cuando regresemos a casa. Las personas venimos de los peces...

Zhuang Zhidie se puso a reír y dijo:

—Las personas buscan tranquilidad en medio del clamor y en la tranquilidad buscan la agitación. Por eso envidio la felicidad de los peces que no ansían ni una cosa ni la otra. Cuando volvamos a casa, nos llevaremos varias colas para preparar unas sopas. Las personas no somos como los peces, Yunfang. Si compro ese pez, me pondré celoso de él y ello me pondrá peor de lo que ya estoy.

Del mercado de los peces pasaron al mercado de los grillos. En la casa de Zhuang Zhidie, sus ancestros siempre habían tenido varias jaulas de grillos. Esos

que se vendían en la ciudad eran, sin embargo, exclusivamente para divertirse. Zhuang Zhidie no les había prestado nunca una atención particular a esos insectos, pero en esa ocasión cogió uno de esos de color azul y cerró el puño, pero sin apretar al animal. A ese grillo se le llamaba «el gran rey de la cabeza de oro», y a otro grillo que había al lado le llamaban «el general sin rival». El vendedor de los grillos no paraba de llamar a esos bichos por sus nombres como si quisiese animarlos a que mostrasen su talento musical y les preguntó a Zhuang Zhidie y Meng Yunfang:

—¿Queréis uno?

Los dos hombres sonrieron, pero no dijeron nada, y al vendedor se le puso la cara seria otra vez. Con un gesto de la mano, el vendedor de grillos dijo:

—Eh, vosotros dos, dejad el sitio libre. Ya os arrepentiréis de vuestra decisión, pero mi negocio continúa... —Doblando la cintura, se despidió respetuosamente de Zhuang Zhidie y Meng Yunfang. Luego cerró la jarra que contenía los grillos y gritó, desgañitándose—: ¡Este es el niño prodigio que ha caído del Cielo! ¡No os lo perdáis!

Los dos hombres bajaron la mirada y vieron que al grillo se le abría la cabeza y desplegaba las alas con una energía nerviosa que dejó boquiabiertos a Meng Yunfang y Zhuang Zhidie. El vendedor de grillos estaba azuzando al grillo con una pajita seca y a este no le gustaba en absoluto lo que su dueño le estaba haciendo y se rebeló contra él, saltando sobre su mano y provocándole una herida. Ese Han de tez oscura se quedó estupefacto con la reacción del grillo y gruñó:

—Este bicho tiene mala leche... ¡Demasiada mala leche!

Tras decir esas palabras, cogió un bálsamo de la marca del Tigre y se lo puso en la herida que el grillo le había provocado en la mano. Zhuang Zhidie y Meng Yunfang dieron media vuelta y dejaron el puesto del vendedor de grillos, mezclándose de nuevo con la muchedumbre que llenaba la feria, hasta que un perrito de orejas puntiagudas y mirada astuta y maliciosa, un perrito que pretendía dárselas de chulo y valiente para intimidar a los que osaban molestarlo, se le plantó delante. Meng Yunfang y Zhuang Zhidie habían llegado al mercado de los perros. A Zhuang Zhidie, ante ese perro, se le puso cara de tonto, y Meng Yunfang lo cogió de la chaqueta y le dijo:

—¿Y te lo pasaste bien?

Zhuang Zhidie le respondió:

—¿En qué estás pensando ahora?

Meng Yunfang le respondió:

—Que... ¿qué pienso, me preguntas? Esa mujer, la que te envié, padecía, probablemente, de alguna enfermedad venérea, la pobre... Tenías razón.

—Mira, yo creo que el hombre no viene del mono, sino del grillo. Antes, en su origen, los hombres eran grillos. Tal vez, estos grillos de ahora no son otra cosa que los fantasmas endemoniados de los seres humanos —le dijo Zhuang Zhidie—. Por eso, en el fondo, les tenemos un miedo inexplicable a ciertos insectos.

—O éramos gusanos, quién sabe... —replicó Meng Yunfang.

Los dos hombres se pusieron a investigar el mercado de los perros. Zhuang Zhidie se quedó observando uno de esos perros que parecen leones, el cual tenía un aspecto encantador y le mostraba las dos patas delanteras. Zhuang Zhidie no pudo retenerse y dijo:

—Mira los ojitos de ese perro, ¿no crees que se parecen a los de Tang Wan'er?

Meng Yunfang sonrió y dijo:

—Te gusta Tang Wan'er; lo sé. ¿Por qué no le compras algo y se lo llevas? Ya sabes, los hombres no crían gatos y las mujeres no crían perros. No ven con los mismos ojos el mercado de las flores. Por cierto, y hablando de flores, ¿por qué no le ofreces unas flores a Wan'er? ¿Tiene flores en casa?

—¡No me metas en líos de flores, Yunfang! ¡Me va a dar dolor de cabeza! —exclamó airado Zhuang Zhidie—. Ah, ¿no te acuerdas de esa flor rara¹⁰⁰ que dejamos morir tan torpemente? Era de la especie de las *saxifraga*. ¡Qué maravilla! ¿Crees que podríamos encontrar en este mercado algo parecido? Podríamos preguntar a alguien cómo cuidar de esa flor rara para que no se nos muera y nos dure mucho tiempo. Tang Wan'er me ha comentado que ella tiene plantas, pero que se le mueren demasiado pronto. ¿Por qué crees que le sucede eso? Quizá porque estaban celosas de ella...

Meng Yunfang le dijo:

—A esa mujer metelíos le gusta exagerar sus problemas para que la gente se apiade de ella. Todas las mujeres tienen ese defecto. Xia Jie me dice a menudo que algún hombre le ha dicho a ella que es interesante, o que tiene esto de bello, y que yo, sin embargo, no la amo, y que si patatín, que si patatán. Todo eso me lo dice para ponerme celoso y atraer mi atención hacia ella. Yo le digo que se vaya con el primero que le haga una sonrisa y le tire los tejos, y ella se cabrea conmigo y se me pone a llorar.

Zhuang Zhidie se puso a reír y se giró para ver a los cuatro lados y preguntó:

—¿No venden palomas en este mercado?

Meng Yunfang le respondió:

—¿Quieres dedicarte a criar palomas?

—Del mundo de los pájaros, es a las palomas a quienes les tengo más afecto. Había pensado en ofrecerle una a Tang Wan'er —repuso Zhuang Zhidie.

Meng Yunfang se puso a reír y dijo:

—Lo sabía; esos son sus pensamientos.

Zhuang Zhidie dijo:

—¿Qué quieres decir con que esos son «sus pensamientos»?

—Wan'er no tiene teléfono en su casa —respondió Meng Yunfang—, y por eso vosotros queréis utilizar palomas para comunicaros.

—¡Eres un diablo viejo y malo, Yunfang! ¡Vaya cosas que se te pasan por tu cabeza caliente! —exclamó Zhuang Zhidie.

Meng Yunfang llevó a Zhuang Zhidie al lado sur, ahí donde estaba el mercado de las palomas y había mucho donde elegir. En ese mercado se podían tocar las palomas y medir la longitud de las alas desplegadas, así como comprobar el color y la brillantez del plumaje o el número del anillo que está en sus patas. Meng Yunfang dijo:

—Aquí le podrás comprar una paloma. ¿Te puedo aconsejar?

Los dos hombres eligieron una y regresaron a casa felices y entusiasmados por su compra. Zhuang Zhidie pasó la noche en la casa de Meng Yunfang y no volvió al patio del Círculo Literario y Artístico de Xijing.

* * *

Tang Wan'er sabía que Zhuang Zhidie y Zhou Min se habían peleado y odiaba a su marido, aunque no se atrevía a decírselo abiertamente. Solo le dijo que no comprendía por qué se habían enfadado con su maestro, el maestro Zhuang. Con su actitud, iba a perder su puesto de trabajo en la redacción de la *Revista de Xijing* y, por lo tanto, su bol de arroz. Ese bol de arroz dependía de otra gente y Zhou Min debía ser consciente de ello. Zhuang Zhidie era como un árbol con grandes raíces, no como él. Ese árbol podía resistir lo que le cayese encima, incluso la tormenta que había provocado Jing Xueyin. Él, Zhou Min, no debía quedarse solo ante esa mujer ya que no tenía ningún poder y en el juicio debía mostrarse unido a su maestro Zhuang. Tang Wan'er le aconsejó a Zhou Min que

hiciese las paces con Zhuang Zhidie y no se metiese en líos ni rechazase nada de lo que el maestro Zhuang le dijese. Lo mejor que podía hacer en esos momentos era coger la ocarina y llevársela a la muralla. Debía, sin duda alguna, tocar ese instrumento tanto como pudiese para olvidarse de sus desgracias. Tras decirle esas palabras, Zhou Min abrió un cuaderno de partituras musicales y soplabla la ocarina mientras lo leía. La música que salía de la ocarina era extraña y Tang Wan'er no la comprendía en absoluto. Zhou Min se cansó de tocar ese instrumento y salió a la calle para pasear. Tang Wan'er aprovechó ese momento para hojear el cuaderno de Zhou Min y se dio cuenta de que no era una partitura, sino un poema largo que había escrito el mismísimo Zhou Min y que decía:

*He vagabundado por las tierras del Este y el Oeste
para conocer al mejor de los hombres de este mundo,
y también he querido conocer el mejor de los lugares;
pero en ningún sitio mi alma ha encontrado lo que buscaba.
He conseguido vivir con una mujer joven y bella,
pero resulta que ella ya estaba casada con otro hombre.
Me he alojado en una mansión nueva y grande,
pero los muebles ya estaban usados y envejecidos.
De mi terruño pobre y pequeño me he venido a la ciudad grande y
próspera,
y, aquí, me he topado en todas partes con gentes de mi pueblo,
e innumerables veces les he oído hablar de «lo antiguo y lo
moderno»,
y en la cabeza de tu hijo, ¿cuándo aparecerán pensamientos nuevos?*

Tang Wan'er supo en ese momento por qué Zhou Min había tocado con su ocarina esa melodía tan extraña. La lectura de ese poema lo había perturbado profundamente y Tang Wan'er, que había percibido la belleza de ese poema, derramó seguidamente un par de lágrimas. Había, sin embargo, unos versos que no acababan de satisfacerla del todo: «He conseguido vivir con una mujer joven y bella, pero resulta que ya estaba casada con otro hombre».

¿Le preocupaba a Zhou Min cuando la conoció que ella hubiese estado casada con otro hombre en el pasado? ¿Por qué le pesaba tanto ahora?, pensó Tang Wan'er. ¿No me digas que no lo sabía?, se dijo para sus adentros ¿Le habría hecho más feliz a Zhou Min que no hubiese sido así? ¿No se consideraban

los dos marido y mujer a pesar de todo? ¿A que venía esa tristeza ahora? ¿No te he aportado yo la paz que buscabas, Zhou Min? Más pensaba en ese poema, más se enfurecía Tang Wan'er. Ansiaba el regreso de Zhou Min para pedirle explicaciones. Mientras tanto, se sentó, respirando con dificultad por la ansiedad que le había provocado ese poema, delante de la ventana y pensó: ¡Déjalo estar, Wan'er! Ya no le quieres... ¿Para qué enfadarse con él? Se va a deprimir todavía más y va a decir cualquier cosa en el juicio con tal de perjudicar a Zhuang Zhidie. Tras pensar así, decidió cerrar el cuaderno del poema y esconderlo. Si insistía con ese asunto, Zhou Min podría sospechar de ella y descubrir lo de ella con Zhuang Zhidie y ello empeoraría las cosas. Sabía que, tarde o temprano, los dos se separarían, pero lo más sensato era esperar a que acabase ese maldito juicio con Jing Xueyin. Una vez pasado el juicio, y con su resultado final, le sacaría el cuaderno a Zhou Min y le serviría de excusa. Y como consecuencia de sus pensamientos, cogió el espejo del marco de bronce que había junto a la mesita de su cama y lo colgó en todo lo alto en la pared principal del salón. Con ello, quería calmar los ánimos de Zhou Min. Tang Wan'er se fue a buscar a Meng Yunfang para que viniese y convenciese a Zhou Min de entrar en razón respecto a Zhuang Zhidie. Meng Yunfang, que se sentía rejuvenecido tras la visita a la feria de Xijing, le dio el visto bueno y se presentó con la paloma bajo el brazo. Nada más verlo, le dijo a Zhou Min:

—Zhuang Zhidie anda enojado contigo. Me ha dicho que no os ponéis de acuerdo para ganar ese juicio y ello me preocupa. Mira, Zhou Min, Zhuang Zhidie quiere ganar ese juicio y por eso quiere convencer a los miembros del tribunal de que él tiene razón y no es furcia de Jing Xueyin. No esperes a que otros te lo digan. En estos momentos, toca estar juntos. Una historia tonta de amor adolescente se ha convertido ahora en la peor de las pesadillas para el bueno de Zhuang Zhidie. ¿A qué viene ahora tu mal humor, Zhou Min? Mira, ¿cómo puedes ser tan estrecho de mente? Él os ha comprado encima una paloma y os la ha ofrecido.

Tang Wan'er cogió la paloma con sus manos y la acercó a sus mejillas para sentir el calor del cuerpo de esa ave. La paloma se puso a aletear y las alas blancas de la paloma rozaron la cara de Tang Wan'er. Los ojos negros de la paloma se volvían cada vez más negros y la lengua roja cada vez más roja, ya que el ave quería liberarse de las manos de Tang Wan'er. La mujer casada le dijo a Meng Yunfang:

—Maestro Meng, ¿quién crees que es más blanca? ¿La paloma o yo?

Meng Yunfang le respondió:

—Sabes que solo tengo un ojo. ¿Cómo quieres que responda a tu pregunta? Otro día, cuando venga tu maestro Zhuang a verte, se lo preguntas a él. ¡Ese hombre tiene veneno en los ojos!

En el rostro de Tang Wan'er asomó una sonrisa maliciosa y ella preguntó otra vez:

—Maestro Meng, ¿crees que el maestro Zhuang ha tenido un lío con esa Jing Xueyin?

Zhou Min intervino y dijo:

—Siempre andas sembrando la discordia, Wan'er. ¿Qué pretendes ahora con esas preguntas estúpidas?

Al recibir la jaula con la paloma, Tang Wan'er se dio cuenta de que Zhuang Zhidie se la había comprado a ella, y a nadie más que a ella, en la célebre feria de animales de Xijing. Esa certeza la llenó de alegría. Nadie pensaba en ella, salvo él, y por eso cada día seguía vistiéndose con sus mejores ropas, esperando a que él apareciese de un momento a otro. Cuando lo viese llegar otra vez, pensaría de nuevo lo que siempre pensaba para sus adentros: «¡Hermano Zhuang, te sonrío a ti y solo te sonreiré a ti!». Durante el periodo de tiempo en el que ella no se veía con Zhuang Zhidie, para satisfacer sus deseos más íntimos y desahogarse, se masturbaba a solas con su mano derecha y rechazaba categóricamente cualquier intento de Zhou Min por hacer el amor con ella. Ella aducía que estaba cansada o que no se encontraba bien y Zhou Min se lo creía y la dejaba en paz. A veces, Zhou Min insistía, sin embargo, ella cedía, pero le pedía que acabase lo antes posible y luego se dirigía inmediatamente al baño para limpiarse el semen y la saliva de Zhou Min. No soportaba tener ninguna de esas dos cosas en su cuerpo durante mucho tiempo. Zhou Min le comentaba lo de su creciente falta de apetito sexual y ella le respondía que se debía a que ella había envejecido. En una de esas ocasiones, Zhou Min le dijo eso de que a los treinta se es como un lobo y a los cuarenta como un tigre. La vejez no tenía nada que ver con la libido. Más bien al contrario. Tang Wan'er sonrió y le propuso a Zhou Min que invitase a Zhuang Zhidie a cenar con ellos. Tang Wan'er le comentó que tanto él como el maestro Zhuang andaban a la greña y pasaban por un momento de incompreensión mutua; sería bueno, por lo tanto, que esa situación cambiase. Los hombres son todos de carne y hueso y tienen su corazoncito. Nadie es perfecto y no hay que darle más vueltas a las cosas. Nada más oír esa proposición, Zhou Min se acordó del juicio y ello le puso nervioso. No volvió a decir nada más y salió a dar un paseo para quitarse el agobio de encima.

Ese día, Zhong Weixian quiso ver a Zhou Min y Zhuang Zhidie en la redacción para hablar del asunto del juicio. Zhou Min, sin embargo, quiso que se reuniesen los tres en su casa y así se lo dijo a Zhong Weixian. Se lo comentó a Tang Wan'er y a ella le entusiasmó la idea y le dijo a Zhou Min que prepararía algunos platos fríos y un buen vino para acompañarlos. Lo cierto es que Tang Wan'er no sabía muy bien qué preparar para satisfacer en ese momento el paladar de Zhuang Zhidie. Por la noche, cogió una linterna y se dispuso a salir de casa cuando Zhou Min, al verla, le preguntó qué pretendía hacer a esas horas. Tang Wan'er le respondió que se iba a ver los árboles de la calle para buscar algo para preparar la cena del día siguiente. En realidad, Tang Wan'er quería ir a recoger las larvas que se criaban en las raíces de los árboles que había en la calle. Ella sabía que en esos árboles se reproducían esas larvas, pero había que darse prisa porque enseguida les crecían unas alas y salían volando, ya que esas larvas correspondían a un tipo de cigarras que se había adaptado al medio urbano. Si uno quería utilizarlas para comerlas, había que cogerlas, por tanto, antes de que les creciesen las alitas. Esas larvas no solo sabían muy bien, sino que eran muy nutritivas. Zhou Min la estuvo esperando hasta medianoche, justo cuando ella llegó con las botas y los calcetines mojados y los pies llenos de barro, pero con una bolsa llena de larvas frescas. Airado, Zhou Min le dijo a Tang Wan'er:

—¡Has tenido éxito, vaya que sí!

Tang Wan'er sonrió y le contó que ella había visto a un hombre en el río que fluye junto a la ciudad que cogía y que ese hombre la seguía. Ella, para evitarlo, le dio todo el dinero que llevaba en el monedero y por eso tuvo que llenarlo de nuevo, pero ¡con larvas!

Tang Wan'er se puso a lavar, una tras una, todas las larvas que había recogido, introduciéndolas en agua con sal. Esas larvas apestaban y había que sacarles el olor de esa manera. Zhou Min, desde la cama, le dijo:

—¿No vas a dormir?

Tang Wan'er le contestó:

—¡Duérmete tú primero!

Zhou Min continuó diciendo:

—Wan'er, Wan'er... —Ella sabía lo que quería Zhou Min, pero ya no le hizo caso y esperó a oír sus ronquidos para meterse en la cama.

Al día siguiente, Zhuang Zhidie y Zhong Weixian se rieron antes y los dos llegaron en punto a la casa de Tang Wan'er. Zhou Min les ofreció algo de beber

y Zhong Weixian dijo:

—Pero ¿bebemos sin comer nada?

Tang Wan'er le sonrió con desdén y sacó las larvas fritas, todas ellas bien doradas y aceitosas. La presencia de esos bichos asustó a Zhuang Zhidie, que se tapó inmediatamente la boca y la nariz. Tang Wan'er pensó para sus adentros que se había equivocado y dijo:

—Maestro Zhuang, ¿no quieres comer algo?

Zhuang Zhidie repuso:

—¿Quieres que coma esa cosa?

—¿Esa cosa, dices? Los miembros de mi familia estarían ya salivando al ver esas delicias, pero tú... Ayer me fui a la orilla del río y las cogí especialmente para ti...

—Ay, vosotros, las gentes que venís del sur de la provincia de Shaanxi, os coméis todo lo que vuela salvo los aviones, y todo lo que hay bajo vuestros pies salvo la hierba seca.

La mujer dijo:

—¡Pruébalo y luego hablas!

Tang Wan'er cogió una de las larvas con los tres dedos y la introdujo en la boca de Zhuang Zhidie, el cual se la comió y le pareció de un sabor maravilloso. Más la masticaba, más le apreciaba ese sabor intenso. Ella sonrió y se chupó pausadamente los dedos pringosos por el aceite de las larvas fritas, y ello excitó a Zhuang Zhidie. Tang Wan'er sonrió a Zhuang Zhidie y le dijo:

—Bueno, ahora podrás hablar con propiedad. Si te fijas bien, son como fideos largos blancos y saben a harina de maíz; pero el sabor educaría al gourmet más exigente. ¿No crees?

Zhong Weixian se puso a reír y dijo:

—¿Educaría, dices?... Bonita palabra esa. Esta es la primera vez que oigo a una mujer decir que puede educar a un hombre. ¿Lo has sacado de algún libro, Wan'er? He leído en algún sitio que la mujer es un piano y el hombre un pianista. El buen hombre es aquel que, por lo tanto, sabe obtener una música excelente del piano. El mal hombre es aquel que solo sacará ruido con ese piano.

—Pues igual sí —respondió Tang Wan'er—. Yo he leído en otro libro que la mujer es un caballo y el hombre es un jinete. El caballo está ciego y depende de la habilidad del jinete para ir de un sitio a otro; pero, al mismo tiempo, el jinete no va a ningún lado sin el caballo. Los dos deben aprender a armonizarse, de lo contrario, ninguno de los dos se mueve del sitio; pero sigo pensando que es el

caballo quien hace bueno al jinete y no al revés.

Zhou Min intervino:

—¡Cierto, cierto!... Y Zhong Weixian es ese tipo de hombre; un auténtico Lu Ban¹⁰¹ con su hacha en la mano, siempre vigilante delante de la puerta...

Tang Wan'er añadió:

—El redactor en jefe Zhong no me paga a mí ningún sueldo y no tengo por qué mostrarme ahora modesta y humilde con él. A mí no me van esas falsedades.

Tras decir esas palabras, la mujer de Zhou Min se puso a reír. Zhong Weixian le preguntó a Zhuang Zhidie si conocía a alguno de los dirigentes del departamento que se encarga de evaluar el rendimiento de los funcionarios. Zhuang Zhidie le respondió:

—Sí, conozco a alguno; pero no tengo relación con ninguno de ellos.

Zhong Weixian le comentó:

—Si conoces a alguien, podrías decirle que te escuche. Tengo algo que pedirte. Esa gente ha decidido por no sé qué razón que solo dos personas por sección de nuestro servicio público editorial pueden ser promocionadas al mismo tiempo al nivel superior. Como sabes, además de la *Revista de Xijing*, aquí también se edita la Tribuna del Teatro. ¿No crees que hay demasiada competencia para solo dos plazas? Esa es una manera de crear conflictos entre servidores públicos como nosotros. Hay mucha gente con los dientes muy largos que quiere ser promocionada al nivel de «intelectuales» en estos departamentos. ¿No hay una contradicción en esa manera de promocionarnos? Sin ánimo de que me acusen otra vez de derechista, pero ¿a quién se puede uno quejar de este tipo de injusticias? He pasado varios años sin trabajar en una redacción, y, tras la rehabilitación, me dieron la responsabilidad de dirigir la redacción de la *Revista de Xijing* y elegir al personal. Dentro de unos años, ya no sé dónde estaré y encima nos pasa esto... Esos individuos no quieren ahora promocionar a nadie que tenga algo que ver con la *Revista de Xijing*. ¿No podrías ir a hablar con esos tipos del departamento de evaluación y decirles que cambien de opinión? He estado esperando esa promoción desde hace años. No es que valga mucho, pero lo ansiaba como una manera de desquitarme de errores que he cometido en el pasado. ¿No se trata, al fin y al cabo, de un reconocimiento del Estado? Estoy enfermo y viejo, y mi gran ilusión siempre ha sido que me consideren un «intelectual» por el trabajo que hago y que he hecho toda mi vida.

Zhuang Zhidie le aconsejó:

—Creo que no deberíamos entrar en ese proceso, el cual solo nos va a traer

más frustraciones de las que ya tenemos últimamente. Con esa gente hay que tratar poco, y menos, presionarla. Saben que ya no estás para muchos trotes, Weixian, y además has sido condenado como derechista. De todas formas, si les veo, les diré que tú, al menos, has sido el mejor redactor en jefe de la *Revista de Xijing*, y que todavía sigues siéndolo para nosotros. Ese puesto no es moco de pavo y ellos deberían reconocerlo.

Zhong Weixian le dijo:

—No es necesario que te extiendas mucho. Lo único que deben hacer es reconocer de una vez por todas los méritos de este departamento y dejar a un lado todos esos prejuicios que nada tienen que ver con el talento periodístico y literario, que es el nuestro. Quiero un poco de justicia; eso es todo.

Zhuang Zhidie dijo a su vez:

—Si tú no tienes el nivel para ser promocionado a intelectual, ya me dirás quién lo tiene en la Sala de la Cultura de Xijing.

Zhong Weixian le comentó agradecido:

—Quieres quitarme años de encima, Zhidie, y lo que acabas de decirme me llega directamente al corazón. Temo que aún te rías de mí cuando te cuente lo que tengo que decirte.

—Pues no lo sé, pero ¿no soy yo el que siempre os trae desgracias?

Zhong Weixian contestó:

—Deja que os explique a ti y a Zhou Min en qué lío nos encontramos actualmente. El tribunal nos ha pedido a cada uno de nosotros que escribamos una respuesta a las acusaciones de Jing Xueyin y su marido. La cara de Li Hongwen cambió de color cuando recibió la notificación del tribunal y es otra persona. Gou Dahai será el primero en declarar y desea que el caso se examine de nuevo. El tono de la voz le ha cambiado y piensa que ese juez Sima Gong va a hacerles perder el juicio. El muy cobarde se ha cagado en los pantalones y no quiere asumir ninguna responsabilidad en la publicación del artículo de Zhou Min. Ese será el principio de nuestro fin, Zhidie. Pero Li Hongwen y Gou Dahai nos han traicionado y no quieren confirmar ante el juez nuestra versión de los hechos. Incluso han creado unas notas falsas con las que afirman que su versión de los hechos es diferente de la nuestra. Es decir, ellos no aceptaron la publicación del artículo de Zhou Min en la *Revista de Xijing*. Con Gou Dahai, Li Hongwen ha ido al departamento de Seguridad Pública, la policía, vaya, para denunciarnos y protegerse las espaldas. La verdad es que Li Hongwen es solamente el segundo de nuestra redacción y la responsabilidad es toda mía.

Creo que ayer se vio con Jing Xueyin y su marido.

Zhou Min dijo:

—No importa que Li Hongwen se viera ayer con Jing Xueyin en la Sala de la Cultura. Li Hongwen tiene mucha labia y siempre quiere quedar bien con todo el mundo. Me parece normal que haya entablado una conversación con ella.

Zhuang Zhidie dijo:

—Estar acusado en un juicio civil no es lo mismo que haber iniciado una revolución en el interior del país. Que caigan las máscaras y sepamos quiénes están de nuestro lado y quiénes nos traicionan. Estos momentos difíciles sirven para eso.

Tras escuchar las palabras de Zhuang Zhidie, el rostro de Zhou Min enrojeció y le pidió a gritos a Tang Wan'er que sacase más larvas fritas. Zhong Weixian sacó de su bolsillo un papel sobre el que había escrito su respuesta para el juicio. Zhuang Zhidie lo leyó por encima, se giró y le dijo con palabras suaves a Zhou Min:

—Zhou Min, ¿no tenías una casa para alquilar en el centro de Xijing?

—Y tú, ¿es que no tienes una? —le respondió Zhou Min.

Zhong Weixian respondió, ya que la casa era para él y se dio por aludido:

—No soy yo quien va a vivir en ella. He invitado a un viejo compañero del colegio a pasar unos días en Xijing. Hace diez años que no lo veo y quiero que esté bien alojado. Busco una casa para siete u ocho días.

—Si es así —dijo Zhou Min—, deberías meterlo en un hotel. Busca un *binguan*.

Zhong Weixian volvió a decir:

—Hablas con mala folla, Zhou Min. ¿No sabes que un hotel decente cuesta mucho dinero?

Mientras tanto, Zhuang Zhidie, al lado, leía la declaración de Zhong Weixian, al mismo tiempo que oía la conversación entre Zhong Weixian y Zhou Min. Para sus adentros, se puso a pensar: ese apartamento debería ser para esa mujer de Anhui, la hermana mayor de A Can, la que vive en Suzhou y había enviado tres cartas a Zhong Weixian, y seguro que en una de esas cartas él la invitaba a verlo. ¿Diez años sin verse? Lo que deseaba Zhong Weixian era vivir con esa mujer, durante unos días, como marido y mujer. ¿No había pecado él, Zhuang Zhidie, de valiente y osado en esas cartas al incitar ese encuentro sexual? ¿O se había comportado inmoralmente al escribir cosas que no debía? Para dos jovencuelos, buscar un lugar para desfogarse, eso está bien; pero con

cierta edad... Zhuang Zhidie le dijo a Zhong Weixian:

—Viejo Zhong, ya te encontraré algo rápidamente. ¿No sabes cuándo va a venir a verte ese viejo compañero de colegio?

Zhong Weixian le respondió:

—Exactamente cuándo, pues no me lo ha dicho; pero espero que sea después del juicio. Estaré más tranquilo y con mejor disposición para verlo. Ayúdame a encontrar algo. Solo tú y Zhou Min estáis al corriente de esto y os agradecería discreción y que me ayudéis, por supuesto.

A Zhuang Zhidie le dolió el corazón, ya que sabía que se había excedido con las cartas y su contenido. Esos dos días que pasó escribiendo esas cartas, se tomó muy a pecho lo de Zhong Weixian y esa mujer que ya no existe. Se involucró en ello con si fuera algo personal y ahora se arrepentía. Por dentro lo pensaba: tanto pensar en Zhong Weixian le había hecho perder de vista el juicio. Tang Wan'er se presentó con unos fideos largos blancos en vez de los gusanos, los cuales estaban apetitosos. Zhuang Zhidie se los zampó en un abrir y cerrar de ojos y, tras dejar el bol, Zhong Weixian le dijo:

—Zhidie, tú te relames los labios con esos fideos, pero no te sirves más. ¿Lo haces por educación?

—No, no...; es que ya he comido este mediodía y estoy llenísimo. No puedo acompañarte en esto, Weixian; pero deberías tomártelo con un poco más de calma...

Zhong Weixian le replicó:

—Como, como... Hacía años que no comía unos fideos así... ¡Están riquísimos!

Del cuenco de Zhong Weixian se desprendía calor y Weixian tuvo que quitarse las gafas porque se le empañaban. Agarró otro bol y se puso a beber el caldo de los fideos como quien se toma un vaso de agua, y dijo:

—Zhou Min tiene una suerte... ¡Puede tomar cada día estos fideos!

Después de la comida, se dieron la mano para despedirse y se fueron. Zhou Min y Tang Wan'er, con la paloma blanca en sus manos y junto a su pecho, les acompañaron hasta la puerta de la entrada. La mujer de Zhou Min le dijo a Zhuang Zhidie:

—Maestro Zhuang, de veras que quiero expresarte mi gratitud por esta paloma que nos has ofrecido. ¡Es muy obediente! Le hablaré todos los días y por la noche la acostaré conmigo.

Zhong Weixian apostilló irónicamente:

—Ah, eres todavía una chiquilla, Wan'er... Igual de inocente... Esta paloma, ¿cómo diablos va a hablar contigo?

Tang Wan'er le respondió:

—Cuando le hablo, no se mueve y me mira fijamente. Me escucha, y ello quiere decir que me comprende. —Y dirigiéndose a Zhuang Zhidie, le preguntó —: ¿No vas a regresar a tu casa? Hace ya muchos días que no pasas por ahí. El día que fui a jugar al *majiang* a tu casa, la señora del maestro tenía el corazón roto. Regresa hoy, y hazlo con la paloma. Vosotros podréis guardarla unos días. Así os conocerá mejor. Al cabo de unos días, soltadla. Ella sabrá reconocer mi casa y volverá cuando quiera.

Zhuang Zhidie pensó: Meng Yunfang le ha dicho por teléfono que nosotros hemos comprado esta paloma. ¿Por eso ella ha reaccionado de esta manera? Zhuang Zhidie dijo:

—Pues vale —y cogió la paloma y regresó a su casa con la intención de que Liu Yue se ocupara de ella.

* * *

Y Liu Yue se ocupó de la paloma blanca. Cada día, Zhuang Zhidie le compraba una mixtura de granos de mijo y otras semillas. Unos días después, Zhuang Zhidie le puso un papelito con mensaje en el anillo de una de sus patas para que se lo llevase a Tang Wan'er y le decía que quería verla en el salón A la búsqueda de eso que falta. Tang Wan'er, por supuesto, leyó dos veces el mensaje para asegurarse de que venía en efecto de Zhuang Zhidie. Poco después, se presentó puntualmente en el salón. Estaba exultante con la idea de ver de nuevo a Zhuang Zhidie y, mientras lo esperaba, le mostraba un creciente afecto a la paloma blanca. A partir de ese momento, y cuando Zhou Min dejaba de estar en casa, la paloma se convertía, en su ir y venir, en la manera de comunicarse entre Zhuang Zhidie y ella. Los lazos entre los dos se fortalecieron de esa manera y todo ello gracias a la paloma. Los mensajes solían ser cortos, pero intensos y muy expresivos. Liu Yue, cuando colgaba la ropa para que se secase, veía pasar la paloma y lo encontraba extraño. ¿Adónde vuela esa paloma?, se preguntaba. En una de esas ocasiones, vio que la paloma llevaba, en efecto, un papelito en la pata, lo sacó y lo leyó. El papelito decía: «Hace tiempo que pienso ir a tu casa y podremos divertirnos como si fuéramos marido y mujer». Esa era la letra de Tang Wan'er y Liu Yue pensó para sus adentros: Su relación excede lo

imaginable. ¡Quieren divertirse como marido y mujer! Eso pasa de la raya y la señora no lo sabe. Bueno, yo también estoy ciega de un ojo... Y, silenciosamente, volvió a poner el papel en la pata del animal y le gritó a Zhuang Zhidie:

—¡Maestro Zhuang, ven rápido!

Y Zhuang Zhidie se presentó al instante, cogió la paloma y la dejó de nuevo en su jaula, regresó a la cocina y dijo:

—¿Dónde ha ido esta paloma? ¿No debería quedarse aquí? Ah, Liu Yue... Hoy, tu hermana mayor va a ir a Shuang Ren Fu porque su prima se va a presentar para hacer una visita a la venerable anciana. Aquí, por tanto, sobramos gente. Tu hermana mayor, es decir, mi mujer Niu Yueqing, tiene muchísimo trabajo y tú podrías ir a ayudarla. Aquí, ya no haces nada. Tu maestro Meng acaba de llamar por teléfono. Un grupo de periodistas ha venido de Beijing para verme y están alojados en el hotel de la Antigua Capital. Han organizado una cena y me han invitado.

Liu Yue se dijo para sus adentros: Eso ya me lo has dicho antes y no haces más que engañarme. Y hoy, ¿vas a engañarme otra vez?... De la boca de Liu Yue salieron estas palabras:

—¡Pues muy bien! ¡El gran hombre de esta casa actúa como un niño! Mira por dónde que al señor le gusta comer fuera... Seguro que está muerto de hambre... ¡No habrá suficiente comida para el maestro Zhuang! ¡Claro que sí! Ahora lo comprendo... El señor está en los huesos y tiene que comer... Si no hay suficiente comida en el restaurante de la Antigua Capital, ¿se atreverá el gran maestro Zhuang a comer la comida de los otros? —Tras decir esas palabras, Liu Yue abrió la puerta y se fue.

Liu Yue, en realidad, no se fue muy lejos; se quedó en la calle dando un paseo y con cien pensamientos caóticos rondando en su cabeza. Sabía que Zhuang Zhidie iba a ver a Tang Wan'er y se sentía, en cierta manera, celosa. Se dirigió a la puerta de una de las casas vecinas del patio del Círculo Literario y Artístico de Xijing y vio que la puerta estaba abierta. Había olvidado las llaves y no podía entrar en la casa. Necesitaba, por lo tanto, saltar por el patio trasero. Las dos casas estaban, en realidad, unidas, y solo las separaba una tapia de cemento. En otras ocasiones, pensó Liu Yue, había olvidado las llaves y había procedido de la misma manera. Entró sigilosamente en la casa y se acercó al dormitorio. Había una luz encendida y la puerta ni siquiera estaba cerrada. Liu Yue se acercó y oyó risas. □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí cincuenta y dos palabras]... Zhuang Zhidie dijo:

—Vístete, Wan'er... Liu Yue está a un par de cuadras de aquí... Ha salido a la calle y vete a saber qué estará tramando esa chiquilla...

Tras oír esas palabras, Liu Yue se enfureció y pensó para sus adentros: Eres un patán, maestro Zhuang. ¡Habla mal de mí a mis espaldas! ¿Qué quiere decir con lo de qué estará tramando esa chiquilla? Liu Yue escuchó seguidamente a Tang Wan'er:

—Yo no quiero que te vayas... Quiero más...

Liu Yue se puso a especular sobre el sentido de esas frases entrecortadas. ¿Qué estarán haciendo?, se preguntó. Yo no sabía que el maestro Zhuang le hacía esas cosas a su mujer. ¡El muy golfo! ¿Y ella no tiene suficiente?... Liu Yue se puso a ver a través de la cerradura y vio que Tang Wan'er yacía desnuda sobre la cama y con sus dos manos agarraba el aparato erecto y tieso de Zhuang Zhidie. □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí cincuenta y cinco palabras]... Zhuang Zhidie dijo:

—No voy a volver más. Siempre me pides que venga a rescatarte, como hoy...

Tang Wan'er le replicó:

—Y yo, ¿es que no vengo a rescatarte cuando me lo pides tú?... Deja que te dé un masaje...

Con una mano, Tang Wan'er le dio el pecho a Zhuang Zhidie y este se puso a chupar el pezón como si fuera un bebé, y con la otra mano, le masturbaba. Cuando él eyaculó, ella sonrió y de su boca salieron unas palabras desordenadas:

—¿Qué me dices ahora? ¿No he venido a tu rescate? ¡Oh, qué harías sin mí! Y ahora, ¿quieres ahora un poco de mi agüita brillante y caliente?

Liu Yue vio a través del cerrojo de la puerta que entre las dos piernas de Tang Wan'er caía algo que parecía un chorrito de agua, pero que no lo era en realidad. Liu Yue no podía creer lo que estaba viendo. ¿Estaba Tang Wan'er orinando sobre el maestro Zhuang? ¿Cómo se atrevía a hacerlo? Los ojos no paraban de parpadearle a Liu Yue. Zhuang Zhidie se levantó y... □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí cuatrocientas setenta y tres palabras]. Tang Wan'er, aterrada, lanzó un grito y agitó la cabeza de un lado a otro. Las manos le temblaban y con ellas agarraba las sábanas de la cama. A la mujer de Zhou Min le daban espasmos y no podía controlarse. No paraba de moverse al mismo tiempo que se sentía atenazada por el miedo. Liu Yue pensó que Tang Wan'er se había emborrachado. El cuerpo de la mujer de Zhou Min se colapsó; ella se había dado cuenta de que Liu Yue la estaba observando. Zhuang Zhidie tapó

inmediatamente a Tang Wan'er con la sábana y se cubrió él mismo.

—¿Qué haces aquí, Liu Yue? —le gritó a la criada.

Liu Yue se giró y salió corriendo, y Zhuang Zhidie le gritó:

—Liu Yue, Liu Yue. —Zhuang Zhidie buscó con apresuramiento sus pantalones, pero no los encontraba y de su boca salió—: ¡Oh, no! ¡Se lo va a decir a Yueqing!...

Tang Wan'er le alcanzó su chaquetilla y le dijo:

—Ella no puede decir nada.

Tang Wan'er lo empujó hacia ella, pero Zhuang Zhidie se la sacó de encima y, desnudo, salió de la habitación. Vio a Liu Yue, que estaba jadeando junto a la cama del dormitorio. Zhuang Zhidie le dijo:

—Liu Yue, ¿vas a decir algo?

—No voy a decir nada —le respondió ella.

Zhuang Zhidie la abrazó, pero lo hizo con tanta fuerza que le arrancó el vestido que llevaba puesto. Ella no rechistó y se quedó casi desnuda delante de él. Zhuang Zhidie, excitado como estaba, la desnudó totalmente, quitándole incluso sus braguitas, y él mismo se quitó la chaquetilla que llevaba puesta. Zhuang Zhidie se dio cuenta de que Liu Yue sudaba, su corazón palpitaba con fuerza y su sexo se había humedecido. Él le dejó entender:

—No creo que comprendas estas cosas, Liu Yue... Los caquis del árbol están maduros...

Los dos se acostaron sobre la cama y... □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí treinta y una palabras].

Zhuang Zhidie le dijo sorprendido:

—Liu Yue, ¿no he visto sangre? Ya no eres virgen. ¿Quién te ha desvirgado?

Liu Yue le contestó:

—Nadie, nadie...

Ella era incapaz de controlarse y se contoneaba como una serpiente. Tang Wan'er los había seguido y lo había visto todo de principio a fin. Se acercó a Liu Yue, la abrazó y, con una sonrisa en los labios, le dijo con serenidad:

—Bueno, ahora somos hermanas...

—¿Cómo iba a atreverme a ser tu hermana?... Si no me hubiera tropezado sobre la puerta y esta no se hubiese abierto, ahora nadie se estaría ocupando de mí. ¿No estáis aquí para cerrarme la boca? ¿No os vais a arrepentir de lo que habéis hecho? Él tenía buena relación con ella en el pasado y ella se ha comportado con mucha nobleza y honestidad deliberadamente. ¿Por qué el

maestro la trata de esa manera? ¿Cuántas víctimas está dejando detrás de él? Cree que soltando un par de lagrimones lo arregla todo. ¿Por qué no me quieres, maestro?

Zhuang Zhidie dijo:

—Liu Yue, eres una persona de un talento excepcional. ¿De dónde sacas que yo no te quiero? ¿No te protejo acaso? Tus tareas diarias no son nada fáciles y lo único que temo ahora es que mi mujer te pida que me espíes.

Liu Yue le replicó:

—¿Cree que mi gran hermana, mi *dajie*, tiene tanta confianza en mí? Es cierto que ella también me dice que me protege... Sé que no os lleváis bien últimamente, pero ella no ventila su rabia como lo hace el maestro... ¡Lo hace más bien conmigo!

Zhuang Zhidie le aconsejó:

—No deberías cuidar de ella, Liu Yue. En el futuro, esa estrategia se va a volver contra ti. Ocupate de mí.

Tang Wan'er le dijo vivamente:

—Liu Yue, tú eres una sirvienta y no una esclava. Deberías buscar otra casa. La señora Niu te explota y tú no te das ni cuenta...

Zhuang Zhidie dijo a su vez:

—A Liu Yue, no le sugieras ni en broma ese tipo de cosas, Wan'er. ¿Por qué se va a ir nuestra Liu Yue? Yo me ocuparé de ella.

Liu Yue se ofendió profundamente por los comentarios que acababa de escuchar y se puso a llorar. Zhuang Zhidie y Tang Wan'er, al verla llorar, no supieron qué hacer y solo se les ocurrió darle sus ropas para que se vistiera. Tang Wan'er dijo:

—Hoy no hemos tenido suerte con este asunto. Nos hemos topado, sin querer, con ella...

—Así ha sido y no podemos cambiarlo —dijo Zhuang Zhidie—, pero ello no debería preocuparnos.

—Adivino tus pensamientos, Zhidie —dijo Tang Wan'er—. ¡Te has enamorado de una jovencita! Te he visto hace un momento. Ella tiene miedo porque tú eres el señor de la casa. Ella se ha puesto a decir tonterías por esa razón. Ella hará lo que le pidas; pero su manera de actuar te ha calentado y sientes algo por ella. Quizá por su sumisión. A los hombres, en el fondo, os gusta ese tipo de mujeres que os obedecen. Está en vuestros genes, y ella es más joven que yo. Seguro que, cuando la tengas para ti solo, me dejarás a un lado. ¿No es

así?

Zhuang Zhidie le respondió:

—Mírate a ti misma. Siempre eres tú y tú. No hay nadie más. Eres el centro y la medida de todas las cosas, Wan'er.

Tang Wan'er añadió:

—Voy a recordártelo más de una vez en el futuro; esa chica ha nacido bajo una mala estrella y te traerá mala suerte. Con ella vendrán calamidades. ¡Y tú lo verás con tus propios ojos! Me he fijado mientras lo estabais haciendo que esa chica no tiene pelo en su pubis. Las mujeres que no tienen pelo en esa parte íntima han nacido seguramente bajo el signo del Tigre Blanco y los hombres que, sin embargo, tienen pelo en el pecho y en la espalda, han nacido bajo el signo del Dragón Azul. Cuando el Tigre Blanco y el Dragón Azul se encuentran y se aparean, la felicidad más absoluta reinará en sus vidas; pero tú, Zhidie, no tienes un pelo en el cuerpo, y, además, no has nacido bajo el signo del Dragón Azul. Cuando alguien nacido del Tigre Blanco se junta con alguien de otro signo, la hemos jodido y bien, amigo. La calamidad está asegurada...

A Zhuang Zhidie, esas palabras le asustaron. Se tomó un vaso de *kaishui* (agua hervida) con azúcar rojo y se fue a su despacho.

CAPÍTULO XIII

Zhuang Zhidie olvidó rápidamente el consejo de Tang Wan'er y una de las primeras cosas que hizo fue hacer el amor otra vez con Liu Yue. Lo hizo dos veces, incluso tres veces más; pero en cada una de esas ocasiones observó con atención a la joven sirvienta. ¿Era él un dragón azul y Liu Yue una tigresa blanca? Ella era bella como lo es la juventud. Una belleza fresca y saludable, una belleza a la que el tiempo no había robado todavía su futuro. Bella como lo es la flor de un melocotonero, una belleza que se acerca a la perfección pero que no es perfecta. Una criatura así no podía traer ninguna calamidad, pensó Zhuang Zhidie. Liu Yue era, sin lugar a dudas, su favorita. Lo era cada vez más. Incluso ante sus ojos empezaba a verla como su esposa. Niu Yueqing se mostraba cada vez menos dócil con él y, lo que era peor, siempre le llevaba la contraria por principio. La actitud de su mujer le agriaba el carácter y él ya estaba harto. Un día, Niu Yueqing le pidió a Liu Yue que comprara un *jin* (medio kilo) de carne de cerdo y dos *jin* de cebollinos para hacer raviolis. Sobre todo, Niu Yueqing no quería que metiese ninguna moneda en el interior de uno de esos raviolis. Liu Yue le dijo que estaba de acuerdo, pero además compró medio *jin* de carne de cordero y dos *jin* de hinojo; pero desobedeció a su señora y metió en el relleno de uno de los raviolis una moneda de dos céntimos. Al comer los raviolis, Niu Yueqing preguntó a Liu Yue por qué había utilizado carne de cordero. A ella, a Niu Yueqing, no le gustaba la carne de cordero, porque le sabía a oveja. Nada más comerlos, Niu Yueqing vomitó. Liu Yue le dijo que la carne de cordero era muy buena y no sabía a oveja. Liu Yue, ni corta ni perezosa, cogió uno de los raviolis y le dio un mordisco. Las dos mujeres se pusieron a discutir y Niu Yueqing se enojó muchísimo, dejó de comer, y se fue a dormir enfurruñada. Sirviéndose de la paloma mensajera, Liu Yue le envió un mensaje a Tang Wan'er para que viniese a alegrar el día a su señora, Niu Yueqing. Tang Wan'er y Niu Yueqing intercambiaron varias palabras. Con un bol de *jiaozi* (raviolis) en la

mano, Liu Yue puso al corriente a Tang Wan'er sobre Niu Yueqing:

—Hermana Wan'er, la gran hermana no come nada y solo me hace ascos con todo lo que le ofrezco. ¿Crees que están envenenados estos raviolis? Si no es así, ¡cómetelos, por favor, y ella se convencerá de que no están malos ni saben a oveja!

Tang Wan'er cogió un bol repleto de *jiaozi* de carne de cordero y no notó en absoluto el sabor a oveja del que se quejaba Niu Yueqing. Cogió con los palillos uno de los raviolis, le dio un mordisco y se relamió los labios; le pareció exquisito. Pero en el segundo bocado, notó la moneda, que cayó en el bol e hizo un *cling, cling*. Liu Yue se apresuró a decirle a Wan'er:

—¡Eres una suertuda, hermana! ¡Al segundo bocado y te topas con la moneda! Yo he comido un montón de raviolis y nunca me encuentro con ella.

La conversación entre Liu Yue y Tang Wan'er sacó de quicio a Niu Yueqing y las miró a las dos con odio y resentimiento, pero no les dijo nada. Niu Yueqing se puso anímicamente peor de lo que estaba, y, sin poder controlarse, se puso a hipar sin parar. De repente se sintió sucia —esa era una sensación que le venía siempre que se deprimía—, y pensó que debía asearse en cuanto antes. Se fue al lavabo y se lavó las manos con una pastilla de jabón. Estuvo media hora frotándose con el jabón y se rompió las uñas, e incluso se hizo arañazos en las manos.

Liu Yue, por su parte, salía a menudo corriendo hacia el exterior y se quedaba ahí con cara de tonta, paseando por las calles sin saber adónde ir. Esa era una manera de olvidar a Niu Yueqing. Se iba al mercado, pero finalmente no compraba nada y se quedaba en la calle, caminando de un lado a otro. A veces se metía en un club de vídeo y se ponía a ver alguna película o entraba en una de esas salas con videojuegos y se ponía a jugar sin ton ni son con el primer juego electrónico que encontraba a su disposición. A Zhuang Zhidie no le agradaba esa situación y le comentó una vez:

—Liu Yue, pareces otra persona.

Y Liu Yue le respondió:

—Por supuesto. Desde que me desvirgaste, no soy la misma.

Niu Yueqing veía también con mal ojo las salidas de Liu Yue, y cuando le preguntaba adónde había ido, la sirvienta le respondía con evasivas. Niu Yueqing observaba además que Liu Yue regresaba siempre con ropas nuevas o peinados nuevos. Niu Yueqing le preguntó en cierta ocasión:

—Liu Yue, este mes no te he visto enviar el dinero a tus padres. ¿No me

digas que lo has gastado en ropa? A tus padres les ha costado mucho criarte y tú ahora no deberías ser ingrata con ellos. ¿Ya has dejado de pensar en ellos aquí en la ciudad? Deberías volver a tu pueblo para cuidar de ellos. ¿O van a venir ellos a verte a Xijing?

Liu Yue le replicó:

—Lo único que quieren es que cave aquí una mina de oro y les dé lo que encuentre en ella. Nada más; y nadie va a venir a verme. ¿Cuánto dinero puedo yo conseguir en un mes?

Niu Yueqing se sintió abrumada por esa respuesta tan cruda de Liu Yue y no volvió a preguntarle nada más.

Un día, al regresar del trabajo, Niu Yueqing se encontró con su casa llena de jovencitas pintarrajeadas, perfumadas en exceso, y vestidas descaradamente, que bebían alcohol y se paseaban contoneándose sobre sus zapatos de tacón alto. Al ver regresar a la dueña de la casa, todas ellas se asustaron y se fueron. Alguna incluso había vomitado en el suelo. Niu Yueqing le preguntó a Liu Yue:

—¿Quiénes son esas chicas?

—Pues han venido de mi terruño para ganarse la vida en los hoteles de Xijing. Puedes verlo con tus propios ojos. ¡Les ha ido bastante bien! Querían ver al gran escritor que vive en esta casa. Uno no ve cada día una rareza así. Las he visto contentas, ciertamente, pero son unas cabecitas de chorlito y se nota que acaban de salir del pueblo. Las he invitado a tomar un trago. ¡Qué menos podía hacer por ellas!

Niu Yueqing le preguntó:

—¿Es mi casa un hotel para turistas? Vete a saber lo que hacen esas chicas en sus pequeños hoteles para ganarse la vida. ¡Y mi casa tampoco es una casa de prostitución!

Liu Yue le contestó airada:

—¿Qué te hace pensar que esas chicas son prostitutas? Si ellas son prostitutas, ¡yo también lo soy!

Niu Yue, al oírla hablar así, subiendo el tono de voz y contradiciéndola, se enfureció y le replicó:

—¿Me vas a dar lecciones sobre la gente? Estás cambiando, Liu Yue. ¿Qué te pasa? Te eternizas frente al espejo ensimismándote. ¿Te das cuenta de lo que pareces con esa pinta?

Liu Yue le dijo:

—No necesito verme en el espejo para saber cómo soy, es decir, que soy

como mis propios meados. Pero si yo soy una prostituta, te lo repito, si yo soy una prostituta, te diré algo: en esta casa hay más puterío que en el más tirado de los burdeles de Xijing.

Niu Yueqing dijo:

—¿Qué me dices? ¿Cómo te atreves a hablar así de esta casa?

Liu Yue le respondió:

—¿Me preguntas que cómo me atrevo?... ¡Lo que hay que oír! ¿No crees que podría sacar más dinero si me dedicara a actuar como un macarra con sus señoritas?

Tras decir esas palabras, Liu Yue dejó la taza de té sobre la mesa, pero lo hizo con tanta fuerza que esta fue a parar junto a la tetera. La taza no se rompió, pero la tetera fue a parar al suelo y se hizo pedazos. Niu Yueqing dio un salto y dijo vivamente:

—¡Vale! ¡Lo has roto! Y seguro que no te importa porque no es tu casa; pero tú no tienes todavía ese privilegio...

Liu Yue replicó:

—Acompáñame, te indemnizaré por la tetera. Acaba de beber esa botella de vino. ¿No te servirá de compensación?

Liu Yue se fue a su cama lloriqueando.

Zhuang Zhidie, ese día, volvió a hacerse pasar por la novia de Zhong Weixian, y le escribió a este último una carta diciéndole que se había lesionado una pierna y no podía pasar a verlo y que, por lo tanto, aplazaba su viaje a Xijing. Tras enviar la carta, Zhuang Zhidie se dirigió al departamento de evaluación para intentar solucionar el problema de Zhong Weixian y su promoción, pero le negaron toda esperanza. El tema de las promociones estaba ya zanjado. Lo único que finalmente le aconsejaron fue que llamase al director de la Sala de Cultura. Solo él podía hacer algo en ese tipo de asuntos. Zhuang Zhidie se sentó a un lado y, con el teléfono pegado a la boca, le contó la situación al empleado de la Sala de la Cultura que cogió el teléfono. Zhuang Zhidie le dijo, entre otras cosas, que lamentaba que el nombre de Zhong Weixian no hubiese aparecido en ningún sitio. El empleado le dijo que no se podía anunciar nunca públicamente el nombre de la persona que iba a ser promocionada. Interferir en ese tipo de asuntos no era una decisión sabia para nadie y lo mejor era dejarlos tranquilos, añadió el empleado. El efecto que se conseguía era exactamente el contrario del que se buscaba. Zhuang Zhidie, deprimido, colgó el teléfono y regresó a su casa. Antes de llegar a casa, oyó a

Niu Yueqing y Liu Yue que se estaban peleando. En la casa se oían gritos que eran como los chillidos de los pájaros o de los animales salvajes. Zhuang Zhidie se encendió por dentro y subió las escaleras para pedirle explicaciones a su mujer. Entró por la puerta y lo primero que hizo fue lanzar un rugido para controlar el ruido y, con la cara ennegrecida, le preguntó a Niu Yueqing qué pasaba. Niu Yueqing sabía que Zhuang Zhidie venía caliente por algún asunto que ella desconocía y no quiso levantarle la voz; le dijo simplemente que Liu Yue había invitado a un grupo de amigas a comer y beber. Por eso se habían puesto a discutir. Niu Yueqing se explicó:

—Nosotros vivimos en un edificio que pertenece al gobierno. Aquí solo viven intelectuales. ¿Qué va a pensar la gente si ve venir a mujerzuelas pintarrajeadas y vestidas como loros para bailar y tomar copas? ¿Qué iban a pensar de nosotros? Le dije a Liu Yue un par de cosas y ella se lo tomó mal. No te llegas a imaginar cómo se puso y con qué violencia. Al ver a Liu Yue en ese estado, ¿qué iba a hacer yo? ¿Cómo una va a dejar que una sirvienta hable así a su señora? Encima, quería negar lo que vieron mis propios ojos. ¿Qué podía hacer? No podía dejar que me levantase la voz...

Zhuang Zhidie se dirigió a la habitación de Liu Yue para hablar con ella, pero los rasgos de su cara cambiaron nada más verla. Liu Yue tenía la mirada distraída y, al ver entrar a Zhuang Zhidie, lo miró con ojos de tigresa. Lo vio delante de ella, paralizado, como una estatua. Ella se levantó de la cama, se arrodilló seguidamente, y empezó a golpear el suelo con la frente hasta que se hizo sangre; ese era el antiguo saludo, sumiso y humillante, ante la autoridad. Niu Yueqing también presenció lo que acababa de hacer Liu Yue, y tanto ella como Zhuang Zhidie se quedaron mudos. Zhuang Zhidie ayudó a Liu Yue a levantarse y quiso vendarle la frente, pero ella se negó. Liu Yue, en lágrima viva, quería salir de la habitación. Zhuang Zhidie le habló con un tono de voz severo:

—¿Te vas al patio a ventilar a gritos tu rabia? Te prevengo. Si quieres que corra la sangre, no regreses a esta casa nunca más. ¿Lo entiendes ahora?

Liu Yue decidió no salir de la casa; se dirigió al baño y se puso a lavar ropa. Abrió el grifo del lavadero al máximo y el agua empezó a salir desbocadamente y con un ruido insoportable.

Zhuang Zhidie llamó por teléfono a Meng Yunfang y le pidió que fuese a la casa de Tang Wan'er. Ella debía dirigirse luego, e inmediatamente, a la casa de Zhuang Zhidie. Tang Wan'er se vistió muy bien para la ocasión y estaba deslumbrante. Sabía que en la casa de los Niu había habido bronca. Al principio, cuando se lo contó Meng Yunfang, se asustó; pero luego supo por qué quería

Zhuang Zhidie que ella fuese a su casa, ya que sabía lo que había podido pasar entre Liu Yue, Niu Yueqing y él. Incluso encontró cierto placer en esa situación. Nada más llegar a casa, Tang Wan'er se metió en los baños y se fue a ver a Liu Yue. La sacó y la llevó a su habitación. Zhuang Zhidie les gritó desde el estudio, ya que quería que Tang Wan'er se llevase a Liu Yue a su casa para que se calmase. Tang Wan'er dijo en voz baja:

—Has hecho bien en pegarles, pero no en la frente. En las nalgas, tal vez. Así nadie podría ver esas heridas tan negras y tan feas...

Zhuang Zhidie le dijo:

—Pero ¿qué dices? Yo no la he pegado en la frente. Ha sido ella que se ha golpeado la frente con el suelo como si hubiese enloquecido.

Tang Wan'er se puso a reír y con el pie apartó la silla a un lado y le dio un beso estruendoso a Zhuang Zhidie en la mejilla. Tang Wan'er se fue a ver a Niu Yueqing para despedirse de ella. Luego cogió del brazo a Liu Yue para llevársela a su casa. Niu Yueqing se echó en su cama y estaba tan enojada que no podía levantarse para ver a nadie. Zhuang tuvo, por lo tanto, que acompañar a Tang Wan'er y Liu Yue a la puerta de la entrada, y les dio diez yuanes para que tomaran un taxi. Tang Wan'er, sin embargo, se negó a aceptar ese dinero e hizo una mueca con la boca, que parecía una sonrisa quebrada, mientras bajaba con Liu Yue. Zhuang Zhidie no comprendía por qué Tang Wan'er se había puesto a reír de esa manera y se dirigió al baño para lavarse la mancha roja que Tang Wan'er le había dejado en la cara con el arrebato de su beso. Se miró al espejo y vio en su mejilla izquierda la marca roja. Enseguida se la quitó con agua y jabón. Tras lavarse la cara, se dio cuenta repentinamente que la habitación estaba vacía. Tuvo una sensación extraña en ese momento. Se giró y vio solo unas ropas colgadas de cualquier manera en la pared. Se sintió solo y desamparado. Cogió esas ropas y las puso a secar. Al pasar junto a Niu Yueqing, Zhuang Zhidie le habló con desdén:

—¿Te has quedado satisfecha con lo que has hecho? ¿Cómo has sido capaz de actuar así? Haces feliz a la gente, a los que te rodean...

—Cariño, ¿me culpas a mí? —reaccionó Niu Yueqing—. Esa campesina maleducada y mimada ha osado levantarme la voz y encima me echas la culpa a mí. Me resultaría extraño si esa pueblerina no se ha convertido ya en una prostituta. Todas esas jovencitas que vienen del campo a Xijing acaban ejerciendo ese oficio infame.

—No deberías hablar así —replicó Zhuang Zhidie—, suena muy mal en los

oídos. ¿Cómo era ella antes? La hemos estropeado en esta casa. ¡Ni siquiera se ha acostumbrado a ti!

Liu Yue dijo:

—Ah, sí, qué desgraciada es la pobre... ¡Y qué bueno eres con ella! Esa criadilla se cree un ser excepcional y es por tu culpa. Tú le has llenado la cabeza de tonterías y esa chiquilla se mea encima de mí cuando le apetece. Tú se lo permites con tu actitud. —Niu Yueqing se animaba con sus propias palabras y se sentía con más confianza para sacar todo lo que llevaba dentro—: ¿Y sabes algo?... Cuando un marido desprecia a su mujer y la trata como una perra o una cochina, cualquiera se siente con el derecho de hacerlo. Eso es lo que ha pasado ahora con Liu Yue. Tú me has criticado y me has rebajado delante de ella. Además, a ti se te alegra la vista cuando ves a una jovencita que te sonrío.

—Vale, vale —le dijo Zhuang Zhidie—. Voy a redactar mi defensa para el juicio en el estudio y voy a cerrar la puerta herméticamente.

Liu Yue, en la casa de Tang Wan'er, se pasaba el día sin saber qué hacer y con cara de tonta. Zhuang Zhidie le pidió a Niu Yueqing que fuese a verla, pero ella no fue. Liu Yue decidió por su propia voluntad regresar a la casa de Niu Yueqing. Una vez ahí, no se deshizo en mil palabras, se dirigió a la cocina y se puso a preparar la comida. Al verla actuar de esa manera, Niu Yueqing no le dijo nada y Liu Yue se presentó más tarde con la comida para Niu Yueqing y Zhuang Zhidie. Tras acabar de comer, Niu Yueqing le preguntó a Zhuang Zhidie:

—¿Puedo comer esto?

—Como te apetezca —respondió Zhuang Zhidie.

—Pero ¿qué es? —preguntó con firmeza Niu Yueqing.

—Pues creo que son unos fideos pasados por la sartén con *doufu* —contestó Zhuang Zhidie.

Antes de ir al trabajo, Niu Yueqing decidió poner sobre la mesa una lista con el menú del día para que Liu Yue cocinase los platos que ella, Niu Yueqing, quería tomar ese día.

Liu Yue vio esa nota sobre la mesa al día siguiente. Un día, cuando Niu Yueqing se preparaba para ir al trabajo, Liu Yue gritó hacia el estudio, donde se encontraba Zhuang Zhidie:

—¿Qué quieres de comer hoy?

Zhuang Zhidie le recordó que Niu Yueqing le había dejado, como siempre solía hacerlo, una lista con lo que quería comer. Liu Yue cogió la lista, la leyó con dejadez y dijo desganada:

—¡Otra vez arroz con trozos de pollo! ¡Qué aburrido! Maestro Zhuang, como bien sabes, soy casi analfabeta y no tengo un nivel cultural muy alto. El pollo, ¿cómo lo quiere la señora? ¿Asado o cocido? No es lo mismo...

Zhuang Zhidie le replicó desde el estudio:

—En esta casa, ¿no sueles hacerlo cocido, como lo hacías en otras casas donde has trabajado?

—¡La señora no sabe escribir! ¿Cómo quiere que una simple asistente en las tareas domésticas pueda comprender esa escritura?

Niu Yueqing había oído toda la conversación entre Zhuang Zhidie y Liu Yue y, enfurecida, cogió la nota, hizo una bola con ella y se la metió a Liu Yue en la boca. La sirvienta se puso a reír a carcajadas y Zhuang Zhidie salió inmediatamente del estudio:

—Vale, vale... —dijo—; portaos como un par de buenas hermanas...

Niu Yueqing, sonriendo y enojada a la vez, dijo:

—Ah, Liu Yue..., constato que no eres una sirvienta de verdad...

Liu Yue se puso a reír otra vez y dijo:

—No valgo nada. Me vendo barata... Me haces buena cara y te sigo... Ahora me dices que no soy una sirvienta auténtica...

Niu Yueqing dijo:

—Cuando acabes de cocinar, se lo preguntas a tu maestro Zhuang. ¡Yo te cerraría la boca! —Niu Yueqing bajó las escaleras y salió de la casa. Una vez abajo, le gritó a Liu Yue—: Ah, y no te olvides de darme unas pepitas de calabaza.

Liu Yue le bajó las pepitas de calabaza y Niu Yueqing se puso a mordisquearlas mientras avanzaba hacia la calle. Liu Yue subió al salón, se sentó y se puso a hacer lo mismo: abrir con los dientes pepitas de calabaza. Miró al estudio y le preguntó a Zhuang Zhidie:

—¿Qué estás escribiendo? ¿Y no abres la ventana? El humo del tabaco te va a asfixiar, maestro.

Zhuang Zhidie le contestó:

—No me distraigas; estoy redactando mi respuesta para el juicio.

Liu Yue se aburría y se puso a reforzar, con hilo y una aguja, los botones de su bata; pero lo dejó al cabo de poco tiempo y se fue a dormir.

Zhuang Zhidie pasó una hora escribiendo su respuesta, pero le salía muy confusa y superficial y lo dejó estar por el momento. Llamó a la redacción de la revista y el que se puso al otro lado de la línea fue Zhou Min. Zhuang Zhidie le

dijo a Zhou Min que le comunicase a Zhong Weixian el resultado de su conversación con los funcionarios del departamento encargado de las evaluaciones y promociones de otros funcionarios. Él quería hablar ahora con los altos cargos de la Sala de la Cultura para comentarles el asunto de la promoción y era optimista sobre el resultado. Después de colgar el teléfono, a Zhuang Zhidie le entró hambre y se dirigió a la cocina para comer alguna cosa. Cogió un plato de ciruelas y reanudó la redacción de la réplica. Le pidió a Liu Yue que le acompañara. Le gritó, pero ella no respondía. Se dirigió al dormitorio y la vio echada, durmiendo plácidamente sobre la cama. Liu Yue tenía la bata abierta junto con los botones y la aguja puestos a un lado. Liu Yue mostraba el sujetador y más abajo aparecía su barriga, la cual era de un color blanco impoluto y de una ternura que llamaba la atención. Era la barriguita de una chica joven que todavía no había sido madre. Zhuang Zhidie sonrió y Liu Yue le pareció irresistible en esos momentos. Con suavidad, le quitó el sujetador y le levantó la falda. Lo que ahí vio hizo que su miembro empezase gradualmente a ponerse duro como el jade, y Zhuang Zhidie empezó a tocárselo... □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí treinta y ocho palabras]. Zhuang Zhidie temía despertarla. Cogió una de las ciruelas y con ella se puso a frotar el sexo de Liu Yue. Zhuang Zhidie se dio cuenta de que el sexo de la joven sirvienta se abrió ligeramente, reaccionando al contacto con el fruto. A Zhuang Zhidie se le escapó una sonrisa y retiró de golpe la ciruela del sexo de Liu Yue. Volvió al estudio y reanudó la escritura del artículo. Escribió y escribió. Absorto en el texto, se olvidó de todo lo demás.

A eso de las diez, alguien llamó a la puerta y Zhuang Zhidie salió para recibirlo y vio que era el director Huang, el de la fábrica de los pesticidas. Le caían chorretones de sudor negro por la cara y dijo:

—Ay, al menos estás aquí. ¡Genial! Me preocupaba mucho no encontrarte. He hecho venir tres estanterías al estilo antiguo. ¡No te imaginas lo que me han costado! He necesitado alquilar tres triciclos para traerlas y tú aquí, con cara de tonto y sin moverte. Te las doy porque me he mudado...

Zhuang Zhidie le dijo:

—Pero ¿por qué me las das a mí? ¿Qué te ha costado traerlas hasta aquí? Liu Yue y yo podemos ayudarles a subirlas.

El director Huang, en el zaguán de la casa, le respondió:

—Tú, no te muevas; pero si quieres decirle a Liu Yue que les eche una mano, allá tú.

A Liu Yue, los golpes en la puerta del director Huang la despertaron. Luego

oyó cómo Zhuang Zhidie abría la puerta, pero ella volvió a cerrar los ojos para quedarse dormida. No pudo; Liu Yue notó que estaba desnuda, sin la bata, sin el sujetador y sin la falda ni las braguitas. Al mismo tiempo, se sentía que tenía hinchada la parte de abajo, miró y se le escapó un ¡oh!... Zhuang Zhidie recordó de repente ese asunto, cerró la puerta, dejó al director Huang, y vino a ver a Liu Yue, que en ese momento no se atrevía a coger la ciruela con las manos. Al ver a Zhuang Zhidie, ella se quejó indignada:

—¡Maestro Zhuang, eres mala gente! ¿Cómo has podido hacer eso?

Zhuang Zhidie hizo como si no supiera de qué estaba hablando ella y dijo:

—¿Por qué dices eso de tu maestro Zhuang? —Luego añadió—: Oh..., Liu Yue... No sabía que marinabas las ciruelas de esa manera. ¿O las estás salando?

—Pues eso es —respondió Liu Yue—. Estoy preparando más bien ciruelas en almíbar. ¿No te gustan más así, maestro?... ¿Quieres probarlas?

Zhuang Zhidie se precipitó hacia ella y cogió la ciruela, la cual yacía en el orificio del sexo de Liu Yue. Zhuang Zhidie solo tuvo que presionar la vagina de Liu Yue y la ciruela salió de golpe, como un huevo que se descuelga de la gallina. Zhuang Zhidie agarró la ciruela y le dio un mordisco.

Liu Yue le previno irónicamente:

—No debe estar muy limpia, esa ciruela...

Zhuang Zhidie le dijo:

—El cuerpo de Liu Yue no tiene nada sucio en su interior. ¿Qué iba a temer?

Tras decir esas palabras, le dio otro mordisco a la ciruela. Liu Yue cogió la otra mitad y se la comió. Los dos se pusieron a reír. Liu Yue le dijo:

—¿Estás jugando conmigo? A mí no me gusta que me vengán con tonterías. ¿Vale? Y con esa Tang Wan'er, ¿te atreves a hacer esas cosas?

Zhuang Zhidie le replicó:

—Te he dejado que comieses la ciruela y te has dormido. Vaya que sí, y estabas tan guapa durmiendo..., y me sentía tan feliz viéndote así. No te lo llegas a imaginar...

Liu Yue le dijo:

—¿Por qué me amas de esa manera, maestro? En tu cabeza y en tu corazón solo soy una sirvienta y lo seré siempre. Yo me he peleado con tu mujer, y ella no puede verme; pero yo nunca podré sustituirla. Pero no le digas nada a ella cuando regrese. ¡Me va a dar un bofetón si no! Ni mi padre ni mi madre me han puesto la mano encima nunca.

Zhuang Zhidie se apresuró a decirle:

—Yo no te pegaré nunca. Y ella, ¿se ha atrevido a pegarte? Aunque lo que has hecho no está bien, si mi mujer te pone la mano encima, yo le diría cuatro cosas. No le consientas que te pegue. ¿De acuerdo? ¿Me odias, Liu Yue? Ella, al fin y al cabo, es la dueña de esta casa. No puedo decirle nada malo delante de ti; pero cuando te fuiste, me las tuve con ella y le dije de todo. Aunque no le di ninguna bofetada, por supuesto.

Liu Yue le dijo:

—Mira, Liu Yue es una tonta y tú te aprovechas de ello para burlarte de mí.

El director Huang se había quedado en la entrada y volvió a golpear a la puerta para llamar la atención de Zhuang Zhidie. Liu Yue se vistió rápidamente y tanto ella como Zhuang Zhidie se fueron a recibir al director Huang. El director Huang iba acompañado, de hecho, por otro hombre que llevaba una de las estanterías antiguas. El director Huang iba ya completamente empapado de sudor y dijo:

—Ah, Liu Yue, la criadilla de un ministro tiene más poder que un oficial a nivel provincial... ¡Y qué cierto es! La sirvienta de un escritor también es una escritora... El señor Zhuang no tiene por qué ayudarnos con estos muebles. Él tampoco puede venir. Además, quién diría que yo soy uno de los empresarios más exitosos de esta ciudad, y ensalzado por el mismísimo alcalde...

Liu Yue le replicó:

—Me mira con mal ojo, empresario, y ese mismo ojo me llora... Debo de tener algo dentro... —Tras decir esas palabras, bajó a ayudar a los otros dos hombres que transportaban las estanterías.

Una vez metidas todas las estanterías, Liu Yue se metió en el baño para lavarse las manos y se secó el sudor del cuerpo con una toalla. Se puso a cantar mientras se secaba el sudor y tardaba mucho en salir del baño. El director Huang dijo:

—Liu Yue, qué agradable es oírte cantar... Deberías salir del baño y dejarnos gozar de tu arte con más detenimiento.

Liu Yue no dejó de cantar, pero salió finalmente del baño y se fue a preparar una tetera. Le ofreció al director, junto con el té, la ciruela que había permanecido escondida en su sexo durante tanto tiempo. El director Huang la olió y dijo que no le gustaba comer alimentos salados ya que, por lo general, le sentaban mal. Liu Yue le replicó:

—Bueno, si usted no se la come, el maestro Zhuang se la comerá —y se la dio a Zhuang Zhidie, que se encontraba quitando el polvo a las estanterías e

intentando montar las piezas.

El director Huang miró a Zhuang Zhidie y le dijo:

—Señor Zhuang, estás demasiado ocupado con esas estanterías. Parece que eres una persona decidida a no dejar nada a medias. Me da la impresión de que no van a caber estas estanterías ni estos soportes en tu casa. No puedo quedarme mucho tiempo aquí. Vaya, vaya...Tengo que acompañar a mi mujer al médico y está lejos de mi casa, en el centro de Xijing...

Zhuang Zhidie le preguntó:

—¿Y a qué médico piensas ir? ¿Qué le pasa a tu *laopo*? Cuando la vi en tu mansión, tu mujer parecía tener una salud de hierro.

El director Huang le respondió:

—No te preocupes por mi mujer. Alguien como tú, lo que debe hacer es escribir. Quédate en casa y escribe. Mi casa sería ahora un auténtico santuario de la cultura universal si no hubiese sido por mi mujer. Ella te ahuyentó de ahí con tanta palabrería. ¡Mi *laopo* es una auténtica bocazas! ¡Qué bicho! Felizmente está todavía de buen ver, pero sus carnes no tardarán en pudrirse. Mi *laopo* no me comprende. La mujer tiene que permanecer en casa; especialmente si viene del campo, y no meterse en los asuntos de su marido. A mi mujer, ni la conozco, créeme. Llevo una vida entera con ella y no la conozco. Solo hay ruido entre nosotros y somos dos seres muy diferentes. Ahora va y se envenena expresamente con el pesticida...

A Zhuang Zhidie le entró pánico.

—Me dices que ha tomado veneno, director Huang... —pensó en voz alta Zhuang Zhidie—. Eso es veneno y le va a pudrir las carnes antes de lo que piensas. ¡Has hecho un agujero en el Cielo, director Huang! ¿Por qué no te has quedado con ella? ¿Cómo has venido con esas estanterías?

El director Huang le contestó:

—Ya he ido al hospital con ella y el doctor, que se dio cuenta nada más vernos de que nuestra relación no estaba en su mejor momento, me dijo que lo mejor era no añadir más leña al fuego. Lo prioritario en ese momento era salvar la vida de mi mujer. Mi *laopo* ha intentado suicidarse. ¡Y lo ha hecho con mi gran creación! ¡El pesticida 101! Y lo ha vuelto a hacer, otra vez... Si muere, pues que muera, pero que nadie diga que he sido yo que la ha estrangulado con una cuerda. Incluso la he llevado al hospital y he cumplido con mis obligaciones como marido.

Liu Yue oyó todo lo que acababa de decir el director Huang mientras sacaba

el polvo a las estanterías, pero no podía apartar los ojos de él. El director Huang le preguntó a la criada:

—Liu Yue, ¿por qué me miras con esos ojos?

Y Liu Yue le respondió a la defensiva:

—Pero ¿quién le mira? ¡Mis ojos son así de grandes!

El director Huang la piropeó:

—Liu Yue, tienes los ojos muy bonitos y vivarachos. ¡Parecen un par de polluelos!

—Y la tez blanca, blanquísima... ¿No se ha dado cuenta, director Huang? — dijo Liu Yue.

Zhuang Zhidie, viendo que el rostro de Liu Yue se enfurruñaba y se ponía impertinente, dijo:

—Liu Yue, rápido, ponme en orden estas cosas. Voy a acompañar al director Huang al hospital para ver a su *laopo*. Debo estar a su lado y reconfortarlo en esta situación.

—¿También quieres verla? —quiso saber el director Huang—. De acuerdo; además, te considero un amigo, Zhidie. El médico estará de acuerdo.

Zhuang Zhidie no dijo nada y cogió el paquete que le dio Liu Yue. El director Huang comentó:

—¿Quieres traerle algo a mi mujer, Zhidie? Quizá, en este momento, mi mujer ya no respira.

Zhuang Zhidie le dijo en voz baja:

—Cómo puedes decir esas cosas... —Los dos hombres salieron rumbo al hospital.

Al llegar a la entrada del hospital, Zhuang Zhidie vio a la mujer del director Huang tomando el fresco sentada en una silla y degustando unas láminas de almidón blanco, *liangfen*, que eran particularmente gordas y frías, y sumergidas en una salsa pimentada. El director Huang, alarmado, le dijo:

—Pero... ¿estás viva? ¿Y tienes apetito?

La *laopo* del director Huang le tiró a la cara el bol con los *liangfen*. El director Huang pudo esquivarlo, pero casi alcanza a Zhuang Zhidie. El bol cayó al suelo y se hizo añicos. La mujer empezó a lanzar improperios a su marido:

—¿Me esperabas ver muerta? ¿No es así? ¡Pues tu vieja todavía no ha muerto! Y encima, tu vieja no ha comido nada desde ayer... ¡Sobras, eso es lo que estoy comiendo ahora!... Las sobras de un tipo que la palmó ayer poco antes de pedir la comida...

El director Huang le dijo a Zhuang Zhidie:

—¿No has visto con qué ojos de loca te ha mirado? Uno no se comporta así. A mi mujer se le ha ido la cabeza. ¡Ya no es humana!

Tras decir esas palabras, el director Huang se dirigió al departamento de urgencias para preguntar qué había pasado con su mujer. La *laopo* agarró a Zhuang Zhidie del brazo y le obligó a sentarse. Volvió a pedir, a gritos, otro bol de *liangfen* y se lo ofreció a Zhuang Zhidie, pero este ni lo probó. Zhuang Zhidie le preguntó a la mujer del director Huang:

—¿Por qué te has curado tan rápidamente? El médico, ¿te ha hecho un lavado de estómago?... Y esa es la razón por la cual no podías comer nada.

—¿Qué es un lavado de estómago? —le preguntó la mujer—. Nadie quería morirse. Simplemente quería dormir en la cama tranquilamente... Pero no tenía nada; un simple dolor de barriga por algo que me había sentado mal.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Lo sabía. Solo querías asustar al director Huang. No te has tomado el pesticida.

La mujer le dijo:

—El médico también me ha aleccionado al respecto. Me ha dicho que, si no he tomado el pesticida, no habría debido venir al hospital; pero lo cierto es que, si no hubiese venido hasta aquí, tú tampoco estarías hablándome de esta manera. Respecto al lavado de estómago, pues igual sí que me lo han hecho. Creo que hasta me han operado. Me he asustado. Pensé que me iba a morir... ¿Sabes lo que pasa? Mi marido se acuesta en nuestra propia casa con esas jovencitas que se venden por cuatro céntimos. Una vez en casa, el muy pervertido les rasura el pubis. ¿Sabes por qué lo hace? Porque piensa que, de esa manera, esas prostitutas no podrán acostarse con otros clientes. El muy tonto se lo cree y les dice a las chicas que vuelvan a verlo. Lo pillé in fraganti afeitándole el pubis a una de esas jovencitas y sin pestañear me dijo que quería convertir a esa chica en su secretaria privada. ¿Qué te parece esa respuesta? ¡Para perder la cabeza! Mi marido se puso entonces a hacerle preguntas a la jovencita, que se encontraba espatarrada ante mi marido. ¿Sabes escribir? ¿Sabes hacer cálculos? A mí, tanta desfachatez me sacó de mis casillas e ingerí el pesticida.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Eso hace daño y no sirve de nada. ¿Para qué morir? Pero todo esto es bastante extraño... Has tomado ese pesticida y no te ha hecho nada. Vaya naturaleza la tuya. Igual es porque eres la esposa del director Huang y eres

inmune a sus inventos...

La mujer le dijo:

—Yo tampoco comprendo cómo no me ha hecho ningún efecto. Quizá es porque yo no soy igual que las otras personas. El doctor también dudó de lo que había dicho, pero le juré por todos mis muertos que había tomado ese pesticida. Me hicieron un análisis de la orina y los laboratorios confirmaron que, en efecto, había tomado ese pesticida 101.

Al cabo de un momento, salió el director Huang con la cabeza colgándole sobre el cuello y con cara de pocos amigos. Zhuang Zhidie le preguntó qué le pasaba. El director Huang no le dijo nada y se limitó a indicarle a su mujer la puerta abierta del chófer que la estaba esperando para reconducirla a su casa, pero su *laopo* no quería irse. El director Huang se llevó a Zhuang Zhidie a un lado y le dijo, arrodillándose en el suelo:

—Señor Zhuang, esta vez te pido ayuda y va en serio.

Zhuang Zhidie intentó levantarlo del suelo; pero no pudo, y el director Huang continuó en sus trece:

—Si no me ayudas, no me levanto.

Zhuang Zhidie le replicó:

—Pero ¿qué haces? Si tienes algo que decir, dilo. ¿Cómo te voy a ayudar si te quedas así arrodillado?

El director Huang se levantó finalmente y dijo:

—Tienes razón. Mi mujer no ha muerto pero el que va a morir ahora... ¡Soy yo!

Zhuang Zhidie le preguntó:

—No comprendo, ¿qué pasa ahora?

El director Huang le respondió:

—Voy a ir a urgencias y convencer a mi mujer para que regrese a casa. El médico tiene sus dudas sobre el efecto del pesticida 101. ¿Qué ha tomado entonces? Digo que soy Huang Hongbao y que yo he inventado ese pesticida, el pesticida 101. El médico me lleva a su despacho, me muestra los análisis y me pregunta si he vendido mucho ese pesticida y yo le digo que he vendido mucho, muchísimo. El médico me dice que en ese pesticida no hay nada de veneno y es totalmente inofensivo. Se trata, por lo tanto, de un pesticida falso. No podía vender eso a los campesinos. ¡No servía de nada! El efecto iba a ser pernicioso para la tierra. ¿Qué sabía yo? Cuando reuní los elementos de la fórmula, me aseguré de que hubiese veneno; pero lo cierto es que, si hubiese habido, mi

laopo no habría continuado en este mundo. ¡Es el destino! Ahora, yo ya estoy acabado como empresario y el pesticida 101 es historia. Maestro Zhuang, debes sacarme de este apuro. Escribe un artículo explicando que este pesticida es muy útil; si no, me voy a arruinar. Te pagaré por ello... diez mil yuanes... Te lo prometo. ¡Diez mil yuanes!

Confuso y alborotado, el director Huang estuvo hablando durante mucho tiempo. Zhuang Zhidie comprendió todo lo que quería decir el director Huang con sus palabras y no sabía si llorar o reír. Luego le entró pánico y dijo:

—Si ese pesticida es falso, ¿qué va a pasar con el artículo que escribí? ¿Qué van a pensar nuestros dirigentes? La sociedad, ¿nos va a maldecir? —Zhuang Zhidie le empujó y lo hizo caer al suelo—. ¿Cómo has podido hacer eso? —le gritó—. ¿Y te preocupa tu dinero? ¿No temes al alcalde? ¿Ni a la ley? ¿Cómo has podido hacer un pesticida falso para campesinos? ¿Cómo has podido cometer tantos errores? ¿Cuánta gente se ha visto afectada? Los campesinos compran pesticidas para acabar con los insectos que acaban con sus cosechas. ¡Y tú eras en un principio el que les ibas a ayudar!

Zhuang Zhidie se puso a insultarlo como nunca antes lo había hecho con nadie. Resultaba imposible escuchar esos insultos y el director Huang no dijo nada; le dejaba a Zhuang Zhidie que se desfogase a sus anchas. Cuando acabó con los insultos, Zhuang Zhidie se encontró muy cansado y reanudó sus consejos:

—Hoy, que te he cantado las cuarenta, ¿qué vas a hacer, dime? No sé con qué ojos te he visto en el pasado, Huang Hongbao; pero si lo llego a saber, no te escribo ningún artículo. Ve al ayuntamiento, rápido, y cuéntales lo que ha pasado. Si tienes que sufrir una sesión de autocrítica, la sufres y punto. Habrá una investigación, pero lo importante ahora es que los campesinos sean indemnizados, y si pierdes el título de empresario modelo, ¡pues no pasa nada!

El director Huang le tranquilizó como pudo:

—Si así me lo dices, pues así será... Cierto, ya no necesito eso de empresario modelo; pero no creo que se haya de cerrar la fábrica. ¿No puedo seguir vendiendo el pesticida 101? Bueno... El pesticida 101 no funciona, cierto. Debemos, por lo tanto, encontrar una solución. ¡Vaya desperdicio! Tengo los depósitos llenos. ¿Qué vamos a hacer con ellos?

Zhuang Zhidie le dijo:

—Y tú me lo preguntas a mí. ¿A quién se lo pregunto yo?

El director Huang le contestó:

—Pero yo soy miembro del panel de accionarios de tu galería de arte, señor Zhuang.

—¿Y qué puedo hacer yo? —repuso con una pregunta Zhuang Zhidie—. Ya te he escrito un artículo y me he puesto a los pies del diablo.

—Has olvidado que he invertido cuatro mil yuanes en tu galería de arte y ha sido Hong Jiang quien se ha encargado de este asunto. ¿No lo sabías?

Zhuang Zhidie se puso a maldecir a Hong Jiang en voz alta:

—Ese tipo engaña a otra gente, pero que no piense Hong Jiang que me va a engañar a mí. Ve a decírselo a Hong Jiang...

El director Huang dijo:

—¿En qué puedo pensar yo ahora? Mi gente se va a encontrar en una situación difícil. Solo tú puedes sacarnos del apuro. —Tras decir esas palabras, el director Huang se puso a gimotear. Zhuang Zhidie dejó de hablar y se puso a fumar un cigarrillo, pero de repente soltó una carcajada.

—¿Tienes un plan? —preguntó el director Huang.

—Este asunto lo ha provocado tu mujer —empezó diciendo Zhuang Zhidie—. Pídele que te haga publicidad.

—¿Me pides que mi *laopo* me haga publicidad? Esta vez, yo no me voy a casar con ella, ¡sino con una jovencita de diecisiete años a la que le vaya la marcha!

—Yo también quisiera eso, si te soy sincero. Ya no tenemos nada más que hablar.

El director Huang no comprendió muy bien lo que quiso decir Zhuang Zhidie con esas palabras y le dijo:

—Tu plan es...

Zhuang Zhidie le dijo:

—Mira, todo el mundo sabe ahí fuera que tu mujer ha intentado suicidarse con ese pesticida. Eso no lo va a cambiar nadie. Si eres un poco listo, puedes sacarle mucho provecho a esa historia, la cual te dará publicidad. Puedes decir que tu esposa no ha tomado el pesticida 101, sino el 102, o el 202, que es un nuevo producto para las familias del mundo entero. Un noventa por ciento de las parejas de casados de este mundo tienen problemas para aguantarse mutuamente, y muy especialmente entre los ricos. Estos últimos tienen amantes, o se van de putas, pero los que no tienen dinero... ¿A quién van a encontrar? Ah, esos están bien jodidos, pero tú tienes la solución que hará entrar de nuevo la armonía en sus casas. La gente corriente no es necesariamente una experta en tener amantes.

¿Cómo pueden pasar tranquilamente sus días? La gente corriente, en realidad, no tiene un solo día en paz en este mundo. Ya lo dice el dicho: por un día de intranquilidad, uno espera a que pase; por un año de intranquilidad, uno se cambia de casa; pero por una vida de intranquilidad, ¡uno se busca a un amante! De esta manera, las parejas de casados podrán utilizar este producto cuando ya no se soporten mutuamente. Me explico, cuando la situación llegue al límite, uno de ellos le hace tragar el pesticida para asustarlo, pero el pesticida, en realidad, ¡es inofensivo! Luego, se ven de nuevo y la vida continúa. El efecto psicológico es enorme y ayuda a las parejas a estar unidas. Te vas a hacer rico, Huang Hongbao.

El director Huang ya no sabía qué pensar y su cabeza se había nublado definitivamente, y empezó a irse. Con una sonrisa de oreja a oreja, dijo:

—¡Señor Zhuang, tú sí que eres un intelectual! Esta es la segunda vez que me salvas el pellejo. ¿Cómo se te ha ocurrido eso de la publicidad? Pero... ¿a quién va dirigido? ¿Para el hombre o para la mujer? Me encargaré personalmente de organizar una unidad de trabajo. ¿Cuántas parejas de casados crees tú que podrían comprar ese producto? Ya se sabe que siempre hay un cornudo o una *laopo* loca en cada familia...

El director Huang le dio la mano a Zhuang Zhidie y le invitó a que fuera a comer a su casa; pero Zhuang Zhidie se negó. El director Huang llamó a un taxi, le dio dinero y se fue. Zhuang Zhidie regresó a su casa.

CAPÍTULO XIV

En la noche, ya en su estudio, Zhuang Zhidie se puso a escribir de nuevo su respuesta para el tribunal de Xijing. Al llegar las once de la noche, y como era ya costumbre en él, se puso a dormir en el sofá; pero Liu Yue había puesto las sábanas en la habitación de Niu Yueqing, ya que temía que esta hubiese cerrado la puerta herméticamente. Zhuang Zhidie se fue al dormitorio, y nada más abrir la puerta, se topó con su mujer, la cual se había quitado los pantalones y estaba leyendo, sobre la cama y junto a la lamparita, una revista ilustrada con fotografías. Al ver que su marido cogía las sábanas, le preguntó:

—¿Te vas a quedar a dormir otra vez en el sofá?

—Quiero trabajar esta noche, a ver si acabo la respuesta. No quiero molestarte —repuso Zhuang Zhidie.

—Oh, pero si tú no me molestas nunca... —dijo Niu Yueqing con voz apagada—. ¿Acaso soy yo quien te obliga a dormir en el sofá?

—Yo no he dicho que sea así. ¿Por qué no duermes todavía? —preguntó él.

—¿Ahora te preocupa si duermo o no? Tengo un hombre o no tengo un hombre, me pregunto... Cada noche, esta cama está vacía —respondió con ironía Niu Yueqing.

Zhuang Zhidie le replicó:

—¿Y no es lo mismo para ti?

Niu Yueqing exclamó, enrabiada:

—¡Escribe lo que quieras! ¿Quién sabe lo que estarás escribiendo? ¿Y encima me dices que si es lo mismo para mí?

—Ya te lo he dicho; tengo que acabar esa maldita respuesta para los tribunales.

Niu Yueqing le dijo:

—Debes recordar con fidelidad lo que hiciste ese año con Jing Xueyin y

escribirlo en tu respuesta. ¡Y debes armarte de valor! Eso no será fácil...

Zhuang Zhidie le dijo:

—No tienes por qué decir tonterías, Yueqing. Ya lo verás por ti misma.

Zhuang Zhidie había dejado la respuesta inacabada y se la dio a Niu Yueqing para que la leyera. Había varias páginas y Niu Yueqing las ojeó por encima. Luego le dijo a Zhuang Zhidie:

—Ve a dormir.

Zhuang Zhidie abrazó las sábanas y, desplazándose a un lado, dijo:

—¿Y no puedo quedarme a dormir aquí? ¡Para algo está esta cama!

Niu Yueqing no le hizo caso, pero tampoco se opuso. Zhuang Zhidie se desnudó y se echó en la cama junto a su mujer. Niu Yueqing le dio un golpe en la frente a su marido y le dijo:

—Te odio de verdad, Zhidie. Siempre piensas que el mundo no te comprende y yo soy tan fea... ¿Cómo te puedo atraer? Si quieres divorciarte, explícate; pero ¡no me asesines a mí!

Zhuang Zhidie le dijo:

—No hables de esa manera. Si dormimos, dormimos. ¿No quieres hacer a la gente feliz? Venga, ponte encima...

□□□□□□ [el autor ha suprimido aquí ciento diecisiete palabras]. Niu Yueqing movió la cabeza y le dijo a su marido:

—No me des tu mal aliento. ¡Apesta a tabaco! —Zhuang Zhidie no se movió, y Niu Yueqing añadió—: ¿Quieres hacerme un favor?

—¿Acaso te sientes derrotada? —repuso con otra pregunta Zhuang Zhidie.

Niu Yueqing no dijo nada y torció los labios, y su cara se arrugó. Zhuang Zhidie encendió la lamparita y Niu Yueqing la apagó y le dijo:

—¿Enciendes la luz? Antes, yo la encendía y tú la apagabas. Ahora quieres verme...

Zhuang Zhidie abrió de nuevo la luz y se sintió mejor. Niu Yueqing le dijo de repente:

—¿Y te has lavado? No te vayas sin lavarte.

Zhuang Zhidie se levantó y se fue al baño para lavarse. Regresó a la cama y lo intentó de nuevo, pero ya no pudo. Le pidió a Niu Yueqing que cambiase de postura y ella le preguntó que dónde había aprendido esas cosas. Zhuang Zhidie se limitó a concentrarse en esa postura para ver si se excitaba de una vez por todas, pero tampoco funcionó. Niu Yueqing le aconsejó:

—Déjalo estar, anda.

Con cara de haber hecho muchos esfuerzos sin ningún resultado, Zhuang Zhidie se arrepintió en ese momento de todo lo que había intentado hacer por entonarse y le entraron ganas de pedir perdón mil veces.

—No funciono bien. ¿Por qué no funciono bien?

Niu Yueqing añadió:

—Hace muchos años de esto. ¿Cuándo fue la última vez que funcionaste? Me buscas, pero no me encuentras; me abrazas, me manoseas, pero no pasa nada de nada. De esta manera, no; de esta otra manera, tampoco. ¿Tengo yo la culpa? Según tú, sí, soy yo quien no te la endereza, pero... ¿Te pasa con otras mujeres? Quizá yo soy menos tolerante que ellas con tus esfuerzos. ¡Te di demasiado pronto una patada para que salieses de mi cama!

Zhuang Zhidie se quedó mudo y se guardó para dentro su rabia. Niu Yueqing lo giró y le dijo:

—No te duermas todavía; tengo algo que decirte.

—¿Qué tienes que decirme? —preguntó Zhuang Zhidie.

—¿Qué opinas de Liu Yue? —preguntó a su vez Niu Yueqing.

Zhuang Zhidie no comprendía lo que su mujer quería decirle con esa pregunta y le preguntó:

—¿Qué me dices?

Niu Yueqing se explicó:

—Nosotros no necesitamos a una asistente doméstica en nuestra casa. Siempre nos pasa igual. Al principio, viene una y empieza muy bien. Luego empieza a torcer el morro, con cien palabras y cien quejas. Poco a poco deja de trabajar como debería y un día amanece que se cree la hija del emperador o se enamora de la mala persona, empieza a hacer la tonta, y se pone a discutir con los señores de la casa por cualquier cosa, como ha hecho Liu Yue conmigo. ¿Deberíamos dejar que se vaya, Zhidie?

Zhuang Zhidie repuso:

—¿Quieres despedirla?

Niu Yueqing respondió:

—No quiero despedirla. ¿Qué va a pensar la gente de nosotros? Acabamos de contratarla. Mejor casarla con alguien de otra familia; eso es lo que pienso. Hace unos días, mi prima vino a ver a mi madre y le hablé de Liu Yue. ¡Ella me propuso que la casara con su hijo! Sus palabras me han despertado y he estado pensándolo durante varios días. Liu Yue tiene tres años más que el hijo de mi

prima, pero creo que harían una muy buena pareja. A un hombre de las montañas del norte de Shaanxi le puede interesar casarse con una chica tan apañada como Liu Yue para que vaya a vivir con él. Ello le hará feliz, ciertamente. Me imagino que ella también estará deseando casarse con alguien. La gente pensará, además, que hemos ayudado a Liu Yue, que es nuestra sirvienta, a abrirse un futuro.

Zhuang Zhidie escuchó con atención las palabras de Niu Yueqing y su moral se vino abajo. Le dijo seguidamente a su mujer:

—No te preocupes de esas cosas, Yueqing. ¿Qué va a hacer ella si tiene que irse a vivir a un suburbio de Xijing, tan lejos del centro? Y encima con un tipo que viene de las montañas. A nuestra Liu Yue no le va a gustar la idea... El hijo de tu prima igual es un simio. ¡Yo ni siquiera lo he visto! ¿Y ya no quedan chicas en el campo para casarse? ¿Qué le va a obligar a hacer a la pobre Liu Yue?... ¿A hacer de sirvienta de esos pueblerinos? Ese tipo seguro que es feo y tiene un tronco como cabeza. ¿Qué le va a hacer a Liu Yue? ¡La van a matar!

Niu Yueqing le dijo:

—Pero tú, Zhidie, ¿con quién quieres quedarte? ¿Con la sirvienta o con la cara bonita? Hoy, sin ir más lejos, la muy descarada, se ha comprado unos tejanos. Mírala, ya no lleva faldas, solo pantalones... ¡Va por la calle moviendo el culo como una zorra!

Tras escuchar las palabras de su mujer, Zhuang Zhidie sintió que su miembro se le endurecía. Saltó inmediatamente encima de Niu Yueqing y le dijo:

—¿Por qué no dejas de hablar de Liu Yue y lo intentamos de nuevo?

Zhuang Zhidie se puso encima de ella y, sin decir nada más, la penetró... □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí sesenta palabras]. Zhuang Zhidie volvió a cambiarla de posición, pero ella no estuvo de acuerdo y se lo quitó de encima con un gesto violento. Le dijo con rotundidad a su marido:

—¡No soy una prostituta! ¿Lo oyes?

Zhuang Zhidie se giró y dijo:

—Me gusta la necrofilia; si no, no haría el amor contigo.

Los dos permanecieron en silencio sobre el lecho. Al cabo de un momento, Niu Yueqing le susurró a su marido:

—Ven aquí... —pero Zhuang Zhidie no se movió y a Niu Yueqing le vino su peor defecto: el hipo.

En un abrir y cerrar de ojos, llegó el día del juicio; pero, poco antes, los acusados se reunieron para intercambiar sus estrategias de defensa con sus abogados. El día anterior a la apertura del juicio, Zhou Weixian le pidió a Zhou Min que le diera su respuesta a Zhuang Zhidie para que este cambiara lo que precisase y le diese mejor estilo. Zhuang Zhidie le dijo a Zhou Min que le llevase al viejo un botellín de sedantes y que tomase un par de pastillas antes de dormir; pero Zhou Min le dijo que Zhong Weixian ya tomaba somníferos cada noche desde hacía más de un año. Se me ha quejado varias veces de lo mal que duerme desde que se enteró de la denuncia. Desde hace unos días, el viejo hace muy mala cara, suda y necesita reposo todo el tiempo. En ese momento, Niu Yueqing pasó por ahí y disertó:

—Zhou Min, mañana hay que sacar el vigor, cortarse las barbas, impresionar con el aspecto, y mucho control de uno mismo. Hay que dominar con talento esa situación.

Zhou Min le preguntó a su vez:

—Y el maestro Zhuang, ¿qué llevará puesto el día del juicio?

—Llevará un traje nuevo al estilo occidental; pero no tiene todavía corbata. Le compraré una nueva de color rojo.

Zhuang Zhidie respondió por alusiones:

—De acuerdo. ¿Voy a recibir el premio Nobel o qué?

Niu Yueqing le respondió:

—Ya veo, actúas como si fueras a recibir un premio. Fíjate en esa que apellidan Jing. Seguro que se estará arrepintiendo por no haberse casado contigo ese año. Iré mañana. Liu Yue y Tang Wan'er dicen que quieren asistir al juicio como oyentes. Se lo diré también a la *laopo* de Wang Ximian y Xia Jie. ¡Iremos todas! Nos pondremos nuestras mejores ropas y os transmitiremos valor y fuerza. ¡Los jueces lo verán con sus propios ojos! La *laopo* de Zhuang Zhidie y todas sus amigas son igual de bellas que las hadas inmortales de las montañas. Esa Jing Xueyin se va a enterar de quiénes somos. Se cree que te vas a arrodillar ante ella. ¡Pues no!

Zhuang Zhidie se sintió ofendido y preocupado por ese último comentario de su mujer y le hizo una señal a Zhou Min para que se fuese a descansar. También le pidió a Niu Yueqing que se fuese a dormir, e, inmediatamente, llamó por teléfono a Meng Yunfang y le pidió que adivinase con el libro de los hexagramas o que predijera lo que iba a suceder en el futuro. Meng Yunfang no tardó en presentarse en casa de Zhuang Zhidie y los dos hombres se pusieron a charlar y

reír juntos en el estudio. Niu Yueqing y Liu Yue esperaron impacientes el resultado de los juegos de predicción de Meng Yunfang. Eran ya las once y media de la noche y todavía no tenían noticias del estudio. Ellas se dijeron: «¡Vamos a dormir!». Se separaron y se fueron, en efecto, a echar una cabezada a sus dormitorios. En el estudio, Meng Yunfang dio señales de vida solamente a medianoche. El *yin* y el *yang*, el impulso vital o *qi*, y un palito de incienso que se puso a arder y humear. Zhuang Zhidie contuvo la respiración y cogió con las dos manos un puñado de hierba seca. Apretó los puños y luego los abrió. Ahí se formaron seis grupos de hierbas que creaban figuras diferentes, pero uno de ellos dibujaba, claramente, el hexagrama *kun*¹⁰², el segundo de los ocho hexagramas del *Clásico de las mutaciones*, y que es ahora el del maestro de la tierra y el agua, el cual consta de seis líneas rotas. Meng Yunfang, como si estuviese en trance, se puso a recitar en voz baja lo que veía y Zhuang Zhidie se apresuró a escribirlo sobre un papel:

La tercera rama terrestre: nacido el año del Tigre, entre febrero y marzo (el primer sol), entre las tres y las cinco de la mañana, y que corresponde al fuego.

Jefe de la tribu, que corresponde a uno mismo.

La décima rama terrestre: nacido el año del Gallo, entre septiembre y octubre (el octavo sol), entre las cinco y las siete de la tarde, y que también corresponde al hombre.

En el trigésimo séptimo año del ciclo de los sesenta años.

*Los seis espíritus del hexagrama *kun* (formado por dos trigramas de tres líneas *yin* cada uno).*

*La primera línea, continua, del hexagrama *kun* y del primer trigramas:*

Los padres, de la décima rama terrestre, nacidos entre septiembre y octubre (el octavo sol), y que corresponden al oro.

Los descendientes: también de la décima rama terrestre, nacidos entre septiembre y octubre (el octavo sol), que corresponden al oro y al signo del dragón azul (el Cielo del Este), que es el hombre sin pelo en el pubis.

*La segunda línea en dos partes del hexagrama *kun* y del primer trigramas:*

Los hermanos, de la duodécima rama terrestre: nacidos el año del

Cerdo salvaje, entre noviembre y diciembre (el décimo sol), entre las nueve y las once de la noche, y corresponden al agua.

La riqueza de la esposa, de la duodécima rama terrestre, que también corresponde al elemento del agua y al signo del guerrero negro (el Cielo del Norte).

La tercera línea en dos partes del hexagrama kun y del primer trigramas:

Los fantasmas endiablados de los funcionarios, la segunda rama terrestre: nacidos el año del Buey, entre enero y febrero (el duodécimo sol), entre la una y las tres de la madrugada, y que corresponden a la tierra y al signo del tigre blanco (el Cielo del Oeste), la mujer sin pelo en el pubis.

Los hermanos, también de la segunda rama terrestre y de la tierra y del signo del tigre blanco.

La cuarta línea en dos partes del hexagrama kun y del segundo trigramas:

La riqueza de la esposa, también de la séptima rama terrestre: nacida el año del Caballo, entre junio y julio (el séptimo sol), entre las once de la noche y la una de la madrugada, y corresponde al fuego.

Los fantasmas endiablados de los funcionarios, también de la séptima rama y que corresponden a la madera y a la serpiente enderezada.

La quinta línea en dos partes del hexagrama kun y del segundo trigramas:

Los funcionarios endiablados, del año del Dragón, la quinta rama terrestre, entre abril y mayo (el tercer sol), y corresponden a la tierra.

Los padres, de la sexta rama terrestre, el año de la Serpiente, nacidos entre mayo y junio (el cuarto sol), entre las nueve y las once de la mañana, y corresponden al fuego y al unicornio.

La sexta línea en dos partes del hexagrama kun y del segundo trigramas:

Los descendientes, de la tercera rama terrestre, nacidos el año del Tigre, entre febrero y marzo (el primer sol), y entre las tres y las cinco de la mañana, y que son del elemento de la madera.

Los hermanos, de la octava rama terrestre, nacidos entre julio y agosto (el sexto sol), entre la una y las tres de la tarde, y corresponde a

la tierra y al signo del pájaro rojo (el Cielo del Sur).

Meng Yunfang comentó seguidamente:

—Este hexagrama *kun* es verdaderamente extraño...

Zhuang Zhidie le preguntó:

—Pero ¿es bueno o no?

—Sí, es bueno —respondió Meng Yunfang—, pero es muy extraño. El hexagrama *kun* del maestro de la tierra y el agua está formado de una línea *yang* (masculino), la primera del hexagrama, y cinco líneas *yin* (femenino); es el signo del general que toma la posición del mariscal, con el peligro constante de una lucha mutua entre las dos partes. Incluso si solo eres el segundo que deberá defenderse en la contienda, deberás saber encajar con mucha dignidad todos los golpes que recibirás y sujetar el estandarte de tu campo para que no se caiga al suelo. La segunda línea del hexagrama *kun* designa la posición del príncipe: los hermanos residen en el agua, y por ello tú deberás pensar en la riqueza de la esposa. Todo esto es natural. Con los funcionarios será necesario gastar mucho dinero. La quinta línea del hexagrama *kun* te muestra a los funcionarios endiablados y contiene mucha destrucción. Es decir, que tú vas a sufrir muchas calamidades. Pero, esas calamidades, ¿van a continuar? Déjame verlo de nuevo... Respecto a la denuncia por el artículo, veo el elemento del fuego en él. Por eso hay destrucción; pero el *yang* (la masculinidad) prosperará y acabará imponiéndose. Habrá que emplear muchas energías, Zhidie. El hexagrama *kun* contiene el elemento *yin* (la feminidad), la gente de baja condición social, las mujeres y el suroeste; y esos cuatro pilares se engendran a sí mismos y temo que este asunto se prolongue hacia el suroeste y no se acabe nunca.

Zhuang Zhidie quiso saber:

—Y mañana, ¿va a pasar algo malo?

Meng Yunfang le respondió:

—El hexagrama *kun* tiene muchos significados. Puede significar la obediencia, pero también puede ser como una yegua a la que le gusta avanzar impetuosamente contra la fuerza opresora del viento y luchar contra su poder; pero esa yegua es de temperamento dócil y sereno y acaba aceptando el buen camino, aunque puede ser testaruda y que al final la suerte no le acompañe en su vida. Mañana, con la apertura del juicio, aunque no puedas eliminar totalmente el elemento de la destrucción, deberás aceptar con mucha paciencia y tolerancia los cambios. Deberás dejarte llevar por la obediencia si quieres la victoria final.

Tras decir esas palabras, Meng Yunfang se acordó de algo y sacó un pañuelo de su bolsillo. Lo desplegó y en él había una servilleta de papel manchada de sangre. Le dijo a Zhuang Zhidie que la guardase en el juicio. Zhuang Zhidie, sin embargo, no lo comprendió y le preguntó a Meng Yunfang sobre el significado de ese papel grueso con la sangre. Meng Yunfang le dijo que, en Xijing, la sangre de una chica virgen solía alejar a los malos espíritus. Esa sangre le iría particularmente bien a Zhuang Zhidie el día del juicio; pero Zhuang Zhidie se negó a aceptarlo:

—No lo quiero. ¿A qué chica virgen has torturado para obtener esta sangre? ¿Y de verdad que es la sangre de una virgen?

Meng Yunfang le replicó:

—Me acusas equivocadamente, Zhidie. ¿Quién puede afirmar en estos días que una chica que no se ha casado sigue siendo virgen? Pero esta sangre, te puedo asegurar que esta sangre es de una chica virgen. Te lo digo a ti, ayer fui a buscar a Hui Ming al templo de la Vacuidad Serena y ella sacó agua. Me di cuenta de que había una servilleta con sangre debajo de su cama. Supe, entonces, que ese papel grueso y mullido había sido utilizado por ella en su menstruación. ¡Era una compresa! Sin duda alguna, ella lo había dejado ahí, debajo de la cama, por descuido. Al verlo, pensé en ti y en tu juicio. Por eso le robé la compresa a Hui Ming. De otras mujeres, no podría garantizártelo, pero de Hui Ming, yo pondría las manos en el fuego; esa mujer todavía es virgen. Aunque sospecho que ella y Huang Defu han estado liados, no creo que Huang Defu le haya despojado de su estado de iluminación pura. Además, Hui Ming es una mujer dócil y maleable, pero que, cuando se pone en acción, puede ser muy dura y fuerte¹⁰³, como tú, Zhidie. Esa sangre te ayudará en el juicio; estoy seguro de ello.

Zhuang Zhidie le dijo:

—¿Dulce, pero dura?... Eso suena bien, pero parece una contradicción...

Meng Yunfang le contestó filosóficamente:

—Hay muchos tipos de mujeres en este mundo. Las hay quienes, por naturaleza, son distraídas y andan sorprendiéndose y quejándose de todo; otras son delicadas y coquetas, y andan todo el tiempo maquillándose con polvos blancos para ocultar su fragilidad; otras son gordas, pero necesitan que los hombres las miren y sentir así que los atraen sexualmente; y otras son escuchimizadas y hulen mal, y parecen sufrir en sus carnes todos los males del mundo. Tang Wan'er es del grupo de delicadas y coquetas, y va de criatura débil

y maleable, pero es dura e inflexible por dentro, al contrario de Hui Ming. Dudo, además, de que todavía sea virgen, aunque debo reconocer que su sangre también te iría bien en esta ocasión. —Zhuang Zhidie cogió esa servilleta sucia y con sangre seca que olía horrorosamente y se la metió en el bolsillo. Meng Yunfang prosiguió con su cháchara—: Tú nunca has estado en un tribunal. En las películas parece un lugar siniestro, aunque parece ser que en Xijing es un lugar muy sencillo, y el tribunal de segunda instancia lo es todavía más. Se ve que es una habitación con tres mesas en los lados. En medio de la habitación se sientan el presidente del tribunal y el juez. A los dos lados de la mesa se sientan los secretarios y de pie, en la mesa, los abogados. En la parte de atrás de la habitación hay un par de hileras de sillas de madera. En una fila se sientan los acusados y en la otra los denunciantes. Todo ello parece una reunión y no hay nada que temer. Debes comprender ahora que es importante ir relajado a un juicio. Yo, en casa, me enfado con facilidad...

Pero Zhuang Zhidie le propuso inesperadamente:

—Te lo voy a decir ahora; no pienso asistir a ese tribunal. Quiero que vayas tú en mi lugar. Eso es lo más importante ahora.

Meng Yunfang le dijo sorprendido:

—¿Me propones que vaya yo? ¿Qué voy a decir yo? El tribunal debe dar su acuerdo. Habrá que rellenar algún formulario largo y complejo y recibir un consentimiento oficial. Con esas cosas no se bromea...

Zhuang Zhidie le reveló:

—Estos días, he llamado varias veces al juez Sima para tener noticias y me dijo que veía ese asunto cada día más difícil, pero al final aceptó. Había que escribir esa propuesta lo antes posible para enviársela al presidente del tribunal y ese trámite ya está hecho. Sinceramente, yo no me veo capaz de enfrentarme en un careo con Jing Xueyin. Soy muy malo hablando en público y me temo que me van a forzar a decir cosas que no son verdad. No tienes por qué regresar esta noche. Podemos quedarnos aquí a dormir, en estas camas, y tú harás de Zhuang Zhidie.

Meng Yunfang le dijo:

—¡Por una vez en la vida voy a ser tú! Seguro que te debía algo en otra vida... Pues lo haré...

De repente se oyó un grito:

—¡*Aiya!*... Ahora comprendo el significado de ese hexagrama... Me equivoqué en su interpretación... Se trata del general... ¡Y no eras tú, sino yo!

—Pues así es... —asintió Zhuang Zhidie—, quizá ese es tu destino... ¡Pero no te dejaré solo!

Al día siguiente, al alba, Zhuang Zhidie, nada más levantarse, previno a Meng Yunfang con algunas frases. Solo y apesadumbrado, Zhuang Zhidie salió de la casa y se plantó en la calle. En ella, apenas se veía a alguien: una barrendera ya anciana que barría la calle con su escoba de grandes dimensiones y levantaba mucho polvo, un anciano que hacía ejercicio, y otro anciano que corría mientras escuchaba la radio con un transistor que sujetaba con una de sus manos. Zhuang Zhidie no se había levantado nunca tan temprano y no sabía por dónde tirar. Se metió en un callejón y se dio cuenta de que en esa calle había varios talleres de especialistas en fabricar estandartes bordados. De día, por ese callejón no pasaba ningún vehículo. Varios cables metálicos cruzaban la parte superior de un lado a otro del callejón y de ellos colgaban los estandartes bordados de la manera más sofisticada. La calle se llenaba con ellos y el color que daba al paisaje urbano era particularmente bonito. Hacía tiempo que Zhuang Zhidie no había visto nada parecido y se quedó paseando por esas callejuelas sin rumbo fijo, ensimismado por el paisaje y regocijándose de su soledad. Su corazón empezó a palpar con fuerza: si perdía el juicio, también perdería su reputación y todo ello debido a una chiquillada de Zhou Min por hacerse un nombre en ese mundo a la deriva que era Xijing. Zhuang Zhidie siguió caminando por el callejón y dejó de ver los estandartes bordados colgando de los cables metálicos y vio que las enseñas de las tiendas cambiaban de nombre. Una de ellas decía que se hacían tarjetas de presentación personalizadas. A lo largo de ese callejón, Zhuang Zhidie vio numerosas, y casi todas iguales, enseñas de ese tipo de negocio: tarjetas de presentación, y le pareció extraño. Vio a un tipo en ese callejón y le preguntó:

—En esta calle, ¿ya no hay estandartes bordados?

Y el hombre le respondió:

—¿No has escuchado la canción taiwanesa *Siguiendo tu corazón*? Estos últimos años, el Partido Comunista se ha reunido muchas veces y en una de esas reuniones decidió eliminar ese tipo de negocios de esta calle. Los estandartes bordados eran nuestra manera de ganarnos la vida, pero los dirigentes nos dijeron que, por razón de economía del país, ya no había que hacer más estandartes. Lo mejor era abrir cantinas y restaurantes para comer; pero también nos dijeron lo de las tarjetas de presentación. Ese era el negocio de la nueva China, la China de las reformas económicas. Pues aquí estamos. En vez de estandartes bordados, ahora hacemos tarjetas de presentación para políticos y

hombres de negocios. ¡Y lo cierto es que funciona!

Zhuang Zhidie exclamó varios ¡oh!, dio media vuelta, y se metió en otro callejón. Apenas había dado diez pasos cuando se topó con la vaca y la anciana. Zhuang Zhidie aprovechó ese encuentro para beber leche fresca y le pidió a la cuñada Liu si podía arrastrar a la vaca durante su camino. La cuñada Liu se extrañó y le dijo que no era necesario:

—La gente se va a reír de ti, maestro Zhuang —añadió la anciana.

—Hoy no tengo nada que hacer —respondió Zhuang Zhidie—. Déjame llevar la vaca por estas callejuelas.

* * *

La vaca había escuchado todo lo que dijo Zhuang Zhidie y se sintió profundamente conmovida por ello. Sin embargo, no le mostró el hocico y tampoco movió las orejas y el rabo como solía hacer para mostrar su consentimiento y su felicidad. Solo se puso a marchar lentamente, marcando el paso firme con sus patas pesadas. La vaca escuchaba la conversación entre su dueña y Zhuang Zhidie. La cuñada Liu le decía a Zhuang Zhidie:

—Hace días que esta vaca actúa de una manera extraña, no come mucho y tampoco da mucha leche. Cuando la llevo al centro de Xijing, se queda parada como si creyese que la llevo al matadero.

Zhuang Zhidie le preguntó:

—¿No estará pachucha? Si lo está, no vas a poder vender su leche.

La cuñada Liu le respondió:

—Deberías ir a ver a un veterinario.

La vaca, tras oír esas palabras, derramó unas lágrimas. En realidad, ella estaba enferma, su cuerpo estaba débil y había perdido el apetito; y, efectivamente, cuando iba al centro de la ciudad, no sabía si la llevaban a vender leche o a un matadero. Ello la ponía nerviosa y le daba por pensar en sus días en las montañas de Zhongnan. En esos momentos, deseaba volver ahí. Ay, esos bueyes y esas vacas que han dejado hace mucho tiempo de pertenecer al género de los bóvidos... La vaca no sabía qué iban a hacer ahora esos despojados de su condición primigenia... Los bosques verdes de las montañas azules y las aguas claras de los ríos, todo ello a primeras horas de la mañana, renovado cada día... ¡Y los pájaros trinan con tanta claridad y belleza! ¡Y las aguas están tan limpias! Esas vacas y esos bueyes tienen donde escoger, pero aquí en la ciudad... Por eso

se han convertido en hombres... ¡Para adaptarse a este entorno! Las hierbas de los prados iban a desaparecer por la acción de esos hombres y sus pesticidas. ¿Qué iban a comer las vacas? La vaca se concentró en una pendiente, mugió, y se precipitó hacia la vertiente de los muros, chocando contra ellos. ¿Habrá temblado la montaña de Hengshan con ese impacto? Junto a ese muro crecía hierba y en él revoloteaban algunos saltamontes. Unos pajaritos se posaron sobre la grupa de la vaca e intentaban capturar con sus piquitos esos saltamontes. La vaca levantó la cola y dejó caer del orificio de su trasero una boñiga de grandes dimensiones. La boñiga cayó sobre el suelo sin ninguna forma precisa y parecía más bien una tortuga grotesca. Ese excremento era blando y el sol lo reblandecía todavía más; encima, emitía unos vapores olorosos que se disipaban en el aire. Los amos de las montañas también se quejaban de esas heces tan poco estéticas e insultaban a los animales a pesar del valor intrínseco que tenían como estiércol para los campos, pero también insultaban a sus mujeres y sus hijos, y no era agradable de oír. Cada día, la vaca los escuchaba y se sentía asqueada de ese mundo. Trataban a las vacas irrespetuosamente. Entonces, sola, decidió marcharse a la ciudad, y eso que ella era la envidia de otras vacas y otros bueyes, la veneraban por su juventud y belleza, además de lamerle la cabeza constantemente con la lengua; pero también había quienes la envidiaban por ello y más tarde por el hecho de querer mudarse a la ciudad a buscarse una vida mejor. Cuando descansaban de las fatigas del campo, todos ellos encerrados entre las cercas, las vacas y los bueyes pensaban en la prosperidad de la ciudad, pero también sabían que ella estaba sola. Y la soledad y el anonimato, ¿afectarían su bienestar mental? Lo que ella comía de la ciudad le parecía bien, al igual que las noticias que veía a su alrededor. Y su nuevo dueño —la cuñada Liu— no la dejaba ni labrar el campo ni transportar cargas pesadas. A la vaca le faltaba aire en el ambiente de la ciudad y el habitáculo donde la confinaban olía constantemente a sulfatos, cigarrillos y cosméticos. A menudo, a ella le daban arcadas en el estómago y le entraban ganas de vomitar. Sus pezuñas no se acostumbraban a la superficie dura del asfalto y las aceras; por eso, la vaca sentía que sus patas, en la ciudad, se debilitaban cada vez más y se ulceraban. Ella, por supuesto, le echaba cada día todo el valor que podía y su constitución física cambiaba. Incluso sospechaba que su sistema digestivo había cambiado. Ciertamente, había perdido el apetito y se sentía apática. ¿Por qué daba poca leche? Quizá porque odiaba tener que dar leche cada día a tanta gente. Se servían de sus mamas como si fueran grifos; pero no era agua lo que salía de ellas, sino leche. Bebiendo la leche, las gentes de la ciudad habían modificado la naturaleza

de las vacas. Al menos, todavía seguían contando con su fuerza. Pero todo eso no era posible. No solo ella, la vaca, no podía cambiar las nuevas costumbres de las gentes de la ciudad, sino que la actitud y el entorno de esa gente la estaban cambiando a ella. Justo se lo imaginaba así: cuántas veces había pensado, en la ciudad, escaparse de la cuñada Liu y volver a las montañas; pero si por casualidad lo hacía un día, las vacas de las montañas ya no la reconocerían como una vaca, pensaba ella. ¿Y se readaptaría ella a la vida del campo? La vaca tenía sus dudas y gimoteó. La vaca volvió a arrepentirse de haber venido a la ciudad, la cual no era, para nada, el lugar en el que iba a encontrar la felicidad perdida. Simplemente, estaba siendo castigada de manera cruel por una decisión equivocada. Cuántas veces, a media noche, pensaba en salir corriendo y dejar la ciudad, pero su nuevo dueño —la cuñada Liu— la amaba de todo corazón y la guardaba en su casa. La vaca, por lo tanto, ya no podía escaparse. La vaca, sin embargo, no podía contarle su historia. Lo cierto es que ella no poseía el lenguaje de los humanos, pero si hubiese podido hablar, le habría dicho: quiero hierba que no esté adulterada y quiero beber agua pura. Preferiría morir de hambre en las montañas, incluso verme rodeada de moscas, a vivir en la ciudad. ¡La ciudad no es un lugar para vacas! Esta era la razón por la cual la vaca soñaba cada noche. Soñaba con las montañas altas y los ríos que fluyen, con los bosques verdes y las praderas infinitas, así como con los campos cultivados que se pierden con la vista. Soñaba que saltaba a sus anchas por esos campos y que, convertida en un leopardo, luchaba contra las gentes de la ciudad; pero al final, ella, la vaca, perdía, exhausta, el combate y perecía. Pero para pagarle la gratitud que le debía a la cuñada Liu y a Zhuang Zhidie, la vaca volvía en forma de fantasma al mundo de los vivos y les ayudaba en su destino... Justo en ese momento, la vaca se despertaba de su sueño¹⁰⁴ y de sus ojos caían unas lágrimas. Sin querer decir mucho más, suspiraba: estoy enferma..., enferma de verdad.

La vaca pensaba de esa manera y permanecía inmóvil; se agachó y sacó espuma por la boca con la lengua fuera. Zhuang Zhidie intentó arrastrarla, pero no pudo. La acarició con su mano y dijo:

—Esta vaca está verdaderamente enferma. Cuñada Liu, hoy no deberías vender leche. Llévala al otro lado de los muros de la ciudad para que coma hierba fresca y beba agua.

La cuñada Liu se la quedó mirando y suspiró. Luego dijo:

—Señor Zhuang, sé que estás ocupado. Esta vaca no va a durar mucho tiempo en este mundo; que descanse un poco y ya me encargaré yo de ir a los muros de Xijing.

Zhuang Zhidie volvió a acariciarle la grupa a la vaca y se fue.

* * *

Zhuang Zhidie se perdió de nuevo en las callejuelas sin saber adónde ir. Hacía ya mucho tiempo que había salido y no les había dicho a Niu Yueqing y Liu Yue que no había ido a los tribunales; pero, tras caminar tanto rato sin rumbo fijo, le empezaron a doler sus dos piernas. Pensó en la pasada noche, cuando Niu Yueqing le había contado lo que le estaba sucediendo a la *laopo* de Wang Ximian. Su espalda también se había ulcerado, ¿se le había curado ya? Si ella no lo veía en el tribunal, ¿qué iba a pensar? Zhuang Zhidie encendió un cigarrillo y vio a mucha gente reunida en una plaza que quedaba frente a él. Por sus caras y sus ropas no era difícil adivinar que venían del campo. Unos llevaban sierras en sus manos y otros llevaban brochas y pinceles. Otros, simplemente, estaban parados ahí, con caras oscuras y brillantes que parecían embadurnadas con aceite, e inclinados fumando un cigarrillo, o escupiendo al suelo y charlando, pero como si esperasen a alguien. Zhuang Zhidie no sabía qué hacían ahí tan temprano. Al verlo, dos o tres hombres se dirigieron a Zhuang Zhidie y le preguntaron si necesitaba a alguien. Zhuang Zhidie comprendió que se trataba de mano de obra que se contrataba directamente en ese lugar y se apresuró a decirles que no y que buscasen a otra persona.

—Busco a Ruan Zhifei —añadió Zhuang Zhidie sin venir a cuento, bajando la cabeza y poniéndose en marcha de nuevo.

Se dirigió a la sala donde Ruan Zhifei ensayaba con sus músicos y teatreros, cruzó la calle, y, de repente, se preguntó por qué quería ver a Ruan Zhifei y por qué había contestado de esa manera. Tal vez porque necesitaba escuchar música, pero en el fondo le parecía absurdo ir a escuchar música a esas horas y pensó que lo mejor era ir a su galería de arte y librería. Pero ¿qué iba a hacer ahí? Se sentía cansado y decidió que lo mejor era ir al salón a la búsqueda de eso que falta y echar ahí una cabezada. Zhuang Zhidie, decidió, por tanto, ponerse en camino hacia esa habitación; pero tuvo que pasar antes por la calle en la que se encontraba la entrada a la ermita de la Vacuidad Serena y vio a una monja budista, joven y diminuta, que estaba barriando el suelo. A Zhuang Zhidie, involuntariamente, el corazón se le puso a palpar con más rapidez y le dijo:

—Mi aspirante a maestra, ¿es así como le dibujas las barbas a tu abuelo?

Ruborizada, la monja alzó la cabeza y se justificó:

—La entrada da a la calle, ¿por qué no debería barrerla?

La monja continuó barriendo a su aire y como si no hubiese nadie delante de ella. La joven había hablado con rudeza, pero con un ápice de timidez y honestidad que entusiasmó a Zhuang Zhidie.

—Bueno, veo que sabes lo que haces... Tengo que decirte algo más, ¿está en el templo la directora Hui Ming?

La monja le respondió:

—¿La estás buscando? La maestra Hui Ming está dando una clase en una de las habitaciones del templo y es muy temprano para ir a verla.

Zhuang Zhidie se puso a reír y entró discretamente por la Puerta de la Montaña sin saber si se iba a topar con Hui Ming dando una clase de budismo. Rodeó el estanque de agua y entró en la sala donde se exponía la gran imagen del Buda, pero Hui Ming no estaba ahí. Entró seguidamente en la sala de la Diosa Madre, y Hui Ming tampoco estaba ahí. Luego oyó cómo golpeaban el pez de madera, pero luego se calmó y volvió a reinar el silencio. Parecía que, finalmente, unas voces provenían de la parte de atrás de la estela de la tumba de Ma Lingxu. Zhuang Zhidie se dirigió hacia esa habitación, pero solo vio un bosque de bambú que el viento había agitado. Un camino estrecho, formado por dos hileras de flores y plantas, atravesaba ese bosque de bambú. Esas flores y plantas se hacían cada vez más rojas y las hojas desaparecían; eran como unos crisantemos las flores que aparecieron ante la vista de Zhuang Zhidie. La bruma de la mañana no había desaparecido todavía y el camino parecía haberse cubierto de hilos de seda. Esas flores rojas sin hojas parecían estar sangrando. Zhuang Zhidie aceleró el paso y vislumbró un pequeño gabinete con las cortinas bajadas. Hui Ming se encontraba sentada sobre un cojín con la forma de una flor de loto, con las piernas cruzadas, y recitando en voz alta un *sutra* y golpeando el pez de madera para acompañar su lectura. Varios rayos de luz atravesaban esa habitación de pequeñas dimensiones. Zhuang Zhidie percibió de forma indistinta una mesa desplegada, una silla y una lamparita. Zhuang Zhidie se quedó, durante un rato, mirando ensimismado el interior maravilloso de ese gabinete dedicado a la enseñanza. Él mismo se vio sentado sobre esa flor de loto y recitando los *sutras* con la cabeza afeitada. Esa escena le pareció maravillosa y Zhuang Zhidie se sintió transportado a otro mundo, más allá de la mezquindad del ámbito del deseo y la frustración en que vivían los hombres en su vida cotidiana. ¿Qué impacto tendría su retirada de la vida pública de Xijing y su entrada en la vida monástica?, pensó Zhuang Zhidie, mientras se metía en el bolsillo una de esas flores rojas como la sangre y volvía a ensimismarse en sus pensamientos y a dar

rienda suelta a su imaginación. Ellos hablarían seguramente de un hombre de letras degenerado que siente remordimientos por sus muchas faltas y se ve obligado a pagar sus deudas. También comentarían: ¿cómo se atreve ese vicioso de Zhuang Zhidie a perturbar a la inocente y pura Hui Ming? Zhuang Zhidie se había quedado de pie, sin moverse, y no se atrevía a emitir un solo sonido. La bruma del templo se disipaba y podía finalmente ver con claridad a Hui Ming, pero ello le avergonzaba y retrocedió lentamente, odiándose a sí mismo y su reputación, esa misma reputación por la cual había luchado tantos años y que en gran medida le había privado de la libertad que deseaba. ¿No se había convertido en un ser falso, sin contenido? ¿O en un ser mezquino? Zhuang Zhidie sentía vergüenza de sí mismo y se detuvo finalmente frente a la estela de Ma Lingxu y leyó como consuelo lo que en ella había grabado. No pudo evitar derramar unas lágrimas.

No fue al salón A la búsqueda de eso que falta y decidió regresar a su habitación en la residencia (el patio) del Círculo de las Artes y las Letras de Xijing. Niu Yueqing y Liu Yue no estaban ahí. No sabía nada del tribunal y no le había llegado ninguna noticia. Se sentó sin perturbar el silencio y cogió el teléfono. El reloj de péndulo que había colgado en la pared marcaba mediodía y justo en ese momento sonó el teléfono. Era Liu Yue. Zhuang Zhidie cogió el teléfono con las dos manos y respondió:

—Liu Yue, ¿eres tú? ¿De veras que eres tú la que me está telefoneando?

—Maestro Zhuang, ¿estás bien? —le preguntó asustada Liu Yue.

—Estoy bien, Liu Yue —la tranquilizó Zhuang Zhidie—. ¿Qué está pasando?

Liu Yue le contestó:

—Todo va bien. La verdad es que, de la parte de los querellantes, solo Jing Xieyin mantiene el nivel cuando habla. El otro tipo, un hombre, solo se dedica a rajar contra todo el mundo. El presidente del tribunal ha tenido que interrumpirlo tres veces. Ja, ja... Ahora comprendo por qué Jing Xueyin y tú, en esa época, os liasteis...

Zhuang Zhidie le dijo:

—¿Y luego?... ¿Qué ha pasado luego?

—El careo de la mañana se acabó y por la tarde lo reabrieron de nuevo —repuso Liu Yue—. El maestro Meng fue a comprar cinta adhesiva a una tienda y se pegó la parte derecha de la boca. Dijo que con la parte izquierda le era suficiente para ganar el juicio.

Zhuang Zhidie dijo:

—¡No le permitas que diga tonterías!

—¿Crees que tengo poder para hacerlo? —se precipitó a preguntar, turbada, Liu Yue—. ¡Hay que dejarle que humille la parte querellante, maestro! ¿O no lo vas a soportar? Creía que había que derrumbar a la otra parte... ¿Tienes algún reparo ahora? ¡Vaya!...

Zhuang Zhidie se enojó:

—Pero Liu Yue, ¿has comprendido algo de lo que ha pasado en ese juicio?

Tras unos segundos en silencio, Liu Yue le contestó:

—No vamos a volver a casa. Debemos invitar a comer en una cantina a los abogados. ¿Lo has escuchado? Sabía que nos estabas esperando en la casa del patio. Por eso te he telefoneado. En el frigorífico he dejado unos fideos al estilo de los bigotes del dragón. Puedes servirte. ¿Has comido ya?

Zhuang Zhidie colgó el teléfono, pero no fue a la cocina a por los fideos al estilo de los bigotes del dragón, sino que sacó un botellín de aguardiente y se puso a beber solo.

Por la tarde, Zhuang Zhidie se fue a la galería para ver a Zhao Jingwu y pedirle que fuese a la casa del juez Bai Yuzhu y hablasen del resultado del juicio durante el día. Sobre todo, que Bai Yuzhu le preguntase al juez Siam Gong sobre la tendencia del careo. Eso era muy importante, lo que los jueces pensaban y su reacción, y no la calidad de la respuesta que él mismo había escrito. Zhao Jingwu le prometió una respuesta, pero le dijo a Zhuang Zhidie que no había que precipitarse. El debate de la tarde iba a durar lo suyo y los jueces no iban a cerrar la sesión hasta ya entrada la noche. Después de las cinco, se presentaría en la casa de Bai Yuzhu y él, Zhuang Zhidie, debía ir, antes, a su despacho. A Zhao Jingwu le encantaba cultivar flores y tenía su despacho lleno de ellas; por eso quería invitar a Zhuang Zhidie a que les echase un vistazo. Zhao Jingwu sabía que Zhuang Zhidie tenía un interés especial por las flores y, en esos momentos de tensión, las flores le ayudarían a relajarse. Efectivamente, el despacho de Zhao Jingwu estaba lleno de flores y plantas, incluso las tenía encaramadas en las ventanas. El ambiente que se respiraba en esa habitación era muy agradable y relajante. No en vano era la estación en la que la naturaleza alcanzaba su cénit y las flores y las plantas estaban en su mejor momento. Al verlas, Zhuang Zhidie pensó en la flor rara y exquisita que había hallado y que dejó morir.

—Jingwu, estas flores están muy bien; pero ¿no tienes ninguna flor rara? —preguntó.

Zhao Jingwu le respondió:

—Sé que tú encontraste hace un tiempo una flor rara, una flor única y de una belleza excepcional, pero yo no he tenido esa suerte ni la busco, si te soy sincero. ¿Para qué quiero una flor rara? Encontrarla es una maldición. Duran poco y cuesta mucho mantenerlas; dan muchos dolores de cabeza y, además, cuestan mucho dinero. Y hay muchas que tienen incluso una reputación que no se merecen... A mí me gustan simplemente las flores por el placer de verlas cuando florecen, eso es todo... A mi entender, la flor es el órgano reproductor de la planta. El órgano reproductor de los seres humanos está constantemente escondido mientras que el de las plantas, no. Es lo que más muestran, y de la forma más bella, para atraer las abejas y con ellas la fecundación. Van buscando constantemente la relación sexual y en su evolución han hecho de sus órganos sexuales la parte más bella de sus cuerpos...

Zhuang Zhidie dijo:

—Jingwu, ¿de dónde sacas esas teorías tan extrañas? No sé si me estás hablando de flores o de mujeres. Tú no te has casado... ¡Ahora veo!... ¿De cuántos órganos reproductores te has rodeado para saber tantas cosas sobre ellos, Jingwu?

Zhao Jingwu echó una carcajada y acompañó a Zhuang Zhidie a que se sentase en su despacho. La habitación era muy pequeña y en la mesa que estaba junto a la ventana había tres hileras de macetas de plantas. Algunas macetas eran del tamaño de un bol o de una uña, y otras macetas eran de cristal. Las había por las cuatro paredes de la habitación y en la mesa, de porcelana de Ming o hechas a mano. Las había, en efecto, que eran de una elaboración exquisita mientras que otras habían salido directamente de una fábrica. Pero a un lado de la habitación, y como ofrenda para alguna divinidad, había unos narcisos en una maceta de porcelana del color del jade verde algo anticuada que atrajeron de inmediato la atención de Zhuang Zhidie. Zhao Jingwu le contó que cuando demolieron la casa donde había nacido su madre guardó todos los muebles salvo ese jarrón de porcelana del color de jade verde que, según decía su madre, era del periodo Ming. Zhuang Zhidie dijo:

—Tienes tantas flores en esta habitación..., pero esos narcisos son los más bellos y no tienen ningún órgano reproductor.

Zhao Jingwu se explicó:

—La flor es el órgano reproductor de las plantas y por eso considero a las mujeres como flores. Estos narcisos todavía no han florecido y por eso no les ves

el órgano reproductivo. Sus flores, sin embargo, no son muy llamativas. ¿Por qué te hace reír que me gusten tanto las mujeres y en particular esta flor? En Oriente, el narciso simboliza a la mujer pura, casta e incorruptible, como el jade. En Occidente, y más bien en la mitología griega, el narciso es un hombre al que no le gustan las mujeres y prefiere a los hombres, y viéndose reflejado en las aguas de un río, se encontró tan bello que se enamoró de sí mismo, quiso abrazarse, cayó a ese río y se ahogó. El alma y el cuerpo se separaron para unirse después y renacer en una flor, el narciso...

Zhuang Zhidie escuchó por primera vez que el narciso era previamente un hombre y le preguntó a Zhao Jingwu:

—¿Y te consideras tú mismo un narciso?

—Por supuesto que sí. No soy, ciertamente, Pan'an, el hombre más bello bajo el Cielo según los antiguos, pero soy un hombre talentoso y todavía gozo de cierta reputación en el mundo artístico y literario de Xijing. He hecho crecer muchas plantas y las he observado con atención, como a las mujeres, y las comprendo perfectamente tanto a ellas como a las flores. Amo particularmente a los narcisos y lo que representan en la unión entre el alma y el cuerpo.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Ahora lo comprendo, Jingwu. ¿Estás preparado para casarte?

—El narciso —le contestó Zhao Jingwu— se mantiene en agua pura y unas cuantas piedras. No necesita más para vivir. Debo casarme, eso está claro, aunque, como te he dejado entender, no tengo muchas ganas. ¿Qué flor de este mundo podría yo escoger entre tantas que hay? ¿Tú conoces a alguna? El maestro Zhuang es una persona de buenos sentimientos y conoce mis pensamientos. Por eso quiero pedirte: ¿no crees que yo sería un buen partido para Liu Yue? Si tuviese que casarme con alguien, preferiría hacerlo con ella y solo con ella. ¿Crees que ella me aceptaría?

Tras escuchar la proposición de Zhao Jingwu, a Zhuang Zhidie se le aceleraron los latidos del corazón. No sabía que Zhao Jingwu se había fijado en Liu Yue; pero, tras la confesión que acababa de escuchar, y dada la ambigüedad sexual que se desprendía de ella, la idea de juntarlos a los dos le asustó.

—¿Por qué me lo preguntas a mí? —le dijo Zhuang Zhidie con una sonrisa desfigurada en los labios—. Liu Yue es mi asistente doméstica y una persona independiente. ¿Por qué iba a decidir yo por ella?

Zhao Jingwu se precipitó a cogerle las manos a Zhuang Zhidie y le dijo:

—Lo único que quiero es que el maestro Zhuang haga de intermediario. Liu

Yue no tiene permiso de residencia para trabajar en la ciudad de Xijing, pero todo eso a mí no me importa. Me gustan su belleza y su inteligencia, es vivaracha, y se nota que durante este tiempo ha recibido la influencia del maestro en su educación. Yo la quiero de verdad y la trataré bien. Aunque yo sea alguien que nunca acaba nada, y un ocioso en el mundo de las letras y las artes, me comprometo, una vez casados, a hacerla feliz. ¡Te lo juro, maestro!

Zhuang Zhidie le replicó:

—Puedo hacer de intermediario, pero no te preocupes más y espera a que yo le diga algo. No creo que se presente ningún problema importante. Cuando visitó mi casa, ella se fijó en la cantidad de libros que poseo y ha estado en contacto con mucha gente. Cada vez más se parece a una de esas chicas solteras de buena familia. Ay, Jingwu... ¿crees que la habría aceptado en mi casa si no hubiera sabido que podría educarla a mi manera?

A Zhao Jingwu le alegraron esas palabras y sacó un vino para brindar con Zhuang Zhidie.

—¿Cómo podría agradecértelo, maestro?

Los dos hombres continuaron hablando juntos, pero de otro tema: la galería de arte y la librería. Zhuang Zhidie se dio cuenta de que ya se iba haciendo tarde y le pidió a Zhao Jingwu que fuera ya a la casa de Bai Yuzhu. Él debía regresar a su casa. Niu Yueqing y Liu Yue ya se habían metido en el baño para asearse y al ver a Zhuang Zhidie entrar por la puerta, se precipitaron a vestirse y salieron a recibirlo. Zhuang Zhidie preguntó:

—Por la tarde, ¿cómo es que se ha cerrado el juicio tan pronto?

Liu Yue le respondió:

—Ha durado apenas una hora. Zhong Weixian se sintió indispuerto y los miembros del tribunal decidieron aplazar el juicio, pero dijeron al final que, más o menos, comprendían todas las circunstancias. Mañana habrán reunido todas las pruebas para su deliberación. Se necesita, sin embargo, una segunda ronda de réplicas.

Zhuang Zhidie volvió a preguntar:

—¿Qué le ha pasado a Zhong Weixian? ¿Está enfermo? Y si ya estaba enfermo, ¿qué hacía en los juzgados?... O quizá los jueces habrán pensado que ha fingido que se encontraba mal porque su defensa no estaba a la altura de las preguntas de los denunciantes.

Niu Yueqing dijo:

—No, los jueces no habrán pensado eso de Zhong Weixian. Cuando Weixian

se levantó para retirarse, el pobre hombre ya había leído las trece páginas de su respuesta. Dejó todo claro y ordenado, y su defensa fue rigurosa. Jing Xueyin estaba sentada a un lado y tenía la cara cubierta de sudor mientras lo escuchaba. El juez no paraba de asentir con la cabeza a todo lo que decía Zhong Weixian; pero, de repente, ya no vimos a Zhong Weixian. Se había desplomado en un abrir y cerrar de ojos y yacía en el suelo. Todo el mundo se asustó y corrieron para levantarlo. A nuestro pobre redactor en jefe se la había puesto la cara de color gris y los ojos cerrados. Zhong Weixian estaba totalmente inconsciente. El juez Sima le exigió que le enviaran inmediatamente al hospital y el juicio se interrumpió en ese momento. Fuimos todos, bueno, los del bando de los acusados, al hospital, y cuando se despertó, el doctor lo examinó de arriba abajo, pero... ¡fue incapaz de decirnos qué tenía!

Zhuang Zhidie creyó que Zhong Weixian había sufrido alguna complicación en la cabeza o el estómago; algo grave, seguramente, y ello le preocupó. Niu Yueqing dijo:

—Eso será seguramente el inicio de una enfermedad grave. Igual se mareó con tanta presión ambiental y el estrés de la declaración. Hoy, cuando se presentó en los juzgados, el bueno de Zhong Weixian ya no se encontraba bien. Al menos, eso fue lo que nos dijo Zhou Min. Al parecer, se había discutido poco antes con el director de la Sala de la Cultura por un asunto de estatuto profesional. Al ir al juicio, Zhou Min nos dijo que Zhong Weixian buscó consuelo en un compañero, pero este solo lanzó un suspiro tras otro. No todo estaba perdido, ni iba en su contra, le dijo el compañero, pero debía dejar lo de su promoción para otro momento. Zhong Weixian, en los juzgados, no paraba de decir algo así como que la pierna que se había roto no debía haberse roto. Yo le pregunté a Zhou Min qué quería decir esa frase tan enigmática, pero Zhou Min me dijo que ni él mismo lo sabía.

Zhuang Zhidie, en cambio, lo comprendió todo al instante y quiso contarle la historia completa a Niu Yueqing; pero, nada más abrir la boca, no le salieron las palabras. Lo único que pudo finalmente expresar fueron unos exabruptos dirigidos a los funcionarios del departamento de evaluación del rendimiento de otros funcionarios y al director de la Sala de la Cultura. Niu Yueqing le dijo:

—También deberías hacer las paces conmigo. Hoy ni siquiera te presentaste en el juicio y me has puesto enferma. Lo mismo ha debido de suceder con Zhong Weixian al no verte ahí. El pobre no podía soportar a Jing Xueyin. Esa mujer es un auténtico bicho, Zhidie. ¡Y da miedo oírla! Yo me juré no enfadarme ni mostrar odio contra nadie; pero esa Weixian le ha hecho daño a nuestro Weixian,

mucho daño. Lo que esa mujer lanza son dardos cuando habla. Me preocupa el estado de Zhong Weixian. Si nos falla, vamos a ser el hazmerreír del jurado y vamos a acabar todos mal.

Zhao Jingwu regresó en el momento de la cena. Los presentes se quedaron boquiabiertos cuando vieron que él llevaba un perro de peluche de enormes dimensiones que ofreció a Liu Yue nada más verla al abrirla la puerta. Liu Yue abrazó al perro de peluche como quien abraza a un miembro de la familia. Al verla así, Zhuang Zhidie dijo:

—Menudo regalazo le has hecho a Liu Yue... ¡Eso te habrá costado al menos sesenta o setenta yuanes!

Zhao Jingwu se sintió avergonzado por esas palabras y se excusó:

—Pues la verdad es que estaba muy contento y me los he gastado...

—No necesitas estar contento para hacer regalos a la gente, Jingwu —ironizó Zhuang Zhidie—. Puedes estar un poco contento... ¡Eso basta! ¿No te parece?

Zhao Jingwu le replicó:

—Y ¿cómo me ves tú ahora? ¿Contento o no? El juez Sima ha hablado y he oído decir que hoy, Jing Xueyin, no ha estado muy acertada. Los problemas de ahora solo tienen una dirección: los jueces piensan que ese artículo quiere hablar de la condición de la mujer en nuestra sociedad, pero al mismo tiempo hablar de hechos que no parecen muy edificantes o veraces en el mejor de los casos. ¿Se trata de un artículo científico? ¿O se le ha ido la mano al autor con tanta subjetividad? ¿Qué motivos hay verdaderamente detrás de ese artículo? Eso es lo que están rumiando los jueces en este momento; pero no comprenden ese asunto y necesitan la colaboración de los especialistas de la cultura y el mundo universitario en ese asunto.

Zhuang Zhidie señaló:

—Hay mucha ansiedad en este asunto. Se debe hablar con rigor. Un reportaje periodístico no es una novela y, por supuesto, tiene que ser veraz y fundamentar la información en hechos reales.

Zhao Jingwu dijo:

—¿Qué podemos hacer? Tenemos la carne cortada y a punto de comer, ¿no vamos a dejarla que se estropee?

Zhuang Zhidie sonrió con desdén y no dijo nada durante un buen rato. Niu Yueqing lanzó una mirada llena de significado a Zhao Jingwu y este se fue a la cocina con ella. Niu Yueqing le dijo:

—¿Qué pretendes hablando así? No ves que se va a ofender. ¿Quieres

torturarlo?

Zhuang Zhidie les llamó en ese momento:

—Jingwu, ven...

Zhao Jingwu se presentó y dijo:

—Mejor no hablemos de este tema por lo que queda de día. Pronto va a anochecer y a mí ya me duele la cabeza. Hablemos otro día. Preocupémonos cuando llegue el momento, pero no antes, y seguro que encontraremos un camino en los bosques de la montaña. Liu Yue, tienes que dar un nombre a ese perro.

—Le voy a llamar Xiao Wu —respondió inmediatamente Liu Yue.

—¿No estáis haciendo demasiado ruido? A vosotros, ¿no os importa ya lo del juicio? —amonestó Zhuang Zhidie a Liu Yue, y se dirigió seguidamente a Zhao Jingwu—: Debemos presentarnos ante el tribunal y hablar a los escritores de Xijing, los críticos literarios y los profesores universitarios para que nos ayuden y aporten pruebas en nuestro favor. Esa gente ejerce una gran influencia sobre los jueces. Junto con Hong Jiang, deberíamos ir a buscar a Li Hongwen y Gou Dahai. Cada uno de ellos debe contactar personalmente a un escritor y un profesor universitario, y no importa lo que nos digan. Estoy seguro de que se pondrán de nuestra parte. Una vez hayamos recogido sus opiniones, las pondremos por escrito y se las daremos a los jueces. Yo encabezaré esa lista. Por una parte, reuniremos los que están abiertamente a nuestro favor, y, en segundo lugar, los que no están al cien por cien de nuestra parte. A estos les diremos que, al menos, no se pronuncien a favor de Jing Xueyin y los suyos; es decir, que se mantengan neutrales. —En ese momento, Zhuang Zhidie sacó la lista y Zhao Jingwu la cogió nada más verla. Zhuang Zhidie también se la ofreció a Liu Yue y le dijo a Niu Yueqing—: Ese juez Sima tal vez no me quiera, pero va a tener serias dificultades para rechazar a cien como yo.

Niu Yueqing le replicó:

—Actúa así, actúa así...; pero dejemos este tema a parte y tomemos algo. A mí ya no me quedan fuerzas en los cuatro miembros de mi cuerpo...

CAPÍTULO XV

Liu Yue acompañó a Zhao Jingwu a la entrada del patio del Círculo y este le dijo:

—Liu Yue, en ese callejón que hay enfrente venden una sopa de cordero con su sangre aliñada con chiles. Te invito a cenar.

—Con el calor que hace, si tomamos esa sopa, vamos a sudar de lo lindo... —replicó Liu Yue.

—Pues te invito a tomar un helado —le propuso Zhao Jingwu.

—Pero ¿qué mosca te ha picado hoy, Jingwu? —se sorprendió Liu Yue—. ¿Por qué estás tan generoso? No tengo hambre, pero te lo agradezco. Te acompaño hasta fuera del patio.

Los dos salieron del patio, pero Zhao Jingwu se negó a continuar caminando. Bajo la luz de una de las farolas del callejón, dijo:

—Liu Yue, ven aquí...

—Bajo la sombra, para hacer qué... —se asustó Liu Yue—. Me da miedo...

La sirvienta de la familia Niu, sin embargo, se acercó a la farola y Zhao Jingwu le dijo con una voz pausada:

—Mira a ese lado. —Liu Yue siguió la mano de Zhao Jingwu y vio las hierbas espigadas que crecían en el muro y una pareja que, abrazada, se estaba besando apasionadamente. Liu Yue sonrió por lo bajines y Zhao Jingwu prosiguió—: Los amantes no temen las sombras ni los diablos. ¿Quieres que nos acerquemos para escuchar lo que se están diciendo?

Liu Yue, que veía venir a Zhao Jingwu, le dio un puñetazo en el ojo y le regañó:

—A ti te han enseñado mal las cosas, Jingwu. ¿Ahora te da por ir a la calle para ir espiando a los amantes? ¡Eres un perverso!

Zhao Jingwu se encontraba todavía bajo el impacto emocional del golpe y

Liu Yue no se había dado cuenta de que no le había prestado mucha atención a lo que le había dicho. La joven sirvienta le dijo:

—¿Te duele?... ¿Dónde?... ¿En el ojo?...

Liu Yue se acercó a la cara de Zhao Jingwu para ver de cerca el ojo y Zhao Jingwu aprovechó ese momento para abrazarla y le dio inesperadamente un mordisco en la mejilla: ella salió corriendo de inmediato. Zhao Jingwu vio un taxi y le hizo una señal. Bajo la luz de la farola, le hizo una señal con la mano a Liu Yue para despedirse de ella. Liu Yue se quedó pegada a la muralla con los cuatro miembros de su cuerpo, esperando a que se alejasen las luces del taxi. Cuando se recuperó del susto, ya no vio la sombra de Zhao Jingwu. Liu Yue se rio para sus adentros y se dijo: «Mira por dónde, ese apuesto joven Zhao Jingwu, nos ha salido un diablo, y encima se comporta como un idiota. ¡Y se va rápido como una liebre!». Pero la mejilla le dolía horrores a Liu Yue. Se puso a caminar mientras acariciaba con una mano la mejilla herida. Inesperadamente, se detuvo en la entrada al patio de la residencia del Círculo Artístico y Literario de Xijing. Vio que Zhou Min bajaba de un coche y le decía:

—Liu Yue, ¿qué estás haciendo ahí? Nada más pasar con el coche, las luces te han iluminado de lleno, y yo te he visto ahí clavada contra el muro.

Liu Yue se asustó y le respondió de inmediato a Zhou Min:

—Ah... ¿Me has visto? ¿Y qué hacía yo ahí? Pues...

Zhou Min dijo:

—Estás sola con cara de tonta junto a los muros. ¿Qué haces? ¡Pensaba que te habías peleado otra vez con la señora!

Liu Yue sonrió y dijo:

—Sí, cierto, la señora se ha vuelto a pelear conmigo. ¿Dónde puedo llorar si no? Parece que el señor Weixian se os ha puesto malo. ¿Has ido al hospital a verlo? ¿Cómo va? Tú también has llorado...

—Hablaré en casa. ¿Está ahí el maestro Zhuang?

Los dos entraron en la casa del patio y Zhuang Zhidie y Niu Yueqing ya estaban durmiendo. Liu Yue se acostó en la cama del dormitorio y le pidió a Zhou Min que la acompañase; pero nada más entrar, Niu Yueqing y Zhuang Zhidie se despertaron. Niu Yueqing, al verlos, salió en pijama del dormitorio y Zhou Min se quedó hablando con Zhuang Zhidie. Después de hablar, Zhuang Zhidie salió del dormitorio abatido y con lágrimas en los ojos. A Zhong Weixian le habían diagnosticado un cáncer en el hígado y sus días estaban contados. Frotándose los ojos con las manos, Zhuang Zhidie se quejó:

—Todo este asunto del juicio ha destrozado al viejo. ¡Lo ha destrozado tanto que lo ha matado! Yo debería ir a la Sala de la Cultura y hablar con el director.

Niu Yueqing y Liu Yue lo cogieron del brazo y, atrayéndolo hacia ellas, le dijeron que ya era tarde. El director de la Sala de la Cultura estaría ya de vuelta a su casa.

—¿A quién vas a encontrar? —le preguntaron.

Zhuang Zhidie les contestó:

—El viejo Zhong se ha enfermado y ha tenido que dejar el juicio; se ha desmayado y hubiese podido morir en ese momento. ¿No creéis que deberíamos luchar por él? Cuando acabe el trabajo, iré a la Sala de la Cultura para que le den la promoción y lo consideren un intelectual.

Niu Yueqing aflojó las manos y Zhuang Zhidie se fue. A Zhou Min le preocupó lo del cáncer de hígado y no se explicaba cómo había podido ocurrirle a Zhong Weixian en tan poco tiempo. Zhong Weixian no iba a poder asistir otra vez al juicio y, si él no estaba, que era el redactor jefe de la revista que había publicado su reportaje, el bando de los acusados ya podía darse por vencido. Niu Yueqing escuchó esas palabras de Zhou Min y la enojaron:

—¡Ni se te ocurra decir eso otra vez, por favor! ¿Vas a culpar ahora a Zhong Weixian de perder el juicio? Igual lo de su cáncer de hígado ha sido un error de diagnóstico. Los médicos de Xijing, ya se sabe...

Zhou Min perdió por unos instantes el don de la palabra y solo después fue capaz de decir:

—Yo pienso así... Solo hablaba del juicio; pero el redactor en jefe Zhong Weixian está enfermo y no creo que sea un bulo...

Niu Yueqing temió haber herido a su vez a Zhou Min, acusándolo indirectamente de haber metido a todos ellos en ese juicio, y dijo:

—Zhao Jingwu acaba de salir de los tribunales y, según nos ha dicho, los jueces no nos van a poner muchos obstáculos.

Niu Yueqing quiso con esas palabras darle un respiro a Zhuang Zhidie y Zhou Min se sintió al mismo tiempo más relajado, e incluso le entraron ganas de ir al hospital para hablar personalmente con Zhong Weixian y presentarle su apoyo y sus respetos. Niu Yueqing también dijo que quería ir, pero le pidió a Liu Yue que se quedase en casa para que le preparase un bol de sopa a Zhuang Zhidie cuando regresase. Niu Yueqing se apresuró a bajar las escaleras con Zhou Min.

Zhuang Zhidie se dirigió esa misma noche a la casa del director de la Sala de

la Cultura para hablar con él. Zhuang Zhidie estaba dispuesto a pelearse con él y, nada más verlo, puso cara de perro enrabiado y se mostró muy agresivo con él, dándole mil explicaciones y haciéndole directamente responsable de lo que le había sucedido a Zhong Weixian. El director de la Sala de la Cultura no había visto nunca a Zhuang Zhidie con ese aspecto tan feroz y tan enfadado. El director de la Sala de Cultura se comprometió a ir a ver a Zhong Weixian esa noche misma y correría con todos los gastos del hospital y el tratamiento; pero a Zhuang Zhidie esas palabras falsas del director le sonaron a sacarse el bulto de encima y le dijo que a Zhong Weixian le sentaría todavía peor el verlo a su lado. ¿Para qué tantos remilgos ahora que el pobre Zhong estaba hospitalizado y a punto de palmarla?, le dijo. Rugiendo, le exigió al director de la Sala de Cultura ver a los cuatro vicedirectores —los que deciden la promoción a intelectual y que comunican posteriormente su decisión a los del departamento de evaluaciones—. Los cinco pasaron cuatro horas esa misma noche deliberando sobre la promoción de Zhong Weixian. Llegaron finalmente a una decisión: todos estuvieron de acuerdo en reconocer que el redactor en jefe Zhong Weixian merecía una promoción que reconociese sus muchos años de servicio a las letras y al pensamiento crítico en esos tiempos revueltos, pero la ratificación última debía tomarse a un nivel superior en la administración provincial. Ellos, y solo ellos, debían darles su confirmación. Tras alcanzar ese acuerdo, Zhuang Zhidie les dio la mano, les agradeció el gesto, y se despidió de ellos. De regreso a casa, percibió las primeras luces del día.

Ese mediodía, varios dirigentes de rango medio de la Sala de la Cultura se presentaron en el hospital con unas cajas de productos para fortalecer la salud que dieron inmediatamente a Zhong Weixian. Niu Yueqing llamó a Zhuang Zhidie desde el hospital para decirle que la salud de Zhong Weixian había mejorado mucho. Se había tomado un bol de sopa con *jiaozi* (raviolis) y ello le había cambiado el color de la cara, incluso había podido salir de la cama. Zhuang Zhidie, nada más colgar el teléfono, gritó a Liu Yue. La sirvienta vino a verle y Zhuang Zhidie la abrazó y la besó. Liu Yue le dijo:

—Estoy sudando, maestro...

Tras decir esas palabras, se fue a los aseos del dormitorio para lavarse. Luego se estiró sobre la cama totalmente desnuda. En esos momentos, Zhuang Zhidie no quiso entrar en la habitación y decidió irse al departamento de las evaluaciones para ver con sus ojos cómo iba el proceso de promoción de Zhong Weixian. Deseaba saber si ya habían enviado el informe a las altas instancias del gobierno provincial y si estos habían respondido con su aprobación. Poco

después llamó a Niu Yueqing al hospital y le pidió que le pasase el teléfono a Zhong Weixian.

—Viejo Zhong —le consoló Zhuang Zhidie desde el otro lado del hilo telefónico—, te estás recuperando de tu enfermedad.

Zhong Weixian, desde el hospital, le replicó:

—Zhidie, dime, ¿cómo podría agradecerte todo lo que estás haciendo por mí? En esta ciudad, todo es tan difícil... Solo la muerte parece ser la solución para resolver todos los problemas.

Zhuang Zhidie dijo:

—Pero ¿quién de entre nosotros va a esperar a que la muerte resuelva nuestros problemas? Tu enfermedad, ¿crees que no se irá?

Zhong Weixian contestó:

—He tenido suerte; sí, he tenido mucha suerte. Zhidie, hace unos instantes esos miembros del departamento de evaluación me han mostrado un informe sobre mi promoción para ser aprobado por las altas instancias del gobierno provincial. Ver ese informe me ha curado más que cien medicinas juntas.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Los del comité de evaluación deben darse prisa. Deberían poner tu nombre de una vez por todas en el libro rojo. ¡Para que se te cure de una vez por todas tu enfermedad!

—El cuaderno rojo, el cuaderno rojo... ¿De verdad que voy a estar en el libro rojo? —embistió Zhong Weixian con una emoción excedida en su voz desbocada. La voz de Zhong Weixian se había distorsionado en el auricular y a Zhuang Zhidie casi le deja sordo el oído. Zhong Weixian insistió—: Zhidie, ¿de verdad que me estás hablando del libro rojo, donde están los nombres de los mejores funcionarios de nuestra gloriosa República Popular China? —Se oyeron llantos en el teléfono y gemidos que no se detenían nunca.

Esa noche, Zhuang Zhidie durmió como un tronco. Liu Yue se cambió varias veces de braguitas y se metió en la cama con él, pero Zhuang Zhidie estaba demasiado dormido y confuso como para concentrarse en las braguitas provocadoras de la joven sirvienta. Finalmente, y mirándola de reojo, le expresó a Liu Yue:

—Quiero dormir.

Zhuang Zhidie se giró y se puso a dormir. Vete a saber cuándo, Liu Yue se pegó a él, ejerciendo presión sobre su cuerpo, y le retiró la almohada. No contenta con ello, le dio un cachete en las nalgas. Zhuang Zhidie, disgustado, le

gritó:

—¡Odioso!... ¡Para ya!

Liu Yue le dijo:

—Mira el cielo... ¿No sabes qué hora es? El teléfono suena: *ring, ring...*, *ring, ring*, y el señor ni se inmuta: será la gran hermana Niu... ¿No vas a responder?

Zhuang Zhidie se levantó y vio cómo los rayos del sol ya entraban por la ventana y no cogió el teléfono. Tenía aún la cara sucia y los ojos legañosos, y ni siquiera se había lavado la boca, cuando cogió la motocicleta y se dirigió al hospital.

Zhong Weixian se encontraba echado en la cama del hospital. A Zhuang Zhidie, el cuerpo de su compañero de trabajo le pareció delgado en exceso y le impresionó y le entristeció particularmente verlo de esa manera. A las cinco de la mañana, Zhong Weixian había escupido sangre y los médicos tuvieron que atenderlo urgentemente. Se quejaron de Niu Yueqing y las enfermeras, las cuales no lo estaban cuidando como debían. Zhou Min y Gou Dahai dijeron que Zhong Weixian se encontraba mucho mejor y no comprendían lo de la sangre durante la noche. Esos esputos de sangre no eran de buen augurio. Varias varices en el estómago habían provocado esa hemorragia, la cual no se había detenido, confirmaron los médicos del hospital, y todo ello tenía que ver con el cáncer de hígado que había contraído hacía tiempo. Niu Yueqing también dijo que Zhong Weixian estaba muy contento la noche anterior e incluso había comido un bol con sopa y raviolis, y hasta se había levantado de la cama. A ellos les parecía un milagro; pero ¿quién tenía razón? Los médicos preguntaron por el estrés que había sufrido Zhong Weixian. ¿Qué había podido provocarle ese choque emocional con consecuencias psicósomáticas? Zhou Min se apresuró a decirles lo de la promoción a intelectual y los médicos volvieron a expresar sus críticas. Ese no era el momento para hablar de promociones. Había que dejarlo tranquilo, ya que cualquier impacto emocional agravaría la hemorragia. Tras la intervención de los médicos, Zhong Weixian dejó de sangrar y se le despejó la cabeza. Pudo darle a Zhou Min la llave y pedirle que le trajese la cajita que había junto a su cama, en la habitación que tenía en la redacción de la *Revista de Xijing*. Esa cajita hizo llorar a Zhong Weixian nada más verla en sus manos otra vez, pero nadie comprendía el porqué. Zhong Weixian no soltaba la almohada y Niu Yueqing le dijo:

—Viejo Zhong, esa cajita está un poco dura para que la guardes junto a tu almohada. ¿No crees que deberías dejarla en la mesa?

Zhong Weixian sacudió la cabeza nerviosamente para decirle que no. Zhou Min dijo:

—Me temo que no hay que contrariarle en nada. Si quiere la cajita con él, que la tenga. Además, creo que todo su dinero está en ese cofre. Si quieres, yo podré guardarla. Conmigo estará a salvo.

Zhou Min hizo el gesto con las manos para apropiarse de esa cajita, pero Zhong Weixian se negó. Al dar las nueve, Zhong Weixian dijo que quería ver a Zhuang Zhidie.

—Zhidie, ¿por qué no me vienes a ver? —insistió Zhong Weixian—. ¡Traédmelo ya! ¡Quiero verlo!

Cuando Zhuang Zhidie llegó al hospital, Niu Yueqing lo detuvo y le explicó la noche que había pasado Zhong Weixian.

—No le hables del tema de la promoción y el departamento de las evaluaciones —le aclaró Niu Yueqing—. Los médicos nos han aconsejado que no le alteremos emocionalmente, de lo contrario, volverá a sangrar y será difícil recuperarlo otra vez. Ahora duerme con un cofre que no suelta ni bajo tortura. Quizá tiene ahí dentro todos sus ahorros en billetes y monedas. Él y su *laopo* no se llevaban muy bien y seguro que ahora no quiere que su mujer se lleve ese dinero. Pero, llegados a este punto, ¿no crees que deberíamos comentárselo a su mujer? Si no nos da ese cofre para que lo guardemos nosotros, su mujer, ¿no puede obligarlo a que se lo dé a ella? Y si nos lo da porque se nos muere en el hospital, ¿qué vamos a hacer con ese dinero?

Zhuang Zhidie le dijo a su mujer:

—Hablaré después de verlo. —Y entró seguidamente en la habitación, donde estaba Zhong Weixian, y le dijo—: Eh, ¿pensabas que no iba a venir a verte? Pues aquí estoy.

Zhong Weixian abrió bien los ojos y, repentinamente, se puso a reír.

—Si no vienes, no me muero —bromeó Zhong Weixian.

A Zhuang Zhidie se le saltaron las lágrimas y dijo:

—No debes pensar así, no debes pensar en esas cosas... Pasan milagros cuando menos te lo esperas, viejo Zhong.

Zhong Weixian lo escuchó con atención, movió la cabeza de un lado a otro, y dijo:

—Así es como pienso. Hacía ya un tiempo que sabía que no iba a durar mucho en este mundo y yo no creo en milagros. —Hablando y hablando, se le saltaron las lágrimas a Zhong Weixian y la cara se le arrugó en mil grietas. Las

lágrimas desaparecieron finalmente y el rostro de Zhong Weixian apareció con una brillantez renovada, como si un caracol hubiese trepado por él y hubiese dejado su baba detrás. Zhong Weixian añadió—: Zhidie, esta vez no va a funcionar. Tengo la certeza de que voy a morir. ¿No es lo que en realidad querías decirme?

Zhuang Zhidie le respondió:

—La vida está llena de momentos malos que hay que superar; momentos malos que, al fin y al cabo, enriquecen nuestra vida. Tu vida ha sido así. No hace falta decirte cuánto has aportado a la sociedad con tu trabajo y tu vida ha valido la pena vivirla hasta final. Eres una persona honesta y pura, y vales más que muchos de los hombres. Estoy seguro que habrá un milagro...

Zhong Weixian le dijo:

—Yo no soy como tú, Zhidie... —Zhong Weixian sintió de repente que las fuerzas se le iban y se sintió muy cansado. Se quedó descansando mucho tiempo hasta que volvió a pronunciarse—: Siempre he querido figurar en el libro rojo y, además, ahora tengo este cofre conmigo. ¿Qué puedo pedirle más a la vida? Lo único que lamento es no poder ayudarte más en el juicio. La gente se reirá de mí.

—Pero ¿quién se va a reír de ti? —preguntó Zhuang Zhidie—. Más bien al contrario. ¡Te tendrán miedo y te respetarán!

Zhuang Zhidie vio que Zhong Weixian hacía cada vez peor cara y respiraba con dificultad. Sabía que su compañero no iba a aguantar mucho más en ese estado, contuvo las lágrimas y dijo:

—Viejo Zhong, ¿hay algo que todavía quieres que haga por ti?

Li Hongwen se acercó e intervino:

—Viejo Zhong, tienes que aguantar. He telefoneado a tu casa y me han dicho que hoy pasarán a recogerte. Durante todo este tiempo, muchos han sido los dirigentes de la Sala de la Cultura que han llamado para saber cómo estabas. Me han dicho que quieren venir a verte.

Zhong Weixian les exhortó:

—No les permitáis que vengan. ¡Que no venga nadie!

Zhong Weixian cogió la mano de Zhuang Zhidie y pidió a los demás que saliesen a la recepción del hospital. Los presentes se quedaron extrañados con la propuesta inesperada de Zhong Weixian, pero ninguno se opuso y salieron de la habitación. Apretándole la mano a Zhuang Zhidie, Zhong Weixian balbució:

—Zhidie, todo el mundo piensa que voy a morir. Yo no le tengo miedo a la muerte. A mí solo me duele que la gente sufra por mí. Sobre todo, que le duela a

una persona, ella... Una rotura de la pierna le ha impedido venir a verme, pero yo no puedo olvidarla. Cuando venga, yo ya estaré muerto. Te lo ruego ahora, guarda este cofre y se lo das. Son mis ahorros y ello le permitirá llevar una vida mejor. Llegado el momento, tú... sabrás... decírselo... porque tú sabes quién es ella...

Zhuang Zhidie cogió el cofre, el cual pesaba lo suyo, se arrepintió de haber engañado a Zhong Weixian con la historia de esa mujer y pensó que debía contarle toda la verdad antes de que muriera. No podía soportar no decírselo y la idea de que Zhong Weixian muriese eternamente engañado le resultaba insoportable y se sentía culpable. Pero, al mismo tiempo, ¿cómo podía quitarle la esperanza a su amigo antes de la muerte? ¿No lo estaba matando si lo hacía? Zhuang Zhidie giró la cabeza y miró a Zhong Weixian; este movía la cabeza de un lado a otro y su cuerpo se puso a dar espasmos. Tenía las manos en su pecho y la boca cerrada herméticamente. Emitió un sonido y de su boca empezó a salir espuma y sangre a borbotones; era una sangre que salía uniforme y homogéneamente y que recordaba a los fuegos artificiales cuando cubren el cielo. La sangre salpicó de rojo, por un lado, las paredes de la habitación, y, por otro, la cara y el cuerpo del mismo Zhong Weixian. A Zhuang Zhidie se le escapó un grito de pánico, pero no lloró. Vio claramente los espasmos de Zhong Weixian y en su rostro se dibujó una sonrisa ancha, una sonrisa que, lentamente, se le heló en la cara.

Zhuang Zhidie salió de la habitación con el cofre en las manos. Los que estaban fuera de la habitación esperando se precipitaron a preguntarle:

—¿Cómo está él?

—Acaba de morir —respondió Zhuang Zhidie, dejando seguidamente el hospital con el cofre en las manos. Tras dejar el edificio, se quedó parado. El sol brillaba poderosamente en lo alto y Zhuang Zhidie se vio obligado a cerrar y abrir los ojos varias veces, hasta que finalmente los dejó cerrados.

Los presentes se arrojaron hacia la habitación y las enfermeras también corrieron detrás, hacia el interior. Las enfermeras sujetaron la nariz de Zhong Weixian y comprobaron si todavía respiraba. Con los lados de la sábana, lo taparon e hicieron un nudo con los cabos. Las dos enfermeras lo pusieron sobre una tabla de madera blanca, la cual fue poco después a parar a un carrito del hospital. Una de las enfermeras preguntó:

—¿Quién es de la familia?

Niu Yueqing se había quedado petrificada junto a la pared y dijo de repente:

—¡Ah!... ¿Qué ha pasado?

La enfermera respondió refunfuñando:

—Estas sábanas no le pertenecían a él. Por favor, pasen por la recepción y paguen los cinco yuanes que cuestan.

La tabla y el carrito dejaron esa sección del hospital de Xijing, pero las ruedas del vehículo no funcionaban bien y se desviaban de un lado a otro y chirriaban. Los rayos del sol caían como flechas sobre la entrada del hospital cuando el carrito salió por ella. El cuerpo de Zhong Weixian envuelto en la sábana parecía que ya había entrado en el horno crematorio para ser incinerado o, simplemente, que un carro de cristal salía del Palacio de Cristal. Sobre la sábana blanca se había formado una aureola luminosa que no abandonaba el cuerpo sin vida de Zhong Weixian. El carrito bajó tres peldaños y perdió el equilibrio. El cuerpo de Zhong Weixian salió despedido y rodó por el suelo como una sandía que cae del estante de un puesto de venta ambulante.

* * *

Los actos del funeral de Zhong Weixian fueron organizados enteramente por la Sala de la Cultura. Finalmente, Zhuang Zhidie y los otros no pertenecían a esa unidad de trabajo y quedaron descartados de la organización. Zhou Min les mantuvo informados y les dijo que se había encontrado un sitio más propicio para los funerales que ese. La viuda de Zhong Weixian le pidió a su hijo retrasado que fuese al hospital para recoger las sábanas de su padre. Los conocidos y los familiares de Zhong Weixian se reunieron en el depósito de cadáveres y quemaron papeles en honor al fallecido. Al hijo de Zhong Weixian se le cayó al suelo la cubeta de la piedad filial, la cual contenía fideos y las cenizas del papel quemado para su padre, y se puso a hablar con los dirigentes de la Sala de la Cultura para que pagasen los cinco yuanes que costaban las sábanas del hospital. También les exigió que le contratasen en la Sala de la Cultura. Organizaron, además, tres días y tres noches de duelo para Zhong Weixian y comentaron el probable resultado final del juicio. Zhuang Zhidie no prestó atención a esa conversación y Zhou Min también se mantuvo al margen. Li Hongwen les dijo que había dicho a la viuda de Zhong Weixian que Zhuang Zhidie se había quedado con la cajita de su marido. La viuda de Zhong Weixian se dirigió inmediatamente a Zhuang Zhidie porque quería recuperar ese dinero. Zhuang Zhidie se vio obligado a abrir el cofre delante de ella, pero solo sacó un

sobre que había dentro y dijo:

—Esto pertenece al redactor en jefe en tanto que profesional y miembro de la *Revista de Xijing*. No es algo privado. Zhong Weixian me ha pedido que lo custodie yo y nadie más que yo. ¡Y no hay un solo céntimo para ti!

La anciana dijo:

—Me parece raro que mi viejo haya guardado asuntos relacionados con el trabajo en un cofre. Me parece más raro que asuntos de herencia los haya dejado en manos de compañeros de trabajo. ¿No es la familia quien se encarga de ello? Él siempre tenía a su *laopo* en su corazón. Y el dinero que ha ahorrado toda la vida, ¿adónde ha ido a parar? ¿Le ha dejado a alguien parte? —La mujer de Zhong Weixian cogió el sobre y se lo devolvió a Zhuang Zhidie.

Pasaron varios días sin que Zhuang Zhidie hablara a nadie. Escribió, sin embargo, un discurso póstumo en homenaje a Zhong Weixian. Los dirigentes de la Sala de la Cultura le habían enviado un borrador, pero Zhuang Zhidie cambió muchas partes. Al devolverlo, los dirigentes de la Sala de Cultura le dijeron que no debía actuar impetuosamente. Zhuang Zhidie se excusó diciendo que la labor de Zhong Weixian iba más allá del pequeño mundo de la Sala de Cultura y sus acólitos. Al acabar el manuscrito final, Zhuang Zhidie le pidió a Zhou Min que lo llevase a la *Revista de Xijing* para publicarlo; pero se lo devolvieron, ya que en el homenaje póstumo no citaba a ninguno de los miembros del Partido de la provincia, sobre todo, los del nivel más elevado de la administración pública. Zhuang Zhidie pasó la noche rescribiendo su texto y, finalmente, fue aceptado y publicado en la revista. Cuando regresó a la Sala de la Cultura, vio la ofrenda floral enorme que le habían preparado y las cien personas que apenas cabían en el anfiteatro. Los dirigentes de la Sala de la Cultura organizaron varias hileras de asientos desde los cuales se podía presenciar la ceremonia. En realidad, Zhuang Zhidie, esa noche, además del artículo, escribió un par de cuartetos con frases paralelas y un tono elegíaco muy marcado. Esos poemas le dieron un dolor de cabeza insoportable y Zhuang Zhidie creyó que le iba a explotar la cabeza. Se los dio para leer a Meng Yunfang, Zhao Jingwu, Gou Dahai y Zhou Min, y luego les dijo:

—Espero que venga mucha gente a la ceremonia. Cuantos más seamos, mejor. Ahora quiero dormir. Hace una eternidad que no he dormido como debía haberlo hecho. Ni siquiera tiene rima y lo he escrito de cualquier manera, pero estos son los poemas para el funeral del viejo Zhong. Leedlos. ¿Os parece bien? Si queréis enmendar algo, allá vosotros. Necesitamos muselina negra y transparente y tenemos que encontrar a Gong Jingyuan para que nos haga una

caligrafía en tinta negra con estos poemas. Colgaremos la caligrafía en la Sala de la Cultura. ¡Y ahí permanecerá todo el día!

Los presentes leyeron los poemas de Zhuang Zhidie, los cuales decían:

*No suspires por la felicidad que se llevaron las aguas,
ella yace enterrada en el barro que sujeta las raíces del loto,
y en el árbol que conoce y da cobijo al pájaro solitario
florece en pleno invierno la flor roja del ciruelo.*

*No te rías por lo corta que es la vida, la noche solo destruye
las luciérnagas cuando ella misma agoniza;
las estrellas invalidan la oscuridad de la noche sin luna
y las cigarras solo perecen al final del otoño.*

Meng Yunfang, Zhao Jingwu y Zhou Min se separaron y se fueron. Niu Yueqing salió a la calle para comprar la muselina negra y contactó, uno a uno, con todos los amigos de Zhong Weixian para que participasen en el funeral. Y vinieron todos. Zhuang Zhidie no pudo dormir, Tang Wan'er se quedó junto al lecho y Liu Yue preparó un caldo de jengibre en la cocina para los asistentes a las exequias fúnebres. Cuando entró en la casa, Liu Yue vio a Niu Yueqing secándose las lágrimas y le dijo:

—Señora, debes descansar; si no, el cuerpo no te aguantará. Esta vez es gracias a sus amigos que un funeral digno va a realizarse. ¿Qué habría hecho el señor Zhong sin nosotros? Mira ahora a su viuda; es falsa como pocas. Derrama unas lagrimitas y todo por el maldito dinero que su marido ha estado ahorrando toda la vida. ¡Qué fácil es reírse de los muertos!

Niu Yueqing dijo:

—Eso ya lo sabía yo. Esos dos no se llevaban bien.

Tang Wan'er dijo:

—Nada más verla, uno se da cuenta de que esa arpía solo se lleva bien con el diablo.

En ese momento, Tang Wan'er tapó a Zhuang Zhidie con la sábana para protegerlo del frío, pero ese gesto llamó la atención de Niu Yueqing. Tang Wan'er se dio cuenta de que ese gesto estaba fuera de lugar y dejó el borde de la cama donde estaba sentada. Desde la silla, dijo:

—En mi terruño, en Tongguan, cuando la gente se nos muere, les cantamos

una canción para expresarles nuestro dolor, y dice algo así como: «¿Qué hay de bueno en esta vida? Cuando morimos, morimos, y el cuento se ha acabado... Y los amigos y los familiares ni siquiera se enteran de que el muerto se les ha muerto. ¡Ay, qué dolor!». Yo no había sentido nunca mucho dolor por los muertos, pero debo reconocer que la desaparición súbita de Zhong Weixian me ha dejado por los suelos. Me ha entristecido muchísimo y, cuando canto ese estribillo, se me saltan las lágrimas.

Niu Yueqing preguntó retóricamente:

—Pero, cuando murió el señor Zhong, ¿no estaban todos sus amigos a su lado?

Tang Wan'er respondió:

—No sé quiénes de entre esos que estaban a su lado son en realidad amigos de verdad y sus personas queridas.

Niu Yueqing dijo:

—Las personas queridas, ¿qué personas queridas?

Zhuang Zhidie dijo:

—Wan'er se refiere a la mujer de Suzhou en Anhui, la que fue la compañera de estudios de Zhong Weixian.

Niu Yueqing se dirigió a Tang Wan'er:

—¿Estabas al corriente de ese asunto?

Zhuang Zhidie respondió por ella:

—Se lo he contado yo.

Abriendo bien los ojos, Niu Yueqing le reprendió a su marido:

—Ese asunto no deberías habérselo dicho a nadie, Zhidie. ¿Se lo has contado todo? Wan'er, todos pensamos que Zhong Weixian guarda mucho dinero en ese cofre y lo hace por una razón. Debemos guardar este asunto en secreto. Si hablamos de ello, eso hará daño, en primer lugar, a la imagen póstuma de Zhong Weixian; y, en segundo lugar, tu maestro Zhuang saldrá mal parado.

Tang Wan'er replicó:

—Ha muerto. ¿Debo ir con cuidado ahora con lo que digo? Si se supiera la verdad, la gente reconocería una bella historia de amistad entre Zhuang Zhidie y Zhong Weixian.

Niu Yueqing dijo:

—Si cuentas la historia, habremos descubierto a Zhong Weixian. La sociedad, ¿le va a comprender como le comprendemos nosotros? Al fin y al cabo, el viejo Zhong era como de nuestra familia, le gustaba hablar del amor y

así pasó su vida, aunque a veces parecía tonto. ¿Cómo podía ser tan romántico?

Tang Wan'er dijo:

—Aquí se presentan dos asuntos diferentes: la vida conyugal y el amor. El pobre hombre se debatía entre los dos. Cuando lo vi esa noche, con sus cabellos con canas, y ese corazón grande que tenía, me acordé de su generosidad. La gente se sentía siempre bien a su lado. Va a dejarnos un vacío irremplazable...

Niu Yueqing dijo a su vez:

—Eso es verdad. ¿Cómo se atreve ella todavía a...?

—¿Cómo se atreve quién? —preguntó Tang Wan'er—. Yo ya sabía cuál era su relación conmigo y el afecto auténtico que me profesaba; pero si lo hubiese sabido, habría estado mucho más tiempo con él y ahora lamento amargamente su desaparición.

Niu Yueqing dijo:

—¿Tú?... ¿Con él? —Niu Yueqing lamentó haber insinuado esa relación entre Zhong Weixian y Tang Wan'er y añadió—: Una relación entre amantes es ilícita y es comparable con la que pueda existir entre un hombre y una prostituta... Wan'er, no deberías hablar así, y menos a mí. ¿Qué va a pensar la gente de fuera? Debemos conservar la memoria póstuma de Zhong Weixian intacta; eso es lo importante ahora. Liu Yue, ¿cómo está el caldo de jengibre?

Tang Wan'er comprendió perfectamente el reproche de Niu Yueqing, pero no le cambió la cara e hizo como si no se hubiese sentido aludida. Se levantó y dijo:

—Voy a echar un vistazo a la cocina.

Niu Yueqing miró a Zhuang Zhidie y preguntó:

—¿Qué vas a hacer con ese cofre? El viejo Zhong quería ser incinerado...

Zhuang Zhidie le respondió:

—Esa mujer le escribió seis cartas a Zhong Weixian y él le escribió catorce. En ese cofre hay un total de veinte cartas. En cada una de ellas hay entre cinco y ocho mil palabras. Podría ponerlas en orden y hacer un libro. ¿No te parece?

Niu Yueqing dijo:

—Salta a los ojos que tú has escrito esas cartas. La gente hablará y la gente se pondrá a comentar qué hay de verdadero o falso en ello. El caso de Jing Xueyin, ¿no nos ha dado ya una lección a todos nosotros?... Pero de eso, mejor no hablemos... Desde que murió el viejo Zhong, tú estás como atontado. Se te ve demasiado deprimido, Zhidie. ¡Despierta!

Zhuang Zhidie le replicó, perdiendo la paciencia:

—¿Comprendes algo, Yueqing?

—No, no comprendo nada —dijo Niu Yueqing—, ¡quizá porque me da miedo comprenderlo todo!

Tang Wan'er se paseó con un bol de sopa de jengibre en las manos y escuchó la discusión que estaban teniendo Zhuang Zhidie y Niu Yueqing, se quedó en el dormitorio y fingió unas toses. Al dejar de oír la discusión, salió a verlos.

Al final del día, Zhuang Zhidie seguía sufriendo un dolor de cabeza que le resultaba insoportable a esas horas y se tomó unos analgésicos. Mucha gente había participado en el funeral y la ofrenda floral tuvo que ser desplazada al exterior. Cuando acabó la ceremonia, y tras el recorrido de la comitiva hasta el crematorio, donde debían meter el cuerpo de Zhong Weixian en el horno y convertirlo en cenizas, Zhuang Zhidie quiso personalmente ser una de las manos que metían el cuerpo con la sábana blanca en el horno. Otros le dijeron, sin embargo, que esperarse. Fuera del crematorio, un masajista le dio un masaje en la cabeza y los hombros a Zhuang Zhidie. Li Hongwen se acercó corriendo y le dijo:

—Hay una cola larguísima desfilando delante de Zhong Weixian, no me explico de dónde ha salido tanta gente. Me temo que no van a poder quemarlo hoy y van a tener que meterlo en la cámara frigorífica.

—¿Cómo van a hacerlo? —preguntó Zhuang Zhidie—. Cuando alguien del campo muere, su familia y sus compañeros tienen en cuenta que el muerto sea incinerado o enterrado, pero que se haga. De lo contrario, creen que les va a dar mala suerte a todos ellos. Por eso han venido tan numerosos del terruño de Zhong Weixian. Si no lo queman ahora, esa gente se va a enfadar. ¿Sabes lo que están tramando los de la Sala de la Cultura? Y si no lo queman, ¿quién se va a responsabilizar de él?

Li Hongwen le respondió:

—Se lo he dicho varias veces y no me hacen caso. Cada vez que les hablaba, me decían: ¡en fila! ¿Quieres decir algo al fallecido? ¡Dilo! ¡Eres célebre! ¿O es que te has quedado mudo?

En ese momento, Meng Yunfang salió del crematorio y dijo:

—¡Ya está hecho! —Zhuang Zhidie le preguntó inmediatamente que quién se lo había dicho y Meng Yunfang le repuso—: He visto cómo ponían su nombre en el libro rojo. Lo han considerado un intelectual de primer rango y con tratamiento preferencial. La verdad es que no sé muy bien para qué le servirá esto ahora al viejo Zhong, que se va a convertir en cenizas, pero bueno... ¡El gobierno lo ha promocionado y eso es lo que importa! Así quedará en la

memoria de todos.

Li Hongwen le preguntó a Meng Yunfang cómo había podido acceder al contenido de ese libro. Meng Yunfang le dijo que se lo había mostrado uno de los dirigentes de la Sala de la Cultura. Los tres se pusieron a hablar de Zhong Weixian, que se había convertido en intelectual de grado superior. Pero, efectivamente, ¿qué sentido tenía todo eso ahora que lo iban a convertir en cenizas? Habría que hacerle una estatua o algo parecido; pero uno de los gestores del crematorio puso reticencias a la hora de hacer su trabajo:

—¿Intelectual?... No comprendo. ¿Qué diablos importa ahora? Aquí todo el mundo acaba igual y no hacemos diferencias con nadie.

Zhuang Zhidie le aclaró:

—Este hombre era el redactor en jefe de la *Revista de Xijing*.

El hombre le dijo:

—¿Y tú tienes un certificado de este fiambre que lo confirme?

—¿Qué certificado? —se sorprendió Zhuang Zhidie—. ¿Necesitan un certificado en el crematorio? Y que nosotros lo digamos, ¿no es suficiente?

Li Hongwen añadió:

—¿Le está hablando Zhuang Zhidie! ¿No sabe quién es?

El hombre le respondió:

—¿Y qué hace ese Zhuang Zhidie? China tiene mil cien millones de personas. No puedo acordarme del nombre de todos.

Li Hongwen dijo:

—¿Hay alguien en Xijing que no conozca a Zhuang Zhidie? Pertenece a una unidad de trabajo muy eficaz.

—¿Hacen zapatos? —preguntó el hombre—. Me temo que en las tiendas de zapatos se quejan porque tienen demasiados intelectuales trabajando con ellos... Nosotros, aquí, por nuestra parte, trabajamos al máximo nivel y al que entra lo hacemos cenizas y no vamos dando lecciones a la gente. Un trabajo de ingeniería punta.

Zhuang Zhidie se enfadó:

—¿A quién le importan tus malditos zapatos! Este cuerpo sin vida que tenéis aquí es el de un funcionario del máximo rango. Un periodista y un redactor en jefe de los mejores. ¡Mira su tarjeta de presentación!...

El hombre le dijo:

—¿Encima esos aires conmigo? ¡Llévate esa tarjeta y déjame en paz!

Los tres hombres se quedaron de una pieza. Zhuang Zhidie le pidió a Li Hongwen que fuese a buscar inmediatamente al director de la Sala de la Cultura. El director de la Sala de la Cultura se presentó y le dijo al hombre del crematorio que él también era el jefe de la provincia y le confirmó quién era en realidad Zhong Weixian, recalcando lo de intelectual de primer grado y redactor en jefe de la *Revista de Xijing*. Si necesitas un certificado para incinerarlo, te lo daremos. El hombre del crematorio quedó finalmente convencido y Zhuang Zhidie, Li Hongwen y Meng Yunfang recibieron el certificado sellado que confirmaba, efectivamente, la promoción de Zhong Weixian. El hombre del crematorio se excusó:

—Por aquí quemamos a mucha gente y los hay que quieren pasar por lo que no son. Parece increíble, pero es cierto. A la gente le preocupa más su fama una vez muerta que cuando estaba viva. Por eso exijo siempre un certificado sellado por la administración pública que confirme el estatuto profesional del fallecido.

Li Hongwen y Gou Dahai hablaron extensamente del certificado y del sello oficial con el director de la Sala de la Cultura. Una hora después, los dos redactores salieron muy contentos de esa conversación. Zhuang Zhidie cogió el libro rojo con sus manos y vio el nombre de Zhong Weixian en él. No dijo nada más. Poco antes de meter el cuerpo sin vida de Zhong Weixian en el horno, metió el cofre y el certificado sellado con el muerto para que todo ello ardiera al mismo tiempo. Nadie lo vio. Zhuang Zhidie salió del crematorio, se montó en su motocicleta Mulan y, como si se hubiese vuelto loco, salió disparado con ella.

* * *

Pasó medio mes y Zhuang Zhidie fue incapaz de ver a nadie durante ese tiempo. Tang Wan'er le había enviado varios mensajes mediante la paloma, pero la paloma regresaba sin nada. Se quedaba en casa atontado y cada vez que venían a visitarlo, ya que eran muchas las visitas, los evitaba sin hacerles caso. Por las mañanas, temprano, se iba a beber leche. Luego se subía en su Mulan y se iba a pasear con su motocicleta a los barrios del extrarradio. Zhuang Zhidie no sabía qué hacer consigo mismo y se quedaba contemplando al bulldozer que destruía partes enteras de la muralla de Xijing, y las voces de los jóvenes que realizaban la tarea. Esos jóvenes actuaban como unos garrulos y frecuentaban las prostitutas que venían a verlos al final del día. Viendo a esas jóvenes prostitutas que vendían su cuerpo a esos trabajadores por cuatro céntimos, Zhuang Zhidie se puso a pensar en los antiguos burdeles que había en esa zona. Había el Agujero

de los Patitos, en donde se prostituían algunos hombres jóvenes, homosexuales en su mayoría, pero sobre todo mujeres de todas las edades. Ese burdel era, en términos generales, barato y asequible. Las prostitutas de ese burdel no podían compararse con las del Pabellón de la Primavera, que sabían bailar y cantar como los ángeles, aunque eso sí, eran mucho más caras. Al prostíbulo de los patitos iban sobre todo carreteros, carboneros de las montañas de Zhongnan y muleros con paquetes de billetes falsos para quemar a los muertos, porcelanas, tabaco y algodón, procedentes todos ellos de las tierras de la cuenca del río Wei, en el norte de la provincia de Shaanxi, y que estaban de paso en Xijing. Al finalizar el día, y tras comer un bol de raviolis, se iban al prostíbulo para darse un masaje en los pies, bien merecido tras una jornada agotadora, y lo que viniese después. Zhuang Zhidie recordó también la casa de los hiladores de algodón, cuando recogía los fardos de algodón que le traían las mulas. Estaban siempre dolados con esa hiladora rudimentaria para sacar el algodón. Esa gente era tan pobre que ni siquiera tenía dinero para comprarse un gorro y utilizaba unos pañuelos, aunque las orejas se les helaban en invierno. Ello no les impedía afrontar el día con alegría y acabarlo de la misma manera. Iban sacando el hilo con las manos mientras pedaleaban en la rueca. Zhuang Zhidie recordó la mujer del propietario de esa casa. Había venido de las llanuras del centro-oeste de la provincia de Shaanxi y tocaba el tambor en una *troupe* de teatreros. La gente la llamaba la «tamborilera del tambor de piel de cerdo». Zhuang Zhidie recordó haberla escuchado cuando golpeaba el tambor en más de una ocasión. Cuando su marido se ponía a sacar hilo, ella cantaba una cancioncilla de la obra *Liang Shangbo* y *Zhu Yingtai*, que decía: «Quien orina agachado escribe artículos; quien orina de pie o contra un muro es un perro...». Zhuang Zhidie también se acordó de la familia Lu y su puesto de sopas de fideos picantes. El puesto era muy pequeño y solo utilizaban la pimienta pura y original de Yaozhou de la provincia de Shaanxi. El puesto era pequeño, pero su reputación era enorme. El viejo Lu estaba jorobado y su hija era bellísima y acabó casándose con un militar. El viejo Lu se hizo rico y dejó de vender los fideos picantes. Por las mañanas se preparaba su té y salía a los callejones a tomárselo con parsimonia. La hija, sin embargo, regresó a casa y se ahorcó de un árbol que había en el patio trasero. El viejo Lu se murió de vergüenza, vendió la casa y no volvió a aparecer por ahí. Tres familias han vivido en esa casa desde entonces, pero ninguna de ellas más de dos años. Las mujeres de esas familias también acabaron ahorcándose. Zhuang Zhidie había escuchado innumerables veces esas historias y no dejaba de preguntarse sobre el destino de esa gente. Un destino extraño y

una gente no menos extraña, la que vivía en ese lugar. Pero ¿por qué le interesaban esas historias? Esas historias eran apasionantes, pero iban a ser olvidadas salvo para algunos viejos que todavía se reunían en esa zona de Xijing; esos mismos viejos que Zhuang Zhidie todavía veía echando unas partidas de *majiang* y hablando entre ellos. Los bulldozers que contemplaba Zhuang Zhidie estaban destruyendo algo más que unos simples muros malogrados por el paso del tiempo. Pero ¿de qué hablan esos ancianos cuando juegan al *majiang*?, se preguntó Zhuang Zhidie. Seguramente hablaban de esas historias que eran las historias de sus vidas. ¿Por qué gritan? ¿De qué se ríen? ¿Qué se rascan?... Igual se rascan las picaduras de los mosquitos que debían de haber aparecido abundantemente en ese lugar destinado a ser un vertedero en poco tiempo. Al día siguiente, Zhuang Zhidie vio a menos gente en esa zona y sonrió, pero se dio cuenta de que también tenía unas picaduras en sus brazos. Esas picaduras no podían ser de mosquitos, ya que eran demasiado grandes y virulentas. Le ardían y le dolían incluso los pelos de los brazos. Quiso regresar a su casa. Al día siguiente, volvió a salir a la calle y vio que había menos gente, pero todos ellos con esa protección de muselina en las cabezas que parecía una venda, como los pekineses en marzo para protegerse de las tormentas de arena. Pensar en ello le hizo reír; pero se dio cuenta de que, esta vez, le picaba todo el cuerpo. Se remangó y vio que tenía los brazos llenos de ronchas rojas que le picaban. Más que picaduras, parecían mordeduras de algún animal y le hacían daño por todas partes. De blancas, esas mordeduras habían pasado a ser rojas, y de ser planas, a tener tres dimensiones. Entonces vio claramente que eran picaduras de pulgas. Zhuang Zhidie se rascaba al mismo tiempo que corría hacia su casa. Nada más entrar por la puerta, se quitó la ropa y se quedó en calzoncillos; y en calzoncillos se fue al baño a desinfectarse las mordeduras enrojecidas que tenía en su cuerpo. Niu Yueqing le ayudó con el antiséptico y le dijo:

—¿Por qué corres? Parece que unas pulgas endiabladas te han comido a besos. ¿Es eso? —Zhuang Zhidie no supo qué responderle y permaneció en silencio. Niu Yueqing prosiguió—: ¡Qué desastre! Esos bichos anuncian calamidades para Xijing. ¿De dónde han salido? Los árboles al norte de la Puerta del Oeste estaban llenos de pulgas y, al parecer, han devorado todas sus hojas y tienen aterrorizados a los habitantes de esa zona de Xijing. ¡Una plaga! ¡Y un mal presagio! Hay en estos momentos muchos enfermos por hepatitis A en Shanghái y la gente va a morir en masa. Me temo que la población de Xijing también va a sufrir hepatitis A.

Cuando Liu Yue salió a comprar la verdura, se cubrió el cuerpo entero con una mosquitera y, al regresar a casa, se la quitó y se puso el desinfectante. Desnuda, examinó su cuerpo minuciosamente ante el espejo que había en el dormitorio. Ella también había sucumbido a las mordeduras de esos bichos, sobre todo en sus pies, y se puso pomada sobre ellos. Tras vestirse, dijo:

—¿Es esto?... ¿No es cierto? ¡Me han mordido por todas partes!

Zhuang Zhidie la punzó:

—¡A los chinches también les gusta la carne joven de Liu Yue!

Niu Yueqing dijo:

—Está bien que te hayan mordido; eres tan bonita... Y con esa minifalda y tus piernas blancas como rábanos blancos...

A Liu Yue le disgustó oír el comentario de Niu Yueqing, dio media vuelta y regresó a su dormitorio. Niu Yueqing volvió a decir despectivamente:

—¡Mira cómo camina, no se atreve a tirarse un pedo!

Zhuang Zhidie dijo:

—¿Cómo puedes hablar de esa manera? —Luego gritó a Liu Yue—: Liu Yue, límpiame las ronchas con agua y jabón. Ya verás como te aliviará el escozor de la piel. ¿Qué día es hoy? Debería escribir sobre este extraño fenómeno que están causando esos bichos endiablados e informar a las autoridades.

Niu Yueqing contestó:

—Debería ser un poco más equilibrado en este asunto. Más te implicas en este asunto, más me dejas a un lado.

Zhuang Zhidie se puso a reír y se metió en su estudio. Al llegar la noche, el resto de la familia se puso a ver la televisión en silencio. Echaban un programa realizado por el departamento de Salud Pública de Xijing para comentar el asunto de los chinches. Según dijeron en ese programa especial, esa plaga se debió a la demolición de una casa muy antigua en una zona de obras y remodelaciones de Xijing. Al derrumbar las paredes, una manada de insectos hambrientos salió disparada de una manera incontrolable. Esos bichos han atacado principalmente el ganado para chuparles la sangre y todavía no han podido ser extinguidos. Los residentes de Xijing no deben por qué asustarse ni dejarse influenciar por los rumores. El departamento de Salud Pública ha enviado diez divisiones del ejército, armadas con insecticidas de destrucción masiva, para acabar con esos chinches voladores, los cuales tienen sus días contados. Liu Yue se había quedado desde hacía tiempo con la boca abierta e ironizó con la manera como estaban contando las noticias de los chinches:

—Oh..., pues se trata de unos chinches que piden perdón a los seres humanos cuando les muerden... Qué buenos y educados que son esos chinches...

Niu Yueqing dijo:

—Liu Yue, ¿qué dices?

—Pues digo que, si te pica un chinche de esos, no debes aplastarlo inmediatamente, ya que se ha equivocado de animal. ¡Estaba buscando una vaca! —respondió con más ironía Liu Yue.

Niu Yueqing no creyó una palabra de lo que le había dicho Liu Yue y, arrugando la nariz, dijo:

—¿Por qué apesta lo que muerden esos chinches?

Liu Yue le respondió:

—¿No serán los pies del maestro Zhuang que huelen mal? Todavía no se los ha lavado.

—No son los pies de Zhuang Zhidie —respondió Niu Yueqing—. Son los chinches que han mordido algo que apesta ahora y mucho. Maestro Zhuang, los chinches ¿te han mordido los pies?

Zhuang Zhidie soltó una carcajada y dijo:

—Uno grande y otro pequeño, los dos fantasmas son en el fondo iguales. ¡Qué talento tenéis las dos clavando puyas!

Niu Yueqing y Liu Yue no pudieron contener sus risas, y Niu Yueqing dijo:

—Yo no puedo compararme a Liu Yue. Ella es mucho más talentosa que yo...

—No presumas de falsa modestia. Yo aún debo aprender mucho de ti... —replicó Liu Yue.

—De una manera u otra, pero cada día me faltas al respeto —se enojó Niu Yueqing.

—Si no abriésemos el piquito de vez en cuando, nuestros días serían demasiado aburridos —se explicó Liu Yue.

Niu Yueqing se alegró con ese comentario de Liu Yue y la abrazó. Luego le dijo:

—¡Tú eres mi enemiga de verdad!

En ese momento sonó el teléfono y Liu Yue se fue a contestar. Por un lado, iba refunfuñando para sus adentros: ¿quién diablos es tu enemiga de verdad? Tu enemiga de verdad es el maestro Zhuang y todavía no te has dado cuenta, ¡tonta! En tu nombre hay Yue (la luna), como en mi nombre; pero en el cielo solo puede

haber una luna. Ahora hay dos. ¡Por eso somos enemigas! Tras descolgar el teléfono, Liu Yue constató que era la venerable anciana quien estaba llamándoles desde la casa de Shuang Ren Fu. Niu Yueqing oyó que era su madre la que llamaba y dijo:

—Liu Yue, pregúntale a la venerable anciana si le han picado los chinches.

Liu Yue se lo preguntó y le transmitió a Niu Yueqing lo que le había dicho:

—¿Cómo iba a permitir yo a los chinches que me muerdan? Supe a primera hora que esos bichos eran chinches cuya misión era morder a los habitantes de Xijing. Ellos no lo saben, pero ¿sabéis por qué se ha producido esa plaga? En las últimas décadas no se ha producido una sola plaga de insectos en Xijing porque los fantasmas protegían a las gentes de la ciudad de esos bichos indeseables. Ahora están destruyendo los muros de las casas y ¿de quién son esas casas? ¡Pues de vuestros ancestros! Me explico, de los fantasmas de vuestros ancestros, esos que nos protegen. Pero, al destruir esas casas, estamos destruyendo a esos protectores porque no les veneramos como deberíamos. ¡No les ofrecemos nada para comer! Ahora están hambrientos y han tomado la forma de esos chinches para alimentarse de los habitantes de Xijing. ¡Quieren nada más y nada menos que nuestra sangre, ya que no hemos ofrecido ningún sacrificio en su lugar! Y a tu maestro, ¿le han picado esos bichos? A tu gran hermana le han mordido seguramente esos chinches... ¡Pues que quemem algunos billetes de papel y honore así a sus ancestros!

Liu Yue le dijo:

—¡Abuela, se te ha ido la cabeza otra vez! ¡Jolines, en esta ciudad hay demasiados fantasmas y a mí me están machacando! Y cada ser humano, por lo tanto, ¿es un fantasma? ¡Muéstrame a uno de ellos!

La venerable anciana le contestó a Liu Yue:

—De día, yo no puedo atraparlos, ya que están en el cielo. ¿Cómo podría atraparlos una pobre anciana como yo? ¿En avión? De noche, en cambio, o cuando llueve, se les ve por todas partes. En este mundo, las gentes se van alternando. Ninguno de vosotros ha visto al abuelo paterno de tu gran hermana Niu Yueqing. Yo, nada más salir por la puerta, lo he visto con mis ojos y era igualito que su hijo, mi marido, aunque con barbas y más envejecido. Los dos se parecen como dos gotas de agua y, más viejo se hacía mi marido, más se parecía a su padre. Cuando venían a vernos a casa algunos amigos, me lo comentaban siempre. ¡Cómo se parecen los dos! Mi suegro se llamaba Desheng. ¡Desheng! ¿Te lo puedes imaginar? Como lo oyes... Su nombre significa «triunfar sobre los

opponentes». Pues bien, tu gran hermana es su abuelo, pero en más pequeño. Los dos han salido del mismo molde. Un molde que se va transmitiendo de generación en generación. Cuando muere el ancestro, este se convierte en un fantasma y viene al mundo de los vivos. ¿Hay muchos fantasmas, me preguntas? Háblale a tu gran hermana. Si quiere ver a su padre, que se presente hoy a la casa de Shuang Ren Fu. Cada noche me pongo a hablar con él.

Liu Yue le dijo:

—No la oigo... De veras que no la oigo... Le diré a la gran hermana que coja el teléfono...

Niu Yueqing se acercó y cogió el teléfono:

—Madre, ¿tienes algo que decir más? Hemos comprendido que quieres que te vayamos a ver. Duerme bien.

La venerable anciana, al otro lado del hilo telefónico, se enfureció con las palabras de su hija y le replicó:

—¿Hablas así a tu madre? Te diré algo. Si queréis venir, pues venid; pero no tenéis ninguna obligación. La prima se ha presentado en casa y ella... Nada más sentarse, se ha puesto a vomitar; lo está... Me ha dicho que ha visitado a un especialista y se lo ha confirmado. ¿No quieres venir a verla? Si le das tu consentimiento, quiere casar a su hijo con Liu Yue... —A Niu Yueqing, las palabras de su madre la pusieron contenta y nerviosa al mismo tiempo. Contenta la puso saber que su prima estaba embarazada finalmente; pero nerviosa por lo de la boda de Liu Yue. Niu Yueqing le contestó a su madre—: Lo he comprendido. Por eso quieres que te venga a ver.

Niu Yueqing colgó el teléfono y le pidió a Zhuang Zhidie que viniese a verla a su dormitorio porque quería hablar con él.

CAPÍTULO XVI

Zhuang Zhidie preguntó:

—Y tu madre, ¿ha vuelto a delirar?

Niu Yueqing repuso, sonriendo:

—Se hace la tonta, como siempre.

—¿Qué te hace sonreír? —preguntó Zhuang Zhidie.

—Mi prima se ha presentado en la casa de Shuang Ren Fu y ¡lo está! —respondió elípticamente Niu Yueqing.

—¿Ha venido otra vez? Pero ¿qué está? —preguntó Zhuang Zhidie.

Niu Yueqing le contestó:

—Escribes novelas sobre asuntos que suceden bajo el Cielo que no comprendes... Eres un gran tonto en lo que se refiere a la vida.

Niu Yueqing le gruñó seguidamente a la oreja a su marido y Zhuang Zhidie reaccionó:

—Ah, pues lo está... ¿No es cierto? Debería decir algo, pero no lo deseaba.

Niu Yueqing le dijo visiblemente enojada:

—¿Qué no deseabas? No puedo creérmelo... ¿Acaso pensabas hacerme un hijo a mí? Si este asunto ha avanzado es gracias a mí. Tú no has abierto la boca para nada.

Zhuang Zhidie se disgustó con las palabras de su mujer y quiso salir fuera de la habitación, pero Niu Yueqing lo retuvo y le dijo:

—Todavía hay otro asunto para el cual debes pensar en un plan. Se trata de la propuesta de mi prima para casar a su hijo con Liu Yue. Tengo que decirle algo.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Ya comprendes a tu madre. No le dejes que meta las narices en este asunto. ¡Liu Yue no debería casarse con ese niño! Hace unos días, Zhao Jingwu me pidió que le dijera a Liu Yue que él quiere casarse con ella. ¡Quiere

que haga de intermediario! Zhao Jingwu es mejor partido que el hijo de tu prima.

—¿Zhao Jingwu? —se sorprendió Niu Yueqing—. Para estos asuntos, Zhao Jingwu suele mirar al otro lado de la acera... ¿Qué ha visto en Liu Yue? ¿Sabe cocinar y limpiar la casa? ¿Ya se lo has dicho a Liu Yue?

—No se lo he contado todavía —dijo Zhuang Zhidie—. Todavía no he encontrado el momento adecuado para decírselo; pero tú no deberías preguntárselo primero.

Niu Yueqing dijo:

—No le diré nada. De todas formas, ¿qué valor tiene mi opinión? Tú odias a mi prima y desprecias a su hijo. ¿Con quién quieres casarla? ¿Con un príncipe? ¿Quieres que viva en un harem? ¿Por qué? ¿Para que se vaya? ¿Y qué pinto yo en esta casa? La sirvienta importa más que yo.

Al día siguiente, Niu Yueqing se dirigió a la casa de Shuang Ren Fu a ver a su madre. Zhuang Zhidie se quedó en la casa del patio del Círculo Artístico y Literario, gruñendo y esperando la llegada de la paloma con un mensaje de Tang Wan'er. Ansioso, salió fuera a tomar el fresco. Liu Yue sonreía mientras veía a su maestro sin poder estar quieto un minuto, ya que sabía lo que él estaba esperando. La paloma llegó y Liu Yue cogió primero el mensaje y lo leyó.

—¡No tiene vergüenza! ¡No tiene vergüenza!

Zhuang Zhidie se precipitó hacia ella y leyó el papelito. No había nada escrito en él, solo un círculo rojo y tres pelos púbicos pegados. Aturdido, Zhuang Zhidie dijo:

—No lo entiendo. ¿Qué es esto? ¿Quién o qué no tiene vergüenza?

—¡Tú, maestro! ¡Me has mentido! Ese círculo rojo es de sus labios pintados y esos pelos, rizaditos, rizaditos... ¡Ay!... Los ha sacado de esa parte... —le explicó Liu Yue.

—¿Y cómo sabes que son pelos de esa parte íntima? —preguntó Zhuang Zhidie.

—¿Crees que yo no los tengo igual? Las mujeres no tienen pelos tan nobles como el oro que yo soy... —dijo Liu Yue.

Zhuang Zhidie dijo:

—Nunca he oído antes eso de «noble como el oro». Las mujeres del signo del Tigre blanco tienen fama de dominar a los que están sin blanca...

Liu Yue se enfadó, se giró y quiso irse, pero Zhuang Zhidie la cogió a tiempo y la llevó a la habitación. Luego quiso sacarle los pantalones, pero Liu Yue seguía con la cara enfadada y se agarró a sus pantalones para que Zhuang Zhidie

no se los sacara y dijo:

—Yo soy del signo del Tigre Blanco y te domino. Si quieres buscar a alguien para dominarla, ve con Tang Wan'er.

Zhuang Zhidie dijo:

—Mucha mala suerte..., eso es lo que tengo; pero no temo ser dominado por nadie.

Liu Yue le pidió:

—Cuando me pides que venga, vengo. ¿No es así? Cuando fui a buscarte, fingiste estar durmiendo y no lo estabas. Ahora no tengo ganas y no quiero que me fuerces otra vez. Esa vez te dejé que te desfogases sobre mí y me desvirgaste, pero esta vez no voy a permitir que estropees mi cuerpo. Solo soy la sirvienta de esta casa. Y en el futuro, quizá seré una mujer casada.

Zhuang Zhidie vio cómo Liu Yue se encolerizaba cada vez más y le contó que tanto el hijo de la prima de Niu Yueqing como Zhao Jingwu deseaban casarse con ella, pero que él pensaba que lo mejor sería que lo hiciese con Zhao Jingwu, ya que era el mejor partido. Tras comentarle esa situación, Zhuang Zhidie le preguntó a Liu Yue por sus planes. Liu Yue, tras escuchar lo que acababa de exponerle Zhuang Zhidie así de sopetón, creyó escuchar el cantar de unos pajaritos y se puso a llorar. Zhuang Zhidie no supo cómo reaccionar ante esos llantos y le preguntó bobamente:

—Pero ¿por qué lloras? ¿He dicho algo que te ha disgustado?

Liu Yue repuso:

—Solo lloro porque soy un ser patético. He nacido bajo una muy mala estrella y he sobrestimado mis capacidades. ¡Soy demasiado joven!

Liu Yue se fue a su dormitorio para seguir dando rienda suelta a sus llantos. Zhuang Zhidie se deprimió profundamente en ese momento y permaneció un buen rato sin decir nada. Pensó en el significado que se escondía detrás de las palabras de Liu Yue y llegó a la conclusión de que ella ocupaba un lugar único y privilegiado en su corazón. Era ella, y nadie más que ella, quien lo ocupaba. ¿No era ella la que un día iba a reemplazar a Niu Yueqing? Ensimismado en esos pensamientos, vio de repente a Liu Yue como a un ser demasiado endemoniado para él, demasiado astuto y audaz en esos momentos como para andarse ante ella con el papel de celestina. Algo del asunto que le estaba proponiendo a Liu Yue le disgustaba profundamente y dejó de insistirle sobre maridos papanatas que ella no merecía. Sin venir a cuento, cogió unos zapatos del armario y se puso a sacarles brillo. Sin embargo, Liu Yue salió de su dormitorio, y apoyada en la

pared, masculló:

—Maestro Zhuang. —Él ni siquiera se giró para escucharla y ella volvió a llamarlo, pero a gritos—: ¡Maestro Zhuang!

Zhuang Zhidie le respondió:

—Yo no soy tu maestro, Liu Yue. No me llames así. Además, déjame decirte que Zhuang Zhidie es una mala persona; ¡es un perverso que abusa de las sirvientas de su casa!

Liu Yue sonrió y dijo:

—Entonces, ¿estoy equivocada con lo que he dicho? ¿No será por mi excesiva juventud? Una cría como yo, ¿puede tener una relación con un hombre maduro como tú? ¿Tiene futuro esa relación? ¿Debería actuar de otra manera? Ahora lo comprendo. No lamento para nada haber liado contigo. ¡Tengo cientos de buenos recuerdos! ¿Qué te ha dicho exactamente Zhao Jingwu? ¿Te ha hablado con el corazón o quiere simplemente aprovecharse de mi situación?

Zhuang Zhidie interrumpió a Liu Yue, ya que esas palabras le hicieron sentir mal; la agarró bruscamente por la cintura y le dijo:

—Liu Yue, ¿me perdonas? Lo siento, de veras que lo siento. Quería decírtelo. Zhao Jingwu es una persona que no está mal; es joven y guapo, muy inteligente y talentoso. Tiene muchos más puntos fuertes que yo. Su petición para que haga de intermediario entre vosotros le ha salido del corazón. Si no te satisface, se lo diré. Creo sinceramente que te conviene.

Las dos manos de Liu Yue cogieron el cuello de Zhuang Zhidie y le dio un beso en la boca. Los dos se pusieron a jugar como niños y un botón saltó por los aires. Liu Yue se tiró al suelo para buscarlo, pero Zhuang Zhidie se lo impidió. Liu Yue se quedó con la parte superior del cuerpo sobre el suelo y se puso a reír con una risa temblorosa. Zhuang Zhidie soltó las manos y la dejó caer al suelo. Liu Yue lo cogió a su vez y lo atrajo hacia ella... □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí doscientas palabras]. Liu Yue le preguntó:

—¿Aún quieres ir a verla?

—Ya te he dicho que la he llamado varias veces —respondió Zhuang Zhidie—, pero no me hace ni caso. No puedo ir a verla otra vez si ella no está. Vete a saber en qué estará ocupada en estos momentos.

Liu Yue sintió celos incontrolados y le dijo a Zhuang Zhidie:

—Ve, anda; seguro que estás deseando poseerla y dile que antes de hacer el amor con ella, ¡lo has hecho conmigo!

Tras irse Zhuang Zhidie, Liu Yue se quedó sentada dando vueltas a la cabeza

a los asuntos que la preocupaban. Zhao Jingwu había actuado con mucho tacto con ella y siempre la había tratado con respeto. Liu Yue pensó que podía ser un buen marido para ella y ni siquiera tuvo en cuenta al hijo de la prima de su señora. Zhuang Zhidie, si bien la amaba, estaba pensando constantemente en Tang Wan'er y su cuerpo. El divorcio de Zhuang Zhidie con Niu Yueqing estaba al caer, pero si él decidía casarse de nuevo con alguien, la candidata era sin duda alguna Tang Wan'er y no ella. Ella no valía tanto como Tang Wan'er. Si fuera un chico, ella no se casaría, pensó Liu Yue. Al fin y al cabo, la paz en una familia no dura eternamente y siempre acaba en desastre. Si Zhao Jingwu se comprometía con ella, a pesar de que él no valía lo que valía Zhuang Zhidie, comparado con el Zhou Min de Tang Wan'er era una perla rara entre los hombres de Xijing. Al menos, tenía dinero. ¡Y mucho!, pensó Liu Yue. Con él, ella iba a ascender socialmente, además de solucionar lo de su permiso de residencia en Xijing, y su corazón se llenó de felicidad pensando en su futura unión con Zhao Jingwu, aunque Zhuang Zhidie la abroncase de nuevo a ella por negarse a hacer el amor con él. Liu Yue se envalentonó y llamó por teléfono a Zhao Jingwu. En ese momento, Liu Yue solo tenía una vaga noción en su cabeza de lo que le había propuesto Zhuang Zhidie y temía que le hubiese engañado. En la conversación telefónica, Liu Yue introdujo un sinfín de mensajes indirectos para confirmarle a Zhao Jingwu que aceptaba su propuesta de matrimonio. Zhao Jingwu le repitió mil veces que la adoraba, y, mientras se lo decía, el cuerpo le sudaba de los pies a la cabeza, la voz se le aflojaba y sus palabras eran cada vez más dulces. A un lado del teléfono se transmitía amor y al otro lado también se transmitía el mismo amor. Liu Yue estiró la mano y ella no sabía si era porque le temblaba o porque ya no podía sujetar el auricular del teléfono de lo caliente que estaba. A Niu Yueqing, que tenía una oreja pegada a la almohada y la otra escuchando el alborozo que estaba formando Liu Yue con el teléfono, le picó la curiosidad y quiso saber lo que estaba pasando:

—Liu Yue, ¿con quién hablas?

Liu Yue notó un sudor frío, colgó el teléfono y contestó:

—Ah, es una chica que me ha llamado... Quería saber si Zhao Jingwu estaba en casa. Le pregunté quién era ella y me contestó que era su prima. Me preguntó por el *gege* (hermano mayor) de Jingwu y yo le contesté que tampoco estaba aquí. ¡Y va y me cuelga el teléfono la muy desvergonzada! Ese Zhao Jingwu, ¿por qué le da nuestro teléfono a cualquiera?

Tras escuchar las palabras de Liu Yue, a Niu Yueqing le entraron las dudas.

La festividad del Medio Otoño llegó en un abrir y cerrar de ojos y, como en

otras ocasiones, las personas célebres de Xijing se reunían. Las familias se visitaban y se ofrecían en cada casa las cuatro artes: la caligrafía, la música de la cítara, el juego del *go* (el juego de *weiqi*) y la pintura, además de comer, beber y admirar la luna. Era un día particularmente bullicioso que cayó ese año el noveno día de la octava luna. Ruan Zhifei envió a Zhunag Zhidie y a su esposa una tarjeta roja con una caligrafía como invitación, ya que quería que pasaran ese día con él. Había hecho venir de Hami, en Xinjiang, varios melones y unas uvas de esas que llaman de «mamas de caballo» y quería compartirlo con ellos. Luego, juntos, alquilarían un coche e irían al festival de la Gran Pagoda del Ganso Salvaje, donde habían dispuesto, según había oído él, un muro para que la gente escribiera sus poemas. Sería divertido leer lo que la gente de Xijing, en esos tiempos revueltos, había podido escribir en esos muros. Podían adivinar por el contenido quién lo había escrito y recoger los nombres citados en una lista. Esos poemas escandalizarían sin duda alguna a los monjes estúpidos que vivían en ese lugar. La tarjeta de Ruan Zhifei iba acompañada de un regalo que consistía en la fotografía de un dólar americano. Ese dólar tenía la efigie decapitada del primer presidente de los Estados Unidos de América, Georges Washington; pero, en vez del rostro del presidente, Ruan Zhifei había puesto el suyo. Al verlo, Zhuang Zhidie sonrió y se puso a insultar a Ruan Zhifei delante de Niu Yueqing:

—Ese tipo está obsesionado con el dinero. Ahora quiere husmear en la Gran Pagoda del Ganso Salvaje para saber quién habla mal de quién. Seguro que teme ver su nombre ahí, citado en medio de esos actos de vandalismo para que la gente se desfogue anónimamente.

Ese año, ni Zhuang Zhidie ni Niu Yueqing tenían ningún plan para celebrar esa festividad. Niu Yueqing se preguntó que por qué no llamaban a Ruan Zhifei; pero Zhuang Zhidie se negó y le envió una respuesta diciendo que se encontraba de viaje. El día catorce, Zhuang Zhidie lo pasó encerrado en su casa, triste y deprimido, y pensó que debía haber aceptado la invitación de su amigo Ruan Zhifei. Para pasar el tiempo, preparó una lista con algunas cosas para comprar que dio a Liu Yue; eran unos regalos que debía dar a los Zhifei. Liu Yue le previno con un tono de voz que disgustó a Zhuang Zhidie:

—La gran hermana ha hecho saber a todo el mundo que no estás en Xijing. Si llevo estos regalos al maestro Zhifei, va a pensar que están en Xijing y se va a enfadar por haberle rechazado la invitación.

Zhuang Zhidie le respondió:

—No se los des en mi nombre; esa idea viene de mi mujer.

Liu Yue cogió la lista y leyó: «Para Ruan Zhifei: un *jin* de hojas de té de *longjing* y un par de botellines de aguardiente de la Primavera de Jiannanchun; para Gong Jingyuan: tres *jin* de tiras de carne seca de cordero, una jarrita de licor amarillo de Shaoxing y unos paquetes de cigarrillos 35; para Wang Ximian: una lata de café Nestlé, un bote de leche desnatada y café también de Nestlé, un paquete de chicles y unos productos cosméticos». Tras leer la lista completa, Liu Yue le comentó a Zhuang Zhidie:

—Todo eso es para comer y beber. ¿Qué pintan ahí los productos cosméticos para Wang Ximian?

Zhuang Zhidie le echó de nuevo un vistazo a la lista, sonrió y dijo:

—¿Es que los hombres no usan productos cosméticos? ¡Y de muchos tipos! No olvides echarle un vistazo a todo lo que veas.

Liu Yue replicó:

—De acuerdo. Intentaré mirar todo lo que pueda. Wang Ximian tiene la cara grabada y necesitaría unos polvos para ocultar esos agujeros. ¡Lo único que digo es que el maestro se preocupa de muchas cosas!

Zhuang Zhidie dijo:

—Eres muy emotiva y de mente muy estrecha, Liu Yue; pero ¿yo a ti no te he ofrecido nada? Por favor, cómprame un fajo de papel para quemarlo esta noche en honor al difunto Zhong Weixian.

Tras decir esas palabras, algo le dolió en el corazón a Zhuang Zhidie. Pensar en Zhong Weixian le hizo recordar a A Lan, y pensar en A Lan le hizo pensar en A Can. Si al menos pudiese tener un regalo para ella... Zhuang Zhidie no pudo evitar lanzar en ese momento un bostezo y se fue a su estudio a leer un libro. Cuando llevaba un rato leyendo, Zhou Min, Li Hongwen y Gou Dahai llegaron a la casa junto con cinco abogados. Los miembros del tribunal habían pedido más información sobre las vidas de Zhou Min y Jing Xueyin, además de hablar con ellos por separado. El juez Sima Gong no ha anunciado si va a haber un segundo careo. Zhou Min se sentía algo desestabilizado y fue él mismo quien había organizado el encuentro entre los abogados y Zhuang Zhidie, ya que quería preparar lo mejor posible ese segundo juicio. Durante el primer juicio surgieron algunos problemas en el primer careo que le dejaron perturbado y con muy mal sabor de boca. Sobre todo, por algunas preguntas desestabilizadoras que afloraron en el bando contrario. Cuando regresó Liu Yue, ellos estaban enfrascados en una discusión intensa y acalorada. Liu Yue saludó respetuosamente a todos los presentes y se puso de inmediato a hervir agua en

una tetera para servirles un té. Antes de meterse en su dormitorio, hizo un gesto con la mano a Zhuang Zhidie. Mientras el resto de los presentes intentaba aclarar cuáles eran las reglas para redactar una respuesta eficaz, Zhuang Zhidie se acercó a Liu Yue y le preguntó en voz baja:

—¿Pasa algo? ¿Ya les has dado todos los regalos?

Liu Yue se giró desde su dormitorio y le contestó:

—Sí, a todos, pero alguien ha respondido con otros regalos. Adivina cuáles... ¡La caja de cosméticos! Y otro una caja de tabaco para pipa y un pañuelo de muselina... Habrá que dárselos a la gran hermana... Se los merece... Bueno, el tabaco parta ti, maestro... No puedo comprender cómo en estos tiempos la gente prefiere todavía el tabaco de pipa a los cigarrillos...

Zhuang Zhidie respondió, sorprendido, mientras preparaba la pipa con el tabaco:

—¿Eso crees?... —Con la pipa ya en la boca, Zhuang Zhidie intentó echar varias bocanadas al aire, pero la boca se llenaba de saliva, y añadió—: No puedo aspirar bien esta pipa. Mejor, sales a la calle y me compras unos cigarrillos. Esta pipa está embozada y ya no sirve.

Liu Yue le replicó:

—Ahora comprendo por qué se me pone a menudo cara de tonta.

Zhuang Zhidie dijo:

—¿Qué has comprendido?

—Pues que te guste fumar una pipa y no cigarrillos. El gusto se te queda en la boca durante más tiempo. Eso no sucede con los cigarrillos —dijo Liu Yue.

—Aya, Liu Yue... Te pediría que no pongas más esas caras de tonta porque no te lo mereces. ¡Eres lista como el espíritu de una zorra! Pero ese pañuelo de muselina no deberíamos dárselo a mi mujer. Quédatelo tú, para el invierno.

Zhuang Zhidie se giró y se dispuso a irse cuando Liu Yue le gritó:

—Ay... ¿Por qué no me has preguntado quién te ha hecho esos regalos?

Zhuang Zhidie se puso a reír y se fue a hablar con los abogados.

Por la tarde, regresó Niu Yueqing. Quería que todo el mundo se quedase a comer y, junto con Liu Yue, salió al restaurante a comprar una bandeja de raviolis. Todos los presentes comían los *jiaozi* mientras charlaban. Al final, llegaron a un acuerdo sobre la estrategia a seguir. Cuando se separaron, Niu Yueqing repartió un pedazo del pastel de luna, redondo y de grandes dimensiones, que acababa de comprar a cada una de las visitas. Zhuang Zhidie cogió el trozo y se fue a quemar los papeles para Zhong Weixian. Zhuang Zhidie

se fue a quemar el papel y luego regresó. Zhou Min, por su parte, le devolvió el pedazo de pastel de luna a Niu Yueqing y le dijo:

—Señora Niu, usted, que es la esposa del maestro Zhuang, ha comprado mucho pastel. Repártalo entre más gente. Seguro que hay más de uno en Xijing que no podrá gustar de esa delicia. Yo ya había comprado uno grande, que todavía tengo en casa. No necesito más.

Niu Yueqing le dijo:

—Todo el mundo lo ha aceptado y tú eres el único que me lo ha rechazado. ¿No podrías guardarlo? Eso no se pone malo.

Zhuang Zhidie dijo:

—Cuando pasen las fiestas del Medio Otoño y nos reunamos todos de nuevo, la mujer de tu maestro, mi querida esposa, quiero decir, ¿le va a echar bronca a los invitados otra vez? Vamos apañados...

Liu Yue le devolvió el trozo de pastel a Zhou Min y le pidió otra vez que lo guardase y dijo:

—Ya has oído al maestro Zhuang. ¿No lo vas a coger? ¡Y si no te lo comes, se lo das a la hermana Wan'er!

Zhou Min se lo puso en el bolsillo y se fue. Al ver a Zhou Min ya alejándose de ella, Niu Yueqing dijo:

—Hace un momento Zhou Min me ha hablado, Zhong Weixian ha fallecido, Li Hongwen está cada vez más atemorizado por el hecho de que toda la responsabilidad caiga sobre tu cabeza, Zhidie, y la *Revista de Xijing* se va a quedar sin propietarios. Si finalmente se abre el segundo juicio, que es lo más probable, ¡tú deberías asistir y dejar de esconderte como un conejo!

Zhuang Zhidie replicó cabizbajo y con la intención de irse:

—Esta vez iré, por supuesto, y hablaré.

Pasaron varios días y Zhuang Zhidie seguía sin acabar su réplica para el segundo juicio. Se distraía, por un lado, leyendo, y por otro escuchando la música funeraria de la ocarina. Las fiestas del Medio Otoño pasaron de la manera más triste y desolada para Zhuang Zhidie. Niu Yueqing y Liu Yue, sin embargo, se sintieron extenuadas y mil veces querían ir todos juntos a ver los crisantemos que crecían en los parques y los jardines de los templos, pero Zhuang Zhidie no tenía ganas de ir. Incluso llamaron a Meng Yunfang para que les acompañase, y Meng Yunfang se presentó un día. Niu Yueqing y Liu Yue fueron con él a la casa del callejón de Shuang Ren Fu. Meng Yunfang puntualizó:

—En un par de días tendremos la conclusión del juicio. Espero que no dure mucho más porque este asunto ya me tiene de los nervios. Quiero organizar varios talleres sobre cultura y artes en nuestra sala y quiero que Zhuang Zhidie participe y dé unas charlas. ¿Cómo si no? Pero Zhuang Zhidie no para de poner excusas con el fallecimiento de Zhong Weixian. ¡Ese hombre va a convertir todo en cenizas! —Meng Yunfang advirtió a Zhuang Zhidie que no pronunciase según qué palabras en el juicio. Nadie debía pronunciar esas palabras, pero menos una persona de su posición social, y era una pena que se mostrase tan negativo y pasivo ante los sucesos que estaban ocurriendo a su alrededor. Zhuang Zhidie se puso las manos en la cabeza y le dijo que él, Meng Yunfang, era más fuerte y poderoso que otra gente, y esa fuerza y capacidad de influir en la gente eran las que le daban a una persona la posición social. Meng Yunfang prosiguió con su cháchara filosófica y moral—: Ahora, Zhidie, tú debes pasar a otra vida y ocuparte de las actividades culturales del salón A la búsqueda de eso que falta, que habían inaugurado como centro de promoción cultural. En Xijing, un asunto así no era fácil. Todos tienen que participar y tener, por supuesto, voz y voto en las decisiones finales. Espero con ansiedad tus conferencias, Zhidie, pero ¿qué conferencias? Un tema excelente sería el de la filosofía de Wei y Jin¹⁰⁵ y su intento por fusionar el taoísmo y el confucionismo, y, por supuesto, el *qigong*. Todo el mundo piensa —le dijo Meng Yunfang a Zhuang Zhidie— en esos temas. La psicología tiene un papel importantísimo en la vida de la gente de hoy y con este tipo de conferencias atraeremos a las gentes de Xijing al mismo tiempo que promoveremos nuestra tradición cultural. Hay mucha perplejidad en esta sociedad y mucho loco anda suelto, mucho enfermo mental en busca de ayuda y consejo. Pueden ir al doctor, pero también pueden buscar consuelo en nuestras conferencias. Al fin y al cabo, la cultura también sirve para eso. Otro día podríamos llamar a un maestro taoísta, de los verdaderos, uno de los de la escuela de Wushan, para que enseñe el *dao* del vacío y la moderación mediante los ejercicios del mérito o *gongli*. Yo conozco a uno de esos maestros que acaba de cumplir ciento veinticinco años y te propongo, Zhidie, que le invitemos. Ese taoísta inmortal puede resistir la fuerza del viento y recorrer largas distancias en la Tierra. Xijing, bajo el Cielo, es una tierra que ha visto nacer y pulular a muchos de esos excéntricos, pero la luz y el aire en este lugar son muy luminosos y densos e impiden, a menudo, ver con claridad los detalles minúsculos de la realidad de todos los días, y, por lo tanto, diferenciar lo verdadero de lo falso. Por eso la gente anda más confusa que nunca. Los hombres que cruzan los ríos y los lagos, así como el Gran Maestro de la

Sabiduría auspiciosa del templo del Ornamento del Jade semicircular y abombado de Xijing, que es una persona muy capaz, pero que todavía no se ha retirado en la montaña, deberían participar en las actividades del salón A la búsqueda de eso que falta y dar charlas sobre la manera de conducirse en el mundo. Esta sala debería ser el foro en el que todo el mundo, de todos los orígenes, se exprese y hable sin parar y sin tabúes, donde se hable de la forma de la luna (el *yin*) y el sol (el *yang*), de las teorías de la evolución de Charles Darwin en acuerdo con el pensamiento de los padres del taoísmo Laozi y Zhuangzi, o de los pictogramas de las antiguas pirámides de Egipto, o de las pinturas rupestres de las montañas de las provincias de Yunnan y Guizhou, o de la influencia de la luna sobre el mar o en los periodos de las mujeres, o de nuestros miedos más profundos o de las calamidades más profundas de la historia. También podríamos hablar de Mao Zedong practicando los ejercicios de *qigong*, que solía practicar en la plaza de Tian'anmen en Beijing con cientos de Guardias Rojos. Todos esos jóvenes enloquecidos y sedientos de verdad lo escuchaban con atención e imitaban los gestos medidos y pausados del gran Timonel. ¿Acaso sabían que Mao Zedong estaba practicando *qigong*? Si lo hubiesen sabido, otro gallo habría cantado en la historia de nuestro país. ¿Y el saber técnico y la ciencia? ¿Verdaderamente los comprendemos? Necesitamos otros saberes. Una vez organicé un encuentro en el salón A la búsqueda de eso que falta y un tipo preguntó a los maestros taoístas que daban la charla qué era un filósofo y en qué consistía ser un escritor. Nadie respondió, pero ese mismo tipo sonrió y dijo que en realidad era un asunto bastante simple. Respondió a sus preguntas diciendo que un filósofo es alguien que predice lo que va a pasar en el futuro y el pastor de todas las criaturas vivientes creadas por Dios. Vosotros, los hombres de letras, dijo ese tipo, a lo máximo que podéis aspirar es a ser perros pastores. Uno de los espectadores que participaba en la charla le preguntó a ese tipo arrogante y sabelotodo y le alabó diciéndole que el gran maestro sabía muchas cosas y que el común de los mortales solo veía a personas que eran como ellos. El tipo le dijo a ese espectador que no le llamase gran maestro, ya que se consideraba solamente un discípulo de un gran maestro. Por encima de todo, odiaba en la sociedad a esos tipos que se denominaban adeptos del *qigong*. En realidad, esa gente no hacía otra cosa que magia y trucos de magos. Pero ¿existían en realidad esos ejercicios de respiración y las técnicas del *qigong*? Ese tipo creía que sí; pero había mucho farsante suelto. El *qigong* habla de penetrar la interioridad y llegar al fondo de las cosas y no de la superficialidad. Todo el mundo sabe que un estudiante de primaria lleva al colegio un bolígrafo y un

estudiante de secundaria dos bolígrafos. Por esa lógica, ¿cuántos bolígrafos deberían poseer los intelectuales? Pero vosotros, los escritores, ya no escribís a mano. ¿Cuántos bolígrafos necesitáis? ¡Pues innumerables bolígrafos! ¿Comprendes la lógica de este argumento? Al final no tiene sentido alguno porque la realidad se ha llevado al absurdo por un charlatán como yo. En China existen las tradiciones más bellas del mundo y aquí se encuentran los mejores objetos, dijo, pero lo lamentable es que la gente que debería transmitir esas cosas no está a la altura. Esa gente está llena de defectos y el peor de ellos, el más odioso, es el charlatanismo. Es la auténtica epidemia de nuestra época que va a acabar con todas nuestras tradiciones y con lo mejor que tenemos. ¡Se habla demasiado! Hay un dicho que dice: el tigre siempre ruge para asustar al que pasa delante de la entrada de su guarida, pero no dice nada más, no lo necesita, porque el que tiene el don de la palabra no debe utilizarla para hablar de sus méritos. Cuando se habla de auténticos maestros taoístas, la más grande de las inteligencias puede parecer estúpida. En el Xijing de hoy hay mucho individuo buscando recetas milagrosas y estas abundan no se sabe muy bien cómo. Hay pócimas mágicas sacadas directamente del mundo de los diablos para aumentar la potencia sexual y alargar el acto eternamente y cada día aparecen en la televisión productos nuevos, todos ellos maravillosos, para hacerte el hombre más feliz del mundo. Esos productos no son para aumentar la virilidad del hombre, sino para que las mujeres puedan liberarse mediante la palabra de sus más íntimos y vergonzantes problemas. En los parques y junto al río que fluye a lo largo de la ciudad de Xijing, hay quienes elevan estelas de piedra mortuorias y en las palmas de sus manos hay tejas y ladrillos para construir nuevas casas. ¿Crees que esa gente va a salvar al hombre de sus problemas? Ese saber hacer ya no sirve para nada porque el hombre verdadero ya ha desaparecido —concluyó ese tipo para asombro de todo el mundo—. Todos los presentes abrieron los ojos como platos y me miraron a mí, al pobre de Meng Yunfang, y yo sentí mucha vergüenza y le dije seguidamente a ese tipo que había hablado bien, que había llegado muy alto y muy lejos con esas palabras. También le dije que nosotros, los seres humanos, éramos animales de costumbres y solo queríamos saber qué va a pasar con Xijing.

Ese hombre se quedó en silencio. Al parecer, según dijo, no podía liberarse de este mundo bajo el Cielo, y se quedó en silencio durante un buen rato; no obstante, luego dijo que su capacidad de movimiento interno era muy superficial. Todos los presentes suspiraron y lamentaron escuchar esas palabras. El tipo quiso rectificar y dijo que, sin embargo, podía recibir la información de

los hombres del cosmos y que, en esos momentos, podía intentarlo. El hombre hinchó el pecho y estiró los hombros. Luego relajó el cuerpo, se sacó los zapatos, y cruzó las piernas, sentado, dejando libres los pies, y cerró los ojos. Con cada una de sus manos hizo la forma de la flor de loto y empezó a recitar desordenadamente números arábigos. Así durante más de diez minutos. Al final, abrió los ojos y dijo que Xijing se iba a quedar sin agua. ¡Se iba a secar! ¿Cuál era el signo que lo indicaba? Yo le dije que, de los ocho pozos con los que cuenta Xijing para abastecerse de agua, solo quedaban cuatro en estos momentos. Los suburbios del oeste de la ciudad tenían ya serios problemas para proveerse con agua y un grupo de casas en los arrabales ya se había quedado totalmente sin agua este verano. Han tenido que comprar jarras de agua. Muchas casas de Xijing solo tienen acceso al agua corriente durante el tercer *geng* (medianoche). Ese sabelotodo se reavivó mientras comentaba su predicción pesimista para Xijing y concluyó finalmente, y con una seguridad pasmosa, que así sería como no podría ser de otra manera: Xijing desaparecerá debido a la sequía. El hombre le pidió al auditorio que encarase el lado norte y, sobre todo, que no mirasen al sur, donde se encontraban las montañas de Zhongnan, ya que ahí residían los hombres de verdad, ¡los grandes maestros!, y podían perturbarles. De esa manera, mirando al norte, podía recibir de nuevo noticias de los hombres del cosmos y a la postre asustó al auditorio con estas palabras: en unos años, ¡la ciudad de Xijing se iba a hundir!

Zhuang Zhidie escuchó con atención lo que Meng Yunfang acababa de contar con tanta pasión y se dio cuenta de que su amigo desvariaba a medida que proseguía con su relato. No se sentía bien y pidió permiso para ir al baño, que se encontraba en el callejón. Al salir, vio que había un par de chicas sentadas en la calle, pero junto a la entrada de la casa; las dos muchachas comían y se reían de algo. Zhuang Zhidie, intrigado por esas risas, se dirigió a ellas y les preguntó:

—Eh, vosotras, que solo sois un par de *yatou*, ¿de qué os reís?

Una le respondió:

—Mientras que el gran maestro nos iluminaba con sus predicciones y experiencias con otros grandes maestros, a Xiao Hong le han entrado ganas de tirarse un pedo y ha querido retenerse, pero no ha podido y le ha dado tanta vergüenza tirarse ese pedo en medio de ese discurso tan sublime que me ha pedido que la acompañase fuera. No hemos podido, sin embargo, evitar echar unas risas.

La otra chica enrojeció mientras oía las palabras de su compañera y balbuceó:

—Cui Ling, estás desvariando...

Zhuang Zhidie dijo, dándole un tono de autoridad a sus palabras:

—Xiao Hong, eso no está bien. Tú no eres una pedorra... Eso da mala imagen en una chica joven, aunque sea una criadilla venida del campo como tú.

Las dos jovencitas se pusieron a reír a carcajadas, pero Zhuang Zhidie, sin embargo, no rio y se quedó mirando la luz rojiza y plúmbea del crepúsculo que caía sobre el callejón. Empezaba a anochecer. Las chicas continuaron riendo y apurando su cena. Una de ellas dijo:

—El maestro Zhuang tiene tanto humor... Nosotras sabemos quién eres, pero no nos atrevíamos a acercarnos a ti. ¡Un personaje tan famoso! Creíamos que nos ibas a hablar de arte y literatura, pero has dejado al maestro Meng solo con su discurso.

Zhuang Zhidie dijo:

—Pero ¿os gusta escuchar charlas de literatura y arte? Así que os interesa ese mundo. ¿Sabéis que también organizamos charlas sobre arte y literatura? —les dijo—. Vaya, estaba equivocado, al veros en la calle pensé que erais unas *yatou*...

Zhuang Zhidie se quedó mirando la noche, que ya se había cerrado. A lo lejos, los callejones se habían silenciado y las luces de las farolas empezaban a alumbrarse. La luz de esas farolas parecía flotar en el aire, ya cargado de una bruma otoñal, y las muchachas le preguntaron a Zhuang Zhidie sobre el lugar donde iban a organizar esas conferencias. Zhuang Zhidie les dijo que en el templo de la Vacuidad Serena y señaló a lo lejos, donde se encontraba el templo. En la noche, en ese templo no pernoctan pelegrinos y por eso nadie enciende lámparas ni luces. Las varias decenas de monjas budistas ya se han ido a dormir. De repente, Xiao Hong preguntó:

—¿Qué es eso?

Zhuang Zhidie se lo quedó mirando. Del negro pasó al rojo, luego un resplandor, como una llama; pero Zhuang Zhidie no sabía en realidad de qué se trataba. Las dos jóvenes se asustaron y afirmaron que se trataba de un fuego fatuo. Las jóvenes se pusieron a gritar y atrajeron la atención de Meng Yunfang, que salió de la casa para ver lo que pasaba. Meng Yunfang dijo que no muy lejos había un templo abandonado con un bosque de bambú que había acabado por ocultarlo. De día, nadie se atreve a entrar en ese templo, ya que hay quienes afirman que han visto resplandores de luz roja como el que acababan de ver las jóvenes y Zhuang Zhidie. La historia de ese templo, además, se la había contado

el sabelotodo de la charla que había comentado anteriormente, y ese tipo le dijo también que ese templo, el cual era muy antiguo, de la dinastía Tang, se había convertido en realidad en un cementerio en el que yacían los huesos de muchos filósofos legistas. Esos resplandores rojos no eran otra cosa que las almas de esos filósofos. Últimamente están habiendo muchas obras en ese lugar y esas almas, como no podía ser de otra manera tratándose de filósofos legistas serios y conciencudos con la ley y el orden, se están vengando de nosotros. Por eso aparecen esas luces. Fue en ese templo donde se encontró la estela de la novicia budista Ma Lingxu. Ese fuego fatuo que habían visto las jóvenes y Zhuang Zhidie, ¿no sería en realidad el alma de Ma Lingxu?, les preguntó Meng Yunfang. Al sabelotodo que Meng Yunfang había invitado a dar la charla no le gustaba ese lugar, ni estar en él ni hablar de él, y cuando le contó esa historia a Meng Yunfang, se fue sin despedirse.

Meng Yunfang se retiró y Zhuang Zhidie se quedó hablando con Xiao Hong y Cui Ling en la calle. Las dos jóvenes se preguntaron si la historia de Meng Yunfang era verdadera o no y temían verse inundadas por esos espíritus inquietos que regresaban del más allá para vengarse de los vivos de Xijing. De hecho, vieron flotar en el aire más resplandores rojos que desaparecían al mismo tiempo que aparecían, creando un espectáculo de misterio y fascinación en quienes lo estaban contemplando. Se oían gritos como ¡cógelo!, ¡atrapa ese!, ¡que no se te escape!, como si alguien estuviese a la caza y captura de esas luces misteriosas. Las chicas se pusieron a reír por no llorar ante tanto fuego rojo flotando en el cielo. Zhuang Zhidie intentó tranquilizarlas:

—¡Ni filósofos legistas ni niño muerto! Eso son las monjas budistas, que están quemando los insectos que han invadido Xijing. Esas luces en el cielo no son otra cosa que chispas flotando en el aire. ¡Chinches a punto de convertirse en cenizas!

Las jóvenes y Zhuang Zhidie se pusieron a reír, y Meng Yunfang, que había oído la conversación, se excusó:

—Pues quizá tengas razón; quién sabe...

Zhuang Zhidie dijo:

—La próxima vez deberías invitarnos a nosotros, los perros pastores, al salón A la búsqueda de eso que falta para hablar directamente con la gente que está interesada en estos temas.

Las dos chicas se pusieron a reír y se fueron, y Zhuang Zhidie y Meng Yunfang decidieron ir a dormir al salón A la búsqueda de eso que falta. Una vez

echados, Zhuang Zhidie le sugirió a Meng Yunfang:

—¿No crees que deberíamos invitar a Hui Ming a este lugar para que hable a la gente de estos temas? Tú nunca has hablado con ella a corazón abierto. ¿Cómo es posible que todavía no la hayas invitado a dar una conferencia sobre los *sutras*?

Meng Yunfang le respondió:

—La he ido a buscar varias veces y siempre estaba reunida en la Conferencia Consultativa Política del Pueblo Chino o tomando té con alguien. En cierta ocasión, cuando la vi, me trató con mucha indiferencia. Le pregunté si conocía a algún tipo interesante que pudiese venir a hablar de budismo, pero ella me dijo que no. Ni fulanito ni menganito, me contestó por las buenas; pues que le den morcillas, pensé para mis adentros. A esa mujer se le han subido los humos desde que la han promocionado desde el Partido a superiora del templo de la Vacuidad Serena. La están utilizando y no se da ni cuenta de ello.

Zhuang Zhidie se puso a reír y le dijo:

—¿Estás celoso? Pues no pasa nada. ¿Qué te preocupa? Xijing no va a cambiar mucho con una monja de menos y una mujer poderosa de más.

Meng Yunfang apagó la luz y el silencio se hizo en la noche.

* * *

El veintidós de ese mes, Hong Jiang le dio los resultados de la librería a Niu Yueqing. Si bien no había habido ganancias dignas de consideración, tampoco había habido pérdidas. Hong Jiang dijo que había estado esperando esos resultados impacientemente y que había trabajado mucho para conseguirlos. Estimaba, por lo tanto, que esos resultados eran buenos y serían mejores el mes siguiente. Hong Jiang sacó unas telas de seda amarillas de Hangzhou con flores estampadas, un par de botellines de Lang Lang, un nido de golondrinas y un paquete de cigarrillos japoneses de la marca Siete Estrellas (Mild Seven), que dejó sobre la mesa. Sonriendo, le dijo a Niu Yueqing:

—Señora, para las fiestas del Medio Otoño me fui a pasar unos días a Xianyang y no he podido pasar, tal y como pensaba, a visitaros. Hoy quisiera reparar ese error. No os he traído muchas cosas, pero creo que os gustarán. No os he traído un pastel de luna porque imaginaba que tendríais ya en casa como para dar y vender. Ese nido de golondrina es de una especie rara y valiosa. Me lo ofreció un amigo librero de Guizhou cuando vino por primera vez a Xijing y

ahora os lo ofrezco a vosotros.

Niu Yueqing dijo:

—¡Te lo agradecemos mucho! Hong Jiang, ¿qué quieres que te ofrezcamos para las fiestas del Año Nuevo u otras fiestas? Eres como de la familia y te puedo llamar hermano. ¡Ya no eres alguien de fuera!

Hong Jiang le dijo:

—No es necesario hablar así. Aunque sea más fuerte que vosotros con los negocios, sin vosotros no podría haber hecho nada. ¿Quieres que vayamos a comer unos pinchos de carne de cordero en el puesto que hay en la calle? Estos regalos no solo son míos, sino que es algo que tenía en mente, desde hacía tiempo, otra persona, y queríamos ofrecértelo...

Niu Yueqing se apresuró a preguntar:

—¿Quién? ¿Qué otra persona hubiese podido pensar en mí? No puede ser otra persona que Zhuang Zhidie, o Meng Yunfang... Ese asunto del juicio nos tiene locos a todos; no tiene solución...

—No hay nada que no tenga solución en este mundo —replicó Hong Jiang—. Por eso, vayamos a comer algo...

Niu Yueqing, cogiendo las telas de seda preciosa de Hangzhou, dijo:

—En esta tela han cosido una tarjeta de invitación con unas letras de oro que dicen: «Según las leyes maritales de nuestra sagrada nación que permiten formar pareja legal de marido y mujer durante cien años, y para agradecer esos años de amor en el futuro, se os invita el veintiocho de este mes a las diez de la mañana a la ceremonia de boda».

Esa invitación estaba firmada por Hong Jiang y Liu Xiaoka. Niu Yueqing abrió los ojos al máximo y se quedó boquiabierta, y dijo:

—Hong Jiang, ¿qué significa esto? ¿No estabas casado y tenías un hijo? ¿Cuándo te casas? ¿Quién es esa Liu Xiaoka? ¡Te casas de repente, Hong Jiang!

Hong Jiang sonrió y contestó:

—Pues sí, todo esto ha sido muy repentino y no me atrevía a decírselo al maestro Zhuang. Ello le hubiera distraído de sus ya muchas ocupaciones. Ni a su señora, dicho sea de paso. ¡Y encima lo de ese juicio interminable! Y no hay ni que decir que tanto tú como el maestro tenéis los nervios a flor de piel y no estáis para según qué cosas. Creo que ya lo sabes. Mi esposa y yo nos hemos peleado y no hemos llegado a reconciliarnos nunca, así que decidimos separarnos y así lo hemos hecho; pero, siguiendo el consejo de varios amigos, no es bueno que el hombre esté solo. Me paso el día ocupadísimo de un lado a otro

y sin tiempo para esos asuntos del amor. La vida tiene sus reglas y si no formas una familia, en unos años, cuando sea viejo, no habrá nadie para que me mantenga. La naturaleza de los hombres también tiene sus caprichos. Además, la gente de fuera, quienes no te conocen, no sabe que tu fisiología tiene sus defectos. Mi exmujer ya quería divorciarse de mí hace tiempo, ya que no encontraba normal que la desease tanto... Luego reclutamos a esa chica para la librería, y, nada más verla, pensé que quería casarme con ella. Trabajando juntos me di cuenta de que nos llevábamos muy bien y la librería funcionaba mejor. Y nada más, todo ha ido tan rápido desde ese momento... En Xijing, hay tantas chicas solas como ella que me dan pena. Xiaoka tiene ahora un techo donde vivir honestamente y podrá enviarle dinero a su familia. Pero fui a Xianyang durante las fiestas del Medio Otoño. Fuimos los dos, a decir verdad, para ver a su madre. El tío de Xiaoka había estado trabajando en la provincia de Sichuan y nos ofreció un par de botellines de licor fuerte, pero Xiaoka me comentó que le gustaría ofrecerte ese licor a ti, a la mujer del maestro Zhuang. ¿Te gusta ese licor fuerte de Sichuan? Creo que es de Wuliangye, el licor de las Cinco Semillas.

Niu Yueqing le respondió:

—¿Liu Xiaoka? En nuestra librería trabajan tres chicas y no ve muy claro quién es ella.

Liu Yue, que se encontraba a un lado escuchando la conversación, no podía evitar las risas, e interrumpió la conversación entre Niu Yueqing y Hong Jiang:

—¡Yo lo sé! Una muy delgaducha y de hombros caídos...

Hong Jiang se sintió avergonzado con las palabras de Liu Yue, pero sonrió y dijo con altivez:

—Liu Yue, dices demasiadas tonterías y tienes un don particular para hacer zancadillas a la gente.

—¡Pues toma castaña! —le replicó, resentida, Liu Yue.

Niu Yueqing intervino:

—Liu Yue, si no sabes de lo que hablas, mejor estate calladita y no dirás tonterías. Hong Jiang ha reclutado a varias chicas y todas son guapas. Él sabe lo que hace por el interés de la librería y le agradezco que me haya tenido al corriente de este asunto. Se lo diré al maestro Zhuang y ¡felicidades! Uno no se casa todos los días. Solo espero que sigas conduciéndote con la cordura y la moralidad de siempre. No quiero que ahora pierdas la cabeza con otra jovencita.

Hong Jiang dijo:

—Por otra parte, estáis invitados todos, y vuestro nombre figurará en el lazo rojo. Puede venir incluso Liu Yue y hacer de acompañante en mi boda.

Liu Yue torció la boca y dijo:

—Yo no puedo hacer de acompañante y tampoco iré. Me dan vergüenza esas cosas. Lo has hecho intencionadamente, lo sé. Me has pedido que haga de acompañante de tu boda para avergonzarme. ¿No es así?

Hong Jiang dijo que Liu Yue andaba haciendo el tonto desde hacía varios meses y decía cada vez más estupideces. Los tres continuaron hablando durante un rato. Hong Jiang, antes de irse, le recordó a Niu Yueqing que, si no podían asistir a la boda ni él ni su esposo, Zhuang Zhidie, el banquete nupcial no se ofrecería de ninguna de las maneras.

Tras irse Hong Jiang, Niu Yueqing le preguntó a Liu Yue:

—Y tu maestro Zhuang, ¿dónde ha ido?

Liu Yue le respondió que Meng Yunfang le había invitado a tomar una copa. Niu Yueqing puso en orden los regalos de Hong Jiang y se sentó, sola, a pensar en el día veintiocho. Si asistían al banquete de bodas, ¿qué podía ofrecerles como regalo?, pensó. Por la tarde, Zhuang Zhidie regresó ebrio tras haber bebido más de la cuenta con Meng Yunfang. Una vez en casa, se fue directamente al baño para arrojar todo lo que llevaba en su estómago y un poco más. Niu Yueqing le pidió que se fuese a dormir, pero Zhuang Zhidie prefirió meterse en su estudio para leer un libro. Niu Yueqing lo siguió y, una vez dentro del estudio, cerró la puerta y se puso a hablar de los planes de boda de Hong Jiang. Zhuang Zhidie no se sorprendió por la noticia y le dijo a su mujer:

—Ah, esa chica larguirucha y zanquilarga que trabaja en la librería... Creo haberla visto un par de veces; fue el mismo Hong Jiang quien la reclutó y yo no le hice ni caso. Zhao Jingwu me comentó una vez que Hong Jiang solo contrataba a modelos para trabajar en la librería. Todas ellas son chicas muy altas y esbeltas, incluso delgadísimas por lo que he visto; es decir, según las tres medidas perfectas de la silueta de una mujer.

Niu Yueqing preguntó:

—¿Y cuáles son esas tres medidas?

Zhuang Zhidie repuso:

—Las del pecho, la cintura y el trasero. Esas tres partes del cuerpo de una mujer son las que el bueno de Hong Jiang tiene en mente cuando contrata a alguien para la librería, ¡aunque no hayan leído un libro en su vida!

Niu Yueqing dijo:

—No sabía que Hong Jiang era ese tipo de hombre depravado y sinvergüenza. Una vez casado, debería dejar la librería ya. Y esa pobre chica, ¿es que no le ve venir?

Zhuang Zhidie le respondió:

—Hoy en día, esas jovencitas que vienen a Xijing se venden por muy poco con tal de formar una familia y dejar de trabajar. Saben que su futuro, es decir, un buen futuro, depende de un marido que las mantenga sin hacer nada y les pague sus cuatro caprichos. Tú eres una anticuada, Yueqing, y no comprendes esas cosas.

Niu Yueqing se preocupó:

—Tener ese tipo de esposas se ha considerado siempre como algo muy vulgar y de muy baja categoría. No da lustro al hombre, más bien al contrario. Todo el mundo sabe que el hombre busca la complacencia nocturna de la esposa y le importa un pito lo que esa mujer haga a la luz del día. Seguramente, no hace nada... ¿Crees que ese tipo de matrimonios tiene futuro? ¡Yo creo que no! Nosotros no deberíamos meternos en ese asunto, pero si esos dos se casan, nuestra librería va a estar gestionada por un par de cónyuges como si fuera de ellos.

—¿Por qué no obligamos a Liu Xiaoka a que renuncie a su trabajo en nuestra librería? —sugirió Zhuang Zhidie—. Tú podrías inspeccionar posteriormente cómo va el negocio con Hong Jiang ya felizmente casado, y controlar las cuentas. Hay que ser sinceros con la gente y confiar en ellos. Hong Jiang no nos ha fallado nunca. De todas formas, yo no le veo mucho futuro a ese matrimonio. Hong Jiang pierde la cabeza cuando ve un par de piernas bonitas...; es superior a sus fuerzas. Ah, ¿tenemos que ofrecerles un regalo? ¿No es así?

Niu Yueqing cogió un papel y dijo:

—Hagamos la lista de lo que podríamos comprarles.

—¿Y quieres saber mi opinión? —le dijo Zhuang Zhidie con cierta ansiedad en su voz.

Niu Yueqing escondió sus labios en la boca, los relamió, tragó saliva y salió del estudio.

CAPÍTULO XVII

Al día siguiente, Niu Yueqing se fue a una de las tiendas de los callejones para comprar unas colchas y un molinete para preparar café, y por la noche regresó al callejón de Shuang Ren Fu. La venerable anciana ya estaba durmiendo y Niu Yueqing vio a un lado del salón una plancha, que le habían dado a Zhuang Zhidie en una fábrica a la que había ido a dar una charla. Nadie en la casa había utilizado ese objeto para planchar ropa y Niu Yueqing pensó que podía ser un excelente regalo para Hong Jiang, pero su madre —la venerable anciana— estaba al corriente de ese asunto y no iba a permitirle que se llevase esa plancha moderna y útil. Niu Yueqing pensó que con el pote de café o, quizá, un urinario, pero de lujo, quedaría bien. Las antiguas generaciones, ¿no se ofrecían acaso ese tipo de regalos cuando se trataba de un regalo de bodas? En estos tiempos, los jóvenes establecen sus propias normas. Las novias, antes de dar el sí, ya no llevan acompañantes, y ni siquiera acompañan a los novios los familiares o los amigos, pensaba para sus adentros Niu Yueqing. Lo mejor sería comprarles a Hong Jiang y a su futura mujer un urinario de plata esmaltada completo, con su tapadera, y una escupidera. ¿No iba a sorprenderles gratamente con ese regalo? Y tanto ella como su marido quedarían como unos señores. Y la gente hablará de ello. ¿No es un objeto necesario para pasar las noches tranquilas? ¿Y quién lo utilizaría más? ¿Él o ella? Un urinario era, a todas luces, uno de los objetos más útiles que una pareja podía poseer y Niu Yueqing les deseaba a los nuevos esposos cien años de felicidad conyugal. Ella sabía que le resultaría fácil hacerse con una escupidera metálica en uno de los puestos del mercado de Xijing, pero con el urinario de plata esmaltada, eso iba a ser otro cantar. Quedaban pocos en Xijing y se iba a ver obligada a ir al mercado de los Fantasmas, ese mercado al aire libre donde se encuentra de todo, aunque esté usado y para el arrastre. Había que hacer una visita a esos mercados, por lo tanto, muy temprano, al romper el alba. Niu Yueqing decidió finalmente presentarse en el mercado de los

Fantasmas y preguntó a varios propietarios de puestos por esos objetos preciosos, y antaño útiles, que las nuevas costumbres ya estaban dejando a un lado, pero nadie supo decirle dónde encontrar un urinario y una escupidera. ¿Le iba a comprar esos objetos a Hong Jiang? Niu Yueqing se puso a dudar de sus pretensiones cuando oyó a uno de los vendedores que le propuso: pero ¿por qué no vas al puesto de Hong Jiang? ¿Cómo?, se preguntó Niu Yueqing. ¿Está hablando del mismo Hong Jiang que yo conozco? Niu Yueqing le preguntó a ese vendedor:

—El nombre de esa tienda me confunde. ¿Por qué se llama así?

—Se llama así porque ese es el nombre de su propietario y es bueno que el puesto con el que te ganas la vida lleve tu nombre, ya que da buena suerte —le respondió el vendedor.

—¿Y quién es ese Hong Jiang? —insistió Niu Yueqing con sus preguntas—. ¿Qué hace?

—Ha abierto una librería —contestó el vendedor—, y he oído decir que se ha hecho rico. ¡Y hasta le ha crecido el pelo! Y tú, ¿eres uno de esos inspectores que participa en el censo de la población de Xijing?

Niu Yueqing, apresurada, dejó ese puesto y preguntó a otros vendedores por el lugar donde se encontraba el puesto de Hong Jiang. Uno de esos vendedores señaló con el dedo un puesto que se encontraba en un callejón delante de ellos. El puesto estaba abierto y en él había un anciano sentado en un taburete de madera, y Niu Yueqing se fue a preguntarle:

—¿Es este el puesto de Hong Jiang?

—Lo era antes —respondió el anciano—, pero ya no es suyo.

—¿Qué ha pasado?... ¿Por qué ya no es suyo? —preguntó Niu Yueqing.

—Tenía cosas mucho más importantes que hacer que dedicarse a ese puesto si no quería morir de hambre. Los pobres no pueden elegir. ¿No lo sabías? Hay que pensar en llenarse la barriga cada día y buscar una parienta a la que arrimarse. ¡Hong Jiang se ha divorciado y necesitaba mucha guita para sacarse a su mujer de encima! La *laopo* de Hong Jiang le dio el visto bueno para el divorcio, pero... ¡A cambio de cincuenta mil yuanes! ¡Ni uno más ni uno menos! Además de este puesto en el mercado... En estos tiempos, divorciarse cuesta un ojo de la cara...

En la cabeza de Niu Yueqing aparecieron rayos y truenos y regresó inmediatamente a su casa para decírselo a Zhuang Zhidie, y este le comentó:

—Ese Hong Jiang nos lo ha escondido todo. Ese asunto del divorcio ha

debido de tenerlo bajo una presión enorme.

—Pues yo no comparto ese punto de vista —dijo Niu Yueqing—. Hong Jiang se ha arruinado con ese divorcio y tú, Zhidie, ¿no vas a hacer nada? Yo no sabía que Hong Jiang tenía un puesto en el mercado. ¿Cómo podía gestionarlo si se pasa todo el día en nuestra librería? Ese divorcio le cuesta a Hong Jiang un puesto en el mercado y cincuenta mil yuanes. ¿De dónde ha sacado este dinero?

Zhuang Zhidie le contestó:

—Pensaba que el diez de cada mes tú comprobabas las cuentas. ¿No es así?

—Todos los que han abierto librerías han hecho mucho dinero y solo nosotros vamos justos. Yo tenía mis sospechas, pero una mujer como yo no tiene experiencia en los negocios. ¿Cuántas veces se lo has preguntado tú?

—Por el momento no tenemos ninguna prueba de que nos haya robado —reafirmó Zhuang Zhidie—. ¿Por qué no hablas con él?

Y Niu Yueqing aseveró:

—Estoy segura de que ese cerdo se ha engordado con nuestra comida.

Zhuang Zhidie se consoló:

—Todavía tengo la galería de arte. Bueno, la galería de arte y la librería, los dos negocios, y los dos funcionan bien.

Niu Yueqing le dijo:

—¿Por qué no le pides a Zhao Jingwu que le vigile?

—Pero tú, Yueqing, ¿no querías casar a Liu Yue con el hijo de tu prima? ¿Por qué quieres ahora a Zhao Jingwu? Quieres que te haga un favor, pero tú no quieres hacerle ninguno a él.

Niu Yueqing alzó las cejas, sonrió y dijo:

—*Aiya...*, menudo diablillo estás hecho, Zhidie... Crees que la gente siempre se aprovecha de ti...

Zhuang Zhidie le replicó:

—¿Y por qué crees que tú siempre tienes la razón? —Niu Yueqing se sintió avergonzada por esas últimas palabras de Zhuang Zhidie.

El día veintiocho, Niu Yueqing representó a Zhuang Zhidie en la boda de Hong Jiang y Liu Xiaoka. Los regalos fueron muchos y suntuosos; pero Hong Jiang y su mujer no estaban contentos, aunque pusieron los regalos a la vista de todos. Niu Yueqing fue la primera durante el banquete en levantar la copa y brindar por los recién casados y excusó ante los invitados la presencia de Zhuang Zhidie: ese día, a su marido se le presentó un asunto inesperado que había tenido que atender con toda urgencia. Por eso ella estaba ahí, brindando en su honor. A

Niu Yueqing se le enrojecieron las orejas mientras hablaba, lo cual denotó ante los presentes que estaba mintiendo. Y así era. Zhuang Zhidie se había desplazado a la galería de arte para buscar a Zhao Jingwu y acabar algunas tareas que quedaban pendientes respecto a la decoración del lugar. Había muy pocas caligrafías y pinturas expuestas y resultaba imposible abrir ese negocio. Zhuang Zhidie le pidió a Zhao Jingwu que contactase con algunos artistas para que reprodujeran algunas caligrafías y pinturas famosas. Zhao Jingwu le dijo:

—No creo que sea una buena idea. Si te soy sincero, habría que hablar de esas cosas con Wang Ximian. Al menos, que no diga que no le he dicho que estás aquí, Zhidie. Me da miedo que nos dejemos algo en el tintero o que nos olvidemos de algo importante. Ya sabes: lo que se habla, se pierde; lo que se escucha, se considera... ¡Y acabemos con este asunto de las malas copias!

Tras escuchar atentamente las palabras de Zhao Jingwu, Zhuang Zhidie se explicó con más detalle:

—No digas nada más. Comprendo lo que quieres decirme. Hay mucho farsante por ahí suelto. Creo conocer a la mayoría de artistas de Xijing, pero solo Wang Ximian ha alcanzado la maestría suprema en hacer copias de grandes maestros. He oído decir que últimamente Guangzhou y Hong Kong se han llenado de copias falsas del gran Shi Lu. Los miembros de la familia de Shi Lu están ahora por todas partes investigando esas copias falsas. Me consta que ya han contactado con Wang Ximian. ¿Va a dejar de hacer copias el bueno de Wang Ximian? No lo creo. Hay mucho dinero en juego. ¿Y no podría echarnos una mano?

Zhao Jingwu dijo:

—Eso, yo ya lo sé. Shi Lu estuvo incluso expuesto en nuestra galería. ¿No te acuerdas? Cuarenta por ciento para nosotros y sesenta para Wang Ximian. El señor Yu de la agencia de viajes no se dio cuenta de nada y se llevó varias copias a Guangzhou. Aunque debo reconocer que esas copias no funcionan muy bien en el mercado local, pero para fuera, en el extranjero, es un negocio muy lucrativo. Lo mismo sucede con quienes nos visitan del extranjero por motivos oficiales o turismo, ya que no saben dónde ir para comprar esas obras y van dirigidos por el guía turístico que les engaña y los lleva a donde él quiere. Luego está compinchado con el dueño de la galería y el negocio ya está hecho. Yo conozco a varios de esos guías y podríamos contactarlos para que vengan a vernos. Esos visitantes extranjeros pueden sernos de mucha utilidad para nuestra galería de arte. Wang Ximian se encuentra ahora con tres discípulos que están haciendo copias de las obras de maestros antiguos, en particular, obras pictóricas de Zheng

Banqiao y sus bambúes, Qi Baishi y sus gambas, y Huang Binhong¹⁰⁶ y sus pinturas paisajistas *shanshui* (montañas y ríos). No deberíamos atrevernos demasiado con las pinturas de Shi Lu, ya que hay mucho falso circulando por las galerías y levantaríamos sospechas entre los clientes. Podríamos llevarnos solo dos o tres pinturas. Hace unos días fui a verlo. Wang Ximian acababa de realizar una copia de las pinturas *Piedras y flores de ciruelo* de Shi Lu; pero parecía la obra de un Shi Lu enfermo psicológicamente y ya desgastado por la vida. Transmite algo de muy profundo que lo hace una obra maestra. Creo que funcionará. Ayer por la noche cogí esa pintura falsa *Piedras y flores de ciruelo* y se la enseñé a la viuda de Shi Lu y ni siquiera la hija del maestro se dio cuenta de que era falsa. Hasta me preguntó dónde la había conseguido y yo le dije que la había comprado al dueño de un pequeño hotel al que solía ir el maestro Shi Lu, su difunto padre. La hija de Shi Lu me dijo que su padre, tras deteriorarse psicológicamente, empezó a frecuentar a mucha gente con la que bebía sin parar. ¡Bebían todos ellos como cosacos!, me dijo, pero su pobre padre no tenía un céntimo y pagaba a los dueños de las cantinas con sus pinturas.

Cuando Zhao Jingwu acabó de hablar, todos se pusieron a reír a carcajadas. Zhuang Zhidie también rio y dijo:

—Wang Ximian no me lo dejará saber. ¿Acaso sabe él que yo voy a gestionar sus pinturas? De hecho, su mujer y la mujer de tu maestro Zhuang son como hermanas. ¿Va a hacer Wang Ximian algo que no me vaya a decir su *laopo*?

Tras acabar su pregunta, sacó tabaco de su bolsillo, lo metió en la pipa, le prendió fuego y se puso a fumar. Zhao Jingwu vio la pipa de Zhuang Zhidie y dijo:

—¿De dónde has sacado esa pipa?... No parece nueva... ¡Es una auténtica antigüedad!

Zhuang Zhidie sonrió, pero no dijo nada por el momento.

—Y ¿qué ha pasado con la caligrafía de Mao Zedong que posee el hijo de Gong Jingyuan? —preguntó poco después Zhuang Zhidie—. ¿Todavía podemos contar con ella?

Zhao Jingwu respondió:

—Debo contarte algo respecto a eso... Esas obras de Mao Zedong..., pues bien, las tengo..., pero esperaba a la apertura definitiva de nuestra galería para exponerlas y dar una conferencia de prensa para anunciar el hallazgo, pero la galería no está todavía en buenas condiciones. Respecto a Gong Xioayi, yo lo

tengo controlado.

Zhuang Zhidie preguntó:

—¿Cómo que lo tienes controlado? No lo entiendo.

—Cuando no tiene tantas urgencias para fumar esas porquerías —repuso Zhao Jingwu—, él es un chico muy espabilado; pero cuando fuma hierba, lo mejor es llamar a su padre para que le diga cuatro cosas y lo ponga recto. La próxima vez le hablaré de él a Liu Yezi para que le baje el precio del opio y la heroína. Naturalmente, le diré a Liu Yezi que se la venda sin ninguna excusa cada diez días; pero, eso sí, ese niño debe darnos a cambio la caligrafía de Mao Zedong.

Zhuang Zhidie dijo:

—¿Qué tipo de persona es esa Liu Yezi? Si se encarga de drogas, no debe ser de fiar. Esa mujer es una criminal.

Zhao Jingwu le contó:

—Eso, yo ya lo sé; pero, en primer lugar, yo no fumo y, en segundo lugar, no voy a pagarle un céntimo. Liu Yuezi es una antigua compañera de colegio, pero tanto ella como su marido emprendieron hace años el camino oscuro de la vida. Gong Xiaoyi se provee exclusivamente de la droga que le ofrece ella.

Zhuang Zhidie preguntó:

—Por lo que veo, ese camino oscuro es su manera de ganarse la vida. ¿Ella sabe por qué estás detrás de Gong Xiaoyi?

—Te lo explicaré y lo comprenderás. El año pasado, ella vendía opio como si se tratara de ajos a la familia Ma, del mercado de Dongyang (el mercado de la Cabra del Este). La familia Ma había abierto uno de esos restaurantes de Chongqing especializados en *huoguo*, esos calderos picantes. A la familia Ma se le ocurrió introducir opio en sus exquisitos calderos. El opio añadía al caldero un aroma muy atrayente; pero, sobre todo, creaba adicción entre los clientes, los cuales se deshacían en elogios nada más probar esas sopas, y, lo más importante, volvían al restaurante. La familia Ma observó que sus clientes, si no comían sus *huoguo*, se ponían extremadamente nerviosos. Hubo quienes empezaron a sospechar que esas sopas tenían opio o algo parecido y lo denunciaron a la policía. Esta corroboró la teoría del opio y cerró el restaurante de *huoguo*. Pero la policía quiso saber más: ¿de dónde procedía el opio? ¿Quién se lo proveía? La familia Ma no tardó en señalar a Liu Yezi. La policía la detuvo y la llevó a la comisaría para interrogarla. Liu Yezi les explicó que, hacía un par de años, su padre sufría de cáncer de estómago y el médico de su pueblo le aconsejó que

tomara opio preparado previamente en una sopa con el fin de aliviar el dolor a su padre; pero el padre de Liu Yuezhi murió y ella se quedó con una cantidad considerable de opio. Ella pensó que era una lástima tirar a la basura esa cantidad de opio y se la vendió a la familia Ma. ¿Les convenció esa historia a los policías? Pues resulta que yo conozco al jefe de policía, que es como un amigo para mí, y fui a verlo e intercedí en favor de Liu Yezi. También le dije a ella que debía acabar con ese tipo de negocios y me la llevé a mi casa y tuvimos una charla. Piénsalo, ¿cómo me conocía Liu Yezi? Hoy no creo que podamos verla, pero la caligrafía de Mao Zedong ya puede estar en sus manos.

Los dos cogieron un taxi y se plantaron en la entrada del *siheyuan*, esa residencia antigua con un patio interior y varias habitaciones laterales. Zhuang Zhidie no pensaba ir y se excusó diciendo que lo mejor sería que él no conociese personalmente a Liu Yezi. Zhao Jingwu se lo quedó pensando y al final le dejó que lo esperara en una cantina que había en el callejón. Él iría solo, pero no pensó que Liu Yezi y su marido estarían los dos en la casa. Nada más verlo, Liu Yezi le dijo con una voz dulce:

—Gong Xiaoyi está satisfaciendo su mono en la planta de arriba. Hoy me trajo la caligrafía de Mao Zedong. Temo no haberle dado lo suficiente. Le he hablado de su adicción y le he dicho que le puedo dar más si me da la caligrafía. No le perturbed. Vayamos a una habitación pequeña, tomemos té y hablemos ahí.

Zhao Jingwu se sentía tenso y se desplazó por las escaleras al primer piso. Entre las grietas de la puerta pudo ver a Gong Xiaoyi durmiendo sobre la cama y estaba delgado como un leño que va a ser introducido en el horno. A su lado estaba, efectivamente, la caligrafía de Mao Zedong. Zhuang Zhidie sonrió y volvió a bajar para tomar té y hablar.

* * *

Gong Xiaoyi había estado varios días con unas ganas enormes de tomar drogas y estaba que se subía por las paredes. Había venido una vez, e incluso tres veces para pedir su droga, pero Liu Yezi no le ofrecía nada. Si no traía la caligrafía de Mao Zedong, ella no le daba absolutamente nada; pero Gong Xiaoyi resistía y regresaba a su casa, aunque estuviese muriéndose. Una vez en casa, lo que deseaba era volver a buscar a Liu Yezi, pero no podía. Finalmente, volvía al *siheyuan* de Liu Yezi. Así, cinco veces. Le dolía todo el cuerpo y se ponía a golpear las paredes, se echaba a la cama y la abrazaba con fuerza. Luego

intentaba arrancarse los pelos de la cabeza uno a uno. Pero, al final, cedió y le dio la caligrafía del Mao Zedong a Liu Yezi. Al abrir el pergamino y ver la caligrafía del antiguo presidente Mao —esa caligrafía de trazo grueso y extravagante, inspirada y que contenía todos los estados de ánimo que un ser humano puede tener; el estilo y la caligrafía imponentes, en definitiva, que correspondían a un líder de masas—, Liu Yezi pensó en Zhao Jingwu y no le sorprendió que ese joven talentoso no durmiese por las noches pensando en hacerse con esa obra. Esa caligrafía era una auténtica obra maestra y vender ese tesoro por un poco de opio no era algo a lo que Gong Xiaoyi estaba dispuesto. Lo primero que hizo Gong Xiaoyi fue, por lo tanto, ir a la planta de arriba y satisfacer sus ansias incontrolables de opio puro, pero sin separarse de la caligrafía. Le pedía más y más opio a Liu Yezi, y del mejor, y nunca era suficiente.

Gong Xiaoyi permanecía en la primera planta fumando sin parar, y como si se fuese a acabar el mundo. Se había estirado en la cama, sin saber cuántos días iba a poder aguantar y si se iba a arrepentir de sus acciones. Empezó a pensar en los tiempos en los que él mismo era el tesoro de su padre y era un joven de talento que todo el mundo reconocía; él era un joven con futuro, inteligente y sensible, que iba a seguir los pasos de su padre, e incluso podía mejorar las caligrafías de su padre, y eso no era ninguna exageración. Muchas eran también las jóvenes bellas que deseaban conocerlo y que nada más verlo le sonreían. En esa época, no tan lejana, él no poseía los ojos como para ver todo eso. Pero ahora ya no tenía trabajo, su padre lo evitaba y tanto sus familiares como sus amigos lo veían como un ser insignificante. Incluso esa Liu Yezi lo tenía atado de pies y manos. Ese mismo día, Liu Yezi se había presentado ante él con su marido y, al verlo, lo había avergonzado. Él mismo no sabía dónde meterse con la nariz mocosa y sus modales de mendigo. Ella llevaba unos pantalones y de su bolsillo sacó un pañuelo, que le dio sin hacerle ningún caso. Gong Xiaoyi se sintió de repente como cuando no fumaba el opio y el mundo para él era como una amenaza violenta y constantemente agresiva. Solo tras fumar el opio o tomar heroína, él era capaz de encontrar la felicidad y podía entonces vengarse de ese mundo. Así pensaba, pero ante sus ojos, de repente, se hizo un resplandor. Gong Xiaoyi se había convertido en el Gong Xiaoyi de antes y era joven y guapo, poseía vigor y empuje, y además tenía una sola, y estupenda, idea: quería parar el tiempo, con sus minutos y sus segundos, que marcaba el reloj que colgaba de la pared. Deseaba que el tiempo, tal y como sometía a los hombres a su destrucción, desapareciese para siempre, y quería volver a nacer con unas alas

para sobrevolar la ciudad de Xijing e investigar la vida de cada uno de sus habitantes y saber así lo que estaban haciendo. ¿Qué estarían haciendo en esos momentos?, se preguntaba Gong Xiaoyi. Pero como era de esperar, el reloj péndulo de la habitación se había detenido y se podía oír el tictac, tictac, y una mosca que volaba de un lado a otro mientras él tomaba su opio se había detenido en medio del espacio. Gong Xiaoyi se dio cuenta de que ya tenía alas en vez de brazos y empezó a volar por la Puerta del Oeste de las murallas que rodeaban la antigua ciudad de Xijing y se fue directamente a la Puerta del Este. Luego sobrevoló todas las casas y edificios desde la Puerta del Norte hasta la Puerta del Sur, y lo vio claro: en cada una de las casas, sobre las camas, los hombres y las mujeres no paraban de fornicar con todo tipo de posturas y movimientos. Todos ellos fornicaban como desesperados. Gong Xiaoyi se metió en las casas cuyos hombres eyaculaban y recogió el esperma, cosa decididamente desagradable, que iba a ser malogrado para siempre, y llenó tres barreños grandes, y luego introdujo el esperma de esos tres barreños en los tanques de las camionetas municipales que se encargaban cada día de regar los parques, los jardines y limpiar las calles. De esa manera, desde la avenida de Jing Zixing, quería fecundar la inmensa vulva que era esa ciudad moribunda de Xijing, con el fin de que nacieran en ella los hijos nuevos que representarían al hombre nuevo. Y cuando las mangueras de esas camionetas empezaron a regar la ciudad, Gong Xiaoyi percibió un olor fuerte y desagradable y, arrepentido de su acto, se dijo: no, eso no va a funcionar; ahora voy a destruir a todos vuestros futuros hijos. Gong Xiaoyi se metió en cada una de las casas de Xijing y le cortó el órgano reproductor a cada uno de los hombres. Luego arrojó esas miles de vergas al río, el cual casi se cubrió con tantos órganos, y muchas de esas vergas quedaron amontonadas junto a los muros de la ciudad. Pero Gong Xiaoyi no solo quería castrar a cada uno de los hombres de Xijing, sino que quería además violar a sus mujeres, y lo hizo delante de sus hombres. Gong Xiaoyi provocó los gritos desesperados de las mujeres y los hombres no podían soportar seguir viviendo sin sus vergas y ver a sus mujeres violadas. Gong Xiaoyi, sin embargo, deseaba precisamente esa situación, y se sentía contento y liberado. Finalmente, se calzó unas zapatillas de paja enormes y se dirigió corriendo hacia las tierras de Qin y Chuan (las llanuras entre las provincias de Shaanxi y Sichuan), que quedaban a ochocientos *li* del centro de Xijing, donde estaban las tumbas de los emperadores, los cuales eran el orgullo de Xijing. Ahí estaba el mausoleo de Qianling¹⁰⁷, donde yacían el tercer emperador de la dinastía Tang y la emperadora Wu Zetian. Su padre ya se lo había dicho: Qianling había sido

construido para Wu Zetian con la forma de una mujer, y ahí yacía, tumbada y mirando al cielo. En ese momento, y ante los ojos de Gong Xiaoyi, ese nicho ya no era una tumba, sino Wu Zetian en persona, simplemente, que estaba echada mirando al cielo, y Gong Xiaoyi se echó sobre ella y la violó... Sí, la violó, Gong Xiaoyi violó a la emperadora de Tang, Wu Zetian, y el cielo se llenó de nubes negras y un viento brusco se giró. Todas las tumbas de los emperadores que pululaban por las colinas habían saltado por los aires. Estaba claro que esos emperadores habían muerto, pero no sus órganos viriles, los cuales estaban duros y erectos y habían provocado ese cataclismo entre las tumbas. Gong Xiaoyi pudo vislumbrar a los lejos esos miembros empinados que asomaban poderosamente de las tumbas en ruinas de los emperadores. Gong Xiaoyi había alcanzado el poder supremo y estaba exultante. Wu Zetian, tras la violación, y desesperada, había sucumbido, y él, Gong Xiaoyi, se había convertido por fin en el dueño de la ciudad de Xijing. Había castrado a todos los hombres de la ciudad y violado salvajemente a sus mujeres; poseía todo su dinero y todas sus pertenencias, y todo el opio¹⁰⁸ ...

Zhao Jingwu, en la habitación pequeña de la planta baja, ya había bebido tres boles de un té muy denso, cuyo objetivo era mantenerlo muy despierto. A Gong Xiaoyi le resultaba imposible bajar y retrasaba su llegada. Liu Yezi acompañaba a Zhao Jingwu y lo hacía mordisqueando unas pepitas de calabaza. Su marido, en la calle, gritaba:

—¡Eh, viejo loco! ¿Qué diablos haces recogiendo papeles usados? En los baños tengo un montón de papeles usados. Puedes venir a recogerlos ¡y te saldrán gratis!

Luego se oyó como el zumbido de una mosca:

Con la maquinita de pitidos bip-bip en la cintura y el walkie-talkie en la mano, en el restaurante come pollo asado y en el hotel se paga una putita.

El marido de Liu Yezi rio y dijo:

—¡Bien dicho, bien dicho!...

Y Liu Yezi le abroncó:

—Gordito, ¿qué estás haciendo?, ¿hablando otra vez con ese chatarrero?

Pero el marido no le hizo caso y desde la puerta le dijo:

—¿Te has quedado con tu antigua *laopo*? Si lo has hecho, ¡me atrevería a decirte que eres el único! ¡En esta calle no hay un solo hombre que no quiera

cambiar de mujer!

Liu Yezi se precipitó hacia la calle para taponarle la boca a su marido y llevarlo hacia el interior.

—Y tú —le dijo—, ¿también quieres cambiar de *laopo*? Puestos a cambiar algo, ¡yo cambiaría a este cerdo que tengo al lado!

Zhao Jingwu se había quedado petrificado y no podía moverse del sitio, escuchando a lo lejos la conversación entre los dos esposos.

—¡Estás podrido!... ¡Totalmente podrido! —le gritaba Liu Yezi a su marido. El señor y la señora de la casa se pusieron a discutir y pelearse durante un buen rato. Finalmente, Liu Yezi dijo:

—Y Xiaoyi, ¿no ha bajado todavía?

—Ve a ver —le pidió Zhao Jingwu. Liu Yezi salió al patio y gritó:

—¡Xiaoyi, Xiaoyi! ¿Estás todavía vivo?

Gong Xiaoyi se despertó súbitamente del paraíso artificial por el que estaba volando desde hacía varias horas y bajó con la caligrafía de Mao Zedong en la mano; pero mientras lo hacía, en su cabeza y sus modales seguía siendo el héroe de su mundo de fantasía.

—¿Por qué os estáis peleando? —preguntó—. ¿Estás tramando algo?

Liu Yezi, que ya iba caliente, le amonestó:

—¿Qué mierda estás hablando? —y le dio un sopapo en la cara.

Gong Xiaoyi se espabiló de golpe. El bofetón que le había dado fue intenso y llevaba mucha fuerza con él, demasiada, y Gong Xiaoyi se desestabilizó y tuvo que sentarse en uno de los peldaños de la escalera. Liu Yezi le cogió al vuelo la caligrafía de Mao Zedong. Gong Xiaoyi dijo:

—Hermana Liu Yezi, hemos alcanzado un acuerdo. ¡No lo vendo ni por doce paquetes y todo el oro del mundo! ¡Y no te lo puedes llevar, hermana!

Liu Yezi sonrió y le dio los doce paquetes de opio y heroína y algo de dinero. Gong Xiaoyi le reveló:

—Zhuang Zhidie y yo somos de la misma familia; pero, incluso si desea intercambiar esta caligrafía con alguna otra cosa, yo no me negaría a dársela. ¿Lo comprendes ahora, hermana?...

—Vete, vete, anda... —le urgió Liu Yezi. Tras salir del salón, cerró la puerta que daba al patio.

Zhuang Zhidie recibió, sin embargo, la caligrafía titulada *El eterno lamento* de Mao Zedong y buscó la publicidad en la prensa y la televisión, e incluso el boca a boca para anunciar su hallazgo. Esa caligrafía daría a la galería de arte un

impulso y una publicidad únicos. Se trataba, según dijo, de una colaboración estrecha entre él y un compañero de la galería. Iba incluso a organizar una conferencia de prensa para anunciar ese hallazgo excepcional. La gente apenas creía que esa galería era una galería de arte de verdad. Todo resultaba demasiado nuevo, pero desde el momento en que apareció la caligrafía de Mao Zedong, todos los medios de comunicación se volcaron, de la noche a la mañana, en ese lugar. Más que una simple galería de arte, se convirtió en algo así como en un templo. Se escribieron artículos sobre esa caligrafía y Zhuang Zhidie no paró de defender la autenticidad de esa obra, organizando varios encuentros en pequeños grupos con periodistas y especialistas en arte. Niu Yueqing, por su parte, reunió a Zhao Jingwu y Hong Jiang para preparar el nuevo presupuesto. Hong Jiang había reunido tres mil yuanes y se quejó de que los negocios no iban bien en la librería. Niu Yueqing le dijo que esa era la razón por la cual habían abierto la galería de arte, ya que el objetivo era reanimar los negocios. Ahora, la galería y la librería iban a formar un solo espacio y el director también sería uno y el mismo. Hong Jiang pasaba a ser el asistente de Zhao Jingwu. Hong Jiang lo comprendió todo inmediatamente: él había sido substituido de sus funciones. No dijo nada por el momento, pero no comprendía por qué Niu Yueqing había tomado esa decisión, y dijo en voz alta con la intención de convencerse:

—Jingwu posee más habilidades y más don de gentes que yo. ¡Es muy bueno! Cualquier cosa que me pida, yo saldré corriendo para hacerla. Yo soy un culo de mal asiento y no sirvo para dirigir un negocio.

Niu Yueqing dijo:

—Jingwu, Hong Jiang te admira mucho, y tú también deberías tratarlo con mucho respeto y valorarlo. Consúltalo para cualquier cosa que necesites.

Al salir los tres del encuentro, Zhao Jingwu se adelantó deliberadamente para hacerlo en primer lugar y luego abrazó a Hong Jiang. Con una voz pausada y distendida, Niu Yueqing le dijo:

—He enviado a alguien a Shanghái para hacerse con unas cosas. No dejes que Jingwu lo sepa ni lo vea. Le he comprado un vestido de boda al estilo occidental a Liu Xiaoka.

Debido a los asuntos de la galería, que le habían tenido muy ocupado, Zhuang Zhidie pasó muchos días sin ver a Tang Wan'er. La mujer de Zhou Min se había quedado en casa, ansiosa, nerviosa, y sin poder parar un solo instante, como las hormigas en una sartén ardiente. Un día, al levantarse, ella notó algo diferente en su cuerpo. No tenía apetito y se le habían hinchado los párpados y vomitaba. Tang Wan'er empezó a tener sus dudas y fue al médico. Ella estaba

segura de que le iba a decir que estaba embarazada. Cuando vino desde Togguan a Xijing, Zhou Min se quejaba siempre de su inestabilidad y no quería tener hijos y utilizaba un preservativo cada vez que hacían el amor. Ello lo tranquilizaba. Una vez conocida la noticia, Zhuang Zhidie y él se reunieron y llegaron a la conclusión de que Tang Wan'er debía tomar una píldora para abortar, pero no podían decírselo así por las buenas, sino cuando se viesen por casualidad. Ella, sin embargo, se alegró por su estado y se llenó de valor. Ese estado de felicidad no era algo que sintiese muy a menudo. Quería tener el hijo y seguir adelante, y no se le pasaba por la cabeza la idea de abortar; pero no paraba de vomitar. ¡Lo vomitaba todo!, y le contó inmediatamente ese asunto a Zhuang Zhidie con la idea de que este le ofreciese un plan y la armase de valor para afrontar ese reto; pero, sobre todo, quería transmitirle el estado de miseria moral y humana en que se encontraba si no la apoyaban. La paloma blanca salió un par de veces con un mensaje, pero Zhuang Zhidie no lo recibió por encontrarse ausente. Tang Wan'er empezó a preocuparse y finalmente, desesperada y deprimida, quiso ir al hospital para abortar. ¿Cuándo era el buen momento para ir? Ella se sentía aterrorizada y se atormentaba con la idea de abortar. ¿Iba a tratar ese asunto ella sola? Había, ciertamente, que armarse de valor para seguir ese plan, y ella no estaba del todo convencida. Abortar, es decir, acabar con la vida de un niño antes de darle la oportunidad de venir a este mundo, debía ser un acto aprobado por Zhuang Zhidie, para no causarle ningún inconveniente. Zhuang Zhidie comparaba cada vez más a Tang Wan'er y Niu Yueqing, y al final se decantaba, ingenuamente, porque no era seguro, por Tang Wan'er como la madre de su hijo; le gustaba mucho más ella que su mujer e incluso consideró la idea de tener un hijo con ella, algo que había resultado imposible con Niu Yueqing. Zhuang Zhidie, en el fondo, odiaba a Niu Yueqing porque no podía hacerle padre, y ahora la oportunidad velada, pero ansiada desde hacía mucho tiempo, se le presentaba con su amante, Tang Wan'er. Pero un día, temprano por la mañana, se presentó Zhou Min y, tras saber que su mujer estaba embarazada, le pidió que fuese a abortar inmediatamente. Tang Wan'er se negó, ya que pensaba que el hijo no era de él, sino de Zhuang Zhidie, y Zhou Min la zarandó, incluso la hirió con algunos golpes porque pensaba que ese hijo no podía ser suyo de ninguna de las maneras. Tang Wan'er empezó a sangrar por abajo y temió haber perdido al niño. Se dirigió inmediatamente al médico y este le preguntó por qué no la acompañaba su marido. Tang Wan'er le dijo que Zhou Min la estaba esperando fuera en un vehículo pequeño. El médico le aconsejó que lo mejor era acabar ya con ese feto cuya vida tenía los días contados, y Tang

Wan'er, tras la intervención rápida y eficaz del médico, salió de la sala del hospital en un estado lamentable y tuvo que sentarse junto a la recepción para sacarse de encima los nervios que llevaba encima y, sobre todo, la vergüenza por haber perdido definitivamente al feto que en el fondo deseaba, pero le resultó imposible hacerlo, sonrió y se dijo a sí misma: yo, Tang Wan'er, me puedo comer un ladrillo y cagar una teja... Así que debo superar todo esto y seguir adelante... Se levantó y volvió a su casa, pero pasó de camino por el callejón donde vivía Meng Yunfang. Tang Wan'er no se sentía mal, solo con un poco de sed, y pensó que podía tomar algo en la casa de Meng Yunfang y preguntarle de paso por Zhuang Zhidie. Nada más poner el pie en la entrada, supo que Meng Yunfang no estaba en casa. Xia Jie, su mujer, tenía un humor de perros y estaba maldiciendo a todo el mundo. Al ver a Tang Wan'er, le dijo:

—Precisamente pensaba en ti, Sabía que ibas a venir a perturbar la paz de esta casa. ¡Eres el espíritu de una zorra apestosa!

Tang Wan'er le dijo:

—Sí, soy el espíritu de una zorra apestosa, una de esas zorras que toma el cuerpo de una mujer bonita para vengarse de alguien, un hombre seguramente... Nuestra literatura está llena de esos espíritus y sus historias vengativas... Y tú, en este lado del mundo, no paras de tirarte pedos y apestas. ¡Puedo olerlo! ¡Y de tu boca solo salen pestes! ¿Quién te ha puesto en este estado?

Xia Jie le respondió airada:

—¿Me preguntas que quién me ha puesto en este estado?

—Porque el maestro Meng se ha ido a charlar con el maestro Zhuang... ¿Eso te pone en este estado? —dijo Tang Wan'er—. Ese tipo de personas importantes parece que no han visto cómo se comporta un hombre real en la vida. ¿Cuánto tiempo van a llevar cinturón para que les sujete los pantalones?

Xia Jie dijo:

—Zhuang Zhidie ha estado muy ocupado estos días con el asunto de la galería de arte. ¿Crees que tiene tiempo de charlar con mi marido? Si al menos lo hiciera..., pero la verdad es que mi marido se pasa todo el tiempo con un tipo extraño de Xinjiang, un gato extraviado y salvaje, al que trata y respeta como a un dios. Lo invita a comer cada dos por tres y lo mismo hace con su hijo, Meng Jin. Este siempre viene a verlo a esta casa y la relación que tiene con su padre es como la de un aprendiz con su maestro... ¡Hace nada yo le he vuelto a echar bronca a mi marido! Ya no necesito decírselo. Se lo he dicho mil veces. ¡No quiero ver a su hijo en mi casa! Y tú, Wan'er, ¿cómo estás? Estás tan pálida...

Tang Wan'er oyó por primera vez que Zhuang Zhidie andaba muy ocupado con la galería de arte y ello la tranquilizó.

—¿Hago mala cara?... Bueno, estos días no he dormido bien... —se excusó Tang Wan'er—. Me levanto muy cansada por las mañanas y con mucha sed. ¿Tienes azúcar rojo? Una disolución me sentaría de maravilla.

Xia Jie le dio un terrón de azúcar rojo disuelto en agua y le preguntó:

—¿No duermes bien por las noches? Tú y Zhou Min, ¿os peleáis cada noche? ¿O es que él se vuelve loco por poseerte? Bebe esto. ¡Te subirá la temperatura!

Tang Wan'er le dijo:

—Tengo una gripe en el estómago o algo parecido... Expulso todo lo que como. El médico me ha dicho que tome azúcar disuelto en agua.

Tang Wan'er, tras beber la taza con el agua y el azúcar, se puso a sudar y notó que recuperaba las energías. Se puso a hablar durante un rato y Xia Jie le propuso salir fuera a dar un paseo por la calle. Tang Wan'er quería echar una cabezada, pero Xia Jie se lo impidió y las dos salieron de la casa.

Entre charlas y risas, llegaron a la Puerta del Sur y Tang Wan'er sintió que le dolía demasiado la barriga y se apoyó en la baranda que había en uno de los extremos del puente que atravesaba el río de la ciudad de Xijing, y le dijo a la mujer de Meng Yunfang:

—Xia Jie, descansemos un poco.

Tang Wan'er señaló el jardín que había junto al río. Por el cielo, en todo lo alto, cruzaban unas nubes blancas y esparcidas, y el sol continuaba brillando con fuerza. Bajo el puente, las aguas del río fluían vivamente, arrastrando hierbas en su superficie y dejando atrás las ranas que intentaban pegarse a ellas. Junto a ellas también se dejaban llevar por la corriente numerosos renacuajos. Tang Wan'er se rio inconscientemente y Xia Jie le preguntó de qué se reía. Tang Wan'er no se atrevía a decirle que se reía de los renacuajos y le respondió:

—¡Mira ese viento!... Viene del río y nos envuelve. Sube por la colina, traspasa las verjas que encierran el parque y llega hasta los árboles, enloqueciéndolos. Ese viento no se detiene nunca; se convierte en un remolino y luego desaparece. Si te digo la verdad, no quería hablar del viento, sino de ese arbusto, que es una amorfa, si no me equivoco. Desde lejos, el tronco se separa en dos partes y justo en medio hay una piedra larga. Me parece muy interesante. ¿No crees?

Xia Jie le comentó:

—No sé si ese arbusto estaba ya así, abierto, o es el jardinero que ha introducido esa piedra en medio del tronco para separarlo en dos partes. Más crece, más se bifurca ese tronco; pero no entiendo muy bien qué hace esa piedra en punta ahí en medio.

Tang Wan'er le preguntó:

—¿Y a qué te recuerda ese árbol?

—Pues a un tirachinas o una la letra Y, así en mayúsculas —repuso Xia Jie.

—Míralo bien —le pidió Tang Wan'er.

—Quizá es la forma de un hombre al revés, con las dos piernas arriba —contestó Xia Jie.

—Pero, mira esa piedra larga y puntiaguda en medio de las dos piernas de ese hombre, según tu interpretación... —le indicó Tang Wan'er.

Xia Jie se dio cuenta, de repente, de adónde quería ir a parar Tang Wan'er con sus preguntas y le dijo:

—Menuda guarra estás hecha, Wan'er... ¿Cómo puedes estar pensando en eso?

Xia Jie le pinchó el brazo a Tang Wan'er y las dos mujeres se pusieron a reír mientras continuaban su paseo por el puente. Unos viandantes que pasaron a su lado se las quedaron mirando y Xia Jie le dijo a Tang Wan'er si no estaban haciendo demasiado ruido en un lugar tan tranquilo como ese. Tang Wan'er le dijo:

—Que miren lo que quieran... No me importa nada.

Y Xia Jie le susurró:

—Wan'er, sé honesta conmigo. Tu Zhou Min, ¿cuántas veces puede hacerlo contigo en un solo día? Vaya marcha que debes tener tú en la cama... Ahora comprendo esa cara paliducha y chupada, y que Zhou Min siempre esté por los suelos... ¿Le das vitaminas?

Tang Wan'er le contestó:

—Xia Jie, no eres justa conmigo. Lo hacemos unas doce veces al mes y le damos mucha importancia. Intentamos no olvidarlo nunca.

Xia Jie le dijo:

—¡Menuda perra estás hecha, Wan'er! Debes tener a Zhou Min que se sube por las paredes, y eso que pareces una mosquita muerta...

Tang Wan'er sonrió y le dijo:

—Pero ¿no me decías que era una zorra apestosa?

Xia Jie le contestó:

—He oído decir que las zorras hacen ese tipo de cosas por las noches... Ayer estuve leyendo los *Cuentos fantásticos del estudio del charlatán*, de Pu Songling, y ese libro está lleno de mujeres que son en realidad zorras y fantasmas. ¡Y dan mucho miedo! Tu maestro Meng dice: yo no temo a las zorras; en lo más profundo de la noche, espero toparme con una... Cuando me dice esas cosas, yo le tiro los muebles encima a ese viejo verde... ¡Mi marido solo piensa en mujeres jóvenes y bonitas! Le digo que es como uno de esos insectos que va buscando carne joven para chupar la sangre. Cuando me fui a dormir me quedé pensando en Pu Songling y sus cuentos. Creo que dice muchas tonterías respecto a las mujeres y las zorras. En el mundo hay zorras que toman el cuerpo de mujeres bellas y hay mujeres que tienen un atractivo universal, pero no porque hay una zorra en ellas, sino por lo que de humano hay en ellas. Lo mismo sucede con el emperador; nadie ve sus ropas sino al ser humano.

Tang Wan'er la escuchó con atención y luego le dijo:

—He leído los *Cuentos fantásticos del estudio del charlatán* y he creído siempre que Pu Songling es un sentimental. En su vida debió tener muchas amantes y él las amaba profundamente, pero sufrió por no poder tener una vida conyugal larga y satisfactoria con una de esas amantes. En sus cuentos, Pu Songling convierte a las amantes en zorras precisamente porque anhela vengarse del Cielo, es decir, de su destino.

—¿Y tú cómo sabes eso? ¿Por experiencia? ¿Estás enamorada de otro hombre? ¿Y ese hombre te corresponde?

Los pensamientos de Tang Wan'er se llenaron con la persona de Zhuang Zhidie. No había nada más en su cabeza, en esos momentos, que Zhuang Zhidie. Sus ojos se curvaron y sus cejas formaron unas medialunas. Tang Wan'er sonrió beatamente y sus mejillas enrojecieron.

—Yo solo tengo ideas locas. ¿Cómo iba a tener yo un amante, hermana Xia? En este mundo pasan cosas muy extrañas...; pero donde hay hombres, hay mujeres... Tú y el maestro Meng, ¿cómo os sentís juntos?

Xia Jie dijo con melancolía:

—Me arrepiento seriamente de lo que hemos hecho; pero intento no pensar en ello, aunque lo haga dos de cada tres días...

Tang Wan'er le replicó:

—Pero ¿por qué no os habéis convertido en dirigentes?

—¿Dirigentes? ¿De qué? ¿Políticos? —preguntó Xia Jie.

—De una unidad de trabajo; eso ayuda a las parejas a estar unidas — respondió Tang Wan'er—. Trabajar juntos, vaya... Si cometéis un error, alguien, el supervisor, os lo dice. Se comete otro error, pues te los corrigen, y así... ¿No te parece una experiencia maravillosa para la vida en pareja? El supervisor de la unidad de trabajo hace de terapeuta familiar.

Las dos mujeres se pusieron a reír a carcajadas, y Xia Jie dijo:

—El ser humano es un hombre y una mujer que comen y beben.

—También es la espinita clavada de Dios —dijo Tang Wan'er—, y por eso no tiene solución...

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Xia Jie.

—Pues que Dios, cuando creó al ser humano, hizo un descerebrado de él, y seguro que luego se arrepintió. Quería que sobreviviese de generación en generación y por eso le obligó a alimentarse, sí, comer y, por lo tanto, sufrir. El ser humano debía sufrir mucho para ganarse su pan, ya que debía cultivar los campos, moler el cereal y hacer la comida...; todo ello para ganarse el pan con el sudor de la frente. ¿Lo entiendes? Pero cuando comía, debía luego cagar y mear. ¡Cuántas obligaciones y qué difíciles de llevar! Dios hizo que el hombre tuviese hambre. Sí, el hambre, esa fuente de conocimiento, el motor de la vida... El hambre es lo que hace que seas consciente de que debes trabajar duro por todo y para todo. El hombre y la mujer deben juntarse para realizar esas tareas. ¿Comprendes ahora por qué el hombre y la mujer deben estar juntos? Pues porque existe el hambre. El amor nace del hambre, aunque el ser humano lo haya olvidado. El hombre y la mujer juntos aseguran la progenitura y Dios se asegura que su creación continuará en este mundo, por eso creó el deseo y el placer sexual. Ah, el placer sexual... Dios no lo había creado al principio, pero se dio cuenta de que la vida del ser humano era demasiado dura e introdujo el sexo para que se divirtieran un poco al mismo tiempo que aseguraba la reproducción; pero ahí se le empezó a torcer el invento...

Xia Jie le dijo:

—Sigo pensando que eres una picarona, Wan'er. No tienes muy bien la cabeza que digamos... Solo piensas en esas cosas...

Xia Jie le hizo cosquillas en las axilas a Tang Wan'er y la atrajo hacia ella, pero Tang Wan'er sonrió, sintiendo que se metía en una situación delicada, y salió corriendo por el puente. Xia Jie salió tras ella y las dos llegaron a la entrada del parque. Tang Wan'er se echó panza abajo sobre la hierba y Xia Jie se echó sobre ella. Tang Wan'er no se movió. Xia Jie cogió las piernas de Tang Wan'er e,

inesperadamente, la descalzó de un pie y le dijo:

—¿Qué? ¿Vas a salir corriendo otra vez?

Tang Wan'er se giró y le gritó:

—¡Hermana Xia! —Por su cara empezaron a caer gotas de sudor y los ojos se le cegaban...

* * *

Xia Jie alquiló los servicios de un triciclo para llevar a Tang Wan'er al hospital; pero cuando la mujer de Zhou Min recuperó la consciencia, no quiso ir por nada del mundo al hospital y adujo que contrajo una enfermedad extraña durante los primeros años de su adolescencia que le provocaba desmayos. Esa enfermedad tenía que ver con sus reglas y la dejaba exhausta. Por eso, quería regresar a casa para descansar un rato. Xia Jie puso su mano en la frente de Tang Wan'er. La frente estaba sudorosa, y con un sudor que no se había enfriado todavía. A Xia Jie también le llamó la atención el color rojo oscuro que había tomado la cara de la mujer de Zhou Min. Xia Jie decidió que no irían al hospital y le pagó los cinco yuanes al conductor del triciclo. Luego acompañó a Tang Wan'er a su casa, que estaba vacía y fría. Tang Wan'er se metió inmediatamente en la cama y Xia Jie le dijo:

—Wan'er, ¿te sientes un poco mejor ahora?

Tang Wan'er le respondió:

—Mucho mejor; y gracias por todo, hermana Xia.

—Hoy me has hechizado con tus palabras, Wan'er, y me he comportado torpemente contigo. ¡Se me ha ido la cabeza!, pero me he sentido viva por primera vez en mucho tiempo... —le confesó Xia Jie.

Tang Wan'er le replicó:

—Bueno, ¡mis hermanas se sienten hechizadas por mí! Habrá que aprovecharlo...

Xia Jie dijo:

—Lo que has dicho ahora tiene mucho interés... Si quieres comer algo, puedo preparártelo... ¿Quieres?

Tang Wan'er esbozó una sonrisa leve en sus labios y sugirió:

—No quiero comer nada. Solo deseo dormir. Con una cabezada me daré por satisfecha. Tú puedes volver a tu casa.

Xia Jie le dijo:

—Tu Zhou Min no está en casa, ¿ha ido a trabajar? Voy a pasar una llamada a su unidad de trabajo.

Pero Tang Wan'er le propuso:

—Llámalo cuando estés en la calle. Fue a ver al maestro Zhuang a su casa y seguramente todavía está ahí.

Xia Jie volvió a darle una disolución de agua y azúcar rojo a Tang Wan'er y se la dejó junto a la cama. Poco después salió a la calle para hacer la llamada.

Zhuang Zhidie cogió el teléfono y, nada más saber el estado de Tang Wan'er, cogió la motocicleta Mulan y se fue a verla sin perder un minuto más, y Zhou Min no había regresado todavía de la redacción de la revista. Tang Wan'er, nada más verle la cara a Zhuang Zhidie, se puso a llorar. Zhuang Zhidie, le preguntó por su estado mientras le secaba las lágrimas de los ojos. Tang Wan'er le contó la historia completa y Zhuang Zhidie se quedó junto a la cama sin decir nada y sin moverse. Solo al cabo de un buen rato, de rabia e impotencia, se golpeó la frente. Al verlo reaccionar de esa manera, Tang Wan'er, satisfecha y contenta, le dijo:

—¿Me odias por lo que he hecho? Te pido perdón, he perdido al niño, que era tu hijo. Yo sabía, aunque no me lo hubieses dicho, que ese hijo era para ti algo muy importante, algo definitivo para ti, Zhidie.

Zhuang Zhidie abrazó la cabeza de Tang Wan'er y la consoló con una voz suave:

—Wan'er, no eres tú la que me debe pedir perdón, sino yo a ti; y soy yo el que he cometido esa falta imperdonable contigo. Tú ibas a asumir ese asunto totalmente sola y no querías implicarme en ello. ¡Qué buena eres, Wan'er! Después de pasar por el quirófano para abortar, ¿cómo es posible que te hayas ido con Xia Jie a hacer la loca? ¡Y en ese estado! Debes estar exhausta.

Tang Wan'er le dijo:

—Pensaba que podía funcionar..., pero ¿podía contárselo a Xia Jie? Y, por cierto, ¿cómo va el asunto de la galería?

Zhuang Zhidie le contestó:

—¿Y cómo sabes que ando ocupado con un asunto relacionado con la galería de arte? Hacía mucho tiempo que no te veía y tú no me has enviado ningún mensaje con la paloma blanca.

Tang Wan'er le respondió:

—¿Cómo puedes decirme que no te he enviado ningún mensaje con la paloma? Día y noche, pero tú no debías de estar en casa. Habías desaparecido sin dejar rastro y me quedé sola como dueña de mi destino.

Zhuang Zhidie se giró e insultó a Liu Yue, acusándola de haberle ocultado los mensajes de la paloma e insistió en salir a la calle a comprar algunos productos vigorizantes para Tang Wan'er, pero no la dejó hasta que regresó Zhou Min.

Desde hacía una semana, Zhuang Zhidie, día sí día no, visitó a Tang Wan'er, y lo hacía llevándole, como no podía ser de otra manera, pollo y pescado. Liu Yue esperaba cada vez su regreso con una taza de té, que le servía inmediatamente. Zhuang Zhidie le dijo en una de las ocasiones:

—Liu Yue, ¿por qué eres tan considerada?

Liu Yue le respondió:

—Lo hago porque soy tu criadilla y, además, tú no paras un segundo, maestro Zhuang. ¡Qué energía!

Zhuang Zhidie sonrió y le pidió:

—Ya no me atrevo ni a salir de esta casa. Cada vez que salgo, me preguntó dónde estará Tang Wan'er y temo lo peor. Ya no sé dónde ir, y no tengo ni ganas de salir a ningún lado a pesar de la agenda que tengo que cumplir en estos momentos. Podrías ir en mi lugar... Ve a buscar a Zhao Jingwu y le pides que vaya a buscar al doctor Hong y vaya al templo de la Vacuidad Serena.

Liu Yue le propuso a su vez:

—Pero Hui Ming, del templo de la Vacuidad Serena, ¿está enferma?... Este domingo iré a comprar pescado fresco en el mercado de la calle de la ciudad del Carbón, y, a la vuelta, pasaré a ver a Hui Ming. Ella y el secretario Huang iban en un vehículo pequeño y se pararon a un lado de la carretera, pero ella no me vio y yo hice como si tampoco la hubiese visto. *Ummm...* Una novicia budista, ¿puede pintarse los labios de rojo?... Sospecho de esas prácticas... Si vas de guapa por la vida, no debes hacerte monja... Es una contradicción... Todas las novicias y las monjas de cualquier templo deberían saber eso. Y si no se hubiese hecho monja, esa Hui Ming pertenecería al grupo de bellezas de la ciudad de Xijing; ese grupo de mujeres por las cuales los hombres se pelean. Tampoco entiendo cómo es posible que, siendo ya una monja budista, vaya presumiendo todo el rato de cara bonita y tetas grandes. ¿No se da cuenta de que todo el mundo no habla de otra cosa? Lo de menos con Hui Ming es el budismo y sus auténticos valores... ¿Y ahora está enferma? ¿O es que ya no la protege Buda?

Zhuang Zhidie dijo:

—Mira, tienes la lengua afilada con una lima y no tienes vergüenza. ¿Cómo puedes hablar así? ¡No soportas que Hui Ming sea más guapa que tú!

Liu Yue le respondió:

—¿Por qué te has enfadado conmigo?

Zhuang Zhidie quiso aclarar el asunto de los mensajes de la paloma y Tang Wan'er; pero, finalmente, se tragó la saliva y desistió. Tampoco les comentó a Liu Yue y Niu Yueqing lo que le estaba pasando a Tang Wan'er. Liu Yue no se encontraba todavía de muy buen humor y dijo:

—¡Por mis pedos! Antes, ese apestoso de Meng venía corriendo hasta aquí; pero desde que perdió el ojo ya no corre. ¡Ahora eres tú el que corre y se comporta diligentemente!

Zhuang Zhidie dijo:

—Más hablas, más orgullosa te sientes de ti misma, Liu Yue. Yo también he visto al secretario Huang en la calle y me dijo que lo que tiene Hui Ming no es muy importante. Le pedido a Zhao Jingwu que vaya a ver a un médico porque tú no quieres ir.

Liu Yue le replicó:

—Pero ¿no eres tú el que me dice que no vaya? Llevo retraso para el almuerzo de hoy. Tú y la gran hermana podéis iros fuera, a la calle, a comer lo que queráis...

—¿Cuánto tiempo te vas a pasar hablando con ese descarado? —le advirtió Zhuang Zhidie—. Has perdido el alma, Liu Yue. ¡Se lo voy a contar todo a tu gran hermana!

—Pues me parece estupendo —dijo Liu Yue—. Yo, por mi parte, le voy a dar veneno a tu señora para que se lo dé a la paloma blanca.

Tras decir esas palabras, Liu Yue se puso a reír y salió corriendo por la puerta.

106. Huang Binhong, que vivió entre 1865 y 1955, fue un historiador de arte, pintor y ensayista [*N. del T.*].

107. El mausoleo de Qianling se encuentra a pocos kilómetros de Xi'an (Xijing en la novela) [*N. del T.*].

108. En el delirio del personaje novelesco Gong Xiaoyi se parodia el contenido visionario sobre el socialismo y profundamente nacionalista del discurso de Mao Zedong, quien, a su vez, se sirvió del poema del poeta de Tang, Bai Juyi, *La canción del eterno lamento* (*Chang hen ge*) para realizar una caligrafía (incompleta) que ilustraba su propio pensamiento socialista y nacionalista [*N. del T.*]

CAPÍTULO XVIII

Liu Yue se vio con Zhao Jingwu y fueron de un lado a otro, sin rumbo fijo, varias veces, y Niu Yueqing lo observaba todo con sus ojos, pero no abría la boca y sus pensamientos se agriaban. Amonestó varias veces a Liu Yue, pero la sirvienta hacía como si no la comprendiese y se limitaba a sonreír bobaliconamente a Niu Yueqing. Lo que debía hacerse, debía hacerse, y eso era todo, pensó Liu Yue. Hacer dos cosas al mismo tiempo; esa era su vida en ese momento. La comida por la mañana y para más tarde; lavar la ropa ahora y lavar la ropa más tarde. Al día siguiente, Liu Yue se desmayó en casa de Tang Wan'er y Zhao Jingwu se fue a buscar a Zhuang Zhidie, pero ni Niu Yueqing ni Zhuang Zhidie estaban en su casa. Aprovechando esa situación, Zhao Jingwu se armó de valor y besó a Liu Yue, y esta, sin rechazarlo ni aceptarlo, le dejó que la besara. Zhao Jingwu, no satisfecho con un beso, empezó a sobar ansiosamente el cuerpo de Liu Yue, y ella le dijo:

—¡Eh, Jingwu, tienes las manos muy largas!...

Tras amonestarle, Liu Yue se desató el cinturón del pantalón y se quedó en braguitas, se paseó solo con ellas, y luego se las quitó. Zhao Jingwu, al verla así, se quedó parado, sin saber qué hacer; pero al ver a Liu Yue de esa manera, se excitó y le entraron ganas de poseerla. El problema que se le presentó era que no tenía experiencia y le entró pánico. Nada más ver la flor, esta se marchitó; o, dicho de otra manera, Zhao Jingwu eyaculó sin ni siquiera haberse movido. Al verlo de esa manera, Liu Yue se enfadó al mismo tiempo que se puso a reír. Zhao Jingwu había ensuciado sus pantalones y le pidió que los lavara él mismo, y así lo hizo Zhao Jingwu; pero, titubeante, no se atrevió a hablar de ese tema con Liu Yue. La joven sirvienta volvió a decirle:

—¿Quieres que haga bromas de lo patético que eres?

—No es que no funcione bien, es que estaba muy excitado... —respondió Zhao Jingwu—, y ando muy tenso con tantas cosas que están pasando en la casa

del maestro Zhuang. Espera a que nos casemos y ya verás. Todo irá mejor. — Tras decir esas palabras, se acordó de otro asunto y añadió—: Después, tú, trabaja aquí tanto como puedas y no digas nada. El maestro Zhuang anda muy susceptible en estos momentos. Está metido en mil líos y se preguntará qué estamos haciendo tú y yo ahora. Y no sabe nunca cómo encontrarme.

Liu Yue dijo con segundas intenciones:

—*Aiya*, me temo que tu maestro Zhuang también es un ser humano... ¿Qué no podrá hacer ese hombre?

Zhao Jingwu no sabía a qué se refería Liu Yue y le preguntó:

—¿Qué no puede hacer el maestro Zhuang?

Liu Yue le contó, inesperadamente, y con todo lujo de detalles, la relación entre Zhuang Zhidie y Tang Wan'er. A Zhao Jingwu, que la escuchó detenidamente, le entró miedo, pero mantuvo un gesto facial de respeto y dijo, deseando desviar el tema:

—El maestro Zhuang tiene mucho prestigio en Xijing y más de un amigo le echaría una mano en caso de apuro. Este asunto acabará sabiéndose y la reputación del maestro se hundirá y mucha gente, sobre todo de su familia, caerá con él. Nosotros, que somos sus discípulos y le debemos tanto, deberíamos ayudarlo a recuperar su prestigio. ¡Y su autoridad moral e intelectual!

Liu Yue asintió varias veces con la cabeza y volvió a hablar del acto sexual fallido entre Zhao Jingwu y ella:

—Permite que mi cuerpo, el de una mujer joven, brille para ti, pero no ahora. La flor caída, una vez abierta, no da resultados. ¡No quiero que te quedes conmigo! Sospechas que esto no es conveniente hacerlo ahora. Mañana iré a tu casa y acabaremos con este asunto.

Zhao Jingwu quería dejar correr por un tiempo su relación con Liu Yue y dijo:

—El maestro Meng ya me lo dijo. Las mujeres, en casa, más hacen el amor, más se arman de valor para seguir haciendo esas cosas..., pero yo no lo creo.

Zhao Jingwu miró desanimado y ruborizado a Liu Yue y esta le dijo:

—Hemos llegado al día de hoy y me avergüenza no haber hecho más por ti. ¿Por qué no podré ser tu mujer en el futuro? Quiero hacerlo contigo para mostrarte mi amor...

Zhao Jingwu le contestó:

—Ahora no estoy con la cabeza, ni el corazón, para esas cosas, Liu Yue. Mañana le pediré al maestro Zhuang las llaves del salón A la búsqueda de eso

que falta y te llevaré ahí, donde podremos, a la postre, divertirnos lo que queramos. Seguro que funcionará... ¿Te parece?

Liu Yue le dijo:

—¿Cómo?... ¿Quieres llevarme al salón A la búsqueda de eso que falta? ¿Dónde he oído hablar antes de ese lugar?

Zhao Jingwu le explicó entonces lo que era y representaba ese lugar. Liu Yue exclamó con ironía:

—¡Oh!... ¿Puede haber un lugar mejor para nosotros? Ahora sé por qué el maestro Zhuang y Tang Wan'er siempre se citaban en ese lugar... ¡El famoso y misterioso nidito de amor cuando Zhou Min estaba en casa!... ¡Su lugar secreto! Y, al parecer, ese es el lugar donde a la gente le entran muchas ganas de hacerlo... ¡Un auténtico lupanar donde dar rienda suelta a las tentaciones de la carne!

Zhao Jingwu le pidió las llaves a Zhuang Zhidie y le puso como excusa que uno de sus amigos buscaba un sitio para pasar unas noches. En secreto, llevó a Liu Yue a ese lugar para intentarlo de nuevo.

Un día al mediodía, Niu Yueqing, de regreso a su casa tras el trabajo, se dio cuenta de que ni su marido Zhuang Zhidie ni Liu Yue estaban en casa. Estuvo esperando un rato la llegada de ambos, pero solo vio venir a Liu Yue, que canturreaba tan alegre y despreocupada mientras subía por las escaleras. Nada más abrir la puerta, Niu Yueqing le preguntó:

—Pero ¿dónde os habéis metido todos? ¡En esta casa no se ve ni la sombra de un perro!

Liu Yue vio en la calle a Zhao Jingwu, bajó, le comentó algo, y le dijo que iba a comprar unos panecillos rellenos.

—He comprado unos *baozi* —le dijo Liu Yue a Niu Yueqing, ya de regreso a casa—. ¿Quieres que te caliente una sopa de pollo?

Niu Yueqing le respondió:

—Debemos ahorrar comida. Mejor me quedo solo con los panecillos. ¿Qué has hecho esta mañana?

Liu Yue le respondió:

—Toda la mañana la he pasado trabajando y exclamando ¡oh!

Niu Yueqing le dijo:

—Mientes. He llamado a casa y nadie ha cogido el teléfono. ¿Por qué? — Airada, Niu Yueqing se sentó a un lado para recuperar el aliento, y volvió a preguntar—: ¿Dónde está el maestro Zhuang?

—No lo sé —respondió tajantemente Liu Yue.

—¿Y no te apetece comer? —le preguntó Niu Yueqing—. Algo grave ha debido de pasarle a Zhuang Zhidie. Deberías llamar por teléfono al maestro Meng para saber si está en su casa.

Liu Yue descolgó el teléfono y llamó, pero nadie respondió al otro lado. Niu Yueqing cogió el teléfono y llamó seguidamente a la redacción de la *Revista de Xijing*, a su madre, en la calle de Shuang Ren Fu, a Wang Ximian, a Ruan Zhifei y al periódico. En cada uno de esos lugares, le dijeron que no sabían dónde estaba Zhuang Zhidie. Liu Yue se vio, entonces, presionada por Niu Yueqing:

—¿Y no estará en casa de Zhou Min?

Niu Yueqing se subió a su bicicleta y fue a ver lo que pasaba. Zhou Min ya había vuelto de dejar las pruebas de la revista en la imprenta y se encontraba preparando unos fideos instantáneos, pero no quería decirle a nadie que había regresado. ¿Y Tang Wan'er?, le preguntó Niu Yueqing. Zhou Min le respondió que no la había visto. A lo mejor había salido a dar un paseo por la calle. ¿No era así? Niu Yueqing regresó a su casa. Tenía hambre y estaba enfadada, y Liu Yue volvió, otra vez, a ser la víctima de la frustración de su señora. Liu Yue le dijo:

—¡Yo por qué diablos debo saber dónde se ha metido el maestro Zhuang! Lo hemos buscado en todos los sitios donde podíamos buscarlo, salvo en un sitio... ¡El salón A la búsqueda de eso que falta! No hay otro sitio... —Pero Liu Yue se arrepintió, nada más acabar, de lo que había dicho.

Niu Yueqing aprovechó ese momento para preguntarle:

—El salón... ¿A la búsqueda de eso que falta?... Pero ¿dónde diablos está eso?

Liu Yue le contestó:

—Creo haber oído al maestro Zhuang hablar de ese lugar... Creo que ha ido alguna vez... Yo, por mi parte, no estoy segura si es una unidad de trabajo o una residencia... Debería informarme...

Niu Yueqing le dijo:

—Si alguien tiene que ir a buscarlo, esa soy yo... ¡Es un asunto de orgullo personal que ya me tiene negra! Y no hay tiempo que perder. ¿Dónde me habías dicho que está ese lugar?

Liu Yue no había dicho nada sobre la dirección, pero se vio obligada a decirla. Niu Yueqing montó en la bicicleta y se dirigió hacia el salón A la búsqueda de eso que falta.

Ese mediodía, Zhuang Zhidie y Tang Wan'er se encontraban en el salón A la

búsqueda de eso que falta. Tang Wan'er, aunque se había recuperado, seguía sangrando abundantemente por la parte de abajo. Los dos habían acordado darse cita en ese piso junto al templo de la Vacuidad Serena. Tang Wan'er le contó a Zhuang Zhidie lo que sucedió antes y después del aborto que se vieron obligados a practicarle en el hospital. Zhuang Zhidie no pudo reprimir las lágrimas, tras escuchar el relato de Tang Wan'er, y su rostro se llenó de ellas. Tang Wan'er dibujó en el vacío con su dedo índice un «te quiero», y Zhuang Zhidie le confesó que quería casarse con ella. Tang Wan'er le preguntó cuándo quería casarse. ¿En el futuro? Y la respuesta fue entre tres y cinco años, o quizá entre ocho y diez años. Todo el mundo creía que Zhuang Zhidie se había casado con un hada inmortal de las montañas cuando, en realidad, ya era una vieja *laopo*. Zhuang Zhidie se sintió avergonzado y suspiró, dolorido, por esa situación que veía lejana e inviable. Tang Wan'er, sin embargo, sonreía, y le dijo a Zhuang Zhidie que era un ser patético, le hizo cosquillas en las axilas y se puso a reír, pero Zhuang Zhidie frunció el ceño, de enfado, ya que le hacía daño y Tang Wan'er volvió a decirle que no debía ponerse de esa manera y que debía acabar con su tristeza de una vez por todas. Ella también le dijo que lo esperaría, aunque hacerlo también la entristeciese; pero si no la amaba de verdad, lo mejor sería que se lo pensase dos veces incluso si pensaba casarse con ella. Pero si finalmente se casaban, ¿cómo iba a estar segura de que no la iba a engañar con otra mujer más joven y guapa que ella?, le dijo Tang Wan'er. Si eso sucede, le dijo, yo no te odiaré. No te lo impediré. Zhuang Zhidie le preguntó:

—¿En qué tipo de persona voy a convertirme? Y tú, Tang Wan'er, ¿no vas a perder el interés por mí? ¿Y vas a permitirme que vaya a buscar a otra persona?

A Tang Wan'er se le escaparon unas risas y dijo que ella pensaba, a veces, en pedirle perdón a Niu Yueqing por haberle robado el marido y pensaba que ella no debía perderlo. Tang Wan'er expresó sus dudas sobre si Niu Yueqing era una buena o una mala esposa, pero era una mujer, y no deseaba repetir los mismos errores que ella. Si Zhuang Zhidie dejaba de amarla un día, ella se convertiría en una depravada y se acostaría con el primer hombre que encontrase en la calle, incluidos los locos, los raquíuticos, ¡y hasta los ladrones! Zhuang Zhidie tenía la mirada perdida, cambió de cara y rugió:

—Dices tonterías, Wan'er. ¡No te permito que hables de esa manera!

Tang Wan'er derramó unas lágrimas y dijo que no iba a abrir más la boca, y así lo hizo durante un rato, hasta que le preguntó a Zhuang Zhidie si estaba enfadado con ella. Zhuang Zhidie le dio una palmada en el trasero. ¡*Pam, pam!*, y le respondió que sí, que estaba muy enojado con ella. Vosotras, las mujeres, le

dijo, no sabéis lo que es la grandeza del corazón. Tang Wan'er lo abrazó y le besó. Los dos se intercambiaron varios besos e, involuntariamente, se enlazaron... □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí treinta y ocho palabras]. Se lo quedó mirando fijamente y vio que había algo rojo en la almohada y los dos se lamentaron por lo que acababan de hacer. Debido a la intervención del médico, no podía practicar en un mes el coito con nadie y acababa de hacerlo con su amante. Zhuang Zhidie le preguntó a Tang Wan'er cómo se sentía, y Tang Wan'er le respondió que no tenía nada. Lo único que había hecho era manchar la almohada con sangre y vísceras y quería limpiarla. Tang Wan'er cogió la almohada manchada y se la quedó mirando. Finalmente, cogió un bolígrafo e hizo un círculo alrededor de la mancha de sangre. Ese círculo tenía, en realidad, la forma de una hoja de arce. Zhuang Zhidie sonrió y dijo:

—Vale... Las hojas de arce enrojecen cuando llega el otoño y ello las embellece al extremo antes de caer al suelo y morir... Vayamos a comer algo y, de paso, compraremos unas agujas e hilo de seda para bordar. Cuando te pongas bien, harás un bordado en esa almohada exclusivamente de hojas de arce y todo el mundo podrá así admirar tu obra maestra. Tu sangre convertida en arte... ¿No te parece maravilloso?

Zhuang Zhidie y Tang Wan'er se pusieron a jugar con la almohada, pero con un ojo puesto en la comida, ya que les había entrado hambre. Decidieron, finalmente, ir a comer fuera, a una de las cantinas de la calle, y comprar esas agujas y esos hilos; pero cuando bajaban, se toparon con Niu Yueqing y los dos se asustaron. Zhuang Zhidie quiso normalizar el encuentro fortuito y dijo:

—Wan'er, mira, tu gran hermana también ha venido hasta aquí..., pero ¿para qué?

Niu Yueqing respondió:

—Me he pasado el día buscando al ratón por todas partes y mira por dónde que lo encuentro en su agujero... ¡Y estabais aquí! Wan'er... ¡Vaya cara haces!

Zhuang Zhidie buscó un pretexto:

—Qué coincidencia... Wan'er me pidió ayuda para un trabajo temporal. ¡Necesita dinero!... Y yo pensé: ¿por qué no le pregunto al jefe de la sección del departamento de Salud Pública de este distrito, el barrio de Los Sauces? Por eso la he traído hasta aquí para que lo viésemos; pero ese jefe de la sección de Los Sauces no estaba del todo convencido. Un tipo áspero y desagradable, ese... Así que nos venimos hasta aquí...

Niu Yueqing dijo:

—¿Y cuánto quiere cobrar por ese trabajo temporal? Harías mejor quedándote en casa con cara de tonta y dejando que Zhou Min siga escribiendo sus artículos y sus ensayos para ganar el dinero. Ahora el rey Yan (el rey de los infiernos) te ha puesto los ojos encima y los demonios andan sueltos para atormentarte. ¿Y te me vas a ver a ese jefecillo de barrio para buscar trabajo? ¡Bah!... ¡Esos tipos son unos inútiles!

Tang Wan'er dijo, entonces:

—La gran hermana habla como si todo fuera tan fácil... Zhou Min escribe sus ensayos y sus artículos para ganar dinero, cierto, y yo hace tiempo que me quedo en casa con cara de tonta. Si Zhou Min escribiera como el maestro Zhuang, yo estaría tranquila, pero no es el caso... Y buscando un trabajo para ayudar a mi familia, ¿no me parezco a la gran hermana Niu?

Niu Yueqing le contestó:

—Así es... Y cambiando de tema, Hong Jiang quiere editar libros otra vez y ha citado el nombre del bueno de Zhou Min.

Azuzado por la curiosidad, Zhuang Zhidie le preguntó inmediatamente a su mujer:

—No deberías crear falsas expectativas. Ya sabes que Hong Jiang está fuera de lugar y ya no pinta nada en esa librería. ¿Has podido hablar con Zhou Min? ¿No me andaba buscando por un asunto urgente?

Niu Yueqing le exclamó sorprendida:

—¡Un asunto grave!... ¿Qué asunto grave?

—Debo interrumpiros —se inmiscuyó Tang Wan'er—. No me siento cómoda con esta conversación y debo irme... —Tras decir esas palabras, Tang Wan'er los dejó.

Niu Yueqing dijo por su parte:

—Debo ir a trabajar esta mañana. Gong Xiaoyi me buscaba y, nada más verme, se me ha puesto a llorar como un niño. ¡Me ha asustado, ese joven! Aunque ya no sé si ese joven es un ser humano o un fantasma... Le pregunté si pasaba algo y me dijo que andaba buscándote, Zhidie, y que su padre había cometido un crimen. El hombre se ha metido en un asunto de juego y, al parecer, lo han cogido con las manos en la masa. ¡En plena partida! Ahora necesitan a alguien que diga algo bueno de él y, sobre todo, que pague la fianza, para que lo saquen de la cárcel. Su bendita madre se ha ido a Tianjin para ver a la abuela y pedirle dinero, pero la abuela no estaba para muchas conversaciones, dada su edad, y tampoco ha podido, por lo tanto, darle el dinero para pagar la fianza. Por

eso estoy yo aquí, me dijo, Gong Xiaoyi, completamente convencido de la historia que me había contado.

Zhuang Zhidie escuchó a su mujer con atención y dijo:

—Probablemente, compró más opio y se quedó otra vez sin dinero. ¿O nos está engañando de nuevo? Le vi hace unos días y no sabía nada de su padre.

Niu Yueqing dijo:

—Yo pensaba así al principio y quería decirle la verdad. Él trajo una nota escrita por el viejo Gong y estaba, en efecto, escrita por su padre. Ello demostraba que tenía razón.

—El viejo Gong ha sido detenido varias veces por esas cuestiones de juego y apuestas, y, al final, lo dejan libre porque él mismo compra su fianza con sus caligrafías. Les regala una a los policías y lo dejan ir —se explicó Zhuang Zhidie—. ¿No lo va a hacer esta vez? No creo que ande pidiendo dinero a sus amigos por ese asunto... ¡Salvo si le han cortado las manos! Ese no es su estilo.

—Pues esta vez creo que es diferente. El jefe de la policía ha recibido muchas quejas provenientes de todo el país, según me ha dicho Gong Xiaoyi, y la gota que ha colmado el vaso es la queja de un dirigente del Partido de visita a Xijing. El viejo Gong lo ha enganchado en una de esas partidas en las que se apuestan fortunas ¡y lo ha desplumado! El hombre, que veía gato encerrado en la manera como jugaba el viejo Gong, se lo ha tomado a mal y lo ha denunciado. Ese funcionario, al parecer, sacaba fuego por la boca y se metió con la policía por tolerar ese tipo de prácticas en Xijing y la policía no tardó en lanzar una redada en uno de los hoteles de la ciudad. Al viejo Gong lo engancharon en plena partida y ahora se van a cebar con él. Además, el viejo Gong se ha cargado de deudas con sus antiguos compañeros de juego. Al parecer, debe mucho dinero.

Zhuang Zhidie sabía que ese problema era serio y de su boca solo salieron insultos que iban dirigidos a Gong Jingyuan por su mala cabeza y Niu Yueqing le dijo:

—El viejo Gong tiene un defecto. ¡No está muy bien de la cabeza y le gustan demasiado el juego y las apuestas!, pero al fin y al cabo es nuestro amigo y nunca ha utilizado esa amistad para sacar provecho de nosotros. Xiaoyi nos ha estado buscando y no le ha importado utilizarnos para sus fines más deleznable. Puedes conocer a alguien y hablar a la gente de él, utilizar nuestra influencia, e incluso intentar restaurar el nombre y la dignidad de alguien, pero nunca estarás seguro con alguien como Gong Xiaoyi de estar diciendo la verdad.

Zhuang Zhidie frunció el ceño y se quedó deprimido con el comentario de Niu Yueqing, y le propuso finalmente a su mujer:

—No hemos comido nada todavía. Comamos algo y hablemos luego.

Los dos se dirigieron a una cantina de fideos y comieron unos boles de *daoxiamian* (los fideos «cortados con cuchillo»). Zhuang Zhidie le pidió a su mujer que regresara a casa y él mismo se fue a buscar a Zhao Jingwu para hablar del asunto de Gong Jingyuan. Zhao Jingwu se sintió en un aprieto y dijo:

—Yo conozco a alguien que trabaja en la policía, pero me temo que no ocupa un lugar lo suficientemente alto en la jerarquía para ayudarnos —Zhao Jingwu tosió y continuó diciendo—: ¡Esta vez, se lo van a comer a trocitos!...

Zhuang Zhidie dijo:

—Déjame pensarlo; pero, de todas formas, debemos ayudarlo. Vayamos, en primer lugar, a buscar a su hijo, Gong Xiaoyi, y expliquémosle lo que implica este asunto para su padre. Este problema es muy importante y le pueden caer entre tres y cinco años de prisión. Seguro que estará muy tenso con todo lo que le está ocurriendo.

Zhao Jingwu se lo confirmó:

—Sí, debe estar histérico y, me temo, que totalmente paralizado. ¿No le vamos a asustar todavía más si nos inmiscuimos en este asunto?

—Tengo un plan —sugirió Zhuang Zhidie—. Espérame; iré a buscar a tu maestro Meng y después hablaré contigo.

Zhao Jingwu se fue sin perder un minuto más.

Zhuang Zhidie se fue a la casa de Meng Yunfang y estuvieron hablando del asunto de Gong Jingyuan. Meng Yunfang le dijo:

—¿A quién quieres ver ahora? ¿Al alcalde? Tú te llevas bien con él, pero la cosa anda caliente entre los dos. ¿Le vas a pedir ayuda?

Zhuang Zhidie le contestó:

—Eso no creo que sea posible. Este asunto es demasiado importante y va a salpicar a mucha gente. El alcalde no querrá implicarse en ello. ¿No me habías comentado que Hui Ming conoce al hijo de uno de los que juegan a menudo con Gong Jingyuan?

Meng Yunfang le preguntó a regañadientes:

—¿Acaso quieres que Hui Ming hable con ese rufián? Pero yo no me llevo bien con ella... ¿Cómo voy a decírselo? ¿Va a creerme?

Zhuang Zhidie le repuso:

—Pues eso es lo que ciertamente deberías hacer si quieres ayudarme. El hijo

de ese granuja deberá hablar con su padre y convencerlo para que pague la fianza y saque a Gong Jingyuan de la situación en la que está. Hui Ming puede hacer perfectamente de intermediario.

Sin estar muy convencido, Meng Yunfang asintió y se fue. Una vez de vuelta, le dijo a Zhuang Zhidie que Hui Ming había dado su visto bueno y hablaría por teléfono con ese joven que aspiraba a introducirse en el budismo. Tanto Meng Yunfang como el joven comieron con Hui Ming, y fue ella quien finalmente llamó a la policía y les comunicó que iba a pagar la fianza de Gong Jingyuan, pero la suma era elevadísima: sesenta mil yuanes, ni uno más ni uno menos, y ello detuvo el primer impulso de Hui Ming. Zhuang Zhidie reunió a Meng Yunfang y Zhao Jingwu para pensar en un plan: se dieron tres días para reunir esa suma de dinero y sacar a Gong Jingyuan de la cárcel.

—¿Cómo?... —dijo Zhao Jingwu—. ¿Darle sesenta mil yuanes a Gong Xiaoyi?... No veremos esa suma nunca más. Va a ser un desastre. Xiaoyi aceptará ese dinero, pero no lo dará a la policía para pagar la fianza de su padre. ¡Se lo va a fumar todo en opio!

Zhuang Zhidie le propuso:

—Zhao Jingwu, menuda calavera estás hecho... ¿Por qué no quieres comprender este asunto? Gong Xiaoyi ha dañado a la familia. ¿Cómo podría yo prestarle ese dinero? Vamos a exonerarle de este asunto, pero debemos poner todo nuestro empeño en conseguir el dinero para la fianza de su padre, Gong Jingyuan. Al final, que no nos dé las caligrafías de su padre a cambio de opio, sino porque hemos negociado su venta para salvar a su padre de la cárcel y la infamia. ¿No te parece esta una mejor idea?

Tras escuchar la propuesta de Zhuang Zhidie, Meng Yunfang y Zhao Jingwu se pusieron a aplaudir y dijeron:

—Esta solución es la acertada. Debemos salvarle el pellejo a Gong Jingyuan y que sus caligrafías no se pierdan en el extranjero. Quizá, en el futuro, todas sus obras partirán al extranjero, y ojalá ese Gong Xiaoyi reflexione y deje de fumar esas mierdas. Nos va a arruinar a todos.

Zhuang Zhidie dijo:

—Avancemos, por lo tanto..., y que Zhao Jingwu y Gong Xiaoyi se pongan a negociar lo antes posible el asunto de las caligrafías y la fianza.

Zhao Jingwu y Gong Xiaoyi pasaron una tarde entera conversando sobre ese asunto. Zhao Jingwu acabó conmoviendo a Gong Xiaoyi y el hijo del calígrafo Gong Jingyuan no pudo evitar derramar unas cuantas lágrimas. Un yuan tras

otro, Gong Xiaoyi le habló de prestarle sesenta mil yuanes, pero Zhao Jingwu le dijo que esa suma financiaría su boda con Liu Yue antes de lo previsto. Por lo tanto, dijo que él conocía un marchante de arte y quería ir a buscarlo. Él podría comprar la caligrafía de Gong Jingyuan y estaría de acuerdo en comprar un par de pinturas. Así habló Zhao Jingwu y le pidió a Gong Xiaoyi que actuase en lugar de su padre. El marchante de arte podría pagar perfectamente unos sesenta mil yuanes, que era el precio de la fianza, por las caligrafías de Gong Jingyuan. Gong Xiaoyi reaccionó ante esa propuesta y le dijo:

—¿Es ese el precio que ofrece? —Zhao Jingwu estiró la cabeza y Gong Xiaoyi añadió—: Eso es la mitad del precio de lo que mi padre normalmente cobra por una de sus obras. Si vendo sus caligrafías por esa suma, mi padre se va a enfadar conmigo. ¿No lo crees? No solo lo vendo a él, ¡me vendo a mí mismo!

—Tenemos cuatro días para pagar la fianza de tu padre y, por lo tanto, tienes cuatro días para vender esas caligrafías. ¿Cuánto más crees que podríamos sacar en estos momentos por su venta? Si no las vendes, a tu padre no lo sueltan y lo condenará el juez.

Gong Xiaoyi pensó que Zhao Jingwu tenía razón y quiso llevarlo a la casa de su padre para que escogiese entre las obras disponibles para venderlas. Zhao Jingwu, una vez en la casa de Gong Jingyuan, vio que el maestro calígrafo poseía varias obras de una antigüedad considerable y dijo:

—Xiaoyi, deberías coger varios de esos rollos... Yo no los quiero y el tío Zhuang tampoco los quiere, aunque soñemos día y noche con obras de arte de esa categoría. A los tipos que juegan con tu padre, sin embargo, les encantaría ayudar a tu padre a salir de la cárcel y perdonarle las sumas exorbitantes de dinero que le piden a cambio de algunas de esas caligrafías. Hui Ming quiere ayudarnos porque estima mucho a tu padre y está dispuesta a hacer de mediadora. Gong Jingyuan tiene una reputación mundial por su arte y su arte puede sacarlo, todavía, de cualquier apuro. Lo he estado pensando y creo que no deberíamos decirle nada, a tu padre, sobre la venta de esas caligrafías. Debemos protegernos de cualquier tontería nefasta que pueda cometer esa gente y les venderemos una caligrafía a cada uno.

Gong Xiaoyi se rascó la cabeza y permaneció deprimido durante un buen rato. Al final, le dio siete pergaminos a Zhao Jingwu para entregárselos a los compañeros de juego de su padre, y uno para Zhuang Zhidie y otro para él, Zhao Jingwu, que le dijo:

—¿Para qué queremos nosotros esto?... Es para otra gente... El maestro Zhuang se está dejando el alma para ayudar a tu padre y yo no he hecho mucho.

¿No nos une la amistad? Mañana, el maestro Zhuang y yo nos reuniremos en un buen restaurante de Xijing y nos gastaremos lo que sea para que quedéis todos contentos.

Gong Xiaoyi se conmovió y derramó unas lágrimas mientras repetía que no iba a olvidar al maestro Zhuang y al hermano Zhao por lo que habían hecho por su padre. Cuando regresase su padre, organizarían una fiesta para dar las gracias a todo el mundo que lo había ayudado. Gong Xiaoyi acompañó a Zhao Jingwu hasta la calle y le ayudó a llevar varias caligrafías y pinturas antiguas.

* * *

Tras obtener las caligrafías de Gong Jingyuan, la galería de arte abrió, y esta vez definitivamente, con una nueva exposición de pinturas y caligrafías que fue anunciada a bombo y platillo en los periódicos, en la radio y en la televisión. El día de la apertura oficial de la galería de arte, una multitud se precipitó para ver la caligrafía de Mao Zedong. Antes, las gentes importantes querían dejar su huella sobre el mundo, pero solo unos privilegiados podían ver sus obras. Casi nadie había podido ver, por lo tanto, esa caligrafía con sus propios ojos cuando el presidente estaba vivo. Ahora, esos ciento cuarenta y ocho caracteres chinos, grandes como boles, podían ser vistos por el gran público. Esa caligrafía era un festín para los ojos. Al mismo tiempo, junto con la caligrafía de Mao Zedong, los asistentes descubrieron obras maestras de otros artistas antiguos y modernos. La galería atrajo, además, a visitantes extranjeros, y se hizo famosa de la noche al día.

Niu Yueqing sabía que gran parte de las obras de Gong Jingyuan estaban escondidas en su casa y ello la ponía nerviosa. En cierta ocasión, se puso a hablar de esa situación, que consideraba anómala, y Zhuang Zhidie le dijo que se callara. Desde que se abrió la galería, se vendieron gran parte de esas caligrafías y Zhao Jingwu fue el encargado de reunir todo el dinero. Zhuang Zhidie se lo dio todo a Niu Yueqing y le dijo:

—Esta hermosura de dinero sacará a Gong Jingyuan de su apuro. Cógelo con las dos manos y dáselos a esos desgraciados que lo han metido en la cárcel. Espero que Gong Jingyuan siga vivo y coleando para continuar pintando esas caligrafías geniales. ¡Y qué bella lección entre un padre y un hijo! ¡Que desaparezcan las malas costumbres!

Niu Yueqing no dijo nada más. Ese día supo que Gong Jingyuan había sido

liberado y se disponía hacer unos ritos de agradecimiento en el templo, pero se había hecho tarde y era ya de noche, y por eso no fue finalmente. Un rumor, sin embargo, le llegó poco después a Niu Yueqing que desmentía lo que había oído previamente: Gong Jingyuan había muerto. Niu Yueqing, presa del pánico, se fue a la galería para buscar a Zhuang Zhidie, que se encontraba colgando una caligrafía en la pared con un papelito que decía: «Vendida por diez mil yuanes»; otra caligrafía que estaba al lado llevaba la etiqueta de «cinco mil yuanes», y otra de «tres mil yuanes». Zhuang Zhidie sabía que ese tipo de anuncios incitaba a los clientes potenciales a comprar las caligrafías que quedaban por vender. Tang Wan'er se encontraba muy ocupada en la galería con un armario de productos artesanos, entre los que había unos recortes de papel, unas figuras para hacer sombras hechas con pieles de vaca, unas almohadillas bordadas, calcetines y cojinillos también bordados, y la almohada con la sangre seca y estampada en ella, pero encercada, y bordada con seda roja y verde, en una hoja de arce. A Tang Wan'er no le importaban los elogios de Zhuang Zhidie y Zhao Jingwu, ni sus comentarios, pero les habló de los chalecos con todo tipo de inscripciones divertidas e incongruentes, pero artísticos, que estaban de moda entre los jóvenes de la calle. Algunos de ellos incluso llevaban frases en chino clásico, como los dísticos *duilian*, que no comprendían. Esos chalecos, en cambio, les daban un aspecto refinado. Esos chalecos, les comentó Tang Wan'er, se venderían muy bien, más incluso que las caligrafías. Los presentes se pusieron a reír, pero todos ellos cambiaron de cara al ver a Niu Yueqing y recibir la noticia de la muerte de Gong Jingyuan. Todos ellos se sintieron rotos, como si el alma se les hubiese escapado del cuerpo, y telefonearon inmediatamente a Wang Ximian y Ruan Zhifei. Ambos ya habían oído los rumores de la muerte de Gong Jingyuan, pero no estaban seguros de lo que había pasado en realidad. Zhuang Zhidie, sin embargo, les dejó para regresar a su casa con Niu Yueqing. A medio camino, los dos cambiaron de opinión y decidieron comer algo y dirigirse directamente a la casa de Gong Jingyuan. Incluso si la noticia de la muerte era un rumor infundado, Gong Jingyuan debía haber salido ya de la cárcel y querían verlo.

Mientras se encontraban comiendo, Gong Xiaoyi se presentó en su casa y les confirmó la noticia: su padre, Gong Jingyuan, había muerto nada más salir de la cárcel. Niu Yueqing se deshizo en mil lágrimas y sin perder un minuto salió a comprar gasa negra para cubrirse el rostro. Zhuang Zhidie le pidió a Zhao Jingwu que comprara una corona de flores, papel para quemar, un par de fajos de palitos de incienso y cuatro velas rojas. Zhao Jingwu se encargó de todo ello y regresó corriendo. Niu Yueqing regresó de la calle, pero sin la gasa negra y con

tres *zhang* de lana en las manos, y Zhao Jingwu le preguntó:

—¿Por qué has comprado esa lana? ¿Quieres que Gong Jingyuan vaya al mundo de los muertos vestido con esas telas de lana gruesas? ¿Crees que va a pasar frío?

Niu Yueqing le respondió:

—Gong Jingyuan ha fallecido y su esposa y Xiaoyi van a pasar por un mal momento. Debemos tener cuidado, sobre todo, de lo que pueda decir la gente sobre la familia Gong y las cuestiones escabrosas de dinero. Lo de la gasa negra está bien para los que hacen luto, pero no es muy útil. Con esas telas de lana podrán hacerse unas ropas. Ahora, por muy ricos que fueran antes, se les ha acabado la riqueza y van a tener que afrontar tiempos difíciles. ¿No lo creéis así?

Niu Yueqing lloraba mientras pronunciaba esas palabras y Zhuang Zhidie le dijo:

—Haces bien, Yueqing, y honras a tu marido con esos pensamientos. Les preguntaría a los que han anunciado la muerte qué ha sucedido en realidad con él. Me consta que últimamente sufría de problemas mentales graves y en uno de sus ataques había puesto patas arriba su propia casa, y su ilustre señora, la *laopo* Gong, aún no había regresado de Tianjin, y Xiaoyi, pues todo el mundo sabe en qué estado se encuentra ahora... El viejo Gong tenía a todo el mundo aterrado con su locura. —Zhuang Zhidie se dirigió a Zhao Jingwu y le dijo—: Me he acordado de otro asunto... Ve a ver a Liu Yezi y que le dé tres paquetes de opio crudo y le diga que su padre ha muerto; pero que, si deseaba salir en público para recibir a la gente y sus pésames, que no fume. ¿Podrías hacerlo?...

Cuando Zhao Jingwu pudo cumplir con todas las órdenes de Zhuang Zhidie ya había anochecido.

Llegaron, por lo tanto, con el cielo ya oscurecido al viejo *siheyuan* de Gong Jingyuan; esa casa tradicional y solemne, con su patio interior, tenía sus cuatro habitaciones principales y su casa-salón central como corresponde a toda casa al estilo *siheyuan*. A los dos lados había un par de casas altas y el patio interior no era muy grande. Había un pequeño espacio que separaba las tejas bajas de la casa-salón central de las dos casas altas de los lados. Junto a las dos esquinas laterales de la casa-salón central crecían un par de frondosas caobas chinas. En el centro del patio había uno de esos jardines de rocas que imitan las montañas y a los dos lados del patio, junto a las dos casas altas, había dos habitaciones pequeñas —los aseos eran una, y la otra, un horno donde se cocinaba los domingos—. Zhuang Zhidie, Niu Yueqing y Zhao Jingwu entraron en la casa

principal del *siheyuan*, esa que ocupa el salón, y la luz de las lámparas estaba encendida, pero no había nadie dentro. De las cuatro habitaciones, dos estaban iluminadas y las otras dos a oscuras. En la habitación del este estaba el estudio de Gong Jingyuan y en la habitación del oeste se hallaba la habitación de la mujer de Gong Jingyuan. En el centro se encontraba la recepción, el lugar donde se recibía a los invitados, y justo en medio había una mesa laqueada en negro, en cuyos flancos había incrustado jade de Lantian, y a los cuatro lados, había ocho taburetes con la forma de un tambor. A los dos lados de la entrada al salón había un par de ventanas con doble cerrojo, cuyos marcos eran de madera grabada. En ellos había esculpidas flores de ciruelo. En medio del salón había colgados los retratos enmarcados en madera roja de ocho calígrafos célebres: Wang Xizhi, Wang Xianzhi, Yan Zhenqing, Ouyang Xun, Liu Gongquan, Zhang Xu, Mi Di y Yu Youren¹⁰⁹. En las paredes, a los lados, había un par de caligrafías de Gong Jingyuan. Una decía: «Aceptar la vida como es», y la otra decía: «Juntos». Zhao Jingwu comentó extrañado:

—Pero ¿dónde está el muerto? Ni hay sala para el muerto ni gente llorando.

En ese momento, un joven con una banda en la cabeza salió de una de las habitaciones laterales y gritó:

—¡Ha venido gente! —Y luego les gritó a ellos—: ¡Por aquí!

Zhuang Zhidie sabía que la habitación para velar al muerto se había abierto en la casa alta del lado este del *siheyuan*, y los tres salieron del salón de la casa central para dirigirse a ese edificio, en el cual había tres habitaciones abiertas y en medio había una pantalla grande. Detrás de la pantalla había una tabla de madera de grandes proporciones, y esa tabla no era otra cosa que una de las mesas en la que Gong Jingyuan solía escribir a diario su correo. Sobre la tabla estaba el cuerpo sin vida de Gong Jingyuan cubierto de un papel fino. Zhuang Zhidie se acercó y levantó ese papel para ver el rostro de Gong Jingyuan. El aspecto que presentaba su amigo le perturbó. Tenía la cara negra y tanto los ojos como la boca parecían descolocados. Esa cara daba miedo. Nada más verla, Niu Yueqing se puso a llorar y señaló:

—¿Por qué lo han tapado con ese papel? ¿No han encontrado una sábana? ¿O una colcha?

Junto al cadáver de Gong Jingyuan estaban sentados varios niños y niñas que pertenecían a la familia Gong y le contestaron a Niu Yueqing diciéndole que las sábanas estaban muy sucias y que ese papel era la mejor opción. Niu Yueqing se deshizo en lágrimas otra vez. Lloraba y arreglaba al mismo tiempo las ropas de Gong Jingyuan para darle mejor aspecto. En sus pies todavía estaban las

zapatillas que había comprado en las tiendas del templo de Cheng Huang y verlas le provocó todavía más lágrimas a Niu Yueqing. Zhuang Zhidie cerró los ojos de Gong Jingyuan, se puso a llorar y dijo:

—Hermano Gong, ¿cómo has podido dejarnos? ¿Cómo?...

A Zhuang Zhidie le resultaba insoportable la muerte de su amigo y de su boca salieron involuntariamente algunos gemidos de dolor. Se sentó junto a los niños y se tomó una taza de té.

Al principio, y antes de fallecer, Gong Jingyuan, tras regresar a su casa después de su estancia en la cárcel, escuchó con atención lo que su hijo, Gong Xiaoyi, le contó, y el calígrafo quería agradecer a Zhuang Zhidie y a todos los demás todo lo que habían hecho por él, y lamentaba haberse mostrado tan orgulloso por sus obras y tan obsesionado con su arte, olvidándose a menudo de cultivar la amistad con sus amigos. Agradecía también la piedad filial que su hijo le había mostrado en esos momentos tan difíciles, pero se culpaba a sí mismo por no haberle dedicado más tiempo a él. Todo ello le alegraba sumamente y bajo la cama había guardado una maleta de piel con cien mil yuanes en billetes. Sacó unos cuantos billetes y se los dio a su hijo porque quería celebrar por todo lo alto su puesta en libertad. Le pidió que comprase cuatro botellas de licor de Maotai, diez paquetes de tabaco de la Montaña de la Pagoda Roja, de Yunnan, y tres paquetes de lana y seda. Gong Xiaoyi debía ir luego a la casa de Zhuang Zhidie, con todas esas cosas, para agradecersele; pero a Gong Xiaoyi, al ver todo ese dinero, se le puso cara de tonto y dijo:

—¡No sé por qué tuve que pedir prestados los sesenta mil yuanes! ¡Con todo lo que tienes aquí escondido hubiera podido pagar la fianza a la policía!

Gong Jingyuan le dijo:

—Si lo hubieses sabido, te lo habrías fumado en opio. No sé cómo has podido hacerte con ese depósito de dinero con la pinta que haces de haberlo pasado tan mal... Pero si continúas como ahora, te haré caso y te daré el dinero. Ahora, quiero devolver el dinero prestado. Dime, ¿de dónde lo has sacado? Lo haré mañana...

—¿A quién he pedido prestado el dinero de la fianza? ¿Me preguntas eso? —saltó azorado Gong Xiaoyi—. La policía nos dio cuatro días para pagar tu fianza y había que darse prisa. Afortunadamente, nos vimos con un marchante de arte que quería comprar tus antiguallas, esas que guardabas en un armario...

Gong Jingyuan, tras escuchar lo que le acababa de confesar su hijo, creyó que un rayo le había partido en dos y se precipitó hacia el armario, constatando

poco después que sus obras, las más valoradas por él, habían desaparecido. Entre esas caligrafías y pinturas, había obras antiquísimas, auténticas piezas de coleccionista y realizadas por autores célebres, y había tardado innumerables años en hacerse con ellas. Gong Jingyuan se puso a tronar contra el cielo:

—¡Hijo de una mala perra, hijo ingrato!... ¡Lo has vendido todo! ¿Y lo has vendido todo por unos miserables sesenta mil yuanes? ¡Eres un gilipollas, Xiaoyi! ¿Así pensabas rescatarme? ¿Querías matarme? ¿Para qué me querías fuera de la cárcel? ¡Me iban a condenar a tres años y tú vas y me destruyes! ¿Por qué no has vendido la casa? ¿O a tu madre?

Su hijo, Gong Xiaoyi, le replicó:

—Padre, ¿por qué te pones de esa manera? No haces otra cosa que esconder el dinero que ganas. Te pido ocho o diez yuanes y parece que te están despellejando. ¿Cómo diablos iba a saber yo que escondías debajo de la cama el dinero que ganabas? Lo prioritario era que te dejaran libre. Eres un hombre de talento y seguro que volverás a escribir otras caligrafías y a venderlas por mucho dinero.

Gong Jingyuan se puso a pegarle patadas a su hijo para sacarlo fuera de la habitación y le gritó:

—¡La madre que te parió, Xiaoyi, no comprendes nada! ¿Qué más da que pueda o no seguir haciendo caligrafías? ¿Crees que soy una máquina impresora?

Gong Jingyuan le dijo seguidamente a su hijo todos los insultos imaginables y, asustado, Gong Xiaoyi se escapó corriendo de la ira de su padre. Gong Jingyuan, por su parte, estaba fuera de sus casillas, lanzando improperios hasta el mediodía, y cuando se cansó, se desplomó sobre la cama, pensando en su hijo. ¿Cómo él, un personaje de su talento, había podido engendrar a un energúmeno así?... Había traído a este mundo a un drogadicto que tenía más de fantasma que de ser humano... Un descerebrado... ¿Cómo había podido actuar de esa manera? ¿Se quería vengar de su padre?... ¿No sabía cómo era su familia? ¿Ni la riqueza que poseía? ¿Dónde tenía la cabeza su hijo?... Había estado encerrado tres días y nadie se había enterado de su tragedia, solo su hijo se había preocupado finalmente... El viento soplaba y los vecinos se preocuparían de sus gritos y pensarían que él, Gong Jingyuan, había vuelto a perder dinero en el juego, como un adicto que era, y había perdido la cabeza otra vez. Ese dinero, los cien mil yuanes, lo había ganado fácilmente, pensaba el calígrafo Gong, pero el dinero, siempre el dinero, ¿no los había destruido a él y a su hijo? En ese momento, Gong Jingyuan se sintió profundamente dolorido y lamentó que todos sus esfuerzos se hubiesen convertido en cenizas, y pensó en quitarse la vida. Cogió

una cuerda, la pasó por una ranura del tabique que había en el techo e hizo un aro. Se subió a un taburete y pensó: ¿quién había ayudado a su hijo a encontrar un marchante de arte? ¿Y quién era ese marchante de arte? ¡Traidores, ladrones!, volvió a insultar. Hoy moriré, se dijo, pero antes voy a mostrarles todo el dinero que tengo. Gong Jingyuan saltó del taburete y se puso a empapelar las cuatro paredes de la habitación con los billetes de cien yuanes que había en la maleta. Reía con una risa de lunático mientras lo hacía, pero se preguntó por qué se había puesto a pegar billetes finalmente. ¿No se iba a reír la gente de él? Cuánto dinero tenía el calígrafo Gong..., pensarían. ¿Y para qué tanto dinero? Lo habían metido en la cárcel ya de viejo y su propio hijo había vendido sus obras maestras por sesenta mil yuanes... Gong Jingyuan salpicó las paredes de la habitación con la tinta que solía usar para las caligrafías, cogió luego el azuzador de las brasas y empezó a golpear enloquecidamente el suelo con él, así como los billetes que había pegado en las paredes. Todo ese papel saltó por los aires en mil pedacitos. Soltó el azuzador de hierro, se sentó en el suelo, se puso a resoplar como un viejo buey y se dijo: esto ya está acabado, esto ya está completamente acabado... Yo, Gong Jingyuan, soy un pobre hombre acabado y con las manos golpeo el suelo, me arranco los dientes y muerdo los tres anillos de oro que hay en mi dedo, y me los trago...

Zhuang Zhidie tomó un bol de té, y, justo en ese momento, había alguien que entraba en el patio. Zhuang Zhidie pensó que quería evitarlo, pero vio que eran Wang Ximian y Ruan Zhifei, y detrás de ellos había otra gente que llevaba una caja enorme repleta de frutas. Esa caja no era una caja de frutas ordinaria y tenía una forma particular: en la parte baja, es decir, en el recipiente, había las cabezas de varios cerdos con rodajas de carne de cerdo de varios colores y unas montañas de oro y plata. En la parte superior —la cubierta— había varias figuras esculpidas, como los Ocho Inmortales de los Mares, los Siete Virtuosos del Bosque de Bambú, las Doce Bellezas de Jinling y los Dieciocho Monjes Armados con el Bastón de Shaolin¹¹⁰. Esas figuras estaban extremadamente elaboradas y parecían seres reales. Tras saludar convenientemente a Wang Ximian y Ruan Zhifei, Zhuang Zhidie dijo:

—Acabo de llegar e intuía que ibas a venir. ¡Preparemos los ritos de la libación para el hermano Gong!

Los tres cogieron la caja de las frutas y la pusieron en la mesa mortuoria, luego prendieron varios palitos de incienso, encendieron las velas, y se arrodillaron justo delante de la mesa, donde quemaron el papel. Una tras otra, con una copa de licor en las manos, golpeó el suelo con la frente tres veces y

gritó: «¡Hermano Gong!», y dejó caer el licor sobre el papel quemado. Una vez finalizado ese rito, Ruan Zhifei se levantó y dijo:

—El cielo está tan negro..., y en el patio ni siquiera hay luz eléctrica. Las llamas de fuego no pueden iluminar nuestras lágrimas en esta oscuridad; pero ¿por qué la imagen de un muerto es tan desoladora? ¿Y Xiaoyi? ¿Dónde se ha metido?... ¡Ni está velando al muerto ni está recibiendo a los invitados!

Los hijos de los familiares estuvieron llorando un rato y luego dejaron de hacerlo. Algunos de ellos se dirigieron al patio y a la casa alta del lado oeste, donde había luz eléctrica. Otros se fueron a la sala de la casa central y gritaron el nombre de Xiaoyi, por si estaba en el dormitorio. Pasó un buen rato y Gong Xiaoyi no daba señales de vida. Al final lo descubrieron en el dormitorio de su padre. Y alguien gritó:

—¡Xiaoyi está enfermo!

Varios asistentes se dirigieron al dormitorio de la casa central, que era el dormitorio de Gong Jingyuan. El dormitorio estaba patas arriba, muy desordenado y sucio, y con las cuatro paredes destrozadas e innumerables billetes destrozados por el suelo. Gong Xiaoyi se encontraba sobre la cama, de su boca salía espuma blanca y los cuatro miembros de su cuerpo se agitaban en espasmos. Le temblaba el cuerpo de los pies a la cabeza. Ruan Zhifei le abofeteó en la cara y le dijo:

—Pero tú, ¿por qué no te has muerto? Solo la muerte te sacaría de ese sufrimiento.

Gong Xiaoyi no le dijo nada y se quedó mirando solamente a Zhuang Zhidie con los ojos abiertos. Zhuang Zhidie se apresuró a decir:

—Vale, vale... Me temo que se ha puesto hasta las cejas con tanto opio. Tanto si le pegas como si le insultas, no se va a dar ni cuenta. Salgamos fuera y nos sentamos. Ya pensaremos algo para el futuro. No podemos contar con él.

Todos los presentes se fueron a la casa lateral y solo Zhao Jingwu se quedó con Gong Xiaoyi. Zhao Jingwu, nada más verlo en ese estado, se fue a buscarle tres paquetes pequeños de opio.

—Esto es lo que tu tío Zhuang te ha comprado; pero te prevengo. Esto es para que no vuelvas a tener más crisis durante el funeral de tu padre.

Gong Xiaoyi le replicó:

—Solo mi tío Zhuang me trata bien. —Se puso a quemar opio y el vigor le volvió de golpe, y añadió—: Hermano Zhao, puedes irte. Quiero echarme un rato.

Zhao Jingwu, que sabía de qué pie cojeaba Gong Xiaoyi, le dijo:

—No caigas en la venganza, ¿vale?

Gong Xiaoyi le respondió:

—Pero ¿de quién quieres que me vengue? Ya he asesinado a toda la población de Xijing y me lo he pasado muy bien. Si tan solo fuera un *bodhisattva*, o una diosa, o un dios al que todos ellos cantasen...

Zhao Kingwu dijo:

—No disfrutas de ello... Ha venido mucha gente para presentarte las condolencias por la muerte de tu padre y tú ni siquiera respondes a tus obligaciones de piedad filial. Has encendido a todo el mundo con tu actitud. ¿Necesitas que te den una palmadita en el culo para espabilarte? Esas visitas van a estar eternamente enfadadas contigo. Tu madre, que ni siquiera se ha presentado, tampoco te lo va a perdonar en lo que le queda de vida. ¿Trajiste a tu padre hasta esta habitación apestosa? ¿Qué le has contado para que acabe sus días colgado de una sogá? —Zhao Jingwu agarró a Gong Xiaoyi del brazo y se lo llevó a la casa alta del lateral del *siheyuan*.

En esa casa lateral, Zhuang Zhidie, Wang Ximian y Ruan Zhifei hacían cola junto a los hijos de los familiares del fallecido Gong Jingyuan y pensaron que debían llevarlo al crematorio para ser incinerado. A Gong Jingyuan lo habían vestido con las ropas mortuorias adecuadas y debían contactar a un coche funerario para que lo llevase al crematorio. Querían comprar incluso una cajita para depositar y conservar las cenizas del calígrafo célebre de Xijing. Luego preguntaron por la madre de Gong Xiaoyi y por si había recibido el telegrama para anunciar la muerte de Gong Jingyuan. Ella les respondió que se presentaría al día siguiente, tras tomar el avión en Tianjin. Alguien de los tres iría a recibirla para darle el pésame y evitar cualquier imprevisto. Gong Xiaoyi escuchó con atención los planes de las tres celebridades de Xijing y decidió no tomar parte, pero esa conversación lo tenía apretando los dientes y dijo:

—Todo esto va a costar mucho dinero. ¿De dónde lo vais a sacar? Mañana podríamos vender ese par de jades que hay sobre la mesa.

Ruan Zhifei se indignó con las palabras de Gong Xiaoyi y lo amonestó:

—Pero ¿todavía quieres vender más cosas de tu padre? Ni siquiera muerto vas a dejar a tu padre tranquilo. ¿Y has pensado en tu madre? Debemos consultarle esos asuntos. ¿No crees? ¿Te has arrodillado ante tu difunto padre y le has quemado papel?

Los tres hombres se pusieron a buscar las plumas de Gong Jingyuan y

ordenaron su escritorio. El calígrafo era una de las grandes figuras artísticas de Xijing, pero no había ningún retrato de él en su despacho, como tampoco había epitafios dedicados a él. Zhuang Zhidie, con la pluma en la mano, escribió: «El señor Gong Jingyuan vivirá eternamente» y lo dejó en el despacho. Al lado, compuso un dístico *duilian*. «Xiaoyi, en la vida y en la muerte», y al lado «Cuatro hermanos, en la vida y la muerte». Luego escribió otro *duilian* que colgó en los dos lados del marco de la puerta del patio y decía: «Poder comer, poder beber, poder ganar dinero, poder gastarlo, eso es la felicidad», y al otro lado: «Poder escribir, poder dibujar, poder salir, poder entrar, eso es sentirse libre». Ruan Zhifei dijo:

—¡Ese *duilian* está escrito maravillosamente! Uno ve con claridad que es la vida del hermano Gong. Y si alguien lo ve, ¿se atrevería a insultarlo? Este *duilian* deberíamos colgarlo junto a la mesa mortuoria para que presida las visitas; pero en ese otro *duilian* hay algo que no comprendo...

Wang Ximian dijo a su vez:

—¿Qué no comprendes? La primera frase deja entender que su hijo, Gong Xiaoyi, está tan muerto como su padre. ¿No se le estará enviando inconscientemente al otro mundo? La otra frase habla de las cuatro celebridades de Xijing, pero ¿quién va a saber que se trata de ellas? Además, una vez muerto Gong Jingyuan, solo hay tres que están vivos. ¿Cómo pueden estar los cuatro en la vida y la muerte? Incongruente, aunque se quiera demostrar empatía con el destino trágico de la pobre víctima. Zhidie, ¿no crees que tengo razón?

Zhuang Zhidie le contestó:

—Sí, tu interpretación del *duilian* puede pasar...

Los tres llevaron la corona de flores a la puerta junto con el hilo metálico y las gasas negras, así como las ropas para los ritos del sacrificio. En el patio reinaba la algarabía y el ambiente estaba muy animado. Ruan Zhifei se fue a buscar algunas casetes de música funeraria para que acompañasen al muerto, las puso en el magnetófono y dijo:

—Pasemos este momento con el hermano Gong y recordémoslo con nuestras palabras. No en vano, siempre que íbamos a un restaurante, sobre todo si era bueno, era gracias a él, que nos invitaba. Y aquella noche, vaya comida..., y todo ello para celebrar nuestra amistad. El hermano Gong se los gastaba a gusto con la gente que amaba y se sentía a gusto con ellos. Gozaba con el ruido y la furia del mundo, pero tuvo la desgracia de tener como hijo a ese desgraciado de Xiaoyi... y ello le llevó al otro mundo. Espero que, ahora, ese descerebrado de

Xiaoyi recapacite y se vuelva un hombre de provecho. La gente de hoy se ha vuelto muy esnob, y cuando el hermano Gong estaba vivo, cuántos eran los que venían a lamerle el culo para pedirle una caligrafía; pero el hermano Gong los trataba como perros y los echaba de su casa. Nosotros éramos como sus hermanos y deberíamos escribirle algunas caligrafías más y colgarlas en la corona floral. Así, en primer lugar, le mostraremos de nuevo nuestro dolor por su desaparición. En segundo lugar, y de cara a la galería, mostraremos que el hermano Gong gozará de una reputación eterna intachable. Y en tercer lugar, debemos ayudar a la viuda del gran Gong a que supere esta tragedia cuando venga de Tianjin, aunque, dicho sea de paso, no parece que le esté afectando mucho.

Zhuang Zhidie asintió con la cabeza y dijo que así fuera, sacó un papel fino y le pidió a Wang Ximian que escribiese algunas palabras, pero Wang Ximian le dijo:

—No tengo el estómago como para escribir nada. No me saldría ni una sola frase por simplona que fuese... El hermano Gong solía venir a este lugar para escribir estas caligrafías. ¿No las habéis visto? Nosotros, ¿qué podemos decir más?

Wang Ximian mojó, sin embargo, el pincel en la tinta del tintero y estuvo haciendo, sin moverse del sitio, ese gesto varias veces y de forma mecánica y estúpida. Al final, con un trazo que era el rastro de un dragón cuando vuela, es decir, un trazo grueso y osado, un trazo volátil y sinuoso, garabateó a brochazos unos caracteres chinos sobre el papel. Esas hojas de la planta de eupatorio parecían reales. A Ruan Zhifei se le escapó un ¡oh!, y exclamó:

—¡Buenísimo!... —y añadió—: Esas hojas de la hierba de la fiebre arreglan huesos y parecen salidas del pincel inspirado del hermano Gong. Hubiera estado, sin duda alguna, muy orgulloso de haber hecho en su vida algo así. Esas hojas tienen un trazo libre, de una libertad sin límites, salvaje, afirmaríala yo, pero potente, como el hermano Gong. Al hermano Gong lo criticaban a escondidas por su descaro, pero todos le envidiaban. No hay nadie, ni siquiera el más insignificante de los funcionarios, en la Capital del Oeste, que no quisiese tener, aunque fuese en copia, una caligrafía suya colgada en la puerta o en el interior de sus casas. Esas hojas de eupatorio tienen raíces. Yo nunca las he visto pintadas con raíces, pero tú, Ximian, has puesto una raíz enorme y muy visible, al aire libre, sin tierra ni maceta.

Wang Ximian le respondió:

—El hermano Gong vivió como un héroe de nuestro tiempo. ¿Cómo ha

podido morir de esa manera tan miserable y con las manos vacías? Nada más pensar en eso, me pongo a temblar. Por eso, mi pintura no tiene ni tierra ni maceta.

Wang Ximian escribió seguidamente junto a las hojas de eupatorio: «Lloro por ti, hermano Gong, que te fuiste sin ninguna traba», y justo al lado firmó: «Con mis respetos, Wang Ximian». Del bolsillo sacó un sello y lo estampó en la pintura. Le tocó el turno a Ruan Zhifei, que dijo:

—Mi caligrafía apesta. Te pediría, Zhidie, no que escribas en mi lugar, pero que me ayudes, aunque solo sea en honor al hermano Gong.

Zhuang Zhidie le replicó:

—Que hable tu corazón, Zhifei.

—Pero no me va a salir un *duilian* —dijo—. No importa, por lo tanto, que tengan un sentido paralelo... —Ruan Zhifei escribió—: «Hermano Gong, tú que nos has dejado, te digo que el precio de tus caligrafías va a aumentar, pero tu amigo Ruan Zhifei se ha quedado sin un compañero para echar unas partidas de *majiang*».

Ruan Zhifei soltó el pincel, presa de la emoción que no podía contener. El dolor le parecía imposible de aguantar y dijo:

—Seré el primero en dejaros. Quiero regresar a casa. —Ruan Zhifei se fue hacia la puerta y salió con lágrimas en los ojos.

CAPÍTULO XIX

Zhuang Zhidie cogió finalmente el pincel y se puso, con el corazón palpitándole con fuerza, a garabatear un papel, pero poco después lo dejó. Cogió un cigarrillo y se puso a fumar; volvió a coger el pincel y el sudor empezó a caer sobre su frente. Wang Ximian le dijo:

—Zhidie, ¿te encuentras bien?

—Estoy mareado y confuso —le respondió Zhuang Zhidie—. Me da la impresión de que el hermano Gong no ha muerto todavía y que está al lado, observando cómo escribo.

—Cuando estaba vivo, al hermano Gong le gustaba verte escribir —le comentó Wang Ximian—. Le gustaba apoyarte en lo que escribías al mismo tiempo que no evitaba ofrecerte sus críticas sinceras, como lo haría un buen amigo.

Tras oír las palabras de Wang Ximian, a Zhuang Zhidie le dio un vuelco el corazón y cerró los ojos, de los cuales se desprendieron unas lágrimas que se mezclaron con la tinta. Cogió el pincel y garabateó las dos frases paralelas de un *duilian*: «Naciste antes que yo y moriste antes; desde la antigüedad, Xijing no sabe retener a su gente, y el viento te llora, y yo te lloro. Nada separa la vida de la muerte»; y la otra frase decía: «Mi hermano mayor en el mundo del *yin* (la sombra), y yo, el hermano pequeño, en el mundo del *yang* (el sol); y en la arcilla polvorienta se entierra a la gente. La lluvia sonríe al hermano mayor, y el hermano mayor sonríe al hermano menor, es el desastre de la separación entre el *yin* y el *yang*». Una vez escrito el *duilian*, Zhuang Zhidie dejó de llorar, volvió a arrodillarse ante el cuerpo del difunto Gong y a salpicarlo con agua y el licor. Al doblarse, sintió que se mareaba y perdía el conocimiento. Niu Yueqing lanzó un grito y se apresuró a sujetarlo para que no se desvaneciese. Le dio *kaishui* (agua hervida) para que se reanimase y Zhuang Zhidie recuperó la consciencia. Todos los presentes se habían dado cuenta de que la intensa emoción por la muerte de

Gong Jingyuan que estaba afectando a Zhuang Zhidie le iba a pasar factura. El dolor que sentía por esa desaparición súbita le era insoportable. Wang Ximian le dijo:

—No debería entristecernos la muerte de la gente. Si el hermano Gong estuviese vivo y te viese en ese estado, se burlaría de ti.

Wang Ximian le aconsejó que regresara a casa y que descansara. Niu Yueqing y Zhao Jingwu no dijeron nada más, ya que sabían que Zhuang Zhidie estaba muy afectado y deprimido por lo que acababa de vivir. Ello les impedía decirle cualquier cosa. Llamaron a un taxi y se fueron.

* * *

De regreso a casa, Zhuang Zhidie se quedó dormido durante tres días, y cuando se despertó, apenas comió. Niu Yueqing no se atrevía a hablarle mucho y solo le aconsejó que no fuera de nuevo a la casa de Gong Jingyuan, pero Zhuang Zhidie no le hizo caso y se fue a recibir a la madre de Gong Xiaoyi a su regreso de Tianjin, pero no fue al crematorio para asistir a la incineración de Gong Jingyuan. Niu Yueqing compraba cada día ofrendas de todo tipo para el difunto y ayudó a la mujer de Gong Jingyuan a solucionar los diferentes asuntos concernientes el fallecimiento de su marido, como el papeleo. Niu Yueqing pasó así varias noches y se le pusieron unas ojeras negras enormes.

Al cabo de diez días, Zhuang Zhidie recuperó sus fuerzas y pensó que llevaba varios días sin beber leche fresca. Le preguntó a Liu Yue qué pasaba con la vaca y la criadilla le dijo que hacía tiempo que no había visto a la cuñada Liu. Un día, Liu Yue, deprimido y aburrido, tomó cita con Tang Wan'er para ir a pasearse a los arrabales de Xijing. Por casualidad, llegaron a un pueblo y Zhuang Zhidie dijo:

—*Aiya...*, ¿no es este el burgo Mao, el de los gatos? La casa de la cuñada Liu está en el lado sur. Podríamos ir, hace mucho tiempo que no pruebo su leche. Probablemente, ella habrá enfermado y deberíamos visitarla. ¡Y de paso beberé leche! He bebido tanta leche de esa vaca que, si es verdad eso que dicen de que uno se convierte en lo que come, yo ya debería haberme convertido en una vaca.

Tang Wan'er le dijo:

—Pero tú ya eres una vaca, querido...

Zhuang Zhidie se remangó y dijo:

—¿Me lo dices porque tengo los pelos de las axilas muy largos? ¿O por mi

carácter?

La mujer casada le respondió:

—No es por nada de eso; es porque no tienes... ¡un cuerno de toro!

Zhuang Zhidie no comprendió lo que quería decir Tang Wan'er con esas palabras y ella le contó una historia de cariz popular.

—Cuentan —le dijo Tang Wan'er—, que en el pasado había una madre y su hija que habían abierto un hostel; pero, al cabo de un tiempo, las dos fueron destruidas. Originalmente, ese hostel tenía unas reglas oscuras y trabajaban, por lo general, con vendedores ambulantes de pocos ingresos, quienes venían a pasar la noche en ese lugar, y por la noche, debían acompañar tanto a la madre como a la hija cuando ellas se ponían a dormir. Si el vendedor ambulante, finalmente, no era capaz de afrontar dignamente la situación con las dos mujeres, es decir, no las satisfacía, partía al amanecer con las manos vacías; pero si la madre y la hija no se quedaban con hambre, el vendedor ambulante podía quedarse diez o quince días sin tener que pagar por comida o una cama donde dormir. El resultado final de esas reglas: no había ningún vendedor que pudiese afrontar ese desafío y se iban avergonzados con las manos vacías; pero un Han, muy macho él, se sintió indignado por esas prácticas, ya que humillaban a los hombres. Ese Han era un tipo que llevaba siempre sobre sus hombros un par de barricas pesadas que depositaba en las tiendas, y era orgulloso y confiaba en sus fuerzas y, sobre todo, en su potencia sexual. Quería siempre cumplir con lo que le pedían y se mostraba valiente, pero tenía un fondo de cobardía y, por si fallaba, se llevó con él un cuerno de toro. De noche, y ya en el hostel de dos mujeres insaciables, cuando llegó al cuarto *geng*, el buen Han cogió el cuerno del toro y se lo llevó. Tras estar un buen rato introduciendo su aparato en la madre y la hija, les metió el cuerno para que se quedasen bien satisfechas. La dos cayeron totalmente fulminadas, no acostumbradas a un alarde así de masculino, pero el mocetón Han se sintió culpable por haberlas engañado, finalmente, con el cuerno del toro. ¿Cómo iba a dormir en esa casa? Confuso y avergonzado por si lo descubrían, se fue corriendo sin decir nada. Al día siguiente, cuando pusieron en orden la cama donde habían tenido la orgía, las dos mujeres encontraron debajo de la almohada el cuerno del toro. La madre y la hija no sabían en absoluto qué era ese cuerno de toro, ni qué hacía ahí. La madre le dijo a la hija: «Oh, no imaginaba que íbamos a perder esta batalla..., pero ahora lo comprendo... ¡Ya me parecía a mí que ese tipo lo tenía demasiado grande!». ¿Has cogido la moraleja, Zhidie?

Zhuang Zhidie, tras escuchar la historia del cuerno, sonrió, cogió un trozo de tierra y se lo tiró a Tang Wan'er en la cara.

—Dime, ¿dónde has escuchado esa historia pornográfica? —le pregunto Zhuang Zhidie—. Y es eso lo que temes tú, ¿un cuerno de toro?

De repente, se tumbaron y Tang Wan'er se puso a limpiarle las orejas a Zhuang Zhidie.

—¿Has visto cómo tienes las orejas? —le indicó Tang Wan'er.

—Por eso no me excité cuando me contaste esa historia. Soy incapaz de hacerlo en estos momentos... Debería haberme limpiado las orejas, tal vez...

—No me importa —le dijo Tang Wan'er—. De todas formas, ya estás más muerto que vivo.

Los dos entraron en el pueblo y se fueron a buscar la casa de la cuñada Liu. La mujer se encontraba en la puerta con su huso para tejer, pero hacía mucho calor y apenas la cubría una camisola fina sobre unas braguitas que se le transparentaban, y un cinturón que se agarraba a la cintura.

—Aiya... No sabía que ibais a pasar por aquí... —se apresuró a decirles la cuñada Liu—. ¿Y la gran hermana Niu? ¿Por qué no ha venido?... Aiya... Hace muchos días que no me paso por la ciudad... Seguro que pensabais que me había muerto... Sabéis..., cuando las plantas de los pies me duelen... Bueno, me entran cosquillitas... Es porque alguien va a venir a verme. ¿Quién será?, me pregunto. ¿Un familiar? ¿Mi madre? ¿Mi tío?... ¡Erais vosotros!...

Zhuang Zhidie le dijo:

—Pues pensabas en nosotros. Estamos muy cansados de tanto andar. ¿Por qué no nos sirves algo de comer o beber?

La cuñada Liu lanzó un ¡oh!, ¡oh!, y se golpeó la frente y llevó a Zhuang Zhidie y Tang Wan'er al interior de la casa. Se puso a escalfar unos huevos y a hervir agua. Luego lo sirvió, pero Tang Wan'er no probó bocado y dijo que no tenía hambre, pero bebió *kaishui*. La cuñada Liu, sin pensárselo dos veces, cogió el huevo de Tang Wan'er y lo puso en el bol de su hijo. Por su parte, Zhuang Zhidie cogió los dos huevos hervidos que tenía en su bol y los puso en el bol de Tang Wan'er y dijo:

—Deberías comerlo y ponerte fuerte. Mira esos dos huevos... ¡Parecen mis testículos! ¿No crees? ¿Por qué no comértelos?...

Tang Wan'er le susurró:

—Deja para otros momentos tus frivolidades, Zhidie. Aquí no... La gente te considera todo un personaje...

La cuñada Liu regresó de la cocina y los vio a los dos comiendo y bebiendo, y ello la alegró y les brindó varias palabras de bienvenida. Zhuang Zhidie le

preguntó:

—¿Cuántos días hacía que no te veíamos, cuñada Liu? Sin la leche de tu vaca, me estaba quedando en los huesos...

La cuñada Liu le aclaró:

—Hoy mismo le había dicho a mi vecino, Wu el Tercero, el verdulero, que pasase a verte, después del mercado, a decirte que la vaca está enferma.

Zhuang Zhidie le dijo asustado:

—¿Qué me dices? ¿La vaca está enferma?

—Lleva varios días que ni come ni bebe. Tres días atrás, aún podía llevarla a pasear, pero ayer se negó rotundamente a moverse del sitio. Es una lástima porque esta vaca nos ha dado tanto dinero durante tanto tiempo. Me temo que esta vaca me va a durar dos días. La ha visto un veterinario y me ha dicho que solo está enferma y se le irá, pero aquí sigue, igual que siempre. Ni come ni bebe. Mi hijo y su padre se fueron a Qianbao a buscar a Jiao Bozi, el veterinario famoso y lisiado.

Zhuang Zhidie y Tang Wan'er se dirigieron al cobertizo donde se encontraba la vaca; la cual, como pudo ver Zhuang Zhidie, estaba en los huesos. A Zhuang Zhidie le dio un pinchazo en el corazón y se entristeció. La vaca supo quién había venido a verla, se le empujaron las orejas y quiso levantarse, se movió, pero no pudo; solo se limitó a abrir los ojos, mirar a Zhuang Zhidie y Tang Wan'er y derramar unos lagrimones. Tang Wan'er le dijo:

—Da pena verla; es como un ser humano. ¿Has visto esos ojos? ¡Está llorando! Y mira, está en los huesos. Parece un saco...

Zhuang Zhidie y Tang Wan'er se acostaron junto a la vaca y espantaron con las manos los mosquitos y las moscas que la sobrevolaban. Los tres estaban hablando cuando vieron a dos personas entrar en el establo. Uno era el hombre de la cuñada Liu y Zhuang Zhidie lo reconoció. Detrás iba un tullido que debía de ser el veterinario Jiao. Se saludaron e intercambiaron unas frases, y el veterinario Jiao se agachó junto a la vaca y pasó un buen rato con ella en esa postura. Luego abrió los ojos y la boca de la vaca para observarlos de cerca, e hizo lo mismo con el rabo: lo levantó y le miró detenidamente el ano al animal. Finalmente, pegó su oreja al barrigón del animal para escuchar lo que pasaba ahí dentro y le dio unos golpes en la espalda: *pam, pam, pam...* El veterinario Jiao sonrió y la cuñada Liu le preguntó:

—¿Se va a salvar?

—¿Cuánto te costó esta vaca? —le preguntó el veterinario.

—Cuatrocientos cincuenta y tres yuanes, y la compré en las montañas de Zhongnan. Esta vaca estaba predestinada a vivir con nosotros; pero ahora ya no nos da leche y está tristonera, y tampoco obedece, aunque seguimos tratándola como a un miembro de la familia.

El veterinario volvió a preguntarle:

—¿Cuánto hace que vendes su leche?

—Un poco más de un año —respondió la cuñada Liu—. Es una pena, solía llevarla a la calle y a los callejones y ahí repartía leche.

—Te felicito —le dijo Jiao Bozi—. Comprar esta vaca ha sido un negocio perfecto para vosotros, pero ahora hay que pensar en el beneficio que aportará su carne. Calculo que podrías sacar unos cien *jin* de carne, y piensa en la piel, la cual te daría varios miles de yuanes. Esta vaca tiene hepatitis. ¿No lo sabíais? La hepatitis de las vacas es la misma que la de los hombres. Además, ha desarrollado bezoares. ¡Te pueden dar una fortuna por ellos ya que sirven de antídotos para el veneno! Hay ganaderos que les transmiten hepatitis a sus vacas y bueyes cuando ven que dejan de ser útiles para que desarrollen bezoares. ¿Qué te preocupa?...

La cuñada Liu le respondió:

—Ya te lo dije, esta vaca es como de la familia y no voy a dejarla morir, aunque me den el oro y el moro por esos bezoares. Deberías darle unas medicinas y que descanse para recuperarse.

El tullido le replicó:

—Es la primera vez que me topo con alguien como tú. A eso se le llama tener buen corazón; pero déjame que te diga algo, curar a esta vaca, yo no puedo curarla, y me temo que no hay nadie que pueda hacerlo. Escúchame, que mañana venga alguien para sacrificar a este animal y lo descuartice. Si tardáis en hacerlo, no vais a sacar ningún provecho de esta bestia y la carne se va a malograr.

La cuñada Liu dio media vuelta y se metió en la casa entre gemidos y lamentos. El hombre de la cuñada Liu llamó al veterinario para que se sentase en la mesa con ellos y comiesen juntos, pero la cuñada Liu no quiso ir, ya que todavía se encontraba llorando. El hombre de la lechera se enfadó y la amonestó delante de todos:

—¿Van a matar a un ser humano? ¿A qué viene tanto dolor?

Zhuang Zhidie y Tang Wan'er fueron a ver lo que pasaba e, incómodos por esa situación, dijeron:

—Esta mujer va remover con sus llantos el Cielo y la Tierra. Sentaos, y que

ella coma con nosotros en el establo.

Zhuang Zhidie añadió:

—La cuñada Liu ha criado a esta vaca durante mucho tiempo y no es la única que está triste. Yo tomaba su leche y su enfermedad me ha dejado por los suelos.

En la casa, se oyó el chorro de agua y una cazuela, y el hombre de la cuñada Liu preguntó:

—¿Vas a hacer fideos? Podrías preparar una sopa.

Al cabo de un momento, la cuñada Liu salió con la cazuela y unas sopas de gachas de habichuelas verdes *mung* que dejó delante del hocico de la vaca para que se las comiese. El veterinario Jiao puso una cara fea y refunfuñó:

—No puedo quedarme más aquí haciendo el tonto. Tengo otras visitas a otras vacas del pueblo. Pagadme la consulta, pero no guardéis esta vaca. Os va a traer muchos problemas. No te lo voy a repetir más. Dadme ocho o diez yuanes...

El hombre de la cuñada Liu le pagó al veterinario y lo acompañó hasta la salida. A Zhuang Zhidie y Tang Wan'er les apenó ver a la cuñada Liu en ese estado y también quisieron irse. Se despidieron y se fueron por la puerta del patio. A lo lejos, oyeron gemir a la vaca.

Al salir, Zhuang Zhidie sacudió la cabeza y dijo:

—No sé qué está pasando ahora, pero es una calamidad detrás de otra. ¡Nos va a acabar destruyendo a todos!

Tang Wan'er dijo:

—Al final, te vas a juntar con Liu Yue. ¿No es así?

Zhuang Zhidie le respondió:

—Deberías hablar con decencia, Wan'er. ¿Adónde quieres ir con eso?

—Vosotros dos sois los causantes de tanta calamidad. No os dais cuenta y tú persistes. No te quejes luego si te pasa lo que te pasa.

Zhuang Zhidie le dijo que no tenía ningún sentido lo que había dicho, pero se lo quedó pensando para sus adentros y le entró miedo. Finalmente, le dijo:

—No sé de dónde has sacado que estoy liado con Liu Yue. Ella se acaba de comprometer con Zhao Jingwu. Y están enamorados. ¿No te habías enterado?

Tang Wan'er le dijo:

—Sí, pero ese momento no ha llegado todavía.

Los dos tomaron la carretera que rodeaba el pueblo y Zhuang Zhidie llamó a un taxi. Tang Wan'er dijo, sin embargo, que quería seguir hablando, pero yendo

a pie. Zhuang Zhidie pensó, de repente, en A Lan. Hacía tiempo que no sabía nada de ella, y le pidió a Tang Wan'er si podía acompañarlo al hospital psiquiátrico para hacerle una visita. Zhuang Zhidie ya le había contado desde hacía mucho tiempo a la mujer de Zhao Min la historia de las hermanas A Lan y A Can, pero había evitado revelarle algunos aspectos de la vida privada de A Can. A Tang Wan'er no le hizo gracia lo de ir a ver a A Lan al hospital y le dijo enojada:

—¿No la vas a ver ya a menudo?... ¿No lamentas no haber pasado más tiempo con ella? Yo estoy ahora contigo y tú estás pensando en ella. Ahora lamentas no haberla probado suficientemente. ¿No es eso?

Zhuang Zhidie le replicó:

—Esta carretera se dirige al este y conduce al hospital psiquiátrico. Esa es la razón por la que he pensado en ella. No comprendo por qué te ha provocado esa reacción... ¿No sabes que se ha vuelto loca? ¿Y cómo reaccionarías tú si te pasase algo parecido?

Tang Wan'er le respondió:

—¿Me preguntas cómo hubiera reaccionado?... Vaya pregunta... Pues, para satisfacerte, te acompañaré al hospital psiquiátrico. Según tú, A Lan es una joven muy bella. Solo espero que verte, al contrario de lo que buscas, no le haga daño... Estará encerrada entre rejas y tú deberás sacarla de ahí...

Zhuang Zhidie quiso responder a lo que había oído, pero dudó y se detuvo. Finalmente le dijo a Tang Wan'er:

—Así, no voy. Ella está loca y temo que ni siquiera sea capaz de reconocerme.

La mujer de Zhou Min le dijo:

—Pero ¿no eras tú el que quería ir?...

Tang Wan'er lo miró desde lejos y le sonrió. Zhuang Zhidie arrancó una brizna de hierba y se puso a hacerle cosquillas. Ella dio un salto de la carreta para agacharse y orinar y entró en el campo de matas de artemisias que se extendían profusamente ante ella. La cabellera de Tang Wan'er flotaba a la misma altura que las hojas y las hierbas altas de ese campo hasta que desapareció para luego resurgir de nuevo. A Zhuang Zhidie, ese paisaje le pareció particularmente bello y dijo:

—Agáchate... Pasan muchos coches por la carretera... ¡No tienen por qué saber que estás meando!

Tang Wan'er le contestó:

—¡Pensarán que mis nalgas son un par de piedras blancas! —y luego se puso a silbar una melodía.

Finalmente canturreó unas frases que hicieron recordar a Zhuang Zhidie la melodía popular del norte de Shaanxi que cantó en cierta ocasión Liu Yue y gritó:

—¡Wan'er, canta esa canción!

—¿Qué quieres que cante? —se sorprendió Tang Wan'er—. No sé cantar.

—¿No estabas canturreando una canción? —insistió Zhuang Zhidie.

—Se trata de *El tambor floreado*, una canción popular del sur de Shaanxi —contestó ella.

Zhuang Zhidie se alegró de oír ese título y le pidió:

—Cántala de nuevo; es muy agradable de escuchar...

Tang Wan'er vio cómo su orina arrollaba un grupo de hormigas y se puso a canturrear:

Mis labios carnosos piensan en ti, pero mi boca no puede hablarte con toda franqueza.

Mi cabello bien enraizado piensa en ti, pero no puede liberarse del lazo rojo que lo sujeta.

Mis ojos como pepitas piensan en ti, pero ven a otra persona y la convierten en ti.

Mi lengua afilada piensa en ti, pero solo prueba los sinsabores de la vida...

Zhuang Zhidie escuchó esa canción desde la carretera y, preocupado por si alguien más la había escuchado, giró el cuello de izquierda a derecha. Una liebre que había saltado por equivocación a la carretera atrajo su atención; pero, de repente, vio unas sombras que se movían y vio a cuatro o cinco hombres parados a medio kilómetro de donde estaba él, y se apresuró a decirle a Tang Wan'er:

—Ya está bien, deja de cantar.

Pero esos hombres no estaban ahí parados intentando mirar a Tang Wan'er, sino que esperaban el autobús, el cual llegó inmediatamente. Zhuang Zhidie se relajó y se puso a fumar un cigarrillo, observando el autobús, que se había parado y de él descendían apresuradamente todos los pasajeros, entre ellos una mujer. Zhuang Zhidie, al verla, se asustó. ¡Era A Can! Ella había oído algo y se giró. Hacía sol y A Can puso su mano haciendo de visera para protegerse de él.

Zhuang Zhidie le gritó varias veces, pero A Can no le hacía caso. Zhuang Zhidie corrió hacia el autobús, el cual ya había cerrado las puertas. A Can se precipitó hacia el autobús y, a gritos, obligó al conductor a dejarla entrar de nuevo. El autobús arrancó y se fue. Cuando Zhuang Zhidie llegó al autobús, este acababa de salir y gritó inútilmente:

—¡A Can, A Can! ¿Por qué no me haces caso? ¿Dónde vives?...

Zhuang Zhidie continuó corriendo con la esperanza de alcanzar el autobús en la próxima parada, pero el autobús se alejó demasiado y, agotado, Zhuang Zhidie se dejó caer en la hierba.

Tang Wan'er se dio cuenta de que, atraídos por el olor, se iban amontonando más y más hormigas y unos cuantos saltamontes sobre el orín que había en la hierba, y la mayoría de ellos saltaban encima. Tang Wan'er quiso divertirse con esos insectos alados, que subían por sus piernas o se enredaban en su cabello. Cogió unos cuantos de esos saltamontes y se los llevó a Zhuang Zhidie, que se encontraba sin aliento, llorando, y dolorido por lo que le acababa de pasar. Tang Wan'er, como quien hace una broma, le preguntó:

—¿No era A Can?...

Zhuang Zhidie asintió con la cabeza y dijo:

—Ha hecho como si no me hubiera visto. Igual regresaba de ver a su hermana A Lan en el hospital, y no debe vivir muy lejos de aquí. Quizá ha subido otra vez al autobús porque me ha visto.

Tang Wan'er le dijo:

—Vaya, esa A Can te quiere con locura... Las mujeres son así y su manera de comprender el amor es la siguiente: el amor es como esa luz poderosa e intensa de una lámpara, o del mismísimo fuego, la luminosidad extrema, el *yang*, que son los hombres, como tú lo eres, Zhidie; y las mujeres son como esas polillas nocturnas, esos bichos insignificantes y de tan corta vida, que huyen de su condición, la oscuridad, el *yin*, y se acercan tanto a ese fuego o esa luz ardiente, y tan imprudentemente, y por no sé qué leyes de la atracción entre ambos, entre el *yin* y el *yang*, definitivamente, el uno para destruir al otro, que caen fulminadas¹¹¹. Por cierto, ¿en tu nombre no hay una «mariposa» (*die*) como esas polillas? ¿Y no se te ha quemado? Pero, tú eres un hombre *yang* con características femeninas *yin*. O bien, las mujeres abandonan esa luz, ese fuego, porque saben que van a perecer con su contacto, lo evitan y huyen lejos... ¿Te gusta mi definición del amor según las mujeres, Zhidie?...

Zhuang Zhidie no se atrevió a responder inmediatamente a Tang Wan'er y se

la quedó mirando por unos instantes que parecieron eternos y le dijo finalmente:

—Wan'er, dime la verdad, ¿soy una mala persona?

Tang Wan'er no quería herirlo en ese momento y le repuso con una respuesta que no correspondía con lo que pensaba en esos momentos:

—No, no lo eres, Zhidie.

—Me mientes —le dijo inmediatamente Zhuang Zhidie—. ¡Me mientes! ¿Crees que hablándome de esa manera te voy a creer?

Tang Wan'er arrancó del campo un manojo de hierbas y dijo:

—Soy una tonta. ¿Te puedo preguntar algo? ¿Por qué no me dices tú la verdad? —Tang Wan'er se había ruborizado y rectificó—: Te lo digo de verdad, no eres una mala persona. Me da la impresión de que tú nunca has visto, en este mundo, a una mala persona, y por eso pecas siempre de inocente. Y si quieres ver a una mala persona, pues ya me tienes a mí. Le he puesto los cuernos a mi marido y he malogrado al niño que llevaba conmigo, voy a dejar a Zhou Min en su peor momento y voy a juntarme con un tipo como tú, Zhidie. ¿Quieres saber ahora lo que es una mala persona? Te lo repito, si quieres ver a una mala persona, ¡aquí la tienes! ¡Delante de ti!

Tang Wan'er se había emocionado con sus propias palabras y derramó un par de lagrimones. Zhuang Zhidie se había quedado petrificado con la confesión de Tang Wan'er ya que su intención era aliviar su propio sufrimiento y no provocar la frustración y la amargura de su amante. Súbitamente, fue consciente de que había hecho daño a muchas mujeres y quiso abrazar a Tang Wan'er, pero ella lo rechazó. Los dos cayeron al suelo, de rodillas, y se pusieron a llorar para consolarse mutuamente.

Finalmente, decidieron regresar a la casa de Tang Wan'er y Zhou Min todavía no se encontraba ahí. Sobre la mesa del salón estaba en su soledad la antigua ocarina, en cuyo orificio pintado de negro alguien había incrustado una flor diminuta de crisantemo salvaje. Zhuang Zhidie se quedó como hipnotizado por ese instrumento musical tan rudimentario con el crisantemo en él y no se atrevió a moverse. Tang Wan'er propuso lavarse los pies después de la caminata y preparó una cubeta con agua caliente. Al ver los pies de Zhuang Zhidie, Tang Wan'er pensó que él tenía las uñas demasiado largas y le dijo mientras cogía unas tijeras:

—Y ella... ¿Tampoco te corta las uñas? Menuda esposa que no corta las uñas a su marido...

Tang Wan'er empezó a cortárselas, pero Zhuang Zhidie no le dejó porque

pensaba que las uñas estaban bien así. Ella, tras lavarle los pies, le ayudó a calzarse de nuevo, pero le ofreció sus pies y le dijo:

—Necesito que les hagas un masaje. Me puse tacones altos solo para darte el gusto y ahora tengo los pies destrozados.

Zhuang Zhidie se puso a manosear los pies de Tang Wan'er y a ella le hizo cosquillas, pestañeó y le sugirió:

—Me estás poniendo a cien, Zhidie...

—Ahora no puede ser —le replicó Zhuang Zhidie—, Zhou Min va a regresar del trabajo y nos va a pillar.

—Nunca regresa antes del anochecer —le corrigió Tang Wan'er—. Tú no estás bien y deberías relajarte conmigo. Haré lo que me pidas... Lo único que deseo es que te alegres...

Tang Wan'er deshizo su cabello, largo, y negro y brillante como el plumaje de un cuervo, el cual llevaba sujeto en un moño, pero el ruido del motor de un vehículo que entraba en el patio la inhibió, volvió a recogerse el cabello, que dejó en forma de coleta, y se calzó, y gritó turbada:

—¿Quién es? ¿Quién es? —y se dirigió al patio.

Zhuang Zhidie escondió las medias de seda de Tang Wan'er para evitar sorpresas y Zhou Min, nada más ver a su maestro, le saludó respetuosamente:

—Maestro Zhuang, ¿has venido?... No había preparado nada para comer... Wan'er, ¿nos vas a preparar algo?

Y su mujer respondió:

—Había ido a comprar unas verduras y me topé con el maestro Zhuang en el cruce y le pregunté si había comido algo y le dije: ¿qué te parecen unas gachas con unos huevos duros?

Zhou Min le dijo:

—Pues nada, prepáralas. Maestro Zhuang, he oído decir que has estado enfermo. ¿Estás mejor ahora?

—No, no he estado enfermo —respondió Zhuang Zhidie—. Solo ha sido la muerte de Gong Jingyuan, que me ha afectado mucho. He dormido varios días de seguido...

—Todo el mundo ha estado hablando de ese asunto —atestiguó Zhou Min—, y comentan lo unido que estabas con Gong Jingyuan.

—¿De veras?... —dijo Zhuang Zhidie con desdén.

Zhou Min continuó diciendo:

—¡Y cómo no iban a hablar de ello! Los dos gozáis de la misma celebridad y

estáis cortados por el mismo patrón. La gente os respeta por igual. Gong Jingyuan era así...

—No digas esas cosas —se molestó Zhuang Zhidie—. No sé adónde quieres llevarme con esos comentarios... ¿Cuáles son las últimas noticias? Ha pasado mucho tiempo desde que se abrió el juicio. ¿Ha pasado algo últimamente?... Y no ha habido ningún movimiento desde entonces... Este juicio está durando tanto tiempo... ¡Al diablo con este año y este mes!... Hasta los fantasmas de esta ciudad deben estar perdiendo la paciencia... Pero ese Bai Yuzhu no ha parado, muy diligente él, de ir de un lado a otro... Incluso me ha venido a ver de vez en cuando como para querer mostrarme que se estaba ocupando de todo.

Zhou Min le comentó:

—Yo, por mi parte, no he pasado más de tres días sin ir a ver al juez Sima Gong, aunque no ha ocurrido nada importante; pero habrá que pensar en hacerle un buen regalo, ¡y no esas tonterías que no superan los veinte o treinta yuanes! Esta tarde, volveré a verlo, pero él piensa que no habrá necesidad de abrir otro juicio. Las circunstancias han quedado claras y todo el mundo lo ha comprendido. Nosotros le hemos ofrecido los testimonios de los escritores y los profesores universitarios, y el juez Sima Gong me ha confirmado que esas pruebas pesarán de forma decisiva en el juicio. ¡Los miembros del tribunal quieren de una vez por todas anunciar su veredicto!

Zhuang Zhidie se apresuró a preguntarle:

—¿Y te ha avanzado algo sobre el plan a seguir?

Zhou Min le dijo:

—Pues me ha dicho que probablemente sí que hay un plan. Aunque el artículo ha sido un error, no por ello ha dañado la reputación de nadie. Luego están las unidades de trabajo de nuestros medios de comunicación, las cuales también amenazan con querellarse por la mala imagen que ese asunto ha causado en ellas y quieren aclarar cualquier malentendido con las dos partes. Este juicio, ¡vamos a ganarlo!... Pero Sima Gong me ha dicho que Jing Xueyin se ha visto con el presidente del tribunal y el secretario del departamento de política y leyes. El presidente del tribunal ha aceptado, tras la solicitud de Jing Xueyin, cambiar el informe final, y Sima Gong, tras leerlo, se puso furioso. Quiso que se recuperara el primer informe y el presidente del tribunal dijo que debía discutirlo con el comité. El problema que se presenta ahora es que ese comité está compuesto por seis personas. Tres tienen una tendencia muy marcada y nos son favorables; pero el presidente y dos más están con Jing Xueyin. Aunque sea

mitad y mitad, el presidente del tribunal está del bando contrario. Si el presidente habla primero, ¿quién va a tener el valor entre los miembros del comité para oponerse a él? Habrá quienes cambiarán de actitud y otros que no, y si uno se abstiene, serán dos contra tres... —Zhou Min dejó de hablar y Zhuang Zhidie se lo quedó mirando, pero apoyó su cabeza en el sofá y cerró los ojos. Zhou Min le preguntó—: Maestro Zhuang, ¿me estás escuchando?

Zhuang Zhidie le respondió:

—Sí, continúa hablando...

—Las circunstancias actuales son estas.

Zhuang Zhidie, todavía con los ojos cerrados, le preguntó:

—¿Y cuál es tu opinión?

Y Zhou Min le dijo:

—Este asunto ha llegado a un punto crucial. El comité no deliberará hasta después de diez días y el presidente del tribunal tiene que viajar ahora a Beijing. No vendrá antes de esos diez días y yo pienso que, durante esos diez días, tú deberías ver al alcalde. ¿Crees que te será posible? Incluso, si puedes, deberías hablar con algún responsable local de ese departamento de política y leyes. Busca hacértelos de tu bando.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Pero ¿cómo quieres que hable con el alcalde de este asunto? El alcalde no es como tu maestro Meng, quiero decir, ¡un amigo al que se le puede hablar directamente! Ya le he pedido que me ayude con alguna chapuza en el pasado, pero no se puede hacer de eso una norma. A pesar de sus muchas conexiones con otros departamentos, ¿cómo puede él influenciar en el juicio? Esa gente está formada por dirigentes y se protegen mutuamente. ¿Cómo van a permitir que alguien dañe su posición? Hay que tener en cuenta el factor del prestigio personal de cada uno de los participantes en este asunto. ¡Ahí es donde se juega todo, Zhou Min!

Zhou Min tragó saliva antes de decir lo que quería decir:

—Eso...

Zhuang Zhidie lo cortó y le dijo que no debía decir nada más. Los dos se quedaron en silencio. Tang Wan'er, sin oírla respirar, lo había escuchado todo desde la habitación y entró para ver lo que pasaba. Sabía que no debía entrar en especulaciones y preparó tres creps. Zhuang Zhidie comió y una vez saciado dijo que se iba. Zhou Min lo dejó a medias y le dijo a Zhuang Zhidie que podía irse ya si quería:

—Te acompañaré hasta el callejón.

* * *

Zhuang Zhidie no había llegado todavía cuando Zhou Min, desde una cabina telefónica del callejón, llamó a Niu Yueqing y le dijo que él y Zhuang Zhidie habían estado hablando largo y tendido y, sobre todo, le había dado algunos consejos. Nada más entrar Zhuang Zhidie en casa, Niu Yueqing le preguntó por el juicio. Le dijo, antes de saber nada, que fuese a hablar con el alcalde, aunque debiese ponerse una máscara. Tal y como estaba el juicio, que parecía ganado, pero podía perderse, había que pasar por ese mal trago... Niu Yueqing le decía finalmente a su marido una cosa y su contrario, y Zhuang Zhidie la seguía con dificultad y se sintió mal consigo mismo por no haber sido más hábil con Zhou Min. Tanto Zhou Min como su mujer Niu Yueqing le estaban atando de pies y manos en ese asunto.

Al día siguiente, se fue a ver al alcalde, pero no estaba y regresó con una amplia sonrisa en la cara. Niu Yueqing le dijo:

—No has encontrado a nadie. ¿Por qué estás contento? ¡Estás dormido!

Zhuang Zhidie le contestó:

—¡No me obligues!

—Sé que rescatar a alguien de un apuro no es asunto fácil, pero solo tenemos ocho o nueve días para arreglar esto. ¿Tienes otra solución? —le dijo Niu Yueqing.

—Probaré mañana, a ver si lo veo. ¡Soy un escritor! Si algo me queda de escritor, no puedo ir por ahí mostrándome como un bocazas. ¡Iré mañana y la palmaré en su casa!... Pero voy a hablar claro... Seguro que tendrá alguna solución, aunque tenga que bajarme los pantalones, y no estoy tan seguro de que te vaya a gustar. Te prevengo...

Al día siguiente, Zhuang Zhidie se fue a buscar de nuevo al alcalde de Xijing y tampoco lo encontró en su casa; pero esa vez se fue a buscar a Huang Defu para preguntarle por el alcalde. Dazheng, que así se llamaba el hijo del alcalde, padecía de poliomielitis y la columna vertebral se le había secado. Dazheng se desplazaba con dificultad y parecía que estaba borracho. Tenía treinta años, estaba soltero, y trabajaba en una institución para discapacitados. Huang Defu le contó:

—La polio no se ha desarrollado, pero eso no preocupa al alcalde, sino el

hecho de que no se ha casado todavía. Ha buscado a varias jóvenes, y las había encontrado, pero ninguna de ellas era lo suficientemente bella. Dazheng le decía que la quería guapa, pero ¿qué chica guapa querría casarse con un enfermo? Dazheng se ha vuelto progresivamente más excéntrico con su carácter y en casa tiene, a menudo, ataques de ira incontrolables. El alcalde no sabe qué hacer con él.

Zhuang Zhidie le comentó:

—En este mundo, nada es perfecto. Lo de la boda del hijo no tiene solución. No es necesario hablar con el alcalde. Esos asuntos de bodas e hijos ponen muy nerviosa a la gente y habrá gente que aprovechará esa situación para destruir la reputación del alcalde. No encontrar una chica para su hijo le debe llenar de vergüenza al alcalde. A mí me preocupa este asunto y creo conocer a una joven de su edad, muy mona y con estudios de secundaria, y es además eficiente y competente. Esa chica es perfecta para él. ¿Qué opinará la señora del alcalde?

Huang Defu se sorprendió gratamente y le dijo:

—¿Y existe una joven así? Si le gusta a Dazheng, el asunto está hecho. Ni el alcalde ni su mujer pondrán ninguna objeción. La esposa del alcalde ya ha querido verme en varias ocasiones, pero yo nunca he sabido qué decirle. Dime, rápido, ¿dónde está esa chica? ¿Cómo se llama? ¿En qué trabaja?

—Te lo diré —le dijo Zhuang Zhidie—, pero me temo que ya la has visto, en cierta ocasión, en la calle, con mi *laopo*. ¿No te dejó alguna impresión?

—Pero... ¿no era la que llevaba esas pestañas postizas y esas cejas tan marcadas? ¿No era esa chica de piernas largas y que calzaba esos zapatos de tacón y sonreía como una tigresa? ¿Y con un lunar en la cara? —tanteó Huang Defu con esas preguntas.

Tras escuchar a Huang Defu, Zhuang Zhidie se asustó y añadió a lo que había dicho el secretario de la alcaldía:

—Pues sí, se trata de la sirvienta que trabaja en mi casa y se llama Liu Yue. Esa chica lo tiene todo bien, aunque no tiene todavía permiso de residencia para vivir y trabajar en Xijing.

—*Aiya*... Una chica guapa y talentosa...; esas hay que buscarlas con linterna... ¡Hemos dado con la buena, Zhidie! Lo importante ahora es la belleza... ¡Esa es la que abre puertas en todos los matrimonios! Lo de que sea una campesina y doméstica es lo de menos, y lo mismo con lo del permiso de residencia. Le encontraremos un trabajo. Este asunto lo tenemos a pedir de boca. ¿No te parece?

Huang Defu llevó a Zhuang Zhidie al departamento de Ciencias de la alcaldía, que era el lugar donde trabajaba la esposa del alcalde, y ella los escuchó atentamente. Entusiasmada por la propuesta, le cogió las manos a Zhuang Zhidie y le dijo:

—Oh, cómo agradecerte las penas que te has tomado en este asunto. Por culpa de mi hijo y su maldita boda, a mí, este año, me han crecido muchas canas. ¿Podrías hablarle de este asunto a esa joven? Me causa cierta ansiedad pensar que esa chica no esté por la labor o Dazheng la rechace porque la encuentra fea. Si Dazheng la ve y pone peros, mejor aclararlo cuanto antes. Y cuando hables con la joven, no le escondas que Dazheng ha sufrido la polio y está como está. Pero ¿ya le has hablado de este asunto?...

A Zhuang Zhidie, las palabras de la madre de Dazheng lo dejaron con mil dudas y replicó inmediatamente:

—Se lo he dejado entender y ella no me ha dicho ni que sí ni que no, no me ha dicho nada, simplemente se ruborizó... No creo que vaya a haber problemas mayores con este asunto... Liu Yue es bonita, y es honesta y tiene buen corazón, y tiene cerebro. Cuando te apetezca, puedes ir a verla.

La esposa del alcalde le preguntó:

—¿Qué día te conviene? No tengo nada que hacer esta tarde. Tráela hasta aquí. Si estás ocupado, que venga sola. Ellos dos lo comprenderán pronto. Para estas cosas, uno no se anda con rodeos. Cuando se abre la ventana, entra la luz y todo se ve más claro. Si hay éxito, pues adelante... De todas formas, salga bien o no, te lo agradezco infinitamente.

Zhuang Zhidie estuvo de acuerdo con volver por la tarde.

* * *

Una vez en casa, Niu Yueqing y Liu Yue se precipitaron hacia él y le preguntaron si había visto al alcalde.

—Si queréis meterme en la cárcel, podéis hacerlo —dijo Zhuang Zhidie—, incluso podéis dejarme sin comer. ¿A qué viene esta escena de pánico?

Zhuang Zhidie le pidió a Liu Yue que fuese al estudio y lo esperase. Liu Yue sonrió y le dijo:

—La gran hermana Niu no nos acompañará para comer, pero yo querría acompañarla.

Una vez dentro del estudio, Zhuang Zhidie cerró la puerta herméticamente y

Liu Yue, agarrándose las manos, dijo con un tono de voz suave:

—¡Vaya cara que tienes! ¡Ella está ahí!

—Tengo que hablarte de un asunto muy importante —le dijo Zhuang Zhidie

—. ¿Has visto a Zhao Jingwu? ¡Él me ha dicho la verdad!

Liu Yue se puso muy roja y dijo:

—Hace varios días que no le he visto. ¿Qué te ha dicho Zhao Jingwu?

Zhuang Zhidie no le respondió y poco después le preguntó:

—¿Cómo os lleváis?

—Si quieres preguntarme algo, hazlo directamente —le pidió Liu Yue.

Zhuang Zhidie puso cara seria y le preguntó:

—¿No era mi plan que tú y Zhao Jingwu os comprometieseis?

Liu Yue le respondió:

—Hoy, ¿has estado bebiendo más de la cuenta o qué te pasa? Zhao Jingwu te ha pedido que hagas de intermediario, ¿es eso? ¿Y mis sentimientos hacia él? ¿O es que también te propone como mi intermediario?

—Así es —respondió escuetamente Zhuang Zhidie. Liu Yue miró distraída a otro lado, y Zhuang Zhidie prosiguió—: Lo he pensado seriamente. Zhao Jingwu no está mal, pero en la sociedad hay muchos como él. Sus conocimientos son amplios, pero la gente, con empeño, puede cambiar y obtener esos conocimientos. Hay muchas chicas que van detrás de él y me temo que un día te deje por otra, y ello te destruirá. Tú no eres una hija con unos padres que velarían por ti, sino que eres la sirvienta de mi casa. Soy responsable de ti. Me he topado con alguien que, comparado con Zhao Jingwu, no es muy diferente, pero su posición social es considerablemente mejor, y no te hablo de su situación financiera. Con esa persona, no te costará tener un permiso de residencia en la ciudad y encontrar un trabajo según tu formación. Te lo digo ya... ¡Es el hijo del alcalde!

A Liu Yue le brillaron los ojos y dijo:

—¿El hijo del alcalde? —sacudió la cabeza y añadió—: Te estás riendo de mí...

Zhuang Zhidie le dijo:

—¿Por qué iba a reírme de ti? ¿No crees que este asunto es lo suficientemente serio?

—Si no te ríes de mí, no comprendo cómo el hijo del alcalde de Xijing quiere casarse con una sirvienta como yo. Algo no me cuadra. En estos tiempos, alguien como yo puede entrar a trabajar en tu casa y puede incluso convertirse en

tu amante. Y ya he quemado mis palitos de incienso. Y mis buenas acciones, ¿han sido tan buenas como para que yo pueda merecer ahora casarme con el hijo del alcalde?

—Los milagros existen —le dijo Zhuang Zhidie—. Tú eres inteligente y bonita. ¿No son esos tus mejores atributos? Te he hablado honestamente y ahora te toca a ti pensártelo seriamente. Si estás de acuerdo, aunque su físico, cuando lo veas, no corresponda con tu idea de hombre perfecto, yo ya me encargaré de hablar con Zhao Jingwu para explicarle la nueva situación, pero tú, sobre todo, no le digas nada.

Liu Yue le preguntó:

—¿Cómo?... ¿Qué quieres decir con lo de que no corresponda a mi idea de hombre perfecto?

Zhuang Zhidie se explicó:

—Tiene un defecto en una de las piernas, ya que sufrió de poliomielitis cuando era pequeño, pero no es un parálítico y tampoco necesita muletas; es un joven bastante inteligente. Hay muchas jóvenes que querrían casarse con él, pero la esposa del alcalde no tiene preferencias para su hijo y quiere verte. De hecho, está muy contenta por tenerte como nuera...

Liu Yue le dijo:

—Así es. Ese tipo es un discapacitado y tú me has vendido como una mercancía. ¿Qué vas a obtener por ello?

—Tú eres una persona inteligente. Yo ya te he hablado lo suficiente. Ahora debes tomar una decisión y yo puedo quedarme mientras tanto leyendo un libro hasta que me digas algo.

Zhuang Zhidie cogió un libro de las estanterías y se puso a leerlo. Liu Yue suspiró hondamente, se echó en el sofá y cerró los ojos. Zhuang Zhidie se inclinó para verla mejor y de los ojos de Liu Yue cayeron un par de lagrimones gruesos y brillantes. A Zhuang Zhidie le dolió ver esas lágrimas, cerró el libro y dijo:

—Vale, Liu Yue, compórtate como si no te hubiese dicho nada y ve a hablar con tu gran hermana.

Liu Yue se echó hacia delante y, sentada, abrazó a Zhuang Zhidie. Todavía sumergida en un mar de lágrimas incontenible, le dijo a su amante y señor:

—Dime, ¿y eso funcionará?

Zhuang Zhidie le secó las lágrimas y le contestó:

—Liu Yue, tú, y solo tú, debes tomar una decisión.

Liu Yue volvió a preguntar:

—Quiero que hables... Háblame...

Zhuang Zhidie alzó la mirada y clavó sus ojos en la estantería. Finalmente, hizo un movimiento con la cabeza. Liu Yue le dijo:

—Vale... —Liu Yue se soltó de los brazos de Zhuang Zhidie, se puso de pie y prosiguió—: Estoy convencido de que mi destino será bueno. Así lo presiento, de veras. Desde que llegué a esta ciudad, así lo presiento. Se lo puedes decir. Estoy de acuerdo. Me casaré con él.

Zhuang Zhidie abrió la puerta y salió. Niu Yueqing le preguntó:

—¿Qué está tramando el diablo?

—¿Qué estoy tramando? ¿Eso me preguntas? ¿Es que no lo sabes? ¡Es un asunto importantísimo! —le gritó encima Zhuang Zhidie.

—¿Cuál es ese asunto importante? —le preguntó Niu Yueqing.

Zhuang Zhidie bajó el volumen de su voz y le susurró:

—¡Adolf Hitler ha muerto!

Luego, Zhuang Zhidie se puso a reír a carcajadas. Niu Yueqing, enfadada por esa respuesta, le dijo:

—Eres un bocazas. ¿A qué viene esa broma de mal gusto? Es la primera vez que me haces una en no sé cuántos meses.

Zhuang Zhidie dejó de reír al instante y le replicó:

—Tengo que hablarte de algo.

Liu Yue acababa de salir del estudio y había oído la conversación entre Zhuang Zhidie y Niu Yueqing. Se precipitó sobre la cama de su dormitorio, pero antes dejó la puerta entreabierta. Zhuang Zhidie dijo:

—He propuesto a Liu Yue que se case con el hijo del alcalde. ¿Qué opinas tú?

—¿Estás traficando con seres humanos? —le gritó Niu Yueqing—. ¿No se la habías ofrecido a Zhao Jingwu? ¿Y ahora al hijo del alcalde?... Vaya, vaya...

—Ya te lo había dicho. Si iba a verme con el alcalde, tú no debías meterte en este asunto.

Niu Yueqing suavizó el tono de su voz y dijo:

—Eres cruel, Zhidie. Quieres casar a Liu Yue con ese parálítico de Dazheng porque ello te beneficiará en el juicio. No sé si lo has pensado, pero ¿cómo va a reaccionar Zhao Jingwu? Nuestro Hong Jiang no se atreverá a decirnos nada, pero ahora el negocio de la librería y la galería de arte está en las manos de Zhao Jingwu.

Zhuang Zhidie dijo antes de irse a dormir:

—No abro el canal del agua si no sé dónde va a ir esa agua...

Niu Yueqing se quedó sentada en el salón durante un buen rato y se puso a pensar en Zhuang Zhidie. ¿Cómo su marido había podido dar ese paso? Un hombre tan indeciso como él había sido capaz de mostrarse tan cínico y manipulador con otra gente. ¿Qué había cambiado en él? Ese asunto era muy preocupante, pensó Niu Yueqing; pero si había actuado así, era en gran medida porque ella le había forzado a ir a ver al alcalde para sacar provecho de ese contacto. Al fin y al cabo, Zhuang Zhidie iba a sacar el máximo provecho de su encuentro con el alcalde y en favor de los intereses de su familia, pero el devoto y leal Zhao Jingwu iba a pagar las consecuencias de esa decisión, y Zhuang Zhidie se había comportado injustamente con él. Niu Yueqing llamó a Liu Yue porque quería hablarle:

—Liu Yue, ¿te quieres casar con ese Dazheng?

—Si tengo que casarme, pues me casaré, aunque sea con él si ese es mi destino. Incluso si me casaba con Zhao Jingwu, estaba contenta, si a eso me llevaba el destino. Zhao Jingwu también podría sufrir en el futuro un accidente y perder una pierna o un brazo. En la vida, nada se sabe...

Niu Yueqing la escuchó y luego pensó que Liu Yue quería hablar con ella. Ello la alegró y le dijo:

—Con lo que me has dicho, ya se adónde quieres ir. Yo ya he visto a Dazheng y no pienses que está tan mal. Volviendo a nuestro tema, Dazheng, aunque esté discapacitado, igual tiene más fuerza que un hombre con diez brazos y diez piernas. Deja ese asunto a un lado. No tienes por qué vivir ahora con él, ni comer con él. Déjalo para el futuro. Muchísima gente te envidiará, pero no nos olvidas...

Liu Yue le dijo:

—Por supuesto que no, y tampoco os denunciaré al departamento de seguridad pública de Xijing por haberme hecho trabajar para vosotros en negro, sin un permiso de residencia. ¡Qué ingrata sería!

Al atardecer, Liu Yue se sentó junto al espejo y se puso a maquillarse. Niu Yueqing la ayudó con el colorete en las mejillas y el rojo de los labios. Zhuang Zhidie, sentado a un lado, no perdió detalle de toda la escena. Liu Yue se quejó en varias ocasiones del maquillaje que Niu Yueqing le estaba poniendo y la mujer de Zhuang Zhidie se vio obligada a cambiárselo. Al cambiarse de indumentaria, Liu Yue expresó su descontento con los pocos vestidos nuevos que

tenía, y los que podía prestarle Niu Yueqing eran demasiado sosos. Zhuang Zhidie se subió en su motocicleta Mulan y se fue a buscar a Tang Wan'er. Ella y Zhou Min recibieron con entusiasmo la noticia de la boda entre Liu Yue y Dazheng, el hijo del alcalde. Tang Wan'er cogió varios de sus vestidos y se subió en la motocicleta de Zhuang Zhidie. Una vez en el camino, dijo:

—Liu Yue tendrá una buena vida. En un abrir y cerrar de ojos, se va a convertir en una mujer dueña de su hogar. Habrá subido varios peldaños en su posición social. Hoy debe ponerse guapa y que lleve uno de mis mejores vestidos. Mañana llevará los suyos, de seda y satín, seguramente; y, ya verás, no nos echará una mano, aunque la necesitemos. Ella, finalmente, estaba cerca de tu corazón y tú siempre la cuidas, mientras que a mí no me haces ni caso. ¿No te doy pena, Zhidie?

Tras decir esas palabras, Tang Wan'er se deshizo en lágrimas y Zhuang Zhidie le dijo:

—¿Acaso te he pedido yo que te cases con un discapacitado? No mires el bol de arroz del otro y preocúpate de ti misma. Tampoco te pongas celosa de la suerte de otras mujeres que han tenido menos suerte que tú en la vida. Tú quieres posición social, amor, dinero y un hombre para divertirte con él como si fuera un juguete. Ah, y otra cosa que mejor me callo...

Tang Wan'er le dijo:

—¿De qué otra cosa me hablas?

—Lo sabes de sobras —le contestó Zhuang Zhidie—. Mañana te presentaré a otro hombre fuerte y seguro de sí mismo para que os lo paséis bomba. Pero, a mí, ¿me dejas en paz, Wan'er!

—Pero yo no quiero a otro hombre; solo te quiero a ti —le dijo a Zhuang Zhidie tras arrearle un puñetazo—. ¡Y solo a ti! ¡Quiero casarme contigo, Zhidie!

Liu Yue se aderezaba el cabello frente al espejo del baño y acabó haciéndose un moño, e iba solamente con unas braguitas y un sujetador puestos, y la puerta del baño estaba abierta. Zhuang Zhidie y Tang Wan'er entraron de golpe y Liu Yue, al verlos, se cubrió con una de las toallas del baño. Tang Wan'er entró con los vestidos que traía desde su casa y le dijo:

—No te preocupes por tu maestro Zhuang, ni siquiera se ha fijado en ti. Si lo hace, el alcalde le va a arrancar los ojos.

Las dos mujeres se pusieron a reír y salieron del baño, juntas, al cabo de un rato. Tang Wan'er dijo:

—Señora del maestro Zhuang, rápido, ven a ver... Este vestido, me temo, le va mejor a ella que a mí... ¡Le queda perfecto a Liu Yue! ¡Va a parecer la hija de un noble el día de su boda!... Y el novio, el hijo de un alto funcionario del imperio... No me imagino lo guapos que estarán los dos cuando abran el baile...

Liu Yue forzó en su cara una mueca grotesca y Niu Yueqing se apresuró a mirar a Tang Wan'er con los ojos bien abiertos, y Tang Wan'er sonrió por lo bajines. Niu Yueqing dijo:

—Cuando se case Liu Yue, deben estar presentes los fotógrafos de las revistas. En el patio hay flores, como las hay en las murallas de la ciudad, pero ninguna es tan bella como nuestra Liu Yue...

—Si hay una flor bella, la más bella, esa es la hermana Wan'er —dijo Liu Yue—. Ella ya era la flor más bella de Tongguan.

—¿Yo? —saltó Tang Wan'er—. Seguramente quedaría al final, en el pelotón...

Zhuang Zhidie le guiñó el ojo para decirle que debía salir con Liu Yue y los dos debían, por lo tanto, despedirse e irse a la casa del alcalde. Si las dos partes se gustaban, las dos familias, y Niu Yueqing y Zhuang Zhidie eran la familia de Liu Yue, deberían fijar un día y reunirse para celebrar un banquete. Para el día de la boda, esa era una decisión que debían tomar Dazheng y Liu Yue. Cuando Zhuang Zhidie y Liu Yue salieron, Tang Wan'er dijo que quería regresar a casa y los tres salieron juntos. Niu Yueqing, desde la puerta, le dijo a Liu Yue que no debía mostrarse ni muy arrogante ni muy servil, y, sobre todo, debía mostrarse muy tranquila, natural y con confianza en sí misma. También le recordó que, aunque seguía siendo una sirvienta, no debía dejarse tratar con desprecio. Zhuang Zhidie dijo:

—Vale, vale... En todo eso que dices, Liu Yue es más fuerte que tú...

Al salir del patio, Tang Wan'er decidió acompañar a Zhuang Zhidie y Liu Yue hasta la entrada de la alcaldía. Zhuang Zhidie debía recoger a Liu Yue al cabo de dos horas. Liu Yue se despidió de ellos haciéndoles un movimiento con las manos, y Zhuang Zhidie le dijo a Tang Wan'er:

—Liu Yue va a una cita de amor, ¿por qué no la imitamos? ¿Conoces el bosque que está al otro lado de la Puerta de Hanyuan? Ahí es donde, cuando oscurece, se reúnen los enamorados. Si en nuestra juventud no pudimos disfrutar de esos momentos de amor en ese lugar salvaje, ahora podemos hacerlo y retomar la lección perdida.

Tang Wan'er le dijo:

—¡Perfecto! No sabía que todavía te quedaban esos pensamientos en la cabeza. Sigues siendo más joven que los jóvenes. ¿Y gracias a quién?

CAPÍTULO XX

El bosque que se encontraba al otro lado, en la parte exterior, para ser más precisos, de la Puerta de Hanyuan, y que recibía ese mismo nombre, era enorme y estaba lleno de parejas que buscaban un lugar seguro y escondido para desahogarse. Las unas no estaban, en realidad, muy distantes de las otras, pero ni se molestaban ni se inmiscuían en lo que hacían las otras. Cada una de las parejas se divertía a su aire, se hablaban murmurándose al oído, y se daban abrazos y besos que podían oírse a lo lejos. Tang Wan'er y Zhuang Zhidie no se sintieron cómodos al llegar a ese lugar, ya que no buscaban, de hecho, un lugar tan simple y rústico, y, sobre todo, muy ramplón, para sus desfogues eróticos. A medida que penetraban en el bosque, los dos cabizbajos, se topaban con varias parejas a las que temían pisar y el concierto de besos, gemidos y movimientos bruscos empezaba a molestarlos seriamente.

—Me da la impresión de que ya se nos ha pasado la edad para estas cosas —le dijo Tang Wan'er a Zhuang Zhidie—. Este lugar no está hecho para nosotros...

Tang Wan'er abrazó a Zhuang Zhidie por el cuello y lo obligó a sentarse sobre una piedra junto a unas lilas. Zhuang Zhidie le dijo mirando alrededor de él:

—Estas lilas huelen muy bien.

Tang Wan'er le cogió de la cabeza y lo arrastró hacia ella ya que quería verlo de cerca. Los dos se abrazaron, se derrumbaron sobre el suelo y traspasaron el mundo de las apariencias. Zhuang Zhidie sentó a Tang Wan'er y le abrió las piernas, la descalzó y arrojó las zapatillas sobre las lilas. Luego la obligó a ponerse con la postura de una gata o una perra cuando va a ser apareada, y ella le gritó:

—¡Así no!... ¡Nos van a ver!

—No importa, a mí me apetece así —le rectificó Zhuang Zhidie.

—¿Qué atrevido eres, Zhidie! —le amenazó asustada Tang Wan'er.

—Aquí la gente se ciega; esto lo he comprendido desde hace tiempo. ¿Sabes por qué? Uno aquí se siente más libre, más imprudente y con menos tabúes que en otros sitios —le dijo Zhuang Zhidie—. Siempre lo ha sido. Por eso tiene esa mala reputación, pero por eso es tan bueno. ¿No has visto esta noche? ¿Y la luna que brilla en todo lo alto? ¿No es el ambiente más propicio? No lo sé, pero a la gente la oscuridad la libera de lo que tiene que inhibe a la luz del día.

—Y ya que estás tan hablador, dime, ¿crees que Liu Yue va a poder hacer el amor con ese discapacitado? —le preguntó Tang Wan'er.

—Pero ¿cómo me preguntas esas cosas? —le espetó Zhuang Zhidie, molesto por esa pregunta.

—Me temo que no podrá; es sabido por todos que alguien que ha sufrido la polio no está para esas cosas. ¿No te deja paralizada esa parte? Liu Yue pasará el día comiendo nidos de golondrina, exquisitos y muy caros, pero llorando por las noches como una candela de cera.

Zhuang Zhidie le dijo:

—No hables mal de la gente. Te equivocas.

—Hablas y hablas; pero, a ti, ¿no te hace daño esa situación? —le replicó con segundas Tang Wan'er—. Ya te he dicho que Liu Yue es del signo del Tigre Blanco. A Zhao Jingwu, esa chica ya le ha traído la desgracia. El hijo del alcalde la va a tomar como esposa y ya está discapacitado por culpa de la polio.

Zhuang Zhidie no le permitió a Tang Wan'er seguir por ese derrotero y ella se enojó.

—No haces más que protegerla —le dijo Tang Wan'er—, y sé por qué lo haces. Todavía la quieres, pero la poligamia no existe. No soportas verla en los brazos de otro hombre, ¡y vas y la abandonas con un paralítico! ¿No puedes ser más cruel con lo que no puedes conseguir? ¿No es eso?

Zhuang Zhidie se sintió abrumado y perturbado por esas acusaciones. Le pidió a Tang Wan'er que no dijese nada más; pero más insistía él en que no hablase ella, más ganas le entraban a ella de seguir con su cháchara aleccionadora. Zhuang Zhidie se dio por vencido, y para callarla, la tumbó sobre la hierba. Tang Wan'er le dijo:

—Vale, vale... Me callo... —Pero añadió seguidamente—: Yo, por lo general, no me ponía la ropa que le he prestado a Liu Yue, pero si a ti te gusta, me la pondré para que me tomes por ella.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Me dices eso para que te compre algún vestido nuevo. Si a ella le van bien y a ti no te gustan, dale todo lo que tengas. Ya te compraré a ti otros vestidos.

—El que acabo de darle y lleva puesto fue el que tú me compraste. ¿Cómo he podido dárselo? Ayer fui al centro comercial de la calle Beida y vi una chaqueta que me iba que ni pintada. Me la puedes comprar para el invierno.

—¿Y cuánto costaba?... —le preguntó Zhuang Zhidie—. Lo importante es que te quede bien. Zhao Jingwu está de viaje en Guangzhou para vender algunas caligrafías y seguro que regresará con un collar de oro y un vestido para Liu Yue. Cuando le cuente que Liu Yue ya no lo quiere, le propondré comprarle ese vestido y te lo daré a ti. Y Zhou Min, ¿no se ha dado cuenta de nada?

—Él solo piensa que yo me llevo bien contigo —repuso ella—, pero lo cierto es que no me habla mucho últimamente. ¿Tiene alguna prueba? Me temo que, con el paso del tiempo, descubrirá lo nuestro. No sé si sueña cada día contigo, pero la llamó con tu nombre. Tú no puedes, al final, dejarme atrás.

Zhuang Zhidie le dijo:

—No te dejaré atrás, Wan'er, pero debes comprender mi situación... Pase lo que pase, debes tener paciencia y esperarme.

—Te he vuelto a enfadar con mis palabras—se quejó Tang Wan'er—. ¿No es así?

Zhuang Zhidie sacudió la cabeza para decirle que no y le sugirió:

—En casa debes reprimir tus efusiones sentimentales. No dejes que Zhou Min sospeche lo más mínimo. Si no, tú sí que vas a provocar calamidades...

Tang Wan'er le contradijo:

—Pues mejor si se da cuenta... ¡Nos separaremos antes!

—¡No digas eso! —le gritó Zhuang Zhidie.

—¿Hay algo que no pueda decirte? —le gritó ella.

—Estoy tan deprimido y tan confundido, Wan'er, que, desde que te conozco, solo pienso en una cosa: casarme contigo, pero hacerlo no va a resultarnos fácil. No soy joven y no estoy soltero... Esta es la razón por la cual no quiero que te separes de Zhou Min. Te lo aconsejo. No puedo divorciarme de un día a otro. Dame tiempo. Lucho contra las circunstancias que me rodean, pero también lucho contra mí mismo. Zhou Min podrá, al menos, cuidar de ti, y yo, en estos momentos, no. Tú y yo podemos seguir juntos como antes y vernos en el mismo sitio.

Tang Wan'er le respondió:

—Así soy yo también... Sufro como tú de lo mismo que me dices y, además,

soy una mujer y tengo que satisfacer los deseos sexuales de mi marido... Y de diez veces que me lo pide, nueve se lo rechazo. ¿Debo obedecerle siempre? No tengo cabeza, tengo un tronco, y se me ha ido el deseo. Cuando lo hago, le suplico que acabe rápidamente porque no soporto que me lo esté haciendo. Este sufrimiento, tú, en tanto que hombre, no lo conoces. Nosotros nos peleamos... ¡Nos peleamos hasta el día de hoy mismo! ¡No podemos seguir viviendo juntos!... Pero tú y yo... Nunca podremos estar tranquilos...

Zhuang Zhidie la abrazó fuertemente y no se dijeron nada, sus cuerpos temblaron y se echaron en las lilas, pero el ruido que hicieron atrajo la atención de una pareja que estaba al lado. Zhuang Zhidie y Tang Wan'er dejaron el lugar y se dijeron:

—Vayámonos de aquí.

Así lo hicieron los dos y lamentaron haber ido esa noche hacia ese sitio. Tang Wan'er dijo:

—Alegrémonos.

—Sí, alegrémonos bastante porque lo necesitamos —repitió Zhuang Zhidie.

Pero al acabar de hablar, ninguno de ellos encontró una razón para alegrarse y caminaron hasta la entrada de la alcaldía. Habían pasado dos horas y media desde que dejaron a Liu Yue y ella no estaba esperándolos. Tang Wan'er conjeturó:

—¿No habrá salido antes? Igual no nos ha visto llegar... ¿No habrá regresado a casa antes que tú?

—Esperemos un rato más —sugirió Zhuang Zhidie.

Esperaron, por lo tanto, una hora más, pero Liu Yue seguía sin aparecer. Los dos, de pie, se cansaron de esperar y decidieron sentarse en los peldaños de una de las tiendas que había en la calle, pero con la mirada clavada en la puerta del ayuntamiento. Inesperadamente, al cabo de media hora, se iluminaron las farolas frente a la entrada del ayuntamiento y Liu Yue apareció. Zhuang Zhidie le gritó y Tang Wan'er le dijo:

—Pero ¡no grites! Déjame ver qué cara hace y te diré cómo ha ido la charla entre ellos.

Liu Yue se detuvo delante de la entrada de la alcaldía. Un vehículo pequeño pasó ante ella y Liu Yue le hizo una señal para que se detuviera. El conductor del vehículo giró y se detuvo ante ella. Liu Yue se metió dentro y el vehículo arrancó a toda velocidad y se perdió en la avenida. Tang Wan'er se puso a insultarla:

—Acaba de hablar con ellos y ya se comporta como si fuera la nuera del

alcalde. ¿Qué te parece? ¿No te había dicho que la esperases aquí? ¡Se ha subido en ese vehículo y se ha ido!

Zhuang Zhidie no le respondió. Los dos se levantaron y Zhuang Zhidie le dijo a Tang Wan'er que quería regresar a su casa. Solo y cabizbajo, se fue al patio del Círculo Literario y Artístico de Xijing.

* * *

Zhuang Zhidie le contó a Niu Yueqing la historia del Liu Yue con un vehículo privado y Niu Yueqing perdió los estribos, aunque no culpó a Liu Yue por haber tomado esa decisión. Tres días después, en el restaurante Palacio de Afang de la ciudad de Xijing dieron un banquete para celebrar el compromiso entre Dazheng y Liu Yue. La esposa del alcalde, según una vieja tradición, ofreció a su futura nuera numerosos regalos, entre los que había un collar, una caja de cosméticos, un pijama, un par de zapatos de piel rojos, otro par de zapatillas de tela para pasear, un secador, un chubasquero, un vestido corto de una pieza, tres camisas y un vestido de talle al estilo occidental. Liu Yue no había recibido nunca tantos regalos juntos y ofreció los zapatos rojos a Niu Yueqing, pero la esposa de Zhuang Zhidie se negó a aceptarlos. Ella, por su parte, le había comprado a Liu Yue unas medias de seda, más maquillaje y productos higiénicos para uso diario, como el jabón. Con esos regalos, Liu Yue se vestía cada día como si fuese a una fiesta y pasaba más tiempo frente al espejo, acicalándose y sonriéndose a sí misma, que haciendo otra cosa. Luego, se lo pensaba durante un buen rato y cambiaba de opinión y volvía a escoger otro atuendo. Llevaba una vida estrafalaria que demostraba hasta qué punto no solo había cambiado físicamente, sino que también lo había hecho moralmente, y compraba comida rara y exquisita que nunca se comía y acababa por malograrse, así como ropa y más ropa cara de los estilos más diversos. Cuando Niu Yueqing y Zhuang Zhidie recibían visitas, Liu Yue se mostraba petulante y orgullosa con su nueva posición y les servía el té vestida con un pijama de seda fina, negro y estampado con flores, y, de vez en cuando, interrumpía con alguna opinión crítica, y, al mismo tiempo, se ponía a mordisquear una manzana de forma descarada, clavando un trozo en la punta de un cuchillo y moviéndolo de un lado a otro hasta que se lo metía en la boca. Niu Yueqing no podía soportar esa situación y le dijo:

—Liu Yue, ¿no te vas a herir los labios?

—Lo único que temo es malograr el rojo de mis labios —le respondió

insolentemente Liu Yue.

La sirvienta estiró los labios hacia delante y los retorció, y seguidamente fue hacia la cocina para hervir agua. Niu Yueqing cerró la puerta de la cocina cuando Liu Yue ya estaba dentro. Liu Yue sabía que Niu Yueqing no podía soportar que ella, la sirvienta de la casa, se pusiese a hablar con los invitados, ya que lo consideraba de muy mala educación. Una vez en la cocina, Liu Yue se ponía morruda y se dirigía luego, entre gruñidos, a su dormitorio. Niu Yueqing perdía el control de sí misma y cuando se fueron los invitados, le preguntó:

—Liu Yue, ¿por qué dejaste al maestro Zhuang en la estacada cuando debías esperarlo? ¿No sabías que debías volver con él después de tu encuentro en el ayuntamiento?

Liu Yue le contestó, defendiéndose, mientras se secaba el cabello con el secador:

—El alcalde tiene un coche a su disposición con chófer incluido. Dazheng me pidió que fuera a casa con él y por eso me subí. Yo no quería, pero me sentí obligada ante su insistencia y su sonrisa. ¡Si no, perdía el honor!

Niu Yueqing le recriminó:

—Cuando saliste del ayuntamiento, debiste, al menos, saludar con la mano al maestro Zhuang. Mi marido ha gastado muchas energías y ha pasado mucho tiempo para que tú puedas haber tenido ese encuentro. Mientras tú estabas ahí, tan a gusto, comiendo frutos exquisitos y bebiendo café, tu maestro estaba en la calle sin comer ni beber nada. ¡Te estaba esperando! Y tú, tan cómoda y con tus posaderas en un vehículo oficial... ¿Estabas también fumando un cigarrillo? ¡Qué cara tienes, Liu Yue!

Liu Yue le dijo:

—¿Por qué me dices esas cosas? ¿Se te ha quejado el maestro Zhuang? Nada más salir por la puerta del ayuntamiento, lo vi; pero ¡él me giró la cara! ¿No me estaba esperando tanto tiempo en la calle? Solo los fantasmas saben lo que ellos han estado haciendo tanto tiempo...

—¿Ellos?... ¿Quiénes son ellos? —preguntó Niu Yueqing—. No me parece extraño que llamara al maestro Meng para tomar una copa juntos mientras te esperaba.

Liu Yue se la quedó mirando y se calló por unos instantes. Poco después le dijo:

—¿Con el maestro Meng?... Tang Wan'er, tras salir del patio, no regresó a su casa, sino que nos acompañó a la alcaldía. Cuando entré en el ayuntamiento,

tomaron la calle y se fueron. ¿Y tú me cuentas que el maestro Zhuang no ha comido ni ha bebido?

—Liu Yue, deja de decir tonterías. Tú y el maestro Zhuang sois muy amigos. Comprendo tu enfado; pero, si te oye mi marido, se va a sentir muy apenado, y deberías, además, estarle muy agradecida a Tang Wan'er por las ropas que te dio esa noche.

Liu Yue sonrió y dijo:

—La gran hermana es como el buda Maitreya, ese barrigón, que se lo traga todo y encima sonrío... Si no confías en mí, ya no te diré nada más. Total, para lo que voy a estar en esta casa...

Tras escuchar las palabras de Liu Yue, Niu Yueqing se quedó recapacitando un rato sobre lo que la sirvienta le había dicho y cómo se lo había dicho. Le dio por pensar en las discusiones que había tenido previamente con su marido, unas discusiones cada dos por tres y muy ruidosas y, a menudo, por nada verdaderamente serio. Una discusión a la hora de almorzar, otra por la noche a la hora de dormir. Una relación sexual cada cinco o seis días; pero desde que su marido conocía a Tang Wan'er, ese ritmo estaba cambiando lentamente. Incluso las discusiones habían disminuido. Pero hacía un mes y veinte días que los dos no habían estado juntos. Tras tener esos pensamientos, Niu Yueqing dudó de las palabras de Liu Yue y empezó a creer que tal vez tenía razón. Zhuang Zhidie no tenía nunca ganas de hablar cuando llegaba a casa y adoraba estar fuera. ¿Y por qué estaba siempre tan preocupado por esos asuntos tan calamitosos? ¿Le habían afectado a la cabeza? Tang Wan'er dijo finalmente:

—Liu Yue, no soy alguien a quien le guste tener problemas con la gente. Has podido trabajar como sirvienta en nuestra casa y ese ha sido tu destino. Te he hecho mi *meimei*, mi hermana pequeña. ¿Cómo podría despreciarte? Tampoco pretendo que seas nuestra sirvienta toda la vida; pero hay algunas cosas que no se permiten aquí. Pronto serás la mujer del hijo del alcalde de Xijing y lo único que te pido es que te comportes como es debido, conmigo y con el maestro Zhuang. Nosotros no queremos que nos devuelvas nada, pero mientras estés aquí, retén tu *qi* (soplo vital) y controla tus rabietas. De lo contrario, llamarás la atención de la gente y daremos de qué hablar, que es precisamente lo que ahora quiero evitar a toda costa.

Liu Yue le dijo:

—La hermana ha hablado hasta aquí y yo también he hablado lo mío...; pero, dime, ¿cuándo no he retenido mi *qi*? Si no fuera la sirvienta de turno de tu

casa, sería una chica en una familia como cualquier otra chica normal. ¿Y me hablas así? Ahora puedo vestir decentemente y maquillarme como cualquier otra joven de Xijing. ¿Y ello te molesta? Pero a tus ojos soy una campesina necesitada, una sirvienta inferior a esas chicas de la ciudad. ¡Y por eso me desprecias! Yo, por supuesto, os estoy muy agradecida y desearía quedarme toda la vida en vuestra casa como sirvienta. Me iré con ese discapacitado, el cual, sentado, es como el mono Sun Wukong mordisqueando una pera, y acostado tiene una pierna más corta que la otra. Cuando está de pie, parece uno de esos gallos dorados que se apoyan sobre una sola pata, y cuando camina es como uno de esos bueyes viejos que cojea de un lado. Y yo, ¿puedo darme por contenta porque tengo relaciones con las altas esferas? Encima debo ir con cuidado porque no quieren que nadie me reconozca como una campesina que trabaja como sirvienta. Eso es lo que me dijeron...

Liu Yue dejó de hablar y se sintió mal por lo que había dicho, se fue a la cama, se acostó y se puso a llorar.

Al principio, era Niu Yueqing quien debía darle la lección moral a Liu Yue, y al final fue Liu Yue quien se la dio. Liu Yue le dijo que no numerosas veces y el color de la cara de Niu Yueqing pasaba del rojo al blanco y viceversa. A veces le pedía una explicación a Liu Yue y esta se la daba o se callaba. Al día siguiente, durante la comida, Zhuang Zhidie se tomó apresuradamente un par de boles y luego se fue a su estudio. Niu Yueqing pensó en lo que Liu Yue le había dicho respecto a su marido y Tang Wan'er cuando estaban en la calle, y se sintió saciada, sin apetito. Introdujo los palillos en el bol y se puso a hacer ruido. No pensaba decir nada, pero al final se lanzó:

—Ya hemos acabado de comer. ¿Por qué no nos sentamos y charlamos un poco? —le propuso a su marido.

Zhuang Zhidie le respondió:

—Antes o después de comer, no estoy para ver a nadie: pierdo la paciencia y no soporto a nadie. Mejor no molestarme.

—En esta casa —le dijo Niu Yueqing—, estos son los únicos momentos que tenemos para hablar. Si no fueras mi marido, no te suplicaría que te dignases a dirigirme la palabra.

A Zhuang Zhidie le llamó la atención el tono de voz airado de su mujer y no se fue.

—Tienes razón. Si alguien en la calle detiene a mi mujer y quiere hablar con ella, yo le enviaría pestes —le dijo Zhuang Zhidie a su mujer—. Hoy hará un día

soleado y sin nubes, el viento se dirigirá al oeste y las temperaturas más altas han alcanzado los treinta y cuatro grados y las más bajas... —y moviendo las manos, se fue a su estudio.

Niu Yueqing torció los labios, respiró hondamente, dejó los palillos y el bol, se sentó frente a su marido y le soltó bruscamente:

—Hablemos con sinceridad. ¿Te llevas bien con Tang Wan'er?

A Zhuang Zhidie le pilló por sorpresa la pregunta de su mujer y le cambió mirada, la cual pareció perderse en el infinito, lanzó una bocanada al aire y mirando esta vez fijamente a Niu Yueqing, le respondió:

—Sí, muy bien.

Niu Yueqing empezaba a sospechar que su marido tenía un *affaire* con Tang Wan'er y quería preguntarle a él tanto como le fuese posible por esa relación, pero Zhuang Zhidie negó cualquier relación con ella. Niu Yueqing le pidió que se lo jurase y le bombardeaba una y otra vez agresivamente con mil preguntas para disipar cualquier conato de duda en ella. Zhuang Zhidie, sin embargo, permanecía tranquilo y respondía a cada uno de los embistes de su mujer con la misma fluidez del agua y no se movía en lo de que se llevaban muy bien, sin añadir nada más. Niu Yueqing no podía aguantarlo y, poniendo cara de hierro, le preguntó:

—Ahora dime la verdad, ¿dónde os fuisteis el día que dejasteis a Liu Yue en el ayuntamiento con Dazheng? Te sentaste en la acera con otra persona y esa noche regresaste muy tarde y Liu Yue ya se había ido en un vehículo oficial. ¿Dónde fuisteis tú y Tang Wan'er? ¿Qué hicisteis? ¡Eh!

Zhuang Zhidie se la quedó mirando mientras ella le lanzaba esas preguntas y sabía que tarde o temprano iba a tener que afrontar una situación parecida y acababa de contestarle, como siempre, que se llevaba muy bien con ella, eso era todo; pero en esos momentos lo lamentaba y gritó:

—Liu Yue, Liu Yue, pero ¿qué le has dicho a tu gran hermana? ¡La has dejado con la mosca detrás de la oreja!

Niu Yueqing dijo:

—No llames a Liu Yue. Yo lo sé todo. ¡Y yo solo quiero hablar contigo!

—¿Qué hemos hecho?... Pues acompañamos a Liu Yue a la alcaldía y luego Tang Wan'er se fue a su casa. ¿Qué piensas que hemos hecho? —Niu Yueqing se quedó sin decir nada durante un tiempo y Zhuang Zhidie añadió—: Lo que no sepas, yo te lo cuento... Hicimos el amor en la calle mientras pasaba la gente y luego otra vez, ¡en su casa delante de Zhou Min!

—¿Buscas pelea? —le interrogó Niu Yueqing.

—Tú eres la que siempre va buscando pelea —le contestó Zhuang Zhidie—. Vete a hablar con Liu Yue...

Niu Yueqing le dijo:

—Te puedes ir, si quieres; te creo, pero debo decirte algo. En lo que se refiere a tu vida, tu salud, tu trabajo o tus planes de futuro, yo no te diré nada; pero no toleraré nunca en la vida que me engañes con otra mujer. No te he dicho nada respecto a tu relación con Jing Xueyin y, si no te hubiera denunciado o acusado por ese artículo, me habría hecho incluso gracia que hubieses tenido una relación con ella para sacarle provecho profesionalmente. ¿Cómo me iba a sentir celosa de ella? Jing Xueyin es una mujer decente, pero esa Tang Wan'er es una furcia, una de esas mujeres que solo busca dinero, poder, posición social y sacar provecho a la gente. Una mala mujer que solo busca el placer propio. Por eso no te permito que te dejes seducir por esas mujeres.

Tras decir esas palabras, Niu Yueqing abrió la puerta, se volvió a sentar en el salón y retomó la comida.

Cuando las aguas volvieron a su cauce normal, Niu Yueqing se fue al trabajo sin pensar más en ese asunto, pero las palabras de Liu Yue le venían una y otra vez: la gran hermana es como el buda Maitreya, ese barrigón, que se lo traga todo y encima sonríe. Esas palabras, al fin y al cabo, eran ciertas, y por asociación de ideas, se acordó de cada una de las veces que Tang Wan'er se presentó en la casa, vestida impecablemente, y tan maquillada y perfumada; y con esos ojos como flores de melocotonero, brillantes y licuantes, ¿cómo no iba a despertar al diablo que todo hombre lleva dentro? Zhuang Zhidie, a pesar de ser un cobardón y un parado, ¿cómo no iba a reaccionar ante esos encantos? Debía llenarle el corazón, pero si ella no le hubiese provocado, él no habría caído en la tentación de acostarse con ella. ¿No se había escapado de Tongguan con Zhou Min? ¿Por qué no iba a ofrecerse a la frivolidad de acostarse con Zhuang Zhidie?, pensaba Niu Yueqing. Cuando al hombre se le despierta el diablo que lleva dentro, este es capaz de hacer cualquier calaverada. Si tan solo reuniera todos los indicios que le venían al pensamiento... Como, por ejemplo, cuando Tang Wan'er cubrió a Zhuang Zhidie con la sábana delante de ella. Ese gesto fue de una extrema familiaridad respecto a su marido, o cuando los sorprendió por casualidad a los dos saliendo del templo de la Vacuidad Serena. Tang Wan'er puso una cara extraña y Zhuang Zhidie se sacó de la manga eso del trabajo temporal. Ninguna otra vez había oído decir que Tang Wan'er estaba buscando trabajo y nunca más se volvió a hablar de ese tema. Todo ello

levantaba sus sospechas y llamó a la revista para hablar con Zhou Min. Zhou Min cogió el teléfono y Niu Yueqing le preguntó si, cuando Liu Yue y Dazheng se vieron esa tarde, Tang Wan'er había regresado a casa. Zhou Min le dijo que Tang Wan'er regresó exactamente a las diez de la noche y Zhou Min le preguntó a la esposa del maestro Zhuang si había pasado algo. Niu Yueqing se apresuró a responderle:

—No, no ha pasado nada. Me preocupaba que nadie la hubiese acompañado tan tarde, ya de noche. Hace muchos días que no la veo, ¡y pensaba que le había pasado algo!

Zhou Min colgó el teléfono y se sintió extraño: ¿por qué le había llamado Niu Yueqing?, ¿por qué estaba tan interesada en saber la hora de su regreso a casa?, ¿no había acompañado a Liu Yue? Esa noche, Tang Wan'er le dijo a Zhou Min que había ido con Zhuang Zhidie a acompañar a Liu Yue al ayuntamiento para su encuentro con Dazheng. ¿Cuál era la auténtica intención de la esposa del maestro Zhuang? Zhou Min se preocupó y mucho por ese asunto y se fue al dormitorio, donde estaba Tang Wan'er echada sobre la cama y con uno de esos calendarios que se cuelgan en las paredes entre las manos. Zhou Min se dio cuenta de que Tang Wan'er se azoró al ser descubierta con ese calendario sobre cuyos días había dibujados círculos rojos, triángulos o exclamaciones, y dijo:

—¿Qué anotas con tanto afán en ese calendario?

Tang Wan'er anotaba, en realidad, los días que había, o no había, visto a Zhuang Zhidie, así como los días de sus encuentros. Llevaba una especie de estadística que solo ella comprendía; pero al ser interrogada por Zhou Min, se asustó y empezó a temblar. Sacó unas chinchetas que tenía bajo la axila y colgó el calendario en la pared.

—¿Qué anoto, me preguntas? Pues lo que nos dura un *jin* de aceite de colza o el día que compré carne, o cuántas veces he comprado eso o aquello... Pero ¿por qué entras de esa manera? ¡Creí que eras un malhechor!

Zhou Min se dio cuenta de que Tang Wan'er había hablado con sentido y lógica y no le dio más importancia a lo que estaba haciendo sobre la cama.

—Si hubiese sido un malhechor que hubiese entrado en tu habitación, ¿qué habrías hecho tú?

Ella le respondió:

—¿Qué habría hecho?.. Habría hecho el amor con él... ¿Cómo estás tú hoy?... El *yin* y el *yang* se acercan peligrosamente para destruirse mutuamente... ¿Acaso te parece que estoy cometiendo adulterio?

Ese comentario molestó a Zhou Min, se apresuró a reír y olvidó el asunto.

Y Niu Yueqing volvió a las andadas. Esa noche se peleó con Zhuang Zhidie y volvió a reprocharle que estaba liado con Tang Wan'er. No era una simple amistad; si no, ¿por qué le había mentado diciéndole que ella había vuelto nada más dejar a Liu Yue en el ayuntamiento? Zhuang Zhidie buscaba la conciliación, pero para Niu Yueqing, esa estrategia no funcionaba y obligaba a su marido a que le confesase su relación con Tang Wan'er. ¿La había besado? ¿Había hecho el amor con ella? ¿Dónde lo habían hecho? Zhuang Zhidie avanzó un paso más, pero de su boca no salía una sola palabra y ello enojaba cada vez más a Niu Yueqing. Zhuang Zhidie acabó por enfadarse y dejó el salón por el estudio. Niu Yueqing salió disparada hacia el estudio y Zhuang Zhidie se fue al dormitorio, y ella lo siguió detrás. Zhuang Zhidie envolvió su cabeza con una toalla y se puso a dormir. Niu Yueqing se puso a dormir con él y volvió con las preguntas. Luego conversaron sin parar y ella le dijo que, en esa casa, estaba exhausta. Desde que se casaron, él pasaba de ella, no le prestaba atención, y no la sacaba ni para el Año Nuevo ni para otras fiestas, ni siquiera los domingos. No la acompañaba nunca, le dijo Niu Yueqing. ¡Ni siquiera para ver la televisión! ¡Ni para comer unos fideos juntos en un restaurante! Ella, en cambio, le cocinaba y le preparaba la comida y cuidaba del aspecto de su marido. ¡Ella solita! Y por qué no hablar del trabajo y de su propia madre, que los había dejado a un lado para dedicarse a su marido.

—¡Y ahora piensas que me vas a hacer callar sin decirme una sola palabra! —le gritó finalmente Niu Yueqing—. ¿Acaso crees que te voy a perdonar? Ya lo he hecho en el pasado, una y otra vez; pero eso ya se ha acabado. Cuento hasta tres. Uno, dos, tres... ¡Habla! —Pero Zhuang Zhidie, envuelto en la sábana, ya se había quedado dormido. Ella le dijo—: ¿Te has quedado dormido? ¿Cómo has podido quedarte dormido? No me consideras una persona, ni siquiera me consideras tu *laopo*... Duermes como un perro o un gato. ¡Indiferente a lo que pasa a tu alrededor!

Zhuang Zhidie se levantó de golpe haciendo un esfuerzo físico brusco y considerable, empujó a su mujer a un lado, dejó la cama y se fue al estudio. Niu Yueqing se puso a sollozar y Liu Yue la oyó desde la otra habitación. La sirvienta sabía que su señora se ponía a llorar para llamar la atención y los sollozos le recordaron a Liu Yue, por vete a saber qué asociación de ideas, a las aguas que fluyen en un río. Los sollozos de Niu Yueqing pusieron nerviosa a Liu Yue, que se sentía culpable, y se vio obligada a consolarla. Cuando iba a hacerlo, Niu Yueqing supo que Liu Yue había estado escuchando, de principio a fin, la

discusión que ella estaba teniendo con su marido, y se sintió avergonzada, pero hizo como si Liu Yue no estuviese ahí y, en el estudio arrancó de las manos de su marido un libro de pinturas y lo arrojó al suelo.

—Liu Yue, tú lo has visto con tus propios ojos. Ella es una mujer virtuosa. ¡Y quiere deshacerse de mis cosas!

Liu Yue le dijo:

—Maestro Zhuang, se te van a caer los bolígrafos y los lápices de la mesa. Gracias a ellos comemos todos. Con el enfado de la gran hermana, ¡se te van a caer al suelo!

Tras ese comentario de Liu Yue, Niu Yueqing cogió esos bolígrafos y lapiceros y los arrojó contra la puerta.

Así que soy virtuosa... ¡Pues mira lo que hago con tus cosas! —Niu Yueqing se puso a amonestar a la sirvienta—: Liu Yue, tú te vienes ahora conmigo a la casa, y deja de tocarme las narices con tus intervenciones intempestivas.

Liu Yue le dijo:

—¿Te toco las narices? ¿Eso me dices? ¿Cuándo te toco las narices? Te has enfadado de verdad. No paras de insultarme. Soy una sirvienta, no un monstruo.

Niu Yueqing estalló en lágrimas y se fue a su dormitorio.

Tras pasar una mala noche, los tres amanecieron con los ojos hinchados. Liu Yue preparó algo para desayunar y se lo ofreció. Zhuang Zhidie comió haciendo bastante ruido con la boca, pero su mujer no probó bocado. Zhuang Zhidie le dijo:

—Come, anda. Ello te dará fuerzas para echarme más broncas.

Liu Yue dijo:

—Maestro Zhuang, no deberías decir nada más. ¡Vas a despertar los demonios de la gente!

Zhuang Zhidie le replicó, guiándole un ojo:

—Liu Yue, siempre andas haciendo cosas extrañas. ¿Qué le has dicho a tu gran hermana sobre mi relación con Tang Wan'er?

Liu Yue le contestó:

—¿Qué le he dicho sobre vuestra relación? ¿Eso me preguntas? Pues nada; solo que me esperasteis frente a la entrada del ayuntamiento. ¡Y eso es todo!... Lo que no sé es qué hablasteis durante todo ese tiempo...

—¿Y cómo puedo acordarme? —le dijo Zhuang Zhidie—. La próxima vez traeré una grabadora de bolsillo.

Niu Yueqing había escuchado desde el dormitorio cada una de las frases y se

decidió a salir; pero no se había enterado de nada de lo que habían hablado entre los dos, y Zhuang Zhidie le volvió a pedir:

—Come, anda; y cuando hayas acabado, te vas con Liu Yue al ayuntamiento. Todavía quedan algunos flecos por resolver. Deberías hablar con la esposa del alcalde sobre el juicio. El alcalde debe influenciar claramente al comité de decisión y al panel del tribunal. Tanto si lo ve urgente como si no, debemos apretarlos. Tenemos dos o tres días para solucionar este asunto. ¡No podemos perder un solo segundo!

Niu Yueqing abrió finalmente la boca y dijo:

—Me pides que vaya a ver a la esposa del alcalde para hablar de tu juicio. ¿Qué pinto yo en todo esto? ¿Me necesitas ahora?

Zhuang Zhidie le contestó:

—Entre mujeres os comprendéis mejor. Que quede entre vosotras.

—¡No le diré nada! —le respondió Niu Yueqing—. Tú has amado a Jing Xueyin y a otras mujeres. ¿Todavía temes que te acusen? Un juicio por relaciones sexuales ilícitas... ¡Cuántos nombres se van a oír! Y nos lo dices a menudo: morir bajo una flor..., es decir, en brazos de una mujer... ¿No suena romántico? Pero tú eres un gran romántico, Zhidie... ¿Y qué vas a decir tú en ese juicio?... Condenado a la pena de muerte por relación amorosa ilícita, pero tan romántica al fin y al cabo... Y yo, esta mujer de poco valor, a extinguirme en el viento... ¿Me quedará algo de dignidad?...

Zhuang Zhidie, al verla que se ponía a hablar otra vez, no dijo nada y respiró hondo. Finalmente, le preguntó con retintín a su mujer:

—¿Ya has acabado de hablar?

Niu Yueqing le exhortó:

—¡Si tienes razón, habla!

—Si no vas a buscar al alcalde, yo tampoco voy —le dijo Zhuang Zhidie—. Si me llevo bien con Tang Wan'er, quiere decir que me llevo bien con ella... ¡Hasta el grado que te parezca! Y puedes imaginarte lo que quieras. ¡Y llama a Zhou Min!

Zhuang Zhidie se fue nada más decir esas palabras, pero antes de salir, se giró de golpe y cogió el paquete de cigarrillos que había sobre la mesa.

Como resultado de esa discusión matinal, Niu Yueqing no fue al trabajo. Triste y abatida, se echó en su habitación. Tenía las manos y los pies fríos. Liu Yue se presentó para consolarla, pero solo recibió el oprobio de Niu Yueqing. Liu Yue se metió en el estudio, se sentó y, con cara de tonta, se puso a ver la

calle a través de la ventana, con los que automóviles que iban y venían. Oyó las ruedas de una carreta que resultaron ser las del triciclo del chatarrero anciano que gritaba:

—¡Chatarra!... ¡Me hago con toda la chatarra y vuestros objetos, desechos y ropas usadas! ¡También las vuestras!...

Esa voz perturbó a Liu Yue y uno de los vecinos, furioso por los alaridos del anciano, abrió la ventana y le gritó:

—¡Recoge la basura! ¡Recoge la basura! ¡Y vete de aquí!

El anciano alzó la cabeza y dijo:

—¿Y dónde la tienes? ¿En tu casa?

El hombre le contestó:

—¡En el coño de tu madre!

El anciano no se alteró y continuó pedaleando en su triciclo de carga, con la cabina delantera de un lado a otro y canturreando:

Los escritores de primera buscan apoyo en el gobierno y se hacen consejeros de los políticos.

Los escritores de segunda saltan sobre la guita purulenta y se hacen publicitarios de las grandes empresas.

Los escritores de tercera entran en el camino oscuro y escriben novelas pornográficas a cambio de dinero.

Los escritores de cuarta escriben artículos con el estómago vacío y luego van de honestos y virtuosos.

Los escritores de quinta son unos frustrados y se dejan dar por el culo.

Por la tarde, Niu Yueqing y Liu Yue se desplazaron al ayuntamiento, pero el alcalde estaba muy ocupado y tenía una reunión. La mujer del alcalde y Dazheng, sin embargo, las recibieron con entusiasmo y sacaron inmediatamente el tema de la boda. Se habló de reservar esa fecha para justo un mes después y Liu Yue adquiriría definitivamente su nuevo estatuto, formando parte de la familia del alcalde de Xijing, pero la sirvienta quería continuar bajo la protección de la familia de Niu Yueqing y Zhuang Zhidie. Niu Yueqing, tras escuchar la propuesta de Liu Yue, esbozó una sonrisa amplia y generosa que pudo verse en su semblante. La esposa del alcalde también comentó que los padres de Liu Yue no estaban en la ciudad, pero que eran, al fin y al cabo, su primera familia, y

deberían asistir a la boda; y lo más importante, debemos respetar la tradición y Liu Yue debe recoger la dote de su familia el día mismo de la boda. Si sus padres no pueden venir, la llevaremos en coche a su casa. Niu Yueqing se ofendió por las palabras de la *laopo* del alcalde y se propuso ella, con una sonrisa condescendiente en los labios, como garante del ajuar de Liu Yue. A la mujer del alcalde le pareció fantástica esa idea y le dijo:

—¡Genial! Vosotros sacáis el carbón y lo laváis con el agua. ¿Vais a dejar que la gente se ría de nosotros? No deberíais gastaros un céntimo en el ajuar de Liu Yue. A esa jovencita no le faltará nada con su nueva familia.

A Niu Yueqing le agradaron las palabras de la mujer del alcalde y dijo:

—*Aiya...* Dazheng se va a quedar sin la dote de la novia... ¡Nosotros no podemos dejar a Liu Yue sin su ajuar! Vosotros, además, sois gente considerada y no podéis perder vuestra honorabilidad, y Zhuang Zhidie y yo no podemos ocuparnos eternamente de Liu Yue.

Las dos mujeres continuaron hablando y estrechando lazos, pero la conversación giró en torno a Liu Yue y su bienestar. Hablaron de los muebles de la casa donde iban a vivir los novios y su color y estilo, así como de los invitados para el banquete y los amigos que debían invitar. Hicieron cálculos sobre el coste del banquete y pensaron en los testigos, los acompañantes y los guías de la boda. Y ya al final, Niu Yueqing sacó, como por casualidad, el tema del juicio, el cual era el objetivo principal de su visita. Le explicó con todo lujo de detalles el asunto de Zhuang Zhidie y Jing Xueyin, el juicio y los jueces. Niu Yueqing puso cara de afligida y le contó a la mujer del alcalde los innumerables tormentos que habían sufrido desde que se presentó la denuncia contra su marido. Se lo contó todo sin mirarla a la cara para no mostrarle vergüenza y, sobre todo, para que la mujer del alcalde se diese cuenta de que, al unir las familias, había que evitar cualquier situación que les hiciese perder la honorabilidad en la sociedad de Xijing. Perdida en un hilo de pensamientos absurdos, Niu Yueqing volvió a repetirlo, por si no le había quedado claro a la madre de Dazheng, lo que estaba en juego en el juicio de su marido:

—*Aiya...* Mira, no paro de hablar... El viejo Zhuang está desesperado y os pide ayuda... ¿Cómo podría hablaros de este asunto si no fuera por él? Yo haría cualquier cosa por mi marido y mi familia. ¡Que nadie hable mal de ella! Mi marido está viviendo un infierno y la gente ha empezado a criticarlo. El tiempo vuela y esta situación parece incontrolable. ¡Habría que hablar ya con el juez!

La mujer del alcalde sonrió y preguntó con incredulidad:

—¿Quién va a perder la honorabilidad y por qué? No lo comprendo. Juicios los hay cada día y muchos más con periodistas y gentes de letras. El viejo Zhuang no quiere perder su reputación y tendrá algunos enemigos en la profesión. Ya se sabe con esa gente; siempre andan a la greña.

Niu Yueqing le explicó:

—Ah, él... Ese Zhou Min solo escribió un artículo pensando en su fama... ¡Este joven es un tronco!... Y mi marido... ¡Qué decirte! Tienes que estar encima de él todo el tiempo... No tiene ningún sentido práctico de la vida y cuando vives con él tienes que hacer de todo. Sabe escribir libros, pero no sabe vivir... No comprende cómo funciona la vida. Pregúntaselo... Salvo escribir, ¿qué sabes hacer? ¡Ni punto de comparación con tu marido, el señor alcalde! ¡Una virtud puede esconder cien defectos!

La mujer del alcalde le dijo:

—Veo que no te va mucho la literatura. Yo, si te digo la verdad, lo mismo... Lo mío es la política, aunque también tenga mucho de ficción. ¡Pero tu marido es nuestro tesoro!

Niu Yueqing le dijo:

—Oh, oh... No es para tanto... ¡Me lo pones por las nubes!... Y pensar que esa Jing Xueyin lo ha denunciado y lo ha tratado como unapestoso.

—Deja que te lo diga —la previno la mujer del alcalde—, nadie puede destruir a nadie, salvo él mismo. La ciudad de Xijing no puede pasar sin Zhuang Zhidie, y si alguien quiere destruirlo, el alcalde responderá con contundencia. ¡El alcalde de Xijing no lo tolerará!

A Niu Yueqing se le iluminó el corazón, pero enseguida olvidó lo que le había dicho la mujer del alcalde e insistió sobre las desgracias que podían caer sobre su marido si no le ayudaban.

—No lo olvidaré —le dijo la mujer del alcalde—. Ah, Liu Yue, ¿puedes ofrecerle un té frío con limón a la señora Niu?

Liu Yue le ofreció el té a Niu Yueqing y le preguntó:

—Gran hermana, hoy ¿por qué rebajas al maestro Zhuang? Tratas a los escritores como gente sin valor.

La mujer del alcalde dijo:

—Tu gran hermana no está rebajando a su marido. ¿Por qué exageras, Liu Yue?

Niu Yueqing sonrió y dijo:

—Hace tiempo que lo digo. En esta vida, mejor no casarse con un escritor.

¡Acabas pagándolo con la muerte!

—Vale, vale... —dijo la mujer del alcalde—. Y ahora que has dado rienda suelta a tus desgracias, me pregunto por qué a tantas mujeres les gustaría estar con el maestro Zhuang.

—¿Quién? Solo una tonta como yo aceptó casarse con él en esa época, cuando era un muerto de hambre. ¡Se lo daría a cualquiera! ¡Yo ahora me hago budista! —dijo Niu Yueqing.

—¿De veras? —le interrogó incrédula Liu Yue, y Niu Yueqing abrió los ojos y se la quedó mirando fijamente.

A la hora de comer, la mujer del alcalde las invitó a las dos, pero Niu Yueqing insistió en no quedarse y con la mirada le pidió a Liu Yue que se fuese con ella y la ayudase en casa. Liu Yue dijo solamente que la gran hermana Niu estaba preocupada por el maestro Zhuang y Niu Yueqing dijo:

—Si no le preparo nada, mi marido se ve obligado a comer fuera, en una de esas cantinas, de higiene dudosa, con esos palillos y esos boles que nunca están limpios del todo, y solo me faltaría eso ahora, que se me pusiese enfermo, mi marido.

La mujer del alcalde le dijo con sorna:

—Pero, qué más te da a ti si se enferma o no. Me lo has puesto a montar de un burro y ahora te preocupas por él. Si le pasa algo, te encontraré un jefe del distrito. Seguro que lo valorarás más... —Niu Yueqing soltó unas carcajadas y la mujer del alcalde añadió—: Hace tiempo que he oído decir que eres una excelente y muy querida esposa. No te retendré. Dazheng, acompaña a nuestra celestina a la calle.

Desde su habitación, Dazheng llamó a Liu Yue. El joven era incapaz de moverse y Niu Yueqing le pidió a Liu Yue que fuera a ayudarlo. La mujer del alcalde y Niu Yueqing se quedaron en el pasillo, durante un buen rato, hablando de ropas y comida. Liu Yue tardó en salir de la habitación de Dazheng, y la mujer del alcalde le preguntó:

—Liu Yue, ¿pasa algo? Estás pálida...

—¡No pasa nada!

Dazheng se agitaba como si fuese a derrumbarse a cada paso que daba, y con la cara roja, dijo:

—Madre, madre...

La mujer del alcalde se golpeó súbitamente el pecho con el puño y le dijo a Niu Yueqing:

—Nos hacemos viejos, nos hacemos viejos... Todos nosotros envejecemos y nos ponemos de esta manera...

Al llegar a la calle, ya era de noche, y Niu Yuqing quería que ella y Liu Yue fuesen a comer al mercado nocturno. Liu Yue dijo:

—No puedo ir. ¿Y el maestro Zhuang?

—A mí, él no me preocupa nada —dijo Niu Yueqing—. A él no le importa un pepino lo que yo piense o sienta.

Al final tomaron unos boles de fideos y raviolis gordos *huntun* y cuatro creps con carne picada y cebollino verde.

—Con una me es suficiente —dijo Liu Yue—. ¿Y tú cuántas vas a comer?

—No me lo voy a acabar —le dijo Niu Yueqing—. ¿Nos lo llevamos para comerlo luego?

Liu Yue se lo pensó y aceptó finalmente la propuesta de la gran hermana. Niu Yueqing le devolvió los palillos y las dos regresaron a casa. Una vez ahí, el salón estaba a oscuras y solo la lamparita del estudio estaba encendida. Niu Yueqing se fue a cocina, y el frigorífico y la cocina estaban intactos. Zhuang Zhidie no los había utilizado. Liu Yue también salió de la cocina y se metió en el estudio, y, tumbado en el sofá y apoyado sobre la almohada, vio a Zhuang Zhidie y le dijo:

—¿Adivina dónde hemos ido? ¡Pues a hacer los deberes! ¡Y estos ya están hechos!

Zhuang Zhidie le preguntó:

—¿De veras?

—La gran hermana no se ha cortado un pelo y se ha encargado de hacer los deberes.

Desde el salón, Niu Yueqing dijo:

—¡Liu Yue, Liu Yue! ¿Por qué tienes la boca tan grande? ¿Qué le has dicho al maestro? Se va a reír de su mujer otra vez. Si tienes unas pastillas de levadura, me las traes. Y tú también toma una de ellas. Has comido mucho, y esas pastillas nos ayudarán a hacer la digestión. Esta noche hemos comido demasiada carne.

Liu Yue sonrió y comentó:

—Tú todavía no has comido y aquí tengo un par de creps.

Zhuang Zhidie dijo:

—Yo ya he comido.

Niu Yueqing volvió a gritar:

—Liu Yue, no andes metiendo líos otra vez. ¿Por qué no te vas a dormir?

—¡A dormir se ha dicho! —La sirvienta se metió inmediatamente en su dormitorio, pero antes le dijo a Zhuang Zhidie—: Esta noche, ¿vas quedarte en el estudio a dormir otra vez? Esta tarde, tu señora se ha dejado la piel por ti y no ha sido fácil. Podrías mostrarle cierto agradecimiento y ser un poco más dulce con ella.

Zhuang Zhidie se lo pensó dos veces, cogió la almohada y salió del estudio. Niu Yueqing ya había apagado la luz y Zhuang Zhidie se desnudó en la oscuridad, se metió en el baño y se lavó los genitales. Luego se acostó sobre la cama. Niu Yueqing se había envuelto con la sábana y Zhuang Zhidie la destapó y la penetró. Niu Yueqing no ofreció ninguna resistencia, pero tampoco le dio la bienvenida. Se quedó totalmente indiferente ante la acción de su marido. Zhuang Zhidie no emitió ningún sonido. □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí cincuenta y dos palabras]. Zhuang Zhidie hizo un esfuerzo sobrehumano por mostrarse apasionado con su mujer y lanzó algunos gemidos. Intentó besarla en la boca y meterle la lengua dentro, pero Niu Yueqing se la mordió y volvió a envolverse con la sábana. Zhuang Zhidie sonrió y dijo:

—Te contaré una historia. Había un hombre al que le encantaba comer espinacas con huevos de codorniz. En cierta ocasión, quería coger con los palillos uno de esos huevos de codorniz, pero este se le escapaba cada vez que lo intentaba como si estuviese vivo. El hombre lo intentó otra vez, pero el huevo se le escapaba una y otra vez. Al final, el hombre perdió los nervios y tiró el huevo al suelo, lo pisó y lo hizo añicos.

Niu Yueqing sonrió y dijo:

—¡Ah, eso es lo que quieres hacer conmigo! ¡Tirarme al suelo y pisarme para matarme!

—Vale, vale, no pasa nada... Cuando el marido y la mujer se pelean en la cama, no hay nada mejor que el humor para disipar los nubarrones y la niebla...

Niu Yueqing dijo:

—Y tú piensas en el amor... ¿Eres consciente de ello? —Zhuang Zhidie no dijo nada y Niu Yueqing añadió—: Si no hubieses venido esta noche, me habrías defraudado completamente, Zhidie; pero lo hecho, hecho está. Ahora suéltame y no digas nada más. Ya he sacado una lección de todo esto y quiero prevenirte: rompe con Tang Wan'er. No la veas más, pero si lo haces, yo te acompañaré. Tampoco le permitiré a ella que venga a nuestra casa.

Zhuang Zhidie no dijo nada, solo se movió a un lado y Niu Yueqing le dijo:

—Tú quiere mostrarme lo capaz que eres en la cama, pero yo no tengo ganas. Cuéntame historias. Te escucharé.

Niu Yueqing levantó a Zhuang Zhidie y este se quedó en medio de la oscuridad con cara de tonto. No sabía qué contarle, encendió la lamparita y se puso a leer una cinta de vídeo. Niu Yueqing, escandalizada, le preguntó:

—¿Es una película pornográfica?

Zhuang Zhidie introdujo la cinta en el reproductor de vídeos y aparecieron en la pantalla del televisor varias imágenes de hombres y mujeres desnudos con movimientos caóticos. Niu Yueqing dijo:

—¿Y esos son seres humanos?... ¡Parecen un rebaño de animales!

Zhuang Zhidie le dijo:

—Muchos intelectuales y cuadros del Partido ven este tipo de películas. Luego se meten en la cama con sus mujeres y repiten lo que han visto en la pantalla. Estas películas sirven para crear ambiente. ¿Qué piensas tú? ¿Te pone cachonda?

—¡Apágala, apágala! —le gritó Niu Yueqing—. ¡Esa gente da asco!

Zhuang Zhidie apagó inmediatamente la televisión y se metió otra vez en la cama. □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí treinta y seis palabras]. Niu Yueqing le dijo:

—Y tú y Tang Wan'er, ¿habéis hecho esas cosas?

Zhuang Zhidie continuó con su mutismo como estrategia contra las preguntas insidiosas de su mujer. Niu Yueqing le dijo:

—Pues no hablemos más de este asunto. Hablemos de otros asuntos más divertidos...

Niu Yueqing pasó un buen rato sin decir nada y soltó repentinamente:

—No funciona, no funciona... No puedo pensar en lo que habéis podido estar haciendo los dos juntos... Y cada vez que lo pienso, se me despiertan los demonios...

Zhuang Zhidie se giró y se puso a llorar sin emitir un sonido.

Un día, temprano, Niu Yueqing, mientras colgaba la colada para secarse, vio a la paloma blanca posarse sobre la ventana. A Niu Yueqing, por lo general, le gustaba ver a esa paloma con su plumaje blanco y su pico rojo, y siempre arrullando. Se acercó a la paloma y vio que tenía un papel atado a un anillo que había en una de sus patas. Lo abrió y leyó: «Te quiero». Esas dos palabras estaban escritas con un pintalabios rojo y junto a ellas había estampados, también en rojo, unos labios. A Niu Yueqing se le quedaron los ojos en blanco y

pensó que ese mensaje venía de Tang Wan'er, que pedía una cita con Zhuang Zhidie. Niu Yueqing ató las patas de la paloma con una cuerda para que no se marchase y se fue al salón, donde se sentó, y esperó la llegada de Liu Yue, que había salido a comprar aceite.

CAPÍTULO XXI

Liu Yue entró por la puerta y la esposa de Zhuang Zhidie la cerró seguidamente con cerrojo. Niu Yueqing había dispuesto un taburete, tras quitarle el polvo, en el salón; lo había sacado del dormitorio, y le pidió a Liu Yue que se sentara en él. Liu Yue le dijo:

—Voy a dejar el aceite en la cocina. Hoy, ¡qué gentío había en la calle! He tenido que abrirme paso para comprar el aceite e incluso así no me hacían caso. Tuve que gritar.

La mujer de Zhuang Zhidie le dijo:

—Siéntate.

Liu Yue sonrió:

—¿Qué le pasa a la gran hermana? Yo no me siento ahora.

Niu Yueqing le pegó un cachete y agarró a Liu Yue, arrastrándola hasta el taburete. Liu Yue lanzó un grito y su expresión facial cambió radicalmente:

—¿Me has pegado? —le dijo.

—¡Te he pegado! —le respondió Niu Yueqing—. Soy la señora de esta casa y tú eres la sirvienta. Tú, que tratas con todas esas putas... ¿Cómo no te iba a pegar? ¡Y aunque viniese el alcalde para pararme! Dime, ¿cuántas veces ha venido a esta casa esa puta de Tang Wan'er? Seguro que les has observado haciendo el amor.

Liu Yue creyó en un principio que su gran hermana estaba celosa de Tang Wan'er y le dijo:

—Si el maestro Zhuang y Tang Wan'er lo han hecho, ¿cómo quieres que lo sepa yo? Ya te lo dije la última vez. Hablas rabiosamente y sacas espuma por la boca; deberías hacer justicia a la verdad. Armas un escándalo por nada y no distingues entre lo que está bien y lo que está mal. ¿Cómo te atreves a pegarme y a tratarme de furcia? Una sirvienta es alguien humilde, pero es un ser humano y

tú le has puesto la mano encima. ¿Quieres destruirme? No me prestas atención, y tampoco les prestas atención a mis padres, que son campesinos; pero ahora que voy a ser la esposa del hijo del alcalde, si me vuelves a poner la mano encima, te denuncio.

La esposa de Zhuang Zhidie desató la cuerda que ataba la paloma y trajo el animal con ella. Cogió el papelito y lo arrojó a los pies de Liu Yue.

—¿Me vas a denunciar por haberte pegado? —le gritó Niu Yueqing—. Tú eres a diario la doméstica de esta familia y has cuidado de esa paloma. Sabías lo de los mensajes. ¿No sabías que me estabas haciendo daño? ¿No quieres que te pegue? ¿Qué quieres, pues?... ¿Que te dé las gracias?...

Niu Yueqing volvió a pegarle otro cachete y a insultarla, otro cachete y más insultos. Liu Yue se protegió con el brazo, el cual, junto con las piernas, se le llenó de arañazos, y pensó mientras le azotaba Niu Yueqing: ella lo sabe todo. Liu Yue paró uno de los golpes y le dijo a Niu Yueqing:

—Ellos dos se llevan muy bien. ¿Tengo yo alguna culpa de ello?

La esposa de Zhuang Zhidie le preguntó:

—¿Qué quieres decir con que se llevaban muy bien? Hoy me vas a contar todo, y si no lo haces, te mataré a palos y se lo contaré todo a la madre de Dazheng. Estoy convencida de que les encantará que hagas esas guarrerías en el ayuntamiento, pero si lo descubren, ¡te van a enviar con tus ropas y en menos que canta un gallo a la montaña de Shanbei!

Entre llantos, Liu Yue le dijo a Niu Yueqing que Zhuang Zhidie y Tang Wan'er habían hecho el amor muchas veces en la casa y que se veían a menudo en casa de ella. La paloma servía de mensajero entre los dos, y Tang Wan'er solía besar el mensaje con los labios pintados de rojo y enganchaba un pelo púbico. Liu Yue se dio cuenta de que se había pasado y no quiso seguir con la conversación para no herir a su señora, pero Niu Yueqing se imaginaba lo peor. Se hacía la película de su marido y Tang Wan'er y ello le resultaba insoportable. Se le hincharon las venas y empezaron a darle espasmos. Con la cabeza dándole vueltas como una peonza, gritó:

—¡Cielos! He estado ciega y sorda. No me explico cómo ha podido llegar hasta este nivel. ¡No sabía absolutamente nada! —A Niu Yueqing, los ojos le daban vueltas y se los tapó con las dos manos. Con los dientes cacareándole de desesperación, le preguntó a Liu Yue—: ¿Qué me pasa ahora? Dime, Liu Yue, ahora soy como una mierda... ¿No es eso?... No valgo para nada...

Liu Yue bajó del taburete y se arrodilló ante Niu Yueqing.

—Gran Hermana —le dijo—, ese asunto debía hablártelo, pero no soy más que vuestra criada. ¿Cómo tengo la osadía de contarte esas cosas? ¿Y has creído todo lo que te he dicho? Yo le he ayudado y me he prestado a su juego. Te pido perdón. Pégame, pégame hasta matarme...

La mujer de Zhuang Zhidie bajó la mano que iba a pegar Liu Yue y finalmente la abrazó, lanzando al mismo tiempo gemidos de un dolor incontenido. Niu Yueqing lloraba y consolaba a Liu Yue al mismo tiempo que la odiaba profundamente. Liu Yue la había asustado, pero le había dicho la verdad, al fin y al cabo, y Niu Yueqing, reconociéndolo, le dijo:

—Liu Yue, no lo soporto. Te he pegado y tú te has compadecido de mí. ¿Puedo comprenderlo sin volverme loca? ¿Y tú? ¿Lo comprendes?

—Yo lo comprendo perfectamente —le dijo Liu Yue, poniéndose a llorar.

Tras llorar un rato las dos juntas, Niu Yueqing se tranquilizó lentamente y se secó las lágrimas, y luego las de Liu Yue. La sirvienta dijo:

—Te acompaño, gran hermana, y vamos a buscar a esa mujerzuela y nos la cargamos juntas.

Niu Yueqing sacudió la cabeza y dijo:

—Pero ¿en qué estás pensando? Vamos a echar abajo la reputación de mi marido. Lo vamos a destruir a la vista de todos, y eso no está bien. ¡Y nos vamos a ensuciar las manos con esa pelandrusca! Si hacemos público ese *affaire*, toda nuestra familia, y tú incluida, vamos a salir perjudicados. Hay mucha gente que quiere al maestro Zhuang y su luz brilla con demasiada fuerza. Si la destruimos nos quedaremos todos a oscuras. ¿Y tu boda con Dazheng? ¿No has pensado en ello? Si el alcalde se entera, tu futuro se va al garete. Tu maestro Zhuang, aunque me ha roto el corazón, tiene un futuro ante él y un renombre que nadie debe destruir. Mi obligación como mujer es protegerlos de las garras de esa puta barata y ello nos será fácil. La gente tiene la lengua muy larga y le gustan los cotilleos. Haz como si no supieses nada, pero seamos vigilantes. No le digas nada a nadie. ¿Lo comprendes?

Esa fue la primera vez que Liu Yue descubría que Niu Yueqing tenía un gran corazón y se apiadó de ella, asintiendo con la cabeza y no respondiéndole, como una buena sirvienta. Niu Yueqing, que había retomado el papel de la señora, le dio algunas instrucciones más y le pidió que se fuera a lavar la cara y a maquillarse.

Liu Yue llegó a la casa de Tang Wan'er. La mujer de Zhou Min, que sufría de insomnio, se encontraba espionando por la ventana. Al ver llegar a Liu Yue, se

dirigió a la puerta para recibirla y le preguntó:

—¿Vienes de la casa? ¿No recibiste el mensaje de la paloma? ¿No estaba el maestro Zhuang?

—Estaba el maestro Zhuang —le respondió Liu Yue—. La gran hermana se ha ido a la casa de Shuang Ren Fu y el maestro Zhuang querría verte.

A Tang Wan'er le alegró oír esas palabras y sacó un dulce de una cajita de dulces y se lo ofreció a Liu Yue, que no se lo comió porque lo encontró demasiado duro, pero Tang Wan'er se lo metió en la boca para chuparlo y le dijo:

—Este dulce está demasiado dulce... ¡Se te va a endulzar el alma, Liu Yue! ¿Para qué tanta correría? Si el maestro Zhuang está en casa, habría podido enviarme el mensaje desde ahí con la paloma...

Liu Yue le replicó:

—Yo iba a la casa de los Yang, en el callejón de Desheng, para comprar *zhajiangmian*, esos fideos a la pasta de soja y ciruela. No está muy lejos de aquí, y de paso he venido a decírtelo.

Liu Yue se fue nada más decirle esas palabras a Tang Wan'er, y la mujer de Zhou Min se puso algo de maquillaje en la cara, se subió en la bicicleta y se fue al patio del Círculo Artístico y Literario de Xijing.

La noche que Tang Wan'er y Zhuang Zhidie dejaron a Liu Yue en la alcaldía y se separaron, Tang Wan'er, de regreso a su casa, vio a Zhou Min charlando con uno de esos tipos que son como viejos tigres. Los dos estaban bebiendo un licor y el viejo tigre era un trabajador migrante que Zhou Min había conocido durante las obras de reconstrucción del templo de la Vacuidad Serena. Hicieron amistad entre los dos, y el hombre se presentó varias veces a la casa de Zhou Min, pero Tang Wan'er apenas pudo reconocerlo cuando lo vio y se limitó a saludarlo, cogió un taburete y se sentó junto a ellos para escuchar su conversación. El viejo tigre tenía una expresión feroz en la cara y sus labios eran finos. El hombre le hablaba a Zhou Min con palabras cordiales y elegantes, instigándole a que escribiera un libro sobre él, un pobre hombre que se ha hecho rico en la ciudad. El viejo tigre le dijo que él no sabía escribir y le pedía a él que lo hiciera. Le pagaría mucho dinero, unos veinte mil yuanes, incluso financiaría la edición, pero el libro debía ir firmado con su nombre, es decir, el del nuevo rico. Zhou Min le dijo que no era fácil escribir un libro y era injusto que otra persona que no lo había escrito pusiese el nombre. El viejo tigre se justificó alegando que, si no iba firmado por él, el libro no se publicaría nunca. Además, insistió el hombre, ¿no veía Zhou Min el tipo de vida que llevaba con Tang Wan'er? Un

dinerillo extra le vendría como caído del Cielo. ¿No era esa una oportunidad para llevar una vida mejor? También le dijo que no debía escribirlo muy bien y que unas doscientas mil palabras serían suficientes. ¿Le iba a costar mucho? Mucha gente se prestaría a hacer ese trabajo y yo no he querido dárselo. ¿A qué vienen ahora tantos remilgos?, le dijo finalmente. Zhou Min se apresuró a explicarle que no era por esas razones que rechazaba escribir el libro, sino porque se encontraba enfrascado en un juicio. El viejo tigre le preguntó qué tipo de juicio era y Zhou Min se lo explicó y le dio su opinión sobre el desenlace. Tang Wan'er oyó que él decía que Zhuang Zhidie confiaba en la acción del alcalde y dijo:

—Zhou Min, ¿no has bebido? No digas tantas tonterías. ¿Por qué el maestro Zhuang ha buscado el enchufe del alcalde? No solo estás injuriando al maestro Zhuang, sino que estás manchando la imagen del alcalde de Xijing.

Zhou Min le replicó:

—No me lo invento. Hay quienes lo han dicho antes que yo.

Tang Wan'er, enfadada, se metió en su dormitorio y se puso a dormir, pero con una oreja abierta, escuchando lo que decían Zhou Min y el viejo tigre sobre el juicio. Oyó que el viejo tigre decía:

—Ah, pues yo también soy abogado. Aunque solo ejerzo en mi tiempo libre, de cinco juicios que he participado, no he perdido ninguno. Y vuestros abogados, ¿qué tal lo hacen? ¿Te han pedido que vayas a buscar al alcalde para que os ayude? Si Zhuang Zhidie no confiesa que ha estado liado con esa mujer, habrá otra solución pare ganar ese juicio.

Zhou Min le preguntó:

—¿Y cuál es esa solución?

—Ese artículo no cita en ningún momento el nombre de Jing Xueyin; es ella que se da por aludida. ¿No es así? ¿Por qué no decir que no se trata de ella? Pidamos a otra mujer que vaya al tribunal y testifique como que ha sido ella. Nadie se lo va a esperar. ¿Qué pruebas tienen los miembros del tribunal para decir que ha sido Jing Xueyin? Los jueces no podrán cerrar ese juicio.

Al oír las palabras del viejo tigre, ese hombre que había hecho fortuna en Xijing especulando con la construcción, pensó que era un embaucador, y con una solución típica de un embaucador, pero la idea le convenció. Ella esperó a que el viejo tigre se fuera y Zhou Min estuviese a su lado en la cama. Cuando los dos estuvieron juntos, le dijo:

—Para ese juicio, yo puedo hacer de esa mujer de la que hablaba tu amigo.

Zhou Min le dijo:

—¡Eso está muy bien! La verdad es que estaba preocupado porque no sabía dónde iba a encontrar a una mujer que se prestase a ese juego; pero no se me había ocurrido que tú pudieses ser esa mujer...

—Podría intentarlo. ¿Me permites? Todo ello es por tu beneficio, pero ¿soportarás que me haga pasar por la amante de Zhuang Zhidie?

—Esto es un truco, una farsa, porque tú no has estado liada con Zhuang Zhidie; por eso no me importa —le dijo Zhou Min.

—Y si fuera verdad, ¿qué pasaría? —le interrogó Tang Wan'er.

Zhou Min se puso a reír y pensó en lo que haría si fuese verdad que su mujer fuese la amante de Zhuang Zhidie, pero había bebido mucho alcohol con su amigo constructor y le entraron ganas de dormir. En ese momento, Tang Wan'er lamentó haberle hecho esa pregunta a Zhou Min. No hubiera debido tampoco haberse prestado a hacer de esa amante falsa de Zhuang Zhidie porque, en realidad, no había nada de falso en ello. Incluso si se lo comentaba a Zhuang Zhidie, este podría rechazar ese plan. Debía consultárselo, pensó Tang Wan'er. Zhou Min creía que ese plan podía funcionar perfectamente en el juicio, pero ¿y Zhuang Zhidie? Tras pasar una noche rumiando ese asunto, Zhou Min esperó dos, incluso tres días, a que Zhuang Zhidie viniese a hablar con él de ese tema, pero Zhuang Zhidie no se presentó. Zhou Min obligó a Tang Wan'er a que leyera el artículo entero para saber lo que debía decir. Si el plan de Zhuang Zhidie con el alcalde no funcionaba, siempre podía introducir su plan, el del testigo falso de Tang Wan'er como la protagonista de ese artículo. Tang Wan'er, impaciente por hablar con Zhuang Zhidie, envió la paloma con un mensaje.

Tang Wan'er se dirigió a la casa del patio del Círculo Artístico y Literario de Xijing. Tocó a la puerta y le abrió la esposa de Zhuang Zhidie con una sonrisa rígida y forzada. Niu Yueqing evitó mirarla a los ojos y le dijo con desdén:

—*Aiya...*, es Tang Wan'er... Acababa de decirle a mi marido que hacía tiempo que no te veíamos por aquí. Mira, he preparado algo de comer. Venga, come algo con nosotros. ¡No pensábamos verte aquí!

Tang Wan'er se apresuró a responderle:

—La esposa del maestro cocina muy bien. ¡Y todavía se acuerda de mí! No sé qué decir... La verdad es que me gusta la buena comida...

—Pero tú eres de buen comer —le dijo Niu Yueqing—, y a la gente de buen comer le gusta llenarse.

—Los hombres sí que son de buen comer y les gusta llenarse; pero a

nosotras, las mujeres, solo nos gusta llenarnos de grano de paja —le dijo Tang Wan'er.

—Entonces, eres como esos saltamontes que arrasan las cosechas. ¡Eres insaciable! —ironizó Niu Yueqing.

Tang Wan'er pensó que no era correcto seguir por ese camino y quiso preguntarle a Niu Yueqing si el maestro Zhuang estaba en casa. Liu Yue y Zhuang Zhidie entraron por la puerta. Al ver a Tang Wan'er, Zhuang Zhidie exclamó sorprendido:

—¡Has venido!

—¿Habías salido? —se apresuró a preguntarle Tang Wan'er.

—Tomé cita con el viejo Meng para picar algo. Liu Yue me vino a buscar y me dijo que había cocinado en casa un manjar. Me dijo que había un invitado, pero ¿qué invitado? ¡Y eras tú! —le contestó Zhuang Zhidie.

Tang Wang'er le preguntó:

—¿Has pasado toda la mañana fuera de casa?

A Tang Wan'er le entró pánico. ¿Por qué Liu Yue había ido a buscar a Zhuang Zhidie para que regresase a casa? ¿Había descubierto Niu Yueqing lo de los mensajes de la paloma? Tang Wan'er no auguraba nada bueno de ese encuentro y le dijo a Niu Yueqing, que se encontraba en la cocina:

—Con todos mis respetos, tú que eres la esposa del maestro Zhuang, te agradezco infinitamente tu buena intención... Me has dicho que soy de buen comer, pero ya he comido *doufu* (queso de soja) y Zhou Min se fue a trabajar temprano y me dijo que iba a traer a unos amigos a comer a casa... No puedo comer nada más... ¡Debo regresar sin falta!

Niu Yueqing salió de la cocina y le dijo:

—¡Ni hablar! ¡Tu maestro Zhuang está aquí! Podéis hablar todo lo que queráis..., y ya está todo preparado. Comemos y ya está. ¿Vale? Además, quiero que comas bien hoy... Ah, y olvida a Zhou Min por unas horas...

Zhuang Zhidie le dijo:

—Ya que mi mujer insiste, pues quédate a comer.

Los dos, Tang Wan'er y Zhuang Zhidie, ni se atrevían a meterse en el estudio ni en el dormitorio, como pensaban, y se sentaron finalmente en el sofá del salón, donde continuaron hablando, cruzándose unas miradas llenas de significado y con mil dudas por lo que podía pasar. Al final, rieron por lo bajines. ¿Cuáles eran las intenciones de Niu Yueqing?, se preguntaban sin decírselo en palabras. Los dos reían y continuaban hablando de banalidades. En

los ojos de Tang Wan'er había una luz que Zhuang Zhidie no sabía cómo interpretar. ¿Qué querían decir esos ojos? Y más risas. Los dos creyeron que Liu Yue lo había planeado todo diabólicamente. Tang Wan'er se relajó y sus ojos volvieron brillar de nuevo llenos de vida y dijo que el día anterior había tenido un sueño. Había soñado que había caído una gran nevada, pero en un día que hacía un calor intenso. ¿Era un sueño bueno o malo? Le pidió a Zhuang Zhidie que lo interpretase. Zhuang Zhidie le dijo:

—Para interpretar los sueños está el viejo Meng. Él sí que sabe de esas cosas. A mí me das un carácter chino y te lo interpretaré.

Tang Wan'er no sabía qué carácter chino podía darle y se fijó en la ventana, donde había colgada una ristra de chiles rojos. Entonces dijo: «Ristra»¹¹². Zhuang Zhidie se sorprendió y le preguntó:

—¿Qué?... ¿Una ristra? Pues puede significar «hebra», y si se le añade un corazón en la parte baja, significa «peligro».

Tang Wan'er palideció y Zhuang Zhidie le dijo:

—Yo no sé de esas cosas, pero si has soñado con nieve, igual ello tiene alguna relación con el juicio. Durante el día insultas a Jing Xueyin, y su apellido significa «sombras en la nieve». Quizá por eso, por las noches, sueñas con la nieve¹¹³...

Tang Wan'er se tranquilizó y preguntó por el resultado del alcalde, y no tardó en sacar el plan del viejo tigre. Niu Yueqing y Liu Yue prepararon la mesa para comer y dispusieron cuatro platos con varios palillos y un platillo con salsa de soja. Niu Yueqing sirvió la comida con la cazuela en la mano y un cucharón, y los hilos de vapor subían al techo. La mujer de Zhuang Zhidie gritó:

—¡Todos a bordo! —y los cuatro se sentaron en la mesa.

Zhuang Zhidie dijo:

—¡Hoy ha sido la esposa del maestro quien ha cocinado especialmente para nosotros! ¿Qué nos va a dar de comer? ¡Liu Yue, saca el aguardiente!

Niu Yueqing se sintió aludida y dijo:

—Comida hay mucha, ya lo veréis, pero no sé si he seguido estrictamente las normas... No necesitamos beber aguardiente... ¡El alcohol mata el sabor de la comida!

Zhuang Zhidie dijo mientras se precipitaba para abrir la tapa de la cazuela:

—Pero, dinos, ¿qué hay en esa cazuela?

Pero Niu Yueqing se precipitó para decirle:

—¡Ya vengo, ya vengo! —y fue ella misma la que destapó la cazuela, y

dentro de la cazuela, para sorpresa de todos, estaba la paloma blanca totalmente desplumada.

Zhuang Zhidie y Tang Wan'er se asustaron al ver esa ave totalmente pelada que parecía de porcelana china y metida en ese cocido. Niu Yueqing dijo:

—¿Cómo? ¿No vais a probar esa delicadeza? Yo misma he matado a esta paloma con mis propias manos. La paloma es un ser inteligente y por eso la gente come su cerebro; su carne es fina y muy gustosa. ¿No queréis probarlo?

Nada más hacer esa pregunta, Niu Yueqing sacó el cuchillo para trocear a la paloma. Lo primero que cortó fueron las dos alas y las puso sobre el plato de Tang Wan'er. Luego cortó las patas y las dejó sobre el plato de Zhuang Zhidie y dijo:

—Wan'er, ingiere esta comida, te dará alas. Un ala hace nacer otra ala. Ya verás.

A Zhuang Zhidie, tras dejar las patas de la paloma en su plato, le dijo:

—Estos dos muslos con sus patas son para ti, cariño. ¡Mira lo hermosas que son! *Aiya...* Mírame... ¿Qué hace este anillo aquí? ¡Qué torpe soy! Lo he olvidado...

Niu Yueqing le dio el espinazo de la paloma a Liu Yue y ella misma se quedó con la cabeza, la cual depositó en su plato, y dijo:

—Bueno, no tiene carne, pero he oído decir que si comes los ojos de una paloma no serás corta de vista nunca. Yo he sido tan corta de vista durante tanto tiempo... ¡Me los voy a comer! —Con meticulosidad, introdujo la punta del cuchillo en los ojos negros de la paloma, los sacó y se los metió en la boca, y añadió—: *Ummm...* ¡Riquísimo!

A Zhuang Zhidie y Tang Wan'er se les llenó la cabeza y la cara de sudor. No podían mover ni siquiera los palillos. Niu Yueqing dijo:

—Pero ¿cómo es posible? ¿No vais a probar este manjar? ¿Está soso?

Tang Wan'er se tragó una cucharada de sopa y le entraron ganas de vomitar. Entre lágrimas y reteniéndose, dijo:

—Señora, te lo suplico, ¡abre la puerta! Voy a vomitar...

Niu Yueqing arrojó las llaves al suelo y Tang Wan'er, agachándose, las cogió, abrió la puerta, y bajó del piso. Zhuang Zhidie se levantó de la mesa sin decir nada, se quedó parado un buen rato y se encerró en el estudio.

* * *

El plan del viejo tigre no pudo aplicarse finalmente porque el tribunal de segunda instancia a nivel municipal pronunció su veredicto y fue el juez Sima Gong quien se encargó de concluirlo y hacerlo público después. La noticia se difundió con rapidez y el teléfono de la casa de Zhuang Zhidie sonó enloquecidamente durante varios días. Por la casa no paraba de pasar gente y Liu Yue no daba abasto para servirles el agua o el té, y no paraba de barrer las pepitas de calabaza que caían al suelo. Frente a la puerta sonaban incesantemente los petardos y entraron en la casa la mujer de Wang Ximian, Ruan Zhifei, Zhou Min, Meng Yunfang, Xia Jie, y Hong Jiang y su joven mujer. La casa parecía exudar alegría por cada uno de sus poros. Una Niu Yueqing exultante dijo:

—¡Han venido todos! ¡Sabía que ibais a venir! Pero todos los amigos juntos... ¿Quién lo ha organizado?

Ruan Zhifei contestó a esa pregunta:

—¿Quién lo ha organizado? ¡Pues el mismísimo Cielo lo ha organizado! Mi querida hermana, hoy me tiemblan las manos y estoy demasiado contento. Deja que te abrace.

El resto de los presentes gritó:

—¡Eh! Y la hermana, ¿se atreverá a abrazarte?

Y Niu Yueqing les replicó con malicia:

—Atreverme... ¿Por qué no me debería atrever?

Ruan Zhifei la abrazó con los dos brazos largos y huesudos, y los presentes se pusieron a reír. Zhuang Zhidie acababa de quedarse dormido en el sofá, ya que el trajín de los últimos días le había dejado por los suelos. Ese día se había levantado temprano para recibir a Bai Yuzhu y Sima Gong y luego, exhausto, se acostó. Liu Yue se encargaba de recibir a los invitados y les ofrecía un té de Longjin, el té del Pozo del Dragón. Zhuang Zhidie le preguntó a Niu Yueqing:

—¿Qué has preparado hoy de comer para todo el mundo?

Y Niu Yueqing le respondió:

—Tú no necesitas comer lo que he preparado; es asunto mío y de Liu Yue. Tú vete a comprar algo de aguardiente. ¡Un botellín del licor de Wuliangye y zumo de coco de Taiwán! Ah, y unas cervezas.

Liu Yue vio a Niu Yueqing y Zhuang Zhidie saludando calurosamente a la gente que se había presentado en la casa y de una manera armoniosa entre ellos. La doméstica le dijo a Zhou Min que podía irse, pero Niu Yueqing le dijo a Liu Yue:

—Zhou Min tiene fuerza. Pídele que te ayude. Zhou Min, ¿dónde se ha metido Wan'er? ¿Por qué no le has pedido que venga?

—No se encuentra muy bien —le contestó Zhou Min—. Vomita todo lo que come y está exhausta. También se le ha hinchado la barriga y me temo que sufre de hepatitis. Hoy no ha venido. ¡Y yo la represento!

Niu Yueqing dijo con cierta ironía:

—¿Qué tendrá la pobre? Ella debería haber venido... Hubiera aportado algo de jolgorio a la fiesta... Tang Wan'er es todavía joven para sufrir hepatitis. Deberías llevarla al médico, Zhou Min. Tú no deberías haberla dejado sola. Esa mujer es delicada como una flor y fina como el jade...

Zhou Min le replicó:

—Pero ¿por qué la señora del maestro se preocupa tanto de Tang Wan'er? No pasa nada porque no haya venido. —Y bajando la voz, añadió—: Hoy, sin embargo, sí que ha venido la mujer de Wang Ximian. Wan'er y ella no se llevan muy bien.

Zhou Min bajó las escaleras y Niu Yueqing se giró y vio a Zhuang Zhidie pelando unas manzanas y con el cuchillo en la mano. Niu Yueqing le dijo:

—Déjalo estar, anda. Siéntate y descansa... —Niu Yueqing le susurró inmediatamente a su marido—: Y Zhao Jingwu, ¿por qué no ha venido?

—Eso mismo me preguntaba yo... ¿Por qué no ha venido?

Niu Yueqing conjeturó:

—¿No será por lo del asunto de Liu Yue?

Zhuang Zhidie le respondió:

—Le he hablado un par de veces. Ahora piensa que Liu Yue se cree la princesa de Saba y la odia.

Meng Yunfang les gritó desde lejos:

—Eh, vosotros dos... Si tenéis algún secreto que contaros, meteos en la cama... Han venido muchos invitados. ¡No los abandonéis!

Niu Yueqing sonrió y dijo:

—Maestro Meng, cuando abres la boca, apestas... ¡Eres un gusano despreciable! Te lo pregunto a ti. ¿Por qué no ha venido el bueno de Zhao Jingwu? ¿Qué estará haciendo ahora? Hong Jiang, cuando lo veas, le dices que la mujer del maestro Zhuang ha estado hablando mal de él. ¿A qué espera? ¿A que le envíe un palanquín con unos porteadores?

Hong Jiang le señaló a Liu Xiaoka una de las caligrafías de Zhuang Zhidie y al mismo tiempo le respondió a Niu Yueqing:

—¿Quieres que le repita a Zhao Jingwu lo que acabas de decirme? ¿Y con las mismas palabras? Lo voy a avergonzar y lo voy a poner tenso. Así no creo que vaya a venir.

Entre las palabras de unos y otros, Zhou Min y Liu Yue trajeron el aguardiente y Niu Yueqing preparó la mesa, donde puso varios platillos de comida fría que sacó del frigorífico. En esos platillos había pescado, carne de burro y carne de perro. En total, había doce platillos de comida a disposición de los invitados, pero todos ellos empezaron con las bebidas. Niu Yueqing y Liu Yue prepararon también algunos platos calientes. Los presentes alzaron sus copas y brindaron y Ruan Zhifei dijo:

—Hoy nos hemos juntado para brindar y quiero que brindemos juntos por nuestra victoria en el juicio.

Y todos brindaron y vaciaron sus copas. Zhou Min se apresuró a llenarles la copa y con la suya en la mano, dijo:

—Quisiera agradeceros a todos lo que habéis hecho por mí. ¡Esto ha costado más que ganar la guerra de Resistencia contra el Japón!

Xia Jie le dijo:

—Zhou Min, estás contento. Hoy estás aquí, en la casa de tu maestro Zhuang. Debería haber podido traer a Jing Xueyin... ¡Para que se sacase de encima su mal genio con nosotros de una vez por todas!

—Ayer por la tarde —le aclaró Zhou Min—, en los retretes de la unidad de trabajo, oí a alguien llorar. Eran llantos de mujer. ¿Quién estaba ahí?, me pregunté. Luego vi salir a Jing Xueyin con unas gafas de sol oscuras y quise darle mi pañuelo para que se secase las lágrimas, pero al final me corté...

Hong Jiang dijo:

—¿Te cortaste? ¡Eres un débil! Todo el mundo sabe ya el resultado de ese juicio y cuentan con pelos y señales que esa que apellidan Jing tuvo un *affaire* con Zhuang Zhidie. ¡Y vaya *affaire*! Zhuang Zhidie proveyó al tribunal con todo tipo de detalles para confirmar esa relación amorosa, con fechas y lugares. Así que no ha habido difamación de ningún tipo, ni tangana. Jing Xueyin ha perdido, y ha perdido este caso se mire como se mire, y se ha comportado como una histérica a ojos de todo el mundo.

Zhuang Zhidie le desmintió:

—Eso no son más que rumores que cuenta la gente... Yo ni siquiera he ido al tribunal. ¿Cómo he podido contar esas cosas? He tenido un juicio en toda mi vida, y tras la experiencia vivida y la huella que me ha dejado, espero que sea el

último.

—Si no son más que rumores... —dijo Hong Jiang—, eso que llamas rumores está circulando por todas partes en Xijing. Así te van a ver; pero todo ello también pertenece al lustro que desprende la vida, en su totalidad, del maestro Zhuang. Hay quienes atraen a las mujeres, pero no saben sacar provecho de ello, ni del escándalo; pero tú no solo has sabido sacar provecho de una de ellas, y vaya una, sino que has salido victorioso. Ello te dará más relumbrón si cabe en esta ciudad.

Meng Yunfang dijo por su parte:

—Tu maestro Zhuang solo lamenta que no haya habido algo más entre él y Jing Xueyin... Ay, si esa pelandrusca hubiese caído en mis manos en esa época, la habría puesto en su sitio...

Xia Jie dijo:

—¿Y qué habrías hecho tú, fantasmón?

Meng Yunfang se quedó mirando a su mujer, cogió la copa y replicó:

—Habría bebido este zumo de coco... ¿Lo comprendes ahora, cariño?

Se oyó seguidamente un *glu, glu, glu...* y todos los presentes se pusieron a reír, acusando a Meng Yunfang de temer a su mujer y a Xia Jie por querer controlarlo todo. Niu Yueqing intervino:

—Xia Jie tiene razón. Una buena *laopo* no debe perder de vista a su marido en todo momento, y si tiene un roto en el pantalón, debe coserlo con la aguja, porque, si no, va a entrar aire y se le va a resfriar el marido...

Meng Yunfang bromeó:

—Pues así es; si no hubiese sido por Xia Jie, yo sería aún un niño... Más que mi mujer, Xia Jie es mi verdadera madre.

Zhuang Zhidie sonrió forzosamente, cogió la pipa y se puso a fumar. Sin poder evitarlo, dijo:

—Tú eres como el monje budista Xuanzang, y porque Xuanzang era virgen, su viaje al Paraíso del Oeste en busca de los *sutras* fue un desastre.

La mujer de Wang Ximian hizo una mueca con la boca y sonrió. Meng Yunfang dijo:

—Y el gran pintor Wang Ximian, ¿por qué no se te oye? ¿No te atreves delante de tu mujer?

La *laopo* de Wang Ximian dijo:

—Tienes mala lengua, maestro Meng. ¿Por qué me culpas de todo? —Meng Yunfang le cogió la pipa a Zhuang Zhidie para metérsela en la boca y la mujer de

Wang Ximian le advirtió—: Yunfang, eso no es higiénico.

Meng Yunfang le devolvió la pipa a Zhuang Zhidie y dijo:

—Ah, las mujeres y la higiene, siempre encima... ¿Y me dices que tengo la lengua demasiado larga? ¿Qué uso haces de tus labios? Aquel día, en el baile del hotel Sheraton, tú y tu marido no parabais de morrearos mientras bailabais esos lentos... Caliente, caliente...

La *laopo* de Wang Ximian le replicó:

—¿En el hotel Sheraton? Yo nunca he pisado ese hotel...

—*Aiya*... No sé por qué me meto en estos líos. ¡Una palmadita en la boca! Eso es lo que me merezco... —rectificó Meng Yunfang.

—Yunfang, mejor no juegues con fuego porque te vas a quemar... Si me estiras de la lengua, voy a decir cosas que van a hacer las delicias de los presentes...

Xia Jie intervino:

—Habla. Yo, por mi parte, no voy a ponerme celosa. Los hombres buscan amantes, pero las mujeres también los buscan...

Ruan Zhifei ironizó:

—Por lo que dices, parece que tú ya tienes un amante... ¿Por qué no he oído antes hablar de él?

Xia Jie soltó:

—Fracasar te hace sabio, ¿no es cierto, Zhidie?

Ruan Zhifei aplaudió y propuso para calmar los ánimos:

—Vale, vale... ¿Por qué no dejamos de hablar y hacemos otro brindis? ¡Esta vez a tu salud, Xia Jie!

Todos los presentes brindaron y Niu Yueqing dijo:

—No me gusta la palabra «amante». Creo que hay algo que se queda corto en este término tal y como lo usamos normalmente. Para mí, una amante es una puta que no se reconoce como tal, pero que lo es ciertamente.

Los presentes perdieron interés en la conversación sin saber cómo acabarla de una manera positiva y Wang Ximian añadió:

—Llenemos de nuevo las copas... Tengo una propuesta. Brindemos por la victoria en el juicio y, sobre todo, por nuestro Zhuang Zhidie. ¡Felicidades, maestro!

Ruan Zhifei no alzó la copa y, con los palillos ya en la mano, se puso a picar de los platillos, y dijo:

—No bebamos mucho, sino solo un poco, por la mañana, porque tenemos trabajo. Al mediodía, ni mucho ni poco, siempre con moderación, porque al mediodía tenemos la reunión con el Comité. Por la noche, hay que beber mucho y no poco, porque debemos regresar a casa y encontrarnos con nuestras mujeres...

Todos los presentes se pusieron a reír y Wang Ximian dijo:

—Eres un poeta, Zhifei, y hablas como el viejo trapero que recorre las calles de Xijing. Y tú, por cierto, ¿tienes reuniones con el Comité? Todavía no estamos a sábado. ¿Por qué piensas en tu *laopo*?... Liu Yue, llénale la copa...

Ruan Zhifei se apresuró a decir:

—Ya bebo, ya bebo..., pero ello me deprime... Me siento vacío y al final acabamos, entre tan buenos y fieles amigos, chupándonos el culo mutuamente... Deprimente...

Ruan Zhifei alzó la copa, la impactó con la copa de Zhuang Zhidie y luego bebió. Wang Ximian dijo:

—Mejor no imitemos esos modales incivilizados.

Todos los presentes alzaron las copas y brindaron a la salud de Zhuang Zhidie. Niu Yueqing sacó los platos calientes y Meng Yunfang aprovechó para brindar con Niu Yueqing y Zhou Min lo hizo a su vez con Tang Wan'er. Niu Yueqing brindó con Liu Yue y esta brindó con su maestro Zhuang. De hecho, todos los presentes acabaron brindando, tarde o temprano, con Zhuang Zhidie, que no paraba de dar gracias a todo el mundo e ingerir el contenido del licor que Liu Yue echaba en su copa. Alzaba la copa y se la bebía de un trago; pero, de repente, se detuvo, presa de mil temblores y empapado de sudor. Con los ojos llenos de lágrimas, vació la copa, la dejó caer sobre la mesa, rompiéndola en pedazos, y se dobló. Zhou Min se precipitó hacia él para sujetarlo.

—El licor, ¿se te ha subido a la cabeza? —le preguntó Zhou Min a su maestro.

Zhuang Zhidie notó que le picaban cada vez más los labios y no podía respirar por la nariz. No podía, en realidad, ni aspirar ni inspirar. Se ahogaba, y Niu Yueqing se apresuró a decir:

—Es la emoción, y esas lágrimas son de dolor. Él es así. Tanto cuando sufre mucho como cuando está muy contento, llora como una magdalena. El juicio ha sido muy largo y muy complicado. Ha tardado mucho en acabarse y vosotros os habéis presentado todos en su casa. ¡Me lo habéis emocionado al pobre! —Niu Yueqing le propuso seguidamente a su marido—: ¿Por qué no vas a descansar al

dormitorio y luego vienes a beber un poco más?

—Voy a descansar un rato —dijo Zhuang Zhidie—. Vosotros podéis seguir sin mí. Lo siento... —y Zhuang Zhidie regresó a la cama del dormitorio.

La mujer de Wang Ximian le siguió y le susurró:

—Zhidie, tú no estás bien por dentro. ¿No es eso? —Zhuang Zhidie sonrió amargamente y sacudió la cabeza de un lado a otro. La *laopo* de Wang Ximian añadió—: ¿Y quieres ocultármelo? Has ganado el juicio. Tu rostro no debería estar así. Nada más entrar por la puerta de esta casa, he sabido que algo no va bien.

—No deberías hacer preguntas —objetó Zhuang Zhidie—. Sal y ve a beber un rato más... Dejémoslo para más tarde y ya verás como todo se arreglará.

La *laopo* quiso sentarse en un lado de la cama junto a Zhuang Zhidie y hablar de nuevo con él, pero vio entrar en el dormitorio a Niu Yueqing.

—Zhidie —le dijo la esposa de Wang Ximian—, has adelgazado mucho y respiras con dificultad. Desde que murió Gong Jingyuan, no levantas cabeza. Esa muerte nos ha hecho ver a todos cuál es el verdadero valor de la vida. No vale más que una brizna de mala hierba, y hay que cuidarse cada vez más porque nos hacemos viejos.

Niu Yueqing añadió a esas palabras:

—Eso es lo que también pienso yo y lo que le digo a todo el mundo, pero Zhuang Zhidie no me escucha. Está delgadísimo, como se ha dado cuenta todo el mundo. Yo quiero cuidar de él. Tiene mala salud, pero él se niega porque es tozudo como una mula.

—Todos los hombres son iguales —dijo la *laopo* de Wang Ximian.

Zhuang Zhidie, que había oído esas palabras, bajó la cabeza y no dijo nada, cogió la pipa y se puso a fumar, pero Niu Yueqing se la quitó y le dijo que no podía fumar en la cama.

—Mira —le dijo Niu Yueqing a la mujer de Wang Ximian—, se me pone a fumar en la cama y no me hace caso...

Meng Yunfang no paraba de gritar en el salón:

—Yueqing... ¿Por qué no vienes? ¿Acaso no temes que acabemos con todo el aguardiente? Es de mala educación abandonar a los invitados...

Niu Yueqing le contestó desde la habitación:

—Venga, venga... Hoy ya he bebido mucho... —y cogiendo de la mano a la *laopo* de Wang Ximian, salió del dormitorio.

Volvieron a beber de nuevo y en la planta baja se oyó otra vez el estallido de

los petardos. También se oyeron pasos desordenados y Niu Yueqing preguntó:

—¿Quiénes vienen ahora? Liu Yue, rápido, ve a recibirlos...

Liu Yue salió disparada para abrir la puerta y regresó inmediatamente para decirle a Niu Yueqing:

—Gran hermana, es...

—¿Quién?... —preguntó ansiosa Niu Yueqing.

—Es... Tú ya lo sabes... —respondió Liu Yue, girándose de inmediato y dirigiéndose al dormitorio.

Niu Yueqing dijo:

—Será un invitado. ¿Por qué te ha entrado pánico?

Niu Yueqing vio ante sus ojos un frigorífico, cuatro colchas, dos almohadas, un termo, una cubeta para lavarse, un espejo, un cepillo para cepillarse los dientes y dentífrico, una toalla, una vajilla de porcelana, un par de palillos, y algunos objetos personales. Todo ello apenas cabía en la habitación y obstruía la entrada. Niu Yueqing se asustó y dijo:

—*Aiya...* ¡Es Dazheng! ¿Por qué no has llamado por teléfono? ¡Hubiésemos salido a recibirte todos a la puerta!

Dazheng dijo:

—Mi madre me ha pedido que os traiga estas cosas. Hay, además, un par de armarios y un sofá, pero lo ha enviado a nuestro piso nuevo. Pero... ¿por qué hay tanta gente hoy aquí? ¿Se os ha muerto alguien?

Niu Yueqing gritó:

—¡Zhidie, Zhidie! ¡Sal, rápido! ¿Adivina quién ha venido?

Zhuang Zhidie salió del dormitorio y ver a Dazheng le agradó muchísimo. Le pidió que se sentase y se fue a llamar a los invitados para presentárselo, pero Dazheng le dijo:

—No te molestes...

Zhuang Zhidie sacó algunos cigarrillos, que repartió entre los invitados mientras hacía las presentaciones, y dijo:

—Vosotros, ¿no os conocéis?... Este es Dazheng; el hijo de nuestro alcalde y futuro marido de Liu Yue.

Dazheng se levantó del sofá donde se había sentado y sonrió, dio una calada al cigarrillo, saludó a los presentes y volvió a sonreír. Todos los invitados pusieron cara de estúpidos y felicitaron a Liu Yue por esa oportunidad que le había brindado el destino. Dazheng recogió las tarjetas de presentación que cada uno de los invitados le había dado y les dio, a cambio, más cigarrillos que sacó

de un paquete. Una vez sentados, junto a la mesa, los presentes felicitaron a Dazheng por casarse con una chica tan lista y guapa como Liu Yue. Alabaron también los muchos méritos del alcalde de Xijing y le pidieron a Dazheng que lo saludara de su parte. Dazheng miró las tarjetas de los presentes antes de metérselas en el bolsillo y comentó:

—Guau..., vosotros sois las celebridades de Xijing...

Meng Yunfang dijo:

—Célebres o no, ¡brindemos todos juntos! Temía no encontrar a nadie más para poder brindar por él y ahora se me presenta Dazheng justo en el momento preciso. ¡Bravo por Dazheng!

Niu Yueqing dijo:

—Te has emborrachado con el zumo de coco. Nadie se ha casado todavía. Brindemos por Dazheng, eso es todo lo que podemos hacer por el momento, y presentemos nuestros respetos al alcalde. Dazheng, levanta la copa y bebe... ¡Lo que deseas! —Niu Yueqing volvió a gritar a Liu Yue—: ¡Liu Yue! ¿Dónde estás, Liu Yue? Los invitados quieren conocerte...

Liu Yue salió del dormitorio con otra ropa y maquillada. Con timidez, dijo:

—Bebed vosotros. Yo no puedo beber.

Niu Yueqing la rectificó:

—Puedes al menos tomar una copa y brindar.

Meng Yunfang volvió a intervenir:

—Dije que no había visto a Liu Yue y ahora aparece con ese maquillaje y como otro invitado más... ¡Magnífico!

Todos los presentes se pusieron a reír y Dazheng, con la copa en la mano, brindó con Liu Yue. Tras impactar su copa con la de su prometido, Liu Yue se fue sin perder un segundo más a la cocina. Meng Yunfang dijo:

—¡Menuda cabeza de chorlito está hecha esta Liu Yue! Hoy, el bueno de Dazheng se ha presentado con una dote impresionante y ella no le hace ni caso. El día de su boda, cuando se paseen con el coche nupcial, espero que le muestre más cariño y los dos se sonrían mutuamente como dos enamorados. Liu Yue, creo que solo te podré ofrecer mi tarjeta de presentación para tu boda. Dime, ¿qué quieres que te regale? Con ese ajuar, no vas a necesitar nada. ¿Te falta algo?

Y Liu Yue gritó desde la cocina:

—¡Me falta el dinero de un banco!

—Aiya... —se quejó Meng Yunfang—, me temo no poder ofrecértelo... Me

temo que yo y mi Xia Jie vamos a tener que pedirte en el futuro que nos des de comer... ¿Podremos confiar en ti?

Dazheng dijo:

—Os agradezco a todos mucho el afecto demostrado. El día de la boda, todos vosotros podréis venir para hacer gala del mismo jolgorio de hoy. ¡Y brindaré con cada uno de vosotros!

Wang Ximian dijo:

—Este es el último trago. Yo ya no me atrevo con otra copa. No hemos parado de beber durante no sé cuánto tiempo. Bebed vosotros dos, tú y Meng Yunfang.

—Este maestro Meng tiene un aguante prodigioso —dijo Dazheng— y va acabar emborrachándome.

Hong Jiang volvió a aparecer en la conversación:

—Maestro Meng, vosotros dos podríais competir para saber quién tiene más aguante.

Meng Yunfang y Dazheng se pusieron a beber en medio de la jarana que se había formado. Varias mujeres se sentaron. La *laopo* de Wang Ximian y Liu Yue intercambiaron algunas palabras y, poco después, Xia Jie se fue a ver el ajuar. La joven esposa de Hong Jiang también quiso verlo. Mientras lo tocaban, cada una de las mujeres alabó la calidad de esa dote. Todas ellas reconocieron que valía una fortuna. Xia Jie dijo:

—El alcalde tiene poder debido a su situación, pero su fortuna no puede compararse a la de un hombre de negocios.

La mujer de Hong Jiang dijo:

—Ah, Mil doscientos, esa es una marca famosa...

—¡Ay, y qué caro es! —exclamó Xia Jie—. Los que ves aquí no son exactamente gente de una reputación excepcional. Bueno, son artistas famosos, teatreros famosos, músicos famosos, e incluso modistos famosos. Todos ellos, sin embargo, son más poderosos que el alcalde.

—... Y nosotros tenemos seguramente más dinero que el alcalde —añadió la mujer de Hong Jiang—, pero el dinero del alcalde vale su precio en oro.

Las dos mujeres se sentaron junto a Liu Yue y la *laopo* de Wang Ximian, y todas ellas se pusieron a cuchichear sobre la felicidad de Liu Yue. La sirvienta las llevó seguidamente a su dormitorio, cerró la puerta y les dijo:

—Vosotras os burláis de mí. ¿No os habéis dado cuenta de que ha aceptado casarse con una sirvienta? ¿No sabéis por qué?

La mujer de Wang Ximian dijo:

—Mi pequeña hermana, pertenecer a la familia del alcalde es una buena cosa para ti y ese Dazheng no está mal.

Liu Yue dijo:

—Mi buena hermana, vosotras conocéis a mucha gente. ¿Cómo puedes decirme que ese cejijunto de Dazheng no está mal?

—Sí, es un cejijunto que también es una persona honesta —le replicó la *laopo* de Wang Ximian.

—Salvo una de sus piernas, el resto le funciona... —dijo Xia Jie.

La joven mujer de Hong Jiang dijo a su vez:

—Estoy de acuerdo con ese punto de vista.

Liu Yue se puso a llorar y dijo:

—He comprendido lo que me habéis dicho. Dazheng, a pesar de ser un cejijunto, es una persona honesta. No puede utilizar una de sus piernas, vale, pero ¿qué me garantiza que goza de buena salud? Quiero decir, que el resto le funciona bien, como afirmáis con tanta seguridad... Le odio... Tarde o temprano, pagaré ese ajuar que su madre me ha ofrecido... —Liu Yue, tras decir esas palabras, se puso a llorar.

Las otras mujeres le aconsejaron a Liu Yue:

—Sea cual sea tu destino, piensa que ya no eres una niña. Te espera la prosperidad y ello te ha caído del Cielo.

Meng Yunfang había seguido la conversación desde el salón y gritó:

—Liu Yue, Liu Yue, tu tortolito no se mantiene de pie. ¡Ve a rescatarlo! ¡Ha bebido demasiado!

Liu Yue le dijo:

—¡Ese tipo es un descerebrado! Hoy han venido varios invitados, ¿cómo ha podido emborracharse? El maestro Meng lo ha gafado seguramente y lo ha llevado a ese barrizal... ¡Me lo ha emborrachado!

Liu Yue no salió de la habitación. Al otro lado, seguía reinando el bullicio y Dazheng seguía bebiendo. No mucho después, Zhou Min y Hong Jiang vinieron a sujetar a Dazheng y lo llevaron a la cama de Liu Yue para que se acostara. Cuando ya estaba tendido sobre el lecho, lo descalzaron, y vieron, en efecto, que una de sus piernas era más corta que la otra y estaba torcida. Tenía los cinco dedos de ese pie separados y anquilosados y retorcidos como las ramas desnudas de un arbusto. Liu Yue, nada más ver ese pie, se asustó y se puso a llorar.

Los presentes vieron llorar a Liu Yue y les disgustó ver a Dazheng

totalmente ebrio. Ruan Zhifei también había bebido unas cantidades considerables de alcohol y dijo que Dazheng había perdido el color de la cara. Dazheng se había emborrachado, dijo Ruan Zhifei, con tan solo oler el aguardiente. Cuando era joven, él, Ruan Zhifei, tenía mucho más aguante y podía beber mucho más sin perder la cabeza. Junto con el difunto Gong Jingyuan había llegado a beber cuatro *jin* de aguardiente como quien bebe agua fría. Al hablar de Gong Jingyuan, Ruan Zhifei se entristeció de golpe, gimoteó y soltó unas lágrimas. Las mujeres seguían hablando con Liu Yue y no prestaron atención a las lágrimas de Ruan Zhifei, pero Wang Ximian le preguntó:

—¿Por qué lloras? Lo pasado, pasado está. Se hace tarde, debemos regresar. Si te pones a llorar, yo también me voy a poner a llorar, y va a ser peor... — Luego le dijo a Zhuang Zhidie—: Zhidie, regresemos. Dazheng puede venir con nosotros y podrá hablarnos.

Zhuang Zhidie y Niu Yueqing quisieron retenerlos, pero al final se fueron todos y les dieron las gracias por el encuentro. Zhuang Zhidie los acompañó hasta la puerta del patio y justo al final, cuando ya se iba, le preguntó a Zhou Min:

—Y Wan'er, ¿está enferma?

—Nada importante —le respondió Zhou Min—. Le pediré que pase a veros un día de estos.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Si está enferma, lo mejor es que descanse. Oí que le comentabas a mi mujer que Wan'er no se encontraba bien y que creías que era un problema digestivo. Llévale este jarabe.

Y cerrando bien la cajita del botellín del jarabe, se la dio a Zhou Min.

* * *

Tang Wan'er abrió la cajita y vio que había un botellín de jarabe. Desenroscó la tapa, pero vio que dentro del botellín no había ningún jarabe, sino un papelito arrugado en el que había escrito: «Cuídate». A Tang Wan'er, tras leer ese mensaje, se le saltaron las lágrimas. Desde ese día, cuando ella tuvo que salir avergonzada de la casa del patio del Círculo Artístico y Literario de Xijing, Tang Wan'er se sentía profundamente humillada y ofendida. Ella sabía que ese globo, más se hinchaba, más peligroso se había vuelto, hasta explotarle en la cara; pero también sabía que no podía evitarlo: quería inflar ese globo más y más. Ello la

excitaba y la hacía sentir viva. Su amor por Zhuang Zhidie no tenía remedio y, tal vez, más Niu Yueqing la trataba bien a ella, más se sentía ella culpable y preocupada por su amor hacia Zhuang Zhidie. Esos eran sus sentimientos, de culpabilidad y preocupación, y por ello quería evitar a toda costa a Niu Yueqing. Tang Wan'er comprendió por qué Zhuang Zhidie le preguntó tantas veces si él era una mala persona y él le decía ingenuamente que era un verdadero desastre, aconsejándole que lo mejor sería que los dos fueran amigos, ni siquiera debían hacer el amor otra vez. Más le preguntaba ella, más reticente se mostraba él a contestarle. Cada vez que se veían los dos, los dos recordaban su falta y se sentían culpables. Sin embargo, Niu Yueqing mató cruelmente la paloma blanca, hizo un cocido con ella y se la dio de comer a Tang Wan'er y Zhuang Zhidie. A partir de ese momento, los sentimientos de culpabilidad y preocupación de Tang Wan'er hacia la esposa de su amante desaparecieron completamente. Todavía ese acto abrió una herida en ella que parecía no poder cerrarse nunca. Tú me has herido a mí, pues yo te voy a herir a ti, pensaba Tang Wan'er con deseos de venganza. ¿Quién podrá más? Tang Wan'er no quería saber nada de Niu Yueqing, como si no se hubiesen conocido nunca, y pensaba de esa manera cuando regresó a su casa, y ello la relajó, deseando echarse en la cama y olvidarse del mundo; pero, de repente, cambió de actitud y se puso laboriosa. Cogió una escoba y se puso a barrer los suelos y a hacer la colada, y esa misma noche le dijo a Zhou Min:

—¿Por qué no vienes a dormir?

Zhou Min había tocado la ocarina y estaba escribiendo un libro con el nombre de otra persona.

—Vengo, vengo... —dijo— y se fue a asearse tras dejar el papel sobre la mesa. Con una sonrisa radiante, se subió a la cama, pero Tang Wan'er ya estaba roncando y cayó dormida tan profundo que no se despertó en tres días. Durante ese tiempo tuvo pesadillas espantosas y se levantó totalmente empapada de sudor. No fue capaz, sin embargo, de recordar lo que había soñado, pero se sentía profundamente sola, con un sentimiento de soledad intenso y deprimente, y sufría como un pescado que está siendo asado en un horno. Al cabo de tres días, le vinieron espasmos y de la cama se desplazó al sofá. Ahí permanecía un buen rato y luego regresaba a la cama. Tang Wan'er creía escuchar el arrullo de la paloma mensajera y salía corriendo hacia el patio para ver lo que sucedía, se quedaba bajo el peral y miraba al cielo, el cual quedaba muy en lo alto. Tang Wan'er observaba entonces las nubes blancas, blanquísimas, que pasaban por el firmamento. Y esas nubes, se preguntaba Tang Wan'er, ¿no son acaso palomas

blancas? No, no lo eran, y ella se ponía a llorar. ¿Volvería a encontrarse con Zhuang Zhidie? ¿En la ciudad de Xijing? ¿En una de sus calles? ¿O en las mismísimas calles del Cielo? El patio se había llenado de hojas secas y las ramas de los árboles aparecían desnudas. Ya olía a otoño y algunos grillos se empeñaban en mantener vivos sus cricrí. La noche anterior se había girado un viento frío que acabó por adelgazar el peral, gordo y lleno de vida apenas unos días atrás. Tang Wan'er sintió que se le había chupado el trasero y sus mejillas se habían hundido en su rostro. Durante esos años, ¿no había adelgazado ella también como lo había hecho ese peral de la noche a la mañana? Tang Wan'er encontró sus brazos delgados como unas cañas de bambú y suspiró, acordándose de ese viento frío y desolador de la pasada noche en el patio. Zhou Min, tras volver del trabajo, quiso subirse de nuevo a la muralla de Xijing para tocar la ocarina, pero ella no se lo permitió y le pidió que tocara la ocarina bajo el peral del patio. Él le dijo que no podía obligarle a dejar de tocar la ocarina y ella le respondió que le gustaba el sonido de ese instrumento tan antiguo y por eso deseaba que lo tocara bajo el peral. Zhou Min la miró con extrañeza y le dijo:

—Pero siempre me has dicho que no te gustaba esa música. ¿Qué mosca te ha picado ahora?

Zhou Min empezó a tocar la ocarina con su música remota y sinuosa, como un susurro lejano. Mientras tocaba, Zhou Min le guiñaba el ojo a Tang Wan'er, que se encontraba sentada en el peldaño de la entrada a la casa. De repente, a Tang Wan'er le vino a la cabeza la imagen del bosque al otro lado del puente, en la Puerta del Sur. También se acordó cuando Meng Yunfang le leyó las líneas de la mano y ella tuvo una premonición. En esos momentos, ella solo tenía ese pensamiento en mente. No tomó su camino, aunque lo pensó, y miró la parte baja del árbol. Luego se maquilló, se cambió de ropa, y se calzó con los zapatos de tacón alto. Zhou Min le preguntó:

—¿Vas a salir? ¿Adónde vas?

Tang Wan'er le contestó:

—Voy a comprar compresas. Las necesito.

Y era cierto lo que dijo: las necesitaba porque tenía la regla. Había notado sangre en sus bragas y salió corriendo de la casa, pero Zhou Min le dijo:

—Pero ya se ha hecho tarde... Te acompañaré.

—¿Es que en la noche salen los lobos y los leopardos?... —ironizó Tang Wan'er— ¿Por qué debes acompañarme? Quédate en casa escribiendo ese libro...

Tang Wan'er salió a la calle y se topó con el caos de los coches pasando de un lado a otro y la animosidad de la gente. Tras comprar las compresas, y haciéndose paso, llegó hasta el puente de piedra de la Puerta del Sur, pero Zhuang Zhidie no estaba ahí. Esperó hasta las diez de la noche, pero Zhuang Zhidie seguía sin aparecer. Ya se había cerrado la noche y nadie cruzaba el puente a esas horas. Tang Wan'er notó que estaba menstruando e introdujo su mano en la parte íntima. Tocó la compresa y, al sacar la mano, Tang Wan'er vio que la tenía manchada de sangre y le vino a la cabeza un pensamiento extraño: pasó la mano manchada de sangre por el cabecero de la balaustrada del puente y luego quiso llegar hasta ese arbusto bifurcado con la piedra en medio y restregarle la sangre de la menstruación que llevaba en la mano. Al dejar esa piedra con las huellas de la mano, Tang Wan'er dejó al mismo tiempo las líneas de su mano, que eran su vida y su destino. Si Zhuang Zhidie se presentaba en ese lugar, vería su vida, la vida de Tang Wan'er, pensó ella. Te esperaré aquí, fue su último pensamiento.

CAPÍTULO XXII

Tang Wan'er regresó varias veces al árbol con la forma de un tirachinas y la piedra fálica, manchada con la sangre de su menstruación, en medio; pero en ninguna de esas ocasiones apareció Zhuang Zhidie. Tang Wan'er pensó que su amado estaba pasando tal vez por un mal momento y ello le impedía moverse a su aire. ¡Y no podía salir de su casa! Por eso le había enviado esa nota en el botellín del jarabe. Tang Wan'er se puso a llorar de nuevo y se prometió a sí misma: «¡Te juro que te veré de nuevo, Zhidie, incluso si solo vivimos una vez y sea la última vez que te vea la cara!».

* * *

La boda de Liu Yue se fijó para el doce de septiembre. Un día antes, Niu Yueqing y Liu Yue prepararon una comida para los invitados. La madre de Dazheng llamó la atención a los invitados sobre el hecho de que Niu Yueqing se había gastado demasiado dinero en esa comida, cuyo contenido no debía superar el de un simple refrigerio para que todo el mundo se conociera mutuamente. Niu Yueqing le dijo que a Liu Yue, aunque no era su hija o su hermana pequeña, le tenía mucho aprecio, y quería que la familia del alcalde los considerase, a ella y Zhuang Zhidie, como su familia, y esa era la razón por la cual ella había preparado ese banquete antes de la boda como era costumbre entre las familias de Xijing. Había invitados que seguro que no estaban al corriente de ello y pensaban que Niu Yueqing y Zhuang Zhidie eran solamente unos acompañantes de Liu Yue. Había, por lo tanto, que disipar dudas, y qué mejor que una comida de ese tipo. Niu Yueqing ofreció a los invitados el mejor Maotai que había encontrado en las licorerías de Xijing, con innumerables platillos de carne de pollo, pato y pescado. Todo ello maravillosamente preparado. Niu Yueqing le pidió a Liu Yue que se asease. A la joven novia ya le dolían las piernas de tanto

ir para arriba y para abajo y deseaba ir a la alcaldía. No se sentía tranquila por la boda del día siguiente y pensaba en cada uno de los detalles por pequeño que fuese. Temía que algo fallase a última hora y deseaba inspeccionar de nuevo con Dazheng los preparativos de la boda. Al irse Niu Yueqing, Liu Yue se quedó en el baño aseándose. Zhuang Zhidie, mientras tanto, escuchaba desde el salón el agua de la ducha que caía sobre el cuerpo de Liu Yue y por su cabeza pasaban muchos pensamientos y remordimientos que no llegaba a controlar. Se sentó en silencio en el estudio e hizo un esfuerzo sobrehumano para fumar un cigarrillo.

De repente, alguien abrió la puerta y era Liu Yue, con una bata de noche roja y casi transparente. Se había dibujado las cejas, había añadido sombra a sus ojos y rojo a sus labios. Su boca parecía un albaricoque abierto. Liu Yue también llevaba el cabello mojado y sujeto con una toalla blanca y tenía la cara roja tras habérsela frotado con el jabón. Cada uno de esos detalles hacía que la sirvienta estuviese particularmente bella en ese momento. Zhuang Zhidie se dijo para sus adentros que esa era la última noche de soltera de Liu Yue y ese baño tenía un significado especial. Zhuang Zhidie la miró y sonrió, bajó la cabeza y continuó fumando. Retuvo la respiración e intentó acabar el cigarrillo lo antes posible hasta convertir el rojo vivo del tabaco en ceniza. Liu Yue le preguntó:

—Maestro Zhuang, ¿te has vuelto a deprimir?

Zhuang Zhidie no le dijo nada. Su depresión no le permitía decir en ese momento nada que tuviera algo de sentido.

Liu Yue le dijo:

—Te comprendo, pero ¿no quieres desearme felicidad por última vez?

Zhuang Zhidie asintió con la cabeza y le replicó:

—Yo creo en la felicidad y te la deseo.

Liu Yue sonrió con desdén y le dijo:

—Te lo agradezco, maestro. Esta felicidad te la debo a ti.

Zhuang Zhidie alzó de nuevo la cabeza y se quedó anonadado contemplando el cuerpo de Liu Yue. Ella también se lo quedó observando y Zhuang Zhidie suspiró, dejando colgar otra vez la cabeza y llenando el estudio con una espesa capa de humo. Liu Yue le dijo:

—No puedo quedarme mucho más tiempo aquí. Yo pensaba que tú, maestro, habías leído muchos libros y habías visto muchas cosas, y ahora llenas este estudio con humo. Me voy. No me pidas que me quede, por favor; pero ¿me dejas ver por última vez esa estatuilla de la mujer de Tang? ¿No decíais que me parecía a ella?

Zhuang Zhidie le contestó:

—Podrás irte mañana. Esta noche, esta casa sigue siendo la tuya. Siéntate. Mañana te daré esa estatuilla.

Liu Yue le dijo:

—Así hablas... ¿No querrás guardarme ahora eternamente a tu lado?

Tras escuchar esas palabras, a Zhuang Zhidie se le puso la mirada ausente y le contestó:

—Liu Yue, esa no es mi intención. En realidad, ni siquiera tengo la intención de darte esa estatuilla de la dinastía Tang. Quiero darte otra cosa.

—¿Y qué otra cosa? —le preguntó Liu Yue—. ¿Puedo verlo ahora?

Zhuang Zhidie sacó del armario una cajita y se la dio a Liu Yue. Al abrir la caja, Liu Yue vio que se trataba de un espejo de pequeñas dimensiones y parecía destinado a pertenecer a un tocador. El espejo estaba incrustado en un marco fino, y exquisitamente cincelado, que era de bronce y en el que había grabado:

Para pulir el cuerpo y el alma, como el buen trabajo realizado con la piedra preciosa, como la perla a la luz del día o la luna brillando en el vacío de la noche, así, tu rostro enrojecido frente a este espejo, con esas cejas como plumas, verdes ellas como el jade, y ahora de nuevo tu rostro, sin ninguna sombra, estés soñadora frente a la ventana y afanada con tus bordados.

Liu Yue comentó:

—Este espejo antiguo es una auténtica maravilla. ¿De verdad que quieres separarte de él?

—Sí, porque es lo que quiero precisamente ofrecerte a ti —repuso Zhuang Zhidie.

—Tang Wan'er posee un espejo parecido y está colgado en la pared de su dormitorio. Solo el poema difiere, pero el diseño es el mismo. Le pregunté cómo lo había obtenido y ella no quiso contestarme, alegando que lo tenía y eso era todo —dijo Liu Yue.

—El espejo que tiene Tang Wan'er también se lo di yo.

Liu Yue se quedó por un momento sin palabras y dijo poco después:

—¿Tú también se lo has ofrecido?... Deberías ofrecerle este a ella. Van juntos...

—No puedo dárselo —le dijo Zhuang Zhidie—, porque no podré verla de

nuevo. Por supuesto, al ver este espejo me he acordado del otro espejo... Pero ¿por qué me hablas de Tang Wan'er, Liu Yue?

Liu Yue se quitó la bata roja, se sentó desnuda en una silla frente al sofá y dijo:

—Maestro Zhuang, sé que me odias por el asunto de Tang Wan'er. Debo reconocer que le conté todo a la gran hermana, pero me sentí obligada. Si no, me habría dado una paliza de muerte. Además, descubrió por ella misma lo de la paloma. Al ver el mensaje, empezó a dudar y me amenazó. Por eso hablé, y hablé mucho. Te lo digo a ti ahora. Esta es la razón por la que me fui de la lengua. Yo también estaba celosa de Tang Wan'er... Celosa porque ella es una mujer como yo, pero en esta ciudad no somos iguales... Incluso ella tiene a Zhou Min y yo no tenía a nadie... Está mejor que yo... Y ella ha ganado tu amor y yo siempre he estado a tu lado...

Zhuang Zhidie dijo:

—Liu Yue, no debes decir esas cosas. Ella no te ha ganado mi amor y creo que me he portado demasiado mal con ella. ¿No crees que la he destruido con mis actos?

—Puesto que dices eso, ¿no crees que me has destruido a mí? ¿Crees que me gusta ese Dazheng? Háblame con el corazón en la mano, maestro. Deberías comprender, y deberías saberlo, que yo no quiero a ese Dazheng, pero tú me has obligado a hacerlo. Yo, por mi parte, he cerrado los ojos y lo he aceptado sin rechistar. Tú me has utilizado a mí y a Tang Wan'er para redimirte. Querías renacer y nos has utilizado para ese fin. Querías recuperar la confianza en ti mismo y el valor que sentías que habías perdido. ¡Y has acabado por destruirnos a las dos!¹¹⁴ Y en ese proceso de destruirnos a nosotras, te has destruido a ti mismo, y has destruido tu imagen y tu reputación, has destruido a la gran hermana y tu familia.

Zhuang Zhidie, tras escuchar esas palabras con atención, comprendió el origen de su larga depresión. Liu Yue le había demostrado ser una mujer difícil de aguantar, cierto, pero de una inteligencia extraordinaria. En ese día que le parecía interminable, él no buscaba la opinión de ella y le pidió que se fuese. Liu Yue ya no era la sirvienta de esa casa ni una mujer a la que amaba. Ella le dijo que le hablaba así porque quería olvidarla. Liu Yue era como una vela: su llama, más se acerca a su fin, más brilla con fuerza e intensidad, pensó Zhuang Zhidie, alzando la cabeza y escuchando las palabras de Liu Yue como si fuesen de una lengua extranjera, y con una voz suave la llamó por su nombre:

—Liu Yue... —Ella se arrojó a los brazos de Zhuang Zhidie y lo abrazó. Él también la abrazó a ella y los dos se pusieron a llorar.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Liu Yue, hablas con justeza. He sembrado la destrucción por todas partes. Sin embargo, no hubiese podido cambiar nada por mucho que lo hubiese intentado. Tú todavía eres joven y te vas a casar. Ya verás como tienes toda la vida por delante. ¿No es así?

Liu Yue no podía controlar sus lágrimas y abrazaba a Zhuang Zhidie desesperadamente.

—Maestro Zhuang —le dijo, cerrando los ojos—, me temo que con Dazheng mi vida va a ser un infierno. ¿Qué puedo hacer ahora? Tengo miedo. Te lo suplico, trátame esta noche, que es nuestra última noche juntos, como si fuera Tang Wan'er.

Liu Yue se desnudó totalmente ante él y su sexo, enrojecido, parecía un molusco que se había abierto por completo, conteniendo en su interior un trozo de jade incrustado en la pulpa carnosa. Zhuang Zhidie se lo quedó observando en silencio, como hipnotizado. Cogió la lamparita que había sobre la mesa y la acercó al sexo de Liu Yue para verlo mejor. □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí doscientas palabras]. Liu Yue lanzó un grito. Con tanto embate, el sofá se había desplazado hacia la puerta y la cabeza de Liu Yue la había golpeado. Con el grito de Liu Yue, los dos recuperaron la compostura. Liu Yue apoyó la cabeza en el cojín del sofá y Zhuang Zhidie la soltó y dejó de embestirla. Ella le dijo:

—No pares... ¡Yo no quiero que lo dejemos!

Liu Yue apoyó sus dos pies en la puerta y esta chirriaba. Una de las caligrafías que había colgada en la pared cayó al suelo y la joven sirvienta dijo:

—Se ha roto la caligrafía.

—Pues sí, se ha roto la caligrafía. Qué le vamos a hacer...

Pero ninguno de los dos se fue a cogerla. □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí cuatrocientas veintidós palabras]. Al dejar el estudio, lleno de humo, Liu Yue dijo:

—Estoy verdaderamente contenta, maestro. Mañana, a esta hora, estaré en la cama con un discapacitado, pero mi corazón estará todavía en este estudio.

—Espero que no sea así —le dijo Zhuang Zhidie—. Lo que debes hacer es odiarme.

—¡Si a ti no te importa, a mí tampoco me importa! —dijo, saliendo seguidamente del estudio y cerrando la puerta tras ella. Zhuang Zhidie oyó cómo

se alejaban los pasos y hundió su cabeza en los cojines del sofá.

* * *

Al día siguiente, con las primeras luces del día, Niu Yueqing se puso a barrer la casa nada más despertarse, tanto dentro como fuera de ella. Luego se fue a la cocina y se calentó unas gachas, y gritó a Liu Yue para que se levantara de la cama. Y Liu Yue se levantó, en efecto, pero con mal pie, agobiada y forzada, y lo primero que hizo fue ir a despertar a Zhuang Zhidie. Los tres desayunaron juntos, y después de desayunar, Liu Yue se fue al salón para peinarse, maquillarse, y ponerse el collar y los pendientes. Niu Yueqing y Zhuang Zhidie se habían sentado a su lado y le daban consejos. Pasaron dos horas aderezándola, y los fuegos artificiales y los petardos, como no podía ser de otra manera antes de una boda, hicieron su aparición. Niu Yueqing le pidió a Liu Yue que se descalzara y se metiera en la cama. Como la puerta de la casa estaba abierta, los invitados fueron llegando. Una decena de personas se encargaría de escoltar a la novia y unos veinte vehículos aparcaron frente a la casa. En el patio del Círculo Artístico y Literario de Xijing no cabía una aguja, y los otros coches esperaban en fila en la calle. La *laopo* Wei, la conserje de la residencia del patio, se encargaba de recoger los sobres rojos con el dinero que los invitados ofrecían a los recién casados y no paraba de moverse de un lado a otro, pero sin perder el control de sí misma y con una sonrisa en sus labios, e impedía que los ociosos de Xijing se colasen en el patio. Dazheng entró con una flor roja en la solapa y sostenido por unos acompañantes, y los invitados, al verlo, le saludaron respetuosamente. Dazheng, nada más ver a Niu Yueqing y Zhuang Zhidie, quiso arrodillarse en el suelo y lo golpeó con la frente, pero se lo impidieron. Dazheng iba arrastrando su pierna izquierda, la que tenía paralizada, y Zhuang Zhidie lo ayudó a que se pusiera de pie y quiso sujetarlo él mismo. Dazheng, una vez en el dormitorio de la novia, se dobló ante Liu Yue y la calzó como era la costumbre, ajustándole seguidamente la ropa y colgando de su vestido la misma flor que él llevaba en su pecho. Liu Yue contemplaba las maniobras de Dazheng sin perder los nervios. Tras engancharle la flor, Dazheng cogió la mano de su futura esposa y se la llevó a los labios para besarla, pero ella se mostró algo disgustada con ese gesto cursi y desplazado, y les dijo a Niu Yueqing y Zhuang Zhidie que ese gesto lo había imitado de los occidentales, y Dazheng se sintió avergonzado por ese comentario. Luego, los invitados tomaron asiento y se pusieron morados con la comida y la bebida, elogiaron la calidad de las caligrafías que había colgadas en

la pared, y se fueron al estudio y contemplaron los libros de las estanterías. El reloj de péndulo marcaba las diez y se oyó una voz que decía: «¡En camino!». Las ristas de petardos que colgaban de los portales empezaron a explotar una tras otra, como traca interminable, armando un ruido ensordecedor en el patio. Dazheng y Liu Yue lideraban el desfile y avanzaban hacia delante bajo el bombardeo de las cámaras y deslumbrados por sus flashes. Dazheng sonreía, pero no podía evitar, mientras lo hacía, emitir un sonido con la boca que desvelaba su nerviosismo. Liu Yue lo miraba de reojo y con desconfianza. Dazheng ponía entonces cara seria y solemne, y hacía lo que podía por mantener el equilibrio. Ello le resultaba imposible y se balanceaba inevitablemente de un lado a otro. A Liu Yue la tenía negra porque no paraba de golpearla y le hacía perder el paso. Al final, él se puso delante, liderando la comitiva de la boda, pero sujetando de la mano a Liu Yue. Los dos pasaban bajo los trozos de papel rojo que caían del cielo y que parecían mariposas. Liu Yue temía que la pólvora o un cañonazo imprevisible de uno de los petardos acabasen en su cabeza y soltó de repente la mano de Dazheng y este casi se cae. Niu Yueqing, que se encontraba al lado, gritó:

—¡Liu Yue, Liu Yue! —y Liu Yue volvió a coger la mano de Dazheng.

El patio estaba llenísimo de gente y Liu Yue se vio obligada a coger a Dazheng por las axilas, cerca de ella, para que no se tambalease ni cayese al suelo. Niu Yueqing exclamó:

—¡Vale, vale! ¡Así, así!...

Los invitados no paraban de lanzar a los novios una lluvia de confetis y estos se abrían paso como podían. Los familiares y las decenas de invitados a la boda seguían con sus coches el cortejo de los novios. Se habían formado largas colas para ver a los novios y se podían escuchar comentarios de todo tipo. Algunos criticaban a la novia y decían que ella le sacaba la cabeza al novio y eso no estaba bien. Una mujer así no tardará en llevar las riendas de la casa y seguro que le pondrá los cuernos al hijo del alcalde. Otros decían que el hijo del alcalde perdía rápidamente los estribos y era un tipo violento que haría todo lo posible por controlar a su mujer. Otro dijo: ¿y crees que pegará a su mujer? Otro le respondió que, si llegan a consumir el matrimonio en la cama, ya habrán ganado mucho, pero tenía sus dudas de que llegara ese momento. Todos esos comentarios llegaban a oídos de Liu Yue y se apresuró por montar en el vehículo nupcial.

El banquete de boda se celebró en la sala principal del Hotel de Xijing. Zhuang Zhidie y Niu Yueqing detuvieron su vehículo en una calle junto al hotel

y vieron a Dazheng y Liu Yue frente a la entrada, sumergidos entre una marea humana. Los petardos no paraban de estallar y la música erupcionó, y era imposible saber cuánta gente se había reunido en ese lugar. Hubo quien les dijo a Zhuang Zhidie y Niu Yueqing:

—Vosotros dos, entrad y tomad asiento. El alcalde y los demás ya están dentro.

Los dos entraron en la sala y se deslumbraron con la variedad de colores y luces extravagantes y grotescas que había en el interior. La gente iba vestida de una manera particularmente coloreada y no paraba de reír. Las camareras y los camareros iban vestidos a la manera tradicional china y llevaban cada uno una cesta con fruta, pastelitos, pepitas de calabaza, cigarrillos, té y otras bebidas. En esa algarabía reinante, nadie sabía exactamente quién era quién. Unos niños ofrecieron un ramo de flores a Dazheng y Liu Yue. Los dos novios avanzaron por un tapiz rojo de unos veinte metros de largo y dos de ancho que se adentraba en el salón. A los dos lados de ese tapiz se elevaban unas hileras de macetones de flores de gran tamaño, y al final del trayecto había una tarima con unos micrófonos y justo detrás unas cuatro mesas. El responsable de dirigir los ritos, es decir, el maestro de ceremonias, era Huang Defu. Entre otras funciones, se encargaba de recibir a los invitados y hacer las presentaciones pertinentes. Todo el mundo gritaba y manifestaba su felicidad a grito pelado sin miedo a llamar la atención, y más se acercaban a los novios, más aumentaba la histeria, reían y lanzaban flores al aire. Huang Defu les pidió a los novios que se acercaran para las fotografías. Aquí, allá, más cerca, todavía más cerca, con el ramo en este lugar, hombro con hombro, ahora los dos doblados..., pero Dazheng y Liu Yue no se movían del sitio, agarrotados, e incapaces de doblar un dedo. Hubo entonces quienes se acercaron para hacerles las posturas, y, de nuevo, más risas entre los invitados, y más clamor, y más bullicio. Zhuang Zhidie se había parado a un lado para contemplar ese tapiz rojo y una leyenda, en dos frases paralelas, bordadas en oro, que le llamó la atención. Pertenece a Zhang Xie y decía:

El viento de la primavera se atreve a peinar al sauce, mientras que la lluvia de la noche humedece la flor lejos de los ojos indiscretos de la gente.

Una frase al lado decía escuetamente:

Felicidades a Dazheng y Liu Yue.

Los dos novios recibieron cientos de celebraciones de los invitados en forma de autógrafos densos y bien escritos, pero lo hicieron sobre una tela de seda roja que servía de tapiz. Zhuang Zhidie pensó que todos los que participaban en ese banquete eran gente famosa o reputada en algún sector, ya que la caligrafía de sus felicitaciones y autógrafos era excelente. Zhuang Zhidie no comprendía, sin embargo, por qué los organizadores de la boda habían decidido utilizar la seda para ese fin. Normalmente se utilizaban unas hojas de papel. La idea le pareció interesante y con gusto, pero bizarra. Uno de los firmantes le dijo a Zhuang Zhidie:

—Por favor, firma aquí. —Zhuang Zhidie firmó en uno de los lados del tapiz y el hombre le preguntó—: Ah, pero ¿eres Zhuang Zhidie? —Este sonrió y asintió con la cabeza, y el hombre volvió a decirle—: Yo también adoro la literatura y por eso hoy estoy muy contento.

Zhuang Zhidie le replicó:

—Gracias.

Zhuang Zhidie quiso avanzar hacia delante, en la cola, pero el hombre volvió a interpelarlo:

—Señor Zhuang, esa novia es tu sirvienta. ¿No tienes tú nada que ver con esta boda?

—¡Por supuesto que no! —contestó Zhuang Zhidie.

—¡Envidia a esa joven! —prorrumpió ese individuo—. Le suplico al señor que me contrate en su casa como sirvienta. Te serviré como a un rey y tú, a cambio, me enseñarás a escribir.

Zhuang Zhidie le dijo:

—No quiero una sirvienta. Te agradezco la proposición.

Pero el hombre no le hizo caso e insistió:

—¿Me respondes así porque soy un hombre y no una mujer? Sé y puedo cocinar y lavar la ropa.

A Zhuang Zhidie le costaba sacarse de encima a ese individuo y Niu Yueqing tuvo que ir a buscar a Huang Defu y comentarle lo que estaba pasando. Huang Defu hizo algunas presentaciones más y comenzó a decir en voz alta:

—Queridos invitados a la boda, hoy tenemos con nosotros ni más ni menos que al gran Zhuang Zhidie. ¡Recibámoslo con un aplauso entusiasta! ¡Por favor, maestro Zhuang, siéntate con nosotros!

El salón se animó todavía más y los invitados se pusieron a aplaudir febrilmente. Parecía que se había puesto a tronar dentro del salón, y el individuo

soltó al fin a Zhuang Zhidie y este tomó asiento e intercambió varios saludos con algunas personalidades que estaban ya en la mesa. Y cuando estaba sentado y se creía dueño de su persona, dos jovencitas se abalanzaron hacia él y le pidieron su autógrafo. Zhuang Zhidie creyó que le iban a mostrar un cuadernillo para que él pusiera su firma, pero las dos chicas sacaron pecho ante él y le dijeron:

—¡Esto es para el maestro Zhuang!

Unos chalecos cubrían sus pechos y estaban, en efecto, llenos de firmas y comentarios más o menos obscenos. Zhuang Zhidie les dijo:

—¡Eh, ese chaleco no está nada mal!

Una de las jóvenes dijo:

—La firma de un personaje célebre lo hará más valioso y por eso, tan pronto como hemos sabido que se casaba el hijo del alcalde en este hotel, hemos entrado. ¡Seguro que el gran Zhuang Zhidie se encontraba dentro! En general, vamos buscando ese tipo de firmas... ¡Y aquí hay tanta cultura reunida! ¡Nos vendrá bien!

Zhuang Zhidie les pidió:

—¿Me dejáis ver quién os ha firmado? —y reconoció los nombres de Wang Ximian, Ruan Zhifei, Meng Yunfang, Sun Wu, Zhou Min, Li Hongwen y Gou Dahai.

Zhuang Zhidie cogió el bolígrafo de la joven y escribió su nombre en los dos chalecos. La otra chica se lo quedó mirando y le sonrió beatamente, pidiéndole poco después que les escribiese en el chaleco uno de esos poemas clásicos de cuatro versos. Zhuang Zhidie se sintió algo avergonzado y dijo:

—Un chaleco no es un buen lugar para un poema. ¿Y qué quieres que escriba?

La chica le respondió:

—Pues sobre la boda de hoy.

Zhuang Zhidie se puso a escribir sobre la espalda de la chica y esta le sonreía a su amiga.

Coger una rama y clavarla en la tierra, y desear que de ella salgan alazores.

Coger una piedra y tirarla al agua, y desear que le salga una cola y se transforme en pez.

Coger un papel y esconderlo bajo la almohada, y desear que los sueños se dibujen solos en él.

Coger unos sellos y estamparlos en el corazón, y desear que así le llegue a ella en la lejanía.

Las dos jóvenes se pusieron a reír y una de ellas dijo:

—Maestro Zhuang, ¿en qué estabas pensando al escribir este poema?

Zhuang Zhidie le contestó:

—En el amor no correspondido.

—Correcto —dijo la joven—. A mí me gusta eso del amor no correspondido. Me he visto con tantos hombres, pero al final nada ha funcionado con ellos; o me han dejado o yo los he dejado a ellos. Todavía no he encontrado en este mundo a mi media naranja, ni a nadie que me ame, pero yo necesito amar y ser amada... Pero ¿con quién? Por eso el mal de amor te ensaña una lección: ama a muchos hombres, pero en tu imaginación. Hombres sin nombre, hombres que no son reales, pero para los cuales tú tienes la llave de tu casa y puedes hacerlos entrar cuando quieras y hacer con ellos lo que quieras.

Zhuang Zhidie se puso a reír y dijo:

—Tus palabras me dan a entender que amas a alguien en concreto. ¿Puedo saber a quién amas?

La muchacha le respondió:

—En eso no te vas a salir con la tuya. Te prometo que no eres tú. Cada día intento prevenirme de ello, pero no puedo.

—Sí, lo intentas, pero no puedes porque estás enamorada de esa persona, y pensar en ello no te enseña nada, te mortifica y eres incapaz de quitártelo de la cabeza. ¿No pensar en él? Imposible.

La joven se quejó:

—*Aiya...* El maestro Zhuang, a su edad, piensa igual que nosotras...

Las dos jóvenes se sentaron delante de Zhuang Zhidie y parecían estar muy conmovidas. Querían seguir hablando, pero Zhuang Zhidie les recordó que la ceremonia iba a empezar y que no podían seguir hablando porque iban a hacer demasiado ruido. En ese momento, un hombre se dobló ante Zhuang Zhidie y le dijo:

—Maestro Zhuang, al otro lado de la entrada, en el lado izquierdo de la calle, hay alguien que pregunta por ti.

Zhuang Zhidie dudó. ¿Quién podría ser? ¿Un amigo? ¿Un familiar? ¿Y en medio de la boda? Salió a la entrada del hotel y solo vio a gente comiendo tranquilamente en la calle y una hilera interminable de coches. Zhuang Zhidie

miró a todos los lados y no vio a nadie. Le entraron ganas de volver dentro, pero cuando se disponía a hacerlo, vio que un taxi se detenía en la calle y se abría una de sus ventanillas. Alguien le gritó:

—¡Eh!

Zhuang Zhidie vio que esa persona llevaba gafas de sol oscuras, pero supo quién era. Se acercó al taxi y preguntó:

—¿Quieres participar en el banquete de boda o qué?

Tang Wan'er le respondió:

—¡Quiero verte! —Zhuang Zhidie suspiró y Tang Wan'er continuó diciendo —: Sé que estás en la boda, pero ¿por qué no nos vemos luego en el salón A la búsqueda de eso que falta? —Zhuang Zhidie se giró y vio la entrada del Hotel de Xijing, volvió a girarse, tomó asiento en el taxi y le dijo al chófer—: A la calle del templo de la Vacuidad Luminosa.

Tang Wan'er lo abrazó de inmediato y lo besó frenéticamente en la frente, en la cara, en la nariz y, al fin, en la boca. Ella parecía una muerta de hambre con una cabeza de cordero asada en sus manos, que pretendía devorar. Tang Wan'er dejó la cara de Zhuang Zhidie llena de marcas rojas de pintalabios con la forma de pequeñas «o» y el chófer los observaba por el retrovisor del interior del taxi.

Al llegar a la calle del templo de la Vacuidad Luminosa, Tang Wan'er le preguntó a Zhuang Zhidie:

—¿Han ido todas?

—Sí, todas —contestó Zhuang Zhidie.

—¡Vayamos a tu casa, en el patio de la residencia del Círculo Artístico y Literario de Xijing!

Sin esperar el consentimiento de Zhuang Zhidie, le dio diez yuanes al taxista y le dijo que se dirigiera al norte de la ciudad. Los dos entraron en la casa y Tang Wan'er le pidió a Zhuang Zhidie que la abrazara con fuerza y le dijo que pensaba demasiado en él. Ella, simplemente, no podía soportarlo y solo buscaba la oportunidad de verse otra vez con él. Ella estaba convencida de que Dios iba a darle lo que quería, y ese día lo tenía. Quería compartir todo lo que guardaba con él como si el tiempo se le acabase y le pidió que la cogiera en brazos, como una novia, y lo apretó, y volvió a apretarlo, hasta que se puso a llorar repentinamente y dijo:

—Hermano Zhuang, hermano Zhuang..., ¿qué vas a hacer conmigo? Dime, ¿qué vas a hacer conmigo?

Zhuang Zhidie no sabía lo que ella quería decirle con esa pregunta, pero

intentó consolarla y tranquilizarla. Sus palabras sonaron, sin embargo, a falso y a mentira, a palabras sin sentido. Ni siquiera él se las creyó, y al final balbuceó:

—Wan'er, Wan'er... —Zhuang Zhidie sintió que la cabeza le iba a estallar y su cráneo se iba a deshacer en agua.

Los dos se abrazaron y formaron algo parecido a una piedra silenciosa. Luego, solo los fantasmas supieron lo que sucedía. Zhuang Zhidie y Tang Wan'er se desnudaron mutuamente, preguntándose: ¿vamos a hacer el amor otra vez? Los dos se miraron y se sonrieron. Comprendieron que debían unir de nuevo sus cuerpos y olvidar lo miserables que se sentían los dos. Olvidar, sobre todo, el sufrimiento que va implícito en el acto sexual. Los dos sabían que en el futuro iban a tener menos oportunidades de verse y, tal vez, no iban a tener más oportunidades. Zhuang Zhidie dejó a Tang Wan'er sobre el sofá y ella le dijo:

—No, aquí no, en la cama. Quiero que me lleves al dormitorio en brazos.

Los dos cambiaron las sábanas y las almohadas por unas nuevas. Ella se estiró en la cama con los brazos y las piernas abiertas, observando con ojos serenos a Zhuang Zhidie encendiendo todas las luces de la habitación y perfumándola, y quemando incienso indio. Ella le dijo repentinamente:

—¡Me estoy meando!

Zhuang Zhidie sacó de debajo de la cama una palangana decorada con unas peonías impresas en su superficie. Tang Wan'er le dijo:

—¡Quiero que lo sujetes! —Con ojos suplicantes, ella se puso de cuclillas sobre la mesa y Zhuang Zhidie acercó la palangana a su sexo.

Como una niña que se pone a orinar delante de su madre, Tang Wan'er dejó salir el chorrillo de orina de su sexo y numerosas perlas cayeron sobre la palangana. □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí seiscientos sesenta y seis palabras]... Sin embargo, el sexo de Zhuang Zhidie no reaccionó. Zhuang Zhidie dejó caer la cabeza y se sentó sobre la cama, escuchando el paso del tiempo en las agujas del reloj que colgaba de la pared del salón.

—No funciona, no funciona, Wan'er... —se lamentó Zhuang Zhidie—. Te pido perdón; este es mi mal crónico, de siempre... ¿No te ofende?

—No, ¿por qué iba a hacerlo? Pero ¿qué te pasa? ¿Quieres un cigarrillo?

—No funciona, Wan'er —le volvió a decir Zhuang Zhidie—. Te pido perdón... Se ha hecho tarde. ¿Por qué no salimos a airearnos un poco? Seguro que podré satisfacerte... ¿Por qué no vamos al salón A la búsqueda de eso que falta? Podemos pasar la tarde y la noche. Ya verás como ahí funcionará...

Tang Wan'er permaneció serena sobre el lecho y dijo:

—No tienes por qué justificarte, hermano Zhuang. Estás demasiado tenso y demasiado deprimido. Aunque no puedas hacerlo, yo me quedo satisfecha. Ahora estoy aquí contigo, en este dormitorio y en esta cama. Ello me satisface. Me siento como si fuera tu mujer. ¡Eso es la felicidad! —Mientras decía esas palabras, Tang Wan'er observó el retrato de Niu Yueqing y dijo—: Ella me odia y me trata de puta viciosa y degenerada. Y ella, sin embargo, es una mujer tan feliz en la ciudad de Xijing... Por eso tu mujer no me comprende... Ella es incapaz de comprender el sufrimiento de otra mujer que vive en otro entorno... —Tang Wan'er cogió el retrato de Niu Yueqing y lo giró.

Salieron del patio y se pusieron a caminar por la calle sin dirección alguna hasta que se detuvieron finalmente en una cantina para comer algo. Cuando acabaron de comer, vieron una sala de cine que había en la calle, compraron los billetes y se metieron dentro. Los dos se pusieron de acuerdo, y tras ver la película, se fueron al salón A la búsqueda de eso que falta. Compraron comida y bebida en abundancia como para pasar un día. Los dos sabían por experiencia que un día era lo mínimo para conservar todo el sabor de ese encuentro. Zhuang Zhidie le dijo:

—Un día y una noche...

—¡Mejor dos días y dos noches! —exclamó Tang Wan'er.

—¡No, tres días y tres noches! —replicó Zhuang Zhidie.

Tang Wan'er le dijo:

—Muramos, pues.

—Si hay que morir, hagámoslo con belleza —le propuso Zhuang Zhidie.

—Si nos suicidamos, descubrirán nuestros cuerpos sin vida en el salón A la búsqueda de eso que falta y la gente se irá de la lengua. Tal vez escribirán un poema sobre nuestro amor trágico o más bien nos tratarán de adúlteros depravados.

Los dos se pusieron a reír y se concentraron en la historia que les estaba contando la película. Tang Wan'er apoyó su cara en el hombro de Zhuang Zhidie y este se acordó de que ya había visto esa película, pero no se movió ni dijo nada. Sabía que ese encuentro tenía un significado y dibujó en la palma de la mano de Tang Wan'er una palabra. Tang Wan'er le preguntó qué significaba y él le dijo que «unión». Tang Wan'er, a su vez, dibujó otra palabra en la palma de la mano de Zhuang Zhidie que significaba «intercambio». Zhuang Zhidie cogió la pierna de Tang Wan'er y la llevó hacia su pecho, la descalzó y le pinchó el pie, diciéndole repentinamente al oído:

—Yo, si te digo la verdad, no he crecido. Sigo siendo un niño. No me funcionaba antes, cuando lo quería, pero ahora sí, está a punto, en este lugar y en este momento.

Tang Wan'er se puso a mirar en medio de la oscuridad de la sala de cine el aparato de Zhuang Zhidie, lo tocó, y, en efecto, estaba duro y erecto como un palo. Le desabrochó el pantalón, se dobló y □□□□□□ [el autor ha suprimido aquí treinta y nueve palabras]. Zhuang Zhidie temía que los espectadores de la fila de atrás se diesen cuenta de lo que Tang Wan'er le estaba haciendo y con una mano intentó cubrirla.

—Me siento húmeda —le soltó Tang Wan'er.

Zhuang Zhidie, para comprobarlo, puso su mano en el sexo de la mujer y, efectivamente, estaba mojada. Luego le pinchó la nariz a Tang Wan'er, avergonzándola, y le dijo:

—Compraré unas pepitas de calabaza para picotear algo mientras vemos el filme.

Zhuang Zhidie se levantó y salió al pasillo y vio que junto a la pared había un par de personas agachadas en el suelo. Había quienes llegaban tarde al cine y no tenían asiento; pero, a pesar de ello, les dejaban entrar y ver la película. Zhuang Zhidie les hizo una señal para que se acercasen a las butacas, ya que había unos asientos libres; pero los hombres, en medio de la oscuridad, comprendieron otra cosa con ese gesto. ¡Relaciones sexuales con ellos! Zhuang Zhidie se dio cuenta de su error y se fue al tenderete de bebidas y comidas y pidió al vendedor unas pepitas de calabaza, pero el vendedor le dijo que no tenía. Si quería picar algo, solo tenía pipas. Zhuang Zhidie insistió:

—Quiero pepitas de calabaza.

Esas pepitas de calabaza no habían pasado por el fuego, le dijo el vendedor, y por eso no tenía en esos momentos. Zhuang Zhidie salió del cine, no sin antes explicarle al hombre de la taquilla lo que le estaba sucediendo, y se dirigió a una tienda de alimentos que había a unos trescientos metros. Cinco minutos más tarde, ya de vuelta a las butacas del cine, Zhuang Zhidie se dio cuenta de que Tang Wan'er no estaba ahí. Solo estaba su bolso, y pensó que había debido ir a los aseos, quizá para masturbarse y satisfacer sus deseos. Zhuang Zhidie se prometió que se lo preguntaría. Pero pasaron diez minutos y ella no aparecía. Zhuang Zhidie empezó a dudar y, parado delante de la puerta de los aseos del cine, la llamó. Ninguna mujer respondía. Le pidió a una mujer que pasaba por ahí que entrase y le dijese si había alguien, pero la mujer salió y le dijo que en

los aseos no había nadie. Zhuang Zhidie se puso nervioso. ¿Adónde había podido ir? ¿A la sala de entrada para descansar? Ahí no estaba. Él sabía que ella se estaba divirtiendo a su costa y seguramente estaba escondida en algún sitio en el cine. Se quedó esperándola un rato, ya que pensaba que ella iba a aparecer de un momento a otro y le iba a gritar. Ella no aparecía. Zhuang Zhidie se puso a mirar en todas las filas y las butacas, pero no la encontró. En ese momento, se acabó la película y encendieron las luces de la sala. Los espectadores salieron y la sala se quedó vacía. Zhuang Zhidie miró por todas partes y no había nadie, ni siquiera una cara de mujer. Zhuang Zhidie se preocupó y llamó por teléfono a Meng Yunfang, y este le preguntó por qué se había ido del banquete y para hacer qué. Zhuang Zhidie se lo contó todo y le pidió a Meng Yunfang que fuese a mirar a la casa de Zhou Min. Tang Wan'er podía estar ya ahí. Meng Yunfang le dijo que ya había estado en la casa de Zhou Min al acabar el banquete y que no la vio. Zhuang Zhidie pensó que Tang Wan'er podía haber ido al salón A la búsqueda de eso que falta, pero una vez ahí, vio que ella no estaba. Zhuang Zhidie se dirigió a la casa de Meng Yunfang y se abrazó a él, sollozando, nada más entrar por la puerta.

* * *

Niu Yueqing se dio cuenta de que Zhuang Zhidie dejaba la ceremonia de la boda nada más empezar y no regresó. Dudó y pensó que igual su marido había aprovechado la ceremonia de la boda y la presencia de sus amigos para irse con Tang Wan'er. Ella, Niu Yueqing, no podía dejar la mesa de honor, y tanto el alcalde como su mujer le preguntaron por Zhuang Zhidie. Ella les respondió diciendo que alguien había llamado a su marido, pero esa situación la estresó inmediatamente. La esposa del alcalde le pidió a Niu Yueqing que, tras el banquete, la acompañase a ver la casa de los recién casados. Tras ver la casa de los recién casados, Niu Yueqing regresó a su casa y ya eran las once de la noche. Se fue al dormitorio para ver si había alguien y la cama estaba vacía. Se sintió traicionada otra vez e inspeccionó la cama minuciosamente para convencerse de que, efectivamente, no había nadie. Descubrió unos cabellos largos y vello púbico. También vio que su retrato estaba girado. Niu Yueqing se sintió incapaz de controlar su ira y agarró la almohada y la tiró, así como las sábanas y las colchas. Gritando, se metió en el estudio y lo dejó patas arriba, con los libros, los manuscritos, las esculturas, las cerámicas y las caligrafías por el suelo, en desorden y pisoteados. Luego, Niu Yueqing se sentó en el sofá y se puso a

esperar la llegada de su marido.

Ella esperó toda la noche, pero su marido no regresó. Al día siguiente, tampoco vino, ni tampoco vino al tercer día. Niu Yueqing no perdió la compostura, pero, sin saber qué hacer, se puso a ordenar los muebles de la casa y metió su ropa en una maleta. En ese momento, sonó el timbre de la puerta y Niu Yueqing se fue a abrir el cerrojo, pero finalmente no lo hizo. Dio media vuelta y se fue al cuarto de baño para lavarse la cara. Al cabo de un rato, y mirándose como estaba en el espejo, descubrió que le habían salido arrugas en la cara y lanzó un gemido de dolor. Se fue al cuarto de baño y se puso a dar un masaje a su cara al estilo de Diana, la princesa de Inglaterra, y se dijo a sí misma en voz alta: «¡Estoy de vuelta!». En la cámara frigorífica hay bebida de *longan* (el fruto llamado «ojo del dragón») y ello me dará fuerzas. Y cuando acabes de hacer el amor, sacas los pelos de la cama. Pero la voz que oyeron sus oídos se veía distorsionada por los llantos.

Entre llantos, Niu Yueqing se giró y vio que alguien había entrado en el salón, se había arrodillado y no era Zhuang Zhidie, sino el director Huang. Niu Yueqing ni siquiera le ayudó a levantarse y le preguntó a con desdén:

—¿Qué haces así? ¿Has cerrado tu negocio?

El director Huang le contestó:

—¡Busco al señor Zhuang!

—Pues si le buscas a él, le buscas a él —le dijo Niu Yueqing—, pero ¿qué diablos haces ahí llorando?

—Mi mujer ha vuelto a tomar el pesticida —le soltó el director Huang.

Yueqing tomó asiento, cogió el espejo y le dijo:

—¿Ha vuelto a tomar el pesticida? ¿Tenía tanta sed? ¿Y tanto le gustaba?

—Te digo que ha ingerido un pesticida —recalcó el director Huang.

—¿Y no lo había tomado ya? —insistió Niu Yueqing.

—Pero esta vez la ha palmado —respondió el director Huang—. ¡Está muerta!

Niu Yueqing empezó a temblar, se le cayó el espejo al suelo y se hizo añicos, y luego le preguntó:

—¿Muerta?

El director Huang se explicó:

—Le dije que el pesticida 102 no era mortal y ella me creyó. Ella se tomó el pesticida, pero yo abrí la puerta y me fui de casa. A mediodía, cuando regresé, lo primero que hice fue destapar la marmita. ¡No había nada! Y me calenté, y más

le echaba la bronca, más me sacaba de las casillas esa mujer. «¿Por qué no has preparado la comida?», le pregunté furioso. Me fui al *kang* a ver lo que pasaba con ella. La vi con una pierna tiesa y a un lado, y la otra pierna hacia el otro lado, también tiesa, pero sobre la cama. Estaba bocabajo muerta y bien muerta. ¡Estaba hecha un fiambre!

Tras escucharlo, Niu Yueqing estuvo un rato sin decir nada. El director Huang se quejó de sus pesticidas y de la mala suerte que tenía: no funcionan cuando deberían hacerlo y funcionan cuando no deberían hacerlo. Niu Yueqing sonrió y le dijo:

—Director Huang, si está muerta, pues bienvenido sea. Tienes dinero y todavía estás hecho un mozo. ¡A vivir la vida! Estoy segura de que encontrarás a alguna jovencuela extranjera, de esas que van por la calle a la caza de un hombre. ¡Y te costará más barata que tu mujer! ¿Cómo la quieres? ¿De dieciocho años? ¿Veinte?

El director Huang se explicó:

—Ella me decía eso antes de tomar el pesticida. Quería divorciarse y llegué a ofrecerle cien mil yuanes, pero ¡se va y se me muere! Sabía que ella no quería morir. ¡Solo quería asustarme! ¿Y quién iba a saber que ese pesticida era mortal? Ahora, una vez muerta, su familia me va a hacer la vida imposible. Se lo van a comunicar al gobernador provincial y al alcalde. Esa gente tiene mucho poder. Les van a decir que el pesticida 101 era falso, como también lo es el pesticida 102.

Niu Yueqing le dijo:

—Oh, oh... Buscas al maestro Zhuang porque quieres que te escriba otro artículo o bien porque quieres que vaya a hablar con el alcalde... ¿No es así?

—Así es —repuso seguro de sí mismo el director Huang—. Quiero ver al señor Zhuang porque quiero pedirle si me puede sacar de este apuro.

Niu Yueqing le hizo ver:

—Espéralo en el patio. Yo tengo que irme. La puerta no está cerrada.

El director Huang puso cara de no estar de acuerdo y balbuceó:

—Esto... Esto yo...

Niu Yueqing recogió los trozos rotos del espejo que estaban en el suelo y empezó a abroncar al director Huang:

—¡Me quieres liar! ¡Maldito apestoso! ¡Y maldito sea tu dinero! Has matado a tu *laopo* y ya estás especulando con su muerte para sacar provecho. ¿Aún tienes la cara de presentarte en mi casa? Y seguro que no has venido solo.

¿Dónde está tu amante? ¿Le vas a hacer el mismo daño que a la otra? ¿Mañana? Me estás liando, me estás liando...

El director Huang empujó la puerta con un golpe, salió, y la cerró de un portazo.

Una vez la puerta cerrada, Niu Yueqing miró el suelo y se fijó en las huellas de barro que había dejado el director Huang, y sintió asco, mucho asco. Cogió el mocho y fregó el suelo con insistencia hasta no dejar el menor rastro de esas huellas. Luego se fue a la cama se echó y se puso a respirar hondamente.

Esa tarde, Zhuang Zhidie, como era costumbre en él, no había vuelto todavía a casa y Niu Yueqing le escribió una carta larga y extensa, describiéndole varios de los momentos felices y otras vivencias de su vida durante los más de diez años de casados que llevaban juntos. Le contó que, cuando se casaron, él no era más que un campesino cateto y tosco, un pobre desgraciado y, si ella no se hubiese casado con él, si ella no hubiese sacrificado su vida por él, si no lo hubiera animado en los momentos difíciles, si no lo hubiera cuidado, si no hubiera peleado por él día tras día, él no habría hecho nada en la vida. Ahora era un hombre de éxito, con una reputación y el viento a favor, y todo ello se lo debía a su esposa. Y porque ella no era guapa, o había envejecido, o por los diez años que había sacrificado su vida por un hombre, ella había dejado de ser ella. Había pasado tanto tiempo, que su matrimonio había muerto y los dos se habían convertido en dos extraños compartiendo la misma cama. Así era. Yo sufro, y tú también sufres, y esto no terminará bien. Niu Yueqing escribió esas palabras sin utilizar párrafos y sin saber si estaba haciendo lo correcto, ni adónde iba a ir a parar con ello. Respecto a él y esta familia, a ella le sangraba el corazón. Zhuang Zhidie lo había herido tantas veces... ¿No sonaban a falso esas palabras?, pensó Niu Yueqing. Tal vez sí, todo ello sonaba a falso y nadie en su sano juicio se lo creería. Sin embargo, Niu Yueqing no quiso cambiar ni una sola palabra. No borró nada y cerró la carta. Pensó además que no era necesario escribir nada más. No había nada en lo que había escrito en esa carta que pudiese perjudicar la reputación de su marido, ni su felicidad. Ella no deseaba que su historia acabase como la de la mayoría de las parejas, es decir, como enemigos que se odian. Deseaba, en cambio, que se separasen pacíficamente. No quería pasar por los juzgados ni divorciarse legalmente en una oficina de funcionarios del distrito. Ella se dijo a sí misma, y así lo escribió, que pasase por última vez a la casa de Shuang Ren Fu y que no la buscase a ella. Solo quería que firmase el protocolo de la separación y lo enviase a la oficina pertinente. Niu Yueqing acabó de escribir la carta, metió su ropa en una maleta y salió de la casa del patio del

Círculo Literario y Artístico. Se sintió liberada como nunca antes se había sentido.

CAPÍTULO XXIII

Al llegar a la casa del callejón de Shuang Ren Fu, Niu Yueqing vio a la venerable anciana, su madre, sentada en una de las piedras que había en la puerta de entrada al patio y con la mirada ausente. Niu Yueqing le gritó:

—¡Madre!

La anciana madre, sin embargo, no le hizo caso, pero se quedó mirando a Niu Yueqing sin moverse de la piedra. Niu Yueqing se agachó ante ella y le dijo:

—Madre, no me reconoces. ¿Qué te pasa?

La venerable anciana se despertó súbitamente, y con los ojos en blanco, y grandes ojeras, preguntó azorada:

—¿Quién me habla?

—Soy Yueqing... ¿No me reconoces?

La venerable anciana abrió la boca y con la cara crispada se puso a llorar. Niu Yueqing, al verla así, también se puso a llorar. La madre y la hija compartieron los llantos como si un mismo pensamiento rondase en sus cabezas. Un mismo desamparo parecía unir las y las dos lloraron con más fuerza. Con gran dificultad, Niu Yueqing llevó a su madre al dormitorio; pero la venerable anciana seguía sin reconocer a nadie y le dijo a su hija que llevaba tres noches sin dormir y la cabeza le daba vueltas. Nadie iba a verla, ni su hija ni su yerno, se quejaba la venerable anciana. En esos momentos, había salido a colgar en el patio la ropa recién lavada de su hija cuando Niu Yueqing se presentó en la casa.

—No tienes alma, Yueqing —le dijo la anciana—. Yo la he llamado y ahora la poseo.

Niu Yueqing sabía que su madre tenía un problema crónico: hacía tiempo que había perdido la chaveta y vivía desconectada de la realidad, y por eso se la quedó mirando con cara de tonta y no le hizo caso, pero en esa ocasión la vio demasiado ida y con mal aspecto y se sintió culpable. Se había alejado

demasiado de ella y su madre estaba ahora reaccionando de esa manera. No podía soportarlo y con lágrimas en los ojos le dijo a su madre:

—Madre, me he comportado como una tonta y no me siento bien. Hace muchos días que, con tanto lío, no me he ocupado de ti. ¡Y ahora te encuentro en este estado! No te dejaré sola nunca más. Me quedaré aquí, en la casa de Shuang Ren Fu, y te prepararé las tres comidas del día. Por la noche, dormiré siempre a tu lado. ¡Estaré a tu lado día y noche! Madre, ¿quieres comer algo?

La venerable anciana le respondió que le apetecía una sopa de verduras. Niu Yueqing se precipitó a la cocina para hacérsela. Al destapar el cazo, vio que este estaba limpio, pero la tapa no lo estaba, y Niu Yueqing se sintió mal, con el corazón roto. Muchos años atrás, desde que se casó con Zhuang Zhidie, ella había dejado a su madre a un lado para centrarse en su nueva vida como esposa y dedicarse a su marido en cuerpo y alma. Su madre había envejecido y, al fin y al cabo, ¿no se había convertido ella en lo más precioso que tenía en el mundo?

La venerable anciana tuvo a Niu Yueqing a su lado y su cara empezó progresivamente a recomponerse, quejándose del estado de las paredes de la casa y de la necesidad de darles una capa de pintura. Esas paredes estaban llenas de centrípetos, gusanos, pulgas, incluso escorpiones. La venerable anciana había estado siempre obsesionada con los insectos, pero en esos momentos, su obsesión se había exacerbado. Niu Yueqing le dio *kaishui* (agua hervida) a su madre, pero la venerable anciana le dijo que dentro del bol había bichos y lo limpió con el agua de un barreño con el que se había lavado los pies. Pero la anciana volvió a quejarse del barreño, ya que veía gusanos en el fondo. El mundo se había convertido para ella en un lugar saturado de insectos que solo veían sus ojos. Por la noche, Niu Yueqing ayudó a su madre a meterse en el ataúd para que durmiera y la tapó con la manta, pero la anciana le dijo que no tenía sueño y le dijo a su hija que, para tener solamente cuarenta y tres años, estaba muy gorda y se comportaba demasiado bien. Agitó un abanico delante de los pies de su hija, ya que quería, según dijo, espantar tanta mosca que había alrededor de ellos. Le dijo que, al día siguiente, debía lavarse los pies con toda urgencia. Niu Yueqing, tras escuchar las palabras de su madre, se giró y se quedó dormida. No tardó en ponerse a roncar.

* * *

Zhuang Zhidie, Zhou Min y Meng Yunfang buscaron a Tang Wan'er por cada

rincón de la ciudad y no hubo una avenida o un callejón que no fuese escrutado por sus ojos, pero sin ningún resultado. Los tres hombres se fueron entonces a buscar a Zhao Jingwu, el cual se encontraba desde hacía días encerrado en su casa, deprimido y ahogando sus penas en alcohol. Al verlos, ni siquiera se reanimó. Zhuang Zhidie le dijo:

—Liu Yue no ha querido escucharme y ha preferido seguir su corazón al casarse con Dazheng. He intentado persuadirla varias veces, pero no ha habido manera de que cambiara de opinión. ¿Qué vamos a hacerle? Le dije que Jingwu era un tipo talentoso y que el futuro a su lado sería radiante y prometedor, feliz y sin preocupaciones; pero ella no se lo creyó y me preguntó si la estaba enredando. Mira, yo no soy su padre ni su madre. Ni siquiera soy de su familia. ¿Acaso puedo atarla? Y puesto que las cosas van así, la dejé ir.

Meng Yunfang dijo:

—Veo que esa situación tiene más de bueno que de malo. En ese momento, oí decir que Liu Yue y Zhao Jingwu iban a casarse y ello no me alegró, pero no quise decir nada. Ahora se va a casar con un cojo y, si lo pensáis bien, ese cojo no sabe lo que le va a caer encima.

Zhou Min dijo a su vez:

—Maestro Meng, ¿por qué nos cuentas esas cosas?

—Se lo he oído decir a mi *laopo* —repuso Meng Yuanfang—. Las dos estaban en los aseos y mi mujer descubrió que Liu Yue era del signo del Tigre Blanco, el cual, como es sabido, cuando es una mujer, mata al hombre, y lo hace sin necesidad de recurrir a un cuchillo. Eso está escrito en los libros.

Zhao Jingwu dijo:

—Ninguno de vosotros debería hablar así. No voy a dejarme destruir por una mujer. La gente tiene sus ambiciones, y si ella no quiere casarse conmigo, pues lo que dice el proverbio: un melón que te sale malo nunca podrá ser dulce. Lo único por lo que la odio es por no ser más hábil y competente en estas situaciones y es una pena que ella solo busque un beneficio material más allá del amor, y acabará pagándolo. Hoy habéis venido todos vosotros y habéis venido cargados de buenas intenciones. No puedo dejar que os vayáis. Traeré varias botellas y nos pondremos a tomar un trago juntos.

Zhuang Zhidie dijo:

—Jingwu, eres un tipo tolerante y comprensivo, y a nosotros nos alivia que digas esas palabras. Echemos un trago. Otro día lo haremos en mi casa. ¡Emborrachémonos!... Pero tengo un asunto pendiente que es bastante urgente.

Debes salir corriendo conmigo. ¿No lo sabes? Tang Wan'er ha desaparecido. — Zhuang Zhidie le explicó lo que había pasado, pero no le dijo nada de la salida al cine. Zhou Min no pudo retener las lágrimas y gimoteó:

—Hermano Zhao, ¿qué podemos hacer? Me he ido y me he perdido. He recorrido cada palmo de esta ciudad y no la he encontrado. ¡Ni el menor rastro de ella! Me temo que la haya cogido un maleante y me la haya desgraciado o esté traficando con ella.

Zhuang Zhidie dijo:

—¡No digas tonterías, Zhou Min! ¿Quién le va a hacer daño? Tang Wan'er no tiene enemigos en la ciudad. Ella es lista y no se va a dejar enredar por nadie. ¿Quién va a querer hacerle daño? Jingwu, tú puedes abrir muchas puertas en esta ciudad y conoces a todo tipo de gente. Debes ayudarnos a encontrarla.

Zhao Jingwu le replicó:

—¿Por qué no me lo has dicho antes? Las gentes que toman los caminos oscuros aman ese tipo de historias. Yo conozco a un tipo que, a pesar de haber cometido algún crimen en su vida, se mueve en los bajos fondos de Xijing como pez en el agua. Lo sabe todo. Seguro que la encontrará.

Los cuatro salieron a la calle y tomaron un taxi que les llevó a la Nueva Calle del Norte. Tomaron un callejón y llegaron a una tienda en cuya puerta colgaba una corona de flores de papel. Zhao Jingwu les pidió a sus compañeros que se quedasen fuera y le preguntó a una anciana que se encontraba en el interior de la tienda y que estaba cortando papeles si estaba Muzi. La anciana regresó al cabo de un rato y le dijo que Muzi no estaba. Zhuang Zhidie, Meng Yunfang y Zhou Min le preguntaron a Zhao Jingwu:

—¿Quién es ese Muzi?

—Muzi es ese tipo del que os he hablado que se mueve en los bajos fondos de Xijing y tiene contactos tanto con los pandilleros como con la policía. Un auténtico *crack*, mi amigo Muzi. Coincidimos en la escuela primaria y ya entonces se había aficionado al boxeo chino. ¡Y era buenísimo! Comamos algo aquí en la calle y luego volvemos a la tienda.

Los cuatro salieron con la intención de entrar en un gran restaurante que había en la calle, pero justo cuando iban a entrar por la puerta, vieron a Ruan Zhifei y una mujer con él. Los dos iban en un coche y este se paró ante Zhuang Zhidie, y Ruan Zhifei, que bajó del vehículo, dijo:

—*Aiya...* Salí precisamente a buscarte y no pensaba que me iba a topar contigo. ¡Mira qué suerte tengo!

Meng Yunfang no le quitaba el ojo de encima a la joven que estaba en el coche, sonrió y susurró:

—¿Otro trueque, Zhifei?

—Para nada; ella es mi secretaria y es nueva en mi equipo. No me apetecen más divorcios. ¿Estáis libres?... Entrad en el coche e iremos a los «tres maniqués». Se trata de un desfile de moda en una sala de baile. Ya veréis. ¡Esos desfiles son el último grito! Yo le he puesto el ojo a cuatro maniqués... ¡Ayudadme a escogerlos!

Zhuang Zhidie dijo:

—Nosotros tenemos un asunto serio que resolver. Ve tú solo a ese desfile de maniqués.

Meng Yunfang quiso pedirle a Ruan Zhifei que se uniera a ellos en la búsqueda de Tang Wan'er, pero Zhuang Zhidie le guiñó el ojo para que no lo hiciese y Meng Yunfang no dijo nada finalmente. Ruan Zhifei les sugirió:

—No sé qué os lleváis entre manos, pero estáis muy calladitos y no sabéis por dónde tirar. No quiero molestar a nadie. Cuando queráis ir a un desfile de moda, me llamáis por teléfono. —Tras decir eso, Ruan Zhifei se metió en el coche, le comentó algo a la chica y sonrió. El coche arrancó y se fue, y Zhuang Zhidie, Zhou Min, Meng Yunfang y Zhao Jingwu entraron en un restaurante.

Había mucha gente en el restaurante y Zhao Jingwu se puso a hacer cola para comprar los billetes. Meng Yunfang, Zhuang Zhidie y Zhou Min tomaron asiento en una mesa circular de grandes dimensiones y se pusieron a hablar. En la mesa de al lado había un par de jóvenes que no paraban de hacer ruido con la boca y el estómago mientras comían. Zhuang Zhidie vio, al otro lado de la ventana, a un mocetón Han que parecía estar vigilando la sala del restaurante, y alzó la cabeza para verlo mejor. Zhuang Zhidie hizo un gesto de asco con la cara y no se sentía muy bien. Luego bajó la cabeza y le susurró al oído a Meng Yunfang:

—Ese tipo es un ocioso. Xijing está lleno de esos vagos. Esa gente se pasa el día sin hacer nada de un lado a otro. Ese tipo no tiene otra cosa que hacer en la vida que pegar la nariz a la ventana y espiar a la gente.

Zhuang Zhidie estiró el espinazo y clavó sus ojos deliberadamente en ese joven y mantuvo un buen rato esa postura. El joven entró en el restaurante. No era muy alto y miró a los cuatro lados de la sala como quien busca a alguien. Se fue al mostrador y compró cuatro buñuelos alargados y aceitosos que ni siquiera envolvieron. El joven los cogió con dos dedos y se sentó delante de los dos jóvenes que hacían ruido mientras comían. Los dos jóvenes no dijeron nada. El

joven de los buñuelos alargó los dos brazos y les dijo:

—Podéis ayudarme. No puedo remangarme. Tengo las manos ocupadas con esos churros...

Los dos jóvenes se lo quedaron mirando, pero no dijeron nada y le remangaron las mangas al joven. Vieron, entonces, que el joven tenía dos bandas en sus dos brazos. Eran unas bandas rojas con dos palabras: seguridad pública. Los dos jóvenes lanzaron un ¡oh!, se giraron y se levantaron de la mesa, pero antes de que se fueran, el joven les estampó un buñuelo en cada mejilla y les dijo en voz baja:

—¿Os atrevéis a iros?

Los dos jóvenes no se movieron del sitio.

—Decidme la verdad. ¿No sois vosotros quienes habéis robado el monedero en el autobús de la línea 12?

Uno de los jóvenes dijo:

—¿Cómo lo sabes? Pues no. Nosotros no hemos robado nada; simplemente lo hemos recogido.

El joven Han les dijo:

—Pues vale. Ponedlo en mi bolsillo derecho. El propietario ha presentado una denuncia por robo.

El joven de la mesa metió el monedero en el bolsillo derecho del pantalón del presunto policía y dijo:

—Gran hermano, de verdad que lo hemos recogido en la puerta. No se lo hemos robado a nadie.

—Portaos bien —le dijo el joven Han—, y podéis iros. Si volvéis a encontrar otro monedero en el suelo, y nos vemos de nuevo, como hoy, ¡perdeos!

Los dos jóvenes se abrocharon sus chaquetas, se despidieron con un movimiento de las manos y salieron volando. El joven que se hizo pasar por policía se puso a reír a carcajadas, cogió los buñuelos que había dejado sobre la mesa y se los zampó. Esa escena fue vista de principio a fin por Zhuang Zhidie, Meng Yunfang y Zhou Min, y a los tres se les quedó cara de tontos. Meng Yunfang preguntó en voz baja:

—Ese tipo, ¿le va a devolver la cartera al que la perdió?

Zhou Min dijo:

—Yo conozco a ese tipo de hombres y mejor no provocarlos ni relacionarse con ellos.

Zhuang Zhidie preguntó:

—¿Sabes a qué se dedica?

—Es un ocioso y no se dedica a nada en concreto, salvo a engañar a la gente. Tienen conexiones con la policía local, la cual los utiliza para obtener información o ayudarles a encontrar a delincuentes. En Tongguan, tiempo atrás, yo era uno de esos ociosos y me tocó hacer trabajos parecidos.

Zhao Jingwu, que ya había comprado los billetes, se presentó en la mesa y gritó:

—¿Muzi?... ¿Qué haces aquí? Te estaba buscando desde hacía un buen rato.

El joven tenía la boca llena con los buñuelos y casi se atraganta cuando oyó las palabras de Zhao Jingwu, a quien ofreció uno de los buñuelos que le quedaban en la mesa, pero Zhao Jingwu no lo probó, se giró y le dijo a Zhuang Zhidie:

—Hemos encontrado a Muzi. Muzi, siéntate a nuestro lado. Muzi, voy a presentarte a mis amigos. Este es el escritor Zhuang Zhidie, este es el investigador Meng Yunfang, y este es el editor Zhou Min.

Muzi pudo finalmente tragar el trozo de buñuelo que se le había atragantado y preguntó:

—¿Quién es?... ¿Quién me has dicho que es?...

Zhao Jingwu repitió:

—Este es Zhuang Zhidie. ¿Lo conoces?

Muzi dijo:

—Ni siquiera conozco el nombre de nuestro gobernador provincial. ¿Cómo quieres que conozca a un escritor? Zhuang Zhidie... No, no lo conozco... El mundo de la cultura no es mi fuerte...

El joven tendió sus manos aceitosas y quiso con ellas saludar a todo el mundo. Dándole la mano a Zhuang Zhidie, al que pareció reconocer finalmente, y le dijo:

—Ah, he oído decir que escribes libros muy buenos... He leído algunos de tus libros... Bueno, no yo, mi *laopo*... ¡Ella te adora como a un dios! ¿Por qué me buscabais? ¿De verdad que me buscabais a mí?

Zhao Jingwu le respondió:

—¿No te lo crees?... Vuelve a casa y pregúntaselo a tu abuela.

Con la mano aceitosa por el buñuelo, Muzi sacó dinero de la cartera, se lo dio a Zhao Jingwu y dijo:

—Ve a comprar un botellín de *baijiu* (aguardiente). Esto hay que celebrarlo.

Zhuang Zhidie le dijo:

—No es necesario. Otro día, en mi casa.

Zhao Jingwu obligó a sentarse a Muzi y le rogó que le ayudase en lo que pudiese respecto a un asunto, el cual le detalló seguidamente. Muzi le replicó nervioso:

—De acuerdo. Voy a llamar por teléfono a alguien que conozco y le haré unas preguntas.

Muzi salió del restaurante y se metió en una cabina telefónica. Una vez de vuelta, dijo:

—He llamado a unos y a otros, y nadie sabe nada de esa mujer. Tampoco la han visto. El asunto es más complejo de lo que parece. Mis contactos del sector sur y este me han dicho, en efecto, que no la han visto. Mi contacto del sector norte, Wangwei, me ha dicho que tampoco la ha visto en su área, pero que le ha hablado a mi contacto del oeste, un tal Hei el Tercero, por si sabía algo; pero los dos se han puesto a discutir acusándose mutuamente de invadir el sector del otro. Llamaré a Hei el Tercero para ver si ha descubierto algo más. Esas son mis zonas de influencia.

A Zhuang Zhidie, esa historia le pareció un cuento y preguntó:

—Pero ¿Xijing está dividido en zonas de influencia?

—Como en todos los países y las provincias —respondió Muzi—. Cuando se pierde un objeto, este resulta fácil de encontrar; pero con los hombres y las mujeres es otro cantar.

Meng Yunfang seguía dándole vueltas al asunto del monedero y los dos jóvenes y le preguntó a Muzi:

—¿Cómo sabías que esos dos eran unos carteristas?

Muzi le respondió:

—Estaba en una de las paradas del autobús de la línea 12 y vi bajar a un hombre ya mayor que se quejaba de haber perdido la cartera. El hombre gritaba desesperadamente, y mis ojos se clavaron en un par de jóvenes a los que no parecía afectar la escena. Entonces supe que esos dos le habían robado la cartera a ese desgraciado. Uno tiene ojo para esas cosas. Uno lo aprende. ¿Cómo? Pues no os lo voy a decir.

Meng Yunfang le comentó:

—Correcto. Lo mismo sucede con nosotros los artistas y los escritores. Tenemos ojo y no queremos revelar nuestro secreto a nadie. Nosotros lo llamamos intuición.

A Muzi le sonó la maquina de *bip-bip* y miró el número.

—¡Alguien me ha llamado! —dijo Muzi.

Los cuatro se pusieron a esperarlo, impacientes, pero a su regreso, Muzi les dijo que no tenía noticias. Todos los presentes pusieron caras largas y comieron de cualquier manera. Se despidieron precipitadamente de Muzi y se fueron a la casa de Meng Yunfang.

Zhuang Zhidie dijo:

—Yunfang, ¿qué vamos a hacer ahora?

—¿No crees que deberíamos ir a la policía? —le respondió.

—No tenemos por qué hacerlo. No hay nada que Muzi no pueda encontrar. ¿De qué nos va a servir ahora que la policía meta el pico en nuestro asunto? —le contradijo Zhao Jingwu.

—Llegados a este punto, Yunfang debería utilizar sus métodos de adivinación —propuso Zhuang Zhidie.

—Por lo general, mi método funciona para asuntos de cada día, asuntos sin importancia; pero para la desaparición de Tang Wan'er, no sé... Hay que ir con pies de plomo... Probemos esta vez con *Los números divinos de Zhuge Liang*. Zhou Min, dime tres palabras. —Pero a Zhou Min no le venía a la cabeza ninguna palabra y Meng Yunfang añadió—: Dime algo, cualquier cosa, por chorra que sea...

Zhou Min le soltó:

—Puerta, piedra y cabeza. Digo esto porque veo esa entrada de piedra..., y por nada más.

Meng Yunfang se puso a contar los trazos que había en cada uno de esos caracteres chinos. Para la «puerta» contó nueve trazos; para la «piedra», cinco trazos; y para la «cabeza», contó dieciséis trazos. Todo ello en la forma simplificada de esos caracteres chinos. Si le restabas diez, quedaban por lo tanto seis caracteres; y si juntabas los tres números, hacían la cifra de novecientos cincuenta y seis. El siguiente paso era restar a esa suma trescientos ochenta y cuatro para extraer la primera palabra, y añadirle de nuevo trescientos ochenta y cuatro. Finalmente, podrá leerse este poema:

Junto a las aguas, frente al este, nacen los melocotoneros y el canto de los pájaros llega hasta el anochecer, cuando las nubes cubren la luna, ya en el crepúsculo.

Ese poema *ci* dejó mudos a los presentes y Zhuang Zhidie dijo:

—¿Frente al este? Pero ¿dónde? ¿En el este de Xijing? ¿Está ahí Tang Wan'er?...

Zhou Min gritó:

—¡Lo he pillado! ¿No se refiere al paso de Tongguan? ¿No está en el este? ¿No hay un río?

—Pues me parece más que probable esa hipótesis —corroboró Zhao Jingwu—. Zhou Min, ¿tú no tienes hermanos en Tongguan?

Zhou Min le respondió:

—Tengo un montón de hermanos en Tongguan.

—¿Y por qué no les llamas por teléfono? —le planteó Zhao Jingwu.

—No creo que esté con uno de mis hermanos —respondió, incrédulo, Zhou Min—. Me lo hubiera dicho...

Zhou Min, sin embargo, telefoneó a sus hermanos y pasó un buen rato hablando con unos y con otros, y, en efecto, Tang Wan'er se encontraba en Tongguan. Así se lo confirmó a Zhou Min uno de sus hermanos. La noticia se había propagado por todo el distrito de Tongguan a la velocidad de la luz y todo el mundo sabía de su presencia. Desde que se escapó con Zhou Min a Xijing, su exmarido, en un ataque de celos y deseos de venganza, había contratado a un ejército con carros de guerra, para buscarla día y noche, siete días a la semana; y, por casualidad, la vieron en la entrada de un cine. Su exmarido y un hombre le dijeron al taxi que parase frente a la sala de cine. Ese hombre, a quien Tang Wan'er conocía, entró en el cine y le pidió a Tang Wan'er que saliese un momento porque debía comentarle algo importante. Tang Wan'er cayó en la trampa, y, una vez fuera, su marido y el hombre le cubrieron la cabeza con un pañuelo, la ataron de pies y manos, y la metieron en el taxi. Zhou Min se quedó helado y se agachó sin poder decir nada más. Buscar a Tang Wan'er en Xijing era como buscar una aguja en un pajar, y, de repente, la habían encontrado en Tongguan gracias a los métodos de adivinación de Meng Yunfang. Zhou Min dijo:

—Me temo que va a ser imposible traerla de nuevo a Xijing. Su exmarido no ha aceptado nunca que su mujercita la haya dejado por mí y se haya ido a vivir a Xijing...

Zhuang Zhidie le interrumpió:

—No digas tonterías, Zhou Min. Debes ir a Tongguan y traerla a Xijing. Eres un Han y un buen Han ¡debe proteger siempre a su mujer! Tang Wan'er no ha cometido un error al liarse contigo. ¿Cómo ha podido enamorarse de un

calzonazos como tú?

Tras los insultos de Zhuang Zhidie, Zhou Min se golpeó la frente y Zhuang Zhidie hizo lo mismo.

Niu Yueqing se encontraba en la casa del callejón de Shuang Ren Fu y las obras de transformación del barrio, así como la mudanza de sus habitantes, ya habían comenzado en la parte norte. Los inquilinos de las calles de los callejones del cantón ya habían sido, de hecho, recolocados. La venerable anciana Niu estaba asustadísima: el mes que viene, pensaba, o este mismo invierno, ella deberá dejar la callejuela de Shuang Ren Fu. Tanto los viejos pozos de agua como los pabellones desaparecerán para siempre. La venerable anciana sacaba las fichas de hueso de *majiang* con el solo fin de verlas en ese callejón y se le mezclaban los recuerdos cuando los contaba. La venerable anciana no podía dejar de hablar de esos recuerdos en los que mezclaba a los vivos y los muertos, sin diferenciar lo real de lo que finalmente era un producto de la imaginación. Niu Yueqing cuidaba de su madre, pero era Zhuang Zhidie quien ocupaba sus pensamientos la mayor parte del día. Al dejar la casa de las residencias del patio del Círculo Literario y Artístico de Xijing, Niu Yueqing sentía odio y despecho, pero no imaginaba que la separación y esa decisión súbita iban a acrecentar el amor que sentía por su marido. Lo mismo sucedía con la soledad: ella se sentía más sola que nunca a pesar de estar todo el día con su madre. Necesitaba aire porque esa situación la ahogaba y se preguntaba por la reacción de su marido tras leer la carta que ella le había escrito. ¿Explotaría? ¿Tronaría? ¿Le dolería? Si así era, si le dolía, entre llantos y súplicas se postraría ante sus pies, y ella, por supuesto, acabaría perdonándolo, pero no sin antes exigirle una confesión: su ruptura definitiva con Tang Wan'er y su reconocimiento de que se había equivocado. Ella pensó que, llegado ese momento, no iba a dejarse llevar por su sentimentalidad. Iba a mostrarse con él dura como el hierro, intransigente ante el marido adúltero, le chillaría, le insultaría, le echaría fuera de casa, y hasta le tiraría encima el agua sucia del barreño. Su madre intervendría para apagar el fuego y solo entonces aceptaría el retorno de su marido a la casa de Shuang Ren Fu. Pero Zhuang Zhidie no venía y ni siquiera la llamaba por teléfono. ¿Qué deseaba hacer al fin y al cabo Zhuang Zhidie?, se preguntaba Niu Yueqing. ¿Quería divorciarse y buscaba un pretexto? Niu Yueqing no quería llegar a esas conclusiones, ya que acababan atormentándola. ¿Iba a rebajarse? ¿Se había enfadado con ella? Aunque se mostraba amable, ella sabía, o al menos eso era lo que pensaba, que su marido era un testarudo y podía ser inflexible cuando tomaba una decisión. Y si era ella quien se rebajaba, ¿iba él a ceder? Zhuang

Zhidie era una persona famosa y respetada por la gente. Estaba acostumbrado a que su familia lo mimase, pero él la había herido profundamente. ¿Iba ella a ceder? ¡Pues no! Niu Yueqing se había dirigido varias veces a la casa del Círculo Literario y Artístico de Xijing para ver si se encontraba con él, pero las mismas veces se había arrepentido a medio camino y había dado la vuelta. Temía que, al hacerlo, Zhuang Zhidie se disgustase o creyese que ella no podía vivir sin él. ¿Para eso había escrito la carta? Lo mejor era seguir en sus trece, pensó Niu Yueqing; pero, en un arrebato, llamó por teléfono a Meng Yunfang, aunque este ya estaba al corriente de la situación. Le dijo a Niu Yueqing que no hiciese tonterías y que no pensase por nada del mundo en el divorcio. Eso no iba a solucionar nada y lo mejor era pensar ahora en la recuperación anímica de su marido. Zhuang Zhidie no levantaba cabeza y había que ayudarlo. Niu Yueqing, sin embargo, se lo tomó a mal y le dijo a Meng Yunfang:

—¿Cómo puedes decirme eso? ¿Debo tragar sin rechistar todo lo que me haga? ¿Los maridos se van de putas al burdel y las esposas deben, encima, felicitarles por ello? Él es famoso, lo sé, y vosotros le protegéis, como os protegéis siempre mutuamente. Y esas ronchas que le han salido en el cuerpo a mi marido, ¿por qué os empeñáis en tratarlas como si fueran flores de melocotoneros? ¡No lo son y no me vais a convencer de que lo son!

Niu Yueqing se había encendido tras decir esas palabras y colgó con brusquedad el teléfono, odiando intensamente a Meng Yunfang y la reacción que había tenido ante sus lamentaciones. Meng Yunfang, por su parte, se presentó por la noche en la casa de Shuang Ren Fu con una sonrisa radiante en sus labios que sorprendió a Niu Yueqing nada más verla. La mujer de Zhuang Zhidie quiso amonestarlo, pero finalmente se puso a charlar con él. Le dijo que nunca en la vida se hubiera imaginado que su marido caería tan bajo. Meng Yunfang compartió la misma opinión que ella y le dijo:

—En efecto, yo tampoco hubiese creído que Zhuang Zhidie caería tan bajo. Por lo general, la gente sale indemne de este tipo de aventuras, pero él se lo ha tomado muy en serio y se ha cegado con esa Tang Wan'er. Tampoco le importa romper la vida de alguien con tal de salirse con la suya, pero qué le vamos a hacer...

Niu Yueqing dijo:

—Y a ti, ¿no te disgusta que haya caído tan bajo?

—Siempre puedo hablar con él —le respondió Meng Yunfang—, y en los círculos literarios de Xijing, él es, sin lugar a dudas, el mejor.

Niu Yueqing se deprimió con esas palabras y le confesó:

—Él, al fin y al cabo, no es como los demás. Él es más bien como Ruan Zhifei, aunque nadie lo sepa. Sí, es de ese tipo de hombres y lo cierto es que, si le hubiese pasado esa historia a Ruan Zhifei, nadie habría dicho nada; pero tratándose de Zhuang Zhidie, con esa imagen de integridad y rectitud, con el aura que le envuelve, ese sol resplandeciente que amanece en el cielo de Xijing, ¿quién iba a poder aceptar que es un rufián? Ahora, mi marido se está destruyendo a sí mismo y, de paso, está destruyendo a mucha gente en ese proceso. ¿Por qué? Y él, aunque no ha abandonado la familia, cada noche se va a dormir al estudio. Aunque no ha pedido el divorcio, todo ello no es más que una cuestión de tiempo. A pesar de saberlo, ¿por qué dependo todavía de él?

Meng Yunfang le dijo:

—Tienes un poco de razón en todo lo que dices. Muchos son los hombres que tienen aventuras con otras mujeres, pero el caso de Zhuang Zhidie es diferente. Tu marido se ha enamorado de Tang Wan'er y lo ha hecho de verdad, con sentimientos auténticos. Zhuang Zhidie sigue siendo una persona honesta y tiene desde hace tiempo una relación con Tang Wan'er. Nunca he visto con buenos ojos su relación con Tang Wan'er y pensaba que ese era un lío sin importancia, para divertirse, como tantos otros, pero esta vez iba en serio. Un hombre siempre tiene dos caras con su *laopo*. ¿No lo sabías, Yueqing?

Niu Yueqing se quedó un momento pensando esas palabras, pero sin decir nada, hasta que finalmente le dijo:

—Así que piensas de esa manera. Amores de usar y tirar. ¿Y no piensas en el efecto perturbador que pueden causar en mí tus palabras?

Meng Yunfang le contestó:

—El matrimonio es el matrimonio, y el amor es el amor. No hay que confundirlos, aunque sean dos caras de una misma moneda. Zhuang Zhidie ha vivido en la ciudad durante años, pero su mentalidad sigue siendo la de un hombre de campo.

—Para mí, es necesario que el amor y el matrimonio sean una misma cosa. Entre un hombre y una mujer, no hay matrimonio sin amor ni amor sin matrimonio —le dijo Niu Yueqing.

—Sí, tienes algo de razón con lo que dices y tú y Zhuang Zhidie fuisteis una muestra de ello, pero ¿qué me dices de lo que está ocurriendo ahora? ¡Y por lo que estáis pasando los dos!

Niu Yueqing dijo:

—Yunfang, no deberíamos seguir hablando. Si quieres agua, te puedo ofrecer un vaso; pero si tienes algo mejor que hacer, te puedes ir. Yo no voy a molestarte por ello.

Meng Yunfang enrojeció y sonrió:

—*Aiya...* ¿Me estás echando? Yo no quiero irme. Tenía la costumbre de comer en tu casa ya que siempre me invitabais... Como algo y me voy. ¿Te parece?

Niu Yueqing se derrumbó tras escuchar las palabras de Meng Yunfang y se deshizo en mil lágrimas. A Meng Yunfang, más la veía llorar, más le dolía haberle infringido ese golpe bajo, y le dijo:

—Yueqing, me apesta la boca cuando hablo, y tú lo sabes. Te digo siempre cosas que no quieres escuchar, pero esta vez te he hablado con el corazón y te compadezco. Cuando Zhidie me dijo que no quería volver más a tu lado, yo condené sus palabras y le dije que se equivocaba. Yueqing es una buena *laopo* y había vivido a tu lado durante más de diez años. Abandonarla era un gran error. ¿Qué iba a conseguir con ello?

Niu Yueqing se enfadó:

—No tienes por qué compadecerte de mí. Yo también he comprendido que si Zhidie no me ha pedido el divorcio es porque le doy pena. Él es consciente de ello, pero yo ¿necesito su compasión? ¡Lo que quiero es amor! Y no es que yo no lo quiera, lo quiero, y de verdad, sino que, además, le he ayudado a conseguir sus éxitos. Ahora sé con certeza que acabará casándose con Tang Wan'er.

Meng Yunfang dijo:

—¿Él y Tang Wan'er se van a casar? ¿Eso piensas? Tú no lo sabes, pero el exmarido de Tang Wan'er la ha secuestrado en Tongguan.

Niu Yueqing miró distraída y volvió a decir:

—Esa mujer es una auténtica zorra hasta hoy mismo. Su misión es hacer daño a todos los hombres con los que se ha juntado. ¿Y ya ha regresado a Xijing?

Meng Yunfang le contestó:

—No insultes a Tang Wan'er; a ella también da pena verla.

Y Niu Yueqing saltó:

—¿Me pides que me apiade de ella? ¿Da pena verla? Pero ¡si es una ramera!

—Tang Wan'er ya se ha ido y vosotros podréis seguir pasando vuestros días tan tranquilos. Necesitaréis algo de tiempo para recuperaros, cierto, pero las aguas volverán a su cauce y seréis felices de nuevo. ¡Y yo podré venir a comer

de nuevo a vuestra casa! —la tranquilizó Meng Yunfang.

Niu Yueqing le dijo:

—Tú, Yunfang, puedes venir cuando te apetezca. Yo te prepararé siempre algo de comer. Lo único que temo es que no vendrás por mucho que te invite.

—Que coma o no, que beba o no, eso es lo de menos. Si vosotros os divorciáis finalmente, tú crees que dejarás de sufrir y serás feliz. ¿Eso es? —la azuzó Meng Yunfang.

—Si él se divorcia de mí —repuso Niu Yueqing—, lo más probable es que lo suyo con Tang Wan'er no funcione. Y dada su reputación, no le será difícil encontrar a una jovencita de dieciocho años, o de veinte, para ser feliz. Si no, no lo será nunca; pero yo, por mi parte, no quiero a ningún personaje célebre a mi lado. Prefiero a un obrero, o un oficinista de bajo rango... Pero ni siquiera eso. Lo único que quiero es estar con mi madre.

Meng Yunfang le dijo:

—¿A qué viene tanta testarudez? En la antigua sociedad, un marido tenía una esposa y varias concubinas, y nadie moría por ello. Si tú me dices ahora que perdonas a Zhuang Zhidie, yo me voy a buscarlo y le convengo para que se venga contigo. No hagas como yo. Me divorcié de mi primera mujer porque la odiaba a muerte y luego me casé con otra que era peor. Ahora, cada noche sueño con la madre de Meng Jin, mi primera esposa, y Xia Jie, mi segunda esposa, ni siquiera aparece en esos sueños.

Niu Yueqing le dijo:

—Ah, mira el espabilado. Así que quieres que mi marido siga con la doble vida de antes. ¿Y eres tú el que le introduces esas ideas podridas a mi marido?

Meng Yunfang se quedó mudo y Niu Yueqing le dijo que quería ir a dormir. Cuando Meng Yunfang, avergonzado y con una sonrisa en los labios, se disponía a salir, la venerable anciana gritó desde su dormitorio:

—¿Qué diablos estáis diciendo? Parecéis fantasmas recitando *sutras* budistas. He oído todas las estupideces que habéis dicho. ¿Quién ha perdido?

Meng Yunfang respondió:

—Abuela, ya se sabe, a palabras necias, oídos sordos. Y si además uno se hace el tonto, pues mucho mejor. Tang Wan'er ha desaparecido. ¿Te acuerdas de ella? La mujer de Zhou Min. ¡Hacía muchos días que no pasaba por esta casa!

La venerable anciana dijo:

—Digo que quiero dormir abrazada a la zapatilla. ¿Lo habéis oído? ¡Y Tang Wan'er ha desaparecido! Lo más importante para una mujer son sus zapatillas.

¿Esa mujer ha perdido las suyas?

Meng Yunfang le respondió:

—He oído decir que Tang Wan'er calza zapatos de tacón alto y piel negra.

—Madre, madre —intervino Niu Yueqing—, hablas demasiado...

Meng Yunfang volvió a sonreír y dijo:

—Me voy —y abrió la puerta y se fue.

Al irse Meng Yunfang, Niu Yueqing volvió con sus pensamientos: ¿deberías ser más tolerante con Zhuang Zhidie ahora que Tang Wan'er se ha ido? Pero, volvió a pensar Niu Yueqing, Zhuang Zhidie ha mostrado claramente su aversión hacia ella por la carta que le ha escrito. Y Meng Yunfang, ¿había que dejarlo que se convirtiera en el mediador entre ellos dos? Incluso si Tang Wan'er se había ido, pero quién me va a decir que Zhuang Zhidie no va a encontrar a una Zhang Wan'er, o una Li Wan'er, o alguien parecido. Todo ello no va a hacer otra cosa que prolongar mi sufrimiento y así infinitamente. Eso era como morder hierro, pensaba. En el fondo, Niu Yueqing no comprendía por qué Zhuang Zhidie la despreciaba. Ella, ¿lo había traicionado? ¿Había hecho algo mal a su marido y no se había dado cuenta? Zhuang Zhidie no era el mismo de antes y ella se sentía profundamente miserable.

Al cabo de unos días, Meng Yunfang se presentó en su casa. Zhao Jingwu también se había presentado, y los dos se encargaron de convencer a Niu Yueqing de que no cometiese el error de pedir el divorcio. Si todos los amigos y familiares, y el mismísimo Zhuang Zhidie, la dejaban en paz, igual se pensaría dos veces eso del divorcio y lo detendría, les dijo Niu Yueqing. Zhuang Zhidie, como siempre, no dejaba de enviar a sus amigos para presionarla y ganar su causa, y los efectos empezaban a causar mella en Niu Yueqing. La todavía esposa de Zhuang Zhidie había perdido el apetito y se sentía cada vez más perturbada por ese asunto. Sus palabras también se volvieron más duras e inflexibles y, al final, como resultado del estado mental que le había provocado esa situación, decidió no ver a nadie más. De esa manera pasó varios días, comiendo muy poco y sin poder cerrar los ojos por las noches. Quien la veía, percibía inmediatamente que se había adelgazado considerablemente y había perdido cabello. Cada día, por la mañana, cuando se veía ante el espejo y se quedaba ensimismada. Pensaba que, tarde o temprano, se iba a quedar calva. Se iba a convertir en una calva e iba a llevar una vida miserable hasta extinguirse completamente de la faz de la Tierra. Quizá, en ese momento de su vida, lo mejor para ella sería ingresar como novicia en el templo de la Vacuidad

Luminosa o ver a Hui Ming para hablar con ella. Un día, con el crepúsculo, cuando las nubes en el cielo prenden y se vuelven rojas, con el piar alborotado de los pájaros al anochecer, Niu Yueqing entró finalmente en el templo de la Vacuidad Luminosa. Sobre la Puerta de las Montañas, que era la entrada al templo, colgaban unos papeles rojos sobre los que había escrito: «Que se recite la Ley el primer día para que se liberen las bocas inflamadas¹¹⁵ y que se eviten, por lo tanto, el sufrimiento y las calamidades en los vivos y que se prolongue su vida con prosperidad y felicidad...». Otro papel decía: «... y que se deje en paz a los muertos para que dejen de sufrir en futuras reencarnaciones y alcancen el nirvana...». Niu Yueqing no comprendía lo que querían decir con lo de las bocas inflamadas y entró paso a paso, y lentamente, en el templo, escuchando el sonido que los instrumentos litúrgicos hacían desde el salón de Guanyin. Niu Yueqing no quiso pasar por ese lugar animado y tomó el camino de un pequeño jardín que estaba a su derecha. Una vez ahí empujó una puerta y se metió en un patio. Hui Ming estaba sentada ahí, aplicando sobre su cabeza una loción medicinal. La cara de Hui Ming era muy redonda y su cabello estaba muy esparcido. Sin dejar de darse la loción, Hui Ming le hizo un gesto con las manos a Niu Yueqing para que entrase y tomase asiento junto a ella. Niu Yueqing le preguntó:

—¿Estás haciendo méritos¹¹⁶ para algo?

—Pues sí; para que me crezca —respondió Hui Ming.

—¿Cómo? ¿Qué quieres que te crezca exactamente? —preguntó Niu Yueqing—. Estás haciendo méritos para que te crezca el cabello... Los monjes y las monjas debéis afeitarnos la cabeza, pero tú quieres que te crezca...

—Bueno, estamos entre amigos y te voy a hablar con sinceridad. Me hice monja budista porque no tenía cabello y ahora quiero hacer méritos para que me crezca —le replicó Hui Ming—. Perdí todo mi cabello el verano de mis dieciocho años y ello me traumatizó. ¿Te imaginas lo que es quedarse calva a esa edad? Estuve medio año encerrada en casa sin salir y decidí finalmente ir a las montañas de Zhongnan y hacerme novicia de una orden budista. Me pasé un tiempo estudiando los *sutras* para poder ingresar en un centro budista, pero mi única ambición es que me crezca el cabello otra vez y ser una persona normal. ¡Una mujer con su cabello sobre la cabeza! Me han ofrecido esta loción que viene de Beijing y creo que funciona. ¿No has visto estos mechones que me han salido?

Niu Yueqing le dijo:

—Yo, por mi parte, me odio profundamente por no haber perdido mi cabello para poder hacerme monja en un templo budista como tú, Hui Ming.

Y Hui Ming sonrió y le respondió:

—Así que tú quieres ahora quedarte totalmente calva y abandonar la vida mundana como yo; pero no olvides que, en el mundo del deseo, este mundo en el que estamos nosotros, bajo el Cielo, una mujer será siempre una mujer. ¿Y no crees que siempre necesitará a un hombre a su lado? O, dicho de otra manera, ¿crees que podemos pasar sin ellos? Cuando los campesinos cosechan trigo, también cosechan hierba. Y en las ropas imperiales, ¿acaso no hay pulgas?

Niu Yueqing asintió:

—Y qué cierto es lo que dices...

Hui Ming le dijo:

—Me miras con ojos extraños, Yueqing. Te debe parecer extraño que una monja budista se ponga una loción crecepelo en la cabeza. ¿No es así? A mí, sin embargo, me sorprende que una mujer como tú venga al templo de la Vacuidad Luminosa para hacerse monja. El maestro Zhuang es un hombre excepcional. Hay quien tiene problemas y está preocupada; pero tú, Yueqing, ¿qué problemas tienes y qué te preocupa?

De forma inesperada y repentina, Niu Yueqing se puso a llorar y fue incapaz de pronunciar una palabra. Hui Ming, al verla en ese estado, no insistió con más preguntas y le sirvió un té. Luego la acompañó hasta la Puerta de la Montaña y las dos se despidieron mutuamente.

Al cabo de tres días, Niu Yueqing volvió a presentarse en el templo de la Vacuidad Luminosa y Hui Ming, que estaba sentada sobre un cojín, le dijo al verla:

—Sabía que ibas a volver. He telefoneado a Meng Yunfang y le he preguntado por ti. Me ha parecido que estaba muy asustado y preocupado por ti, y me ha pedido que te aconseje, pero yo no sé qué decirte. Has venido porque quieres abandonar la vida mundana, salir del mundo, como se dice en nuestro lenguaje, y entrar en la vida monástica. Pero ¿lo haces porque te aburres? Todos tenemos nuestras ambiciones, pero yo no sabría qué decirte ahora. Deja que te lo diga: no es fácil escapar de uno mismo. Cuando me metí en esta vida, creí que la vida en un templo solucionaría todos mis problemas y no fue así. Yo seguía siendo yo. Un templo no sirve para eso. Si así fuera, sería una casa de locos, un refugio, o un asilo, donde todo puede suceder, y no lo es. Un templo es un lugar sagrado. El Buda tampoco era un ser puro y tenía su corazón. Sus enseñanzas nos muestran cómo liberarnos de nuestras cadenas. Todos nosotros debemos comprender esto, pero el hombre es un ser que ama lo nuevo y odia lo viejo, y

tiene sus caprichos. Pero no olvides: este mundo es un mundo de hombres y las mujeres somos como niños para ellos. Nos tratan así. ¿No te has fijado en ello? Los adultos, cuando están felices, son como niños, y ellos mismos se convierten en niños. Y cuando se deprimen, los adultos también son como niños y se insultan como ellos. Pierden la compostura como ellos y se enfurruñan como ellos. Ya sabes que la mujer es la mitad del Cielo, pero cuando está en este bajo mundo, bajo el Cielo, debe estar con un pie en el Cielo y otro en el infierno. ¿No lo sabías? Xijing está lleno de tiendas de ropa para mujeres y maquillaje. ¡Parece que la sociedad está al servicio de la mujer! ¿Por qué?, me pregunto yo. No es porque quieren que nos sintamos bellas, sino para satisfacer los deseos de los hombres. ¿No nos están sacrificando constantemente por esa causa? En un mundo dominado por los hombres, las mujeres deben comprender cuanto antes, si quieren ser felices, que este mundo es, precisamente, un mundo de hombres. De lo contrario, nunca irán bien. Nunca deben casarse con el hombre que les gusta, ni por amor. Nada de eso acaba funcionando con el tiempo. Una mujer debe pensar en ella misma y solo en ella misma. Quiero decir, en sus necesidades en tanto que mujer, y un marido solo sirve al fin y al cabo para hacerla madre. La mujer debe enriquecerse a sí misma y crearse a sí misma, tomar siempre la iniciativa, y mantener su posición incluso cuando esta ha desaparecido. La belleza es algo que desaparece y nunca puede ser el fin de la mujer. Quienes la siguen, acaban pereciendo como ella. Y ¿cómo vas a satisfacer el hambre de un hombre dándole cinco cereales si lo que él necesita es un manjar con los seis sabores? El apetito de un hombre es insaciable. Si la mujer hace su vida en torno a la de un hombre, ella acabará siendo su esclava y esa vida acabará arruinándola. Confucio decía que solo las mujeres y los niños son difíciles de criar, pero se equivocaba. ¡Los hombres son los más difíciles de criar! Tú no puedes estar muy lejos de él porque se te va a quejar, pero si estás muy cerca, se va agobiar y te va a dejar. Ni cerca ni lejos. La mujer debe ser como una angula en las manos de un hombre, deslizándosele cada vez que intenta cogerla; o debe ser como una de esas pepitas de calabaza que se mordisquean una y otra vez, pero que nunca sacian. Sin embargo, incitan constantemente el apetito. Solo así será feliz junto con un hombre. Debes ser independiente y egoísta como una mosca. Las mujeres deben vivir por y para ellas, y con pasión e intensidad. Su vida debe saber a algo y deben saber vivir como mujeres en un mundo de hombres.

Hui Ming le habló como quien recita un *sutra*: de corrido, sin respirar, y con un tono de voz monótono y torrencial. Niu Yueqing creyó por momentos que

Hui Ming aludía a Tang Wan'er. Seguro que debía conocer al dedillo esa filosofía de la mujer independiente que Hui Ming profesaba. ¿O no la sabía? Y su caída en desgracia, ¿se debía precisamente a esa teoría? Niu Yueqing pensaba que quizá era ella misma la que había caído en desgracia por no seguir esa teoría sobre las mujeres y sus vidas. También pensó que Hui Ming, para ser una monja budista, sabía demasiado sobre hombres y mujeres, y le dijo:

—Maestra Hui Ming, que de tu boca salgan esas palabras me deja petrificada.

Hui Ming le dijo:

—¿Cierto? Pues quiero seguir hablándote. Ya verás, te vas a quedar como nueva...

—¿Cómo nueva, me dices? —le dijo Niu Yueqing.

Hui Ming le comentó:

—No te ofendas si permanezco aquí sentada sobre el cojín. No lo hago por mala educación, pero es que no puedo sentarme en la mesa y hablar contigo. Hace dos días tuve un aborto.

—¿Un aborto? —exclamó sorprendida Niu Yueqing.

—Cierra la puerta para que no nos oigan las otras monjas y las novicias. Sí, he abortado —le dijo Hui Ming—. No me mires con esos ojos. ¿No querías verme? Lo que te digo es verdad. ¿Ello cambia tu idea sobre mí? Te lo diré ahora porque sé que no volverás nunca más a verme. He tomado unas hierbas para acabar con el feto. Ahora ya puedes irte...

Niu Yueqing aún no comprendía por qué Hui Ming le estaba hablando de esa manera. Se puso tan nerviosa que no podía mirar a Hui Ming a la cara. Incómoda con esa situación, salió del templo y regresó a su casa.

Pasaron siete días enteros y, tras haber dado un justificante de baja por enfermedad a su unidad de trabajo, Niu Yueqing todavía permanecía encerrada entre las cuatro paredes de su casa. Tras el asunto de Zhuang Zhidie y Tang Wan'er, Niu Yueqing ya no sabía qué pensar. Su marido, su queridísimo marido, era lo que le causaba sufrimientos indecibles y a ello había que añadirle lo del aborto de Hui Ming. ¿Había algo en ese mundo que fuese verdadero? ¿Se podía confiar en alguien o todo el mundo estaba podrido? ¿Se podía creer en algo? ¿Había todavía algo sagrado en este mundo? Niu Yueqing se hundía en esos pensamientos y enfermaba postrada en la cama. La piel de su cuerpo empezó a escamarse y ella no se dio cuenta al principio; pero al ponerse los calcetines, vio que dentro había trozos de piel, y le hacían cosquillas. Al desvestirse, se dio

cuenta de que estaba perdiendo la piel en cantidades preocupantes. Parecía una serpiente que estaba mudando de piel o un árbol que pierde la corteza. Cada noche, cuando se quitaba la ropa, pasaba un buen rato barriendo el suelo y lavándose afanosamente de la mañana a la noche. Niu Yuqing volvió al trabajo al cabo de ocho días y regresaba a casa muy tarde, ya de noche, y su madre, la venerable anciana, se la quedaba observando durante un buen rato. Niu Yueqing le preguntó:

—Madre, ¿qué pasa? ¿No reconoces a tu hija?

—Claro que no. ¿Qué te está pasando? —le respondió su madre.

—¡Pues estamos apañados! ¿Y me encuentras guapa? ¿O me encuentras fea? —le preguntó con una sonrisa irónica Niu Yueqing.

—Se te han ennegrecido las cejas y te han desaparecido las arrugas. ¿No es así? —le dijo la venerable anciana.

—¡Así es! —le respondió, intentando recomponer su cara y frunciendo el ceño.

Niu Yueqing le explicó a su madre que había ido a ver a una esteticista para arreglarse la piel y sacarse las arrugas, y esta le había recomendado una crema para la cara. También tenía en mente hacerse alguna operación para sacarse grasa de la barriga y adelgazarse las piernas.

La venerable anciana se asustó con las palabras de su hija y le dijo:

—¿Y va a quedar algo de mi hija?

En los días que siguieron esa conversación, la venerable anciana se negó a reconocerla como su hija. Decía que Niu Yueqing era una copia falsa de su hija. De noche, dormía boca abajo y con la mano tocaba las cejas de su hija, así como su nariz y su barbilla. Afirmaba que la televisión ya no era una televisión, sino un aparato falso que alguien había puesto en lugar del aparato verdadero. Lo mismo con las cacerolas y las marmitas: eran falsas, o los familiares y los vecinos. Todos ellos eran falsos. Incluso dudó hasta de ella misma y a Niu Yueqing no paraba de agobiarla.

* * *

Zhuang Zhidie, tras haber abroncado a Zhou Min para que fuese a Tongguan a buscar a Tang Wan'er, decidió regresar a la casa del patio del Círculo Literario y Artístico de Xijing. Niu Yueqing ya se había ido, y durante ese breve lapso de tiempo, se sintió profundamente solo y triste. De una manera fría y cruda, se

sentía como si hubiese perdido todo el contacto que le unía a otros seres humanos. Estaba solo y lo había perdido todo. Nunca hubiese pensado en el divorcio y deseaba dejar a su mujer, pero ahora que, tras leer la carta de Niu Yueqing, ya sabía que el divorcio era inevitable, sintió unas ganas inexplicables de recuperarla. Esos pensamientos le hicieron sonreír porque eran una contradicción en ellos mismos, un sinsentido, y se fue a preparar un café bien concentrado. Tomar ese café le hizo sentirse más ligero. Así, con cara de estúpido y sin moverse de la cama, intentando atenuar y superar las consecuencias del desastre, pasó el día entero. Había puesto a todo volumen una de las casetes de música funeral. La cabeza se le llenaba de pensamientos errabundos. Siempre creyó que el hecho de haber tenido relaciones sexuales con Tang Wan'er, Liu Yue o A Can acabaría despertando la ira de su mujer, e incluso deseaba que Niu Yueqing vomitase sobre él todo el odio que podía haberle causado. Pero Niu Yueqing no le hacía ni caso y ello, a él, le hacía sentirse mal. Si ella le hubiera hecho un mínimo de caso, ello, a él, le habría sacado de las casillas y habría justificado una discusión virulenta y amarga. Nunca se produjo, sin embargo, ese momento, y ahora que ya no la tenía, la echaba de menos y solo veía el lado bueno de su mujer. Pensó que Niu Yueqing tenía muchas más virtudes que él, pero pensar así no le provocó ganas de regresar a la casa de Shuang Ren Fu para pedirle perdón. Si volvían a verse, iba a ser un desastre. Niu Yueqing, ¿podría olvidarse totalmente de Tang Wan'er? Y él, ¿iba a hacer tabla rasa de su amor por Tang Wan'er? ¿Volvería a enamorarse Tang Wan'er de él? Zhuang Zhidie comprendió que dar ese paso no iba a borrarle sus tormentos y nunca más sería el de antes. Tang Wan'er se había hundido en un pozo de sufrimiento del que no iba a poder salir nunca y él era consciente de ello. ¿Podrían mejorar sus días en el futuro? Dictándose esos pensamientos, Zhuang Zhidie se atormentaba y le resultaban insoportables. ¿Cómo iba a poder soportar el peso de la culpabilidad? Estaba condenado de por vida a asumir sus errores. Zhuang Zhidie, más pensaba en Tang Wan'er, más la odiaba. Desde que hizo el amor con ella por primera vez, su vida se había convertido en un infierno. Odiaba a Tang Wan'er y quería olvidarla por lo que le había provocado; pero no la culpaba de sus males, Zhuang Zhidie se culpaba a sí mismo por lo que había hecho. Intentaba olvidar a Tang Wan'er; pero, como sucedía con Niu Yueqing, más la odiaba, más afloraban en él los buenos recuerdos y el lado bueno de ella. Tang Wan'er era para él como el licor del pájaro de Zhen cuyo plumaje era brillante, bello y atrayente, pero venenoso. Ese licor era igual: fuerte y atrayente, de sabor y olor fuertes, pero imposible de saciarse con él. Uno, más lo bebía,

más necesidad tenía de seguir bebiéndolo. Meng Yunfang había hablado con él en numerosas ocasiones y le había prevenido de los errores de encerrarse tanto tiempo en una vida puramente artística. Uno acababa por volverse incapaz de comprender el mundo real. Ese era el principal problema cuando uno buscaba el arte en cualquier cosa. Paso a paso, pero inexorablemente, la mente de uno se atrofiaba en un mundo irreal. Tú te preocupas por nada, le dijo Meng Yunfang a Zhuang Zhidie. ¿Tan a pecho te tomas a ti mismo? Tú eres una persona famosa y la fama sirve para darte confianza en ti mismo y hacerte libre; pero tú eres un esclavo de ti mismo. ¿Por qué tanto sufrimiento? Zhuang Zhidie no le dijo nada y se limitó a sonreírle. Dijo que no iba a escuchar las palabras de Meng Yunfang porque no estaba de acuerdo con su punto de vista. Él solo pidió a sus amigos que no le hablaran más de Tang Wan'er y Niu Yueqing. Las había perdido a las dos y ahora tenía que asumir las consecuencias dolorosas de esas pérdidas. Zhuang Zhidie pensaba que lo que estaba sufriendo era un castigo divino y así lo asumía. Comía, por lo tanto, sopas de fideos instantáneos y se lavaba él mismo la ropa. De esa manera, totalmente noqueado, aburrido hasta la muerte, permaneció varios días, hasta que decidió salir de su casa para ir a ver a Meng Yunfang, que había invitado a Zhao Jingwu y Hong Jiang a tomar unas copas. Zhuang Zhidie se emborrachó y acabó odiándose a sí mismo más de lo que lo hacía. Salió de la casa de Meng Yunfang, cogió su motocicleta Mulan y se fue, con los cabellos sucios y desordenados, a recorrer la ciudad mientras escuchaba música con su *walkman*. Pensaba: si una joven guapa me sonrío, la monto en la motocicleta, la llevo a un descampado y me la cepillo. El cuerpo de Zhuang Zhidie no paraba de sudar y el polvo se mezclaba con él. Enloquecido, recorría las calles de Xijing sin saber adónde ir.

CAPÍTULO XXIV

Ese día, en pleno frenesí, a Zhuang Zhidie le vino de repente un pensamiento a la cabeza: quería dirigirse a los arrabales del sur de Xijing para ver la vaca. A pesar de ser el otoño, el sol brillaba con fuerza en todo lo alto. Ya se había cosechado y se habían empezado a arar los campos azotados por un viento seco y persistente que levantaba el polvo y amarilleaba cualquier esquina de la ciudad. Zhuang Zhidie llegó con su motocicleta Mulan a la entrada de la casa de la cuñada Liu y la aparcó en un rellano de tierra, en el cual había varias cabezas de ganado que habían servido para arar el campo, pero no parecían tener dueño ni estaban sujetas con una cuerda a una valla o una piedra circular. Esos bueyes estaban, sin embargo, tan juntos que no podían moverse, y daba la impresión que iban a reventar el patio de la casa de la cuñada Liu de un momento a otro. Zhuang Zhidie se quedó mirando ese ganado y vio de repente, ya dentro del patio, la vaca que le proveía con leche en Xijing. La pobre estaba en los huesos y, agachada, apenas podía moverse, y la cuñada Liu, sujetándole la cabeza, intentaba darle de comer algo de paja. Tras aparcar la Mulan, Zhuang Zhidie entró en patio y la cuñada Liu se lo quedó mirando sin decirle nada, pero con unos lagrimones descendiendo por su rostro. Zhuang Zhidie sabía que la vaca estaba en las últimas y se alegró por haber tenido la idea de ir a verla y asistir a sus últimos momentos. Sabía que era la última vez que la iba a ver viva. De los muros ruinosos del patio llegaba el olor intenso de la paja y el apio que la cuñada Liu intentaba darle a la vaca para que se reanimase. La vaca no podía, sin embargo, moverse, y solo agitaba las orejas como si quisiese de esa manera comunicarse con ella y saludar así a Zhuang Zhidie. La vaca no podía abrir sus ojos de lo legañosos que los tenía; pero parecía, sin embargo, apreciar el gusto del apio. Abría de vez en cuando la boca y estiraba la lengua, la cual era al menos de un *cun* de largo, y luego volvía a enrollarla. Dentro de la casa, había un hombre que gritó varias veces a la cuñada Liu:

—¡Sácanos algo para beber! ¡Un buen aguardiente! Te estás demorando. ¿Y no tienes algo de comer?

Un mocetón Han salió de repente de la casa y se plantó en los peldaños de la entrada. A Zhuang Zhidie le cegaron los destellos de luz blanca que provenían de ese hombre. Luego vio que llevaba un cuchillo largo con puño de madera de sauce. El marido de la cuñada Liu, con su barba de pocos días y totalmente pálido, lo acompañaba detrás y clavó sus ojos en Zhuang Zhidie:

—¿Has venido? Pasa dentro y toma un té.

Zhuang Zhidie le preguntó:

—¿Vais a sacrificar a la vaca?

—No hay otra solución —le respondió el hombre—. Esa vaca ha estado arrastrándose durante demasiado tiempo y le ha llegado su momento. Vamos a liberarla de su sufrimiento. Si pudiese hablar, nos lo habría pedido hace tiempo. Además, un personaje tan famoso como tú ha venido a despedirse de ella.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Esta vaca y yo compartimos un mismo destino.

El Han que llevaba el cuchillo largo soltó bajo el sol unas carcajadas y le dijo al marido de la cuñada Liu:

—Viejo Qi, ¡ni siquiera cuando mueras alguien te llorará así!

—¡Pues deberían! La suerte de esta vaca está ahora en tus manos. ¡Igual me acusan de haberla matado yo!

El Han se colocó junto a la vaca, sujetando el cuchillo con la boca y las manos en la cintura.

—Viejo Li, ven aquí con tu mujer y le sujetáis los cuernos a la vaca —le pidió el Han del cuchillo, y el marido de la cuñada Liu sujetó la vaca y su mujer se puso delante.

El hombre se molestó:

—Pero tu mujer, ¿qué diablos hace?

La cuñada Liu se metió en la casa, ya que no podía ver morir a la vaca, y menos en el patio de su casa, y el Han del cuchillo, sin esperar más, cogió a la bestia por los dos cuernos. El Han, con el cuchillo en la boca y lanzando destellos deslumbrantes, intentaba controlar la cabeza de la vaca, la cual no se dejaba dominar a pesar de su estado moribundo. El Han buscaba el lugar donde clavarle el cuchillo.

—Eh, tú, puedes sujetar el rabo de la vaca.

Pero Zhuang Zhidie no se movió y el mocetón Han lanzó un gruñido con

desprecio, arrodillándose con una pierna, y le dijo a la vaca:

—Hoy vas a liberarte de los sufrimientos de este mundo... ¡Y no vuelvas a reencarnarte en una vaca!

Se oyó un sonido como el soplido corto e intenso del viento y el cuchillo entró en el cuello de la vaca. La hoja del cuchillo desapareció dentro de la vaca y Zhuang Zhidie vio cómo los ojos de la vaca se giraban y se emblanquecían como los ojos de un pollo. Del agujero salió un olor fétido y seguidamente unos borbotones de sangre roja, negra y caliente. Zhuang Zhidie se quedó sin fuerzas por un momento y se agachó lentamente y miró de reojo a la cuñada Liu, que le hacía un movimiento con las dos manos. Las vacas y los bueyes que estaban en el replano de tierra empezaron a bramar y a correr enloquecidamente, levantando un polvo que lo cubría todo. El Han lanzó un grito para que cerraran la puerta del patio ya que los muros, de por sí ruinosos, amenazaban con derrumbarse. El Han cogió un látigo y se puso a azotar al ganado y este, finalmente, no se precipitó hacia los muros. Zhuang Zhidie se giró y vio la cabeza de la vaca acostada en el suelo sobre un charco de sangre. Algo dorado había salido del cuello y el mocetón Han gritó:

—¡Eso es un bezoar y es enorme! —El Han cogió el bezoar con las manos ensangrentadas y se lo quedó mirando bajo los rayos del sol. El bezoar todavía estaba caliente y humeante.

En ese momento, los dos hombres acompañaron a Zhuang Zhidie al interior de la casa para tomar aguardiente y que se recuperase así del choque emocional que le había supuesto el sacrificio de la vaca, pero Zhuang Zhidie se encontraba todavía conmocionado. Vio a su lado una cesta con trozos de carne de buey recién cortados y ello le puso todavía más enfermo. Una parte de los muros del patio se había llenado de sangre y de trozos de piel de los bueyes y las vacas y el espectáculo era aterrador. Zhuang Zhidie no tomó ningún trago y dijo:

—Quiero comprar la piel de la vaca.

El Han, con la copa de aguardiente junto a su boca, le replicó:

—Oh..., ¿quieres abrir una tienda de pieles? La piel de esta vaca es una maravilla. ¿Cuánto ofreces?

Zhuang Zhidie le respondió:

—¿Cuánto pides?

—¿Precio?... Ni hablar de ello. Te la puedes llevar gratis, maestro Zhuang —dijo la cuñada Liu.

* * *

Liu Yue ya se había alojado en la casa de Dazheng, pero pronto se dio cuenta de que la casa de Dazheng y la de los Zhuang eran casi iguales, ambas recibían constantemente muchas visitas; pero la casa de Dazheng recibía sobre todo a dirigentes del Partido, ministros, gobernantes, empresarios, y hombres de negocios. En otras palabras, nadie se iba de esas casas con las manos vacías. La casa de Dazheng estaba bien amueblada y no le faltaba su frigorífico, su televisión en color, su despensa con sus licores y sus cigarrillos, y una lista con las reglas a seguir en el hogar: al entrar, se debían quitar los zapatos y ponerlos en unas estanterías junto a la puerta. Las visitas debían también dejar los regalos en una mesita especialmente preparada para ello. Los invitados debían entrar después en el salón para tomar asiento y charlar tranquilamente. Dazheng y Liu Yue, bien vestidos, se presentaban ante ellos y les agradecían tan efusiva como falsamente los regalos que les habían traído. Luego se ponían a hablar de cualquier tema, pero Liu Yue no abría la boca porque no estaba bien visto que las mujeres de esa condición social hablasen más de la cuenta y sonreía, eso sí, sonreía mucho y a todo el mundo, y cuando veía que el bol de los invitados estaba vacío, no se levantaba ella misma para buscar la tetera y llenárselo, sino que decía:

—Xiaoju, mi pequeño crisantemo, el té, por favor...

Xiaoju era la sirvienta de la familia de Dazheng. Liu Yue la conoció al día siguiente, por la mañana, de su llegada a la casa de Dazheng. Ese día, Xiaoju estaba preparando unos cebollinos de ajo cuando Liu Yue se metió en la cocina y se puso a seleccionar los buenos tallos. Este está bien y este no, y luego se fue al fregadero a lavarse las manos con jabón. Esa intromisión no gustó a la sirvienta Xiaoju y gruñó a su lado. Liu Yue aprovechó ese momento para preguntarle:

—¿Y cómo te llamas?

—Xiaoju —le respondió la sirvienta.

—Xiaoju —le dijo Liu Yue—, hoy quiero comer raviolis rellenos de gambas. Cuando los tengas preparados, me llamas.

Xiaoju no dijo nada y se puso a preparar, como lo estaba haciendo antes, los cebollinos de ajo; pero, de repente, soltó:

—Los raviolis que se preparan en la casa del alcalde no llevan nunca gambas.

Liu Yue la miró distraída, cambió de cara y le dijo mientras se escurría las

manos:

—Bueno, pero yo quiero comer raviolis rellenos de gambas. —Y luego le gritó—: ¡Y no te olvides de cerrar el grifo!

Al cabo de diez días, se aburría en casa y ponía cara de estúpida todo el tiempo. Le dijo a Dazheng que quería trabajar, pero su marido le recordó que no tenía el permiso de trabajo, el *hukou*, para poder hacerlo, y que había que pedirlo en la alcaldía. Pero a Dazheng también le preocupaban otras cosas y le preguntó a su mujer por el trabajo que quería hacer y dónde. Liu Yue le contestó que no le importaba; lo que quería era trabajar. Dazheng le transmitió a su madre la demanda de su mujer, y la esposa del alcalde permaneció un rato pensándose y llamó finalmente a Ruan Zhifei para pedirle que Liu Yue estuviese en su orquesta. Liu Yue, al día siguiente, se fue a trabajar.

Liu Yue, sin embargo, no sabía ni cantar ni bailar, pero, porque era guapa y tenía un cuerpo bonito, era lista y aprendía rápido, supo inmediatamente cómo adaptarse a las exigencias de su nuevo oficio, el cual nada tenía que ver, finalmente, con la música o el cante. Liu Yue, además, había leído muchos libros, tenía buen carácter y estilo y gracia cuando se movía. No tardó en convertirse en una modelo para los desfiles y los modistos se la rifaban. Liu Yue lucía las mejores prendas y venían espectadores de todos los rincones de la región para verla a ella. ¡La esposa del hijo del alcalde era tan bella!, se decían. A los espectadores de esos desfiles les importaba poco la ropa y se quejaban siempre de las modelos: o era demasiado delgadas, o tenían las piernas demasiado delgadas, o tenían mucho pecho, o eran feas, o, si era guapa de cara, tenía el trasero demasiado gordo. Lo cierto es que las modelos iban casi desnudas y parecían en su mayoría chicas de clubes de alterne, pintarrajeadas llamativamente. Al final, todos ellos llegaban a la misma conclusión: Liu Yue era la más bella, y de lejos. La entrada de Liu Yue en el pasillo del desfile causaba mil ¡oh, oh!, y Ruan Zhifei se sentía feliz con su nueva, y muy lucrativa, adquisición.

Ese mediodía, Meng Yunfang quiso agradecer al director del hotel Arcoíris por haber alojado al anciano solitario del arrabal del norte del Xijing —el que le había dado la obra *Los números divinos del maestro Shao*— y su amigo de Xinjiang, y por ello organizó gratuitamente unas sesiones de *qigong* en el hotel, ya que sabía que el director no andaba muy bien de salud. El director, para agradecerle a su vez esas sesiones, le ofreció a Meng Yunfang una marmita de bronce antigua con la forma de una flor de loto, cinco *jin* de carne de cordero y tres tipos de condimentos para la carne. Meng Yunfang recibió esas dádivas con

una alegría desmesurada y, una vez en su casa, llamó a Zhuang Zhidie y Zhao Jingwu para que fueran a degustar ese manjar tan succulento. Zhuang Zhidie no tenía la cabeza para banquetes y no comió mucho, encendió la televisión, donde echaban una película de guerra extranjera con tintes dramáticos y mucha publicidad de los desfiles de moda de Ruan Zhifei en Xijing. Meng Yunfang le dijo:

—Zhidie, quizá no lo sabes, Liu Yue trabaja en esos desfiles como modelo. ¡Y es puro fuego! Tiene a los asistentes al rojo vivo...

Zhuang Zhidie le replicó:

—No me extraña, Liu Yue es muy guapa y sirve para modelo. Siempre ha querido hacer algo parecido, pero no creo que le convenga el negocio de Ruan Zhifei. Ya se dará cuenta de ello. Y tú, ¿cómo sabes que Liu Yue trabaja para Ruan Zhifei? ¿Es que asistes a esos desfiles de modelos?

—¡He ido alguna vez! —le respondió Meng Yunfang.

Xia Jie intervino:

—Tonterías, tú nunca has ido, Yunfang. ¡Su hijo es el que va a menudo!

—Pero Meng Jin, ¿no es un poco joven para asistir a esos espectáculos? ¿Y tiene dinero para pagárselo?

—¡Ahí radica el problema! —saltó Xia Jie—. Hace un par de días pasó a verme Ruan Zhifei y sin venir a cuento me dijo que Meng Jin era un chaval muy espabilado. Aparentemente, Meng Jin se presenta con sus compañeros de clase en los desfiles y cuando llega a la taquilla dice que es el sobrino de Meng Yunfang y el hermano pequeño de Liu Yue. ¡Lo hace para entrar de gorra! Yo, por si las moscas, le he transmitido ese comentario a Meng Yunfang. Yunfang, debes educar a tu hijo, le dije, pero mi marido no me ha hecho ni caso. ¿Sabes por qué?... ¡Porque de tal palo tal astilla! ¡Incluso se ha enfadado por habérselo dicho! Mira la cara que me pone ahora...

Meng Yunfang forzó una sonrisa y le dijo a su mujer:

—¿Qué me dices?... ¿Te pongo mala cara? Zhidie, vayamos juntos a ver a Liu Yue. Aunque esté casada, no puede seguir creyendo que su historia con los Niu es agua pasada.

—Que así sea —le confirmó Zhuang Zhidie—. Vayamos juntos y utilicemos nuestros contactos.

Meng Yunfang le preguntó:

—¿Qué contactos? Después de comer, podemos dirigirnos al departamento de Propaganda. Ayer me llamó el director de ese departamento. Su mujer sufre

de los riñones y quiere que yo le adivine el futuro. El muy golfo ya está organizando su vida cuando se le muera la vieja, pero ese asunto puede esperar.

Xia Jie dijo:

—Te sobran las energías, Yunfang. Vas a ver a la nuera del alcalde moviendo el culo y luego tienes cita con la mujer del director del departamento de Propaganda. Estás hecho un fenómeno, pero a tu familia no le ves el pelo.

—Ay... ¿Y crees que soy un esnob? —preguntó con ironía Meng Yunfang—. ¿O un egoísta? Con el alcalde, no paso más de media hora y nosotros, aquí y ahora, ¿qué hacemos? Pues charlamos y charlamos durante horas. Podríamos darnos cita a las cuatro en punto frente al teatro donde hacen esos desfiles.

Zhao Jingwu dijo:

—Id vosotros. Yo no iré...

—No seas crío, Jingwu. Todo eso lo haces porque ella te ha dado calabazas y ahora no quieres verla. ¡Ella sigue siendo nuestra Liu Yue! Si tú no vas, yo tampoco iré; pero si vas, no tienes por qué ver el desfile. Siempre podrás ir al baile y, quién sabe, encontrar al amor de tu vida.

Xia Jie añadió:

—De todas formas, eres tú quien debe decidir, Jingwu. Eres un hombre libre, pero basta ya de tanta palabrería que solo hace que molestar. Y tú, Yunfang, dímelo ahora. Si vas a divertirte, no te lles a Meng Jin. No tiene edad para ir haciendo el golfo por ahí. Lo puedo decir más alto, pero no más claro.

Meng Yunfang soltó un grito de rabia y se fue. Xia Jie limpió la mesa, pero no limpió los platos, al contrario, llamó a una vecina para echar una partida de *majiang*.

Meng Yunfang se fue al departamento de Propaganda, pero no por el problema de riñón de la *laopo* del director, sino por otro asunto más importante que concernía a la ciudad entera. El alcalde quería estimular la economía local mediante la cultura y el parque zoológico de Beijing le había ofrecido tres pandas. Esos animales eran la oportunidad deseada para convertirse en los emblemas de ese plan económico de Xijing. Atraerían, sin duda alguna, a muchos visitantes, ya que en la provincia no quedaban pandas. El alcalde tuvo la brillante idea de crear una «fiesta de la cultura antigua» y la presentación de esos pandas sería ideal para inaugurar ese día. El alcalde había organizado un encuentro con varios miembros representativos de la cultura de Xijing y Meng Yunfang figuraba entre ellos. Todos aplaudieron la idea del alcalde y acordaron divulgar ese plan con su arte por todo el país. Meng Yunfang quiso invitar a

Zhuang Zhidie. Por esa razón, se estableció incluso un comité de enormes proporciones. El director le pidió a Meng Yunfang que leyese el programa, pero este contenía más de tres páginas y Meng Yunfang le dijo al director que mejor se lo llevaba a casa y lo leía con más calma, y también le diría a Zhuang Zhidie que se pusiese a escribir algún artículo para promocionar ese día de actos culturales; pero le mintió: lo que hizo fue ir al baile, donde se iba a abrir el desfile de las modelos.

Pero llegó tarde. El espectáculo del desfile de moda acababa de bajar el telón y, en cambio, se abrió el baile con muchas parejas bien apretadas bailando lento y bajo unas luces giratorias, intermitentes y deslumbrantes. Los participantes de esos bailes parecían fantasmas y diablos todos ellos, y era imposible distinguir quién era quién en esa pista de baile. Meng Yunfang oyó decir a su hijo Meng Jin que Liu Yue, después del desfile, bajaba a la pista y se ponía a bailar como una loca. Luego, ella se sentaba en una mesa esperando a que alguien la sacara a bailar. Los hombres se peleaban por ella. Meng Yunfang tenía el ojo derecho fuera de juego y el ojo izquierdo empezaba a fallarle. Se quedó mirando fijamente a una joven que vestía de forma estrafalaria, pero que era bella en extremo. Esa joven, creía él, era Liu Yue; pero lo mismo opinaba con cualquier chica que veía bailar en la pista de baile, sola o acompañada. Cuando acabó la canción y las jóvenes se retiraron, Meng Yunfang seguía sin ver a Liu Yue. Frustrado por esa situación, se puso a buscar a Ruan Zhifei. La música volvió a sonar y los jóvenes ocuparon la pista de baile con el mismo ardor que lo hicieron previamente y, de nuevo, era imposible distinguir a unos de otros. En ese momento, Meng Yunfang lo estaba pasando mal y no conectaba con nada ni con nadie. Pensó que, si venían sus amigos y no veían a Ruan Zhifei o Liu Yue, se iban a reír de él y ello lo puso muy nervioso. De repente, alguien se dirigió a él:

—¿Es usted el señor Meng? —Al girarse, Meng Yunfang oyó justo al lado un sonido extraño. Una joven de gran belleza le estaba golpeando la espalda junto a la mesa.

—¿Me estás preguntando a mí? —inquirió, azorado, Meng Yunfang—. Sí, me apellido Meng. ¿Y quién eres tú?

La joven le tendió las manos y Meng Yunfang las agarró. Luego le dijo:

—Me siento mal. Mi cabeza no funciona. No me acuerdo, disculpa...

La joven le dijo:

—No tiene por qué... Nosotros, en realidad, nunca nos hemos visto antes. Bueno, solo le he visto en fotos, pero nada más verle, ¡lo he sabido! ¡Ese es el

señor Meng!

—Así que me estabas observando —dijo Meng Yunfang.

La mujer sonrió y dijo:

—He oído decir que el señor Meng es un tipo muy interesante. Yo trabajo en los juzgados. ¿No le suena mi cara? Soy la cuñada de Jing Xueyin, pero yo no soy tan interesante como ella.

Meng Yunfang se asustó y lo primero que pensó fue en levantarse e irse, pero no lo hizo. Se levantó y dijo:

—Ah, lo sé, lo sé... Y por supuesto que eres una persona interesante y qué honor conocerte. Sí, yo conozco a Jing Xiueyin y hasta os encuentro un parecido. Y, por cierto, ¿cómo va ella? ¿Bien?...

La chica le respondió:

—¿Cómo puede ir bien? Con el juicio que le metió su amigo, la pobre ha querido ahorcarse para acabar con sus días.

Meng Yunfang rectificó:

—No puedes decir eso. He estado al corriente de lo que ha pasado en ese juicio y, según mi punto de vista, ¿quién de los dos dio el primer paso? Zhuang Zhidie no levanta cabeza desde que tuvo que participar en ese juicio y está resentido con Zhou Min y de ser su amigo ha pasado a ser su enemigo.

La mujer le dijo:

—Si se andaba con tantos remilgos con las amistades, ¿por qué diablos se puso a desvelar todos sus secretos con Jing Xueyin? Con tal de salvaguardar su reputación, ese tipo es capaz de cargarse a un amigo. ¡Todo eso es demasiado inmoral!

Meng Yunfang le replicó:

—¡No puedes hablar tan a la ligera de ese tema! Vale, dejemos de hablar de ese tema. El juicio ya se acabó.

—El señor Meng no entiende de leyes —insistió la joven—. Hemos apelado la decisión de los miembros del tribunal y hemos pedido una revisión de la sentencia. El juicio no ha acabado todavía, señor Meng.

Meng Yunfang le dijo:

—¿Habéis apelado?... ¿Era necesario hacerlo?

—Mi cuñada no está dispuesta a tragar con cualquier cosa. Se ha implicado en cuerpo y alma en este asunto y quiere llegar hasta el final, caiga quien caiga. ¿Comprende lo que le quiero decir? —le dijo la joven.

—Por supuesto que lo comprendo —le contestó Meng Yunfang—. Detrás de

tu cuñada hay alguien, y ese alguien eres tú, que le deseas lo mejor. ¿No es así?

La joven sonrió y dijo:

—De eso, no le puedo decir nada. ¿Y por qué el señor no me saca a bailar?

—Eso no podrá ser y me disculpo ante ti —se excusó Meng Yunfang—. No tengo ni idea de bailar y es la primera vez que me presento en un lugar como este. Estoy buscando a alguien.

La mujer le dijo:

—Pues lo lamento de veras. Tendré que pedírselo a otra persona.

La joven le hizo un gesto con la mano al camarero, este vino y ella le pagó, pidiéndole al mismo tiempo:

—Una Coca-Cola para este señor, por favor.

La joven se fue y Meng Yunfang se quedó solo y humillado ante el camarero, pero aprovechó su presencia para preguntarle por Liu Yue. El camarero le respondió:

—Hoy no ha bajado a la pista de baile. Me temo que se ha encerrado en su camerino. Atraviesa la puerta y sube por la escalera de la derecha. Está en el tercer piso, en el despacho número 18.

Meng Yunfang se lo agradeció al camarero y le dio algo de dinero, que sacó de su bolsillo.

—Cuando la joven acabe de bailar, le das este dinero por la Coca-Cola. Yo todavía no dejo que alguien más joven que yo me pague la bebida —le dijo Meng Yunfang.

Una vez en el tercer piso, a Meng Yunfang le costó lo suyo, tras llamar varias veces la puerta, que Liu Yue le respondiese:

—¿Quién es?

—Soy yo —le respondió Meng Yunfang.

—Espérame en la sala de la recepción. Ahora estoy con una visita importante —le dijo ella.

Meng Yunfang se apresuró a decir:

—¡Liu Yue, soy tu maestro, Meng Yunfang! —Tras abrir la puerta, Meng Yunfang vio a Liu Yue vestida llamativamente y muy maquillada, y estaba irreconocible. Meng Yunfang le gritó—: Liu Yue, ¡qué difícil es verte ahora!... ¡Y qué perfumada vas!... ¡Pareces una extranjera con ese vestido!... ¡Me dejas boquiabierto!

Liu Yue se apresuró, por su parte, a poner una cara llena de sentido y le dijo en voz baja:

—Estoy con un hombre, un extranjero. —Liu Yue estiró los labios y le lanzó un beso desde la distancia; luego señaló la puerta cerrada del camerino que tenía al lado y gritó—: Oh, maestro Meng... ¡Qué sorpresa! No me habéis venido a ver desde que me casé. ¿Te ha acompañado alguien para venir al baile?

Meng Yunfang le dijo:

—Mira, estoy ciego de un ojo y no oigo muy bien. ¿Crees que me acompañaría alguien a un baile? Tu maestro Zhuang ha estado recientemente en un estado deplorable y le dije que debíamos ir juntos a ver a Liu Yue.

—¡Para divertirnos juntos! ¡Seguro! ¿Y te respondió que quería verme? ¿Por qué se encuentra tan deprimido el maestro Zhuang? ¡Porque me he ido! ¿Es eso?

Meng Yunfang le respondió:

—Eres como un mono sin corazón, Liu Yue. ¿Cómo puedes hablar así de tu maestro?

Meng Yunfang le contó a Liu Yue lo de la desaparición de Tang Wan'er, el divorcio de Niu Yueqing y la soledad absoluta en la que se encontraba Zhuang Zhidie. Todo eso lo había hecho caer en un pozo sin fondo. A Liu Yue se le enrojecieron los ojos tras escuchar las palabras de Meng Yunfang y preguntó:

—¿Y el maestro Zhuang?

Meng Yunfang le contestó:

—Tengo cita con él, aquí, a las cuatro. Bajé a la pista de baile y no encontraba por ningún lado. Le esperé un buen rato. Cuando venga, debemos consolarle y, sobre todo, le animas a que vuelva con tu gran hermana, Niu Yueqing. Le dices que es un error divorciarse de ella a estas alturas.

Liu Yue le dijo:

—Solo salgo por la puerta de mi casa para venir a trabajar y no he visto a nadie de esa familia desde hace una eternidad. Aquí, la gente no se anda con remilgos a la hora de divertirse y relacionarse con el otro sexo. Pensé en invitaros a todos a que asistieseis a uno de mis desfiles, pero me enteré de lo de Ruan Zhifei. Unos tipos se toparon con él y le dieron una paliza. Ahora debo ocuparme del negocio de los desfiles. Ni siquiera he tenido tiempo para ir a la residencia del patio del Círculo Literario y Artístico de Xijing.

—Pero ¿qué me dices? —se asustó Meng Yunfang—. ¿Le han dado una paliza a Ruan Zhifei?

Liu Yue le contó:

—¿No lo sabías? Antes de ayer, por la noche, cuando acabaron las funciones y sacó el dinero de la caja, se le acercó un tipo y le dijo, en las escaleras mismas

del teatro, que era de la compañía Océano Pacífico y deseaba organizar una gran fiesta con los maniqués. Ruan Zhifei le dijo que no alquilaba a sus modelos; ellas solo trabajaban en ese teatro. El tipo, frustrado y enfadado, le llevó a ver a su jefe, y Ruan Zhifei vio a tres fortachones que estaban metidos en un automóvil. Uno de ellos le tendió la mano para saludarlo, pero cuando Ruan Zhifei hizo lo mismo, el fortachón lo agarró y lo metió dentro del coche, el cual arranca inmediatamente y sale del lugar. Ruan Zhifei, con la caja del día en las manos, les pregunta a los tipos qué quieren. Uno de ellos, sin venir a cuento, le da un puñetazo en el ojo y le rompe las gafas de sol. Unos cristales negros le entraron en el ojo y este empezó a sangrar. Uno de esos tipos, uno gordo, le dijo: «Ah, eres tú. ¿No sabíais que este hombre tiene mucho dinero?». «Te equivocas», le dijo Ruan Zhifei; pero el tipo no le creyó y le pidió que compartiese algo de su dinero con él. Le dijo que un ricachón como él no podía dejar morir de hambre a tres tipos como ellos. Ruan Zhifei no se dio por vencido y les preguntó si conocían a Liu Yue. «¿No sabéis que es la nuera del alcalde y trabaja conmigo?». El fortachón, irritado por ese comentario, le arreó otro puñetazo, pero esta vez en el otro ojo, el ojo izquierdo. Así no nos reconocerás, sentenció uno de los ladrones. Llegaron al anillo periférico del sur y dejaron a Ruan Zhifei, totalmente ciego, al borde de la carretera. Los ladrones se fueron sin dejar ni rastro. Afortunadamente, una verdulera que pasaba por ahí con su puesto ambulante lo vio y lo llevó al hospital. ¡Los dos ojos de Ruan Zhifei se habían convertido en agua! ¿Y tú no te has enterado de ello? El padre de Dazheng se enfureció nada más saber la noticia y pidió al departamento de Seguridad Pública que se ocupase del asunto. Había que detener, costase lo que costase, a esos criminales. Buscaron por todas partes, pero no han encontrado a nadie. Le preguntaron a Ruan Zhifei cómo eran esos ladrones, pero no supo describirlos. Apenas se acordaba de ellos. Solo pudo decir que uno era gordo y el coche que llevaban era rojo.

Meng Yunfang, tras escuchar la historia de Liu Yue, se quedó totalmente horrorizado. Liu Yue le comentó que la policía seguía con la investigación, pero no encontraban ninguna pista de los malhechores. Ese asunto tomaba cada vez más un cariz misterioso, le dijo Liu Yue, pero a Meng Yunfang no le interesaba ya ese asunto y le preguntó a Liu Yue dónde se encontraba Ruan Zhifei y cómo estaba en esos momentos. Liu Yue le dijo que lo habían hospitalizado en un anexo del Hospital del Oeste. Ella no había podido ir, pero tampoco lo deseaba y estaba muy ocupada dirigiendo la *troupe* de maniqués. Tampoco sabía si lo estaban tratando bien o no. Meng Yunfang le dijo:

—Ha sido una decisión sabia por parte de Ruan Zhifei, pero debes ir con cuidado. Ya no eres una sirvienta y puedes atraer a indeseables.

Liu Yue le dijo:

—Los malhechores de verdad no le temen ni al alcalde y, si me cogen, les daré lo que me pidan. No haré como Ruan Zhifei. Prefiero la vida al dinero.

Meng Yunfang sonrió, miró el camerino y le preguntó en voz baja a Liu Yue:

—Y este tipo, ¿es extranjero? Así que tú además de bailar con él, luego haces negocios.

Liu Yue le comentó:

—Es profesor en la Escuela de Lenguas Extranjeras y habla algunas frases en chino. Viene a menudo a bailar a este teatro y aquí nos conocimos. A ese americano, ¿no lo has visto nunca?

—No puedo dejar de oler ese perfume que lleva y debe llevar mucho tiempo sentado ahí dentro. ¿Por qué no se ha ido? —preguntó Meng Yunfang.

Liu Yue le respondió:

—Nunca se aburre aquí dentro. Los americanos hacen lo que quieren; son gente libre. ¿Sospechas algo?

—Te lo dije antes. Ya no eres una sirvienta. ¡Eres la mujer del hijo del alcalde! Hay muchos ojos que te están observando y no puedes ir por ahí haciendo tonterías.

—Exageras, maestro Meng. No estoy poniéndole los cuernos a nadie.

Meng Yunfang bajó la mirada y se fijó en su reloj. Ya eran las cuatro en punto y bajó inmediatamente las escaleras para esperar a Zhuang Zhidie y los otros. Le dijo a Liu Yue que la recibirían más tarde y ella le prometió que se despediría del extranjero en cuanto antes. Meng Yunfang se quedó en la entrada del teatro.

Sin embargo, Meng Yunfang esperó una eternidad y no apareció ni la sombra de Zhuang Zhidie. Liu Yue ya se había quitado de encima al americano y bajó a ver a Meng Yunfang, que estaba desesperado y preocupado por la suerte de Ruan Zhifei. Pensó que lo mejor era ir a verlo al hospital, pero, si por casualidad Zhuang Zhidie y los otros venían al teatro, le aconsejó a Liu Yue que no les hablara de la historia rocambolesca de Ruan Zhifei y los ladrones. Lo importante era celebrar el encuentro y recordar los buenos momentos. A Liu Yue le emocionaron las palabras de Meng Yunfang y se quedó en el teatro hasta que cayó la noche, pero Zhuang Zhidie no vino. Tampoco vino Meng Yunfang del hospital, y ella pasó una mala noche.

Meng Yunfang fue al hospital, pero no vio a Ruan Zhifei. En realidad, no pudo. El médico no permitía las visitas. Ruan Zhifei había sufrido una operación larga y complicada en la que le habían implantado los ojos de otra persona. La operación, sin embargo, había sido un éxito, y todo el mundo había quedado muy feliz. Meng Yunfang no las tenía todas con él y pensó en voz alta: ¿cómo es posible cambiar de ojos? El médico le respondió:

—Por supuesto que se puede. ¿No tienes un ojo ciego? ¿Por qué no te operas?

Meng Yunfang repuso:

—Con un ojo me basto. En estos días, y a la luz del día, hay gente que se dedica a robar al prójimo. Este mundo está tan ciego que se puede ver todo lo que pasa en él con un solo ojo. ¡Y ello es suficiente para ponerle negro!

El médico se enfadó y le dijo:

—¿Cómo puede ser que un camarada con su educación diga esas cosas?

—No tienes mucho sentido del humor —le dijo algo ofendido Meng Yunfang—. Deberías haber sonreído con mi comentario y no lo has hecho. ¿Y qué ojos le has puesto a Ruan Zhifei?

—Ojos de perro —le respondió el cirujano.

Meng Yunfang se asustó:

—¿Ojos de perro? ¿Y podrá ver con los ojos de un perro?

El cirujano gruñó, no le hizo caso a Meng Yunfang y lo dejó plantado con su pregunta. Meng Yunfang, avergonzado, salió del hospital y se quedó mirando el cielo, el cual ya había oscurecido. No quiso regresar al baile y se fue a su casa. Y una vez ahí, vio que estaban Zhuang Zhidie, Xia Jie y Zhao Jingwu. También estaba Zhou Min y todos, helados de frío, no decían nada. Meng Yunfang rompió el silencio y dijo:

—He estado esperándoos en el baile y casi me muero haciéndolo. ¡Y no os habéis movido de aquí! Menudo tonto estoy hecho... ¡Hablar con vosotros es como tirarse un pedo! ¿Acaso os divertís como monos?

Xia Jie le golpeó un par de veces la frente a su marido con el dedo índice y le dijo:

—Eh..., ¿ahora nos vas a odiar a muerte? —y se lo llevó a la cocina.

Xia Jie le contó a su marido la razón por la cual estaban todavía en casa. Llevaban jugando una partida de *majiang* durante un buen rato y justo cuando eran las tres y cuarenta minutos, se presentó Zhou Min de su regreso de Tongguan y sin haber podido rescatar a Tang Wan'er. Zhou Min tenía la cabeza

vendada con una gasa. Lo vimos en muy mal estado y le preguntamos qué había pasado. Zhou Min nos ha contado que le habían dado una paliza en Tongguan y le pidieron que regresase a Xijing cuanto antes. Le preguntamos por qué no nos había llamado por teléfono a su llegada a la estación. Zhou Min nos respondió que estaba tan aturdido y se sentía tan humillado que estuvo vagando durante un par de días como un vagabundo por las calles de la ciudad. Zhuang Zhidie preguntó:

—¿Cómo puede ser? ¿Un par de días sin decir nada a nadie?

—Pensé que no os lo debía contar —intervino Zhou Min, dejando la ficha de *majiang* sobre la mesa.

A Zhuang Zhidie se le puso la cara negra y le dijo:

—Zhou Min, ¿cómo te atreves a regresar con esa pinta? ¿No te da vergüenza? Todo el mundo te ha estado esperando día y noche y te presentas con la cabeza como si vinieses de la guerra. ¿Por qué se te ha quedado esa sonrisa de colgado en la cara? Dime, ¿y Tang Wan'er?

Zhou Min se asustó y le contestó:

—No he podido sacarla de ahí.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Sabía que no ibas a poder sacarla de ahí. ¿Y no has podido saber nada sobre cómo se encuentra? ¿Y sus circunstancias actuales?

Zhou Min le contó que, nada más llegar a Tongguan, las gentes de ese distrito se pusieron a insultarle y a escupirle. No podía creerlo. Era como si todos ellos se hubiesen puesto de acuerdo. No pude salir a la calle ni un solo momento. Se burlaban de mí con risas grotescas; pero, por lo que pude saber, gracias a algunos hermanos, se ve que, nada más llegar a Tongguan, su exmarido la desnudó, la violó y luego le dio una paliza hasta dejarla medio muerta. Ya sabes que esas gentes de campo no se andan con chiquitas con las mujeres y menos con las adúlteras. Tuvo que pasar varios días convaleciente y de su boca no pudo salir ninguna palabra. Se quedó muda. El marido, no contento con lo que le había hecho, volvió a violarla de la forma más perversa y le quemó el sexo con un cigarrillo y luego le introdujo una linterna para acabar de malograrlo... Tang Wan'er no ha podido soportarlo y se ha vuelto loca.

Zhuang Zhidie derramó varias lágrimas tras escuchar la historia de Zhou Min. Este le sonrió y le dijo:

—Ya basta, no tienes por qué llorar tanto por ella. No volveremos a verla nunca más. Al menos, como era y como la queríamos. Debemos hacernos a la

idea lo antes posible y olvidarla poco a poco.

Zhou Min le contó el resto de la historia: al parecer, no se dio por vencido y le preguntó a un amigo que trabajaba en los juzgados de Tongguan por la situación legal de Tang Wan'er con su exmarido. No estaban divorciados legalmente y Tang Wan'er se había casado con Zhou Min sin haberse divorciado de su antiguo marido. Pero eso era lo de menos. Un divorcio se producía con una simple firma de las dos partes y el amigo de Zhou Min le dio el documento que debía firmarse. Zhou Min se metió a escondidas en la casa de Tang Wan'er y el exmarido. Tang Wan'er, sin embargo, estaba encerrada con llave en un habitáculo del que no podía salir. Zhou Min intentó sacarla de ahí, pero unos hermanos del exmarido se lo impidieron y le amenazaron con darle una paliza de muerte si persistía en el intento. Zhou Min llegó, a pesar de todo, a convencerles para que se sentasen, con el primer marido de Tang Wan'er, en una mesa y compartir unos tragos de aguardiente. Una vez en la mesa, Zhou Min sacó el papel para la demanda del divorcio. Zhou Min les explicó que él no sabía que Tang Wan'er no estaba divorciada de su marido de Tongguan y por esa razón quiso casarse con ella, otra vez, en Xijing. Tang Wan'er no le comentaba nunca nada de su vida en Tongguan. Lo mejor, les dijo Zhou Min, hubiera sido que, antes de secuestrarla, se lo hubieran comentado a él. Zhou Min les dijo que comprendía perfectamente el enfado del verdadero marido, pero con golpes y violaciones no se solucionaba nada. Él, al fin y al cabo, la amaba, y ella lo amaba a él. No había remedio para eso. Zhou Min, le explicó a Zhuang Zhidie, que insistió en traérsela de nuevo a Xijing, pero el marido y los otros hombres que le acompañaban se negaron a ello. El marido le dijo:

—Yo, seguramente, soy un paleta, ignorante y cerril, como hombre de campo que soy; pero no me merezco esto. Tú, Zhou Min, serás el hijo predilecto de Tongguan con tus artículos, pero también tengo mi reputación y debo defenderla. Además, me has convertido en un cornudo y eso no está bien. No te voy a dar ninguna paliza, pero renuncia a verla. Si no quieres hacerlo por mí, o por ella, hazlo por el niño que lleva dentro de su barriga.

Zhou Min le replicó con una pregunta que cayó mal:

—¿Me lo pides o me lo ordenas?

—Te lo ordeno —le contestó el marido de Tang Wan'er.

—Me resulta imposible en estos momentos obedecer esas órdenes —le contradijo Zhou Min—. No puedo dejar que Tang Wan'er enloquezca en esta casa tras haber sido atada, torturada, violada repetidas veces y abusada física y psicológicamente. ¿Es tu esposa o una bestia de carga? ¿Acaso crees que el amor

a una *laopo* consiste en darle palizas?

—Sí, lo que tú quieras; pero sigue siendo legalmente mi *laopo*. ¡Mi esposa y no la tuya! Y hago lo que quiero con ella. Y esa furcia necesita una lección de moral. ¿Lo entiendes ahora?

Zhou Min le dijo:

—Entonces, ¿no me dejas que cuide de ella? Te vengas de ella y por eso la torturas. Deberías divorciarte.

Pero el marido le contestó:

—Antes muerto que divorciado.

—Vale, vale... Puesto que debo obedecer tus órdenes, tú también debes obedecer las mías. Déjame al menos verla.

Zhou Min llevaba con él la solicitud del divorcio y solo necesitaba la firma de Tang Wan'er para que el divorcio se llevase a cabo. Con la paliza que le había dado el marido, esa solicitud le sería favorable a ella sin tener que recurrir al acuerdo o el permiso de la otra parte. El marido de Tang Wan'er, sin embargo, no cayó en la trampa y le negó la petición de verla de nuevo. Cuando ya se despidieron, Zhou Min fingió que se iba a su casa, pero en realidad dio media vuelta y regresó a la casa de Tang Wan'er, pero por la parte de atrás. Los fortachones que acompañaban al marido de Tang Wan'er, como buenas gentes de campo, avispadas y conocedoras del alma humana, predijeron los movimientos de Zhou Min y lo siguieron. Uno de ellos, al verlo de nuevo en el cobertizo de la casa, gritó:

—¡Una paliza! ¡Eso es lo que se merece este rufián! ¡Ha vuelto para traernos más desgracias! Si lo matamos, será en defensa propia y no cometeremos ningún crimen. ¡Al ladrón!

Los cuatro hombres se liaron a puñetazos contra el pobre Zhou Min y este intentó escabullirse como pudo. Entre tanto golpe, el marido de Tang Wan'er le agarró la mano y le dio un mordisco que le arrancó la piel y un trozo de carne hasta dejarle el hueso a la vista. Otro de los hombres le estalló una botella de aguardiente en la frente y Zhou Min empezó a sangrar. Esa pelea alertó a todos los vecinos y Zhou Min, cuando se repuso, y temiendo que los vecinos viniesen a ayudar al marido de Tang Wan'er, y con lo que estaba sangrando, decidió salir corriendo y regresar a casa. Una vez ahí, se puso a dormir, y no salió de la cama en tres días y tres noches. Al cuarto día, cuando se levantó, ya más recuperado, se enteró de que el marido de Tang Wan'er y los otros hombres, para vengarse de él, habían destrozado el pequeño comercio de víveres de su madre en Tongguan.

Zhou Min, arriesgando su vida, se dirigió de nuevo a Tongguan para proteger a sus padres, pero estos le abroncaron: ¿por qué haces todo esto por una mujer?, le previnieron. ¿O es que no se había enterado de que esa mujerzuela era ya la *laopo* de otro? La madre de Zhou Min le dijo que debía dejar de deshonrarlos. Con los cristales de la tienda rotos y todo patas arriba, mucha fue la gente que lo presencié y la vergüenza cayó sobre ellos. ¿Qué dirán? Si les ha pasado eso, es porque lo merecen por tener un hijo sinvergüenza. Bajo el Cielo hay muchas mujeres. ¿Por qué escoger el fruto prohibido? ¿Por qué sentirse atraído por la mujer de otro? Los padres de Zhou Min le dijeron que no querían su dinero, más bien deseaban que les dejase tranquilos. A Zhou Min, al oír la reprimenda severa de sus padres, se le apagó de golpe la rabia que le consumía por dentro. Se metió en la casa de sus padres y durmió siete u ocho días. Luego regresó a Xijing.

Meng Yunfang se deprimió todavía más de lo que ya estaba al oír la historia de su mujer, Xia Jie, y se fue a la cámara frigorífica para coger una botella de aguardiente fuerte, y dijo:

—Tang Wan'er no volverá nunca más; y si no lo hace, pues habrá que hacerse a la idea. Zhou Min sí que ha podido regresar, y eso está bien. Yo, hoy, solo pienso comer y emborracharme. Ya no puedo más. Xia Jie, cariño, ¿puedes acercarte a la carnicería que hay en la calle y comprar cuatro *jin* de carne de perro?

—Quieres comer carne de perro y beber aguardiente. ¿Quieres enfadar a todo el mundo en esta casa? —le dijo Xia Jie.

—Si te pido que vayas a comprar eso, vas y lo haces —insistió Meng Yunfang—. ¿Por qué siempre tienes que llevarme la contraria?

Xia Jie salió a la calle y nadie de los presentes dijo nada, salvo Zhou Min:

—¿Por qué nadie dice nada? —preguntó, extrañado—. Tang Wan'er es mi mujer y nadie muestra el menor dolor ante esa situación. ¿No os da pena? El mundo es como un sueño y nosotros lo atravesamos cada uno como podemos, con mayor o menor incredulidad. Eso es lo que nos hace sentir vivos. La vida continúa, ¿no es cierto?

Zhuang Zhidie cogió un botellín de aguardiente e intentó abrirlo, pero no podía. Zhou Min se lo arrebató para intentarlo, pero tampoco pudo hacerlo. Zhuang Zhidie lo cogió e intentó abrirlo con los dientes. Al fin, con un gran esfuerzo, y con los dientes, la abrió. Entre todos, apuraron el botellín casi por completo. Cuando Xia Jie regresó de comprar la carne de perro, el botellín ya estaba vacío.

Meng Yunfang volvió a sacar dos botellines más del frigorífico y Xia Jie le dijo:

—Yunfang, ¿no lo sabes? A Ruan Zhifei se lo han cargado y hasta han hecho agua de sus ojos. Me lo han contado en la carnicería.

Meng Yunfang miró a Xia Jie y le guiñó en primer lugar el ojo y luego cerró los dos, como si estuviera ciego. Xia Jie no comprendió por qué su marido le hacía ese gesto y volvió a decirle:

—Y los de la carnicería también me han dicho que le han puesto a Ruan Zhifei unos ojos de perro. ¿Es cierto lo que cuentan?

Zhao Jingwu y Zhou Min dejaron de beber inmediatamente. Meng Yunfang miró fijamente a Zhuang Zhidie, al que le había entrado hipo, y no dijo nada. Alzó el tazón con el aguardiente y se lo bebió de un trago. Meng Yunfang le dijo:

—Zhidie, ¿estás bien?

Zhuang Zhidie no le respondió y se puso a lamer el tazón grotescamente para apurar la última gota de aguardiente *baijiu* que pudiese quedar.

Xia Jie sugirió con malicia:

—¿Podrás aguantar tanto alcohol, Zhidie?... Tenemos varias camas disponibles por si acabas borracho como una cuba...

Meng Yunfang dijo:

—¡Bebamos todos! ¡Y que no falte en esta mesa el buen *baijiu*!... Respecto a Ruan Zhifei, pues qué queréis que os diga. He ido a verlo al hospital, pero el médico no me ha dejado verlo. El bueno de Zhifei ha hecho últimamente mucho dinero y no lo oculta. Tarde o temprano le iba a pasar lo que le ha pasado. Zhidie, creo que hoy me he emborrachado como tú. ¡A por la última!

Zhuang Zhidie tenía los ojos rojos y se levantó de la silla.

—Quiero regresar a casa —dijo.

Los demás lo vieron con ojos asombrados, pero ninguno hizo nada por retenerlo.

* * *

Zhuang Zhidie, esa noche, nada más salir por el portal de la casa, se derrumbó totalmente ebrio. Al día siguiente, al despertarse, le dolía la cabeza horriblemente. Pasó varios días tomando analgésicos y fideos instantáneos, y sin salir de casa. Durante ese tiempo, solo vino a verle Meng Yunfang y el maestro

de *qigong* de su hijo Meng Jin, para que Zhuang Zhidie se ejercitase un poco y recuperase el tono vital. Se podía ver que la puerta de la verja de hierro estaba abierta, pero las puertas de madera estaban cerradas y alguien las estaba golpeando. La conserje Wei, harta de tanto golpe, habló por el megáfono y anunció a Zhuang Zhidie la llegada de una visita. «¡Zhuang Zhidie, baja de una vez!», acabó gritándole; pero Zhuang Zhidie no daba señales de vida. Meng Yunfang le llamó por teléfono desde una cabina que había en la calle y Zhuang Zhidie, tras descolgar el teléfono, solo oyó reproches.

—¿Por qué me chillas así? ¿Acaso te persigue el diablo? —le gritó a su vez Zhuang Zhidie.

—¡No puedes quedarte encerrado con cara de tonto durante todo el día entre esas cuatro paredes! —le azuzó Meng Yunfang—. Sé que no estás para muchas fiestas y he invitado al maestro de Meng Jin para que practiques *qigong* con él.

Zhuang Zhidie le replicó:

—¿Necesito yo un tratamiento de *qigong*? No estoy enfermo. ¡No tengo nada!

Meng Yunfang permaneció callado al otro lado del teléfono y solo al cabo de un largo silencio dijo:

—Vale, vale... Si no necesitas el cuidado de nadie, pues mejor para todos. Ya eres mayorcito y puedes cuidarte por ti mismo. Ni tienes por qué preocuparte por lo de Ruan Zhifei. Fui a verlo con Zhao Jingwu y le dijimos que también íbamos de tu parte. No tienes por qué ir a verlo si no quieres. Se va recuperando poco a poco y lo de los ojos de perro parece que le funciona. Recuperará la vista pronto. Pero quisiera comentarte algo que me preocupa. He hojeado hace poco la obra de adivinación *Qi Men Du Jia* y me ha abierto los ojos. Los muebles de tu casa no están bien puestos. Hay un problema de *fengshui* y es por eso que tu vida ha sido un infierno este año. Tu dormitorio está ubicado en el lado noroeste de la casa y de ahí vienen todas tus desgracias. Debe estar en el lado nordeste y es ahí donde debes dormir. El sofá del salón no debe estar enfrente de la puerta de la entrada y debe estar pegado a la pared, de lado. ¿Está claro?...

Zhuang Zhidie colgó el teléfono. Meng Yunfang tosió y sonrió amargamente ante la respuesta desairada de su amigo. Sin saber qué hacer, invitó al profesor de *qigong* de su hijo a comer carne de buey con especias y cocida al vapor en una cantina pequeña que había en la calle. Tras dejar al profesor de *qigong* en un hostel, Meng Yunfang se fue a la pista de baile a buscar a Liu Yue. Quería que ella le contase a Niu Yueqing cómo se encontraba su marido y su estado

deplorable. Niu Yueqing debía ir a la casa del patio y hablar con su marido. De lo contrario, Zhuang Zhidie acabaría suicidándose.

Liu Yue se dirigió a la vieja casa del callejón de Shuang Ren Fu, pero la casa estaba vacía. Una excavadora estaba demoliendo la casa del vecino y la venerable anciana y Niu Yueqing ya se habían mudado a otro sitio. Liu Yue se sintió intensamente sola, plantada en medio del patio, con cara de tonta, bajo el melocotonero, y solo al cabo de un rato despertó y se dirigió rápidamente al edificio del Círculo Literario y Artístico de Xijing. Zhuang Zhidie aceptó recibirla y, nada más verla, le contó las atrocidades a las cuales su primer marido había sometido a Tang Wan'er en Tongguan. Liu Yue no le habló mucho a Zhuang Zhidie y se limitó a prepararle algo de comer. Al verle ya comiendo, lo dejó rápidamente. Liu Yue pasó más de diez días preparándole la comida a Zhuang Zhidie en la casa del patio. Ocupada como estaba con su trabajo en los desfiles de moda del baile y sus nuevas responsabilidades, le pidió a una mujer que regentaba una cantina de comida típica de la provincia de Shaanxi junto a las residencias del Círculo que le hiciese la comida a Zhuang Zhidie. La mujer rechazó la oferta, pero Liu Yue, sacando un billete de un dólar americano, le dijo que pagaría con esa moneda. La mujer acabó aceptando.

CAPÍTULO XXV

Un día, después de comer con su amigo americano en un restaurante de cocina occidental, Liu Yue tenía la intención de ir a la casa de Zhuang Zhidie, pero antes acompañó al extranjero a la escuela donde trabajaba y luego, tras despedirse de él, se fue a la residencia del patio del Círculo Literario y Artístico de Xijing, donde vivía Zhuang Zhidie. Pero al llegar a la entrada del recinto, vio que alguien estaba acostado y durmiendo junto a la pared de la puerta de la casa de Zhuang Zhidie. Liu Yue reconoció a Zhou Min. Le dio una sacudida y le preguntó:

—Zhou Min, ¿has pasado la noche aquí? ¿Has hecho algo malo?

Zhou Min miró a Liu Yue, se apresuró a secarse la saliva seca que tenía pegada en la comisura de los labios y dijo:

—He buscado al maestro Zhuang por todas partes y creía que estaba en su casa, pero nadie responde. Por eso me he quedado aquí, esperándole, pero se hizo tarde y estaba tan cansado que me quedé dormido. ¿Qué hora es?

Liu Yue le respondió:

—Son las cuatro.

—¿Me he quedado dormido durante dos horas? —preguntó Zhou Min.

Liu Yue empezó a golpear la puerta con insistencia y gritó:

—Maestro Zhuang, abre la puerta. Sé que estás ahí porque te he oído toser. Soy Liu Yue, ¡Liu Yue! ¿Te acuerdas de mí? ¿No quieres verme?

Se oyeron unos pasos y se abrió la puerta. Zhuang Zhidie, con la cara del color de la cera, estaba plantado delante de ellos y les dijo:

—Zhou Min, ¿has venido?

Zhuang Zhidie abrió bruscamente:

—He estado dos horas durmiendo frente a tu puerta. ¿No te has dado cuenta, maestro? —dijo Zhou Min.

—Pero ¿ha pasado algo? —le preguntó—. ¿Por qué has hecho eso?

—Se trata de un asunto muy urgente. No quiero molestar al maestro, pero ayer vi al juez Sima Gong. La corte de apelación ha reabierto el juicio y, ayer mismo, los miembros del tribunal suspendieron todas las resoluciones del tribunal de Segunda Instancia. Jing Xueyin ha ganado el juicio por difamación. Se ve que una de sus cuñadas se ha servido de su influencia para darle la vuelta a la tortilla. Me lo ha dicho el juez Sima Gong con sus propias palabras. Los del comité de apelación son unos diablos... Nosotros no hemos hecho nada mientras tanto. Tú deberías haber ido a ver al presidente del tribunal, pero no aparecías por ningún lado. Nadie sabía dónde te habías metido. ¡Y ahora ya se ha vendido todo el pescado!

—¿Es cierto lo que dices?... —preguntó Zhuang Zhidie—. Pues tomemos un té... Sabía desde el principio que, tarde o temprano, se iban a echar para atrás. Hemos perdido el juicio, pues lo hemos perdido. Ya no le demos más vueltas. Nada de eso nos va a afectar ahora. Entra y toma té, Zhou Min.

Pero Zhou Min le dijo que no le apetecía beber té y le dijo con ansiedad:

—¡Nos van a hacer pedacitos! ¿Nos vamos a quedar de brazos cruzados?... La tercera condición estipulada por Jing Xueyin y los suyos consiste en que redactemos una retractación para hacerla pública.

Zhuang Zhidie volvió al interior y se sentó en el sofá, detrás del cual, en la pared, ya no había colgadas las antiguas caligrafías. En su lugar, había una piel de vaca.

—Pues nada, si quieren publicar ese veredicto, pues que lo hagan. Zhou Min, si quieres ir a hablar con el presidente del tribunal, hazlo. Yo no te lo voy a impedir.

Zhou Min se puso a llorar y dijo:

—Maestro Zhuang, pero ¿qué puedo hacer yo? Te lo suplico, maestro. Esto es una guerra y debemos afrontarla como tal. No te vengas abajo, maestro. Hay que dar ese paso, aunque te asquee...

Zhuang Zhidie se enfadó:

—Ya está bien, Zhou Min. ¿Qué quieres que te diga más de lo que ya te he dicho? Déjame en paz, te lo pido por favor. Quiero escribir un libro, soy escritor y necesito tranquilidad para hacerlo.

Zhou Min exclamó:

—De acuerdo, no te pediré nada más. Escribe tu libro para dar más bombo a tu reputación; pero yo, por mi parte, ¡haré todo lo posible por destruirla!

Zhou Min salió de la casa y dio un portazo.

Siete días más tarde, el tribunal provincial hizo público su veredicto en todas las publicaciones de la provincia, pero no apareció ninguna retractación de los perdedores. A Zhou Min le dio por seguir a Jing Xueyin a la salida de su trabajo con el fin de controlar todos los movimientos de su vida. La seguía hasta su casa y luego se quedaba ahí hasta el día siguiente. Una noche de lluvia, cuando se encontraba escondido en una esquina, Zhou Min vio al marido de Jing Xueyin salir en bicicleta de su casa y dirigirse hacia el este. Como un loco, se abalanzó hacia él y lo tumbó, pidiéndole:

—Liu Sanguai, ¿por qué no le has devuelto el dinero a mi amigo?

El marido de Jing Xueyin, desde el suelo, y con la cara llena de gotas de agua, le dijo:

—Hermano, te equivocas... Yo no soy Liu Sanguai, ¡y no he pedido prestado dinero a nadie!

Zhou Min no se lo creyó y le amenazó:

—No te hagas el loco. ¿No eres ese hijo de puta de Liu Sanguai? No juegues conmigo. Trabajo para otra gente a la que le debo dinero. ¡Y vas a tener que dármelo, desgraciado!

Zhou Min vio al marido de Jing Xueyin tendido en el suelo, con sus piernas y sus brazos delgados, y se fijó en su tobillo. En un gesto de una violencia desgarrada, lo pisó y le rompió el pie. Sonó claramente la rotura del hueso y el marido de Jing Xueyin lanzó un grito de dolor espantoso. Zhou Min cogió la bicicleta y se fue volando. Al día siguiente, por la mañana, todo el mundo comentaba en la redacción de la *Revista de Xijing* lo que le había sucedido al marido de Jing Xueyin. Zhou Min llegó a la redacción completamente ebrio y le contaron la historia del marido de Jing Xueyin. Tuvieron que hospitalizarlo y escayolarle el pie inmediatamente. Ni siquiera pudo cubrir los gastos del hospital con los seiscientos yuanes de la indemnización que tuvo que pagarle nuestra redacción por la difamación. Increíble, la vida se encarga de hacer justicia ahí donde fallan los jueces. Zhou Min preguntó:

—¿Y quién le ha hecho eso?... Debemos encontrar a ese tipo y darle las gracias. ¿Cómo ha podido verse con el marido de Jing Xueyin y encima darle esa paliza? Los Jing son gente importante y protegida.

Li Hongwen aclaró:

—Cuentan que es alguien que los conocía. Por eso pudo acercarse a él y darle la paliza. ¿No era alguien de su familia? ¿O un conocido? Ah, Zhou Min...

La vida es un misterio. También cuentan que el tipo que lo zurró se equivocó de persona. De todas formas, el marido de Jing Xueyin siempre anda liado con negocios turbios. No me extraña que sea un ajuste de cuentas. Zhou Min, tú sabes de estas cosas. La redacción te va a dar dinero para poder ir a comprarle un regalo de nuestra parte. Ve al hospital, anda, y lo visitas de nuestra parte...

Zhou Min replicó:

—Lo haría si todavía formase parte del personal, pero este no es el caso. Ya no formo parte de la redacción de la *Revista de Xijing*.

—¿Te han despedido? —preguntó Li Hongwen.

—Tarde o temprano lo van a hacer. Hoy presentaré mi dimisión —anunció Zhou Min, sacando de su bolsillo un paquete de cigarrillos y repartiendo un pitillo a cada miembro de la redacción como para celebrar así su salida, y añadió —: De veras que siento haberos causado tantos dolores de cabeza —dijo—. Me habéis tratado como a uno de los vuestros y os estaré siempre agradecido por ello. Ahora soy como uno de esos cigarrillos que estáis fumando. Una vez acabado, lo olvidaréis, como me olvidaréis a mí.

Todos los presentes se miraron consternados, y Li Hongwen comentó:

—Pero, Zhou Min, ninguno de nosotros ha acabado este cigarrillo y nadie te va a olvidar...

Zhou Min añadió:

—Pero lo acabaréis haciendo y arrojaréis la colilla en el primer contenedor que veáis en la calle. Así es la vida.

* * *

Toda la prensa anunció que Zhuang Zhidie había perdido el juicio contra Jing Xueyin y todo Xijing supo de esta historia entre los dos. Los que no sabían nada del artículo de Zhou Min se lanzaron en masa a comprar la edición de la *Revista de Xijing* en la que fue publicado. Li Hongwen vendió a precio de oro, y a escondidas, los ejemplares que tenía en el depósito de la *Revista de Xijing* a una librería, la cual, a su vez, los vendió todavía más caros a vendedores ambulantes que se encargaron de distribuirla a un lector impaciente por conocer el origen de ese juicio. Los periódicos y revistas de Xijing, para aumentar sus tiradas, hicieron reportajes ampliando hasta caer en la más pura invención literaria la información del artículo de Zhou Min. Se publicaron todo tipo de historias sobre Zhuang Zhidie y Jing Xueyin, incluso historias pornográficas que describían con

todo lujo de detalles el acto sexual entre los dos contendientes. No se habló de otra cosa en Xijing durante mucho tiempo y a Zhuang Zhidie lo acosaban de todas partes, incluso le llamaban por teléfono, para que les revelase más información sobre su historia romántica con Jing Xueyin. Querían saber qué pasó realmente entre los dos. ¿Por qué partieron peras? Decenas de esos curiosos se pusieron del lado de Zhuang Zhidie y lo consolaron, pero otros le acusaron de haberle hecho una jugarreta a la pobre Jing Xueyin. Zhuang Zhidie acabó por arrancar el cable del teléfono de la pared y se quedó en casa aburrido y con cara de tonto. Pero no podía aguantar esa situación y se fue a la calle con unas gafas negras en la cara. Pensó que debía ir a la casa de Meng Yunfang para echar una partida de *majiang* con él o ir a ver a Zhao Jingwu o a Hong Jiang, sacar dinero y gastarlo en algo con ellos. Pensó incluso en ir al hospital psiquiátrico y ver a A Lan. Zhuang Zhidie, sin embargo, una vez en el cruce, no supo por dónde tirar. Había bicicletas que iban hacia la izquierda y otras hacia la derecha. Los viandantes intentaban pasar y uno de ellos, al acercarse a Zhuang Zhidie, gritó: «¡Ajá, eres tú!». Entre la muchedumbre y los vehículos, Zhuang Zhidie alzó la mirada y le dijo a ese tipo: «¿Un pollo te ha picado los ojos o qué te pasa? ¡Me vas a atropellar!». Zhuang Zhidie no podía moverse entre tanto ciclista y se quedó atontado por unos momentos. El tipo de la bicicleta se acercó a Zhuang Zhidie y le dijo: «Ah, pero eres Zhuang Zhidie, ¿no es así?». Zhuang Zhidie no lo reconoció y el tipo volvió a decirle: «Te pareces un poco, pero no eres Zhuang Zhidie». El ciclista se fue y Zhuang Zhidie pensó para sus adentros: por suerte no me reconoció. De lo contrario me habría hecho la vida imposible. Zhuang Zhidie continuó caminando sin rumbo fijo y pensó de nuevo: y si me hubiese reconocido, lo habría negado. Zhuang Zhidie se puso a reír solo, penetró en un callejón y vio en lo alto una insignia amarilla colgada de un sauce que decía: «Alcoholes». Supo entonces que se trataba de una cantina de mala muerte donde servían licores y entró enseguida para tomar un aguardiente, un *baijiu* fuerte, y relajarse un poco del ajetreo de las calles. Una vez dentro, y tras haber tomado un vasito de aguardiente, miró a través de la ventana y se acordó de que fue en ese lugar donde presencié un funeral con todos los hijos y los nietos de la familia y escuchó por primera vez la música funeraria, lánguida y melancólica, la cual provenía de una ocarina. Esa música le pareció bellísima y en ese momento volvía a sonar en su cabeza. Zhuang Zhidie se sentía muy a gusto en esa cantina y decidió no ir a jugar a *majiang* con Meng Yunfang o ver a Zhao Jingwu y Hong Jiang. Zhuang Zhidie sacó de su zapato un billete y con él se pagó un par de rondas más. Estuvo una hora bebiendo en silencio. Una luz lechosa caía sobre

la mesa y Zhuang Zhidie miró hacia la ventana, a través de la cual vio pasar apresuradamente a una persona. Creyó reconocer en esa persona a Liu Yue y le gritó, pero no recibió a cambio ninguna respuesta. Zhuang Zhidie salió a la entrada y, apoyado en el portal, se quedó unos momentos mirando a lo lejos. La que estaba caminando enfrente de él era, efectivamente, Liu Yue. Zhuang Zhidie volvió a gritarle con la boca pastosa:

—¡Liu Yue!

Zhuang Zhidie salió corriendo hacia el cruce, pero una vez ahí, cayó al suelo, y vomitó todo lo que llevaba dentro.

Liu Yue, mientras avanzaba hacia delante, creyó oír que alguien la llamaba y ralentizó sus pasos, pero tras pensarlo dos veces, creyó que se había equivocado y volvió a acelerar el paso. Cuando ya estaba lejos giró instintivamente la cabeza hacia atrás y vio a un hombre estirado en la calle. Se dirigió hacia él, le dio media vuelta y, asustada, gritó:

—¡Maestro Zhuang!... Maestro Zhuang, ¿te has emborrachado?

Liu Yue se apresuró a cogerlo y a levantarlo, pero no pudo. Dio un salto a un lado y detuvo a un taxi. Del vehículo salió un hombre y Liu Yue le pidió que la ayudase a subir a Zhuang Zhidie. Mientras tanto, un perro estaba lamiéndole la cara a Zhuang Zhidie y absorbiendo los vómitos que la cubrían. A Zhuang Zhidie ya no le quedaban fuerzas para moverse y con la mano intentaba sacarse de encima al perro. De su boca salió:

—Peguen al perro, peguen al perro...

El taxista pudo finalmente introducir a Zhuang Zhidie dentro del coche y raudamente se dirigió al patio del Círculo Literario y Artístico de Xijing. Una vez ahí, Liu Yue le lavó la cara y le limpió la boca.

Liu Yue pasó un rato junto a él hasta que se espabiló, y cuando recuperó la consciencia, lo abroncó, aconsejándole que volviera a emborracharse y a hacerse tanto daño de esa manera. Liu Yue sacó entonces de su bolsillo un fajo de billetes y Zhuang Zhidie le preguntó:

—¿Y para qué es eso?

—Sé que no andas muy bien de dinero —le respondió Liu Yue—. Aunque no me lo hayas dicho, yo lo sabía. Tu Liu Yue no posee una fortuna, pero ya no es la sirvienta de antaño. Con tan solo abrir la boca, me tienes a tus pies, maestro. Te doy este dinero porque no quiero que te destruyas con tanto botellín de aguardiente. —Zhuang Zhidie se quedó anonadado con las palabras de Liu Yue y esta prosiguió—: ¿O me escondes algo? Hong Jiang me lo ha contado todo.

A Zhuang Zhidie le azuzó la curiosidad y le preguntó:

—¿Y qué te ha contado Hong Jiang?

Liu Yue sacó en ese momento un cuaderno y dijo:

—Mira, mira...

Zhuang Zhidie lo cogió y lo miró. En la cubierta blanca solo decía *Crónica del juicio de la escandalosa historia de amor y sexo de Zhuang Zhidie*. Lo abrió y en el índice pudo leer los títulos de los capítulos: «Jing Xueyin, un amor difícil de olvidar», o «El artículo de Zhou Min se tiñe de rojo», o «Avergonzada y humillada, la bella busca consuelo en los dirigentes del Partido», o «El secreto mejor guardado detrás de una bella sonrisa», o este: «El veredicto ya estaba cocido de antemano o la traición de Zhou Min».

Zhuang Zhidie arrojó el librito a la papelera y preguntó:

—¿Qué significa todo esto?

—No te lo vas a creer —le respondió Liu Yue—. Un tipo lo llevaba en el baile y se lo confisqué. Le pregunté dónde lo había comprado y me dijo que lo había adquirido ni más ni menos que en la muy oficial librería Las Masas. Yo, sin perder un minuto, me dirijo a esa librería que frecuentan los peces gordos del Partido y le hago algunas preguntas al librero. El muy sinvergüenza, al ver que era la mujer del hijo del alcalde, me lo cuenta todo. Un tal Hong Jiang lo provee con esos libros y cobra una comisión que ni te cuento. Le libra paquetes de esas historias desde una oficina de correos de las afueras de Xijing para no levantar sospechas. Luego me fui a ver a Hong Jiang y le pregunté quién le escribía esos libros que rebajaban al maestro Zhuang y ensuciaban su imagen, y me contestó que no lo sabía. Nunca lo había sabido y, mientras le aportaban dinero, tampoco lo quería saber. Desde que la gran hermana Niu y el maestro Zhuang se separaron, este último anda muy tieso y se ve que le pide prestado dinero a ella. «Si necesita dinero, no tiene más que pasar por aquí. Yo le pagaré los derechos de autor por las ventas de estos libros. ¡Nuestra librería se está haciendo de oro!», me dijo, y, además, me ha dicho que tú estás al corriente de ello y le autorizas la venta de esas obras.

Indignado y enrabiado, Zhuang Zhidie se puso a insultar a Hong Jiang:

—¡Ese Hong Jiang es un hijo de...! ¡Cómo se atreve a hacerme eso!... — Tras lanzar esos improperios, sonrió suavemente y añadió—: Ay, ay... No puedo quejarme de él. Hace su trabajo y para eso lo contratamos. Los negocios son los negocios. ¿Quién soy yo para hablar mal de él? Ni siquiera voy a investigar sobre ello. Si es Zhou Min, pues me parece bien; si es Hong Jiang quien los

escribe, pues lo mismo, o Zhao Jingwu, o Li Hongwen, o el mismísimo papa de Roma. El escándalo ya está ahí y se transmite de boca en boca, cada vez más exagerado y deformado... ¿Hay alguien en la ciudad que no lo sepa ya? Tu maestro Meng me lo dijo una vez: «Alguien de tu entorno escribirá un artículo sobre ti que te devorará vivo». ¿Y quién iba a decir que mi propia librería iba a sacar libretos de esa especie contra mí? Al fin y al cabo, yo he criado los cuervos que me han sacado los ojos. ¿No me he devorado a mí mismo y ni siquiera lo sabía?

Liu Yue, al oírlo hablar así, sintió una profunda amargura en su interior y quiso consolarlo:

—El maestro Zhuang no puede hablar de esa manera. ¿Todavía te da vueltas la cabeza? Deja que te ayude a ir a la cama y echas una cabezada.

Zhuang Zhidie sacudió la cabeza y le dijo que no quería acostarse. Se quedó mirando a Liu Yue con unos ojos llenos de patetismo y le preguntó:

—¿Cómo voy a seguir viviendo de esta manera? El tribunal ya emitió su sentencia final. Liu Yue, ¿a qué viene tanto alboroto ahora?

Liu Yue le contestó:

—Eres famoso, todavía lo eres... Pero ¿qué tipo de famoso eres? ¿Uno que sonrío o uno que llora?

Zhuang Zhidie repuso:

—Soy famoso, soy famoso... Un personaje famoso que ríe y llora al mismo tiempo.

—Maestro, déjalo estar. Eres un escritor y los escritores hablan con la pluma. ¿No estabas escribiendo una novela? Pues nada, manos a la obra. De un escritor célebre, que salga una obra célebre...

—¿Eso crees? —le dijo Zhuang Zhidie—. ¿De veras que puedo hacerlo? —Y gritó—: ¡No puedo hacerlo! ¡No quiero escribir ni ser famoso!

* * *

Zhuang Zhidie, tras haberse despedido de Liu Yue, decidió que debía escribir un artículo sobre su nueva vida, aquella en la que renunciaba a ser un personaje célebre. Un artículo de unas mil veintiocho palabras en las que explicaría con todo de lujo de detalles por qué abandonaba la vida literaria y por qué había perdido el talento necesario para escribir algo que mereciese la pena. Por lo tanto, abandonaba definitivamente los círculos literarios y se retiraba de la vida

literaria. Una vez escrito el artículo, lo envió, con un seudónimo, a una publicación de Beijing llamada *Diario del altar literario*. Ese diario no tardó ni una semana en publicar ese artículo-testamento y los periódicos de Xijing se hicieron eco de la noticia y los rumores se difundieron en la ciudad. Ese mismo día, por la noche, Meng Yunfang salió corriendo hacia la casa de Zhuang Zhidie y le dijo:

—Zhidie, ¿estás al corriente de los rumores que corren por ahí fuera? Dicen que has renunciado a ser un escritor y te retiras de los círculos literarios. ¿Estás bromeando? Hoy, al mediodía, el alcalde me ha pedido que vaya a verte para saber lo que te pasa. Yo le dije que eso era imposible. Tienes al alcalde mosqueado y le dije, para apaciguarlo, que eso no eran más que rumores. ¿Cómo iban a permitir los diarios de Xijing la muerte de uno de sus mejores escritores? Zhidie, al irse Meng Yunfang, ¿acaso no sabes quién ha podido escribir ese artículo demoledor?

Zhuang Zhidie se mesó el cabello, la frente le brillaba particularmente, y le respondió:

—Lo he escrito yo.

—¿Lo has escrito tú? —se asustó Meng Yunfang—. ¿Te has gastado una broma? ¿Lo has pensado bien? ¿Qué vas a hacer si no escribes? ¿Vas a limpiar zapatos en la calle? ¿O vender churros *youtiao*?

Zhuang Zhidie le dijo:

—¿Crees que he perdido la cabeza? El día que no tenga nada, iré a tu puerta a mendigarte un poco de arroz. ¿Me lo vas a rechazar?

—Todo lo que tú quieras, pero tú, este Zhuang Zhidie, no es Zhuang Zhidie. Si todavía eres el Zhuang Zhidie de Xijing, debes ir a hablar con el alcalde. Quiere que le escribas unos artículos para la Fiesta de la Cultura Antigua. Yo le he dicho que tú no andas muy bien de salud últimamente y le he propuesto que yo mismo escribiré un esbozo de esos artículos. Si lo rechaza, tú podrías añadir algunas correcciones.

Meng Yunfang sacó un esbozo de su bolsillo y se lo mostró a Zhuang Zhidie, que ni siquiera lo miró.

—Ya te he dicho que soy incapaz de escribir una sola línea —le dijo a Meng Yunfang—. Tampoco puedo corregir nada.

Meng Yunfang le dijo:

—¡Pamplinas! A los demás podrás engañarlos, pero no a mí. No necesitas firmarlo. Llevará mi nombre, pero ¡corrígelo, por favor!

—Te puedo ayudar —le calmó Zhuang Zhidie—, pero será la última vez. ¡No le digas nada al alcalde!

Al irse Meng Yunfang, Zhuang Zhidie se puso a corregir el artículo. Le pareció ridículo lo del emblema para la Fiesta de la Cultura Antigua y un oso panda le parecía particularmente *kitsch*. Era un animal chino y raro, cierto, pero también era un animal perezoso, estúpido e ingenuo. Un animal ridículo con ese aspecto bobalicón. ¿Cómo podía representar la cultura de una ciudad como Xijing? Pero, bien pensado, y con la pluma todavía en la mano, Zhuang Zhidie cambió repentinamente de opinión. Un panda conviene como emblema para esa fiesta. Un oso panda, animal en peligro de extinción en el mundo y, sobre todo, en China, pegaba como símbolo para esa ciudad difunta. Le daría risa cruzarse con un águila, un caballo o un buey para simbolizar la cultura de esa ciudad, y Zhuang Zhidie se puso a corregir el artículo, pero sin grandes cambios, ya que no le apetecía escribir un elogio encendido del oso panda. Sus correcciones no tenían ni pies ni cabeza y, sin pedirle siquiera la aprobación a Meng Yunfang, el artículo salió al día siguiente, vía postal, hacia el ayuntamiento de Xijing.

Al salir de la oficina de correos, Zhuang Zhidie se topó con Ruan Zhifei, cuyos ojos brillaban como bolas de cristal negras. Esos ojos asustaron a Zhuang Zhidie, ya que no comprendía cómo podía salir así a la calle, sin gafas de sol, y se apresuró a preguntarle:

—¿Se te han curado los ojos?

—Se me han curado —le respondió Ruan Zhifei—. Nada más salir del hospital, mi intención era ir a verte, pero esa fiesta de la cultura me ha tenido ocupado. El alcalde me envió a Shanghái para comprar unos instrumentos musicales. ¡Y ese comité creado especialmente para la fiesta! He pasado tres días infernales y no he podido venir a verte.

Ruan Zhifei se quedó mirando a Zhuang Zhidie y, con una cara que reflejaba mil dudas, le insinuó:

—¿Cómo es posible?... ¿Has estado enfermo, Zhidie?... No quiero preocuparte con nada más, pero ha pasado algo y creo que no te has enterado de lo de Wang Ximian...

Zhuang Zhidie se sorprendió:

—¿Qué le ha pasado?

—¿No te has enterado?... —preguntó Ruan Zhifei—, pero nadie más debe saberlo. ¿De acuerdo? Wang Ximian está metido en un lío del que no va a salir indemne. Lo están investigando por la venta de unas pinturas falsas...

Zhuang Zhidie le dijo:

—¿Y es importante?

—Bueno, es pronto para saberlo —contestó Ruan Zhifei—, pero tú, Zhidie, haces muy mala cara. Deberías ir a ver a un médico. Seguro que estás enfermo.

—No estoy enfermo —respondió rotundamente Zhuang Zhidie.

—Pues no tienes buena pinta... Como esta ciudad... Tampoco tiene buena pinta... —reiteró Ruan Zhifei.

—Ah, eso lo dices porque vienes de Shanghái y todavía tienes en la retina el ambiente enloquecido de esa ciudad... —dijo Zhuang Zhidie.

—Quizá sea eso... —asintió Ruan Zhifei—. Las gentes de Shanghái, ya se sabe...

—Vale, vale... A mí me pasa lo mismo. Cada vez que vengo de Shanghái, Xijing me parece una birria, con sus calles estrechas, su suciedad, lo poco sofisticada que es su gente y lo campesinos que parecen, pero dentro de tres o cuatro días ya no pensarás en eso. No pasa nada. Vayamos a tomar un trago.

Los dos se dirigieron a la casa de Zhuang Zhidie y se pusieron a beber. Zhuang Zhidie quiso saber más sobre la operación de su amigo. Ruan le comentó que le habían puesto los ojos de un perro.

—¿Se nota? —le preguntó Ruan Zhifei a Zhuang Zhidie, y este no supo qué decirle y se limitó a sonreírle.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Ruan Zhifei—. Al principio pensé que me sería imposible ver con unos ojos así, pero ahora estoy convencido de lo contrario. Son como los ojos humanos. Me daba vergüenza ver a las chicas guapas con estos ojos. ¿Qué pensarán?, me decía. Si pudiera sacármelos y ponerlos sobre la mesa junto con otros ojos humanos, nadie vería la diferencia. Incluso los ojos de un cerdo funcionarían en un ser humano. ¿No te parece extraño?

—Cierto, pero con esos ojos de perro tal vez me ves más bajo de lo que soy. Los perros ven a los humanos así, más bajos de lo que son en realidad... —le comentó Zhuang Zhidie.

Enfadado, Ruan Zhifei le amenazó con darle un puñetazo a Zhuang Zhidie y le dijo:

—Cierto, te veo pequeño y más bajito que antes. ¿No será que ahora puedo ver lo que la gente normal no puede ver?

De repente, lanzó un grito al ver colgada de la pared la piel de la vaca y le preguntó a Zhuang Zhidie si pensaba hacerse un abrigo con ella.

—Podríamos utilizarla para la Fiesta de la Cultura —prosiguió Ruan Zhifei—. Quieren hacer una exposición con objetos representativos de las artes populares de nuestra provincia. Ya sabes, objetos del folclore popular. La Torre del Tambor y la Torre del Reloj serán decoradas con esos objetos. Cada día, a las siete de la mañana, el tambor sonará, y a las siete de la tarde, las campanas del reloj harán lo mismo. ¡Todo Xijing escuchará la música que marca el ritmo del Cielo y la Tierra! Además, en las cuatro puertas de la ciudad habrá dieciocho tambores y dieciocho campanas. ¿No te parece maravilloso? La piel de esa vaca servirá para cubrir el tambor de la Puerta del Norte, la más grande e imponente de todas.

Zhuang Zhidie se quedó mudo por un momento y solo después llegó a decir:

—Vendértela, no te la venderé; pero puedo prestártela siempre y cuando me prometas que continuará colgada de la Puerta del Norte cuando acabe la fiesta. Quiero que quede eternamente para esta ciudad.

A Ruan Zhifei le gustó la idea y descolgó la piel de la pared. Zhuang Zhidie lo ayudó a hacerlo, pero la piel de la vaca se colapsó cuando los dos intentaban sacarla y cayó sobre Zhuang Zhidie. Ruan Zhifei se la quitó de encima y la enrolló. Cuando se dispuso a irse, Zhuang Zhidie le preguntó:

—Pero ¿de veras que la quieres llevar?

—Pues claro que sí. ¿Te echarás para atrás ahora? —dijo Ruan Zhifei.

—¿Puedo quedarme con la cola? —le pidió Zhuang Zhidie.

Ruan Zhifei sacó un cuchillo de la cocina y le cortó la larga cola a la piel de la vaca. Se la dio a Zhuang Zhidie y regresó a casa en un taxi.

Zhuang Zhidie no imaginó que prestar la piel de la vaca a su amigo iba a deprimirle de esa manera. Más que entristecerlo, volvió a hundirlo en la miseria. Durante varios días, encontró que los fideos que le preparaba la mujer de la cantina especializada en comidas de la provincia de Shaanxi no eran tan buenos como antes. Tenían un sabor diferente, y le dijo a la mujer:

—Estos fideos anchos y picantes, estos fideos cortados al cuchillo *xiaomian*, ¿por qué no saben a nada? Antes, la boca se me hacía agua con los que me traías.

—La mujer se limitó a sonreírle y Zhuang Zhidie añadió—: ¿No será porque estoy acostumbrado a comer manjares?

La mujer volvió a sonreír y le dijo:

—Te voy a decir la verdad, pero no se lo cuentes a nadie. Si no, cerrarían mi restaurante. ¿Qué te hace comer? ¡El vientre vacío! Desde hace un tiempo intentamos que nuestros clientes tengan hambre y por eso ponemos bolas de opio

en las sopas y cuando cocemos los fideos.

Zhuang Zhidie gritó:

—¡Bolas de opio! Pero las bolas de opio están perfumadas y estos fideos no saben a nada... ¿Lo hacéis para ganar más dinero? No queréis clientes, queréis drogadictos.

—Lamento habértelo dicho —le dijo la patrona del restaurante—. No deberíamos hacer eso. Estamos creando adicción. Tienes razón. Las drogas son malas, pero la bola de opio que utilizo para preparar la comida no provoca nada grave, solo un poco de adicción. La he utilizado contigo y tenía problemas de conciencia. ¿Cómo puedo estar haciendo esto a una celebridad como el maestro Zhuang? Y te la quité, pero por lo que veo, te acostumbraste al gusto fino del opio. ¡Ahora lo echas de menos y piensas que tus fideos no tienen gusto!

Zhuang Zhidie se resignó:

—Pues me los comeré tal y como los preparas ahora.

Por la tarde, la mujer le trajo un bol de fideos *xiaomian*, esos fideos anchos típicos de la provincia de Shaanxi, que sabían divinamente.

Si la patrona no le hubiese dicho nada, Zhuang Zhidie se los habría tomado sin más problemas; pero sabía que en ellos había una droga y era consciente de que se estaba drogando. Al acostarse en la cama, sentía que perdía la noción de la realidad. Su cabeza se evadía y en ella aparecían pensamientos enloquecidos cada vez más violentos, de una violencia contra él mismo y contra los demás. La línea entre la realidad y la fantasía desaparecía. Una noche, mientras veía la televisión desde el sofá, vio que los personajes de una película salían de la pantalla y lo metían, a él, Zhuang Zhidie, dentro de la película. O, mejor dicho, se metió en un túnel que parecía no tener fondo. En la entrada de ese túnel había escrito: *fuji*¹¹⁷ o «escritura inspirada», que hace referencia a un tipo de escritura taoísta similar a la escritura automática. Cuatro personas estaban practicando esa «escritura inspirada» sobre una plancha cubierta de arena para hacer surgir unas palabras de carácter adivinatorio. Zhuang Zhuidie sonrió, dudando de que esa escritura de los espíritus pudiese tener algún sentido, y maldijo a las gentes de Xijing, las cuales andaban en los últimos tiempos obsesionadas con la salud y la potencia sexual. Parecía que nada más les preocupaba salvo la salud y los productos mágicos y milagrosos para protegerla, como los polvos mágicos, condones que hacen durar más el acto sexual ya que mantienen el pene tieso más tiempo, artilugios para darse placer a uno mismo, como vaginas artificiales o vibradores, o plantillas para mejorar el riego sanguíneo. Todo el mundo quería

estar en forma y lleno de energía. Los rábanos ya no eran rábanos, sino que eran un alimento nutritivo con pocas calorías que servía, sobre todo, para fortalecer el *yang* (la masculinidad) y mostrarse como un campeón en la cama. La col china ya no era la col china, sino un alimento muy nutritivo que fortalecía el elemento *yin*, es decir, que promovía la libido en las mujeres. Los verduleros ya no iban vestidos en los mercados como verduleros, sino con batas y gorras blancas como los miembros de la Cruz Roja. Los cuatro hombres le pidieron a Zhuang Zhidie que se callase y no dijese más tonterías. El *fují* era un método de adivinación muy eficaz, le dijeron, y Zhuang Zhidie, convencido, se puso a escribir sobre la arena fina que había sobre la plancha, y lo primero que salió fue la palabra «vagina», y poco después se formó un poema. Zhuang Zhidie se asustó y abrió inmediatamente los ojos... ¡Oyó un grito!... En la televisión estaban echando una película de guerra con batallas y disparos, y entonces supo que había estado soñando. A Zhuang Zhidie, sin embargo, que de costumbre no recordaba los sueños, se le quedó grabado el poema que apareció escrito en la arena de la plancha:

*De pie es el monje que se inclina con las palmas de las manos juntas
ante su rostro y sentado es la flor de loto abierta.*

*Ni caigas en la trampa, tú, poca cosa: todo lo que eres ha salido de
ahí.*

Zhuang Zhidie se llenó de dudas y, a pesar de su cansancio, pasó la noche dándole vueltas al significado de ese poema y se acordó de Tang Wan'er y de él mismo con Niu Yueqing, feliz, en la casa, ya desaparecida, del callejón Shuang Ren Fu. Quiso ir a buscarla, pero Niu Yueqing no estaba, y la venerable anciana le gritó desde el patio:

—¿Por qué has tardado tanto en venir a verme? ¡Tienes a tu suegro que se sube por las paredes! Le he tenido que contar mentiras respecto a ti. Le he dicho que estabas escribiendo algo y por eso no podías venir. Pero... ¿por qué has venido finalmente? Y la mujer de Zhou Min, ¿ha venido contigo? ¿Debo colgar sus zapatillas y sus ropas en el pozo para que regrese al mundo de los vivos?

Zhuang Zhidie le contestó:

—¿La mujer de Zhou Min? Pero ¿quién es la mujer de Zhou Min?

—¿La has olvidado?... —le preguntó, sorprendida, la venerable anciana—. La vi ayer. Estaba en casa, llorando como una magdalena, y no podía moverse. Tenía las dos piernas dobladas y le pregunté qué le pasaba. Me lo dejó ver.

¡Cielos! Tenía la parte baja ensangrentada y estaba cubierta con un calzón de hierro. Le pregunté cómo podía hacer pipí con ese artilugio y ella me respondió que sí podía hacerlo, ya que el pipí le salía por los lados, a pesar de que no podía abrirlo. Le pregunté por las llaves, para abrirle el calzón de hierro, y ella me dijo que las tenía Zhuang Zhidie. Y si tienes las llaves, Zhidie, ¿por qué no abres ese calzón?

Zhuang Zhidie le respondió:

—Madre, ¿qué locuras dices?

La venerable anciana le respondió:

—¿Qué locuras digo? He visto a Tang Wan'er. ¡De verdad! Pregúntaselo a tu suegro, que la he visto delante de él. Hasta le he echado bronca porque miraba demasiado a Tang Wan'er y le he dicho: «Ponte al lado, ¡al lado!»...

Zhuang Zhidie se despertó empapado en un sudor frío. No se atrevió a dormirse otra vez y se preparó una taza de café. Se sentó y esperó a que saliesen las primeras luces del alba.

Tras amanecer, Zhuang Zhidie se fue a buscar a Meng Yunfang, ya que quería contarle la visión que acababa de tener. Meng Yunfang, tal vez, podía darle una explicación racional a esa historia que acababa de vivir, pero Meng Yunfang no estaba en casa. Xia Jie, sin embargo, sí que estaba y lloraba a lágrima viva. Meng Yunfang se había ido a Xinjiang con Meng Jin y su maestro de *qigong*. Gimiendo y con la voz entrecortada, Xia Jie le contó a Zhuang Zhidie que el maestro de *qigong* había descubierto en Meng Jin a un ser predestinado a ser un individuo extraordinario y por eso se lo llevaba a su tierra, en el extremo oeste de China. Meng Yunfang no se lo creyó, pero tras recordar que su hijo, con apenas medio año, era capaz de recitar de memoria el *Sutra del Diamante*, acabó claudicando con el proyecto del maestro de *qigong*. Meng Jin debía, por lo tanto, dedicar su vida al budismo *chan* (zen) y a la práctica de *qigong*. Meng Yunfang se puso melancólico pensando en su propia vida, que consideraba mediocre comparada a lo que el destino reservaba a su hijo. Ahora debía dedicarse a educar a su hijo porque así lo dictaba el Cielo y debía, por lo tanto, renunciar a sus propias ambiciones. Cuando el profesor de *qigong* de Meng Jin decidió que debían partir a Xinjiang, no entraba en los planes que Meng Yunfang les acompañase, pero el alcalde de Xijing quiso hablar con él a propósito del artículo y sus correcciones. El alcalde tenía la mosca detrás la oreja y le preguntó si ese artículo lo había escrito Zhuang Zhidie. Pero el problema no era ese: ese artículo era impublicable. Estaba mal escrito y decía tonterías. Meng Yunfang, entre lágrimas y amargado, tuvo que escribirlo de nuevo, en su casa, y se

preguntó si Zhuang Zhidie había, ciertamente, perdido su capacidad para escribir. Meng Yunfang reescribió el artículo de cualquier manera y se lo envió al alcalde. Luego se juntó con su hijo, Meng Jin, y fueron a Xinjiang, no sin antes discutir, otra vez, con su mujer, ya que ella se oponía a ese viaje. Xia Jie le reprochaba esa necesidad que su marido tenía de alabar desmesuradamente y creer a pies juntillas al primero que encontraba y le decía cuatro palabrejas oscuras y pedantes. ¿Cómo iba a poder vivir con un hombre así?, le contó a Zhuang Zhidie cuando le dijo lo del viaje a Xinjiang. Como de costumbre, Meng Yunfang no le hizo caso y se fue. Tras escuchar las palabras de Xia Jie, Zhuang Zhidie no se sentía con fuerzas para replicarle y se dirigió hacia la salida. Xia Jie volvió a gimotear y al ver que Zhuang Zhidie salía ya por la puerta, le dio, de parte de Meng Yunfang, un papel en el que había escritas seis cifras. Zhuang Zhidie le dijo que ese número era un número auspicioso para que no le pasasen más calamidades. Pero Xia Jie le dijo que no; ese era simplemente un número de teléfono. ¿De quién era ese número de teléfono? Meng Yunfang no se lo dijo. Meng Yunfang solo le había dicho que era alguien que quería estar al corriente de la situación de Zhuang Zhidie. Tras convencerse de que no conocía ese teléfono, Zhuang Zhidie metió el pelotito en su bolsillo.

Zhuang Zhidie se sintió frustrado por no haber podido ver a su amigo Meng Yunfang. Agobiado por las dudas, se fue a la carnicería que quedaba debajo de la Torre del Tambor para comprar unas vesículas de cerdo y pasar la noche sin pegar ojo, lamiéndolas¹¹⁸ y, de esa manera, pensaba Zhuang Zhidie, evitar más visiones extrañas, como las de la pasada noche. Mientras hacía fila, vio al alcalde que pasaba en su coche oficial. El alcalde mandó parar el automóvil para observar la escena. Zhuang Zhidie estaba plantado delante de la carnicería para comprar la vesícula de cerdo y el vendedor le preguntó:

—¿Qué quieres que te corte?

—Quiero vesícula de cerdo —respondió Zhuang Zhidie

—¿Vesícula de cerdo? —le preguntó el vendedor, extrañado—. ¿Estás loco? Aquí vendemos carne. ¿Las vesículas de cerdo?... Pues las tiramos a la basura.

—Te digo que quiero vesículas de cerdo.

El vendedor cogió el cuchillo, lo dejó sobre el mostrador, golpeando con fuerza la superficie, y gritó:

—¡Aparte de carne, aquí no vendemos otra cosa! ¡El siguiente!

Detrás de Zhuang Zhidie había una cola esperando y le pidieron que se retirase. Uno decía:

—¡Este tipo está loco, loquísimo!

Zhuang Zhidie se retiró de la cola, pero se quedó parado al lado, con una sonrisa petrificada. El alcalde lo estaba observando desde el vehículo y el chófer le dijo:

—¿Quiere bajar para verlo? —El alcalde hizo un gesto con la mano y el taxi arrancó inmediatamente.

—Este Zhuang Zhidie, da pena verlo —se resignó el alcalde.

Sin la vesícula de cerdo, Zhuang Zhidie cenó esa noche fideos en salsa de opio, y al acostarse, los sueños locos volvieron a acosarle: escribía la que debía ser la cuarta o la quinta carta a Jing Xueyin y el contenido de esa carta no versaba sobre el juicio, sino sobre el amor que sentía cada vez más fuerte e intenso hacia ella. Jing Xueyin, harta de su marido e incapaz de seguir viviendo con él, este tarado de la pierna chunga, debía dejarlo y juntarse de nuevo con él, con Zhuang Zhidie. Eso era lo que deseaba él en esos momentos, que se cumplieran sus deseos ese mismo año; pero, en el fondo, era lo que había deseado toda su vida. La carta salió y él esperó, en casa, la respuesta de Jing Xueyin. De repente, alguien llamó a la puerta; no era la propietaria del restaurante de comida típica de Shaanxi, sino Jing Xueyin la que estaba en la puerta. Los dos se quedaron mirándose con ojos tímidos y extraños y sin decirse nada, pero ese silencio hablaba por sí solo. Los dos comprendían por qué estaban juntos en ese momento, ya que los dos se hablaban con el contacto de los ojos y se leyeron los pensamientos. Tras un acuerdo tácito, los dos se arrojaron a los brazos del otro y empezaron a pensar en los preparativos para su boda. En esa casa, Zhuang Zhidie observó el moño que llevaba Jing Xueyin en el cabello, un peinado de novia para la boda, pero también vio que llevaba una cola trenzada colgándole de la espalda, que era también un peinado típico para una boda. Jing Xueyin ensayó esos peinados y otros más. Vio que un par de zapatos blancos asomaba por las cortinas y un par de pies cruzados con zapatos de tacón alto estaban sobre el sofá. Zhuang Zhidie la animó a comprar todo tipo de muebles de alto standing y nuevos, así como toda la ropa y todos los juegos para la cama, para la casa donde estaban, y publicó en varios periódicos el anuncio de su boda con Jing Xueyin. La celebración de la boda se hizo en un hotel lujoso *binguan* y se hizo a la vieja manera, como los antiguos. Y como se hace en las bodas tradicionales, no dejó que los invitados se fueran a casa tras la ceremonia, sino que les pidió que se quedasen encerrados en las habitaciones del hotel mientras él y ella, los dos recién casados, hacían el amor en su habitación nupcial. Zhuang Zhidie le leyó a Jing Xueyin fragmentos del *Jin Ping Mei* (*La jarra de oro de la*

flor del ciruelo) y le mostró vídeos de películas pornográficas realizadas en Occidente. Él quería excitarla sexualmente, la desnudó, la tumbó sobre la cama y empezó a manosear su cuerpo con las manos, con unas plumas que sujetaba con las manos, con la lengua..., pero ella no se excitaba, y ello torturaba a Zhuang Zhidie, que insistió una y otra vez hasta, bajando los dedos por la barriga, tocarle más abajo el punto más sensible del cuerpo de una mujer. Jing Xueyin reaccionó finalmente. Zhuang Zhidie le hizo vibrar el sexo al mismo tiempo que, con su otra mano, se masturbaba, y todo ello hasta que sintió la lechecita caliente y viscosa mojando los dedos. Zhuang Zhidie vertió su esperma sobre la barriga de Jing Xueyin, pero luego se la limpió hasta no dejar ni rastro del semen. Cogió una teja rota que había debajo de la cama y le cubrió delicadamente el sexo a Jing Xueyin, se vistió y salió. Desde el salón, el cual estaba repleto de invitados, gritó: «¡Rompo con Jing Xueyin! De manera oficial, anuncio que no habrá boda entre nosotros». Ese mensaje apareció simultáneamente en las noticias de la televisión y los invitados se sorprendieron. «¿Cómo es posible? ¿No os ibais a casar?», se preguntaron todos. Y riendo a carcajadas, Zhuang Zhidie dijo: «¡He acabado con mi misión!».

Después de esa noche agitada, Zhuang Zhidie no sabía si la historia del divorcio y la boda con Jing Xueyin fueron realidad o fantasía, pero se sentía bien, relajado y recompuesto, y para desayunar se bebió media botella de vino caliente. Sí, se dijo a sí mismo, en esta ciudad, he conseguido todo lo que me he propuesto. ¡Todo! Y todo lo que debía hacer, ya lo he hecho.

* * *

Al caer la noche, Zhuang Zhidie se presentó en la estación con una maleta de enormes dimensiones en la mano. Después de comprar el billete y disponerse a dejar Xijing, Zhuang Zhidie se dio cuenta de que aún había en esa ciudad difunta una mujer que poseía una parte de él, y, antes de irse, debía despedirse de esa parte de él mismo que había en esa mujer. Arrastrando la maleta, se dirigió a una cabina telefónica que quedaba en la puerta norte, bajo una sófora vieja, justo a la izquierda de la estación de trenes. El viento soplaba con fuerza en esa noche cerrada y las luces parecían tintinear, nerviosas, en medio de la oscuridad; pero la cabina había sido vandalizada. La caja estaba llena de tierra y el teléfono colgaba inerte y parecía una zapatilla enredada en una tela de araña. Dentro del plan de grandes obras para el bienestar de las masas populares, el gobierno local habría debido introducir la restauración de las cabinas telefónicas de la ciudad de

Xijing, ya que más de la mitad eran inservibles. Zhuang Zhidie se dispuso a insultar a medio mundo por el estado de esa cabina y por no poder hacer la llamada que pretendía, pero decidió no hacerlo y se desfogó con una simple patada a la cabina. Salió y vio bajo la vieja sófora un inmenso panel publicitario. En esa publicidad se elogiaba un método de transmisión de la fuerza y la vitalidad, del poder y la influencia, a través de las generaciones, y cómo el maestro X de la ciudad de Xijing era el único garante de ese método de preservación de esas facultades, es decir, de *qigong*. También había un anuncio de un periódico que anunciaba un reportaje con «Noticias extrañas de Xijing». Al parecer, la mujer X del callejón X de la calle X no había salido de su casa durante muchos días y los vecinos sospecharon que algo raro había pasado y entraron por la fuerza en la casa. Vieron a la mujer muerta en la cama, pero sin signos de violencia o de haber sido asesinada. Algo, sin embargo, les llamó la atención: la mujer tenía incrustada en su sexo una enorme panocha. Junto a la cama descubrieron una pila de panochas, todas ellas ensangrentadas, las cuales habían sido utilizadas por la mujer X. Era evidente a los ojos de todos que la mujer X se había masturbado hasta fallecer exhausta. Otro suceso extraordinario retuvo la atención de Zhuang Zhidie. El médico X de Xijing había ayudado a una mujer a dar a luz, durante ese mes de X, a un niño sin miembros y con una piel tan transparente que se le podían ver todos los órganos internos al recién nacido. El médico, aterrizado por ese ser monstruoso, lo tiró a la basura, pero la madre consiguió salvarlo a tiempo y se fue a casa con él. Zhuang Zhidie no sabía por qué el periódico había escogido esas dos noticias para anunciarse y le entró un escalofrío. Se introdujo un cigarrillo entre los labios con el fin de fumárselo, pero el viento huracanado que soplaba le impedía hacerlo. Intentó encender unas cerillas, pero le fue imposible. El viento soplaba de tal manera que Zhuang Zhidie creía escuchar aullidos de lobos o gemidos plañideros y tristes de los fantasmas, y ello le asustó. Decidió regresar a la estación y desde la entrada vio, alzando la mirada, la Puerta del Norte. De ella colgaba una banderola que anunciaba con toda su pompa la Fiesta de la Cultura Antigua; pero la banderola estaba enganchada en un tambor cubierto por la piel de una vaca. Zhuang Zhidie reconoció esa piel. El tambor aullaba en el viento.

Zhuang Zhidie entró en la estación de trenes y se topó con Zhou Min en la sala de espera. Los dos hombres se detuvieron.

—Zhou Min, ¿cómo estás? —le dijo Zhuang Zhidie.

Zhou Min solo pudo pronunciar una sola palabra:

—Zhuang... —Zhou Min ni siquiera dijo lo de «maestro».

—¿Vas a coger un tren? ¿También te vas? ¿Adónde? —le preguntó Zhuang Zhidie.

—Sí, dejo Xijing. Me marchó hacia el sur. ¿Y adónde vas tú? —preguntó a su vez Zhou Min.

—Pues igual que tú, al sur. ¡Tomamos la misma ruta!

Los dos se pusieron a reír. Zhou Min le cogió la maleta a Zhuang Zhidie y le propuso que se sentaran en uno de los bancos. Zhou Min le dijo que iba a buscar unas bebidas y Zhuang Zhidie se quedó mirando la portada de un periódico abandonado que había sobre la mesa y se adormiló con el periódico encima.

—Ten, un botellín de aguardiente, y bébetelo a mi salud —le dijo Zhou Min. Zhuang Zhidie no se movió ni se levantó. Trastocado, y con la boca torcida, se quedó con los ojos abiertos bajo las hojas del periódico, el cual le cubría el rostro, mientras que una de sus manos agarraba con fuerza la bolsa de Zhou Min que contenía la vieja ocarina. La vida de Zhuang Zhidie se había apagado para siempre en ese preciso instante.

Fuera de la sala de espera de la estación de trenes, el viejo chatarrero pasaba con su carrito, bajo un panda enorme hecho con innumerables macetas de flores, gritaba: «¡Chatarra!... ¡Me hago con toda la chatarra y vuestros objetos, desechos y ropas usadas! ¡También las vuestras!...».

Zhou Min se lanzó hacia el cristal de la ventanilla de la sala de espera y lo golpeó ansiosamente hasta romperlo. Se hizo sangre en la mano y esta, como gusanos rojos, se mezcló con el cristal roto. Zhou Min miró a través de ese cristal ensangrentado con su propia sangre y el anciano chatarrero ya no estaba ahí; pero vio, en cambio, la cara delgada de una mujer que pegó su rostro, con sus labios finos, al cristal del otro lado de la ventanilla. Zhou Min reconoció entonces a la mujer de Wang Ximian.

El manuscrito fue acabado de escribir la mañana del 12 de octubre de 1992, acabado de corregir la noche del 20 de enero de 1993, y acabado de corregir, definitivamente, la tarde del 21 de febrero de 1993.

ANEXO

PREFACIO A LA EDICIÓN DE 2004: LOS LIBROS Y LA GENTE TIENEN SU PROPIO DESTINO

Ciudad difunta apareció por primera vez en 1993 y ahora, en 2004, cuando va a salir una nueva edición, esta novela cuenta ya con doce primaveras y doce otoños desde que se escribió. La gente tiene su destino, pero los libros también lo tienen. Para un libro, doce años no es mucho tiempo, pero para una persona sí que lo es. Yo, por mi parte, he envejecido de forma evidente, y en lo que se refiere al libro, otra gente ya ha hablado de él. Demasiado, incluso. En la edición del primer año, yo ya me di cuenta de que las críticas eran numerosas y las leí todas. Si las hubiese reunido en un solo libro, el volumen de esa obra habría cuadruplicado o quintuplicado el de mi novela. En diez años, el libro se ha seguido criticando ininterrumpidamente, y se han escrito varios cientos de miles de artículos hablando de *Ciudad difunta*. Yo nunca he omitido el menor comentario respecto a ello y me he limitado a llevar con dignidad la caja de los huevos en mis hombros, como se suele decir, para que las gentes que frecuentan el mercado pudiesen comprarlos en buen estado. Con los huevos rotos, lo que hice fue separar la clara de la yema.

Ciudad difunta vuelve a ver la luz en el día de hoy y me han llegado las noticias. Ello, ni me ha hecho reír ni me ha hecho llorar. He cogido mi bol de arroz y, como de costumbre, me lo he comido. En la pared del lado oeste de mi estudio hay una caligrafía que dice: «Eclipse total». Esa caligrafía la escribí entre el viejo y el nuevo siglo. Ahora vuelvo a contemplarla tal y como paso mucho tiempo haciéndolo. Luego busco mi pluma y escribo en un papel: «¡Respetemos China y respetemos los doce años pasados! ¡Y respetemos lo que la gente ha dicho de *Ciudad difunta*!». Vuestras palabras serán tal vez calientes como el verano o frías como el invierno. Durante estos doce años, he tenido la

oportunidad de coleccionar cada edición pirata que ha salido de *Ciudad difunta* y las he puesto en las estanterías de mi biblioteca. He contado unas cincuenta ediciones. Vosotros, con vuestras críticas, vais a hacer que sigan existiendo lectores para ese libro.

Hace doce años, más o menos cuando terminé la primera versión de *Ciudad difunta*, yo me encontraba solo en mi casa, la cual, para ser más exactos, estaba en el número cinco del quinto piso del tercer bloque, en el complejo de casas reservado al personal de la Universidad del Noroeste, y, porque solo había una mesa y una silla, tuve, por falta de sitio, que poner el manuscrito en el suelo. Un día, cuando me encontraba lavando la ropa, se me olvidó cerrar el grifo. Las prisas por asistir a una reunión me jugaron en esa ocasión una mala pasada. Me fui y dejé el grifo abierto. Tres horas más tarde, cogí un taxi para volver a mi casa y el taxista, que me reconoció, no quiso cobrarme el viaje y me llevó directamente a la entrada del edificio donde vivía. Justo cuando salía del taxi, vi que los pasillos del edificio estaban inundados y parecían ríos. Una anciana gritó desde el cuarto piso: «¡Tu casa tiene goteras y pérdidas de agua por todas partes y el agua ha inundado mi casa!». Entonces me acordé de que no había cerrado el grifo. Me precipité hacia el interior, mis zapatos estaban flotando sobre el agua, y me fui a cerrar el grifo. Mi primer reflejo fue intentar rescatar las cajas que estaban repletas de documentos, pero constaté que estaban empapadas de agua. Los papeles también lo estaban, como mi cítara, que rebosaba agua por todas partes. Pensé que todo eso era ya irrecuperable. Todo estaba perdido, como el manuscrito de *Ciudad difunta*. Salí corriendo hasta la oficina de la administración y gestión del edificio. Los hombres y los libros tienen su destino, pensé. Mi manuscrito, de cuatrocientas sesenta y ocho páginas, se había salvado por poco de la inundación. Le grité al taxista y le pedí que viniese a echarme una mano con el resto de mis cosas, las cuales habían sufrido daños muy serios. Al verme, me miró con estupefacción y me preguntó: «Y el manuscrito, ¿se ha salvado?». «Quizá ha sido por el desnivel del suelo de la casa», le respondí yo. El taxista me replicó con una sonrisa en los labios: «Seguramente ha sido por el suelo...». Después de ese suceso, todavía sigo sin poder creer que el agua no arruinara mi manuscrito de *Ciudad difunta*. No hace mucho, en la casa de una editora de una revista, en la provincia de Sichuan, con la que iba a verme, tuve la oportunidad de recordar esa anécdota. Ella me pidió que escribiera un texto breve contando esa historia para publicarlo en su revista; pero surgió un contratiempo. Cuando la revista ya estaba en la imprenta, me enviaron una carta para decirme que se había producido un error de apreciación y pedían mi

compresión. ¿Qué debía comprender?, me pregunté. En realidad, no comprendía nada. Me dijeron que ese artículo no iba a publicarse nunca en su revista. Todo eso, pensé, tenía que ver, otra vez, con el destino del manuscrito de *Ciudad difunta*. Un año después, me mudé de esa casa, pero una noche volví a soñar con ella: la imagen del manuscrito junto al agua, pero sano y salvo, apareció ante mis ojos como si lo hubiese tenido delante.

Ayer mismo, regresé con mi hija a la Universidad del Noroeste, pasé junto al edificio donde residí doce años atrás y pregunté por el inquilino de la casa del número cinco del quinto piso del tercer bloque. Uno de los vecinos me dijo que ahí solía vivir un catedrático, pero que, como todos los inquilinos de esa casa, acabó por mudarse a otro sitio. Otro catedrático estaba por llegar de un momento a otro. Las tres sóforas que había delante de esa casa, sin embargo, seguían ahí, sin moverse, y sin la intención de hacerlo. Me di cuenta, sin embargo, de que habían crecido, y había pájaros en sus ramas que piaban alegremente. Yo pensé: esos pájaros cantan maravillosamente. Mi hija me preguntó si comprendía lo que estaban diciendo esos pájaros con sus trinos y yo le respondí que no, que no lo comprendía, pero que me encantaba escucharlos.

Jia Pingwa, enero de 2004

EL AUTOR

Jia Pingwa nació en 1952 en el seno de una familia campesina en Danfeng, provincia de Shaanxi, China. Sus cuentos y novelas cortas empezaron a adquirir fama en las décadas de los años 70 y 80 del siglo pasado. Aparte de sus colecciones de cuentos, ha publicado doce novelas, que han recibido premios como el Femina, el Premio Pegasus de Literatura, Premio de las Artes y la Literatura de Francia y el Premio Mao Dun de Literatura.

NOTAS

¹ La novela larga (*changpian xiaoshuo*) *Ciudad difunta* (*Fei du*) es la cuarta novela de Jia Pingwa y empezó a publicarse en el cuarto número de la revista *Octubre* (*Shiyue*) y en *Juventud de China* (*Zhongguo Qingnian Bao*), pero fue publicada oficialmente, y por primera vez, en junio de 1993, en Ediciones de Beijing (*Beijing chubanshe*), con una tirada oficial de 480 000 ejemplares (un millón pirateados) y con unas ventas de unos 700 000 ejemplares durante el primer año (unos 500 000 los primeros seis meses). Fue prohibida (*jinshu*) por el Departamento de las Publicaciones y la Prensa de Beijing el 20 de enero de 1994, apenas un año más tarde. La editorial pekinesa vendió la novela a siete editoriales. Solo al cabo de dieciséis años, ya a finales de 2009, esta novela pudo ser publicada de nuevo en China de manera legal por la Editorial de los Escritores (*Zuojia chubanshe*). Se calcula que durante esos años aproximadamente doce millones de copias pirateadas (circularon unas ediciones diferentes y todavía algunas de ellas se encuentran en librerías de segunda mano) de la novela (se han contabilizado unas sesenta ediciones piratas de la novela hasta el día de hoy), y provenientes principalmente de Hong Kong, circularon a escondidas en China continental, convirtiendo *Ciudad difunta* en una de las obras más leídas y conocidas en el país, y que dio tras su publicación renombre y fama a Jia Pingwa, cuya obra abundante seguía creciendo con otros títulos. El año de su publicación, en 1993, Jia Pingwa se vio obligado a dejar Xi'an y refugiarse en el campo, ya que llegó a recibir amenazas de muerte tras la publicación de *Ciudad difunta*. Jia Pingwa empezó a escribirla tras la muerte de su padre por cáncer en 1989, aunque no apareció hasta 1993, y como muchas de las novelas de este periodo, se vertebra en una dialéctica muy definida: la creciente, acelerada y caótica modernización del país (poco comprendida por la

mayoría) y de la sociedad, y la pérdida progresiva, y vivida como un trauma, de la identidad propia de un mundo tradicional y más auténtico —en otras palabras: la pérdida de las raíces—. Y en medio la lucha del individuo por sobrevivir a ese nuevo entorno social caracterizado por la pérdida y la ganancia. La novela de Jia Pingwa, que forma parte de una trilogía (*sanbu*) con *La ópera de Qin* (*Qinqiang*), de marzo 2005, y *Turbulencia* (*Fuzao*), de enero de 1987, describe esa lucha por la supervivencia individual con un tono naturalista y folletinesco, en una escritura además muy teatral, entre lo obscuro y lo escatológico, donde se alternan momentos de una gran tensión con momentos cómicos cercanos a lo grotesco, pero con un tono trágico muy marcado, de una sensación constante de pérdida irremediable, y, al mismo tiempo, muy orientado en el estilo decadentista *fin-de-siècle*, que se va desarrollando en la novela y que apuesta por un encendido y nostálgico homenaje a esas mismas raíces identitarias perdidas en plena contemporaneidad y por la ciudad de Xi'an y todo lo que ella representa a nivel simbólico e histórico. La estructura narrativa, como en las novelas clásicas chinas, se basa en la constante repetición, lo que le da la impresión de romper desde el inicio la linealidad temporal para hacer avanzar el relato haciendo círculos. Lo anecdótico, como en la gran novela clásica china, es lo que constituye la novela misma por encima de su hilo argumental, que queda en un segundo plano, aunque no se pierde y vertebra la narración. Pero más que al nacimiento de un nuevo mundo, en *Ciudad difunta* se asiste, con un humor absurdo y sarcástico, a la denuncia de la corrupción, así como al trasfondo alegórico y al legado del marco histórico de una ciudad como metáfora del deseo (y la frustración) y al problema de la corrupción que recuerdan ciertas novelas clásicas chinas de finales de la dinastía Qing (finales del siglo XIX y principios del XX) —como *La tortuga de las nueve colas* (*Jiu wei gui*), de Zhang Chunfan, fallecido en 1935, o las *Notas sobre lo visto de los oficiales y funcionarios* (*Guanchang xianxing ji*), de Li Baojia, nacido en 1867 y fallecido en 1906—, además al esteticismo, al fetichismo y, finalmente, al esoterismo y al marcado erotismo desarrollado en el personaje principal, como aparece en *Nafragio* (*Chenlun*), 1921, de Yu Dafu, nacido en 1896 y fallecido en 1945, o en la parodia de la vida de los intelectuales como en *La fortaleza asediada* (*Wei cheng*), 1947, de Qian Zhongshu, nacido en 1910 y fallecido en 1998, a la constatación de la pérdida y la muerte de una civilización (ligada en la novela a la decadencia personal del personaje principal, Zhuang Zhidie) y sus últimos representantes tras décadas de socialismo y tiempos de reformas económicas introducidas sin conocimiento de causa. La profusión de contenido erótico de la

novela, así como la pronunciada sátira social, que tantos males de cabeza dieron a su autor y que, en gran medida, provocaron la censura de la obra al año de publicarse, han de entenderse como la incapacidad de los nuevos valores para legislar y crear un sistema válido y sostenible de valores morales. Al mismo tiempo, *Ciudad difunta* desarrolla, en forma de novela, el hexagrama (*gua*) *kun*, que es el que recibe el personaje principal Zhuang Zhidie cuando se le predice su futuro (véase el capítulo xiv de *Ciudad difunta*); es decir, se trata de crear y desarrollar una novela a partir de la interpretación de las propiedades del hexagrama *kun*: el campo, o la tierra (*di*), y el carácter de receptividad que se deriva de ellos, así como la dominación masculina y la obediencia femenina, o la inteligencia pasiva pero fértil, según el *Clásico de las mutaciones* (*Yijing*), y siendo la novela, en las relaciones del personaje principal (Zhuang Zhidie, asignado por *kun*) con otros personajes, femeninos *yin* y masculinos *yang*, y su destino, sus cambios (*yi*), el comentario y la manifestación en la vida de todos los días, en el *dao*, de las características de este hexagrama, el segundo de los sesenta y cuatro que componen el *Clásico de las mutaciones*. Como sucede en muchas novelas clásicas, y con el fin de buscar una justificación cosmológica a una conducta humana, los personajes de *Ciudad difunta* siguen ese paralelismo con los hexagramas del *Clásico de las mutaciones*, los cuales son leídos como cartas del tarot. Según la sección «Hablando de los trigramas» (*Shuo gua*) de esta obra, *kun* sugiere la idea de la tierra (*di*), de la madre (*mu*), de las ropas (*bu*), de la caldera (*fu*), de lo miserable (*linse*), de la igualdad (*jun*), de la vaca (*muniu*), del carro (*dayu*), de lo escrito (*wen*), de la multitud (*zhong*), del mango (*bing*), y respecto a la tierra, «todo aquello que en ella es oscuro». El personaje principal de la novela, Zhuang Zhidie, sufre a lo largo de la narración un progresivo desencanto con el mundo en el que vive y que le llevará a trascender ese mismo mundo y a rechazarlo. *Ciudad difunta* describirá en forma de saga ese proceso minuciosamente, y lo hará dentro de los parámetros interpretativos que propone exclusivamente el hexagrama *kun*. Para la traducción en español de esta novela, nos hemos servido de la primera edición publicada en Beijing en 1993 por las Ediciones de Beijing (*Beijing chubanshe*), que cuenta con 527 páginas (450 000 caracteres chinos) y está dividida en veinticinco capítulos, además del prefacio a una edición de 2004 que debía ser la primera legal desde su prohibición, pero que no llegó a ver la luz del día. En ella aparecen las casillas en blanco correspondientes a la autocensura del autor. Estas casillas han sido suprimidas en todas las versiones que han sido publicadas de *Ciudad difunta* desde el año 2009 (primera edición autorizada) y hasta el momento actual [*N. del*

T.].

² La novela (*xiaoshuo*) *Jin Ping Mei* (*La jarra de oro de la flor del ciruelo* en su traducción literal) apareció a finales del siglo XVI y narra la relación tumultuosa de Ximen Qing con tres mujeres: Pan Jinlian, el oro (*jin*), Li Ping'er, la jarra (*ping*), y Pang Chunmei, el ciruelo (*mei*). En 1993, año de la publicación de *Ciudad difunta*, un editor de la provincia de Hebei fue encarcelado por la publicación del *Jin Ping Mei*. Al igual que el *Jin Ping Mei*, *Ciudad difunta* de Jia Pingwa tiene un trasfondo contenido erótico, pornográfico incluso, y muy conservador, y no deja de ser una ilustración sobre cómo los nuevos valores basados en el consumo, la mercantilización de los lazos sociales y la creación de un entorno en donde puede darse una mayor libertad individual rompen con la relación armoniosa entre el hombre y la mujer, una relación labrada durante siglos y que acaba corrompiéndolos. La presencia del sexo es vista, como en el *Jin Ping Mei*, como muestra de la decadencia y corrupción moral de una época. Como en otras novelas clásicas chinas, la debilidad moral se manifiesta en la sociedad en una excesiva actividad sexual que pone en peligro el contrato social de base confuciana. Más que una búsqueda de placer, se trata de la disfunción o caos (*hunluan*) entre el *yin* del personaje femenino y el *yang* del personaje masculino, lo que se manifiesta principalmente en la novela erótica y sentimental clásica china en el caos que surge por su mala gestión [*N. del T.*].

³ *El sueño del pabellón rojo* (*Hong lou meng*) es la gran novela del siglo XVIII y es atribuida a Cao Xueqin, que vivió entre 1715 y 1764, y en ella se cuenta, principalmente, la vida diaria de Jia Baoyu, el hijo de la familia Jia, en decadencia, en los muros de una residencia majestuosa, en un universo femenino. La novela *Ciudad difunta*, como en *El sueño del pabellón rojo*, describe el fenómeno de desencanto (*jinghuan*) del personaje principal. Jia Baoyu y Zhuang Zhidie, el cual es visto como un despertar del mundo de las apariencias, el mundo terrenal, asociado con el hexagrama *kun* y las ilusiones (*huan*), sujeto al cambio (*bian*) y a la decadencia. Una de las manifestaciones, como aparece en *El sueño del pabellón rojo* y en *Ciudad difunta*, de esa decadencia es el exceso de *yin* o deseo sexual (deseo físico, entendido en su realización en el coito) y que resulta ser autodestructivo (este es un tema recurrente en la narrativa erótica clásica china). Trascender, finalmente, y como lección moral, la excesiva dependencia a la belleza física (*haose*) y evitar así la autodestrucción; es decir, mantener el deseo (sin suprimirlo totalmente) por las formas bellas (*haose*), pero sin caer en la lascivia (*yin*): *haosebuyin*. O que el *qing* (el amor, el afecto, el sentimiento) en el mundo terrenal no se degrade por

el exceso de dependencia del placer sexual (*yin*), el cual es breve y transitorio [N. del T.]

⁴ Empezar una novela contando un suceso extraño o mítico era algo usual en la novela (*xiaoshuo*) china clásica. El mito de la flor rara en *Ciudad difunta* pertenece a esta tradición [N. del T.].

⁵ Xijing o la «Capital del Oeste» es como el autor denomina a Xi'an, la antigua capital imperial de más de diez dinastías chinas, también conocida como Chang'an. *Fei du* o la «capital abandonada» es como se le conoce familiarmente a la ciudad de Xi'an desde que dejó de ser la capital imperial. El carácter chino *du* significa «ciudad» y *fei* tiene varios significados en chino moderno y puede aludir a algo abandonado y decadente, como *tuipei*, en el sentido de algo que ha sido usado y luego desechado, pero también ruinoso y en estado de decadencia. En la época imperial, el término *feidu* hacía referencia a una población de tamaño considerable que había sido abandonada a su suerte (por mala gestión, corrupción interna, guerras, plagas, o porque había dejado de ser viable en términos de recursos naturales). El ejemplo más célebre de este tipo de ciudades despojadas de su función administrativa, y retratado en su época moderna en la novela de Jia Pingwa, es la antigua capital imperial Chang'an, o Xijing en la novela; Xi'an en la actualidad. Auténtica capital cosmopolita debido a la Ruta de la Seda y centro financiero del imperio durante la dinastía Tang, la actual Xi'an desarrolló una gran efervescencia cultural y económica. Como la capital de una dinastía mitificada como una época dorada en el plano cultural, económico, social y político, como la de Tang, tiene todavía hoy en el imaginario chino un fuerte eco. Pero *feidu* también puede referirse despectivamente, como lo hace en cierta jerga, a una ciudad de desechos, basuras y residuos, como una ciudad-vertedero, e incluso a un cementerio como ciudad de los muertos. El término *fei* se refiere a algo que ya ha dejado de poseer la utilidad que lo caracterizaba y lo definía, y se trata, por lo tanto, de la manifestación de una desposesión radical ontológica. Así, en el proceso que lleva al estado de desecho o despojamiento, *fei* entra de manera decisiva el cambio (*bian*). A las almas en pena se las define como *feiren*: hombres que han sido desposeídos de aquello que los define como hombres, es decir, su utilidad social que corresponde al hecho de estar vivos [N. del T.].

⁶ Se refiere a Zhuang Zhidie, el protagonista de *Ciudad difunta*, y su amigo inseparable Meng Yunfang [N. del T.].

⁷ La bella Yang Guifei de la dinastía Tang fue una de las «cuatro bellezas» de China. La concubina Yang Guifei, favorita del emperador Xuanzhong, que vivió

entre los años 685 y 762, es sacrificada por la incompetencia de su primo Yang Guozhong. Ha pasado al imaginario chino por su belleza, pero representando al mismo tiempo el sacrificio, es decir, la belleza que acaba siendo sacrificada por motivos ajenos a ella y la belleza que causa calamidades. Los personajes femeninos de *Ciudad difunta*, como muchos personajes femeninos de las novelas y obras de teatro clásicas chinas, están modelados según el mito de Yang Guifei [N. del T.].

⁸ Se trata seguramente de una variante extraña y atrofiada de una flor del género de la *saxifraga stolonifera*, conocida como (*Hu er cao*) o «oreja de tigre» porque tiene la forma de una oreja alargada y contiene el carácter *er*, «oreja». A pesar de su delicadez y belleza simple, así como su capacidad para manifestarse en diferentes colores, es célebre en China porque crece a menudo entre las rocas. En la cultura china es particularmente valorada por su ambigüedad: según se vea, o dependiendo de su desarrollo, puede confundirse con otro tipo de flor, como la orquídea o el geranio, u otro tipo de flor preciosa. De ahí su belleza apreciada. Pero esta flor, debido a su forma, también es asociada en cierta literatura clásica de tono erótico al sexo de la mujer. Fue particularmente apreciada durante la dinastía Tang y cantada en los poemas de este periodo [N. del T.].

⁹ Esa flor que tiene el don de convertirse en otras cuatro flores, por no tener una forma claramente definida, representa a Niu Yueqing, la esposa virtuosa y garante de la moral de Zhuang Zhidie, a Tang Wan'er, la primera amante de Zhuang Zhidie y esposa insatisfecha de Zhou Min, a Liu Yue, la sirvienta y también amante de Zhuang Zhidie, y a A Can, la prostituta que acaba siendo también la amante de Zhuang Zhidie. Todas ellas (las cuatro manifestaciones de la *saxifraga* y las mujeres) acabarán, como la flor misma, con un fin trágico e inesperado. Dentro del contexto estético impregnado de taoísmo en el que se juzga la flor, esta se considera extremadamente bella por el hecho de que en ella se pueden ver otras flores consideradas muy bellas y prestigiosas. Es decir: no tiene una identidad fija y limitada, sino que sus posibilidades son varias, como sucede con las especies más raras y valiosas del género de las *saxifraga*, lo que se considera de por sí un principio estético. Otro aspecto que la hace particularmente bella en ese contexto es su carácter efímero y el hecho de que acaba siendo víctima de un entorno que no la reconoce y la destruye por ignorancia, ya que los personajes en la novela no reconocen de qué tipo de flor se trata. Por otra parte, las mujeres/flor también representan en otro plano la cultura (*wenhua*) y la civilización (*wenming*) chinas, condenadas ellas, al igual

que la flor rara, a su desaparición por un mal cuidado o por la ignorancia y la negligencia al tratarlas [N. del T.].

¹⁰ Los cuatro (*si*) soles (*ri*) que aparecen al mismo tiempo en el firmamento simbolizan la decadencia, y es una manera metafórica de indicar el fin de una época (o ciclo dinástico) en la China antigua. *Si* es homófono de *si*, «muerte», y se asocia al sol (*ri*), símbolo de la luz del día y del esplendor. Los cuatro soles corresponden por lo tanto a las cuatro «celebridades» o «glorias» de Xijing: Zhuang Zhidie, Ruan Zhifei, Gong Jingyuan y Wang Ximian en su máximo esplendor, pero condenados a su inexorable extinción. Una de las características de la vida de estos personajes, que suelen reunirse para hablar de temas artísticos o filosóficos, remite al concepto de *fengliu*, que designa un estilo de vida según los principios del taoísmo: una vida libre de las convenciones sociales, cierta excentricidad en la manera de comportarse en sociedad y exhibición de maneras chocantes, y falta de respeto por la jerarquía. Zhuang Zhidie es un personaje *fengliu* y *Ciudad difunta* puede considerarse una novela *fengliu* en el sentido como empezaron a denominarse ciertas novelas eróticas o pornográficas a partir del siglo XVI [N. del T.].

¹¹ Esta balada parece aludir a la división social jerárquica en diez tipos de individuos (*renfen shideng*) de la sociedad china que estableció Lu Xun, nacido en 1881 y muerto en 1936, en su ensayo *Escritos parsimoniosos al hilo del pincel y bajo la luz de la lámpara* (*Dengxia manbi*) [N. del T.].

¹² Lei Feng, nacido en 1940 y fallecido en 1962 (a los 22 años), el joven mártir que fue recuperado por el régimen comunista como modelo de altruismo y abnegación, e instrumento de propaganda desde 1963 [N. del T.].

¹³ El *xun* u ocarina se considera el instrumento musical de viento más antiguo en China [N. del T.].

¹⁴ *Los exámenes de las cinco lámparas* (*Wu deng hui yuan*) es una historia acerca de los monjes de la secta *chan* (budismo zen) en China que fue escrita en 1252 [N. del T.].

¹⁵ *El sutra del diamante* (*Jin gang jing*) es una de las obras budistas más influyentes del canon *mahayana* y en el budismo *chan* [N. del T.].

¹⁶ Inspirada en la historia de un cuento de la dinastía Tang, y de la que se darán varias versiones, *Los aposentos del ala oeste* (*Xixiang ji*) es una obra capital del periodo Yuan, y celeberrima, del teatro en lengua vernácula cuyos personajes han pasado a representar el arquetipo de la pareja de amantes y el triunfo del amor en el imaginario colectivo chino, como Romeo y Julieta en la

tradicción occidental, al mismo tiempo que ha pasado a ser considerada una obra erótica. Los dos personajes principales son el aspirante a funcionario-letrado Zhang Sheng y la talentosa Cui Yingying [*N. del T.*].

¹⁷ Bada Shanren, que vivió entre 1626 y 1705, Zhang Daqian entre 1899 y 1983, Qi Baishi, entre 1864 y 1957, y Shitao, entre 1642 y 1707, fueron grandes maestros de la pintura china [*N. del T.*].

¹⁸ Shi Lu, que vivió entre 1919 y 1982, fue otro de los grandes maestros de la pintura china [*N. del T.*].

¹⁹ Yu Youren, nacido en 1879 y fallecido en 1964, fue uno de los maestros de la caligrafía moderna [*N. del T.*].

²⁰ La ópera de Qinqiang (*qinqiang*) es la ópera regional del norte de la provincia de Shaanxi [*N. del T.*].

²¹ Zhuang Zhidie tiene el mismo apellido que uno de los maestros fundadores del taoísmo: Zhuangzi, que vivió entre los años 369 y 286 a. C. El nombre del protagonista podría traducirse como «la mariposa de Zhuang» (el maestro taoísta), así como «la mariposa del pueblo». *Zhuang* tiene el significado de pueblo o granja, o conjunto de granjas. La célebre parábola de la mariposa que aparece en el *Zhuangzi* hace referencia a un hombre (el mismísimo maestro Zhuang) que soñaba que era una mariposa para luego, tras despertarse, conjeturar si es una mariposa que sueña que es un hombre. Además, Zhuangzi aparece a menudo en su obra homónima con el nombre social de Zhuang Zhou. En *Ciudad difunta* parece producirse una dualidad entre el personaje de Zhuang Zhidie y el de Zhou Min, como si en realidad los dos fueran dos caras de un mismo personaje: Zhuang Zhou [*N. del T.*].

²² Partes censuradas por el propio autor. Poner bloques □ (un carácter chino por cuadrado o bloque blanco) corresponde a una larga tradición en China de censura. La novela erótica *Jin Ping Mei* es uno de los ejemplos más representativos de esta censura [*N. del T.*].

²³ *Tuotuo* o mujer que regenta una casa de prostitución en la China antigua. Se sigue utilizando actualmente como jerga para referirse a ese tipo de mujeres [*N. del T.*].

²⁴ La ópera (*xi*) de Qinqiang *Pinturas colgadas* (*Gua hua*) fue inspirada en la obra *El palacio del rey Fan* (*Fan wang gong*), con fuerte cariz romántico, de una joven sirvienta que, al tener que colgar un cuadro en la pared, debe subirse a un taburete, pero, para asombro de todos, esa *yatou* demuestra tener un talento excepcional cantando y haciendo música sobre ese taburete y acaba enamorando

al señorito de la casa, que acababa de casarse con otra mujer [N. del T.].

²⁵ El señor de la guerra Yang Hucheng vivió entre los años 1893 y 1949, perteneció al Guomindang y fue una de las bestias negras de los comunistas durante la guerra civil [N. del T.].

²⁶ El señor de la guerra Liu Zhenhua vivió entre los años 1883 y 1955, y fue un militar que destacó desde muy joven por su ardor revolucionario en favor de la instauración de la República de China en 1912 [N. del T.].

²⁷ El monte sagrado de Zhongnan acogió al monje taoísta Wang Chongyan, que vivió entre los años 1115 y 1234, y allí fundó la escuela de la Verdad Total (*quanzhendao*) en el siglo XII [N. del T.].

²⁸ Sun Siyi, que vivió entre los años 581 y 682, célebre médico y farmacéutico de la ciudad de Xi'an, autor de una obra célebre de herboristería y ginecología: *Prescripciones que valen diez mil oros (Qian jin fang)* [N. del T.].

²⁹ Zheng Xie, que vivió entre los años 1693 y 1765, o Zheng Banqiao, fue un pintor chino representativo de una obra y un estilo de vida según los principios de la filosofía taoísta [N. del T.].

³⁰ La emperatriz Cixi, que vivió entre los años 1861 y 1908, fue la emperatriz regente de la dinastía Qing en sus últimos años. Su persona ha pasado al imaginario chino como una mujer pérfida, ambiciosa y muy conservadora [N. del T.].

³¹ Li Hongzhan, que vivió entre los años 1823 y 1901, general de Qing célebre por haber sofocado la rebelión campesina de Taiping [N. del T.].

³² Wen Zhengming, que vivió entre los años 1470 y 1559, célebre pintor, poeta y calígrafo de la dinastía Ming [N. del T.].

³³ Estos versos pertenecen al poema del poeta de la dinastía Qing, Zhao Renshu, cuyo título es *Frasas ociosas (Yi ju)* [N. del T.].

³⁴ Se trata de la actriz Chen Chong o Joan Chen, como se llamó desde su estancia en los Estados Unidos, nacida en 1961 [N. del T.].

³⁵ A través del contraste entre *gui* y *qian* se manifiesta el contraste de los rasgos nobles y valiosos y los rasgos vulgares y humildes en un rostro humano [N. del T.].

³⁶ La esposa de Zhuang Zhidie, Niu Yueqing se apellida *niu*, como buey o vaca. La relación entre la vaca (*niu*) de Niu Yueqing y la mariposa (*die*) de Zhuang Zhidie marca la oposición entre dos símbolos de dos ideologías diferentes e históricamente opuestas: la vaca (el confucianismo) y la mariposa (el taoísmo). Al mismo tiempo, Zhidie se emparenta con el clan de los Niu (el

apellido de su esposa), que proviene de un animal mítico-ancestral (hay muchas familias con este apellido) en muchas zonas rurales de la provincia de Shaanxi. La vaca o el buey (*niu*), que aparece en la novela filosofando sobre la condición de los seres humanos y los bóvidos, es el animal que se relaciona con el hexagrama (*kun*) de la tierra y el campo según la sección *Hablando de los trigramas* (*Shuo gua*) del *Clásico de las mutaciones*. Se trata del animal que lo ara para sacar el máximo provecho de él y al mismo tiempo posee las características de la flexibilidad (*roushun*) y fortaleza para la carga (*fuzhong*) [N. del T.].

³⁷ La poeta del periodo Song Li Qingzhao, que nació en 1084 y murió en 1151. Se trata del poema *ci* *Como en un sueño* [N. del T.].

³⁸ El principio ontológico del *yang*, masculino, opuesto al *yin*, femenino [N. del T.].

³⁹ Jin Yong, nacido en 1924, es autor muy leído y popular en el mundo chino gracias a sus novelas populares de artes marciales [N. del T.].

⁴⁰ La célebre y escandalosa novela de D. H. Lawrence (1885-1930) *El amante de Lady Chatterley* (*Lady Chatterley's lover*) que fue publicada en 1928 [N. del T.].

⁴¹ *Jin yong* y *quan yong*. Los dos primeros caracteres (*jin/quan*) se escriben casi igual, aunque se pronuncien de manera diferente [N. del T.].

⁴² La dinastía Tang (el mismo carácter chino que se encuentra en el apellido de Wan'er) es en el imaginario chino una época dorada para las artes y la poesía en particular, y el momento de máximo esplendor de la ciudad de Xi'an (Xijing en la novela) [N. del T.].

⁴³ *Meihua yi shu* o *Los números repetidos de la flor del ciruelo* es una obra de adivinación (*zhanbu fa*) y comentario de hexagramas (*gua*), al estilo del *Clásico de las mutaciones* (*Yijing*), compuesta por Shao Yong, nacido en 1011 y fallecido en 1077, en la dinastía Song [N. del T.].

⁴⁴ *Da Liu Ren* es una obra del periodo de los Reinos Combatientes que desarrolla un calendario astrológico que, mediante la combinación de los cinco elementos (*wuxing*), permite adivinar el futuro. Esta obra pertenece al canon de las Tres Artes (*san shi*) [N. del T.].

⁴⁵ *Qimen Dunjia* es un tratado de adivinación mediante el uso de la astrología perteneciente al canon de las Tres Artes (*san shi*) [N. del T.].

⁴⁶ *Huang Ji Jingshi Suo Yi* es una obra enciclopédica de la dinastía Song y forma parte de la *Biblioteca en Cuatro tesoros* (*Siku quan shu*), vasta

compilación de obras históricas y filosóficas editada en 1771 [N. del T.].

⁴⁷ *Yijing* o *Clásico de las mutaciones* es la obra canónica más importante de la cosmología china, y uno de los pilares del confucianismo [N. del T.].

⁴⁸ *Los números divinos del maestro Shao* (*Shao zi shen shu*), también conocida como *Los números divinos de la escuela de adivinación de la familia Shao* (*Shao shi yixue shen shu*), es una obra del periodo Song compuesta por Shao Yong, y una de las «cinco grandes obras chinas» de numerología (*shen shu*). Se trata de la obra de adivinación que el personaje Meng Yunfang utiliza más a menudo en *Ciudad difunta* para describir el futuro de sus amigos, en particular, de Zhuang Zhidie [N. del T.].

⁴⁹ El carácter *yue*, la luna, que manifiesta la feminidad, ya que es un carácter *yin* en oposición a los personajes masculinos que simbolizaban los soles (*ri*) y son *yang*, y Zhuang Zhidie es uno de los cuatro soles al principio de *Ciudad difunta*. Sin duda alguna, Niu Yueqing acepta con buen gusto la llegada de Liu Yue ya que refuerza el aspecto compensatorio del *yin* de la casa [N. del T.].

⁵⁰ *Yuanfen* se puede traducir por «predestinación», pero este término budista tiene un carácter exclusivamente humano y se refiere al azar, o destino, que hace que dos personas se encuentren y se conozcan. Según el pensamiento budista, estos encuentros no tienen nada de fortuitos [N. del T.].

⁵¹ Este *chengyu* o proverbio (*gang zi da hu*) se emplea para describir a alguien que se envalentona de una manera temeraria. El juego de frases proverbiales *chengyu* es de difícil traducción y hemos decidido retener el significado sacrificando la rima y las reglas implícitas en el juego [N. del T.].

⁵² El hexagrama *gua* (*kun*) «agotamiento», es el hexagrama 47 del *Clásico de las mutaciones* y es homófono del hexagrama número 2: *kun*, que es asignado a Zhuang Zhidie en el capítulo xiv de *Ciudad difunta*. El hexagrama *kun* lleva implícita la noción de exceso y lujuria (*yin*) (véase nota 3). La homofonía de estos dos hexagramas también obedece a otro principio contradictorio que rige el desarrollo novelesco del personaje principal de la novela, Zhuang Zhidie: el sentimiento de fracaso y decadencia en el momento de máxima gloria (plenitud), es decir, la integración mutua de *kun* y *kun* [N. del T.].

⁵³ Se trata ahora del carácter *qiu* [N. del T.].

⁵⁴ Se trata de este carácter *qiu*, que es homófono, pero con diferente significado y composición que en la nota precedente [N. del T.].

⁵⁵ El estratega y militar Cao Cao, que vivió entre los años 155 y 220, en el periodo turbulento de los Tres Reinos ha pasado a representar en el imaginario

chino al ser malvado, algo así como el «coco» en nuestra tradición cultural [N. del T.].

⁵⁶ La historia de *Liang Shanbo* y *Zhu Yingtai* (*Liang Shanbo yu Zhu Yingtai*), que se remonta a la dinastía Jin, cuenta la historia legendaria de dos amantes que prefieren morir a ser separados y simboliza en China el amor puro en contraposición al amor dominado y encauzado ideológicamente [N. del T.].

⁵⁷ *Fenyuan*. Se refiere al destino como predestinación: lo que hace, en definitiva, que dos personas se encuentren y se unan; es un concepto fundamental en la novela clásica de cariz sentimental [N. del T.].

⁵⁸ Zhou En'lai, que vivió entre los años 1898 y 1976, fue la mano derecha de Mao Zedong, que vivió entre 1893 y 1976. Muy popular en China por su apoyo incondicional a Mao y por su carácter moderado, ejerció de ministro de Asuntos Exteriores [N. del T.].

⁵⁹ Bai Juyi, que vivió entre los años 772 y 846, es uno de los poetas más conocidos de la dinastía Tang, y Su Dongpo, que vivió entre los años 1037 y 1101, destacó como poeta y filósofo durante la dinastía Song [N. del T.].

⁶⁰ Zuo Zongtang, que vivió entre los años 1812 y 1885, militar y hombre de estado de la dinastía Qing que tuvo un papel determinante en la rebelión de Taiping y cuyo pensamiento tuvo una gran influencia en el periodo republicano [N. del T.].

⁶¹ *Seis capítulos de una vida flotante* (*Fusheng liu ji*) de Shen Sanbai, que vivió entre los años 1773 y 1825, es una obra de carácter autobiográfico redescubierta tardíamente, pero que, a pesar de su brevedad, es considerada una obra importante para comprender la idea de amor en la sociedad confuciana y sus implicaciones, sus frustraciones y la sublimación poética de la represión sexual en las artes y la escritura. En ella se describe la vida de un letrado-funcionario pobre en el peldaño más bajo de la jerarquía de funcionarios, cuya vida transcurre según unas pautas marcadas por la ideología confuciana en la dinastía Qing. Esta obra también es célebre por introducir una historia de homosexualidad femenina. Chen Yun, la mujer del narrador de esa obra, se enamora perdidamente de una joven cortesana de una familia pobre y, tras seducirla, la convence para que se convierta en la concubina de su marido. Este, resignado, pero consciente del deseo de su mujer, acepta sin rechistar; pero la familia de la joven cortesana Hanyuan se niega a que su hija entre a formar parte de la familia de un funcionario pobre cuya mujer, sospechan, es además lesbiana, y la ofrecen como esposa a un ricachón que se encapricha con ella. Pero el ricachón la maltrata y la abandona. Hanyuan muere. A Yun, la mujer del

narrador, esa noticia le resulta difícil de aceptar, se deprime, y acaba muriendo de tristeza [N. del T.].

⁶² *Notas de una cabaña verde (Cuixiao an'ji)*, obra breve autobiográfica del siglo XVII en la que Mao Xiang, que vivió entre los años 1611 y 1693, describe en un relato nostálgico su amor con su concubina, la antigua cortesana Dong Xiaowan, que vivió entre los años 1624 y 1651, muerta prematuramente [N. del T.].

⁶³ *Notas diversas de la vida ociosa (Xian qing ou ji)* del letrado, dramaturgo y autor de novelas eróticas Li Yu, que vivió entre los años 1610 y 1680. En esta obra, considerada una obra maestra del género «propósitos breves al hilo de la pluma» (*maoji xiaoshuo*), se recogen todo tipo de anécdotas, opiniones sobre las artes y el gobierno, la jardinería y la cocina, digresiones filosóficas sobre todo tipo de asuntos morales, religiosos y mundanos [N. del T.].

⁶⁴ El concepto de actitud (*tai*), es decir, disposición o actitud, es extraordinariamente importante para entender la estética durante la época de la dinastía Qing en lo que se refiere a belleza femenina. Quizá el término que más se acerca a él sería el de «decoro» [N. del T.].

⁶⁵ Los tres aspectos que constituyen la belleza de una mujer: *jing*, *qi* y *shen* [N. del T.].

⁶⁶ Pu Songling, que vivió entre los años 1640 y 1715, fue un autor prolijo cuya fama proviene de su obra cumbre, una colección extensa de anécdotas y cuentos fantásticos y máxima expresión de este género en lengua clásica, *Los cuentos fantásticos del estudio del charlatán (Liao zhai zhi yi)* [N. del T.].

⁶⁷ Kang Sheng, que vivió entre los años 1896 y 1975, líder comunista que tuvo un papel determinante en el establecimiento de la Revolución Cultural (1966-1976) como encargado de la propaganda del bando de Mao Zedong [N. del T.].

⁶⁸ Liu Shaoqi, que vivió entre los años 1898 y 1969, fue uno de los máximos dirigentes del Partido Comunista Chino, pero competidor de Mao Zedong por alcanzar el máximo puesto en el estado, cayó en desgracia durante la Revolución Cultural. Las causas de su muerte todavía no se han dilucidado [N. del T.].

⁶⁹ *Escalando el monte Hua (Xiyue deng gao tu)* de Shi Lu. Celeberrima obra pictórica en la que se refleja el estado mental del pintor y su posicionamiento con el régimen maoísta. En ella aparece Mao Zedong en 1947 frente al monte Hua (una de las cinco montañas sagradas) de la provincia de Shaanxi. La polémica surgió porque la figura de Mao Zedong aparece en miniatura frente a la

inmensidad del paisaje, el cual simboliza la cultura tradicional china [N. del T.].

⁷⁰ Wang Zhihuan, que vivió entre los años 688 y 742, poeta de la dinastía Tang. Se refiere al poema *En la torre de las grullas (Deng guan qiao lu)* . «El sol blanco se inclina en lo alto de las montañas y el río Amarillo entra en el mar. Desde lo alto de la torre, podrás recorrer una vista de mil *li* hasta caer exhausto» [N. del T.].

⁷¹ El poema de Bai Juyi *La canción del eterno lamento (Chang hen ge)*, que fue caligrafiado por Mao Zedong, fue compuesto en el año 809 y cuenta en un largo poema la historia trágica de la concubina Yang Guifei y el emperador Minghuang de Tang [N. del T.].

⁷² *Xiaojie* significa literalmente «hermana pequeña», pero en la jerga del chino contemporáneo se emplea para referirse a una joven que se prostituye casualmente para sacar algo de dinero [N. del T.].

⁷³ Lao'Er y Lao Si. Personajes arquetípicos en China de unos individuos que se presentan en acontecimientos públicos o privados para intentar sacar provecho de ellos [N. del T.].

⁷⁴ Se trata de un juego de palabras. Para memorizar un carácter chino, se recuerda una palabra que lo contenga. «Mar» es *hai* en chino, el cual aparece en «océano» (*haiyang*) [N. del T.].

⁷⁵ *Shua fanzi*: el arte del juego del abanico [N. del T.].

⁷⁶ *Shua shuifa*: el juego del peinado del agua [N. del T.].

⁷⁷ *Shua liaoya*: el juego de sacar los dientes [N. del T.].

⁷⁸ El reino de Xianzhong de la dinastía Ming entre 1606 y 1647 [N. del T.].

⁷⁹ Entre 1966 y 1976, la Gran Revolución Cultural [N. del T.].

⁸⁰ El *feng shui* designa el aspecto favorable o negativo de un objeto por el lugar ocupado. Se trata de una interpretación geomántica del espacio muy popular en China [N. del T.].

⁸¹ Tang Xuanzong, que vivió entre los años 685 y 762, fue el séptimo emperador de la dinastía Tang [N. del T.].

⁸² El poema al que hace referencia Zhuang Zhidie, *El fu de la diosa Luo (Luo shen fu)*, fue escrito por Cao Zhi (192-232). Este poema narra el encuentro del poeta con la diosa del río. Se trata de un encuentro místico y erótico al mismo tiempo en el que el poeta siente deseos de realizar el acto sexual con la diosa para unirse con ella, que es de un atractivo sin igual, pero el encuentro no va a más y poeta escribe el poema para aliviar el dolor de su frustración [N. del T.].

⁸³ Sun Simao, que vivió entre los años 581 y 682, fue un médico y herborista

chino [N. del T.].

⁸⁴ Kang Youwei, que vivió entre los años 1859 y 1927, famoso hombre de estado, pensador y reformista en los últimos años de la dinastía Qing, cuyas ideas ejercieron una influencia decisiva en el establecimiento de la república en 1912 [N. del T.].

⁸⁵ El *Ciyuan*, diccionario fraseológico de la lengua china en tres volúmenes publicado por primera vez en Shanghái en 1923 y 1931 [N. del T.].

⁸⁶ El *Cihai*, diccionario enciclopédico de la lengua china publicado por primera vez en 1915 [N. del T.].

⁸⁷ Las mujeres de Anhui tienen fama en China por ser muy bellas mientras que las de Henan la tienen por todo lo contrario [N. del T.]

⁸⁸ En realidad, se trataba de enviar masivamente a miembros de la etnia mayoritaria Han a una provincia, la de Xinjiang, dominada por minorías étnicas musulmanas (principalmente uigures) y con cierto afán separatista, con el fin de *sinizar* la zona. Esas políticas eran expuestas a la opinión pública como medidas de impulso de desarrollo económico de zonas desfavorecidas [N. del T.].

⁸⁹ *Qipao*. Vestido ajustado con mangas muy cortas o sin ellas al estilo chino o de *cheongsam* [N. del T.].

⁹⁰ *El viaje a Occidente (Xi you ji)*, obra cumbre del siglo XVI de la novelística en lengua vernácula que cuenta las peregrinaciones de un monje budista Xuanzang (602-664) hacia las tierras occidentales de China en busca de las escrituras sagradas del budismo. Entre sus acompañantes figura el rey mono Sun Wukong [N. del T.].

⁹¹ La expresión *dadong* se refiere al hecho de llegar a un acuerdo entre un hombre y una prostituta para practicar sexo [N. del T.]

⁹² El proceso de decadencia moral del personaje de Zhuang Zhidie se establece en un proceso bien determinado en tres etapas según un canon de interpretación del hombre que se dedica a las artes y las letras en la sociedad y que es introducido en la novela: de famoso (*mingren*), degenera a ocioso (*xianren*) y finalmente a inútil (*feiren*) en el contexto del hexagrama (*kun*). O, en otras palabras, se aplica el criterio de más utilidad a menos utilidad, como sucedía en los valores confucianos de la sociedad antigua y que continuaron funcionando en el periodo comunista [N. del T.]

⁹³ Huo Qubing, que vivió entre los años 140 y 117 a. C., general de la dinastía Han [N. del T.]

⁹⁴ *El clásico de la mujer en su estado natural (Su nü jing)*, obra de

inspiración taoísta compuesta en 802, aborda la educación sexual mediante un catálogo de imágenes de posturas al estilo del *kama sutra* indio y unas frases comentando cada una de esas imágenes. Durante varias dinastías, ese manual ha servido de manual de educación sexual para los jóvenes de la época imperial [N. del T.].

⁹⁵ *Shuihu zhuan*, *A orillas de las aguas* o *Historias de las marismas*, es una novela clásica de aventuras a lo Robin Hood o los Tres Mosqueteros, y obra cumbre de la novela en lengua vernácula china, compuesta probablemente en el siglo XIV. El personaje de la vieja Wang tuvo un papel decisivo en esta novela al presentar a Ximen Qing a Pan Jinlian. La historia adúltera entre los dos se desarrollará en esta novela y en el *Jin Ping Mei* [N. del T.].

⁹⁶ *El romance de los Tres Reinos* (*Sanguo yanyi*), novela histórica compuesta en el siglo XIV en la que se narran los enfrentamientos entre tres reinos: Shu, Wu y Wei durante el siglo III [N. del T.].

⁹⁷ Hu Shi, que nació en 1891 y falleció en 1962, intelectual, poeta y gran reformador de la cultura en China a principios del siglo XX [N. del T.]

⁹⁸ El personaje del señor Dong Guo (*Dong Guo xiansheng*) ha pasado a representar en China al individuo que es víctima de su propia bondad: fue devorado por el lobo al que él mismo salvó la vida. La anécdota se cuenta en las *Memorias históricas* (*Shiji*) [N. del T.].

⁹⁹ A las prostitutas se les llama normalmente en China «chicas de estación» (*zhannü*). Es decir, chicas que ejercen la prostitución directamente en la calle, que son las que son denominadas como «prostitutas». Tradicionalmente, y por razón de discreción, y como es el caso en la novela, esas prostitutas aparecen principalmente en las estaciones de trenes y autobuses [N. del T.].

¹⁰⁰ Se refiere a la flor del primer capítulo que los dos amigos (Zhuang Zhidie y Meng Yunfang) encuentran en la tumba de Yang Guifei [N. del T.].

¹⁰¹ Lu Ban, que vivió entre los años 597 y 444 a. C., fue un inventor que pasó a formar parte del panteón de los dioses en la mitología china como el dios de los ingenieros, albañiles, carpinteros y constructores [N. del T.].

¹⁰² *Kun*, cuyo hexagrama (*gua*) consta de seis líneas rotas *yin* [N. del T.]:

¹⁰³ Es lo que el *Clásico de las mutaciones* dice literalmente de las propiedades del hexagrama *kun*. «*Kun* puede ser dócil y maleable (*rou*), pero cuando se mueve también es duro y fuerte (*gang*)». La oposición o contraste entre «maleable» (*rou*) y «duro» (*gang*) define la personalidad y la conducta del personaje novelesco de Zhuang Zhidie en el mundo, en el curso del *dao*, y es así

como se configura su moralidad o fuerza interior (*de*) y se establece su poder y capacidad de influenciar (*shi*) [*N. del T.*].

¹⁰⁴ El sueño de la vaca (*niუმeng*) refleja el camino de retorno imposible, la alienación absoluta, de quien deja la naturaleza (o su estado natural) y pretende regresar a él. Quien sale, ya no puede volver. Esta reflexión de la vaca, en extremo pesimista, lleva a negar el principio que rige el pensamiento taoísta que aspira a ese regreso y lamenta su alejamiento, e incluso descarta la idea de alienación positiva [*N. del T.*]

¹⁰⁵ La escuela filosófica de *xuanxue* floreció entre los siglos III y VI de nuestra era y supuso un renacer de los presupuestos taoístas, pero combinados con elementos confucionistas. Los comentarios al *Clásico de las mutaciones (Yijing)* tuvieron un papel importante en el desarrollo de sus tesis [*N. del T.*]

¹⁰⁶ Huang Binhong, que vivió entre 1865 y 1955, fue un historiador de arte, pintor y ensayista [*N. del T.*].

¹⁰⁷ El mausoleo de Qianling se encuentra a pocos kilómetros de Xi'an (Xijing en la novela) [*N. del T.*].

¹⁰⁸ En el delirio del personaje novelesco Gong Xiaoyi se parodia el contenido visionario sobre el socialismo y profundamente nacionalista del discurso de Mao Zedong, quien, a su vez, se sirvió del poema del poeta de Tang, Bai Juyi, *La canción del eterno lamento (Chang hen ge)* para realizar una caligrafía (incompleta) que ilustraba su propio pensamiento socialista y nacionalista [*N. del T.*]

¹⁰⁹ Wang Xizhi, que vivió entre los años 303 y 361, calígrafo y poeta, y considerado el mejor calígrafo de la historia; Wang Xianzhi, que vivió entre los años 344 y 386, hijo del precedente y calígrafo de renombre; Yan Zhenqing, que vivió entre los años 709 y 785, célebre calígrafo de la dinastía Tang e inventor del estilo de escritura *yan*; Ouyang Xun, que vivió entre los años 557 y 641, calígrafo de la dinastía Tang; Liu Gongquan, que vivió entre los años 778 y 865, uno de los máximos representantes de la caligrafía en la dinastía Tang; Zhang Xu, del siglo VIII, poeta y calígrafo de Tang; Mi Di, que vivió entre los años 1051 y 1107, poeta y uno de los mejores calígrafos de la dinastía Song; y Yu Youren, que vivió entre los años 1879 y 1964, considerado el último gran calígrafo de China [*N. del T.*].

¹¹⁰ Se trata de los Ocho Inmortales de los Mares (*Hai ba xian*), los Siete Virtuosos del Bosque de Bambú (*Zhulin qixian*), las Doce Bellezas de Jinling (*Jinling shi'er mei chai*) y los Dieciocho Monjes Armados con el Bastón de

Shaolin (*Shaolin shiba gunseng*) [*N. del T.*].

¹¹¹ La teoría del amor como una continua, y mutua, destrucción entre el *yin* y el *yang* permite leer *Ciudad difunta* bajo otra óptica: como una exposición de la «guerra de sexos» en tiempos modernos entre el *yin* y el *yang* y una constante lucha de poder y fricción en la que el equilibrio idealizado entre ambos sexos, según el confucianismo y el taoísmo, fracasa [*N. del T.*]

¹¹² El carácter *chuan*, y con el corazón *xin* en la parte baja, se convierte en *huan* [*N. del T.*].

¹¹³ Soñar con la nieve (*xuemeng*) se interpreta tradicionalmente en la poesía clásica china como una nostalgia de la pureza perdida y un deseo intenso por recuperarla [*N. del T.*]

¹¹⁴ Este comentario de Liu Yue remite a la experiencia de Zhuang Zhidie al principio de la novela cuando se le muere la flor rara que había encontrado junto a la tumba de Yang Guifei [*N. del T.*]

¹¹⁵ *Fang yankou*, o, dicho de otra manera: que se dé de comer a los fantasmas hambrientos de los ancestros para que no causen estropicio entre los vivos. Se trata de una ceremonia budista [*N. del T.*].

¹¹⁶ El mérito, acto merece mérito, o gong, o las buenas acciones en el budismo para acumular un buen karma. El acto de afeitarse la cabeza o tonsura se hace para evitar la vanidad y es signo de humildad [*N. del T.*]

¹¹⁷ *Fuji* o el rito que se celebra delante de los templos taoístas y que consiste en escribir unas palabras sobre una tabla de arena. El fin de esta técnica, muy parecido al de la escritura automática del psicoanálisis, es adivinatorio y pretende erradicar el acto consciente, ya que se considera un obstáculo para el conocimiento genuino del *dao* y su acceso [*N. del T.*].

¹¹⁸ En las *Memorias históricas* (*Shiji - Yue Wang Gou Jian*), el general Gou Jian de Yue pasa una noche entera lamiendo la vesícula de un cerdo para recordar las humillaciones sufridas y así hacerse más fuerte y realizar su venganza [*N. del T.*].